



Universidad
Carlos III de Madrid

TESIS DOCTORAL

**LA PERSPECTIVA TEOLÓGICA EN EL
PENSAMIENTO GALDOSIANO: UNA
ALTERNATIVA INTEGRAL AL
CATOLICISMO ESPAÑOL DEL SIGLO XIX**

Autor:

ANTONIO APARISI LAPORTA

Director/es:

JUAN CARLOS SÁNCHEZ ILLÁN
y
ANGEL BAHAMONDE MAGRO

DEPARTAMENTO de HUMANIDADES

Leganés/Getafe, Septiembre 2015

**LA PERSPECTIVA TEOLÓGICA EN EL PENSAMIENTO
GALDOSIANO: UNA ALTERNATIVA INTEGRAL AL
CATOLICISMO ESPAÑOL DEL SIGLO XIX**

Antonio Aparisi Laporta

“¡Desgraciado el pueblo que no tiene algún ensueño constitutivo y crónico, norma para la realidad, jalón plantado en las lejanías de su camino!”

(“Soñemos, alma, soñemos”. Benito Pérez Galdós)

INDICE

Introducción. Presentación de la tesis.	13
1. Contenido básico de la elaboración doctoral.	13
2. Justificación del carácter de tesis doctoral.	18
3. Fuentes de la investigación.	28
4. Proceso y método de trabajo seguidos en la elaboración.	30
 Parte primera.	
Presupuestos para una reflexión teológica sobre la obra literaria de Benito Pérez Galdós.	39
 Capítulo I.- El medio histórico-personal y eclesial de B. P. Galdós. La tierra y el tiempo que sitúan a Galdós.	
1. El devenir de la España del siglo XIX.	41
1.1. Confrontaciones mayores en la sociedad española del s. XIX.	43
1.2. Guerras a lo largo del s. XIX español. Carácter de guerras de religión.	50
1.3. Síntesis de la precaria situación social de la España del s. XIX.	52
1.4. Tabla de fechas y acontecimientos civiles y religiosos del s. XIX	54
2. Corrientes intelectuales y pensamiento de los españoles en el s. XIX. Su influencia en la personalidad y obra de Galdós.	60
2.1. Fuentes literarias para conocer el pensamiento de los españoles del s. XIX. La novela del s. XIX y sus claves reveladoras.	61
2.2. El problema de la incultura en la mayor parte de la población Española del s. XIX. Dificil acceso a la enseñanza.	64
2.3. El krausismo español del s. XIX. Su influencia en Galdós.	65
3. La Iglesia católica que contorna a Galdós.	70
3.1 El papado y los acontecimientos principales de la Iglesia en el s. XIX.	70
1) Los papas del s. XIX y su problemática eclesial	71
2) Breve idea de los planteamientos generales de la Iglesia en el s. XIX	74
3.2. Situación de la Iglesia española y de los católicos españoles del XIX.	75
3.3 El liberalismo católico español del s. XIX. Tensión existencial de los cristianos liberales del s. XIX español.	86
 Capítulo II.- Sobre la identidad personal y literaria de Benito Pérez Galdós.	
I.- <i>Rasgos significativos de la identidad personal de Benito Pérez Galdós.</i>	90
1. Trayectoria existencial de Don Benito.	90
2. Aproximación a la personalidad de Galdós a partir de su epistolario.	96
3. Galdós, ¿una psicología compleja o carencial?	102
4. Religiosidad personal. ¿Galdós, un cristiano heterodoxo?	105
5. El mundo madrileño de Galdós, lugar teológico.	125

II.-	<i>Visión de conjunto de la obra de Benito Pérez Galdós (en orden al estudio de su dimensión religiosa).</i>	134
1.	Consideraciones generales y contenido esencial de la obra de B.P. Galdós.	135
1.1.	Los géneros en la creación literaria de Galdós.	136
1.2.	Sobre la verosimilitud histórica de los Episodios Nacionales.	139
1.3.	El realismo humano en la obra de Galdós.	139
1.4.	Feliz integración de influencias foráneas.	141
2.	Contenido axiomático de la obra de Galdós. Ejes transversales y recursos literarios.	142
3.	Clasificación y cuadro sinóptico de las obras de Benito Pérez Galdós	146
4.	Identificación del autor Galdós con sus personajes.	152
4.1.	El procedimiento de investigación de la relación autor – personaje.	154
4.2.	Personajes principales con cuya expresión y existencia se identifica.	156
4.3.	Personajes con los que se des-identifica.	159
4.4.	Tabla de identificaciones Galdós – personajes.	160
Capítulo III.-	Aproximación teológica a la obra de Galdós.	171
1.	Planteamientos previos. Posible razón teológica de la obra de Galdós.	174
1.1.	Teología y literatura.	174
1.2.	Razón coyuntural de este trabajo.	178
1.3.	Dificultades e interés de una elaboración teológica de la obra de Galdós.	180
2.	La construcción teológica en la obra de Benito Pérez Galdós.	182
2.1.	Condiciones constitutivas del discurso teológico en la obra de Galdós.	182
2.2.	Perspectivas de la metodología teológica en la obra de Galdós.	190
3.	Simbolismo y constantes religiosas en la creación galdosiana.	195
3.1.	Simbolismo religioso bíblico en la obra de Galdós.	196
3.2.	Simbolismo mítico pre-religioso y pre-cristiano en Galdós.	198
3.3.	Onomástica simbólica de signo religioso y cristiano.	201
4.	Cuerpo doctrinal teológico y diseño de la identidad cristiana en la obra de Galdós.	211
4.1.	Planteamiento de la idea y de la praxis del cristianismo en la obra de Galdós.	211
4.2.	La dimensión religiosa cristiana explícita en la obra de Don Benito.	213
4.3.	Diseño sugerido para el análisis teológico de la obra de Galdós.	215
Capítulo IV.-	Encarnación del pensamiento religioso cristiano de Galdós en la realidad española.	219
1.	Prioridad del principio de encarnación en la reflexión teológica. La literatura de Galdós, cauce de encarnación.	221
2.	La encarnación en la realidad española supone para Galdós afrontar el problema de la identidad patria.	223
2.1.	Observaciones previas sobre el problema de la identidad nacional.	224
2.2.	Valoración de la perspectiva galdosiana sobre el problema de la identidad española.	228
3.	Claves de la identidad española en la obra de Galdós.	229
3.1.	Aproximaciones dialécticas a la identidad española en los escritos de Galdós.	230
3.2.	Causas internas y efectos de la dramática identidad española en la obra galdosiana.	240
	1) La pérdida del integrante religioso en nuestro ser nacional histórico.	242
	2) La absolutización ideológica en los españoles	244

3)	Situación convulsiva de los españoles	247
3.3	La desintegración social de la mujer española.	248
3.4.	El <i>modus vivendi</i> hedonista, laxo y aparente de la clase alta española.	250
3.5.	La incultura, el innato desorden y el bajo rendimiento en el trabajo.	252
3.6.	La baja categoría de la clase dirigente española y el mal gobierno. La corrupción política.	253
3.7.	En síntesis: un estado de injusticia.	257
4.	Salidas viables a los pesos muertos que gravitan sobre la identidad de los españoles, según Galdós. El problema de la salvación de España.	258

Parte segunda. 271

Dramática existencial del creyente cristiano en la obra de Benito Pérez Galdós.

Capítulo V.- El retorno a la existencia cristiana personal en y desde la obra de B.P. Galdós. 273

(I) Teología de Dios. Perfil religioso del cristiano en la obra de Galdós.

1.	Sobre el Dios de los españoles en la visión de Galdós.	274
2.	Recuperación de la idea cristiana de Dios en la obra de B. P. Galdós.	279
2.1.	La identidad esencial de Dios en la obra galdosiana.	280
2.2	Sobre la relación personal del hombre con Dios.	290
1)	La experiencia del Dios cristiano.	290
2)	El dramático acceso personal a Dios.	293
3)	El proceso hacia la intuición de Dios.	294
4)	La oración cristiana.	296
3.	Crítica de las falsas imágenes de Dios en la obra de Galdós.	299
1)	Rechazo de la idea de intervención arbitraria y negativa de Dios.	300
2)	Rechazo del Dios partidista.	302
3)	Rechazo del Dios cómplice o autor de la injusticia y la violencia.	303
4)	Rechazo del sacrificio religioso destructor.	305
5)	Rechazo del monopolio eclesiástico de la idea de Dios.	308
4.	El proceso hacia la religiosidad sana. Religiosidad y humanismo en los personajes.	309
4.1.	La vivencia religiosa como vivencia humana válida y saludable.	311
4.2.	El acceso a la religiosidad sana. Sobre la autenticidad religiosa.	316
4.3.	La religiosidad como institución. ¿Hacia una sola religión universal?	320
4.4.	Deterioros de las religiones y de la religiosidad habitual según el pensamiento de Galdós.	322
4.5.	Sobre el ateísmo en el mundo literario galdosiano.	331
5.	¿Dios simplemente o el Dios de Jesús? Dialéctica de la fe cristiana.	332
5.1.	La figura de Jesucristo y su Misterio en los escritos galdosianos.	333
5.2.	Dialéctica de la fe cristiana en los creyentes galdosianos.	343
5.3.	Escatología: problema de la salvación y transcendencia de la muerte.	348

Capítulo VI.- El retorno a la existencia cristiana personal en y desde la obra de B. P. Galdós.	359
(II) Perfil existencial ético del cristiano en la obra de Galdós.	
1 Teología existencial básica en la obra de Galdós.	362
<i>El cristiano, persona que debe alcanzar una notable rectitud moral.</i>	
1. La naturaleza, pauta fundamental en la realización de la persona y de su talla moral, según el pensamiento de Galdós.	362
1.1. Concepto y límites de lo natural en la obra de Galdós. Dialéctica.	363
1.2. Lo natural en la relación de la pareja desde la perspectiva galdosiana.	367
1.3. La naturaleza, sustrato de la espiritualidad y de la moral en Galdós.	369
2. La conciencia moral en el hombre y en el cristiano.	370
2.1. La tensión dramática de la propia moralidad.	374
2.2. La talla espiritual de la persona y su moralidad en el mundo galdosiano.	377
2.3. Sobre los procesos de formación moral en la visión de Galdós.	380
2.4. Honor y moral en la obra de Galdós.	384
3. Opción cristiana por la libertad (interior y de comportamiento) en el pensamiento de Galdós.	386
4. Ética de la pobreza y liberación interior.	389
5. Degradación moral y pecado en la existencia del hombre y del creyente. Perspectiva galdosiana.	391
2 Teología del amor y de la caridad en la obra de Galdós.	397
<i>El cristiano, persona que debe amar excepcionalmente.</i>	
1. La actitud de amor. Dinámica fundamental del amor.	399
2. El amor de caridad, esencia del cristianismo, en la obra de Galdós.	407
2.1. La auténtica praxis de la caridad cristiana.	407
2.2. De dónde viene y adónde lleva el amor cristiano.	419
3. Rechazo galdosiano de todo lo que impide el desarrollo del amor.	425
3 Introducción a la teología de la justicia en la obra de Galdós.	427
<i>Al cristiano se le exige la práctica de una justicia íntegra.</i>	
1. Pasión por la justicia y opción por los desfavorecidos en Galdós.	428
1) Pasión por la justicia.	428
2) Opción por los desfavorecidos.	432
2. Denuncia de Galdós de los actos y las situaciones de injusticia.	436
4 Pacifismo cristiano y no violencia en la obra de Galdós.	445
<i>El ser cristiano implica el compromiso de construir la paz.</i>	
1. La no violencia interior y el perdón, perfil del cristiano en la obra de Galdós.	446
2. La condena de la guerra en los escritos de Galdós.	450
3. Condena de la pena de muerte en los escritos de Galdós.	456

Parte tercera.	461
Dramática eclesial en la obra galdosiana.	
Capítulo VII.- Visión del cristianismo y de la iglesia en la obra de B.P. Galdós.	463
1 <i>Dialéctica del cristianismo en la obra de Galdós.</i>	464
1. Sobre la esencia del Cristianismo en la teología galdosiana.	464
1.1. La identificación fundamental del cristianismo.	465
1.2. Un cristianismo auténticamente creyente y evangélico.	468
1.3. La opción por un cristianismo de signo liberal.	469
2. Importantes rectificaciones a verificar en la trayectoria del cristianismo según el pensamiento de Galdós.	478
2 <i>Dialéctica del hecho eclesial. (Eclesiología de Galdós.</i>	481
1. Concepto y alternativas de Iglesia en la obra galdosiana.	481
1.1. Alusiones al Misterio de la Iglesia.	482
1.2. Crítica de la Iglesia, institución universal, en el pensamiento de Galdós.	483
1.3. La alternativa eclesial comunitaria en <i>Ángel Guerra y Halma</i> .	494
1.4. Conclusión. El pensamiento eclesial implícito en la obra de Galdós.	501
2. Sentido de las congregaciones religiosas y de la vida conventual en la obra de Galdós.	503
2.1. Valoración eminente de la vida religiosa femenina.	503
2.2. Crítica de la forma de vida conventual femenina.	506
2.3. Visión crítica de las grandes órdenes religiosas de varones.	506
3. Consideración de la religiosidad popular y del arte cristiano en el pensamiento galdosiano.	510
3.1. La Iglesia de las devociones populares en la obra de Galdós.	510
3.2. Valoración del arte religioso cristiano en la obra de Galdós.	515
3.3. Visión de la cultura común cristiana en Galdós.	523
Capítulo VIII.- El ministerio pastoral y sacramental de la Iglesia a través de la obra de B.P. Galdós.	527
1 <i>Visión del presbiterado católico en la obra de Galdós.</i>	527
1. La figura y el ministerio presbiteral de Navarín.	530
2. Presbíteros y eclesiásticos idóneos en la obra de Galdós.	536
3. El problema del presbiterado católico en la obra de Galdós.	547
4. Crítica – denuncia de una mayoría de clérigos en la obra galdosiana.	553
5. En conclusión: ¿Galdós anticlerical?.	568
2 <i>La realidad sacramental cristiana y su pastoral en la obra de Galdós.</i>	573
1. El sacramento de la Eucaristía en la obra de Galdós.	574
1.1. La Eucaristía, encuentro personal con Dios, memoria viva de la entrega de Jesús.	575
1.2. El esplendor de la liturgia eucarística. Adoración.	577
1.3. Valor de la Comunión y del Viático.	579
1.4. Crítica de los deterioros en la celebración de la Eucaristía.	581
2. El sacramento del Perdón en la obra de Galdós.	584
2.1. Valor de la confesión de pecados y de errores culpables.	584

2.2	Valoración del sacramento del Perdón en sí mismo.	587
2.3.	¿Retorno a la práctica primitiva eclesial del sacramento del Perdón?	588
2.4.	Sobre la práctica sacramental de la Penitencia.	590
3.	Aproximación a la teología y pastoral del matrimonio en la obra de Galdós.	593
	Parte cuarta.	603
	APÉNDICES.	
I.	ANÁLISIS TEMÁTICO DE LAS OBRAS DE GALDÓS.	605
	Novelas Independientes	607
	Episodios Nacionales	632
	Teatro	669
	Otros Escritos	685
II.	TABLA DE CITAS DE LAS OBRAS. VALORACIONES.	691
III.	TABLA DE OTROS AUTORES CITADOS.	699
IV.	BIBLIOGRAFÍA.	705

INTRODUCCIÓN.

1. *Presentación. Contenido básico de la elaboración doctoral.*

Son muchos y excelentes los estudios realizados sobre la extensa obra de Benito Pérez Galdós. Quizás también inabarcables. Al lado de ellos, modestamente, iniciamos nosotros la investigación de un aspecto de esa creación literaria e histórica no considerado aún de modo suficiente, a nuestro modo de ver: la honda reflexión sobre el catolicismo del siglo XIX y, más al fondo, sobre el concepto y la práctica del cristianismo. Reflexión que emerge de sus escritos y que tal vez los vertebral de forma sustancial y singular.

Hemos pretendido indagar y –si procede- analizar la perspectiva evangélica y religiosa, indudablemente crítica, que percibimos de inmediato como elemento que acompaña a toda la creación galdosiana. Perspectiva que seguramente viene desarrollada con una intención reformista y de gran alcance en la línea de los movimientos cristianos liberales de esa época o, al menos, como el grito personal de un hombre cuya sensibilidad y conciencia no le dejan guardar silencio ante situaciones que considera insostenibles.

Permítasenos pensar que el estudio específico de esa palabra literaria –objeto de la investigación- pueda significar no sólo una mayor reivindicación del valor religioso y cristiano de la figura de Galdós y de una importante antropología teológica, sino también una aportación más a la tarea pendiente de reconstruir la verdad y la imagen de una Iglesia actual que antes que católica debiera ser cristiana.

El autor –fundamentalmente literato- estructura su idea desde el relato realista e histórico conjugado casi siempre, por una parte, con el recurso simbólico y fantástico y, por otra, con el propio testimonio, introduciéndose él mismo en el mundo que ha creado.

A lo largo del proceso de reelaboración textual nos parece haber llegado a la conclusión de que Galdós propone una alternativa histórica integral al catolicismo decimonónico (a la Iglesia y a las mentalidades que lo representan, a la burguesía y al clero), sugiriendo una recualificación de la influencia religiosa sobre la sociedad española. Al mismo tiempo deja al descubierto un serio “cuerpo de pensamiento teológico cristiano”, inmerso éste en el género literario propio y en el análisis sociohistórico que realiza.

Este cuerpo ideológico sería difícil de abarcar si nos detuviéramos sólo en la lectura individualizada de cada una de las novelas, de los episodios nacionales o de los dramas teatrales. No; lo que nos permitirá descubrirlo será, sin duda, una aproximación simultánea a la totalidad coherente de sus escritos, incluidos aquellos de carácter más breve e íntimo.

Comprendo que esta propuesta específica de consideración de la literatura y de la persona de Galdós pudiera suscitar alguna prevención historiográfica (en la sección de Historia de una Facultad civil), como si me guiara en ese estudio alguna idea preconcebida favorable a la religiosidad del autor y de su obra, un interés parcial o desgajado de la consideración objetiva.

Intentaré despejar esa objeción. No niego la sorpresa y el interés experimentados por mí mismo al encontrar –e ir sumando- datos y exhaustivos desarrollos de temáticas religiosas en la novelística galdosiana, sobre todo; pero quisiera aclarar que en ningún momento de la investigación me he permitido una lectura sesgada de las obras, ni reinterpretar los textos más allá de la propia interpretación que hace el autor y del eco directo de los lectores contemporáneos al mismo.

He optado simplemente por limitarme a la exposición justa, aunque selecta, del inmenso material documental que testifica la objetividad del trabajo sobre la obra galdosiana (obra de la que he extraído 989 citas textuales).

Por lo demás, este tipo de estudio no es único ni el primero en la historiografía española (aunque sí pueda ser excepcional por la densidad con que se nos ofrece). Porque todos los aspectos de la cultura española, al menos hasta muy entrado el siglo XX (tales como el acontecer histórico, la literatura, el arte en todas sus manifestaciones, la lengua hablada, el folklore y el costumbrismo, el derecho) vienen notablemente determinados –para bien o para mal- por la presencia del elemento religioso de signo más o menos cristiano, y han sido considerados de tal forma por literatos, historiadores y filósofos. Galdós no podía ser menos en esa visión de la realidad.

Debo, sin embargo, adelantar la idea de que la lectura sosegada de la producción entera del escritor desvela no tanto una teología sistemática (no era ése el objetivo de conjunto de su labor literaria) como una espiritualidad –una forma de sentir y de hacer la existencia- basada al mismo tiempo en la naturaleza humana y en la fe en Jesús. Una dramática existencial cristiana, sin duda demasiado incomprendida por los ambientes religiosos predominantes de su época y de la actual.

Verificada, pues, la presencia de esa alternativa cristiana (al menos conceptual), ¿habría que predecir que su suerte fuera semejante a la que corrieron los mejores intentos reformistas que soñaron llevar a cabo las utopías humanistas del XV-XVI

européo, apenas entendidas ni aceptadas en su tiempo? En el drama *Santa Juana de Castilla*, de corte erasmista, Galdós parece revivir aquel fracaso histórico de nuestro país. ¡Ojala estemos aún a tiempo de rescatar el legado galdosiano!

De momento, lo que sucede –a mi modo de ver- es que la perspectiva que nos ocupa no ha alcanzado un desarrollo o una atención exhaustiva entre los abundantes y valiosos estudios editados y que, por tanto, merece la pena emprender el largo y arduo camino –sin duda apasionante- que conduce a su verificación suficientemente científica.

En realidad, tampoco la transcendencia de toda la obra del escritor canario está bastante establecida en la cultura que nos sostiene hoy; de manera que la queja de Salvador de Madariaga parece todavía vigente:

*“Galdós reconstruía vigorosamente su época. Por qué han de seguir Europa y América en casi completa ignorancia de uno de los creadores literarios más grandes que la raza humana ha producido, es un misterio que como todos los misterios, fuera de la teología, permite desde luego al curioso inteligente el acceso a sus secretas cámaras. España no ha dado un novelista más grande desde Cervantes.”*¹

Nacimiento y expectativas personales de este trabajo.

La propuesta de la tesis que presentamos surge (en una primera fase) de la lectura y el estudio pormenorizado de toda la creación literaria del autor: del grato análisis del centenar de obras formales del mismo (novelas independientes, episodios nacionales, teatro, y relatos breves), al que se añaden los demás textos menores (artículos, ensayos, cartas) y, en segundo término, de la consideración de los estudios galdosianos de tipo general y monográficos, especialmente escrutados desde la perspectiva que nos ocupa.

Pero quiero añadir enseguida que la opción por mi trabajo surge, a la vez, de dos fuentes: primero, de un clima de afinidad a la figura del escritor (clima disfrutado desde hace ya muchos años) y ,segundo, de una ilusión y esperanza nacidas al compás de esa larga lectura: recuperar para los más posibles otra palabra iluminadora de la maltrecha memoria española, alzando a la vez –ahí mismo, si fuera posible- un discurso capaz también de asombrar a no pocos cristianos y de permitirles soñar una iglesia renovada.

¹ De MADARIAGA, Salvador, *España*. cap. VIII *Galdós y la Generación del 98*. Espasa Calpe. Madrid 1979, pág.87

Hago mías, de entrada, las palabras de Galdós en un artículo de 1903 (*Soñemos, alma, soñemos*): “¡Desgraciado el pueblo que no tiene algún ensueño constitutivo y crónico, norma para la realidad, jalón plantado en las lejanías de su camino!”²

Pretendo invitar, pues, a ese sueño desde la ingente obra literaria profética del escritor hacia quien –vuelvo a confesarlo– me vincula una simpatía inicial y me une la entrañable relación de discípulo.

Galdós es un profeta al estilo puro de los bíblicos Jeremías o Ezequiel, soñadores realistas que difícilmente alcanzan a ver en el horizonte la llegada del hombre nuevo, de un Hijo de Hombre percibido por ellos con alguna claridad; profeta apenas escuchado por sus contemporáneos ni por las generaciones siguientes, rechazado en la institución sacerdotal y apenas considerado en las civiles. Situado en los dos planos en los que se desarrolla el profetismo: primero, en el plano de la dialéctica *denuncia* – *anuncio*; denuncia de injusticias y de la *sinrazón* en la vida pública cívica y religiosa, anuncio y grito de una sociedad mejor para el presente, de una sociedad utópica sin duda, con la utopía del cristianismo; segundo, en el plano de la visión del futuro, aventurando – como porvenir– la imagen incierta y dolorosa de España y de la Iglesia española, más allá, desde luego, del horizonte de los siglos XIX y XX.

Porque el pensamiento galdosiano se desarrolló con una extraordinaria categoría de encarnación en la realidad social, proponiendo –siempre con el recurso a la palabra literaria!– la importante pedagogía de resurrección de la que estamos faltos los ciudadanos de este país y, en particular, los católicos.

Todo ello –esa amplio talante profético– vivido desde el propio drama personal de la búsqueda de paz, de asentamiento sosegado y, al mismo tiempo, desde la crisis interior existencial y creyente.

Que Don Benito fuera o no –como individuo– un perfecto modelo ético de referencia notable, no es cuestión que afecte a la valía conceptual, educativa y estética de su obra ni de su persona. Ni es competencia de nadie el emitir un juicio sobre este asunto. Quizá no fueron modélicos nuestros padres de la literatura y del pensamiento (Cervantes, Lope, Quevedo, Bécquer, Larra, Juan Ramón, Unamuno, Valle-Inclán, A. Machado, Federico G. Lorca...) y, sin embargo, a ellos seguimos debiéndonos los españoles para seguir adelante en la tarea de identificar nuestro ser y nuestra historia. Ciertamente, a este respecto, vamos a verificar una vez más que tal vez Dios escribe derecho con renglones que pudieran parecernos un tanto desarreglados.

Por lo demás, verificaremos enseguida que el perfil de nuestro escritor integra rasgos y fondo de extraordinaria valía humana y cristiana.

² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Soñemos, alma, soñemos*. En la revista *Alma Española*. Año I. n.1 8 de noviembre de 1903, pág.2.

En fin, en cuanto a la elaboración de este trabajo, he de decir que se ha venido realizando a lo largo de casi veinte años. Y que sólo desde hace seis o siete aproximadamente se ha orientado hacia la configuración de una posible tesis doctoral. Esto, en razón de la aportación singular y novedosa que pudiera significar para los estudios literarios, históricos y teológicos (dentro y fuera del campo galdosiano), por pequeña que sea tal aportación, y en segundo lugar, por la original ejemplificación que ofrezca en orden a establecer un estrecho vínculo entre esas tres disciplinas: la Literatura, la Historia común y la Teología; es decir, por contribuir a ampliar la identidad de Galdós como importante patrimonio cultural cristiano.

La razón del título escogido para la tesis.

Tras varios intentos, doy, por fin, al trabajo el título siguiente: *La perspectiva teológica en el pensamiento galdosiano: una alternativa integral al catolicismo español del siglo XIX*³, reflejando así el planteamiento que lo sitúa dentro del campo de la investigación histórica y, a la vez, en el de la teología. Intentaré justificar enseguida ambas consideraciones.

Pretendemos que ningún supuesto de la teología existente en la creación de Don Benito quede soslayado o tratado sin la suficiente atención, o sin desvelar la relevancia que el autor le concede a lo largo de su larga composición literaria.

Advirtiéndolo ya que, a pesar del grato discurso narrativo, no se trata de una teología cómoda ni abordada exhaustivamente por el escritor, aunque sí se muestra con trazos enérgicos. Y siempre con la perspectiva tensa de lo cristiano que busca su originalidad en medio de un contexto (de personas e iglesias) que, con frecuencia, se autodenomina católico habiendo omitido, en realidad, el carácter agónico de la auténtica fe y habiendo desfigurado en gran medida los contenidos originales del Evangelio de Jesús; es decir, habiéndose alejado de la verdad del hombre y de la verdad de Dios.

Añadiría a mi trabajo un subtítulo más descriptivo, *La dramática existencial cristiana en la obra de Galdós*, porque el autor concibe dramáticamente la vida (toda la andadura humana y tanto la vida cristiana individual como la colectiva o institucional) inserta en la difícil trama de lo cotidiano. En términos paulinos y unamunianos plantea una existencia “agónica”, en lucha permanente consigo mismo y con el entorno; con la expectativa de redescubrir y recuperar fidelidades costosas: las que emanan del más lúcido humanismo y de la fe en Jesús. Probablemente en pugna a muerte con los factores mundanos históricos que –de manera inconsciente o intencionada– pretenden con

³ El particularismo de lo español no excluye (más bien integra) la universalidad de perspectiva. Tal vez en el mismo sentido en que Federico García Lorca proyectaba culminar su obra dramática trágicamente interrumpida teniendo como protagonista al “andaluz universal”.

éxito minar esas fidelidades. De donde resulta que –para Don Benito- el vivir creyente es épico, no bucólico y apaciguado (como el de quien posee un bien seguro y acomodado). Máxime, cuando las personas y las instituciones optan, más bien, por la seguridad confortable de ideologías y de comportamientos heredados y, además, encuentran –para ese mecanismo- el apoyo de las instancias superiores tranquilizadoras.

La obra de Galdós genera, entonces, una espiritualidad a comparar con la de la literatura rusa del XIX. Ofrece, en consecuencia, elementos de “cultura cristiana” (en especial “para españoles”); de forma que –según nuestro punto de vista- el anatematizado por el obispo Antonio Pildain (e inicialmente por Marcelino Menéndez Pelayo) podría merecer *a iure* un puesto elevado dentro del riquísimo patrimonio de signo cristiano que se engarza en el tejido cultural común de este país.⁴

Su obra resulta de excepcional relevancia para la conciencia ciudadana y, particularmente, para el catolicismo. Tanto por el discurso histórico y político que se deriva de ella, como por enriquecer radicalmente el pensamiento sobre el mundo religioso.

Aun tomando con cierta reserva la opinión del hispanista Pierre E. Sallenave (que a su vez comenta a Ramón Pérez de Ayala), coincidiríamos, pues, sustancialmente con la valoración transcendente que hace de la obra galdosiana:

*“Galdós es el común denominador, el gran oráculo que habla por la naturaleza humana, por el individuo cogido entre la tradición y la masa. Para darle a su voz toda la resonancia posible, no vacila Ayala en alzar a su héroe en el pináculo de la Historia; si no sonare demasiado a sacrílego, diríamos a divinizarle. Esta situación extrahumana le da el necesario alejamiento, la suficiente imparcialidad para ‘ver las cosas de la tierra en su cabo y extremidad ‘sub specie aeterni’.”*⁵

Es esta idea -cada vez más reafirmada- la que nos ha llevado a desarrollar la presente investigación.

2. Justificación del carácter de tesis doctoral para la presente investigación sobre la obra de B.P. Galdós.

Es obvio que la Universidad sólo pueda otorgar el estatuto de investigación doctoral a aquellos trabajos que reúnen estos requisitos básicos: la aportación novedosa e inédita, la focalización en un determinado aspecto del campo por el que se

⁴ Con este carácter de valor patrimonial cristiano se sitúa (aunque de forma breve) la figura de Galdós en mi libro *Teoría y didáctica del patrimonio cultural cristiano. Concepto y áreas de la cultura religiosa cristiana en España*. Cap.6 Ed. Universidad de Granada - ICCE . Granada 2006

⁵ SALLENAVE, PIERRE E., *Notas sobre una lectura política de Galdós*. Cuadernos Hispanoamericanos. (Instituto de Cultura Hispánica. Madrid) N. 250-252. 1970-1971. Pág. 113

transita, el nivel científico de los elementos aportados y conjugados, y el interés para el progreso del saber (a ser posible con una vertiente práctica).

Esperamos que estas condiciones se cumplan suficientemente a propósito del estudio sobre la obra de Benito Pérez Galdós que vamos a presentar.

2.1 Justificación del carácter de tesis doctoral en Historia para la presente investigación sobre la obra de B. P. Galdós.

Parece -a primera vista- que, al tratarse de un escritor, el campo sobre el que debiera versar una investigación nueva tendría que ceñirse a la producción literaria en cuanto tal; así, refiriéndonos a Galdós, hablaríamos de cualquier estudio aún sin desarrollar dentro de las innumerables facetas de su producción, de análisis lingüísticos o sociológicos todavía pendientes de elaboración en orden al estudio completo de tan vasta creación.

Sin embargo, es preciso recordar la estrechísima relación existente entre literatura e interpretación de la historia y del devenir humano. Y, en muchos casos, no sólo entre la obra maestra escrita y la visión del pasado en el que ésta nos sitúa, sino – sobre todo- entre dicha obra y las claves de comprensión y de reinterpretación del futuro de un pueblo en aquellas dimensiones constitutivas del mismo. De forma que la literatura entra entonces de lleno en el campo de la investigación histórica, antropológica y posiblemente teológica.

Así han leído El Quijote nuestros grandes pensadores: Unamuno, Ortega, Azorín, Rosales... y el mismo Galdós.

Ésta es la cuestión que nos planteamos: si existe un pensamiento teológico galdosiano ¿puede verificarse alguna determinante relación entre éste y el devenir histórico de la España del siglo XIX y del XX?

Creemos que a lo largo del trabajo que presentamos podrá constatarse una estrecha relación de esa índole; con la peculiaridad, además, de que España y su historia adquieren en los escritos estudiados identidad personificada dramática, protagonismo expreso y palpitante. Invitándonos el autor a que escuchemos y discutamos el grito de Santiago Íbero cargado de angustia moral: *“Somos la España sin honra, y huímos, desaparecemos, pobres gotas perdidas en el torrente europeo”* (al final del último Episodio Nacional de la cuarta serie *La de los tristes destinos*); un grito indicador de que en esa relación (espíritu – historia) nos va no sólo la conciencia histórica, sino la vida.

Galdós penetra –y nos pide penetrar- en toda la realidad hispana del decisivo siglo XIX, sin excluir ni aparcar ninguno de los factores que la determinan. Por tanto, integrando también, apasionadamente, el grave problema de la religiosidad personal y del catolicismo que definía a este país.

Y hace esa penetración crítica añadiendo dos perspectivas paralelas ineludibles:

- una, la conciencia de estar diagnosticando una dolencia de siglos (dolencia también religiosa), primer paso para iniciar un lento proceso de reconversión de la historia total presente (la que él vive);

- otra, la expectativa utópica de un futuro para esa España que parece morirse o mortalecerse, cuya construcción va quedando –en teoría, al menos- perfectamente ensamblada; de tal manera que, si bien el autor se siente fracasado en el sueño que lo sostiene, no obstante, la propuesta utópica va a permanecer inmutable, a disposición de las gentes de buena voluntad que un día acierten a recoger el testigo que ha dejado el escritor y se decidan a imprimir a la historia el impulso que él proyectó.

El reto investigador que se nos ofrece es, pues, primero, redescubrir la crítica total del problema español que hace Don Benito y, segundo, estructurar su anuncio de una sociedad española nueva, armonizando todos los elementos con los que él cuenta, uno de los cuales –como integrante sustancial- es el religioso.

En nuestra opinión ambas funciones están todavía por investigarse con la exactitud debida, porque la consideración del conjunto y de la particularidad de la obra galdosiana adolece aún de esas lagunas. Y ello a pesar de ensayos magníficos como el de María Zambrano (*La España de Galdós*).

En orden a aclarar el planteamiento que sugiero (como investigación histórica que asume el tema específico del problema religioso nacional) creo conveniente adelantar los siguientes presupuestos (que se expondrán en los capítulos de la tesis):

1º El catolicismo español del XIX (clero y mentalidad religiosa dominante en la población) ejerció sobre el conjunto de la sociedad una fuerte influencia; esta influencia no fue positiva o, al menos, estimulante para el progreso del país:

- si se exceptúa la intervención de una parte del alto clero en las Cortes de Cádiz, la Iglesia, a lo largo del siglo, estuvo en contra del movimiento liberal y del constitucionalismo naciente;

- representantes religiosos actuaron como consejeros del rey “absoluto” Fernando VII y del pretendiente Carlos Isidro (en el sentido más conservador y absolutista);

- la mentalidad católica contribuyó a la escisión de las dos Españas e impulsó o sustentó las guerras carlistas;

- la Iglesia determinó una enseñanza a su estilo y llegó a imponer su censura sobre la Universidad;

- el ritualismo religioso y el dogmatismo ultramontano definieron la presencia pública de los católicos (aunque excepcionalmente surgieron personalidades cristianas con un importante sentido ético social);

- fueron muy pocos los clérigos ilustrados, capaces de prestar un servicio al progreso y a la convivencia ciudadana y de promover el desarrollo en el campesinado;

- el debate sobre la cuestión religiosa y la pugna entre clericales y anticlericales ocuparon inutilmente gran parte del tiempo parlamentario y de la preocupación popular.

Estos hechos tuvieron como consecuencia:

- el deterioro (e ignorancia) de la imagen cristiana; presentando un catolicismo aliado del Antiguo Régimen y alejado de sus propias esencias;

- el oscurantismo ideológico y el freno del progreso;

- una tensión conflictiva permanente con grave incidencia en el futuro.

2º Galdós intervino con un análisis lúcido en esa compleja y dolorosa situación de la catolicidad española y, a la vez, hizo una propuesta alternativa de existencia cristiana (de catolicismo renovado) capaz de modificar radicalmente el signo de su influencia sobre la sociedad... Una propuesta que, de haber sido entendida y atendida en su momento, hubiera podido, al menos, aligerar sustancialmente el balance negativo de la relación Iglesia – España del XIX.

Lo sorprendente y efectivo de tal propuesta es, por una parte, su elevada consistencia teológica (según una teología original del cristianismo) y, por otra, su carácter integral: el hecho de que aborda todas y cada una de las dimensiones (de pensamiento y operativas) que ocupan su práctica.

A título de ejemplo, y refiriéndonos a las novelas largas e independientes, el autor muestra el propósito deliberado de que el catolicismo hispano transite de un estado de postración e influencia negativa a un enriquecimiento sustancial y de influencia positiva.

En concreto:

En *Gloria, Rosalía, Doña Perfecta, La familia de León Roch*,... propone el paso del fanatismo católico (eclesiástico y de la burguesía), que genera muerte, a una *Iglesia abierta e integradora de todas las formas de ecumenismo, que se convierte para la sociedad en factor de convivencia y de libertad (sobre todo frente a los intereses de la alta burguesía ciudadana y agraria)*.

En *Ángel Guerra y Halma*,... propone el paso del clericalismo dominante en la constitución de la Iglesia (y en la sociedad), a un *cristianismo de signo no clerical, comunitario, y de responsabilidad laical, capaz de apoyar la inserción en la realidad y la atención al mundo de los pobres y marginados*.

En *Nazarín*, *Torquemada* y *San Pedro*, *Zumalacárregui*,... propone el paso de un tipo de clero burgués, indocto, alejado del mundo, estúpido (y, sin embargo, dominante) o desconcertado en su ministerio, *a una presencia presbiteral amable, inteligente, servidora incondicional, capaz de asumir en la sociedad una discreta referencia modélica*.

En *Electra*, *Casandra*, *Mariucha*, *Santa Juana de Castilla*,... exige el paso de una Iglesia que esgrime la idea más cruel de Dios, cercena la libertad de las conciencias y vende al hombre por un pedazo de falsa espiritualidad, *a un Dios y a una iglesia liberadores, fuerza de apoyo para el logro de la libertad individual en el seno de la sociedad*.

En *Misericordia*, *Pedro Minio*, *Marianela*,... propone el paso de un cristianismo centrado en los ritos y en la fidelidad dogmática, *al Evangelio vivido en la cotidianeidad y centrado en el amor, la misericordia y la comunión con los necesitados, al margen de las condiciones éticas o sociales que definan a éstos*.

En *El caballero encantado*, *Cánovas*,... sugiere el paso de una Iglesia ajena en absoluto a la historia patria, *a una Iglesia humilde y dolorida precisamente por hallarse inmersa en la historia de este país sin pretender dominarlo*.

Etc.

Es decir, el deliberado propósito de Galdós (al menos una de sus más claras intenciones a lo largo de toda la creación literaria) parece ser el exigir al catolicismo usual un cambio histórico que repercuta en toda nuestra historia, otra forma de presencia que lo convierta en factor altamente positivo para el desenvolvimiento de nuestro devenir social.

Evidentemente, se trata de una hipótesis que debe verificarse en cuanto a las obras citadas y, en general, respecto a toda su producción escrita (analizándola, así mismo, en los Episodios Nacionales; por ejemplo, a partir de episodios tan emblemáticos como *La segunda casaca*, *El terror de 1824*, *Los Apostólicos*, *La campaña del Maestrazgo*, *Aita Tettauén*, *España trágica*, los ya citados, etc.). Conjugando todos los datos, de forma que pueda tal vez mostrarse dicha alternativa de catolicismo como un “cuerpo de pensamiento” al que podamos referirnos nosotros (aunque el autor no lo proponga de forma sistemática y sólo ocasionalmente exprese su deseo de que se produzca la auténtica reforma cristiana).

Tenemos la impresión de que no se ha realizado todavía una elaboración de este tipo con la envergadura que se requiere y con el valor de referencia importante para quienes en la sociedad española y en el catolicismo español deban soñar cambios estructurales.

3º Nos hallamos, pues, ante un tema amplísimo, pero, a la vez, específico, de investigación histórica. Pero se trata aquí de un trabajo que, curiosamente, implica –en su base– el estudio exhaustivo de la temática religiosa que recorre y en gran medida vertebra la obra galdosiana. O lo que es lo mismo, este trabajo incluye por necesidad una perspectiva teológica (precisamente a partir de las innumerables manifestaciones del pensamiento del autor). Y tal investigación presupone, evidentemente, la suficiente sensibilidad teológica en el investigador.

2.2 Justificación del carácter de tesis doctoral en teología histórico – dogmática para la presente investigación sobre la obra de B.P. Galdós.

Al indicar el carácter histórico específico de la tarea que nos ocupa, queda claro que debe entrarse también en una detenida consideración teológica de la obra de Galdós. Y entiendo que hay dos razones justificantes del nivel de elaboración doctoral en “Humanidades – Teología” para este trabajo:

1ª *Razón formal. Valoración inédita de Galdós como teólogo y como patrimonio de la cultura cristiana.*

Benito Pérez Galdós –su ingente obra– es seguramente todavía un *tema pendiente en la cultura española media actual, y, más aún, en la cultura teológica y cristiana*. Me atrevería a afirmar que el catolicismo español (de cualquier signo) ignora esa referencia importante para verificar o revisar el pensamiento cristiano desde una instancia secular y de actualidad.

Consta ya el acuerdo común (entre los estudiosos del escritor canario) de concebir su obra como una de las más agudas observaciones de la realidad española, presentándola como instancia pedagógica fundamental para imaginar la reconstrucción de nuestro país. No existe, sin embargo, ese acuerdo (menos aún entre los intelectuales católicos) sobre el valor de la obra de Galdós como palabra dirigida al mundo creyente, a la Iglesia, y menos con un talante reformador de la práctica del cristianismo.

La cuestión que nos planteamos aquí es ésta: ¿tiene Galdós densidad y amplitud temática respecto al hecho religioso (en especial, de signo cristiano) como para hablar de un pensamiento digno de considerarse en los estudios teológicos?

Tras la lectura de la totalidad de sus libros (y de la parte más sustancial de sus escritos menores) creo hallarme en condiciones de adelantar esta convicción: *la temática de Galdós a propósito del cristianismo* (partiendo de su visión realista del catolicismo español del siglo XIX) *puede significar hoy una densa, seria e inédita reflexión* en cuanto a los postulados cristianos y en cuanto a la concepción de la praxis eclesial del cristianismo. Más aún: la teología que Don Benito proponía a los católicos en los albo-

res del siglo XX como reforma de la Iglesia tiene perfecta vigencia; es asunto pendiente y bien orientado (aun con evidentes matices a debatir) en esta segunda década del siglo XXI.

Eso, naturalmente, a pesar de las sombras y lagunas explicables en un autor que no es teólogo de profesión. Digamos que Galdós se aproxima al pastor (al educador) más que al orador erudito. Sus textos contextualizados (llenos de colorido dramático) pueden significar una interpelación directa y grata tanto al increyente como a la persona buscadora de Dios o al creyente mismo; tienen un claro valor pragmático si son oportunamente ofrecidos.

¿Qué puede aportar nuestro trabajo a la hipótesis planteada?

Contamos ya con numerosos e importantes estudios sobre la creación galdosiana en general. A partir de los años sesenta se puede decir que esa investigación ha entrado en un período de madurez, aunque no de divulgación. Así mismo, aunque con menos abundancia, han ido apareciendo trabajos monográficos sobre aspectos particulares de la dimensión religioso cristiana de esa producción literaria.

Pero considero que -hasta ahora- la perspectiva religiosa (de signo natural o cristiano) en los escritos del autor canario se ha abordado de manera fragmentada e incompleta (no integrando la totalidad de las obras); o, si acaso, se ha tratado de modo excesivamente global y sin destacar ni concretar claramente la posible especificidad cristiana que pueda haber en los planteamientos del escritor. Y, en todo caso, sin intentar una visión orgánica del cuerpo teológico plasmado en su abundantísima escritura.⁶ Es decir, no existe una teología desde la obra de Galdós; existen sólo estudios singulares -bien hechos, desde luego- de algunos aspectos de esa teología.

⁶ Nos permitimos indicar que los más extensos, importantes y básicos estudios galdosianos no ofrecen, sin embargo, un tratamiento orgánico suficientemente estructurado y completo de los abundantísimos elementos de teología cristiana que recorren y hasta vertebran toda la producción del autor. Nos referimos a estas obras, clásicas algunas, otras más recientes, todas fundamentales para los estudiosos de Galdós desde cualquier punto de vista: JOAQUÍN CASALDUERO: *Vida y obra de Galdós y Naturalismo y espiritualismo en las novelas de Galdós*; GUSTAVO CORREA, *El simbolismo religioso en las novelas de Galdós y La concepción moral en las novelas de Galdós*; JOSÉ F. MONTESINOS, *Galdós* (vol. 1.2. y 3); JOSÉ LUIS MORA GARCÍA, *Hombre, sociedad y religión en la novelística galdosiana (1888-1905)* y *Formalismo y autenticidad: aspectos ético religiosos en la novelística galdosiana*; SOLEDAD MIRANDA GARCÍA, *Galdós y la religiosidad de su época y Religión y clero en la gran novela española del siglo XIX*; FRANCISCO RUIZ RAMÓN, *Tres personajes galdosianos. Ensayo de aproximación a un mundo religioso y moral*; FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES, *Pérez Galdós. Vida, obra y época* e introducciones a las obras completas; ANTONIO CABRERA PERERA, *El problema religioso y el sentimiento católico en Galdós*; CARLOS M. RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA, *Galdós, un cristiano heterodoxo*; FEDERICO SOPEÑA, *La religión mundana de Galdós*; DANIEL GAUTIER, diversos artículos en la revista "Isidora"; y bastantes más especialistas de habla hispana, inglesa o francesa. De todos ellos y de sus excelentes obras se dará cuenta a lo largo de este trabajo y en la bibliografía final.

Sí hay un elenco elevadísimo de excelentes estudios monográficos de distintos aspectos religiosos contenidos en la obra de Galdós. A ellos haremos referencia, así mismo, a lo largo de las páginas que

En líneas generales es notoria la inexistencia de una teología desde la literatura “profana”; como si ésta no tuviera capacidad alguna para intervenir en el discurso teológico. Muy pocos teólogos españoles han imaginado la teología desde la lírica o el teatro de nuestro barroco, desde los movimientos románticos y desde el realismo, desde la Generación del 98, desde Juan Ramón Jiménez o desde Luis Rosales, Pedro Salinas, Gerardo Diego..., desde el teatro del XX, por citar hitos significativos del pensamiento literario hispano. Trataremos de este asunto en el capítulo III de la tesis que nos ocupa.

Refiriéndonos en particular a Galdós, creemos que esa omisión podría deberse a alguna de las razones siguientes:

- O porque los estudiosos de Galdós se han centrado (como era lógico) en el arduo análisis del sentido histórico de su temática y en la forma literaria y lingüística de la misma;
- O porque son pocos los lectores que llegan a abarcar la totalidad (o casi totalidad) de la extensísima producción de Galdós,
- O porque los profesores e investigadores españoles o hispanistas (filólogos o historiadores de extraordinaria valía) estudiosos del escritor no poseían la suficiente visión teológica previa que les permitiera la consideración dicha -no venían obligados profesionalmente a mantener la perspectiva propia de estudios teológicos-; o incluso eran tal vez reticentes a detenerse en esa consideración objetiva. (Error éste tan grave como el de quien pretendiese analizar la literatura y el arte plástico barroco de nuestros Siglos de Oro eludiendo el tema de la fe; error en el que no han caído comentaristas galdosianos de universidades norteamericanas o francesas...)

Sea lo que fuere, tenemos la convicción de que todavía se halla virgen este campo del estudio de Galdós: el que se refiere a la consideración orgánica teológica de todo su pensamiento sobre el hecho religioso y cristiano. Creemos que falta aún la elaboración teológica del pensamiento del autor; un pensamiento expresado narrativa y dialécticamente por él (a lo largo de mucho más de un centenar de escritos). Falta esa consideración como eje transversal de su palabra; aunque en tal palabra se desarrolle sin intención sistematizadora y aunque la perspectiva fundamental de su creación sea otra.

Pero es suficiente para el investigador la abundancia, coherencia e incluso firmeza de las ideas religiosas expresadas en las tramas y en los personajes narrados, o en las impresiones personales de artículos y cartas del autor. Con este material resulta posible trazar un amplio diseño teológico basado en su literatura y tal vez también en su persona.

siguen y en la bibliografía final. Pero el conjunto de estos estudios tampoco cubre la totalidad de la teología (o de las aproximaciones teológicas) existente en los escritos completos de Don Benito.

Que Galdós esté ausente de la referencia cultural media es grave. Y la ignorancia de su valor teológico es igualmente grave para todos.

Si se prescinde de este valor posible en los estudios galdosianos pueden ocurrir dos cosas: primera, que no se entienda correctamente al escritor más trascendental de nuestro tesoro literario después de Cervantes (seguiríamos entendiéndolo muy poco y alentando visiones falseadas de su legado) y, segunda, que tanto la cultura básica española como la “teología cristiana desde España” queden penosamente empobrecidas.

Se trata, pues, de ser justos con él, justos con la cultura y justos colaboradores en el desarrollo de una teología literaria de signo popular y artístico, una teología que (confrontada a los datos de los escritos neotestamentarios) puede hacer más amable y atrayente el debate teológico.⁷

Entendemos que –en la medida de las posibilidades de cada uno- es un deber contribuir al esclarecimiento de perspectivas religiosas y cristianas con frecuencia ocultas e ignoradas en ese tesoro que es el tejido cultural que se nos ha legado y nos sostiene; sobre todo, cuando tales perspectivas alcanzan un valor de actualidad y de orientación del futuro. Se trata, entonces, de cumplir un doble objetivo: colmar la conciencia del patrimonio público literario, reincorporando a él todos sus elementos, y, a la vez, desvelar a la población la existencia de un pensamiento de fe, de religiosidad y de moral, rico y atrayente, inserto no en libros de teología o espiritualidad sino en la poesía, en la novelística y en el teatro de nuestro dormido patrimonio literario.

Y nos parece que resulta urgente realizar esa tarea, particularmente en lo que se refiere al realismo literario (época cercana y aún sin asumir) y, muy en especial, respecto la obra de Don Benito Pérez Galdós.

“¿No es Galdós –se pregunta Luis Nos- el cantor de la caridad de Jesucristo en obras como Misericordia, Nazarín, Halma, Ángel Guerra (Amor y Ciencia, Pedro Minio,... añadiríamos). ¿Por qué un sector de la iglesia del pasado y del presente no han querido reconocerlo?”⁸

Recuperar a Galdós profeta y pedagogo de honda inspiración cristiana. Éste ha sido el objetivo de nuestro trabajo.

Afrontamos este empeño contando con las limitaciones literarias del mismo:

⁷ A este respecto escribe el profesor LUIS NOS MURO: “*Si la literatura española (posterior) hubiera continuado por los derroteros galdosianos, secundados por Unamuno, Carmen Laforet, Gonzalo Torrente Ballester y algunos más, hoy disfrutaríamos de una rica tradición de literatura religiosa-cristiano-católica, adelantándonos, con Galdós, a los grandes novelistas franceses e ingleses.*” (*El ‘otroismo’ como religión*. En revista *Religión y cultura*. Vol. LVI. 2010. Pág. 733). Extendiendo el término *literatura* que usa el autor a la poética y al teatro, habría que mencionar no sólo a otros novelistas (R. Sender, M. Delibes, J.M. Gironella, etc.) sino, por lo menos, a Juan Ramón Jiménez, a Luis Rosales, León Felipe,... A. Casona, J. Salom, A. Sastre...,etc., todos los cuales constituyen de hecho, ya, la base de esa *rica tradición* de la que habla Luis Nos.

⁸ NOS MURO, Luis, o.c., pág. 735

conscientes de que el literato se debe ante todo a la estética de la lengua, a la veracidad histórico sociológica y a la pasión escritora, más que a la elaboración doctrinal de su pensamiento. Por tanto, con suficiente modestia en cuanto al logro de una síntesis ideológica acabada a partir de las obras.

Añadamos que la sugerencia galdosiana de alternativa cristiana no se ofrece sin tensión. Es una dramática existencial que puede sorprendernos como un avance de las mejores líneas de teología del siglo XX, en contraposición al Syllabus y al Vaticano I, y se presenta, sin duda, como un grito profético desde la secularidad.

Al hilo de esa pintura realista de la condición creyente van surgiendo en las páginas galdosianas, entrelazados, los innumerables aspectos de la teología cristiana: un *corpus theologicum* amplio y denso, aunque no pretendido intencionalmente como sistema. Todos esos aspectos convergen en la visión plural, dilatada y detenida (teológica) que Galdós tiene del hecho cristiano *de facto y de iure* (aunque sea a partir de la contemplación realista del catolicismo español del siglo XIX).

2ª Razón de metodología teológica.

Como es explicable (e incluso normal), los discursos teológicos tienden a ser sistemático-conceptuales. Por su parte, los escritos de espiritualidad (que debieran dimanar de la teología) cumplen la función exhortativa en la vida creyente. Unos y otros, por esa naturaleza lingüística, ofrecen dificultades para el lector medio. Ninguna de las obras de Galdós discurre por esos cauces.

Al proponer -con reservas siempre- una cierta teología de los escritos de Galdós nos encontramos, ante todo con un literato (no con un teólogo ni con un director espiritual), con un apasionante lingüista que, por serlo, despierta atractivo e interés en la cultura media. Pero, además, (contrastándolo con el discurso teológico habitual, innecesario, sin duda!), vamos a hallar dos líneas nuevas de construcción textual que – bien trazadas- pueden hacer más próximo el pensamiento sobre el cristianismo (pensamiento no exento de talante crítico respecto al proceder de muchos que intentan monopolizar la identidad cristiana).

Estas dos líneas son la narración y el simbolismo.

a) *Una teología narrativa.* El pensamiento surge de la vida de los protagonistas (que, además, lo expresan de modo explícito), de su aventura llena de colorido, de su confrontación dramática con la realidad (Galdós no deja en ningún momento de pertenecer a la corriente del realismo literario) y de unas tramas que nos seducen e impelen a seguir leyendo.

Es decir, las ideas elevadas se hacen tangibles y emotivas para el lector. Los posibles datos teológicos se vierten a lo largo de sentimientos comprensibles y de acontecimientos palpitantes de infinidad de personajes casi reales. Tenemos la impresión de conocer una crónica viva de nuestra propia existencia.

b) Una teología simbólica: El pensamiento se intuye a un nivel de bastante profundidad porque viene encarnado en símbolos particulares, o incluso en obras (o tramas) que son simbólicas por entero, en su misma contextura literaria.

Desde el nivel de la narrativa (no de la poesía) Galdós es un simbolista nato, capaz de desarrollar en el lector procesos hondos de simbolización, aun cuando, a veces, esos procesos –como ocurre en la simbología- nos dejen sólo en los umbrales de la claridad absoluta. Es obvio que toda la teología debería –continuando los escritos bíblicos- albergar con gusto el lenguaje simbólico... Galdós puede tomarse también, pues, como una sugerencia en este sentido. Metodológicamente está emparentado con los libros histórico-simbólicos de la Biblia.

Obviamente (y sin necesidad de volver ahora sobre cuestión ya resuelta), el desarrollo de la tesis rompe definitivamente –como veremos- el estereotipo del anticlericalismo y del anticatolicismo atribuidos a Galdós (especialmente por pretendidos eruditos del régimen franquista).

3. Fuentes de la investigación.

La fuente principal de la investigación realizada es la obra literaria formal de Benito Pérez Galdós analizada en su totalidad (con los comentarios directos a cada escrito). A ésta se añaden los textos de carácter breve del autor, tales como artículos de prensa, discursos, cartas y ensayos. Estimo que la elaboración directa de esta base documental ha ocupado un 70% del tiempo empleado en el trabajo; correspondiendo el 30% al estudio de la abundante bibliografía de comentarios generales e investigaciones monográficas de diversos aspectos de interés para el trabajo.

En concreto:

1. Obras de Benito Pérez Galdós analizadas para la tesis:

- 27 Novelas independientes (más relatos breves).
- 46 Episodios Nacionales
- 21 Obras de teatro
- Artículos, ensayos, discursos y epistolario (consignados en la Bibliografía general).

Todos estos escritos se especifican en la Parte IVª de la tesis (Apéndice temático).

Tratándose de las obras literarias formales de Galdós, muchas veces editadas, y no siendo mi trabajo de carácter semántico, he utilizado diversas ediciones solventes y de toda garantía (que se indican respecto a cada cita y en la bibliografía). No he debido, pues, acudir a los manuscritos de las mismas (bastantes de los cuales se hallan en el Centro de Documentación de la casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas o en otras bibliotecas nacionales) de los que da cuenta, por ejemplo, Beatriz Entenza de Solares

en su monografía *Manuscritos galdosianos* publicada en la revista *Isidora*, nº 4, pp. 73-86).

Para el estudio de los escritos breves he utilizado diversas ediciones de colecciones de los mismos (fundamentalmente las ediciones de artículos de A. Ghiraldo y de W. Shoemaker; en cuanto a discursos, ensayos de prosa y colecciones de cartas, las publicaciones de diversos editores y la lectura directa del Epistolario inédito galdosiano conservado en la casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas).

II. Estudios sobre la obra de Benito Pérez Galdós.

Son muchos y muy diversos los estudios sobre la ingente obra de Galdós, también (aunque en menor proporción) desde perspectivas singulares y monográficas de la dimensión religiosa de la misma. Hacemos referencia a ellos en la Bibliografía general de este trabajo. Destacamos como principales expertos especialistas del mundo galdosiano de obligada consideración y a los que nos referimos con frecuencia, los nombres de José Fernández Montesinos, Joaquín Casaldueiro, Gustavo Correa, Stephan Scatori, Federico Sáenz de Robles, José Luis Mora García, Pedro Ortiz de Armengol, Francisco Ruiz Ramón, Carmen Bravo Villasante, Ricardo Gullón, Soledad Miranda, José Luis Gómez Martínez, Pilar García Pinacho, Ignacio Elizalde, Rodolfo Cardona, Yolanda Arencibia, Sebastian de la Nuez, Rosa Amor del Olmo, William Shoemaker, José Schraibman, Eamonn Rodgers, Pilar Faus Sevilla, J.E. Varey, Daniel Gautier, Paciencia Ontañón, entre otros que iremos citando, como los profesores Ángel Bahamonde Magro y Juan Carlos Sánchez Illán de la Universidad Carlos III de Madrid, etc.

Una gran parte de estos autores aborda con profundidad la temática religiosa de la obra de Galdós, aunque –como ya hemos indicado– ese tratamiento nos parezca incompleto.

Es importante señalar también como fuente documental habitualmente empleada la revista periódica *Anales Galdosianos* (publicada en español por la Casa Museo de Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria), las Actas de los Congresos Internacionales de Estudios Galdosianos de periodicidad casi anual (con el patrocinio de las Universidades de Boston, de Texas, de Kingston, Chicago, Las Palmas, Angers, Nantes, etc.; las revistas *Isidora* (nombre tomado de uno de los personajes emblemáticos de Galdós, en la novela *La desheredada*), *Ínsula*, *Revista de Letras y ciencias humanas*. Así mismo, algunos números monográficos de las revistas *Letras de Deusto*, *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Religión y Cultura*, *Anuario de Estudios Atlánticos*, etc. (Muchos de cuyos trabajos aparecen también en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes).

En estas publicaciones el volumen editorial sobre la múltiple temática de la obra galdosiana es muy grande. Sin embargo, dentro de esa considerable fuente de documentación, los aspectos que se relacionan directamente con el contenido de mi tesis

significarían sólo en torno a un 15% de lo publicado (unos sesenta estudios monográficos aproximadamente).

4. Proceso y método de trabajo seguido en esta elaboración.

Metodología de la elaboración de la tesis.

Precisado ya el objeto formal de la investigación y la expectativa de contenido para el presente estudio sobre la obra de Galdós, debo exponer ahora los problemas propios de tal elaboración (a la que se pretende dar el carácter de tesis doctoral) y las soluciones ofrecidas a los mismos. En consecuencia, la metodología seguida en el trabajo.

Me ha sido muy útil –desde este punto de vista metodológico– tener en cuenta las orientaciones del profesor Juan Carlos Sánchez Illán así como la agradable y sustanciosa obra ya clásica de Umberto Eco *Cómo se hace una tesis*.⁹

4.1 Naturaleza de esta tesis y problemas de método.

Antes de describir el proceso metodológico seguido, quisiera advertir que mi trabajo no podía atenerse al tiempo habitual que suele discurrir en la confección de la mayoría de tesis en las universidades actuales entre la fijación del tema y la lectura de la tesis. Este tiempo no sobrepasa los tres años de media. Para mí, dado el objeto formal de la investigación dentro de un campo tan vasto como es la creación literaria de Galdós, no había más posibilidad que dedicar a ese estudio una larga decena de años.

¿Quiere esto decir que se trata de una de las tesis que Umberto Eco llama “panorámicas”? Estimo que no. Aunque tampoco se pueda clasificar entre las estrictamente “mongráficas”. Este mismo autor admite que puede realizarse una verdadera tesis de valor científico conjugando lo panorámico y lo monográfico, aunque entonces las condiciones para esa validación de la misma sean bastante más rigurosas.

Mi trabajo es suficientemente monográfico dentro de una necesaria extensión del campo considerado. Se ha tratado de indagar, mostrar e interpretar una línea transversal posiblemente presente dentro de la producción escrita de un literato. Esto es un asunto monográfico. Lo que ocurre es que, en el caso concreto de la tesis, ha habido que asumir y afrontar dos retos:

1º *La extensión del campo sobre el que versaba la investigación*: la lectura de los cuantiosos escritos de Galdós, tanto de las obras formales (ciento tres) como aquellos

⁹ He empleado la versión castellana de la misma preparada por Lucía Baranda y Alberto Clavería Ibáñez; particularmente los capítulos II (*La elección del tema. Tipos de tesis...*), III (*La búsqueda del material. Fuentes...*), IV (*El plan de trabajo*) y V (*La redacción. Las citas...*)

(muy numerosos) de carácter más informal y breve; de otra manera (reduciendo el campo) la investigación quedaría truncada, sin permitir llegar a conclusiones válidas. No tenía sentido investigar el pensamiento teológico de Galdós limitándose a un período de tiempo de su producción o a unas determinadas obras, habida cuenta de que un pensamiento de esa naturaleza puede atribuirse a un autor sólo acompañándolo en su evolución temporal e integrando otros escritos igualmente merecedores de atención, es decir, todos.

De ahí que no haya podido dar por concluida la investigación hasta haber analizado la casi totalidad de la creación literaria formal o informal de Galdós; incluyendo en su lectura los comentarios parciales existentes sobre la temática religiosa de las obras o del conjunto (puesto que, como ya he indicado, no existen comentarios globales suficientemente completos).

2º *La naturaleza del tema monográfico investigado*: un pensamiento que incluye necesariamente no sólo raíces y paradigmas de enfoques diversos, sino subtemas que no pueden omitirse puesto que forman parte de tal ideología y, además, se hallan entrelazados. Es decir, no es posible hablar de un simple aspecto del pensamiento teológico de Galdós (por ejemplo, del problema humano de Dios, o de la institución Iglesia, o del anticlericalismo, o del problema de la salvación, etc.) porque todos ellos están íntimamente conexiónados y se expresan en múltiples subtemas.

Evidentemente, un asunto monográfico de este tipo amplía muchísimo el espectro de cuestiones investigadas y alarga el tiempo de dedicación al mismo; pero, si se opta por él, no hay más remedio que asumir esa labor; así se ha procurado realizarla. Teniendo en cuenta, al mismo tiempo, que la elaboración no podía suplir al autor atribuyéndole síntesis teóricas que él no habría concebido.

4.2 Opciones previas de la investigación.

Una primera y desapasionada lectura de las obras de Galdós parece crear la convicción de hallarse ante un escritor y una creación de hondo calado religioso. Esa impresión -aún vaga- suscitaba el interés (entre otros) de poder llegar un día a verificar la densidad real de pensamiento teológico (de signo cristiano, en particular) que expresa. Sin embargo, al decidir estudiar tal extremo, se debía renunciar -por honestidad científica- al intento de demostrar a toda costa cualquier hipótesis.

Personalmente he intentado cumplir en todo momento esta condición.

Después, tras la re-lectura directa de las obras formales de Galdós, se me presentaban dos opciones de trabajo: una, de carácter analítico literario (referida a las obras formales que incluyen la temática religiosa con notable densidad); otra, de acopio general de datos en orden a la configuración de un índice general exhaustivo de cuestiones (aunque no todas tuvieran el mismo realce).

La primera opción era tentadora en sí misma y por el hecho de incorporar más fácilmente algunas publicaciones monográficas existentes. Se trataría, según ésta, de estudiar una serie de “teologías galdosianas parciales”; por ejemplo:

- la teología en *Gloria* y en *Rosalía*,
- la teología en *Doña Perfecta*, *Casandra* y *La familia de León Roch*,
- la teología en *El audaz* y en *La fontana de Oro*,
- la teología en la *Primera y Segunda series de Episodios Nacionales*,
- la teología en *Electra*, *La loca de la casa* y *Mariucha*,
- la teología en *Marianela* y *el Doctor Centeno*,
- la teología en *Fortunata y Jacinta*,
- la teología en *Ángel Guerra* y en *Halma*,
- la teología en la *Tercera y Cuarta serie de Episodios Nacionales*,
- la teología en la serie de *Torquemada*
- La teología en *Nazarín* y en *Zumalcárregui*,
- la teología en *Amor y Ciencia*, en *Pedro Minio* y en *Realidad*,
- la teología en la *Quinta serie de Episodios Nacionales*,
- la teología en *Santa Juana de Castilla* y en *Sor Simona*,
- la teología en *artículos y ensayos principales*,...

... para efectuar, después, un análisis comparativo o complementario de todas las obras formales estudiadas (siempre desde la perspectiva teológica).

La segunda opción –más ardua- suponía la lectura (y relectura) de todas y cada una de las obras formales de Galdós (no sólo de aquellas en las que la temática religiosa constituye un eje transversal mayor) así como del resto de escritos breves, incluso los de índole privada; tomando nota de cada uno de los elementos de pensamiento teológico existente en cada composición, guardándolos y posteriormente organizándolos en función de una hipótesis de índice que permitiera revisar todos los aspectos de una teología amplia y coherente.

Cada elemento hallado debería situarse en el contexto del lugar literario en donde se encontrase, conjuntarse y compararse con los demás elementos del mismo o de distinto signo presentes en los demás lugares galdosianos.

Mi opción de trabajo ha sido esta segunda, por considerarla más natural, más completa, libre de un juicio previo sobre cada escrito (y su teología) y de una orientación predeterminada en la lectura y relectura del mismo.

Por ejemplo, tratándose de las novelas *Gloria* y la incompleta *Rosalía* quiero decir que, según la primera opción, habría que haber dado por aceptada la visión global de las mismas (por parte de comentaristas y de uno mismo) como obras que tratan esencialmente el tema de la intolerancia inherente a las religiones y de sus consecuencias

trágicas para las personas, representado este fenómeno en el catolicismo español del XIX. Lo cual es, sin duda, correcto, pero incompleto e impone una lectura excesivamente dirigida. Porque ambas obras revelan también otros elementos teológicos importantes.

En cambio, según la segunda opción, esas novelas se leerían –sosegadamente, sin prejuicio alguno– recuperando no sólo las tramas y los textos que expresan su temática esencial religiosa, sino también todas las líneas de pensamiento (antropológicas, historiográficas y teológicas) que fueran apareciendo a lo largo de sus páginas; llegando a la conclusión de que en ellas se encuentra una riqueza notable de datos que ilustran aspectos muy variados y coherentes (quizás insospechados) del pensamiento total del autor, particularmente en lo que se refiere a la cuestión religiosa y cristiana, desde puntos de vista múltiples (incluyendo el de la historia del catolicismo, del judaísmo y del anglicanismo en España).

Es decir, según esta segunda opción de trabajo, parece más factible llegar a descubrir la perspectiva amplia y pormenorizada de la teología que pueda existir en la obra galdosiana y la coherencia interna entre esa dimensión y todas las demás que definen tan inmensa producción escrita... Con tal de que los datos se guarden cuidadosamente y se prosiga la lectura de los demás escritos con el mismo método.

4.3 El procedimiento de trabajo.

Supuesta la opción previa que acabo de justificar, el itinerario metodológico en la elaboración del trabajo ha sido el siguiente:

Fase previa. Conocimiento del contexto socio-histórico, intelectual y religioso que contorna a Benito Pérez Galdós y, a la vez, una visión suficiente de la trayectoria existencial y de la personalidad de éste, así como del significado literario de su obra.

La realización de esta fase ha supuesto:

1º La lectura de obras básicas de carácter histórico y literario referidas al siglo XIX español y, en particular, a la obra de Galdós. Es obvio que existen corrientes historiográficas que difieren en determinados puntos... Al asumir su contenido se ha procurado recoger las tesis interpretativas de la realidad histórica que constituyen el fondo común más importante. Estas obras se citan a lo largo del texto redactado.

2º La redacción breve de una Primera Parte Introductoria del trabajo con los resultados de ese estudio.

La originalidad de esta primera fase es, naturalmente, muy escasa; limitándonos a señalar el contexto seguro que rodea al escritor y en el que éste se desenvuelve.

*Fase primera. Acopio de datos a partir de la lectura de **todos los escritos** de Galdós.*

1º Lectura y acopio de datos de cada obra formal, por orden cronológico de composición de la misma (novelas independientes, episodios nacionales, piezas de teatro, cuentos o relatos).

En esta lectura galdosiana he conjugado a la vez los tres géneros que se nos ofrecen (novela-Episodios-teatro), sin priorizar para el trabajo las novelas independientes (“contemporáneas” y otras) sobre los demás escritos formales del escritor (como suele hacerse frecuentemente en los estudios de conjunto o monográficos, que soslayan o relegan a un segundo término los Episodios Nacionales y los dramas escénicos).

El trabajo sobre cada escrito ha supuesto los siguientes pasos:

- determinar la situación previa de la obra en su contexto personal (etapa existencial del autor), literario e histórico ideológico; verificación (si existe) de comentarios o prólogos del mismo Galdós;
- **señalización y archivo de textos** de posible interés para la temática de mi trabajo;
- interpretaciones coetáneas de la obra (si existen) por la prensa y/o por otros autores,
- redacción de un resumen-síntesis-comentario breve del escrito (destacando la dimensión teológica que pueda integrar), resumen que pasa a formar parte de un Apéndice temático de la obra de Galdós, al final del trabajo.

2º Lectura y acopio de datos de los escritos breves o menores (ensayos más importantes, discursos, artículos de prensa y epistolario de Galdós). Se sigue para su elaboración en la tesis el procedimiento anterior.

Fase segunda. Organización de los datos obtenidos en función de una hipótesis de índice teológico. (Elaboración del cuerpo de la tesis: Segunda y Tercera Partes).

1º Señalización y organización de los temas mayores (de las constantes de pensamiento teológico) que aparecen en los textos y datos de la obra de Galdós.

Primera organización interna de esos datos (aludiendo siempre a las fechas de composición y a los entornos en que los textos o datos han sido escritos).

2º Señalización y organización de los subtemas menores presentes en el pensamiento teológico de Galdós, como desglose del tema central que se considera.

3º **Elaboración de un índice orgánico** de todos los temas teológicos hallados en la creación galdosiana y confrontación del mismo con un esquema teórico completo de estudios teológicos.

Situación de los textos seleccionados (y de sus interpretaciones) según tal índice.

4º Verificación escrita del tipo de interrelación existente entre los diversos temas y subtemas y los sucesivos escritos de Galdós a lo largo y ancho de toda su producción.

*Fase tercera. Elaboración de la **primera redacción** (provisional) de la tesis, expresando sólo la Fase segunda e incluyendo los textos y datos obtenidos en la Fase primera y en la fase previa).*

*Fase cuarta. Confrontación de la redacción ya realizada con **otras fuentes**.*

1º Lectura de textos coetáneos a Galdós que se refieren a su obra; fundamentalmente a partir del “Epistolario a Galdós”, en su mayoría inédito y en parte editado, escogiendo: autores literario contemporáneos, filósofos e intelectuales, artistas. Señalización de datos de los mismos referidos a la temática de nuestro trabajo (lo que hace que tales textos epistolares citados sean, en realidad, escasos).

2º Lectura de **comentarios de la obra de Galdós**, especialmente en cuanto a su vertiente teológica: libros fundamentales y estudios monográficos de menor extensión (citados en la Bibliografía general y a lo largo de la redacción del trabajo).

Partiendo de la realidad editada, el volumen de lectura realizada respecto a tal bibliografía pudiera ser éste (sobre 100%):

- libros básicos o fundamentales sobre la obra de Galdós (previamente conocidos) de lectura obligada ahora, aun cuando no estén centrados en la dimensión religiosa: un 15% del trabajo de consulta en esta fase;
- libros (volúmenes) sobre temática religiosa general en Galdós, sin abarcar todo su pensamiento teológico: un 10% del trabajo de consulta;
- estudios monográficos sobre diversos aspectos de la temática religiosa en Galdós: un 75% del trabajo de consulta realizado en orden a la tesis).

3º La lectura de estas fuentes ha permitido:

- hallar datos confirmatorios, complementarios o correctivos (en ocasiones) de algunas partes de la primera redacción de la tesis, ya efectuada (especialmente, de la *Fase tercera*);
- con tales datos, completar y perfilar esta redacción primera de la tesis, facilitando así una **segunda redacción** de carácter más definitivo (quedando todavía por elaborar y redactar los Apéndices últimos); esta segunda redacción, aún no definitiva se presentó a los profesores directores de la tesis.

Fase quinta. Elaboración de la última parte de la tesis y redacción definitiva de la tesis.

1º Elaboración de tablas de frecuencias del pensamiento teológico de Galdós, en general y en sus diversos aspectos

- según obras y escritos menores,

- según temas tratados en la tesis.

2º Elaboración de tablas de otros autores citados.

3º Sugerencia de conclusiones generales del trabajo realizado a propósito del pensamiento teológico de Galdós.

4º Bibliografía utilizada en la elaboración de la tesis.

5º Redacción definitiva de la tesis.

En principio se ha seguido puntualmente el orden indicado, pero, como es obvio, durante todo el proceso de elaboración se han ido entrelazando las diversas fases del trabajo.

4.4 Sistema de citas.

A lo largo del trabajo de investigación se han debido hacer 1360 citas (como documentación necesaria a mi juicio) con una numeración única (de 1 a 1042, existiendo, con frecuencia, varios textos y autores dentro de la misma cita). De estas citas:

989 son textos de Galdós, en cursiva y entrecomillado, o comentarios directos de textos galdosianos;

336 son citas de otros autores, en cursiva y entrecomillado la cita textual, o comentario personal del escrito;

35 son aclaraciones textuales a pie de página.

La citación de textos de Galdós no es exhaustiva en ningún caso; es selectiva y representativa del tema que se trate; se sitúa siempre en el contexto particular y global dentro de la obra en cuestión y tiende a confrontarse con datos paralelos en otros escritos. Generalmente omito la fecha de la cita si se trata de un texto que pertenece a obras formales del autor, dado que la fechación de las mismas aparece repetidas veces en la redacción de la tesis y que, por otra parte, se justifica la línea de coherencia interna ideológica a lo largo de la creación galdosiana.

Las citas se han estructurado a lo largo del trabajo del siguiente modo:

a) Citas al interior del texto redactado. Normalmente son citaciones literales de obras de Galdós que revisten particular importancia; la ubicación de cada una se hace en pie de página.

Las citas encuentran en el texto redactado su necesaria introducción o interpretación.

b) Citas en pie de página de textos de Galdós o de escritos de sus comentaristas, confirmatorias o complementarias de la redacción del texto. Pueden incluir también recomendaciones bibliográficas.

c) Explicaciones más complementarias, en pie de página, de carácter histórico, lingüístico o referencial respecto a determinados puntos del texto redactado. No son importantes en cuanto al contenido sustancial de la tesis y su número es reducido.

Las citas que ocupan más de cuatro renglones se presentan con una sangría mayor y un tipo de letra reducido.

Última observación.

Dado que esta tesis se ha basado fundamental y directamente en el estudio del conjunto de la producción de Galdós y que esta literatura se realiza a lo largo de cincuenta y un años, la cuestión que debe afrontarse en su desarrollo es ésta: ¿existe suficiente homogeneidad de pensamiento en un período tan extenso y en una creación tan vasta?

Realizada la investigación prevista, podría adelantar la siguiente conclusión de tipo general –a mi juicio de máxima importancia– que se verifica a lo largo del trabajo: desde 1870 (*La Fontana de Oro*, primera novela publicada) hasta 1920 (*Antón Caballero*, última comedia), desde los primeros artículos (y cartas) hasta los escritos más cercanos a la fecha de la muerte, existe una admirable coherencia de visión en toda la obra de Galdós, revelándose un pensamiento firme y abierto, liberal pero, a la vez, conocedor de la filosofía y teología tradicionales más sólidas; un pensamiento que progresa en perfecta continuidad consigo mismo a lo largo de esa larga escritura, que se abre a multitud de facetas, manifestando también la riqueza de pensamiento en la dimensión religiosa y teológica del signo cristiano más original. De tal forma que la selección de citas textuales que presentamos y la interpretación objetiva que las engarza significan la posesión de una amplia y densa teología, sea ésta más o menos acorde con planteamientos tradicionales de la Iglesia católica o con las corrientes más progresistas de ésta.

PARTE PRIMERA.

***Presupuestos para una reflexión teológica sobre
la obra literaria de Benito Pérez Galdós***

Capítulo I. EL MEDIO HISTÓRICO-PERSONAL y ECLESIAL DE BENITO PÉREZ GALDÓS. La tierra y el tiempo que lo sitúan.

En una extraordinaria medida somos –o llegamos a ser- lo que es la tierra en que nacemos y, sobre todo, la tierra en la que se desenvuelve nuestra existencia, si acertamos a mirarla escrutadoramente, a dejar que nos impresione el alma, a amarla con la pasión debida. Pero la tierra no se reduce jamás al paisaje geográfico desnudo, ni al medio pasivo que la envuelve o arropa (aunque lo haga de manera maternal). Eso sería, en definitiva, algo de mediana sustancia en el proceso de la maduración de la persona y del alcance de su talla personal. No; la tierra es más. La tierra es nervio, acción, acontecimiento candente y crítico, medio histórico en ocasiones convulso, fuerza determinante e impredecible para quienes –nacidos o no en ella- pueblan ese espacio y lo enfrentan con lucidez.

De ahí que el estudio objetivo de un personaje y de su obra -en este caso, de Benito Pérez Galdós- suponga necesariamente, por una parte, el trabajo previo de reconocer la historia que enmarca su vida, aun antes de su nacimiento, hasta que fallece; historia a la que se refiere de modo directo toda su producción literaria (el mundo que él crea) y su misma persona; añadiendo, a la vez, una atención particular a dos series de acontecimientos: los políticos y los religiosos, ambos tan determinantes de las vidas en este país. Por otra parte, nos es también imprescindible conocer el pensamiento –o los pensamientos- que forjan el espíritu común de una época y sus crisis de convivencia.

Estos análisis y la contemplación (aunque sea breve) de la trayectoria personal del autor nos permitirán desvelar el vasto horizonte de sus escritos y concretamente la ideología y el pensamiento de signo religioso y cristiano que –con mayor o menor intencionalidad- se proyectan como una luz interior en la obra y en la persona de Don Benito.

1. El devenir de la España del siglo XIX.

Memoria de la situación y del acontecer político civil y religioso del siglo XIX en España, marco de referencia de la vida y obra de Benito Pérez Galdós.

El medio galdosiano es, sin duda, la convulsa humanidad de España en el siglo XIX referida, sin duda, al siglo anterior, al XVIII, y anunciadora del XX: el espíritu y los hechos que conmovieron profundamente a esta nación y a sus habitantes, acontecimientos y cultura, fenómenos y movimientos sociales. También (por su valor en sí mismos y en razón del interés particular para el trabajo que nos ocupa) los hechos religiosos que contribuían de algún modo a forjar un destino común; es decir, la existencia cristiana y religiosa inser-

ta en la trama del suelo hispano (también en la cercana Italia donde la Iglesia católica vivía – durante el siglo- dos traumas juntos: el territorial y el ideológico).

En realidad, para bastantes historiadores, el siglo XIX español comenzará en 1812, porque las constantes del XVIII continúan hasta la Constitución de Cádiz, y podrá darse por terminado en 1898, con la crisis de los desastres coloniales y el advenimiento de una nueva mentalidad (que hallará cabida ya entrado el XX).¹⁰

Es obligado, pues, hacer aquí dos observaciones iniciales:

Primera. La España que contempla y sobre la que medita Galdós es y no es esa del siglo XIX... Resulta evidente que el escritor viene determinado inmediatamente por la situación y los acontecimientos del país en tal época; no obstante, es más cierto aún que - en su perspectiva- el conjunto histórico total y la idiosincrasia de la realidad española constituyen un problema perenne, un misterio íntimo fascinante y una pasión atemporal que se agitan de manera peculiar cuando finaliza la Guerra de la Independencia. Con ello se adelanta y se incorpora al debate sobre el ser y la problematización de España; debate propuesto más tarde por Américo Castro, Sánchez Albornoz o Laín Entralgo, pero no aceptado por todos los historiadores.

Para él España era –es- la realidad de siglos que se desenvolvía en el presente ante sus ojos perspicaces, la que se veía venir, y la que proféticamente soñaba para un porvenir sin fecha.

No por casualidad el verdadero protagonista de la quinta serie de Episodios es España misma, simbolizada en la mutable matrona Mari Clío, la Madre, que atraviesa el tiempo dolorosamente y acompaña al aprendiz de español Tito –como Beatriz al poeta- a través de los infiernos de este país tan incontrolable.

Segunda. Al analizar el pensamiento concreto de Galdós (a partir de la segunda parte de nuestro estudio) lo que va a importarnos no es tanto el juicio de la historia que él hace, como la aproximación -de su mano- a la entraña de los heterogéneos individuos españoles (y de los católicos, en particular); aproximación que realiza con su visión encarnada, verificando la dramática situación interna de este país y de estas gentes, entrando en su corazón y sus vísceras, más que en la carne y la epidermis.

Ahora, en esta breve introducción, nos limitaremos a señalar –o mejor, a recordar sencillamente- los hechos y las coyunturas parciales que, cual puntas de iceberg, jalona- ron el movido mar del siglo XIX español.

¹⁰ PILAR FAUS SEVILLA traza una visión acertada y sintética del XIX español (en referencia a Galdós) en *La historia de la sociedad española del siglo XIX*, Cap. IV de su libro *La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós*. Estudios Galdosianos. Imp. Náchter. Valencia 1972). Es obligado remitirse para un estudio detenido del tema a Manuel TUÑÓN DE LARA, *Historia de España*. Vol. VIII. *Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1834-1923)* (Labor. Barcelona 1981)

Como es obvio, aquí no vamos a desarrollar la crónica y el comentario de esos hechos. No es el lugar. Y, además, en su contextura externa, se trata de realidades bastante conocidas para una cultura histórica media.

Ofreceremos, por tanto, ante todo, una *Tabla de fechas y acontecimientos* correspondientes, que convendrá repasar con frecuencia para la mejor interpretación de las obras literarias galdosianas y de sus abundantes referencias al acontecer social íntegro. Pero no sin antes globalizar en lo posible esa situación española del XIX -de la que procedemos- y las grandes líneas de su trama comunitaria, política y cultural. Aludiendo inmediatamente al hecho religioso eclesial tanto en el país como en la Iglesia Católica general (en razón de su incidencia sobre la sociedad española).

En cuanto a la historia sociopolítica y cultural de nuestro país en el siglo XIX, los grandes trazos de la situación vivida podrían ser éstos:

1.1 Confrontaciones mayores en la sociedad española del s. XIX.

Nace el XIX en España tras una mala gestión secular en cuanto al desarrollo de la riqueza y a la apertura del pensamiento; lejos, por tanto, de lo que está sucediendo en la Europa anglosajona, gala y germana. Sólo muy lentamente y con dificultades se abre paso cierta modernización del país, obra de la nueva burguesía que se va asentando.

Esta situación genera un larvado conflicto interior ideológico, social y, a veces, armado (que emerge en motines como el de Aranjuez contra Godoy en 1808); conflicto que seguirá definiéndonos hasta entrado el siglo XX. Para entenderlo necesario evocar (al menos esquemáticamente) las grandes corrientes de pensamiento y de cultura que se suscitan a lo largo del siglo y que cristalizan posiciones antitéticas.

Nacimiento del liberalismo y pervivencia del conservadurismo.

El pueblo español a comienzos del XIX era mayoritariamente conservador de las tradiciones, a pesar de algunos fenómenos de progresismo que iban calando en él muy despacio. Existía una fuerte y arraigada predisposición popular, sobre todo rural, (y España era, ante todo, rural) hacia la mentalidad conservadora, caracterizada en las primeras décadas por el mantenimiento de costumbres y modos laborales, estereotipos de honra familiar, imperativos de clan, fe católica generalizada (escasa de contenidos), sumisión al clero, devoción a la Corona, fatalismo en las situaciones económicas, rechazo de la influencia francesa ilustrada, reticencia o rechazo de las reformas, ignorancia o menosprecio de las innovaciones técnicas e industriales... El hecho de que más del 50% del PIB sea de procedencia agraria hasta mediado el siglo XX indica el retraso de la revolución industrial entre nosotros.

Sin embargo, la mayor parte de escritores y pensadores eran hijos de la Ilustración y del espíritu de la Revolución Francesa, en pugna naturalmente con el Antiguo Régimen que en España perduraba con firmeza. Así sentían Jovellanos, Cadalso, los hermanos Fernández Moratín, e inmediatamente los románticos. Esta mentalidad se iría trasvasando –aunque con mucha lentitud– a la nascente burguesía, a la clase media e incluso a la clase baja urbana. No al medio rural, que veía a los “afrancesados” con desprecio, especialmente durante la Guerra de la Independencia, considerándolos traidores.

El problema social y económico es que la alta burguesía (especialmente el bloque agrario rico) se identificó enseguida con la aristocracia.

La idea liberal venía, pues, despertando entre nosotros desde el enciclopedismo y la crítica francesa e inglesa al Antiguo Régimen y desde los ilustrados de final del XVIII. Libertad de pensamiento y de expresión, derechos humanos individuales y universales, cierta valoración de “los miserables”, comercio libre, independencia entre Estado y Religión, libertad de cultos, reducción de los poderes de la monarquía y de la nobleza... eran postulados con los que fácilmente comulgaba la intelectualidad, la pequeña burguesía ciudadana, y las clases medias y bajas de carácter urbano. No las clases rurales (altas o bajas) y menos aún la Corona, la nobleza y el estamento eclesiástico (el más pobre y la mayor parte de la jerarquía).

Sin embargo, el pensamiento liberal conducía a todos, insensiblemente, hacia el duro liberalismo económico, más realista que el integrante romántico.

Tales hechos y sentimientos aparecen con frecuencia en la primera y segunda serie de los Episodios Nacionales de Galdós; por ejemplo a propósito de la figura evolutiva y emblemática del protagonista Salvador Monsalud. Lo que viene a decirnos que el escritor sí entendía la razón de la minoría intelectual. Pero el escritor apenas interpreta la situación, no la retrata a su gusto; la describe aproximándose mucho a la realidad

A apoyar esa idea liberal contribuyeron, sin duda, dos fuertes corrientes ideológicas y sentimentales:

Por una parte, el *romanticismo* (procedente más bien de Alemania), con su exaltación de los valores individuales. De tal forma que los grandes liberales, incluso dentro del *realismo literario*, tenían a la vez un componente romántico claro. Y éste es precisamente el caso de Don Benito. Entendiendo que este fenómeno rebasa el contenido artístico o literario y llega a abarcar toda la actividad humana e incluso social de un sector de la población.

Por otra, el *sentimiento patrio* (también de signo romántico) arraigado en el pueblo llano de ámbito urbano o rural. Las guerras, tanto las internas (carlistas o cantonales) como las entabladas con el exterior (en especial la de la Independencia), contribuyeron a desarrollar con fuerza esa vivencia que, de algún modo, permitía a todos adentrarse

en la trama del acontecer nacional. En particular, la oposición a la injerencia extranjera fue un sentir generalizado en todos los niveles de la población.

Este imperativo patrio, unido al padecimiento de condiciones extremas de pobreza y miseria, se convirtió a veces en revulsivo de un espíritu revolucionario, expresado ya al comienzo del siglo con algunos levantamientos populares.

Habría que mencionar también, como factor de cierta importancia en el desarrollo del liberalismo radical, a la *Masonería*. Gobernantes de talla (Mendizábal, Prim, altos mandos militares, etc.) fueron masones. Sin duda, se trató de un grupo de poder; pero debe señalarse (como lo hace Galdós en el episodio *El Grande Oriente*) el carácter no demasiado relevante de tal masonería hispana (frente a la leyenda negra que se creó en torno a ella posteriormente, sobre todo, durante el régimen franquista).

La aparición de la prensa facilitó así mismo la extensión de las ideas de signo liberal.

Constitucionalismo versus absolutismo.

El capítulo tal vez más importante –incluso, glorioso– de la contienda ideológica y existencial de nuestro siglo XIX lo escribió el constitucionalismo. Su capitalidad estuvo (muy al principio) en la liberal Cádiz, todavía en plena Guerra de la Independencia, con la convocatoria de Cortes y la elaboración y proclamación de la Constitución de 1812, germen sano del pensamiento constitucional español. Dos obstáculos se opusieron al desarrollo generalizado del constitucionalismo entre nosotros: primero, la incompreensión popular de la transcendencia que tenía ese texto normativo de la vida nacional; segundo, la hostilidad enfermiza de Fernando VII hacia ella. Sin embargo, ninguna de estas dificultades conseguiría extirpar el germen constitucional y de él nacerían a lo largo del siglo sucesivas Constituciones.

El paso –todavía vacilante– hacia el sueño de la soberanía del pueblo y, por tanto, hacia un gobierno verdaderamente parlemantario y democrático se empezaba a dar (lejos todavía de andar con soltura por ese camino). En realidad, la idea liberal no era sinónima de democracia ni de popularidad (de sentido de pueblo y de arraigo popular). El parlamentarismo fue bastante inoperante, convirtiéndose con frecuencia en espectáculo oratorio para la burguesía madrileña alta y para los políticos.

La pugna entre el masivo conservadurismo y el naciente espíritu liberal constituyó el caldo de cultivo para el advenimiento del *carlismo*, de la pretensión de Carlos Isidro al Trono. La defensa de los ideales del Antiguo Régimen y de los tradicionales derechos rurales quedó aglutinada en este movimiento, y la imagen del “rey absoluto y devoto” encendió de idealismo bélico a grandes grupos de población (facciones) que se vieron empujados a una lucha fratricida especialmente en el País Vasco, en Navarra y en Levante. Un elemento primordial del carlismo fue la condena absoluta de toda mentalidad liberal y, en

particular, la “excomuni3n” religiosa de todos los liberales (aunque estos se manifestaran creyentes y cat3licos).

(En la novela *Rosalía*, al margen de la confrontaci3n b3lica, Gald3s hace una descripci3n de la ideología carlista que sustenta el protagonista: “¿Necesitaremos decir que Don Juan Cris3stomo era carlista? Se supone que lo era de los rancieros, de los hist3ricos, de los que tienen sus ideas infiltradas en la naturaleza y formando parte de la misma; era carlista como es el árabe mahometano, como es carnicero el le3n y medroso el ciervo.” Cátedra. Madrid 1984, pág. 27)

Es evidente que ese conflicto tenía raíces tan hondas que no sería suficiente el siglo entero para apaciguarlo. No lo resolvió la posterior dualidad alternante de progresistas y de moderados en los gobiernos liberales.

El carlismo no triunfó (no consiguió situar en Madrid a sus pretendientes), pero el reinado de Fernando VII había legado formas demasiado enquistadas de absolutismo político, y esto revirtió dolorosamente sobre la poblaci3n, provocando un clima conspiratorio y pre-revolucionario casi continuo. La represión policial y el miedo en la poblaci3n alcanzó su cénit en la “Década ominosa”. Y, dada la ineptitud gubernamental, aumentó la pobreza y la ira popular. El agitador romántico se convirti3 en una figura típica de esta etapa, aunque gestara sólo pequeños procesos revolucionarios y de ningún avance constitucional.

La muerte de Fernando (1833) y las sucesivas regencias, así como el largo reinado de Isabel II (y posteriormente la restauraci3n borb3nica), tampoco llegaron a desterrar del todo el espíritu absolutista, manteniéndose un clima social enrarecido, agravado aún más por la última etapa de las guerras carlistas, por las contiendas exteriores (América y África) y por el desajuste económico y productivo.

A pesar de ello, la idea constitucional continuaba abriéndose paso y generó en la periferia de la península el planteamiento federalista de la efímera Primera República (1873)

La divisi3n interna dentro del liberalismo español (y la creaci3n de la Uni3n Liberal) no supuso demasiado avance en ese proceso hacia una Constituci3n firme y estable; aportó poco a la soluci3n del conflicto de mentalidades y de convivencia. Venía motivada por el distinto enfoque en la práctica del gobierno liberal (progresista radical en unos, moderado en otros) y tal vez, sobre todo, por el interés de mantenerse en el poder.

Esta situaci3n de lucha interna (en algún momento llevada al terreno de las armas) tenía muy poco del idealismo liberal. Contribuyó a minar el prestigio de la monarquía de Isabel II y la de sus gobiernos, y dio pie a la lenta aparici3n del espíritu *republicano*.

Confrontaci3n de las clases sociales.

España va a llegar con retraso al proceso de industrializaci3n y enriquecimiento que conoce Europa. Su economía mal desarrollada sigue pendiente del sector rural nada reno-

vado y del inestable producto colonial, aunque la vida comercial se va desarrollando poco a poco gracias a la burguesía comercial y de negocios (catalana y madrileña, especialmente). Galdós la describe con detalle en obras como *Fortunata y Jacinta*.

Esta burguesía (que se sitúa a sí misma entre las “clases altas”) se impone con el trabajo y el enriquecimiento económico que le asegura un capital. El enriquecimiento se logra también en parte por la usura (recordemos la insistente figura de Francisco Torquemada, símbolo galdosiano de esa burguesía de los negocios). Al mismo tiempo, se va dejando al margen una abundante clase media (la mayor parte de los personajes galdosianos: maestros, médicos, administrativos bajos, estudiantes, periodistas, abogados, actores de teatro, militares de escasa graduación...) y un inmenso proletariado rural y urbano. Este proletariado malvive en los barrios míseros, realiza –si tiene suerte- trabajos apenas remunerados y sin cualificación y está aquejado, además, de gran incultura (situación que define, en general, a toda la población femenina). Es el mundo de las novelas *Celia en los infiernos*, *La desheredada*, *El Doctor Centeno*, *La de Bringas* y de dramas como *Voluntad*.

La nobleza de sangre del XIX vio disminuir su preponderancia anterior a pesar de que durante el reinado de Isabel II se prodigó –como nunca- la concesión de títulos nobiliarios (quizás como un intento de recabar apoyos a la Corona); incluyendo también los títulos pontificios.

La mujer era educada sólo para el matrimonio y su espacio social consistía en encontrar ese acomodo, sobre todo si carecía de bienes patrimoniales. ... La heroína Soledad Gil de la Cuadra (segunda serie de Episodios Nacionales) no tiene otro porvenir.

Al ser muy bajo el nivel de industria, no puede hablarse de un organizado movimiento obrero en el XIX español. Menos aún cuando la actividad bélica ocupaba a una buena parte de la población activa.

En cuanto al campo (si se exceptúa el grupo de “La Mano Negra” en la comarca jerezana), hubo escasos y casi nulos movimientos de reivindicación agraria por parte de las bases campesinas (con alguna excepción en Cataluña y Andalucía).

El fracaso de la burguesía como clase rectora y la toma de conciencia de los derechos y valores del proletariado, debida en parte a la discreta llegada a España del marxismo bakuniano a finales del XIX, abrieron una nueva etapa social, permitiendo el desarrollo de la sindicación y las primeras luchas reivindicativas. Muy escasos políticos supieron canalizar esta etapa.

Desajuste sociopolítico de la Iglesia.

En el siglo XIX español no se puede hablar de creyentes y no creyentes, ni siquiera de católicos y no católicos. En todo caso podría hablarse de creyentes cristianos de muy

diversa índole y, poco a poco, de actitudes muy opuestas entre sí; situación, desde luego, de graves consecuencias para el futuro del catolicismo y de la sociedad misma.

En 1800 el abundante estamento religioso constituía una clase con cierto poder económico y social, pero la gran mayoría del clero diocesano bajo era muy pobre y sin ninguna formación.

En principio, toda la población española se consideraba, pues, católica; entendiendo por esta denominación la creencia sustancial en el Dios de Jesucristo (aunque tal auto-identificación distara mucho de ser correcta) y la aceptación del mundo sacramental cristiano y del hecho eclesial, con una consideración reverente a la jerarquía eclesiástica.

Evidentemente predominaba la mentalidad católica tradicional, pero ésta no fue beligerante hasta quedar encuadrada en el carlismo y en fuertes sectores de la alta burguesía, es decir, a partir de la muerte de Fernando VII. Desde ese momento la mayoría del clero (obispos y sacerdotes y religiosos) y el tradicionalismo católico se opusieron de forma enérgica y exaltada al espíritu liberal y a las medidas antieclesiásticas de los gobiernos (y de algunas Constituciones); medidas que apenas entendieron, suscitándose un clima nacional de continua polémica. Al mismo tiempo ese mundo religioso (incluso el femenino) intervino poderosamente en la vida sociopolítica (y también militar) de manera abierta o encubierta.

La actitud antiliberal de la Iglesia produjo en la nación una de sus más fuertes crisis. El proceso de distanciamiento creciente entre la población y el mundo eclesial español fue complejo y lleno de matices diversos. La unidad católica iba a romperse definitivamente.

En cuanto a esta fractura interna del catolicismo (desde 1833) y su oposición oficial al Estado de las Constituciones, el hecho más grave –ya indicado- fue la condena por parte de las fuerzas religiosas conservadoras de cualquier forma de cristianismo -o de pensamiento religioso- asumido por los liberales. No se concedía a estos el derecho a ser personas creyentes, cristianas o católicas (recuérdese *Doña Perfecta*). Y, lo que es peor, este juicio quedaba totalmente avalado por la postura oficial de la Sede Romana, seguida cada vez más por la inmensa mayoría del clero y de la jerarquía episcopal.

Es cierto que en la primera década del siglo hubo una minoría eclesiástica ilustrada que apoyó decididamente las reformas liberales; fue la que intervino de forma espléndida en las Cortes de Cádiz. Durante las Regencias y desde Isabel II puede afirmarse que también una parte de los obispos, de talante ilustrado, comulgó con las ideas progresistas, por el simple hecho de haber sido seleccionados para el cargo por la Corona (que naturalmente escogía para el cargo a las personas que le interesaban).

Pero, muy pronto y a lo largo de todo el siglo, el clero en su gran mayoría (el diocesano y el regular) y la mayor parte de la población católica se decantaron contra el libera-

lismo, apoyaron incondicionalmente al absolutismo (del tipo que fuera) por el integrante religioso que éste abanderaba y se manifestaron en contra del progreso liberal (y de la armonía entre la ciencia y la fe), constituyéndose en freno de sus propuestas reformistas. Al mismo tiempo, alimentaron una cierta paranoia persecutoria (sentimiento a veces muy fundado) y, en consecuencia, una actitud pública agresiva, sin aceptar en lo más mínimo las críticas que recibían (recuérdese el tipo de predicación en las iglesias madrileñas que se describe en la novela *Rosalía*).

El sacerdote catalán Felix Sardá i Salvany editaba un violento libro con el título *El liberalismo es pecado* (Barcelona, 1884); Pablo Ladrón de Guevara condenaba detenidamente siete obras de Galdós (como heréticas, perversas y malintencionadas) en su libro *Novelistas buenos y malos* (Bilbao, 1911). Las publicaciones del mismo tono se prodigaron; y las revistas *El Mensajero del Corazón de Jesús* y *Razón y fe* de aquella época acogieron los ataques a cualquier intento de reforma liberal del Estado y de la Iglesia.¹¹

En contrapartida, se produjeron en la sociedad española dos reacciones opuestas a la institución eclesial: se desarrolló un anticlericalismo fuerte en el pueblo y en la mayoría de intelectuales y, a la vez, los gobiernos hicieron pagar a la Iglesia (al clero) esa postura, instaurando una serie de medidas que disminuyeron su poder e incluso dejaron al clero diocesano en un estado de pobreza y miseria.¹² Entre 1835 y 1851 los decretos de desamortización y desamortización de bienes supusieron un empobrecimiento no sólo del patrimonio material religioso sino, en general, de la población misma.

Muestra, más bien, de terrible ignorancia popular y de manipulación fanática fue la matanza de religiosos de 1835 (hecho inédito y que no volvería a repetirse hasta la Semana Trágica de Barcelona, entrado ya el nuevo siglo). Galdós narra y critica ese acontecimiento en el Episodio *Un faccioso más y algunos frailes menos*.

Sin embargo, se puede afirmar que al finalizar el XIX la población española era mayoritaria y sustancialmente católica, albergando incluso movimientos internos de afirmación socioreligiosa (Jaime Balmes, Donoso Cortés), acentuados a partir de la elección de Pío IX. Este hecho, por una parte, y por otra, la mayoría de edad de Isabel II y la moderación de los gobiernos isabelinos permitieron el Concordato de 1851. Más tarde habría que incluir en el haber de los intentos de reforma cristiana –con un signo opuesto al de los ne-

¹¹ Puede verse: RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, JULIO, *Los jesuitas contra Galdós y contra la novela y algo más*, en Actas del X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 2013. Cabildo de Gran Canaria, págs. 324-332. Así mismo: GAUTIER, Daniel, *Galdós ¿cristiano viejo o cristiano post-Vaticano II?*, en *Isidora*, nº 9, págs. 103-114

¹² En la novela *Ángel Guerra* los sacerdotes P. Mancebo y Eleuterio García Virones, personajes secundarios pero de extraordinario realismo, hacen una crónica ajustada de la situación económica deprimida del clero y del cuidado del patrimonio eclesial a causa de los recortes del gobierno.

ocatólicos- a un sector importante de intelectuales (como los krausistas Giner de los Ríos, Fernando de Castro, un número considerable de escritores realistas, etc.) que no fueron aceptados por la Iglesia oficial.

Analizaremos después con mayor detenimiento el modo plural de pensar de los españoles del XIX; verificando ahí -en el sector liberal- un fondo ideológico que probablemente no fue deterioro sino maduración del pensamiento cristiano.¹³

1.2 Guerras a lo largo del siglo XIX español. Carácter de guerras de religión.

Nunca como en este período del XIX había conocido España un belicismo tan continuo, predominantemente de carácter interno (guerra civil) y con un marcado acento de confrontación religiosa. En concreto (y por el orden que sigue) debemos recordar estas guerras:

1. *Guerra naval contra Inglaterra* motivada por la presión de una efímera y obligada alianza con la Francia de Napoleón. Guerra que destruyó (por segunda vez en la historia) nuestra Armada, y dejó el comercio con América a merced de la voluntad inglesa.

Es de notar que en esta contienda (como ocurrió en el siglo XVII) un integrante de la belicosidad era, sin duda, el hecho del enfrentamiento de la católico-papista España con la anglicana-antipapista Inglaterra: es decir, la defensa del catolicismo.

2. *Guerra de la Independencia contra la invasión francesa* (con el apoyo final de Inglaterra, interesada en el fracaso napoleónico), única contienda que aunó bastante las fuerzas sociales de la península, que creó un segundo Estado, paralelo al del rey José, dando pie a un gobierno regional y central con las Juntas de Defensa.

También en esta contienda el elemento religioso formaba parte del espíritu de reconquista que animaba especialmente a la guerrilla, muchas veces dirigida por eclesiásticos. En el fondo, la mayoría de los españoles luchaban a la vez por la autonomía y por desterrar más allá de nuestras fronteras al enciclopedismo volteriano y a la ideología de la Revolución Francesa (que había sido un motivo justificante de la invasión napoleónica).

3. *Tres guerras carlistas* enormemente sangrientas a lo largo de todo el siglo, verdaderamente fraticidas, con una penosísima intervención militarista del clero en el bando carlista.

Éstas fueron, sin duda, nuestras particulares guerras de religión. El carlismo (cuyo significado habría que debatir más despacio) actuó –según nuestro juicio- conforme a es-

¹³ Puede verse: RAYMOND CARR, *España del siglo XIX* (Ariel. Madrid), José BERGAMIN, *De una España peregrina* (Al Borak. Madrid 1972), PILAR FAUS SEVILLA, *La sociedad española en la obra de Pérez Galdós* (Nacher. Valencia 1972), etc.

tas coordinadas: habiendo fijado en el pretendiente Carlos los ideales de Dios, patria y rey (y Fueros), absolutamente fundidos en una pasión bélica, desencadenó una guerra fratricida y monopolizó el concepto de religión –de cristianismo o, mejor, de catolicismo–, negando a los seguidores de la monarquía constituida (liberales o no liberales) el derecho de sentirse creyentes y cristianos.

Quizá no se ha evaluado todavía suficientemente el daño que esa postura generó para la Iglesia y para el cristianismo en España. Lo que sí parece claro es que desarrolló y radicalizó una irreparable fractura en el cuerpo de la nación española; una división casi congénita que aún no se ha superado y que, apenas iniciado el siglo siguiente, derivaría hacia la más sangrienta e insensata de nuestras guerras civiles.

¿Pudo haberse llegado a un consenso de convivencia por ambas partes antes del Abrazo de Vergara? No sabríamos decirlo. (Un gran sector carlista condenó a Maroto como al gran traidor de la causa).

4. *Guerras coloniales* desastrosas. Desde 1811 comienzan las colonias americanas a independizarse, recabando el penoso envío de tropas españolas para una batalla perdida de antemano. Contienda a la que se une la absurda aventura de la conquista de Marruecos; empresa colonizadora disuasoria de la realidad social, que puso a prueba también nuestra capacidad de convivencia con otras religiones (la musulmana y la judía), a decir verdad, sin que saliéramos demasiado mal parados de esa confrontación ideológica y religiosa.

Es evidente que este permanente conflicto armado (y su clima político) generó fenómenos sociales de gran importancia: la carencia de mano de obra masculina en el campo y en la vida urbana, en buena medida el retraso en todos los sistemas de producción, el empobrecimiento de la hacienda nacional (que motivará intentos fallidos de reforma agraria, sin que prospere el desarrollo industrial y del progreso técnico). Así mismo, el aumento de un funcionariado alternante y sin oficio, la cesantía, la preponderancia política de la clase militar, la pasividad de la clase rural y de la clase humilde ciudadana... Pero, de manera muy especial, el distanciamiento de los españoles entre sí y respecto al mundo por motivos religiosos.

De todo esto se hace eco la obra de Galdós con extraordinaria lucidez.

1.3 Síntesis. Tres aspectos de la precaria situación social de la España del XIX.

Cuatro series de consideraciones nos permitirán aproximarnos a una visión global bastante realista de la situación del país durante el siglo XIX; presentando aquí sólo una

breve síntesis del conjunto (y dejando para más adelante el análisis de las mentalidades diversas de los ciudadanos y -muy en particular- la de los católicos en cuanto creyentes).

La situación agraria.

El campo (especialmente en Andalucía y la Meseta Central) estaba distribuido en latifundios que favorecieron una estructura caciquil y originaron situaciones de esclavitud rural y de poca rentabilidad. Los sistemas de producción apenas conocían progreso técnico alguno (Galdós denuncia esta falta de medios necesarios en el drama *Casandra*).

Periódicamente los gobiernos liberales intentaron paliar esa situación. A ello obedecieron las sucesivas leyes de *desamortización de bienes de manos muertas* de Álvarez Mendizábal, de Madoz... Leyes que apenas resolvieron el problema (contentándose con hacer pasar las tierras y latifundios de unas manos a otras); aunque ahora –desde nuestro punto de vista cristiano actual- esas medidas podamos juzgarlas purificadoras del poder eclesiástico, pero, a la vez, empobrecedoras del pueblo.

Por su parte, el campesinado se mostró pasivo, y, a excepción de los movimientos o revueltas en Andalucía y Cataluña que se han indicado, no se puede decir que exista movimiento alguno reivindicador de la reforma agraria con algún valor eficaz.

El clima tenso político nacional.

Los españoles del XIX, principalmente los de las grandes ciudades, vivieron con frecuencia casi diaria un clima pre-revolucionario, fruto, en parte, del continuo rumor de conspiraciones para derrocar los gobiernos de turno.

La situación real de crisis social (económica, laboral, de mentalidad), por una parte, el espíritu inconformista romántico, por otra, y, en fin, el descontento con los gobiernos en uso y la represión brutal del absolutismo, son factores que provocaron un estado sumergido de continua agitación revolucionaria; situación ambiental que se plasmó en algaradas (sin salida la mayor parte de las veces) y en pronunciamientos (más que en golpes de estado), precedidos en ocasiones del asesinato del gobernante.

El Parlamentarismo -muy presente en la vida madrileña- fue poco operativo para sanear la Administración en todos sus ámbitos y en los continuos cambios de gobierno, a pesar de que se sucedieron en el Parlamento figuras políticas de talla (normalmente, de signo liberal) que fluctuaron entre la adhesión y el rechazo de la Corona, encaminándose, al fin, hacia las fracasadas experiencias de una República, de un rey extranjero y de una restauración monárquica borbónica (de signo conservador y burgués) que desilusionó, a pesar de la notable labor de su artífice Antonio Cánovas y de ser uno de los períodos de mayor estabilidad de nuestra historia.

La burguesía antirevolucionaria y la situación de las clases sociales.

Con retraso respecto a Francia e Inglaterra va naciendo a lo largo del siglo XIX la burguesía. Pero este fenómeno va a ser entre nosotros bastante ambiguo.

Hay una burguesía alta, aliada en ocasiones con la nobleza, ociosa y ostentosa (que vive de las rentas), con pretensión de intervenir en la vida política. Forma especialmente un bloque agrario-aristocrático asentado en Madrid. Estos burgueses, apuntados a las ideas de progreso de modo muy superficial, practican una terrible discriminación de clases, considerándose superiores al resto de la población, y, con frecuencia, depositarios únicos del catolicismo. El mundo eclesiástico (el alto y el mediano) se pone al servicio de esta burguesía.

Galdós fustigaré continuamente en sus obras a este tipo de sector que domina la vida social: Doña Perfecta, Doña Juana -de *Cassandra*-, Amaranta -en la primera serie de Episodios-, los Lantigua, la de Bringas, Juanito Santa Cruz -de *Fortunata y Jacinta*-, Bueno de Guzmán...por ejemplo (junto con muchas otras familias), encarnan esta forma de burguesía demoledora de la convivencia social y del progreso.

Al mismo tiempo, emerge (desde el artesanado y el pequeño comercio e incluso desde la milicia) un tipo de población media que va prosperando, que fundamenta poco a poco el verdadero auge de la riqueza, y que, en definitiva, es el verdadero guardián de un liberalismo sereno y libre (más que moderado). Las figuras de Benigno Cordero, o de Demetria Castro-Amézaga y Fernando Calpena (en la segunda y tercera serie de los Episodios), o las de Buenaventura Lantigua (en *Gloria*), la del mismo Angel Guerra, incluso la de los Arratia bilbainos (serie tercera de Episodios), entre tantos, son emblemáticas de esta clase media cercana a la burguesía que construye a España.

Junto a la burguesía creciente (la de todo tipo) están la clase venida a menos (la del quiero y no puedo), mejor ilustrada que las demás, que vive de los préstamos (Doña Paca, de Misericordia) y la clase baja más digna: el campesinado que sobrevive con alguna holgura en sus campos, los labradores pequeños propietarios o aparceros.

En las ciudades, los habitantes de los barrios míseros que malviven o mueren sin más aliciente que el vaso de vino en la taberna próxima, la miseria compartida y el honor que a duras penas mantienen. Es el caso de Fortunata, o incluso el del celtíbero por antonomasia, Jerónimo Ansúrez y de su bellísima hija Lucila (en la tercera serie de Episodios), o el de eterno cesante Don Ramón Villamíl (en *Miau*) y, desde luego, el de las desgarradora Isidora, la desheredada.

Todas estas personas no encuentran apoyo social alguno, y menos aún pueden constituirse en clase obrera porque todavía la industrialización apenas ha llegado en las primeras décadas del siglo; muy despacio irá apareciendo el sindicalismo por Cataluña hacia Levante. Pero aún falta mucho para que sus logros incidan sobre las grandes ciudades españolas.

Este pueblo bajo es, además, analfabeto. No ha podido gozar de los beneficios de la educación (reservada a la burguesía alta o comercial). Sólo en el último tercio del XIX, con

el empuje liberal y del krausismo, empezará a generalizarse la enseñanza incluyendo en ella a la mujer.

La creación literaria de Galdós va a centrarse mucho en la visión realista de esta clase media baja y de la burguesía media; descansando también, a veces, en la contemplación de personajes que representan a una minoría de liberales; un tipo de liberales que, procediendo en línea directa de cierta nobleza, han acertado a integrar los más puros ideales quijotescos. Ésta es, quizás, la más sana minoría que completa el cuadro de las clases sociales españolas del XIX. En la obra galdosiana es el caso de Fernando Calpena, Bárbara, los empobrecidos Conde de Albrit, Beltrán de Urdaneta, Don Wifredo, y hasta la reina Juana de Castilla, e incluso Salvador Monsalud, Sola Gil de la Cuadra, y el maestro Patricio Sarmiento.

Muy pronto, a medida que avanza el siglo con mayor relevancia, entra en este juego variopinto de la población española más significada la clase militar, la de los influyentes militares de todo signo: Riego, Torrijos, Daoiz, Velarde, Zumalacárregui, Espartero, Cabrera, Narváez, O'Donnell, Prim, Serrano, Martínez Campos, etc.) que va ocupando el puesto que correspondería más bien a la clase netamente política.

1.4 TABLA DE FECHAS Y ACONTECIMIENTOS político civiles y religiosos del siglo XIX español (que enmarcan la obra de B. P. Galdós y se contienen en ella).

(Aparecen en cursiva los acontecimientos de marcado carácter religioso y los que tienen un alcance fundamental cívico – cultural.)

La vida en España conoce a lo largo del siglo XIX ocho importantes y muy diversos períodos de vida político social, cada uno de ellos de distinta duración:

I. Reinado de Carlos IV (1788-1808)

Caracteres generales:

A pesar de las medidas de Godoy, crisis económica y política creciente (crisis fiscal y del comercio colonial).

Deterioro del prestigio monárquico.

Guerra con Francia a raíz de la ejecución de Luis XVI, con la Paz de Basilea (1795).

Guerra naval con Inglaterra (al verse involucrada España en el plan napoleónico de invasión a Inglaterra); 1795: derrota en el Cabo de San Vicente.

1800 (a 1823) *El Papa Pío VII. Se ve acosado y apresado por Napoleón (hasta 1804).*

Esta situación es sentida con dolor por el pueblo español.

- 1803** L. Fernández Moratín estrena “El sí de las niñas”.
- 1805** Derrota naval de la armada franco española ante la inglesa (almirante Nelson) en Trafalgar.
- 1807** Tratado de Fontainebleau: entrada de las tropas francesas en España.
- 1808** 16 marzo: proclama pacifista de Carlos IV.
17-18 marzo: Motín de Aranjuez contra Godoy (y el rey).
19 marzo: abdica Carlos IV, obligado por Napoleón.
23 marzo: las tropas francesas (mariscal Murat) entran en Madrid.

II. Guerra de la Independencia.

1808

Fase 1ª de la Guerra de la Independencia (mayo-diciembre)

- 2 mayo: sublevación del pueblo de Madrid contra los franceses.
- 3 mayo: fusilamientos en Madrid.
- 7 julio: José Bonaparte I en Madrid.
- Juntas regionales de Defensa en Madrid y otras ciudades (segundo poder)
- 19 julio: triunfo español contra los franceses en la Batalla de Bailén.
- Guerra de guerrillas.
- 8 noviembre: Napoleón en Madrid con 250.000 hombres.
- 4 diciembre: *supresión de la Inquisición.*

Fase 2ª de la Guerra (1809 a 1812)

- 1809** *José I suprime las Órdenes Monásticas.*
Sitios de Zaragoza y de Gerona. Conquista francesa de Andalucía.
- 1810** Junta Central en Cádiz (Floridablanca), protegida por la armada inglesa.
Comienzan las Cortes de Cádiz. Cádiz, capital culta. Decreto de libertad de prensa.
- 1811** Inicio de los procesos de independencia en la América española.
- 1812** Constitución de Cádiz: raíz de la España contemporánea y liberal.
Comienzo del fin ideológico del Antiguo Régimen

Fase 3ª de la Guerra (1812-1814)

- Triunfo angloespañol en la batalla de los Arapiles.
- 1813** Batalla definitiva de Vitoria contra Napoleón. Tratado de Vezelay.
Fernando VII en Madrid.

III. Reinado de Fernando VII (1814-1833)

Restablecimiento del absolutismo político. Caos económico. Emancipación de las colonias americanas (de 1811, 1825...). Despotismo. Conspiraciones y levantamientos reprimidos.

- 1814** *Restablecimiento de la Inquisición.* Anula los decretos y la Constitución de Cádiz.
Levantamiento de Espoz y Mina.
- 1815** Levantamiento del general Díaz Porlier.
- 1816** España se adhiere a la Santa Alianza.
- 1820** Fuertes movimientos revolucionarios liberales. Insurrección de Riego.
Fernando VII acepta –forzado- la Constitución.
Inicio del Trienio liberal: intento de recuperar la obra de Cádiz.
Intentona absolutista (fracasada) de Fernando VII.
- 1821** *Asesinato del cura Vinuesa (por el pueblo de Madrid).*
- 1823** junio: Destitución temporal de Fernando VII.
Congreso de Verona para restablecerlo: Entrada de los “Cien mil hijos de San Luis”.
octubre: Manifiesto absolutista.
noviembre: ejecución de Torrijos, Riego, etc.
Comienza la “Década Ominosa”. 1824: año del terror policial.
- 1829-1833** Empieza a gestarse en el Norte la base de la Guerra Carlista.
- 1830** Pragmática sanción de Abolición de la Ley Sálica. Los partidarios del hermano de Fernando VII (pretendiente “Carlos V”) se niegan a aceptarla.
- 1831** *Graves agitaciones político militares en los Estados Pontificios de Italia.*
- 1832** *Encíclica pontificia “Mirari vos” contra los católicos liberales.*
- 1833** Muerte de Fernando VII.

IV. Las Regencias.

Regencia de M^a Cristina, que se abre a los liberales (1833-1840)
Epidemia de cólera morbo.

- 1833** a 1839 (40) Primera Guerra Carlista formal.
- 1834** Gobierno de Martínez de la Rosa. “Estatuto real”.
Medidas de excomunión de religiosos desafectos al régimen liberal.
Entra en España el pretendiente Carlos Isidro.
Abolición definitiva de la Inquisición.
Matanza de frailes en Madrid acusados de envenenar el agua.
- 1835** Mendizábal, ministro de Hacienda.
Muere Zumalacárregui en Begoña.
Mendizábal, jefe de gobierno.
Disolución de Órdenes Religiosas (excepto las hospitalarias y los escolapios).
- 1836** Descontento liberal: Motín de la Granja.
Intensificación de la Guerra Carlista en el Norte.
Venta de bienes de Órdenes religiosas.
Se amplía la supresión de casas religiosas.

Victoria de Espartero en Luchana y liberación de Bilbao sitiada por los carlistas.

Estreno de "Don Álvaro o la fuerza del sino" del Duque de Rivas.

Fundación del Ateneo de Madrid.

- 1837** *Desamortización de bienes eclesiásticos (que compra la nobleza, etc. sin hacerlos rentables).*

Nueva Constitución de 1837 (de espíritu reformista liberal):

Desmantelamiento del Antiguo Régimen.

Pronunciamiento moderado de Pozuelo y de Aravaca.

- 1838** Campaña carlista del Maestrazgo. El general carlista Cabrera toma Morella.

- 1837** *Suicidio de Larra. Pleno romanticismo español.*

- 1839** Convenio de Vergara (Bartolomé Espartero y Eduardo Maroto).

- 1840** Abdica María Cristina de Borbón, y marcha al destierro.

- 1841** Espartero (progresista, radical) es designado Regente por las Cortes (1841-1843).

Levantamiento de O'Donnell contra Espartero.

Conspiración de los moderados: intento de rapto de las princesas (para sustraerlas a la educación progresista radical del preceptor Argüelles).

Se fusila al general Diego de León.

- 1842** *El Papa Gregorio XVI pide rogativas por la Iglesia de España.*

Pronunciamiento de Ramón M^a Narváez contra Espartero en Torrejón de Ardoz.

V. Reinado de Isabel II (1843-1868)

- 1843** Isabel II es declarada mayor de edad.

En casi toda España se intenta derribar a Espartero. Fin de su regencia.

- 1844** *Estreno de "Don Juan Tenorio" de Zorrilla.*

- 1845 a 1854** "Década moderada"

Gobierno de Narváez y Bravo Murillo.

Constitución de 1845: soberanía compartida entre el rey y las Cortes.

- 1845 a 1849** Segunda Guerra Carlista (iniciada por el nuevo pretendiente "Carlos VI")

- 1846** Matrimonio de Isabel II con Francisco de Asís.

Elección de Pío IX en Roma.

- 1847** *Entrada del krausismo en España (Sanz del Río. Fernando de Castro).*

- 1848** Dictadura de Narváez (autoritarismo; no se convocan las Cortes).

Ferrocarril Barcelona – Mataró.

- 1850** Discurso de Donoso Cortés en Las Cortes sobre la situación de España.

- 1851** *Firma del Concordato entre el gobierno español y la Santa Sede.*

Inauguración del ferrocarril Madrid – Aranjuez.

- 1854** Pronunciamiento de O'Donnell en Vicálvaro ("La Vicalvarada")

Levantamiento progresista en Barcelona.

"Bienio progresista". "Manifiesto de Manzanares" (Cánovas del Castillo)

- Gobierno de coalición Espartero – O'Donnell.
Se constituye el partido político de “Unión Liberal” (vía centrista).
Pío IX declara el dogma de la Inmaculada Concepción.
- 1855** *Ley Madoz de desamortización civil de bienes territoriales municipales y otros comprados en las anteriores desamortizaciones y aún sin explotar.*
- 1856** Narváez forma nuevo gobierno.
- 1858** Gobierno de Unión Liberal con O'Donnell.
- 1859** Guerra de África.
- 1860** Toma de Tetuán.
Fracasa el golpe carlista en San Carlos de La Rápita.
- 1861 – 1864** *El hambre del algodón. Revuelta campesina de Loja (Granada).*
- 1863** Caída del gobierno de Unión Liberal.
- 1864** *Pío IX publica la encíclica “Quanta cura” y el “Syllabus” condenando –entre otros movimientos- el liberalismo y las sociedades secretas (ambos hechos arraigados en España).*
- 1866** Sublevación de los sargentos del Cuartel de San Gil. Ajusticiamiento.
1866-1868: Crisis aguda de la monarquía borbónica: “Pacto de Ostende” de todas las fuerzas políticas contra los Borbones.
- 1868** Muere Narváez. Sublevación de la Flota en Cádiz.
Revolución “La Gloriosa”: Prim, Serrano, Topete.
“Sexenio revolucionario democrático” (1868-1874).
Primer sufragio universal.
Tercera Guerra Carlista (por el nuevo pretendiente “Carlos VII”): 1868-1876 en Levante, Aragón, Cataluña y Navarra.
Derrota del ejército isabelino en Alcolea por los sublevados de la Gloriosa.
Isabel II huye a Francia.
- 1869** Los generales Serrano, regente, y Prim, jefe de gobierno, Regente.

VI. Gobierno provisional.

- Libertades básicas, medidas económicas librecambistas. Descentralización.
Constitución de 1869 (Olózaga, Castelar, Cánovas): principios de monarquía democrática (“el rey reina, pero no gobierna”)
En Roma se celebra el Concilio Vaticano I.
- 1870** Abdicación de Isabel II en París a favor de su hijo Alfonso.
Es elegido por las Cortes como rey Amadeo I de Saboya, hijo de Víctor Manuel II de Italia. Éste entra en Madrid y asiste al entierro de Prim recién asesinado.
Gobierno de Sagasta (constitucionalista).

VII. Primera República (1873).

- 1873** Renuncia de Amadeo I.
11 febrero. Congreso y Senado reunidos en Asamblea Nacional instauran la Primera República. Presidente: Figueras.
Transformación en República federal. Presidentes: Pi y Margall, Salmerón.
División entre unionistas y federalistas. Configuración de Cantones.
Castelar. Insurrección del Cantón de Cartagena y de Levante, dominada por Martínez Campos.
Comienza la publicación de las obras de Benito Pérez Galdós.
- 1874** Golpe de Estado del general Pavía.
Antonio Cánovas crea el Partido Alfonsino. Levantamiento de Martínez Campos contra la República. Recibe a Alfonso XII.

VIII. La Restauración Monárquica borbónica (1874-1931)

Primer período: Continuación del régimen constitucional.

Alternancia de gobierno conservador (Cánovas) y gobierno liberal (Sagasta). Alfonso XII (1875-1885)

- 1875** Restauración monárquica borbónica: entra Alfonso XII en Madrid.
Cánovas, jefe de gobierno. Revisión de la política del "Sexenio democrático".
Reimplantación del matrimonio canónico eclesial.
Prohibición de enseñanzas no católicas en la Universidad.
- 1876** *Se crea la Institución Libre de Enseñanza.*
Constitución de 1876.
Final de las guerras carlistas. Abolición de Fueros vasco navarros.
- 1878** Matrimonio de Alfonso XII con María de las Mercedes. Muerte de ésta.
- 1878** Matrimonio de Alfonso XII con María Cristina.
- 1882** *Colocación de la primera piedra del templo La Sagrada Familia de Barcelona.*
- 1883** *Sucesos de conspiración social de "La mano negra".*
- 1885** Muere Alfonso XII. Regencia de María Cristina. Sagasta.
"Pacto del Pardo" entre Antonio Cánovas y Sagasta.
- 1889** *Primer Congreso Católico Nacional de España. Sesión 1ª en Madrid.*
- 1891** *Leon XIII publica la encíclica "Rerum novarum" que tiene poca repercusión en España.*
- 1894** Paz hispano marroquí.
- 1895** Gobierno de Cánovas. Fundación del Partido Nacionalista Vasco.
- 1896** Guerra de Filipinas.
- 1897** Asesinato de Cánovas. Le sustituye Francisco Silvela.
- 1898** Guerra en las colonias de Ultramar con U.S.A. Desastre de Cavite y de Santiago de Cuba. Pérdida de Cuba.

Segundo período.

- 1902** Declaración de mayoría de edad de Alfonso XIII.
Sesión 6ª (y última) del Congreso Católico Nacional. En Santiago.
- 1903** Primer gobierno de Antonio Maura.
- 1909** *Semana Trágica de Barcelona.*
- 1911** *Congreso Eucarístico Internacional de Madrid.*
- 1914** (Primera Guerra Mundial).
- 1917** *Huelga general.*
- 1920** *Muere Benito Pérez Galdós.* Discurso de Antonio Maura sobre Galdós.

2. Corrientes intelectuales y pensamiento de los españoles en el siglo XIX.
Su influencia en la personalidad y obra de B.P. Galdós.

Ciertamente Benito Pérez Galdós elabora y expone en su impresionante creación literaria un pensamiento original, una ideología elaborada desde la contemplación abierta de lo real y desde sí mismo (desde la exquisita sensibilidad y la coherencia lógica de sus ideas). Pero este pensamiento no es ajeno a las corrientes intelectuales que definen y alientan al sector quizá más importante de la población española del XIX, con unos componentes desde luego dramáticos. Nuestro autor no es un fotógrafo imparcial de la realidad de los hechos y las ideas. Ante todo, vive esa realidad intensamente y la testifica. Es un testigo cualificado, y -más aún- es alguien que dialoga con ese mundo hispano, que lo asume con criterio lúcido y que le aporta su propia visión dialogante.¹⁴

Galdós experimenta casi directamente los acontecimientos de aquella España; los vive inserto en el corazón de la península; unas veces como asistente, incluso como actor, y otras, palpando las huellas aún recientes: la carga de sentimientos y de conceptos que los han producido y agitado, y las consecuencias –con frecuencia trágicas- que han dejado en la piel y en la carne de los españoles.

Conviene, por eso, para entender el sentido y alcance de la obra literaria, describir los vientos ideológicos que agitaban la convulsa atmósfera de la España del XIX. El escritor canario va constituirse en exponente de la confrontación y de la difícil síntesis de ideas - viejas y nuevas, escasas o abundantes- en la que se hallaba empeñada la nación casi en todos sus estamentos.

Amando con pasión el casticismo de las clases sencillas (autóctonas) de cualquier rincón de nuestra geografía y especialmente del Madrid viejo (anterior al ensanche), Galdós se ve, sin embargo, dolorosamente impresionado por la incultura y la escasez de

¹⁴ Sobre las corrientes de pensamiento de los españoles, en general, puede verse como referencia básica: ABELLÁN, JOSÉ LUIS, *Historia crítica del pensamiento español. Volumen IV* (Espasa Calpe. Madrid 1984) y *Volumen V (I y II)* (idem. 1989); ver también el excelente análisis de MARÍA ZAMBRANO, *La España de Galdós* (Endymion – Comunidad de Madrid. 1988) y SÁNCHEZ ILLÁN, JUAN CARLOS, *Galdós, precursor de los intelectuales*, en *Galdós en su tiempo*, (coordinado por Ángel Bahamonde y Yolanda Arencibia, págs. 11-134; Ed. Parlamento de Canarias. Santa Cruz de Tenerife 2006).

ideas que aquejan al español medio (como les sucede a la mayoría de intelectuales de finales del XIX y principios del XX); es la misma incultura que denuncia Larra (*El pobrecito hablador*) y la incultura *contumaz* de que hablan Unamuno o Antonio Machado.

La lucha, en términos generales, se entablaba entre el predominante dogmatismo tradicional, inmovilista y de tendencia violenta (tanto en lo político, como en la filosofía existencial y en lo religioso) y los postulados de la burguesía liberal de corte europeo, alentada por una minoría intelectual (krausista, por ejemplo) que llegaría a plasmar su pensamiento en los intentos de reforma de la Universidad, en la Institución Libre de Enseñanza y en la oratoria de los políticos progresistas.

2.1 Fuentes literarias para conocer el pensamiento de los españoles del s. XIX. La novela española del XIX y sus claves reveladoras.

La novelística española del s. XIX es –toda ella– un extraordinario documento que permite acceder al dato de la mentalidad de los españoles de esa época, de modo semejante a como lo fueron para los siglos XVI y XVII la novela picaresca, la de caballerías e incluso la bizantina. Es aconsejable, pues, intentar aproximarse a esta narrativa desde el punto de vista que nos ocupa.

a) El casticismo desvelado en la novela.

El romanticismo español, coetáneo a Galdós, junto a otras categorías de fondo y estilo, es el descubridor emocionado de las escenas cotidianas y anónimas del pueblo, detectando (o imaginando) en ellas valores extraordinarios –al menos estéticos– y fuertes contradicciones de pensamiento; contradicciones que nacen con frecuencia del conflicto entre las nuevas ideas y el imperativo de fidelidad a los atavismos seculares. Descubre así al pueblo como elemento romántico, idealizado en parte, o –dicho de otra forma– el romanticismo del pueblo.

Manuel José de Larra (artículos), Mesonero Romanos (*Escenas matritenses*), Serafín Estébanez Calderón (*Escenas andaluzas*)..., valoran y sobrevaloran el mundo rural y las clases populares urbanas en cuanto expresión del concepto de pueblo.

Lo mismo van a hacer los autores del realismo con mayor detenimiento y con alguna otra óptica, sin duda, la de un dramatismo más justo, por ejemplo. José María Pereda en la cornisa cántabra, Emilia Pardo Bazán en Galicia, Juan Valera en los ambientes caciquiles andaluces, Leopoldo Alas *Clarín* en Asturias, Pedro Antonio de Alarcón también en Andalucía, Blasco Ibáñez en Valencia y, sobre todo, Benito Pérez Galdós en Madrid y en la total geografía hispana; sirviendo todos ellos de tránsito al siglo XX de los Álvarez Quinteiro, Benavente y –con cierta mayor distancia– a los del 98 (Unamuno, Valle Inclán, Azorín, A. Machado...). Todos ellos en estrecha relación personal y más o menos fraterna.

Este pueblo español descrito amablemente en la novela tiene un pensamiento fundamental: vive y discurre pegado al terruño o al barrio; con muy escasos otros horizontes. Ignora el racismo, pero existe uncido a su tierra, que desde él se agranda; aunque en ésta apenas pueda hacer otra cosa que sobrevivir, mantener y guardar los escuálidos recursos existenciales: la austera vivienda y comida, las arduas faenas del campo o de la pesca, los trabajos de miseria en la ciudad, las cesantías y los sometimientos a todos los poderes sociales juntos (incluido el poder eclesiástico). Sin dejar por ello de soñar ilusorias y efímeras mejoras o transformaciones que nunca llegan (y menos soñarlas de los cambios políticos, que lo dejan frustrado y desconfiado).

El conjunto mayoritario de los españoles era pueblo, era este pueblo con este modo de sentir y pensar; sin que la sublimación romántica añadiera apenas nada a su realidad. Lo elevado en este modo de ser era la pragmática filosofía existencial (un tanto escéptica o fatalista, naturalmente) y un inquebrantable sentido de la ironía y hasta del humor.

b) Esencias del liberalismo novelístico hispano.

Entre nosotros (sobre todo si abarcamos los siglos XIX y XX) hay pocas corrientes tan difíciles de precisar como las que convergen en el llamado espíritu liberal. Difíciles de encuadrar bien porque, en la práctica, bajo la etiqueta de liberales se reunían personas y tendencias muy diversas e incluso distantes; y porque ese solo nombre despertaba reacciones viscerales e incontroladas en quienes se sentían opuestos a él.

Prescindiendo aquí del análisis de las posibilidades del liberalismo español plasmadas en la novela, conviene señalar el marco de referencia ideológico al que de una manera u otra, parcial o totalmente, se remitían los liberales que pueblan el mundo novelístico del XIX. A este marco –bastante completo, por cierto– aludiremos cuando hablemos del espíritu liberal de la obra galdosiana.

El hombre liberal doceañista parece que debía definirse por estos paradigmas esenciales:

- la tendencia al razonamiento ponderado (subjetivo y, a la vez, objetivado lo más posible) en todos los ámbitos de la vida, incluyendo una cierta flexibilidad del pensamiento; la repulsa de los dogmatismos;
- la creencia en la dignidad universal del ser humano y, por tanto, la defensa de todos sus derechos y libertades (incluida naturalmente la libertad religiosa);
- la instauración de regímenes de producción modernizados, más eficaces, aunque de apropiación privada, con una cierta distribución de los bienes (o de la riqueza) algo más equitativa (aproximándose con ello a las tesis socialistas);
- el diálogo institucional como garantía de los paradigmas anteriores y, en consecuencia, la búsqueda de sistemas de gobierno democráticos y constitucionales (aun aceptando en principio las monarquías que todavía no se conciben como parlamentarias).

c) *Vivencias religiosas de los españoles según la novelística del XIX.*

En una visión algo detenida de la novela del XIX (tanto la española como la rusa) llama la atención poderosamente el hecho de que el tema religioso (de signo natural y de signo cristiano) tiene una presencia determinante y omnímoda en esta literatura testimonial. Más aún: una gran mayoría de obras españolas entra en el debate nacional a propósito de la religión y de la Iglesia; y este hecho expresa un modo de sentir y de pensar del país.

Cada autor ofrece en esa visión un matiz particular, pero todos coinciden sustancialmente al describir la religiosidad firme (aunque diversa) de la población y al denunciar las desviaciones de la misma. Con independencia de la propia opción sociopolítica en la que se sitúa el escritor, puede afirmarse que todos coinciden en reconocer el catolicismo (y su ideología religiosa heredada) como elemento consustancial de la vida hispana, en cualquier nivel desde el que ésta se contemple. Y por extraño que parezca, el debate nacional religioso parece desarrollarse en el pueblo sin excesiva acritud.

Muy en la línea del planteamiento krausista, Galdós es quizás quien muestra una perspectiva más lúcida y completa de la dimensión religiosa que define al país en un sentido u otro; llegando, en ocasiones, a observar y analizar sutiles mecanismos de la religiosidad y del funcionamiento eclesial, o incluso difíciles datos de la espiritualidad cristiana que lo emparentan con la tradición mística de nuestro primer Siglo de Oro (más que con la espiritualidad rusa a la que alude el escritor). *Nazarín*, *Halma*, *Angel Guerra*, *Benina*, *Gamborena* y tal vez *Celia*, *Marianela*, *Electra* y la misma *Gloria* serían un exponente de esa importante búsqueda de la autenticidad religiosa y cristiana por parte de un reducido grupo de españoles del XIX.

En tal perspectiva se encuadra la continua crítica de las deformaciones practicadas al cristianismo y a la religión en general, y la crítica del funcionamiento de la institución eclesiástica. Esto aparece tanto en la obra de Galdós, como en la de un buen número de autores del realismo; por ejemplo, en Palacio Valdés (*La hermana San Sulpicio*), Valera (*Pepita Jiménez*), Blasco Ibáñez, Emilia Pardo Bazán...¹⁵

Esta novela del XIX, preocupada de lo religioso que nos define, aborda, sobre todo, dos grandes temas: la fe y la caridad. Ambos con notable profundidad en las obras de Galdós, de Valera y de Palacio Valdés; y de forma más tópica o superficial en los personajes de Alarcón, Pereda, Clarín, Coloma, o Fernán Caballero. En definitiva, para estos autores que contemplan la andadura de sus conciudadanos, el problema religioso debiera resolverse en el ejercicio (más bien escaso) de la caridad, de la justicia, de la entrega y de la misericordia.

El anticlericalismo (sin duda fuerte, muy presente y bastante justificado) surge especialmente de las deformaciones estructurales de la religión y de la carencia ética en la

¹⁵ Ver MIRANDA, SOLEDAD, *Religión y clero en la gran novela española del siglo XIX*. Ed. Pegaso. Madrid 1982.

vida de las personas religiosas; es un rechazo al clero que no afecta a la conciencia ni a la postura esencial del creyente español del XIX. Como tampoco le afectan los sucesivos ataques de los gobiernos a la propiedad eclesiástica, ni los debates sobre la libertad de cultos.

2.2 El problema de la incultura en la mayor parte de la población española del s. XIX. El difícil acceso a la enseñanza.

Mariano José de Larra se lamenta en *El pobrecito hablador* de no encontrar él – normal lector y pensador- un mediano interlocutor con quien compartir alguna palabra bien reflexionada y mejor dicha. Viene a indicar que el español medio del XIX adolecía de una falta de pensamiento ilustrado y abierto, capaz de hacerle sentirse mínimamente documentado y con aficiones culturales.

Esta situación de escasez cultural señalaba directamente, sin duda, como problema básico, la cuestión de la enseñanza en las clases desfavorecidas (y también –en buena medida- en las clases altas). La escuela o no existía o dejaba mucho que desear en cuanto a la calidad docente. Los pocos centros escolares y maestros que aparecen en la obra de Galdós (en Episodios Nacionales, en novelas como *Miau*, *El abuelo*, *Tormento*, *El doctor Centeno*, *El caballero encantado*, *La razón de la sinrazón*) muestran una visión pesimista del sistema educacional vigente. De hecho ésa será la reforma por hacer desde la política y desde otras instituciones a medida que avanza el siglo y se entra en el XX.

La enseñanza para niños en el s. XIX, imposible para una gran mayoría de la población, continuaba siendo elitista y por definición oscurantista en cuanto a las ideas que transmitía y a la pedagogía con que se desarrollaba. Se encontraba, sobre todo, en manos de instituciones eclesiásticas que mantenían el signo más tradicional y dogmático.

La Universidad vivía una postración científica: el Plan reformista de 1845, de Gil y Zárate, se vio pronto ahogado por la represión de ideas que supuso el Concordato de 1851 con la Santa Sede (en particular el artículo 31) y el Reglamento de Universidades de 1852, en cuanto que daban a la Iglesia un poder de control y censura en todos los niveles de la enseñanza.

De alguna forma esta situación quedó moderada por la Ley de Instrucción Pública (1857) de Claudio Moyano; ley ilustrada de origen progresista vigente durante casi cien años.

La evolución de la enseñanza hacia un espíritu más racional y abierto, dialogal y progresista, independiente de la religión y de la Iglesia (aunque no contrario a éstas), tendría que ser tarea de iniciativas privadas e independientes pero con recursos menguados. (Entre ellas, la más meritoria sería tal vez, años más tarde, la del grupo de la Institución Libre de Enseñanza, en íntima relación con cierto número de profesores universitarios.)

Pero en vísperas de la revolución de 1868 el Ministro de Fomento, Marqués de Orobio, había expulsado de sus cátedras a los progresistas Julián Sanz del Río, Emilio Castelar, Nicolás Salmerón, Francisco Giner de los Ríos..., es decir, había expulsado de las aulas al pensamiento de nuestros mejores intelectuales. En contrapartida, la Gloriosa los rehabilitaría, y apartaría definitivamente de la Universidad española las Facultades de teología.

La Restauración (Real Decreto de 1875) impondría después una drástica Inquisición ideológica y religiosa a la Universidad.

Los datos ofrecidos son indicadores de la deficitaria situación cultural de la mayoría de la población en el XIX español.

Sin embargo, después del 68, se produjo un fenómeno de alianza entre intelectuales y políticos, entre pedagogía y sociedad, no ajeno a la naciente burguesía progresista, que nos acercó al siglo XX, todavía con alcance muy reducido.

Los políticos de turno (incluso los de la Restauración borbónica y, por su lado, el incipiente socialismo) entendieron la utopía de la educación: la nación no podía progresar y salvarse en todos sus ámbitos sin un cambio de mentalidad propiciado por la educación y la enseñanza. Ejemplo de este planteamiento sería la extraordinaria y quizás algo compleja figura de Fernando de Castro (1814-1874), ex capellán de la Corte y, después, rector de la Universidad de Madrid.

La Institución Libre de Enseñanza continuó ese camino esperanzado, pero en solitario. Amparada en la Constitución de 1876. Bajo la dirección de Giner de los Ríos escribió el capítulo quizá más feliz y operativo del pensamiento español en las últimas décadas del XIX (en particular, por su escuela y por la residencia de estudiantes). Significó un intento de apertura de éste integrando, por una parte, la filosofía, la teología y la pedagogía de Krause, con la perspectiva de Julián Sanz del Río y de Fernando de Castro, y, por otra, la corriente científico positivista y el modelo anglosajón propios de personalidades no krausistas como Joaquín Costa. Todo ello, sin omitir en la enseñanza y en la cultura en general una relectura del Evangelio, desde luego, con fuerte espíritu crítico y con libertad respecto a cualquier presión ideológica.

2.3 El krausismo español del siglo XIX. Su influencia en Galdós.

Entre las corrientes ideológicas que influyen en una parte notable de la población española ilustrada, en literatos y políticos liberales desde la segunda mitad del siglo XIX, es preciso referirse al krausismo, corriente que nace en Alemania a partir de la filosofía de Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832). Su pensamiento se condensa en *El ideal de la humanidad* (1811), traducido al español por Sanz del Río y por Gumersindo de Azcárate.

Julián Sanz del Río, profesor de la Universidad Central de Madrid, es su principal promotor entre los ambientes intelectuales de España. Encuentra en Krause la posibilidad de compaginar el desarrollo de la vocación científica y, a la vez, de la convicción creyente cristiana de signo liberal. Esta idea la reciben entusiasmados (como discípulos) Francisco Giner de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, Fernando de Castro, Emilio Castelar, Nicolás Salmerón, el mismo Galdós y bastantes otros. Quizás sea Fernando de Castro quien mejor exprese las consecuencias del pensamiento krausista; de modo especial en su *Memoria testamentaria* (1874) que añade la más dura crítica al catolicismo y a las religiones positivas.

Para Krause el mundo se halla en un progreso continuo hacia la unidad, hacia la “Humanidad racional”, y este progreso es una ascensión a Dios, a un Dios universal que puede coincidir sin problema alguno con el Dios del cristianismo, mientras éste no sea falseado por la práctica eclesiástica.¹⁶

Galdós, que frecuentó mucho el Atenéo madrileño, situado en el mismo edificio de la Institución, no pertenece formalmente a este grupo, pero sí se considera discípulo de Sanz del Río y de los krausistas. Su relación más estrecha (también epistolar) es con Giner de los Ríos en quien admira, sin duda, la bondad, la sencillez y la indómita sensibilidad por la justicia. Cuenta también en su biblioteca con las obras de Fernando de Castro.¹⁷

¹⁶ MIGUEL ÁNGEL DE LA CRUZ VIVES traza una clara síntesis del krausismo español en su artículo *Panorama del pensamiento español en la segunda mitad del siglo XIX*. (En la red: <http://platea.pntic.mes.es/~macruz/regenta/XIX.html>; última actualización: 1-2-2002). Así mismo, desde el punto de vista religioso: FERNANDO MARTÍN BUEZAS, *La teología de Sanz del Río y del krausismo español* (Ed. Gredos. Madrid 1977), obra quizás fundamental para este estudio. MARÍA PILAR APARICI LLANAS puntualiza: “*El fundamento de toda vida –y vida humana–, de toda belleza y bondad posible a los hombres es (en el krausismo) Dios, según es conocido en la religión*” (*Las novelas de tesis de Benito Pérez Galdós*. Institución Milá y Fontanals- C.S.I.C. Barcelona 1982, pág. 98). JOSE CARLOS MAINER sintetiza así los objetivos del krausismo español: “*fundamentar un laicismo respetuoso con el sentimiento religioso, pero crítico con el casposo catolicismo de entonces; convertir el derecho –la ciencia social del XIX– en fundamento de un orden más justo y entronizar la pedagogía –otra palanca de intervención pública– en el basamento de una futura ciudadanía responsable.*” (*Fuego con viento*. El País. 9/5/2015). Puede verse así mismo: ELÍAS DÍAZ, *Panorama del krausismo español*, en *Fernando de Castro y su legado intelectual*, (Fundación Fernando de Castro. Registradores de España. Madrid 2001, págs. 33-71) y *El krausismo español*, (Fondo de Cultura, México 1956).

¹⁷ La figura de Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) es de máxima importancia para entender la primera utopía reformadora de España que dio frutos sustanciosos al comienzo del siglo XX. De extraordinaria buenhomía y discreción, jurista y pedagogo, nunca calló ante la injusticia y la estupidez. Le fascinó el casticismo, el folklore y el paisaje. Acompaña a Unamuno y a Ortega en sus manifiestos. Funda ya en 1876 la Institución Libre de Enseñanza; en 1910 la Residencia de Estudiantes y el Centro de Estudios Históricos, etc.

Se conserva un breve Epistolario entre Giner de los Ríos y Galdós en el Centro de Documentación de la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria.

En el contacto directo con estos hombres ahonda y reafirma su talante liberal y, al mismo tiempo, asume el reto de armonizar naturaleza y religiosidad. (Verificaremos la fuerte presencia de esta ideología a lo largo de todo el análisis de su obra).

No es fácil sintetizar el pensamiento de este krausismo de carácter más hispano y, en particular, de la dimensión de pensamiento religioso que comporta. Una visión rápida y algo superficial del mismo evoca un cierto panteísmo; pero, analizado con mayor profundidad, nos acerca más bien a la posterior teología de Teilhard de Chardin, es decir, a una teología abierta a la tierra y al sentido crístico paulino (Cartas de la cautividad) en donde aparece de una manera dinámica la presencia del Cristo cósmico, extraordinariamente humano (síntesis y culmen de la humanidad). Incluye –esa visión teológica– la autonomía divina de los seres de la creación y su espera de complementación sustancial en Jesús; por tanto, la secularidad y la gracia juntas. En definitiva, la presencia divina en el seno del mundo, sin necesidad de la mediación imprescindible de formas sacras externas o de la institucionalización sagrada e inmutable de lo religioso.

El mundo es en Dios y mediante Dios. Ésta podría ser su formulación en síntesis. Una expresión difícil de precisar, desde luego, en los textos krausistas. En realidad, su punto de mira inmediato es el mundo y su desarrollo. Al mundo debe permitírsele ser mundo, gozar de su autonomía, precisamente porque esta autonomía es parte integrante de su identidad al ser creado por Dios.

La referencia esencial a Dios existe también, es necesaria. Y no sólo en el reconocimiento original divino del mundo, sino también en una serie de postulados que culminan la definición del mundo y la relación del creyente con él:

- El primero es que toda la realidad mundana interesa sustancialmente a Dios y al plan deseado por éste. Que Dios no se ha desprendido del mundo; más bien, al contrario, de algún modo ha unido su destino al destino de la tierra (idea que no es lejana a la de la Encarnación del Verbo). En la Humanidad se aúnan el Espíritu (Dios) y la naturaleza. Ésta se compone de seres que se influyen mutuamente y que se vinculan a Dios, unidad suprema.
- El segundo: este mundo autónomo y divino a la vez no agota ni contiene la total esencia de Dios, que permanece transcendente e inabarcable para el entendimiento humano.
- En consecuencia, toda manifestación del mundo (humana, se entiende), se realice o no dentro del campo de lo religioso, merece honda consideración, estima y cuidado. De manera que el progreso racional, la tolerancia y el diálogo son condiciones esenciales de cualquier religiosidad y, en particular, especialmente, de la religiosidad cristiana.

En contra del pensamiento de J. Balmes, que rechaza como perverso el concepto de tolerancia, y que concede a la Iglesia el único y absoluto derecho de juzgar al mundo.¹⁸

Es obvio, pues, el carácter crítico del krausismo respecto al sometimiento del Evangelio a las normas y funcionamientos cerrados de las iglesias. Los krausistas españoles (al menos en su primera época) vieron y defendieron que el Cristianismo es impensable sin la noción de tolerancia, y, por tanto, que las reacciones de intolerancia de la Iglesia del momento se alejaban del mensaje cristiano y alejaban a éste del mundo.

Se comprende así la fuerte influencia de todo este pensamiento en el liberalismo católico español del XIX (que no dependía ya sólo de los franceses Lammennais, Lacordaire, Monthalembert...). Volveremos sobre este análisis del liberalismo cristiano en el punto siguiente.

Galdós concretará y expresará literariamente –y con mucha frecuencia- ese postulado dialogal del cristianismo a propósito de diversas confrontaciones internas de sus personajes entre sí (*Doña Perfecta*, *La familia de León Roch*, *Gloria...*) o de los conflictos de estos con las instituciones (con el clero y el mundo religioso) y con las posturas ateas o de otras confesiones religiosas. En ocasiones sus textos se anticipan a los planteamientos ecuménicos y de diálogo con el mundo propios de los documentos del Vaticano II.

Sin duda, la primera referencia expresa del pensamiento de Krause hay que vincularla a *Doña Perfecta*. La aparición de la novela en 1876 sigue la huella dejada por la discusión parlamentaria en torno al artículo 11 de la Constitución de ese mismo año, referido a la tolerancia de cultos. Pepe Rey –no descubrimos nada- es el prototipo de la mentalidad nueva, tolerante, hombre religioso con raíces krausistas vinculadas al positivismo. Jacinto, sobrino del canónigo y rival de Pepe en amores, le espetará en determinado momento: “El panteísmo o panenteísmo están condenados por la Iglesia, así como las doctrinas de Schopenhauer y del moderno Hartmann. Galdós aquí mostraba estar al día, pues Eduardo von Hartmann, que había definido su sistema filosófico como una síntesis de Hegel y de Schopenhauer, estaba siendo introducido en España por el canónigo de Solsona, Antonio Comellas y Cluet, quien unía a su formación escolástica el interés por el idealismo alemán, de cuya heterodoxia salvaba aspectos. Es interesante por su ironía la cita de Galdós referida a los buenos habitantes de Orbajosa: “piadosos y buenos cristianos, si bien ninguno de ellos sabe filosofía alemana”.

¹⁸ La idea de “tolerancia” la había asociado JAIME BALMES al concepto de “mal”, influyendo así poderosamente en la filosofía católica del XIX y XX (entre otros, en Donoso Cortés). Es del todo expresivo de ese pensamiento el siguiente texto suyo: “*Tolerancia: ¿qué significa esa palabra? Propiamente hablando significa el sufrimiento de una cosa que se conceptúa mala, pero que se cree conveniente dejarla sin castigo. Así se toleran cierta clase de escándalos...; de manera que la idea de tolerancia anda siempre acompañada de la idea de mal. Yolerar lo bueno, tolerar la virtud, serían expresiones monstruosas. Cuando la tolerancia es en el orden de las ideas supone también un mal entendimiento: el error. Nadie dirá jamás que tolera la verdad*”

Cuando en la segunda parte de *Gloria* surja una instancia mediadora que temple los extremos fanáticos (Lantigua – Morton), Galdós elegirá una personalidad independiente con aureola krausista: Buenaventura Lantigua. Se trata de un banquero, simpatizante de los institucionistas caídos en desgracia, hombre de “conciencia menos rigorista y pensar más elástico”. Su libertad de espíritu se manifiesta especialmente en diálogos con el judío Morton, de uno de los cuales transcribimos larga pero crucial cita: “Yo creo que la fe religiosa, tal como la han entendido nuestro padres, pierde terreno de día en día, y que tarde o temprano, todos los cultos positivos tendrán que perder el vigor presente. Yo creo que los hombres buenos y caritativos pueden salvarse, y se salvarán fácilmente, cualquiera que sea su religión...” Volveremos sobre este importante texto más adelante.

La familia de León Roch cierra el bloque de las novelas dogmáticas galdosianas. León es un adinerado científico, ilustrado y librepensador. Su matrimonio con la intransigente María Egipciaca le lleva a criticar las manifestaciones externas del culto católico tan arraigadas en la familia conservadora de su esposa, pero el racionalismo krausista se manifestará de modo más concluyente en el rechazo hacia el ascetismo desviado y enfermizo del novicio Luis Gonzaga, hermano de su mujer. La religiosidad un tanto superficial del protagonista no impide que en un momento dado de la novela éste afirme en clara confesión de fe: “Yo creo en el alma inmortal, en la justicia eterna, en los fines de perfección, ¡breve catecismo, pero grande y firme!”. En la temprana novela *Rosalía* se emplea (por primera y única vez) el término *krausistas* aplicado a estos creyentes por el sacerdote Don Juan de la Puerta, no sin cierta pedantería (y en una tertulia que brilla por la incultura de los participantes).

Aquellos intelectuales que se sentían a disgusto en la mediocridad e hipocresía religiosas de su tiempo, encontraban, pues, en esa sugerente visión de Krause una alternativa aceptable que se desvinculaba tanto de la negación de lo religioso, propia del positivismo, como del propósito reformador de ese catolicismo estrecho, que les asfixiaba. Una suerte de idealismo, en suma, que abdicaba de la razón allá donde ella empezaba a ser peligrosa.

¿Qué alcance pudo tener en la época el pensamiento krausista español en la sociedad y en el catolicismo del país?... Probablemente poco, aunque muy cualificado en ciertas minorías. Como ocurrió tal vez en el siglo XVI con el Humanismo renacentista (cercano a la Reforma), la sociedad española estaba muy poco preparada para realizar el cambio de mentalidad que se proponía; y, por otra parte (esto de forma decisiva), el krausismo recibió un rechazo frontal de la Iglesia oficial española, totalmente respaldada por el espíritu romano (*Quanta cura*, *Syllabus* y Concilio Vaticano I), un espíritu que significó el triunfo del tradicionalismo ultramontano, la muerte de ilusiones renovadoras del pensamiento cristiano y, en bastantes casos, el doloroso apartamiento de la obediencia a Roma (como en el caso de Fernando de Castro).

De este drama se hará también eco Galdós en obras teatrales como *Santa Juana de Castilla*, *Sor Simona* o *Casandra*, en la novela *Gloria*, y en bastantes otros escritos.¹⁹ No obstante, en la novela *El amigo Manso* se distancia de las posibilidades reales que ofrece a la sociedad española la utopía krausista, o hace una revisión de las mismas, viviendo el fracaso existencial del profesor de filosofía Máximo Manso, hombre verdaderamente bueno pero ajeno a la realidad.

3. La Iglesia católica que contorna a Galdós.

Hemos indicado ya algunos datos referentes al modo de presencia eclesial en la sociedad española del siglo XIX. Nos interrogamos ahora sobre la mentalidad oficial de la jerarquía eclesiástica y, en consecuencia, de la inmensa mayoría del clero, de las instituciones religiosas y de los católicos significados. Esta mentalidad dominante marcó, sin duda, el tipo de relación de la Iglesia -y del catolicismo español, en general- con la política y con la población. Pero es necesario advertir que la forma de pensar y de actuar de esta Iglesia (sin duda mayoritaria) venía dada por la Iglesia Católica Romana representada por el Papado. De ahí que convenga hacer una breve aproximación al pensamiento y al acontecer de los Papas del XIX.

3.1 *El Papado y los acontecimientos principales de la Iglesia en el siglo XIX.*

La Iglesia católica vive en el siglo XIX los fuertes avatares del pontificado de los sucesivos Papas desde Pío VII; avatares originados en parte por el cambio de régimen francés y por el espíritu de la Revolución Francesa en la última década del XVIII. Desde el punto de vista más interno, doctrinal o espiritual, se desarrolla en la Europa cristiana un débil esfuerzo por conciliar aquella modernidad histórica con el pensamiento creyente, entendiendo sus promotores que esa conciliación no sólo era posible sino también deseable y justa para una mayor fidelidad al Evangelio. Sin embargo, tal postura (significada, por ejemplo, en el liberalismo cristiano de Lamennais, o en el krausismo de Fernando de Castro) fue rechazada de plano por la jerarquía romana (por los Papas, especialmente por Pío IX), demasiado asustada por la acción de las crecientes sociedades secretas y la masonería, por la indiferencia religiosa generada en la Ilustración, y –quizás, sobre todo- por el padecimiento de la revolución contra los Estados Pontificios.

¹⁹ Sobre la relación de Galdós con el krausismo puede verse: RODGERS, EAMONN, *El krausismo, piedra angular de la novelística de Galdós* (Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, 62. 1986, págs. 241-253); el excelente breve estudio de JOSÉ LUIS GÓMEZ-MARTÍNEZ, *Galdós y el krausismo español*. Nueva Revista de Filología Hispánica 22.1 (1983) págs. 55-79; DENAH, Lida, *Sobre el krausismo de Galdós*, Análes Galdosianos, n. II. 1967, págs. 6-24. Sobre el proceso interior de Fernando de Castro: RAMÓN CHACÓN GODAS, *Don Fernando de Castro y el problema del catolicismo liberal español*. Fundación Fernando de Castro. Madrid 2006

La crisis territorial de la Iglesia estuvo provocada, primero, por Napoleón, e inmediatamente por los reinos italianos decididos a conseguir ya la unidad de Italia concediéndose un rey único en la figura de Victor Manuel de Saboya.

Ante esa situación eclesial puede decirse que las mayorías cristianas en cada una de las iglesias católicas europeas cerraron filas en torno a la Jerarquía y a las doctrinas y prácticas cristianas más tradicionales (devoción al Romano Pontífice, poder absoluto del Papa hasta declarar su infalibilidad, sometimiento del Estado a la Iglesia, desarrollo dogmático, expresión única de la fe según la teología escolástica y Trento, inamovilidad litúrgica y de la interpretación bíblica, condena radical del socialismo y de sistemas de búsqueda intelectual, etc.).

Esos sectores tradicionales mayoritarios y populares eluden el enfrentamiento o el diálogo con quienes piensan de otro modo; no conceden audiencia a los cristianos reformistas. Y estos, sin hallar sitio dentro de sus iglesias, se ven, además, moral y formalmente presionados por Roma a abandonar su pensamiento, son echados fuera y no les queda otra alternativa más que el abandono de la comunión eclesial, lo que no es sentido por la jerarquía católica como drama, sino más bien como liberación. El Concilio Vaticano I fue vivido como un triunfo sobre el mal.

Desde nuestra perspectiva, hoy no podemos dejar de ver aquella crisis con mucho dolor y como un grave error del catolicismo. Pensamos que en tiempos de nuestro Vaticano II no se habrían producido tales planteamientos y desenlaces. Europa, América y, en particular, España (y la América española del XIX) sufrieron directa o indirectamente lo que sucedió en esa época de la Santa Sede.

La obra realista de Galdós lo refleja en multitud de páginas, y nos viene a decir que él –el autor- y sus personajes más queridos estuvieron en un tris de verse también echados de una Iglesia que les era propia, pero en la que no estaban cómodos porque no se sentían comprendidos ni acogidos.

Conviene, pues, por ello esbozar (aunque sea con brevedad) un análisis de la situación del Papado y de las Iglesias católicas del siglo XIX.

1) Los Papas del siglo XIX y su problemática eclesial.

Nos permitimos la osadía de resumir aquí la trayectoria del Papado y de su acción más notable desde principio del siglo.

a. Comienza el siglo (1800) con la elección del cardenal Chiaramonti como Pío VII que va a padecer enseguida la ocupación de los amplios territorios pontificios del Norte por los austriacos y por la arbitrariedad imperialista de Napoleón. A raíz de la firma forzada de un Concordato se ve obligado a participar de manera humillante en la coronación del nuevo emperador (1804). Lo que no impide la entrada de las tropas francesas en Ro-

ma (1808). Su bula “*Quam memorandum*” condenatoria de quienes atacan a la Iglesia (o la roban) hace que Napoleón lo secuestre y traslade, primero a Savona (Génova) y después a Francia, en Fontainebleau, hasta la caída del mismo. Los nuevos vencedores (Congreso de Viena) restablecen los Estados Pontificios y forman la Santa Alianza de signo católico.

b. En 1823 se elige Papa a León XII, cardenal Della Genga. Y en 1829 a Pío VIII, cardenal Castiglione. Ambos pontífices denuncian la indiferencia religiosa y las actividades de las sociedades secretas italianas, inicialmente nacidas como resistencia al invasor en Italia (encíclica “*Traditi humiliati*” de 1830).

Un religioso camaldulense, Alberto Cappellari, es designado sucesor de San Pedro como Gregorio XVI (1831). Tiene que enfrentarse de inmediato a insurrecciones en contra del poder pontificio y a favor de la unidad italiana (Módena y Bolonia), requiriendo el apoyo de tropas austriacas. En 1832 publica la encíclica “*Mirari vos*” condenando las doctrinas liberales de Lamennais, la libertad de imprenta, la libertad religiosa y la separación entre Iglesia y Estado. En 1839 condenará también la esclavitud, dando todo su apoyo a las misiones de África.

c. Entre 1846 y 1878 (treinta y dos años) rige la Iglesia el cardenal Mastai-Ferretti con el nombre de Pío IX. Este largo pontificado marcará mucho a la Iglesia. De su magisterio y de la etapa de su cautiverio se harán eco bastantes páginas de la obra de Galdós, como veremos más adelante. Se trata, sin duda, de uno de los más densos períodos de la Iglesia católica. Proclamada la primera república italiana por el piemontés Carlos Alberto y en guerra de éste contra Austria, el Papa tiene que huir de Roma asaltada por las milicias de Garibaldi. Vuelve a la Ciudad Eterna con la ayuda de Napoleón III.

La Orden de los jesuitas es expulsada en Suiza y en otros países en 1848.

En 1854 proclama el dogma de la Inmaculada Concepción, que lo hace muy popular en España.

1859 ve cómo los Estados Pontificios pierden la Toscana, Parma y Módena, y posteriormente Umbría y Las Marcas, quedando así desmembrados y reducidos. La estabilidad del Papa en Roma viene asegurada por Napoleón III.

En 1864 se publica la encíclica “*Quanta cura*” acompañada del documento llamado “*Syllabus*” con ochenta puntos que condenan “*todos y cada uno*” de los errores de las tesis liberales cristianas y los intentos de aproximación teológica cercanos al racionalismo (absoluto y moderado), panteísmo y naturalismo, indiferentismo, errores de ética natural y matrimonial, socialismo, comunismo, sociedades secretas, masonería, sociedades bíblicas y sociedades clérico-liberales, (prohibiendo a los católicos pertenecer a cualquiera de estas asociaciones), etc. Así mismo, se afirman los derechos de la Iglesia en la sociedad civil.

Este documento cortó de raíz el avance del pensamiento cristiano y el diálogo con esos sectores sociales. Fue recibido con pena por muchos creyentes; y algunos gobiernos prohibieron su publicación. La culminación del mismo se produjo en la celebración de un Concilio ecuménico en Roma, el Vaticano I, convocado inicialmente para enfrentarse al racionalismo en la teología y al galicanismo. Declara como dogma la infalibilidad del Papa cuando éste se pronuncia “*ex cathedra*” (con el propósito de enseñar lo que se debe creer y hacer).

La gestión múltiple de Roma provocó el rechazo de los “viejos católicos” europeos que no aceptaron ese dogma, situando más bien la infalibilidad en el Concilio universal. Tuvo, sin embargo, el apoyo pleno de la Compañía de Jesús.

Queda interrumpido el Concilio al entrar en Roma las tropas de Victor Manuel II de Saboya que culmina así la unidad italiana y establece en Roma la capital del Reino (Italia fue monarquía hasta 1948, con alguna breve y parcial excepción). Pío IX se considera prisionero en el Vaticano, habiendo rechazado indemnizaciones que le ofrece el nuevo rey. Entra así la Iglesia en una situación de desposesión (y, en realidad, de libertad) que el futuro Papa Pablo VI denominará providencial para los destinos de la Iglesia.

d. Bismarck, el “Canciller de hierro”, en Alemania (1873), ordenó el control estatal sobre el ejercicio de todas las iglesias (protestantes y católicas), amparándose en el denominado “*Kulturkampf*” (movimiento de lucha por la cultura). Esta política desencadenó (por parte de las confesiones cristianas alemanas) una fuerte resistencia y un debate nacional que obligó a Bismarck a desistir de su control sobre la Iglesia. Acciones de este tipo fueron seguidas en otros países, pero no en España.

Francia desarrolló un fuerte movimiento anticlerical liderado por León Gambetta. Quizá por la estrecha relación de los intelectuales españoles con el país vecino, ese movimiento sí tuvo una amplia repercusión en España.

e. En 1878 (año en que mueren Pío IX y Victor Manuel) es elegido Papa el cardenal Pecci con el nombre de León XIII. Con él comienzan lentamente los acercamientos de la Iglesia a los desafíos del mundo moderno (tanto en lo social como en lo científico) y a las otras iglesias (al ecumenismo). Ya en 1879 el Papa consigue poner fin a un cisma en las iglesias orientales (caldeas y armenias), liberándolas del proceso de latinización impuesto por el Vaticano I. Liberaliza así mismo el acceso al Archivo Vaticano con fines de investigación histórica, abierto incluso a los no cristianos. Alerta, sin embargo, de la fuerte presión de la masonería sobre el mundo cristiano en la encíclica “*Humanum genus*” (1884). Es muy significativa la beatificación del humanista y político Thomas Moro (1887).

León XIII mejora notablemente las relaciones internas de la Santa Sede con el Estado Italiano (Humberto I de Saboya).

Al mismo tiempo (y en parte con el apoyo de la Conferencia de Berlín de 1884 de los países coloniales) imprime un importante desarrollo a las misiones en África y Asia. La encíclica “*Sancta Dei Civitas*” (1884) responsabiliza a todos los católicos del sostenimiento y ayuda a las misiones.

Pero, sobre todo, este Papa va a ser conocido y admirado por el importante documento de signo social que constituye la encíclica “*Rerum novarum*” (1891), primera toma de posición rotunda de la Iglesia en favor de los obreros y de la justicia social, rechazando las condiciones de opresión, pobreza e injusticia impuestas por el capitalismo.

En 1892 escribe la encíclica “*Au milieu*” dirigida directamente a los católicos franceses antirrepublicanos, instándoles a integrarse en la IIIª República, ofreciéndoles claros principios de participación política.

Galdós será recibido en audiencia por León XIII, al que alabará en más de una ocasión en sus escritos (según cita que haremos más adelante).

A su muerte, en 1903, es elegido Papa el cardenal Sarto, Pío X, que regirá la Iglesia hasta 1914, aportándole valiosas reformas de orden litúrgico.

2) Breve idea de los planteamientos generales de la Iglesia en el siglo XIX.

Tras el Concilio de Trento la Iglesia Católica vivió un largo período de calma ideológica y disciplinar. Sin embargo algunos católicos y protestantes, a partir de la Ilustración, empezaron a entrever que el ritmo de los tiempos exigía enérgicos cambios en la actitud cristiana respecto al mundo (respecto al pensamiento moderno y a las formas nuevas de vida y de convivencia). En el fondo, estos pensadores recogían la antorcha de los humanistas cristianos, de Erasmo, Moro, Vives... Roma experimentó un primer sobresalto a raíz de esas propuestas, procedentes, sobre todo, de Francia y de Alemania, y su reacción fue de total oposición a las mismas.

El Magisterio Pontificio y el episcopal cerraron filas en dos grandes temas: en el de la confesionalidad católica del Estado y de la sociedad en general, y en el de la ortodoxa y acabada interpretación de la Escritura, de la liturgia y de la vida sacramental.

Cercano al primer tema estaba el asunto de la existencia e independencia de los Estados Pontificios; y en cuanto al segundo, la pugna ideológica se libraba contra el espíritu de libertad religiosa y el conjunto de ideas revisionistas cristianas que se acercaban al concepto de “modernismo”. El arma arrojada de Roma fueron las condenas de todas las posturas consideradas como “errores” y la declaración de la infalibilidad pontificia. Los papas del siglo, a pesar de su gran valía personal, de su indudable temple espiritual y de su prestigio, no fueron capaces -al menos, hasta León XIII- de entablar un diálogo con el mundo moderno. Habría que esperar mucho para ello: hasta Juan XXIII, Pablo VI, el Vaticano II y, en los momentos actuales, el Papa Francisco.

3.2 *Situación de la Iglesia española y de los católicos españoles en el s.XIX.* ²⁰

La cuestión religiosa es uno de los problemas candentes en la sociedad y en la vida de los españoles del ochocientos, prolongándose hasta bien entrado el siglo siguiente. ¿A qué obedece este hecho? ¿Qué connotaciones internas posee? Sin duda, Galdós es el escritor que entra en él con mayor intensidad y con un análisis más exhaustivo.

El cristianismo en España provenía de siglos de reconquista, de catolicismo cerrado y de contrarreforma: una afirmación religiosa excepcional muy enraizada y dominante, rotunda, aunque eso no significara que su calidad gozaba siempre del valor evangélico. La religiosidad de signo cristiano se había asentado durante siglos en una larga confrontación ideológica y bélica, primero con el arrianismo, inmediatamente con el Islam, casi siempre con el judaísmo; y después, con el protestantismo europeo. El Estado y la Iglesia estaban indisolublemente ligados en tal empresa, y el pueblo veía esa unión como algo natural, sin importarle demasiado el padecer a causa de la misma.

Por este motivo tuvo poco arraigo entre nosotros el impacto de la Ilustración, y no fue entendida ni vivida la Revolución Francesa. Al llegar al siglo XIX aquí se sentía como algo normal el Antiguo Régimen, aunque se suspirase por una Monarquía en condiciones (que no íbamos a conocer).

Sin embargo, ni el pensamiento español era tan deficitario (tan cerrado), ni la tradición humanista había desaparecido, ni las fronteras eran lo bastante herméticas, ni existía la paz que adormece, para impedir que se desarrollaran también en nuestro suelo ideas nuevas y vientos de libertad y madurez del pensamiento al margen (más que en contra) de las instituciones.

En un clima convulso de decrepitud monárquica y de guerras con Inglaterra y con Francia (de la invasión francesa) amaneció el XIX hispano, desarbolando la tranquilidad –el *statu quo*– del mundo eclesiástico impostado en la vida nacional; despertando la conciencia de la irregularidad de la forma como este mundo religioso estaba afincado en la socie-

²⁰ Para el estudio que nos ocupa aquí parece fundamental la obra de WILLIAM CALLAHAN, *Iglesia, poder y sociedad en España. 1750-1874*. Nerea. Madrid. 1989 y *La Iglesia católica en España. 1875-2002* Crítica. Barcelona. 2003. V. también: E. LA PARRA LÓPEZ, *El primer liberalismo y la Iglesia. Las Cortes de Cádiz*. Alicante 1985; F. PÉREZ GUTIÉRREZ, *El problema religioso en la generación de 1868*. Taurus. Madrid 1975, J. PÉREZ DE ALHAMA, *La Iglesia y el estado español. Estudio histórico jurídico a través del Concordato de 1851*. (Madrid 1969) Una excelente y extensa síntesis de la situación del catolicismo español del XIX aparece con el título *La religión en España. Religión y patriotismo en Galdós* en el libro de SOLEDAD MIRANDA GARCÍA, *Galdós y la religiosidad de su época* (Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Biblioteca Universitaria. Memoria Digital Las Palmas 2005, publicado también en el n.28 de Anuario de Estudios Atlánticos, págs. 588-640).

RUBÉN BENÍTEZ obrece un breve pero claro análisis de la postura del Papado del siglo XIX respecto al catolicismo liberal en su libro *La literatura española en las obras de Galdós: la función y el sentido de la intertextualidad*, Universidad de Murcia 1992, págs 95 y ss.)

dad. Hasta tal punto que podría afirmarse que en los albores del siglo existía en España un deseo común (más o menos explícito) de que se produjera la reforma eclesial, aunque este deseo tuviera sentidos y manifestaciones muy diversas y se manifestara desde instancias dispares.

Lo que va a ocurrir en los ámbitos cristianos (católicos) y en las relaciones de estos con los distintos estamentos sociales es muy complejo. La situación de la Iglesia española en el siglo XIX es en escasa medida eco de lo que estaba sucediendo en Francia y en Italia. Resulta difícil sintetizarla; no obstante, debemos intentar delinear los grandes rasgos de la misma. A ellos se refiere directamente la obra de Benito Pérez Galdós y en ese caldo de cultivo surgió su ingente obra.

a. La confesionalidad católica del Estado español en el siglo XIX.

La España del siglo XIX es en su base de población indiscutiblemente católica; y, como consecuencia lógica previsible, lo es también en su configuración estatutaria o jurídica. A excepción del brevísimo y efímero período republicano, mantendrá siempre (en el largo proceso constitucional) la confesionalidad católica y la unión de hecho de la Iglesia con el Estado (a pesar de las leyes de libertad de cultos), unión distinta en el fondo y la forma según el color de los distintos gobiernos (absolutistas, liberales progresistas o liberales moderados).

El primer liberalismo (primera mitad del siglo), desde las Cortes de Cádiz, el trienio constitucional (1820-1823) y las Regencias, significan un intento de reducir el poder eclesial y su omnipresencia en la sociedad, pero conservando la condición cristiano católica del país.²¹

Esa confesionalidad aparece en los textos de las tres primeras constituciones: la de 1812, de 1837 y de 1845.

Ninguna constitución occidental expresa de forma tan rotunda esa condición católica del Estado²², aunque –como hace notar Manuel Revuelta– la formulación de la misma encierra dos importantes paradojas: proclamándose liberal, declara un principio antiliberal como es el de la intolerancia religiosa; y proclamándose católica, da pie a graves ataques a la Iglesia y a su libertad.²³

²¹ “*Es el liberalismo de los doceañistas, veinteañistas e isabelinos* –escribe MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ–, divididos ya en las dos familias de moderados y progresistas. Todos ellos defienden, como liberales, la soberanía popular y el régimen constitucional, pero no llegan a admitir el sufragio universal. En su política religiosa todos son católicos y reformistas, que no pretenden destruir la Iglesia sino acomodarla al régimen liberal con mayor o menor radicalismo.” En *La Iglesia española en el siglo XIX. Desafíos y respuestas*. (Universidad Pontificia de Comillas. Madrid 2005. Pág. 39)

²² El preámbulo de la Constitución de 1812 dice: *En el nombre de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, autor y supremo legislador de la sociedad, las Cortes Generales...etc.*”. Y en el artículo 12: “*La religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana, única verdadera. La nación la protege por leyes sabias y justas, y prohíbe el ejercicio de cualquier otra.*”

²³ REVUELTA GONZÁLEZ, MANUEL, o.c. pág. 41

En el Concordato de 1851 (obra de políticos moderados) Roma reconoce y acepta los hechos consumados de la revolución liberal de la primera mitad de siglo, pero asegura la confesionalidad católica excluyente en España.

El proyecto de Constitución de 1856 iniciaba, sin embargo, el proceso de ruptura del Concordato, proponiendo la tolerancia religiosa (libertad de cultos, en realidad) de forma que ningún español fuera perseguido a causa de sus creencias. Este proceso culmina en la Constitución de 1869 (tras la revolución del 68) que proclama la libertad religiosa. Y la República (1873) intentará ir más lejos estableciendo la separación radical de la Iglesia y el Estado (art. 35 del proyecto de Constitución) y, en consecuencia, la ruptura total con los términos del Concordato y la reducción de la Iglesia a la condición de simple asociación sometida al derecho común.

La Restauración alfonsina (Constitución de 1876) significa una síntesis de las dos corrientes liberales; aunque afirma la confesionalidad católica, abre la puerta a un concepto de tolerancia que incluye no sólo la diferencia confesional sino también el desarrollo de creencias contrarias a la Iglesia oficial (lo que permitirá la proliferación de logias masónicas y de grupos librepensadores con publicaciones que atacan a la Iglesia).

b. Intervención política del Estado y presión ciudadana sobre la Iglesia Española durante el siglo XIX.

Desde las primeras décadas del siglo la revolución liberal impuso a la Iglesia española (como institución) una serie de disposiciones legales que produjeron hondas y dolorosas alteraciones en sus estructuras y, en parte también, en la mentalidad católica, abriéndose paso en ésta el espíritu de la Ilustración. El patrimonio de bienes territoriales fue disminuyendo considerablemente, así como los privilegios y fueros eclesiásticos y algunas formas tradicionales de la presencia eclesial y cristiana en la sociedad.

1) Propuesta de reforma eclesial por parte de los liberales.

Según Manuel Revuelta los liberales españoles -católicos generalmente- presentaban a la Iglesia y al pueblo un alegato que en principio tenía un carácter espiritual: el retorno a un cristianismo más puro en todas las estructuras eclesiales. Proponían una Iglesia más pobre, menos autoritaria, más ilustrada, e inserta en la revolución liberal, con una religiosidad fundada en la moral y en la caridad, no en devociones de tipo folklórico. Mezclados con esas perspectivas, desarrollaron, sin embargo, otros intereses de índole política.

En concreto, su reforma (en lo que concierne a la Iglesia) discurría en estos planos:

-Desde el punto de vista económico se pretendía establecer una Iglesia desprovista de medios propios de subsistencia (de posesiones y diezmos). Para ello se arbitraron las medidas desamortizadoras.

-En el aspecto socioeclesiástico la Iglesia debía disminuir considerablemente el número excesivo de clérigos, en especial el del clero regular; reciclando cultural y funcionalmente a los que permanecieran. Con este objetivo (y partiendo de hechos reales) se creó una corriente de crítica y de desprestigio de los eclesiásticos y de su formación, y se favoreció la exclaustación.

-Y, en fin, en cuanto a la remodelación del estatuto de la jerarquía eclesiástica, hubo un intento frecuente de acentuar la independencia respecto a Roma y de crear una Iglesia nacional estrechamente controlada por el Estado.²⁴

2) Intervención política gubernamental.

El proceso impuesto por los gobiernos liberales trataba, en definitiva, de desprender a la Iglesia de su poder y del estatuto adquirido en el Antiguo Régimen.

En líneas generales, la intervención política (de carácter negativo para el estamento eclesiástico) se refería a estas tres series de medidas: la exclaustación de religiosos o expulsión de órdenes religiosas (la expulsión de los jesuitas se había producido ya en 1767), la desamortización de bienes eclesiásticos (iniciada por Godoy), y la independencia de la Iglesia española respecto a Roma. Pero, en última instancia, lo que pretendía el conjunto de los liberales progresistas y radicales era evitar la confesionalidad del Estado e instaurar, a la vez, un movimiento de secularización de la vida social, evitando la presión ultraconservadora del catolicismo sobre la sociedad. No había otras intenciones, y el famoso discurso de Castelar (así como las conferencias que lo precedieron en el Ateneo (1858-1859) debe considerarse sincero en los términos precisos que expresa: *“La Iglesia católica con su ideal de autoridad, con su idea de infalibilidad, con la ambición que tiene de extender estas ideas sobre todos los pueblos, no puede menos de ser en el organismo de los estados libres causa de una grande y constante amenaza para todos los derechos.”*²⁵

Todo ello –visto desde nuestra perspectiva- puede interpretarse como la voluntad de los gobiernos liberales (en casi ningún caso antirreligiosos o anticristianos) de establecer desde el poder civil la reforma eclesiástica deseada por una mayoría de la población (de carácter evidentemente católico); es decir, introducir en el hecho sociológico cristiano de España una reforma coherente con el sistema constitucional y con la revolución burguesa. Aunque los gobiernos de turno continuaran sirviéndose del poder eclesial y de la religión para muchos de sus fines.

²⁴ Ver MANUEL REVUELTA GONZÁLEZ, *Crítica y reforma de los primeros liberales a la Iglesia Española* (Lección inaugural Curso 1976-77) Universidad Pontificia de Comillas. Madrid. Págs. 18-24

²⁵ CASTELAR, EMILIO, citado por Carmen LLORCA, *Discursos parlamentarios (estudio, notas y comentario de texto)* (Ed. Narcea. Madrid 1973, pág. 120) El mismo discurso incluía antes la conocida afirmación de fe: *“Hay un Dios más grande, más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios y, sin embargo, diciendo: ‘Padre mío, perdónalos’.”*

Al hacer hoy la lectura de aquellos hechos es evidente que podríamos encontrar en esa visión elementos positivos para el devenir de la fe cristiana y de la Iglesia en nuestro país, si no hubiera sido por los enfrentamientos sucesivos y violentos que tal perspectiva suscitó (a lo largo del siglo y en un futuro inmediato). Porque, por una parte, mientras se producía la presión liberal, las fuerzas absolutistas y tradicionalistas (el carlismo especialmente) intentaron con enorme hostilidad frenar esas medidas liberalizadoras y mantener el Antiguo Régimen, basado éste en la estrecha alianza del Trono y del Altar. Es decir, deseaban una Iglesia quizás superficialmente restaurada en sus estructuras administrativas, pero inamovible en sus posturas ideológicas, en su poder y, en definitiva, en su vinculación al rey. Y, por otra parte, la actitud reaccionaria del clero provocó (o aceleró) medidas políticas arbitrarias y algaradas cruentas (como la quema de conventos y el asesinato de religiosos).

El profesor Eamonn Rodgers escribe:

*“La suspicacia (de las autoridades eclesiásticas) hacia las instituciones políticas proviene del hecho de que, durante la mayor parte del siglo XIX, la alternativa más importante al catolicismo rígido y autoritario había sido el anticlericalismo revolucionario. Para muchos católicos de los años sesenta y setenta, el recuerdo de la ‘degollina de frailes’ en 1835 seguía viva. El resultado era que los que no preconizaban la unidad religiosa en su forma más estricta atraían sobre sí la sospecha de querer socavar los fundamentos tanto de la fe religiosa como del orden público.”*²⁶

En síntesis (tras la fusión de civiles, militares y eclesiásticos en la Guerra de la Independencia), podrían señalarse los siguientes períodos de la intervención estatal sobre la Iglesia española y el catolicismo -más que sobre el cristianismo- durante el siglo XIX:

1º Primer período liberal: Cortes de Cádiz (1810-1813). Con pocas y moderadas reformas. Entre ellas la supresión de la Inquisición.

2º Sexenio absolutista: restauración regresiva de la posición de privilegio de la Iglesia oficial, volviendo a la etapa anterior a la Guerra de la Independencia.

3º Segundo período liberal, con alternancias. Se inicia con el Trienio Constitucional (1820-1823), reanudando la política de las Cortes de Cádiz, pero ahora con un espíritu revanchista, es decir, extremando las medidas de reforma eclesiástica (abolición de fueros y privilegios eclesiásticos, supresión de algunas órdenes religiosas y reducción de las restantes, (supresión de la Compañía de Jesús en 1820), desamortizaciones, presión sobre el clero para una separación cismática (intento de constitución de una Iglesia hispana semejante a la galicana, etc.). Estas medidas continuarían a lo largo del siglo hasta la Restauración borbónica.

²⁶ RODGERS, EAMONN, *Liberalismo y religión en Galdós*. En *Analecta Malacitana*, XIX, 1. 1996, pág. 121. (Eamon Rodgers es profesor de la Universidad de Strathclyde, experto conocedor de las relaciones Iglesia - Estado español en el siglo XIX).

4º Segunda restauración absolutista (1823-1833): vuelven a interrumpirse las medidas reformistas antieclesiásticas anteriores.

5º Tercer período liberal, largo y ya definitivo al ser derrotado el carlismo. Varias fases:

-Durante la guerra civil (1833-1843): se va implantando la revolución liberal que alcanza a la Iglesia, presionándola con leyes y decretos y con motines populares callejeros (matanza de religiosos, quema de conventos). Se facilita la exclaustración de religiosos iniciada por Napoleón en 1808 (durante su estancia en Chamartín) que había reducido a un tercio el número de conventos.

-Los gobiernos sucesivos de Martínez de la Rosa, Conde de Toreno y Mendizábal decretan desamortizaciones de bienes eclesiásticos.

-A partir de 1844: fase moderada del liberalismo español. Las reformas de la Iglesia se establecen sobre la base de un Concordato con la Santa Sede: la Iglesia acepta la pérdida de patrimonio, la supresión de algunas instituciones propias y la reorganización más racional del personal eclesiástico. (Debe recordarse que los gobiernos españoles rompieron relaciones diplomáticas con Roma en dos ocasiones anteriores, en 1813 y en 1833).

-Decreto de Romero Ortiz (Ministro de Gracia y Justicia (1868) y Constitución de 1869 (Libre ejercicio de cultos). Esta legislación, conceptuada por la Iglesia como anticatólica, no constituyó ataque alguno contra la fe cristiana propiamente dicha, y puede afirmarse que ninguno de los padres de la patria que forjan el texto constitucional manifestó tener ideas antirreligiosas.

-La Restauración alfonsina (1876), intento de síntesis de las dos corrientes liberales, dejó descontentos a todos. La situación de la Iglesia conoció una etapa de menor presión estatal y de mayor moderación en las reformas; recuperando la jerarquía (al menos, en parte) el prestigio anteriormente debilitado.²⁷

3) Procesos de crisis en la población católica.

Es evidente que las pautas liberales para el desenvolvimiento del país venían dadas por las grandes ciudades (por Madrid especialmente); el mundo rural español se incorporaría mucho más tarde a ese pensamiento. Tales pautas iban a provocar crisis internas en la ideología cristiana.

Los católicos españoles y, de modo particular, la jerarquía eclesiástica del XIX tuvieron que afrontar en concreto un doble problema teológico: el de la confesionalidad estatal (asunto que naturalmente incidía en el desenvolvimiento eclesial) y el de la secularidad de la vida.

²⁷ Para una visión detenida de estas fases de la intervención estatal en la Iglesia española ver: MANUEL REVUELTA G., cap. 1 de *La Iglesia española en el siglo XIX; desafíos y respuestas*, o.c., y del mismo autor: *Crítica y reforma de los primeros liberales a la Iglesia Española*. Universidad Pontificia de Comillas. Madrid 1976 (Lección inaugural del curso académico 1976-77). Ver también el estudio de Eamonn RODGERS arriba citado.

En cuanto al primero, los últimos años del reinado de Isabel II habían desatado ya una dura polémica de carácter público sobre la confesionalidad católica de España. La doctrina pontificia era muy clara: se condenaba al Estado nuevo que nacía independiente de la Iglesia (con el llamado sistema de separación). Así constaba en los documentos *Mirari vos* (Gregorio XVI. 1832), *Syllabus* (Pío IX. 1864) y *Libertas*, (León XIII)...

Los católicos españoles sinceros con su fe no estaban preparados para afrontar la propuesta liberal, y menos aún al tener noticia de las condenas pontificias. Pío IX y los problemas de la Santa Sede en Italia tenían, además, un eco en la sociedad española. Por otro lado, el asunto de la secularización del cristianismo en la España del XIX comenzaba a plantearse abiertamente en los círculos liberales, pero no alcanzaba al pueblo. La situación predominante en el catolicismo hispano del XIX era, pues, la de unos fuertes contrastes ideológicos.

Conviene describir algo más –aunque sea brevemente- la *situación interna de los cristianos (católicos) dentro del país y la de la Iglesia en el siglo XIX español*.

¿Cómo eran –o cómo sentían- los católicos españoles y, en particular, el clero representante de los mismos en el XIX, bajo la presión política o al margen de ella? Esta cuestión resulta de mayor interés aún que la anterior en orden a la inmediata interpretación de la obra de Galdós cuyo protagonista es precisamente ese pueblo español.

a. Es indudable que la casi totalidad de la población de la Península y de Ultramar se consideraba cristiana y católica. Pero dentro de ella existía una importante diversidad de planteamientos doctrinales y, sobre todo, actitudinales.

Ya hemos indicado que existía una gran ignorancia generalizada respecto a las cuestiones religiosas de fondo y que, en consecuencia, predominaba en la mayoría el talante conservador –más o menos exacerbado-, la sumisión al clero, el oportunismo religioso (manifestado en torno al templo) y la oposición –mas o menos violenta- a las reformas estatales y a cualquier idea o práctica liberal que afectara al catolicismo; un catolicismo que lo consideraban elemento identificador y aglutinante de la identidad hispana e intocable en su concepción. Las novelas *Gloria* y *Doña Perfecta* de Galdós describen muy bien esa tipología real (que vuelve a aparecer continuamente en otros escritos).²⁸ Estas personas pertenecían a los tres estamentos de la sociedad: al pueblo llano (particularmente el campesinado), a la burguesía urbana o rural, y a la nobleza y Corte (con mayor excepción, a la clase política); pero –como es obvio- estaban alentadas por un clero alto y bajo de escasa teología e inmovilista, fiel en todo momento a Roma.

²⁸ En el Episodio *Cánovas*, acabando ya la obra, el protagonista Tito hace este juicio durísimo (e injusto, a nuestro parecer, por su generalización): “*Los españoles somos católicos borregos, y sólo aspiramos a ser conducidos por el cayado jesuítico hacia los feraces campos de la ignorancia, de la santa ignorancia, que ha venido a ser virtud en quien se cifra la paz y la felicidad de las naciones...*” (PÉREZ GALDÓS, o.c., pág. 201)

Enfrente de esa mayoría, un pequeño grupo significativo de obispos y predicadores ilustrados y de intelectuales católicos pertenecientes a la burguesía ciudadana, e incluso algunos miembros del ejército y del gobierno, entendían y apoyaban las medidas “anti-eclesiásticas” y abogaban por unas corrientes renovadoras liberales dentro del catolicismo (esto de forma cada vez más explícita a medida que avanzaba el siglo). Pedían una moral más austera -más evangélica- en las costumbres, una censura eclesial de la devoción exagerada y de la injerencia de la religiosidad en la vida política, la reducción del clero y su mejor formación teológica e ilustrada, un freno a la influencia de los frailes en la sociedad media y baja, etc.

Este grupo, al que se sumaron los movimientos literarios de la época y la prensa naciente, despertó en todas las esferas sociales un fuerte espíritu crítico respecto a la Iglesia, más de carácter anticlerical que antirreligioso o anticristiano. Un motivo de fuerte descontento popular rural respecto a la Iglesia era también la obligación (refrendada estatalmente) de pagar a los clérigos el diezmo para el sostenimiento de iglesias y culto.

No obstante, el hondo sentimiento católico de la generalidad del pueblo español fue siempre un freno tanto a la crítica anticlerical como a las medidas reformistas estatales; y, en concreto, el fervor del clero por el Papa se había comunicado a la gente. Es decir, el impulso liberal en España (muy distinto al francés) no eliminó el sustrato católico de la población, aunque sí lo alteró. En las últimas décadas el debate religioso, unido a las frustraciones sociales, despertó de algún modo la conciencia de vacío existencial y la expectativa de espiritualidad. Nazarín, tipo emblemático del mundo galdosiano, movido tal vez por el aliento que supuso la llegada de León XIII, da razón de su visión esperanzadora al católico terrateniente Don Pedro de Belmonte:

“En la humanidad se nota la fatiga y el desengaño de las especulaciones científicas, y una feliz reversión hacia lo espiritual. No podía ser de otra manera... Después de los progresos de la mecánica, la humanidad es más desgraciada, el número de pobres y hambrientos mayor, los desequilibrios del bienestar más crueles. Todo clama por la vuelta a los abandonados caminos que conducen a la única fuente de la verdad: la idea religiosa, el ideal católico, cuya permanencia y perdurabilidad están bien probadas” ²⁹

El personaje -¿Galdós?- está respondiendo a la pregunta “¿qué piensa usted del estado actual de la conciencia humana?...”; y ha comenzado por decir: “¡Ahí es nada la preguntita! Tan compleja es la cuestión, que no sé por dónde tomarla.”

Hay que añadir que en estas crisis sociales, políticas y religiosas de las últimas décadas (guerras de África y de América...) la sufrida ciudadanía se vio acompañada en su tragedia (pérdidas de vidas y pobreza) por una parte del mundo religioso. Esto es lo que

²⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*, Alianza Editorial. Madrid 1998, págs. 132-133

quieren significar las grandes figuras de sacerdotes y de creyentes que surgen en la obra galdosiana, más allá del testimonio anticlericalista.

b. Es importante analizar (aunque sea con brevedad) la situación del mundo eclesiástico español del XIX.

Al comenzar el siglo el número de clérigos era, sin duda, excesivo para la población. Entre clérigos regulares y religiosos (frailes como término genérico) se daba la cifra de 111.117, a la que habría que sumar la de religiosas (en su inmensa mayoría de clausura). En 1835, la cifra había bajado a 31.000 (a causa de las guerras), manteniéndose este número durante todo el siglo. Existían, sin embargo, 300 monasterios de órdenes monacales masculinas, 2000 conventos de religiosos o frailes, y más de un millar de conventos de monjas de clausura. Todo lo cual suponía (junto a las posesiones diocesanas) un ingente patrimonio territorial.³⁰

El clero tenía (con pocas excepciones) una formación doctrinal muy baja. Y en cuanto a las condiciones de vida, se hallaba dividido y mal organizado: había dos clases sociales antagónicas en él (la de los bien acomodados o muy ricos y la de los míseros), unos de vida activa (párrocos y algunos religiosos) y otros, vagos y ociosos (beneficiados y bastantes frailes), desigualmente distribuidos territorialmente, abundando en exceso en las ciudades; en general, dedicados exclusivamente al culto; y, en fin, pertenecientes a todas las tendencias políticas, pero, con preferencia, al conservadurismo (la mayoría de los obispos habían sido nombrados con la aquiescencia de Fernando VII).

Estas condiciones favorecieron una fácil degradación moral de las costumbres de gran parte de estos clérigos (sobre todo diocesanos), como lo denuncian ciertos obispos y sacerdotes. Existe sobre el particular una objetiva documentación que denuncia ese bajo nivel demasiado generalizado (sobre todo párrocos rurales): costumbres escandalosas, abandono de las funciones pastorales, búsqueda de prebendas, deplorable realización sacramental, desprestigio popular.³¹

En realidad, tales defectos venían ya de antiguo; pero los tiempos, ahora, habían cambiado y los hacían más violentos y patentes. En el culmen de ellos está el asesinato del primer obispo de Madrid Don Narciso Martínez Izquierdo en 1886 a manos de un sacerdote; asesinato del que se hace eco consternado Galdós en tres artículos de prensa³². Las palabras premonitorias de este alto eclesiástico son muy reveladoras: *“Me intimida Madrid. Solamente el estado (espiritual) de esta población es para aterrar... La cura de almas*

³⁰ Datos aportados por MANUEL REVUELTA G. en *La Iglesia española en el siglo XIX*, o.c.

³¹ Pueden leerse la *Exposición del sacerdote Juan de Montoya dirigida a Las Cortes en 1821* (Archivo del Congreso de Diputados); la *Pastoral del Obispo de Calahorra, Puyal y Poveda, de 1816* (Archivo Histórico de Loyola).

³² v. PÉREZ GALDÓS, BENITO, artículos en *La Prensa* de Buenos Aires los días 22 y 30 de mayo y 7 de noviembre de 1886 (publicados en el vol. VII de *Obras Inéditas de Galdós* por Alberto Ghiraldo).

*es muy escasa, mal dispuesta y sin dotar. El clero poco y no todo bueno...Estos son los que me han de matar.”*³³

Por otra parte, fue cualitativamente significativo un pequeño grupo de sacerdotes (con algún obispo) y de intelectuales católicos de talante liberal y con buena preparación e ilustración. En cierta medida estos fueron los que sostuvieron la antorcha encendida de una esperanza de cambio en el cristianismo (catolicismo) hispano, si no para el XIX, al menos para el futuro. Entre ellos creo que debe contarse a Benito Pérez Galdós y a cierto número de nuestros escritores del realismo literario.

c. Debemos añadir en esta breve descripción de datos la aportación muy positiva de algunas congregaciones religiosas que durante el siglo, llevaron a cabo –discretamente, pero a notable altura- importantes servicios subsidiarios a la población en diversos órdenes: en la enseñanza (escolapios, jesuitas, franciscanos), en la sanidad (Hermanos de San Juan de Dios, con 58 hospitales), en la asistencia (Hermanas de la Caridad), etc.

Y por parte de los católicos liberales, un impulso cristiano de secularidad.

Es indudable que la sociedad española de signo más liberal vivió un proceso creciente de secularización, explícitamente propuesto por los intelectuales o recibido de manera implícita por la población. Simplificando mucho, podemos decir que este proceso consistía, de entrada, en limitar la presencia religiosa que había invadido y asfixiado la vida cívica desde siglos anteriores; pero sin abandonar por ello las raíces creyentes. *“Galdós es, claramente, un precursor de la necesaria secularización que necesitaba la sociedad española como base de la tolerancia y la pluralidad. Pero su apuesta estuvo en realizar esta operación desde el respeto a la tradición.”*³⁴

El término secularización no es fácil de describir, y menos aún de evaluar, suscitando, además, reacciones muy diversas dentro de la postura cristiana, según se coloque el que juzga. De un modo bastante objetivo y sencillo lo describe acertadamente Manuel Revuelta en la obra ya citada:

“Toda secularización es una transformación, un proceso de cambio de relación con las valoraciones religiosas. Se concibe como la antinomia de dos realidades en tensión constante, incluso excluyente: lo secular y lo religioso, lo celestial y lo terreno, lo divino y lo humano, la fe y la razón. Por eso, el concepto de secularización está íntimamente ligado al concepto antagónico de sacralización. El avance o invasión del prime-

³³ MARTÍNEZ IZQUIERDO, NARCISO, cartas citadas por Robert RICARD en *El asesinato del Obispo Martínez Izquierdo y el clero madrileño en la época de Galdós*, en *Anales Galdosianos* nº I. 1966, págs. 126-130 Ver BOO, Matilde L., *La perspectiva de Galdós en el asesinato del obispo Martínez Izquierdo*, *Anales Galdosianos*, nº XII. 1977, págs.142-146

³⁴ MORA GARCÍA, JOSÉ LUIS, *Galdós y el llamado ‘Problema de España’*, Actas del VI Congreso Internacional de estudios Galdosianos. 1997. Cabildo de Gran Canaria, pág. 507

*ro supone el retroceso del segundo... Toda secularización, en general, supone un cambio en las conductas, comportamientos y actitudes humanas.”*³⁵

Antes de proseguir con la visión que de este fenómeno tuvo la Iglesia del XIX, parece oportuno hacer sobre el tema algunas observaciones de carácter teológico desde la actualidad.

- La antinomia secularización – sacralización es un hecho real dentro del funcionamiento de la Iglesia y de los cristianos, un hecho dialéctico inevitable. Existe. Pero puede no tener verdadera y honda motivación. En realidad, no debería haber tal contraposición, y menos una confrontación excluyente. Quienes sienten la secularización no por ello tienen que dejar la fe religiosa, ni ocultarla. Sencillamente afrontan y abrazan las realidades del mundo (la secularidad) “liberándolas” de una cualidad o formalidad religiosa añadida, de una presencia explícita religiosa que es innecesaria y razonablemente molesta, porque esas realidades tienen valor en sí mismas y –en virtud de la Creación (y más aún de la Encarnación)- gozan de autonomía respecto a manifestaciones externas de la religión positiva (establecida o no).

Es decir, sin alterar la secularidad pueden seguir creyendo en la discreta, respetuosa y fontal presencia divina como fondo último sustentante de los seres.

- La Encarnación del Verbo, dinámica esencial divina de encuentro de Dios con las creaturas, ha hecho que todo en la Humanidad permanezca íntegramente humano y, a la vez, esté dotado del Espíritu de Jesús. De tal forma que, aun siendo necesaria la expresión de la fe en la vida íntima y comunitaria del creyente y su comunicación evangelizadora, no hacen falta las manifestaciones públicas de la religiosidad cristiana, que se ofrecen inevitablemente como gesto triunfalista o como invasión de un espacio y tiempo comunes y plurales; lo que no es en modo alguno cristiano.

- La práctica de este concepto de secularización se puede y se debe vivir, pues, desde la fe; normaliza a la Iglesia y la hace más encarnada, gratuita y resplandeciente en sus signos. Los cristianos –el catolicismo- no tendrían que aceptar con dolor las circunstancias que obligan desde fuera a una mayor secularización; por el contrario, esta actitud y los comportamientos correspondientes habría que suscitarlos desde el seno de la misma comunidad eclesial.

Sin embargo, la iglesia jerárquica del XIX (en Roma y en España) calificó la secularización (impuesta –es cierto- por el liberalismo) con los términos condenatorios de indiferentismo religioso, laicismo, excepticismo y modernismo, cercanos al ateísmo; sin entender su posible valoración teológica, y sin conceder a los liberales la posibilidad de que entre ellos se encontraran verdaderos cristianos con derecho a desarrollar y expresar otro pensamiento teológico distinto del oficial.

³⁵ REVUELTA, MANUEL, o.c. pág. 159-160

Al menos en España el proceso de la secularización no implicaba ateísmo alguno ni, en líneas generales, agresividad contra el hecho cristiano y eclesial; aunque en algunos momentos puntuales se produjeran acontecimientos de violencia laicista antieclesiástica (como la quema de conventos o la Semana Trágica).

El Concordato de 1851, la encíclica *Quanta cura* (1864) y el Syllabus significaron, por el contrario, un renovado intento sacralizador de la sociedad española.

3.3 El liberalismo español católico (o cristiano) del siglo XIX.

Tensión existencial de los cristianos liberales del s.XIX español.

En la expresión “liberalismo cristiano” se incluye una visión alternativa del hecho cristiano hoy contemplada con cierta naturalidad por la teología católica. En particular: el deseo de retorno a una mayor pureza y a una radical sencillez evangélicas en los creyentes y en las estructuras e instituciones eclesiales (acercándose al modelo de los orígenes cristianos), el ecumenismo no sólo con respecto a las confesiones cristianas, la justicia y la fraternidad como exponentes de identificación del cristianismo (en consecuencia, la opción por los desfavorecidos), la apertura al diálogo social, la libertad e independencia de la Iglesia respecto a los poderes políticos y sociales, la exaltación de la figura magnánima y liberal de Dios Padre y de Jesús perdonador y amigo de pecadores, la renuncia a las manifestaciones públicas ostentosas o inoportunas de la fe, el despojo de poderes de índole material en la Iglesia, la desclericalización, la aconfesionalidad del Estado, etc.

Este catolicismo liberal español tuvo sus mejores formulaciones ideológicas en la década de 1860. Galdós recoge ese Credo expresamente desarrollado en la novela *Gloria*, y -deteniéndose en uno u otro aspecto del mismo- en casi todas sus obras, como tendremos ocasión de ver a lo largo de este trabajo.

A pesar de la sintonía evangélica de tal liberalismo, no fue posible entrar en un diálogo interno eclesial; y se desató muy pronto la polémica por parte del tradicionalismo católico, especialmente a raíz de la instauración del reino de Italia y de la reclusión del Papa. Estos cristianos conservadores (la mayoría del catolicismo) cerraron filas en la defensa de una fuerte y determinante presencia de la Iglesia en todas las esferas de la vida social y política, en la cúpula del Estado y en el pensamiento universitario (pretendiendo dominar la Universidad y el mundo filosófico). Exigían el sometimiento absoluto de la razón a la fe.

Los intelectuales cristianos de signo liberal iban por otro camino.

Un estudio objetivo de la realidad española, posible gracias a la abundante y seria documentación exponente de la vida nacional en ese largo período de nuestra historia, conduce a las siguientes convicciones, quizá sorprendentes:

1ª. Los liberales españoles del siglo XIX (salvo excepciones) guardaron intacta su íntima identidad cristiana, su fe evangélica fundamental, a la vez que desarrollaban un ta-

lante crítico respecto a la postura oficial de la Iglesia y respecto a las instituciones eclesíásticas.

En este sentido habrá que mencionar necesariamente al krausismo introducido en Madrid por Giner de los Ríos y por Fernando de Castro (1814-1874, Capellán de Honor de la Corte y, posteriormente, Rector de la Universidad madrileña ³⁶), por G. Azcárate y por Sanz del Río, etc.; figuras que resultan interesantísimas para un mejor conocimiento del drama eclesial hispano.

Pero quizás es más relevante señalar que un tercio de los diputados que redactaron la primera Constitución española, la del 1812 de inequívoco signo liberal, eran eclesíásticos cuya confesión cristiana y católica estaba fuera de toda duda.

2ª. Hablando en términos de cierta generalización, podemos afirmar que si los liberales españoles rompieron con la Iglesia o si evolucionaron hacia crisis personales de religiosidad y de fe, esto fue motivado –en enorme proporción– por el rechazo que recibieron del mundo eclesástico y de la religiosidad beligerante de un gran sector del pueblo y, en última instancia, por las condenas pontificias (condenas que hoy la Iglesia del Vaticano II probablemente jamás volvería a hacer).

Con esta perspectiva escribe el historiador Pérez Gutiérrez:

“El drama del catolicismo español consistió en que cuando se estaba tratando de decidir el marco legal para la futura convivencia política y social en nuestra patria, la Iglesia-institución se hallaba divorciada y enormemente distante de la Iglesia-comunidad, o al menos de las capas dirigentes del país que eran cristianamente creyentes, pero no clericales, que eran y podían seguir llamándose con todo derecho católicos, pero que al tiempo eran y no estaban dispuestas a dejar de ser liberales, porque el liberalismo era el horizonte de la Historia y señalaba, exactamente, “la altura de los tiempos, dicho en términos orteguianos o, si se prefiere, “el signo de los tiempos”, expresado en términos teológicos de hoy.” ³⁷

³⁶ Se ha señalado que Fernando de Castro dejó la ortodoxia cristiana a partir de 1862, al negar la divinidad de Jesucristo. Parece más acertado decir que ciertamente elude esta consideración dogmática, destacando sólo la misión transcendental humana de Jesús (para el ser humano y para la historia); en su *Compendio razonado de la Historia General. Tomo I*, pág. 236 escribe: “Nació en Judea el Divino Fundador de la Religión Cristiana, siendo este suceso uno de los acontecimientos más memorables de la historia...” (G. Estrada. Madrid 1863); y en otra obra: “Jesucristo es el hombre que mejor ha comprendido a Dios por los caminos de la fe y de la vida religiosa; el que, desde este punto de vista, proclamó el dogma de la igualdad moral entre hombres, y de la fraternidad por el amor, ... y el que por fin, condenando el fariseísmo, sentó por primera vez el principio de la vida interior.” DE CASTRO, FERNANDO, en *Memoria testamentaria de D. F. de Castro*, publicada por M. SALES y FERRÉ (Imprenta Eduardo Martínez. Madrid 1875-1896, pág. 38). Ambos textos lo acercan al menos a una fe cristológica.

³⁷ PÉREZ GUTIÉRREZ, F. *La vida religiosa. Entre dos crisis: fin de siglo y guerra civil de 1936*, en *Historia de España*, vol. XXXIX. Espasa Calpe. Madrid 1993, pág.520; citado por R. CHACÓN GODAS, *Don Fernando de Castro y el problema del catolicismo liberal español*. (Fundación Fernando de Castro y Fundación Diego de Sagredo, Madrid 2006. pág. 186).

Más aún, el catolicismo liberal se vio abocado a una guerra fratricida que no deseaba en modo alguno; guerra en la que el otro contendiente (el carlismo en especial) se alzó por cuenta propia como portaestandarte de la catolicidad, convirtiendo esa guerra política –más injusta que ninguna- en guerra de religión.

(Ciertamente, es difícil encontrar en Europa un movimiento político religioso tan inoportuno y de consecuencias tan nefastas como el desarrollado por el pretendiente Carlos Isidro y por los siguientes Carlos que le sucedieron en la pretensión).

3ª En este drama del conflicto entre los católicos liberales españoles y la jerarquía eclesiástica con buena mayoría del pueblo, el cristianismo y la Iglesia perdieron en nuestro país una extraordinaria posibilidad de verdadera reforma y de cambio hacia adelante. Quizás de manera semejante a lo que ocurrió a finales del siglo XV (y hasta el XVII) cuando los humanistas cristianos se vieron reducidos al silencio por la oficialidad eclesial y por el Estado.

Lo más triste de aquella pérdida es, tal vez, que el cristianismo y la Iglesia de España no acabaron nunca de asentar la orientación liberal del Evangelio. *“Los condicionamientos que encuadraron la acción de los cristianos españoles durante el ochocientos sirvieron de lastre para el nacimiento de un auténtico catolicismo liberal”*.³⁸

³⁸ CUENCA TORIBIO, J.M., *El catolicismo liberal español: las razones de una ausencia*. En Revista Hispania, nº 117, C.S.I.C. 1971, pág. 587 Sobre esta temática es de gran interés la síntesis que ofrece la obra de R. CHACÓN GODAS, *Don Fernando de Castro y el problema del catolicismo liberal español*. o.c. Tercera Parte, pág. 185 a 189. Ver también: LA PARRA LÓPEZ, E. *El primer liberalismo y la Iglesia. Las Cortes de Cádiz*. (Alicante 1985) y *Intransigencia y tolerancia religiosa en el primer liberalismo español* (en *Mélanges*. Tome 44-1. Nouvelle Série. Casa de Velázquez. Madrid 2014, bajo el título general de *La tolerancia religiosa en la España contemporánea*, págs. 45-63).

Capítulo II. SOBRE LA IDENTIDAD PERSONAL Y LITERARIA DE BENITO PÉREZ GALDÓS

Nuestro trabajo pretende ceñirse lo más posible al difícil estudio de la dimensión fundamental e identificatoria de la persona que es su interioridad, su fondo espiritual; y, en particular, tratándose de Galdós, al planteamiento religioso y de moral evangélica que parecen emerger en su trayectoria como escritor y como ser pensante. Es decir, al modo que tiene de adentrarse en el mundo y de visionarlo en virtud de la conciencia y de la fe cristiana.

Esta consideración es extraordinariamente delicada porque el pensamiento ajeno, a pesar de las expresiones que muestre, siempre ofrece zonas reservadas a la intimidad e inefables para el mismo individuo. Más aún, cuando la particularizamos, se inserta necesariamente en el conjunto bien integrado de la propia personalidad e historia; no se aísla en un departamento estanco del hombre; portanto, su análisis requiere una previa aproximación al conjunto existencial de la persona contemplada.

Nos vamos a acercar a una de las figuras más notables de la cultura española contemporánea, a Benito Pérez Galdós; una figura tal vez demasiado ignorada aún por la inmensa mayoría de ciudadanos -y de católicos- de este país. Y, como podremos verificar a lo largo de la investigación, se trata con toda probabilidad de uno de los pensadores más eminentes del cristianismo y del catolicismo en el siglo XIX.

Antes de aventurarnos en ese estudio tendremos que detenernos, pues, aunque sea de forma breve, en la percepción global de la personalidad y de la obra que lo definen. ¿Cómo, si no, enmarcar y comprender el abundante dato teológico que hallamos en su producción literaria?

Acabamos de describir el contexto determinante que lo contorna. Ahora intentaremos aproximarnos con la mayor objetividad a su imagen real, intuyendo -a ser posible- y mostrando el perfil interior de este hombre, el misterio en donde se va fraguando el pensamiento y el enfoque de su vida y de sus escritos. Por principio, este análisis previo resulta imprescindible, si bien tiene aquí sólo un carácter introductorio. Advirtamos que más que permanecer en la superficie, es preciso bucear -con gusto y respeto- en ese fondo de su obra de modo que pueda quedar suficientemente iluminada.

Señalaremos los rasgos existenciales que (a juicio de los biógrafos) revelan mejor la identidad personal de Galdós, y apuntaremos las claves de interpretación de su creación literaria, remitiendo a un amplio Apéndice final para el resumen y comentario de cada una de las obras (novelas, episodios, teatro y escritos menores) en las que se basa la investigación que ofrecemos sobre la teología del escritor.³⁹

1. Rasgos significativos de la identidad personal de Benito Pérez Galdós.

1. Trayectoria existencial de Don Benito.⁴⁰

Dos períodos muy desiguales se dan en los comienzos de la vida de Benito Pérez Galdós. Resumimos sucintamente.

a) Infancia y primera juventud. Canarias.

Benito nace en Las Palmas de Gran Canaria, el 10 de mayo de 1843 en una casa solariega de la calle Cano desde la que se divisa el mar. Discurre su infancia en el paisaje canario tan querido, del que pronto se separará voluntariamente para siempre. Es interesante señalar la profesión militar de su padre y que, por otra parte, su ascendencia materna se enraíza en la más pura cepa tradicionalista vasca: su abuelo, Domingo Galdós y Alcorta nació y vivió en Azpeitia y allí desarrollo el más furibundo rechazo de la Revolución Francesa.

Su niñez (es el menor de diez hermanos) es entrañablemente familiar, tranquila, curiosa y creativa. El entorno de la vivienda, amorosamente conservada, favorece, sin duda, ese clima. En sus estudios primarios y secundarios se mezclan dos experiencias significativas: para la enseñanza de la lengua española tiene maestros ingleses malamente españolizados (caso frecuente en las Islas) y en el Colegio de San Agustín en donde cursa el Bachillerato se entusiasma con los profesores liberales más exaltados que han sido desterrados a Las Palmas; estos últimos son quienes lo llevan a la afición por la Historia y al gusto de las artes plásticas. Su adolescencia tiene los rasgos normales de esa primera apropiación personal del mundo: descubrimiento de la literatura, recorridos apasionados por los parajes de

³⁹ En cuanto a la biografía de Benito Pérez Galdós y al análisis fundamental de su obra, ver especialmente: CASALDUERO, JOAQUÍN, *Vida y obra de Galdós* (Gredos. Madrid. 1961), ARMAS AYALA, ALFONSO, *Galdós, lectura de una vida* (Caja Canarias. 1989), SANZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS, *Pérez Galdós. Vida, obra y época*. (Biblioteca Literaria “Tomás Borrás” Madrid. 1970), BRAVO VILLASANTE, CARMEN, *Galdós visto por sí mismo*. (Magisterio Español. Madrid. 1970), ORTIZ ARMENGOL, PEDRO, *Vida de Galdós*. (Crítica. Barcelona. 1996), F. MONTESINOS, JOSÉ, *Galdós*. Tres volúmenes (Castalia. Valencia. 1968)

⁴⁰ Para una visión más detenida de la trayectoria existencial de Don Benito nos remitimos también (además de a las obras ya indicadas) a: FEDERICO CARLOS SÁINZ DE ROBLES, *Pérez Galdós. Vida y Época* (Vasallo de Mumbert Editor. Madrid 1970), FRANCISCO RODRÍGUEZ BATLLORI, *Galdós en su tiempo* (Librería Editorial Augustinus. Madrid 1969) y ARTURO CAPDEVILA, *El pensamiento vivo de Galdós* (Losada. Buenos Aires 1944)

la isla y de la ciudad, primeros amores, dibujos con cierta gracia, versos y poemas tímidamente redactados (*La Emilianada*), hasta una comedia (*Un viaje redondo por el bachiller Sansón Carrasco*)... naturalmente impresentable. Viaja a Tenerife para obtener el título de Bachiller en Artes. Apenas ha cumplido los diecinueve años. Entonces se produce el viaje a la península. Es posible que uno de los motivos determinantes del mismo fuera la violenta oposición de la madre a su apasionado enamoramiento de la prima Sisita, hija natural del tío José María Galdós. Benito (que no volvió a ver a la adolescente) quizás permaneció fiel a ese amor toda su vida.

b) *En la Península. Juventud y madurez.*

Madrid. Barcelona, Toledo, Santander... España toda. Europa.

En 1862, con apenas veinte años, se embarca (¿o es embarcado?) para Cádiz con destino a Madrid. Quiere ingresar en la Universidad Central y abrirse lo más posible al mundo intelectual. Empieza la carrera de Derecho que abandonará en cuanto se centre en su propio trabajo literario, pero asiste probablemente a los cursos del krausista Julián Sanz del Río (1814-1869).

Madrid lo intimida y, a la vez, le seduce. Se hospeda en sucesivas fondas, desde las cercanas a la estación de Atocha y al Centro (el viejo Madrid) hasta la casa de la calle Serrano y la de la Plaza de Colón. Desde cada una de ellas comienza el incesante recorrido diario de la ciudad y el conocimiento de sus gentes, de las más populares y de las más intelectuales. Frecuenta el Ateneo de la calle Montera. Allí va admirando a artistas y pensadores, despertando su interés por ellos e iniciando amistades fecundas: Silvela, Castelar, Ríos Rosas, González Bravo, Narváez, J. Zorrilla, Echegaray, López de Ayala, los hermanos Bécquer, Tamayo y Baus...

Pueba y gusta el periodismo. En 1867 él mismo se considera a punto ya para iniciar su primera obra escrita, sin tener aún la menor idea de hacia dónde dirigirse con ella. 1870 es la fecha de la primera novela (*La Fontana de Oro*), anunciadora del camino que emprende y ya con categoría de obra maestra.

Sin embargo, entre 1869 y 1873 sigue probando aún la propia capacidad de expresarse, optando por un periodismo comprometido (colabora activamente en *Revista de España. Las Cortes, La Nación, El debate, La Prensa de Buenos Aires...*). Su crónica del atentado y muerte de Prim es una gran pieza del realismo. En cierto modo como periodista acompaña al General Serrano en su viaje triunfal a Zaragoza. Observador nato, su visión de la realidad ya es extraordinariamente lúcida.

Galdós va llegando a esta actitud madura (que impregnará todas sus obras) porque acierta en la mirada: sabe mirar profundamente al ser humano real encarnado en las gentes de su Madrid.⁴¹

⁴¹ “(Galdós) es el hombre que no mira sino para el escudriñamiento hasta la raíz de las cosas y hasta el sentido de los sentimientos. Es el hombre que no vive sino para sorprender la Vida –así: con mayúscula- en su inexorable fluir manso o en su hervir tempestuoso, para darle mil vueltas entre sus

En el período que va de 1873 a 1883 vive sólo para escribir: veintisiete obras (en treinta volúmenes). Pero hay una dimensión fundamental que es raíz de lo que escribe: ha comenzado ya el viaje infatigable a todos las regiones de la península, incluso a pueblos recónditos y perdidos; recalando siempre, después, por largo tiempo, en la capital. Galdós se va haciendo Galdós. Es decir, se siente y se muestra escribiendo a España, desde España y para España. El biógrafo Sáinz de Robles llega a decir: *“En toda la literatura española contemporánea no se encuentra otro espíritu tan absolutamente, tan cerrilmente español como el de Galdós. Su caso es la reiteración del caso de otros grandes genios, como Lope de Vega y Velázquez”*.⁴² En su viajar por todos los espacios peninsulares absorbe paisajes, idiosincrasias, tipos, hablas, decires, dramas y sentimientos de este riquísimo, inabarcable y complejo país nuestro. Sin que tal amor, incluso pasión, le permita desfigurar (ni en lo más mínimo) la realidad –penosa y trágica por tantos motivos- de la sociedad en cuyo cuerpo y en cuya alma penetra.

Situado siempre en la perspectiva española, va a viajar por distintos lugares de Europa. El conocimiento y contraste con esos países estimula su honda preocupación por el devenir y la modernización de España en todos los sentidos. Periódicamente recorre con su amigo y guía Pepe Alcalá Galiano Italia (Verona, Roma...), Londres, París (en donde rinde visita a la destronada Isabel II (a la vez repudiada y estimada por el escritor)... De ninguna manera el conocimiento exhaustivo y el amor a España le encierran dentro de nuestras fronteras.

1888 es el año de la Exposición Internacional de Barcelona, y Galdós se permite una estancia en esa ciudad con un baño de catalanismo. Allí se encuentra con Joan Maragall, Jacinto Verdaguer y otros. Este mismo año viaja de nuevo a Roma y es recibido en el Vaticano por el Papa León XIII que le obsequia con un crucifijo (crucifijo que mostrará ya siempre en su despacho). Este encuentro tiene, sin duda, un significado para el escritor que viene batallando en pro del liberalismo: dejado ya atrás el largo pontificado de Pío IX, ahora la figura de León XIII parece devolverle algo de la confianza perdida respecto a la alta jerarquía eclesiástica.

Eso no obstante, su vida íntima se recoge en el cálido ambiente de la casa familiar que comparte con sus hermanas Concha, Carmen y el hijo de ésta, Pepe Hurtado, con la ni-

dedos... Es el hombre sutil que logra extraer de lo cotidiano la inmensa suma de materiales humanos con los que irá creando –o recreando, ¿no será mejor decir?- su mundo propio –con su trasmundo-, imagen y semejanza del cosmos recogido en el libro del Génesis.” SAINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS (o.c. pág. 65). Puede verse el artículo de JOSÉ MANUEL GUIMERA, *Galdós o la sencillez* (Museo Canario, n. 18. 1946)

⁴² SÁINZ DE ROBLES, FEDERICO, O.c. pág. 75

ña Rafaelita (ahijada de Pepe) a la que adora ⁴³, y con sirvientes que se convierten en amigos y comparten enteramente la vida familiar, tanto en Madrid como en Santander.

Porque en 1895 ha comprado ya la casa de Santander con huerta anexa ("San Quintín", la única que se conserva en la península y que no es hoy propiedad de los descendientes). Escenario –quizás- de su vida más madura e íntima, es allí donde se refugia largas temporadas para escribir y donde goza de la amistad cordialísima con José María Pereda y, a la vez, con una personalidad homóloga y por muchos motivos diferente e incluso distante, Marcelino Menéndez y Pelayo (de quien ha recibido la más fuerte condena ideológica en la primera edición de la *Historia de los heterodoxos*; lo que no obsta para que, años más tarde, cuando en 1897 Galdós recibe el nombramiento de académico de la Real Academia Española de la Lengua, sea el mismo Menéndez y Pelayo quien conteste a su discurso de entrada). En esa estancia santanderina se sitúan varias relaciones amorosas. Y por esas fechas reconoce como legítima a su hija María.

Los años 1882 a 1897 significan la plenitud literaria. (1892 es la fecha emblemática del comienzo de su dedicación al teatro).

Experimenta la política directamente integrándose en el Partido Progresista de Sagasta. En 1886 no puede evitar que se le nombre Diputado en Cortes (por un desconocido distrito de Puerto Rico). Pero, a pesar de ese desvío impuesto a su atención literaria, en este año escribe la inmensa *Fortunata y Jacinta*, y está a punto de culminar su novela quizá más importante de teología (de eclesiológica y mística) y de psicoanálisis, *Angel Guerra*. Lo que quiere decir que su trabajo de este año es ímprobo.

Galdós vive varias filiaciones urbanas. Primero está el ensueño de Las Palmas, lejana pero nunca olvidada. Junto a Madrid, Toledo: ciudad que impregna el espíritu de Don Benito hasta hacerle sentirse en ella como en un centro espiritual. Es su retiro periódico al que será fiel casi hasta el final de su vida. Allí, entre los cigarrales, va a desarrollar la utopía más elevada de un cristianismo renovado (*Ángel Guerra*). La ciudad, conocida en detalle, va a constituir para él un encuentro con esencias hispánicas y religiosas. Es el lugar idóneo para el conocimiento riguroso –con frecuencia asombrado- de las virtudes y de los defectos de la vida conventual y eclesiástica (*El audaz. Memorias de un radical de antaño*); pero, sobre todo, es el lugar místico en donde descubre la liturgia cristiana y la honda religiosidad popular de la fiesta del Corpus Christi.

Santander es sólo un lugar doméstico, recoleto.

Como un espacio menor entrará también en la vida del escritor El Escorial, emblema de la historia española.

⁴³ Rafaelita era hija natural del torero cordobés Machaquito. ¿Podría permitirse la hipótesis de que el amor paternal de Galdós por la pequeña evocará su frustrado amor juvenil de Sisita en Las Palmas, también hija natural y por ello prohibida?

Sustancialmente identificado con la inmediata Generación del 98 (concepto orteguiano a debatir), Galdós vivió de cerca el drama español de 1898 y 1899, asistiendo al regreso de las maltrechas, diezmadas y abatidas tropas, perdidas ya las colonias de América. Y con ello inicia el último período de su vida: 1898 – 1920. Así llega al final de este larguísimo siglo XIX español y entra con pasión en el XX.

*“El final de siglo –escribe Javier Tusell- fue para él una etapa de inquietud estética y espiritual que modificó su óptica naturalista hacia una vertiente espiritualista, y que le hizo volver a una posición radical, en especial en materia religiosa... De ahí su nueva beligerancia política como republicano a partir de 1907 y la adopción de una posición anticlerical que, sin embargo, no tuvo en absoluto ninguna vertiente anticristiana.”*⁴⁴

Galdós sigue escribiendo las grandes novelas contemporáneas de crítica realista (*Miau*, *las Torquemada*, *Tristana*...) y de espiritualidad (*Nazarín*, *Halma*, *Misericordia*), ubicadas todas en la vida madrileña. A la vez, redacta parte de la tercera serie de Episodios. Pero es también el período más fecundo de su retorno al teatro, no siempre con éxito: una serie de piezas generalmente estrenadas en el Teatro Español de Madrid y con la actriz y directora de Compañía, María Guerrero. Sus obras se consideran –casi todas ellas- simbolistas y revolucionarias (*Casandra*, *Bárbara*, *Electra*, *Santa Juana de Castilla*, *La razón de la sin razón*...).

En cuanto a la acogida social de estos dramas (discutibles desde el punto de vista literario) puede afirmarse que su teatro significó mucho para el público y para el propio Don Benito. El estreno de *Electra* podría considerarse como la apoteosis del autor (que en la noche del estreno, y tras haberse levantado el telón dieciséis veces, fue acompañado hasta su domicilio por una multitud ferviente); a la representación asiste (entre otros literatos) Valle Inclán. Es importante destacar que el autor donó los beneficios de la representación de la obra en Madrid (más de cien funciones) al alcalde (Alberto Aguilera) y al gobernador civil para que ambos los destinaran a servicios asistenciales de los pobres.

Entre 1902 y 1908 termina el resto de los Episodios Nacionales, sin llegar a culminar esta inmensa tarea tal como la deseaba.

Desde las muertes de Cánovas (1897), de Sagasta (1903) y de Canalejas (1912) se acentúa en el panorama político la cuestión religiosa, al mismo tiempo que prosigue la fuerte influencia clerical sobre la sociedad española. Don Benito reaccionará frente a esa situación, sintiéndose aún más motivado a tal actitud a raíz de la improcedente crítica que se vierte contra él en 1901 tras el estreno de *Electra*. En 1907 publica en *El País* (6/4/1907) una carta abierta a Alfredo Vicenti expresando su adscripción republicana. El compromiso social, hasta cierto punto contenido o con ciertas reservas hasta ese momento (tal como se

⁴⁴ TUSELL, JAVIER, *Galdós y sus Episodios Nacionales*. En Tomo I de la edición de los Episodios del Club Internacional del Libro. Madrid 2005, pág. VIII.

manifiesta en los artículos de prensa entre el 60 y 80 en *La nación*, *Revista España*, *El debate*, *La Prensa* de Buenos Aires...), se hace cada vez más firme a partir de 1885 en cuanto a las reivindicaciones del socialismo, declarándose abiertamente opuesto a Antonio Maura.

Como republicano militante deja que se presente su candidatura en algún distrito de Madrid (candidatura que gana). Pero la verdad es que la política no la siente como lugar propio; no abandona en ningún momento un espíritu conciliador apolítico e incluso cierta estima por la reina exiliada. Su visión y su crítica son más hondas. En realidad, está muy por encima de la práctica cotidiana del debate político... A pesar de ello (y ante la insistencia de sus paisanos) en 1914 es elegido Diputado a Cortes por Las Palmas.

Quizás por esa militancia republicana la clase política dirigente, cerrilmente conservadora o celosa del poder unipersonal, obstaculizó con éxito la propuesta de la Academia Sueca (1895) para que recibiese el Premio Nobel de Literatura. Probablemente fue Maura el que se opuso a esta candidatura que, sin duda, hubiese triunfado.

A Galdós le duele profundamente que sean los mismos españoles quienes impiden que reciba ese merecido y máximo galardón de las letras internacionales; y algo de este dolor aparece probablemente en la novela *El caballero encantado* y en el episodio *España Trágica*. Por este hecho (repudiado por muchos) recibe, junto a Miguel de Unamuno y Mariano de Cavia, un homenaje de desagravio y oposición a los ataques de aquella censura política.

Ha comenzado la última etapa del camino de Don Benito cargado con su propia cruz y se acentúa la dura pendiente que lo lleva a su Calvario. Hacia 1912 empieza a quedarse ciego (en 1913 lo está ya del todo) y en 1914 la arterioesclerosis es ya muy aguda. Sus últimas obras tiene que dictarlas a los amigos confidentes Victoriano Moreno y Paco Martín y el compañero de partido Pablo Nougués.

Triste y melancólico, se refugia en su casa de Madrid y en el mundo de sus personajes con los que convive a solas a pesar de las muchas visitas que lo honran. Incluso se hace llevar de paseo por los innumerables parajes madrileños en donde adquirieron vida Fortunata, Torquemada, Benigno Cordero, Sola e Inés, Lucila, Fernando Calpena...

Por un momento recobra la emoción de vivir, asistiendo a la inauguración del monumento que (por suscripción popular) le ha hecho su amigo el escultor Victorio Macho en el Parque del Buen Retiro.

Aun estando ciego, sube varias veces al escenario para saludar con ocasión del estreno sucesivo de obras suyas (hasta 1918 en que se representa *Santa Juana de Castilla*); y llora emocionado abrazando a La Nela en la actriz que encarna al personaje central de *Marianela* según la versión que han hecho de la novela Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.

El 22 de agosto de 1919 sale por última vez a la calle. Recluido ya en su casa replica a quien le pregunta por su estado de ánimo: *“No tiemblo. Nada me turba. ¿Miedo?, ¿por qué?, ¿de qué? Morir, realmente, es como abrir una puerta cerrada...”*⁴⁵

El 4 de enero de 1920 muere. Sobre la cabecera de su cama, un crucifijo.

Esa noche cerraron todos los teatros madrileños en señal de duelo.

Al día siguiente -5 de enero- José Ortega y Gasset publica y hace suyo en *El Sol* un artículo necrológico en el que lamenta el escaso eco que ha tenido en España la muerte de Don Benito:

*“La España oficial, fría, seca y protocolaria ha estado ausente en la unánime demostración de pena provocada por la muerte de Galdós. La visita del ministro de Instrucción Pública no basta. El pueblo, con su fina y certera perspicacia, ha advertido esa ausencia en la casa del glorioso maestro, en las listas de pésame donde han firmado ya los hijos espirituales de Don Benito... El pueblo sabe que se le ha muerto el más alto y peregrino de sus príncipes... Habrá un dolor íntimo y sincero que unirá a todos los buenos españoles ante la tumba del maestro inolvidable.”*⁴⁶

El testimonio de nuestro mejor filósofo del siglo XX sirve de acertada introducción a todas las páginas que siguen.

2. Aproximación a la personalidad de Galdós. Su epistolario íntimo.

Si resulta importante conocer la trayectoria existencial de una persona para comprender mejor su obra, más necesario aún es aproximarse al misterio de su personalidad. ¿Quién es en el fondo Benito Pérez Galdós? ¿Qué pensaba, qué sentía y cómo se mostraba tejiendo el hijo de su densa vida?... La mediana respuesta a tales cuestiones es clave inevitable para interpretar el pensamiento que aflora en su creación literaria, incluido el pensamiento religioso o teológico.

Se trata de una aproximación dentro de lo posible y con enorme respeto. Pero es imprescindible este ejercicio para nuestro trabajo de investigación, porque toda su obra

⁴⁵ Citado por SAINZ DE ROBLES, o.c. pág. 162. Lo que recuerda las palabras del judío al Papa Kiril que asiste a un moribundo: *“Morir es fácil; lo difícil es vivir”* (en la novela *Las sandalias del pescador*).

⁴⁶ *El Sol*. 5 de enero de 1920 (publicado sin firma). Citado en *El Madrid de Galdós*, o.c. pág. 124

A pesar de la impresión que refleja Ortega, no debe olvidarse la reacción oficial del Estado que aparece en la *Gaceta de Madrid* el mismo 5 de enero de 1920; en ésta se publica el real Decreto firmado por el rey Alfonso XIII y por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes en donde se determina que la conducción y entierro de Don Benito sean costeados por el Estado, con una Exposición preliminar del Ministro Natalio Rivas que exalta de este modo la figura del escritor: *“La Literatura española está de duelo... V.M. (por el Rey) sabe dar a la Nación la más alta prueba de respeto y de consideración al gran novelista, que ha sido una de las más preclaras glorias de su tiempo y a la vez honor excelso de la Patria. A esta manifestación de sentimiento nacional se asocian todas las Academias y Centros de Cultura... Los pueblos se honran a sí mismos tributando el homenaje merecido a los esplendores de la cultura y a las excelsitudes de la inteligencia...”*

Por su parte, en la esquila mortuoria, la familia de Galdós (hija y yerno, hermanas y sobrinos) *“Ruegan a sus amigos se sirvan encomendarle a Dios...”*

como pensador representa posiblemente (al menos en gran medida) el eco de la propia existencia interior.

La forma de escrutar ese perfil más seguro es, sin duda, la lectura de sus manifestaciones directas (exentas del elemento ficticio estético de la trama literaria); especialmente la lectura de las cartas privadas, de los discursos comprometidos y de cualquier otra expresión ocasional de ideas, de sentimientos, de autointerpretación (prólogos y comentarios a sus propios escritos), en definitiva, de la apasionada visión del mundo y de la vida. Al mismo tiempo, el testimonio de los más cercanos, de los interlocutores que lo fotografían. Y afortunadamente disponemos de una material abundantísimo para emprender esta tarea.

¿Cómo era –cómo es- Don Benito en ese fuero suyo interno y en la verdad de su trajín diario?

Se le ha achacado (quizás con excesiva rapidez) un talante reservado y retraído...⁴⁷ Pudiera serlo en público. Pero, desde luego, no se evidencia ese rasgo en el mundo de las relaciones amistosas y profesionales (testimoniado por el amplísimo epistolario “de” y “a”) y en la expresividad del quehacer doméstico. Todo lo contrario. Es cierto que se trata de un hombre en general tímido, de un pensador nato que se concentra en su trabajo a solas, que se abisma en la cultura y vive la vocación de escribir como algo sagrado; pero, a la vez, nos encontramos con un hombre abierto, extraordinariamente expansivo, delicado, atento y cordial, incluso apasionado en los muy diversos amores. Capaz de encarnar, además, un buen equilibrio de virtudes humanas.⁴⁸

Persiste, sin embargo, una duda en este balance inicial: no hay explicación a su persistente soltería en el contexto de las variadas, duraderas e intensas relaciones amorosas que jalonan su vida acompañándole hasta la madurez. Concha-Ruth Morell, Lorenza Cobián (madre de su hija María), Emilia Pardo Bazán y especialmente Teodosia Gandarias, “Teo”, (ésta entre 1907 y 1915)... son grandes amores; ¿por qué nunca contrajo matrimonio? Podemos aventurar algunos motivos que parece él mismo apuntar: en su última etapa, la edad avanzada y las enfermedades que le van siendo crónicas, el miedo a perder la libertad de sus hábitos de trabajo y domésticos, el deseo de no imponer a nadie esas cargas... Cierta egoísmo y altruismo juntos. En definitiva, el miedo a la carga y al compromiso matrimoniales. Éste sería en principal defecto serio de su personalidad, aunque nadie se halle autorizado a emitir un juicio sobre el asunto.

⁴⁷ Según ROSA CHACEL existía en Galdós “*un propósito consciente de no confesar* (su intimidad)”, *La confesión*. Ed. Edhasa. Barcelona 1970, pág. 134. Puede verse el artículo de DOLORES THION SORIANO MOLLA, *Galdós y la confesión*. Actas del IX Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 2009. Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas. págs. 594-603

⁴⁸ Además de las biografías amplias y de referencia obligada, ya mencionadas (Bravo Villasante, Casaldueño, Scatori, Sainz de Robles, etc.), nos parece una feliz semblanza (en síntesis) la que hace WILLIAM SHOEMAKER en su estudio *¿Cómo era Galdós?* *Anales Galdosianos*, nº VIII. 1973, págs 6-17

En todo caso, no cabe duda de que el hondo conocimiento de la mujer y la convivencia con ella se transfieren a los innumerables personajes femeninos de su obra, dotados todos ellos de realismo, de ternura y elevación, de estética física o interior y de drama tremendo...

Al lado de ese tema fundamental surgen *rasgos predominantes y de signo muy positivo* de su personalidad:

a) La libertad interior respecto a su propia imagen y fama; incluso una sorprendente sincera humildad (que no timidez). Las cartas (en su mayoría inéditas) ofrecen datos muy significativos.

- *Marianela* es una novela queridísima del autor, de algún modo intocable. Pues, refiriéndose a la versión teatral que han realizado de la misma los dramaturgos Joaquín y Serafín Álvarez Quintero, dice a estos autores en sendos escritos: *"Harán ustedes esta obra mejor que nadie, seguramente mucho mejor que yo mismo"* y *"La Marianela que Vds. han hecho es un portento de arte dramático"*.

- El puesto de director del Teatro Español de Madrid era apetecible para cualquier escritor. Todavía con plena capacidad de gestión y a pesar de las presiones en el sentido de que lo acepte, Galdós renuncia a él con tranquilidad y buen humor: *"La Empresa puede nombrar director o capellán a quien quiera, menos a este cura."*

- En 1914 se inicia en Madrid una suscripción popular para que se erija en El Retiro una estatua y monumento para su homenaje. El escritor escribe airado: *"¿Qué es eso de proyectar estatuas a personas vivas? Todo eso sería ridículo, si no fuera otra cosa que no quiero calificar."*

- A la petición que recibe de incluir su nombre en un listado de personas insignes responde en estos términos: *"Debo manifestarle que no poseo título, honores ni condecoraciones. Si es un título el haber sido diputado y serlo aún, puede adornar con él mi nombre"*.

- Entrando en la etapa de mayor madurez de su vida recuerda el sin sentido de la vanidad y evoca el final de *La vida es sueño* de Calderón: *"Todo acaba desengañándose de las pompas y vanidades de la vida"*.⁴⁹

- De José María Pereda (así como de Leopoldo Clarín) recibe frecuentes críticas de diversas obras. Pudiera estar molesto por ello; no lo está. El discurso que le dedica en la Real Academia, cuando el escritor cántabro ingresa en ella, es el elogio más encendido y mejor razonado que se dirige al autor de *Peñas arriba* o *Sotileza*, considerándolo, además, como maestro suyo.⁵⁰

⁴⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Cartas respectivamente (por el orden de citas en texto) de 16/8/1915 (8078) y 4/7/1916 (8085), de 19/9/ 1913 (8077), de 31/3/1914 (8193), de 9/5/1914 (8074) y de 22/9/1911 (8426). El número entre paréntesis se refiere al registro de las mismas en el Centro de Documentación de la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas.

⁵⁰ *"La lógica rigurosa, la moral franca y todas las demás cualidades eminentes que avaloran las obras del insigne maestro, no tendrían tanto realce si no campeara sobre ellas la individualidad de los*

b) Una excepcional capacidad de amistad y de relación con toda clase de personas. Shoemaker, buen conocedor de Don Benito, escribe:

*“Uno de los componentes más importantes del ser de Galdós, acaso el más esencial y dominante, el que estaba en el fondo de su carácter y personalidad, el que desde muy hondo le servía de móvil dirigente de su vida diaria de relación, así como de fuente vital de su creación literaria, fue el amor –el amor en varios niveles de intensidad, tanto de índole erótica como del ágape más benigno, abarcando toda clase de lealtades fuertes y firmes, pero sin exclusivismos, y de afectos desde los más apasionados hasta los de una suave bondad cariñosa. Los objetos del amor de Galdós casi no tenían límites... Los amigos de Galdós eran legión. Lo fueron para siempre, lo mismo los de la niñez y juventud que los que llegaron en los años maduros.”*⁵¹

Ramón Pérez de Ayala (citado por el mismo Shoemaker), entre otros, confirma esta consideración que personalmente hemos podido constatar en la lectura directa de su epistolario y, en general, a lo largo de toda su obra.⁵²

Quizás esta cualidad amorosa explica su buenhomía y el carácter conciliador que impregna incluso su vida pública. También la prudencia en los juicios de personas y de situaciones ajenas y en la misma manifestación de las ideas políticas⁵³.

Detallista en extremo, agradecido, fidelísimo en responder enseguida a las cartas que recibe, preocupado de que lleguen las suyas a quienes las esperan, inquieto por la salud y bienestar de los seres queridos, amigo incondicional de innumerables personas, profundo en la mirada a la mujer y al niño, agobiado de que la enfermedad le impida reunirse con los suyos o asistir a alguna invitación o encuentro (por ejemplo, al estreno de *Nena* de los Álvarez Quintero)..., resulta casi imposible transcribir aquí el inmenso caudal de datos recogidos de la lectura de las 1043 cartas que constituyen el Epistolario manuscrito de Galdós (cartas escritas por él) en la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria.⁵⁴

caracteres, arrancados del natural...; los encarna en las personas más queridas, en sí mismo tal vez, y asimilándose la figura, la expresa en el libro, y éste, como espejo milagroso, reproduce la imagen de quien lo escribe.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Discurso de contestación a Pereda en la Real Academia Española*, en *Ensayos de crítica literaria*. o.c., pág. 197

⁵¹ W. SHOEMAKER, o.c., pags. 11 y 16

⁵² En carta a su amigo Narciso Oller escribe: “Recientemente he entablado relaciones con D. Julio Gay que se ocupa en trabajos de cinematografía; este Sr. me dijo que era antiguo amigo de Vd. y esto bastó para que yo pusiese en él toda mi confianza.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, carta de 9/3/1915 publicada por Pilar Faus Sevilla, o.c., pág. 310)

⁵³ En este sentido ofrece interés el estudio de RODOLFO CARDONA *Don Benito el prudente*, en *Anales Galdosianos* nº XI. Anexo (1976) págs. 128-152

⁵⁴ Nos remitimos, como muestra, en particular, a las cartas registradas con los números 8210, 8303, 8076, 8364, 8300, 9510, 8081, 8259..., a las ciento ochenta dirigidas a su hija María (que terminan siempre con esta línea: “*Tu papá que te quiere mucho*”) y a las doscientas treinta y nueve dirigidas a Teodosia Gandarias en las que ya el casi anciano Don Benito parece retornar al más particularizado y encendido amor platónico.

Y entre sus amores, sin duda alguna, como veremos, el amor a España: a la totalidad singular de la nación sentida como tierra propia e insustituible en su historia común, en su regionalidad diversa, sin chauvinismo, sin exclusión alguna, integrando ahí a la patria chica insular.

c) Notables naturalidad y sensibilidad en su referencia cotidiana a todos los seres: ante todo, a los pequeños. Siente a los niños y a los desvalidos: los encarnados en tantos personajes (la *Nela*, *Celipin*, *Isidora* la desheredada, los ancianos, *El Empecinadillo* (en *Juan Martín, el Empecinado*), *Cadalsito* (en *Miau*), *Salvador* (en *Amor y ciencia*)... y los niños reales (Faelita, Aniceta, Pablito...) que muestran una atracción espontánea hacia él. Galdós es un niño grande que se hace amar de los pequeños.

Siente el paisaje, la casa, los animales (perros, gatos, pájaros que le acompañan), las plantas y las flores, las manifestaciones artísticas de todo género, cualquier forma de belleza, el paso del tiempo, el trabajo propio, la veracidad debida...; adobadas siempre estas cualidades con cierto buen humor e ironía cuando procede. Viajero infatigable, absorbe la realidad que lo circunda y disfruta de ella.

Siente la música, la pintura y la arquitectura. Practica el piano y el armonium, pinta, estudia la estética, y llega a ser (en sus artículos y novelas) un excelente crítico de arte.

Sus cartas reflejan constantemente esa amplia y rica sensibilidad.

Importantísima también es el eco que despiertan en él los sufrimientos ajenos y las situaciones carenciales.

El Galdós que va asentándose en Madrid padece enseguida la dolencia de España, sufre como pocos por el país maltrecho como si éste fuera un ser personal dilatado en el tiempo y en el espacio geográfico. Pero su dolor por España (que se le hará insoportable en los últimos años) no es sólo una abstracción; se concreta en las gentes más abatidas socialmente, en los muertos de las guerras absurdas que destrozan el solar patrio, en los abandonados a su suerte, en la incultura pertinaz y en los males de una política descabezada.

Galdós pertenece a la pequeña burguesía intelectual (casi siempre con estrecheces económicas pero sin apuros); inconformista y revolucionario en el espíritu, apenas interviene directamente en la política activa, su rotundo compromiso con el pueblo y para el pueblo es la palabra: la voz y la escritura que llegó a todos, a los que sabían leer y a los que no lo sabían.

Se conmueve, en particular, ante la tragedia del naufragio y muerte de pescadores de Bermeo; ante la infancia desvalida in-educada (para la que unos amigos de La Habana han fundado una institución que llevará el nombre del escritor)...⁵⁵ Así se entiende el alegato

⁵⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Cartas de 18/8/1913 a Teo: “*Siguen llegando noticias cada vez más tristes y desconsoladoras del espantoso desastre de las lanchas de Bermeo*” (8364) y de 26/12/12, a Juan S. Padilla y Eduardo Iglesias: “*Créanme que jamás podría ver mi humilde nombre más honrado y enaltecido que sirviendo de bandera a una institución como la que ustedes sostienen para prodigar luz de cultura entre la infancia desvalida*”. (8540).

contra el sufrimiento humano que brota en todas sus obras como un grito inacallable y, muy en concreto, contra el maltrato de los seres inocentes.

d) Apasionado en el amor.

Disponemos de las cartas del escritor a Lorenza Cobián, a Concepción Morell y a Teodosia Gandarias; así mismo, de las escritas a su hija María (no de las enviadas a Emilia Pardo Bazán, aunque sí de las que ésta le escribió). En la mayor parte de ellas, especialmente en las dirigidas a “Teo”, aparece y sorprende un lenguaje de juvenil y a la vez maduro enamoramiento, conjugado con una elevadísima dignificación de la mujer amada; hasta el punto de dotar a su sentimiento de un carácter religioso (“*cielo y esperanza, te adoro*”; “*mi cielo, mi encanto, tuyo y muy tuyo, devotísimo, fiel adepto a la religión de tu amor*”). Los adjetivos ornamentales que le dedica son innumerables: “*clarísima y amantísima*”, “*sin par mujer*”, “*mi musa y mi inspiración*”, “*ilustrísima, dulcísima y bondadosísima*”, “*mi cielo y mi tierra*”, “*inteligencia y dulcedumbre*”...⁵⁶; tienen todos, como vemos, un carácter espiritual y manifiestan una sublimación del amor.

En ningún caso expresa ansia posesiva, sino deseo de que la persona amada mantenga su autonomía: “*que seas muy dueña de ti misma, y tengas conciencia plena de lo que eres y de lo que vales*”, “*mujer sin igual, mi orgullo y mi maestra*.”⁵⁷

¿Fue esa la tónica de su afectividad en todos los campos de relación amorosa? Parece claro que ese tono se limita a las vivencias amorosas de pareja estable o de padre; en la referencia a las demás personas lo único que consta es un trato cordial y respetuoso, valorando y agradeciendo al máximo las atenciones que recibe. Sabemos también que tuvo otras relaciones amorosas cuyo matiz relacional desconocemos.

La citación de cartas es –evidentemente– incompleta, pero no sesgada ni adaptada al interés de una tesis favorable a Galdós. Creemos que es objetiva y significativa; coincide con el eco que resuena en el abundantísimo epistolario dirigido al escritor por innumerables amigos y personajes de la vida pública española; epistolario cuyo análisis excede los límites de este trabajo (en parte editado y en su mayoría guardado aún en la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas).

Conviene hacer notar (tras la breve citación realizada) que el perfil personal que emerge en esos textos muestra una fundamental valía humana y cristiana. Es un buen indicador de esos valores que deben sustentar cualquier postura y cualquier pensamiento seriamente creyentes desde el punto de vista religioso.

Sin embargo, es importante despejar todavía una posible duda acerca de la personalidad de Don Benito, antes de seguir adelante en este análisis introductorio.

⁵⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Cartas (a título de muestra) de 8/1/1908 (8251), y de 28/7/1912 (8320).

⁵⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Cartas de 29/7/1907 (9510) y de 17/8/1909 (8259)

3. Galdós, ¿una psicología compleja o carencial?

El mundo literario galdosiano está poblado de personajes que padecen cuadros psicóticos o dramas interiores tremendos. ¿A qué puede obedecer este hecho?

Es obvio que las consideraciones expuestas en el apartado anterior (y las que seguirán después) manifiestan en el escritor una fisonomía templada, de notable riqueza y equilibrio caracteriales. No obstante, parece conveniente alertar sobre el hecho posible de que más allá de los rasgos inmediatos favorables en la contextura visible del ser pueda anidar un fondo inconsciente traumático.

Intentar acercarse en lo posible a la psicología profunda –a las raíces íntimas de alguien- es también un presupuesto para redescubrir y validar mejor el pensamiento y la vida que manifiesta (nunca para desprestigiarlo en razón de una posible fragilidad individual o de una supuesta doble intencionalidad al escribir, cuando se trata de un escritor).

A la vista de la excepcional fenomenología dramática que muestran tantos tipos novelados, algunos analistas de la obra del autor aventuran la idea de que éste debió padecer quizás traumas psíquicos o frustraciones que constituirían, en definitiva, una clave importante de interpretación de la ideología que se vierte en su literatura. Por ejemplo: los frecuentes y extraordinarios relatos amorosos de toda clase obedecerían (según tales comentarios) a la sufrida imposición de rupturas afectivas, a la carencia de vivencias de amor deseadas o a la propia incapacidad de fraguar una relación amorosa estable, e incluso a un complejo de culpa al respecto; la extraordinaria descripción de cuadros patológicos en las novelas haría sospechar anomalías en la personalidad del escritor; la riquísima expresión de religiosidad que vertebra su creación sería entonces expresión de una crisis permanente de fe (de la búsqueda de un Dios imposible) sin mayor teología firmemente asentada; etc... Lo que vendría a decirnos que los pensamientos materializados en la escritura no revelan un cuerpo de ideas libremente elaborado, y que deberían, más bien, interpretarse como rasgos inequívocos de vivencias ocasionales o de una compleja situación personal; incluso de psicopatologías.

¿Qué pensar de esta hipótesis?

Desde luego conviene recordar que la estructura del ser humano siempre es frágil o difícil de escrutar. Pero la fuerte contextura –bien conocida- de la personalidad de Don Benito y la coherencia absoluta de su obra a lo largo de cincuenta años excluyen una interpretación general –dominante- de esa índole.

Galdós es un observador constante del ser humano; más aún, un serio investigador y conocedor agudo mismo. Tanto respecto al amor como en el tema ético y religioso tuvo una densa experiencia positiva mucho mayor que carencial y angustiosa (aunque los viviera en

un clima interior de lucha), y desarrolló serenamente una clara y sorprendente visión de esos temas así como de tantas situaciones humanas conflictivas.

Espíritu independiente y de naturaleza liberal, padeció, sin duda, las imposiciones típicas de una estructura familiar autoritaria (incluso, tal vez, respecto a las relaciones sentimentales de joven); la soledad y la bohemia, por una parte y, por otra, dolorosas incomprendiones de la sociedad y de la política estuvieron también presentes en su vida. Pero no consta que llegara a situaciones vivenciales extremas.

Ciertamente –como algo muy notable- encontramos en la obra galdosiana abundantes descripciones verdaderamente admirables y rigurosas de cuadros psiquiátricos o de procesos íntimos y anomalías del alma humana, siempre al hilo de sus relatos⁵⁸; escritos narrativos que revelan o un conocimiento científico (difícil de hallar en quienes no son especialistas de la materia) o que podrían indicar la existencia de vivencias traumáticas personales o muy cercanas. (Pensemos, por ejemplo, en los personajes de *Ángel Guerra*, *La desheredada*, *Casandra*, *Alejandro Miquis-Felipe Centeno*, *los personajes de La sombra*, *Tormento*, *Marianela*, *La segunda casaca*, *Zumalacárregui*, etc.). Tanto, que el lector inteligente se ve invitado a sospechar que tras los personajes (y tras su palabra) pudiera esconderse el autor no como pensador independiente de sí mismo, sino como persona que grita en un momento dado (coyunturalmente) su estado de ánimo, sin dar a ese pensamiento un estatuto de ideología en sí misma; de forma que no podríamos hablar de manera global del pensamiento (de la teoría pensante) de Galdós en tal o cual campo, o que su discurso quedaría muy mediatizado por los avatares propios de su psicología.

Pues no. Insisto -sin ánimo de defender la salud psíquica del autor y remitiéndome a las pruebas- en que esa sospecha es no sólo indemostrable, sino en sí misma infundada e incorrecta.

Desconoce la realidad dual del ser humano. Es obvio que en la construcción del pensamiento (de la historia del propio pensar) intervienen factores internos (experiencias vividas y rasgos caracteriales, de modo especial limitaciones y posibles deterioros anímicos), situaciones y acontecimientos que advienen a lo largo de una vida. Pero, con eso y con todo, debemos admitir que la persona puede alzar un pensamiento que proviene también -en un tanto por ciento preeminente- del libre raciocinio, del estudio y contraste de pareceres y,

⁵⁸ PACIENCIA ONTAÑÓN llega a decir que “*los personajes que en la obra de Galdós sufren algún tipo de enajenación son tan numerosos que sería imposible referirme aquí a todos*”, en *La locura en personajes galdosianos*, Actas del VIII Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, edición digital de la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas, pág. 237-244. Así mismo, M^a CARMEN RODRÍGUEZ ACOSTA, en *Las enfermedades nerviosas en algunos personajes galdosianos*, reconoce que en la mayoría de las novelas Galdós “*establece estados emocionales amplios que se manifiestan en ataques nerviosos, epilépticos, pretexto técnico primordial para presentarnos a sus personajes que tienen la psicología evidentemente a flor de piel*”, Actas del III Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, Vol. I. ed. Cabildo Insular de Canarias. Las Palmas, pág.303-311

en definitiva, de una visión objetiva y abierta de la realidad que la contorna. De modo que (si existen suficientes manifestaciones personales, escritas, por ejemplo) puede detectarse –con pleno derecho– un pensamiento suficientemente autónomo del individuo, sin necesidad de interpretarlo psicoanalíticamente. Y éste es el caso de Don Benito.

Un hombre puede hallarse detenido en una situación social lamentable y en tensión con instituciones civiles y religiosas (como le sucede a Cervantes) y, a la vez, revelar y escribir en su *Don Quijote* uno de los pensamientos más lúcidos sobre la antropología hispana y sobre la filosofía y la teología de la existencia; un pensamiento que le es absolutamente propio y original y revela su gran densidad ideológica. La identidad compleja o la trama coyuntural del escritor no merman, entonces, el valor y la autoría de su palabra.

Creemos, pues, que esto es lo que ocurre en la obra de Galdós. Existe un modo propio de ver y de entender el mundo y sus parámetros, influido en alguna medida por el carácter y la historia personal que le acompañan, pero, al mismo tiempo, independiente de sí; fruto de su extraordinaria capacidad de observación y meditación de la realidad, de su continua y rica relación interhumana, de la confrontación con medios culturales diversos (desde el hogar familiar canario hasta las vivencias en el Ateneo madrileño y en los medios políticos más diversos y distintos de España y de Europa, pasando por su voluntaria inserción en todos los estamentos de la sociedad y en movimientos filosóficos tan significados como el krausismo).

En todo caso, podemos hablar de un apasionado seguimiento ideológico de los personajes a los que él ha dado vida (sus hijos verdaderos) cuyas trayectorias personales sigue con un inmenso respeto y cariño, dejándoles que hablen y que sean como ellos deciden serlo, asumiendo sus tramas individuales y, al mismo tiempo, tomando distancia de las opciones que conducen su vida al desastre o a la felicidad. Pero no puede ir más allá en la identificación (autor-personaje) con estos.

Es decir, nuestra verdadera hipótesis de partida es que podemos rastrear el pensamiento autóctono de Galdós porque éste existe precisamente en virtud de su rica personalidad y experiencia, y porque es muy difícil que deje de transparentarse objetivamente cuando contamos, para descubrirlo, con más de un centenar de obras largas e infinidad de escritos breves reveladores directos de la persona, todos ellos bastante analizados ya a la altura actual de los estudios galdosianos.

Y, si convenimos que el carácter y su proyección expresiva van siendo el reflejo de una serie y aguda mentalidad, es muy conveniente resaltar que en Galdós se dan, al menos, dos líneas actitudinales de enorme valía que atestiguan su excelente salud psíquica (sin que por ello vayamos a sobreestimar la figura del escritor).

Por una parte, es un hecho el amplísimo, elevado y gratificante nivel cultural que posee y que desarrolla hasta el final de su vida (incluso disfrutando en primera fila de la magnífica escultura que le dedica Victorio Macho en el Parque del Buen Retiro de Madrid y que él, inicialmente ha rechazado).

Sorprende el conocimiento documentado y agudo que denota respecto a todas las dimensiones artísticas: tanto de las artes plásticas (recuérdese, por ejemplo, su ensayo *Flo-rencia*) como de la música (el ensayo *Rossini*). En toda su narrativa y, especialmente, en las crónicas de viajes aflora el propio sentido estético que despiertan las obras que contempla. Así mismo, su conocimiento de la historia, de la filosofía, de la política y de las ciencias humanas (subbiblioteca personal cuenta con más de dos mil volúmenes).

Admirable es su pasión cervantina y calderoniana (su escrito *El Aniversario de Calderón*, entre otros), extendida a toda nuestra literatura y a los grandes maestros de la europea (*La casa de Shakespeare*, en su viaje a Birmingham). Y, con un sentido de máximo realismo cultural, su continua penetración en el acontecer histórico-político, en el costumbrismo hispano, en el derecho y la filosofía, siempre desde un doble foro: el del Atenéo (al que es asiduo) y el de la sabiduría popular de los barrios castizos y pobres.

En el orden de las relaciones -que podríamos llamar profesionales- resulta de todo punto excepcional la estima y admiración que Don Benito profesa a los grandes escritores coetáneos y otras personalidades y la estima que él recibe de todos ellos. Es un hecho inusual entre artistas de cualquier género. Basta leer su discurso de acogida de José María Pereda en la Academia, el artículo homenaje a Bécquer, el prólogo a *La regenta* de Clarín, su reconocimiento agradecido a los hermanos Álvarez Quintero, a Mesonero Romanos, Quintana y otros (en el prólogo segundo a la Edición de los Episodios), la amistad con Menéndez y Pelayo (tan distinto literaria e ideológicamente de él), su íntima relación con Emilia Pardo Bazán, etc.

Si a estas actitudes notables (no exentas de cierta sana humildad) añadimos el hecho de que Galdós (hombre más bien tímido) cuajó a lo largo de su vida un mundo de entrañables relaciones íntimas a las que fue siempre fiel, podemos concluir que nos hallamos ante una personalidad extraordinariamente rica y equilibrada, y que, por tanto, el pensamiento que manifiesta en su creación literaria revela -con simplicidad sustancial- lo que dice y no otra cosa.

4. Religiosidad personal. ¿Galdós, un cristiano heterodoxo?

La existencia y el aspecto de la religiosidad propia es cuestión de especial relevancia en la configuración de la persona y en el decurso existencial de la misma (por ejemplo, en

su producción escrita si se trata de un literato). Por tanto, el conocimiento –lo más aproximado posible- de esta cualidad requiere una particular atención; nos ha de proporcionar seguramente claves necesarias de interpretación.

Dos asuntos nos preocupan al hacer esta investigación refiriéndonos a Galdós: primero, la pregunta sobre la religiosidad que pudo definirlo (en cuanto al pensar, al sentir y al actuar) y segundo, el juicio justo que se debe formular acerca de la ortodoxia o heterodoxia de su pensamiento respecto a la originalidad cristiana o respecto al catolicismo. La respuesta objetiva a ambas cuestiones ha tenido que repercutir en la perspectiva teológica que informa una obra rebotante de temática religiosa.

a) La honda religiosidad de Don Benito y su “instinto cristiano”.

A partir del Capítulo III de este trabajo (y especialmente en toda su parte segunda y tercera) entraremos de lleno en el estudio de la amplia teología que se desprende del conjunto de la creación galdosiana y, en consecuencia, de la necesaria fe que las sustenta. Ahora, aquí, nos limitamos –como presupuesto inevitable- a efectuar sólo una aproximación al talante del autor en su dimensión religiosa y particularmente cristiana.

Como es evidente, un intento de esta naturaleza siempre debe ser humilde y respetuoso en extremo. Nadie está capacitado para describir –y menos, juzgar- la interioridad de otro, su sentimiento religioso (o su fe) y las motivaciones éticas últimas de sus comportamientos y obras. Y en el caso de Galdós la dificultad es aún mayor por cierto carácter reservado de su intimidad, porque no admitió intromisiones espirituales en su vida interior y porque ofrece, a veces, testimonios personales de apariencia contradictoria (por ejemplo, en textos dirigidos a Pereda o a Clarín).

Sin embargo, aun contando con nuestras limitaciones y a pesar de las dificultades indicadas, resulta imprescindible señalar y meditar los gestos significativos de la actitud religiosa de una persona que –como Don Benito- va a hablar mucho y bien, con hondura y crítica, de la religión y de la fe cristiana; gestos que permiten intuir amablemente esa dimensión más esencial de su identidad, o, al menos, dialogar objetivamente sobre ella. Una dimensión que –recíprocamente- autentifica y explica mejor las expresiones literarias (en las que nos hemos de basar, en definitiva, para establecer la aportación del autor a la sociedad, a la cultura, al cristianismo.)

Esta visión es la que nos va a ocupar en las reflexiones que siguen.

Quede claro, sin embargo, que no todo aquello que se refleja en el texto literario (el devenir, las ideas y los comportamientos de los personajes incluso de los más queridos del autor) va a significar con exactitud, necesariamente, el mundo interior del escritor. Es posible que, en ocasiones, su vivencia interior, su pensamiento y su comportamiento estén ocultos y anden discurriendo por otros cauces. Es decir, pudiera ocurrir que, al dar vida espiritual y religiosa a los personajes, sencillamente Galdós estuviera diciendo no lo que él es, sino lo que desearía ser o experimentar, el problema o la búsqueda que ocupa su alma... Lo que, desde luego, sería ya un dato fundamental para nuestro estudio.

¿Fue Benito Pérez Galdós hombre religioso (de sentimiento y experiencia)? ¿Puede considerársele creyente cristiano?

Sus biógrafos y estudiosos no dudan en responder afirmativamente a ambas cuestiones; evidentemente con matices.⁵⁹ Dos de los literatos del realismo, coetáneos y admiradores de Galdós, coinciden en esta apreciación. Emilia Pardo Bazán constataba que el alma de su amigo no tenía tacha:

“Tal vez (es) más cristiana de lo que él mismo sabe y cree.” Y Leopoldo Alas “Clarín”, amigo y buen conocedor de Don Benito, terciaba: *“Galdós es hombre religioso; en momentos de expansión le he visto animarse con una especie de unción recóndita y pudorosa, de esas que no pueden comprender ni apreciar los que por oficio, y hasta por pingües sueldos, tienen la obligación de parecer piadosos a todas horas y en todas partes.”*⁶⁰

¿En qué fundamentar esa respuesta? En varios planos investigados.

a. Primeramente, en su epistolario íntimo (en gran parte inédito), al manifestar Don Benito espontáneamente una consideración personal de Dios acorde con un lenguaje usual de matiz religioso positivo. Y un dato previo a tener en cuenta es que fue un asiduo lector de la Biblia y que la leyó con notable interés, como lo prueba el hecho de las conti-

⁵⁹ Uno de los mejores conocedores de la obra de Galdós, Joaquín CASALDUERO, escribe: *“Galdós es tan religioso como anticlerical, pero lo que hay que subrayar es su profunda y sincera religiosidad. Es su preocupación constante, su cultivo sin descanso de la raíz siempre viva del cristianismo; el amor, viendo, por fin, en lo religioso el triunfo sobre lo temporal. El republicano Don Benito termina su obra canonizando a una reina (Sant Juana de Castilla); el anticlerical, haciendo encarnar su sueño, su ideal –no su utopía– en una Hermana de la caridad (Sor Simona)”*. En *Sor Simona y Santa Juana de Castilla*, Letras de Deusto. N.º 8. 1974. Págs. 117-118). Reservamos para más adelante (capítulo VIII) el análisis crítico del calificativo “anticlerical” que Casaldueiro atribuye a Galdós.

Entre otros, estudian directamente este planteamiento: Virginia TOVAR MARTIN, *La vida religiosa. Las iglesias de Madrid*, en la obra de AA.VV. *Madrid en Galdós, Galdós en Madrid*. (Comunidad de Madrid. 1988. Págs. 139-162); Carlos María RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA, *Galdós, un cristiano heterodoxo* (Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes); Andrés CÁCERES MILNES, *El pensamiento religioso de Galdós a través de la serie de Torquemada* (Revista Signos. Versión On-line, n.º 51-52. 2002. Valparaíso (en la Red); Gustavo CORREA, *El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós*. (Gredos. Madrid. 1962).

⁶⁰ Citados por Mariano LÓPEZ SANZ en *Naturalismo y espiritualismo en la novelística de Galdós y Pardo-Bazán* (Pliegos. Madrid. 1985, pág. 133) y L. ALAS “CLARÍN”, *Galdós, novelista* (ed. Adolfo Sotelo. PPU. Barcelona, 1991, pág.23), respectivamente. V. especialmente los trabajos de DANIEL GAUTIER, *Galdós, ¿cristiano viejo o cristiano post Vaticano II?* en r. Isidora, n.º 9, pp. 103-114, y de Charo GARCÍA VILLALBA *Galdós, un cristiano del siglo XXI* (Universidad Complutense de Madrid. En la red.) En el mismo sentido escribe G. MARAÑÓN: *“Es posible que entre los centenares de fieles que, apiñados, presenciaban los Oficios, los siguieran con el entrañable temblor del espíritu de aquel hombre señalado por heterodoxo, pero cuya costra de circunstancial anticlericalismo ocultaba su auténtica religiosidad.”* (Citado por Soledad Miranda, en *Galdós y la religiosidad de su época*. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Biblioteca Universitaria. Memoria Digital de Canarias. 2004, pág. 549)

nuas anotaciones que escribe a mano en las páginas del ejemplar de su biblioteca personal.

En cuanto al epistolario (cuidadosamente guardado en la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria), la observación emocionada de los centenares de cartas manuscritas e inéditas del escritor (con carácter más íntimo) nos ha permitido verificar convicciones personales de Don Benito que tienen un claro significado creyente. La palabra “Dios” brota con la mayor naturalidad en la relación con personas queridas. Expresiones tales como “Dios mediante”, “Pídale a Dios que...”, “Plegue a Dios...”, “Debo al Cielo el favor inefable...”, “Que Dios cuide a...”, “¿Sabes que voy creyendo que existe un Dios de la puntualidad...?”, “Bien sabe Dios que no te olvido”..., aunque no sean muy abundantes (y aparezcan sobre todo a partir de 1900), sí son reveladoras de un sentimiento religioso y hasta de una fe.⁶¹

Finalizadas las largas gestiones para poner en escena *Marianela* (una de sus obras preferidas cuya versión teatral confió a los hermanos Álvarez Quintero), el autor escribe emocionado: “Ahora, Dios sobre todo”.⁶²

Aun con cierta ironía, comparándose con otros escritores, escribe: “Sabe Dios que daría cualquier cosa porque me infunsiesen algo de su aptitud.”⁶³

Entendemos que es muy difícil emplear la palabra *Dios* confidencialmente, con un tono emotivo y de convicción honda y grata, sin que ésta se halle asentada en una creencia seria.

Existe otro dato que podría avalar también el talante básicamente religioso (y de signo cristiano) de Don Benito: su lengua usual. El empleo espontáneo de términos lingüísticos y el tono afectivo o emotivo que se confiere a éstos suele ser un buen indicador del fondo anímico de la persona; aunque el hablante se esté limitando a emplear un modismo o una frase hecha de la lengua materna, con tal de que esta cultura lingüística connote algún valor o una emotividad positiva (como sucede con tanta frecuencia en la lengua española).⁶⁴

⁶¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Cartas desde Santander de 13/9/1909 (8272), 27/7/sin año (9116), 25/5/1901 (8458), 25/8/1912 (citada por Ph.Porter en Anales Galdosianos 1991, pág.61), 2/6/sin año (8998), 20/8/1908 (8239) respectivamente. Los números entre paréntesis corresponden al registro del Epistolario de Galdós en la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria. La última cita corresponde a la carta de 7/5/1901 dirigida desde Madrid a José Alcalá Galiano (citada por José LuisMora García *Hombre, sociedad y religión en Galdós*, Ed. Universidad de Salamanca-Cabildo Insular de Gran Canaria. Salamanca 1981, pág. 141)

⁶² PÉREZ GALDÓS, BENITO, Carta desde Santander, de 4/7/1916 (8085).

⁶³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prólogo segundo a la edición ilustrada de los Episodios Nacionales*. En *Artículos y ensayos*. Ed. Asociación Cultural Cabrera y Galdós. Idea. Tegueste 2005, pág. 60

⁶⁴ Refiriéndose a la lengua española, escribe ADELAIDE BURNS: “Hay familiaridad e intimidad con Dios más intensas que en cualquier otro país. Una convivencia cotidiana con Dios. Un Dios para todos, sublime o humilde. Un Dios por todas partes, en las catedrales o en las chozas... A Dios había que amarle y agradecerle o maldecirle y rechazarle. Esta actitud hacia las cosas de Dios, reverente o

Pues bien, sin que sea un uso habitual, encontramos en el epistolario galdosiano y en otros escritos de índole personal suficientes palabras o construcciones metafóricas de carácter religioso (bíblico, litúrgico o referido al santoral) dotadas de connotación positiva, empleadas, desde luego, como elemento lingüístico descriptivo o como metáfora de otra realidad, pero no exentas de un cierto fondo anímico religioso.

Al domingo lo llama "*Día del Señor*", subrayando él mismo en la carta esta expresión; a la indicación de la festividad de Santiago añade "*Patrono de España*". Preocupado por una dolencia en los ojos de su amigo Oller, escribe: "*Siento infinito su dolencia de la vista... Deseo vivamente (su mejoría) y le encomiendo a Santa Lucía bendita.*" La locución "*¡Por Dios!*" aparece con alguna frecuencia. En momentos de exaltación amorosa, al finalizar una carta a Teodosia Gandarias, incorpora un lenguaje litúrgico: "*¡Hosanna! ¡Alleluia!*", "*¡gloria in excelsis Teo!*". En otra ocasión –no sin cierto y benévolo humorismo– se atribuye a sí mismo el término "*cura*".⁶⁵ En el discurso de recepción de José María Pereda en la Real Academia emplea frases de este tenor: "*sabe Dios cómo*", "*como Dios me dé a entender*", etc. ; y en algún ensayo importante: "*No quiera Dios que...*"⁶⁶

Por otra parte, están los numerosos artículos de tono claramente personal (a modo de carta) que escribe en los periódicos; particularmente en *La Nación*, de Madrid (entre 1865 y 1868), y en *La Prensa*, de Buenos Aires (de 1883 a 1901). En ellos aborda con asiduidad el tema religioso y su terminología específica, y lo hace siempre con un tono crítico, pero cordial y constructivo. Así, por ejemplo, al referirse al Carnaval y la Cuaresma, a la Navidad, a la Semana Santa, a la fiesta de San José y a su extendida onomástica, a Dios mismo...⁶⁷

popular, que yo clasifico como costumbrista, renace de nuevo en la literatura española con Pérez Galdós..."

En *Espontáneas frases religiosas en el lenguaje hablado galdosiano*. Actas del I Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, pág. 231 Señala la autora que este tipo de expresiones lingüísticas del castellano aparecen ya desde nuestra literatura medieval con extraordinaria abundancia, unas veces con tono religioso y creyente, manifestando admiración, angustia, esperanza, atribución de virtudes, gratitud (el "*A ti gradescas, Dios, que cielo y tierra guidas*" en la despedida de Mío Cid); otras, como interjecciones que sitúan a Dios testigo de un estado de ánimo (¡ "*Dios, qué gran vasallo!*" o "*Dios, qué quedos entraron*", en el mismo poema); y otras, en fin, envueltas en ira e irreverencia, denotando actitudes hostiles a lo religioso. A nuestro parecer Galdós emplea con mucha frecuencia las dos primeras formas de uso cultural de la palabra "Dios", sobre todo en la redacción literaria; en síntesis (tras la lectura de sus manifestaciones directas y de la totalidad de sus obras formales) me atrevería a estimar que en un 25 % hace un uso religioso creyente, en un 65 % un uso costumbrista positivo, y en un 10 % un uso irreverente o negativo (en boca de determinados personajes).

⁶⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Cartas inéditas desde Santander, de 22/8/1909 (8260), de 25/7/sin año (8317), de 22/3/1905 (8220), de 11/9/1907 (9523), de 19/9/1913 (8077). Los números entre paréntesis son los del registro del epistolario galdosiano conservado en la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas. Y de 19/12/1887 a Narciso Oller (en la obra citada de Pilar Faus Sevilla, pág. 297)

⁶⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, en *Ensayos de crítica literaria*, o.c., págs. 194 y 195; y en *Soñemos, alma, soñemos*, o.c., pág. 32

⁶⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Artículos en *La Nación* de Madrid, por el orden de referencia citada y remitiéndonos a la edición de W.H. SHOEMAKER, Ed. Insula. Madrid 1972: de 4/3/65 (págs. 33-40), de 16/3/65 (págs.40-42), 24/12/65 (págs.246-249), de 1/4/66 (págs.313-317), de 15/10/65 (págs. 169-171), de 22/3/68 (págs.462-465).

b. Ciertamente la razón más extensa y determinante para afirmar la religiosidad y creencia de Galdós se halla en sus obras literarias informadas de la amplia teología cristológica que tendremos ocasión de verificar.⁶⁸ Pero, aunque no tratamos ahora del pensamiento concreto reflejado en ellas (o en los discursos largos), se nos impone ya una primera observación: el autor realista retrata, analiza, psicoanaliza a sus personajes, les dota de entidad propia, pero no puede dejar de darles (quizá inconscientemente y por vía emotiva) la hondura religiosa que él posee. Él, que desea ser –y es– ante todo objetivo en el retrato, no puede evitar (con mayor o menor conciencia de ello) introducirse en el corazón y en el verbo de los hijos que ha engendrado y a los que defiende con amor y con respeto (dejando que estos entren también en él) y pone en sus labios la palabra “Dios”.

En este sentido adelantamos ya que la casi totalidad de tipos que integran el universo galdosiano (y sobrepasan los mil) son personas creyentes y que un buen número de ellas, claramente amadas por el autor, tienen una profunda religiosidad. Es decir, intuimos justificadamente que revelan la espiritualidad creyente de su hacedor.

En efecto. Cualquier lector imparcial llegará a la conclusión de que es imposible diseñar las figuras religiosas de la entregada y fiel Leré (en *Ángel Guerra*), de los presbíteros Nazarín, Nones (en *Tormento*), Gamborena (en *Torquemada y San Pedro*), de la duquesa Catalina de Artal (en *Halma*), del comerciante y héroe popular Benigno Cordero, de la sufrida y creyente Sola o del viejo maestro Sarmiento (en la segunda serie de Episodios), de Marcial (en *Trafalgar*), de *Marianela*, de Buenaventura (en *Gloria*), de *la seña Benina* sobre todo (en *Misericordia*), de *Celia* (en *Celia en los infiernos*), de la destronada reina Juana (en *Santa Juana de Castilla*), de la angelical Sor Simona, de los presbíteros Don Manuel Flórez (en *Halma*), Don Narciso Viadaurre (tercera serie de Episodios) o Don Rafael (en *Mariucha*), del eminente científico y místico Guillermo Bruno (en *Amor y ciencia*), etc. etc, sin que su escritor Galdós tenga –él mismo– mucho que ver con ellas. Es decir, tales figuras son ininteligibles si no tienen en su origen la honda visión religiosa e incluso la fe de su creador, una fe que por momentos se alza hasta la mística cristiana (aunque esta elevación sea para poner en duda la verdad y la eficacia social redentora del catolicismo en uso).

Sobre este asunto delicado reflexiona acertadamente Kian-Harald: Galdós no es simplemente un buen exponente realista de las situaciones religiosas de su siglo; en sus textos “se trata mucho más de recalcar la profunda experiencia de la crisis religiosa que se escapa a la conciencia inmediata de la época y que está contenida en los textos narrativos... según su tan destacada estructura básica religiosa.” Es decir, más allá de la ficción

⁶⁸ WHISTON, JAMES, a propósito de *Fortunata y Jacinta* (como ejemplo) escribe: “*Religion occupies a considerable amount of space in Fortunata y Jacinta. Six of the thirty-one chapter headings have to do with the idea or the institution of religion*”, en *The materialism of life: religion in Fortunata y Jacinta*, Anales Galdosianos, n° XIV. 1979, págs. 65-80

está el ser (la *metaficcionalidad*); y en este ser del escritor se halla la idea de Dios: “En este proceso remarcable –llevando a cabo a la vez la constitución y la reducción de sentido– la imagen divina o semejante a Dios se evidencia como ‘el modelo de ilustración de una realidad que se niega a cualquier intervención inmediata o final’”.⁶⁹

Lo religioso no es una referencia más; es el tema esencial, recurrente y vertebral de la ingente obra. Así lo expresa el narrador de *La familia de León Roch* describiendo las reuniones habituales que tenían lugar en casa del protagonista:

“(en un grupo) se hablaba de artes, de letras, de costumbres...; en otro, se hablaba de cuestiones más hondas, de religión, que es un tema planteado en todas partes dondequiera que hay tres o cuatro hombres, y que tiene el don de interesar más que otra cosa alguna. Este tema, constantemente tratado en las familias, en los corrillos de estudiantes, en las más altas cátedras, en los confesonarios, en los palacios, en las cabañas, entre amigos, entre enemigos, con la palabra casi siempre, con el cañón algunas veces, en todos los idiomas humanos,... a escondidas y a las claras, con tinta, con saliva, y también con sangre, es como un hondo murmullo que llena los aires de región a región y que jamás tiene pausa ni silencio. Basta tener un poco de oído para percibir este incesante y angustioso soliloquio del siglo.”⁷⁰

El énfasis del texto no deja lugar a dudas sobre la intensa fuerza de lo religioso en el alma de Don Benito. “La tensión existente entre materia y espíritu alcanzó en el más grande de nuestros novelistas contemporáneos un punto que puso de manifiesto en algunos momentos la ruptura de su personalidad externamente calmada y tranquila. Fue Galdós, indudablemente, un ‘homo religiosus’.”⁷¹

c. Precizando la idea que nos ocupa, debemos señalar también sus gestos públicos y privados, como fuente de investigación para aproximarnos, aunque sea tímidamente, a la personalidad religiosa del escritor; en particular:

- Su sensibilidad por la liturgia cristiana bien realizada (la fidelidad al Corpus toledano, por ejemplo) y por los textos oracionales latinos, como tendremos ocasión de comprobar a lo largo de este trabajo.

⁶⁹ KIAN-HARALD KARIMI, *El cuadro soñador que se queda atrás. La riqueza de lo divino en la pobreza del ser a través de ejemplos narrativos de Clarín, Pérez Galdós y Valera*. En la obra de Hartmut Stenzel/ Friedrich Wolfzettel, *Estrategias narrativas y construcciones de la ‘realidad’: lectura de las ‘Novelas Contemporáneas’ de Galdós y otras novelas de la época*. Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas 2003

⁷⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La familia de León Roch*. O.c., pág. 92

⁷¹ MIRANDA GARCÍA, SOLEDAD, o.c., pág. 552 En el mismo sentido, tras detenido análisis, concluye el gran conocedor de la obra galdosiana, FEDERICO SAINZ DE ROBLES: “Cuando más releo las obras de Galdós, más creo en la bondad innata de este formidable creador, en su corazón sano, en la piedad y comprensión infinitas que tenía para lo torpe, lo deshumanizado, en el gusto íntimo con que contemplaba la vida cuando en ella triunfaban el amor y el bien.” (Pérez Galdós. *Vida, obra y época*. Biblioteca Literaria “Tomás Borrás”. Vasallo de Mumbert, Madrid 1970, pág. 216)

- Algunos textos de sus discursos o escritos breves en los que el autor se manifiesta a sí mismo de modo bastante directo, textos que muestran una honda visión de lo religioso; por ejemplo, los escritos *"Santos modernos"*, *"El sentimiento religioso en España"*, *"Guía espiritual de España"*, artículo de prensa sobre la carta encíclica *Inmortale Dei* de León XIII, y otros ⁷². Tiene particular importancia la defensa de la religiosidad de *Gloria* que dirige a su amigo Pereda: *"Nunca creí hacer una obra antirreligiosa ni aun anticatólica, pero menos aún volteriana. ¿Qué hay de volterianismo en 'Gloria'? Nada. Habrá de todo menos eso. Precisamente me quejo allí de irreligiosos que son los españoles."* ⁷³

- La adhesión personal al hecho cristiano (que verificaremos ampliamente más adelante) se ve completada por un espíritu ecuménico: no sólo por el respeto a otras formas de religiosidad, sino, además, por una abierta simpatía hacia el protestantismo (especialmente en su vertiente anglicana) y hacia el mundo judío y el islámico. En particular, respecto al judaísmo hispano, se muestra, por una parte, activo colaborador del *Movimiento pro-sefardita* y de la Sociedad Israelita Española de Viena "La Esperanza" a través de sus dirigentes (en Salónica)⁷⁴, por otra, experto conocedor del drama de los judíos españoles, tal como lo muestra en *Gloria* en las figuras simbólicas de David Morton y de su madre Esther, hechura de la heroína bíblica que fue la reina Esther salvadora de su pueblo y, al mismo tiempo, de los ilustrados y ricos judíos españoles exiliados a Inglaterra y a Holanda..

- Y en fin, aunque parezca tener sólo un valor anecdótico, conviene recordar la abundante presencia artística de citas bíblicas labradas sobre madera –por encargo del autor– en los elementos más valiosos del mobiliario doméstico de su casa de Santander ("San Quintín") y de Madrid, conservados hoy en la casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas..⁷⁵

⁷² Evocando sus visitas a iglesias madrileñas, escribe: *"Ante la parroquia de San Sebastián contemplo un rato la imagen de mi amigo el santo mártir acibillado de saetas, que desde su hornacina parece invitar a sus fieles madrileños a entrar en la iglesia. Obedezco, que es muy de mi gusto escudriñar los templos madrileños, y me voy derecho a echar un vistazo a Nuestra Señora de la Novena, objeto de mi peculiar veneración, como Patrona que es del Teatro y especial guardiana de los que viven de la Farándula. Preciosa estaba la Virgen, ornado su altar de ramos de flores..."* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Guía Espiritual de España*. O.c., pág.1272)

⁷³ PÉREZ GALDÓS, Benito, Carta a José María Pereda de 19/3/1877 (Ed. de Carmen Bravo Villsante, *Veintisiete cartas Galdós a Pereda*, en Cuadernos Hispanoamericanos, 1970, nº 250-252, pág. 18

⁷⁴ Ver sobre esta relación VERNON A. CHAMBERLIN, *Galdós and the Movimiento pro-sefardita*, en *Anales Galdosianos*, nº XVI. 1981, págs. 92-131, y ROSA BURAKOFF, *La voz de un pueblo errante*, en *Isidora* nº 11, págs. 21-31 Carmen Lucía ÁLVAREZ interpreta el fondo de esa actitud de Don Benito: *"Si Galdós puede situarse más allá de las contiendas, de los partidismos religiosos y llegar a una tolerancia y reconciliación de dos creencias –como el judaísmo y el cristianismo– en virtud del amor, es porque en realidad era un temperamento verdaderamente religioso y superior."* (*El amor y el sentimiento religioso en 'Gloria' de Galdós*, Actas del VI Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 1997. Cabildo Insular de Gran Canaria, pág. 123).

⁷⁵ En el dormitorio sobrio de Galdós existe un armario ropero-librería con la inscripción "Ave María gratia plena". El hermoso bargueño del despacho repite la misma cita, alrededor de una de sus portezuelas aparece grabada la oración *Oremus: Domine per merita sanctorum tuorum quórum reliquiae hic*

*

Observando esa trayectoria existencial, llegamos a la misma conclusión: la impresionante presencia de lo religioso y –específicamente- de lo cristiano en su vida y en su enorme producción parece obedecer a una condición personal de hombre religioso, de vivo sentimiento religioso, y -con toda probabilidad- creyente en Jesucristo; dominado –eso sí- por una situación personal de crisis y por la angustiosa preocupación del porvenir cristiano (más que católico) de España y, en particular, de la institución eclesial. En definitiva, preocupado por la penosa obligación en conciencia de denunciar -cada vez con mayor acritud, sin duda- a esa Iglesia y a ese catolicismo envolventes y determinantes del siglo XIX en donde él ve una pura contradicción con el Evangelio y una gran causa del desastre de la sociedad.

Cuando, en medio de esta percepción crítica suya y de la beligerancia eclesiástica contra las leyes progresistas, le dice a su amigo Pereda: *“En mí está tan arraigada la duda de ciertas cosas que nada me la puede arrancar. Carezco de fe”*, lo que Galdós está diciendo realmente (como bien señala Rodríguez López-Brea) es que *“no puede tener fe en la Iglesia”*, lo cual era para él, sin duda, algo doloroso pero que no desvirtuaba en lo más mínimo su notable contextura personal cristiana.⁷⁶

c) *Frente al prejuicio de anticlericalismo en Galdós.*

Como señala el profesor de Kiel, González Povedano (autor de excelentes monografías galdosianas), *“Las críticas hechas a Galdós tildándole de irreligiosidad parten habitualmente del presupuesto de su anticlericalismo.”*⁷⁷ Más adelante, al tratar detenidamente la visión que el escritor tiene del mundo sacerdotal católico, analizaremos con mayor detenimiento este asunto. Podemos adelantar que la investigación objetiva descarta ese prejuicio en cuanto al sentido habitual que se daba a ese término en el siglo XIX (y que

sunt et ómnium snctorum u indulgere digneris omnia peccata mea. Amen. Amen. Amen. (: “Te rogamos, Señor, que por los méritos de tus santos, cuyas reliquias están aquí y de todos los santos, te dignes perdonarnos todos nuestros pecados”, plegaria que recitaba el sacerdote al subir al altar). En este mueble corre a lo largo de una bella cenefa el verso de un salmo: *Iudica me Deus (et) discerne causan meam de gente non sancta, ab homine inicu et doloso erue me.* (“Hazme justicia, Dios mío, y defiende mi causa contra gente sin piedad; sálvame del hombre traidor y malvado”), y en los laterales del armario se repite *“Kyrie eleison, Christe eleison”* (“Señor, ten piedad, Cristo, ten piedad”). Junto a su mesa de trabajo, en la pared, el crucifijo que le regaló el Papa León XIII; y a la cabecera de sus dos camas (la de la casa de Santander y la de la casa última de Madrid, donde muere) sendos crucifijos.

⁷⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Veintiocho cartas de Galdós*, citado por CARLOS MARÍA RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA en *Galdós, un cristiano heterodoxo*. (Biblioteca Virtual Miguel de Carvantes. Pág. 12). A propósito de la íntima amistad con los católicos Marcelino Menéndez Pelayo y José M. Pereda puede verse: MADARIAGA DE LA CAMPA, BENITO, *Menéndez Pelayo, Pereda y Galdós: ejemplo de amistad* (Ed. Estudio. Santander 1984)

⁷⁷ GONZÁLEZ POVEDANO, FRANCISCO, *La fe cristiana en Galdós y en sus novelas*. Actas del III Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, 1985. Cabildo Insular de Gran Canaria, pág. 180

sigue dándose en la actualidad). Galdós no es anticlerical; o no lo es más que el valiente obispo de Salamanca-Madrid Martínez Izquierdo asesinado por un sacerdote a causa de su “anticlericalismo”.

Don Benito denunció -sin sobrepasarse demasiado- todo lo denunciabile de una mayoría del clero de la época y anunció una imagen magnífica –también real- del presbiterado cristiano y católico plasmada en personas religiosas que pudo encontrar o que quiso imaginar. Esto no significa ser anticlerical, ni tiene nada que ver con la postura personal religiosa.

Del mismo modo que en la obra de Quevedo, nos encontramos con un autor que critica todo lo criticable (entre ello, pero no con mayor profusión, una gran parte del mundo clerical, menor que el de la burguesía católica conservadora a la que fustiga constantemente). Pero tal crítica no es indicadora de irreligiosidad (como no lo es en ninguno de nuestros autores del Siglo de Oro).

c) La fe de Benito Pérez Galdós. Una fe en crisis.

Al hablar de fe cristiana es preciso descartar seguridades religiosas de pensamiento y de conciencia ya logradas, poseídas de forma absoluta, menos aún sostenidas a ultranza. Este tipo de convicción no es fe. “A Dios nadie lo ha visto nunca”, dice el apóstol Juan (1 Jn 4,12) y también “Dios es mayor que nuestra conciencia” (3,20); Jacob lucha a brazo partido con Dios en una noche interminable porque quiere poseerlo y no puede (Gn 32,23-30), se queda sólo con su pregunta “Dime, por favor, tu nombre”, sin obtener respuesta. Así es el final y el principio de la Escritura. La fe es duda, búsqueda, incertidumbre, y viene apoyada únicamente –para el creyente cristiano- en la realidad de Jesús.

La fe de Don Benito tiene esa seriedad. Las dudas alcanzan la situación íntima creyente. Es “como si viera al Invisible” (sin verlo) o “a través de un espejo opaco”, según las expresiones paulinas. Coexiste siempre con la presencia de la duda, que no invalida nada. Y, por tanto, se halla en una dialéctica interior inacabable.⁷⁸

En el discurso que pronuncia en la Real Academia Española, el 21 de febrero de 1897, en respuesta al de José María Pereda, hace la siguiente comparación entre su amigo y maestro admirado y él:

“Pereda no duda; yo, sí. Siempre he visto mis convicciones obscurecidas en alguna parte por sombras que venían no sé de dónde. Él es un espíritu sereno, yo un espíritu

⁷⁸ Estudia bien –a nuestro juicio- esta situación creyente de Galdós el profesor de las Universidades de Angers y de Nantes Daniel GAUTIER en *Galdós ¿cristiano viejo o cristiano post Vaticano II?* (Revista *Isidora*, nº 9, págs.103-114

*turbado, inquieto... Los que dudamos mientras él afirma, buscamos la verdad, y sin cesar corremos hacia donde creemos verla, hermosa y fugitiva.”*⁷⁹

Esta confesión impresionante se refiere de manera inmediata a la obra literaria comparada; pero no cabe duda de que expresa el talante propio de nuestro autor en cuanto a las íntimas convicciones que le agobian, sin dejar en ningún momento de identificarlo como creyente. Esas convicciones las tiene –según el simil que hace San Pablo– como “un tesoro frágil en vaso de arcilla”.

Veinte años antes del discurso que citamos había confesado (en carta al mismo Pereda, de junio 1877): “carezco de fe, carezco de ella en absoluto...” Pero, por esas mismas fechas, ha puesto en labios de León Roch el verdadero significado de su “falta de fe”: “Ten fe... –le dice María Sudre, y él responde– Yo no la tengo, no puedo tenerla según tu idea. Además, tu conducta y tu modo especial de cumplir los deberes religiosos me la arrancarían, si la tuviese como tú deseas.”⁸⁰

¿De qué fe está hablando, pues, este hombre que asiste conmovido a los Oficios de Semana Santa y lee en su propio libro los salmos de esa liturgia (“a riesgo de que me tengan por una lumbrera de la juventud católica”)?⁸¹... Eamonn Rodgers no duda en responder: “Cuando dijo Galdós que carecía de fe, entendía por ‘fe’ el asentimiento a las formulaciones dogmáticas (impuestas), que era la definición corriente de ‘fe’ en la oratoria religiosa decimonónica, tanto fuera como dentro de España.”⁸²

Y está hablando –estamos ya convencidos de ello– de la crisis que le supone el continuo enfrentamiento ideológico con lo que él percibe como manipulación dogmática y moral de la Iglesia oficial sobre las conciencias, su rechazo de los estereotipos religiosos dominantes contrarios a la dignidad del hombre y a la dignidad del Evangelio. Ésta es una lucha agotadora para cualquier persona honesta; y la búsqueda de la verdad, si se emprende, termina por fatigar y provocar las más tremendas dudas.

Galdós manifiesta así la inspiración krausista: busca dentro del cristianismo y fuera de él formas religiosas (referencias a Dios y al hombre) que no ofendan, que hagan posible la convivencia entre todos, creyentes y no creyentes, católicos y no católicos..., pero choca con la religiosidad de signo distinto que le envuelve, que conoce y a la que inicialmente se siente ligado. Ahí está también el núcleo de sus dudas.

⁷⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Discurso Contestación en la Real Academia Española (al de la investidura de José María Pereda como académico)* (Discursos leídos ante la Real Academia Española. Tipografía de la viuda e hijos de Tello. Madrid. 1897. Págs. 2-3)

⁸⁰ PÉREZ GALDÓS, Benito, *La familia de León Roch*. Alianza Editorial. Madrid 1996, pág.91

⁸¹ PÉREZ GALDÓS, B. Los dos textos de carta aparecen en “*Veintiocho cartas de Galdós a Pereda*”, ed. de Carmen García Villasante. En Cuadernos Hispanoamericanos. LXXXIV (n.250-252) 1970-1971. Pág.23

⁸² RODGERS, EAMONN, o.c., pág. 127

Esa crisis suya era necesaria y la agradecemos como legado entrañable de su honestidad. Más aún, de su crisis emerge con radiante claridad la fe esencial del cristianismo de Jesús: el amor auténtico, la verdadera caridad cristiana que plasma el autor en Benina, en Nazarín, en Sola, en el Salvador Monsalud ya maduro, y en tantos otros personajes que sí son creyentes integrales, con los que él se identifica. Y en este sentido parece que hubiera leído el texto del Vaticano II al respecto en la *Lumen Gentium*: la fe es don, pero es esencialmente el don de esa caridad teológica.⁸³

Con respetuosa perspectiva global podríamos, pues, formular las siguientes apreciaciones acerca de la actitud religiosa y creyente de Galdós:

1. Lo primero que constatamos es que nuestro autor muestra en la trayectoria cotidiana de su vida vivencias personales de hondo sentir sagrado y religioso. Con frecuencia desde lo aparentemente más simple y plástico: desde la naturaleza y la luz (la espiritualidad de la niña *Marianela*, de *Ángel Guerra*, de *Gloria* -¡de tantos!- refleja probablemente esta visión suya); pero también desde los símbolos netamente cristianos, como la cruz regalada por el Papa León XIII y que conserva y besa con cariño.

De algún modo sacralizó los escenarios que él mismo vivía para situar allí a sus personajes. No siempre los lugares religiosos, pero también ellos. En concreto, le llena y complace la visita en solitario de templos: casi todos los de Madrid y Toledo, abundantísimos en el siglo XIX. De su adolescencia guarda un recuerdo grato del propio fervor religioso en los oficios litúrgicos (con su pizca de humor); un fervor cálidamente cultivado en el hogar familiar de arraigada práctica religiosa, no opuesta, por cierto, al espíritu liberal en el que se va educando el niño y el adolescente Benito.

En esas visitas a templos, ya en la península, llega a extasiarse en los Oficios Litúrgicos (el Corpus o los de Semana Santa, por ejemplo). Y a la vez, se siente molesto y airado en muchas de esas iglesias por lo que él considera de pésimo valor arquitectónico (o urbano) y escultórico sacro. Esta crítica es implacable. En particular, estima que la mayoría de las iglesias madrileñas tienen un malísimo gusto estético y ofrecen una imagen oscura, decadente e irreal (aunque a veces se peca en ellas de un realismo irreverente como lugares de encuentro no religioso). Son notables las descripciones al respecto que se hacen en *Misericordia*, *Fortunata y Jacinta*, *Miau...* Es decir, Galdós, dotado de una sensibilidad artística en la que espera encajar la religiosidad, está demandando a la estética del arte sacro que lo acompañe en su sentimiento religioso; lo que quiere decir que tiene -o desea tener- este sentimiento y que pide ayuda para él.⁸⁴

⁸³ “El don principal y más necesario es la caridad con la que amamos a Dios y al prójimo por Él. Porque la caridad gobierna todos los medios de santificación, los informa y los conduce a su fin.” Const. *Lumen Gentium*, nº 42.

⁸⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, en *Fortunata y Jacinta* uno de los personajes hace este juicio (que puede atribuirse, sin duda, al escritor): “Las iglesias de esta Villa, además de muy sucias, son verdaderos adefesios como arte...” A propósito de la iglesia de San Sebastián (siempre en Madrid) tiene una doble

Algo parecido conviene decir respecto a su interés por conversar (en Toledo especialmente) con personas de reconocida religiosidad. En realidad, esto es lo que valora sobre cualquier otra apreciación: la vocación religiosa de entrega en su pureza, cuando tiene la suerte de encontrarla..., o cuando la imagina para algunos de sus personajes.

Pero, hasta aquí conviene hablar sólo de un sentimiento religioso posiblemente muy natural, propio de un espíritu sensible y, por tanto, abierto a la trascendencia. Nada más.

En alguna de sus obras (*Ángel Guerra*) describe como características idóneas para la arquitectura cristiana (para la Domus Domini): la armonía, el espacio de libertad y de convivencia colectiva, y una construcción que favorezca la auténtica religiosidad. Entonces está expresando ya un sentimiento religioso más profundo y cristiano. En esos momentos ve como modelo la arquitectura conventual toledana.

Galdós no es, pues, una persona fría en materia de religión. Todo lo contrario. Es, más bien, un intransigente respecto a la autenticidad del sentimiento y de la práctica de lo religioso. Entiende la religión (personal o establecida) como una actitud vital que desarrolla el respeto a la persona, el amor al prójimo, la paz social, la primacía del espíritu y la tolerancia, el acceso a la Trascendencia; y que, además de estos valores –con ellos–, se sostiene por sí misma.

2. En la casi totalidad de las obras (incluidos los escritos personales de tipo ensayo o artículo de prensa en los que habla en primera persona)⁸⁵ aflora constantemente el tema de Dios y de su creencia personal en él; probablemente entendiendo en parte la divinidad al modo de la teología krausista de la que era buen seguidor.⁸⁶ Y junto al tema de Dios, la fe en Jesús: la valoración máxima de la figura de Jesús y la estima de su carácter divino; en concreto, la valoración y el carácter providencial de cristianismo de Jesús (valga

percepción: crítica, primero, en *Misericordia*, “... una fealdad risueña del más puro Madrid...” y, más tarde, de modo amable y más religioso, en su escrito *Guía espiritual de España* (O. Compl.VI), “*Ante la parroquia de San Sebastián, contemplo un rato la imagen de mi amigo el santo mártir acribillado de saetas que desde su hornacina parece invitar a los fieles madrileños a entrar en la iglesia. Obedezco, que es mi gusto escudriñar los templos madrileños, y me voy derecho a echar un vistazo a Nuestra Señora de la Novena, objeto de mi peculiar veneración como patrona que es del Teatro...*”

A propósito del crucifijo que lo acompaña hasta su muerte escribe Domingo Navarro en la curiosa obra que edita por su cuenta: “*Amantísimamente, el Sumo Pontífice, León XIII, recibió a Don Benito en el Vaticano, en 1888, ofreciéndole a su despedida, una preciosa cruz, que Galdós besó hasta en los últimos momentos de su gloriosa existencia*” (NAVARRO, DOMINGO, *Enaltecedores y detractores de Pérez Galdós*. Las Palmas de Gran Canaria, 1965, 9) Este autor no hace ninguna referencia documental que avale los datos precisos que ofrece, pero sí son coherentes con lo que conocemos de la vida y pensamiento de Galdós por otras fuentes.

⁸⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, artículos en *Crónica de Madrid, El sentimiento religioso en España, Soñemos, alma, soñemos, Guía espiritual de España, Confusiones y paradojas...* (Obras Completas. Aguilar. Tomo VI. Miscelánea),

⁸⁶ DENAH, LIDA analiza con profundidad la relación de Galdós con el krausismo en el artículo *Sobre el krausismo de Galdós* (revista *Anales Galdosianos*. Año II. 1967. Págs. 1-28).

la redundancia). Cree –y hace creer– en la vida eterna, incluso en la Virgen María por la que manifiesta una especial devoción.

Analizaremos después algo más despacio la teodicea cristiana y la cristología existentes en la obra de nuestro escritor. Aquí nos mantenemos en la búsqueda de su propio pensamiento personal respecto a Dios. ¿Qué es Dios? o ¿cómo es Dios en esencia para él?

La interpretación krausista que esbozamos antes (v. punto 2.3 de este capítulo) refleja bastante el pensamiento de Galdós: la divinidad está en todo, en el amor particularmente (“*Dios es amor*”, dirá con San Juan), en el devenir cotidiano, en la naturaleza..., mucho más que en los templos o en los ritos. Digamos que la manifestación de esta fe “teísta – cristiana” se le escapa con frecuencia en las palabras de sus protagonistas. Por ejemplo, en *El audaz* (1871), el protagonista Martín Muriel exclama: “*Yo creo en mi Dios, en un Dios a mi manera. Yo no creo en el Dios vengativo y suspicaz que ustedes han hecho a imagen y semejanza del hombre.*”⁸⁷ Lo mismo expresará el magnífico “credo” de ese personaje secundario pero fundamental de *Gloria* que es Buenaventura Lantigua (a mi modo de ver, el autor mismo que se introduce en la obra como único mediador del conflicto irresoluble que allí se dirime.)

Y a este Dios Don Benito parece intuirlo “*en lo más recóndito del hogar*”.⁸⁸

3. En cuanto al hecho cristiano explícito, Galdós se considera –sin la menor duda– hijo de la tradición cristiana; para él, la más sublime en cuanto que brota de la figura de Jesús y de la superior cultura europea (tesis –esta última– propia del elitismo krausista). Lo que significa que la figura de Jesucristo le es incuestionable.

Que una persona como él (libre, independiente en todo y con fama de antieclesiástico) asista fiel y devotamente a la procesión anual del Corpus toledano, conozca a la perfección el texto de los Evangelios, tenga en su despacho y en la cabecera de su cama un crucifijo y haga labrar con las palabras del Ángelus su mueble más estimado son pequeños datos indicadores de una inicial fe en Jesús. Pero más revelador es, sin duda, el tratamiento siempre admirado de la figura de Jesucristo en todas sus obras (por parte de todos sus personajes); y, más aún, las sorprendentes interpretaciones de los Misterios que van desde el acontecer de Jesús en la Historia hasta el Jesús de la Fe (interpretaciones acertadísimas, muchas veces inesperadas en el decurso de los textos).

En efecto. En su obra teológica maestra –en *Gloria*– hay una evocación expresa y sorprendente del nacimiento de Jesús Niño y de las palabras del anciano Simeón (Evangelio de Lucas, y algún pasaje de San Pablo) al referirse al bebé hijo de la catolicísima Gloria y del judío Daniel (que se halla metafóricamente hundido en el foso de los leones significado por la familia de los *Lantigua* y por la suya). Se dice del pequeño: “*Tú, que naciste del*

⁸⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El audaz. Historia de un radical de antaño*. (O. Compl. Novelas I., pág. 244)

⁸⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, en *Crónica de Madrid, 15-X-1865* (O. Compl. Miscelánea. 1310). V. Pedro Miguel LAMET, *La santa de Galdós*, Parte primera: *La fe de Don Benito*. (Ed. Trotta. Madrid. 2000).

conflicto, y eres la personificación más hermosa de la Humanidad emancipada de los antagonismos religiosos por virtud del amor; tú, que en una sola persona llevas sangre de enemigas razas y eres el símbolo en que se han fundido dos conciencias, harás, sin duda, algo grande.” Y un texto semejante aparece en el drama *Amor y ciencia* a propósito del bebé hallado en la calle, al que Guillermo Bruno da el nombre de Salvador.⁸⁹

De modo semejante está evocada la Crucifixión en el martirio que padece *Nazarín*, rodeado de los dos ladrones y de las santas y pobres mujeres que lo acompañan sin poder intervenir para bajarlo de la cruz.

Por otra parte, las parábolas del necio usurero y acaparador de riquezas y grandezas (Lc. 12,13-31; 16, 19-27; 18, 9-14) están perfectamente diseñadas –convertidas en hermenéutica– en la serie de novelas de Torquemada; comenzando por identificar a este personaje terrible con aquella antítesis del cristianismo que fue el Gran Inquisidor Torquemada, pero yendo más allá de la literalidad del texto y ofreciendo (como al Don Juan de Zorrilla) la posibilidad universal de redención. La simbólica de los títulos de las cuatro novelas es bastante clara: fuego, crucifixión, purgatorio y posible acceso a la redención por la intervención de la iglesia santa, de “San Pedro” (el mundo espiritual creyente que lo contorna). La religiosidad inquisidora, atormentadora de tantos inocentes (igual que la de los personajes evangélicos), terminará haciendo víctima al inquisidor, que es reclamado – como Orfeo– en los infiernos. Un asunto social y de inmoralidad individual va a ser, pues, justa y dramáticamente divinizado.

Más adelante, al entrar en la tesis que nos ocupa, multiplicaremos con abundancia las citas de páginas reveladoras del alma de Don Benito.

Por último, aquí, resulta muy notable la propia alusión del escritor a la Virgen María (siempre extraordinariamente bien tratada por todos sus personajes). Dice de ella que es “*ideal de gracia, pureza, amor*”, “*criatura divina, inmaculada, inocente*”, “*nos admira y nos redime en la tierra y nos llama al cielo*”...⁹⁰ Tendremos la impresión de que Galdós quiso trazar (de forma implícita, desde luego) un retrato aproximado de la madre de Jesús al dibujar con una perfección excepcional las mejores figuras femeninas de sus obras: *Inés, Sola, Demetria, Mariquilla, Siseta, Mita*... (en los Episodios Nacionales), *Marianela, Leré, Halma, Benina, Guillermina*... (en las novelas independientes), *Sor Simona, Celia, Mariucha, Electra, Atenaida, Sor Elisea, la ex reina Juana*... (en el teatro), y, en algún momento, *Mari Clío, La Madre* (de los últimos Episodios). Juntas y complementadas mutuamente, estas figuras podrían mostrar el perfil del “eterno femenino” que encarnaría la

⁸⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, (Obras Completas. Novelas I, Aguilar, pág. 699)

⁹⁰ En *Crónica de Madrid, 17-XII-1865* (Obras Completas. Miscelánea. Aguilar, pág.1320). Citado por RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA, o.c. pág. 5

Virgen, y que, sin duda, seduce religiosamente al autor y que tiene un sentido salvador para la humanidad.

Es indudable que del simbolismo religioso de personajes y acontecimientos que llenan la creación galdosiana emerge poderosamente esa referencia entrañable a Jesús. Analizaremos más tarde este simbolismo.

¿No es ya lo referido aquí un acercamiento a la vigencia de la fe cristiana en la vida personal del autor?

4. ¿Cree Don Benito en la Trascendencia? Más en concreto ¿piensa en una presencia de lo sobrenatural, en alguna intervención divina en la trama humana ordinaria? ⁹¹

Es obvio que el Dios al que se refiere personalmente (el mismo que expresa en sus obras) es una realidad trascendente, irreductible a un mero sentimiento religioso (por muy sano y saludable que éste sea).

En muchas ocasiones nos parece que emerge su propia fe en la acción de la Providencia plasmada dentro de la vida de los personajes. María (de *Mariucha*) se mueve con esa fuerza que viene de lo Alto; Guillermo Bruno (*Amor y ciencia*) no duda de que es Dios quien ha puesto a sus pies al niño Salvador; la muerte de Fidela (*Torquemada y San Pedro*) abre el camino del Reino a Cruz del Águila que se lanza por sendas de caridad y de mística ⁹²... Más aún, en algún momento aparece clara la fe en el milagro: “A Benina (*Misericordia*) Galdós la cree -y hace que el lector la crea- santa, y no una santa cualquiera, sino (y éste es el indicio revelador) la abogada de los imposibles, la que puede hacer o favorecer la realización del milagro.” ⁹³; debiendo tener en cuenta nosotros que Benina es el personaje cumbre de la creación galdosiana y que, según el mismo autor, está narrando una historia de la que él se dice reiteradamente testigo porque es verídica. Algo parecido hará con Guillermina Pacheco en *Fortunata y Jacinta*.

⁹¹ JOSÉ LUIS MORA GARCÍA vacila al intentar responder a la cuestión: “Sin duda a Galdós le preocupaba el problema de la trascendencia, pero ni su posición personal era la más adecuada para acceder a su explicación ni encontraba en los planteamientos eclesiásticos los argumentos clarificadores. Esta duda permanece, pero Galdós intentará acercar lo que él considera vivencias fundamentales de lo religioso.” (*Hombre, sociedad y religión en Galdós*, o.c., pág. 94)

⁹² PÉREZ GALDÓS, BENITO: “A poco de morir Fidela diose Cruz a la lectura de escritores místicos, y tal afición tomó a este regalo, que ya no podía pasar sin él durante largas horas del día y de la noche. Le encantaban los místicos españoles del siglo de oro no sólo por la senda luminosa que ante sus ojos abrían, sino porque en el estilo encontraba un cierto empaque aristocrático, embeleso de su espíritu, siempre tirando a lo noble. Aquella literatura, además de santa por las ideas, era por la forma digna, selecta, majestuosa. No tardó en pasar de los sentimientos a los actos, dedicando las horas de la mañana y las primeras de la noche a prácticas religiosas... De los actos de pura devoción pasó fácilmente a las obras evangélicas.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada y San Pedro*. Alianza Editorial. Madrid. 2008. Págs. 587-588)

⁹³ GULLÓN, GERMÁN, *Misericordia: un milagro realista*. (rev. Letras de Deusto. N. 8. 1974. Pág.173)

5. La fe religiosa y cristiana de Galdós, sin embargo, no deja de tener un grave acento de lucha personal (de la “agonía” unamuniana). Está hecha de dudas y de resistencias íntimas de la razón, de contradicciones interiores seguramente. Pero es una lucha que –con la mayor probabilidad– procede (y esto tal vez como factor determinante) del contraste que experimenta entre su “natural” tendencia religiosa y cristocéntrica y la percepción de la religiosidad en uso, del catolicismo imperante en la sociedad y la iglesia españolas.

En realidad, Galdós se hace eco de la crisis que provoca en él y en tantos otros la actuación de una religiosidad (bautizada como cristiana o católica) de signo ritualista, sin sustancia, superficial, atávica, falsa en su práctica para una gran parte de individuos, dominadora socialmente, encubridora o hacedora de injusticias, etc. Este catolicismo en uso, monopolizador de los sentimientos y vivencias de carácter religioso, no sólo le molesta, le provoca una creciente ira y un gravísimo desconcierto: la misma ira y el mismo desconcierto que van a suscitar en tantos conciudadanos, intelectuales o no, personas de buena voluntad.

De ahí que la fe se vea abocada a la crítica, y, en particular, al anticlericalismo, puesto que hace responsables directos de tal situación a una mayoría de clérigos.

No es paradójico ni contradictorio el que coexistan en él la crítica acerba sobre la mayoría de realidades del mundo eclesiástico y, a la vez, la religiosidad y la fe, una fe que lo lleva a soñar para la Iglesia y para España en un cristianismo ideal, utópico (con la misma utopía del Evangelio).

Una fe que es, pues, al mismo tiempo, “agonía”: incertidumbre y oscuridad, en la que está siempre pendiente el problema de la salvación y la redención, así como el escándalo (o el misterio) del pecado y de la obstinación en el mal.

d) Sobre la heterodoxia de Galdós.

La acusación expresa de heterodoxia a Galdós aparece, sobre todo, en la conocida obra de Marcelino Menéndez Pelayo, en 1882: *“Hoy, en la novela, el heterodoxo por excelencia, el enemigo implacable y frío del catolicismo, no es ya un miliciano nacional, sino un narrador de altas dotes, aunque las oscurezca el empeño de dar ‘fin transcendental’ a sus obras...”*⁹⁴ –está hablando de Don Benito–.

De lo expuesto en las páginas anteriores resulta bastante evidente concluir que fue muy precipitada e injusta la inclusión de Galdós en el listado de heterodoxos que hizo el erudito cántabro. Con un poco más de tiempo y de estudio de las obras galdosianas podía haber evitado el mal trago que éste hizo pasar a su amigo canario. De hecho, Don Marcelino, persona sincera y noble, rectificó ese juicio antes de morir; el periódico *El Sol* se

⁹⁴ MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO, *Historia de los heterodoxos españoles*. Biblioteca de Autores cristianos (BAC). Madrid 1956, págs 1171-1172

apresuró a publicarle el siguiente texto laudatorio precisamente el mismo día de la muerte de Galdós:

*“Su pensamiento religioso (el de Don Benito) se fue depurando lenta pero progresivamente. Sin que quedara sometido –es cierto- a una disciplina austera ni acomodada, precisamente a causa de su tendencia hacia la observación concreta, a contemplar las cosas sub specie aeternitatis; así permaneció muy distante de ese ateísmo práctico, plaga de nuestra sociedad, que se observa en muchos de aquellos que se dicen creyentes...”*⁹⁵

El asunto de la ortodoxia o heterodoxia de un autor del siglo XIX y primera mitad del XX hay que situarlo en la hipersensibilidad dogmática que se vivía en esa época eclesial (sin duda heredera de la que provocó en el siglo XVI la Reforma Luterana). España, en particular (mantenida todavía la Inquisición y con un conservadurismo recio) gastaba una buena parte del tiempo social en discutir sobre ese tema aplicado a figuras públicas. Y, además, gustaba de hacerlo.

En tal contexto la ortodoxia o heterodoxia de Benito Pérez Galdós era un motivo de preocupación para bastantes bienintencionados e intelectuales; y sin esa buena intención, desde luego, era un tema socorrido para la mayoría de la prensa conservadora. Pero no debió ser un problema para el obispo de Jaca, buen amigo de Don Benito; ni para Pepe Hillo, el simpático y serio sacerdote consejero de Fernando Calpena durante diez novelas seguidas (serie tercera de Episodios), ni para ninguno de los excelentes e ilustrados presbíteros (como Nones o Gamborena) que son extraídos de la realidad que contorna al escritor.

De entrada, es preciso recordar que ni el conjunto de la obra galdosiana ni alguna de sus obras estuvo nunca en el índice de libros prohibidos por la Iglesia; esto muy a pesar del obispo de Canarias Don Antonio Pildain, que hizo todo lo posible para conseguir la condena de Galdós por parte de Roma. En realidad, éste obispo fue el único alto eclesiástico que prohibió las obras del autor dentro de su diócesis y que de alguna forma lo excomulgó. Pero resulta necesario advertir el carácter excéntrico y ultraconservador en materia dogmática de este eminente prelado que condenó también a Unamuno, que -a la vez- se opuso enérgicamente a Franco, y que se resistió de forma expresa a aceptar las tesis del Concilio Vaticano II. Basándose, pues, en Pildain no se puede aludir a una pretendida heterodoxia formal de Galdós.⁹⁶

⁹⁵ MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO, en *El Sol* de 4/1/1920; citado por Daniel Gautier en su artículo ya referido *Lamennais – Galdós, ou comment réconcilier l’Église et le peuple...* Menéndez Pelayo había fallecido en 1912.

⁹⁶ Don Antonio Pildain y Zapiain, abogado y después sacerdote, fue Diputado electo por la minoría vasconavarra en julio de 1931, defendiendo con radicalidad todos los temas católicos llevados al Parlamento. Desde 1937 obispo de Canarias, ejerció un magisterio importante en cuanto a la doctrina social de la Iglesia. En 1964, al mismo tiempo que rechaza el borrador del decreto sobre la libertad religiosa del Vaticano II oponiéndose a esta declaración, publica en su diócesis una Carta Pastoral sobre

El hecho de que nuestro autor fuera recibido personalmente por el Papa León XIII (que es alabado en algunos de los escritos galdosianos) sería un dato más a favor de su normal ortodoxia.

Pero, más claro aún en este asunto es el hecho -que corroboramos- de que “*analizando detenidamente la obra literaria de Galdós, no puede decirse que haya en toda ella la negación de ninguna verdad fundamental del cristianismo.*”⁹⁷

Hay, ciertamente, una distancia clara (incluso oposición) respecto a los planteamientos que rigen a la Iglesia católica en su época; en especial durante el largo pontificado de Pío IX. Pero hoy entendemos sin dificultad que se puede ser perfectamente católico sin compartir todas las ideas y las prácticas del Papado. Y la historia lo muestra con mucha frecuencia, casi desde la controntación entre San Pablo y San Pedro.

En realidad, ¿cuáles eran los límites doctrinales entre la ortodoxia y la heterodoxia a la altura del siglo XIX eclesial? Para el credo del *Syllabus* no era difícil establecerlos. Según éste la total confesión de esa fe redactada por el Magisterio contemporáneo y el juramento antimodernista (con independencia de la moralidad individual -¡y evangélica!-) eran las condiciones indispensables para constituir la ortodoxia de la fe.

Ahora bien, para la conciencia de Galdós y de muchos católicos existía otro límite mucho más fuerte para precisar la ortodoxia: el límite entre la justa religiosidad y la irreligiosidad (ambas en referencia a la ética humana fundamental y a la moral cristiana). Es decir, para éstos la confesión de religiosidad no garantizaba la talla completa o suficiente de ortodoxia cristiana y católica; la irreligiosidad moral (evangélica), aunque fuera acompañada de una confesión doctrinal perfecta y de una práctica religiosa regular (incluso mística) significaba, sin embargo, la mayor heterodoxia cristiana y católica.

Irreligiosidad evangélica (heterodoxia) era anteponer la práctica religiosa, e incluso la separación de las personas por discrepancia de criterio religioso, a la buena relación interhumana, a los derechos individuales, al amor y a la misericordia, y a la personal y honda relación con Dios... Una religiosidad en esas condiciones, por más ortodoxa que pareciera, era blasfema, anticristiana, irreligiosa, herética.

En este sentido está clarísimo para Galdós que María Egipcíaca Sudre y su hermano confesor, Luis Gonzaga, (en *La familia de León Roch*), que Doña Perfecta y el canónigo Don Inocencio (en *Doña perfecta*), Doña Juana (en *Casandra*), Don Juan y Don Ángel de Lantigua (en *Gloria*), etc., son heterodoxos porque niegan dogmas esenciales de la moral y del misterio del cristianismo que es el amor, la justicia y la libertad religiosa, criterios funda-

la Casa-Museo de Pérez Galdós en Las Palmas, institución que prepara una serie de exposiciones, conferencias y ediciones sobre el autor. En esta Carta prohíbe la participación en tales eventos bajo pena de cometer pecado mortal, y excluye al Cabildo Canario (responsable de los mismos) de todo acto religioso solemne (como, por ejemplo, la Procesión del Corpus). V. BROCOS FERNÁNDEZ, JOSÉ MARTÍN, *Los Jelkides, Monseñor Pildain y Zapiain y su defensa de la Compañía de Jesús*, en la revista *Arbil*. N° 117 (en la red: <http://www.arbil.org/117jelk.htm>. Tomado el 06/02/2013)

⁹⁷ GONZÁLEZ POVEDANO, FRANCISCO, o.c. pág. 182

mentales y últimos del juicio de Dios revelado en Jesús. Y, en cambio, los inocentes, justos y amantes, pobres y dolientes maltratados, deseosos de Dios y de Jesús (aunque probablemente ignorantes de la totalidad del credo o “irregulares” en la práctica eclesial) son de modo más que suficiente ortodoxos cristianos. Y es con estos últimos con los que se identifica Galdós.

Dicho lo cual, hay que convenir que Galdós, siendo fundamentalmente ortodoxo, puso en entredicho, silenció o negó (de manera personal o en sus personajes) determinados aspectos secundarios del credo católico usual, que transgredió —con sus personajes— usos y prácticas del catolicismo imperante; y, por tanto, que tuvo (o tiene, es igual) un aspecto de heterodoxia en su fe católica.

Temas concretos de esa “heterodoxia” galdosiana podrían ser: el carácter salvífico absoluto de la Iglesia católica, la poca trascendencia de la imagen veterotestamentaria de Dios, la escasa referencia a la exaltación de Jesús resucitado, la negación del mundo diabólico y la duda sobre la existencia de una condenación eterna, la negación de la absoluta necesidad de mediación eclesial o sacramental en la vida religiosa y cristiana, la crítica fuerte de un número grande de eclesiásticos y de su función pastoral, la resistencia a aceptar la infalibilidad del Romano Pontífice y a la función que desempeña en la actualidad, la estima y valoración religiosa de corrientes no oficiales dentro de la Iglesia e incluso de otras confesiones, la bendición y validez sustanciales del matrimonio por el amor verdadero sin necesidad de la formalidad canónica, etc.

Pero no cabe duda de que escritos como *Misericordia*, *Nazarín*, *Halma*, *Ángel Guerra*, *Sor Simona*, *Santa Juana de Castilla*, *Marianela*, *Celia en los infiernos*, *La razón de la sinrazón*, *La de San Quintín*, *Mariucha*, *Amor y ciencia*, el desenlace de la primera, segunda y tercera serie de Episodios Nacionales, y otros (con los que el autor se identifica particularmente), entrañan una visión integrada de la perspectiva cristiana de la existencia absolutamente ortodoxa.

En cambio, otras obras (*El Audaz*, *Gloria*, *Tormento*, *Alma y vida*, *Tristana*, *La familia de León Roch*, *Bárbara*, *La loca de la casa*, el desenlace de la cuarta y quinta serie de Episodios, etc) dejan al lector religioso desalentado. Entonces, si la teología neotestamentaria de la historia supone el salto a la esperanza en el futuro, es decir, la fe en la resurrección definitiva como término seguro de la dramática humana, hay que reconocer que esa visión del autor, al menos cuando se concreta en el porvenir de la historia española, es poco creyente o pobre. Dicho de otro modo: no es demasiado esperanzadora porque su análisis está, en ocasiones, cerrado al futuro.

Y es que —para él— nuestro pueblo está demasiado roto y no deja vislumbrar apenas un porvenir colectivo salvífico. En realidad, se salvan sólo individuos particulares (se salvan, sin dudarlos, Mauricia la Dura, amiga de Fortunata, Patricio Sarmiento, Ángel

Guerra, Montes de Oca, Zumalacárregui, Don Juan Flórez, Marianela...); aunque, en ocasiones, como veremos, la salvación sucede a duras penas (¿se salva Torquemada?). Y tampoco ve que la acción del catolicismo español despierte esa esperanza.

En ese mismo sentido se manifestará el comentario ya citado de María Zambrano a la obra galdosiana: el drama de España es que nuestra historia es una novela –una ficción- inacabada e interminable ⁹⁸, y que los personajes lamentables que la pueblan y dirigen no son la causa de nuestros desastres sino la consecuencia, porque la causa de los males de este país nuestro venimos siendo cada uno de nosotros.

Lo más grave de este duro y no cristiano juicio es que los acontecimientos inmediatos posteriores a Galdós, desde los desastres del 98 hasta la guerra civil –antes, en y después de ella- avalaron tal desesperanza.

En cuanto a la temática concreta de esa normal heterodoxia podremos afirmar que hoy, ya con la óptica de la teología del Concilio Vaticano II, la mayor parte de tales planteamientos no son vistos como condenables sino –todo lo contrario- como pautas de reflexión para un retorno a los orígenes evangélicos. Pero no cabe duda de que, en la perspectiva de la Iglesia del siglo XIX (especialmente la española), Galdós iba a ser considerado, en buena parte al menos, fuera de la ortodoxia oficial; y que su talante independiente, crítico y de algún modo librepensador era un motivo de grave molestia para el catolicismo dominante. No hay inconveniente en reconocerlo, con tal de que añadamos que era un heterodoxo cristiano (tal vez como lo fueron Galileo y casi todos los humanistas del XV y XVI). Como sintetiza el profesor Mora García, podemos situar a Galdós en “*toda una tradición de heterodoxos a su pesar, de españoles al margen.*” ⁹⁹

En cualquier caso, como podremos comprobar, esta condición (de cierta heterodoxia personal) no invalida en lo más mínimo el pensamiento religioso cristiano que brota de toda la creación galdosiana, ni el profundo interés que suscita a la hora de revisar planteamientos importantísimos de la vida creyente y de la Iglesia en estos momentos. Su sentida visión de la fe (del ideal evangélico y de la identidad cristiana) tiene un indudable y sorprendente valor teológico y nos aconseja adentrarnos en ella.

5. El mundo madrileño de Galdós, lugar teológico.

La ciudad de Madrid con sus aledaños y Benito Pérez Galdós son dos realidades personales que se complementan, como si ambas se hubieran buscado mutuamente sin saberlo durante mucho tiempo, hasta encontrarse y hallarse a sí mismas en trance de feliz y definitiva convivencia. (Lo que no quiere decir que el escritor renunciara al cariño por sus islas).

a) *La relación personal de Galdós con Madrid.*

⁹⁸ Ver ZAMBRANO, MARÍA, *La España de Galdós*, Endimion. Madrid 1988. págs. 42-43

⁹⁹ MORA GARCÍA, José luis, *Galdós y el llamado problema de España*. Actas del VI Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 1997. Cabildo Insular de Gran Canaria, pág. 508

El Madrid de 1860 acogió con un secreto e ignorado abrazo al joven que desembarcaba en la humeante estación de Atocha. Éste –disimulando su asombro provinciano- se dejó abrazar de inmediato. Y las dos personalidades se guardaron fidelidad hasta el final, incluso en los momentos de mayor crisis.

Galdós penetró como nadie en el corazón del viejo Madrid del XIX (más que en su ensanche urbano, todavía inmaduro para él); un corazón hecho a la vez de nobleza y de picardía, de altura de miras y de cobardías y mezquindades, de todo lo que se quiera, pero, en definitiva, vivo, apasionante. Y lo amó. Sólo un enamorado de esta ciudad y de sus gentes pudo escribir, por ejemplo, *Fortunata y Jacinta*, *La fontana de Oro*, *El doctor Centeno*, *Misericordia*, *La revolución de julio*, *El terror de 1824*, *El amigo Manso...*, y la gran mayoría de Episodios y de novelas largas.¹⁰⁰

A su vez, Madrid (no siempre el Gobierno nacional de turno) veneró con fervor a este hijo suyo, se reconoció en él, lo acompañó en su andadura literaria y humana y le rindió –tras su muerte- el homenaje de un entierro masivo y de un recuerdo anual -que no ha cesado desde entonces- junto al monumento que lo hace presente en el parque de El Retiro y a cuya inauguración él mismo asistió.

Éste es el tipo de relación que revelan los biógrafos autorizados del escritor: Federico Carlos Sáinz de Robles, Francisco Rodríguez Batllori, Pedro Ortiz Armengol, Alfonso Armas Ayala, J.F. Montesinos, etc. Pero, sobre todo, eso es lo que se desprende del estudio de la mayoría de sus obras. El meritorio Instituto de Estudios Madrileños (vinculado al Consejo Superior de Investigaciones Científicas), junto con el patrocinio del Ayuntamiento de Madrid, continúan la labor de investigación sobre la fecunda convivencia entre el autor y la capital, y sobre la enorme importancia de esa relación en el pensamiento y en la obra toda del autor.

De ahí la necesidad ineludible para nosotros (antes de proseguir el análisis del pensamiento personal) de conocer más de cerca la identidad de ese “Madrid de Galdós”, puestos a indagar las propuestas ideológicas religiosas del escritor encarnado en su medio. En general, la teología –si es fiel al principio de encarnación- se ha debido construir a lo largo

¹⁰⁰ “Más madrileño que él, nadie –escribe, quizá exageradamente, su biógrafo F.Sainz de Robles-. *Su amor a Madrid es una coraza sin intersticios. ¡Ya le pueden a él llevar por los treinta y dos caminos de la rosa! Volverá siempre, más que deprisa, por el camino que conduce a Madrid. Verá Londres y Berlín, y Roma, y la Haya, y Lisboa...con ojos de Madrid... Como Lope, como Velázquez, como tantos más, Galdós no siente sino a Madrid, no siente sino con Madrid.*” (SÁINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS, *Pérez Galdós. Vida, obra y época*. o.c. pág.76). Por su parte, otro gran conocedor de Galdós allende nuestras fronteras se admira: “*Le premier amour de Galdós, le plus profond, le plus sincère et le plus durable, est celui de l’écrivain pour la ville de Madrid. Cet amour de Madrid et du peuple de Madrid fut le plus vif stimulant du nouveau venu à se mêler au peuple pour lui copier ses manières de vivre et d’être.*” (Joseph JELELATY, JOSEPH, *L’amour dans l’oeuvre romanesque de Galdós*. En Letras de Deusto. N. 8. 1974, pág.64)

de la historia siempre en referencia a un lugar y a unos hombres concretos que, de esa forma, han venido a convertirse en claves de interpretación de la misma.

b) Los temas madrileños que enmarcan e inspiran las tramas de la obra galdosiana y su dimensión religiosa.

Lo que está en juego aquí es la visión del hombre desde la empatía valiosa con un pueblo, el pueblo madrileño, en gran medida representativo de la mayor parte del ser peninsular en las últimas décadas del siglo XIX, en cuanto que el Madrid real y castizo es (en ese momento al menos) el punto de convergencia de la rosa de los vientos de esta península.

Toda la obra de Galdós -su fondo pensante, a lo largo y ancho de toda la dramática- se encarna en la España heredada, presente y por venir; por tanto, también en la situación espiritual y religiosa que sustenta al país (o lo tambalea). Pero, es preciso advertir que se entraña de forma inmediata y destacada en unos ciudadanos concretos: en los madrileños, provenientes quizás de otras regiones (como el mismo Don Benito) y, sin embargo, radicados ya en esta ciudad. Ciudadanos de los barrios más populares, que él conoce y ama. Con ellos se sumerge en la vida agitada de esta capital que ya entonces había empezado a ser lugar de convergencia y buen caldo de cultivo de las ideas que nos llegaban de Europa. Él asume esta realidad madrileña (con sus luces y sombras, su día y su noche) a lo largo de los escritos y en las relaciones personales. Y, al hacerlo, el discurso que vierte en las obras adquiere el tono singular del calor humano y de la apertura a lo diverso. Y, desde luego, el valor de la referencia existencial (testimonial) concreta -no abstracta ni teórica-, dotada de veracidad.

El realismo de Galdós persiste (avalando su palabra) cuando el autor nos traslada en sus obras a la diversidad entrañable de las regiones de la Península. Personalmente recorre casi toda España multitud de veces: conoce a la perfección tierras tan diversas como las del Norte y las del Sur, las de Extremadura y las de Levante y Cataluña -todos los paisajes, tipos y costumbres-, acercándose con intimidad y respeto a sus gentes. Es, en particular, un enamorado fiel y cabal intérprete de Toledo, descrito amorosamente en *El Audaz* y en *Ángel Guerra*, por ejemplo; hasta el punto de que esta última obra sería imposible de interpretar sin la contemplación precisa que él hace de su catedral o de los cigarrales junto al Tago. Lo mismo habría que decir del conocimiento exacto que muestra de Bilbao y del mundo vascongado en el Episodio *De Oñate a la Granja*, o en *Zumalacárregui*. Y para entender *Marianela*, hace falta sentir la angustia de los paisajes mineros asturianos que él nos describe...

Galdós realiza también detenidos y repetidos viajes por casi todos los países de Europa en compañía de su fiel amigo y guía el diplomático José Alcalá Galiano. Y es obvio que esas visitas (París y Roma, sobre todo) dejan en él huellas al menos personales.

Sin embargo, Madrid es su centro, su corazón de escritor más al vivo, y su irrenunciable compromiso ciudadano, social, político y religioso. El alma de esta ciudad –y el de España– palpita, deambula y descansa en *La desheredada*, *El amigo Manso*, *El doctor Centeno*, *Torquemada en la hoguera*, *en el purgatorio* y *con San Pedro*, *Tormento*, *Lo prohibido*, *Fortunata y Jacinta*, *La de bringas*, *Miau*, *Nazarín*, *Misericordia*, y en veinte al menos de los Episodios nacionales. Un corazón y un compromiso siempre abiertos a horizontes dilatados.

Y aunque el autor está siempre permeable a lo más universal y, además, se distancia críticamente de la realidad que percibe (ajeno al chovinismo), es preciso reconocer su total identificación con el alma y la carne de Madrid, con ese Madrid que polariza y agudiza el drama de la difícil convivencia de los españoles (en definitiva, de los católicos): la agitada vida urbana y política, la tremenda división de clases sociales, de ideologías, de modos de vida, de sentimientos..., y, al mismo tiempo, la alegría de vivir que rezuman los viejos barrios, desde el paseo del Prado a la Plaza de la Cebada y Puerta del Sol, hasta la pradera de San Antonio de la Florida... El escritor mantiene con magnífico estilo y enorme simpatía cada uno de los elementos que integran a esta ciudad en una admirable dialéctica de términos opuestos.

El sorprendente contacto diario y abierto con la heterogeneidad contradictoria de lugares, de tipos y de situaciones, (expresión de aquel Madrid de límites reducidos), genera en él, desde luego, una densa humanidad y liberalidad que van a informar todos sus escritos.

Más aún. En su percepción de Madrid ocurre que, junto a la presencia de ciudadanos honestos, sencillos y bien intencionados, al lado de mujeres y hombres de elevada personalidad y virtud, no lejos de intelectuales, de valiosos artistas y de hombres insignes, e incluso de héroes anónimos o conocidos, discurre un vasto mundo de gentes perdidas o a medio perder, de protagonistas irrelevantes, casi anónimos y, no obstante, transcendentales.

Porque la verdad es que la lectura de las obras (en su referencia a los pobladores madrileños) nos confirma que –como ocurre en la vida– una mayoría de personajes tratados (reales o ficticios) son precisamente de categoría social y personal mediocre, a ras del suelo; bastantes de ellos de baja condición moral (políticos chaqueteros e incompetentes, advenedizos, funcionarios grises, desesperados cesantes, usureros, chulos y majas de dudosa fidelidad, burgueses de falsa apariencia, policías sin alma, masones de farándula, vagos, señoritos ociosos, revolucionarios de opereta, seductores, beatas, frailes esperpénticos o religiosos a evitar, vinateros tramposos, comediantes...). Personajes del día y habitantes de la noche en una ciudad que se ilumina a duras penas: trabajadores humildes (serenos, faroleros, alcantarilleros, barrenderos, cocheros...), mendigos, maleantes, gentes del espectáculo y de los cafetines, prostitutas de diversas categorías: la bohemia en una palabra.

A todos ellos siente y ama. Y para ellos escribe porque no hay clases sociales indignas de leer; de forma que, un día u otro, inmersos en ese imaginario colectivo, su novela o su

drama brinden a todos la posibilidad de verse, de reconocerse y de reconciliarse consigo mismos .

Lo más extraordinario es que el autor consigue situar a esta galería inmedible de tipos madrileños en un conjunto amable que se llama Madrid; admirando a muchos, estimando apasionadamente a todos, sin aprobar por esto sus irrelevancias, sus vulgarismos morales o sus pecados. En definitiva, conviviendo holgadamente con ellos, aceptando o perdonando –si hace falta- su manera de ser. Invirtiéndolos de su dignidad oculta y olvidada. Lejos de la laxitud moral de la mirada y del juicio (del *laissez faire*). En un procedimiento redentor que otorga al literato un excepcional valor añadido y una alta dimensión cristiana.

Es algo que podría definirse con los sustantivos cristianos de “encarnación”, “redención” y “misericordia”, título éste último que dará a una de sus más impresionantes obras (situada toda ella entre los arrabales y el centro de Madrid), convirtiéndola en magnífica paráfrasis de la bienaventuranza evangélica que dice “*Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia*” (Mt.5,7).

¿Qué lugares y qué situaciones descubre (en Madrid) y asume junto a esa tipología variopinta?¹⁰¹

Primero, el conjunto urbano de la ciudad, su toponimia como misterio.

La toponimia secular de una ciudad encierra siempre misterio, vida oculta que se transmite al deambular consciente por ella. Los individuos que vivieron allí moran aún en esos lugares de nombres extraordinariamente significativos y -en gran proporción- religiosos.

Cuando el joven Benito llega a Madrid (1862) la ciudad tiene sólo 157.397 habitantes. En 1887 alcanza la cifra de 472.191, y al morir el escritor (1920), cuenta ya con 750.896. Es decir, ha pasado -en pocas décadas- de ser una modesta ciudad a una capital superpoblada... Pero la cifra nos interesa especialmente porque había un desajuste en la proporción existente entre habitantes y espacios habitados: abundaban las aglomeraciones de ciudadanos (particularmente en los barrios más populares) y los descampados inhóspitos y ruinosos, todo ello en el corazón mismo de la ciudad. El madrileño medio vivía en estrecheces y sin demasiado recurso de expansión (el Buen Retiro, el Parque del Oeste y la Casa de Campo eran fincas casi privadas; y los paseos centrales y el de la Florida estaban de algún modo tomados por determinadas clases sociales). Todo lo cual propiciaba, sin duda, el encuentro de las personas y, al mismo tiempo, la posibilidad de aislarse u ocultarse o de habitar mundos distintos dentro de la misma urbe.

¹⁰¹ El testimonio directo de Galdós respecto a Madrid, a sus espacios y gentes, palabra cálida y llena de precisión topográfica y humana, aparece magistralmente en la conferencia que dirige al Ateneo de Madrid, el 28 de marzo de 1915, y que lee en su nombre Serafín Álvarez Quintero. La conferencia se inserta en un ciclo descriptivo de ciudades españolas con el título *Guía espiritual de España* (Selección e introducción de Laureano Bonet. Ed. Península. Barcelona 1971)

El plano de Teixeira (s.XVII) es la referencia urbanística en las primeras décadas del s.XIX. Y éste fue inicialmente el Madrid galdosiano. La ciudad acababa (o comenzaba, según se mire) por el Norte: con la finca de la Florida (actualmente Parque del Oeste, quedando al Noroeste la Ciudad Universitaria y la zona hoy conocida como Argüelles); tenía por arteria central los Bulevares (hoy Alberto Águilera, Génova...); en el Este, bajando hasta el Sur desde Chamartín: los paseos de la Castellana, de Recoletos y del Prado cortados por el eje horizontal y céntrico de la calle de Alcalá y su Puerta, más allá de los cuales sólo estaba El Buen Retiro (finca espléndida que fue de los frailes Jerónimos y que pronto pasaría a pertenecer a la Corona); en el Sureste: la glorieta de Carlos V (Atocha), que se prolongaba hacia el Oeste por las Rondas (de Valencia, de Segovia...); y, en fin, al puro Oeste: la Puerta de Toledo, el paseo de la Virgen del Puerto y el Palacio Real con el Campo del Moro y el límite natural del río Manzanares. Más allá, campo a través, estaban los Carabancheles, y antes, un poco más al Norte, la enorme finca de La Casa de Campo.

Fuera de esos límites no existía la ciudad.¹⁰²

En su interior, como centros neurálgicos: la Puerta del Sol, las calles convergentes a ella, la de la Montera (con el viejo Ateneo frecuentado por Galdós), la Plaza Mayor (barrio de los Austrias), la imprescindible plaza de la Cebada, la calle de Toledo (o calle “Roja”, por las muchas tabernas de vino tinto), Lavapiés (barrio de la antigua judería), antiguos casones y palacetes, corralas por doquier con pequeños tenduchos, lúgubres casa de empeño, Malasaña, etc.; hospitales (el Provincial de San Carlos), asilos, el de la Archicofradía de la Caridad, edificios penitenciarios (el Saladero), etc.; edificios oficiales: el Palacio Real y los Ministerios, el Parlamento, la Casa de la Moneda, etc; como lugares de arte: el Museo del Prado, la Academia de Bellas Artes de San Fernando, la antigua Fábrica de Tapices. Y, coloreando calles y plazas, emblemáticos cafés y teatros, algunos y antiguos casones (como el que habitaría el ennoblecido Torquemada), etc.

En contraste y complementación de todo eso: innumerables templos y conventos, que constituyen para el escritor la heráldica urbana y el lugar de referencia habitual obligada. Quizás, de un modo particular, los de Nuestra Señora de Monserrat, San Ginés, Comendadoras, San Sebastián, San Isidro, Santa María, Atocha, Buen Suceso, Virgen de la Paloma, San Francisco el Grande, San Miguel...; y, particularmente, las capillas conventuales abiertas al culto y el interior de conventos y monasterios, de clausura en su mayoría, teóricamente cerrados a cal y canto (Descalzas, Encarnación, Sacramento, Corpus Christi o Carboneras, Calatravas, Comendadoras de Santiago, Escuelas Pías, Jesús de Medinaceli, etc.). Galdós recorre y describe con fruición este urbanismo religioso.¹⁰³

¹⁰² Ver ORTIZ DE ARMENGOL, PEDRO, *El urbanismo madrileño y su evolución histórico social* (en la obra de AA.VV. *Madrid en Galdós. Galdós en Madrid*. Ed. Comunidad de Madrid. 1988, págs. 67-86).

¹⁰³ Importante al respecto es el estudio de TOVAR MARTÍN, VIRGINIA: *La vida religiosa. Las iglesias de Madrid*, en *Madrid en Galdós. Galdós en Madrid*. O.c., págs. 139 a 162

Todavía no se ha abierto la Gran Vía, que aparecerá entrado el siglo XX. Y entre un espacio y otro, siempre el solar o descampado.

Ése era —y seguiría siendo largo tiempo— el primitivo Madrid del XIX. Sin duda, Galdós fue testigo del “ensanche” moderno comenzado en 1857 por José María de Castro, un plan que multiplicaría casi por tres la superficie urbana. Pero la obra del autor (que continúa escribiéndose en la capital hasta poco antes de su muerte) da la impresión de que él —por fidelidad a la gente y a sí mismo— prefería ignorar a esos nuevos barrios carentes de la vida popular que le enamoró.

Al mismo tiempo, la vida y las actividades de aquel Madrid contemplado.

Madrid era —y continúa siendo— ciudad de contrastes: de acontecimientos épicos y de hechos lamentables, de trabajos, de ocios y de cesantías.¹⁰⁴

Por un lado, la fuerza de empuje de su crecimiento radicaba en el comercio modesto y doméstico repartido por plazas, calles y callejas: fondas y numerosas establecimientos de comidas y bebidas, tabernas y mesones, (famosas eran los de la Cava Baja y calle de Toledo, la casa del Peine, por ejemplo); mercados, como el de la Cebada, tiendas de aves y huevos, de carnes, de hortalizas y productos del campo, guarnicionerías, comercios de paños usados y sin usar, de ropas a la moda, de encajes y puntillas, de tintes, botoneros, etc., chocolaterías, herrerías, curtidores, cererías, garitos editoriales de la prensa diaria, librerías, casas de empeño y Monte de Piedad... Todo un mundo de comercio naciente.¹⁰⁵

Desde el punto de vista industrial la actividad madrileña era escasa (fábrica de tapices, de moneda, de cerámicas..., que venían de la época de Carlos III). La llegada del gas, primero, y de la electricidad, después, dio lugar a la iluminación nocturna de la ciudad extendiendo la vida a la noche y transformando en gran medida su imagen.

Como actividad intelectual: escuelas, —más bien pocas—, la Universidad de San Bernardo, el Ateneo (y, poco después, la Institución Libre de Enseñanza), el Observatorio Astronómico, etc., refugios del pensamiento. Incluso alguna escuela de adultos al caer la tarde.

La vida oficial discurría en los enclaves de la Administración, de Palacio y de los cuarteles. Normalmente comenzaba mediada ya la mañana. Mas o menos secretamente, se agitaba en la actividad política del Parlamento y de los Ministerios de Guerra, de Fo-

¹⁰⁴ Para un estudio detallado de la vida cotidiana de Madrid contemplada en las obras de Galdós debe verse el libro *El Madrid de Galdós*, de Carlos PLA - Pilar BENITO, Mercedes CASADO y Juan Carlos POYÁN, Ed. El Avapiés (con el patrocinio del Ayuntamiento de Madrid). Madrid 1987. En él los autores consignan alrededor de mil citas textuales referidas a la vida y lugares de Madrid, tomadas de las obras de Don Benito a las que hemos aludido en estos puntos de nuestro texto. Puede verse también: *Madrid galdosiano*, de Ramón HIDALGO, Rosalía TAMOS y Fidel REVILLA, Ed. La Librería. Madrid 1992.

¹⁰⁵ V. NIELFA GLORIA, *El comercio madrileño entre “La fontana de oro” y “Madrid-París”*, en la obra *Madrid en Galdós. Galdós en Madrid*. O.c., págs. 123-138

mento, de Gobernación... También en el trasiego interno de la milicia: Guardia Real y tropas regulares (cuarteles de la Guardia Real, verdadero cuerpo de ejército oficial, el muy famoso cuartel de San Gil por la rebelión de los sargentos, el de la Montaña, el de Conde Duque...); enfrente, la Milicia Nacional, de mucha importancia cívica en la lucha contra el absolutismo.

Los cafés, tabernas y teatros daban asentamiento a la abundante ociosidad de las clases bajas y de los burgueses madrileños (según la categoría del local), a la intelectualidad, al mundo literario y a la conspiración revolucionaria. Galdós frecuentó el Siglo, la Iberia, Diana, la Cruz del Rastro, el Gallo, Madrid, Zaragoza, el de Fornos, Lepanto, Los Naranjos, San Joaquín, quizá La Fontana de Oro, etc. Para un público medianamente acomodado estaban los teatros: el Real (que llegó a tener 2400 localidades, el Príncipe, el Museo, la Comedia, el Recreo, la Zarzuela, Variedades, el circo Price, etc. Y para el pueblo en general las populares verbenas de la Paloma, San Antonio de la Florida, romería de San Isidro y la de San Juan.¹⁰⁶

A este vivir cotidiano se añadía para todos la abundante y variada actividad religiosa cultural en las iglesias de la ciudad, y el intervencionismo conventual en la existencia ciudadana, telón de fondo de muchos de los dramas galdosianos.

También algunas corrientes soterradas de activismo ideológico y político (aunque con menos relevancia de la que se cree) animaban a la ciudad en las abundantes logias masónicas durante los períodos más liberales.

Y donde apenas existía quehacer ciudadano era en las grandes y más o menos lujosas mansiones de la nobleza y clase alta vividora de rentas, cotos cerrados a la existencia del pueblo (siendo quizá uno de los más abiertos el mismo Palacio Real o de Oriente, que albergaba en sus buhardillas a una amplia población de funcionarios)..

Y, en fin, los acontecimientos relevantes de la ciudad, expresivos de la vida nacional. Galdós no fue testigo del levantamiento del pueblo madrileño contra el invasor francés, pero el eco de aquella gesta resonaba aún perfectamente cuando llegó a la ciudad. Allí estaba el Cementerio de la Florida guardando a los héroes fusilados el 3 de mayo; allí estaban las pinturas de Goya, fallecido apenas dos décadas antes.

Tampoco lo fue de la batalla del 22 de julio de 1822 en el centro de la ciudad, cuando la Milicia Nacional consiguió detener a la Guardia Real (en aquel golpe de estado organizado tal vez –ladinamente– por el mismo Fernando VII). Pero allí estaba –cuando llegó Galdós– esa Milicia (oficialmente aún no desaparecida hoy), orgullo del pueblo, ondeando la bandera liberal.

¹⁰⁶ Ver DEL MORAL RUIZ, CARMEN, *Diversiones, pasatiempos y espectáculos en el Madrid de Galdós*, en la obra *Madrid en Galdós. Galdós en Madrid*. O.c., págs. 109-122

Sí fue testigo presencial de la sublevación de los sargentos del Cuartel de San Gil, de las fraticidas luchas liberales de Narváez y O'Donnell contra Espartero, de los hechos de la "Gloriosa" y de la muerte de Narváez (1868), de la Restauración borbónica con Alfonso XII (a quien personalmente trató)..., de las las Bodas Reales (1878) y sus festejos, de los sucesivos asesinatos de Prim y de Cánovas, del experimento de la Primera República, de la entrada y de la salida del rey italiano Amadeo I.

Y si por acontecimiento entendemos también encuentros personales, hay que citar la amistad del escritor con las personas más selectas de la cultura del momento y de la vida del país presentes en la ciudad; personas que, sin duda, acentuaron en él un fundamental espíritu de diálogo y de pasión por el saber, por la belleza y por los valores más humanos. Entre otros, seleccionando mucho las personalidades que citamos: los catedráticos y filósofos Don Miguel de Unamuno y Don José Ortega y Gasset, los catedráticos Sanz del Río, Fernando de Castro, Azcárate, Francisco Giner de los Ríos, Castelar, Salmerón, Ramón y Cajal..., los literatos Joaquín y Serafín Álvarez Quintero, Menéndez y Pelayo, Ramón Pérez de Ayala, Valle Inclán, José María de Pereda, José Echegaray, Emilia Pardo Bazán, Mesonero Romanos, Ramón de Campoamor..., los políticos Antonio Cánovas y los ya mencionados, Francisco Silvela, Alberto Aguilera, Canalejas, Maura especialmente, la misma reina Isabel y el rey Alfonso XII..., el escultor Victorio (o Victorino) Macho (que realiza el monumento que recibe como homenaje del pueblo de Madrid), las actrices Matilde Moreno, Margarita Xirgu (actriz también preferida de Federico García Lorca), pero, sobre todo, la actriz y empresaria María Guerrero..., con un largo etcétera.

Este mundo íntimo de relaciones intelectuales podría ser, por sí solo, un indicador de la extraordinaria importancia y valía de nuestro autor. Sin embargo, habría que decir que la relación interpersonal más fuerte la tiene el escritor con el pueblo llano de Madrid en su conjunto, y que una prueba de tal empatía se produjo espontáneamente al conocer su fallecimiento.¹⁰⁷

La obra de Galdós brota, pues, en buena medida de esta gran riqueza de vivencias y de encuentros que se producen en su vida madrileña. Madrid fue para él la irresistible tentación de vivir:

*"No podía resistir la tentación de lanzarme a las calles en busca de una cátedra y enseñanza más amplias que las universitarias: las aulas de la vida urbana, el estudio y reconocimiento visual de las calles, callejuelas, angosturas, costanillas, plazuelas y rincones de esta urbe madrileña, que a mi parecer contenían copiosa materia filosófica, jurídica, canónica, económico-política y, sobre todo, literaria."*¹⁰⁸

¹⁰⁷ Ver: BELTRÁN DE HEREDIA, PABLO, *España en la muerte de Galdós* (Anales Galdosianos. Año V.1971, págs.89-101)

¹⁰⁸ PÉREZ GALDÓS, B, *Guía espiritual de España*. Obras Completas Ed. Aguilar. Tomo VI, o.c., pág. 1268

c) ¿Madrid, pues, lugar teológico para Galdós?

Repitémoslo. Es indudable que el lugar en donde se fragua el pensamiento religioso del escritor canario-madrileño es España entera en su dramática existencia del siglo XIX, con el integrante decisivo de la religiosidad hispana (del catolicismo imperante). Esta realidad dramática es fuente de inspiración continua y, al mismo tiempo, es objetivo final de su creación literaria. Pero resulta que el lugar desde el que contempla y analiza esa realidad y al que se dirige con sus obras es fundamental e inmediatamente Madrid.

Desde Madrid vive la encrucijada del ser hispano y del ser católico o cristiano. Y desde Madrid escribe una larga y densa palabra que se brinda por si puede contribuir a salvar a España y al cristianismo de este país.

Todo lo que vive Galdós en Madrid, lo que recibe de esta ciudad, toda la íntima relación que entabla con ella, tiene una directa repercusión en la visión de las cosas nacionales tratadas: en la mirada que dirige a España y al cristianismo-desde-España.

Todavía más. Si la condición cristiana primordial –la de un creyente– consiste en la encarnación (a semejanza del Verbo que se encarna históricamente), hay que pensar que la encarnación de una persona en el lugar al que llega significa algo profundamente cristiano, cargado de posibilidades teológicas; siempre que tal adentramiento signifique efectivamente pertenencia cordial y comprometida, identificación en la trama existencial y, a la vez, respeto y distancia crítica respecto a lo que allí sucede.

En este sentido (y puesto que así fue la vivencia del autor en la ciudad) se puede afirmar que Madrid sí es un referente importantísimo en la construcción de la personalidad religiosa y del pensamiento teológico de Benito Pérez Galdós. Y, por tanto, habrá que tenerlo en cuenta a medida que nos adentremos en ese apasionante análisis. En Madrid están los santos de su devoción cristiana (Guillermina, de *Fortunata y Jacinta*, Benina, de *Misericordia*, Benigno Cordero, de la segunda serie de Episodios, Inés y Solita, etc.) y los pecadores que constituyen su cruz (Juanito Santa Cruz, de *Fortunata y Jacinta*, Pedro Polo, de *El doctor Centeno* y de *Tormento*, Francisco Torquemada...); desde ellos alza el escritor un denso planteamiento teológico.

*

II. Visión de conjunto de la obra de Benito Pérez Galdós

(en orden al estudio de su dimensión religiosa).

La dimensión religiosa de la obra de Galdós es amplísima y compleja. Así nos aparece de inmediato. Adentrarse en su estudio supone ante todo esbozar una visión de conjunto de esa creación, particularizándola, al mismo tiempo, en cuanto a determinados

elementos constructivos que alcanzan un valor de claves de interpretación del pensamiento trascendente.

No resulta fácil tal visión si no se ha penetrado antes en la totalidad de los escritos del autor (lo que suele ocurrir con frecuencia al tratarse de una producción escrita tan ingente como la de Don Benito).

Con las limitaciones que se imponen al investigador intentaremos, no obstante, esbozar ese panorama de la manera más precisa. Las páginas tendrán, sin embargo, todavía un carácter introductorio.

1. Consideraciones generales y contenido esencial de la obra de Benito Pérez Galdós.¹⁰⁹

Cuando se habla de Don Miguel de Cervantes (con mayor o menor conocimiento de causa) la actitud del oyente medio español –o universal- es de inmediato favorable y hasta cómplice: hay un acuerdo común en nuestra cultura para brindar un valor eminente al autor y a su “opera prima” *El Quijote*, aun cuando ésta apenas se haya leído.

Sin embargo, cuando hablamos de Benito Pérez Galdós esa actitud no existe o queda reducidísima (recordemos la queja de Salvador de Madariaga anteriormente citada). La idea galdosiana –si es que existe- resulta mínima, y apenas se sabría ofrecer alguna referencia a las obras que pudieran darle cuerpo. Ni siquiera la élite literaria y filosófica se le ha abierto aún (sorprende encontrar en bibliotecas universitarias algunos libros fundamentales de estudio galdosiano con las páginas todavía selladas esperando al primer lector).

Esta situación es lamentable porque nuestro país debe un enorme tributo de gratitud y de admiración a un escritor y maestro verdaderamente nacional, tanto en su literatura como en su filosofía de la historia que nos permite identificarnos.¹¹⁰ Quienes lo consideran con la objetividad suficiente no dudan en colocarlo al lado de Cervantes, en segundo puesto de méritos y de relevancia si se quiere, pero a su lado, cubriendo el gran vacío de grandeza literaria novelística que va desde la aparición de la segunda parte de *El Quijote* (1616) hasta entrado el siglo XX.

La razón para considerarlo de este modo es no sólo la impresionante abundancia de su producción literaria a lo largo de cincuenta y un años (1870 a 1920): el centenar de novelas y relatos, una larga veintena de obras teatrales e innumerables artículos, ensayos o

¹⁰⁹ Sobre el inicio de la actividad literaria de Galdós en su primera juventud (período que no tratamos aquí) nos remitimos a la obra clásica de JOSÉ F. MONTESINOS, *Galdós. vol. 1, cap. I. Prehistoria y primeras tentativas*, Ed. Castalia. Madrid 1968, págs. 3-36

¹¹⁰ Innumerables personalidades coetáneas se dirigen a él siempre (en sus cartas) dándole el título de maestro (“*Maestro venerable*”, “*Querido maestro*”...); así, por ejemplo, Serafin y Joaquín Álvarez Quintero, Vicente Blasco Ibáñez, etc. (en el extenso Epistolario a Galdós conservado en la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas).

escritos menores. No sólo esto, decimos, sino la excepcional valoración que se otorga a su empresa perfectamente culminada: la renovación de la novela española (quizás, la última palabra sobre la misma hasta el momento) y la audacia de retornarnos (de modo semejante a como lo hicieron Don Miguel y Quevedo en los Siglos de Oro) a la veraz y amarga realidad del ser hispano, a su problemática pendiente, al enigma de su identidad contradictoria y, en última instancia, a las tareas salvíficas e incumplidas que atañen a todo el que nace en estas tierras, ocurra ello en el siglo XIX, en el XX o en el XXI.

Su obra es, pues, un impresionante documento humano y podría significar una pedagogía transcendental en orden a la reeducación de este país, de sus individuos y de sus estructuras, sin excluir de él ninguna de las regiones o nacionalidades que todavía lo constituyen y ninguna de sus clases sociales.

Joaquín Casaldüero, referencia fundamental para penetrar en el hecho galdosiano, aclara: *"Alumbrar la conciencia histórica del pueblo español contemporáneo, servirle de guía, darle una pauta, he aquí el propósito que incita a Galdós a crear su obra."*¹¹¹ Escribe a *"la inmensa minoría capaz de comprender la poesía"* de que habla Juan Ramón (en la antología que él mismo edita), a *"la inmensa mayoría"* del verso de Blas de Otero y *"a los que no leen"* o no pueden leer, según Vicente Aleixandre (*En un vasto dominio*).

1.1 Los géneros de la creación literaria de Galdós.

a. La creación galdosiana es, ante todo, -como la de Don Miguel- novela. Su teatro (veintiséis dramas, algunos de los cuales son adaptaciones teatrales de las novelas), situado casi todo en la segunda y en la última etapas de su vida como escritor, no alcanza la altura de la narrativa novelada, aunque ciertamente produjo un gran impacto social debido a la temática (más que a la perfección del género)¹¹². Por tanto, al hablar del magisterio galdosiano, nos situamos de preferencia en la novela, en sus setenta y siete novelas largas (cuarenta y seis de las cuales tienen la impronta única de episodios nacionales) y, algo menos, en los cuentos o relatos breves. No obstante, al indagar en la ideología tendremos que abarcar también todo su teatro y los abundantes artículos, conferencias, ensayos y cartas; es decir, la totalidad de la obra.

¹¹¹ CASALDUERO, JOAQUÍN, *Vida y obra de Galdós*. Editorial Gredos. Madrid 1961. Pág. 45
"Yo doy a todos mi verso por un hombre / en paz. Aquí tenéis en carne y hueso, / mi última voluntad. / Aquí tenéis en canto y alma, al hombre / aquel que amó, vivió, murió por dentro / y un buen día bajo a la calle: / entonces comprendió..." (BLAS DE OTERO, *Para la inmensa mayoría*); *"Para todos escribo. Para los que no me leen sobre todo escribo. Uno a uno y la muchedumbre. Y para los pechos y las bocas y para los oídos donde, sin oírme, está mi palabra."* (VICENTE ALEIXANDRE, *En un vasto dominio*).

¹¹² A nuestro modo de ver los dramas de Galdós no son comparables estilísticamente con los más escasos de Federico García Lorca (estrenándose unos y otros en fechas muy cercanas). La temática, en cambio, sí es coincidente en gran parte: ambos abordan la tragedia de la mujer y la denuncian, aunque lo hagan desde perspectivas diferentes. El teatro de Don Benito carece de la carga poética que tiene el de Federico y del dramatismo rural andaluz que marca la escena lorquiana.

La novelística, en general, está llamada a ser el espejo donde se mira una generación –y más de una- para reconocerse y aventurar su futuro. Debe cumplir desde las letras una función social, terapéutica y pedagógica de primera necesidad. Ahora bien, el estado de la novela española en el s. XVIII y hasta mediados del XIX era lamentable. En ella los españoles podían verse reflejados muy poco o nada; bajo títulos sin duda llamativos contemplaban situaciones ajenas o fantásticas, porque nuestros autores se limitaban –en líneas generales- a imitar (entre otros, a Rousseau, Walter Scott, Manzoni, Fenimore Cooper, Dumas, etc.).

Galdós va a rehabilitar esa novelística y hacerla íntegra y cabalmente española. En esta empresa estará de acuerdo con él un formidable grupo de autores realistas de la segunda mitad del XIX español con los que entablará estrechas relaciones (Leopoldo Alas “Clarín”, Juan Valera, Pardo Bazán, Pereda, Mesonero Romanos, Unamuno, Valle Inclán, Pedro Antonio de Alarcón, Cecilia Böhl de Faber, etc.); y casi inmediatamente con representantes del Grupo del 27.

El escritor vive en la producción de las novelas una historia íntima literaria: un progreso ascendente al compás de la propia maduración interior y más allá de ésta. Gustavo Correa (siguiendo a Joaquín Casaldueiro) señala tres o cuatro períodos en ese proceso (superada la inicial etapa de *La fontana de Oro*, *El audaz* y el ensayo de *Rosalía*). Comienza lentamente la larga marcha con una breve época de abstracción o de novela de tesis en la que los personajes encarnan ideas (*Doña Perfecta*); seguirá la incidencia fuerte del naturalismo conjugado –paradójicamente- con la espiritualización (*Gloria*, *Marianela*...). Y entre ambos momentos quizás, el realismo de *Fortunata y Jacinta*, *Miau*, *Tormento*, *Torquemada*, etc... Un cuarto y largo período, al principio de acento mitológico y de extra-temporalidad (caracterizado en *Cassandra*, *La incógnita*... y en las dos últimas series de Episodios) deja paso al claro espiritualismo (*Ángel Guerra*, *Nazarín*, *Halma*, *Misericordia*) de corte netamente cristiano, connotación ésta que inexplicablemente omiten la mayoría de comentaristas.¹¹³

En síntesis, la crítica es bastante unánime en valorar la producción galdosiana en su conjunto como el nivel máximo y más elevado de la novela histórica, de la novela social, de la novela psicológica y de la novela religiosa (fundidos los cuatro subgéneros con frecuencia en uno solo y derivando hacia el teatro). Su elemento esencial y constante es el hombre en sí mismo; haciendo converger hacia él estas cuatro condiciones: el realismo, la trama apasionada, la interpretación filosófico teológica de la vida y una cierta frialdad objetiva (no exenta de la dialécticas entre el pesimismo y la esperanza, la ironía y el buen humor quijotesco). Estos parámetros, sin embargo, no dejan al autor impasible, o aislado de los personajes en ningún momento; todo lo contrario.

¹¹³ Ver GUSTAVO CORREA, o.c., pág. 21

b. En cuanto al teatro, en la última década del siglo XIX era un sentir bastante común la demanda de un cambio radical de la escena, dominada hasta ese momento por los románticos (*Don Álvaro*) o por los neoclásicos (*El sí de las niñas*). Faltaban a nuestros dramas naturalidad y veracidad... Pues bien, según Leopoldo Alas "Clarín", tal situación comenzó a encontrar respuesta adecuada con los estrenos de *Realidad*, de Galdós, y de *El hijo de Don Juan*, de Echegaray.

El juicio puede ser excesivo. Ya hemos dicho que el teatro de Don Benito no alcanza la altura de sus novelas. Pero también es cierto que el estreno de los dramas significó cumplidamente el reto que se hacía al mundo escénico español; y que, en todo caso (y sin entrar ahora en un análisis de la calidad del género), creó una notable polémica literaria e ideológica en todas las ciudades donde se representaron esas obras, en España y en el extranjero. Quizás precisamente porque algunas de estas obras (*Casandra*, *Electra*, *Bárbara*, *La loca de la casa*, *Los condenados...*) entraron de forma implacable en el violento debate religioso que andaba a flor de piel en la sociedad de la época.

En fin, el periodismo y los escritos de ensayo o conferencias y cartas, sin atenerse estrictamente a los cánones literarios, tienen una gran importancia en la producción de Don Benito porque reflejan de manera más directa y personal su pensamiento y su beligerancia a favor del nacimiento de esa conciencia ética nacional en el día a día de los sucesos y de las situaciones. Se situaron en el comienzo de la vida literaria del autor y continuaron también ocupando su dedicación en gran medida hasta los últimos años. Significaban, ante todo, la atención lúcida a los niveles concretos de la realidad y de las personas que pasan desapercibidos habitualmente.

Sin contar aquí las conferencias y discursos, sólo en la revista *La Nación* aparecen ciento treinta colaboraciones y cuarenta en *La revista del Movimiento Intelectual de Europa*. Deben añadirse los artículos que escribe en *El Debate*, en *Las Cortes* y *La Ilustración de Madrid*, en *El Liberal*, y especialmente en *La Prensa* de Buenos Aires. Recogeremos en el cuadro sinóptico que sigue algunos de estos escritos menores más importantes.¹¹⁴

Es obvio que estas condiciones nos están colocando ante un fenómeno literario de extraordinaria magnitud: ante un escultor del ser humano de primerísima y excepcional categoría y ante la conciencia viva de un pueblo que indaga hasta el fondo en sus raíces

¹¹⁴ V. un breve pero documentado estudio sobre el periodismo de Galdós en JOSÉ LUIS MORA GARCÍA, *Galdós, articulista*. Universidad Autónoma de Madrid (en la Red). Además del material aparecido en la edición de las Obras Completas de la Editorial Aguilar, preparado por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES, debemos señalar cuatro compilaciones importantes de artículos o ensayos de Galdós: *Ensayos de crítica literaria*, edición de LAUREANO BONET (Ed. Península. Barcelona 1990); *Recuerdos y Memorias. vol. 1 y vol. 2.*, presentada y prologada por el mismo Sainz de Robles (Ed. Tebas. Madrid 1975); *Cartas inéditas de Galdós en La Prensa de Buenos Aires*, de WILLIAM H. SHOEMAKER (en Fondo de Cultura Hispánica. Madrid 1972); y *Crónica de Madrid* (artículos en *La Nación*), de A. GHIRALDO (Cabildo Insular de Gan Canaria).

dispuesta –esa conciencia- a encarar el futuro. Ambas cosas mediante el recurso a la estética de la lengua.

1.2 Sobre la verosimilitud histórica en los Episodios Nacionales.

La investigación que va a ocuparnos acerca del pensamiento teológico de Galdós discurre con independencia de los hechos históricos y del contepto particular de historia que aparecen en su obra, especialmente en los Episodios Nacionales. No requiere la exactitud documental de los hechos narrados insertos en las novelas, con tal de que las ideas del escritor emerjan de los textos con claridad. No obstante, la verdad sustancial del testimonio histórico es un valor añadido a la seriedad del pensamiento que indagamos. Y en este sentido sí conviene conocer los resultados de la crítica al respecto.

A los historiadores (y en particular a los novelistas de la Historia) suelen achacarse dos tipos de deficiencias: errores documentales y parcialidad en la visión e interpretación de los hechos. Pilar Faus Sevilla (facultativa de Archivos y Bibliotecas), tras analizar con detalle esas posibles taras en la obra galdosiana, llega a formular esta conclusión:

“Propiamente hablando (en los Episodios), se trata de deslices, no de auténticos errores históricos, si conceptuamos como tales aquellos que desfiguran la realidad de los hechos o el carácter de la época y de las personas reseñadas. Galdós estaba dotado como pocos de un espíritu observador y de una intuición maravillosa para captar y reproducir con verdadero sentido evocativo las épocas pasadas.” ¹¹⁵

1.3 El realismo humano en la obra de Galdós.

Resulta necesario señalar ya aquí que el realismo de Don Benito, con serlo y gozar de una riqueza inigualable, significa, a la vez, un elevación sobre lo real por vía simbólica; acercándose así al realismo cervantino de Don Quijote que apunta hacia una verdad siempre mayor que la inmediata de los personajes y de las tramas ¹¹⁶. Es decir, oscila alternativamente del realismo al espiritualismo. Por esta razón, una parte considerable del mundo galdosiano son personajes prototipo de esa elevación espiritual sobre la realidad en vistas a soñar el futuro. El hidalgo manchego está presente, sin duda, en multitud de tipos, hombres o mujeres, se acerquen o no a la locura; con los pies muy en la tierra (la

¹¹⁵ FAUS SEVILLA, PILAR, *La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós*. Imp. Nácher. Valencia 1972, pág. 52

¹¹⁶ Recordaba Juan Goytisolo, al recibir el Premio Cervantes 2014: “Volver a Cervantes y asumir la locura de su personaje como una forma superior de cordura, tal es la lección del Quijote. Al hacerlo no nos evadimos de la realidad inicua que nos rodea. Asentamos, al revés, los pies en ella.” (*El País*. 24/4/2015, pág. 44)

mayoría) o despegándose de ella (como los Beltrán de Urdaneta, Patricio Sarmiento, Don Wifredo, Mauricia la Dura, Isidora y algunos otros).¹¹⁷

a) El realismo del autor es esencialmente retrato artístico, un retrato objetivo (sobre el que el escritor –por reserva personal o por respeto- no se pronuncia de manera explícita); un retrato que seduce por su belleza y audacia, como sucede en el mejor arte fotográfico, pero un retrato que habla o grita, que denuncia en su raíz nuestros males de todo tipo (sociales, políticos, religiosos) y perdura en su colorido por encima del tiempo. Se im-
posta en el futuro. Es decir, la contemplación de lo real no deriva hacia el naturalismo determinista y determinado (un naturalismo al estilo de Zola o de Blasco Ibáñez en donde la condición humana aparece fijada y con frecuencia fatalmente atada), sino que se abre al porvenir, a la utopía, brindando soluciones alternativas soñadas, más que reales, pero igualmente válidas.

Sin duda existe naturalismo –y muy fuerte- en *Fortunata y Jacinta* (obra considerada unánimemente por la crítica como la culminación del arte narrativo galdosiano), en *La desheredada* (la más naturalista, seguramente), en *El doctor Centeno*, o en la saga de Torquemada... Pero, incluso en estas obras (por ejemplo, en las muertes de Fortunata, de Alejandro Miquis o de Francisco Torquemada) todo queda abierto, todo puede reorientarse, y siempre hay alguien allí encargado de hacer esa tarea ardua y posible o, al menos, de despertar la esperanza en el espíritu.

Los héroes galdosianos no son superhombres, son más bien víctimas de las situaciones y de mecanismos sociales demoledores; pero, en su mayoría sí son resistentes, se remontan por encima de la banalidad y aunque algunos sucumban (Gloria, Daniel Morton, Pepe Rey y Rosario, Isidora, Fortunata, Maximiliano Rubín, Casandra, Celipín o Alejandro Miquis, Marianela, etc.), otros consiguen salir adelante (Gabriel de Araceli, Sola, Salvador Monsalud, Fernando Calpena, Mariucha, etc.) y todos muestran una alternativa de humanidad mucho más justa. “Los héroes galdosianos están cargados de razón, y es esto únicamente lo que les hace seguir siendo héroes en el fracaso lógico.”¹¹⁸ Digamos que ése es su gran paralelismo con la figura emblemática de Jesús de Nazaret hasta su muerte.

¹¹⁷ En este sentido nos parece que escribe el hispanista de la Universidad de Toulouse YVAN LISSORGUES: “Hay otros aspectos (en la obra de Galdós) que muestran que se desconfía de la realidad humana y social contemporánea y se intenta superarla. Es, primero, la integración –en el proceso de creación- de una realidad literaria que procede de obras conocidas, como *El Quijote*, y, en segundo lugar, la afirmación de la tendencia a la simbolización a partir del primer plano narrativo o descriptivo.” En *Benito Pérez Galdós: la novela tendenciosa de fin de siglo*. (Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, pág. 5)

¹¹⁸ GONZÁLEZ POVEDANO, FRANCISCO, *Reflexiones sobre el exclusivismo, la intransigencia y el fanatismo religiosos en las novelas de primera época de Galdós*, Actas del V Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 1992, vol. I, pág. 168

b) La interpretación única que se permite Galdós es la interpretación de España; precisamente porque los hechos que contempla y vive son contundentes, son demasiado reales, demasiado cargados de la incertidumbre de un futuro que ya es presente (o de un presente que amanece como futuro totalmente incierto). Su obra resulta –en el conjunto– una clave de comprensión de la vida y el ser de este país; con un tono evidente de trascendencia histórica. Tal vez con valor semejante al que debe otorgarse a nuestro máximo cantar de gesta, el Mío Cid, al Quijote, a los dramas calderonianos, a la poesía del 98 y del 27 y en buena medida a las tragedias lorquianas.

Pero, en cada obra, una vez dentro de la trama real histórica, el determinante (y lo único imponderable) es el hombre individual, es la persona que hace lo que puede por sobrevivir en el medio, y unas veces lo consigue y otras no; sorprendiéndonos casi siempre por su temple y por estar dotados de una envidiable fe religiosa.

La confluencia de las dos tramas (la colectiva y la personal) conduce al individuo más allá de sí mismo y más allá de las situaciones en las que se ha debatido. Galdós sitúa de este modo la historia real: llega hasta la entraña de sus criaturas, mostrando, si hace falta, los momentos más altos y los más bajos, las alegrías, las penas y las crisis; sobre todo, la inclemencia que padecen y –desde ésta– las transformaciones que costosamente llevan a cabo y sugieren a los demás. Tanto, que esas vidas se le agrandan, sobrecogen al escritor y lo conducen naturalmente a establecer vínculos irrompibles con el personaje. (En el estreno de la versión teatral de *Marianela* Don Benito, casi invidente, salió a escena llorando para abrazar a la actriz que encarnaba a la niña Nela, como quien abraza con absoluto realismo a su hija desamparada).

Desde el individuo particular –a su lado– el autor se empeña, pues, en el ejercicio comprometido de desvelar una moral social capaz de articular de nuevo el país y, muy el concreto, capaz de configurar de otro modo la tradición católica que parece vertebrarlo. Es así como él inserta la utopía en el corazón humano de sus escritos. Él conoce bien las utopías de Moro, de Cervantes, de Erasmo (cuyo *Elogio de la locura* guarda en su biblioteca), de Krause y de los autores socialistas.

1.4 Feliz integración de influencias foráneas.

Es cierto que Galdós recibe múltiples influencias literarias, filosóficas y artísticas. En primer lugar –ya lo hemos repetido– de Cervantes, su maestro indiscutible (como tendremos aún ocasión de verificar). Así mismo, de las tendencias literarias rusas (Tolstoi, Dostoiewski...; piénsese, por ejemplo, en la configuración de Nazarín o, en el polo opuesto, la de Martín Muriel de *El audaz*), del idealismo, de Hegel,... *Marianela* podría considerarse como una alegorización de la filosofía de Comte; por supuesto, del realismo francés e inglés (Balzac, Zola, Victor Hugo, Dickens) e incluso del darwinismo (recuérdese *Amor y*

ciencia). También de movimientos estéticos y globalizadores como el krausismo, el naturalismo y el impresionismo.¹¹⁹

Pero sería un grave error pensar que nuestro escritor se limita a imitar o a sintetizar moviéndose dentro de límites ya marcados de contenido formal y de ideología. No. Estamos ante un creador nato y ante una creación de horizonte inabarcable y ciertamente en evolución, dentro de la cual, además, destella con luz continua una teología fruto –en gran medida al menos- de su propia sensibilidad, de su serio saber y de la intención noble de penetrar en la convulsa realidad del catolicismo español. La altura de Galdós en este terreno sobrepasa, entonces, la muy elevada alcanzada por las literaturas europeas contemporáneas, especialmente por la rusa.

Debemos insistir en la inspiración cervantina. Estamos no sólo ante un apasionado del Quijote (reencarnado en tantos personajes), sino, sobre todo, ante un español que se ha permitido entender y asumir hondamente el impresionante legado realista, filosófico, espiritual y cristiano de la obra de Don Miguel, adelantándose así a la Generación del 98 (con la que tiene tanta afinidad). Muy en concreto, Galdós reencarna su idealismo –la cuerda locura de Alonso Quijano y de Sancho- su inmedible vitalismo andariego, el humor y la ironía, la picaresca propia (no la de *El Buscón* o *El Lazarillo*) y finalmente el acontecimiento sosegado de una muerte que devuelve la razón .

De los otros tres grandes del realismo europeo del XIX recibe también elementos fundamentales: de Balzac toma probablemente la técnica de concebir personajes y lugares ficticios que reaparecen en diferentes obras, dotando así de mayor verisimilitud el propio universo literario; de Zola recoge –no sin dolor- la idea de la tremenda proporción de determinismo que mueve a algunos personajes y les impide rehacerse (como le sucede a la Isidora de *La desheredada*, o a Fortunata y a otros); y, en fin, con los relatos de Dickens comparte la enorme preocupación por la infancia abandonada a su suerte (Marianela, Celipin, Cadalsito, Mariano, Salvadorín... son otros tantos Oliver Twist, David Copperfield...).

2. Contenido axiomático de las obras de Galdós. Ejes transversales y recursos literarios.

a. En cuanto a la estructura de la composición literaria podrían destacarse aquí dos fidelidades fundamentales en las obras galdosianas: la fidelidad al pensamiento, de manera que la técnica escriturística se pone al servicio de éste; y la fidelidad a los mejores recursos literarios propios de la narrativa, es decir: la descripción del medio, la crónica so-

¹¹⁹ Para un estudio del conjunto de influencias en la obra de Galdós ver: CASALDUERO, JOAQUÍN, *VIDA y obra de Galdós*. Madrid 1951. Págs. 153-154 y 225-246. Como breve cauce interpretativo de la lectura de Galdós: Ricardo GULLON, *Claves de Galdós*, en r. *Ínsula*, n. 284-285, septiembre 1970.

cial, la psicología profunda de los personajes y de su evolución interior, la perceptiva sensorial (el lenguaje corporal), la pluralidad idiomática (el casticismo también) y la diversidad de protagonismos (haciéndose presente el autor y tomando la palabra cuantas veces le conviene). Sin abandonar jamás la estética del texto.

De este modo se produce una continua intertextualidad:

Las aproximaciones literarias y filosóficas y las narraciones simples se entrecruzan y se ponen al servicio de esos fines. El contenido y la forma, la estructura temática y la improvisación genial están complementadas sabiamente en cada obra. Las encontramos con estos rasgos:

- Una extraordinaria riqueza de figuras literarias. Junto al dato histórico (o al paisaje histórico real de fondo), la simbología y el análisis sutil del personaje, acompañándolo en su prevista o imprevista evolución psicológica y espiritual (a veces muy larga y dificultosa); siempre la relevancia de todos y cada uno de los seres que habitan la obra, no siendo fácil relegar a nadie al papel de secundario.

- Una galería inmensa de tipos entran en cada escrito; a veces aguardando su turno de importancia para un texto posterior. Y entre ellos se destacan –como no podía ser menos- aquellos de impronta cidiana o quijotesca: aquellos (hombres o mujeres) que encarnan un perfil humano grato y de elevada talla moral y espiritual. Sin que falte en determinados momentos la presencia casi autobiográfica del autor, que se confunde -o se funde-, por ejemplo, con *Pepe Rey*, *Sola*, *Inés*, *Demetria*, *Mariucha*, *Electra*, *Máximo*, *Gabriel de Araceli*, *Salvador Monsalud*, *Benigna*, *Bárbara*, *Máximo*, *Nazarín*, *Catalina de Artal*, *el Conde de Albrit*, *Fernando Calpena*, *Berenguer*, *Patricio Sarmiento*, *León*, *Gamborena*, etc., etc. o incluso con el indefinible *Tito* (de la última y madura serie de Episodios), o con *Berenguer* (de *La fiera*)..., como podremos precisar algo más adelante en estas páginas.

Todo ello constituyendo una familia en la que muchas de las personas entran y salen airoosamente de una estancia a otra, de una obra a otra (Celipin convive con Marianela en Socartes y padece después en Madrid (*El doctor Centeno*), Torquemada se consagra a la usura en *La de Bringas* y en cuatro novelas más, los Ansúrez aparecen en dos series de Episodios, Augusto Miquis y Quevedo ejercen la medicina en varias obras, etc.

Y como trasfondo, figuras emblemáticas de nuestro imaginario colectivo que vuelven a encarnarse simbólicamente en los personajes, de manera permanente: Don Quijote en *Ángel Guerra*, en *Nazarín*,...; el Arcipreste de Hita en Juanhondón -*Carlos VI en la Rápita*- etc.) o de forma episódica (El Cid en *Gloria*, cuando Daniel regresa a Ficóbriga y todas las puertas se le cierran abriéndole sólo una niña, etc.).

- En particular, la vinculación de la persona a la escenografía en que se desenvuelve. Una asombrosa multiplicidad de hablas y de paisajes: las que corresponden a cada ámbito y a cada tipo. En ocasiones, el hilo narrativo discurre sobre el registro onírico: sueños, mi-

tos y surrealismo entran a formar parte de lo real o a expresarlo mejor desde los niveles del subconsciente o del inconsciente.

Los relatos épicos (individualizados o colectivos) se suceden junto a los episodios de la cotidianidad o a los de la vida institucional (la de las instituciones de todo tipo, e incluso la vida de la Corte y de los monarcas).

b. En cuanto a la temática concreta, el extenso Apéndice que incluimos al final de este trabajo (como Parte IV del mismo) ofrece el resumen pormenorizado y la perspectiva central del contenido de cada una de las obras de Galdós; análisis realizado desde la objetividad de los datos, pero también desde la investigación que nos ocupa, es decir, desde la búsqueda de los temas de índole filosófico teológica presentes en cada escrito. A ese estudio esquemático se añadirá y aconsejará después una bibliografía específica para la penetración –si se desea- en cada uno de los escritos (tarea que desborda ahora nuestro trabajo).

Si nos atreviéramos a globalizar el contenido del centenar de las obras mayores acabadas (lo que no deja de ser una osadía) diríamos que Galdós ha escrito cumplidamente dos grandes asuntos de importancia capital para el lector: la historia y la realidad de la España del siglo XIX expectante del futuro y, al mismo tiempo, la dialéctica del ser humano inserto en la dramática existencia cotidiana y abierto siempre a la trascendencia de su conciencia moral y religiosa, de la fe esencialmente cristiana. España y la fe religiosa – ambas como tensión- son los dos grandes ejes transversales, desarrollados a medida que el autor crece coherentemente en la comprensión de la realidad y entabla un largo diálogo literario con ella.

Concretando más, podemos aventurar estas apreciaciones generales de la obra galdosiana.

1ª Todo el acontecer de España en el siglo XIX (o, si preferimos, el 80 % del mismo) está tratado –al menos de una manera representativa- en la creación literaria galdosiana. Entendiendo por acontecer los hechos públicos o políticos (desde la Batalla de Trafalgar hasta la segunda etapa de la Restauración borbónica, pasando por las incesantes guerras y los innumerables y heterogéneos gobiernos), las situaciones dolorosas del pueblo llano y humilde, la idiosincrasia de la variada y variopinta tipología hispana (tomada al vivo en todas las regiones de la península), el advenimiento de la burguesía y de la clase media ciudadanas, la vida familiar, laboral y religiosa de la gente, el proceder de la Iglesia...

2ª Todas las relaciones interpersonales imaginables están analizadas, incluso las más difíciles, en repetidas ocasiones a lo largo de toda la producción. Lo están:

- el amor en todos los niveles, prioritariamente el amor de la pareja (siempre heterosexual), con los largos, complejos y con frecuencia dolorosos procesos que conducen a la comunión o al desgarró;

- el sacrificio y la entrega de máxima generosidad, la grandeza del perdón;
- la dureza de corazón;
- la complejidad de la conciencia moral y de sus contradicciones;
- las múltiples formas de injusticia con los demás;
- la confrontación de las clases sociales como vivencia individualizada;
- la fragilidad del ser humano;
- la fe cristiana en la dialéctica histórica del cristianismo;
- las relaciones parentales y filiales, el calor de los diversos hogares;
- la vida en pupilaje;
- el mundo eclesiástico y sus relaciones con los demás;
- las relaciones con personas de otras religiones;
- las relaciones internas de los políticos;
- la guerra y la paz;
- la ternura y la violencia;
- las injusticias en nombre de la religión;
- el dolor por el mundo de la infancia (la miseria, el sufrimiento y el abandono padecidos por muchos de los niños que pueblan su universo);
- el sentir nacional respecto a la Monarquía y a la clase política y militar;
- el espíritu revolucionario; etc.

3ª Todos los sentimientos y condiciones personales, aun las más dispares, verifican el realismo de la descripción del ser humano:

- la sensibilidad femenina, su grandeza y función (no sólo la maternidad), su debilidad o contradicción, el doloroso sometimiento al varón, las distintas formas de belleza física y de belleza interior;
- el sufrimiento de los maltratados;
- la vivencia de la fe en Dios y la operatividad de esa fe;
- las luchas de la conciencia moral;
- la pasión política;
- el sentido patrio;
- el sentimiento estético (y, en particular, la estética religiosa);
- la angustia existencial por el futuro;
- el drama entre la conciencia moral y religiosa y el sentimiento de pertenencia a otro o los deseos vehementes naturales;
- la confianza y la conformidad ante la muerte;
- la falsedad y la codicia;
- la voluntad heroica y la santidad; y, frente ello, la degradación;

- la exigencia interior del honor; etc.

3. Clasificación y cuadro sinóptico de las obras de Benito Pérez Galdós.

Una creción tan amplia y densa como la de Galdós es susceptible de ser vista o analizada en su conjunto desde diversos puntos de vista. Resumiendo mucho a Casaldüero¹²⁰ parece que sería razonable encuadrarla –a grandes rasgos- en cinco etapas significativas de la historia y de la vida personal del autor:

1ª Entre 1867 y 1874 (*La fontana de Oro*, *El audaz* y primera serie de Episodios Nacionales) se propone estudiar las raíces y el desenvolvimiento de la lucha entre lo tradicional y lo moderno, dando al pasado un doble valor: histórico y filosófico; de tal forma que el pasado explica el presente pero, a la vez, su pervivencia actual se convierte en muerte.

2ª Entre 1875 y 1879 (segunda serie de Episodios, *Doña Perfecta*, *Gloria*, *Marianela*, *La familia de León Roch*) el análisis histórico es sustituido por un esquema abstracto. La división de las dos Españas (apenas entrevista en la etapa anterior) germina trágicamente. Los personajes, entonces, adquieren un carácter simbólico fuerte. La lucha entre lo tradicional y lo moderno se particulariza en el ámbito de lo político y lo religioso y en un enfrentamiento radicalizado.

3ª Entre 1881 y 1885 (desde *La desheredada*, *La de Bringas*, *El amigo Manso*, *El doctor Centeno*, *Tormento*, *Lo prohibido*) aparece la influencia del naturalismo (Zola) que pesa en esos momentos sobre la cultura española. No significa una aportación meramente externa, sino –sobre todo- la superación del puro análisis histórico y de la abstracción de antagonismos, para adentrarse en la realidad confusa del alma humana.

4ª Entre 1886 y 1892 (*Fortunta y Jacinta*, *Miau*, *La incógnita y Realidad*, *Torquemada en la hoguera*, *Ángel Guerra*, *Tristana*, serie tercera de Episodios) se produce una reacción de tipo espiritual. Frente a la materia se descubre la presencia y realidad del espíritu en doloroso conflicto. De alguna forma se inicia el triunfo de la moral.

5ª A partir de 1892 (*Nazarín*, *Halma*, *Misericordia*, *Torquemada y San Pedro*, *Electra*, *Casandra*, *Pedro Minio*, *Mariucha*, *El abuelo*, *La loca de la casa*, *Alceste*, *Amor y ciencia...* y últimas serie de Episodios) se abren paso los más altos valores de espiritualización de la materia, ya antes anunciados: la santidad en la acción, la libertad interior, la fe.

No es tarea fácil clasificar de modo riguroso el centenar de obras de Benito Pérez Galdós. Cada estudio amplio (o manual) de la literatura española suele ofrecer una clasificación temática propia. A decir verdad, ninguna resulta enteramente satisfactoria. Por respeto al primer editor de las obras completas y gran conocedor del autor, vamos a optar

¹²⁰ Ver CASALDUERO, JOAQUÍN, *La obra galdosiana en su total integración*, dentro de *Vida y obra de Galdós*, o.c., págs. 181-190.

por a la clasificación que hace Federico Carlos Sainz de Robles, seguida –a nuestro entender– por Gutiérrez-Gamero y Laiglesia.¹²¹

Episodios Nacionales.

El nombre de estas novelas lo recibe el autor de la sugerencia que le hace el periodista y político liberal José Luis Albareda; y el primero de ellos –*Trafalgar*– surge del encuentro que le proporciona Pereda, en Santander, con el anciano Galán, marinero del buque insignia de la escuadra española en Trafalgar, el Santísima Trinidad.

Serie 1ª: diez títulos. Trafalgar y Guerra de la Independencia, hasta la batalla de Arapiles.

Serie 2ª: diez títulos. Período histórico de 1813 a 1834 (“período político”)

Serie 3ª: diez títulos. Período histórico de 1834 a 1845. 1ª Guerra carlista. Regencias...

Serie 4ª: diez títulos. Período histórico de 1848 a 1869. Reinado de Isabel II.

Serie 5ª: seis títulos. Período histórico de 1870 a 1898. Vacío estatal. Restauración. Cánovas.

Novelas independientes. (31 obras)

- a) Novelas surgidas a impulso de la preocupación religiosa: *Rosalía* (incompleta), *Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Roch*, *Ángel Guerra*, *La loca de la casa*, *Nazarín*, *Halma*, *Misericordia*, *Casandra*.
- b) Novelas que describen y juzgan dolorosamente la sociedad madrileña de su tiempo: *La desheredada*, *La fontana de oro*, *El doctor Centeno*, *Tormento*, *La de Bringas*, *Fortunata y Jacinta*, *La incógnita*, *Tristana*, las de *Torquemada*, *Lo prohibido*.
- c) Novelas en las que se proyecta la sombra de lo ultraterreno en los conflictos de la vida humana: *Miau*, *Realidad*.
- d) Novelas de puro simbolismo y de fantasía: *El caballero encantado*, *La razón de la sin razón*.
- e) Novelas psicológicas y de espiritualidad: *Marianela*, *El amigo Manso*.

Según esta distribución quedarían sin clasificar: *La fontana de oro*, *El audaz*, *El abuelo*.

Como es fácil observar, en esta división no se guarda el orden cronológico que, sin embargo, sí vincula a unas novelas con otras como observaremos en el cuadro sinóptico siguiente basado en el que ofrecen los profesores Pérez Rosado y Mora García.

Teatro. (26 obras)

Al ser más breve, el teatro galdosiano resulta también más fácil de subdividir. Siguiendo a Sainz de Robles podemos hablar de:

¹²¹ SÁINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS. O.c. pág. 252-253

- a) Obras derivadas de novelas, con fuertes planteamientos éticos y sociales: *Realidad, La loca de la casa, El abuelo, Casandra, Gerona, Doña Perfecta*. Desde el punto de vista temático estas obras coinciden con las novelas del mismo título.
- b) Obras de claro pensamiento de reforma ideológica y social: *Electra, Los condenados*,
- c) Obras marcadamente psicológicas: *La fiera, Alma y vida, Bárbara, Celia en los infiernos*.
- d) Obras de costumbres y de carácter social: *La de San Quintín, Voluntad, Mariucha, Amor y ciencia, Pedro Minio, Sor Simona, Antón Caballero, Un joven de provecho, El tacaño Salomón*.
- e) Obras de raíz histórica o clásica-mítica: *Santa Juana de Castilla, Alceste, Casandra*.

Obras menores: 1 relato breve: La sombra

20 cuentos fantásticos

Ensayos importantes: 10 : Memorias de un desmemoriado. El sentimiento religioso en España, Santos modernos, Discurso en la Real Academia. La fe nacional. La España de hoy. Soñemos, alma, soñemos. Al pueblo español. Romería nacional. Guía espiritual de España.

Prólogos a sus obras y a las de otros autores.

Artículos periodísticos en: La Nación, Las Cortes, Revista del Movimiento Intelectual Europeo, Revista de España, La Ilustración, El debate, La Prensa (Buenos Aires), El Imparcial, El Liberal, El País, Diario de las Palmas, La Antorcha (Las Palmas) El Omnibus (Las Palmas, etc.

Cuadro sinóptico de obras y fechas correspondientes de las obras fundamentales de Benito Pérez Galdós. ¹²²

AÑO	NOVELAS	EPISODIOS NACIONALES	TEATRO	ARTÍCULOS Y ENSAYOS más importantes (para la temática en estudio) CUENTOS fantásticos
1870	● Primeras novelas: 1. La fontana de oro La sombra (relato) 1871 2. El audaz 1872 3. Rosalía 1873 1874 1875 1876 ● Novelas de tesis y crítica eclesial 4. Doña Perfecta 1877 5. Gloria. 1ª parte 1878 Gloria. 2ª parte 6. Marianela	● Serie 1ª: 1. Trafalgar 2. La corte de Carlos IV 3. 19 de Marzo y 2 de Mayo 4. Bailén 5. Napoleón en Chamartín 6. Zaragoza 7. Gerona 8. Cádiz 9. Juan Martín el Empecinado 5. Napoleón en Chamartín 10. La batalla de Arapiles ● Serie 2ª: 11. El Equipaje del rey José 12. Memorias de un cortesano de 1815 13. La segunda casaca 14. El grande Oriente 15. 7 de julio 16. Los cien mil hijos de San Luis 17. El terror de 1824	Teatro de juventud (fechas indeterminadas): 01. Quien mal hace, bien no espere. 02. La expulsión de los Moriscos. 03. El hombre fuerte.	Una industria que vive de la muerte. (cuento) La conjuración de las palabras © La novela en el tranvía © <i>Artículos en</i> <i>La Antorcha (Las Palmas)</i> <i>La Nación</i> La pluma en el viento © La mula y el buey © Theros © Rompecabezas ©

¹²² El presente cuadro sigue básicamente la clasificación orgánica que hacen los profesores Miguel Pérez Rosado y José Luis Mora García (en www.galdós), con matices introducidos por mí; siguiendo todos ellos, en general, la cronología más común de la obra galdosiana.

1879	7. La familia de León Roch	18. Un voluntario realista 19. Los Apostólicos 20. Un faccioso y algunos frailes menos		La princesa y el granuja ©
1881	● Novelas contemporáneas			
1882	8. La desheredada			<i>Cartas a "La Prensa" de Buenos Aires:</i>
1883	9. El amigo Manso			El sentimiento religioso en España (ensayo)
1884	10. El doctor Centeno			
	11. Tormento			
	12. La de Bringas			
1886	13. Lo prohibido			
	14. Fortunata y Jacinta			
1887	● Novelas de naturalismo espiritual crítico.			Celín ©
1888	15. Miau			
	16. La incógnita			Santos modernos (ensayo)
	17. Torquemada en la hoguera			
1892	18. Realidad		1. Realidad (v.teatral)	¿Dónde está mi cabeza? ©
1893	19. Tristana		2. La loca de la casa (v.t.)	Tropiquillos ©
	20. La loca de la casa		3. La de San Quintín	
1894	21. Torquemada en la cruz		4. Los condenados	
	22. Torquemada en el purgatorio		5. Voluntad	
1895	23. Torquemada y San Pedro		6. La fiera	
1896	● Novelas de espiritualidad y religiosidad cristiana.			El pórtico de la gloria ©
	24. Ángel Guerra (1881)			
	25. Nazarin			
1897	26. Halma	● Serie 3ª:		Discurso en la Real Academia
	27. Misericordia			
1898	28. El Abuelo	21. Zumalacárregui 22. Mendizábal 23. De Oñate a La Granja 24. Luchana 25. La Campaña del Maestrazgo 26. La Estafeta romántica 27. Vergara		Artículos en <i>El Imparcial</i> , <i>El Liberal</i> , <i>Revista de Occidente</i>
1899				La fe nacional (ensayo)

1900		28. Montes de Oca		
1901		29. Los Ayacuchos		
		30. Bodas reales		
		• Serie 4ª		
1902		31. Las tormentas del 48		La España de hoy (ensayo)
1903		32. Narváez	7. Electra	
1904		33. Los duendes de la camarilla	8. Alma y vida	
		34. La revolución de julio		Soñemos, alma, soñemos (ensayo)
1905		35. O'Donnell	9. Mariucha	
1906		36. Aita Tettane	10. Bárbara	
		37. Carlos IV en la Rápita	11. Amor y Ciencia	
1907		38. La vuelta al mundo en la Numancia		
		39. Prim		
		40. La de los tristes destinos		

		• Serie 5ª		<i>Artículos en El País</i>
1908			12. Pedro Minio	
1909	29. El caballero encantado	41. España sin rey	13. Zaragoza (v.t.)	
1910		42. España trágica		
1911		43. Amadeo I	14. Casandra	
		44. La Primera República		Al pueblo español (ensayo)
		45. De Cartago a Sagunto		Romería nacional (ensayo)
		46. Cánovas		
1913			15. Celia en los infiernos	
1914			16. Alceste	Memorias de un desmemoriado (ensayo biográfico)
1915			17. Sor Simona	
1916	30. La razón de la sin razón		18. El tacaño Salomón	Guía espiritual de España (ensayo)
1917			19. Santa Juana de Castilla	
1918	31. Casandra (v.novelada)		20. Marianela (v.t.)	
			21. El amigo Manso (v.t.)	
1920			22. Antón Caballero (póstuma)	
			23. Un joven de provecho	

(La numeración de las obras, por mi parte, es convencional)

4. La identificación del autor Galdós con sus personajes.

El pensamiento de Benito Pérez Galdós encarnado y expresado en los personajes principales de sus obras.

El pensamiento de un escritor se manifiesta directamente en sus escritos de tesis: en ensayos doctrinales (artículos de prensa o estudios, discursos, etc.) y cartas y juicios ocasionales de la realidad. Ya hemos recordado que Galdós escribió un abundante número de escritos en los que aparece su visión de las cosas, aunque en cada momento esa visión pueda ser fragmentada o circunscrita a temas o acontecimientos particulares. Pero ante todo, para el literato, el pensamiento propio –y en sentir– se expresa en el amplísimo mundo de personas a las que él ha dado su paternidad imaginativa. Más aún: son esas figuras humanas dotadas de existencia propia quienes expresan cabalmente el fondo pensante de su creador y padre, con mucha mayor elocuencia que pudieran hacerlo la exposición de teorías e incluso las tramas que esas personas noveladas viven.

En las geniales y en parte desconcertantes *Memorias de un desmemoriado* (1916) Galdós revela –casi sin quererlo– la clave de su presencia real en el mundo imaginario que él ha creado, introduciéndose él mismo entre los personajes con una empatía casi absoluta; de manera que la ficción viene a ser lo más real del autor. Por ejemplo, después de darnos detalles biográficos de su amistad con Pereda y del viaje con él a Portugal, habiendo dejado interrumpida la escritura de *Fortunata y Jacinta*, vuelve al trabajo de la novela y nos sorprende con estos términos:

“Expirando el verano, volví a Madrid, y apenas llegué a mi casa, recibí la grata visita de mi amigo el insigne varón don José Ido del Sagrario, el cual me dio noticia de Juanito Santa Cruz y su esposa Jacinta, de doña Lupe la de los Pavos, de Barbarita, Mauricia la Dura, la linda Fortunata y, por último del famoso Estupiñá.

Todas estas figuras pertenecientes al mundo imaginario, y abandonadas por mí en las correrías veraniegas, se adueñaron nuevamente de mi voluntad. Visité a Doña Lupe en su casa en la calle de Cuchilleros y platiqué con el usurero Torquemada y la criada Papitos.”

123

Los tipos persistentes e inolvidables de novelas centrales (en *El doctor Centeno*, *Fortunata y Jacinta*, la serie de *Torquemada*...) penetran en su vida, y el autor en la de ellos. “Es como si entrara de pronto en su casa –escribe Stephen Gilman– aquel alter ego que representa en varias novelas la incontinencia de la fantasía creadora: don José Ido del Sagrario.”¹²⁴

¹²³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Memorias de un desmemoriado*, Obras Completas Aguilar, vol VI, pág.1663

¹²⁴ GILMAN, STEPHEN, *Cuando Galdós habla con sus personajes*, Actas del II Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 1978, Cabildo de Gran Canaria, pág. 130. Ver así mismo: MENÉNDEZ-ONRUBIA, CARMEN, ‘Las memorias de un desmemoriado’ de Galdós, Actas del IX Congreso I.E.G. 2009, págs. 514-527 y POLIZZI, Assunta, *Diálogo con la memoria: ‘Memorias de un desmemoriado’ de Galdós*, Actas del XXI Convegno dell’Associazione Ispanisti Italiani. Salamanca. 2004, págs 199-210

Las Memorias, al recordar hechos y tipos narrados en las novela, permiten descubrir que el tono documental (y tal vez algo irónico) allí, en realidad deja paso a un tono tan verídico como es la propia emotividad de Galdós; así sucede –como una muestra más– al evocar el ajusticiamiento de los sargentos del cuartel de San Gil en abril de 1865: el relato (con el que se inicia *Fortunata y Jacinta*) establece, pues, una identidad personal entre el narrador y el primer protagonista.

Este hecho nos parece de la mayor importancia para descubrir la ideología galdosiana. También en su dimensión religiosa. El hispanista Peter G. Earle, refiriéndose, primero, en general, a la novelística española para situarse después en Don Benito, precisa entonces:

*“Importa más la expresión individual del personaje y el desarrollo de su trayectoria que la creación de ‘un mundo’. Lo que haya de ambiente en las mejores novelas españolas es cuestión de los personajes. Éstos no viven en un ambiente tanto como lo producen; y Pérez Galdós, siguiendo la iniciativa de Cervantes, ha sido el exponente máximo de esta perspectiva.”*¹²⁵

En algunos casos –por ejemplo, en *El amigo Manso*– la crítica ha visto en el personaje y en la obra misma un trasunto literario del autor, al menos para una etapa importante de su vida o en una dimensión de su personalidad y de sus idezas.

Resulta, por eso, fundamental detenernos en la contemplación directa de las numerosas individualidades significativas de esa creación que encarnan palpablemente el pensamiento de Don Benito.

¿Quiénes y qué son los personajes galdosianos y qué significan?

En una inmedible medida, una familia propia y real, con personas preferidas que ama apasionadamente, con otras que acepta incondicionalmente pero con dolor, con muchas más que él quisiera abrazar y no puede (y los tiene que ver alejarse y perderse). Algunos –muchos– de esos personajes, existentes en cuerpo y alma en el contexto que le rodea¹²⁶; otros, también reales pero habitando sólo en su mente.

Es decir, la vida de Don Benito, su mundo real, él mismo y su pensamiento están constitutivamente ahí, encarnados y expresados en la serie formidable de tipos diversos aparentemente distintos en los que, al acercarnos, surge la trasposición clara a las ideas y a los sen-

¹²⁵ EARLE, PETER E., *La interdependencia de los personajes galdosianos*. (Cuadernos Hispanoamericanos. N. 250-252. 1970-1971. Pág. 117)

¹²⁶ Real es la figura de Guillermina; tan real –históricamente– como la admirada por Galdós, Ernestina Manuel de Villena, fallecida en 1886, que se reencarna en el personaje de Guillermina Pachecho para servir de guía espiritual de muchos (entre otros, del mismo autor) en el difícil y complejo mundo de *Fortunata y Jacinta*. Es obvio que Galdós se identificó con esta persona, pero también lo hizo con mayor fuerza aún, aunque por vía imaginativa, con figuras surgidas de su pluma y de su corazón; entre otras con la Inés de la primera serie de Episodios. En este sentido puede verse el estudio de JAVIER CAMPOS ORANAS, INÉS, *el amor de Galdós* en Anuario de Estudios Atlánticos n. 47. 2001, págs. 115-158.

timientos personales del autor; más allá de la ficción novelada, de la historia ajena sentida y juzgada y del respeto absoluto a la vida propia del personaje. Son –sin quererlo, tal vez inconscientemente- el propio escritor; en ellos aparece el autorretrato que lleva la firma y la impronta del artista; mejor, su imagen plasmada por alguna genética en el rostro de sus hijas e hijos.

Ahí debe buscarse prioritariamente, el pensamiento que investigamos. Del mismo modo que reconoceremos a Cervantes contemplando de cerca –inteligentemente- a Don Quijote, a Sancho, al barbero y al cura, a los Duques, al bachiller Carrasco, al Caballero del Verde Gabán, a Maritornes y a Ginesillo, al ventero, a Dorotea, al bueno de Camacho, y a tantos otros que se hacen presentes en el largo caminar del caballero andante.

Los ejemplos en nuestra literatura pueden multiplicarse: Calderón es *Pedro Crespo* defendiendo el derecho a la honra para el villano; Espronceda, *El pirata* endiosando la libertad romántica; Leandro Fernández Moratín, *Don Diego* negando el sometido “sí” de la mujer; Juan Valera, *Luis de Vargas* teorizando la preeminencia de los derechos del amor sobre el sacrificio religioso... Y, de forma aparentemente negativa, se revelan el autor anónimo del romance del *Prisionero* gritando contra la tortura y la prisión, el autor del *Lazarillo*, apoyando las tesis de la Reforma. Igual que Miguel Hernández es *Ramón Sije desamordazado*, inmortalizándose; y Federico García Lorca es la síntesis de las cinco hijas de *Bernarda Alba* emparentadas con Soledad Montoya la de *La pena negra*. En ninguno de esos personajes resulta difícil descubrir al autor.

El problema para nosotros puede ser que el mundo galdosiano está poblado por más de mil personas, todas ellas -con mayor o menor detenimiento- retratadas casi a la perfección; y –lo que es más problemático- asumidas como familia irrenunciable por Don Benito. ¿Cómo recoger las líneas claras de ideología, de sentimiento, de propuesta vital del escritor de entre las tramas existenciales y las palabras de todas estas figuras autónomas y vivas que son sus hijos distintos?

La respuesta no es fácil, pero posible. En ella nos empleamos. La vamos intuyendo a medida que penetramos –despacio, con tiempo y con tiento- en ese ámbito familiar y que nos sentimos orientados y respaldados por quienes lo conocen ya bien. Podemos, pues, afrontar la tarea con esperanza de suficiente o mediano éxito.

4.1 Sobre el procedimiento de investigación seguido para establecer la relación identificativa entre autor (Galdós) y personaje.

Un primer criterio de estudio ha debido ser el no descartar ninguno de los tipos que habitan y definen la producción galdosiana, su mundo. La inmensa mayoría de estos constituyen nada menos que el español medio, es decir, cualquier español, mujer o varón, joven, maduro o anciano, inmerso en los azarosos tiempos del siglo XIX (amaneciendo el XX), de la titubean-

te burguesía urbana media, alta o baja, o del mundo rural, y, en gran proporción, todos los ciudadanos miembros de ese sector que Victor Hugo designó como “los miserables”; también alguno (no pocos) de sangre noble o real. Personas provenientes de cualquier rincón de la geografía hispana y de la historia regional; o sea, de toda la realidad española con su historia particular o general (de Andalucía, Levante, País Vasco, Aragón, La Rioja, Navarra, Cataluña, las dos Castillas, Murcia, y, sobre todo, Madrid, puerto más o menos seguro en donde recalcan definitivamente la inmensa mayoría de los personajes). Tipos absolutamente reales, magníficamente impostados en sus paisajes naturales también reales.

Es preciso tenerlos en cuenta a todos, sin que falte uno solo, para que el estudio que realizamos mantenga la pretensión de objetividad. Vamos a intentar hacerlo, aunque apenas haya espacio para transcribir aquí por completo sus nombres y señas. Y no sólo porque tengan derecho a esta consideración, sino porque nos son necesarios.

En ellos (igual que en los parisinos que se levantan en los acontecimientos de La Comuna, definitivamente fijados por las páginas de la novela de Victor Hugo) queda tácitamente revelada la idea y el sentir del escritor: su afirmación o su repudio de parte -o de la totalidad- de la existencia histórica y real, o, al menos, de un trazo de esa vida contemplada y asumida.

La investigación se abre paso más fácilmente cuando emerge el personaje en la vida real del autor, cuando se produce una ósmosis expresa de ambos, hasta el punto de que el ser novelado ocupa la inquietud, el corazón, la vida del escritor. El caso más notable le ocurre a Galdós con *Marianela*, la niña desamparada de la aldea asturiana cuya naturalidad y drama le sobrecogen. Tiene el deseo imperioso de revivirla en una versión teatral. Para ello busca a los mejores dramaturgos que pueden hacer que renazca, a los hermanos Álvarez Quintero; a estos les confía su inquietud y les señala la actriz que puede encarnar mejor esa figura. Durante meses lucha por que salga adelante su ilusión. Hay un cruce emocionante de cartas entre 1913 y 1916. Cuando, al fin, va a estrenarse *Marianela*, exclama: “¡Por fin! Júbilo grande. Ya me ha vuelto el alma al cuerpo”, “Colmo mi alegría hasta el delirio. ¡¡¡Marianela en el teatro!!!”, “Ahora, Dios sobre todo.” Antes había expresado su indignación “por la inesperada dilación que sufre la pobrecita Marianela en su resurgimiento” y “Si Marianela no está terminada a finales del verano, tengo por segura mi muerte.”¹²⁷

¹²⁷ PÉREZ GALDÓS, Benito, Cartas desde Santander a Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, respectivamente (por el orden de citación) de 14/6/1916 (8083), de 28/6/1916 (8084), de 4/7/1916 (8085), de 16/8/1915 (8079) y de 10/6/1916 (8082). Previamente, el 19/9/1913 había escrito a los Álvarez Quintero: “Amigos míos, yo tengo un empeño particularísimo en que Vds. persistan en su primitiva idea de llevar *Marianela* al teatro” (8077). Los números entre paréntesis hacen referencia al número de registro del Epistolario manuscrito de Galdós conservado en la casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria.

No obstante, tendremos que priorizar algunas consideraciones al conceder con preferencia la palabra (la presencia expresa en la tesis) a un amplio número de personajes. ¿A quiénes? A los muchos que el autor concede el estatuto de principales, de relevantes, de figuras señeras y emblemáticas, tanto para expresar su propia visión afirmativa de la existencia (y de su sentido trascendental) como para indicar – gritar- su rechazo de concepciones y de posturas existenciales o ideológicas que son consideradas por él negativas, gravemente perturbadoras de la verdad y del bien que definen al destino humano.

Porque respecto a los primeros Galdós establece una fuerte identificación; y, respecto a los segundos, una radical desautorización o desidentificación de sus opciones existenciales (no de los individuos como tales). En ambos casos su pensamiento queda claro y podemos consignarlo como la aportación personal de Don Benito Pérez Galdós al juicio y a la propuesta de solución del drama de España, y, en concreto, del drama religioso que aqueja a los españoles, e incluso al drama de la Iglesia española, adelantándonos así ya a describir esta doble situación como dramática.

Y es que la primerísima conclusión, no sólo de la acogida y seguimiento de los personajes galdosianos sino del conjunto completo de sus obras como tales, es que el autor piensa con dolor -y demuestra apasionadamente- que España y los españoles (incluido el vivir religioso y eclesial) somos un puro drama, que pasamos un siglo fundamental de nuestra historia en una tensión continua de opuestos, de aspiraciones insatisfechas, de conflictos hirientes de todo tipo, de confrontación exasperada de ideas contrarias y contradictorias, de esperanzas malogradas, y, sin embargo, de fe en el futuro.

Es decir, aunque metodológicamente establezcamos enseguida una doble y contrapuesta serie de personajes, de todo punto antitéticos, es preciso observar que unos y otros se hallan mezclados y con frecuencia entrelazados. Que forman un todo dramático indisociable y simbólico. Y que el mensaje ideológico del autor brota precisamente de esa meditación continua sobre tipos tan diversos.

Dicho lo cual, debemos dirigirnos enseguida hacia el recuerdo y el reencuentro con aquellos actores decisivos –y, por tanto, queridos-, de un signo u otro, que pueden brindarnos de manera más directa la verificación de las tesis de Galdós.

4.2 Personajes principales y relevantes con cuya expresión y existencia se identifica Galdós.

¿Cómo muestra un escritor su nivel de identificación con personajes o tipos de su obra? Ésta es una cuestión sutil que requiere como respuesta la observación atenta de los matices con los que se pinta, describe y hace actuar y hablar al protagonista concreto.

El problema se facilita mucho cuando esa persona entra y ocupa lugar en varias obras de algún modo continuadas (como es frecuente en los Episodios Nacionales y en algunas novelas largas: las de *Torquemada*, *El doctor Centeno* y *Tormento*, *Fortunata y Jacinta*, *Nazarín* y *Halma...*).

En líneas generales puede decirse que Galdós se identifica plenamente cuando se recrea en conceder al personaje atributos que son pintados con colores muy gratos, dotados naturalmente de alta cualidad; siendo valorado así por el contexto humano más noble que lo circunda. Y cuando procura, a la vez, que todo ello suscite en el lector sentimientos favorables.

Concretamente, la identificación parece plena al dotar al personaje de:

- Sentimientos elevados positivos: veracidad, respeto, justicia y bondad hacia los demás, exquisita sensibilidad, pasión por la libertad colectiva.
 - En particular, generosidad y capacidad sorprendente de amor y de sacrificio por un ideal que condiciona el bienestar del otro y el bien común (por ejemplo, la paz y la convivencia).
 - Pensamiento lógico, abierto, profundo, desinteresado, libre (no determinado por estereotipos de clase). Libertad, en definitiva.
 - Creencias y posturas religiosas serenas, íntimas y sanas, no sometidas, coherentes con el Evangelio. Convergencia feliz del Evangelio de Jesús con las aspiraciones naturales. Densidad de pensamiento espiritual y trascendente.
 - Realismo e idealismo bien conjugados.
 - Espíritu democrático real; voluntad de cambio social. Tolerancia.
 - Paciencia en el sufrimiento propio y sensibilidad hacia el sufrimiento ajeno.
 - Actuación justa y desautorización personal de cualquier forma de injusticia.
 - Existencia sencilla y natural, exenta de ociosidad, de lujo y de apariencias.
- Etc.

Es evidente que en estos personajes es el mismo autor quien se retrata (o desea retratarse) por el énfasis, por la belleza y por el juicio con que los acompaña; pero también por la coincidencia expresa con su palabra cuando, en otros escritos de comunicación personal, se manifiesta explícitamente en ese sentido. Aun cuando, en virtud de su opción literaria fiel al realismo, en ningún caso se permita una idealización total del protagonista en cuestión (lo que sería más bien una mitificación); ni tampoco el maniqueísmo (: una franja absolutamente delimitada entre el bien y el mal.)

Nos vamos a atrever a presentar cierta enumeración de tipos galdosianos, añadiéndoles una puntuación sugeridora y convencional (de 5 a 10) del nivel de identificación. Y advirtiendo –claro está– el carácter simplemente *indicativo* de ese listado. Los puntos que otorgamos a cada uno se refieren, a la vez, a la importancia que el autor confiere al personaje (en la obra u obras en donde aparece), al conjunto de valores que reúne tal persona, y al grado de empatía que muestra hacia él. Para su localización y comprensión nos remitimos a la reseña de las obras que ofrecemos en el Apéndice final (obras en las que se basa nuestro estudio) y

a las abundantes citas (referidas a cada uno de esos personajes) que tendremos ocasión de efectuar a lo largo de estas páginas.

En dicho elenco destacarán con la máxima significación –por su presencia en las obras y por su textura- los siguientes protagonistas:

1. Como portadores emblemáticos de una ideología y de una trayectoria existencial, ambas abrazadas por Galdós: *Benina, Marianela, Teodoro Golfín, Ángel Guerra, Leré, Juan Casado, Nazarín, la condesa Halma, José Antonio Urrea, Manuel Florez, Gabriel de Araceli, Inés, Siseta, el conde de Albrit, Salvador Monsalud, Sola, Benigno Cordero, Fernando Calpena, Demetria, Beltrán de Urdaneta, Santiago Íbero (padre e hijo), Mariucha, Electra, Máximo, Gamborena, Pepe Hillo, Juan Santiuste (Confusio), Jerónimo Ansúrez (y sus hijos), Martín Fernández Muriel, Atenaida, Diego Ansúrez, Nones, Buenaventura Lantigua...* Lo que piensan, dicen y deciden estos personajes es, al menos, una parte considerable de lo que piensa, expresa y propone Benito Pérez Galdós. A ellos tenemos, pues, que referirnos, ante todo.

2. Como personas sufrientes y buenas (en las que predomina la sencillez y la honradez de miras), cuya causa siempre pendiente y con frecuencia trágica es asumida por Galdós, que –con ellos- denuncia y grita la injusticia, la opresión que padecen: *Fortunata, Maximiliano Rubín, María, Clara, Pepe Rey, Gloria, Daniel Morton, Amparito, Jacinta, Mauricio la Dura, la tía Roma, Ramón Villamil, Tristana, Dulcenombre, Agustín y Mariquilla, Benina, Lucila, Montes de Oca, Teresa Villaescusa, Isidoda (de La desheredada), Electra, Lázaro, Cassandra, Bárbara...* y tantas y tantos otros con menos presencia en la creación literaria, pero siempre con alguna relevancia. El autor, sufriendo como suya la existencia de estas personas, pide para ellas la justicia, la valoración y la dignificación que el mundo no les ha dado. De alguna manera estos son la familia y los hijos que va a defender con su pluma. Desde ellos –desde su pasión y muerte- crea también la teoría de la sociedad, del Estado, de la religión y de la Iglesia. Tendremos, pues, que contemplar detenidamente el dolor significativo de este padre que puede hacer suyo el título del drama de Arthur Miller “*Todos eran mis hijos*”.

Al lado de esta dos series de “*personajes – palabra directa*” tan importantes, acercamos a la enumeración anterior a muchos otros tipos que los acompañan y complementan necesariamente, sumándose al mensaje ideológico que ellos transmiten.

Entre todos esos protagonistas mencionados convendría destacar a los que, por su serena condición eclesíástica o religiosa, aparecen como portadores de un pensamiento y un discurso religioso más elaborados. Concretamente, varios sacerdotes excepcionales: *Nazarín, Juan Casado, Manuel Florez, Pepe Hillo, Gamborena, el padre Nones...* y religiosas como *Leré, Sor Simona, Elisea...* Lo que no quiere decir que éstos sean (en todos los casos) personas fundamentales de las obras, ni que ellos solos protagonicen la dimensión religioso-cristiana en la creación literaria. No. Intelectuales como *Guillermo Bruno*, reflejan también un buen grado de identificación existencial e ideológica. Pero la carga máxima de pensamiento descansa, más bien (y en primer lugar), sobre gente tan sencilla y humilde como *Marianela, Sola,*

Benina, *Lázaro* (a quienes parece justo conceder -en la calificación del Anexo- un 10 con Matrícula de Honor); y así mismo, en tipos tan civilmente complejos como *Salvador Monsalud*, *Benigno Cordero*, *Fernando Calpena*, *Santiago Íbero*, *Ángel Guerra*, *Pepe Fajardo* o *Juan Santiuste...*, por citar sólo algunos ejemplos.

Estos y muchos otros descubren aspectos generales o particulares de lo que llamaremos “teología simbólica” de Galdós. Y quizás el exponente más claro de esta manifestación sea la figura espléndida y nada eclesiástica de *Benina*, en *Misericordia*; sin duda una de las cumbres del pensamiento del autor, como señala la crítica unánime y muy en concreto la escritora María Zambrano.

4.3 *Personajes principales y relevantes con los que se des-identifica el autor Galdós.*

Desde el punto de vista literario es evidente que los personajes que vamos a consignar, dignos del mayor rechazo por parte de los lectores, ocupan un puesto fundamental en la creación galdosiana. Sin ellos ésta no existiría.

El sentimiento de repulsa que nos suscitan es ciertamente el que tenía el autor; viéndose obligado, sin embargo, a introducirlos en las diversas obras en virtud de su compromiso realista. Esas personas existen en la realidad y era necesario mostrarlas con fidelidad, precisamente como testimonio del mundo en que vivimos y –desde la perspectiva ideológica y ética- para expresar con el grafismo de lo indirecto las tesis que definen al escritor.

Es preciso, no obstante advertir, que esos protagonistas (algunos, de primer orden como *Francisco Torquemada*) forman también parte de la familia galdosiana, y como tales son queridos por el padre que les ha dado el ser literario. Más aún, en casi ningún caso nos permiten hacer un planteamiento maniqueo situándolos en el extremos del mal o del error absolutos. Del mismo modo que los personajes cumbre, idealizados de bien y de verdad, tampoco pueden mitificarse concediéndoles un estatuto de perfección total (aunque a algunos de ellos –muy pocos- les hayamos otorgado una “matrícula de honor” (mención que más bien se refiere al extraordinario realce que cobran en el mundo del autor y, desde luego, al pensamiento clarividente que encarnan).

¿De qué modo catalogar a estos personajes como contrarios a la idea del autor y, por tanto, como exponentes indirectos de la filosofía y teología galdosiana?

Por las notas existenciales con que se desenvuelven. En concreto, por la suma y la convergencia de esta serie de actitudes:

- El carácter despótico y cruel en el trato.
- El abuso de los indefensos, particularmente de las mujeres desprotegidas, aprovechándose del propio estatuto social.
- El conservadurismo a ultranza y fanático en lo político y en lo religioso.
- La falsedad y la inmoralidad en la adquisición y disfrute de bienes.
- La infidelidad al propio estado (matrimonial o religioso).
- La actuación intrigante, egoísta y maquiavélica.

- La superficialidad, la banalidad y el utilitarismo en la religión.
 - La usurpación de la libertad.
 - La vida ociosa, sin trabajo, disfrutando de rentas; sin rendimiento alguno.
 - La corrupción y el nepotismo de los políticos y administrativos.
 - La violencia de los individuos y de las masas.
 - El desprecio de otros por motivos de nobleza o de posición social.
 - La insensibilidad y la crueldad hacia los desfavorecidos.
- Etc.

También en el elenco de personajes de este tipo dentro de la obra galdosiana resulta preciso distinguir grados o niveles:

- Los hay que resultan totalmente reprobables a lo largo de toda la trama novelesca. Entre estos habría que recordar, ante todo y por su carácter relevante en las obras, a Doña Perfecta, Doña Juana (de *Casandra*), Elías Orejón, los sacerdotes Pedro Polo, Don Hilario, Juanondón..., Juanito Santa Cruz, Francisco Torquemada, Carlos Navarro, Felicísimo Carnicero, Chaperón, Domiciana, Sor Catalina de los Desposorios, las hermanas Porreño, el padre Corchón...

Con el mismo rechazo, aunque ocupan papeles más secundarios, a: Caballuco, los sacerdotes Don Inocencio, Lorente, Putxel..., Tilín, Lope Garrido, el matrimonio Requejo, Mosén Antón, Jacoba Zahon, el fraile Marañón, la Sanguijeruela, etc.

- Otros resultan en su trayectoria rechazables, pero manifiestan en su haber alguna clase de atenuante o alguna deriva que pudiera eximirles en parte (al final de su vida) de toda la negatividad acumulada. Sería el caso de Pablo (en *Marianela*), José María Bueno y Guzmán, Conde de Feramor, Doña Paca, Amaranta o la Condesa Rumblar, Luis Santorcaz, el sacerdote José Fago, el Padre Paoletti, Cruz del Águila, Juan Bringas, Sor Teodora de Aransís, o incluso (a pesar de la dificultad en exculparlos), Cruz del Águila, el general Cabrera, Isidora (*La desheredada*), etc.

El conjunto de todos ellos permite deducir de una manera muy gráfica los caminos de pensamiento por donde discurre la pluma de Don Benito.

Es de notar que la mayoría de estos protagonistas pertenecen o a la alta burguesía o nobleza, al funcionariado arribista, al integrismo radical carlista, o a un estamento religioso o eclesiástico corrupto. Muy pocos son personas de extracción humilde.

4.4 Tabla sugeridora de IDENTIFICACIONES "Galdós – personajes".

Personajes – base reveladores del pensamiento galdosiano.

Esta Tabla debe interpretarse a la luz de lo que acabamos de exponer en este capítulo de nuestro trabajo sobre el problema de la identificación - desidentificación. Es decir, en un sentido u otro ningún personaje de los que vamos a reseñar es ajeno al ser mismo del autor, a su mentalidad y a sus sentimientos. La forma de tratar cada tipo es re-

veladora de lo que se abraza o de lo que se rechaza; incluyendo de manera expresa también la dimensión de religiosidad y de fe cristiana como confesión personal firme o como búsqueda sincera y crítica.

La puntuación que se da a cada individuo es convencional; quiere indicar la relevancia que tiene en la producción literaria y su nivel de significatividad del pensamiento de Galdós, partiendo sólo de los datos con que esa figura es tratada y dibujada en la obra a la que pertenece. En ningún caso se emite aquí un juicio ético del personaje.

El recuerdo de las fechas de aparición de la obra puede ayudar a verificar la coherencia del pensamiento del autor a lo largo de toda su creación.

1) Personajes de identificación fuerte o notable con Galdós.

(Asignamos a cada uno cierta puntuación convencional sobre 10)

a) Con fuerte identificación (entre 10 y 7 puntos):

- De las Novelas independientes:

Lázaro (9). *La fontana de oro* (1870). Joven, sencillo, desprotegido, liberal, fiel, pobre.

Clara (8). *La fontana de oro*. Joven, desprotegida, esclavizada por entornos familiares.

Martín Fdez. Muriel (8). *El audaz* (1871). Joven, maltratado, revolucionario liberal, enloquecido.

Horacio Reynolds (9). *Rosalía* (1872). Joven anglicano sacerdote. Leal, intachable. Liberal

Pepe Rey (9). *Doña Perfecta* (1876). Joven ingeniero, honrado, liberal.

Gloria Lantigua (8). *Gloria* (1876). Joven, espíritu abierto, sometida a la religión.

Daniel Morton (8). *Gloria*. Joven, judío, rico, enamorado de Gloria.

Marianela (10). *Marianela* (1878) Casi niña, pobre, desprotegida de la familia, mística.

León Roch (8). *La familia de León Roch* (1878) joven, burgués, increyente, liberal.

Augusto Miquis (8). *La desheredada* (1882). Joven, justo, sabio, liberal.

Amparito (9). *El doctor Centeno* (1883) y *Tormento* (1884) Desprotegida, maltratada, débil.

Felipín Centeno (8). *El doctor Centeno*. Pobre, desprotegido, bueno, pícaro, autodidacta.

Ido del Sagrario (7). *El doctor Centeno*. Padre de familia, mísero empleo, bueno, pobre.

Máximo Manso (8). *El amigo Manso* (1883). Profesor, justo, liberal.

Irene (7). *El amigo Manso*. Joven, institutriz, oprimida por el entorno.

Fortunata (9). *Fortunata y Jacinta* (1885-87). Desprotegida, pobre, clase muy popular, engañada.

Jacinta (8). *Fortunata y Jacinta*. Burguesa, casada, fiel, engañada.

Maximiliano Rubín (7). *Fortunata y Jacinta*. Joven enfermizo burgués, fiel.

Mauricia la Dura (7). *Fortunata y Jacinta*. Amiga de Fortunata, pobre, noble, enloquecida.

Guillermina Pacheco (8). *Fortunata y Jacinta*. Santa de la caridad. Buen y normal.
Ramón Villamil (8). *Miau* (1888). Casi anciano. Cesante de empleo.
Luisito Cadalso (7). *Miau*. Niño. Nieto de Ramón Villamil, soñador, marginado.
La tía Roma (7). *Torquemada en la hoguera* (1888). Sirvienta de Torquemada, sensata.
Ángel Guerra (9). *Ángel Guerra* (1890) Militar revolucionario, convertido, fogoso.
Leré (10). *Ángel Guerra*. Niñera. Religiosa. Mística cristiana. Íntegra.
Dulce Nombre (7). *Ángel Guerra*. Amante apasionada, pobre, paciente.
Juan Casado (7). *Ángel Guerra*. Sacerdote bueno, sabio, atípico, agricultor.
Don Tomé (6). *Ángel Guerra*. Sacerdote bueno. Compañero de pensión de Ángel.
Tristana (8). *Tristana* (1892) Joven huérfana, maltratada.
Nazarín (10). *Nazarín*. (1896) Sacerdote santo, totalmente atípico.
Andara (7). *Nazarín*. Pobre, fiel. Compañera apostólica de Nazarín.
Beatriz (7). *Nazarín*. Pobre, fiel. Compañera apostólica de Nazarín.
Catalina de Artal, Condesa de Halma (9). *Halma*. Noble. Viuda. Mística cristiana.
José Antonio Urrea (7). *Halma*. Burgués. Primo de la condesa. Convertido.
Manuel Florez (8). *Halma*. Sacerdote sabio, justo.
Benigna (Señá Benina) (10 M/H). *Misericordia* (1897). Anciana. Sirvienta. Mendiga. Caridad heroica.
Conde de Albrit (8). *El abuelo* (1897). Noble. Pobre. Libre. Liberal.
Rosaura (7). *Casandra* (1905). Madre. Caritativa. Creyente.

- *De Los Episodios Nacionales:*

Gabriel de Araceli (10). *Trafalgar* (1873) y *Serie Primera*. De niño a adulto.
Humilde. Militar. Honradísimo.
Inés (9). Desde *La Corte de Carlos IV* (1873). Niña – joven. Humilde. Perfecta.
Marcial (7). *Trafalgar*. Marinero. Honrado.
Mariquilla Candiola (8). *Zaragoza* (1874) Parecida a Inés.
Agustín (8). *Zaragoza*. Parecido a Gabriel.
Andresillo Marijuán (7). *Gerona* (1874) Parecido a Gabriel.
Siseta (8). *Gerona*. Parecida a Inés.
Juan Martín el Empecinado (7). *Juan Martín el Empecinado* (1874) Guerrillero.
Salvador Monsalud (10). *El equipaje del Rey José* (1875) y *Segunda Serie*.
Humilde. Creciente madurez. Luchador liberal.
Sola (Solita) (10 M/H). Desde *El Grande Oriente* (1876). Joven. Humilde.
Perfecta.
Patricio Sarmiento (9). Segunda serie de E.N. Maestro pobre. Quijote liberal.
Gran creyente.
Benigno Cordero (8). Desde *El terror de 1824* (1878). Comerciante. Amigo de Salvador y de Sola. Viudo con hijos pequeños.
Fernando Calpena (10). *Mendizábal* (1898) y *Tercera Serie*. Joven. Apasionado.

Liberal.

Pepe Hillo (8) . Desde *De Oñate a La Granja* (1898). Sacerdote. Liberal. Listo.

Demetria (9). Desde *De Oñate a La Granja*. Joven. Burguesía campesina.

Perfecta. Huérfana.

Gracia (7). Desde *De Oñate a La Granja*. Hermana menor de Demetria.

Beltrán de Urdaneta (8). *La campaña del Maestrazgo* (1899). Noble. Anciano.

Liberal. Independiente y aventurero.

Santiago Íbero padre (9). *Vergara* (1900). Militar. Liberal. Amigo de Fernando.

Montes de Oca (8). *Montes de Oca* (1900). Militar. Liberal moderado. Idealista.

Lucila Ansúrez (8). *Narváez* (1903). Joven. Popular. Máxima belleza.

Gracián (Tomín) (8). *Los duendes de la camarilla*. Militar modesto. Liberal.

Juan Santiuste (Confusio) (7). *O'Donnell. Aita Tettauén* (1904). Ilustrado. Aventurero.

Diego Ansúrez (7). *Carlos IV en La Rápita. La vuelta al mundo en La Numancia*.

(1905) Pobre. Aventurero. Liberal

Santiago Íbero hijo (8). *España sin rey* (1907) Aventurero. Liberal.

Tarsis (7). *El caballero encantado* (1909) Joven. Bohemio.

Mari Clío (La Madre) (8) Desde *El caballero encantado* y en Quinta Serie de Episodios.

Mujer. Edad variante. Abstracción surrealista: "Historia española".

- *Del teatro:*

Victoria (7). *La loca de la casa*.(1893). Renuncia a su vocación religiosa por sacrificio.

Rosario, Duquesa de San Quintín (8). *La de San Quintín* (1894). Aristócrata sin superioridad de clase. Buena, normal. Liberal. Independiente.

Víctor (7). *La de San Quintín*. Liberal e independiente. Honrado. Obrero.

José León (Martín Bravo) (7). *Los condenados*.(1894) Perseguido injustamente.

Salomé (7). *Los condenados*. Joven, fiel, independiente.

Santiago Paternoy (8). *Los condenados*. Magnánimo, justo.

Isidora (9). *Voluntad* (1895). Luchadora, fiel.

Electra (9). *Electra*. Joven independiente, de extraordinaria pureza en el amor y fiel a su conciencia moral y religiosa.

Máximo (8). *Electra*. Viudo con dos niños, enamorado de "Electra". Liberal.

Pablo Cienfuegos (7). *Alma y vida* (1902). Revolucionario, idealista.

María (9). *Mariucha* (1902). Luchadora, independiente, fiel.

León (7). *Mariucha*. Joven, convertido, liberal.

Don Rafael. *Mariucha*. Sacerdote del pueblo. Abierto, valiente, pastor, fiel.

Eliséa (8). *Amor y ciencia* (1905). Religiosa, abierta, servicial eficaz.

Pedro Minio (7). *Pedro Minio* (1908). Residente tercera edad. Abierto. Krausista.

Casandra (8). *Casandra* (1913). Maltratada, luchadora, violenta.

Alceste (8). *Alceste* (1914). Reina griega. Sacrifica su vida por salvar al reino y al rey.

Juana de Castilla (8). *Santa Juana de Castilla*. Erasmista. Maltratada por la corte..

Sor Simona (7). *Sor Simona*. Religiosa entregada a los pobres. Natural.
Antón Caballero (7). *Antón Caballero* (1918). Revolucionario, vengador, convertido.
Los personajes citados son ochenta y tres.

b) Con Identificación media (entre 6.5 y 5 puntos):

- De las Novelas independientes:

Claudio Bozmediano (6). *La Fontana de Oro*. Joven, militar, honrado, algo liberal.
Rosario (7). *Doña Perfecta* (1876). Joven. Oprimida por el entorno. Frágil.
Rosalía (7). *Rosalía*. Joven. Oprimida por el entorno. Frágil.
Buenaventura Lantigua (6). *Gloria*. De la familia Lantigua. Único medio liberal.
Teodoro Golfín (6). *Marianela*. Oftalmólogo eminente. Creyente. Abierto. Sabio.
María Sudre (5). *La familia de León Roch*. Joven. Casada. Oprimida por el entorno.
Alejandro Miquis (6). *El doctor Centeno*. Joven, anárquico, bohemio, bueno, enfermo.
Isidora (6). *La desheredada*. Joven, enajenada, pobre, enloquecida.
Joan Bou (5). *La desheredada*. Burgués, honrado, simple.
Padre Nones (6). *Tormento* (1884). Sacerdote sabio, bueno.
Rafael de Águila (6). *Torquemada en la cruz* (1893). Joven burgués. Honrado.
Fidela de la Cruz (5). *Torquemada en el purgatorio. Torquemada y San Pedro* (1894 y 1895). Casada. Sufrida.
Gamborena (6). *Torquemada y San Pedro*. Sacerdote. Prudente, justo.
Don Pito (6). *Ángel Guerra* (1881). Pobre. Bohemio.
Lucía (6). *Ángel Guerra*. Pobre. Pobre. Ciega.
“El sacrilego” (5). *Nazarín*. (1896). Delincuente ladrón.
Leonor, La Peri (6). *La incógnita*. (1888). Prostituta buena, fiel.
Federico Viera (6). *La incógnita*. Bohemio, liberal, buen corazón.
Almudena (6). *Misericordia* (1897). Mendigo. Ciego. Marroquí. Tiñoso.
Francisco Ponte (5). *Misericordia*. Pobre vergonzante.
Nelly y Dolly (5). *El abuelo* (1897). Niñas.
Pío Coronado (6). *El abuelo*. Anciano maestro frustrado.
Tarsis (6). *El caballero encantado* (1909). Joven, sin identidad propia clara.

- De Los Episodios Nacionales:

Pepita González (5). *La Corte de Carlos IV* (1873). Actriz.
Don Celestino (6). *La Corte de Carlos IV*. Sacerdote. Pobre. Simple.
Santiago Fernández (El Gran Capitán) (7). *Bailén* (1873). Anciano. Patriota.
Nomdedeu (7). *Gerona* (1874). Anciano. Bueno.
Josefina (7). *Gerona*. Joven. Sencilla. Recuerda a Inés.
Fermina (6). *El equipaje del rey José* (1875). Madre soltera. Humilde.
Genara (6). Desde *El equipaje del rey José*. Seductora.
Padre Alelí (5). *Los Apostólicos* (1879). Sacerdote bonachón. Simple.

Zumalacárregui (8). *Zumalacárregui* (1898). General carlista.
Narciso Vidaurre (9). *Mendizábal*. Sacerdote que educó a Fernando Calpena.
Juan Álvarez Mendizábal (7). *Mendizábal* (1898). Político. Masón.
Aura (7). Desde *Mendizábal*. Joven. Bella. Insegura.
Churi Arratia (7). *Luchana* (1899). Joven. Extraño. Vasco.
Zoilo Arratia (7). *Luchana*. Joven. Apasionado. Vasco. ¿Liberal?
Bartolomé Espartero (8). *Luchana*. General liberal.
Saloma (7). *La campaña del Maestrazgo* (1899). Joven. Sencilla.
Bartolomé Galán (7). *La campaña del Maestrazgo*. Joven. Militar bajo grado.
Marcela (6). *La campaña del Maestrazgo*. Monja peregrina. Extraña.
Pilar (5). Desde *La estafeta romántica* (1899). Alta nobleza. Madre oculta.
Rafael Maroto (6). *Vergara* (1900). General carlista. Honrado.
Rafaela Milagro (6). *Montes de Oca* (1900). Clase media. Seductora.
Cristina (5). *Los Ayacuchos* (1900). Reina Regente.
Don Matías (7). *Los Ayacuchos*. Sacerdote. Bueno. Liberal.
Narváez (5). *Bodas Reales* (1901). Militar. Político. Medio liberal.
Bruno Carrasco (5). *Bodas reales*. Político arribista provinciano.
Leandra (6). *Bodas Reales*. Esposa de Bruno. Fantasiosa. Desarraigada.
Pepe Fajardo (7). Desde *Tormentas del 48* (1902). Burgués. Ocioso. Extraño.
M^a Eugenia de Amparán. (7). *Tormentas...* Casada por imposición familiar.
Jerónimo Ansúrez (6). *Los duendes de la camarilla* (1903). Padre de clan rural independiente. Libre.
Virginia (7). *La revolución de julio* (1904). Joven. Independiente. Empobrecida.
Leoncio Ansúrez (7). *La revolución de julio*. Joven. Independiente. Pobre.
Vicente Halconero padre (5). *Los duendes de la camarilla*. Rico campesino.
Teresa Villaescusa (7). *O'Donnell* (1904). Dominada y rentabilizada por su madre.
Vicente Halconero hijo (6). *España sin rey* (1907). Joven. Liberal.
Emilio Castelar (6). *España sin rey*. Político. Orador.
Toribio (6). *Aita Tettauen* (1904). Capellán castrense Africa. Extraño.
El Nasiry (Gonzalo Ansúrez) (6). *Aita Tettauen*. Renegado. Déspota.
Donata (7). *Carlos IV en la Rápita* (1905). Joven. “Protegida” de un sacerdote.
Belisario (5). *La vuelta al mundo en La Numancia* (1906). Marinero. Libre.
Fenelón (5). *La vuelta al mundo...* Marinero. Moralidad ambigua.
Binindo (5). Idem.
Prim (7). *Prim* (1906). General. Liberal. Político.
Isabel II (6). *La de los tristes destinos* (1907). Reina. Incierta.
Fernanda Íbero (7). *España sin rey*. Joven. Maltratada en el amor.
Wifredo (8). *España sin rey*. Caballero. Pobre. Quijotesto.
Segismundo García Fajardo (5) *España sin rey*. Joven. Libertino.
Tito (8). Desde *Amadeo I* (1910). Joven. Pequeño. Mujeriego. Extraño.

Leonarda (6). *De Cartago a Sagunto*. Prostituta.

- *Del teatro:*

Bárbara (6). *Bárbara*. Viuda. Noble. Secuestrada por el poder. Sacrificada.

Leonardo (6). *Bárbara*. Caballero español. Sacrificado.

Berenguer (5). *La fiera*. Revolucionario liberal. Convertido al pacifismo.

Susana (5). *La fiera*. Joven, independiente.

Marqués de Ronda (5). *Electra*. Noble justo que libera a Electra.

Casandra (7). *Casandra*. Joven madre, abandonada. Maltratada.

Celia (6). *Celia en los infiernos*. Joven independiente. Renuncia a su status social.

Pastor (5). *Celia...* Ayo de Celia. Persona buena y prudente.

Leoncio (5). *Celia...* Obrero, pobre. Honrado. Libre.

Esther (5). *Celia...* Familiar de Celia. Pobre. Inocente. Libre.

Laura (5). *Alma y vida*. Noble. Angustiada y desalentada, a pesar del amor.

Guillermo Bruno (6). *Amor y ciencia*. Médico. Converido. Entregado a los demás.

Marqués de los perdones (5). *Pedro Minio*. Noble. Educador y gestor liberal.

Sor Luisa (6). *Idem*.

Alejandro (6). *La razón de la sin razón*. Joven. Confuso. Fiel. Libre.

Don Hilario (5). *La razón...* Sacerdote. Bueno. Equívoco.

Pelegrín (6). *El tacaño Salomón*. Honrado. Inteligente. Magnánimo.

José Salomón (6). *El tacaño Salomón*. Inteligente. Bueno.

Francisco de Borja (5). *Santa Juana de Castilla*. Sabio religioso bueno y abierto.

Atenaida (7). *La razón de la sinrazón*. Maestra. Inteligente luchadora.

Eugenia (6). *Un joven de provecho*. Joven. Ingenua.

Los personajes citados son noventa y dos.

2. Personajes de desidentificación total. *Galdós se aleja de ellos*.

Sus ideas y sus planteamientos existenciales son rechazados claramente (con mayor o menor rotundidad). El pensamiento del autor es exactamente el contrario a lo que estos representan; y en este sentido (de “lo opuesto”) lo expresan.

En esta serie la puntuación es: $MR = \text{máximo rechazo} / \text{®} = \text{rechazo}$.

- *De las Novelas independientes:*

Elías Orejón (MR) *La fontana de oro*. Fanático. Prepotente. Espía traidor.

Porreño (Pari Paz, Salomé, Paulina) (MR). *La fontana de otro*. Intrigantes, dominadoras, beatas, falsa mística)

Lorenzo Segarra (MR). *El audaz. Historia de un radical de antaño*. Falso. Secretario.

Conde de Cerezuelo (MR). *El audaz*. Aristócrata. Cruel. Fanático. Solitario.

Susana Cerezuelo ®. *El audaz*. Orgullosa, suficiente.

Fray Jerónimo de Matamala (MR). *El audaz*. Intrigante, cruel, fanático.

Padre Corchón (MR). *El audaz*. Cruel, aburguesado, fatuo, fanático.
Juan Crisóstomo ®. *Rosalía*. Fanático ultraconservador. Ingenuo. Algo avaro. Tirano.
Romualda (MR). *Rosalía*. Intrigante alcahueta. Falsa. Cruel.
Buenaventura Rotondo (MR). *El audaz*. Intrigante. Falso.
Doña Perfecta (MR). *Doña Perfecta*. Viuda. Integrista. Perversa.
Don Inocencio (MR). *Doña Perfecta*. Sacerdote. Prepotente. Ultra conservador.
Cómplice de asesinato.
Caballuco ®. *Doña Perfecta*. Sirviente. Brutal. Asesino.
Don Juan Lantigua ®. *Gloria*. Hacendado. Integrista. Dominador.
Don Ángel ®. *Gloria*. Obispo. Integrista y “político” eclesiástico.
Pablo ®. *Marianela*. Joven. Invidente. Infel al amor de Marianela.
Florentina ®. *Marianela*. Campesina. Tirana.
Padre Paoletti (MR). *La familia de León Roch*. Sacerdote. Manipulador espiritual.
Los marqueses de Tellería ®. *La familia de León Roch*. Aristócratas. Orgullosos.
Sanguijeruela ®. *La desheredada*. Egoísta, zafia, dura.
Marquesa de Aransís ®. *La desheredada*. Aristócrata. Soberbia. Dura.
Pedro Polo (MR). *Doctor Centeno. Tormento*. Sacerdote. Cruel. Degenerado.
Rosalía ®. *Tormento. La de Bringas*. Orgullosa. Insensata, derrochadora, infiel.
Francisco Bringas Thiers.(R) *La de Bringas*. Meticuloso, dominador, avaro.
Tía Cándida ®. *El amigo Manso*. Dominadora, insensible.
José M^a Bueno Guzmán (MR). *Lo prohibido*. Deshonesto. Cínico. Adúltero.
Eloísa ®. *Lo prohibido*. Casada infiel. Derrochadora.
Juan Santa Cruz (MR). *Fortunata y Jacinta*. Falso. Seductor. Infel. Ocioso. Lujo.
Doña Lupe, la de los pavos.(R) *Fortunata y Jacinta*. Dominadora, intrigante.
Victor Cadalso ®. *Miau*. Falso. Seductor. Mal padre.
Augusta Cisneros ®. *La incógnita*. Infel.
José Bailón ®. *Torquemada...* Sacerdote. Indigno.
Lope Garrido (MR). *Tristana*. Burgués. Dominador cruel. Abuso sexual.
Cruz de Águila ®. *Torquemada...* Mujer edad mediana. Intrigante. Dominadora.
Conde de Feramor ®. *Halma*. Noble. Soberbio. Integrista.
Doña Paca ®. *Misericordia*. Burguesa. Pobre vergonzante. Falsa. Ingrata.
Lucrecia ®. *El abuelo*. Noble. Soberbia. Integrista. Dura de corazón.
Don Carmelo ®. *El abuelo*. Cura del pueblo. Zafio, comilón.

- *De los Episodios Nacionales:*

Amaranta ®. *La Corte de Carlos IV*. Noble. Dominadora. Soberbia. Intrigante.
Los Requejo (MR). *19 de marzo y 2 de mayo*. Comerciantes. Cruels. Tiranos.
El licenciado Lobo ®. *19 de marzo...* Político bajo. Conservador. Corrupto. Cruel.
Juan Ferragut ®. *Gerona*. Canónigo. Duro, inclemente.
Condesa Rumblar ®. *Cádiz*. (Como Amaranta).

Mosén Antón (MR). *Juan Martín el Empecinado*. Sacerdote guerrillero. Indigno.
Celestino Malvar. Idem.
Miss Fly ®. *La batalla de los Arapiles*. Joven. Intrigante.
Fernando “Garrote” ®. *El equipaje del rey José*. Cacique. Seductor. Integrista.
Miguel de Baraona ®. Segunda serie. Integrista radical. Padre de Sola.
Carlos Navarro (MR). Desde *El equipaje...* Militar absolutista, carlista. Integrista.
Enorme dureza de corazón.
Juan Bringas (Pipaón) (MR). Desde *Memorias de un cortesano de 1815*. Político bajo. Corrupto. Traidor.
Fernando VII (MR). *Segunda Serie de Episodios*. Rey. Inepto. Traidor.
Francisco Chaperon (MR). *El terror de 1824*. Conservador. Policía. Cruel.
Marañón (MR). *El terror de 1824*. Fraile. Indigno. Cruel.
Vinuesa ®. *El Grande Oriente*. Sacerdote. Indigno.
Sor Teresa de Aransís ®. *Un voluntario realista*. Monja. Dominante. Infiel.
Tilín (Pepe Armengol) ®. *Un voluntario realista*. Sacristán. Irreverente. Integrista.
Carlos Isidro ®. *Los Apostólicos*. Pretendiente. “Rey” carlista. Simple.
Felicísimo Carnicero (MR). *Los Apostólicos*. Comerciante. Avaro. Cruel.
Tablas ®. *Un faccioso más y algunos frailes menos*. Empleado. Corrupto.
José Fago ®. *Zumalacárregui*. Sacerdote y militar estratega.
María Tirgo ®. *Luchana*. Nobleza campesina. Intrigante. Egoísta.
Juana Teresa ®. *La estafeta romántica*. Idem.
Jacoba Zahón ®. *Mendizábal*. Comerciante. Intrigante. Cruel.
Prudencia ®. *Luchana*. Comerciante. Intrigante. Egoísta.
Ramón Cabrera (MR). *La campaña del Maestrazgo*. General carlista. Extraño.
Lorente, Putxel y Escoriuela (MR). *La campaña del Maestrazgo*. Sacerdotes guerrilleros.
María de las Nieves (MR). *De Cartago a Sagunto*. Comandante carlista. Cruel.
Sor Catalina de los Desposorios (MR). *Tormentas del 48*. Monja. Intrigante.
Sor Patrocinio de las Ilagas (MR). *Narváez*. Monja pseudomística. Política.
Domiciana (MR). *Los duendes de la camarilla*. Ex monja. Comerciante.
Martín Merino ®. *Los duendes...* Sacerdote. Revolucionario político.
Toribio ®. *Aitta Tetauen*. Sacerdote castrense.
Guillermo de Aransís ®. *O’Donnell*. Joven. Integrista.
Don Juanondón (Arcipreste de Talavera) (MR). *Carlos IV en La Rápita*. Sacerdote. Cacique. Falso. Mujeriego. Carlista.
Don Hilario (MR). *La Primera República*. Sacerdote. Oscuro. Mujeriego.

- *Del teatro:*

Juan Tremp (MR). *La fiera*. Absolutista. Cruel.
Pantoja (MR). *Electra*. Dominador fanático religioso.

Evarista (MR). *Electra*. Cómplice de “Pantoja”
Doña Juana (MR). *Casandra*. Tirana rica. Máxima perversión de la justicia y de la religiosidad.
Rogelio ®. *Casandra*. Infiel. Cobarde
Moncada ®. *La loca de la casa*. Hombre débil. Consiente por interés lo injusto.
José María Cruz (Pepet) (MR). *La loca de la casa*. Tirano. Cruel.
Demetrio (MR). *Bárbara*. Tirano. Cruel.
Horacio (MR). *Bárbara*. Inmoral. Político adulator.
Dióscoro (MR). *La razón de la sinrazón*. Magnate. Corrupto. Tirano.
Pánfilo ®. *La razón...* Semejante a Dióscoro.
Pheres y Erecta (MR). *Alceste*. Abuelos. Egoistas.
Paulina ®. *Amor y ciencia*. Aristócrata. Soberbia. Convertida.
Infante ®. *Realidad*. Falso amigo. Difamador. Corrompido.
Augusta ®. *Realidad*. Esposa infiel incapaz de confesar su falta. Mentirosa.
Don Pelayo y Malva (MR). *Antón Caballero*. Caciques. Usurpadores. Dominantes.
Alejandro (MR). *Un joven de provecho*. Corrupto político. Falso amante.

Los personajes citados (selectivamente) son noventa y dos.

Junto a estos personajes hay una galería amplia de tipos de escasa talla moral (no exentos de algunos valores) con los que el autor convive. A estos los admite como son; apenas los juzga. Ni los aprueba ni los condena. Reflejan sencillamente la condición humana, una condición que abraza con cierta ternura y respeto, pero cuya ideología no comparte. O, al menos, no se define sobre ella.

Aunque la enumeración que acabamos de hacer tenga un carácter convencional y peque de subjetivismo en la apreciación (y, sobre todo, en la evaluación que la acompaña), no cabe duda de que el elevadísimo número de personajes queridos por el autor y dotados de cualidades claras ($82+91= 173$) y el también crecido elenco de figuras que rechaza (90) permiten una notable aproximación a su pensamiento; especialmente cuando los valores se explicitan en boca de los protagonistas y en comportamientos que son ensalzados o rechazados.

Capítulo III. APROXIMACIÓN TEOLÓGICA a la OBRA DE BENITO PÉREZ GALDÓS.

Nos vamos acercando al desarrollo formal de nuestra tesis. Volvemos a abordar dos cuestiones fundamentales: primera (como pregunta inicial y constante), ¿cuál es el objeto y el fin esencial de la creación galdosiana?; y, segunda, ¿incluye su planteamiento una suficiente perspectiva teológica? Y a propósito de este segundo interrogante: ¿intentó Galdós con sus obras -a lo largo de ellas, durante cincuenta años- ofrecer también una reflexión teológica (de signo cristiano) sobre la condición humana individual y colectiva y sobre el cristianismo, con ánimo de brindar tal pensamiento a los españoles y, de modo particular, al catolicismo español de los siglos XIX y XX?

Aun en el caso de que no constara explícitamente esa pretensión, ¿se puede extraer de sus obras una reflexión teológica importante, respetando la contextura literaria de las mismas?, ¿podemos hablar en ellas de una espiritualidad de serio calado evangélico, susceptible de ser desarrollado, es decir, de una teología capaz de diseñar la identidad cristiana y eclesial? Y, si se verifica esta hipótesis, ¿qué interés hermenéutico puede tener, además, la elaboración de esa teología en los momentos actuales?

a) La pregunta sobre el hombre, esencia de la obra galdosiana.

Toda la obra de Galdós, absolutamente toda, es una honda pregunta sobre el ser humano en su condición histórica real y –desde ahí- sobre su tremenda condición existencial como individuo y como colectividad. Tras el discurso estético y narrativo aparecen siempre las cuestiones fundamentales sobre el sentido del vivir y del ser y de los condicionamientos que actúan en el desenvolvimiento, en la salvación o en la pérdida de la persona. El principio orteguiano del “yo y sus circunstancias” tiene ya plena vigencia en el escritor canario.

Las fuentes claras de su inspiración se remiten a las concepciones más firmes del momento (o de nuestra historia patria) sobre el hombre y su devenir. La filosofía y la literatura filosófica europeas son añadidas a su reflexión al contemplar a los personajes que van surgiendo de la realidad y de la imaginación y llenan su mundo. Estos no son seres puramente individuales y anecdóticos. Son el hombre.

Entre esas influencias de elaboración antropológica, forzando la mejor síntesis del discurso, aparecen, por una parte, los filósofos franceses del XVIII y los positivistas euro-

peos del XIX, el idealismo alemán de Krausse y los utilitaristas ingleses, abriendo paso juntos a la racionalidad: por otra, Cervantes, Calderón y Quevedo orientando el difícil afrontamiento de la conciencia individual (del mundo interior) con la realidad social envolvente y determinante. Y -en todo ese río de ideas discernidas sobre el hombre- un rico caudal de savia religiosa, recogiendo no sólo la tradición original neotestamentaria sino, a la vez, la mística teresiana.

La pregunta sobre la realidad enigmática y sobre el sentido le conduce, pues, al problema religioso, sin discontinuidad alguna. La fe y la salvación y sus mediaciones históricas son temas inherentes a la persona, y brotan con normalidad -y con su tremenda complejidad- a lo largo y ancho de los escritos. No son cuestiones paralelas y -menos aún- secundarias en la concepción del mundo galdosiano.

Precisamente la amplitud y dificultad de los asuntos religiosos que surgen en esa realidad integral de la persona es lo que va a suscitar la reflexión teológica.

b) Sobre la condición teológica de la obra de Galdós.

Como es obvio, si quisiéramos investigar teológicamente la verdad del Cristianismo habría que contemplar, ante todo, la espiritualidad de los primeros creyentes en sus trayectorias personales y en sus escritos (entendiendo por espiritualidad el modo normal de vivir basado en la fe crística, su concepción de la vida y de los seres, del mundo y del futuro, nacida de ese espíritu nuevo). Después, tendría que recurrirse a todo el Nuevo Testamento, en directo y a través de sus mejores intérpretes: a los Santos Padres, al Magisterio genuino de la Iglesia, y los teólogos serios bien fundados. ¿También a los literatos?

Veamos la cuestión despacio.

Evidentemente Galdós no es teólogo y, sin embargo, llega a serlo. Las dos cosas al mismo tiempo. No lo es de profesión; menos aún de psicología clerical o de interés por alguna sistematización teórica de la fe cristiana. No es de esperar tampoco en él el rigor y la exactitud de los términos empleados; incluso podríamos desear una alusión más explícita a la figura de Jesús en las experiencias religiosas abundantes de los personajes a lo largo de toda la obra, experiencias que con frecuencia se refieren directamente a Dios.

Pero sí es teólogo -y teólogo cristiano- en cuanto que, primero, toda su obra es un excepcional diseño de la espiritualidad evangélica, desarrollando una sorprendente y excepcional sensibilidad y sintonía respecto a las esencias evangélicas; y, segundo, el Dios preferente de sus héroes es el Dios de Jesucristo. Y a partir de estas dos premisas traza el análisis -siempre novelado- de los grandes temas del mensaje del Cristianismo. De forma que se convierte en un testigo excepcional y crítico de la existencia cristiana concreta (de la realidad creyente) plasmada con frecuencia contradictoriamente por los católicos de su tiempo y de este tiempo. Y lo hace no desde la teoría o el discurso sistemático, sino desde imágenes trazadas con una honda cimentación neotestamentaria. Además, desde una libertad crítica y un análisis detenido y realista de las personas y de los hechos, no exento de colorido y de belleza.

Es decir, en esta dimensión de su obra la condición de literato representante del realismo parece quedar sobrepasada por una extraordinaria sintonía personal y sensibilidad respecto al problema religioso y a los planteamientos del Evangelio de Jesús, ambas perspectivas insertas en las confrontaciones violentas de los españoles del XIX y del XX.

Verificaremos estas afirmaciones en los capítulos centrales de nuestro trabajo.

En este sentido, advirtamos que su visión integrada de la identidad religiosa cristiana puede ofrecer un interés máximo para todos, creyentes y no creyentes; porque indica un camino justo para situar pacíficamente posturas contrapuestas, superando dualismos antagónicos (visceral e ideológico) que nos llevaron a las guerras de religión hasta muy entrado el siglo XX, y que posiblemente son la causa del laicismo cómodo y trasnochado que padece hoy en buena medida la sociedad española.

Es importante para nosotros señalar que Galdós, maestro nato, hace esa propuesta de fuerte nivel teológico empleando una acertada metodología. Por una parte, con la sutileza del literato, ayudándonos a descartar de nuestra valoración y afecto los personajes de connotación religiosa negativa que resultan nefastos y que son, desde luego, anticristianos (lista interminable que encabezan Doña Perfecta, Torquemada, los hermanos Requejo, Amaranta, Carnicero, Pipaón, Mosén Antón, el clérigo José Fago, Serafinita Lantigua, Doña Juana (de Casandra), los frailes Salmón, Alelí y Gracián, Sor Teodora de Aransis, Tilín, Carlos Navarro, Pedro Polo, Juan Hondón, el caudillo carlista Ramón Cabrera, Pantoja, un buen número de clérigos, etc.)...¹²⁸; en general, falsos creyentes, profesionales de la religión, espíritus posesivos y dominadores, engreídos, o tiranuelos, pícaros expertos en ganar dinero injusto e ilegítimo y utilizar lo religioso con estos fines, fanáticos de la guerra o, en fin, políticos y cortesanos de Cortes tan lamentables como las de Fernando VII y la de su hermano Carlos Isidro.... Y, por otra, a la vez, llevándonos ante todo, a admirar, amar e integrar otra serie –algo más escasa pero mucho más importante– de protagonistas inolvidables, pintados con trazos enérgicos y descritos con detenimiento, que van ganando en claridad, en fe y en absolutos valores cristianos, aunque nunca dejen de padecer la condición agónica del creyente. A estos últimos nos referiremos primordialmente a lo largo de nuestro trabajo como portadores de una significación teológica.

Es decir, como genial pedagogo (y más que discreto catequista y teólogo), Don Benito adentra en la verdad evangélica (en su esencia y en sus consecuencias) mediante una extensa y apasionante parábola; quizás desarrollando sin pretenderlo (en su novelística y su teatro) las parábolas magistrales de los evangelios sinópticos: las del hijo pródigo, del buen samaritano, del tesoro y la perla, de la mujer que halla la moneda perdida, de los talentos, del administrador inmoral, del sembrador, del rico y necio hacendado...

¹²⁸ V. Entre otras obras, *Doña Perfecta*, *Torquemada en la hoguera*, *Juan Martín el Empecinado*, *La batalla de los Arapiles*, *La campaña del Maestrazgo*, y, prácticamente, todas y cada una de las novelas y piezas teatrales, *Electra* en particular. En todas aparecen esos tipos dotados de tremenda negatividad.

Nos proponemos, pues, recorrer esa apasionante metodología temática, y, seguramente, disfrutar con tal visión.

1. Planteamientos previos. Razón teológica en las obras de Galdós.

Trataremos enseguida con detención las cuestiones que hemos formulado y las afirmaciones adelantadas; pero previamente, antes de hablar del literato Galdós y de su posible teología, convendrá establecer (a nivel teórico, al menos) la posible concordancia entre el cuerpo de una literatura dada (la española y la europea, por ejemplo) y los estudios teológicos (que habitualmente escapan a la limitación geográfica y temporal).

1.1 Teología y literatura.

Benito Pérez Galdós es, ante todo, un literato, es decir, un escritor en quien concurren todas las condiciones de la literatura: belleza lingüística magistral, expresión de un imaginario colectivo y un mensaje ideológico. ¿Existe posible conexión entre esas condiciones y los intereses de la ciencia teológica? La respuesta, en líneas generales, depende del nivel de planteamiento religioso y cristiano (explícito e implícito) que aparezca en su obra. Ya hemos señalado que ese nivel es alto. Pero el estudio de tal dimensión teológica supone que, previamente, adelantemos alguna reflexión sobre las relaciones teóricas (y de hecho) entre teología y literatura.

a) Aproximaciones a la posible relación entre teología y literatura.

Primera aproximación. El discurso teológico no debiera ser patrimonio eclesiástico.

Vivimos en un prejuicio que no acabará de despejarse a causa del ingente patrimonio que lo sustenta y de la mentalidad común que lo apoya: la teología es cosa de eclesiásticos; sólo ellos se reconocen a sí mismos y son reconocidos como aptos y competentes para pensar y escribir teología. Éste es un gravísimo error de la Iglesia, especialmente de la católica, pero no es el momento de entrar en su análisis. Daniel GAUTIER, reivindicando el carácter de teólogo para F. de Lamennais, hace una defensa firme de la posible e imprescindible condición teológica de numerosos literatos y ensayistas no eclesiásticos.

129

¹²⁹ “*Comment accepter de se voir donner de leçons de miséricorde par un laïc anticlerical qui ne songe qu’à ternir l’image de ‘notre Sainte Eglise’, penseraient certains? Le monde spirituel est-il réservé aux seuls ecclésiastiques ou bien est-ce l’affaire de tous?... La littérature a beaucoup fait ces derniers temps pour rendre le spirituel accessible à tous, Des auteurs français comme Bernanos, Péguy, Claudel... ont apporté beaucoup à la spiritualité chrétienne...*” (DANIEL GAUTIER, *Lamennais – Galdós, ou comment réconcilier l’Eglise et le peuple d’après deux prophètes ‘étranges’*”. R. Isidora, nº 17, pág. 96). En el mismo sentido podríamos citar nosotros (limitándonos al XIX-XX) a Unamuno, Ortega y Gasset, Julián Marías, Pedro Laín Entralgo, José Luis Aranguren..., y -en el campo estrictamente literario. Juan Ramón Jiménez, Gerardo Diego, Luis Rosales, León Felipe, el mismo Federico G. Lorca y, en la cima de todos ellos desde el punto de vista que nos atañe, Galdós.

No todos los autores (ni todas sus obras de claro valor lingüístico) integran aspectos teológicos (desarrollos del pensamiento religioso referidos de algún modo a la existencia cristiana o a sus fuentes). Pero son muchos (innumerables), especialmente en la literatura española, los que, tal vez sin proponerse el hacer teología, de hecho incluyen sorprendentes análisis de los grandes temas creyentes, tanto en la prosa como en la lírica poética y en el teatro. Muestran problemas religiosos básicos, se hacen eco de hondos sentimientos religiosos y sorprenden con interpretaciones e intuiciones admirables de los misterios cristianos. Aunque, como es previsible, la exactitud y la amplitud de los planteamientos conceptuales (en esos escritos) venga condicionadas por la preparación personal del autor y por la estructura literaria de cada obra.¹³⁰

Pongamos un ejemplo. El romance *San Gabriel* de Federico García Lorca (en el *Romancero gitano*), ensalzamiento de la figura simbólica del arcángel y de la figura histórica de la Virgen (del comienzo de la Redención), interpreta el pasaje evangélico de la Anunciación de una manera bellísima, penetrada del misterio de la encarnación y de la pascua de Jesús, con el artificio del diálogo entre el ángel –gitanillo- y María, a la que, de forma única, llama el poeta aquí Anunciación de los Reyes (“bien lunada y mal vestida”) evocando así a la querida patrona sevillana.

La literatura se produce, entonces, por el camino del simbolismo, dando corporeidad y trascendencia, devolviendo seguramente al sentir religioso humano y a los grandes temas de la Revelación Cristiana su derecho a una mayor claridad y a suscitar emoción e interés profundo, aun dentro de su inaccesibilidad.

Esto es lo que ocurre –a título de breves ejemplos- con

- *El anuncio a María*, de Paul Claudel, respecto a la Encarnación del Verbo;
- *Cristo de nuevo crucificado*, de Nikos Kazantzakis, respecto a la Pasión y Muerte de Jesús;
- *Tiempo de espadas*, de Jaime Salóm, respecto a la Última Cena,

¹³⁰ Nos parece normativa (para la investigación de las relaciones entre teología y literatura) la obra ya clásica de Charles MOELLER *Literatura del siglo XX y cristianismo*, Ed. Gredos. Madrid 1970, en varios volúmenes; ver especialmente la introducción al volumen I (*El silencio de Dios*). Otro exponente de esta metodología puede ser el libro *Cuatro poetas desde la otra ladera* de OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL (TROTTA. MADRID 1996). Y de forma más reducida, *Teología de Antonio Machado*, de JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ RUIZ (Sal Terrae. Santander. 1989). Refiriéndonos expresamente a Galdós, debemos remitirnos Al capítulo 4 (*Santa Teresa y el arte religioso*) de la obra de Rubén BENÍTEZ *La literatura española en las obras de Galdós: la función y el sentido de la intertextualidad* (Universidad de Murcia, págs. 95 a 146); el autor agrupa ahí los textos de literatura religiosa y mística de las obras de Galdós en cuatro centros de interés: a) la presencia de textos de la literatura mística española, sobre todo, de Santa Teresa; b) la imitación de la vida de Jesús y de los santos; c) la busca de las raíces orientales del misticismo español; y d) las religiones esotéricas y la demonología (en los escritos de la última etapa).

- *Dios deseado y deseante*, de Juan Ramón Jiménez, *Las moradas*, de Santa Teresa, *La frontera de Dios*, de José Luis Martín Descalzo, y tantos otros, respecto a la comunión con Dios;
- *San Manuel bueno, mártir*, de Miguel de Unamuno, *El león dormido en el invernadero*, de Graham Greene, *Diálogo de carmelitas*, de Georges Bernanos, *La torre sobre el gallinero*, etc., respecto al problema de la fe;
- *Así en la tierra como en el cielo*, de Robert Bolt, *Muerte en la catedral*, de J. Anouïl, *El hereje*, de Miguel Delibes, *Las sandalias del pescador*, de Morris West, etc., respecto a temas eclesiales;
- Los dramas teológicos y los autos sacramentales de nuestros Siglos de Oro respecto a los temas de la salvación y la redención encarnados en el mundo sacramental cristiano.¹³¹

Segunda aproximación. Condición comunicativa inherente al saber teológico.

La ciencia teológica debe cumplir una función sapiencial imprescindible para el asentamiento de la fe en la persona y en la comunidad cristiana, despertando, además, una dinámica de búsqueda y de apertura. Pero arrastra un problema didáctico: su dificultad de comunicación al creyente (y al hombre en general); linda con la aridez de la abstracción y esto la hace distante, inservible. En primer lugar, porque –en sí misma– tiende a la reflexión pura desde el dato revelado; y, a la vez, porque sitúa su lenguaje dentro de un sistema discursivo (de una filosofía) que requiere afinidad y capacidad intelectivas bastante especiales. Lo que sucede a pesar de que su intención sea exhortativa y pastoral (como es el caso de la teología patristica o la del magisterio de la iglesia).

En esta situación los escritos teológicos tienen un alcance popular muy limitado o de escaso valor. Incluso resultan fatigosos a sus mismos lectores convencionales en cuanto que esos textos, aun siendo admirables y necesarios, adolecen de falta de cercanía real, de calor humano, de colorido, de imagen concreta, de dramática. Es decir, están demandando que exista al menos otra versión que los dote de belleza lingüística y de encarnación en la vida de los humanos, aun a riesgo de perder contextura orgánica en la exposición de los saberes y fortaleza o desarrollo en las afirmaciones.

A la teología (no así a la Biblia) le falta probablemente mucha mayor densidad de lengua bella y dramática y un mundo lector que no se reduzca al eclesiástico. En cambio, la poesía, el teatro, la novela sí son populares o, por lo menos, accesibles para la mayor

¹³¹ Para una visión de conjunto de la perspectiva teológica de nuestro patrimonio literario ver *Religiosidad y cristianismo en la literatura española*, cap. 6 de mi libro *Teoría y didáctica del patrimonio cultural cristiano*, Ed. Universidad de Granada-ICCE. Granada 2006, págs. 201 – 242

parte de la población que goza de cultura intelectual media (o incluso baja) y que se siente atraída por la emoción de los sentimientos y de las tramas reales de la vida.

Sin embargo, ¿puede la teología pura sentirse condicionada en su investigación por esta demanda literaria? Probablemente no. Eso supondría una dispersión del esfuerzo de análisis y de redacción para los teólogos.

Ahora bien, sería lamentable prescindir de la aportación que ya presta una buena parte de la literatura a ese grave problema didáctico... Toda auténtica literatura abre el camino a la verificación del hecho religioso capital, que en el cristianismo se llama la Encarnación del Verbo; la obra literaria justa es una inserción en el devenir humano, se encarna en la humanidad y en su historia total. Tiene, por tanto, en sí misma, un valor propedéutico, una orientación hacia el hecho cristiano. Por eso resulta lamentable que en las Facultades de Teología se ignore la literatura nacional y universal.

A la inversa, hay que señalar que la documentación teológica ha sido -y debe ser-, para el escritor literato consciente de su misión, una fuente excepcional de inspiración lingüística. La palabra de Galdós, de Dostoievski, de Víctor Hugo, de Bernanos, de Claudel, de Unamuno, de Rilke, de Chesterton... no hubiera alcanzado la belleza y la profundidad de que goza si ellos no hubieran bebido en fuentes de teología pura.

No cabe indiferencia -y menos, distancia- sino mutua relación y complementariedad entre ambas disciplinas. Y en este sentido aventuramos la tesis de la existencia no sólo de una dimensión teológica en la creación literaria, sino también de una íntima y secreta convergencia entre la temática que aborda la teología y la literatura; y, por tanto, del enorme interés que suscita el verificar una conexión entre ellas.

b) Presencia de la teología en la obra de Galdós.

¿Las aproximaciones teóricas que acabamos de intentar pueden verificarse en la producción literaria de Benito Pérez Galdós?

Sin duda, sí. Ampliamente. El hecho (apenas acabada la primera lectura completa de su creación formal) nos parece que puede ser éste: en cada una de sus escritos encontramos elementos suficientes para adentrarnos en el pensamiento religioso del autor y en el pensamiento cristiano en general, particularmente desde su perspectiva existencial. Y para cada uno de esos elementos o temas ideológicos pormenorizados encontramos también sorprendentes análisis y desarrollos a lo largo de sus tramas noveladas o escenificadas.

Con las limitaciones indicadas -y por indicar- puede intuirse ya una notable teología cristiana en la obra del escritor. ¿Será posible trazar una visión orgánica de la misma?

Veamos. Sobre bastantes aspectos teológicos particulares (dimensiones o problemas de la fe y espiritualidad cristianas, especialmente concretadas en algunas obras) existen desarrollos monográficos. Pero escasamente encontramos estudios que contemplen y

consideren (bajo el punto de vista teológico más amplio y exhaustivo) el conjunto de toda la producción galdosiana y que, en consecuencia, permitan situar con facilidad cada aspecto particular de su dimensión religiosa o cristiana dentro de una síntesis teológica suficientemente completa (de una teología). Y, sin embargo, a la vista de toda la obra galdosiana (ya releída y elaborada), nos parece que esa sistematización es posible, sin forzar en lo más mínimo el acopio de textos y la intencionalidad del autor.

Precisamente creemos necesario efectuar esa elaboración para dar a los temas tratados monográficamente y a los no tratados aún el alcance ideológico que merecen y el valor de seria aportación global –por parte de Galdós– al problema de la renovación teológica del catolicismo en España. Esta es la tarea emprendida.

1.2 Razón coyuntural de este trabajo.

Carencia de un estudio completo y orgánico (sistemático) de la dramática existencial cristiana en la obra de Galdós.

A partir de las últimas décadas del siglo XX (comenzando a mediados del mismo) la bibliografía general sobre Galdós es inmensa. Dentro de ella (aunque en proporción más reducida) han ido apareciendo autores que tratan de forma específica y seria la temática religiosa de la creación galdosiana. La mayoría de éstos ofrece trabajos monográficos de extensión reducida; otros, en menor proporción, aborda esa temática desde puntos de vista más generales. Son especialistas de obligada referencia¹³². Sin embargo, incluso en los últimos, no acabamos de encontrar el tratamiento suficientemente completo y amplio del pensamiento teológico de Galdós.

A nuestro parecer, esto sucede, quizás, por alguna de las razones que justifican tal omisión:

¹³² Tratan la temática religioso cristiana en Galdós desde una perspectiva general: CASALDUERO, JOAQUÍN, *Naturalismo y espiritualismo en las novelas de Galdós* (En La Nación. Unvd. Deusto, pág. 189-206. 1974), CORREA, GUSTAVO, *El simbolismo religioso en las novelas de Galdós* (Gredos. 1962), *La concepción moral en las novelas de Galdós* (Letras de Deusto. n. 8), *El simbolismo mítico en las novelas de Galdós* (Thesaurus. Tomo XVIII. N. 2. 1963), SÁENZ, HILARIO, *Visión galdosiana de la religiosidad de los españoles* (Hispania XX. 1937), SCATORI, S., *La idea religiosa en la obra de Pérez Galdós* (Toulouse. Bibliothèque Franco-Américaine. 1926), MORA GARCIA, JOSÉ LUIS, *Hombre, sociedad y religión en la novelística galdosiana. 1888-1904* Ed. Universidad de Salamanca – Cabildo Insular de Gran Canaria. 1981), RUIZ RAMÓN, FRANCISCO, *Tres personajes galdosianos. Ensayo de aproximación a un mundo religioso y moral* (Revista de Occidente. Madrid 1964), RODGERS, EAMONN, *Liberalismo y religión en Galdós* (Analecta Malacitana XIX. 1. 1996), NOS MURO, LUIS, *Don Benito Pérez Galdós: cultura y religión – religión y cultura* (Pont. Unvd. Comillas), GAUTIER, DANIEL, cinco artículos en la revista Isidora, citados a lo largo de este trabajo, SOPENA IBÁÑEZ, Federico, *La religión “mundana” según Galdós* (Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas 1978)... Ver, así mismo: APARICI, MARÍA PILAR, *Las novelas de tesis de Benito Pérez Galdós*. CSIC. Barcelona. 1982), ÁLVAREZ, S., *El credo de una religión nueva* (Ed. José Esteban. Fund. Banco Exterior. 1987),

- o porque los estudiosos de la obra de nuestro escritor se han centrado (como era de esperar) en el arduo análisis del conjunto de su contenido y de la forma literaria y lingüística del mismo, o en su antropología, sociología e historia (debemos recordar que la producción galdosiana es susceptible de ser analizada desde numerosas aproximaciones);
- o porque son pocos los lectores que llegan a abarcar la totalidad (o casi totalidad) de su extensísima producción, no sólo las obras formales (incluyendo en éstas los cuentos o relatos breves y los ensayos largos) sino también los artículos de prensa, discursos y epistolario;
- o porque estos profesores e investigadores (filólogos o historiadores de indudable solvencia profesional) carecían –lógicamente- de una más amplia perspectiva teológica que les permitiera la consideración de que hablamos; es decir, no venían obligados a mantener en los análisis esa panorámica sistemática de los estudios teológicos.

Nos vamos a permitir señalar dos limitaciones a estos importantes estudios globales sobre religiosidad transversal en la obra de Galdós.

Primera limitación. Cierta ambigüedad en el uso del término “religioso” o “religión”, puesto que se incluye en ellos realidades que suelen ser dispares: las referencias a la religiosidad natural (a sentimientos íntimos de trascendencia) de tono unas veces positivo y otras negativo, las críticas de la religiosidad ritualista y dogmatizante y de una pseudomoral religiosa (aspectos todos muy presentes en la literatura galdosiana), pensamientos y actitudes del más puro Evangelio y de la fe cristiana, el catolicismo (más que el cristianismo), la consideración entitativa de éste como religión con un paradigma semejante al de las religiones clásicas, etc.

Esta aglutinación de elementos (tratados conjuntamente) dificulta la percepción de la dimensión netamente cristiana que pueda existir en la literatura de Don Benito.

Con frecuencia se unen consideraciones que pertenecen a niveles distintos de la vivencia humana espiritual: las que se refieren a una religiosidad natural (cierta idea espontánea de Dios y de la relación con él, sentimientos de culpa con matiz religioso, etc.), las experiencias más bien sacrales (e incluso mágicas o míticas, propias de la simbología y de los mitos clásicos), y las vivencias claramente cristianas.

Resulta imprescindible, por tanto, hacer una relectura de los estudios que comentamos intentando precisar los contenidos que Galdós otorga a esos términos cada vez que los usa.

Segunda limitación. Una parcialización o fragmentación en estos trabajos (libros o series de artículos). En la reflexión global que ofrecen faltan aspectos importantes del

pensamiento teológico que se halla suficientemente expresado a lo largo y ancho de la creación galdosiana.

Esto es, sin duda, explicable dada la densidad temática religiosa que ofrecen muchas de las obras de nuestro escritor, especialmente las novelas espiritualistas, que recaban un análisis individualizado de cada una de ellas.

Pero el detenimiento en aspectos centrales de las diversas obras (descartando otros temas colaterales presentes en cada una) tiene un valor dialéctico: por una parte permite la profundización del texto bajo ese punto de vista considerado central (por ejemplo, el tema de la caridad, a partir de *Misericordia*, el del Reino de Dios, a partir de *Halma* y de *Ángel Guerra*, el de la convivencia ecuménica e interconfesional, a partir de *Gloria* o de *Rosalía*, el del presbiterado católico, a partir de *Nazarín* y de muchos otros, el de la Iglesia, a partir de *Doña Perfecta* o de *Santa Juana de Castilla*, etc.); por otra, elude la consideración orgánica de todos esos elementos de la fe cristiana, sin rescatar para la consideración general más amplia aspectos particulares (de menor talla teológica, aparentemente) que se hallan diseminados en la obra de referencia y en el resto de la producción literaria e íntima.

Nos parece, en, que es necesaria todavía (como colofón a los meritorios trabajos realizados por los especialistas de Galdós, en su mayoría profesores de diversas Universidades) intentar la elaboración de una nueva sistematización teológica del pensamiento cristiano que se halla presente a lo largo de toda la literatura galdosiana.

1.3 Dificultades e interés de una elaboración teológica de la obra literaria de Galdós.

Es bastante obvio que Galdós comenzó a escribir por pura motivación literaria personal. Pasó de los primerizos ensayos en la poesía y el teatro al periodismo, y de ahí a la novela en donde se encontró realizado, sin dejar, por último, de entregarse a la experiencia teatral. Y en todo este proceso de escritor se sintió, ante todo, deudor del testimonio de la realidad y del propio gusto de escribir. No tuvo una intención dogmática religiosa. Sí, en cambio, como parte constitutiva del servicio a la realidad y a su propia inquietud espiritual, introdujo cada vez más en los escritos el problema religioso, el problema católico y el problema cristiano, y los desarrolló con detenimiento y acierto, llegando a unos lectores cada vez más numerosos (desde luego mucho más numerosos que los lectores de los tratados de teología).

El resultado de tal planteamiento fue *la existencia de un amplio y denso pensamiento sobre la religiosidad y la existencia cristiana*, susceptible –a posteriori– de ser reunido, cohesionado e interpretado como discurso teológico. Un pensamiento que hemos podido calificar de original en dos sentidos: primero, en cuanto que se remite –como veremos– a

las fuentes originales del cristianismo y del saber cristiano y, segundo, en cuanto que –en el momento en que se produce y escribe- resulta inédito para la mentalidad y la práctica católicas que lo circundan, es revolucionario, porque propone –desde la cordialidad apasionada y desde la belleza lingüística- una verdadera alternativa al cristalizado y a la vez beligerante catolicismo hispano del XIX.

Don Benito sí expresó una razón que le iba acompañando con fuerza creciente a medida que vivía y sentía con sus personajes: la voluntad de contribuir a que se creara una conciencia moral de signo cristiano liberal en el país, una conciencia asentada en la fe evangélica más pura... Entendiendo esta conciencia moral –nueva y nacional- como la consecuencia feliz e inevitable de un sano planteamiento de la religiosidad natural, de una reforma del pensamiento y de la práctica cristiana que correspondía emprender a los españoles, y de una superación del tradicionalismo ancestral hispano (uno de cuyos pilares era el dominio del clero sobre la sociedad).

La lectura de la totalidad de los libros y escritos menores de Galdós lleva al convencimiento de la importancia máxima que el autor otorga al hecho cristiano, partiendo –eso sí- de una visión de la realidad que en gran medida perdura. Lo que puede significar en la España actual una *densa e inédita sugerencia de alternativa cristiana* en aspectos que tocan a lo esencial: en cuanto a la interpretación de postulados y compromisos de la fe y vida cristiana individual, y en cuanto a la concepción de la Iglesia que todavía pesa sobre nuestra sociedad.

La sugerencia de alternativa cristiana no se ofrece –por su parte- sin tensión. Es un grito profético de denuncia bastante al estilo de Juan el Bautista y, a la vez, de anuncio utópico. Es una dramática existencial que –en parte- sorprende como un avance de las mejores líneas de teología del siglo XX: las que condujeron al Vaticano II (en contraposición al Syllabus y al Vaticano I), y se presenta, sin duda, como un grito que, desde la secularidad, interviene en el debate actual del catolicismo, haciendo la propuesta aún más atractiva.

Entonces, el hecho de que Don Benito no albergara una intención teológica expresa (identificatoria de su literatura) no quiere decir que nosotros no podamos ahora diseñar una verdadera síntesis teológica de la misma para mayor claridad y valoración del pensamiento real del autor, aunque ésta no pueda ser ni acabada ni profundizada con densos y organizados análisis teóricos.

Quede claro, pues, que a él no podemos pedirle una teología acabada: unos tratados bien estructurados sobre Dios, sobre Jesucristo y el misterio de la salvación, sobre el mundo sacramental y sobre la eclesiología, sobre la escatología y sobre los temas actuales de la moral cristiana..., pero que su obra sí es susceptible de una consideración teológica amplia y fundamental, y eso basta. Reúne suficientes y valiosos elementos teológicos y, sobre todo, suficiente coherencia entre ellos y suficiente referencia a las fuentes, para

poder aventurar una teología (que rogamos se nos permita denominar galdosiana). No es simplemente un breve y hermoso alegato religioso cristiano (al modo, por ejemplo, del magnífico film de Dreyer, *Ordet, la palabra* sobre la fe en la resurrección); es bastante más que eso. Puede presentarse como una concepción alternativa pormenorizada de la dramática existencia cristiana; alternativa ofrecida inmediatamente al catolicismo decimonónico con el lenguaje cercano y descarnado de lo real y de lo popular.

Ésa es la razón fundamental del interés que nos motiva en el intento de investigación objetiva que vamos a realizar. No se trata en modo alguno de defender a Galdós (frente a las críticas que recibió y que quizás recibe aún). Se trata de poner en relieve y brindar a todos la propuesta teológica que brota de sus obras sea cual fuere, por si resulta ser una aportación válida.

Todo ello –naturalmente– a pesar de las sombras y lagunas explicables en un autor que no es teólogo de profesión y que atraviesa personalmente por crisis de fe.¹³³

2. La construcción teológica en la obra de Benito Pérez Galdós.

Entre la vastísima producción escrita que aborda la temática cristiana ¿qué se puede –o debe– considerar como género suficientemente teológico y a la vez popular?; ¿quién sabe hacer teología buena... aun sin darse cuenta de que la hace?

(Los hombres del año 2015 tenemos seguramente un modelo de referencia que nos seduce: la palabra del Papa Francisco).

Abordamos este asunto refiriéndonos de inmediato a la obra de Galdós.

2.1 Condiciones constitutivas del discurso teológico en la obra de Galdós.

Comienza a hacer teología cristiana quien, situado en la realidad cotidiana, desarrolla una reflexión cordial acerca de la revelación de Jesucristo, siempre a partir de las fuentes (el Nuevo Testamento y la mejor Tradición eclesial). Es decir, quien plantea la eterna pregunta sobre Dios, sobre el hombre, sobre el mundo y sobre el futuro en clave de relación expresa al hombre, a Jesús, al Dios de Jesús, y desde ahí afronta los conceptos de Iglesia, de funcionamiento eclesial, y, sobre todo, de espiritualidad, de existencia personal cristiana y creyente.

¹³³ Al modo –quizás– como el teólogo JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ RUIZ escribe a propósito de A. Machado: “*Es en esta zona de la creencia donde, según Machado, se dan todas las batallas de la historia (personal) humana... En el ámbito de la creencia aparecía Dios como algo esencial e insustituible.*” (*Teología de Antonio Machado. O.c.*, págs. 21 y 26)

Hace teología quien discurre sobre la coherencia interna entre cada uno de esos aspectos de la vida y de la fe cristiana, permitiendo de algún modo que ese saber pueda quedar (en un momento dado, al menos) suficientemente organizado y coherente.

En su discurso coteja continuamente el valor real del mensaje evangélico para la vida del hombre actual; estudiando al mismo tiempo los procesos válidos –sanos– por los que ese hombre llega al conocimiento o a la intuición grata de los grandes temas cristianos.

La teología se empobrece, en cambio, por la excesiva teorización de los conceptos que se vierten, llegando –en ese caso– hasta hacerla inservible.

¿Cómo construye Galdos la teología, aun sin quererlo?

Respecto a la aportación y desarrollo de contenidos teológicos en la creación galdosiana podemos observar lo siguiente:

1) Existe una Integración de la temática cristiana esencial en el conjunto de su obra.

La creación literaria de Galdós afronta, sin duda alguna y de forma constante, los temas esenciales de la teología cristiana: ante todo, sustancialmente, la ética del Evangelio; junto a ella el problema de Dios (el Dios de Jesucristo), Jesús y sus Misterios centrales¹³⁴ –la Encarnación y la Redención–, la vida futura y la salvación eterna. E inserto en ese tejido teológico, el sentido social del cristianismo, de la Iglesia y sus ministerios, de la vida religiosa, del mundo sacramental...

Ciertamente, no lo hace de manera sistemática, pero sí con suficiente desglose de cada uno de esos temas a lo largo de su literatura y con la coherencia interna de todos ellos entre sí, regidos por dos principios rectores: el de la dignidad y libertad del hombre en virtud de la Creación divina (por consiguiente, desde la idea de un Dios digno de ser Dios y de ser el Dios de los hombres) y, a la vez, el del imperativo de la encarnación, tal como es iniciada por el Verbo Divino y transcendida a los creyentes.

Es decir, parece cumplir una primera condición del carácter teológico: el tratamiento de la dogmática a partir de la Revelación divina de la que se hace eco el cristianismo y a partir de su tensión existencial en la vida del hombre.

No obstante, se echa en falta en la temática galdosiana una mayor referencia y explicitación –al menos simbólica– de la Resurrección de Jesús, Misterio básico de la fe y existencia cristianas. Hay que decir en su descargo que tampoco existía ese relieve en la teología y en la espiritualidad católicas del XIX.

¹³⁴ Empleamos la palabra “Misterio” (o “Misterios”) en el sentido de la teología cristiana, refiriéndose no a “enigma” sino a acontecimientos en la trayectoria de Jesús de Nazaret que desbordan las categorías históricas y denotan su acción transcendente a favor del hombre y de la historia humana.

La Segunda y la Tercera Parte de este trabajo van a significar -como elaboración nuestra- el intento de ofrecer una cierta síntesis o sistematización teológica del pensamiento de Galdós, surgida de sus escritos; síntesis respetuosa de la integridad literaria del autor. Esperamos que pueda incorporarse a la tradición cultural cristiana y tal vez servir de confrontación con bastantes planteamientos (ideológicos y prácticos) que mantienen un buen número de católicos actuales.

2) *Fundamentación bíblica expresa e implícita de la teología galdosiana.*

Las fuentes ideológicas utilizadas por Galdós en el tratamiento de los temas religiosos y creyentes en ningún caso se reducen sólo al pensamiento propio y original del autor (que por su ascendencia familiar y de infancia denotaría, desde luego, afecto a la fuerte tradición cristiana). No, la fundamentación de su teología se establece, por un lado, en el conocimiento bíblico al que recurre constantemente con fluidez y acierto a lo largo de los escritos y, por otro, en el eco indudable de la tradición eclesial asentada sobre los orígenes.

Sólo en la novela *Gloria*, por ejemplo, aparecen cuarenta citas bíblicas, y los textos evangélicos cumbre (la Pasión, Muerte y Resurrección) son frecuentemente evocados.¹³⁵

Con extensión y profundidad admirables aparece el Nuevo Testamento y algunas partes del Antiguo en la novela *Misericordia*. La estructura misma de la obra manifiesta de algún modo el Evangelio según San Mateo y las citas principales del mismo contribuyen o inspiran el desarrollo de la trama. Cinco de ellas se toman del Sermón de la Montaña (Mt. 5,4-7; 6, 3-4; 6,25; 7,33; 7,7-10) y otras cinco, de la última semana de la vida de Jesús y de su Pasión (25,45; 26,39; 26,75; 27,45-46; 27,51). Pero la referencia directa o indirecta a los Evangelios y a San Pablo constituye una línea transversal en toda la novela. El concepto de misericordia es netamente bíblico y se remite, por ejemplo, a Lucas, 10; Juan, 8; Romanos 11 y 12; 1ª Corintios 2 y 13; y carta de Santiago; con evocaciones del Antiguo Testamento (1ª de Crónicas,29; Isaías, 61; Salmos 24, 34 y 69).¹³⁶

¹³⁵ GUSTAVO CORREA hace un estudio completo y extraordinariamente interesante de la dimensión bíblica de *Gloria* en el capítulo III de su libro *El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós* (o.c., págs. 49 a 62). Con el título *Elementos bíblicos en 'Gloria'* analiza la encarnación de paradigmas del Antiguo y del Nuevo Testamento en dos planos que se superponen: el externo (personajes símbolo envolventes de la acción) y el interno (la honda significación bíblica de los protagonistas Gloria Lantigua y David Morton en toda la trayectoria de la obra). El mismo análisis realiza Alfonso ARMAS AYALA en el trabajo *Pérez Galdós y Pereda a través de sus cartas*, Actas del I Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas 1977, pág. 28 y ss.

¹³⁶ Ver (a propósito de *Misericordia*) el excelente estudio de JOSÉ SCHRAIBMAN: *Las citas bíblicas en 'Misericordia' de Galdós* (Cuadernos Hispanoamericanos. N. 250-252. 1970-1971, Instituto de Cultura Hispánica. Madrid. págs. 490-504); así mismo: ALFRED R. SÁEZ, *La influencia de la Biblia en las novelas de Galdós*. Tesis de Northwestern University.

Romero Tovar hace notar, además, la fuerte fraseología evangélica que informa la novela *Nazarín* evocando los textos de Mt 6,34 (“en verdad, en verdad os digo”, “No estéis agobiados por el día de mañana”), Mt 6,25 (“No andéis afanados por qué comeréis, o cómo os vestiréis”), Mt 5,44 (“amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen”), Mt 19,18 (“No matarás, no levantarás falsos testimonios”), Mr 10,21 (“Vende cuanto tienes y dalo a los pobres”), Jn 10 (“El buen pastor da la vida por sus ovejas”), Jn 8,6 (“Jesús, inclinando la cabeza, escribía en el suelo”), Mr 9,4 (“Qué bien que estemos aquí, quedémonos...”)¹³⁷

De manera no ya formal sino como fondo bíblico fundamental (es decir, implícitamente) encontramos los grandes temas evangélicos en las tramas noveladas. Así la condena, Pasión y Muerte de Jesús en la línea argumental de *Nazarín*, *Doña Perfecta*, *Gloria*, *Alveste...* La visión del Reino de Dios en *Halma*, *Ángel Guerra*, *Misericordia*, *Pedro Minio...*, etc.

La difícil novela *Casandra* es una evocación del combate veterotestamentario o apocalíptico entre el bien y el mal (entre ángeles y demonios); en ella el autor sitúa como contrapunto de inocencia el diálogo entre Casandra y Rosaura cuando ésta la visita en la cárcel. Es un diálogo que reproduce, a la vez, el del ángel Gabriel con la Virgen en la Anunciación, y de algún modo también el de María e Isabel, aunque se inviertan un poco los papeles.¹³⁸

¹³⁷ Textos justificados en *Nazarín* por Leonardo ROMERO TOBAR, *Del Nazarenito a Nazarín*, Actas del V Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 1993 Cabildo Insular de Gran Canaria, pág. 473

¹³⁸ Cito en resumen el diálogo textual:

“Casandra.- Mi gratitud más grande es para ti, la mujer cristiana que ha traído su misericordia y su amor a esta pobre criminal... Yo debo adorarte.

Rosaura.- Por desgraciada he venido a ti; que si fueras poderosa y feliz a tu no me verías...

Casandra.- Llena eres de gracia.

Rosaura.- Hermana, a tu lado estoy. Quiero consolarte en tus horas tristes...

Casandra.- El Señor es contigo.

Rosaura.- Para venir a consolarte no me han importado los dichos del mundo. Al recibir de mí la paz y un poco de alegría has abominado de tu culpa.

Casandra.- Bendita tú eres...

Rosaura.- Soy tu hermana... Tus hijos están a mi cuidado y los amo como a los míos.

Casandra.- Bendita, bendita entre todas las mujeres.

Rosaura.- No me bendigas. No merezco tu bendición para mi cumplimiento de un deber tan sencillo...

Casandra.- Tú eres santa, Rosaura...

Rosaura.- No me adores. Busca la verdad en tu conciencia y no adores ídolos... ...

Casandra.- No debemos buscarla en el bullicio que nos aturde, que nos ensordece.

Rosaura.- Ruido de gente inquieta y gritona. Son los altareros que, ciegos, desalojan las almas, arrojando de ellas la fe de Cristo...

Casandra.- Sí...(con visión lejana). Y más allá veo la sombra sagrada de Cristo que huye.” (BENITO PÉREZ GALDÓS. *Casandra*, novela. Obras Completas Ed. Aguilar. Tomo V. Madrid 2005. Págs 1009-1010)

Encontraremos la dimensión bíblica explícita en muchas más obras, especialmente en las novelas de fuerte espiritualidad ya citadas y en algunas otras obras de teatro como *Amor y ciencia*, *Electra*, *Santa Juana de Castilla*, etc.

Y es de notar que en el uso de toda esta fundamentación bíblica galdosiana existe unidad y coherencia interna. Lo que indica el serio conocimiento bíblico del autor puesto a disposición de su literatura.¹³⁹

3) Empleo del lenguaje y del pensamiento de la tradición eclesial.

Convendría añadir a lo ya expuesto el hecho que destaca Armas Ayala: Galdós *buscaba las fuentes primitivas de la Iglesia para desproveerla de la liturgia, para hacerla más simple*¹⁴⁰ (aunque, a decir verdad, no parece aquí muy adecuado el uso de la palabra *liturgia*).

Efectivamente, Don Benito muestra un sorprendente conocimiento de los textos de los Santos Padres, sobre todo latinos, y –lo que es más notable– los cita para fundamentar su pensamiento, aplicándolos a la novelística con cierta naturalidad argumental; y conviene advertir que el conocimiento patrístico brilla por su ausencia en la inmensa mayoría de católicos (incluso en los se consideran intelectuales).

Halma es la muestra más importante de ese saber fontal. Las líneas conductoras de esta obra coinciden con las *Confesiones* de San Agustín y, en parte también, con *la Ciudad de Dios* (paralelismo que volverá a aparecer en *Ángel Guerra*), ofreciendo al lector, además, citas textuales de esos escritos. El profesor G.G. Minter ha hecho un detenido estudio de ese tratamiento agustiniano de la novela.¹⁴¹ El personaje correlativo a Catalina de Artal, José Antonio de Urrea, sigue en la narración una trayectoria de conversión y una terminología idénticas a las del santo de Hipona; y su relación espiritual con la condesa de Halma es semejante a la de Agustín con Mónica. El papel y las palabras de San Ambrosio (en la vida del santo) se encarnan en la novela en las dos figuras complementarias de Don Manuel Flórez y de Nazarín, mientras que el Conde de Feramor está evocando al esposo ateo de santa Mónica. Por otra parte, la pequeña y humilde comunidad de Pedralba (y su conflicto con las instituciones que la rodean) ejemplifican de cerca la comunidad de Casiacum, en Tagaste).

¹³⁹ En la biblioteca personal de Galdós (Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas) está el ejemplar de la Biblia que usaba, con muestras de una lectura asidua del mismo.

¹⁴⁰ ARMAS AYALA, Alfonso, *Pérez Galdós y Pereda a través de sus cartas*. Actas del I Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, edición del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas 1977, pág.28

¹⁴¹ “Many of the major incidents in *Halma* have a counterpart in the *Confessions*.” G.G. MINTER, *Halma and the writings of St. Augustine*, Anales Galdosianos XIII (1978), pág. 145 (el estudio ocupa las páginas 145-171 de la revista).

Citas textuales de seis Santos Padres aparecen en *El caballero encantado* (en el discurso tan realista como sabio de Don Venancio, el párroco humilde de la pobrísima y desamparada aldea de Boñices, alternado con intervenciones semejantes del maestro Don Quiboro). Las páginas escogidas de San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Agustín, San Ambrosio, San Gregorio de Nisa y San Gregorio Nacianceno son precisamente aquellas que la Iglesia católica venía orillando o silenciando por la dureza de su doctrina sobre la propiedad (incluso en la *Rerum Novarum* que tanto valora Don Benito).¹⁴²

En un contexto distinto del anterior se cita a Orígenes en *Casandra* y en *La razón de la sinrazón*.

Así mismo, Galdós denota en su teología familiaridad con la tradición litúrgica valiosa de la Iglesia (incluso cierta vivencia de la misma), tanto es las realizaciones más serias de ésta (recuérdese la descripción de los Oficios en la catedral de Toledo, en *Ángel Guerra*, y los de Semana Santa, en Gloria) como en los textos del oracional litúrgico que incluye en las novelas (cánticos, himnos y antífonas)¹⁴³ o en las alegorías de la celebración y del culto de la Eucaristía (en *Nazarín*, *Fortunata y Jacinta...*) según tendremos ocasión de ver más adelante.

Tradición eclesial sana es también, sin duda, el lenguaje coloquial del pueblo en referencia a Dios y a los misterios cristianos (lenguaje que ya vimos usado personalmente por el autor al acercarnos a contemplar su perfil religioso.) Don Benito lo domina encarnándolo en las figuras populares de su narrativa. Son frecuentes, por ejemplo, las expresiones: “*Por Dios y la Virgen*”, “*Virgen del Carmen, acógeme*” (en *Tormento*), “*Alabado sea Dios*”, “*eres la gloria eterna*”, “*ángel de mi salvación*” “*con toda el alma y la sal de Dios*”, (en *Fortunata y Jacinta*), “*Dios está en todas partes*” (en *El abuelo*), “*Cristo de la Sangre*” (en *Lo prohibido*) etc.¹⁴⁴

¹⁴² Ver PÉREZ GALDÓS, Benito, *El caballero encantado*, ed. Cátedra. Madrid 2000, págs. 251-252. Sobre este particular se pregunta el especialista galdosiano Rodolfo CARDONA: “¿Cómo llegó a conocer Galdós estos textos que cita en tal profusión..., escogidos de entre la enorme cantidad de escritos de los Santos Padres, cuyas obras han sido únicamente manejadas por los especialistas durante siglos?” (*Galdós y los Santos Padres: hacia una teología de la liberación*. Actas del III Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, pág. 145). El autor no encuentra suficiente respuesta a la pregunta. Por nuestra parte dejamos, pues, sólo constancia del hecho: en el contexto de la redacción de la novela (1909, “semana trágica” de Barcelona) y de su trama interna parecía oportuno emplear textos clásicos de Proudhon o de Marx; sin embargo, prefirió los de los Santos Padres.

¹⁴³ ANTONIO CABRERA PERERA hace un buen balance del uso de este lenguaje ritual litúrgico por Galdós. V. *El problema religioso y el sentimiento católico en Galdós*. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Casa Museo Pérez Galdós. Las Palmas. 1993, parte segunda (no está numerado el texto).

¹⁴⁴ Ver ADELAIDE BURNS, *Espontáneas frases religiosas en el lenguaje hablado galdosiano*. Actas del Primer Congreso Internacional de estudios Galdosianos. Madrid – Cabildo Insular de Gran Canaria. 1977, págs 230 y ss.

En fin, debemos añadir también, al menos como fuente de ilustración teológica literaria, dos referencias clave: por una parte, el conocimiento que muestra de la literatura mística del Siglo de Oro español y en particular de los místicos¹⁴⁵; por otra, su familiaridad con las obras de fondo teológico de los literatos rusos del siglo XIX. Galdós fue, sin duda, uno de los mejores conocedores de esa literatura en España, principalmente de la obra de Tolstoy (que consta en su biblioteca particular), aunque, a nuestro parecer, también de la de Dostoievski cuya tesis de la verdadera redención efectuada por Jesús hace suya Don Benito a lo largo de toda su creación.¹⁴⁶ De esa novelística prestó mayor atención al aspecto espiritual; y es posible que recibiera de ella una influencia en la teoría evangélica de la no resistencia al mal y, en general, en cuanto a un cristianismo humanitario y exento de la opresión de lo religioso.¹⁴⁷

Como fuente teológica más cercana y polémica en la teología galdosiana conviene señalar, en fin, al ensayista, filósofo social y teólogo francés Lamennais (aunque no hayamos encontrado citas explícitas del mismo).¹⁴⁸ Pudieron ser coetáneos por muy poco, pero Galdós sí conoció y leyó los libros clave del francés (los mismos que provocaron en Roma tremendo desasosiego e ira por su talante crítico y por la propuesta de un catolicismo radicalmente renovado). Estos libros se encuentran en la biblioteca personal del escritor

¹⁴⁵ Refiriéndose a las lecturas religiosas habituales de María Sudre, el narrador (el autor) hace esta precisión (no necesaria al contexto de la página): “*Ha de advertirse que no había buscado sus textos en nuestra rica literatura mística, fundida en el crisol del espiritualismo más puro y que arrebatava el alma creyente, ya encendiendo en ella divinos fuegos, ya embelesándola con un descender metafísico y quintaesenciado.*” (PEREZ GALDÓS, BENITO, *La familia de León Roch*, ed. de Obras Completas (Aguilar), vol. IV, pág. 890. En el mismo sentido se pronuncia en *Nazarín* y en *Halma*, hablando Don Manuel Flórez.

¹⁴⁶ La tesis de Dostoievski –que hace suya Galdós– aparece tal vez en la requisitoria que dirige El Gran Inquisidor a Jesucristo de nuevo venido y encarcelado: “*Quisiste que el amor del hombre fuera libre para que el hombre te siguiera por sí mismo, encantado y cautivado por ti. En lugar de la firme y antigua ley, el hombre, de corazón libre, tenía que decidir en adelante dónde estaba el bien y dónde estaba el mal, sin tener otra cosa, para guiarse, que tu imagen ante los ojos.*” (DOSTOIEVSKI, FIÓDOR, *El Gran Inquisidor* (1880), Ediciones Siruela. Madrid 2010, pág. 33)

¹⁴⁷ Sobre la relación teológica de Galdós con los escritores rusos convendría ver: Vsevolod BAGNO, *Las inquietudes religiosas de los héroes de las novelas rusas y su huella en la obra galdosiana finisecular*, Actas del V Congreso Internacional de Estudios Galdosianos 1993. Cabildo Insular de Gran Canaria, o.c. págs. 331-357; así mismo, COLIN, VERA, *A note on Tolstoy and Galdos*, en *Anales Galdosianos*. Universidad de Pittsburgh. Casa Museo Pérez Galdós. 1967, págs. 155-168

¹⁴⁸ Félicité Robert de La Mennais (Lamennais) (1782-1854) fue un hombre de vida agitada y pensamiento variable, inmerso en el espíritu de la Revolución (y en el contexto del galicanismo), siempre dentro o muy cerca de lo católico (hasta ser condenado por Roma), pero en evolución hacia una reforma radical de la Iglesia, muy basada en el principio de libertad. Influyó poderosamente en el liberalismo cristiano francés y se le consideró precursor de un catolicismo social. Sus obras principales: *Palabras de un creyente* (1834), *Sobre la religión considerada en sus relaciones con el orden político y civil* (1836), *El libro del pueblo* (1837).

Un excelente trabajo comparativo de las dos figuras Galdós – Lamennais es el ya citado de DANIEL GAUTIER, *Lamennais – Galdós ou comment réconcilier l’Église et le peuple d’après deux prophètes ‘étranges’*. R. Isidora, nº 17, pp. 93-130

en la Casa Museo de Las Palmas y es indudable la coincidencia con ellos de buena parte de las tesis galdosianas.

4) Teología inserta en la realidad humana concreta.

En fin, quizá lo más notable de la fundamentación teológica de Galdós es la fidelidad al principio de la Encarnación, es decir, el hecho de que su propuesta de idea y de vida cristianas se insertan constantemente en la realidad individual y social, en el ser humano representado al vivo y dramáticamente por todos sus personajes (a través de un lenguaje espontáneo y, otras veces, reflexivo), y en el ser doliente o maltrecho de España, del país que él ama apasionadamente, meditado por el narrador desde la perspectiva católica.

Va a ser el individuo concreto –en toda su tensión existencial– el destinatario, el artífice y el posible depositario del mensaje cristiano discurrido: de una palabra bella y dramática que acentuará aún más la lucha de la persona histórica por realizarse según paradigmas auténticamente evangélicos.

Digamos que en este sentido el autor elabora una teología desde el hombre y desde la historia más real, pero no limitada ni reducida por las condiciones mismas de la realidad, sino exigiendo penetrar en su entraña –en su carne– para que se produzca la salvación y una esperanza de salvación colectiva.

La novela *El caballero encantado* puede leerse como el impresionante poema de la encarnación de un hombre en la maltrecha y doliente realidad española ancestral. Tarsis tiene que renunciar a su status burgués y ocioso (distante de esa realidad), perder su nombre, convertirse en humilde campesino, pastor, picapedrero, vagabundo, encarcelado, aprendiz de maestro de escuela rural, recomponiendo su existencia desde otra palabra que por fin sabe escuchar; y así, llevado de la mano de La Madre (símbolo de la historia y de la divinidad fundidas), recuperar la vida.

El drama *Celia en los infiernos* pretende escenificar el mismo proceso (aunque lo haga de modo más discreto). Y ése es el camino de los grandes héroes galdosianos: Lelé, Angel Guerra, Nazarín, Halma, Benina, Sor Simona, Sor Elisea... que evolucionan siempre dentro del contexto español.

Todo ello puede ser muy semejante (aunque distinto en el método y en la amplitud) a como se hizo la teología de la liberación en Latinoamérica; o, tal vez, al espíritu con que escribió Olegario González de Cardedal aquella *Meditación teológica desde España y El poder y la conciencia* ¹⁴⁹.

¹⁴⁹ GONZÁLEZ DE CARDEDAL, OLEGARIO, *Meditación teológica desde España*. Sígueme. Salamanca 1972, *El poder y la conciencia*. Espasa Calpe. Madrid 1984.

Dada la importancia de esta consideración sociopolítica de la encarnación dedicaremos a ella el capítulo siguiente (todavía introductorio de la tesis que nos ocupa).

Pero lo que conviene asentar ahora es el hecho de que la teología galdosiana fue —y seguramente está llamada a ser— extraordinariamente interpeladora y profética; que cumple la función hermenéutica propia del mensaje de Jesús: ser provocador de cambios sustanciales en la persona y en la colectividad y, por ello, entrar en conflicto tendiendo a suscitar un enorme debate, un enfrentamiento con todos los poderes establecidos en la sociedad, incluido el poder religioso, de forma semejante a como le sucedió históricamente a él y a su predicación. Viene a decirnos que nunca el cristianismo es “el albergue de la sexta felicidad” (según el título del clásico film de Mark Robson). Y ésta es la razón de que esa teología pueda resultar apasionante para el lector y alcance la categoría de popular: de accesible a cualquier ciudadano medio a través del atrayente instrumento de la acción en la trama novelada o teatral y de la descriptiva, sin la aridez del ensayo o del manual de estudio.

2.2 Perspectivas de la metodología teológica en la obra de Galdós.

Al proponer (con las reservas dichas) una cierta teología de los escritos de Galdós nos encontramos con tres líneas de construcción del lenguaje teológico que, bien trazadas, pueden hacer más cercano a todos el pensamiento sobre el cristianismo (pensamiento no exento, desde luego, de fuerte talante crítico respecto al proceder de quienes intentan monopolizar la identidad cristiana y mostrarla a su manera).

Estas líneas pudieran también resultar novedosas dentro del campo de la elaboración teológica actual:

1ª Una teología narrativa.

En la narración el pensamiento surge de la vida de los protagonistas que, además, lo expresan frecuentemente de modo explícito, surge en la trama y aventura de su vida llena de colorido y —en nuestro caso— de realismo. Aparece, poco a poco, inmerso en la confrontación dramática con la realidad.

Pues bien, la obra de Galdós (que no deja en ningún momento de pertenecer a la corriente del realismo literario) seduce contándonos la vida, sobrecoge, capta espontáneamente la sensibilidad y el interés del lector; y, en consecuencia, despierta la receptividad de su contenido, también del pensamiento teológico que lo anima o inspira. Lo que el escrito incluye se transmite o, al menos, se brinda amablemente.

Podemos entender por *teología narrativa* la exposición más o menos detenida del pensamiento cristiano (del Misterio existencial cristiano) inserta en el tejido narrativo literario; especialmente en una literatura “profana” de valor entitativo, es decir, en textos es-

critos que gozan del valor de la lengua bella y perfectamente construida, conforme a los géneros épico (narrativo y descriptivo) y lírico (poético).

Esa teología puede existir en la lírica (por ejemplo en el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz, en el *Dios deseado y deseante* de Juan Ramón Jiménez, en *El Retablo sacro del Nacimiento de Nuestro Señor*, de Luis Rosales, y en infinidad de textos poéticos de nuestra literatura) y en la narrativa. Teología narrativa (novelística o teatral) es aquella - aquel pensamiento teológico- que surge con espontaneidad de las tramas y de los personajes narrados con los que obviamente se identifica el autor.

En esta segunda estructura literaria la teología puede hallarse en alguna de estas formas:

- En narraciones breves (cuentos o parábolas con cierto matiz alegórico) en las que aparece la trama sencilla y cotidiana de la vida. Así pueden considerarse las más de cuarenta parábolas sobre el Reino de Dios que nos trascriben los Evangelios Sinópticos. Recientemente, por ejemplo, en ámbito literario español: los deliciosos cuentos de José Luis Martín Descalzo, o el durísimo “cuento andaluz” *La Primera Comunión*¹⁵⁰. En la literatura italiana la saga de *Don Camilo* de Giuseppe Guareschi ofrece un magnífico ejemplo de este modelo. En la obra de Galdós podríamos pensar en cuentos fantásticos *La pluma al viento*, *La mula y el buey*,... o la pieza teatral *El tacaño Salomón*.

- Como relatos largos novelados o históricos, con serio valor de análisis psicológicos y teológicos, que mantienen como tema de fondo o línea orientadora la problemática religiosa fundida seguramente dentro de la dramática que caracteriza y da nombre al libro. En la obra de Galdós: *Gloria*, *Nazarín*, *Misericordia*, *Ángel Guerra*, *La loca de la casa*...

- De manera fragmentada, a lo largo de una obra literaria, en páginas ocasionales (más o menos frecuentes) que desarrollan dramáticamente ideas o vivencias religiosas y cristianas. Como ejemplo importante aparecerían en *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* las narraciones del discurso de Don Quijote a los galeotes, su diálogo con el caballero del Verde Gabán o las Bodas de Camacho. Este modelo es frecuente en los Episodios Nacionales; por ejemplo, en *Zaragoza*, *El terror de 1824*, *Aitta Tetauen*...

En la obra de Galdós se van a dar especialmente estas dos últimas formas.

¿Qué valor propedéutico tiene esta posible teología narrativa?

Si ese pensamiento transparentado y vertido en los personajes (reflejos en tantos casos del autor mismo) es un pensamiento religioso o sobre la existencia religiosa y cristiana, entonces resulta que la visión del cristianismo que ahí se ofrece entra también

¹⁵⁰ Recuérdense: de JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO, *Fray Juan de la mano seca*, *Si Cristo volviera*, *Mañana juicio final*, *Fábula del ángel cojo*, etc. (antiguos Folletos PPC. Madrid 1970 ...); de JUAN ESLAVA GALÁN, *La Primera Comunión*, en *Cuentos Andaluces* (Castalia. Madrid 2001, págs. 137-174). Sobre la relación entre la estructura narrativa galdosiana y la imaginación puede verse: JULIO PEÑATE RIVERO, *Realidad e imaginación en la obra de Pérez Galdós*. (Rumbos. Université de Neuchatel. 1995).

amablemente en la experiencia perceptiva del lector. Se está produciendo una transmisión teológica grata, interesante, amable (aunque ni conduzca ni pretenda conducir a una determinada fe).

No es que se utilice el recurso narrativo (relato, cuento, alegoría) para ilustrar un pensamiento (aunque no se descarta que exista tal mecanismo literario a veces), sino que el pensamiento religioso y cristiano brota con espontaneidad a lo largo del interesante –e incluso apasionante– hilo narrador. El primer procedimiento es precisamente el que sigue Jesús en su predicación, que “*sin parábolas no decía nada*”. El segundo procedimiento es el del literato; y puede ser el de una teología que no pretende ser tal, pero que termina siéndolo porque en el relato (independiente y desinteresado) se inserta con naturalidad y convicción –de la mano y palabra de los personajes– la temática religiosa casi sin quererlo.

El tema religioso y el pensamiento teológico que lo estructura se hacen –de este modo– emotivos, primero, inteligibles, después, y, en fin, gratos e interesantes para el lector, que no se siente forzado a teorizar sino invitado a ver o a imaginar.

Este es el valor de la teología narrativa. Para entendernos podemos aludir aquí a las obras del genial y modesto teólogo Giuseppe Guareschi sobre *Don Camilo y su pequeño mundo* en las tierras bajas del Po. Es un ejemplo claro de teología narrativa, porque no hablamos de un solo libro sino de una verdadera saga: de una serie de obras a través de las cuales (en la continua confrontación de aquellos dos cristianos, el viejo cura de pueblo y el alcalde comunista) va surgiendo la suave fundamentación de múltiples temas teológicos y una cierta visión grata del cristianismo (de un cristianismo mucho más liberal de lo que el párroco desea). Esta teología, además de ilustrar en la fe, genera una corriente de diálogo que otras instancias han sido incapaces de entablar: el diálogo que en la postguerra italiana tenían pendiente siempre el partido comunista (pepone) y la democracia cristiana, punta de lanza de la Iglesia (Don Camilo).

Pensamos que éste es también el gran valor metodológico de la teología galdosiana. Un valor que haríamos bien en considerar los teóricos conceptuales de la teología.

Además del pensamiento de hondo calado teológico que se va vertiendo (con mayor o menor ortodoxia) a través de las páginas de cada obra, Galdós escribe piezas enteras de carácter fundamentalmente teológico.

Narraciones teológicas con ese carácter casi monográfico, insertas –por supuesto– en una trama literaria (novelada o teatral), podrían ser las siguientes:

- Sobre el Dios Creador y la fe: *Marianela, primera serie de Episodios Nacionales*.
- Sobre las Bienaventuranzas: *Misericordia*.
- Sobre la reforma de la Iglesia por la pobreza y la comunidad: *Halma y Ángel Guerra*.

- Sobre la fe: *Amor y ciencia, La familia de león Roch.*
 - Sobre el sentido cristiano de la economía: la cuatrilogía de *Torquemada.*
 - Sobre la Iglesia y el progreso humano: *Doña Perfecta.*
 - Sobre la libertad religiosa y el ecumenismo en la Iglesia: *Gloria, Rosalía, Electra.*
 - Sobre el presbiterado católico y su reforma: *Nazarín. Zumalacárregui. Aitta Tetauen.*
 - Sobre la teología de la caridad: *Misericordia* y segunda serie de Episodios.
 - Sobre la muerte y la resurrección: *El terror de 1824.*
 - Sobre la vocación religiosa consagrada: *Ángel Guerra. Sor Simona.*
 - Sobre el espíritu de la reforma y de la Contrarreforma: *Santa Juana de Castilla.*
 - Sobre el falso misticismo religioso: *Casandra. Electra.*
- etc.

2ª Una teología simbólica.

Por símbolo entendemos cualquier realidad humana o cósmica, estática o dinámicamente contempladas, que es capaz de llevarnos más allá de su materialidad inmediata, quizá en virtud de la admirable armonía o desarmonía de sus elementos. Ese “más allá” es cualquiera de los grandes valores absolutos que culminan la existencia, hacia los que tendemos con un deseo interior vehemente, aun no siendo conscientes de ello.

De esta forma, todo ser (con mayor o menor inteligencia) que se ve sumergido en la contemplación de un símbolo experimenta un impulso ascensional –una elevación clarividente- en la dirección universal que acompaña a tal símbolo. Por ejemplo, una maternidad o el parto elevarán siempre hacia la grandeza y el misterio impenetrable pero feliz del comienzo de la vida y hacia la inmensa responsabilidad sobre la vida de los demás.

El pensamiento se intuye y elabora, pues, a un nivel de indecible profundidad cuando viene encarnado en símbolos, incluso cuando esta encarnación del símbolo –y ofrecimiento- se produce de forma escrita. Y no sólo en un personaje o en un hecho sino en toda una obra (o trama) en cuanto que toda ésta se ha querido hacer simbólica.

De por sí, por el propio contenido que la define, la teología debería presentarse habitualmente en clave simbólica. Las fuentes bíblicas de donde parte son extraordinaria y excepcionalmente simbólicas. ¿Cómo no serlo la teología?

Es obvio que toda la teología debería –continuando los escritos bíblicos- albergar con gusto el lenguaje simbólico.

Pues bien, como ya adelantábamos, Galdós es un claro exponente de la narrativa simbólica, y lo es en particular al referirse a la densa temática religioso cristiana que integra en sus escritos.

Desde este nivel de la narrativa (no de la poesía) es un simbolista nato, capaz de desarrollar en el lector procesos hondos de simbolización en el encuentro con los perso-

najes y con las obras. Aun cuando, a veces, esos procesos –como ocurre en la simbología– nos dejen sólo en los umbrales de la claridad absoluta.

Iremos verificando esa teología simbólica galdosiana a lo largo de nuestro trabajo.

Los grandes temas del pensamiento galdosiano (con frecuencia con un carácter transversal en su producción) reciben efectivamente ese tratamiento simbólico religioso, en ocasiones pre-cristiano y las más de las veces de clara dimensión cristiana. En la interioridad de los personajes concretos –a partir de ellos mismos, desde luego–, más allá de las acciones retratadas y noveladas, e incluso por encima de las manifestaciones explícitas de religiosidad (del problema religioso y católico expresado en datos), aparece una gran simbología religiosa, basada a menudo en símbolos naturales y cósmicos y en mitos clásicos derivados hacia su significación teológica. Es decir, aparece una elevada y religiosa concepción de los dramas humanos, tratada de forma simbólica y cristiana.¹⁵¹ Con o sin la intención explícita del autor, el hecho es, pues, que en la obra de Don Benito nos vamos a encontrar con un rico caudal de teología simbólica.

3ª Una teología literaria: lingüísticamente estética.

El arte sacro verdaderamente armónico –y, por tanto, bello–, es mediación de todo: del sentimiento, del gozo estético, de la bondad natural, de las ideas y de la intuición de la trascendencia. Es, además, cauce o camino para llegar a la comprensión de hechos y de valores referidos a la relación con Dios. Por eso el arte sacro es imprescindible en el desarrollo de la religiosidad y también, quizás, de la fe. El arte conduce suavemente hacia la Transcendencia. La vivencia cristiana está llamada a ser estética. Y nos referimos tanto a las artes plásticas o musicales como a las lingüísticas.

Sin poesía ¡qué difícil llegar a intuir el Misterio! Pero esto ocurre también con la narrativa: sin una oratoria bella y sin una narrativa literaria (es decir, sin la belleza de la lengua) los mensajes más elevados se bloquean.

La teología escrita tiene, pues, como imperativo el ser lingüísticamente bella, de gran calidad estética..., si no quiere convertirse en pesada e inútil cruz para el lector. Nuestros teólogos deberían tener en cuenta este principio.

¹⁵¹ Para el estudio pormenorizado de la simbología en Benito Pérez Galdós es clásica la obra ya citada de GUSTAVO CORREA, *El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós* (Gredos. Edic. de 1962 y de 1974). V. también su artículo *El simbolismo mítico de Pérez Galdós* (Thesaurus. Tomo XVIII. Num.2 - 1963). Un estudio detenido y denso de esta perspectiva simbólica (matizada del historicismo de los personajes) es el que realiza JULIÁN ÁVILA ARELLANO en su tesis doctoral *El personaje femenino del teatro de Galdós. (Una aproximación al simbolismo histórico del escritor.)* en dos tomos; de modo particular, en la Parte Primera: *I. El simbolismo histórico de Galdós*, y *II. El personaje galdosiano*. (Editorial de la Universidad Complutense de Madrid. 1992. Págs. 3-76). En este mismo sentido: YOLANDA ARENCIBIA, *Referente y símbolo: aproximación al simbolismo femenino en Galdós* (Instituto de Estudios Canarios, n.36-37. 1990-1992, págs. 76-92). Ver también AMADO, ALONSO *Realidad, ficción y símbolo en las novelas de Galdós* (Gredos. Madrid. 1977),

Hemos convenido en que la narrativa de Benito Pérez Galdós es no sólo la más extensa y cualificada de realismo, sino, a la vez, después de la de Cervantes, la más bella. A pesar de que no todas sus obras tienen la misma calidad literaria y de que algunas (de teatro, sobre todo) ofrecen bastantes peros desde el punto de vista lingüístico o de la técnica teatral. Pero el conjunto es formidable.

Esto quiere decir que también el elemento religioso cristiano de su producción se nos ofrece, en general, con la cualificación de lo estéticamente bello, y, por ello, con un nuevo y legítimo atractivo.

Podremos hablar, entonces, de una teología literaria, que es —en cuanto escrita— lingüísticamente bella.

En resumen, debemos concluir este breve estudio afirmando que existe una teología galdosiana y que ésta ofrece un gran interés metodológico (e incluso conceptual) a quienes, teólogos o no, estén interesados por descubrir un conocimiento remozado del hecho cristiano.

3. Simbolismo y constantes religiosas en la creación de Galdós.

Literariamente Galdós es considerado de manera fundamental como realista, el máximo representante —quizás— del realismo en nuestras letras, no sólo por la abundancia de su producción sino también por la veracidad y la estética del retrato. Sin hacer de menos por ello al formidable grupo de literatos españoles que lo acompaña (los Pedro A. de Alarcón, “Fernán Caballero”, Valera, Clarín, Pardo Bazán, Palacio Valdés, Echegaray, A. López de Ayala, Tamayo y Baus, Pereda, Blasco Ibáñez, Mesonero Romanos, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, etc.).

Sin embargo, sería un error ubicarlo en este movimiento como simple observador impasible y fatalista mediatizado por lo real, ajeno a la búsqueda incesante de una interpretación honda y trascendente del ser humano y de su problemática. Literariamente, se aproxima también con frecuencia al romanticismo (en las primeras series de Episodios Nacionales, sobre todo, y en buena parte de las novelas de intensa trama amorosa y en casi todo el teatro).¹⁵² Pues bien, tanto en la dimensión realista o naturalista como en los desarrollos románticos, se puede afirmar que, en general, toda su obra es fundamen-

¹⁵² La pasión mútua e imposible de Fernando Calpena y Aura Negretti y la búsqueda angustiada de la joven por Fernando, a lo largo de toda la tercera serie de Episodios, es un claro exponente del romanticismo galdosiano, que sólo cederá cuando ambos personajes —cada uno por su lado— descubran la felicidad del amor clásico. Ante la extrañeza del nada romántico Zoilo por la amistad que Fernando le brinda, éste dice: “*Romanticismo, Zoilo. La lógica de las cosas absurdas..., misterios de las almas.*” (Episodio *Vergara*, o.c.,pág. 98). A este propósito escribe JOSÉ F. MONTESINOS: “*Esta asimilación del romanticismo a la locura o por lo menos al absurdo, a anomalías patentes, suena de un modo constante en casi todos los episodios de esta serie.*” (FERNÁNDEZ MONTESINOS, J.F., *Galdós*. Vol. III, Ed. Castalia. Madrid 1980. Pág 40)

mente simbólica, dotando a los símbolos de un notable calor emocional y revelador, con la intensidad poética de los modernistas y de la Generación del 98.

En el fondo, el proceso de simbolización en la obra literaria (la de Galdós, en particular) puede ser, tal vez, una manera muy pensada de escapar de la realidad inmediata con que nos encontramos, concediendo a ésta un significado superior y dinámico (abierto, más que cerrado o acabado), aunque entonces lo real entre en el campo de la abstracción y no esté exento de subjetivismo.

Lissorgues piensa que con esto el novelista quiere ofrecer unas “ideas legitimadoras” del futuro, más que del presente. *“La visión de la realidad se organiza en función de esas grandes ideas y el sentido del mundo se deduce de ellas. Estas ideas legitimadoras (puesta aparte la de la virtud laica) son todas de naturaleza digamos religiosa.”*¹⁵³

Si el símbolo lleva siempre mucho más allá de su realidad inmediata y material, adentrando en la pura trascendencia, hay que decir que la simbología galdosiana encamina hacia un hondo pensamiento antropológico, filosófico y teológico, que abro valiosamente religioso. Es decir, conduce (en la inmensa mayoría de sus novelas, episodios y dramas o tragedias) a un fuerte simbolismo religioso bíblico (neotestamentario, en particular), forma de lenguaje que pertenece por esencia a la Revelación judeo-cristiana.

3.1 El simbolismo religioso bíblico en la obra de Galdós.

Resulta imprescindible –para el teólogo y para el hombre culto- hacer la lectura de textos primordiales en clave de símbolo. En especial, la lectura de la obra de Galdós, de las grandes novelas, de bastantes de los episodios (que aciertan a conjugar historia patria, fantasía y simbología) y de casi todas las piezas teatrales.

Por esta razón, es de particular interés recordar aquí el proceso de simbolización, que culmina en la intuición de un valor absoluto y, por consiguiente, de orden trascendente, cercano al mundo de lo positivamente religioso, cercano al cristianismo en particular.

¹⁵⁴

Por ejemplo –para entendernos-, el encuentro con un símbolo de bondad personificada excepcional conduce a cierta percepción de la existencia del valor “Bondad” en grado máximo, situado ya –para el presente y para el futuro de quien lo experimenta- en una esfera superior que expresaríamos como el valor absoluto del “Bien y la Bondad”; y, para el creyente, como el valor de la “Bondad de Dios”.

¹⁵³ LISSORGUES, YVAN, o.c., pág. 10

¹⁵⁴ Me remito para la mejor comprensión del proceso de simbolización a mi escrito *Pedagogía simbólica, mediación pre-religiosa*, en el capítulo I de mi libro *Religión, psicología y cultura en el ámbito cristiano* (Proyecto Sur de Ediciones. Granada. 2000, págs. 70-90).

Concretando este ejemplo de la bondad, el grafismo narrativo de las figuras de Sola y de Benigno Cordero (en la Segunda serie de los Episodios), de Benina (en *Misericordia*), o de Mariucha o de Alcestes (en los dramas *Mariucha* y *Alcestes*), entre tantos otros, símbolos magníficos de los más altos grados del amor y la bondad, conduce, sin duda alguna, a la intuición del amor y la bondad absolutos señalados en el Evangelio y atribuidos a Jesús: “*Nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos. Yo doy la vida por mis amigos.*” y “*¿Por qué me llamas bueno? Sólo Dios es bueno (absolutamente bueno)*”.

El horror que provocan la perversión y la crueldad conducen al rechazo frontal del mal, y por este camino pueden situar en la máxima expectativa del bien. La depravación progresiva de Isidora Rufete (*La desheredada*) y la crueldad de Salomé y de Mari Paz Porrreño (*La Fontana de Oro*), de Doña Juana (*Cassandra*) y Doña Perfecta, de Felicísimo Carnicero (antítesis de Benigno Cordero en la segunda serie de Episodios), todos estos, conducen a algunos personajes observadores y a todos los lectores a un hondo rechazo del mal absoluto (a una huida de él) y a un deseo máximo del bien absoluto.

Es decir, ambas series de vivencias perfectamente simbolizadas introducen casi siempre en los umbrales de la trascendencia (la existencia de un valor absoluto sobrehumano) o de la religiosidad (el deseo o la intuición de un Dios). Y la literatura (la narrativa, lo mismo que la poesía) pueden ser una excelente camino hacia tal percepción.

La razón de estos procesos de simbolización radica en el interior del ser humano, en donde posiblemente duerme el arquetipo de humanidad: el tipo ideal que inicial y fontalmente se ha deseado, y que el paso y el peso del tiempo, de la dureza existencial, ha sumido con tanta frecuencia en un penoso letargo. El encuentro con el símbolo siempre es providencial, es despertador de la conciencia y de sus más hondas aspiraciones, si es que el símbolo nos llega con nitidez y nos coge en un estado sereno; lo que sucede con la lectura de un sinnúmero de otras literarias. Y es, ciertamente, el caso de la obra de Benito Pérez Galdós.

Toda ella significa en grandísima medida el ofrecimiento de una serie de símbolos nítidos, de enorme colorido y fuerza, tanto en los tipos (nombre y trayectoria) como en las tramas noveladas o representadas. Debiendo añadir que una gran parte de los símbolos ofrecidos se remiten (como tendremos ocasión de ver enseguida) al mundo bíblico y neotestamentario (*Gabriel de Araceli, Salvador Monsalud, Gloria, Gracia, Clara, Lázaro...*); uniendo en ocasiones, la simbología cristiana y los mitos griegos clásicos, como sucede, por ejemplo, en los dramas *Electra, Bárbara, Celia en los infiernos, Alceste, El caballero encantado, La razón de la sinrazón*, etc.

Debemos advertir, sin embargo, que a lo largo de la producción galdosiana el decisivo recurso simbólico no siempre tiene la misma fuerza y claridad.¹⁵⁵

Distinguimos (por comodidad metodológica) dos formas del tratamiento simbólico en la creación galdosiana: la expresión naturalista (elementos cósmicos o del existir humano con notable intensidad y mitos clásicos o creados por el autor) y la perspectiva explícitamente cristiana inserta en esa simbología; en las dos formas encontramos la persona-símbolo y la acción simbólica que ésta protagoniza.

Concretaremos enseguida ambos tratamientos. Dentro de cada uno de ellos destacaremos primero, la simbología de los tipos individuales y de su onomástica; y después, las grandes acciones o tramas desarrolladas según el proceso representativo o evocador de la simbología. En todos estos procesos va a hacerse posible la clarificación o, al menos, la intuición de mensajes de orden espiritual, frecuentemente de hondo y auténtico espíritu cristiano..

3.2 Simbolismo mítico pre-religioso y pre-cristiano en Galdós.

Toda experiencia simbólica puede ser –es, quizás- prerreligiosa, y, en cuanto que sitúa en los más puros valores evangélicos, puede considerarse también cristiana o pre-cristiana.¹⁵⁶ Así es la experiencia del firmamento estrellado que tienen –de forma muy distinta- Marianela y León Roch. En los dos casos, vivencia esperanzadora de una vida futura pacífica, luminosa e interiormente engrandecida.

Aunque, a veces, esta constatación se verifique precisamente a la inversa. Por ejemplo, la bajada a los infiernos de la pobreza y de la miseria que realiza Celia (*Celia en los infiernos*), descenso efímero por su parte y ambiguo (porque considera también infierno la vida en el ambiente de la alta burguesía a la que retorna), es un símbolo de solidaridad fragmentada o truncada que no llega a evocar el mito de Orfeo. Desde el punto de vista de los valores naturales y cristianos se queda a mitad camino, pero indirectamente hace experimentar al lector la urgente tarea de la plena solidaridad humana que le reclama.

a) En cuanto a los personajes – símbolo.

La configuración anímica y existencial (en ocasiones, además, física) de numerosos personajes determinados “dice” mucho más de lo que ellos son (de lo que aparentan ser

¹⁵⁵ Según J.F. FERNÁNDEZ MONTESIMOS: “El autor se siente a ojos vistas estrecho en ese terreno del naturalismo ortodoxo –nunca lo fue del todo el suyo- y se nota el deseo de desbordarlo. Hasta muy tarde no incide en un franco y declarado simbolismo que, al revés de lo que ocurría en las novelas de la primera época, nada tiene de abstruso”. (o.c. págs. 49-50)

¹⁵⁶ “Dentro de este ámbito de visión –escribe GUSTAVO CORREA- abundan (en las novelas galdosianas) los paradigmas bíblicos del Antiguo y Nuevo Testamento y las configuraciones que se hallan vinculadas al dominio del sentir religioso en general.” Gustavo Correa, *El simbolismo mítico en las novelas de Pérez Galdós* (rev. Thesaurus. Tomo XVIII. Num. 2. 1963; en el Centro Virtual Cervantes, pág. 428)

en una percepción realista sólo inmediata): con distinto procedimiento evocador, todos encarnan roles notables y trascendentes.

Clara y Lázaro (*La Fontana de Oro*), Rosario (*Doña Perfecta*), Mariucha, Gabriel de Araceli e Inés (primera serie de Episodios), Leré (*Ángel Guerra*), Benina (*Misericordia*), Nazarín, Sola y Benigno Cordero (segunda serie de Episodios), Catalina de Artal (*Halma*), etc., etc. son –en su contextura y sin la menor sombra- símbolos andantes de todas las dimensiones del amor, de la fidelidad, de la más justa relación interhumana. Y, como tales, acercan, al ser contemplados, a la intuición, clarificación y aspiración de esos altos valores en su nivel más absoluto; acercan a la trascendencia y, de hecho (según la escritura de las obras en donde se mueven) acercan a Dios, al Dios de Jesucristo.

Con otro signo (en *Doña Perfecta*) el personaje Caballuco es visto por Pepe Rey (desde su encuentro inicial en la novela) como el hombre absorbido por la más brutal animalidad, por una brutalidad sin conciencia que lo hace instrumento de depravación y de crimen contra el bien y contra la inocencia; por tanto, aparece como personificación terrestre e incontrolable del poder demoníaco –es simbólicamente el demonio-. El lector entra, entonces, en el misterio del mal (*el mundo está puesto en manos del maligno*, según la observación joánica) y se siente sobrecogido como el mismo Jesús cuando exclama: *ésta es la hora del poder de las tinieblas*.

Una vivencia semejante se hará posible a partir de tipos como Pedro Polo (*El doctor Centeno* y, sobre todo, *Tormento*), Pepet (*La loca de la casa*), Juanito Santa Cruz (*Fortunata y Jacinta*), Salomé y Mari Paz Porreño (*La Fontana de Oro*), Doña Juana (*Casandra*), Madruga (*Antón Caballero*), Don Lope (*Tristana*), Horacio y Demetrio (*Bárbara*), etc. Todos ellos son símbolos de mal. Sin embargo, al contrario de lo que sucede con los símbolos del bien, la onomástica en estos casos, en general, no acompaña a la fisonomía del personaje.

Junto a estos retratos dotados de realismo, Galdós crea algunos tipos absolutamente ideológicos o míticos en un contexto más bien surrealista o anacrónico. Estos son símbolos de situaciones dramáticas históricas o individuales, difíciles de mostrar de otro modo.¹⁵⁷

Mari Clío (o La Madre), en la quinta serie de Episodios y en la novela *El caballero encantado*, es una matrona excelsa y atemporal, capaz de adoptar fisonomías muy dispares, que simboliza en todo momento a España en su trágica historia y en su idiosincrasia y, a la vez, muestra el único proceso viable para salir de nuestras desgracias ancestrales. Tito (en esos mismo episodios) y Tarsis (*El caballero encantado*), a su vez, simbolizan el camino iniciático como definición de la persona. Alceste, en plena mitología griega (*Alceste*), y

¹⁵⁷ Ver: GUSTAVO CORREA, *El simbolismo mítico en las novelas de Pérez Galdós* (rev. Thesaurus. Tomo XVIII. Num. 2. 1963; en el Centro Virtual Cervantes, págs. 440-444)

Atenaida (*La razón de la sinrazón*) son el símbolo del ser predestinado a dar vida desde la muerte; un ser que evidentemente debía ser femenino, pero más que materno. En consecuencia –como veremos– su simbología introduce directamente en el misterio cristiano. No así las figuras trágicas de Bárbara y de Casandra (en las tragedias galdosianas de esos nombres) que, muy a pesar suyo, generan muerte.

b) En cuanto a la acción simbólica y mítica.

Son muchas las obras que simbolizan toda su trama, aun sin llegar apenas a dar el paso hacia la simbología explícitamente cristiana. La trayectoria paciente y esperanzadora de Gabriel y de Inés (primera serie de episodios), de Sola (segunda serie de episodios), de Demetria y de Gracia (tercera serie de episodios), de Isidora (*Voluntad*), de Sor Simona, de Antón Caballero o de León (*Mariucha*), ya recuperados, etc., evocan esa síntesis admirable que constituyen la tenacidad, la paciencia y la esperanza unidas.

El sacrificio de Victoria (*La loca de la casa*), casándose con Pepet; el de Alceste, el de Bárbara aceptando a Demetrio para que Leonardo se salve de ser ajusticiado, o la entrega de la vida de Guillermo Bruno al niño monstruoso abandonado en la calle (*Amor y ciencia*)... son símbolos de la vida que se recupera lentamente desde el dolor de una donación generosísima de sí mismo hasta la muerte.

Una gran variedad de símbolos de signo aparentemente negativo pueblan y dinamizan el universo literario de Galdós. El espacio estelar suscita en Federico Ruiz (el aprendiz de astrónomo de *El doctor Centeno*) el anhelo de cristianizar las constelaciones atribuyéndoles nombres de patriarcas bíblicos y de santos; lo que despierta una cierta vis cómica en el autor, aunque le sirve para acentuar su deseo de armonía entre ciencia y fe y la razón religiosa posible del cosmos. En esta misma novela el coprotagonista Alejandro Miquis se muestra como un aprendiz del dios Vulcano en su empeño fallido con alcazar (con la escritura de una comedia) las más altas cimas del ideal artístico.

La sombra es una narración menor (a la que apenas nos referimos). En ella, sin embargo, se articula el mito trágico del rapto de Elena por Paris, que se reencarna (se sale de un cuadro) para llevarse a la esposa del desgraciado Anselmo.

Más importante es el mito de las alas cortadas que reproduce la caída de Ícaro en las profundidades insondables del mar: es toda la realidad y la acción de Isidora en *La desheredada*. El personaje vive en un ansia obsesiva e irreprimible (neurótica) por incorporarse a la nobleza de la marquesa de Aransís, estirpe a la que cree pertenecer por sangre; un ansia por volar hacia esa altura. Pero su pretensión desaforada no tiene fundamento alguno, es una pura entelequia; entonces, en su vano esfuerzo, ve cortada sus alas (sus mínimas posibilidades) y su esperanza, y se precipita en la hondura tenebrosa de la prostitución, una vez que ha despreciado las ofertas nobles de Augusto Miquis y de Joan Bou (salvadores) para situarla en el status verdadero, humilde y sano que le corresponde. Se trata –con esta tremenda acción simbólica– de intuir la llamada salvadora que se dirige al ser humano para recuperar la sensatez, la contención realista y la verdad.

Semejante es, en otro orden de cosas, el proceso interior de Paulita Porreño, que aspira a una santidad –la vive de algún modo ya- en contra de su naturaleza y que le produce, en definitiva, la enajenación y la muerte. Parecido también el intento de Gloria de salir del capullo que la encierra y convertirse en mariposa libre; o el de Tristana, que ha soñado con la liberación como mujer (en compañía de Horacio) sin apreciar la propia debilidad para romper las terribles cadenas con que la tiene sujeta Don Lope.

Una obra de importancia como es *Lo prohibido* gira, toda ella, en torno a tres símbolos: sexo, maternidad y dinero, planteados en su ambivalencia moral.¹⁵⁸

3.3 Onomástica simbólica de signo religioso cristiano y expresamente bíblico.

Podemos afirmar que muchos personajes y muchas tramas de la obra galdosiana, además de expresar la realidad y de constituir símbolos universales (de inspiración cristiana), se configuran también –o llegan a configurarse- en su desenvolvimiento con una densidad religiosa bíblica, normalmente neotestamentaria, de forma implícita o explícita. Es decir, traen consigo un mensaje trascendente y de fe que se revela a lo largo de la trayectoria existencial narrada o escenificada. Encarnan una simbología de signo claramente cristiano. Y con frecuencia el autor otorga, a la vez, un nombre al personaje y a la obra que contribuye a revelar o realzar esa simbología; nombres tomados muchas veces de la onomástica bíblica o tradicionalmente religiosa.

Recordemos que tanto en la Biblia como en las culturas de raigambre más antiguo el nombre “dice” la persona, designa al menos el proyecto personal y su transcendencia. Es puro símbolo. Galdós introduce esta dinámica en la nomenclatura de sus personajes y de muchas de sus obras; y ello con un carácter revelador del Misterio (“*escondido durante siglos*”). Es decir, hace teología con la onomástica.

Misericordia, obra cumbre de la novelística, recibe este título porque toda ella es un gran símbolo del mensaje evangélico de amor misericordioso. En la novela concurren –a lo largo de todas sus páginas- dos símbolos no sólo humanos sino también expresamente crísticos: por una parte, el poema excepcional de la caridad cristiana cantado por Pablo en 1ª Cor. 13, plasmado en las obras de misericordia que nos enseñan los manuales católicos de catequesis, y, por otra, el nombre de la protagonista, Benigna (con el título de “señora” –*señá Benina*- que le dan los compañeros mendigos), nombre que simboliza magistralmente todas las dimensiones de la caridad cristiana dignificando y haciendo bienaventurados a los pobres.

De manera más modesta (desde el punto de vista literario), la figura del ángel Rafael que acompaña a Tobías en su marcha para tomar esposa y fundar una familia nueva en

¹⁵⁸ Puede verse la comunicación de PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE BLANCH, *Simbolismo en 'Lo prohibido' de Galdós*. Actas XI Congreso I. E. G. (1992). Centro Virtual Cervantes.

una tierra desconocida (Tob. 5 a 9) está simbolizada en el drama *Mariucha* por el buen sacerdote Don Rafael que, frente a todos los demonios desencadenados para provocar la muerte de María y León, une a la pareja, los casa y acompaña en su marcha liberadora.

Nombres de personajes, personajes tipo y tramas se suceden como símbolos cristianos a lo largo de la creación de Don Benito.

Conocer, pues, esta simbología individual y activa es tarea imprescindible para penetrar en el pensamiento cristiano del autor sobre ámbitos tan importantes como antropología, literatura, religión, arte...; pero la verificación de esta tarea es -puede ser-, al mismo tiempo, una inapreciable aportación al discurso teológico para hacerlo más inteligible y cercano a las personas. *“Esta caracterización simbólica del mundo galdosiano – escribe Correa- nos permite acercarnos al problema de las relaciones entre arte en general y religión, y más particularmente entre literatura y religión”*; y, al final del estudio de las obras emblemáticas de la novelística galdosiana, concluye que ha quedado patente *“un denso entrecruzamiento de coordenadas simbólicas, cuya inspiración básica es de carácter religioso...”*¹⁵⁹

a) Evoquemos de entrada, en forma de *Tabla* sugeridora, una serie (no completa) de personajes galdosianos importantes que son bautizados con nombres muy significativos o simbólicos, introduciendo así a las tesis doctrinales que aparecen enseguida en las obras correspondientes.

Tabla de símbolos onomásticos más importantes.

Personajes – nombre:	Simbología de los mismos:
Almudena (<i>Misericordia</i>)	Al más pobre de todos los personajes se le da un nombre mariano.
Alelí, padre (<i>Los Apostólicos</i>)	Flor o planta sin valor.
Amaranta (<i>La Corte de Carlos IV</i>)	Mujer amarga por su soberbia y dureza.
Amparo (=Desamparada) (<i>Tormento</i>).	El desamparo absoluto.
Ándara (<i>Nazarín</i>)	Andante peregrina convertida, apasionada
Ángel Guerra (<i>Ángel Guerra</i>)	Síntesis y confrontación de idealismo moral y religioso (“ángel”) y de conflicto con la naturaleza (siempre en “guerra” consigo mismo).
Ansúrez (Jerónimo y familia)	Ancestros de los españoles.
Augusta Cisneros (<i>Realidad</i>)	Aúna dominio (por su belleza) y maniobras de Cortes renacentistas (=infidelidad).

¹⁵⁹ CORREA, GUSTAVO, *El simbolismo religioso en las novelas de Galdós*. (Ed. Gredos. Madrid. 1962. Pág. 22 y pág. 226

- Babel (familia) (*Ángel Guerra*) Un clima humano caótico.
- Beatriz (*Nazarín*) “Beatriz” de la Divina Comedia. María Magdalena.
- Beltrán de Urdaneta (*La campaña del Maestrazgo*). Evoca las andanzas de la Beltraneja.
- Benigno Cordero (*7 de julio*) Bondad natural y máxima; que no infunde temor.
Cordero pascual.
- Benina (Benigna) (*Misericordia*) Bondad casi absoluta, sin gratificación alguna.
(Benigna de Casia) Santa Rita de Casia, abogada de los imposibles.
- Bueno de Guzmán (*Lo prohibido*)..... Lo contrario de Guzmán el Bueno: radical
egoismo.
- Caballuco (*Doña Perfecta*) Caballo salvaje peligroso, mal hecho.
- Cándida (*El amigo Manso*) Ironía. Lo contrario de candidez.
- Casandra (*Casandra*) Feliz de expresar sus sentimientos; hermosa.
- Catalina de los Desposorios, sor (*Tormentas del 48*) Organiza e impone la boda no querida
de su hermano. Ironía del desposorio místico.
- Centeno (*El doctor Centeno*)..... “Pan de centeno”: vulgar, pobre pero necesario.
El hombre sin relieve.
- Clara (*La Fontana de Oro*)..... Claridad e inocencia (: santa Clara)
- Cienfuegos, Juan Pablo (*Alma y vida*).... Exaltado revolucionario. Justo.
- Daniel (*Gloria*)..... Daniel en el foso de los leones (en la familia
Lantigua). Profeta que viene del exilio.
- Demetria (*De Oñate a La Granja*)..... Fortaleza de lo apacible, de lo doméstico (demos).
- Domiciana (*Los duendes de la camarilla*). Dueña absoluta. Dominante, falsa, maquiavélica.
- Esther Spinoza (*Gloria*) La reina bíblica Esther, salvadora de su pueblo.
- Electra (*Electra*) Gusta acompañar y ser acompañada. Vengadora.
- Felicitísimo Carnicero(*El terror de 1824...*) Avaricia cruel y perversa. La falsa felicidad.
- Ficóbriga (*Gloria*) Pueblo de higos, “en la higuera”: ausente.
- Fidela de Águilas (*Torquemada...*) Fiel al honor familiar, al esposo y a sí misma.
- Florentina (*Marianela*) Floreciente (de belleza)
- Fly, miss (*Batalla de Arapiles*) Mujer voladora (fantasmagoría atrayente).
- Fortunata (*Fortunata y Jacinta*)..... Ironía: infortunio total. La única fortuna verdadera
tiene carácter espiritual.
- Gabriel de Araceli (*Trafalgar*)..... El que anuncia la vida de parte de Dios (Gabriel) y
la conduce a esa dimensión (al altar del Cielo).
- Genara (*La segunda casa*) Generadora de la crisis (entre las dos Españas).
- Gloria (*Gloria*)..... La gloria inalcanzable del amor en la tierra.
- Gracia (*De Oñate a La Granja*) Alegría gratuita, que se dona.
- Halma (*Halma*)..... El alma humana: fondo de bondad y autonomía.
- Horacio (*Rosalía*) Amigo fiel (de Hamlet)
- Ido del Sagrario (*Doctor Centeno*) Religiosamente pobre y desorientado.
- Inés (*La Corte de Carlos IV*) Virgen mártir cristiana de los primeros siglos.

- Isidora (*Voluntad. La desheredada*)..... Vehemente. Ama lo que engrandece y dignifica.
- Inocencio, don (*Doña Perfecta*)..... Ironía del egoísmo y la falsedad bajo capa de respetabilidad eclesiástica.
- Jacinta (*Fortunata y Jacinta*)..... Jacinto, perla preciosa humilde, devaluada.
- Jacobo Mendrugo (*El tacaño Salomón*).. Tacaño, cicatero.
- Jerónimo de Matamala, fray (*El audaz*).. Mata en nombre de la religión.
- Jerusa (*El abuelo*) La Jerusalén traidora y cruel que mata.
- José Fago (*Zumalacárregui*)..... Fago: fagocitar. Alimentarse de otro, sin ser él.
- José Relimpio (*La desheredada*) Hombre empalagoso y cierta doblez.
- Juan Bou (*La desheredada*) Hombre bueno, tenaz, trabajador (bou = buey)
- Juanondón (Juan Ruiz Hondón) (*Carlos IV en La Rápita*)..." Arcipreste de Talavera". Falso. Tirano cruel. Su mal llega al fondo (hondón).
Depravado sexual.
- Juanito Santa Cruz (*Fortunata y Jacinta*). Ironía de lo contrario del apóstol Juan y del camino evangélico de la cruz. Falsedad. Tortura.
- Lantigua (familia) (*Gloria*) Ultraconservadores dogmáticos.
- Lázaro (*La Fontana de Oro*) El que revive.
- Leré (*Ángel Guerra*) Sonido alegre, inocente, puro. Lorenzo mártir.
- Licenciado Lobo (*La Corte de Carlos IV*)...Amenaza y peligro que supone el ser humano.
- Lucrecia (*El abuelo*)..... Dominio despótico (Lucrecia Borgia).
- Luis Gonzaga (*La familia de León Roch*).. Espiritualidad mística que evoca a San Luis G.
- Manso (*El amigo Manso*)..... El hombre inocuo, la vida inocua.
- Marcial (*Trafalgar*) Soldado cristiano, sencillo, fuerte, valeroso.
- Mari Clio (La Madre)(*Serie 4ª Episodios*). Historia variante y trágica de España.
- Marqués de los Perdonos (*Pedro Minio*). Imagen de una jerarquía cristiana verdadera.
- Máximo (*Electra*) Máximo conjunto de cualidades (buen padre, trabajador, amante, cristiano, liberal).
- Nazarín (*Nazarín*) Jesús Nazareno en su vida y Pasión.
- Nela (Marianela) (*Marianela*)..... Inocencia virginal, transparencia de la humildad y la caridad natural. Innominada.
- Nuestra Señora de la Indulgencia (residencia) (*Pedro Minio*)... Apertura misericordiosa.
- Nomdedeu (*Gerona*) Reflejo del paso oculto de Dios en el hombre.
- Nones, padre (Juan Manuel) Persona que va contra corriente. Honesto.
- Orbajosa (*Doña Perfecta*)..... Urbe (ciudad) vieja, ennegrecida, asfixiante.
- Pantoja (*Electra*) Evoca la palabra "espantajo".
- Pastor (*Celia en los infiernos*)..... Fiel acompañante y guía.
- Paulita (*La Fontana de Oro*)..... Mujer místificada (diminutivo de S. Pablo).
- Perfecta, doña (*Doña Perfecta*)..... Ironía de la perversión encubierta bajo la máscara de religiosidad y perfección. Cruel.
- Pío Coronado (*El abuelo*) Amarga coronación del hombre bueno.

Patricio Sarmiento (<i>El Grande Oriente</i>)...	Nobleza del espíritu radical casi loco.
Rumblar (marqueses) (<i>Bailén...</i>).....	Rumbosos, ostentosos, dominantes.
Salomón, José (<i>El tacaño Salomón</i>)	Sabio, inteligente mediador.
Salvador Monsalud (<i>El equipaje del rey José</i>)...	“El que salva”. Nuestra única salvación.
Sanguijeruela (<i>La desheredada</i>).....	Mujer físicamente desagradable y que se aprovecha de los demás.
Santiago Íbero (<i>Los Ayacuchos...</i>).....	Prototipo de “virtudes” españolas.
Santiuste, Juan (Confusio) (<i>Aitta Tetauen</i>)...	Ridiculización de santo. Prototipo de confusión filosófica.
Santorcaz (<i>Bailén...</i>)	La tozudez salvaje (torcaz) y perversa.
Serafinita (<i>Gloria</i>)	Antítesis de serafín; ángel inútil, falso.
Simona, sor (<i>Sor Simona</i>)	Vehemencia y honestidad de San Pedro.
Sola (<i>Memorias de un cortesano de 1815</i>).	Bondad casi absoluta, sin gratificación. El sacrificio fecundo del amor y la soledad.
Tarsis (<i>El caballero encantado</i>)	Mitología original ibérica: de los tartesos.
Tomás Orozco (<i>Realidad</i>)	La angustia de la duda.
Tomé, don (Ángel Guerra)	Santo Tomás: gran creyente
Torquemada (<i>cuatro Torquemada</i>).....	El gran inquisidor de los bienes ajenos.
Tristana (<i>Tristana</i>).....	Tristeza absoluta de la vida sin salida.
Víctor (<i>La de San Quintín</i>)	El que triunfa.
Wifredo, don (<i>España trágica</i>)	Evoca la caballería medieval. Quijotesco.
.....	

A propósito de *Marianela* (personaje por el que el autor se entenece al máximo, siendo ya anciano) es importante señalar que su simbología mayor consiste en mostrar a la niña adolescente (La Nela) sin nombre. El símbolo es precisamente no tener nombre alguno propio ¹⁶⁰; lo que significa el máximo de abatimiento ante sí mismo y ante los demás: estar a merced de todo el mundo, que es como se describe al Mesías de Dios (a Jesús en la Pasión) en el canto 4º del Siervo de Yave, del profeta Isaías: “Creció como raíz de tierra árida. No tenía apariencia ni presencia; le vimos y no tenía aspecto que pudiésemos estimar.” (Is.53,2).

¹⁶⁰ TRINIS ANTONIETTA MESSINA hace un estudio detenido del simbolismo en *Marianela*. Sobre esta cuestión, en particular: “La protagonista no tiene nombre fijo. Todos en el pueblo la llamaban de modo distinto: nela, Nelilla, la hija de la Canela, María nela, Marianela, Mariquita, Mariquilla... Su nombre real era desconocido, ni siquiera ella misma lo sabía. Este juego de apelativos responde más bien a la intención de querer evidenciar la incertidumbre del nombre debido a la falta de una familia, de herencia familiar... El nombre verdadero de Marianela se descubre sólo después de su muerte.” (En *Nombres y símbolos en Marianela de Benito Pérez Galdós*. Universitá Kore di Enna. Castilla. Estudios de Literatura, 1. 2010, pág.77). La contestación de la niña al médico Teodoro Golfín es patética: “-Dime: ¿y a ti por qué te llaman la Nela? ¿Qué quie decir eso? La muchacha alzó los hombros. Después de una pausa repuso: -Mi madre se llamaba la seña María Canela; pero la decían Nela. Dicen que éste es nombre de perra. Yo me llamo María.”

En la misma novela, y como polo opuesto a la innominada Nela, está Florentina, que es un nombre acabado y reconocido, máximo de significación. De hecho el capítulo en que aparece esta joven se titula *De cómo la Virgen María se apareció a la Nela* (quizás evocando el reciente acontecimiento -1858- de las apariciones de la Virgen a la humilde Bernardette Soubirous).

b) Temas transversales básicos y simbología cristiana de los mismos.

Recordemos que toda la creación de Benito Pérez Galdós discurre en torno a dos grandes temas que vertebran su pensamiento: España y el catolicismo, el drama hispano y, a la vez, la visión del hecho cristiano en sí mismo y en el sentir, la práctica y la estructura de los católicos españoles.

Ambos temas son vistos en todo momento con perspectiva de futuro; es decir, lo que el autor ve es la España que viene y el catolicismo que viene en España, a pesar de la propuesta de reforma y de los intentos literarios y políticos por ofrecer una alternativa a la realidad desgraciada que en uno y otro aspecto se vislumbra. Decimos aspectos porque, en definitiva, los dos problemas –la existencia nacional y la vivencia religiosa- están íntimamente unidos; quizá indisolublemente unidos. El siglo XIX, entonces, no tiene sólo un valor de presente; es el punto de llegada de una historia y el punto de partida de otra.

Las dos Españas y los dos catolicismos.

La España que ve Galdós es una única nación histórico geográfica pero desunida - sustancialmente desunida y disociada- no en cuanto a los espacios territoriales sino en cuanto al espíritu, al menos en dos categorías irreconciliables: la conservadora, radicalmente tradicional que practica la intolerancia respecto a cualquier otra forma de ser filosófica, política o religiosa, en consecuencia agresiva, y la liberal, abierta, librepensadora y deseosa de conciliación.

Esta separación, alentada por Fernando VII, la testimonia el autor a partir de su primera novela, *La fontana de oro* (1870), pero se viene cuajando ya –trágicamente- justo al finalizar la Guerra de la Independencia, desde el Episodio que denomina *El equipaje del rey José*. Este rey efímero, impuesto y nunca admitido, se lleva tesoros de arte en su equipaje y nos deja a cambio una familia rota o a punto de romperse.

A lo largo de toda la segunda serie de episodios nacionales los símbolos de cada una de esas dos Españas son *Carlos Navarro*, hijo del cacique *Fernando “Garrote”*, que deriva inmediatamente hacia el carlismo, y, enfrente de él (por destino, no por propia voluntad), *Salvador Monsalud*, hermanastro de Carlos. Es decir, los dos son hijos del mismo padre (de la misma historia) pero de distinta madre (de dos Españas distintas), porque la madre de *Salvador* (*Fermina*, pobre aldeana, noble de espíritu) fue seducida y abandonada por el padre común –“*Garrote*”. La distancia se agrava por dos razones poderosas: porque su concepción religiosa es radicalmente opuesta, y porque ambos jóvenes aman a la misma

mujer, a *Jenara*, que (aunque casada con Carlos porque pertenece a su clase e ideología político religiosa) será inaccesible para los dos. España está rota y es inaccesible para todos.

El símbolo dual *Carlos – Salvador* está, pues, perfectamente logrado. Lo que ocurre es que, dentro de él o unido al mismo como un factor integrante, aparece la verdadera dualidad religiosa y filosófica de España. Pero en este sentido la única forma religiosa que aparece descrita y con carácter simbólico es la tradicional, la del carlismo y sus adláteres, especialmente la del mundo eclesiástico que la acompaña y sustenta.

Las novelas *Gloria* y *Doña Perfecta* simbolizan al máximo esa postura (aunque no sólo estas dos obras). En ambas la intransigencia religiosa conservadora es absoluta y conduce a la muerte. Para Galdós hay un tipo de catolicismo dominante que es mortal.

La dualidad antagónica simbolizada por Salvador – Carlos se repite con frecuencia (Casandra – Doña Juana, Máximo – Pantoja, Pepe Rey – Doña Perfecta...por ejemplo) y cuando parece que los símbolos pueden llegar a fundirse estalla la tragedia, como ocurre entre Martín Muriel y Susana, dejándonos la impresión de que la división de destinos es irreductible.

Enfrente, como símbolo de un cristianismo (más que catolicismo) abierto, dialogal, más puro y conforme al Evangelio (rayando en una mística irreal) pueden situarse cuatro obras en todo su conjunto, novelas cumbre: *Nazarín*, *Halma*, *Ángel Guerra* y *Misericordia*; y en ellas, además, personajes tipo que encarnan casi perfectamente esta forma alternativa y profética del ser cristiano, como son *Leré* (en *Ángel Guerra*), *Nazarín*, *Benina* y, sobre todo, *Sola* (o *Solita*) en la segunda serie de episodios.

Otras perspectivas simbólicas de la fe y de la moral cristianas.

Junto a la preocupación dominante por la realidad y el futuro de España, el segundo gran tema transversal de toda la creación galdosiana es la reforma de la mentalidad y la práctica de los cristianos y de la Iglesia (del catolicismo), en el sentido de la mayor –y radical- fidelidad al Evangelio y a la totalidad de valores humanos bajo la impronta de la libertad. Esta intencionalidad teológica (incluso evangelizadora) se articula especialmente a través del artificio literario de la simbología. Nos parece que Galdós está brindando a los lectores –al país- el ejercicio de una honda penetración en la conciencia religioso cristiana, precisamente a través de la lectura simbólicamente asumida de las obras más emblemáticas de su producción.

Descartadas aquellas obras que llevan por nombre el de sus protagonistas, el título de un número considerable de novelas y de piezas teatrales tiene un carácter simbólico y expresa ya, por sí mismo, la realidad trascendente que resume la obra, orientando al lector en la percepción dogmática o moral de signo humano y cristiano.

Entre las novelas:

Doña Perfecta y *Gloria*, como terrible ironía de lo que es radicalmente imperfecto e infeliz (opuesto a la felicidad –gloria- a la que nos llama Dios) .

La desheredada, *Tormento*, *Lo prohibido* y *Tristana*: símbolos de otras tantas tragedias o hundimientos morales vividos amargamente por los protagonistas.

La incógnita, *Torquemada en la hoguera*, *Torquemada en la cruz*, *Torquemada en el purgatorio* y *Torquemada y San Pedro* expresan la lucha del hombre en busca de la verdad.

Misericordia, apoteosis del amor cristiano.

Entre las obras de teatro:

Los condenados, *Realidad*, *La fiera*, *Celia en los infiernos* son otros tantos símbolos del mundo que domina amenazando la integridad de la persona.

La loca de la casa, *Alma y vida* y *Voluntad* expresan la capacidad de sacrificio del ser humano por el bien de los demás.

Amor y ciencia es el símbolo de la armonía posible entre el progreso y la fe entendida fundamentalmente como amor.

Un joven de provecho significa la ironía del hombre que sólo se sirve a sí mismo y no aprovecha a nadie.

(Omitimos aquí la referencia a los nombres de los Episodios Nacionales en cuanto que éstos nos remiten, casi en su totalidad, a acontecimientos o situaciones de la historia de España en el siglo XIX).

Siguiendo esta tónica galdosiana, los capítulos del libro de Gustavo Correa *El simbolismo religioso en las novelas de Perez Galdós* ilustran perfectamente la idea que sugerimos (a la vez que nos dan una acertada pauta de lectura en profundidad de tales escritos). Nos permitimos citar esos doce títulos, añadiendo, después, por nuestra parte, algunos otros:

El arquetipo de Orbajosa en 'Doña Perfecta'.

Los elementos bíblicos en 'Gloria'.

La pasión mística de María Egipcíaca en 'La familia de León Roch'.

La expulsión del Paraíso en 'Lo prohibido'.

La presencia del bien y del mal en 'Fortunata y Jacinta'.

La crucifixión de Villamil en 'Miau'.

La índole arreligiosa del personaje Torquemada.

El misterio de la vocación en 'Ángel Guerra'.

La definición del ser religioso en 'Nazarín'.

La fundación ideal de la Condesa de 'Halma'.

La santificación por la caridad en 'Misericordia'.

La búsqueda del Dios verdadero en 'Casandra'.

A estos temas transversales (significados aquí en obras concretas) podríamos añadir, prosiguiendo en la globalización simbólica, los siguientes títulos cuya razón de ser irá apareciendo a lo largo de estas páginas:

La bondad de la Creación: en 'Amor y ciencia' y en 'Marianela'.
'De los dos pueblos hizo uno; ha derribado el muro que los separaba': en 'Gloria'.
Para ser libres nos ha liberado Cristo: en 'Electra', 'Mariucha' y 'La de San Quintín'.
'La cruz, escándalo para los judíos, locura para los griegos': en 'La loca de la casa'.
La antítesis del rico Epulón: en 'El tacaño Salomón'.
'Estad siempre alegres en el Señor': en 'Pedro Minio'.
Pasión y muerte de Jesús en: 'El terror de 1824' y 'Nazarín'.
'Los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma': en 'Halma', 'Ángel Guerra', 'Pedro Minio'.
'Cuando sea elevado en lo alto'... La resurrección: en 'Alceste'.
'El mundo está en manos del maligno': en 'La desheredada', 'Tormento' y 'La fiera'.
'Una misma fe, un mismo bautismo': en 'Santa Juana de Castilla'.
La acción acompañante y liberadora de Don Rafael (el arcángel Rafael): en 'Mariucha'...
Etc.

Como podemos constatar, pues, el conjunto de la obra galdosiana parece brindarnos un sugerente desarrollo de teología bíblica por el camino de la simbología.

A la vista de tales enfoques se nos ofrecen dos itinerarios para el tratamiento teológico de la obra galdosiana:

-uno, más atractivo en primera instancia, el que acabamos de indicar: el análisis de la simbología religiosa cristiana de cada novela, episodio o pieza teatral; incluyendo en él los símbolos individualizados y la multitud de elementos de índole religiosa que surgen a lo largo de ese escrito;

-otro, por el que hemos optado: la investigación de cada tema mayor de la teología, recorriendo –una tras otra– todas las obras del autor para resaltar y considerar la presencia de esa temática a lo largo de la evolución del conjunto literario; situándolo nosotros dentro de un marco estructural de teología (propuesto –eso sí– a partir de los asuntos religiosos y éticos que hemos ido hallando en toda la creación que nos ocupa).

Nos parece que este segundo método, más laborioso, expresa mejor la unidad y la riqueza de pensamiento del escritor, facilita su comprensión y, por otra parte, no elude la referencia al valor global (simbólico o no) de la obra.

No obstante, nos parece oportuno indicar ya aquí, a partir de la simbología concreta señalada, los temas teológicos mayores a que ésta da pie.

1º *La lucha entre el bien y el mal*, continuamente representados –simbolizados- en la mayoría de personajes y en sus confrontaciones. Procurando –esto es muy notable- no caer en un maniqueísmo fácil.

Por “bien” se entiende: la bondad generosa, la justicia y honradez, la veracidad, la inocencia. Basta repasar el listado de protagonistas de las obras para otorgar nombre y figura a este bien.

Por “mal” se entiende: el engaño, el abuso sexual, la avaricia, la crueldad, la injusticia de todo tipo, la ociosidad, el inmovilismo cerril... La galería de personajes que encarnan –simbolizan- este mal resulta también impresionante.

2º *La epopeya de la libertad de pensamiento y de existencia*, frente al sometimiento y al oscurantismo. El talante liberal en todas sus dimensiones; incluida, por tanto, la dimensión ética y religiosa –en particular, la dimensión cristiana-, abogando por una moral conforme a la ley natural y al espíritu evangélico, y por una religiosidad personal y estética, liberada del ritualismo, del sometimiento al clero y de formas opresivas o arcaicas sin sentido; muy cercana al humanismo renacentista cristiano (por ejemplo en el drama *Santa Juana de Castilla*, que invoca en su favor nada menos que a San Francisco de Borja).

Ya hemos señalado la forma espléndida cómo se simboliza esta liberación de la fe en las obras y en los personajes del autor.

3º *La sinfonía heroica –grandiosa- del amor verdadero, de la caridad cristiana* (muy en continuidad con la figura del obispo del capítulo I de *Los miserables* de Victor Hugo, o del *Cyrano de Bergerac* de Edmond Rostand franceses). Y, en particular, la redención por el amor.

4º *La valoración eminente de Dios y de su significado para el hombre, así como del hecho cristiano tomado en su pureza evangélica*. Al mismo tiempo, la necesidad de la reforma interna de la Iglesia.

5º *El triunfo espiritual costosísimo –eventual, nunca seguro- de los inocentes y de su causa*, a pesar de la presión tiránica de todo tipo sobre ellos (ideológica y moral también). Tema que aparece especialmente referido al mundo femenino desamparado.

Así mismo el valor redentor de la mujer.

6º *La crítica de la riqueza, de la ociosidad, de la corrupción y del poder social que se sirve a sí mismo; afincado todo ello en la alta burguesía, y de lo que se beneficia el mundo eclesiástico*. En concreto, la denuncia de la obscenidad que supone el lujo, la banalidad de la existencia y los prejuicios de clase y sangre, al margen –si no en contra- de la pobreza y miseria dominante en el pueblo.

7º *La crítica de la clase política del país y del parlamentarismo en uso*, así como la utilización de lo religioso (y de la Iglesia) por el estamento político administrativo.

8º *La condena de la violencia armada y de la guerra*. La desautorización de sus pretendidas razones religiosas.

9º Como temas menores en el conjunto de la producción, aunque de enorme importancia y gravedad, entre otros:

- *La síntesis de lo natural y lo sobrenatural*, más allá de lo preternatural y surrealista, pero integrando este ámbito (los mitos griegos, por ejemplo, el mito de Orfeo, o el de la caverna) en esa síntesis.

- *La fácil perversión de lo religioso y, en concreto, de una parte considerable de eclesiásticos* por motivos de fanatismo político, de falta de vocación consagrada o de degradación sexual... Lo que, en parte, conduce al autor a pedir la revisión del estado clerical vigente.

- *El quijotismo como elemento regenerador de la sociedad*, aunque éste padece de exageración e incluso de rasgos de locura semejantes a los del hidalgo manchego cervantino.

- *El despotismo que ejercen las mujeres, por madres o por demasiado bellas*, convirtiéndose en causa de tremendas crisis personales (despotismo que se refiere también a la imposición de prácticas religiosas).

A medida que entremos en el análisis que nos ocupa de la obra galdosiana se irán perfilando estos temas, al mismo tiempo que podrán particularizarse, refiriéndonos, sobre todo, a la dimensión religiosa y cristiana.

4. Cuerpo doctrinal teológico y diseño de la identidad cristiana en la obra de Galdós.

Pedimos a la teología un diseño claro (al menos clarificado o clarificador) de la identidad existencial del creyente cristiano, una espiritualidad suficientemente completa y coherente con la conciencia recta y con la visión teológica justa (de Dios, del hombre, del mundo). ¿Aparece tal diseño en la obra de Galdós?

4.1 Planteamiento de la idea y de la praxis del cristianismo en la obra de Galdós.

El centro inmediato de la reflexión galdosiana es el hombre en cuanto real y en cuanto posible: el hombre –concreto y universal, representativo de la humanidad (y del propio autor)- como drama, como quehacer dramático. Un hombre que está demasiado perdido (o en trance de perderse) y, por tanto, necesitado de salvación: una salvación que adviene exclusivamente –o, al menos, de forma primordial- por el espíritu; y el espíritu significa también –incluso de modo esencial- la recuperación de una auténtica experiencia religiosa que halla su forma perfecta en el Evangelio de Jesús.¹⁶¹

¹⁶¹ Nos parece que es JOSÉ LUIS MORA GARCÍA (*Hombre, sociedad y religión en la novelística galdosiana 1888-1905*, Ed. Universidad de Salamanca y Cabildo Insular de Gran Canaria. 1981. 216 pp.) quien aborda con mejor perspectiva teológica la obra de Galdós (limitada al período que estudia).

En consecuencia hablamos sobre todo –respeto a Galdós– de una teología espiritual, íntimamente unida a la teología moral.

En nuestro trabajo optaremos, pues, (para la investigación de esa posible “teología” galdosiana) por seguir ese paradigma antropológico que marca la pauta de todas sus obras, señalando así las grandes líneas de su ideario teológico espiritual, estudiando en cada una de ellas ambas perspectivas: la visión ideológica de fondo (la creencia teológica) y la perspectiva existencial o práctica del seguimiento cristiano, de una existencia moral cristiana. Es decir, cuando nos interroguemos, por ejemplo, sobre el Misterio de Dios en sus escritos, buscaremos a la vez dos niveles de pensamiento: la ideología (la idea y la imagen del Dios cristiano que parece tener el autor) y la forma como esas ideas se proyectan (siempre según el escritor) en la vida de los personajes, es decir, en su propia vida y en la vida del hombre, puesto que es difícil excluir de la intencionalidad del escritor una sugerencia modélica.

Precisamente conviene abordar esta cuestión previa: dada la multitud de personajes y de situaciones y su enorme diversidad en esa amplísima literatura, ¿hasta qué punto será posible establecer una sola visión de cada tema doctrinal y existencial y atribuírsela así al autor? Y, desde una visión semántica, cuando reaparezca un mismo término en diversos contextos (por ejemplo “cristianismo” o “iglesia”), ¿no se estará hablando de realidades diversas, de concepciones contrapuestas y entre sí excluyentes una de otra?

¿No habrá posiblemente una evolución en los planteamientos teológicos que predominan en un momento dado a lo largo de la intensa historia del literato?

La respuesta más justa a estas cuestiones nos va a exigir mantener una serie de criterios complementarios a lo largo de todo el trabajo:

Primero, no omitir ningún dato que refleje las ideas del autor.

Segundo, situar el dato en el contexto debido tanto histórico como literario; lo que incluye determinar el nivel de identificación del autor con el personaje (o con el texto del narrador anónimo).

Tercero: interpretar el pensamiento en la clave que corresponda, positiva o negativa: según lo que se afirma o lo que se niega en la figura literaria (afirmando así muchas veces emotiva y doctrinalmente lo que subyace, no lo que se manifiesta). Por ejemplo, las figuras de “Doña Perfecta” y “Don Inocencio” (en *Doña Perfecta*) desarrollan un concepto y una forma tan rechazable de plantear la fe eclesial, que conducen al lector a la visión justa; porque Don Benito está afirmando de ese modo (con estas figuras rechazadas también por él) otro concepto positivo del cristianismo y de la Iglesia: el que representa (de manera más discreta) su oponente, el co-protagonista de la novela, “Pepe Rey” al que todo el pueblo de Orbajosa tacha de ateo y antieclesial. Deberemos entender, pues, que con la

mayor frecuencia se está empleando como metodología de la expresión del pensamiento la visión crítica de las realidades religiosas contempladas.

Cuarto: destacar –si existe- la coherencia y continuidad del pensamiento a lo largo de los años, desde sus primeras obras hasta las últimas, y, si procede, su evolución.

Quinto: valorar precisamente el hecho de que cada tema se muestre a través de una extraordinaria tipología de personajes, de sucesos y de situaciones, porque su presencia de esa forma refuerza y asienta el tema.

Sexto: tener en cuenta que Galdós propone una identidad religioso cristiana no en general sino para el español medio, para el católico español del siglo XIX (al que está contemplando de una manera crítica) y a quien se dirige sugiriéndole muchas veces unas metas utópicas. Dicho de otra forma, la identidad cristiana es vista en alguna medida como integrante necesario de la identidad hispana (como ocurre en el Poema de Mío Cid y en El Quijote y en toda la literatura de nuestros Siglos de Oro). Lo que no permite, sin embargo, hablar de un “cristianismo español” puesto que las constantes cristianas que van apareciendo en las obras mantienen su carácter universal y de objetividad evangélica.

4.2 La dimensión cristiana explícita en la obra de Don Benito.

Apuntada ya la existencia de una profunda simbología religioso cristiana, conviene ahora explicitar aún más el contenido y la estructura temática de lo religioso y expresamente cristiano en la obra galdosiana.

Antes, otra importante observación: venimos empleando esta dualidad de términos: lo “religioso” y lo “cristiano”, como conceptos complementarios que admiten una distinción formal y que –con alguna frecuencia- aparecen impregnados de cierta ambivalencia en los escritos que vamos a considerar, unas veces como sinónimos, otras como antónimos. Debemos aclarar, pues, el alcance que damos nosotros a cada uno y a la posible confrontación de los mismos (de acuerdo, evidentemente, con la antropología y teología actuales). Para entendernos: en Galdós las personas más religiosas no suelen ser las más cristianas; incluso varias de éstas no son nada cristianas; lo religioso y lo cristiano no coinciden.

En teoría, por “religioso” (sin más calificación) deben entenderse actitudes o modos de actuar que, en principio, dimanen sólo de la religiosidad natural de la persona, de las tendencias hacia algún tipo de relación con la divinidad (sea cual fuere el signo de esta relación), actuaciones y maneras que pueden ser psicológica y socialmente sanas o malsanas, vengan situadas en una confesión religiosa o en otra. Don Benito emplea esta palabra palabra dándole con alguna frecuencia el sentido simple del uso popular que no hace demasiados distinguos, porque suele suceder en la sociedad que la religiosidad indique sólo cierta mayor presencia de prácticas o de intensidad de creencias en una persona, y que apenas haya distinción entre religiosidad natural y religiosidad católica, sin que el término

católico tenga precisamente una connotación de pureza evangélica (sino, a veces, todo lo contrario).

Por “*cristiano*” entendemos una postura existencial en la línea del evangelio de Jesús; en todo caso la religiosidad que brota de la fe en la revelación bíblica y en la mejor tradición eclesial; perspectiva individual y colectiva que va más allá de lo estrictamente religioso porque demanda ante todo una ética evangélica (conciencia y comportamientos que asumen, desde luego, la moral fundamental humana y la religiosidad natural sana, integrando ambas en la fe en el Dios cordial y liberador Jesucristo).

La “*catolicidad*” añadiría la forma romana de plasmar el cristianismo a lo largo de la historia, con aciertos y con desaciertos o deterioros respecto a los orígenes del hecho cristiano.

Todas esas perspectivas están presentes en la novela realista, incluso con independencia de la postura religiosa del autor (recordemos *Pepita Jiménez* de Valera, o *La Regenta* de Clarín). Y lo están primordialmente en la obra de Galdós. En éste tanto lo religioso como lo cristiano (con las precisiones expuestas) aparecen como dimensión consustancial del individuo y de la comunidad nacional. Para él, ni la persona ni el país pueden entenderse sin la perspectiva religiosa cristiana saludable y liberadora; y tampoco pueden desenvolverse sin afrontar y resolver la ambigüedad que suele caracterizarla de hecho dentro y fuera del catolicismo hispano.

a) ¿Qué particularidades tiene el tratamiento de lo religioso y lo cristiano en Benito Pérez Galdós?

- En primer lugar constatamos que ese tratamiento existe en el casi cien por cien de sus escritos (novelas, teatro o ensayo).

- En líneas generales se verifica a lo largo de todos ellos un principio de coherencia interna: existe coherencia extraordinaria en el pensamiento afirmativo respecto a la religión que expresan los múltiples personajes con los que el autor se identifica implícitamente; y hay coherencia entre lo que estos manifiestan y las ideas vertidas directamente por el autor en escritos firmados en primera persona.

- Se ofrece y aborda un gran número de temas concretos o parciales con los que se puede construir una visión amplia y hasta cierto punto orgánica de las vivencias religiosas y cristianas.

- Algunos de estos temas son ahondados por el autor; en concreto: la relación de amor y de caridad cristiana, la relación personal con Dios, la reforma de la Iglesia...

- En todo momento aparece el contraste entre el conservadurismo dogmático y ritualista y la visión liberal del cristianismo y del hecho religioso, inclinándose evidentemente toda la obra hacia esta segunda perspectiva.

b) ¿Cómo estructura Galdós la dimensión religiosa y cristiana en su obra?

Por una parte, los personajes piensan, hablan y actúan de una determinada manera en referencia a lo religioso. Esa vivencia es más o menos valorada según la categoría que estos tienen (su importancia propia en la obra) y según el tono racional y emotivo con que se pronuncian y que se desprende del perfil con que es dotado el personaje.

Por otra, la obra misma (novela, episodio nacional o pieza teatral) suele poseer un clima revelador de la opción ideológica, y, en particular, de la visión religiosa y cristiana que acompaña al autor. “Galdós –escribe Schraibman- busca lo real y lo fundamental en la fe cristiana. Pone de lado los aspectos artificiales y penetra en el meollo de la enseñanza bíblica”¹⁶²

Juntando ambos criterios podemos establecer las siguientes series de datos que muestran personajes y obras con una estructura común de lo religioso (siempre aceptando la relatividad de tal planteamiento):

- Los personajes más significados y valorados son, en un 60 % al menos, mujeres y hombres de sincera religiosidad y creyentes cristianos, aunque no tengan una práctica religiosa regular. Viven “espiritualmente”, mostrando momentos de intensa religiosidad e ideas bastante claras al respecto. Predominan las mujeres en este grupo.
- Hay un buen número de obras que ofrecen –en cuanto tales- una temática religiosa y/o cristiana central. Entre éstas habría que distinguir:

Obras que expresan con profundidad y delicadeza los más íntimos sentimientos religiosos y creyentes. Por ejemplo: *Marianela*, *Zaragoza* y *Gerona*, *Zumalacárregui*, *El terror de 1824*, *Sor Simona*, *Ángel Guerra*, *Halma*, etc.

Obras en las que hay una propuesta idealista (en parte utópica y mística) de alternativa dentro del cristianismo y de la iglesia. Por ejemplo: *Ángel Guerra*, *Nazarín*, *Halma*, *Misericordia*, *Santa Juana de Castilla*.

Obras de fuerte crítica eclesial y de los comportamientos religiosos malsanos. Por ejemplo: *Doña Perfecta*, *Gloria*, *Electra*, *Casandra*, *Bárbara*, *La loca de la casa*, etc.

Obras de crítica social que incluye la crítica de los comportamientos irreligiosos (la utilización de la religión como poder). Por ejemplo: *Los duendes de la camarilla*, *Miau*, *Tormento*, *Tristana*, *Carlos IV en La Rápita*, *La familia de León Roch*, *Realidad*, *La razón de la sinrazón*, etc.

En este vasto material hemos encontrado una suficiente y amplia base para hablar de teología en la obra galdosiana.

4.3 Diseño sugerido para el análisis teológico de la obra de Galdós.

Dicho lo anterior, conviene hacer aún algunas advertencias antes de presentar nuestra elaboración: 1ª) la organización de la materia (del contenido teológico doctrinal y

¹⁶² SCHRAIBMAN, JOSÉ, o.c., pág. 490

práctico), el diseño que vamos a mostrar, es en gran medida fruto de nuestra síntesis, denota unas determinadas opciones de sistematización; 2ª) tales opciones (tal índice de tratamiento) obedece, sin embargo, también, a la frecuencia e importancia de los datos que encontramos a lo largo de toda la producción galdosiana estudiada y de los más significativos estudios sobre las mismas.

A partir de los planteamientos hasta aquí señalados, los temas esenciales cristianos a los que continuamente vuelve Don Benito son: la configuración de la moralidad evangélica (: el amor en todos sus procesos y dinámicas variopintas hasta culminar en la verdadera caridad; con él, la justicia y la no violencia, el perdón incondicional de las ofensas; la opción por los pobres y marginados...); desde ahí, la imagen del Dios cristiano y, por tanto, la de Jesucristo y del Evangelio, la correcta actividad pastoral de la Iglesia (particularmente del presbiterado y de la vida religiosa), el mundo sacramental, la institución eclesial... En definitiva -y de modo expreso y formal- el tema de la fe cristiana, de los procesos de verdadera creencia y también los de increencia (tema que se hará presente con fuerza en la narrativa europea hasta mediados del siglo XX ¹⁶³). Dedicando a cada uno de estos asuntos obras o capítulos o personajes emblemáticos. Incluso estableciendo con esos temas el hilo conductor de su narrativa.

Por ahora debemos precisar la siguiente propuesta de análisis temático.

Organización de la temática teológica (doctrinal y existencial) en el estudio de la obra de Benito Pérez Galdós.

El primer análisis (todavía introductorio, pero necesario a nuestro modo de ver) se refiere a la adquisición de una visión lúcida de la realidad en la que discurre la vida; realidad que es preciso afrontar y que hunde sus raíces en la existencia individual: *la encarnación en la sociedad y en la idiosincrasia españolas*. Ya hemos señalado que esta perspectiva es una opción global constante y principal del escritor; opción que tiene un gran sentido humano y expresamente cristiano, y que, por tanto, merece nuestra atención y estudio. Toda la creación galdosiana significa un intento lúcido, dramático y esperanzador por penetrar y desvelar la situación y el ser de España... Lo que se escriba acerca de Dios, de la religión, del cristianismo, de la Iglesia...va a hacerse (aunque sea de modo implícito y silencioso) en ese contexto y desde la perspectiva de un intento de comulgar con este pueblo amado y, si es posible, de contribuir a su salvación integral (humana –psicológica y social- y también religioso-cristiana). Éste es el sustrato de todos los planteamientos que se desarrollan en el capítulo que sigue.

¹⁶³ V. La obra de MOELLER, Charles, *Literatura del siglo XX y Cristianismo*. (Gredos. Madrid 1970); especialmente los volúmenes II (*La fe en Jesucristo*) y IV (*La esperanza en Dios nuestro Padre*).

A partir de ese estudio (todavía) previo se desarrollarán dos bloques temáticos de gran interés, que constituyen el centro de nuestro trabajo: I. La persona creyente en su singladura cristiana individual, y IIº.- La idea de cristianismo e Iglesia y de las vivencias que este hecho colectivo o institucional brinda al cristiano. Todo ello con un talante expositivo, aunque siempre crítico de las realidades en uso dentro del catolicismo hispano. Añadiendo, por nuestra parte, su valoración teológica.

En cuanto al *primer bloque de interés* dos amplios estudios (perfectamente complementados) perfilarán la identidad del creyente:

- la idea de Dios –del Dios de Jesús- y la relación del hombre con él: *teología del retorno al Dios de Jesucristo* en el pensamiento de Don Benito, que va a llevarnos a la consideración de *la religiosidad y la fe* (como sustrato inequívoco del perfil cristiano); y

- la espiritualidad cristiana: los imperativos de una *recta moralidad de signo fundamental y evangélico*; es decir, el análisis (a lo largo de la creación literaria que nos ocupa) de los dilemas de *la conciencia moral* (incluyendo la dialéctica de la gracia y el pecado); y - muy en particular- cuatro importantísimos aspectos de la ética individual y social omnipresentes en la literatura que nos ocupa:

- el amor* (de alcance teológico), que va a sugerirnos hablar de una *teología de la caridad* en la obra galdosiana;

- la justicia* en la distribución de los bienes y en el cumplimiento de las responsabilidades, con una valoración de todos los seres y una cierta opción evangélica por los más pobres,

- el respeto incondicional a la dignidad y a la libertad personal*, y, en fin,

- la condena radical de la guerra y de la violencia* (de la pena de muerte como homicidio de estado);

El análisis de esas dos grandes dimensiones teológicas en la obra galdosiana ocupa la mayor parte de nuestro trabajo.

En el *segundo bloque de interés* se suman dos ángulos visuales: la consideración del concepto de cristianismo y de iglesia (y del mundo sacramental) y la mirada a la ejecutoria real de esas realidades dentro del catolicismo español; apuntando, a la vez, vivencias de cambio y de reforma cristiana y eclesial (sustentadas –casi siempre con dramatismo- por protagonistas o por obras enteras).

Analizaremos, pues, *el concepto de cristianismo y de Iglesia* a través de las distintas obras, deteniéndonos especialmente en el estudio de la trilogía constituida por *Nazarín*, *Halma* y *Ángel Guerra* (antítesis de la eclesiología representada en *Doña Perfecta* y en *Gloria*). Dando paso a un tema de enorme importancia para la vivencia creyente y eclesial: *la vida litúrgica y sacramental*.

Colofón importantísimo al estudio de la dramática eclesial (en la obra de Galdós) será, pues, *la teología del presbiterado*, en el que nos detendremos ampliamente, revisando entonces el calificativo de anticlerical que se aplicó a Don Benito.

Capítulo IV. ENCARNACIÓN DEL PENSAMIENTO RELIGIOSO CRISTIANO DE GALDÓS EN LA REALIDAD ESPAÑOLA.

Los temas esenciales de la creación galdosiana son, sin duda alguna, el hombre –el ser humano- y España, fundidos en uno solo. Pero en la entraña del mismo, determinándolo para bien o para mal, está el problema religioso tanto a nivel individual como colectivo. Los españoles del XIX tienen –para el autor- un asunto siempre pendiente: desarrollar, negar, superar o equilibrar y, en definitiva, decidir su postura respecto a la religión (la suya y la de sus hijos), más en concreto respecto al catolicismo. No obstante, la cuestión de fondo sigue siendo perfilar su identidad nacional y encaminarse hacia ella.

No puede abordarse el tema de España sin incluir, pues, en ese tratamiento –salga el sol por Antequera- el tema de la presencia ancestral del hecho cristiano y católico en el país. Y, a la inversa, no podemos aventurarnos en el pensamiento teológico (el que brota en las páginas de Galdós) sin penetrar antes en el tejido visceral y muscular de este país o nación, o como quiera llamársele, en el que hunde sus raíces lo religioso.

Y desde otra perspectiva –ya netamente cristiana- vamos a verificar que nuestro escritor lleva a cabo en su obra ese principio esencial de la revelación evangélica que es la encarnación. Es decir, que no existe pensamiento teológico alguno en sus escritos que quede al margen de la conflictiva realidad histórica, social y política de la tierra y de los hombres de España.

Por estas razones no está fuera de lugar (en la perspectiva teológica que nos ocupa), sino todo lo contrario, el detenernos lo que haga falta en esta honda meditación primordial a la que nos invita el autor: qué ocurre en España, de dónde venimos y a dónde vamos los españoles, qué puede salvarnos si es que –según parece- andamos perdidos...

Insistimos. El tratamiento de la realidad española es tan consustancial a la obra galdosiana que no puede separarse de los planteamientos teológicos que analizaremos enseguida. Más aún: sin esa preocupación honda y extrema por el país (la que domina en la

casi totalidad de sus escritos) la perspectiva religioso cristiana de Galdós quedaría presentada con un penoso desarraigo, ajena al quehacer del cristianismo cuyo principio dinámico esencial es el de la encarnación; y eso no ocurre en su obra.

Que “*el Verbo se hizo carne*” (Jn. 1,1...) significa que todo el Misterio de la existencia cristiana se ha de insertar –para el que desea contemplarlo y asumirlo- en el complejo entresijo de la humanidad concreta e histórica, individual y colectiva (en nuestro caso, la española), o –si no- deja de ser tal misterio de vida nueva y de salvación. Don Benito lo entendió así.

De hecho, todos sus escritos son –de forma implícita o explícita- una constante indagación sobre el ser español y sobre la condición dramática que lo acompaña, situando en el seno de ese ser y de esa condición la dimensión religiosa crítica o abierta a un porvenir más venturoso. Sus personajes más lúcidos tienen esa conciencia, y la totalidad de su mundo se mueve dentro de ambas perspectivas.

Su obra es una observación atenta, continua, absolutamente cruda de la realidad de España con la única intención esperanzada de soñar –desde la verificación de la situación- una posible vía salvadora.

Con ese empeño no sigue otro camino que el estudio profundo y la expresión acertada, por más que resulte terriblemente incómodo para los lectores..., como incómoda resulta quizás la lectura del último y más duro Episodio Nacional: *Cánovas*.

*“Aprendamos, con lento estudio, a conocer lo que está muerto y lo que está vivo en el alma nuestra, en el alma española. Aprendámoslo aplicando el oído al palpitante de estos enojos que reclaman justicia, equidad, orden, medios de existencia. Apliquemos todos los sentidos a la observación de los estímulos que apenas nacen se convierten en fuerzas, de los desconsuelos que derivan lentamente hacia la esperanza...”*¹⁶⁴

Con estas palabras inaugura en 1903 la soñadora revista *Alma Española*. Y sólo con esta metodología entiende que puede aportarse algo sustancioso a la humana y cristiana tarea de la reconstrucción de un país.

En concreto, la consideración detenida del problema de España va a aparecer de forma explícita al menos en más de treinta de los 46 Episodios Nacionales, en la mayoría

¹⁶⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Soñemos, alma, soñemos*. Revista *Alma Española*. Año I. num. 1, pág.1 (En la edición *La fe nacional y otros escritos sobre España* de José Esteban y Jesús Egido, Ed. Rey Lear. Madrid 2012, pág.27)

A este respecto escribe el profesor ÁNGEL CASADO (Universidad Autónoma de Madrid): “*Con sus obras, en las que están presentes los grandes temas de la época (progreso, educación, libertad, tolerancia...), Galdós no sólo reproduce pasivamente la realidad española, sino que pretende contribuir a transformar la mentalidad nacional y ‘mover los hombres a la acción’, sumándose a las propuestas de regeneración, en coherencia con su talante liberal y su compromiso político.*”, en *El ‘optimismo’ de Galdós: educación y transformación social*. (Actas del X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, Cabildo de Gran Canaria, pág. 273)

de sus novelas contemporáneas (algunas de cuyas tramas son –por entero- símbolos del drama español), en todas las piezas teatrales (que contienen un marcado carácter social), y en casi todos los artículos y ensayos.¹⁶⁵

1. Prioridad del principio de encarnación en la reflexión teológica.

La literatura de Galdós, cauce de encarnación.

El acontecimiento de Jesús y el devenir del cristianismo, de la Iglesia, se rigen por la opción divina de *estar en y dentro de, con* la humanidad y el mundo (*“puso su tienda entre nosotros” –Jn 1,14; “se hizo uno de tantos” –Filp 2,7-*), sin eludir en lo más mínimo la realidad del ser hombre y de la pertenencia a este mundo, hasta poder afirmarse del Señor que fue *“nacido de mujer”*, que integró en su genética *“carne de pecado”*, y que perdió paulatinamente el rostro y la integridad física a causa del maltrato de los hombres de su pueblo (*“lo vimos y no tenía figura humana” –Is 53,2-*).

Éste es el principio normativo de la Encarnación, en espera de la restauración definitiva por la Resurrección. Nada en Jesús y nada en el cristianismo pueden ya quedar fuera de él. No hay redención de la fragilidad, del mal y del pecado sin asumir la identidad humana en lo más interior y concreto, sin derramamiento de sangre, en consecuencia, (*“sine sanguinis efusione” –Heb 9,11.12-*). Es decir, sin afrontar la dramática existencia de los hombres con los que el pensador cristiano convive y a la que pertenece *“fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe, el cual, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia.” (Hebr 12,2)*

Pues bien, de algún modo, esto es lo que nos parece que ocurre en la creación literaria de Galdós: un enorme respeto al principio netamente cristiano de la inmersión redentora en la confusión y en el dolor de unas gentes y de un país.

También el anuncio válido, inteligible y apasionante de la religiosidad cristiana requiere esa condición: formar parte comprometida de la problemática esperanzada o doliente que observa y en la que penetra. A partir de ahí empieza a ser válido el Evangelio.

¹⁶⁵ Entre los Episodios Nacionales: *Trafalgar, La Corte de Carlos IV, Bailén, Napoleón en Chamartín, Zaragoza, Gerona, Cádiz, El equipaje del rey José, Memorias de un cortesano de 1815, La segunda casaca, El Grande Oriente, Los cien mil hijos de San Luis, Un voluntario realista, Los apostólicos, Un faccioso más y algunos frailes menos, De Oñate a la Granja, Luchana, Montes de Oca, Los Ayacuchos, Bodas Reales, Las tormentas del 48, Narváez, Los duendes de la camarilla, La revolución de julio, La vuelta al mundo en la Numancia, Prim, La de los tristes destinos, España trágica, La Primera República, De Cartago a Sagunto, Cánovas*. Entre las novelas independientes: *Doña Perfecta, Miau, Fortunata y Jacinta, El amigo Manso, El caballero encantado, Gloria, La familia de León Roch, Marianela*... Entre las obras de teatro: *Electra, Realidad, Casandra, Celia en los infiernos, Bárbara, Santa Juana de Castilla*... Y la inmensa mayoría de artículos de prensa y ensayos (*La fe nacional, El sentimiento religioso en España, España de hoy, Al pueblo español, Romería nacional, Guía espiritual de España*...).

La reflexión teológica debiera ser siempre un discurso sobre la Revelación en y desde los lugares histórico geográficos (demográficos, mejor) en que se produce. Así surge la teología latinoamericana de la liberación y la teología africana (que lógicamente se distancian de la europea en cuanto al método y en cuanto a la insistencia en determinados contenidos, pudiendo, sin embargo, complementarse todas ellas.)

Como ya señalamos, Galdós no es un teólogo formal, pero sí tiene en sus obras una gran densidad de pensamiento sobre el hecho cristiano y religioso; reflexión que hace en España y desde el problema de España. Constituye, por tanto, una original y quizás única fuente de inspiración para elaborar una teología actual desde nuestra realidad. No exactamente a la manera (por diferencia de método) de la *Meditación teológica desde España* y de otras obras del teólogo Olegario González de Cardedal, aunque sí —a nuestro juicio— con el mismo objetivo y en la misma dirección.¹⁶⁶

¿Qué significa asumir la realidad con un criterio cristiano de integración en ella?

En primer lugar, supone hablar siempre de situaciones concretas, no genéricas, teóricas o globales. Porque el ser humano es inevitablemente concreto y particular, tanto individualmente como en la colectividad que constituye. Por tanto, para Benito Pérez Galdós se trata del hombre español y de las realidades sociales de esta nación. Aunque haya que intentar bucear lo más abajo posible en ese mar sin fondo.

Sumergidos en la particularidad geográfica e histórica —desde ella— hay que proceder hacia una de las más arduas y calificadas tensiones de la persona: hacia su pertenencia psico-social y su compromiso recreador del entorno. Se requiere, de entrada, evitar el apresuramiento en el mirar y en la aproximación. Detenerse a contemplar las cosas sin prisa alguna; acercarse mucho para ver bien y sentir más, aunque la sangre y el barro habituales en la tierra nos salpiquen.

Superar la tentación inmediata del juicio, seguramente prematuro e inoportuno, injusto (en Mt 7,1: “no juzguéis”).¹⁶⁷ Intentar así entender esa difícil entraña de lo español, sin prejuicios, aceptando lo diverso y lo contrario. Amarla tal como es (no desde la fantasía y el orgullo). Y, en fin, valorarla por sí misma y por sus secretas bondades; dejando para un tiempo posterior —y condicionado— el ofrecimiento de la dimensión expresa religiosa. Conscientes, en fin, de que esa forma de asumir lo que existe es ya algo profundamente religioso, que cumple la voluntad divina, que resulta cristiano.

¹⁶⁶ V. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, OLEGARIO, *Meditación teológica desde España* (Sígueme. Salamanca 1972); *España por pensar* (Ed. Universidad Pontificia de Salamanca. 1985); *El elogio de la encina* (Sígueme. Salamanca 1978).

¹⁶⁷ En este sentido escribe el maestro galdosiano RODOLFO CARDONA su artículo *Don Benito el prudente*, en *Anales Galdosianos*, nº X, 1976, págs. 128-152; y el citado ÁNGEL CASADO: “(En Galdós) esa aproximación a la realidad no es dogmática o cerrada, sino cauta e interrogativa. Hay en ella mucho de la mirada inquieta y silenciosa, llena de perplejidades, de un Cervantes, su maestro y antecesor inmediato, de quien aprendió su humor inconfundible y la vena irónica con que indaga en las complejidades de la vida.” (o.c., pág. 274)

Tenemos la impresión de que estas actitudes iniciales de la encarnación se encuentran holgadamente en la obra galdosiana tomada en su conjunto.

Más en particular, asumir la realidad del ser individual hispano y del pueblo español supone afrontar tres niveles de encuentro:

- entrar en el problema de la identidad propia y colectiva, siempre confusa en nosotros;
- detectar y señalar los graves problemas internos que padecen las personas individualmente y como miembros de la colectividad nacional, su realidad dramática (a veces, trágica) cotidiana y eventual;
- y sugerir las posibles salidas hacia adelante, hacia un futuro más saludable, habida cuenta de la identidad observada (de las posibilidades y de las limitaciones reales.)

2. La encarnación en la realidad española y el problema de la identidad patria en Galdós.

Conviene advertir que nunca está de más en este país el discurso sobre la identidad que corresponde –o podría corresponder- a los ciudadanos de las tierras que llamamos España. Y quizás resulta más beneficioso aún –e incluso necesario- hacerlo en situaciones de la historia como las que atravesamos: porque es bastante probable que (con independencia de los intereses que muestra la clase política) una gran mayoría de personas de nuestro país esté descuidando hoy por completo la conciencia de la identidad patria (algo que no sucede en las demás naciones) y que, a la vez, algún sector de ciudadanos de una u otra parte de la geografía se esté apropiando de ese concepto con una exclusividad agresiva que nos confunde a todos.

Enfrentándose a este problema, Galdós desarrolla una visión y una actitud: la idea de patria y el amor a España; ambos conceptos claros, equilibrados y amables. La profesora Yolanda Arencibia, en su detenido trabajo sobre el tema, escribe: *“Si un impulso movió el didactismo de Galdós a la hora de escribir sus Episodios fue, precisamente, el amor a la patria; el ansia de devolver al pueblo español el ardor del patriotismo, ‘única pasión que da salud y vida a los pueblos enfermos’”*; y citando la carta-manifiesto que dirige Don Benito a Alfredo Vicenti:

*“Hemos llegado a unos tiempos en que al hablar de patriotismo parece que sacamos de los museos y de los archivos históricos un arma vieja y enmohecida. No es así: ese sentimiento soberano lo encontramos a todas horas en el corazón del pueblo donde para nuestro bien existe y existirá siempre en toda su pujanza.”*¹⁶⁸

¹⁶⁸ ARENCIBIA, YOLANDA, *La guerra y la patria en el pensamiento de Galdós*. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Biblioteca Universitaria. Memoria digital de Canarias 2005, pág. 204

Debemos señalar que quien esto dice es un liberal nato, un conocedor y amante de todas las regionalidades de nuestra geografía y, a la vez, un entusiasta viajante europeo; bajo ningún aspecto un ultranacionalista. Y, desde luego, uno de los pensadores más críticos de finales del XIX y principios del XX sobre la realidad española.

En el mismo sentido va a insistir desde otros contextos históricos. Antes de que se rinda la ciudad de Zaragoza a las tropas francesas, el protagonista de los primeros Episodios, Gabriel de Araceli, afirma:

*“Este sacrificio no será estéril, como sacrificio hecho en nombre de una idea... Lo que no ha pasado, ni pasará, es la idea de nacionalidad que España defendía contra el derecho de conquista y la usurpación. Cuando otros pueblos sucumbieron, ella mantiene su derecho, lo defiende, y sacrificando su propia sangre y vida, lo consagra como consagraban los mártires en el circo la idea cristiana. El resultado es que España, despreciada injustamente en el Congreso de Viena, desacreditada con razón por sus continuas guerras civiles, sus malos gobiernos, sus bancarrotas más o menos declaradas, sus inmorales partidos, sus extravagancias, sus toros y sus pronunciamientos, no ha visto nunca, después de 1808, puesta en duda la continuación de su nacionalidad; y aun hoy mismo, cuando parece que hemos llegado al último grado del envilecimiento, con más motivos que Polonia para ser repartida, nadie se atreve a intentar la conquista de esta casa de locos.”*¹⁶⁹

El texto, escrito por nuestro autor en 1873, resulta sencillamente admirable.

2.1 Observaciones previas sobre el problema de la identidad nacional.

El *chauvinismo* (o complejo de superioridad nacional) ha constituido casi siempre un peligro para el desarrollo normal de la persona y del país. Pero este exceso y sus múltiples deformaciones de matiz (algunas tan graves como el racismo) no tienen nada que ver con el logro de un correcto sentido de identidad nacional.

Parece importante verificar en sí mismo la posesión de ciertos rasgos de carácter común nacional e histórico que nos identifiquen y afirmen con alguna claridad (más como colectivo que como individuos, aunque también así; más como tensión que como logros) e imaginar desde ellos una labor de futuro. Porque tal percepción –grata y molesta al mismo tiempo, si se atiene a la realidad- significa aproximarse a lo verdadero de manera lúcida y pacífica, es decir, con capacidad de estima y, sin embargo, de autocrítica necesaria; disfrutando, a la vez, de un margen de seguridad emocional y física.

Esta vivencia es, sin duda, el punto de partida para adoptar posturas personales constructivas; por ejemplo, posturas de comprensión de nuestro devenir, de inserción social, de armonía con el entorno, de laboriosidad, y de buenas relaciones con los vecinos.

¹⁶⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional *Zaragoza*, cap. XXXI (Alianza Ed. Madrid. 1995. págs. 181-182)

El problema, para llegar a albergar esa vivencia, radica seguramente en la ausencia del propio sentido histórico. Por esta razón Galdós indaga continuamente en el fondo de nuestra historia patria, empleando el recurso de personalizarla en la figura de La Madre o Mari Clío en la novela *El caballero encantado* y especialmente en el Episodio *Cánovas*. La historia española sale al encuentro de los protagonistas Tarsis y Tito para invitarles a entrar en ella, pero es una historia quebrantada, alucinante; y esa matrona joven o anciana, portadora de siglos, adquiere en su aspecto mutante la imagen de una Virgen de los Dolores.

Sobre el concepto de identidad nacional.

Queda claro que por *identidad nacional* no entiende nunca Galdós orgullo racial o de otro tipo (religioso, por ejemplo), ni espíritu de posesión cerrada de un espacio y una cultura (al modo como los animales cercan y defienden el territorio propio con sus orines). Muy al contrario, si se habla de identidad patria como integrante de la persona y del pueblo, piensa en algo semejante a lo que podría experimentar una planta cuyas raíces se hallan bien asentadas en una tierra siempre amable para ella, perfectamente conocida, y que, contando con el medio, crece y madura con acierto para beneficio de sí misma y de todos cuantos la contemplan o pasan a su lado.

La identidad nacional es entonces, sobre todo, la íntima convicción de relativa pertenencia a una geografía e historia (no de fijación inmutable, ni de posesión ni de sujeción o sometimiento a un proyecto político), a un patrimonio múltiple y a unas gentes. Todo lo cual necesita ser cuidado, discernido, rehecho y mejorado, desde lo más local hasta lo mucho más universal; por tanto, sin excesivos límites fronterizos. Acentuando de este modo la conciencia lúcida del bien común y de sí mismo: de las tareas pendientes y de las responsabilidades ineludibles para el bien de los demás; por tanto, de un devenir capaz de presenciar el pasado, de entroncarse en él y, al mismo tiempo, de rehacerlo dando paso a “la otra historia” que está aún por escribir. Y precisamente desde ahí, desde esta conciencia, adquirir una mínima e indispensable seguridad existencial.¹⁷⁰

No hay sentido de identidad nacional sin realismo, sin humildad, sin amor, sin compromiso y sin apertura. Y sólo así surge también el sentido justo –equilibrado– del ser colectivo, y, con tales bases, el sentido de pueblo dentro del sentido de lo universal. Ambos necesarios para el logro de la personalidad madura y en buena medida feliz.

¹⁷⁰ Señala con acierto DOLORES TRONCOSO que “en general, los términos (*patria* y *nación*) son sentidos por los personajes de los Episodios como prácticamente sinónimos.” en *Galdós: patria o nación en la España del XIX...¿y del XXI?*, Actas del X Congreso Int. de Estudios Galdosianos. 2013, Cabildo de Gran Canaria, pág. 364. Sobre la problemática de la identidad española, considerada desde una perspectiva francesa, puede verse: BENOÎT PELLISTRANDI, *Histoire et identité nationale en Espagne*, en la obra *L’histoire culturelle en France et en Espagne* (Collection Casa de Velázquez. Vol. 106, págs. 235-252).

¿En teoría, de qué identidad nacional goza España y deberían gozar los españoles? No existe una respuesta diáfana y menos definitiva. Permanece sólo —a lo largo de la obra galdosiana— la pregunta, y esto ya es mucho. Porque la cuestión es grave, y sería imprudente para el escritor tanto el responderla como el dejar de abordarla. Quizás lo que importa es el tratamiento de la misma: la densa y constante literatura sobre ella. Es decir, la respuesta se forja al escribir desde la conciencia del drama real que se padece; la escritura ofrece una metodología plástica y esperanzadora, nos pone en trance de pensar y sugiere al colectivo tomar decisiones rectificables. El campo literario es fértil; adquiere el aspecto de un espacio vastísimo de la lengua bella en donde se brinda a todos por igual la posibilidad de recuperar y rehacer una tierra y un tiempo en apariencia pretéritos, pero de ninguna manera acabados ni fenecidos; induce a la conciencia a sobrevivir encarando el presente y encauzándolo mejor hacia el futuro. Eso —como es obvio— no será suficiente, pero, sin embargo, es imprescindible hacerlo. Nuestros políticos deberían estar empapados de la literatura nacional (y tal vez la mayor parte de ellos sean en estos momentos demasiado analfabetos).

Por ejemplo, la constancia escrita y bella de lo ocurrido en los siglos anteriores puede ser la luz que reinterprete el presente o simplemente la pregunta justa que dé pie a elaborar las bases de otro futuro. Aunque de momento no resuelva nada.

La aportación de Galdós al problema de la identidad nacional.

En busca de horizonte literario (para despertar identidades perdidas u oscurecidas por las tormentas de la historia) es indudable que la obra de Benito Pérez Galdós —proyectada inmediata y directamente sobre el XIX— puede constituir una referencia fundamental para llevar a cabo la faena de identificación que nos preocupa. Estamos en una cumbre espléndida de la literatura hispana (acompañados, sin duda, para esta tarea, de Cervantes, de la Generación del 98 y de otros); una cima desde donde se hace más posible abarcar con la mirada el ancho y quebrado panorama de nuestra geografía e historia en su pasado, pero fundamentalmente en su presente y en su futuro.¹⁷¹

Muy pocos como él —o quizás nadie— han entrado tan adentro y en fechas no lejanas en el arduo problema de diagnosticar lo que ocurre en este país y la forma como se estructura el alma y la vida de un español, situando con admirable acierto y audacia —en la entraña de tales procesos— un componente religioso y cristiano fuera de toda duda, a pesar de la complejidad y ambivalencia que lo caracteriza. Podríamos afirmar que los grandes e inolvidables personajes de esa enorme escena son seres (españoles) en busca de la

¹⁷¹ Con lucidez escribía —no hace mucho— ANTONIO MUÑOZ MOLINA en un análisis sobre los Episodios Nacionales: “*El pasado que le importaba* (a Galdós) *era aquel que se extendía hasta los orígenes inmediatos del presente; el que aún estaba dentro de los límites de la memoria viva... Y le importaba por razones muy prácticas, de una urgencia vital y política. Quería comprender su tiempo...*” Y refiriéndose a la relectura de las obras del autor, añade con acierto que corroboramos: “*Galdós siempre sorprende porque es mejor todavía de lo que uno recordaba*”, *El país de Galdós en El País. Babelia*. 10/09/2011, págs. 6-7)

identidad nacional para sus propias vidas y para la colectividad; en busca de una identidad que incluye -insisto- de manera sustancial, el afrontamiento del problema religioso pendiente.

Con ellos asumió el reto -para beneficio nuestro, sin duda-; y con ellos penetró en este asunto capital, lúcida y vitalmente, esperando brindarnos un itinerario educativo en orden a superar tantos problemas pendientes.

La reinterpretación galdosiana de la historia.

A primera vista pudiera pensarse que lo esencial en la ingente obra de nuestro escritor es el retrato realista de la situación total del país. No. Por encima y por debajo de las situaciones contempladas, de los diagnósticos de enfermedad y de las terapias sugeridas, Galdos viene a decirnos que nuestro problema crucial es precisamente la historia española. Una historia que todavía no se ha hecho, que se esconde al presente superficialmente vivido y que, por tanto, no puede escribirse de manera verosímil.¹⁷²

La verdadera historia de España no es la que fue y se nos dio, sino la que debió ser y no pudo serlo (porque no la dejaron); la liviana historicidad apenas apuntada (la que vive Tito Liviano al final de los Episodios Nacionales) era la lámpara que nos hacía falta mantener en las manos y al frente, para percibir lo real y divisar el horizonte. Pero los hombres (igual que le ocurrió al Verbo de Dios -*Jn 1,11*- no quisieron recibirla, no la resistieron, o pretendieron gozar de esa luz sólo un instante para, enseguida, apagarla; y quedó en pie sólo la otra historia, tambaleándose siempre (no la intrahistoria).

Lámpara fueron el juglar anónimo de Mío Cid, el rey Sabio, la honra devuelta por Lope y Calderón, Luis Vives y sus sueños humanistas, Teresa de Ávila, Cervantes y Quevedo, Bartolomé de Carranza, el “último judío” de Noha Gordon y “el hereje” de Delibes; Goya para finalizar el XVIII y Galdós para iniciar el XX, los del 98 y del 27... Era lámpara también el conjunto cotidiano de sentimientos honestos y lúcidos del pueblo llano, casi siempre frustrados y sometidos a los intereses mezquinos y homicidas de los distintos poderes, casi siempre triunfantes. Pero aquellos hombres luminosos, unos y otros, apenas fueron escuchados, y la historia verdadera que nos pertenecía no llegó a alzarse.¹⁷³

¹⁷² Coincidiría de nuevo con los análisis galdosianos que tratamos de presentar el juicio que hace ANTONIO MUÑOZ MOLINA hablando de la conciencia de la crisis actual: “*Si algo había sorprendente en sus vísperas, y aun en sus primeros episodios, era la falta de avisos claros sobre lo que se avecinaba, incluso la negación tenaz y autodestructiva de lo que ya estaba sucediendo... Pero la capacidad de comprender el presente inmediato es muy limitada, probablemente por hondos razones cognitivas...*” Prólogo al libro de José Antonio Zarzalejos *Mañana será tarde*, Planeta. Barcelona 2015, pág. 11

¹⁷³ Particularizando nuestra dualidad histórica, escribe JOSÉ LUIS MORA GARCÍA: “*El llamado ‘problema de España’ lo era de dualidad: ortodoxia/heterodoxia; tradición/modernidad; catolicismo/liberalismo, etc. y de una forma de unidad que no se realizara por exclusión...*” En este sentido habla de “*toda una tradición de heterodoxos a su pesar, de españoles al margen... (Galdós), miembro insigne, pues, de la España heterodoxa dedicó, al menos, veinte años de su vida a denunciar las raíces del problema y a mostrar —estéticamente, como él podía hacerlo— la forma de superarlo, es decir, de integrar ambas partes.*”, en *Galdós y el llamado ‘problema de España’*, Actas del VI Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 1997. Cabildo de Gran Canaria, pág. 508 Es

¡Qué difícil dialéctica entre las dos historias! Juanito Santiuste –Confusio- seguirá intentando escribirla y leérsela al asombrado Pepe Fajardo en la cuarta serie de Episodios. Con ello, Galdós cumple ya su cometido. *“Nuestro país, ¡ay! ha venido a ser tan manso y sufrido, que ni él mismo se conoce cuando se mira en el espejo de sus catástrofes; está, no ya distraído, no ya insensible, sino lelo, como el paralítico progresivo, que ríe entre ataque y ataque, esperando el que ha de ser mortal.”*¹⁷⁴

Somos memoria viva sólo si acertamos a saber lo que fuimos y lo que vamos siendo y, juntos e individualmente, intentamos rehacer este pasado-presente agitado por los gritos inacallables de un futuro que no deja de ser incierto; sólo si esta conciencia y expectativa esperanzadas se convierten en ethos, en condición ética.

2.2 Valoración de la perspectiva galdosiana sobre el problema de la identidad nacional.

Al abordar el problema de España, Galdós muestra, por de pronto, una honda humanidad. Primero, porque restaura la relación íntima, desgarrada y abierta –positiva- entre su mundo literario –él mismo- y la nacionalidad española: hay amor, y el amor humaniza aunque no se acierte a precisar bien su objeto); segundo, porque la perspectiva que informa tal visión es la de un humilde realismo que en ocasiones resulta excesivo y se aproxima al excepticismo. En el Episodio Nacional *Cánovas*, el autor (que mantiene clara distancia respecto a la gestión de ese político) parece hacer suyas las amargas e irónicas palabras que se atribuyen al Presidente de la Cámara cuando la comisión parlamentaria que elabora la nueva Constitución le pregunta cómo debe definirse a los españoles en ese texto fundamental. Dice el Presidente: *“Pongan ustedes que son españoles...los que no pueden ser otra cosa.”*¹⁷⁵

Pensamiento muy distinto de la idea de lo español que tiene el ilustrado presbítero Don Manuel Flórez en *Halma*, cuando replica a quienes atribuyen a Nazarín una influencia espiritual rusa:

“¿A qué traer de tan lejos lo que es nativo de casa, lo que aquí tenemos en el terruño y en el aire y en el habla? Pues qué, señores, la abnegación, el amor de la pobreza, el desprecio de los bienes materiales, la paciencia, el sacrificio, el anhelo de no ser nada, frutos naturales de esta tierra, como lo demuestran la historia y la literatura, que

importante el análisis que hace M^a LOURDES ACOSTA GONZÁLEZ (Universidad de Barcelona) en su trabajo *El 'sentimiento de la historia' galdosiano frente a la historia oficial*, Actas del X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 2013. Cabildo de Gran Canaria, págs. 251-263

¹⁷⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prólogo a Alma y Vida (1902)* en Obras Completas Ed. Aguilar, vol. Cuentos y Teatro. Madrid 1977, pág. 528

¹⁷⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 46 *Cánovas*. O.c. pág. 94

*debéis conocer, ¿han de ser traídos de países extranjeros? ¿Importación mística cuando tenemos para surtir a las cinco partes del mundo?”*¹⁷⁶

Texto que sugiere, según el autor, que la búsqueda de la identidad española se aproxima al sentido cristiano de la encarnación en la propia tierra y, además, requiere la consideración de la religiosidad hispana como un aspecto integrante (si no integrador) de nuestra propia historia.

Evidentemente el personaje que habla ahí está contemplando un tipo modélico muy peculiar de lo español: el excepcional presbítero Nazarín, un aventurero espiritual, exponente de la audacia evangélica; pero no se puede dudar del interés del escritor por enlazar de algún modo esas virtudes un tanto quijotescas con la más pura (y tal vez perdida) identidad hispana.

Con independencia de las referencias citadas, la verdad es que Galdós tiene un sentimiento contrapuesto del país: amante y emocionado, por un lado, muy amargo, por otro, acentuado éste último tono aún más en sus últimos años. Penetra en la realidad enferma de España (con frecuencia emplea este adjetivo para describirla), le duele y la desearía sana porque la ama.

Esto es profundamente humano y cristiano a la vez. Lo inhumano y anticristiano es la actitud nacionalista de superioridad, de segregación, de orgullo necio y de fantasía peligrosa respecto al derecho de posesión de la tierra y de la cultura; complejos que han conducido, en definitiva, a cualquiera de las formas radicales de separatismo que Don Benito no podía aceptar... Como veremos, nada más lejos en la idea galdosiana de patria y de pertenencia nacional.

Al exponer tales sentimientos e ideas en boca de personajes reflexivos (Juanito Santiuste, Salvador Monsalud, por ejemplo, e incluso Castelar o Cánovas) y, a la vez, en el pueblo llano, el autor manifiesta que no sólo es él quien piensa así; que esa ideología, liberada de falsos complejos y abierta a la libre autocrítica de todos los ciudadanos, es un sentimiento bastante generalizado y definitorio de la idiosincrasia hispana, sin derivar hacia la inferioridad ni al servilismo respecto a nadie.

En los Episodios Nacionales aparece de forma expresa ese talante en el nombre y en la personalidad de dos de las familias más representativas de lo español –de lo celtíbero– : los Íbero (Santiago padre y Santiago hijo, tercera y cuarta serie) y los Ansúrez (presentados como prototipo hispano en la cuarta serie). Las dos sagas (vinculadas a tantos otros tipos) significan para el autor un logro importante de la identidad nacional: en última instancia al menos, el español es un luchador en solitario y una persona sincera consigo misma y amargamente autocrítica.

¹⁷⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO. Galdós, *Halma*, o.c., pág. 168

3. Claves de la identidad española en la obra de Galdós.

Quizás debía ser un hombre venido de la España insular, ya con una incipiente formación intelectual y asentado de por vida en el corazón de este país, quien pudiera reflexionar con soberana independencia sobre la identidad de las tierras y de los pueblos de nuestra nación (de lo que el Estatuto autonómico Andaluz designa como “*la indisoluble unidad de la nación española*”).¹⁷⁷

España, al contrario que cualquier chauvinismo del primer tercio del siglo XX europeo, no es para Galdós nada claro ni nada excelso o envidiable. Es lo pobre que es y sólo eso, que ya es bastante. Y así hay que considerarla, amarla y cuidarla, sin pretender hacerle un diagnóstico acabado, y menos aún descuartizarla para beneficio de unos u otros.

Distinguimos dos partes en esta consideración. Primero, el claroscuro de la identidad española que habrá que enseñar a reconocer y a querer (no sin amarguras), y después, la serie de demonios que tientan y provocan lo que Fernando Díaz Plaja llamaría *El español y los siete pecados capitales*.

3.1 Aproximaciones dialécticas a la identidad española en los escritos de Galdós.

Permítasenos comenzar recordando un texto remoto y emblemático sobre la península hispánica, en los albores de nuestra literatura:

“Esta Espanna que dezimos, tal es como el paraíso de Dios, ca rígate con cinco rios cabdales que son...; e los ualles et los llanos son grandes e anchos, et por la bondad de la tierra et ell humor de los rios llevan muchos frutos... Espanna es abundada de miesses, deleitosa de fructas, viciosa de pescados..., alegre por buenos vinos, folgada de abondamiento de pan... Espanna sobre todas es engennosa, atrevuda et mucho esforçada en lid, ligera en afan, leal al señor, complida de todo bien... Espanna sobre todas es adelantada en grandez, et más que todas preciada por lealtad. ¡Ay, Espanna! Non a lengua nin engenno que pueda contar tu bien.” (de la *Crónica General* de Alfonso X el Sabio, a finales del siglo XIII).

El texto es mucho más amplio y de gran belleza. Pero en el rey sabio tuvo un carácter fundamentalmente geográfico y de identidad moral, aunque, eso sí, refiriéndose por primera vez a toda la península, a la Hispania heredada de Roma.

De entonces al XIX y al XXI ¡cuántos sinsabores para redefinir a esta nación, a causa quizás de tantos conflictos históricos insatisfechos, sin resolver y de tanto tiempo perdido batallando! Hay quien dice que España siempre llega tarde a la Historia.

¹⁷⁷ De gran importancia para todo este capítulo: ZAMBRANO, MARÍA, *La España de Galdós* (Endymión – Comunidad de Madrid. 1981); MARTÍNEZ CAÑAS, RICARDO, *La idea de la patria en Trafalgar de Pérez Galdós*. (Boletín de la Real Academia de la Historia. TomoCCVII. Enero-abril 2010)

Galdós, conocedor directo de todos los rincones de la península, coincide en una gran medida -sustancialmente podríamos decir- con la idea ingenua de Alfonso (uno de nuestros pocos reyes verdaderamente ilustrados, generadores de cultura). Con su misma ingenuidad pone en boca del jovencísimo Gabriel de Araceli esta reflexión íntima, a punto de iniciarse la batalla de Trafalgar:

*“Por primera vez entonces percibí con completa claridad la idea de la patria, y mi corazón respondió a ella con espontáneos sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma. Hasta entonces la patria se me representaba en las personas que gobernaban la nación,... Me representaba a mi país como muy valiente; pero el valor que yo concebía era pan parecido a la barbarie como un huevo a otro huevo... Pero en el momento que precedió al combate, comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándolo, y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche, y saca de la oscuridad un hermoso paisaje. Me representé a mi país como una inmensa tierra poblada de gentes todos fraternalmente unidos...”*¹⁷⁸

Tal vez sea necesario conocer y amar la geografía, el paisaje (la tierra física) para sentir un país. Por eso, sin duda, los andaluces que fueron Juan Ramón, Antonio Machado, o Federico García Lorca, los vascos Miguel de Unamuno y Pío Baroja, los gallegos Ramón Valle Inclán y Emilia Pardo Bazán, o los medievales Ramón Llull y Ausiasa March escribieron para todos, entendieron la totalidad de las tierras de España y no dejaron de sentirse hispanos, a la vez que andaluces, vascos, gallegos o catalanes; porque conocían y disfrutaban toda su geografía, el paisaje y la historia, sin ceñirse a horizontes cerrados. Don Benito, canario de nacimiento y de corazón, pertenece, sin duda, a esta categoría de hombres. Por eso, de entrada, coincide con la visión española del rey toledano.

Sin embargo, en otra mayor medida, tan lejos de la simplicidad medieval, se distancia de él. ¡Y tanto! Esta tierra amable es un puro drama; y sus habitantes somos un enigma viviente en busca de solución. El protagonista más real y mejor caracterizado -a mi juicio- de los Episodios Nacionales, Salvador Monsalud, que es la imagen del autor mismo, exclama:

“España tiene hoy la controversia en los labios, una aspiración vaga en la mente, cierto instinto ciego de mudanza; pero el despotismo está en su corazón y en sus venas. Es su naturaleza, es su humor, es la herencia leprosa de los siglos, que no se cura sino con medicina de siglos... Cuando me detengo a calcular el tiempo que tardaremos..., me confundo, me mareo, porque cien años me parecen pocos para tan grande obra.”

¹⁷⁹

¹⁷⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional nº 1, *Trafalgar*, cap. X (Salvat. Madrid. 1969. pág. 103)

¹⁷⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional nº 19, *Los Apostólicos* cap. XXVI. (Historia 16. Caja Madrid. 1994. pág. 174 y ss.)

Galdós escribía estas palabras en 1879. Podría haberlas escrito ayer. Ciertamente, cien años parecen muy pocos.

Todos los personajes importantes del ancho mundo de su creación literaria entran –según análisis admirable de María Zambrano– en esa dramática; intentando dejar su carácter novelesco, trascenderlo –como Don Quijote– para reencontrarse en la vida, en la realidad, y dar ahí una razón de sí mismos. Quizás el único que acierta a lograrlo sea –para dicha escritora– *Benina*, en *Misericordia*, una de las figuras cumbre de la literatura galdosiana y de la española, y tal vez clave de casi todas las demás.¹⁸⁰ La anciana de los suburbios madrileños es universalmente española.

Sobre esta dialéctica entre el ser y el no ser (o el llegar a ser) nuestro autor asienta las premisas de una identidad que nos corresponde a cualquier habitante de la península.

a) España para Galdós es todo el territorio peninsular e insular.

Galdós –lo hemos señalado ya– es un liberal, un progresista nato. Una persona abierta a todos los derechos y libertades. El progresismo –para él– es apertura; nunca encerramiento en fronteras geográficas o culturales o en nacionalismos, y menos en separatismo. Para él la idea de España está referida a todo el territorio y a todas las regiones o nacionalidades que la integraban en el siglo XIX desde una historia secular. El paradigma liberal y progresista aún; no disgrega ni aísla. (Algo semejante vivirán los grandes liberales del XX, como, por ejemplo el presidente republicano Manuel Azaña).

Una primera premisa –indiscutible para él– es, pues, la común identidad sustancial de todos los habitantes de las tierras de España y de todas las regiones peninsulares e insulares, porque no existe razón alguna suficiente que justifique (al interior de nuestros límites geográficos naturales y de nuestras culturas autóctonas) una pluralidad de estados y de naciones, y mucho menos con carácter irreductible y antagónico.

A lo largo de los Episodios Nacionales y de la mayoría de las novelas independientes (durante su escritura y edición, antes, en medio o después) el autor recorre toda la geografía hispana. Da fe del sentir y del modo de ser de castellanos, manchegos, andaluces, vascos, catalanes, valencianos, navarros, gallegos, aragoneses... Cada uno muestra, sin duda, características temperamentales propias (perfectamente comprensibles para todos) y acentos y peculiaridades lingüísticas regionales; pero todos los tipos retratados, sin

¹⁸⁰ “La historia, en ciertos casos, se convierte en novela fatalmente, con la misma fatalidad con que el ansia de ser de la criatura, de la simple criatura humana, se convierte en tragedia. Y el suceso que nos cuenta Galdós en su plural obra es este de que la historia se le convierta en novela... a todo un pueblo, a todo un mundo de personajes que aparecen vagando en una atmósfera, en un ámbito donde ya no es posible otra cosa... Todos, y en forma más pura y trascendente los de “Misericordia” se debaten no pudiendo vencer su suerte... Como si toda España hubiera corrido la suerte de Don Quijote; su historia, la historia más bien, se le ha convertido en novela. El novelesco mundo de Galdós es consecuencia de que Don Quijote no haya podido ser otra cosa en el mundo que personaje de novela.” ZAMBRANO, MARÍA, *La España de Galdós* (Eds. Endimión. Comunidad de Madrid. 1988, págs. 42-43)

excepción, sienten un solo país ¹⁸¹, asumen al unísono (aunque de diverso modo y con mayor o menor lucidez) los grandes temas que agitan a la nación; y todos dirigen su mirada –apasionada y entusiasta, hostil o crítica- al gobierno del Estado, en cuanto gobierno, no como Estado. Un gobierno que, por su parte se halla en íntima connivencia con todos los puntos de la geografía peninsular.

Es decir, lo que molesta a los ciudadanos (en los extremos peninsulares) no es una nacionalidad española impuesta sino un mal rey o un pésimo gobierno. Y esto no sólo durante la corta Guerra de la Independencia, sino a lo largo de todo el siglo.

Galdós, que es realista y pinta al pormenor el alma de las gentes, cuando se halla en Navarra, en el País Vasco o en Cataluña, jamás deja entrever en su obra que exista en estos espacios algún tipo de nacionalismo radical separatista. No se hallan vestigios de ese concepto o sentimiento en ningún lado. La relación de la periferia geográfica con el centro es absolutamente normal.

En el Episodio titulado *Luchana* (que narra el sitio de Bilbao por las tropas carlistas de Zumalacárregui) constata dos hechos: primero, que la población bilbaína en su totalidad (como, en general, ocurría en todas las ciudades, porque el carlismo fue rural y no urbano) esperaba la liberación del sitio por parte del general Espartero, que venía de Madrid con las tropas gubernamentales; y, segundo, que Bilbao recibe con júbilo esa liberación. Algo parecido había ocurrido en los sitios de Zaragoza y de Gerona.

El bilbaíno Zoilo, hijo mayor de los Arratia, familia absolutamente vasca, casado con una madrileña, hombre tosco y noble como su padre y hermanos, sueña con llegar a ser capitán del ejército liberal isabelino comandado por Espartero, que será pronto Regente.

¹⁸²

Es decir, cualquier habitante de estas tierras puede tener y tiene una clara conciencia de pertenencia a la totalidad de los pueblos peninsulares e insulares; pueblos que son recorridos por los abundantes protagonistas de su narrativa, siendo bien recibidos en ellos y encontrándose allí como en su casa. Si había que ilustrar este hecho, Galdós acudiría a las guerras de la Independencia y carlistas. Por eso narra con emoción el verdadero abrazo de Vergara:

¹⁸¹ En el Episodio Nacional n.42, *España Trágica*, afirma el protagonista Santiago Íbero: *En eso estamos conformes... Y de veras te digo que cuando oigo hablar de vender un lote del solar español, me corre un cierto escalofrío por el espinazo y se me salen a la boca las expresiones de ira.*”(PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c. pág.144). Fernando Calpena, protagonista de la serie 3ª de Episodios, se expresa de igual forma refiriéndose en concreto y con admiración al pueblo catalán (v. Episodio Nacional n. 29, *Los Ayacuchos*, o.c. pág.164); totalmente explícita es la idea de Galdós a este respecto en carta a su amigo el literato catalán Narciso Oller: *“Me da dolor verle a V. con sus ideas separatistas. Cuestión grave es ésta, y que sería mejor tratarla de palabra. Pero, hijo de mi alma, si los separatistas debemos ser nosotros. Si son vds. los hijos mimados de la nación. Vds. son el hereu y nosotros los segundones.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, carta de febrero 1986, publicada por Pilar Faus Sevilla, o.c., pág. 291)

¹⁸² V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 27, *Vergara*, o.c., págs. 91-92

*“Las tropas guiadas por La Torre como las conducidas por Iturbe, se vieron envueltas en la inmensa atmósfera de fraternidad que ya se había formado. Los corazones respondieron con unánime sentimiento. No podía ser de otro modo. La idea de unidad, la nacional grandeza, de moral parentesco entre todas las razas de la Península, ganó súbitamente los entendimientos de castellanos y éuskeros, ya no hubo allí más que abrazos, lágrimas de emoción, gritos de alegría, aclamaciones a Espartero, a la Constitución, a Isabel II, a Maroto, a la Religión y a la Libertad juntamente, que también estas dos matronas se dieron pechugones en aquel solemne día.”*¹⁸³

El calor –tal vez excesivo- de la crónica revela la idea clara y el sentimiento firme con que se desearía transmitir a las generaciones futuras la clave de solución de un problema confuso de segregaciones dentro del territorio peninsular hispánico.

En diciembre de 1900, un año más tarde de la publicación del episodio *Vergara*, Don Benito dirige un discurso a varios compatriotas canarios (en momentos difíciles para las Islas) y en él agranda el sentimiento de la colectividad española total, situando en ésta –no negando, en absoluto- el regionalismo:

*“Habéis visto que ha llegado la hora de avivar en nuestras almas el amor a la patria chica para encender con él, en llamarada inextinguible, el amor a la grande; habéis advertido que la preferencia del terruño natal debe ahora ensanchar sus horizontes llevándonos a querer y venerar con mayor entusiasmo el conjunto de tradiciones, hechos y caracteres, de glorias y desventuras, de alegrías y tristezas que constituyen el hogar nacional, tan grande que sus muros ahumados no caben en la Historia.”*¹⁸⁴

El mismo discurso –pronunciado en Barcelona- ahonda en la tragedia que pueden desencadenar los nacionalismos separatistas (que en esos momentos brotan en Cataluña, en el País Vasco y –con menos virulencia- en Canarias): el escrito recibe el nombre de *La fe nacional*, y en él se afirma la unidad de destino y de convivencia que une a los pueblos de España sin exclusión alguna, y la necesidad de mantenerla precisamente en función de la democracia, de la solidaridad de unas regiones con otras (máxime en las horas trágicas que se están viviendo tras el desastre de 1898), de la voluntad de progreso y del mismo espíritu liberal.¹⁸⁵

Para Galdós las diferencias entre españoles no son nacionalistas en absoluto. Son –y van a serlo cada vez más- a lo largo del XIX ideológicas e internas en cada región. En síntesis, los castellanos, los andaluces, los vascos, los catalanes, etc., están divididos entre sí, pero no con el resto de espacios geográficos e históricos cercanos. Y lo están por ser liberales, o conservadores y tradicionalistas. No por ser de derechas o de izquierdas, ni por

¹⁸³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Vergara*, o.c., pág. 247

¹⁸⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, en *La fe nacional y otros escritos sobre España*, edición de José Esteban y Jesús Egido, en Ed. Rey Lear, Madrid 2012, págs. 23-24

¹⁸⁵ Ver PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La fe nacional y otros escritos sobre España*. Ed. De José Esteban y Jesús Egido. Editorial Rey Lear. Madrid 2013

ser creyentes o increyentes, ni por ser separatistas o españoles. El carlismo, que aglutina a los más conservadores y ultramontanos, con una base muy fuerte en Navarra, Aragón y Valencia, a lo que aspira no es a establecer identidades regionales separadas, sino a colocar a su pretendiente Carlos en el trono de Madrid. Y el liberalismo se produce por igual en el centro y en los extremos.¹⁸⁶

En la tercera serie de Episodios Nacionales, uno de los protagonistas secundarios (pero significados), Santiago Íbero (cuyo hijo –con el mismo nombre– tomará el relevo en las series siguientes), recibe la onomástica que mejor simboliza a España. Pues bien, este personaje es alavés, y en él confluyen las virtudes originales (¿quijotescas?) del ser español. Ha luchado heroicamente a las órdenes de Espartero (a quien sigue y admira) a favor de la unidad liberal de España. Él y su esposa Gracia, largo tiempo esperada, constituirán el modélico hogar hispano de aquel entonces (cálido, entre rural y urbano, profunda y naturalmente religioso, de burguesía media, algo militar, patriótico).

Sobre tal base, ¿qué rasgos caracteriales parecen identificar a los españoles del XIX, según Don Benito?

b) *El español, llamado a encarnar un tono existencial a mitad camino entre el idealismo y el pragmatismo oportunista.*

Para Galdós existe una especificidad en el carácter genuino del español –difícil de precisar y ambivalente, desde luego– que lo sitúa, sin embargo, en continuidad con los tipos o personajes emblemáticos de nuestra literatura, casi desde la Edad Media. Por lo que no resulta demasiado original cuando lo encontramos ahora en medio del siglo XIX.

En concreto, parece bastante evidente que el modelo inicial hispano es Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid. Y que la identidad cidiana viene cantada y sostenida por el pueblo llano y por la intelectualidad desde el Cantar de gesta hasta el teatro barroco de Guillén de Castro, para pasar después a la posteridad. Y el mismo Cervantes, norma última de nuestro canon literario, va a identificar sus dos figuras –Don Quijote y Sancho– en la sola cara del Cid: un rostro que refleja los más altos valores y, al mismo tiempo, un extraordinario pragmatismo o visión realista de la vida; aunque una parte de ese imaginario colectivo pertenezca a la leyenda.

Sin embargo, no cabe duda de que ese modelo coeixte con los pícaros pícaro Lázaro de Tormes o el Buscón Pablos y su amplia popularidad, de forma que se produce en el

¹⁸⁶ En este sentido el pensamiento galdosiano es el mismo que domina en las dos Españas políticas, incluso iniciada la Guerra Civil. Si en algo hubo coincidencia entre dos antagonistas de la talla de José Calvo Sotelo y Manuel Azaña fue en este punto de la unidad española. El diputado derechista llega a decir: “*Prefiero una España roja a una España rota*”, y el presidente de la República, impulsor de estatutos de autonomía, en una estancia en Barcelona y a propósito del político vasco Aguirre, exclama: “*Yo no he sido nunca españolista ni patriotero. Pero ante estas cosas me indigno, y si estas gentes van a descuartizar a España prefiero a Franco. Con Franco ya nos las entenderemos nosotros o nuestros hijos o quien fuere. Pero esos hombres son insoportables.*” (*Memorias*)

temperamento una mezcla extraña de idealismo y estoicismo, de dignidad y de servilismo, de cercanía e inmoralidad: las mismas actitudes que viven al unísono Miquis y Celipín en *El doctor Centeno*, centro de las novelas contemporáneas galdosianas.

El honor íntimo (más que el derecho calderoniano a la honra, y mucho más que los honores sociales) va a constituir para la mayor parte de los españoles un imperativo ético ineludible que –en momentos de prueba– alzan muy alto su personalidad, aun cuando ese honor quede desfigurado por razones familiares de sangre. Galdós no ignora esta faceta de la posible identidad hispana, si bien la considera cercana a los excesos románticos.¹⁸⁷ El vasco Zoilo Arratia (en el Episodio *Vergara*) es prototipo de este sentido galdosiano del honor.

Y lo que es más notable: en esa identidad se refleja un cierto desdén respecto a los títulos nobiliarios, precisamente por alguna tendencia a la confraternización e incluso a igualar los rangos sociales en función de lo pragmático (del empleo, por ejemplo). Es de gran agudeza la exposición que hace Barbarita a su noble sobrina Jacinta:

*“Nuestra edad, por otros conceptos infeliz, nos presenta una dichosa confusión de todas las clases, mejor dicho, la concordia y reconciliación de todas ellas. En esto aventaja nuestro país a otros... Aquí se ha resuelto el problema sencilla y pacíficamente, gracias al temple democrático de los españoles y a la escasa vehemencia de las preocupaciones nobiliarias. Un gran defecto nacional, la empleomanía, tiene también su parte en esta gran conquista.”*¹⁸⁸

El personaje no deja de ser demasiado optimista, pero es real.

Sorprendentemente Galdós parece reconocer en el individuo español una tendencia al espíritu democrático (más que a la imprescindible democracia institucional que no llega a cuajar nunca): una innata propensión al trato con los diversos y a la comunicación (cordial, si es posible).

No es que tal modelo de identidad vaya a plasmarse efectivamente en los sujetos que así lo consideran. Basta que sea tenido como punto de referencia para juzgar y desear la propia existencia. Y esto es lo que ocurre con Don Quijote, con Sancho y con el Cid, modelos de lealtad sincera, de fidelidad conyugal y política, de amistad con los amigos, de apertura liberal (el Cid aparece como alférez mayor del rey moro de Zaragoza), de religio-

¹⁸⁷ En la obra teatral *Bárbara* el capitán Leonardo, movido por la conciencia ética religiosa más honda (y en contraste con el ambiente cortesano del sur de Italia) razona así su difícil decisión de abandonar a Bárbara para que ésta se salve: “Caballero soy, caballero cristiano, y como cristiano y caballero he de restablecer en el altar de mi alma lo que villanamente arrojé de él: el Honor y la Fe.” Y Bárbara, antes, ha replicado: “Ya olvidaba que eres español, de esa raza de hidalgos extravagantes, enloquecidos por la leyenda caballeresca; de esa raza en que hombres vigorosos se lanzan a ideales batallas contra enemigos imaginarios, y consumen su vida en ensueños de perfección o de santidad insana.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, O.c. pág. 195)

¹⁸⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta. I*, o.c. pág. 240.

sidad honda, de valentía loca, si procede, de realismo pragmático (a veces chapucero), y de itinerante e incierto viaje por todas las tierras de España.

Sobrepasado, pues, el sarampión romántico, Galdós vuelve a sugerir en su literatura el modelo cidiano y quijotesco (el uno legendario, el otro novelado) como rasgo en buena medida constitutivo de la identidad española. Y es posible que ningún autor como él haya entendido con tanta hondura el alma cervantina, y el por qué Don Miguel puso a su hidalgo caballero el título de la Mancha. En el Episodio denominado *Bailén*, dirigiéndose el joven protagonista hacia los campos en donde se va a librar la famosa batalla, el autor escribe:

*“Don Quijote necesitaba aquel horizonte, aquel suelo sin caminos y que, sin embargo, todo él es camino; aquella tierra sin direcciones, pues por ella se va a todas partes, sin ir determinadamente a ninguna; tierra surcada por las veredas del acaso, de la aventura... Al atravesarla no podía menos de acordarme de Don Quijote, cuya lectura estaba (siempre) fresca en mi imaginación.”*¹⁸⁹

Es posible que esa indecisa condición de caminante -que no sabe muy bien a dónde va- tenga bastante que ver con la dramática identidad del español, que sí sabe (al menos en algún momento) de elevados idealismos..., frenados siempre por sus intereses terriblemente pragmáticos.

Para Galdós el español puede encarar y soportar esa dialéctica porque, en última instancia, posee un soporte nacional de buen temple que lo acompaña y es capaz de fortalecer su estructura personal: *“(salimos adelante) por la intensa vitalidad de esta vejez robusta que llamamos España”*¹⁹⁰

Soporte es así mismo el *optimismo innato*. Porque otra dimensión de ese idealismo (que raya a veces con lo irracional) es -en España- la alegría de vivir. El español no trabaja ni se agota para construir, sino para poder descansar y divertirse; confía en lograr de inmediato ese fin. Esta razón le permite, a pesar de sus penalidades, ir disfrutando de la vida, o esperando conseguir el máximo disfrute de la misma. Talante vital que le hace ser comunicativo y festivo.

En Galdós se esboza también un nuevo elemento original propio de la identidad nacional en aquel presente y en la tendencia hacia el futuro: la función femenina idealizada.

España, que siente y practica el machismo más feroz (como en el resto del mundo del XIX, por otra parte), se halla referida sustancialmente a la mujer de forma práctica y de forma ideal, más allá del hecho natural y humano significado por la dualidad de sexos, por la belleza o por la maternidad.

¹⁸⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 4, *Bailén*, cap. VI

¹⁹⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 44, *La Primera República*, o.c. pág. 8

Toda la obra galdosiana tiene una presencia prioritaria, constante y cualificada, referencial (de primer orden literario, psicológico y social) de personajes femeninos extraordinariamente retratados y de alto valor simbólico. Sin ellos no existiría esa obra... En ninguna otra literatura (tampoco en la española anterior y posterior al siglo XIX) se da este fenómeno. ¿A qué puede obedecer?

De entrada intuimos que algo importante tiene que ver con el problema de la identidad española, con la realidad que contempla y reflexiona el autor, no ajena a la visión del catolicismo que preocupa en todas las obras.

La respuesta a esta cuestión requeriría que nos detuviéramos a considerar cómo entran las mujeres —y lo femenino— en la novela y en el teatro de Galdós. Quede ahora constancia de un doble fenómeno genuinamente español: por una parte, la imposición de un tremendo e intocable machismo... (socialmente la mujer es muy poco, y en muchos casos nada); y, sin embargo, en otro sentido, la referencia interior honda y decisiva de toda la sociedad (no sólo del hombre) a la mujer, en cuanto a la conciencia que suscita en el varón (de forma activa o pasiva) y en cuanto a la acción que discreta e incluso secretamente desarrolla, siempre de manera determinante, sea cual fuere el signo y el resultado de la misma.

Esta es una más de nuestras grandes contradicciones, y Benito Pérez Galdós se cuida mucho de señalarla con dolor y casi con desesperación, a veces. Es decir, para él la identidad española supone una referencia sustancial y particularmente compleja a la mujer, aunque falte aún por concretar el modo como tal referencia se materializa.¹⁹¹

c) La condición dramática convulsiva del español.

En el estado de bienestar que hemos conocido desde finales del siglo XX, incorporados a la economía europea y desilusionados de las expectativas políticas nacionales, a cualquiera de nosotros —si es joven, especialmente— le resulta difícil sentirse afectado por un drama que se llame España. Tampoco a la sufrida población rural de la mayor parte de la península durante el siglo XIX le interesaba demasiado el enigma doloroso de este país. Les preocupaba su problemática individual y nada más (no así a los movimientos obreros incipientes que agitaban ya, por ejemplo, Cataluña y zonas del campo andaluz en esa época). Pero el ciudadano de las capitales, desde Madrid a Granada, a Cádiz, a Barcelona o a Vitoria, sí empezaba a experimentar que a su identidad hispana le correspondía inexorablemente una condición dramática peculiar.

¹⁹¹ Sobre la dimensión de lo femenino en la obra de Galdós v.: PETIT, MARIE-CLAIRE, *Les personajes féminins dans les romans de Benito Pérez Galdós* (Les Belles Lettres. Paris 1972); ÁVILA ARELLANO, JULIÁN, *El personaje femenino del teatro de Galdós* (Universidad Complutense. Madrid 1992); APARISI LAPORTA, AMPARO, *Las mujeres en los Episodios Nacionales* (Anales del Instituto de Estudios Madrileños. Tomo XIX 1982 y Tomo XLIII. 2000).

Ser español podía significar la satisfacción discreta de poseer hasta cierto punto una tierra, una historia, unas raíces..., pero desde luego significaba vivir en la encrucijada de un destino incierto y doloroso. “¡Oh España!, ¿qué haces, qué piensas, qué imaginas? Tejes y destejes tu existencia. Tu destino es correr tropezando y vivir muriendo”, dice ese personaje enigmático (Tito) que encarna como pocos la complejidad de lo español en la última serie de Episodios.¹⁹² El drama es mayor cuando la historia nos llega confundida.¹⁹³ Culminan este pensamiento algunos Episodios: *La España trágica* (con el asesinato de Prim, justo en el momento de recibir como rey al italiano Amadeo de Saboya), poco antes, *La de los tristes destinos* (referido no sólo a la caída y exilio de Isabel II sino también al triste destino de esta nación), y, al final, *Cánovas*.

Pero en el mismo sentido se ha concretado ya la idea en *Los Apostólicos*:

*“Hay pueblos que se trasforman en sosiego, charlando y discutiendo...El nuestro ha de seguir su camino con saltos y caídas, tumultos y atropellos. Nuestro mapa no es una carta geográfica, sino el plano estratégico de una batalla sin fin. Nuestro pueblo no es pueblo, sino un ejército. Nuestro Gobierno no gobierna: se defiende... Nuestros montes son trincheras, por lo cual están sabiamente desprovistos de árboles... En nuestro comercio se advierte una timidez secular originada por la idea fija de que mañana habrá jaleo. Lo que llamamos paz es entre nosotros como la frialdad en Física, un estado negativo; la ausencia de calor, la tregua de la guerra.”*¹⁹⁴

A esta perspectiva identificatoria de lo español habría que añadir un mal endémico: la disputa. Un mal que periódicamente (tal vez desde las guerras de conquista de los Austrias y las civiles de los Comuneros) se convierte en conflicto armado, en belicismo irracional y estéril, que a duras penas se supera en el ánimo de todos desde mediados del siglo XX, pero que es posible que permanezca vivo aunque soterrado y de momento tome la forma de una implacable guerra fría entre los partidos políticos. Al menos en la época de Galdós la pasión bélica tenía la apariencia de una constante propia.

Los textos citados alcanzan actualidad impresionante.

Los españoles, por otra parte, son -para Galdós- personas que se mueven ante todo por la emotividad, por la pasión emocional de un momento y que, al no encontrar el logro inmediato de sus expectativas, se desfondan y tienden a la anarquía individual,

¹⁹² PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 44, *La Primera República*, o.c. pág.45-45. V. también *La de los tristes destinos*, o.c. pág. 14

¹⁹³ En el Episodio n. 29, *Los Ayacuchos*, escribe en su diario Fernando Calpena: “La imaginación popular emborriona la historia, y luego nos cuesta Dios y ayuda descubrir con raspaduras la verdad” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c. pág. 127)

¹⁹⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 19, *Los Apostólicos*, o.c. pág. 49. Vicente Halconero, personaje central de *La España trágica*, concluye sus meditaciones sobre el estado histórico de la nación: “El pueblo español padecía de una honda enfermedad del juicio: loco estaba el patriotismo, loca perdida la libertad, y el año venía como una sarta de locuras trágicas engarzadas una en otra.” (o.c. pág. 135-136)

haciéndose ingobernables. Ése es el pronóstico que se da a la futura reina Isabel, aún niña, en el Episodio *Luchana*:

*“Ni con las dotes más excelsas que Dios pone en la voluntad y en la inteligencia de sus criaturas podría desenvolverse Isabelita en medio del desconcierto de un país que todavía anda buscando la mejor de las Constituciones posibles, y que no parece dispuesto a dejarse gobernar con sosiego hasta que no la encuentre; de un país que todavía emplea como principal resorte político el entusiasmo..., un país que todavía ha de tardar siglos en curarse de sus hábitos sentimentales.”*¹⁹⁵

Esta conciencia acompaña al español lúcido como una dolorida memoria histórica que, ya por entonces, a la altura de finales del XIX, deja a Don Benito consternado y desgarrado, sin ninguna euforia; porque no merecen euforia alguna en ese siglo las repetidas luchas fratricidas, los muchos más de cien mil muertos que supuso el reinado de Isabel II, la continua ineptitud política de los gobernantes, la pasión ciega de las masas en tantas ocasiones... Tal memoria forma parte, sin duda, de la identidad nacional. Una identidad que en cierto modo invita a la huida. Por eso el protagonista del Episodio *La de los tristes destinos*, el hijo de Santiago Íbero (es decir, el hijo de España) emprende también el camino del exilio y dice a su mujer: *“Somos la España sin honra, y huimos, desaparecemos, pobres gotas perdidas en el torrente europeo.”*¹⁹⁶ Y con ese texto finaliza la obra. La España sin honra era la de Isabel II, pero es la de todos los españoles del siglo XIX y tal vez anteriores, en un drama –o tragedia- que no tiene todavía fin.

Cuando el autor rememora estas cosas –al escribirlas en 1908- es cierto que se halla muy cansado, con el ánimo decaído. Acaba de ser testigo del desastre del 98. Y tal vez desea pasar ya el testigo de su reflexión sobre España a la generación que viene. Pero esta generación (“la del 98”) no puede ya ver otra cosa en la identidad nacional. Antonio Machado ha escrito –o va escribir- su verso: *“Españolito que vienes al mundo, te guarde Dios. Una de las dos Españas ha de helarte el corazón”*.¹⁹⁷

3.2 Causas internas y efectos de la dramática identidad española en la creación galdosiana.

Galdós hace un denso y detenido análisis de los males que nos aquejan y de las razones que están conduciendo a la nación –y a los españoles- a un callejón con muy poca salida. Se traza el diagnóstico global de la realidad española en cuanto idiosincrasia predominante del ciudadano medio (como individuo y como grupo). Pero ese modo de ser,

¹⁹⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Luchana*. Episodio Nacional n. 24 (Historia 16-Caja de Madrid. 1994. Págs. 12-13)

¹⁹⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 40, *La de los tristes destinos*, o.c. pág. 272

¹⁹⁷ MACHADO, ANTONIO, *Proverbios y cantares*. LIII.

más que imperativo genético, es visto como algo que proviene del enorme infortunio histórico institucional.

*“Para Galdós –escribe la estudiosa galdosiana Amor del Olmo- la herencia histórica constituye la causa de los grandes males que asolan la España de finales de siglo. La génesis de la Historia incluye los caminos torcidos que hasta el momento sucumben a la sociedad en un retraso retorcido, ético y moral.”*¹⁹⁸

Que exista en los españoles, de norte a sur y de este a oeste, un cierto genio positivo celtíbero, romano, visigodo, árabe y provenzal –todo junto-, influyente sobre lo visceral hispánico, en mayor o menor medida, es seguramente más que probable... De hecho una serie grande de tipos fundamentales en toda su creación dará esa talla elevada y original en cualquier punto de nuestra geografía.

Pero, lo que sin duda determina la identidad media nacional es una lista demasiado larga de errores o de predisposiciones lamentables que dañan nuestra integridad. En general, se trata de atavismos adquiridos y pactados, fruto en grandísima medida de una desastrosa gestión del país en casi todos los órdenes y –más en su raíz todavía- de una falta de pensamiento popular y de una ideología burguesa que elude el problema social en términos de lucha de clases; y que, en definitiva, fracasa en el intento de superar los males atávicos.

Don Benito asume los valores de esa ideología burguesa con tal de que ésta se considere y permanezca abierta al progreso y a la diversidad; lo hace de una manera casi romántica, en términos de confrontación ideológica según la cual el burgués liberal debe optar por el paso adelante (en vez del estancamiento), por la libertad de pensamiento (en lugar del oscurantismo), por ser élite espiritual (en contra de la incultura masiva), por la autodeterminación en la fe (frente al clericalismo), etc. Optando lo más posible –con cierta ingenuidad- por la conciliación utópica de los elementos contrarios de la realidad (sobre una utópica base de tolerancia, de paz, de orden y de progreso) y por el valor supremo del esfuerzo personal sin decaimiento.¹⁹⁹ En este proceso de interiorización de la realidad, la obra del escritor mostrará (entre 1898 y 1907) una crisis que convierte la expectativa burguesa en algo más subjetivo y menos aferrado a la apariencia y al detalle, es decir, más esencialista, más interiorizada también y, desde luego, más simbólica y atemporal.

¹⁹⁸ AMOR DEL OLMO, ROSA, *Religión y evolución: hermenéutica sobre textos dramáticos de Galdós*. (Actas del VII Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 2005. Cabildo de Gran Canaria. Pág.143

¹⁹⁹ Parte de ese programa lo explicita en el Episodio *Los Apostólicos*: “El absolutismo es una imposibilidad y el liberalismo una dificultad. A lo difícil me tengo, rechazando lo imposible. Hemos de pasar por un siglo de tentativas, ensayos, dolores y convulsiones terribles.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los Apostólicos*. Episodio Nacional n. 19. Ed. Hernando. Caja Madrid-Historia 16. 1994. Pág. 175)

V. el denso estudio de JOAN OLEZA, *Galdós y la ideología burguesa en España: de la identificación a la crisis*. En Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. ([file:///G:/biblioteca sueños.htm](file:///G:/biblioteca%20sueños.htm))

Pero, según Galdós, esos valores de la burguesía liberal no han llegado a cuajar entre nosotros. Y ahí radican los verdaderos problemas que nos aquejan, los temas pendientes de solución... Al tratarse, sobre todo, de carencias no pueden llamarse rasgos de identidad, sino más bien de falta de identidad. Porque son obstáculos y pasividades que frenan el advenimiento de otra manera de ser y de comportarse mucho más genuina y positiva, la que tal vez nos corresponde.

Sintetizando (y de modo alegórico), podríamos afirmar que Galdós denuncia y condena radicalmente siete graves pecados capitales de la sociedad española:

- la violencia guerrera y la tendencia a la conspiración;
- el talante egocéntrico y ostentoso de la nueva burguesía rica (o que desea obsesivamente acceder a otra clase social), falsa, holgazana, chismosa, arribista, improductiva;
- la codicia del prestamista (precursora de la banca actual);
- la ineptitud y corrupción de los políticos y de la política;
- el fanatismo de cualquier signo, especialmente el religioso y el ideológico, y la incultura popular;
- el poder y el mal ejemplo de los eclesiásticos;
- la degradación o la inutilidad de la institución monárquica.

Al señalarlos surge una literatura correctiva; se marcan las pautas de una gran pedagogía galdosiana para españoles, sean éstos niños, jóvenes o adultos (sobre todo, adultos). De forma prioritaria se señala el desorden en nuestra manera de actuar respecto a los demás. Insistimos en que, al mismo tiempo, de entre el gentío gris, surgen –en la pluma y en la mente del autor- personas luminosas que denotan lo más auténtico y valioso de nuestra configuración como pueblo. Y en todo caso, con unos y otros, el escritor pedagogo muestra el camino para hallar una identidad perdida.

Vamos a sintetizar y concretar en cuatro las causas más graves del diagnóstico trazado a propósito de la dolencia española del siglo XIX. Una dolencia que, a pesar de que hoy se produzcan factores saludables, probablemente no ha encontrado aún curación, por lo que haríamos bien en tomar conciencia de ella.

1) La pérdida del integrante religioso histórico en nuestro ser nacional.

El siglo XIX español se caracteriza en gran manera por el debate religioso público. Esto parece un rasgo original de nuestro país. Evidentemente es el indicador de un desajuste en la convivencia y en la ideología; desajuste que espera solución.

Galdós publica en La Prensa de Buenos Aires una dolorosa visión (con acento de confesión personal) en forma de artículo de ensayo al que se le da el título de *El sentimiento religioso en España*. Probablemente este escrito es una de las expresiones directas más importantes del autor sobre la verdad española, sin el carácter simbólico de los personajes y las tramas de la novela y el teatro. Comienza el texto (con ocasión de la Semana

Santa de 1885) afirmando que va a tratar este asunto intimidado y desde un gran respeto, cariño y amplitud, porque la gravedad del tema requiere estas actitudes.

“Hablo del sentimiento religioso en España, esa fuerza poderosa, ese nervio de nuestra historia, esa energía fundamental de nuestra raza en los tiempos felices; y al enunciar tan sólo esta potencia moral parece que las ideas reverdecen y bullen en torno suyo, y que ha de ser muy fácil analizarlo cumplidamente, estudiar sus grandes desarrollos, su decadencia y fin lamentable...” Porque –continúa poco después– *“el sentimiento religioso ha dejado de ser desde una fecha que no es fácil determinar, el móvil nacional, el brazo derecho de la historia de España. Hállase concretado a la vida particular, donde su existencia no es muy lucida tampoco, que digamos. Actúa como eficaz agente en las relaciones privadas, determinando la vida más bien en lo externo que en lo moral; es ley antes que sentimiento; fórmula antes que idea, y constituye un código canónico antes que una nómina espiritual. Por esto no inspira acciones que salgan de la esfera de lo común.”* (prosigue la citación del texto más abajo)

Sorprende notablemente que el autor sitúe en esta caída nacional de la religiosidad una de las causas fundamentales de los males que aquejan al país. Quizás la razón de ese diagnóstico se halle en que, para el español, el “no creer” o el “no saber situar lo religioso en público” conlleva también –en gran medida– también el “no pensar”. Esto es lo que afirma al final del largo escrito:

*“En resumen, que hoy la gran mayoría de los españoles no creemos ni pensamos; nos hallamos, por desgracia, en la peor de las situaciones, pues si por un lado la fe se nos va, no aparece la filosofía que nos ha de dar algo con que sustituir aquella eficaz energía.”*²⁰⁰

El texto, referido sin duda a la generalidad de la ciudadanía, no puede ser más duro y amargo; quizá excesivamente, pero los términos son claros y tal vez de enorme actualidad.

El anticlericalismo –tan justificado– en la burguesía y en la mayoría de intelectuales y de profesiones liberales, a finales del XIX y a principios de XX, dejaba, sin embargo, un vacío de realidad transcendente que de alguna forma había que llenar. Pero esto no era fácil y con frecuencia quienes lo intentaban recaían en comportamientos escasos de ra-

²⁰⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El sentimiento religioso en España*. Artículo en *La Prensa*, de Buenos Aires, de los días 1/IV/1885 y 5/V/1885, publicado por H. SHOEMAKER, WILLIAM, *Las cartas desconocidas de Galdós en La Prensa de Buenos Aires*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid 1973. Págs. 145. 146 y 152 respectivamente. Nos parece que la relación intrínseca entre religión y cultura en España está analizada con agudeza por PABLO PÉREZ LÓPEZ en su trabajo *Religión y cultura en la historiografía española*, en la obra *L'histoire culturelle en France et en Espagne*, o.c., págs. 235-252

cionalidad y en antagonismos estériles de una parte y de otra, como es el caso de la función religiosa de la omnipresente masonería española del XIX y principios del XX.²⁰¹

En ningún momento Galdós propone como solución a la crisis nacional religiosa el recurso a ese tipo de movimientos espiritualistas ajenos o contrarios al cristianismo. Tampoco –de ningún modo– la presencia sociopolítica de la Iglesia. Su crítica del catolicismo (y particularmente del clericalismo), manifestada continuamente en sus obras y en los artículos de prensa, es por un lado, radical y fundamentada y, por otro, independiente de la que realizan las sociedades secretas de la época. Veremos después que es muy distinta; porque Galdós sí sueña en un retorno –o un comienzo– de la espiritualidad evangélica más pura.

2) La absolutización ideológica en los españoles.

Con mucha frecuencia los personajes galdosianos dan la impresión al lector de ser personas que no poseen más cosas de valor que una sola idea, sea ésta grandiosa o mezquina, propia o alquilada; una idea que deben defender con pasión desorbitada frente a quien pueda amenazarla (o imaginen que puede amenazarla), incluso frente a sí mismos, y que, con harta frecuencia, genera fanatismos.

Con esa idea montamos casi toda la existencia; y, a veces, si es posible, también un medro personal no muy decoroso.

Entonces, aunque pierda vigencia, la idea ya no se la puede abandonar, ni permitir que se altere. Es decir, no es objeto de algún tipo de diálogo (salvo en ocasiones, como ocurre en el Episodio *La segunda casaca*, en donde la ofrecen como moneda de cambio.)... Aunque, después, es posible que el tiempo la desdibuje intelectualmente, que pierda entidad razonable, y que se convierta en un simple *modus vivendi* o en un arma arrojadiza cuando convenga.

¿A qué ideas se refiere Galdós?

a. Las absolutizaciones ideológicas.

La absolutización de una idea (la que fuere) suscita *ab initio*, desde ese fondo casi genético (o desde el aire que respiramos en estas tierras queridas) un sorprendente espíritu de contradicción o de oposición. “*Nos peleamos por un ideal* -dice el sabio Tito, asistiendo a una sesión de las Cortes- *y vencedores y vencidos nos curamos las heridas del amor propio con emplasto de arreglitos... para seguir viviendo en octaviana mansedum-*

²⁰¹ En 1890 sólo en Barcelona había cuarenta logias masónicas en plena actividad, alguna de las cuales contaba con 200 miembros pertenecientes a diversas clases sociales. Ver al respecto: SÁNCHEZ FERRÉ, PEDRO: *Anselmo Lorenzo, anarquista y masón*. En *Historia* 16, año X. nº 105, págs.25-33

bre.”²⁰² Aunque, seguramente, esta actitud de inmediato antagonismo es aún más visceral, y viene a ser el único fundamento del debate político.²⁰³

Así discurre la pobre convivencia social, encallada en viejos estereotipos, siempre a punto de estallar en conflictos desproporcionados. De ahí que Salvador Monsalud, figura antagónica del cortesano corrupto que es Juan de Pipaón (en realidad llamado Juan Bragas), advierta:

*“Vemos el instantáneo triunfo de la idea verdadera sobre la falsa en la esfera del pensamiento, y creemos que con igual rapidez puede triunfar la acción nueva sobre las costumbres viejas. Las costumbres las hizo el tiempo con tanta paciencia y lentitud como ha hecho las montañas, y sólo el tiempo, trabajando un día y otro, las puede destruir.”*²⁰⁴

El problema, entonces, es la baja consideración del pensamiento de los demás y la nula aceptación del mismo. Los “Apostólicos” era en aquellas fechas la denominación que recibía una especie de partido político religioso ultraconservador y poderoso en el gobierno, tan cerrado como cualquier otro de cualquier extremo. A causa de ello el mismo protagonista, que se debate buscando la salida justa a nuestro país, sigue reflexionando:

*“Por desgracia, nuestro país no es liberal, ni sabe lo que es la libertad, ni tiene de los modos de gobernar más que ideas vagas. Puede asegurarse que la libertad no ha llegado todavía a él más que como un susurro... No ha penetrado en su entendimiento ni menos en su conciencia. No se tiene idea de lo que es el respeto mutuo, ni se comprende que para establecer la libertad fecunda es preciso que los pueblos se acostumbren a dos esclavitudes: a la de las leyes y a la del trabajo. A excepción de tres docenas de personas..., no pongo sino tres docenas..., los españoles que más gritan pidiendo libertad entienden que ésta consiste en hacer cada cual su santo gusto y en burlarse de la autoridad. En una palabra, cada español, al pedir libertad, reclama la suya, importándole poco la del prójimo...”*²⁰⁵

b. Irreconciliación de las ideas.

De ahí procede una tremenda irreconciliación ideológica: Llegados a la confrontación de ideas -con el prejuicio de la verdad absoluta poseída- ya no hay posibilidad alguna de conciliación de las ideas, ni, en consecuencia, de encuentro alguno. Ésa es la tragedia

²⁰² PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 45, *De Cartago a Sagunto*, o.c. pág. 75

²⁰³ “En España la oposición se forma en cuatro días después del éxito. Nace como la mala hierba, y crece como la espuma.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 28, *Montes de Oca*, o.c. pág. 36) “El español ha nacido eminentemente peleón, y cuando no sale guerra natural, la inventa.” (idem. Pág. 45) Y en el Episodio Nacional n.34, *La revolución de julio*,: “Dentro de cada español, por mucho que presumamos de cultura, hay un sayón o un fraile. La lengua que hablamos se presta como ninguna al escarnio, a la burla y todo lo que no es caridad ni mansedumbre.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La revolución de julio*, o.c. pág. 17)

²⁰⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional nº 13, *La segunda casaca*, o.c. pág. 170

²⁰⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional nº 19, *Los Apostólicos*, o.c. pág. 173-175.

de Gloria Lantigua y de Daniel Morton, y la de Pepe Rey y Doña Perfecta... “Siempre creí que España era un pueblo de costumbres absolutistas”, dice Pipaón (personaje de los más volubles) en *La segunda casaca*. Y añade el liberal Monsalud: “Aquí no hay más que absolutismo, absolutismo puro arriba y abajo y en todas partes. La mayoría de los liberales llevan la revolución en la cabeza y en los labios; pero en su corazón, sin saberlo, se desborda el despotismo.”²⁰⁶

Las ideas se convierten, pues, no en razonamiento (mucho menos sosegado), sino en pasión, y la pasión, a su vez, en violencia incontrolada; pasión y violencia, acentuada por la religiosidad o por la irreligiosidad; y que si es grave en todos, lo es aún mucho más en la vida política:

“Conozco a mi país, conozco a mis paisanos... Sé el valor que tienen las ideas, insignificante junto al valor de las pasiones; sé muy bien que a los políticos de nuestra tierra les gobierna casi siempre la envidia, y que la mayoría de ellos tiene una idea sólo porque el vecino de enfrente tiene la idea contraria. – Pesimista estás –dijo Aviraneta severamente.”²⁰⁷

Más grave todavía: la irreconciliación conduce al odio, es decir, al deseo vehemente de la destrucción del otro, paliando la posible inquietud de la conciencia con la falacia del deber de exterminar al contrario. *La fiera*, título de uno de los dramas (no demasiado relevante, por otra parte) es bien expresivo de esa actitud. Es terrible el diagnóstico que hace de la situación el contra-protagonista Juan Tresp en un momento de sinceridad radical: “España es una jaula de locos delirantes. Las ideas no son ya ideas, sino furores. Luchamos, ellos y nosotros, no por vencer al contrario, ni aun para someterlo, sino para destruirlo.”²⁰⁸ Nos deja la impresión de que ese amargo juicio de nuestra realidad (cuando la ocasión se presenta) nos acompaña bien entrado el siglo XX.

c. La fusión de patria y religión.

A Don Benito le sobrecoge, ante todo, dolorosamente, la fusión sublime y loca de patria y religión que guiaba a media España en el siglo XIX, y que daba origen a los más sangrientos odios. El anciano carlista Baraona la expresa con claridad meridiana:

“Los buenos españoles debemos adorar fervorosamente dos cruces: la cruz religiosa y la del sentimiento patrio...Las dos deben ser nuestro norte y nuestra luz. ¡Religión!, ¡Patria! Sois dos nombres, y, sin embargo, no sois más que una sola idea. Una idea inmutable, eterna, fija como el mundo, como Dios del cual todo se deriva!”²⁰⁹

²⁰⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 13, *La segunda casaca*, o.c. pág. 170.

²⁰⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional nº 20, *Un faccioso más y algunos frailes menos*, cap. VI (Historia 16. Caja Madrid. pág. 56).

²⁰⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La fiera*. Acto II, escena IV. Obras Completas Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Pág. 339.

²⁰⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 11, *El equipaje del rey José*, o.c. pág. 191-192

Más allá del cinismo de Juan de Pipaón, protagonista de las *Memorias de un cortesano de 1815*, la esperpéntica fusión que se hace de Dios y de Fernando VII tiene un hondo calado en el ánimo de multitud de españoles, los mismos que se levantarán en armas algo más tarde para seguir al pretendiente Carlos Isidro.²¹⁰

Esta idea –verdaderamente trágica por sus consecuencias– es la que conducirá a la muerte violenta de Pepe Rey (*Doña Perfecta*), de Gloria, de Casandra (tras haber matado ella a Doña Juana), y de tantos mártires de la otra media España.

La absolutización fanática de la religión en un sector importante de la población española, unida a la fatuidad y superficialidad de una gran parte de la burguesía que se autodenomina católica, da como resultado real una tremenda irreligiosidad cristiana (tan lejos del carácter de “reserva espiritual y creyente de la cristiandad” que se ha querido atribuir a nuestro país por parte de algunos). Ésta es la crítica durísima (tal vez demasiado injusta) que hace “Daniel Morton” en *Gloria*:

*“Creo a España el país más irreligioso de la tierra. Y un país como éste donde tantos estragos ha hecho la incredulidad; un país que tanto tiene que aprender, que tantos esfuerzos debe hacer para nutrirse, para llenar de sangre vigorosa sus venas, por donde corre un humor tibio y descolorido, no está en disposición, no, de convertir a nadie.”*²¹¹

3) Situaciones convulsivas del español.

El problema de la enorme tendencia a la absolutización ideológica trae consigo situaciones convulsivas en la identidad del español medio. Por ejemplo:

- El espíritu dominador y de mando: un talante que se viene mostrando a lo largo de la historia que narra el autor; ampliando, a veces, los datos de análisis con una sutil ironía:

*“Sucedió en Sevilla una cosa –escribe– que no sorprenderá a mis lectores, si, como creo, son españoles, y es que allí todos querían mandar. Esto es achaque antiguo y no sé qué tiene para la gente de este siglo el tal mando, que trastorna las cabezas más sólidas, da prestigio a los tontos, arrogancia a los débiles, al modesto audacia y al honrado desvergüenza. Pero sea lo que quiera, ello es que todos entonces andaban a la greña, sin atender al formidable enemigo que por todas partes nos cercaba.”*²¹²

El texto hace referencia al invierno de 1809 – 1810, no mucho tiempo después de la batalla de Bailén.

²¹⁰ “Españoles –escribe Pipaón–, alabad y bendecid al Señor. Nuestra patria es ya feliz; ya reina FERNANDO. ¡Sí, ya reinan Dios y Fernando.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Memorias de un cortesano de 1815*. Episodio Nacional n. 12. Ed. Altorrey – Historia 16. Madrid 1993, pág. 21)

²¹¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*. (Alianza Editorial. Madrid. 1999. Pág. 127)

²¹² PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional nº 7, *Gerona*, Introducción del autor (Alianza Ed. Madrid 1999. pág. 7)

- El culpar a los otros siempre de los males globales que nos aquejan.²¹³
- El carácter inquisitorial a punto siempre de ponerse en práctica para impedir que nadie disienta de la personalísima ortodoxia que cada uno abriga. “*Conservaba en su carácter el dejo de las fierezas inquisitoriales, que en toda alma española están adheridas como se adhieren a la lengua los sonidos del idioma*”, dice de su padre español el aventurero mestizo Diego.²¹⁴

3.3 La desintegración social de la mujer española.

Indicamos ya, antes, que la justa integración de la mujer en el entramado social español era un problema pendiente para el logro de la identidad y el equilibrio de un país que tenía que abrirse a la modernidad occidental. El siglo XIX y muy avanzado el XX no lo resolvieron (Sólo la IIª República lo intentó). Toda la obra de Galdós testimonia ese doloroso desajuste, al mismo tiempo que –en una gran medida, al menos– sitúa en esa cuestión la posibilidad de un mejor porvenir para la nación.

Esta consideración coincide con la que le otorgaría (a principios del siglo XX) Federico García Lorca, aunque en ambos autores el sentido de lo femenino y los matices del mismo sean muy distintos. Es de interés esbozar el tratamiento del tema que hace cada uno de ellos.

El teatro de García Lorca (*La casa de Bernarda Alba*, *Bodas de sangre*, *Yerma*, *La zapatera prodigiosa*, *Doña Rosita*, etc.) y su poética (*El Poema del Cante Jondo* y el *Romancero gitano* especialmente) ven a la mujer como misterio incomprensido y sojuzgado por un mundo cien por cien machista; como situación profundamente injusta y de amargura infinita que conduce a una cultura de muerte, es decir, que se estabiliza en tragedia. Es el *Romance de la pena negra*.²¹⁵ Lo femenino entra en el lote que pertenece al hombre, junto a la tierra, a la virilidad y al poder social. A la mujer le queda sólo el ansia de la fecundidad y las migajas de la palabra del varón...; y ni una cosa ni otra se le concede. En la libertad e independencia ni siquiera sueña. Y, sin embargo, ella es el símbolo del pueblo y del país, de España. Esta es la gran contradicción que denuncia Lorca.

Galdós coincide plenamente con Lorca en señalar esa misma condición sustancial e injusta de la mujer; una mujer que es -para él- aún más representativa del alma de esta

²¹³ V., por ejemplo, los cargos que se hacen a los liberales en el Episodio Nacional n. 18, *Un voluntario realista*, PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c. pág. 172

²¹⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La vuelta al mundo en la Numancia*, o.c. pág. 40

²¹⁵ “¡Qué pena tan lastimosa!.../¡Oh pena de cauce oculto / y madrugada remota”. Y en el Acto I de *La casa de Bernarda Alba*: Magdalena.- “Prefiero llevar sacos al molino. Todo menos estar sentada días y días dentro de esta sala oscura”. Bernarda.- “Eso tiene ser mujer”. Magdalena.- “Malditas sean las mujeres”... GARCÍA LORCA, FEDERICO, *Romancero gitano* (Cátedra. Madrid 2004. Pág 249), *La casa de Bernarda Alba. Drama de mujeres en los pueblos de España* (Clásicos Castalia. Madrid 1985, pág. 60)

nación. España tiene en su haber y en su conciencia una fatal relación con lo femenino: lo destroza y, a la vez, se adhiere necesariamente a ello.

Todos viven referidos a la mujer y todos la destrozan: los ricos y poderosos y los pobres, los hijos incluso, las leyes, la Iglesia y los católicos a ultranza (Salvador Pantoja que causa la locura de Electra, o Doña Juana que conduce a Casandra a un universo de muerte). Y de este modo también el país se autodestroza. Es decir, de alguna forma (aunque sólo sea por la mala conciencia generada), este país, la sociedad, va pagando ya la injusticia que comete contra la mujer.

Así va discurriendo la galería impresionante de mujeres atormentadas y maltratadas, o juzgadas, condenadas y olvidadas, relegadas en muchos casos a la pobreza y a la miseria (especialmente por causa de la honorable burguesía): Fermina (la madre soltera de Salvador Monsalud), Marianela, Fortunata, Amparo (de *Tormento*), Tristana, Isidora (*La Desheredada*), Benina, la ex reina de Castilla Juana, Eleuteria y Electra, Casandra, Bárbara, Lucila Ansúrez (de la tercera serie de Episodios), Ándara y Beatriz (de *Nazarín*), Donata (en *Carlos IV en La Rápita*), Romualda (en *Un faccioso más...*), Rosalía (*La de Bringas*), Gloria y Rosalía (las de las dos novelas hermanas), etc., etc.

Estas mujeres claman desgarradoramente desde cada una de las obras, y su grito – moleste, se acalle o sea escuchado con atención- forma ya parte de nuestro ser. España es el clamor de todas ellas juntas y el de las cinco hijas de Bernarda; y parece que el ciudadano español debiera sentirse llamado a ese clamor.

Cuando las mujeres entran en el ámbito del poder social y religioso, entonces, en realidad, lo que resulta es que se hacen cómplices del más duro de los machismos; dejan de ser mujeres. Es el caso de Doña Perfecta, de Doña Juana (en *Casandra*), de Domiciana y de Sor Patrocinio de las Llagas (en *Los duendes de la camarilla*), de Evarista (en *Electra*), de Amaranta (en la primera serie de *Episodios*), de Teodora de Aransis (en *Un voluntario realista*), de Doña Paca (en *Misericordia*), de Lucrecia (en *El abuelo*), etc. Y nadie en su sano juicio, en este país, deja ya de rechazar esa falsa función femenina.

De modo más reducido aparece también (introducida por el realismo del autor) una serie de mujeres que nos dejan en la incertidumbre de la identidad y de los valores que las definen. Y esto tal vez con una intención precisa: abundar en la ambigüedad que acompaña al ser humano y que en determinadas mujeres (también en varones) se manifiesta con el ejercicio de la intriga y con las contradicciones del propio carácter (siendo, desde luego, personajes de extraordinaria riqueza literaria). Entre ellas debemos recordar a Jenara (el primer amor de Salvador Monsalud y de Carlos Navarro), a Aura, a Teresa Villaescusa y a Eufrosia (en la tercera serie de Episodios), a Lucila Ansúrez (en la cuarta serie), a Augusta (en *La incógnita* y el drama *Realidad*), etc..., trasfondos continuos de la trama novelada.

Conviene insistir en que esta compleja y grave situación de la mujer española de Galdós no sucede sin que se altere profundamente el devenir común. La España honda es esta mujer doliente (una Dolorosa) y, a veces, cruel.²¹⁶ Si bien es verdad que –como indicaremos enseguida– para el autor la solución de España pasa –está pasando–, al mismo tiempo, por las mujeres (como pasó durante la Contrarreforma por Teresa de Jesús).

La función femenina afecta a muchos ámbitos de la identidad nacional. También al de la religiosidad. Si España –su problemática y su porvenir– tiene esa relación sustancial a lo femenino (aunque pudiera en ocasiones parecer lo contrario), hay que decir a la vez que el catolicismo español tiene tal impronta femenina en toda la visión galdosiana.

Invariablemente –para bien o para mal– un elemento definitorio de la identidad y de la situación de sus innumerables personajes femeninos es la religión: la dimensión religiosa y supuestamente cristiana de la personalidad y de las tramas que viven esas mujeres. En muchos casos, se trata de verdaderas psicopatías religiosas o de complicidades con el poder eclesiástico; en otros, revela una razón de pureza, de justicia, de serena interioridad y de acierto en el planteamiento de la propia existencia humana, religiosa y cristiana.

La tremenda dramática de la mujer que nos envuelve a todos es, pues, lo que encontraremos en la novelística y en el teatro de Don Benito como expresión de la realidad española del siglo XIX.

3.4 *El ‘modus vivendi’ hedonista, laxo y aparente, especialmente en la clase alta, y el mal trato de la clase rural.*

En la España del XIX predomina numéricamente el campesinado y una mísera clase menestral y funcionarial en las grandes ciudades. El problema rural es endémico; la reforma agraria nunca llega y, a pesar de eso, vivimos del campo o –mejor dicho– a costa del campo:

*“A las ciudades vienen las saneadas rentas que permiten al terrateniente urbanizado gustar todos los beneficios de la civilización y los innumerables placeres de la vida social... En el campo se queda el trabajo penoso, abrumador, y con él la miseria, el hambre y la desnudez, la ignorancia, que algunos llaman barbarie faltando al respeto que merecen las clases inferiores de la nación... Y para que el rural no desmaye, su hermano de las ciudades no cesa de recomendarle con hipócrita unción la práctica sistemática de las virtudes cristianas, genuinamente españolas: la paciencia y la sobriedad.”*²¹⁷

²¹⁶ Así es vista la figura de Mari Clío o La Madre, alegoría atemporal de España, en *El caballero encantado* y en la serie quinta de los Episodios Nacionales.

²¹⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *¿Más paciencia?...*, artículo en *El progreso Agrícola y Pecuário* de enero de 1904, publicado en *La fe nacional y otros escritos sobre España*, o.c. págs. 38-39

Cercanos a estos sectores en cuanto a la pobre economía, pero muy distantes en el pensamiento y sistema de vida y en la relevancia social se hallan los intelectuales pobres (maestros, literatos, artistas de segundo orden, etc.).

Es evidente que esta población vivía austeramente y sin perspectivas de medro personal en el futuro.

Sin embargo, al lado de esas clases, se está asistiendo ya al advenimiento de una burguesía próspera y de un tipo de nobleza baja o de ricos recién llegados (en buena medida gracias a la compra fácil de los sucesivos bienes desamortizados). En esta clase, aun siendo minoritaria, va a acuñarse un modelo de existencia que se aceptará muy pronto por todos como el ideal a conseguir: un *modus vivendi* hispano basado en el ocio y en el mayor disfrute posibles de grandes o pequeños bienes temporales (en el hedonismo), gastando en ello un tiempo enorme, sin preocupación moral respecto al sistema utilizado para adquirirlos y poseerlos, es decir, desarrollando una conciencia muy laxa. En función de ese ideal, la picaresca, la violación de las leyes y la corrupción encontrarán el camino despejado y abierto a cualquier desmán hasta nuestros días.²¹⁸

El escritor nos deja la impresión de que un rasgo típico de la idiosincrasia urbana española es, en cuanto a la conciencia moral, la tremenda laxitud respecto a las obligaciones personales con el Estado; sin que se guarde la menor intranquilidad interior cuando, aprovechándose de la oportunidad, se defrauda al Fisco o se saquean las arcas públicas; triste herencia para las generaciones futuras que denuncia Infante, el infatigable escritor de cartas de *La incógnita*:

*“Es el tipo de pillo simpático que aquí tanto abunda. Considera al Estado como cosa propia, y si puede despojarlo de algo, lo hace sin recelo alguno, con la conciencia tan tranquila como la de un niño. Al propio tiempo, incapaz de quitarle a un individuo el valor de un alfiler. El pobre Estado es la eterna víctima.”*²¹⁹

Lo que indica, evidentemente, una gravísima carencia del sentido del bien común. Carencia que se convierte en catástrofe cuando los niveles de posibilidad de fraude son elevados.

Galdós denuncia claramente los mecanismos que destrazan los valores originales sobre los que debería alzarse la identidad del español medio. La figura de Pipaón (a lo largo de la segunda serie de los Episodios) expresa esta catástrofe moral representativa de cierto tipo medio de españoles. Pero, con el cinismo y la sofisticación propia de una más alta burguesía, ese *modus vivendi* que se abre paso queda muy bien sintetizado en las pa-

²¹⁸ En *El caballero encantado* hace el escritor una breve y drástica descripción de la vida de este sector de la burguesía naciente: “La sociedad no es aquí tan escrupulosa que repudie la riqueza por la ruindad o porquería pestilente de sus orígenes... La tristeza de su fracaso disimuló Tarsis en la vida de club, donde pasaba medio día y media noche abrevando su espíritu en el chorro de las conversaciones fútiles y perezosas.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c. pág.101)

²¹⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La incógnita*. Ediciones Rueda. Madrid 2001. Pág. 59

labras de Eufrasia, personaje de *Las tormentas del 48*: “Vivamos con todo el bienestar posible: rodeémonos de comodidades, vengan de donde vinieren; evitemos la penuria, las deudas; tengamos todo lo preciso para evitar afanes; y en el seno de la opulencia bien ordenada, seamos modestos, caritativos, religiosos y todo lo buenos que hay que ser.”... Es el consejo que se da al protagonista –Pepe Fajardo, todavía de profesión vago y vividor– para apremiarle a contraer un matrimonio sólo por interés económico.²²⁰

Complementando esa crítica se ridiculizará la fastuosidad de la nobleza y de la Corte en la novela *La de Bringas* (que discurre en los altos del Palacio Real) y en diversos Episodios Nacionales.²²¹

3.5 La incultura, el innato desorden y el bajo rendimiento en el trabajo.

*“Somos un país bárbaro, donde la justicia toma formas de Inquisición, y los escarmentos de pena capital, visos de fiestas de caníbales. Dentro de cada español, por mucho que presuma de cultura, hay un sayón o un fraile. La lengua que hablamos se presta como ninguna al escarnio, a la burla, y a todo lo que no es caridad ni manse-dumbre.”*²²²

Estas palabras las pronuncia Pepe Fajardo, protagonista de la cuarta serie de Episodios, profundamente indignado por la forma del ajusticiamiento del cura Martín Merino que ha atentado contra la reina en Madrid (1852). El hecho, condenable desde todo punto de vista, sirve al personaje –y al autor– para expresar un juicio durísimo sobre el el desajuste espiritual (cultural y ético) que nos ha caracterizado tantas veces en la historia y que seguramente perdura en proporciones alarmantes.

En la raíz de tal desajuste está –tanto para Galdós, como para Unamuno– la incultura contumaz que abaja el espíritu y, por tanto, la sensibilidad moral. ¡Qué duda cabe que esa situación interior conduce también al desorden social!

“Casa de locos”, con valores admirables en un momento dado, pero vivienda ingobernable. Esto es lo que muestra el escritor en tantas y tantas escenas –o metáforas– con las que busca definir la realidad española. Barrios suburbanos – los de Madrid, especialmente–, ventas y tabernas aldeanas, casas de huéspedes, ministerios y palacios, domicilios familiares,... todos tienen en una proporción muy notable ese carácter. Y esa suma de

²²⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional nº 31, *Las tormentas de 1848*, cap. XXVIII (Historia 16. Caja Madrid. Pág. 210)

²²¹ Por ejemplo, en el Episodio n.12, *Memorias de un cortesano de 1815*, con ironía: “¡Qué profusión de uniformes, cuánto plumacho y galón, qué diferentes clases de sombreros, de uniformes, de caras, de arreos! Diríase que le transportaban a uno al Oriente o a las pomposas fiestas de la India. ¡Feliz nación la nuestra, que tal magnificencia podía ofrecer a los aburridos ojos de los súbditos, para que se alegraran y dieran gracias a la Divina Providencia por haber hecho de nuestros reyes los más rumbosos y magníficos de la tierra!”. (PÉREZ GALDÓS, BENITO, O.c. pág. 106)

²²² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La revolución de julio*, Episodio Nacional n. 34 (Ed. Historia 16 – Caja de Madrid. 1995, pág. 17)

desórdenes nos afecta a todos, individuos e instituciones. Al menos en el siglo que se está contemplando:

*“Así hemos venido todo el siglo, navegando con sinnúmero de patrones, y así ha corrido el barco por un mar siempre proceloso, a punto de estrellarse más de una vez; anegado siempre, rara vez con bonanzas, y corriendo iguales peligros con tiempo duro y en las calmas chichas. Es una nave ésta que por su mala construcción no va nunca a donde debe ir: los remiendos de velamen y de toda la obra muerta y viva de costados no mejoran sus condiciones marineras, pues el defecto capital está en la quilla, y mientras no se emprenda la reforma por lo hondo, construyendo de nuevo todo el casco, no hay esperanzas de próspera navegación. Las cuadrillas de tripulantes que en ella entran y salen se ocupan más del repuesto de víveres que del buen orden y acierto en las maniobras. Muchos pasan el viaje tumbados a la bartola, y otros se cuidan más que del aparejo, de quitar y poner lindas banderas. Son, digan lo que quieran, inexpertos marinos... Los más se marean, y la horrorosa molestia del mar la combaten comiendo; algunos desde la borda se entretienen en pescar. Todos hablan sin término.”*²²³

Por otra parte, el tiempo parece que se nos va a los españoles hablando sólo. Tras describir (en *Fortunata y Jacinta*) las interminables charlas del interminable deambular hacia ningún sitio, recalando interminables horas en los cafés llenos, dice un personaje:

*“El español es el ser más charlatán que existe sobre la tierra, y cuando no tiene asunto de conversación, habla de sí mismo... En nuestros cafés se habla de cuanto cae bajo la ley de la palabra humana.”*²²⁴ *“Los españoles –aclara, además, Tito- no se afanan por crear riqueza, sino que se pasan la vida consumiendo la poca que tienen, quitándosela unos a otros con trampas o ardides que no siempre son de buena ley.”*²²⁵

Sucede, entonces, que la improvisación –¡tantas veces genial, sin duda!- se convierte en peligrosa tónica del carácter hispano. *“Lo previsto no ocurre jamás, sobre todo en España, pues por histórica ley, los españoles viven al día, sorprendidos de los sucesos y sin ningún dominio sobre ellos.”*²²⁶

²²³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional nº 23, *De Oñate a La Granja*, o.c. pág. 191. En la novela *La familia de León Roch* se hace una afirmación tremenda: “¡El trabajo!... Ya ni siquiera sabemos tener paño pardo...Aquí no habrá nunca sino comunismo coronado por la lotería.” (o.c. pág.34)

²²⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta. II*, o.c. pág. 21-22

²²⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional nº 46, *Cánovas*, o.c., pag. 38

²²⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Miau*, o.c. pág. 312. Sobre las sublevaciones acaecidas durante la corta Primera República dice Tito con ironía: “*Las cosas que entonces se veían en España no se vieron jamás en parte alguna.*”, en el Episodio *La Primera República*, o.c. pág. 93

3.6 La baja categoría de la clase dirigente española y el mal gobierno. La corrupción política.²²⁷

El juicio del autor sobre la administración estatal, sobre la clase política y dirigente y sobre el gobierno de la nación, es, sin duda, de los más duros que se han escrito en nuestra literatura. Especialmente porque hace referencia a un modo de ser endémico. “*Todo era ficciones, favoritismos y saqueo desvergonzado del presupuesto*”, dice el testigo de la historia, Tito, tras recibir una inconcebible credencial de Inspectora General de Educación para su amante (que es analfabeta). Su homólogo Tarsis (*El caballero encantado*. 1909) sufrirá y luchará sin éxito contra el clan cacique de los Gaitanes “(ayudados) de la Justicia, que aquí es la máscara que se ponen los malos para que el latrocinio parezca ley”²²⁸ ... Lo que se expresa con una cierta autocrítica de connivencia con el caciquismo en el artículo *Un pueblo enfermo*.²²⁹

La Monarquía (borbónica o saboyana) despierta particularmente su disgusto y oposición, fundamentalmente por su ineptitud y orgullo. Multitud de personajes de las novelas y de los Episodios y una gran parte del pueblo expresan esta crítica que llega a ser radical respecto al ‘rey absoluto’ Fernando VII (y al pretendiente –también ‘absoluto’– Carlos Isidro). El reinado de Isabel II es calificado de catastrófico (*La de los tristes destinos*) y la restauración borbónica deja un sello indeleble de frustración nacional y galdosiana (lo que no impedirá al escritor republicano mantener una cierta relación elegante y tal vez de estima personal con la reina exiliada y con Alfonso XIII).

Galdós acusa, sobre todo, a Fernando VII como el depravado causante de nuestras desgracias sociales. En pocas páginas de la literatura se encuentra un juicio tan condenatorio y tan despreciativo de un monarca como el que se hace de éste en la novela *La Fontana de Oro*:

“Este hombre nos hirió demasiado, nos abofeteó demasiado para que podamos olvidarle. Fernando VII fue el monstruo más execrable que ha abortado el derecho divino. Como hombre, reunía todo lo malo que cabe en nuestra naturaleza; como rey, resumió en sí cuanto de flaco y torpe pueda haber en la potestad real... La Revolución (de 1812) no abatió a Fernando VII porque este hombre no luchó nunca frente a frente a sus enemigos, ni les dio campo... Fue un histrión que hubiera sido ridículo a no tratarse del engaño de un pueblo.”²³⁰

²²⁷ Para una hermenéutica del pensamiento galdosiano en este punto (diagnóstico de la realidad y consecuencias en el futuro que va vivimos) me remitiría con gusto al reciente libro ya citado de José Antonio ZARZALEJOS *Mañana será tarde*, capítulos 1, 2 y 5.

²²⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cánovas*, o.c. pág.56; *El caballero encantado*, o.c.pág. 293

²²⁹ “Acontece que tronamos contra el caciquismo, y que necesítándolo para que nos sirva en cualquier entorpecimiento de la vida común acudimos a él de la manera más candorosa... y olvidamos la violación del derecho que hemos perpetrado.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO. citado por Lieve Behiels, *Galdós y el pensamiento utópico*, Actas del X Congreso I. E. G., Cabildo de Gran Canaria. 2013, pág.41)

²³⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La Fontana de Oro*. Alianza Editorial. Biblioteca de Pérez Galdós. Madrid 2007. Pág. 402 (v. todo el capítulo 41, *Fernando el “Deseado”*.)

La nobleza y la nueva aristocracia son fustigadas continuamente como antisociales, como instituciones que pudieron servir en algún momento pero que no han sabido ni querido transformarse. Los paradigmas de honor, que aún mantienen estas clases, son – para Galdos- un factor que impide devolver al pueblo el derecho calderoniano a la honra (drama que se resuelve en la pieza teatral *La de San Quintín*, y que se convierte en tragedia en *La desheredada* y en *Torquemada en el purgatorio* con la autodestrucción de dos protagonistas respectivos: Isidora y Rafael).²³¹

Corona, nobleza y alta burguesía entran a saco en la política española y la destrozan, le arrancan el corazón. El 11 de octubre de 1909 escribe (desde Santander, a punto de ir a Madrid para incorporarse a su puesto de diputado en las Cortes): *“Como he dicho mil y mil veces la política no tiene entrañas, y en Madrid me esperan ahora días de gran fatiga, días de prueba”*²³² (texto que evoca literariamente las palabras de San Pablo en Éfeso ante su último viaje a Jerusalén, referido allí al contubernio político religioso de la ciudad santa contra el cristianismo naciente –*Hechos de los apóstoles*, 20, 22-23-).

El pensamiento se repite dolorosamente a lo largo de toda la creación galdosiana. La impresión que da el país –lo hemos visto antes- es la de una nave que va a la deriva y que hace agua por todas partes. Si a alguien exime de la responsabilidad de semejante situación es al pueblo llano y humilde: *“Sólo es verídico el pueblo en su ignorancia y candidez; por eso es el burro de las cargas. Él lo hace todo; él pelea, él paga los gastos de la campaña, él muere, él se pudre en la miseria, para que estos fantasmones vivan y satisfagan sus apetitos de mando y riquezas.”*²³³

Esos fantasmones son (en el texto citado) los políticos y cortesanos, tanto los de la corte carlista como los del gobierno de Madrid. La animosidad de Galdós contra los políticos fue creciendo (como la de su coetáneo Goya) a medida que crecía el siglo. El mal gobierno tiene, entre otras, una razón típica de deterioro y corrupción: el nepotismo. *“No te maravilles de esto: vivimos en el país de las recomendaciones y del favor personal. La amistad es aquí la suprema razón de la existencia, así en lo grande como en lo pequeño, así en lo individual como en lo colectivo...”*²³⁴

²³¹ En este sentido escribe el maestro GUSTAVO CORREA: *“Galdós utiliza la tradición calderoniana primordialmente para referirse a supervivencias arcaicas de estratificación social y a ideales culturales, estilos de vida y formas colectivas de sentir que, a través de los siglos, han ido desvirtuando su primaria significación, y aparecen ahora como anacrónicas manifestaciones del pasado.”* (Pérez Galdós y la tradición calderoniana. Cuadernos Hispanoamericanos. N. 250-252. 1970-1971. Pág. 222).

²³² PÉREZ GALDÓS, Benito, Carta manuscrita registrada con el nº 8254 en el Epistolario de Galdós de la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas.

²³³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 23, *De Oñate a la Granja*, o.c. pág. 139

²³⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 24, *Luchana*, o.c. pág. 32 Hablando del alto funcionario que era “Don Manuel Pez” dice el autor: *“Para él, la Administración era una tapadera de fórmulas baldías, creada para encubrir el sistema práctico del favor personal, cuya clave está en el cohecho y las recomendaciones...Bajo este follaje se escondía un árido descreimiento, el ateísmo de los principios y la fe de los hechos consumados, achaque muy común en los que se han criado a los pechos*

Pero, en el fondo, la causa que posibilita tan grave situación es la pasividad de los ciudadanos honrados. Una cosa es la pasión del poder y otra la dejación de las responsabilidades de intervención política que a todos atañen. Todavía hablando de la Guerra de la Independencia y de la formación de las Juntas de Defensa, el narrador (que es el autor mismo) escribe:

*“¡Lo que es la pasión política, señores! No conozco peor ni más vil sentimiento que éste, que impulsa a odiar al compatriota con mayor vehemencia que al extranjero invasor...Pertenecen (tales políticos) a ese vulgo que, con ser tan vulgo, ha influido en los destinos del país desde la primera revolución acá; gentezuela sin ideal, que se perdería en las muchedumbres como las gotas de lluvia en el océano, si la vituperable neutralidad política de los españoles honrados, que son los más, no les permitiera actuar en la vida pública, tratando al país como un objeto de su exclusiva pertenencia, que se les ha dado para divertirse.”*²³⁵

Se asciende a la política por simple oportunismo o por picaresca de partido... o por violencia. El pobre y eterno cesante que es Ramón Villaamil se ve obligado a decir a su nieto Cadalsito cosas tan amargas como ésta: *“¿No tienes ganas de estudiar? Haces bien ¿Para qué sirve el estudio? Mientras más burro sea el hombre, mientras más pillo, mejor carrera hace... Sí, hijo mío, bienaventurados los brutos, porque de ellos es el reino...de la Administración.”*²³⁶

Es posible que la inhibición general denunciada tenga como causas el hastío del pueblo por la vida política y el sueño del funcionariado administrativo como forma ideal

de la política española, gobernada por el acaso.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de Bringas*. Casa Editorial Hernando. Madrid. 1975. Pág. 69)

²³⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Episodio Nacional n. 7, Gerona, o.c. Introducción del autor, pág. 15*. Merece citarse por su enorme valor de actualidad el siguiente texto del discurso *La fe nacional*: *“Los dos partidos que se han concordado para turnarse pacíficamente en el Poder son dos mandas de hombres que no aspiran más que a pastar en el presupuesto. Carecen de ideales, ningún fin elevado los mueve; no mejorarán en lo más mínimo las condiciones de vida de esta infeliz raza, pobrísima y analfabeta. Pasarán unos tras otros dejando todo como hoy se halla, y llevarán a España a un estado de consunción que, de fijo, ha de acabar en muerte. No acometerán ni el problema religioso, ni el económico, ni el educativo; no harán más que burocracia pura, caciquismo, estéril trabajo de recomendaciones, favores a los amigos, legislar sin ninguna eficacia práctica, y adelante con los farolitos... Han de pasar años, tal vez lustros, antes de que este Régimen, atacado de tuberculosis ética, sea sustituido por otro que traiga nueva sangre y nuevos focos de lumbre mental” Tendremos que esperar como mínimo 100 años más para que en este tiempo “si hay mucha suerte” nazcan personas más sabias y menos chorizos de los que tenemos actualmente... ¡pobres españoles! lo que nos costará recuperar lo perdido.”* (*La fe nacional*. Editorial Rey Lear. Madrid 2013. Pág. 69)

²³⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Miau, o.c. pág. 117-118*. V. *El caballero encantado, o.c. pág. 77-78*, *Episodios Nacionales n. 8, Cádiz, o.c. pág.123, n. 45, De Cartago a Sagunto, o.c. pág.175*

de existencia para el español medio. Un diputado en el gobierno de Narváez exclama en el Congreso: “*Sólo hay en España dos elementos de gobierno: el cansancio de los pueblos y la empleomanía*”²³⁷

3.7 En síntesis. Un estado de injusticia.

En toda la dramática galdosiana existe una continua confrontación entre el bien y el mal, como rasgo ambiental que contorna al español. El mal predominante que ejercen unos y padecen otros es la injusticia. Venir al mundo es, particularmente en este país, sentirse alternativamente agitado por las situaciones de opresor y de oprimido, correspondiendo a los más humildes de manera casi permanente el ser oprimidos. La injusticia es entonces protagonista fundamental de los escritos del realismo (tanto en Galdós como en sus homólogos Victor Hugo y Dickens).

Uno de los personajes más emblemáticos de la identidad hispana, la bellísima y pobre Lucila (España misma), privada inicuamente del único amor de su vida, de lo único esencial que se le ha dado, exclama:

*“El dinero no es más que una basura. Todo el que hay en el mundo, si fuera mío, lo daría yo porque me devolvieran lo que me han quitado... ¿Y a quién reclamo yo? ¿Quién me hará justicia? – La justicia está en manos de los fuertes –le contesta el clérigo Don Martín-, y los fuertes no la usan más que en provecho propio, y en vituperio y perjuicio del humilde, del pobre, del limpio de corazón.”*²³⁸

Junto a la trama de cada narración (novela larga o episodio nacional) discurre silenciosamente el cortejo que Victor Hugo llamaría de los *miserables*: españoles que a la fuerza tienen que definirse por la injusticia que padecen, sobrellevándola las más de las veces con hidalguía e incluso fe. Al mismo tiempo que un puñado de notables, ajenos a esa situación o desde el desprecio, endurecen su corazón, quizás irremediablemente, transmitiendo a la posteridad su legado.

Ramón Villaamil es uno de esos miserables, un pobre vergonzante desamparado y con una dignidad que la sociedad considera locura:

*“Pues he de decir a usted –manifestó el cesante con la serenidad de un hombre dueño de sus facultades-, que se vaya usted haciendo a la injusticia, que se familiarice con las bofetadas... La lógica española no puede fallar. El pillo delante del honrado; el ignorante encima del entendido; el funcionario probo debajo, siempre debajo.”*²³⁹

²³⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional nº 32, *Narváez*, o.c., pág. 173

²³⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional nº 33, *Los duendes de la camarilla*, o.c., pag. 173

²³⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Miau*, o.c. pág. 356. “*La Administración debería llamarse la prevaricación pública*” termina diciendo León Roch. (*La familia de León Roch*. O.c. pág. 475). V. Episodios Nacionales n. 34, *La revolución de julio*, o.c. pág.117, n. 46, *Cánovas*, o.c. pág.102

Tal estado de injusticia genera una clase media que malvive: pobres vergonzantes y multitud de mendigos ansiosos de encontrar un mínimo albergue. De estos últimos habla en *Misericordia* el personaje “Cedrón”, hermano mayor de un asilo: “Podríamos creer que es nuestro país inmensa gusanera de pobres, y que debemos hacer de la nación un Asilo sin fin, donde quepamos todos, desde el primero al último. Al paso que vamos, pronto seremos el más grande hospicio de Europa.”²⁴⁰

¿Cómo ha llegado un país noble a semejante postración?

El cuadro de identidades hispanas dibujado hasta aquí es demasiado sombrío. ¿Sólo él refleja la personalidad que *de facto* corresponde al español medio según Galdós? Es indudable que no, aunque la balanza se incline hacia un pesimismo radical. Quizás podría compararse con el tenebrismo pictórico importado de Italia que caracteriza a nuestro barroco. En realidad la pintura galdosiana está hecha de fuertes contraluces. De valores luminosos y de sombras anímicas y sociales que enmarcan todo. La verdad nuestra –de nuestra tierra y de nuestras gentes– es todavía dialéctica en Don Benito: rehuye cualquier chauvinismo o exaltación nacionalista, encara la amarga realidad de un pueblo y de su devenir histórico y se alza sobre éstos. Y tal conciencia es precisamente la grandeza humilde que se nos otorga. Ser español, para Galdós, significa estar curado de ridículas pretensiones de superioridad o de narcisismo y, a la vez, mantener la condición agónica: de una lucha permanente por alcanzar las salidas airosas que con toda certeza están al alcance de nuestras posibilidades; no sin haber acomodado interiormente una conciencia de culpa por hallarnos insertos en la misma historia.

Ése es el mundo que necesita salvación y que se desea salvar. Nuestro pequeño mundo no es así, lo hemos hecho así.

4. Salidas viables a los pesos muertos que gravitan sobre la identidad de los españoles. El problema de la salvación de España.

La España casi agonizante que finaliza el siglo XIX puede aún salvarse, ¡debe salvarse! Este es el discurso apasionado, magnífico, que escribe Galdós en el primer número de la revista *Alma Española* (el 8/11/1903) con el título *Soñemos, alma, soñemos*. Modificando apenas el sentido calderoniano del verso²⁴¹, lo que está pidiendo es que, al fin, los españoles sueñen otro porvenir que no sea el decaimiento y la muerte, por más que se encuentren arrastrados hacia este derrotero, que despierten una fe y un optimismo radicales:

²⁴⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Misericordia*. (Ediciones Alba. Madrid. 1987. Pág. 270)

²⁴¹ “Pues que la vida es tan corta, / soñemos, alma, soñemos / otra vez; pero ha de ser / con atención y consejo / de que hemos de despertar / de este gusto al mejor tiempo”, (*La vida es sueño* (drama), Jornada III, escena III, PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA).

*“El pesimismo que la España caduca nos predica para prepararnos a un deshonroso morir, ha generalizado una idea falsa... No hay tal bajón, ni cosa que lo valga... Debajo de esta corteza del mundo oficial existe una capa viva, en ignición creciente, que es el ser de la nación, realzado, con débil empuje todavía, por la virtud de sus propios intentos y ambiciones, vida inicial, rudimentaria, pero con un poder de crecimiento que pasma.”*²⁴²

El texto no deja lugar a dudas. Tiene el mismo acento del discurso antes citado (de 9/12/1900) que se publicó con el título de *La fe nacional*.

Tras la lectura de las páginas ofrecidas hasta aquí queda claro un primer imperativo, indiscutible, en la obra y en la figura misma de Benito Pérez Galdós, más allá de su realismo (y de lo que aún nos resta por ver): a esta España maltrecha hay que amarla mucho e inteligentemente. La alternativa salvífica esencial que se ofrece es llevarla en el corazón y en los ojos, unos ojos muy abiertos y penetrantes.

Es preciso señalar que el conjunto de sus obras puede ser interpretado con justicia como un largo y sabio poema de amor a este dolorido país.

Es evidente que Galdós no escribe con simple vocación de fotógrafo. Posee un hon-do sentir sobre la realidad que contempla: la ama, y pretende aportar elementos de solución a la misma. De otra forma no habría ideado los tipos entrañables y sustanciosos que pueblan su vasto mundo luchando por un ideal frente a tantas dificultades históricas y sociales.

Eso quiere decir que escribe como educador: que está proponiendo con su obra lo que ya hemos denominado una gran pedagogía para todos los españoles.

Aunque en más de un momento tal empresa le aparezca tan imponente y superior al esfuerzo humano que no tenga más esperanza de éxito que la asistencia divina:

“Pienso que al hombre remediador de los males de España, o sea médico de esta enferma Nación, no podemos imaginarlo reuniendo en un sujeto a todos los talentos del mundo, pues aún sería poco material para formar el gran seso que aquí necesitamos. Imaginarlo debemos como dotado de santidad, de un fuego divino, que no puede encender más que el Espíritu Santo”,

dice el viejo y experimentado Ansúrez, *el celtíbero*, personaje secundario apenas atendido y valorado que acompaña discretamente –como voz amortiguada de la conciencia- a la cuarta serie de Episodios Nacionales.²⁴³

La salvación de España es muy difícil. Tito, dentro de la ficción en que vive, escucha a Antonio Cánovas que le dice:

²⁴² PÉREZ GALDÓS, Benito, *Soñemos, alma, soñemos*. o.c. págs. 29-31

²⁴³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los duendes de la camarilla*, o.c. cap. XXXII, pág. 218

*“Esta vieja nación, con sus glorias y sus tristezas, sus fuerzas y sus recuerdos, sus instituciones aristocráticas, y su extraordinario poder sentimental, constituye un cuerpo político de tan dura consistencia que los hombres de Estado, cualesquiera que sean sus dotes de voluntad y entendimiento, no lo pueden alterar. El alma de ese cuerpo es igualmente maciza, petrificada en la tradición y desprovista de toda flexibilidad. El único gobernante capaz de llevar a esa alma y a ese cuerpo a un nuevo estado de civilización es el Tiempo..., pero el Tiempo no soy.”*²⁴⁴

A pesar de ello ¿qué cauces salvíficos propone la creación galdosiana?

a) *Una educación integral de la persona.* La totalidad de la obra de Galdós puede – y debe- concebirse como la demanda expresa de una transformación gradual y colectiva del espíritu a través del amor a la cultura, a la convivencia y a la libertad; alzando los máximos valores personales éticos y honestamente religiosos. Pero semejante tarea – mostrada de forma plástica en la andadura de los personajes y de las tramas- supone una nueva e ingente labor educativa.

El mal raíz de España es la deseducación -o la mala educación, o la educación clasista- llevada a cabo precisamente por estamentos católicos (también, en ocasiones, por algunos ensayos libertarios, no liberales) y, en general, por el estancamiento del sistema educativo falto de atención y de recursos. De tal forma, la salvación del país, su reforma social (estructural y espiritual) pasa imperiosamente –según el escritor- por la instauración de unos nuevos planteamientos educativos en toda la sociedad. Galdós, amigo personal de Francisco Giner de los Ríos y vinculado estrechamente a la ideología krausista, no podía pensar de otra forma.²⁴⁵

Los niños galdosianos padecen ahora el daño que les causan las instancias educacionales: las escuelas del sacerdote Pedro Polo (*El doctor Centeno*), la de los maestros Naranjo o Sarmiento (*Siete de julio*), la de Luisito Cadalso (*Miau*); la ineptitud educativa que rodea a Cion (*Ángel Guerra*), a Valentín (*Torquemada en el purgatorio*), a Irene (*El amigo Manso*) e incluso a las infantas reales Isabel y Luisa Fernanda (*Los Ayacuchos*) ; los maltratos que sufren la discapacitada Romualda de parte de su padre Tablas (*Un faccioso más y algunos frailes menos*), el abandono educativo de Marianela, el de Gabriel e Inés, aun niños, de parte de los Requejo (*El 19 de marzo y el 2 de mayo*), o el que padece Mariano (“Pecado”) de parte de su tía La Sanguijerueta (*La desheredada*)... Pero no son sólo los ni-

²⁴⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cánovas*, o.c., pág. 121

²⁴⁵ “Como el agua a los campos, es necesaria la educación a nuestros secos y endurecidos entendimientos. Han dicho que no deseamos instruirnos, puesto que no pedimos la instrucción con el ansia del hambriento que quiere pan. La instrucción no se pide de otro modo que por la voz, o mejor, por los signos de la ignorancia.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Soñemos, alma, soñemos*, o.c., pág. 33)

ños y los “maestros”; es todo el mundo, especialmente el femenino, el que se lanza a la vida sin haber sido educado más que por los estereotipos sociales.

De ahí, que la educación fuera para Don Benito una preocupación mayor y central en toda su narrativa y de un modo especial en su teatro (que es esencialmente ideológico). La extraordinaria empresa de los cuarenta y seis Episodios Nacionales puede interpretarse también como una apremiante educación del sentido histórico que nos urge para rehacer este país.²⁴⁶

Pero es en la novela *El caballero encantado* (1909) donde afronta de manera explícita y radical el problema de la educación regeneradora de la infancia en orden a transformar la sociedad: Cintia, esperanza de una nueva España, se siente consagrada a sus pequeños alumnos, no puede abandonarlos ni dejar su misión de maestra; y Clío-La Madre (España) aclara a Gil (Tarsis) la razón de esa actitud: *“En los tiempos que corremos, los niños mandan. Son la generación que ha de venir; son mi salud futura, son mi fuerza de mañana. Les he visto agarrados a su maestra y he tenido que decirles: ‘Andad con ella, chiquillos... defendedla del ladrón’”*²⁴⁷

Son innumerables los textos en los que el escritor manifiesta la urgencia y la fe en una nueva educación renacida en este país.

La enseñanza troncal y obligatoria que el maestro Don Benito propone como esencial se ensambla en tres áreas de conocimiento y de vida: primera, el sentido agudo de la realidad española tal como se plasma en nuestra historia (y como venimos señalando); segunda, la educación del imperativo categórico del bien común por encima del individual y, por tanto, la conciencia del trabajo bien hecho y de la participación necesaria y desinteresada en la vida pública; y, tercera, como sustrato que permite esa alta sensibilidad social, el desarrollo de la capacidad de diálogo, es decir, del espíritu auténticamente liberal, abierto y tolerante, defensor de todos los derechos de la persona.

En primer lugar, Galdós propone el ejercicio fundamental de un conocimiento justo de la realidad española, más allá de la pasividad de la mirada o de la aceptación de los estereotipos de una historia mal transmitida. *“Era necesario distinguir la patria apócrifa de la auténtica, buscando ésta en su realidad palpitante, para lo cual convenía, en mi sentir, hacer abstracción completa de los mil engaños que nos rodean, cerrar los oídos al bullicio-*

²⁴⁶ “La educación -escribe ROSA AMOR DEL OLMO- constituyó sin lugar a dudas un punto central de la obra del escritor canario, como punto de mira de los grandes males sociales.” (trabajo citado del VII Congreso I.E.G., pág. 144). Sobre la presencia de los niños en la obra de Galdós: YOLANDA ARENCIBIA, *Pérez Galdós, relatos con niños: cuentos*, Academia Canaria de la Lengua. La Laguna-Las Palmas de Gran Canaria 2008.

²⁴⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El caballero encantado*, o.c., pág. 234. Un poco más adelante Gil responde a las palabras de La Madre con esta convicción: *“Ya entiendo que he de ser vencedor de mí mismo, y ahora me doy cuenta de que para poseer la persona de Cintia, como poseo su alma, mi conducta debe ser otra. En vez de arrebatarla, separándola de la crianza mental de los niños, procederé más cuerdate haciéndome yo también maestro y asociándome a su labor.”*

de la prensa y de la tribuna...”²⁴⁸ La mitificación de la nacionalidad es una vía muerta; no conduce a nada. Quizás sólo al individualismo aún más atroz. Nuestra salvación pasa por los costosos procesos de la alteridad: de la buena relación y de la buena mirada.

Quizás haga falta también -para el autor- llegar a sentir el honor de la patria que debe restaurarse; sentirlo en los términos serenos y objetivos con los que define este concepto, es decir, entendido como dolor común y como responsabilidad árdua. Es lo que experimenta Tito sobrecogido al contemplar en visión surrealista el paso de la figura alegórica de la Madre, Mari Clío: *“En la calle, dudando yo si era real o imaginaria la presencia de la excelsa Madre, acerquéme a ella. Iba vestida de negro, con la toca y monjil que usaron las reinas viudas y las dueñas ricas, traje con que la iconografía religiosa viste a Nuestra Señora de los Dolores.”*²⁴⁹ Y al Caballero Encantado, Tarsis, que encuentra también a Mariclío, ésta le asegura: *“Yo, eterna, sé morir... He muerto, he revivido, a fuer de creyente en la grandeza de mi destino. Calla y sufre tú, como yo sufro y callo.”*²⁵⁰ Lo que este país requiere en sus hombres es un conocimiento —una visión de futuro utópico— y un humilde y serio sentido del honor nacional que generen fe en sí mismos:

*“Ahora que la fe nacional parece enfriada y oscurecida, ahora que en nosotros ven algunos la rama del árbol patrio más expuesta a ser arrancada, demos el ejemplo de confianza en el porvenir... De este modo contribuiremos a formar lo que hace tanta falta: la fe nacional... Sin esa gran virtud no hay salvación posible.”*²⁵¹

Pero resueltamente, casi al final de su vida (y sin dejar de amar con pasión a España), Galdós va a pedir que se abran los estrechos límites de cualquier concepto de patria, criticando así, a la vez, cualquiera de los nacionalismos o separatismos que nos aquejan. Es una monja revolucionaria del amor —“Sor Simona” (1915)— quien desmonta el andamiaje de la palabra “patria”, agrandándolo y precisándolo a la vez:

“¿Sabéis vosotros cuál es la verdadera, la única patria? Pues la verdadera y única patria es la humanidad.” Y le replica “Sacris”: *“Pero la humanidad es tan grande, tan grande, que...”* A lo que contesta “Sor Simona”: *“Busca la humanidad en lo pequeño, en lo que está más cerca de ti: en la masa enorme de los humildes, de los desvalidos, en los que no tienen alimentos, ni ropa, ni hogar.”*²⁵²

²⁴⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El amigo Manso*, o.c. pág. 68 V. Episodio Nacional n. 34, *La revolución de julio*, o.c. pág. 118

²⁴⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 46, *Cánovas*, o.c. pag. 74

²⁵⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El caballero encantado*, o.c. pág. 308

²⁵¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La fe nacional* (discurso del 9/12/1900), o.c., pág. 25 Y en *Cánovas* (1911) escribe: *“Un país sin ideales, que no siente el estímulo de las grandes cuestiones tocantes al bienestar y a la gloria de la Nación, es un país muerto.”* (o.c. pág. 168)

²⁵² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Sor Simona*. (Acto II, final de la Escena IV. Tomado de la Biblioteca Virtual Universal).

Educar de esta forma es la empresa gigante que propone como conclusión del largo y detenidísimo estudio que ha hecho de nuestra realidad. Los maestros de escuela que aparecen en sus escritos, como el viejo Sarmiento de los primeros Episodios Nacionales, Floriana (la maestra de *La Primera República*) y Cintia trabajan en ese único sentido: despertando el amor a la cultura, a la libertad, al derecho, a la solidaridad, a la tierra y al progreso; devolviendo la ética a la persona.

Y tal es el espíritu que el autor está pidiendo a gritos al catolicismo hispano, a la Iglesia asentada en estas tierras. No sirve para él la enseñanza que se imparte en las escuelas que citamos antes y tampoco la de las instituciones católicas que niegan a las élites o a la población la libertad de pensamiento, escuelas donde, sometidos, “*aprenden Catecismo a todo pasto, nociones incompletas de Aritmética y Geografía, mascullar el francés... y etiquetitas y saluditos a estilo de París de Francia...*”²⁵³

Cuando muere, en 1920, el escritor sabe muy bien que su empeño es todavía una asignatura pendiente.

b) España sólo saldrá adelante si los españoles aprendemos *la difícil relación del trabajo y del compartir*. Al cómodo fatalismo de Doña Juana (“*los tiempos están malos*”), que le justifica la negación de toda ayuda, responde Alfonso:

“*Malos, si. Malos están siempre. Y esta ruindad de los tiempos no acabará mientras los españoles no aprendamos a prestarnos auxilio unos a otros; mientras los que poseen con exceso no alarguen su mano a los que sufren con escasez, a los que, cargados de hijos y de obligaciones duras, no pueden vivir ni respirar. Malo está y estará todo mientras el egoísmo sea ley de las almas.*”²⁵⁴

Como una invitación a ese ejercicio saludable, multitud de tipos excelentes -a lo largo de la creación galdosiana-, viven y permiten vivir a los demás compartiendo los bienes que poseen (más bien escasos) y otorgando a todos la dignidad que merecen. Ese es el camino; el que deja abierto en la graciosa comedia *El tacaño Salomón*.

No se trata sólo de distribuir generosamente los bienes que se poseen (lo cual supondría aceptar tácitamente un estado de desigualdades). El concepto de compartir incluye el desarrollo activo del trabajo por parte de todos. Ya hemos señalado la crítica de Galdós a una nación de vagos potenciales. No. Es preciso -para él- rehabilitar y ennoblecer (invertir de dignidad) cualquier tipo de trabajo, empezando quizás por el trabajo agrícola. En 1901 escribe: “*El labrador se ha declarado plebeyo sin redención posible y pobre de solemnidad. Vamos a la perdición si no impulsamos en el siglo que empieza la magna*

²⁵³ PÉREZ GALDÓS, Benito, *Cánovas*, o.c., pág. 180

²⁵⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Casandra*. Acto I, escena III. Cátedra. Madrid 2006. Págs. 245-246

*obra de ennoblecer al labrador, de armarle caballero, de hacerle rico y sabio para que constituya la primera y más poderosa de las clases sociales.”*²⁵⁵ El texto revela un generoso ‘impulso utópico’ propio, más bien, de cierta ensoñación social un tanto quijotesca, sin duda; pero expresa así mismo el pensamiento de Don Benito, un hombre urbano abierto de corazón y de pensamiento a toda la realidad del país.

Galdós propone una pedagogía redentora de la tierra y de la convivencia en España; las dos cosas a la vez. “Alfonso”, el personaje quizá más sano de la tragedia *Casandra*, replica así a la mezquina y déspota “Doña Juana”:

*“Yo, señora, creo que Dios nos ha dado los países yermos y huraños para que los hagamos hospitalarios, risueños. Se educan las tierras como las personas... Y esta ruindad de los tiempos no acabará mientras los españoles no aprendamos a prestarnos auxilio unos a otros; mientras los que poseen con exceso no alarguen su mano a los que sufren con escasez, a los que cargados de hijos y de obligaciones duras, no pueden vivir ni respirar.”*²⁵⁶

El texto revela un pensamiento de extraordinaria lucidez y actualidad para la interminable crisis económica y de convivencia que viene atravesando el país.

Y refiriéndose al proceder de la ex reina Juana de Castilla (que él acaba de canonizar), hay una insistencia discreta del autor: que los grandes prescindan de su grandeza o, al menos, la compartan humildemente.²⁵⁷

Frente a la ociosidad y al derroche de los bienes en la alta burguesía, Galdós propone el trabajo universal y dignificado para todos los ciudadanos. Ése es el sentido de la actividad rentable y productora de la pequeña burguesía en dramas como *Voluntad* y *Mariucha*, el de la reconversión social de la ciencia –en *Amor y ciencia*– o la prestación de la caridad sólo como un servicio útil a la sociedad (la residencia de Nuestra Señora de la Indulgencia –en la pieza *Pedro Minio*– o la transformación de un convento de clausura en albergue de indigentes y hospital de campaña –en el episodio *Gerona*–).

Todas estas cosas constituyen la utópica revolución que podría salvar a España.

c) Al mismo tiempo se impone a todos *asumir el mejor espíritu liberal*.

²⁵⁵ PÉREZ GALDÓS, Benito, *Rura*, artículo citado por Lieve BEHIELS en su importante análisis que aconsejamos *Galdós y el pensamiento utópico* (Actas del X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 2013, Cabildo de Gran Canaria. Las Palmas. pág. 35)

²⁵⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Casandra* (drama teatral). O.c. págs. 245

²⁵⁷ Conversan entre sí dos personajes humildes del entorno de la Reina (“Mogica” y “Marisancha”): “Habrás visto, Marisancha, que la Reina nuestra señora no le disputa al Marqués estas grandezas, y permanece solitaria y obscura... Y ahora te pregunto yo: ¿No es esto virtud? ¿No es humildad? ¿No es cristianismo?”. (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Santa Juana de Castilla*. Editorial Fragua. Madrid. 2010. Pág. 42)

La obra entera del escritor –creemos sinceramente que toda ella: Episodios, novelas largas y teatro (recordemos *Electra*, *El abuelo*, *Amor y ciencia*, *La loca de la casa*, *La de San Quintín*, *Casandra*, *Celia en los infiernos*, *Mariucha*, *El audaz*, etc.)- es un canto encendido o sereno al más auténtico liberalismo, al talante liberal que, la mayor parte de las veces, no tiene nada que ver con el de los románticos, con el de las sociedades secretas y con los librepensadores de la época (al estilo de Espronceda); y ni siquiera con el de los partidos liberales que se van sucediendo...

Sobre el trasfondo de los dramas íntimos de los personajes, lo que está en juego siempre -en toda la obra- es ese espíritu liberal defendido por el protagonista de la trama y atacado siempre por algunos oponentes.

Es el talante liberal que informa a los grandes protagonistas de los Episodios, el que define a un Santiago Íbero todavía joven y con mucha ingenuidad:

*“Más potentes que toda razón de conveniencia, habíanle lanzado a la campaña, antes que por querencia de la profesión militar, por su amor ardentísimo a las ideas representadas en la bandera de Isabel. Quería dar su sangre, su vida por la libertad y el progreso, en los cuales veía fuente inagotable de dicha para la nación. Con tales beneficios España saldría de su apocamiento y pobreza... Odiaba el oscurantismo.”*²⁵⁸

Conviene recordar que Santiago se manifestará a lo largo de su vida como un firme creyente cristiano, derivando en algún momento hacia una excesiva religiosidad.

d) *La mujer* –en sí misma- es un factor salvífico para Galdós. Ya lo hemos señalado varias veces. Hay una clara propuesta para el presente y el futuro de España que tiene el nombre y la dinámica propia de lo femenino, al margen del rol materno o de consorte enamorada. En la perspectiva galdosiana, es el conjunto –y la síntesis- de virtudes que por un designio especial convergen y son desarrolladas de forma única o genuina por mujeres que encarnan cierto estatuto ideal; no sólo para beneficio de los varones con quienes se relacionan, sino para la construcción de un universo social y personal de signo justo, muchísimo más humano y verdaderamente espiritual.²⁵⁹

²⁵⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Vergara*. Episodio Nacional n. 27 (Ed. Historia 16 – Caja de Madrid. 1994, pág. 79

²⁵⁹ FEDERICO SOPEÑA IBÁÑEZ centra en la mujer un capítulo de su estudio de la religiosidad mundana en Galdós, comenzándolo con estas palabras: “*La fe de roca de la mujer española aparece como una ‘constante’ en toda la obra galdosiana y es lógico que así sea como reflejo de la vida española, pero es el novelista, mucho más que los historiadores religiosos, quien nos da toda una serie de interesantísimos matices que aparecen, esto es lo importante, inseparables de la trabada personalidad de los personajes.*” (*La religión mundana según Galdós*. Cabildo Insular de Gran Canaria. 1978, pág.21). Nos remitimos a ese estudio. Aunque se refiera fundamentalmente a la figura de Irene, es aconsejable el estudio de FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA, *La mujer nueva y la mujer tradicional: apuntes en torno a los modelos femeninos en ‘El amigo Manso’*, Actas del VIII Congreso I. E. G. Cabildo de Gran Canaria. 2005, págs. 347-357

Lo que se plantea es la necesidad de una mujer nueva a la altura de la historia que vivimos y que aún hemos de vivir. Esta es la función esencial que desarrollan en la creación galdosiana los tipos magníficos de Sola (Soledad Gil de la Cuadra, en la segunda serie de Episodios), de Inés (en la primera serie), de Demetria (en la tercera serie), de Siseta (en *Gerona*), de Mita (en la cuarta serie), de Fortunata y de Jacinta, de Mauricia la Dura y de Guillermina (en *Fortunata y Jacinta*), de Irene (en *El amigo Manso*), de Catalina de Artal (en *Halma*), de Benina (en *Misericordia*), de Leré (Lorenza, en *Ángel Guerra*), de Celia (en *Celia en los infiernos*), de Clara (en *La Fontana de Oro*), de Marianela, de María (en *Mariucha*), de Isidora (en *Voluntad*), de Electra, de la religiosa Sor Elisea (en *Amor y ciencia*), incluso el de la desesperada Casandra, de la reina Alceste, de Sor Simona, de Atenaida (en *La razón de la sinrazón*, título que rememora una de las frases más emblemáticas de El Quijote) y de la ex reina Juana (en *Santa Juana de Castilla*)...

La galería de personajes es espléndida..., aunque todas estas mujeres deben sacrificar todavía parte de su integridad personal o de su felicidad hasta cumplir el destino a que son llamadas; y en algún caso ese sacrificio las rompe, como sucede a personas y situaciones muy distintas, por ejemplo, a Victoria (*La loca de la casa*) y a Casandra. Y es obvio que ni Gloria, ni Rosario (en *Doña Perfecta*), ni -por otros motivos- Amparo (*Tormento*), Tristana, Isidora (*La desheredada*), Lucila (cuarta serie de Episodios), Bárbara y varias más llegan a encarnar el tipo de mujer nueva y salvadora.

Resulta, pues, evidente -para nuestro autor- que al modelo cidiano y quijotesco que nos corresponde hay que añadir el que viene significado por ese conjunto único de mujeres españolas (hasta el momento inexistentes aún en nuestra literatura anterior, más bien de corte varonil). Para él, el viejo amante Don Benito que llora al oír (que no ver ya) a Marianela en la versión teatral, la mujer española tiene mucho de última palabra que puede ayudar a redimir a este maltrecho país, al menos moralmente.

Siempre y cuando no reproduzca los modelos dañinos de Amaranta (serie primera de Episodios), Rosalía la de Bringas, Isidora (*La desheredada*), Doña Lupe la de los Pavos (*Fortunata y Jacinta*), Domiciana (*Los duendes de la camarilla*), Doña Perfecta, Doña Juana (de *Casandra*), Lucrecia (de *El abuelo*), Cruz del Águila (en las *Torquemada*), las Porreño (de *La Fontana de Oro*), Evarista (la tía de Gloria) y otras semejantes.

e) ¿Debe proponerse -según Galdós- un *procedimiento revolucionario* para llegar a implantar la regeneración de nuestro país?

La pregunta se plantea al lector ya en una de las primeras novelas independientes, en *El audaz. Historia de un radical de antaño*. Y la respuesta es desarrollada a lo largo de toda la creación literaria. Va a ser muy clara: ninguna revolución sangrienta, ninguna gue-

rra, ninguna conspiración que viole los derechos de expresión política, ningún pronunciamiento militar (¡y fueron tantos!), ningún crimen o magnicidio conducen al cambio liberal que se ansía en todo momento.

Sin embargo, al final de *Cánovas* -el Episodio Nacional tal vez más amargo- se ve obligado a incluir una dura alusión a la ineludible salida revolucionaria, precisamente después de haber reflexionado sobre la paz. Dice Mari Clío a Tito: *“Alarmante es la palabra Revolución, pero si no inventáis otra menos aterradora, no tendréis más remedio que usarla los que no queráis morir de la honda caquexia que invade el cansado cuerpo de tu Nación.”*²⁶⁰

Tampoco la guerra –ninguna guerra- es el camino. En agosto de 1911, pocos años después del desastre colonial, Don Benito pronuncia un discurso en Santander contrario a la guerra de África. El texto es, a la vez, una aguda crítica de nuestra historia: *“A España repugnan ya las tragedias marciales; que España no quiere afrontar nuevos riesgos en cruentas lizas; que la pobre patria nuestra ha menester de todas las horas y todos los minutos para reconstruirse interiormente por el trabajo, en el sosiego profundo de una paz duradera.”*²⁶¹ Los acontecimientos de la Semana Trágica de Barcelona, motivados en parte por esa guerra, le darían la razón; pero su advertencia señala también la guerra fría continua y estéril entre nuestros grupos políticos.

Desde el punto de vista estructural los cauces son otros: el constitucionalismo nacido en Cádiz, la libertad de prensa, el parlamentarismo serio, sensato y documentado técnicamente, expresión de una verdadera democracia, el ordenamiento de la producción y el apoyo del progreso y la ciencia, la enseñanza y la educación liberadas de cualquier oscurantismo y abiertas a todos, la integración radical en este cambio de las clases que detentan el poder económico (con los necesarios desprendimientos de privilegios adquiridos o usurpados); en consecuencia, la superación radical de las formas fijadas de clases sociales y de paradigmas de honor social, aunque para esto deba presionarse desde todos los ángulos de la opinión pública: desde la prensa y la educación.

f) En fin, es obvio –para Don Benito- que en este árduo y problemático proceso de cambio se necesita el decisivo apoyo de un factor tan fuertemente arraigado en el suelo español como *el cristianismo, pero en la forma de un catolicismo restaurado* (para el que no sirven los llamados “neocatólicos”). Esa es la proclama de Ángel Guerra que contemplaremos más adelante. Un cristianismo de espíritu renovado puede ser clave necesaria de la solución española.

“El espiritualismo –escribe Amor del Olmo- es lo que más se acerca a la reforma galdosiana, pero tal vez el escritor todavía no sospechaba que para la sociedad española, todo lo que no fuera catolicismo tradicional e inquisicional, no servía...(...) La re-

²⁶⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cánovas*, o.c., pág. 206

²⁶¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Discurso en Santander. Agosto 1911*, citado por Yolanza Arencibia, o.c. pág. 203.

*forma social de Galdós, por tanto, iba dirigida también a una reforma de los estamentos religiosos, denunciando una falsa religión perniciosa para la sociedad, a cambio de la defensa y búsqueda de la verdad.”*²⁶²

La Iglesia y las opciones cristianas personales podrían aún jugar un papel transcendental en el proceso de regeneración de la sociedad española. Galdós lo está pidiendo en toda su creación, desde el principio al final; pero vamos a verificar enseguida que se trata de una honda e integral alternativa al catolicismo, dentro de la más pura fidelidad a los orígenes cristianos. El planteamiento, además de sorprendernos, pudiera tomarse como una advertencia de perenne actualidad para la sociedad en general y para el mundo religioso en particular.

Hoy sabemos que la mayoría del catolicismo hispano de la época no aceptó el reto. Pero el pensamiento teológico galdosiano está aún ahí, fresco, para alguna generación de creyentes y no creyentes que quiera considerarlo.

Entre tanto, al menos había algo que la Iglesia oficial del XIX debería haber hecho (sin esperar a que se lo impusieran nuevos decretos de desamortización): compartir sus todavía cuantiosas posesiones de bienes materiales. El mundo eclesiástico debía renunciar a donaciones y a exenciones tributarias. Esto es lo que gritan los personajes de *Cassandra*. Y directamente Galdós ironiza: “*Si al menos la pedrería católica hiciera algo a favor del Tesoro. Si San José ofreciera su vara de plata y Santa Lucía sus ojos de oro... Pero todo es inútil. Ni los que manejan estas cosas darían la vara de San José, ni harían caso del mismo Espíritu Santo que se lo mandara.*”²⁶³

*

Por estos cauces se impone el discurrir del individuo hispano y de la nación española si ambos quieren encontrar su propia identidad básica. Pero es necesario advertir que, si lo consiguen, ese talante humanista va a ser sencillamente (o en gran medida) el carácter occidental y europeo que se viene abriendo paso a partir de la compleja Revolución Francesa. Después, los mejores rasgos hispanos -quizás específicos en alguna medida- podrán existir también y acabar de contrarrestar las dolencias trágicas que nos aquejan, convirtiéndose, desde luego, en objeto de una propuesta educativa.

Conviene advertir que esa posible impronta española aparece de una manera predominante -casi exclusiva- en los tipos galdosianos más populares y abiertos; en personajes que, a lo largo de cada escrito, maduran interiormente y producen un cierto modelo

²⁶² AMOR DEL OLMO, ROSA, *Religión y evolución: hermenéutica sobre textos dramáticos de Galdós.*” (Actas del VII Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 2005. Cabildo de Gran Canaria. Págs. 142 y 145. Centro Virtual Cervantes).

²⁶³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Dinero, dinero, dinero*, artículo en *Crónica de Madrid* de 8/1/1865 (publicado en *La fe nacional y otros escritos sobre España*, o.c., pág. 49). En el episodio *Cánovas* Galdós denuncia repetidas veces las donaciones de tierras e inmuebles que reciben los jesuitas y varias otras órdenes religiosas expulsadas de América.

autóctono español dotado de valores y de gran interés. Este modelo tiene como características positivas bastante comunes: la alegría optimista del vivir, el amor hogareño y al terruño, un tono extrovertido que le invita a la comunicación espontánea, el sentido del honor, la hospitalidad y el desprendimiento, una capacidad arriesgada de improvisación, cierto idealismo romántico y generoso (sin perder contacto con lo real), y una religiosidad que llega a ser honda (aunque no muy practicante ni amiga de las instituciones).

Nuestro autor pone en boca de Isabel II esta identificación de los españoles, replicando precisamente a su madre María Cristina: *“Los españoles son buenos, valientes, honrados, caballeros; en general, se entiende, porque ¡también hay cada pillito!...”*²⁶⁴

El desenvolvimiento de esa idiosincrasia vendría a ser para Galdós el logro de una identidad nacional que en derecho pertenece a todos los habitantes de estas tierras.

Con estas perspectivas interpretamos la propuesta sobre el problema de España como un humanismo integral; un humanismo que incluye en su seno la natural condición cristiana: la oferta de testimonios y procesos de justicia y de solidaridad, de respeto a la condición secular del mundo, de diálogo y de convivencia ciudadana, de apoyo incondicional al progreso, de buenas relaciones y, sobre esas bases, de religiosidad sana, no lejos de las mejores utopías renacentistas.²⁶⁵

Hay, pues, en toda la obra galdosiana enorme realismo, pero no pesimismo sino expectativa de futuro. El autor terminará de escribir creyendo que es posible un mundo nuevo para este país incondicionalmente entrañable, aunque esté roto. Así es el diálogo final con el que se cierra el telón en la obra *La de San Quintín*, al despedirse “Rosario” y “Victor”, al fin unidos, que han representado cada uno estamentos sociales irreconciliables: *“(Don César.-) “Se van... Es un mundo que muere”. (Don José.-) “No, hijos míos; es un mundo que nace”.*²⁶⁶

²⁶⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 32, *Narvárez*, o.c. pág. 213

²⁶⁵ Desarrollé este tema con el título *Retorno a las síntesis del humanismo renacentista* en mi libro *Teoría y didáctica del patrimonio cultural cristiano*, cap. 11 (Ed. Universidad de Granada. 2006)

²⁶⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de San Quintín*. (Cátedra. Madrid. 2002. Pág. 202)

PARTE SEGUNDA

***La dramática existencial del creyente cristiano
en la obra de Benito Pérez Galdós***

Capítulo V. EL RETORNO a la EXISTENCIA CRISTIANA PERSONAL en y desde la OBRA DE GALDÓS. (I) Teología de Dios. Perfil religioso del cristiano.

La mayor parte de la literatura de Benito Pérez Galdós puede interpretarse como una observación atenta del ser humano (del español, en particular) considerado también sustancialmente desde la perspectiva religiosa y cristiana, tanto individual como colectiva. Esta visión parece realizarse con una doble intencionalidad: primero, la de ofrecer un diagnóstico y hacer una crítica abierta del modo de pensar y de vivir de los tipos que pueblan sus obras representativamente, tipos que de una manera u otra se autoconsideran o se sienten creyentes y católicos; segunda, sugerir una propuesta de retorno a la autenticidad personal en la existencia y, de modo particular, a la autenticidad de la fe religiosa y de la condición cristiana en quienes la tengan.

La conciencia religiosa es el modo de hallarse la persona en el mundo desde una seria referencia al ser divino. Si se verifica tal dimensión (llegue o no a ser fe) la trayectoria humana adquiere algún significado final y esa conciencia puede dar un valor totalizador –normalmente esperanzado– a la propia realidad.

Galdós pormenoriza ese análisis y lo ahonda. Su obra se aproxima entonces –señala Rafael Narbona– a la escatología de Ernst Bloch, según el cual el hombre como tal vive en tensión hacia el futuro absoluto y si no, deja de ser hombre.²⁶⁷ En este sentido, Dios es una realidad contundente en la creación galdosiana, pero siempre en tensión y en esperanza. Una gran mayoría de personajes de su mundo tiene esa conciencia con extraordinaria riqueza de matices.

“El ámbito de la conciencia religiosa – escribe Gustavo Correa– se proyecta en el personaje galdosiano de diversas maneras, ya sea en virtud de su naturaleza específicamente religiosa, ya a través del sentido moral de sus acciones, o por su peculiar ma-

²⁶⁷ “La esperanza de Nazarín o Benina no forma parte de una expectativa individual (sólo), sino que se inscribe en una disposición primordial del ser humano. Esperar lo inesperado es, desde Heráclito, la condición necesaria de lo posible. El hambre, el deseo de lo que “todavía no es”, es algo más que una inclinación psicológica. Es un auténtico principio ontológico... La esperanza (esta esperanza) neutraliza en Galdós el determinismo naturalista.” (NARBONA, RAFAEL, *Pérez Galdós: Nazarín, juglar de Dios*. El blog <http://rafaelnarbona.es?p=904>. Pág.2)

*nera de sentimiento que lo coloca dentro de una esfera emocional de características religiosas.”*²⁶⁸

Pero –insistimos– tal conciencia tiene una connotación dramática, indudablemente conflictiva (incluso reivindicativa respecto a postulados oficiales), la misma que sugiere el texto evangélico: *“el Reino de Dios padece violencia y sólo los esforzados lo arrebatan”* (Mt 11,12) y *“¡qué estrecha la entrada y angosto el camino que conduce a la vida!”* (Mt 7,14); más aún en la situación vivencial en donde tienen que desenvolverse los personajes del escritor, porque (al menos en el XIX español) el contexto general llamado católico apenas entendía ni aceptaba el planteamiento de aquellos que deseaban guardar fidelidad a su conciencia y plasmar de manera más radical la verdad y las exigencias del Evangelio de Jesús manteniendo la fe en lucha (en “agonía”).

Por esta razón Galdós narra la andadura creyente de sus mejores personajes con un acento dramático inevitable, como una confrontación continua entre el catolicismo en uso y una fe árdua (la de un cristianismo que se ve a sí mismo en trance de reforma, y por el que opta evidentemente el autor). Con ello el escritor desea salvar en lo católico la esencia y su expresión más sencilla y verdadera impregnada de buena fe.

Quizá podría establecerse un paralelismo entre el dramatismo de algunos de esos creyentes y el que vivieron los humanistas cristianos del siglo XVI frente a la Iglesia de la Inquisición.

1. Sobre el Dios de los españoles en la visión de Galdós.

Toda la obra galdosiana (ese indagar suyo sobre la identidad española) muestra honda preocupación por el tema de Dios como asunto decisivo para el individuo y, a la vez, de enorme repercusión en la vida social y en la historia de la España del XIX y quizás también del siglo siguiente. En sus páginas surgen creencias y tipologías religiosas de lo más variopinto. Muchas revelan convicciones de claro y hondo sentir cristiano; otras desembocan en imágenes confusas de Dios, atávicas y con frecuencia contradictorias en un mismo sujeto. En consecuencia, su teología –siempre narrativa y descriptiva– traza un cuadro amplio y heterogéneo de la religiosidad, dedicando una atención cualificada al *rechazo que le merece la frecuente interpretación falseada de Dios, del hecho religioso y del cristianismo*.

Sorprende la abundancia de textos en los que Galdós hace una referencia explícita a Dios (en especial al Dios cristiano surgido de la fe original del cristianismo); bien sea manifestando una idea teológicamente cabal y positiva, o bien rechazando una idea de Dios antinatural y anticristiana.

Es decir, la mayoría de escritos (novelas, episodios, relatos breves), por no decir todos, tienen a Dios como un elemento vertebrador de la fisonomía de los personajes

²⁶⁸ CORREA, GUSTAVO, *El simbolismo religioso...*, o.c. pág. 236

que pueblan ese mundo representativo de la España real y de la España soñada. Un Dios que, sin duda alguna, se sitúa en tensión dramática, porque en la mayor parte de las ocasiones suscita una confrontación consigo mismo y con mentalidades opuestas.

Parece válido concluir que Galdós traza en su obra un perfil religioso bastante más sano (psicológicamente hablando) y más cercano a la originalidad cristiana (más teológico) que el perfil medio que halla en la sociedad.

Aunque debe advertirse enseguida que la fisonomía explícita religiosa no constituye –para él– un carácter definitorio prioritario del ser católico, puesto que la definición esencial de tal persona debe trazarse en el campo de las identidades éticas.

A pesar de la heterogeneidad señalada, podemos adelantar las siguientes apreciaciones globales en cuanto a la percepción galdosiana de la religiosidad española:

Primera: la palabra *Dios* está en los labios de todos los personajes narrados (al menos ocasionalmente, en muchos con gran frecuencia) y, por tanto, es de sospechar que en casi todos los habitantes de este país durante el XIX. Siempre, además, con el acento respetuoso que le corresponde (distinto del que tendrá en el siglo XX) y con un nivel de creencia que recorre toda la gama de tonos e intensidades: desde la mínima relevancia de un modo de hablar corriente o de un formulismo ritual, hasta las elevaciones de íntima y responsable comunión con la divinidad (de signo cristiano o cercana al Dios universal medianamente panteísta del krausismo).

Segunda: en cualquier caso (más bien pronto que tarde) un español se define también por la imagen que profesa de Dios y por el tipo de relación que entabla con éste. El personaje Alejandro (de la comedia *Voluntad*) lo expresa rotundamente: “*Hay dos verdades, aparte de la fundamental, que es Dios*”. (Esas otras dos verdades a que se refiere son el amor y la muerte).²⁶⁹

Tercera: frente a la diversa tipología observada, el autor destaca una idea fundamentalmente bíblica neotestamentaria de Dios; idea positiva, vivida y sentida cordialmente con más intensidad por sus personajes preferidos. Esto, al margen de que tal experiencia, imagen o idea de Dios, adolezca a veces de cierto simplismo o ingenuidad, y sólo en momentos graves venga a ser ahondada por el individuo, generalmente a partir de los desarrollos del amor y de la muerte.²⁷⁰

²⁶⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Voluntad*, Acto II, escena II. (Obras Completas Ed. Aguilar, tomo VI. Madrid 2005. Pág. 269)

²⁷⁰ “*En la frontera del amor humano –escribe G. CORREA, a propósito de la conciencia religiosa en la obra de Galdós– se encuentran las configuraciones del amor divino que cobran, principalmente, la forma de la vía ascética, el amor al prójimo y el ermitaño andante a imitación de Jesucristo.*” (*El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós*, o.c., pág. 238).

Cuarta: sólo rara vez el ser de Dios es objeto de apasionada diatriba en la expresión airada (no demasiado atea) de algún personaje; más bien en algún momento especial de su vida (frecuentemente hallándose éste fuera de sí, en estado de notable embriaguez o de crisis interior)²⁷¹; y ello, en ocasiones, como eco del enciclopedismo voltairiano favorecido en parte por el ejército invasor napoleónico.

Más interesante será, desde luego, subrayar la antítesis que constata el autor: por una parte, la desfiguración nacionalista de la imagen de Dios; por otra, de manera opuesta, el tono abierto y evangélico de la fe en Dios que profesan la mayoría de los héroes de su literatura.

Galdós deja constancia de una falsa teología sobre la naturaleza de Dios, acuñada más por la ideología conservadora y pseudonacional que por la religiosidad popular, que él respeta y en ocasiones admira.²⁷²

A lo largo, pues, de la abundante creación literaria que analizamos surgen personajes que encarnan y expresan visiones distorsionadas y manipulaciones interesadas del hecho religioso y cristiano tanto en la ideología como en la práctica. Son tipos molestos, juzgados con dolorosa amargura por su creador, que los introduce en función del realismo literario e histórico y de la metodología que reclama la trama en cuestión. Puede ser que incluso resulten –en varios casos– los más representativos de la obra y, en líneas generales, de la población española que el escritor observa con realismo. Pensamos, por ejemplo, en la figura de “Torquemada”, protagonista de una serie de cuatro novelas, en Doña Perfecta o en la familia Lantigua, en Doña Juana (de *Casandra*), etc.

En ocasiones atribuye la distorsión a cierto espíritu maléfico (como el que encarna Doña Perfecta o como sucede en *La razón de la sinrazón*, en *El caballero encantado*...). El juicio que hace el autor sobre Doña Perfecta, al finalizar la novela, es taxativo: “No sabemos cómo hubiera sido doña Perfecta amando. Aborreciendo tenía la inflamada vehemencia de un ángel tutelar del odio y la discordia entre los hombres.”²⁷³

En síntesis, señalamos aquí cuatro graves denuncias de Galdós sobre las falsas ideas o imágenes de Dios que aquejan a una mayoría de españoles del XIX. Es una adver-

²⁷¹ Es el caso de Salvador Monsalud en el Episodio nº 11, *El equipaje del rey José* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c., Hist. 16. Caja Madrid. 1993, cap. XVIII, pág. 125. Rosalía expresa a Dios la misma queja que le formulan Gloria y Rosario (*Doña Perfecta*): “Pero, Dios mío: es posible que todas las religiones no sean iguales? Oh, esto es terrible” (PÉREZ GALDÓS, Benito, *Rosalía*. Cátedra. Madrid 1984, pág. 267).

²⁷² Véase la admirable descripción de la sincera devoción popular en el templo del Pilar, durante el asedio de la ciudad, en el Episodio *Zaragoza*, cap. VII (PÉREZ GALDÓS, BENITO, Alianza Ed. O.c. Pág. 36-37)

²⁷³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Doña Perfecta*, o.c., pág. 283. El texto continúa en estos términos: “Tal es el resultado producido en un carácter duro y sin bondad nativa por la exaltación religiosa, cuando ésta, en vez de nutrirse de la conciencia y de la verdad revelada en principios tan sencillos como hermosos, busca su savia en fórmulas estrechas que sólo obedecen a intereses eclesiásticos.”

tencia que despeja el camino para entender mejor la visión teológica que hallamos en sus escritos.

a) Galdós rechaza, en primer lugar, una confesión personal de catolicismo al servicio de la riqueza y del poder o en connivencia con ellos; en particular, una religiosidad al servicio de la clase rica y poderosa entronizada en el país, un Dios aliado con el poder humano. Este falso cristianismo es el que profesa con toda claridad, por ejemplo, un personaje tan desagradable bajo todo punto de vista como “Segismunda” (de la cuarta serie de Episodios Nacionales) queriendo hacer cómplice de su pensamiento al protagonista Pepe Fajardo:

*“- Fomentemos también la religión, de la que nace la conformidad del pobre con la pobreza. ¿Para qué pagamos tanto clérigo, y tanto obispo, y tanto capellán, si no es para que enseñen a los míseros la resignación, y les hagan ver que cuanto más sufran aquí, más fácilmente ganarán el Cielo? – Justo; y entre tanto ganemos nosotros la tierra...”*²⁷⁴

Son muchos los personajes que asumen esta postura pseudorreligiosa: Juan Bragas Pipaón (en la segunda serie de Episodios), Torquemada hasta el momento de su muerte (queriendo comprar a Dios la propia salvación sin renunciar al último negocio pecuniario); en el teatro: Huguet (de *La loca de la casa*), Doña Juana (de *Cassandra*), etc.

b) Se rechaza, así mismo, la frecuente espiritualidad que impone -en nombre de Dios- la autodestrucción de la persona, aunque no confiese abiertamente ese mecanismo. El Dios que se oculta en el alma de tales personajes religiosos es terrorífico. Obras emblemáticas de tal aversión (aunque no las únicas) son la novela *Gloria* en su totalidad, *Rosalía*, *La fontana de Oro* (en cuanto a las figuras esperpénticas de las Porreño) y, entre las obras de teatro, *Bárbara*, *Electra*, *La loca de la casa*....

Cualquier situación -¡y son muchas las contempladas!- que en nombre de Dios imponga violencia y deterioro del individuo y de su libertad (o la mistificación de la vida) es vista como la mayor perversión de la idea de Dios. Como ejemplos dolorosos: la esclavitud que padecen Amparo, en *Tormento*, Victoria, en *La loca de la casa*, Tristana, Bárbara (en *Bárbara*), la entrada en el convento por parte de Electra (en *Electra*) o de Santiago Íbero (al final de la tercera serie de Episodios Nacionales) y el fracasado matrimonio de María Egipcíaca Sudre y León Roch por culpa de los “directores espirituales” Paoletti y Luis Gonzaga (en *La familia de León Roch*).

c) La raíz de esas interpretaciones de la religión y de la idea de Dios está también -para Don Benito- en una serie de hechos que nos definen con harta frecuencia:

²⁷⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional nº 31, *Tormentas del 48*, cap. XXX (Historia 16. Caja Madrid. Pág.220)

Primero, la desfiguración interesada de Dios en la vida práctica y real; un gran simulacro socialmente pactado desde antes del XIX, no exento de algun complejo de culpa. “Creo a España el país más irreligioso de la tierra –dice convencido Daniel en *Gloria*. Y un país como éste, donde tantos estragos ha hecho la incredulidad,... no está en disposición, no, de convertir a nadie”²⁷⁵ Para nuestro escritor Dios queda situado en un plano de ambigüedad colectiva que él reprueba, pero que es de una gran parte de la población que discurre a lo largo de sus obras. No se trata de una omisión sino de una tremenda distorsión. En algunos casos Galdós se sorprende cuando la indiferencia llega a la negación expresa de Dios por parte de algunos pocos personajes; esto apenas le inquieta, porque el problema que ve es otro.

En segundo lugar está el monopolio de la idea y la palabra “Dios” por el clero y por la burguesía acomodada y beata. Veremos que en la perspectiva galdosiana Dios no es patrimonio de nadie –no puede serlo-, y menos de los que practican una asfixiante religiosidad o de los que lo utilizan para justificar violencia, atropellos de la libertad e injusticias de toda clase. También abundan los personajes que obran así; no los más numerosos, pero son suficientes y terriblemente dañinos. Desde luego *Doña Perfecta* sería la *opera prima* que encuadra a este tipo de figuras.

d) En fin, con muchísima frecuencia, Don Benito denuncia la penosa situación que supone para los creyentes (y para la población, en general) una Iglesia oficial alta y baja cerrada herméticamente al progreso, dominada por un clero no ilustrado y que se erige -sin razón que lo avale- en representante único y portavoz autorizado de Dios y de la institución cristiana; un clero que, además, casi nunca sirve de modelo evangélico.

Resulta significativo que podamos remitirnos (como obras importantes) a escritos que representan intentos de rehabilitación del catolicismo llevados a cabo precisamente por protagonistas que no son clérigos. Es el caso de *Misericordia*, *Ángel Guerra* y *Halma*, o de los dramas *Amor y Ciencia*, *Mariucha*, *Pedro Minio*. Los personajes Benina, de *Misericordia*, Lorenza (Leré) y Ángel Guerra (en la novela de este título), y Catalina de Artal (en *Halma*) se esfuerzan en fundar una iglesia no clerical. Algo semejante intentan en la escena Maria (*Mariucha*), el médico Guillermo Bruno (en *Amor y ciencia*) o el Marqués de los Perdonos (en *Pedro Minio*).

Otros que sí reúnen la condición presbiteral e intentan la reforma, y que son admirados por Galdós (como Don Nazario, de *Nazarín*, Manuel Casado, de *Ángel Guerra*, o Pepe Hillo, de la tercera serie de Episodios Nacionales), los padres Gamborena o Nones,... apenas representan a la institución eclesiástica y más bien se ven marginados por ésta.

²⁷⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, o.c. pág. 127

Volveremos a estudiar estas cuatro falsificaciones de lo religioso y lo cristiano al analizar con cierto detenimiento la crítica de Galdós a esos deterioros (con independencia de la situación española).

2. Recuperación de la idea cristiana de Dios en la obra de B. P. Galdós.

Advirtamos que la teología de Dios ²⁷⁶ (la problemática fe y religiosidad), cuestión radical para la antropología cristiana que diseña Galdós, tiene, sin embargo, como sustrato de validación la existencia de un buen planteamiento ético.

Para el escritor, la fe religiosa (la espiritualidad creyente) se alza sobre cuatro grandes temas que delinear la vivencia moral de un cristiano, es decir, el perfil evangélico de un seguidor de Jesús.

Estos temas (que en buena medida brotan del Evangelio y que analizaremos en el capítulo siguiente) son:

- la rectitud moral personal, con las opciones éticas ineludibles,
- la teología del amor y de la caridad fraterna,
- la elaboración de la justicia y de la denuncia de toda injusticia, con la opción por los menos favorecidos y por un ordenamiento social más justo,
- y la exigencia del pacifismo y de la no violencia en todas sus dimensiones.

Este pensamiento lo plasma a medida que van surgiendo los personajes clave de su creación y él se va identificando con ellos, fiel en todo momento a lo que hemos designado como teología narrativa y simbólica.

Hecha esta advertencia, retornamos al asunto de la religiosidad.

Obviamente no podría hablarse de pensamiento cristiano sin tener constancia de una idea clara del Dios de Jesucristo, no sólo como visión teórica sino como guía de la religiosidad personal y de los comportamientos existenciales, tanto en los individuos como en las colectividades que se autodenominen creyentes cristianas.

Nos preguntamos: ¿existe tal idea en el pensamiento de Benito Pérez Galdós?

Adelantamos ya la convicción de que en la obra del escritor aparece –siempre diseminada entre su variopinta narrativa- una verdadera teodicea de signo cristiano, es decir, una visión de Dios que nace de la referencia al Nuevo Testamento y a la más original tradición cristiana, con un carácter alternativo a otras mentalidades religiosas. De tal

²⁷⁶ La palabra *teología* apenas es empleada por Galdós. Aparece en el drama religioso filosófico *Amor y Ciencia*; y ahí, como adjetivo, dando a entender que hay una teología válida y otra teología usual de valor negativo: la que sustenta el pensamiento de Natalia. En este sentido dice Varona (el esposo de esta mujer), aludiendo a su admiración por Paulina: “*Es el único rayo de luz que desvanece las tinieblas de esa noche teológica que se llama mi mujer.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Amor y Ciencia*, Acto 3, escena I. Obras Completas Ed. Aguilar, Tomo VI. Madrid 2005, pág. 612)

forma que ese pensamiento -que descubrimos y mostramos- puede resultar de notable interés y actualidad a la altura del siglo XXI.

2.1 La identidad esencial de Dios en la obra galdosiana.

No encontramos en la creación galdosiana la teodicea cristiana completa, pero sí el pensamiento fundamental de la misma, que, además, se halla presente en la casi totalidad de escritos. Lo que se manifiesta en éstos es que el mundo literario encarnado por los personajes y por el autor posee un hondo sentido positivo de Dios; sentido que se vierte con soltura en la cotidianeidad de la vida, aunque el concepto y el grado de densidad de la realidad divina sean diversos y heterogéneos para cada existencia personal.

De manera favorable para el hombre -y para la identidad divina sugerida- el escritor dota a Dios de atributos que lo hacen trascendente, creador de vida, paterno, amoroso, misericordioso, providente y generador de paz.

1) La trascendencia divina.

Decir que Dios es trascendente (o transcendente) resulta una pura abstracción, a no ser que el concepto se coteje con la limitación humana, y pueda así adquirir alguna concreción. De manera implícita Galdós sigue tal procedimiento al testimoniar la idea de Dios que poseen sus personajes más creyentes: Dios es siempre mayor y extraordinariamente favorable al hombre.

Dios puede realizar lo que humanamente excede nuestras capacidades. Es lo que expresa el eminente médico Teodoro Golfín respondiendo al invidente Pablo en *Marianela*: “Dios es inmensamente grande y misericordioso”.²⁷⁷

Dios “ve” con una acuidad imposible a nuestros ojos: “Aquel hombre, con ser tan bueno, no podría leer en su alma, porque para estas lecturas los únicos ojos que no son miopes son los de Dios”, dice la mártir Amparito.²⁷⁸

Pero, de modo especial, la trascendencia de Dios se intuye en la grandeza de alma de las personas; se trata de una magnificencia que no puede proceder de ellas mismas y que remite necesariamente a la esplendidez divina. “Dios debe de ser muy poderoso, cuando la ha hecho a usted, señorita Gloria”, dice el más desgraciado del pueblo (Caifás) a quien la joven ha socorrido (en la novela *Gloria*)²⁷⁹. Y confirma Gil, el protagonista de *El caballero encantado*, refiriéndose a su novia: “A Dios bendecimos y alabamos

²⁷⁷ “El ciego volvió su rostro hacia arriba; dijo con profunda tristeza: - ¿Es verdad que existís, estrellas?.- Dios es inmensamente grande y misericordioso –observó Golfín...-” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*. O.c. pág. 84).

²⁷⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tormento*, (Alianza Ed. Madrid. 2008. Pág. 256).

²⁷⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*. O. c. pág. 75

por haber hecho esa boca. Y a Dios le basta eso para ser grande”²⁸⁰ Los testimonios semejantes abundan en la novelística y en el teatro galdosiano.²⁸¹

También la belleza es referida en ocasiones como una cualidad de la transcendencia divina.²⁸² Una intuición bella de Dios, sublimación de la armonía humana, es la que tiene Ramón Villaamil contemplando a su nieto: “*Miraba Cadalsito a su abuelo con una expresión tan extraña, que el pobre señor no sabía qué pensar. Parecióle expresión de Niño-Dios, la cual no es otra cosa que la seriedad del hombre armonizada con la gracia de la niñez.*”²⁸³

Dimensión connatural a la transcendencia divina es la universalidad. Nadie en el mundo ni en la Historia puede pretender acaparar o monopolizar a la divinidad. Dios es Dios de todos; no hace acepción alguna de personas. Prueba de ello es la heterogeneidad de posturas creyentes válidas en la amplia galería de personajes amables para el autor.

Al final del íntimo e inacabable debate interior que sostiene el indeciso sacerdote Fago, inclinado más bien a ver el favor de Dios únicamente sobre el ejército carlista, este raro personaje de la novela tiene que reconocer: “*¿Cómo puede ser de Dios uno de los ejércitos y el otro no?... Dios estaba en todos y en ninguno, y los hombres no se podían diferenciar ante Dios más que por sus conciencias*”²⁸⁴ En todo caso –tratándose de la experiencia personal– la religiosidad aparecerá algo más intensa en los tipos humildes (por ejemplo, en Marcial, el viejo marinero de *Trafalgar* que quizás llegó a conocer Galdós en Santander).

Esta visión es, sobre todo, la línea conductora de personajes tales como Nazarín (para él Dios está en los pecadores y marginados sociales), como Buenaventura en *Gloria* (para quien Dios está igualmente con los no cristianos, con los judíos y los protestantes, aunque matice que esa presencia llegue ahí sólo hasta cierto punto), como Benina, de *Misericordia* (que acoge en nombre de Dios al musulmán Almudena), o como Santiuste en su iniciático viaje por Tetuán durante la cuarta serie de Episodios.

Pero Galdós advierte (en esa clara perspectiva de la trascendencia divina) que Dios rehuye cualquier manipulación de su persona; que no se le puede engañar ni com-

²⁸⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El caballero encantado*. (Cátedra. Madrid. 1999. Pág. 169)

²⁸¹ Ver, entre otros, los textos citados en notas anteriores. Bellísimo el texto del Episodio Nacional n.10, *La batalla de los Arapiles*: “*Llámele Dios o Ser Supremo..., ello es que ha hecho obras acabadas y perfectas, y una de ellas eres tú, que me confundes, que me empequeñeces y anonadas más cuanto más te trato y te hablo y te miro.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c., pág. 183)

²⁸² En *Marianela*, cuando el ciego Pablo recupera la vista, exclama: “*Yo no tenía idea de una hermosura semejante... ¡Bendito sea el sentido que permite gozar de esta luz divina!*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c. pág. 218)

“Federico”, extasiado por la exuberancia interior y la belleza física de “Augusta”, exclama: “*¡Monísima! Tienes toda la gracia de Dios.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Realidad*. Acto II. Escena VIII).

²⁸³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Miau*. O.c. pág. 146.

²⁸⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zumalacárregui*, o.c., pág. 124. Ver todo el Acto II de *Mariucha*.

prar. Tres de las piezas teatrales más enérgicas (*Casandra*, *Electra* y *Mariucha*) salen en defensa de ese honor de Dios, violado por falsas imágenes que le aplican personas devotas e injustas. La joven *Casandra*, en el momento culminante de la obra, se dirige a Doña Juana con estas palabras: “*Aunque tu voz clame como mil truenos, no te oirán. Aunque extremes tus ridículas devociones, no engañarás a Dios. ¡A Dios no le engañas tú, miserable!*”²⁸⁵ Y el honrado, liberal y creyente Máximo (en *Electra*), interpellando a Pantoja (personaje muy parecido a esa Doña Juana), ora con exaltación: “*¡Oh Dios! Tú no puedes permitir que a tu reino se llegue por callejuelas oscuras, ni que a tu gloria se suba pisando los corazones que te aman... ¡No, Dios, no permitas eso, no, no! Antes que ver tal absurdo, veamos toda la naturaleza en espantosa ruina, desquiciada y rota toda la máquina del universo.*”²⁸⁶ Los textos, al final de ambos dramas, tienen la fuerza de un grito interior que lanza el autor para que sea oído por el público de la sala y por todos los lectores que hemos ido llegando con el tiempo a la representación: ¡Dios es Dios, y nadie puede olvidar esto!

2) Dios es esencialmente creador de vida; lo que significa –para Galdós– que es amor y misericordia y, en consecuencia, providencia creadora.

Estas series de atributos definen y concretan la trascendencia del Dios cristiano.

a. *La creatividad continua de Dios.*

Para María, la firme y encantadora protagonista de *Mariucha*, que encarna un papel redentor en la obra, Dios es la fuente del ser. El esfuerzo titánico de la joven por salvar a la familia no es una ilusión: “*Es Dios que me dice: Soy la voluntad que hizo el mundo. A ti te dí la existencia, y por redimirte sufrí martirio... Adórame redentor y mártir; adórame también Creador*”²⁸⁷; esa fe se convierte en fuerza generadora de vida.

La belleza espiritual de una persona (tal vez lo más bello que existe) se remite a la acción creadora de Dios. En más de una página Galdós hace expresarse a sus personajes en este sentido: “*No hay mayor dicha que admirar en vuestros ojos y en vuestro acento el alma más hermosa que ha criado Dios*”, dice Juan Pablo a Laura en la parábola dramática *Alma y vida*.²⁸⁸

Galdós resuelve la tentación racionalista de reducir el mundo de lo real a la ciencia. Y lo hace con una sorprendente afirmación de fe: Dios es el creador de la ciencia;

²⁸⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Casandra*. (Cátedra. Madrid. 2006, pág. 315).

²⁸⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Electra*. (Cátedra. Madrid. 2002, pág. 322).

²⁸⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Mariucha*, Acto II, escena V. Obras completas Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Pág. 491.

²⁸⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Alma y vida*, Acto IV, escena IV. Clásicos Almar. Salamanca 1987. Pág. 256. En sentido parecido replica la bellísima Lucinda a Paulina (las dos ya en un contexto de inocencia): “*Ni yo por mi belleza...insignificante, ni usted por la suya, que es espléndida, merecemos alabanza, pues lo que somos no es obra nuestra, sino de Dios.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Amor y Ciencia*, Acto IV, escena II, Obras Completas. Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005, pág. 625)

Dios obra a través de la mente y las manos del científico, pero es Él quien se halla al fondo de ese progreso noble del saber a favor de la humanidad. No existe, pues, oposición alguna entre Dios y la ciencia. Éste es el planteamiento del drama *Amor y ciencia*, en donde Paulina, la madre del niño enfermo de muerte, se niega a la intervención del más eminente cirujano y sólo confía para salvar al pequeño en la oración, desoyendo irracionalmente los consejos prudentes de quienes la rodean (aunque su obstinación obedece, en el fondo, al resentimiento que mantiene respecto al médico). Y es notable que el autor ponga en labios de una religiosa la expresión de la necesaria fe cristiana en la ciencia: “Dios te envía la ciencia; rechazarla será locura y pecado. La ciencia es de Dios... Veo las manos de Dios descender a las manos del hombre.”²⁸⁹

b. Dios es amor y, por amor, da vida.

Recordemos el texto de la novela *Halma* citado antes: “Yo quiero ser como mi Dios, todo amor, todo abnegación, todo caridad...” Esta visión de Dios como amor absoluto (pero en la misma dirección de lo humano) es frecuente en los escritos de Galdós, aunque se desarrolle implícitamente o con un lenguaje a veces demasiado conceptista.

En *La familia de León Roche* el protagonista León asiste a la muerte de María, la esposa que no lo ha amado y que con su beatería le ha amargado la vida, y exclama: “Dios te perdonará todo el mal que me has hecho... Te lloro como si te amase, y te compadezco, no sólo por tu muerte prematura, sino por el desengaño que vas a tener cuando sepas, y lo sabrás pronto, que el amor de Dios no es más que la sublimación del amor de las criaturas.”²⁹⁰ La esposa no entendió en vida que el encuentro verdadero con Dios pasaba por la vivencia incondicional del amor a las personas; ahora León —¿el escritor?— le anuncia la tesis cristiana: que Dios hace suyo, concentra en sí y eleva sobremanera todo amor existente en el mundo, es decir, que Dios es un amor absoluto de signo humano.

A Dios se atribuye la felicidad máxima que es vivir. Y en la obra que estudiamos ése parece ser el sentido de la creación por parte de Dios.²⁹¹ “Yo amo a Dios sobre todas

²⁸⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Amor y ciencia*, Acto I, escena XII y Acto II, escena X. Obras Completas. Ed. Aguilar. Tomo VI. Págs. 602, 603 y 612. *El Doctor Centeno* es, quizás, la única novela de Galdós cercana a la picaresca impregnada de una grata ironía; lo que no obsta para que se vierta en ella la honda filosofía que acompaña al realismo y algún elemento importante de teología. Con este carácter se describe la fe del curioso y sano personaje Federico Ruiz, astrónomo, a propósito de la relación entre Dios y la ciencia: “Con su mejor amigo era capaz de pegarse si le urgaba tantico sacando a relucir divergencias entre la Fe y la Ciencia...Defendía todo lo defendible, logrando encontrar tales armonías entre el Génesis y el telescopio, que al fin sus contendientes no tenían más remedio que callarse.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El Doctor Centeno*, Ed. Hernando. Madrid 1975. Pág. 110)

²⁹⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La familia de León Roch*. (Alianza Ed. Madrid. 2004. Pág. 435)

²⁹¹ “¡Qué hermoso es vivir! ¡Qué bien hizo Dios en criarnos a los dos, a los tres!” —Gabriel refiriéndose a Inés, a la madre Amaranta y a él—. (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La batalla de los Arapiles*. O.c. pag.254). “El amor tuyo y esta paz en que vivimos, han descubierto todo lo bueno que puso Dios en mí.” (Teresa Villaescusa a Santiago Íbero, hijo, al final de la cuarta serie de Episodios, en *La de los tristes destinos*. O.c. pág.120)

las cosas –dice el anciano Sarmiento (quijote admirado por el autor) en su última confesión, antes de que lo ejecuten-. *¿Cómo no amarle si es fuente de todo bien, manantial de toda idea, origen de toda vida?*”²⁹²

La creación –o la re-creación- por parte de Dios significa, pues, dotar al ser humano de todo aquello que le permite superar la muerte y alcanzar o recuperar la felicidad. Es la fe sencilla que manifiesta uno de los personajes femeninos más humildes y verdaderos de la galería madrileña, Mauricia la Dura, amiga de Fortunata, estando ya moribunda:

*“Lo primero que he de pedirle al Señor cuando me meta en el Cielo, es que te haga feliz, dándote lo que es muy re-tuyo, lo que te han quitado... Su Divina Majestad puede arreglarlo,... si quiere. Déjate estar, que el Señor te arreglará, haciendo justicia y dándote lo que te quitaron... Créetelo, porque yo te lo digo... Y yo, mismamente le he de decir a la Virgen y al Verbo y Gracia que te hagan feliz y que se acuerden de las amarguras que has pasado.”*²⁹³

Sorprenden los términos con que esta mujer “sin cultura”, de los bajos fondos madrileños, se refiere a Dios.

La perspectiva de la creación amorosa divina sigue expresándose en las manifestaciones de los personajes más gratos al escritor.

A pesar de la enérgica denuncia que supone el drama *Electra*, los dos tipos centrales tienen tiempo para entablar un diálogo detenido sobre este sentido creador; refiriéndose a la naturaleza (a la fruta, en concreto), Máximo y Electra conversan: “(Máximo, mirando la fruta:) -*No se ve aquí mano del hombre...más que para cogerla.* (Electra:) -*Es la obra de Dios, ¡hermosa, espléndida, sin ningún artificio!* (Máximo:) -*Dios hace estas maravillas para que el hombre las coja y se las coma...Pero no todos tienen la dicha o la suerte de pasar bajo el árbol.*”²⁹⁴ Y Marianela acierta con profundidad al referirse a uno de los dones trascendentales de la creación divina, que es la capacidad humana de pensar. Muy bello e impregnado de poesía es el diálogo entre la adolescente y el ciego Pablo:

“(Nela:) –Estaba pensando que por qué no nos daría Dios a nosotras las personas alas para volar como los pájaros... (Pablo:) –Si Dios no nos ha dado alas, en cambio nos ha dado el pensamiento, que vuela más que todos los pájaros porque llega hasta el

²⁹² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*. O.c. pág. 214. En *Fortunata y Jacinta*: con ingenuidad, “Jacinta” confía en la liberalidad amorosa de un Dios cómplice satisfecho de los gestos de amor (besarla en una iglesia) por parte de su esposo “Juanito San Cruz” (que, poco más tarde, se decantará como infiel): “*A Jacinta le causaban miedo aquellas profanaciones; pero las consentía y toleraba poniendo su pensamiento en Dios y confiando en que Éste, al verla, volvería la cabeza con aquella indulgencia propia del que es fuente de todo amor.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*, vol. I. O.c. pág. 200)

²⁹³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*, vol.II (O.c. págs.. 198-199)

²⁹⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Electra*. (Cátedra. Madrid. 2002. Pág. 285)

*mismo Dios... Dime tú, ¿para qué querría yo alas de pájaro, si Dios me hubiera negado el pensamiento?”*²⁹⁵

Lo que viene a sugerir (según la idea krausista galdosiana) que la Creación debe proseguirla ineludiblemente el hombre desde su propia capacidad de pensar.²⁹⁶

c. *Consecuencia lógica del amor creador es la sugerencia de intervención divina en la existencia cotidiana*, fundamentalmente como providencia.

Este problema de la Providencia divina resulta un tema difícil, pero recurrente, en la perspectiva de Galdós, tal como lo experimentan muy diversos personajes de su mundo literario. Con frecuencia se presenta en términos escépticos y duros, fatalistas.

“El Destino, Dios mejor dicho, le presentaba su abrumadora sentencia revestida de una lógica soberana, y torciéndole sus caminos; mientras él lanzaba todo su espíritu hacia el Norte, le decía: ¿Al Norte? Pues yo mando que al Sur, y al Sur has de ir por el derecho carril que te trazo.” O de una manera más benévola: *“Como Dios da su amparo a los buenos, y aun a los malos cuando estos van más desesperados de socorro, sucedió que...”*²⁹⁷

En ambos textos (de obras distintas) es el narrador anónimo -el autor- quien habla.

Hemos señalado ya algún aspecto de la providencialidad divina a propósito de las extraordinarias *Ángel Guerra* y *Misericordia*. En esta última novela, Benina (también “socialmente” inculta) asienta la tesis esencial:

*“Sé también que Dios me ha puesto en el mundo para que viva, y no para que me deje morir de hambre... Y mirando las cosas como deben mirarse, yo digo que Dios no tan sólo ha criado la tierra y el mar, sino que son obra suya mismamente las tiendas de ultramarinos, el Banco de España, las casas donde vivimos y, pongo por caso, los puestos de verdura. Todo es de Dios.”*²⁹⁸

²⁹⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*. (Cátedra. Madrid. 2005. Pág. 120)

²⁹⁶ Uno de los personajes de *Casandra* (“Alfonso”), preocupado por la reforma agraria, y sin medio alguno para llevarla a cabo) objeta también a la conocida “Doña Juana”: *“Yo, señora, creo que Dios nos ha dado los países yermos y huraños para que los hagamos hospitalarios, risueños. Se educan las tierras como las personas...”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Casandra*. Drama teatral. Cátedra. Madrid. 2006. Pág. 245)

²⁹⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *De Oñate a la Granja*, o.c. pág. 229; y en *Prim*, Episodio Nacional n. 39 (Historia 16-Caja de Madrid. 1995), pág. 134. En *Cádiz*, Episodio Nacional n. 8 (Alianza Ed. Madrid. 1996) otro personaje asevera: *“Por distintos caminos nos lleva Dios a ti y a mí.”* Pág. 197

²⁹⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Misericordia*. O.c. pág. 74

Este Dios providente no puede abandonar al hombre: “Dios amparará mi derecho y fortificará mi voluntad... Ten fe, valor, confianza en ti mismo, en mí, en Dios que no nos abandona”²⁹⁹, dice el personaje central del drama *Voluntad*.

Cierto es que hay tipos (Doña Paca, en *Misericordia*, por ejemplo) que, además de ser fatalistas, atribuyen su sino desgraciado a Dios. En éstos predomina la idea de una voluntad de Dios que marca el desarrollo desafortunado de las vidas. Galdós no participa de semejante pensamiento, aunque -centrado en el retrato del personaje- no se pronuncie de inmediato sobre el asunto. Simplemente deja constancia de que así piensan algunas de las personas que transitan por las páginas de su obra. Entre otras también el anciano Don Pablo, uno de los protagonistas de *Gerona*, que refiriéndose a su muerte inminente exclama: “Dios me ha leído ya la sentencia, y en esto no hay ni puede haber duda alguna. Yo cumplí mi misión, ahora estoy de más. ¡Qué vamos a hacer si Dios lo dispone así!”³⁰⁰.

Pero esa actuación divina se hace cálida y benéfica (y discreta) para el hombre las más de las veces. “Dios no abandona a los suyos”³⁰¹ es una idea creyente que vuelve una y otra vez a los labios de personajes tan queridos del autor como el liberal Salvador Monsalud. Todavía más, esa idea viene impregnada de una imagen de ternura, atribuyendo a Dios una de las condiciones más cálidas del ser humano: la del abuelo que se deja llevar por el amor al nieto. Don Pío, el admirado y doliente maestro de Dolly y Nelly, en *El abuelo*, se emociona (*con unción* –dice el texto-) al ver la felicidad de su amigo el Conde de Albrit: “¡Dios es el abuelo de todas las criaturas!”³⁰²

Recordemos también que los actores del drama literario galdosiano son luchadores frente al destino, y que normalmente superan el fatalismo romántico gracias a su fe religiosa. En general, tanto las mujeres como los varones preferidos de Galdós son providencialistas: creen en la Providencia divina como atributo primordial de ese Dios, incluso desde las situaciones más adversas que atraviesan. Una cualidad que engendra necesariamente confianza. Las citas también aquí podrían ser muy numerosas. Los personajes que muestran verazmente su religiosidad se mueven por lo menos en la dialéctica -y en la experiencia- de una Providencia divina favorable y de otra desfavorable pero abierta.

²⁹⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Voluntad*, Acto III, escena V y III O.c. págs. 282. 281 Con cierto acento de duda (por la enorme dificultad del problema que le aqueja) Rosalía, angustiada, mantiene, no obstante, la fe en la intervención divina: “*Todo se puede vencer. ¿Por qué no se ha de vencer? Yo estoy segura de que Dios ha de ayudarnos. Pues si no fuera así, sería cosa de morir de pena: ¡Dios mío! ¿Para que nace una?*” (PÉREZ GALDÓS, Benito, *Rosalía*, o.c., pág. 114)

³⁰⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO. *Gerona*, Episodio Nacional n. 7 (Alianza Editorial. Madrid 1999. pág. 137)

³⁰¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Siete de julio*, Episodio Nacional n. 15 (Historia 16-Caja de Madrid. 1995) pág. 23

³⁰² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El abuelo*, o.c. pág. 251

Así lo expresan, en particular, los héroes de la primera y de la segunda serie de Episodios. Gabriel, prisionero en un sótano inmundo, cuenta su vivencia:

*“Quise pensar en varias cosas; pero no pude pensar más que en Dios. Reconociéndome absolutamente incapaz para vencer la desgracia, comprendí que la voluntad Suprema había arrojado sobre mí tan grande pesadumbre de males. Y cruzándome de brazos incliné la cabeza, esperando que la misma voluntad Suprema me descargase de ella. Como esta esperanza me infundió pronto una fe que hasta entonces en pocas ocasiones había tenido, creí firmemente que Dios me sacaría de allí. Y con esta creencia empecé a adquirir un reposo moral y físico.”*³⁰³

Resulta admirable el complejo análisis de la fe que aquí se muestra.

Y el héroe liberal Salvador Monsalud (cerca al agnosticismo en una primera etapa de su vida), liberado de otra difícil situación, termina por reconocer: *“Otra vez mi buena estrella, o mejor, la divina Providencia, me ha sacado sano y salvo de un grave peligro. ¡Bendito sea Dios que me ha salvado una vez más!”*³⁰⁴

d. Galdós abre aún mayores horizontes en la referencia religiosa. La visión creyente providencialista conduce a una percepción esencial del cristianismo: la fe en *el Dios que sale garante de la vida futura*, que ilumina la propia muerte y otorga un sentido último y esperanzado a la existencia.

El conocido personaje Sarmiento, figura –repetimos– indudablemente cervantina, contempla así su última hora, confortando a Seledad que lo acompaña:

*“Querida hija, no desmayes, no muestres dolor, porque soy digno de envidia, no de lástima. ¡Si yo tengo este fin por el más feliz y glorioso que podría imaginar!... Figúrate la alegría del prisionero de guerra que logra escaparse y anda y camina, y al fin oye sonar las trompetas de su ejército... Figúrate el regocijo del desterrado que anda y camina, y ve al fin la torre de su aldea. Yo estoy viendo ya la torre de mi aldea, que es el Cielo; allí donde moran mi padre, que es Dios, y mi hijo Lucas, que goza del premio dado a su valor...”*³⁰⁵

El revolucionario Martín Muriel emerge a la vez de una grave enfermedad, de la increencia y del dolor por la muerte injusta de su padre, gracias a esta fe.

“La idea de aquel Dios que se había complacido en olvidar iluminó su inteligencia en momentos de amargura. Aspiraba al descanso eterno, y la idea de la justicia de ultratumba era la única luz que iluminaba aquella conciencia turbada por la negación. Su fe, sacudida por el análisis, se fortaleció en lo relativo a la creencia en un Dios justo y

³⁰³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 3, *El 19 de marzo y el 2 de mayo*. Cap. XXIII (Hist. 16. Caja Madrid. Pág. 169)

³⁰⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Un voluntario realista*, o.c. cap. IX, pág. 64

³⁰⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*, o.c. pág. 196

*bueno, porque en su noble espíritu no había el materialismo soez que hace del hombre una máquina más perfecta que las que hacen los ingenieros.”*³⁰⁶

Cuando en *Mariucha* la joven y fuerte María se ve empujada a la amarga decisión de romper con su familia por fidelidad al amor y a la libertad que llenan su vida, exclama, desgarrada: “No me llaméis... Desde este instante sólo a Dios tengo por padre.”

307

e. Surge, sin embargo, un asunto grave y pendiente en la búsqueda de la idea cabal del Dios cristiano: *su justicia*. ¿Es Dios siempre justo?

Prototipo de la fe en la original justicia divina vuelve a ser Benina, en un tono tan hondo como sencillo y natural: “Pues yo que la señora –dijo dándole al fuelle- tendría confianza en Dios, y estaría contenta... Ya ve que yo lo estoy. Yo siempre creo que cuando menos lo pensemos nos vendrá el golpe de suerte... Yo sé también que Dios me ha puesto en el mundo para que viva”. Pero a esto responde la católica Doña Paca: “Es que tú no tienes vergüenza, Nina; quiero decir, decoro; quiero decir, dignidad...”³⁰⁸

Obras tan importantes en la producción galdosiana como *Miau, Bárbara, Casandra, Fortunata y Jacinta, Tormento, Marianela*, la serie de *Torquemada, Santa Juana de Castilla, etc.* nos dejan la impresión de que la injusticia triunfa en la existencia individual (y mucho más en la colectiva, como vimos al seguir de cerca la visión del autor sobre la sociedad española en capítulo anterior). Sin embargo, otros escritos significan también el triunfo costoso pero definitivo de la justicia: en general, las cuatro series primeras de los Episodios Nacionales y novelas o dramas como *Halma, El abuelo, La razón de la sinrazón, Electra, Mariucha, Amor y ciencia, etc.*

Pues bien, en todas ellas, con un final u otro, la injusticia y la justicia tienen una referencia dramática a Dios, seguramente eco de un sentir religioso popular desorientado y sin duda lleno de angustia por su soledad insalvable.

En el Episodio *Narváez*, María Ignacia, hablando con su marido Pepe Fajardo (protagonista de la 4ª serie), expresa ese grave desconcierto de una manera muy explícita:

“Pepe, yo pienso que Dios me ha de conceder el tener felizmente a nuestro hijo, pues ya que me negó tantas cosas buenas que otros poseen, ésta me la tiene que dar. Si no, no sería justo. Aunque... vete a saber si es justo (Dios). Yo voy creyendo que no lo

³⁰⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El audaz. Memorias de un radical de antaño*. Edit. Hernando. Madrid 1982, pág. 16

³⁰⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Mariucha*, Acto V, escena VII. O.c., pág. 510

³⁰⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Misericordia*. (Alba. Madrid. 1987. cap. VI. Págs. 72-74). V. también *El 19 de marzo y el 2 de mayo*, o.c. pág. 175 Esta misma confianza en la intervención divina es la que manifiesta el viejo caballero Don Beltrán de Urdaneta (también aquíjotado): “Tendré que ir solo, encomendándome a Dios y a la Virgen.”, en *La campaña del Maestrazgo*. Episodio Nacional n. 25, o.c. pág. 16.

*es, y que su principal atributo es la injusticia, al menos lo que por tal tenemos de tejas abajo, y que es quizás la sublime esencia de la justicia.”*³⁰⁹

Resulta difícil de interpretar la última frase del texto. En todo caso se trata de un testimonio impresionante de psicología religiosa conflictiva; especialmente porque Galdós lo pone en boca de una mujer sencilla, buena y creyente, tan distinta del innominado personaje secundario y popular que en *Bailén* sentencia –como si no dijera nada–: *“Digo que Dios tiene que volver a hacer el mundo.”*³¹⁰

Es decir, la vivencia personal acerca de la justicia referida a Dios (de forma clara o velada) es una de las tensiones principales de la dramática existencial cristiana; hace que la fe popular y sencilla o la ahondada se vivan en una dolorosa incertidumbre. Lo que manifiesta, sin duda, tanto el propio sentimiento del autor como la realidad del mundo que él testifica.

No obstante, a pesar de esas dificultades conceptuales y sentimentales, nos parece que en el conjunto de la creación literaria de Don Benito se abre paso, sobre todo, el clamor de la fe religiosa más íntima, sea o no cristiana, que ante el dolor de la injusticia se eleva hacia la esperanza firme. Un texto fundamental y revelador es el que pone en boca de Daniel, el proscrito judío enamorado de la joven católica Gloria: *“No, no es posible que Dios y la justicia estén en desacuerdo. Esto ha de tener solución, porque lo absurdo no puede prevalecer. ¡Oh Dios mío!, dame luz, dime dónde está la salida de este horrible laberinto... Si no la hubiere, ¡oh soberano Dios!, todo, empezando por ti, debería ser negado, y esto no puede ser.”*³¹¹

En cualquier caso, el autor sitúa la misericordia divina por encima de la actitud justiciera; una misericordia que naturalmente incluye el perdón y el ofrecimiento de regeneración cuando ésta hace falta (como se le ofrece a Santorcaz, al final de la primera serie de Episodios). Y en el ya citado *El equipaje del rey José* el débil sacerdote Respaldiza, después de escuchar una grave confesión, confirma: *“Por grandes que sean las culpas de los hombres, mucho mayor es la misericordia de Dios”*³¹²

³⁰⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Narvárez*, Episodio Nacional n. 32 (Historia 16-Caja de Madrid. 1995. Pág. 100)

³¹⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Bailén*. Episodio Nacional n. 4 (Alianza Ed. Madrid. 1994. Pág. 106)

³¹¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*. O.c. pág. 371 Parecida fe en un Dios justiciero (que apoya la justicia que el hombre se toma por su cuenta) es la que tiene Casandra cuando grita a Doña Juana: *“Dios ha ensordecido las paredes de tu casa, y a tus sirvientes, y al mundo entero, para que no acudan a ti...Dios está conmigo.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Casandra*, o.c. pág. 315). Este Dios que está a favor del oprimido es la que Martín Muriel echa en cara al fraile Matamala: *“Yo creo en mi Dios, en un Dios a mi manera. Yo no creo en un Dios vengativo y suspicaz que ustedes han hecho a imagen y semejanza del hombre.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El audaz*. Ed. Hernando. Madrid 1982. Pág. 23)

³¹² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El equipaje del rey José*. O.c. pág. 134. Esta misma fe es la que aconseja Nazario al Sacrílego: *“Si abominas de tus pecados, por tremendos que éstos sean, Dios te los perdonará.”* (*Nazarín*. O.c. pág. 224).

Quizás una clave de interpretación del problema esté en comprender que la justicia de Dios se realiza normalmente a través de los acontecimientos humanos, tan dispares y contradictorios; aunque también más allá de éstos, incluso cuando tienen un carácter vindicativo. Lo que introduce una dialéctica difícil y realista que es preciso mantener a pesar de las dificultades de comprensión. Esto es lo que intenta pensar el infeliz Maximiliano engañado por Fortunata (ya enferma de muerte): *“Dios, realizando la justicia por medio de los sucesos, lógicamente, es el espectáculo más admirable que pueden ofrecer el mundo y la historia.”*³¹³

2.2 Sobre la relación personal del hombre con Dios.

¿El hombre puede entrar en relación con Dios? ¿Cómo se describe esa posible relación? ¿Existe una forma cristiana de oración?... Galdós se permite esbozar algunas respuestas significativas a estas cuestiones.

1) La experiencia del Dios cristiano.

Muchos personajes del mundo galdosiano (en la narrativa y en el teatro) “tienen” a Dios: testimonian algún tipo de vivencia (no precisamente sensitiva) de encuentro con Dios, desde la intuición más simple hasta una cierta percepción mística que en la mayoría de los casos está avalada por buena salud psíquica. Los encontramos natural y cristianamente creyentes en el Dios original del cristianismo (no contrario a otras concepciones de la divinidad). En ocasiones esa relación con Dios se articula a través de la contemplación abierta de la Naturaleza; el autor otorga esta experiencia muy franciscana a hijos suyos preferidos: a Marianela, a Ángel Guerra, a Nazarín...: *“Se alejaba, se alejaba, buscando más campo, más horizonte, y echándose en brazos de la Naturaleza, desde cuyo regazo podía ver a Dios a sus anchas.”*³¹⁴

Pero, sobre todo, lo que aparece en los textos es una búsqueda de Dios o, mejor, de la intervención divina; frecuentemente con acento desgarrado. Dios nunca es fácil, y hay que aceptar su tensa dificultad. Entre otros, Guillermina, mediadora admirable entre Fortunata (que acaba de tener el hijo) y la estéril Jacinta, reconoce: *“¡Qué limitada inteligencia la nuestra! No comprendemos nada, pero nada, de lo que Él (Dios) hace...”*

³¹³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*, vol. II. O.c. pág. 492

³¹⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*. O.c. pág. 77. El mismo pensamiento expresa el autor en el cuento fantástico *La pluma en el viento o el viaje de la vida*: *“En nada se admira tanto a Dios como en la naturaleza, ni nada es en ésta tan bello como la noche...”* *“Dulce es, entre todas las dulzuras, zambullir el pensamiento en la idea de Dios, adorarlo, contemplarlo, confundirnos ante su presencia como granos de polvo o frágiles plumas que somos las criaturas”*. (En la edición de Cátedra. Madrid 2200, pags. 130. 127)

*Pero yo corto por lo sano, y todas mis matemáticas se reducen a decir: cúmplase la voluntad del Señor.*³¹⁵

Distinto es el tono de confianza de la oración que eleva Halma frente al enigma de su futuro: no duda de que Dios va a responder a la súplica que le dirige para salir de la incertidumbre existencial (sintiéndose acosada por la intromisión de los eclesiásticos en su fundación comunitaria): *“El Señor me dirá lo que tengo que hacer, el Señor no ha de dejarme indefensa y vacilante en medio de este conflicto.”*³¹⁶

En todo caso, la relación personal con Dios se produce a un nivel íntimo y hondo, no exterior ni superficial. En el momento cumbre de su vida, ya en el trance de la muerte, algunos personajes emblemáticos, creyentes liberales en general como el conocido Patricio Sarmiento y también otros tipos humildes y sencillos, todos ellos, desean encontrarse a solas con Dios.³¹⁷

Y, refiriéndose a la admirada y –según el autor- liberal reina Juana de Castilla, el personaje más cercano en la escena (Mogica) la valora de este modo: *“Nuestra Reina lleva la religión en su alma piadosa. Ama fervorosamente a los humildes, a los limpios de corazón”*; defendiéndola así de la crítica que se le hace de no asistir a ceremonias religiosas.³¹⁸ El texto es importante porque en él (y en toda la pieza dramática) el autor añade a la verdadera religiosidad –a la actitud personal de íntima referencia a Dios- una exigencia de comunión con los humildes y pequeños, traduciendo libremente la expresión evangélica de Jesús cuando se refiere a los niños –los *paíroi* o menos considerados- (Mt 18,1-5 y sinópticos). Es decir, que la religiosidad del Reino de Dios –para Galdós- incluye como contenido necesario el comulgar con los menores de la sociedad.

Hasta cierto punto los escritos galdosianos sugieren, pues, una pedagogía del encuentro experimental con Dios en la propia interioridad. Maximiliano Rubín, presencia relevante intermedia en *Fortunata y Jacinta*, expresa tal vivencia : *“Lo que yo hago ahora es una acción noble... Mi conciencia me lo aprueba, y estoy tan satisfecho de ella como si tuviera a Dios dentro de mí diciéndome: bien, bien...”*³¹⁹

Y la refinada Lucrecia (de *El abuelo*), respondiendo al Conde de Albrit, tiene esta rotunda y sorprendente confesión: *“Eso, a que no doy nombre, porque si lo tiene yo lo ig-*

³¹⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*, vol. II. O.c. pág. 475

³¹⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*. O.c. pág. 320 . En el mismo sentido se defiende “Sola” frente al escepticismo de su padre Gil de la Cuadra: *“¿Por qué hemos de dudar de Dios?... –Estás loca. No conoces el mundo. –Lo conozco.- ¿En qué esperas? – En Dios”*, (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Siete de julio*. Episodio Nacional n. 15. O.c. págs. 46-47)

³¹⁷ La desgraciada “Eloísa” entabla este último diálogo: *“Dios me perdonará. ¡No, no quiero ver curas...! Ya me las arreglaré sola con Dios”*. (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Lo prohibido*. Clasicos Castalia. Valencia. 1971. Pág. 363) *“Cuando uno se muere así (solo en el mar, a punto de ahogarse) – dice el marinero “Marcial”- basta y sobra con que uno se entienda con Dios. ¿No has oído tú eso?”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Trafalgar*. Episodio Nacional n.1. O.c. pág. 166)

³¹⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Santa Juana de Castilla*. (Ed. Fragua. Madrid. 2010. Pág. 42)

³¹⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*, vol. I. O.c. pág. 536

*noro,... ya lo he dicho a Dios, único a quien debo decirlo. Y crea usted que, para expresarlo, he tenido que violentar mi voluntad de un modo espantoso. Todo el que no sea Dios es un extraño, es un profano, sin derecho ninguno a recibir declaración tan grave. Ni una palabra más.”*³²⁰

El angustiado cesante Ramón Villaamil, por su parte, aconseja así a su hija Abelarda: *“No te apresures; reza con calma y cuanto quieras, que hay tiempo todavía. ¿Verdad que el corazón parece que se descarga de un gran peso cuando le contamos nuestras penas al único que las puede consolar?”*³²¹

También es la figura de Soledad –tan querida para el autor y los lectores– quien se eleva a este tipo de relación honda:

*“Había hecho ya con Dios pacto de resignación absoluta, y se entregaba a la voluntad divina, prometiendo no hacer ninguna resistencia a los accidentes humanos... Su espíritu se había rendido al fin, aceptando la fórmula esencial del cristiano, que es rendirse para vencer y perderse absolutamente para absolutamente salvarse.”*³²²

La hondura espiritual del texto es sorprendente. Esta página podría añadirse a las de nuestros grandes místicos.

Los textos que acabamos de citar tienen todos el mismo sentido, y es notable que entre la escritura de unos y otros (el episodio *El terror de 1824*, *Fortunata y Jacinta* - *Miau* y *El abuelo*) han transcurrido diez años de la vida ya madura de Don Benito.

¿Considera la posibilidad de que el hombre llegue en el encuentro personal con Dios a un grado de verdadera mística? Parece razonable afirmarlo partiendo de los datos referidos y de las experiencias que describen algunos otros personajes amables e importantes: Nazarín, Leré e incluso Ángel y Lucía la ciega (en *Ángel Guerra*), Catalina de Artal (*Halma*), María (del Episodio *Zargoza*) y María (de *Mariucha*)...; aunque tales desarrollos místicos no sean frecuentes en la obra galdosiana.

La relación con un Dios personal se abre así –a lo largo del conjunto de la obra– a la experiencia de una sentida comunión del hombre con la divinidad: a la mística de la coincidencia admirable (o del deseo de coincidencia) entre la voluntad humana y la divina.

En la misma dirección, aunque de forma indirecta, resultan contundentes los relatos críticos del falso misticismo. En particular, el de Paulita Porreño (*La Fontana de Oro*), el de la monja Sor Patrocinio, hábil manipuladora política (*Los duendes de la camarilla*), o el de la sincera pero errada espiritualidad de Luis Gonzaga, desarrollada y pro-

³²⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El abuelo*. O.c. pág. 227

³²¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Miau*. (Cátedra. Madrid. 2008. Pág. 317)

³²² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*. O.c. pág. 145. V. también pág. 174

yectada sobre su hermana María Sudre (*La familia de León Roch*). Galdós, que conoció y gustó los poetas místicos de nuestro primer Siglo de Oro, pensó que la verdadera mística cristiana apenas podía existir dentro del clima del catolicismo de su época, falto de naturalidad y de cordial fe cristiana, mediatizado por intereses de poder.

2) El dramático acceso personal a Dios.

Frecuentemente la relación del hombre con Dios surge desde el dolor, el abatimiento y el peligro amenazante; desde la propia oscuridad. Surge en una tensión de lucha y se desarrolla en ésta, en la agonía.

Por ejemplo, el sentimiento de soledad e impotencia es el que suele encaminar al hombre hacia Dios. A éste acceden las personas desde la oscuridad interior, como aparece con frecuencia en el libro veterotestamentario de los Salmos (recuérdese el *salmo 129*, por ejemplo) o en el libro de *Job*. Notemos que muchas de las experiencias descritas antes enmarcaban la vivencia religiosa en el sufrimiento de los personajes y en el amanecer liberador que se apuntaba en sus vidas. Esta forma de sentir la fe en Dios se repite con insistencia y llega a ser tan natural como bíblica.

El conocido protagonista de la primera serie de Episodios, Gabriel de Araceli (denominación doblemente simbólica y religiosa), en el relato sobre Juan Martín el Empecinado, dice:

*“Cuando me quedé solo medité largo rato sobre mi suerte, y si en un momento me dejé arrebatar por la más amarga desesperación, luego, con elevar a Dios mis pensamientos se calmaron un tanto las borrascas de mi espíritu. Con la resignación llenóse éste de una paz dulce y triste que me disponía al doloroso cambio de nuestra vida por otra mejor... La esperanza no abandona al hombre cristiano. Yo traía a Dios a mi corazón.”*³²³

Y este mismo amable personaje denota una relación íntima de lucha cordial con Dios, también al modo bíblico del enfrentamiento de Jacob con Yahvé (*Gn 32,23-30*), cuando, al final de la serie, afirma: *“Dios sabe que te he ganado bien”*, refiriéndose al logro del encuentro definitivo con Inés (imagen en todo momento de lo divino) que ha sido su empeño a lo largo de las diez novelas.³²⁴

Por su parte, con el acento de la salmodia más dramática, Salvador Monsalud gime ante Dios: *“Todo aquello en que pongo los ojos se vuelve negro... Los volterianos me han quitado la religión, sin ponerme en su lugar más que ideas vagas... Dios mío, ¿por*

³²³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Juan Martín el Empecinado*, cap. XVI (Alianza Ed. Madrid. 1998, o.c., pág.114)

³²⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La batalla de los Arapiles*. O.c. págs. 174-175

*qué estoy tan lleno y todo tan vacío en derredor de mí? ¿En dónde arrojaré este gran peso que llevo encima y dentro de mi alma?”*³²⁵

De una crisis semejante saldrá el atormentado sacerdote José Fago: *“De esta crisis salió no sé cómo la resurrección de mi ser; en mí encendió el Señor su Espíritu nuevo, y pude decir: ¡Oh Dios!, en ti resucito, y te reconozco y a ti me entrego.”*³²⁶

El proceso de Monsalud será más lento, pero, al fin, culminará en un Dios recuperado definitivamente. Y parecido es el reencuentro con la divinidad que experimenta Martín Muriel, aunque en este caso el personaje no logre una fe duradera y termine por derivar hacia la locura.³²⁷ Es decir, Galdós evita concebir la relación salvadora del hombre con Dios (o de Dios con el hombre) de un modo simplista y fácil. Dios es difícil, pero no imposible; gratuito, pero no superfluo. La relación con Él es, pues, dramática; en ocasiones terriblemente dramática. El personaje Torquemada no es precisamente un modelo de creyente, pero la respuesta que da al padre Gamborena cuando se le ha muerto el hijo representa el grito más amargo de una gran parte de hombres, un grito que hunde sus raíces en el libro de los Salmos (*“¿Por qué, Señor, me rechazas y escondes tu rostro?” Salmo 87*)³²⁸

3) El proceso hacia la intuición de Dios.

Cuestión de gran importancia es saber cómo plantea Don Benito el encaminamiento de la persona hacia alguna intuición de Dios. Señalamos ya antes –y veremos todavía con detenimiento– los caminos errados, los estados de ánimo y las falsas imágenes que desvirtúan (a veces radicalmente) la vivencia personal de encuentro con Dios, al menos, con el Dios cristiano.

Aunque no se desarrolle amplia y explícitamente ese proceso, sí encontramos apuntes claros sobre el particular en las palabras y en la trama de personajes con los que el autor se identifica.

En el comienzo de *Nazarín* se nos narra el punto de partida de la relación con Dios: “la salida de la propia tierra”, una decisión que recuerda a la de Abraham (*Gn 12*), a la de Francisco dejando a su padre Bernardone y, literariamente para nosotros, a las de

³²⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Ep. N. N° 14, *El Grande Oriente*, cap. XV (Hist. 16. Altorrey, Madrid 1993. págs. 113-114). V. también *Juan Martín el Empecinado*, o.c. pág. 124

³²⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zumalacárregui*, Episodio Nacional n. 21. O.c. cap. I. Pág. 15

³²⁷ “Restableció todo lo divino y todo lo eterno; y el ídolo, caído a impulso de la filosofía, volvió a ocupar en el cielo vacante su trono inmortal. El ateo se complacía en deslumbrar sus ojos con la luz que esparcía por los mundos aquel altísimo ser...; pero su creencia era vaga y oscura, sin que en ella hubiera nada de la entidad personal de que había oído hablar a los teólogos... Más que fe, aquello era esperanza.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El audaz*. O.c., pág. 17)

³²⁸ “-No te reveles contra la voluntad de Dios... Si Él lo ha dispuesto así... (dice Gamborena, y responde Torquemada) –No. No puedo. No quiero resignarme. es un robo..., la envidia, la pura envidia. ¿Qué tiene que hacer Valentín en el cielo? Nada, digan lo que quieran; absolutamente nada... Dios, ¡qué mentira, qué engaño! Todo está mal, y el mundo es un horror, una inmensa cerdada.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada en la hoguera*, Alianza Editorial, Madrid 1979, pág. 68-69)

Don Quijote. El texto –además de cervantino- nos parece muy bello y profundamente bíblico:

*“A la mañana siguiente, el bendito Nazarín, descalzo, ceñida la faja sobre el chaleco de Bayona, encima el capote, encasquetada la montera, y un palo en la mano, despidióse de sus honrados bienhechores, y con el corazón lleno de júbilo, el pie ligero, puesta la mente en Dios, en el cielo los ojos, salió de la casa...: al traspasarla creyó que salía de una sombría cárcel para entrar en el reino dichoso y libre, del cual su espíritu anhelaba ser ciudadano.”*³²⁹

La nueva armonía con la vida y con Dios se abren paso cuando Paulina (en *Amor y ciencia*), María (en *Mariucha*), Fernando (al final de la tercera serie de Episodios), Celia (en *Celia en los infiernos*), Atenaida (en *La razón de la sinrazón*), Víctor y Rosario (en *La de San Quintín*), etc. dejan atrás las ataduras de familia, clase social o ambientes que los han detenido en su propio pasado, para iniciar un camino en el que Dios puede ser hallado.

Una segunda condición del acceso íntimo a Dios es el amor. Amor expresado a través de un concepto quizá más simple y éticamente imprescindible: el del bien, porque la prueba de que hay amor es dar la vida bondadosa y calladamente. A Dios se va haciendo el bien (*“Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios”, 1 Jn 3,7*). Es el bien hacer de Sola, de Marianela, de María (*Mariucha*), de Electra, de Isidora (*Voluntad*), de Benina y de Benigno Cordero... lo que conduce sus vidas hacia una honda religiosidad. En la misma escena de *Electra* que citamos antes, Máximo replica a Pantoja (que pretende justificar su perversa idea de lo religioso): *“A Dios no se va más que por un camino: el del bien.”* Añadiendo él mismo, un poco más adelante, el otro cauce necesario para llegar a la auténtica relación con Dios, la verdad: *“En Dios confía quien adora la verdad. Por la verdad combatimos. ¿Cómo hemos de suponer que Dios nos abandone?”*³³⁰

Es bella, significativa y de hondura evangélica la expresión de Pepe Rey dirigida a Rosario: *“Tienes la cualidad admirable de estar a todas horas proyectando sobre cuanto te rodea la divina luz de tu alma... Los nobles sentimientos y la pureza de tu corazón se manifiestan. Viéndote, se ve una vida celeste que por descuido de Dios está en la tierra:*

³²⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*. O.c. pág. 82. Aunque sea discutible algún punto de su teología, nos parece que acierta RAFAEL NARBONA al desarrollar esa imagen de la “salida” de Nazarín: *“Al alejarse de la ciudad, le invadirá la sensación de haber emprendido el camino hacia ese reino espiritual del que anhela ser ciudadano. La ciudad de Dios comienza allí donde acaba la ciudad de los hombres. Ésa es la meta y no se desviará de ella, aunque proseguir en esa dirección le convierta en víctima de la injusticia y la maldad de sus semejantes... Y más adelante: El merodeo por descampados en compañía de mujeres de mala vida evocan el relato bíblico, cuando Cristo se retira al desierto antes de iniciar una predicación que prenderá entre prostitutas y publicanos.”* (Rafael Narbona, *Pérez Galdós: Nazarín, juglar de Dios*. O.c., págs.14-15)

³³⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Electra*, o.c. pág. 322. ³²⁹ V. también *Celia en los infiernos*. O.c. pág. 365

eres un ángel y yo te adoro como un tonto.”³³¹ (Pepe ha sido precisamente tachado de ateo por Doña Perfecta y por el mezquino mundo de Orbajosa).

Como veremos, Galdós desarrollará ampliamente -a lo largo de toda su producción- esta perspectiva religiosa de la significación divina del amor, de la bondad y de la pureza, verdadera propedéutica teológica. Señalaremos también más adelante los procesos psicológicos que, junto a la dinámica del amor, suelen introducir en la vivencia religiosa, siguiendo los itinerarios personales descritos en las obras de mayor calado teológico (*Nazarín*, *Misericordia*, *Halma*, *Ángel Guerra*, *Amor y ciencia*, *Electra*...).

4) La oración cristiana.

Desde el realismo de la experiencia de Dios (tal como va apareciendo en la obra galdosiana) la oración personal fluctúa entre la queja amarga -que incluye la aceptación costosa de la voluntad divina- y la ingenuidad confiada. Por una parte, sobrecoge la larga plegaria de Ramón Villaamil, el eterno cesante de *Miau*, tan distinta de la versión infantil de oración que practica su nieto Luis o Cadalsito.³³² Y de forma parecida, con el mismo fuerte realismo, surge la que hace Ángel Guerra ante la muerte de su hija: “¿En qué se ha de conocer nuestra miseria y la grandeza del ser Supremo sino en esto de pedir nosotros y darnos él lo que no merecemos? Pero con Dios no vale el ser porfiado y fastidioso. Solicita con humildad. Y conviene además hacer fe... Esto sí que es difícil; pero no hay más remedio.”³³³

Por otra, se muestra la visión orante -seguramente más evangélica- que tiene Gabriel de Araceli, a punto de entrar ya en una serena madurez, al final de su larga aventura de diez Episodios, cuando confiesa: “Dios me ha dado lo que da a todos cuando lo piden buscándolo, y lo buscan sin dejar de pedirlo.”³³⁴

Otro tipo de oración entre ingenuo y absurdo y no exento de buen humor sería el que testimonia el autor a la hora de narrar el bombardeo de El Callao por la fragata “Numancia”, invocando unos a Santa Rosa de Lima y otros, los marinos españoles, a la Virgen del Carmen.³³⁵ En varias ocasiones volveremos a encontrar oraciones de esta

³³¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Doña Perfecta*, o.c., pág. 118

³³² “Jamás hice ni consentí un chanchullo, jamás, Señor, jamás. Eso bien lo sabes tú, Señor... Ahí están mis libros cuando fui tenedor de la Intervención... ¿Por qué tanta injusticia en estos jerongados Gobiernos? Si es verdad que a todos nos das el pan de cada día, ¿por qué a mí me lo niegas?... Señor que no me engañe ahora... Yo te prometo no dudar de tu misericordia como he dudado otras veces; yo te prometo no ser pesimista, y esperar, esperar, en ti. Ahora, Padre, tócale el corazón a ese cansado Ministro...” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Miau*. Cátedra. Madrid. 2008. Pág.315). Ver las fantásticas visiones y oraciones de “Luisito” en las págs. 154-155, 308-310, que constituyen, sin duda, un rico y vivo documento de psicología religiosa infantil.

³³³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. I (Alianza Editorial. Madrid 1986. Vol. I. pág. 151)

³³⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La batalla de los Arapiles*, o.c. pág. 265

³³⁵ “Allá como aquí se pediría el auxilio de Dios y los Santos, que se habían de ver bien perplejos para contentar a todos... Difícil era, no obstante, que la santa, con ser de ideal hermosura mística, tuviese

clase en novelas o en páginas impregnadas de cierta ironía, como es la oración que hace Almudena (Joseph Marien Almudena) delante de Benina para convencerla (con su fe medio hebrea, medio islámica) de que se case con él, oración sin duda bella y en la que el curioso personaje emplea, además, un texto sefardita.³³⁶

Pero el ejercicio de la oración merece a Don Benito todavía mayor consideración; sorprendiendo el hecho de que conozca muy bien su esencia y tanto la pedagogía de la oración cristiana como las dificultades que la persona experimenta para realizarla con sosiego.

Es notable que ponga en palabras del “librepensador” netamente cristiano Pepe Rey (en *Doña Perfecta*, como antítesis de las oraciones de esta mujer) su mejor definición de la oración:

*“Ya sé qué es la oración: una súplica grave y reflexiva; tan personal, que no se aviene con fórmulas aprendidas de memoria; una expansión del alma, que se atreve a extenderse hasta buscar su propio origen, lo contrario del remordimiento, que es una contracción de la misma alma, envolviéndose y ocultándose, con el ridículo empeño de que nadie la vea.”*³³⁷

El texto (de corte ignaciano tal vez) es sencillamente admirable. Una ejemplificación del mismo pudiera ser la patética oración que dirige a la Virgen la desamparada y frágil Marianela o la sufriente Rosario.³³⁸

En realidad, la novela *Ángel Guerra* (propuesta de una alternativa cristiana global) junto con *Nazarín* son las obras que desarrollan mejor el pensamiento sobre este tema. Ángel, ya convertido, intenta encontrar el camino de la oración:

“Del examen de sí propio había sacado en limpio que la oración no fluía de su mente con facilidad y desahogo cuando la practicaba de un modo abstracto, porque mil ideas profanas, confundiéndose con la idea regida por la voluntad, la distraían y em-

bastante valimiento para lograr que quedase desairada la Virgen del Carmen, a quien casi todos los marinos nuestros, verbal o silenciosamente, se encomendaban.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La vuelta al mundo en la “Numancia”*. Episodio Nacional n. 38. Historia 16-Caja de Madrid. 1995, pág. 176) Más seria y sosegada es la oración que hace el protagonista de este Episodio, pidiendo a la Virgen no morir sin haber visto antes a su hija huída (pág. 69).

³³⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Misericordia*, o.c. pág. 234

³³⁷ PÉREZ GALDÓS, Benito, *Doña Perfecta*, en la edición de las Obras Completas, vol. IV, pág. 502

³³⁸ “Madre de Dios y mía, ¿por qué no me hiciste hermosa?...¿Para qué estoy en el mundo? ¿Para qué sirvo? ¿A quién puedo interesar? A uno solo, Señora y Madre mía, a uno solo que me quiere porque no me ve... Si sus ojos nacen ahora y los vuelve a mí y me ve, me caigo muerta... Ya que vas a hacer el milagro de darle la vista, hazme hermosa a mí o mátame... Daré mis ojos porque él vea con los suyos; daré mi vida toda...” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*, o.c., pág. 169) Así mismo, la desgarrada oración de Rosario, al final de *Doña Perfecta*: “Señor, Dios mío, ¿he dejado de ser buena y honrada...? Yo no me conozco. ¡Mi corazón está consumido de tanto sentir...! ¿Oyes mi voz, o estoy condenada a rezar eternamente sin ser oída? (PÉREZ GALDÓS, Benito, *Doña Perfecta*, o.c., pág. 240)

barazaban. Viose, pues, obligado a sujetar el pensamiento por medio de la contemplación sensorial de la imagen o símbolo, de donde vino a deducir la importancia y utilidad del arte en la vida religiosa. Pero no quedaba satisfecho de sí mismo, y aspiraba a educarse en el rezo metafísico y en las meditaciones abstractas y puras.” ³³⁹

Los métodos ignaciano y sulpiciano parecen sinetizarse en estas palabras.

Y un modelo valioso de oración cristiana pudiera ser precisamente el que eleva Dulcenombre, figura galdosiana extraordinaria, amante no correspondida y abandonada de Ángel, tras la penosa enfermedad anímica y la recuperación espiritual:

“Yo, Señor, no aspiro a la perfección ni mucho menos: sé que he de ser siempre pecadora y lo que te pido es que me pongas en condiciones de vivir sin ofenderte en cosa mayor, para lo cual lo primero es que me arranques la ley que todavía le tengo a ese pillo...(el enamoramiento enojado) ¿Pues no soñé la otra noche que me agradaría que mis hermanos le matasen? No, Señor, esto no ha sido más que una idea que pasó, como pájaro que vuela, como sombra de una nube que corre por allá arriba. Yo no quiero nada de muerte, pero si no serenás mi corazón, el mejor día salgo con una pitada muy gorda.” ³⁴⁰

¿Qué íntima vivencia espiritual creyente está manifestando el autor al transcribir la plegaria de esta humilde criatura suya que embelesa al lector?

Respeto le merece también en ocasiones la oración de devocionario popular (del rosario, por ejemplo) hecha libre y sinceramente como una petición íntima de ayuda a Dios y a la Virgen. Así es la del veterano Don Alonso, un poco a hurtadillas, durante la batalla de Trafalgar. ³⁴¹ Y lo mismo parece percibirse cuando narra el ferviente rumor orante que se eleva en el Pilar de Zaragoza (Episodio *Zaragoza*) con ocasión de los sitios de la ciudad. E incluso la oración pública de rogativas, aunque estima que ésta, en todo caso, debe venir convalidada por el ejercicio del servicio y el amor, que son ya oración cristiana. ³⁴²

³³⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. II. O.c. pág. 378

³⁴⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol II. O.c. pág. 401

³⁴¹ “Un instante después le vi sentado en un rincón de la cámara. Estaba rezando y movía las cuentas del rosario con mucho disimulo, porque no quería que le vieran ocupado en tan devoto ejercicio; y viéndole rezar me hice cargo de la debilidad de su espíritu, que en vano se había esforzado por sobreponerse a la edad cansada, y no pudiendo sostener la lucha, se dirigía a Dios en busca de auxilio.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Trafalgar*. Alianza Editorial. Madrid. 1995. Pág. 117)

³⁴² “La oración externa hecha con todo el aparato de los espectáculos públicos... tal vez no traspase el límite de esas nubes de color plumizo que ocultan el cielo a nuestra mirada. En estos días se hacen rogativas más fervientes y espontáneas. Oraciones hay pronunciadas o sentidas en lo más recóndito del hogar, donde una víctima infeliz sostiene la más terrible lucha con la muerte; se oyen plegarias recónditas como el dolor que las inspira, mudas rogativas santificadas por la limosna que se elevan a Dios desde el seno de una familia donde aún sonríe la esperanza, donde penetra la caridad simbolizada

Sin embargo, se aleja radicalmente de aquel tipo de oraciones verbales que denotan una falsa religiosidad. Son textos frecuentísimos en los devocionarios de la época, que incluyen misticismos ficticios, actitudes a veces antisociales, ninguna teología seria y una poética insufrible. González Povedano hace un análisis crítico bastante pormenorizado de esas páginas a las que tuvo acceso Galdós.³⁴³

3. Crítica de las falsas imágenes de Dios en la obra galdosiana.

Acabamos de verificar el profundo sentido de Dios que se alberga en la inmensa mayoría de los personajes principales y modélicos que centran las diversas tramas de los escritos de Don Benito; prueba –bastante clara para nosotros- de que es el autor quien posee tal visión entre popular y teológica; una visión enteramente positiva.

Pues bien, a pesar de ello, con mayor intensidad literaria aún, nos va a sorprender ahora la profusión de textos en los que una galería demasiado amplia y significativa de tipos expresan la equivocada imagen de lo divino, la creencia en un Dios que –para el escritor- no tiene nada de Dios, no es referente humano ni cristiano. En todas esas páginas encontraremos, desde luego, un acento de crítica y de oposición; y una intencionalidad clara: precisamente la condena de esas ideas que están exponiendo los personajes (al escribir el autor como testigo realista y como pedagogo), la superación de tal religiosidad que –con harta frecuencia- ampara a la injusticia y al crimen (como sucede en *Doña Perfecta*).

Al final de la cuarta serie de Episodios (y comienzo de la quinta) un texto fundamental enuncia y resume el proceso de crítica que desarrolla el autor en toda su producción; se trata de una conversación entre la Reina Isabel y el protagonista Pepe Fajardo que ha sido llevado a su presencia.

“Yo confío siempre en Dios –dice la Reina-, que creo no me abandonará... Y mientras la Reina desarrollaba la misma idea en forma familiar, Beramendi (Fajardo) le dirigió con el pensamiento estas graves razones: ‘No invoques el Dios verdadero mientras vivas prosternada ante el falso. Ese Dios tuyo, ese ídolo fabricado por la superstición y vestido con los trapos de la lisonja, este comodín de tu espiritualidad grosera, no

en el piadoso sacerdote que lleva el consuelo del alma, o en el amigo que lleva el lenitivo del cuerpo. Éstas son las rogativas que llegan hasta Dios.” (PÉREZ GALDÓS, Benito, artículo en *La Nación*, de 20/10/1865, en *Los artículos de Galdós en La Nación*, edición de W. SHOEMAKER. Ínsula. Madrid 1972, pág. 170)

³⁴³ GONZÁLEZ POVEDANO, FRANCISCO, *¿Qué rezaba, por ejemplo, María Egipciaca Sudre? Algunos textos de devoción de su época, como documentación histórica para la obra de Galdós.* Setas del IV Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 1990 Cabildo Insular de Gran Canaria. págs. 407-423

vendrá en tu ayuda, porque no es Dios, ni nada. Te compadezco, majestad ciega’.”

344

Galdós acaba de expresar probablemente su preocupación y su pensamiento sobre las falsificaciones de la idea de Dios tan en uso dentro de la sociedad española; falsificaciones que va a rechazar a lo largo de las tramas literarias. No puede admitir un Dios de presencia arbitraria, partidista, cómplice de injusticias y violencias, destructor de la vida, fundido en lo eclesiástico.

1) Rechazo de la idea de intervención divina arbitraria e inmoral.

La mayoría de personajes de Galdós progresan despacio en su calidad humana y espiritual. Por eso no es de extrañar que en una primera fase de la vida del joven Gabriel de Araceli (digamos que estando todavía en proceso de formación) éste sienta la *“imposibilidad de destruir aquella montaña que Dios ha puesto sobre mí, puesto que Dios ha dispuesto mi caída.”*³⁴⁵ Ese peso insufrible de Dios adquiere con frecuencia la forma de culpabilización injusta: Dios culpa al inocente de la existencia de males, en sí mismo o en otros. La psicología profunda sabe de este gravísimo deterioro anímico que acentúa el tono trágico cuando se implica a Dios en ello.

Pues bien, el escritor condena esta falsa imagen de Dios; lo hace, por ejemplo, situando de manera simbólica ese rechazo en la imaginación de Cadalsito, en *Miau*: el niño sueña que Dios le culpa de las desgracias que padece su abuelo por no ser él un estudiante aplicado (¡y no puede serlo ya que llega a casa rendido de trabajar como cartero del abuelo!).³⁴⁶

Miau es, desde luego, una de las obras de mayor riqueza en los análisis de psicología religiosa, en especial referida a la infancia. El pequeño Luis –Cadalsito– es un gracioso pseudomístico en ciernes: en sueños y medio despierto “ve” a Dios y dialoga con él. Y el también abuelo Don Benito (estamos ya en 1888) parece recrearse narrándonos en la novela las fantasías religiosas del niño. Estas imágenes intervencionistas de Dios no podemos catalogarlas con la falsedad de las anteriores, pero sí es conveniente recordarlas aquí por su frecuencia.³⁴⁷

³⁴⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de los tristes destinos*. Episodio Nacional n. 40. O.c. pág. 110.

³⁴⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Napoleón en Chamartín*. Episodio Nacional n. 5. (Casa Editorial Hernando. Madrid 1974. Pág. 56). En un sentido menos duro el mismo Gabriel se queja así de su destino: “¡Cuánto me hace trabajar Dios antes de concederme lo que me tiene destinado!” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La batalla de los Arapiles*, o.c. pág. 174)

³⁴⁶ “¿Cómo quieres que Yo coloque a tu abuelo si tú no estudias?... Tú tienes la culpa, porque si estudiaras...” le parece oír a Dios en sueños. (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Miau*. O.c., pág. 155)

³⁴⁷ V. *Miau*, o.c. págs. 154-155 y 308-310. Una visión de Dios más ridícula aparece en boca del desagradable personaje Lord Gray en el Episodio *Cádiz* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c. págs. 102 y 214). Semejante es la visión amarga y falsamente creyente del patriarca aragonés “Montoria”: “Dios nos ha dado paz, felicidad, bienestar y buenos hijos; ahora parece que nos lo quiere quitar todo.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zaragoza*. O.c. pág. 143.)

Fernando Navarro “Garrote”, tipo molesto para el autor por importantes razones (seductor depravado y fanático religioso y político), en una escena de intenso dramatismo, vierte esta idea tremenda de Dios: *“Dios me abandona y no me permite morir con la dulce y tranquila muerte del buen cristiano... Dios mío, Dios justiciero que así prolongas mi castigo, ¿más todavía?”*³⁴⁸

Quizás le cueste a Galdós mucho más el reconocer que “Marianela”, su personaje querido, su hija más frágil, a pesar de la exquisita y natural espiritualidad que posee, tenga que confesar también: *“Puesto que Dios quiere que sufra esta humillación, sea.”*³⁴⁹ Es el momento en que vive el abandono del amor de Pablo, su único sueño.

En definitiva, el prejuicio que domina en estos planteamientos religiosos podría resumirse en esta frase de Fernando Calpena, eco de un sentir popular: *“Nosotros lo intentamos, y Dios decide.”*³⁵⁰

Rechazo importante merece al autor la interpretación de Dios que hace Juan Bragas de Pipaón creyendo en un Dios que apoya sus trapicheos corruptos en la Administración.³⁵¹ Y, aunque pueda resultar grato al lector, tampoco deja de parecer claramente erróneo el comentario que hacen tres personajes secundarios a propósito de la muerte del durísimo general carlista Cabrera: *“... conviniendo en que si resultaba cierto, sería gran merced de Dios, apiadado al fin de la pobre España.”*³⁵²

Quizás el prototipo de esta actitud increyente sea Francisco Torquemada que atribuye a Dios, con terrible ira, la desgracia de la muerte de su primer hijo, Valentín, y de su segunda esposa, Fidela, proclamando que Dios (en quien no cree) se ha vengado de él.³⁵³

³⁴⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El equipaje del rey José*. O.c. págs. 147-148 Este mismo pensamiento aparece en “Monsalud” en el Episodio n. 18, *Un voluntario realista*: *“Sin duda, el Autor de todas las cosas, o le creyó indigno de misericordia por la magnitud de sus pecados, o quiso someterle a sufrimientos muy amargos para probar el temple de su espíritu.”* (o.c. pág. 67)

³⁴⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*. O.c. pág. 192

³⁵⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los Ayacuchos*. Episodio Nacional n. 29 (Historia 16-Caja de Madrid. 1995. Pág. 148)

³⁵¹ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Memorias de un cortesano de 1815*. Episodio Nacional n. 12 (Altorrey-Historia 16. Madrid. 1993. Págs. 10 a 12 Con otro tono, y reconociendo su error, confiesa así la irascible “Jenara”: *“Mi egoísmo había llegado al horrible extremo de pedir cuenta a la Divinidad de los desaires que me hacía.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los cien mil hijos de San Luis*. Episodio Nacional n. 16 . Altorrey-Historia 16. Madrid. 1993. Pág. 157)

³⁵² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La campaña del Maestrazgo*. Episodio Nacional n.25 (Historia 16.Caja de Madrid. 1994. Pág. 32

³⁵³ Un rechazo igual merece al escritor la idea de que el cólera (extendido por el sur de Europa en 1865) es un castigo de Dios por la ocupación de los territorios pontificios en Italia y por el reconocimiento del nuevo estado italiano: *“La idea de que cólera es un castigo es la más impías de las blasfemias lanzadas en nombre del Hacedor Supremo... Esa idea resume en sí la hermanación monstruosa que ellos (algunos eclesiásticos) han hecho de la religión y la política... Ahí está la religión convertida en tráfico,*

2) Rechazo del Dios partidista.

Si las imágenes divinas anteriores -inevitables por su realismo- suscitan dolorosa incompreensión, las que ahora vamos a contemplar despiertan en el autor no sólo disgusto, sino ira.

a) En el importante relato de la huída del ejército francés tras su derrota en Vitoria, el viejo patriota Miguel de Barahona hace esta rotunda exclamación: “Dios es español. Dios, sí. Y ya ves aquí los golpes de su mano protectora... Además del Paraíso que Dios destina a los elegidos, ha de haber otro Paraíso mejor para estos mártires de la patria.” Idea que ha confirmado antes la bellísima Jenara (siempre en duda sobre su amor a Carlos o a Salvador): “Nosotros somos Dios, Salvador; nosotros los españoles somos Dios y ellos (los liberales) el Demonio, nosotros el Cielo y ellos el Infierno”³⁵⁴. Tal fanatismo es el que esgrime Fernando Garrote (en el mismo escrito) cuando condena solemnemente a su propio hijo con dureza extrema, renegando de él porque es liberal e irreligioso³⁵⁵. El Episodio Nacional *El equipaje del rey José*, al que nos estamos refiriendo, es quizá uno de los de mayor contenido respecto al asunto que tratamos en este apartado.

La vinculación de los conceptos Dios y patria, particularmente en su versión conservadora repetida con insistencia, es uno de los obstáculos más graves para la convivencia nacional y, al mismo tiempo, representa un tremendo deterioro de la imagen religiosa. Se trata de una grosera manipulación del ser divino por parte de los hombres en beneficio de la propia afirmación individual y colectiva.

b) Dios no puede quedar reducido al ámbito del catolicismo.

La dura crítica de la errada y funesta religiosidad dominante en el país, al menos en la cultura española mayoritaria, culmina en la novela *Gloria* (1877), con la que Galdós entra también -de forma radical y airada, desde luego- en una de las cuestiones religiosas pendientes para los españoles y, en general, para los cristianos: el antijudaísmo visceral, pretendidamente fundado por ambas partes (la nuestra y la hebrea) en la única y veraz visión de Dios monopolizada en exclusividad por cada una; como si Dios sólo pudiera ser católico, o sólo judío. Esta obra, paralela a Rosalía, es una crítica acerba a la mayoritaria postura católica del momento; puede interpretarse como un abrazo al mundo judío y como una absoluta y feliz unidad e identidad del Dios de los dos Testamentos bíblicos.

el Evangelio convertido en blasfemia y Dios en traidor de melodrama.” (PÉREZ GALDÓS, Benito, artículo en *La Nación*, de 20/10/1865, en *Los artículos de Galdós en La Nación*, edición de W. SHOEMAKER. Ínsula. Madrid 1972, pág. 170)

³⁵⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El equipaje del rey José*. Episodio Nacional n. 11. O. c. pág. 182-184. Y pág. 65 Los mismos pensamientos los ratifica Miguel de Barahona en el Episodio n. 13, *La segunda casaca*: “Estos principios que sustento, no son míos, son de Dios... La infame revolución (liberal) podrá triunfar un día por expreso consentimiento de Dios; pero aun triunfante no dejará de ser alcázar de pecados...” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c., pág. 14).

³⁵⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La segunda casaca*, o.c. págs. 137-139

Aludimos ya, antes, a algunos aspectos importantes del tremendo debate interior que sostienen los protagonistas. Podríamos añadir que el rapto final del hijo de Gloria y de Daniel por la familia Lantigua (para asegurar la “cristianización” del niño) tiene un asombroso parecido con el doloroso asunto sucedido en Roma entre 1856 y 1870: Edgardo Mortara, hijo de familia judía, fue raptado por un Inquisidor (bajo pretexto de que el pequeño había sido bautizado en secreto por una sirvienta) y llevado a Roma, a la Casa de Catecúmenos bajo la protección del Papa Pío IX, sin que las gestiones del padre judío (directas y a través de la prensa internacional) consiguieran la reintegración del niño al seno de la familia.

Gloria se acaba de escribir en 1878. ¿Quiso Galdós también –con la novela- apoyar la causa de Mortara aún pendiente?

En *Doña Perfecta*, primera de las grandes novelas de tesis, se insinúa ya una defensa del Dios universal y una condena del uso de Dios para establecer antagonismos a causa de la religión.³⁵⁶ La réplica temática va a ser reiterativa en toda la creación galdosiana como eco de las palabras evangélicas: “*Dios hace salir el sol sobre malos y buenos, sobre justos y pecadores.*” (Mt 5,45)

3) Rechazo del Dios cómplice o autor de la injusticia y de la violencia.

Al tratar de la crítica de la intervención fatalista de Dios ha aparecido ya –en nuestro autor- el problema de la justicia divina, asunto delicado que está a flor de piel en la mentalidad religiosa popular. En *Fortunata y Jacinta* un personaje secundario pero de gran interés, Ido del Sagrario (que aparecerá en otras novelas) comenta así la esterilidad de Jacinta: “*La señora no tiene hijos... ¡Qué lástima! Dios no sabe lo que se hace... Lo que yo digo..., ese señor Dios será todo lo sabio que quieran; pero yo no le paso ciertas cosas.*”

³⁵⁷

En el Evangelio según Marcos Jesús y la comunidad a la que escribe el evangelista desautorizan rotundamente la ofrenda que se intenta hacer a Dios a cuenta de una de las injusticias más flagrantes como es la de dejar desprotegidos a los padres ancianos: “*¡Qué bien violáis el mandamiento de Dios, para conservar vuestra tradición!... Vosotros decís: si uno dice a su padre o a su madre: ‘Declaro korbán -es decir, ofrenda- todo aquello con que yo pudiera ayudarte’, ya no le dejáis hacer nada por su padre y por su madre, anulando así la palabra de Dios.*” (Mc 7, 9-12). Una actitud semejante es exactamente la que se condena en el drama *Casandra*, en donde el espectador ve consternado cómo Doña Juana lega su inmensa fortuna al convento, dejando a su familia en la ruina; y esto, además, de haber destrozado impunemente la vida de la joven Casandra (y la de su ma-

³⁵⁶ “Hasta los malvados creen en Él (Dios). Si existen ateos, que no lo dudo, éstos son (más bien) los calumniadores, los intrigantes de que está infestado el mundo...” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Doña Perfecta*. O.c., pág.184)

³⁵⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*. Vol. I. o.c. pág. 305

rido y sus hijos) por motivos religiosos, invocando a Dios para llevar a cabo este desafío.³⁵⁸

Por otra parte, con frecuencia, el autor muestra el esperpento que supone imaginar a un Dios cómplice de tipos despóticos, arrivistas y corruptos, al estilo del ya conocido Juan de Pipaón, funcionario terriblemente premonitorio y anticipo de muchos otros, que inicia así sus memorias:

*“En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo empiezo a narrar la serie de trabajos, servicios, proezas y afanes, por los cuales pasé, en poco tiempo, desde el más oscuro antro de las regias covachuelas a calentar un sillón en el Real Consejo de Castilla... ¡Bendito sea Dios, digo, que me ha conservado mis sueldos, emolumentos y obervenciones, para que desahogadamente pueda contar todos los pasos de mi fabulosa carrera.”*³⁵⁹

Idea terrible de Dios es la que manifiesta el cruel Don Lope pretendiendo hacerlo cómplice de su posesión despótica y esclavizadora sobre Tristana. *“A Dios mismo, a la muerte se la disputaré”... “Pobre muñeca con alas! Quiso alejarse de mí, quiso volar; pero no contaba con su destino, que no le permite revoloteos ni correrías; no contaba con Dios, que me tiene ley... no sé por qué, pues siempre se pone de mi parte en estas contiendas.”*³⁶⁰

Volviendo al también citado Fernando Navarro (Garrote) nos encontramos con un texto que denuncia la insostenible visión de un Dios no sólo partidista sino exterminador (remedando de alguna forma la imagen medieval de “Santiago matamoros” o la no tan medieval “guerra santa” de los extremistas islámicos): *“Yo no obedezco más que a Dios que fortalece mi brazo y afila mi espada para que defienda su religión santa.”*³⁶¹

En el Episodio *Zumalacárregui* -uno de los más interesantes de la tercera serie- el autor nos hace asistir al debate íntimo que sostiene el sacerdote José Fago, acompañante de las tropas carlistas y gran estratega, acerca de la complicidad guerrera de Dios con uno de los dos ejércitos. Se nos transcribe especialmente la conversación que sostiene con su colega castrense el sacerdote Ibarburu que llega a convencerle de la bondad de la guerra en nombre de Dios.³⁶² De modo casi paralelo Juan Santiuste (cuarta serie de Episodios) habla en algún lugar de la Guerra de África con el capellán castrense Don

³⁵⁸ Doña Juana (de *Cassandra*) escribe en su testamento con terrible cinismo: *“Todo lo doy, todo quiero entregarlo... Mis riquezas caudalosas que para nada me sirven, pronto volverán al legítimo dueño de todo (a Dios) que sabrá despojarlas de su original vileza y aplicarlas al bien de las almas.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cassandra*. Drama teatral. Cátedra. 2006. Pág. 311. Ver también pág. 284)

³⁵⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Memorias de un cortesano de 1815*. Episodio Nacional n. 12 (Hist. 16. Altorrey. Págs. 9-10).

³⁶⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tristana*. Cátedra. Madrid 2010. Págs. 241 y 235 respectivamente.

³⁶¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Un voluntario realista*, o.c. pág. 165

³⁶² V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zumalacárregui*. Episodio Nacional n.21. o.c. págs.. 50-51. 92. 124. etc

Toribio, y el sacerdote se va a justificar invocando trágicamente un sentir y una norma oficial:

*“¿Cree usted, amigo Don Toribio, que existe el llamado Dios de las batallas? –dice Santiuste- ¿Cree usted en esa confusión de Marte con nuestro Cristo Redentor que jamás cogió una espada?” A lo que el capellán responde: “Hijo mío, nos hemos encontrado esas tradiciones de fe, y tenemos que respetarlas sin meternos en libros de Teologías. A mí, la verdad, no me caben en la cabeza Dios guerrero, ni Jesucristo militar, ni Nuestra Señora con bastón de Capitana General; pero eso pertenece al conjunto de creencias y de actos sacramentales que me dan de comer.”*³⁶³

La herejía y la violación de la conciencia se unen aquí groseramente con el pragmatismo.

Pero, sin duda, la más dura negación que hace Galdós es la de una imagen de Dios como alguien confabulado con la injusticia y el crimen. Quizá pueda considerarse como el tema central de *Doña Perfecta*. Es horrorosa -y probablemente realista- la pintura que hace de esta mujer “creyente” que, por motivos exclusivamente religiosos, impide el matrimonio de su hija Rosario con Pepe, y para resolver el asunto lo asesina y provoca la desesperación y locura de la joven.³⁶⁴

También el final de algunos de los dramas galdosianos expresa de forma rotunda la antítesis absoluta entre la falsa religiosidad de personas crueles y dominantes, manipuladoras del nombre de Dios, y la identidad verdadera de Dios (referida al pobre y maltratado). *Mariucha, Voluntad, Electra, La de San Quintín, Antón Caballero...* En esta última pieza los dos protagonistas, Eloísa y Antón, se abrazan para recibir la maldición de Doña Malva y, al fin libres, reemprender el camino que Dios quiere: *“Usted nos maldice, y nos bendice Dios!”*³⁶⁵

Volveremos a tratar este asunto al considerar la justicia desde la perspectiva moral cristiana.

4) Rechazo del sacrificio religioso destructor en nombre de Dios.

Galdós denuncia en varias obras importantes el gravísimo y sectario fanatismo del sacrificio religioso impuesto al ser humano, a su alma, a la sensibilidad más honda de su conciencia, sea éste provocado por uno mismo o por otros que pretenden dominar

³⁶³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Aita Tettauén*. Episodio Nacional n. 36 (Historia 16-Caja de Madrid. 1995. Págs. 60-61. V. pág. 97

³⁶⁴ “Dios sabe que la adoro, y esto me basta” –dice “Pepe”; a lo que replica Doña Perfecta: -“En nombre de Dios, a quien puedo invocar, porque creo en Él, te digo que mi hija no será jamás tu mujer.” Y la obra termina con esta orden suya: “Cristóbal, ¡mátale!”, no sin antes habernos narrado que el canónigo “Don Inocencio”, sabedor de la tragedia que se avecinaba, ha pronunciado después de cenar estas palabras: “Yo me lavo las manos”. (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Doña Perfecta*. Cátedra. Madrid. 1993. Págs.. 209, 287 y 271 respectivamente.)

³⁶⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Antón Caballero*. Acto III. Final de la obra. (Obras Completas. Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Pág. 874)

como falsos guías. Es el concepto de la necesidad de la autodestrucción del ser (de la renuncia a legítimas y fundamentales aspiraciones de la persona, en definitiva a la fidelidad a sí mismo) por motivos espirituales o religiosos para obtener de Dios un pretendido beneficio o para evitar su castigo. Sacrificio que contiene o conlleva una consecuencia religiosa (la boda religiosa, por ejemplo, obligada y sin amor) con el único fin de obtener beneficios materiales.

Esta aberrante idea (superada ya en el Génesis cuando se impide a Abraham el sacrificio de su hijo Isaac) campea en la espiritualidad decimonónica y produce consecuencias de catástrofe humana y de rechazo lógico de ese Dios cruelmente sentido. El autor se adelanta aquí a obras literarias o fílmicas emblemáticas del siglo XX que intentan alejar del Cristianismo esa mecánica sacrificial.³⁶⁶

Un diálogo dramático en *Gloria* entre Buenaventura Lantigua, tío de Gloria, y Daniel, a quien se está pidiendo la adjuración del judaísmo, expresa tal rechazo: “- *Esa víctima* –dice Buenaventura- *exige de usted un gran sacrificio. - ¡El sacrificio de la religión!*, exclama Daniel –*Justo.*”³⁶⁷ Y más tarde, la temible Serafinita (tía madre de Gloria), exigiendo a la joven el sacrificio del hijo de la pareja, argumenta así: “*¿Y no sería capaz esta criatura de hacer un sacrificio tanto más aceptable cuanto más noble es el afecto sacrificado?*”³⁶⁸ La aberración de esta espiritualidad prosigue y Gloria terminará por aceptarla, pero acabando por autodestruirse y por destruir a Daniel que termina gritando: “*¡Pobrecita! Un exaltado idealismo te trastorna. Por piedad, no violentes la idea de sacrificio haciéndola contraria a las leyes que nos ha dado Dios. Si me amas, ¿a qué esa renuncia cruel?*”³⁶⁹

En la misma situación se encuentra Fidela del Águila, a quien su hermana Cruz impone el matrimonio con el brutal y tacaño Francisco Torquemada sólo para resolver los problemas económicos y acceder a la antigua nobleza de la familia. Fidela acepta el sacrificio sin rechistar; pero, entre otras consecuencias, esto acarreará el suicidio de Rafael, el hermano invidente.³⁷⁰

³⁶⁶ Piénsese en obras como las de Paul CLAUDEL, *El anuncio a María*, GRAHAM GREENE, *El león dormido en el invernadero*, Alfonso SASTRE, *La sangre de Dios...*, o en films como el de TARSKOVSKI, *Sacrificio...*, *Rompiendo las olas*, o *Encuesta a Abraham, etc...*, en las que se plantea la cuestión teológica de la validez del sacrificio.

³⁶⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*. Alianza Editorial, O.c. pág. 305

³⁶⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*. Alianza Editorial, O.c. pág. 382

³⁶⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*. Alianza Editorial, O.c. pág. 457 El tema del sacrificio recorre toda la novela. Gloria llega a asumirlo como única solución al drama de su relación con Daniel: “...este horrible conflicto en que se encuentran nuestras almas no había de concluir sino por un gran sacrificio, y ese sacrificio debía hacerlo yo.” Obras Completas Aguilar, tomo IV. Cap. XXXII. pág. 674

³⁷⁰ “Pues si esta pobrecita Fidela –dice Cruz-, que siempre fue mimosilla y voluntariosa, se niega al sacrificio; si no logro convencerla, si prefiere la muerte a la redención de la familia por tal procedimiento, no tendré más remedio que apechugar yo. No, no; yo la convenceré. Es razonable y comprenderá que a ella le toca apurar este caliz.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada en la cruz*. Alianza Editorial. Madrid 2008. Pág. 179) Y algo más adelante, con una expresión que suena a terrible cinismo o crueldad: “Ella por los tres se ofrecía en holocausto al monstruo, y se le entregaba por toda

La sociedad, el poder político, la religión o la propia conciencia equivocada imponen también –por intereses bastardos- ese sacrificio destructor a otros personajes como Bárbara (en el drama *Bárbara*), Amparo (en la novela *Tormento*), Victoria (en el drama *La loca de la casa*), Electra (en el drama *Electra*), Tristana (en la novela *Tristana*), Fidela (en *Torquemada en la cruz*), etc.

Con ellos –con esos personajes, en su mayoría femeninos- Galdós está clamando contra la validez y la moralidad de tal acto sacrificial. Se trata –para él- de uno de los mayores ultrajes a la dignidad del hombre y a la dignidad de Dios, el más intolerable. Dios no manda, ni aprueba, ni consiente, sino que –desde el fondo del texto bíblico- rechaza sacrificios de ese género; actos que, además, no tienen valor alguno expiatorio ni compensatorio. Como sería el caso, sobre todo, de Bárbara y de Victoria que se ven forzadas a contraer un matrimonio repugnante con individuos brutos y crueles para que estos permitan vivir o devuelvan la libertad robada inicualemente a las personas que esas mujeres aman.³⁷¹ Y es el del sacrificio de Santiago Íbero (parecido al de Don Álvaro en *La fuerza del sino*) entrando en la vida religiosa sin vocación por considerarse indigno del amor de la joven Gracia.

Don Benito pone en boca de su excelente amigo, el personaje Ángel Guerra, esta crítica que desautoriza cualquier concepción sacrificial de la existencia: “*Estas afirmaciones parecieronle a Guerra inspiradas en un sentido falso de las cosas divinas y humanas.*”

372

la vida. Menos mal si los demás vivían alegres, aunque ella psase la pena negra con los amargores de aquel brebaje que se tenía que tomar.” (idem. pag. 182)

³⁷¹ Con tremenda amargura y conformidad, “Bárbara” se deja llevar al martirio infame que ella misma ha aceptado y se aviene a casarse con Demetrio (para salvar la vida de Leonardo, su amor): “*Adversidad, bienvenida seas. Deme Dios conformidad; deme fortaleza*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Bárbara*” Cátedra. Madrid. 2006. Pág. 234). Me permito discrepar en este punto del excelente estudio introductorio a *Bárbara* que hace Rosa Amor del Olmo en la edición de Cátedra. Refiriéndose al final del drama (que correctamente designa como tragicomedia) escribe: (la obra tiene) *un final feliz suave y positivo que torna a abrir las puertas de la felicidad... Aquí hay salvación porque hay resurrección.*” (pág. 107 de la edición indicada). Nos parece que Galdós no ve ahí felicidad ni resurrección en sentido cristiano; de hecho esta autora, al emplear la palabra resurrección, se está refiriendo al *renacimiento de Lotario*, el brutal marido de Bárbara, asesinado por ésta.

En cuanto a *La loca de la casa*: Victoria, renunciando a su íntima vocación religiosa, confiesa la terrible duda que le supone el imponerse el inhumano sacrificio de su matrimonio con “Pepet”: “*Aquella paz, la soledad dulcísima del Socorro (el convento), la comunicación continua del alma descansada y amante con su Dios, siempre presente, ¿se acabaron ya para mí? ¿Será posible que tenga yo valor para renunciar a tanta dicha, para trocarla por una lucha horrible en terreno desconocido, por un martirio lento...? No, no, no, imposible. Esto es un desvarío... (¡Pero sí!) mi razón se aclara otra vez. Debo, sí, intentar devolver a mi padre querido la tranquilidad...*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La loca de la casa*. O.c. pág. 55).

³⁷² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. I* (o.c. pág. 127). Nos parece importante el trabajo de ADELINA BATLLÉS GARRIDO, *Galdós y el sacrificio (a propósito del artículo de Maryellen Bieder)*, en r. Ínsula, n. 494, enero 1988.

Distinto (y en el polo opuesto de valoración moral y religiosa) es el “sacrificio” de que supone una renuncia libremente asumida por una causa totalmente justa y liberadora, como acto de amor que refuerza la integridad de la persona. Es el que hacen Benigno Cordero, Sola, Salvador Monsalud, Celia (en *Celia en los infiernos*), Benina, Fernando Calpena, etc., en obras ya mencionadas; y, especialmente, el sacrificio de entrega de Nazarín por la salud de una niña desconocida:

*“¿Sabéis lo único que puedo hacer. Pedir a Dios que devuelva su ser sano y hermoso a esta inocente niña, y ofrecerle mi salud, mi vida, en la forma que quiera tomarlas; que a cambio del favor que impetramos de Él, me dé a mi todas las calamidades, todos los reveses, todos los achaques y dolores que pueden afligir a la Humanidad sobre la Tierra...”*³⁷³

Aun cuando este planteamiento nos deje inciertos sobre el verdadero valor que Galdós le confiere.

5) Rechazo del monopolio eclesiástico de la idea de Dios.

Algo muy penoso en toda esta visión de las imágenes rechazables de Dios es la complicidad que manifiestan muchos clérigos en el desarrollo de las mismas. Estas personas influyentes tienen un Dios de aspecto totalmente disminuido y distorsionado.

Es patético el diálogo que entablan algunos confesores a propósito del deseo manifestado por los penitentes de realizar una religiosa y sincera confesión antes de morir. Dos clérigos, el P. Alelí y Mosén Respaldiza, en obras distintas, están totalmente ajenos al encuentro interior profundo del hombre con Dios y proponen una idea terriblemente dura y mezquina de la divinidad.³⁷⁴

En general, puede afirmarse que una gran parte de los eclesiásticos que aparecen en el mundo galdosiano (a pesar de las notables excepciones que después veremos) tienen una pobre fe en el Dios de Jesucristo. Esta carencia suya es una de las más tristes razones de la falseada imagen religiosa en la mayoría de los españoles del siglo XIX, constituyendo una de las principales causas del ateísmo hispano y del auge del teísmo masón en una tierra de por sí creyente y religiosa. Tal juicio crítico (asumido por algunos obispos de la época, como ya señalamos) se vierte a lo largo de toda la narrativa estudiada.

La realidad divina queda, pues, gravemente distorsionada por esas imágenes falsas. En el drama *Cassandra* Ismael (personaje cuyo nombre tiene un claro simbolismo religioso veterotestamentario) hace este tremendo y largo alegato con el que justifica su ateísmo (motivado exclusivamente por la impiedad de la “muy religiosa” Doña Juana):

³⁷³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*. O.c. pág. 104

³⁷⁴ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO: los ya citados *El terror de 1824* (pág. 217) y *El equipaje del rey José* (págs. 133-140)

*“Hay dos dioses: el de Doña Juana y el de sus víctimas.... El Dios de los ricos y el de los pobres. El primero es el que sostiene a todos los gobiernos y el inspirador de los que legislan... El otro Dios, el de los pobres, es el que recoge a los que se pasan la vida encorvados sobre la tierra, sobre la máquina, sobre un pupitre, trabajando sin recompensa. Este Dios triste es invocado en los hospitales, en las cárceles... Yo no quiero cuentas ya con ningún Dios.”*³⁷⁵

A lo largo de toda esta obra (en especial, en las escenas XIII y XIV del Acto I y en la escena VII del acto III) el autor condenará la idea de Dios encarnada en Doña Juana (una mujer que, con cinismo cruel, lega toda su enorme fortuna al mundo eclesiástico que ya sobreabunda en bienes materiales y, a la vez, hunde en la pobreza a su familia y en la desesperación a Casandra a la que ha separado de sus hijos).³⁷⁶

El exceso de prácticas religiosas culturales y su acaparamiento por la burguesía católica genera también una imagen de Dios pesada e insufrible para cualquier persona normal. Ésta es la denuncia que hace Galdós en varias obras importantes al hilo de la narración. De modo particular, cuando describe el ambiente cerrado de la burguesía madrileña, o el de los cortesanos que anidan en las buhardillas del Palacio Real (el mundo que rodea a la *La de Bringas*³⁷⁷; o el de la burguesía dominante en los imaginarios (¡pero tan reales!) Ficóbriga, Orbajosa o Jerusa.

Sobre esos tintes oscuros de tanta imagen falsa de Dios surge el Dios más justo y acertado. A modo de contraluz, van a ir apareciendo a lo largo de toda la densa obra auténticos creyentes que alzan la imagen de un Dios coherente con la humanidad y bíblicamente digno, como enseña de la verdadera identidad divina.

4. El proceso hacia la religiosidad sana.

Religiosidad y humanismo en los personajes galdosianos.

La posesión espontánea de una idea de Dios suele suscitar algunas vivencias religiosas (intuiciones, sentimientos, estados de ánimo...) y con frecuencia actitudes impregnadas de referencia a lo divino; actitudes que pueden parecernos más o menos intensas,

³⁷⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Casandra*, Acto III, escena V. Ed. Cátedra. Madrid 2006. Pág. 300

³⁷⁶ “... Doña Juana, más cristiana que el mismo Cristo, según ella” –ironiza el administrador Insúa-; y grita Casandra: “¿Qué hace de mis hijos esa mujer, que aquí reparte bienes y males, alegrías y dolores, paz y guerra, quitándole a Dios el cetro del mundo?... Dios te dará lo que mereces.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, escenas IVª del Acto II, VIIª del Acto III, y IIIª del Acto IV. O.c., págs. 284, 305 y 317)

³⁷⁷ “¡Casualidad funesta! –dice Rosalía- La Marquesa estaba en una función religiosa, que costeaba con otras señoras. Era una Novena dedicada a no sé qué santo tutelar, con Manifiesto, estación, Rosario, Sermón, Novena, Gozos del santo, Santo Dios y Reserva.” Y Manuel Pez confiesa: “Aquella voz de canturria de coro y aquellos suspiros de funeral me atacan los nervios... Yo soy religioso y creo cuanto la iglesia manda creer; pero esta gente que se acuesta con Dios y con Dios se levanta, se me sienta en la boca del estómago.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de Bringas*. Ed. Hernando. Madrid 1975. Págs. 101 y 167. V. págs. 73-74)

afortunadas o desafortunadas en función de un doble criterio de diagnóstico: el nivel de salud psíquica que conllevan (y del que parten) y la representación teológica justa que las sustenta.³⁷⁸ Es obvio que estos dos factores determinan en gran medida la tipología de la religiosidad humana.

Tras haber estudiado las ideas e imágenes de Dios que se ofrecen en la obra de Galdós, parece conveniente que nos interroguemos ahora sobre el tipo de religiosidad que el autor propone o critica en sus obras, tal vez como proyección de sí mismo.³⁷⁹

La idea de Dios que acabamos de describir (a través de los textos citados) revela ya la existencia de una constante religiosa en el mundo galdosiano, aunque ésta se refiera (en la mayoría de las obras) sobre todo a “experiencias”, a momentos de encuentro personal y –en relación con éstos– a posturas creyentes distintas. Es decir, genera una religiosidad emergente y de índole diversa.

Nos detenemos en el análisis y en la valoración que se hace de esas religiosidades.

Será oportuno recordar antes que –para Don Benito– la tarea esencial del hombre es su humanización: el logro integral de la persona en sus condiciones básicas y fundamentales; y que esto alcanza un carácter prioritario sobre la dimensión específica religiosa. En cualquier caso, ésta deberá integrarse en el quehacer natural de la personalidad. Es decir, que lo religioso precisa gozar siempre de naturalidad y de firme humanismo para convalidarse. Es la tesis de Ángel Guerra, *Nazarín, Halma, Misericordia, Electra, Gloria...*³⁸⁰

Resulta, pues, lógico que el autor permita a la exquisita maestra Leré imponer al sorprendido Ángel el siguiente proceso previo a su conversión religiosa:

“Lo primero de todo es... Ya, ya te veo venir –la corta Ángel-, que oiga misa. – No, no... ¿Ve usted como no me entiende? Es usted un niño y va a ser muy difícil enseñarle el verdadero principio de las cosas. No se trata por ahora de misas. No. Lo primero que le recomiendo a usted es que no se enfade nunca. Que no se incomode absolutamente por nada... - Oigamos la segunda homilía –dice Ángel-. Será para que me ca-

³⁷⁸ He tenido ocasión de desarrollar este análisis de *psico-teología religiosa* en mi libro *Religión, psicología y cultura en ámbito cristiano (Por una religiosidad de signo más humano)*, Cap.II. *De la experiencia religiosa a la actitud religiosa*. Págs. 91 a 167 (Proyecto Sur de Ediciones. Granada. 1999)

³⁷⁹ Nos parecen de máxima importancia –por el tratamiento extenso y acertado– tres estudios globales sobre la religiosidad de Galdós proyectada en sus obras, estudios ya indicados antes: JOSÉ LUIS MORA GARCÍA, *Hombre, sociedad y religión en la novelística galdosiana 1888-1905* (Ed. Universidad de Salamanca-Cabildo Insular de Gran Canaria 1981) ; SOLEDAD MIRANDA GARCÍA, *Galdós y la religiosidad de su época* (Anuario de Estudios Atlánticos. n. 28. 1982) y FRANCISCO RUIZ RAMÓN, *Tres personajes gldosianos. Ensayo de aproximación a un mundo religioso y moral*. Revista de Occidente. Madrid. 1964). A ellos nos referiremos con alguna frecuencia.

³⁸⁰ Al final del Acto II del drama *La de San Quintín*, el actor principal “Víctor”, rechazado por la familia “Buendía” (¡nótese el simbolismo de los nombres!), grita: “¡Destino cruel, durísimo! Pues con todas sus durezas y crueldades yo lo acepto, lo afronto, me abrazo a él para seguir viviendo, Adelante, pues. ¿Qué soy...nadie? Bien..., soy un hombre y me basta... ¡Mi voluntad! Ahí tiene usted el único bien que me queda.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de San Quintín*. Cátedra. Madrid. 2002. Pág. 182)

se. - No, ahora lo que le recomiendo es que no sea usted avaro. Es avaricia guardar lo que nos sobra después de haber satisfecho nuestras necesidades más apremiantes... - ¿Y quién me da a mí la medida de lo que necesito para mi vida material? - Usted bien lo entiende. No nos hagamos los tontos.”³⁸¹

En la misma obra este personaje extraordinario que es Leré, ya en el convento, une a las exigencias anteriores la discreción y naturalidad en el asentamiento personal de la religiosidad y en la comunicación de ese aspecto de la vida. Y eso es lo que entusiasma a Ángel: “Se maravillaba de que el hábito no hubiese alterado la naturalidad graciosa de Leré, la cual no creía sin duda que la santidad excluyera el mirar cara a cara y el reírse con decencia siempre que hubiera motivo para ello.”³⁸²

4.1 La vivencia religiosa como vivencia humana válida y saludable. El sentimiento religioso.

Son ininidad las descripciones de sentimientos religiosos legítimos y saludables a lo largo y ancho de la creación galdosiana. Estamos, en realidad mostrándolos a lo largo de la amplia citación de textos.

En una gran proporción las vivencias religiosas vienen integradas o enmarcadas en la emotividad intensa de la persona; sin que esto las desautorice o invalide, pero sí haciendo más complejo su estudio. Esto es normalmente lo que les ocurre a los personajes galdosianos cuando viven con sinceridad la referencia a Dios o al universo divino, sobre todo cuando esa referencia es intensa y bella, como les sucede con frecuencia. Intentaremos contemplarlas con objetividad.

Para un buen número de prototipos (de figuras admiradas por el autor) la vivencia religiosa tiene una entidad clara de relación consciente y positiva con Dios o con el mundo divinizado, y esto resulta valioso para el desarrollo y la armonía del propio ser personal y para su referencia al entorno (con independencia de la subjetividad que pueda sostener tal relación).

En el mejor de los casos la experiencia (o vivencia) religiosa se verifica como elevación interior a Dios y, al mismo tiempo, como transcendencia de lo humano, precisamente a partir de la visión feliz de las personas, de la naturaleza y de los acontecimientos.

Adelantemos aquí este dato del carácter básicamente humano que debe sustentar la religiosidad cristiana verdadera: el buen gusto del entorno y el tono alegre. Es representativa la afirmación de Sor Luisa, la Superiora de las religiosas que animan el asilo de “Nuestra Señora de la Indulgencia” (en el drama *Pedro Minio*). Hablando la religiosa

³⁸¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. I. O.c. págs. 170-172

³⁸² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. II. O.c. pág. 328

acerca de la fundadora de esa institución, dice: *“En su alma sublime, la piedad religiosa dejaba amplio espacio a la piedad humana... y al exquisito gusto en todas las cosas. El recreo es aquí tan importante como el alimento y el abrigo. Con él se procura dar satisfacciones a los que o no las tuvieron nunca o las olvidaron al caer en extrema pobreza.”* Lo que corrobora más adelante una de las residentes más humildes (Pascasia) aludiendo a su propia experiencia: *“No respiré, no viví hasta que las olas de Dios, ¡pum!, me trujeron (sic) a esta playa.”*³⁸³

Vimos ya, a propósito de las ideas de Dios, algunas de esas vivencias religiosas. Evoquemos el testimonio de Ángel Guerra que aún el eco que le producen bellos himnos litúrgicos y la contemplación de un amanecer:

*“Por encima de la cresta del monte en que está la Virgen del Valle apareció la estrella de la mañana con fulgor hermosísimo y virginal. Espectáculo tan bello le sumió en éxtasis, y no tenía alma más que para dirigir una ferviente invocación a las alturas sin fin, entonando a media voz el himno ‘Ave, maris stella, Dei Mater alma’. Y después dijo la antífona ‘Salve Regina..., vita, dulcedo et spes nostra’.”*³⁸⁴

Esta vivencia tiene también el aspecto de un nuevo amor permanente y no excluyente, más bien expansivo y liberador.

Así es la religiosidad de Inés, de Sola y de Demetria en los Episodios correspondientes, la del muy citado Ángel Guerra en la última etapa de su vida, la de Nazarín, la de Catalina de Artal (*Halma*), la de Electra, o la del viejo marinero Marcial (en *Trafalgar*). Este último recorre y confiesa su vida a Gabriel antes de que se hunda la nave que los sostiene: *“Digo que siempre he sido católico, ‘postólico’(sic), romano, y que siempre he sido y soy devoto de la Virgen del Carmen a quien llamo en mi ayuda en este momento...Digo, y perjuro, y declaro, que quiero a Dios y a la Virgen y a todos los santos... Yo amo a Dios y estoy tranquilo.”*³⁸⁵ Y es también la que contempla el pacífico y sereno profesor Máximo Manso (*El amigo Manso*), una de las figuras de escaso color pero imborrables creadas

³⁸³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Pedro Minio*, Acto I, escena II. Obras Completas Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Págs. 636 y 643)

³⁸⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II* O.c. pág. 573. En definitiva, para el sabio y generoso campesino *Mestre Cubas* (¿el autor), Dios entra como un factor natural constitutivo de la vida: *“En este mundo, hijo, hay que hacer lo siguiente: el pensamiento en Dios, la tajada en la boca, y tirar todo lo que pueda. Dejémonos de tristezas y aprensiones.”* (*Tropiquillos*. Ed. de Cátedra. Madrid 2004, pág. 220)

³⁸⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Trafalgar*. Episodio Nacional n. 1 (Salvat. Alianza Ed. Madrid. 1969. Pág. 167). Esta misma serenidad es la que testimonia el maduro personaje Pilar de Loaysa, madre oculta de Fernando Calpena, sobre la base de su verdad confesada, cuando ha descubierto ya a su esposo la existencia de ese hijo ilegítimo...: *“Serían las ocho cuando comulgué en mi capilla, después de confesarme. Gran consuelo han sido para mí los actos de religión, y a ellos debo la serenidad con que aguardo mi sentencia. Humillándome ante Dios y someténdome a su soberana voluntad, he fortalecido mi alma, he serenado mi conciencia.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La estafeta romántica*. Episodio Nacional n. 28. Historia 16-Caja de Madrid. 1995. Pág. 173)

por Don Benito, cuando define de este modo a su amiga Irene: *“No le gustaban los toros, y aborrecía todo lo que tuviera visos de cosa chulesca. Era profunda y elevadamente religiosa, pero no rezona, ni gustaba de pasar más de un rato en las iglesias. Adoraba las bellas artes...”*³⁸⁶ Juicio parecido aunque algo más exaltado, referido a una mujer muy distinta (a Fortunata), lo hallamos en *Fortunata y Jacinta*.³⁸⁷

Es evidente que en estos tipos (y en los que señalamos antes) la vivencia religiosa –que en un momento dado se convierte en acto expreso– es saludable: es justa, tonificante y factor de equilibrio de la personalidad.

Mención aparte merece la religiosidad de Marianela, que en todo momento se muestra extraordinariamente intuitiva de la divinidad y de los designios divinos sobre ella, aunque –como le reprocha Pablo– está llena de fantasía y falta del conocimiento debido. Las conversaciones “religiosas” entre los dos jóvenes tienen sorprendente riqueza de contenido. Entre otras:

“Has dicho ahora mil disparates –le dice Pablo–, y yo, que conozco algo de la verdad acerca del mundo y de la religión, me he sentido conmovido y entusiasmado al oírte. Se me antoja que hablas dentro de mí. De todo lo que Dios tiene en su esencia absoluta, te dio a ti parte muy grande... Todos esos errores responden a una disposición muy grande para conocer la verdad (de la relación con lo divino), a una poderosa facultad tuya, que sería primorosa si estuviera auxiliada por la razón y la educación.”

³⁸⁸

El deseo –bastante krausista– de que coincida la religiosidad con la razón surge como una constante más o menos explicitada a lo largo de la producción galdosiana. Entre otros, el noble Beltrán de Urdaneta (uno de los pocos protagonistas aristócratas valorados por Galdós) y el simpático “plebeyo” Nelet exponen ese pensamiento razonablemente humano de la vivencia religiosa; argumentan de este modo a la extraña monja Marcela en *La campaña del Maestrazgo*:

(Beltrán:) *–“Te digo que a Dios no podría ofenderle que trocaras la vida religiosa por la que llamamos mundana. Dios hizo el mundo, hizo la humanidad para que en él viviese y de él gozara, y creó el amor para que la humanidad se prolongase hasta lo infinito, de padres a hijos...”* (Nelet:) *–“Y no sé yo que hiciera Dios conventos, ni manda-*

³⁸⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El amigo Manso*. (Alianza Editorial. Madrid.2004. pág. 89)

³⁸⁷ Dice Maximiliano contemplando a su amada Fortunata (figura clave del mundo galdosiano): *“Le había entrado fe ciega en la acción directa de la Providencia sobre el mecanismo funcionante de la vida menuda.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*, Vol. I. O.c., pág. 586)

³⁸⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*. O.c. pág. 118.

*se a hombres y mujeres que se apartaran de la existencia material..., porque la existencia material es el fundamento de toda vida, y hasta del amor de Dios...”*³⁸⁹

La profesora Soledad Miranda reconoce en algunos personajes galdosianos una cierta “religiosidad cívica” cuyo prototipo podría ser el demasiado silencioso Tomás Orozco, honesto marido de la infiel Augusta en el drama *Realidad*. Es obvio que en los grandes héroes o prototipos seculares de Don Benito la dimensión religiosa expresa una relación trascendente: Benina, Guillermina Pacheco, Santiago Íbero, Catalina de Artal, Fernando Calpena, Sola, Inés y Gabriel, Mariucha, Ángel Guerra, Rosaura, Guillermo Bruno, José Antonio Urrea, etc. son auténticamente religiosos (con los defectos de cada uno), pero es muy claro que en ellos tal religiosidad trascendente tonifica y enriquece su carácter y su humanísima caracterización literaria.

A la inversa, la religiosa Leré, acompañada de Sor Simona (en el drama de su nombre), de Sor Elisea (en *Amor y ciencia*) o de Sor Luisa (en *Pedro Minio*), es un caso notable y representativo del humanismo integrado en lo religioso, con estilo cercano al de Teresa de Jesús.

Pero la tesis fundamental del imperativo de la religiosidad integrada en lo humano la escribe Galdós por boca de su mejor teólogo y santo, Nazarín, en uno de los diálogos transcendentales que mantiene con la buenísima Catalina de Artal, al final de *Halma*:

*“Nada conseguirá usted por lo espiritual puro; todo lo tendrá usted por lo humano... Y no hay que despreciar lo humano, señora mía, porque despreciaríamos la obra de Dios, que si ha hecho nuestros corazones, también es autor de nuestros nervios y de nuestra sangre... Y a usted que es buena, y noble, y virtuosa, le digo que no busque la perfección por el espiritualismo solitario.”*³⁹⁰

El problema que tiene la condesa (y que Don Nazario va a ayudarle a descubrir) es que, en su deseo de realizar lo mejor y más santo para su vida (cosa que ya está ocupándola), piensa equivocadamente tener vocación a la virginidad consagrada y se ha entregado a ella negándose a reconocer que ama con noble amor a su primo José Antonio Urrea.

³⁸⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La campaña del Maestrazgo*. Episodio Nacional n. 25 (Historia 16-Caja de Madrid. 1995. Págs.157-158). En *Celín*, cuento fantástico y alegórico, es el Espíritu Santo mismo quien recomienda a la protagonista la más sana naturalidad humana como deseo y obra de Dios: *¿No me reconoces? Soy el Espíritu Santo, tutelar de ti casa, que Me encarné en la forma del gracioso Celín... He limpiado tu alma de pensamientos falsos, frívolamente lúgubres. Vive, ¡oh Diana! y el amor honesto y fecundo te deparará la felicidad que aún no conoces. Estáis en el mundo los humanos para gozar con prudente medida de lo poquito bueno que hemos puesto en él...; haz todo el bien que puedas, y tiempo tendrás de morirte en paz y entrar en nuestro Reino.”* (*Celín*. Ed. de Cátedra. Madrid 2004, págs. 272-273)

³⁹⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*. O.c. pág. 335

En todo caso, para Galdós, la religiosidad debe ser algo personal que se sobrepone libremente al peso de los ritos y de los atavismos sin sentido. Está más allá de las prácticas impuestas desde fuera de uno mismo y con escaso o nulo valor racional.³⁹¹ Lo que significa que el mantenerse dentro de una confesión determinada (el catolicismo ambiental) exige probablemente cotas elevadas de generosidad y una tensión inevitable: Por un lado, aceptar (por ley de convivencia) cierto ritualismo y, por otro, pagar el coste de la propia libertad y autenticidad religiosa. *“Para Galdós –escribe Soledad Miranda-, la adhesión de un alma generosa e inteligente a una religión positiva es una lucha recomendada cada día y cada hora. Nunca se llega a una posesión completa ni menos aún permanente e inamovible; ésta sólo se producirá en personas de poca riqueza anímica y escasas dotes de sensibilidad.”*³⁹²

Sin embargo, no debe generalizarse esta idea en el pensamiento galdosiano. Son bastantes los personajes que aciertan a conjugar con tranquilidad la libre posesión de su fe (independiente de la institución) y algún tipo de práctica ritual (que en ningún caso viven como imperativo moral); no experimentan problema alguno –más bien al contrario– en autoconsiderarse fieles católicos. Entre otros, por ejemplo, la invidente Lucía que aparece al final de *Ángel Guerra*, o las santas Benina (*Misericordia*) y Guillermina (*Fortunata y Jacinta*) cuya situación interior de luminosidad se simboliza en los nombres y contrasta con la ceguera de la beatería y con los sometimientos a la religión.

En efecto: Lucía, Benina y su homóloga Rosaura (en la novela *Casandra*, no en el drama) son mujeres humildes, pobres, incultas, pero de ningún modo escasas de riqueza anímica o de dotes de sensibilidad o agobiadas por tensiones extremas. Tienen la sabiduría de una perfección religiosa que no consiste en el ejercicio de prácticas religiosas (para las que no tienen tiempo ni demasiada necesidad), sino en entrega heroica de caridad informada por una clara fe religiosa y –siempre que les es posible– por alguna devoción.

“Yo no voy a la iglesia sino cuando me dejan mis quehaceres –dice Rosaura, visitante asidua de Casandra en la cárcel–; sigo adelante por mi camino estrecho con mi carga de obligaciones, fatigada, pero con mi conciencia bien tranquila, eso sí, esperando lo

³⁹¹ María Ignacia (obligada por la familia a participar en pesados rezos) confiesa a su marido “Pepe Fajardo”: *“El rosario me sirve a mí para pensar en mis cosas... Ya tengo mi lengua bien acostumbrada a rezárselo ella sola... Dentro de mí, yo solita pienso, y si viene a pelo, le pido a Dios con palabras más lo que quiero pedirle”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Narvárez*. O.c. pág. 95)

³⁹² MIRANDA GARCÍA, SOLEDAD, o.c. pág. 561 Más abajo, recordando los diálogos de *Gloria* entre Daniel Morton y Buenaventura, insiste: *“Desnudo ante el alfa y el omega de la existencia, en diálogo con la voz de su conciencia, las personas auténticamente religiosas tenían que aceptar la formulación dramática que la pertenencia auténtica a cualquier credo implica necesariamente”*; pensamiento éste que evoca, sin duda, a nuestro parecer, el de ORTEGA Y GASSET: *“toda ética –o praxis– que ordene la reclusión perpetua de nuestro albedrío dentro de un sistema cerrado de valores es ipso facto perversa.”* (*Meditaciones del Quijote*. Cátedra. Madrid. Pág. 54).

bueno y lo malo que Dios quiera mandarme. No soy santa, pero sí creyente y, como creyente, siempre espero." ³⁹³

La vivencia hasta aquí contemplada puede considerarse muy sana. No parece perturbar ningún proceso legítimo del desenvolvimiento personal, sino más bien potenciarlo. Por el contrario, veremos que la religiosidad de personajes no muy gratos al autor (pero expresivos de la vida real) se convierte demasiadas veces en fanatismo, en simple elemento de orden, en adoración de representaciones humanas, incluso en celotipias. ³⁹⁴

4.2 El acceso a la religiosidad sana. Sobre la autenticidad religiosa.

Nada en el hombre parece ser válido si no está serena y hondamente asentado en la conciencia: en la consciencia de la realidad y en la justa sensibilidad ética. Los personajes señeros de Galdós (los protagonistas principales de las tres primeras series de Episodios, Leré, Nazarín, Halma, Electra, Mariucha y, sobre todo, Benina) son seres en los que lo religioso ha quedado asentado en la conciencia a través de un serio proceso de interiorización en el que se va produciendo el equilibrio y la unificación de la persona hasta límites insospechados de humanidad y de amor. La religiosidad recupera entonces un signo cristiano o cristocéntrico. Y, evidentemente, el fenómeno alcanza un importante sentido social. De forma paradójica, al acentuar este aspecto personal sano de lo religioso se re-crean los aspectos sociales.

Pero el autor –como advierte J.L. Mora- “*recela de ceder* (el desarrollo de tal proceso saludable) *a una institución como la eclesial*”. ³⁹⁵

Sorprende ahora descubrir en los escritos de Galdós agudos procesos psicológicos que tienen el carácter introductorio o propedéutico de la sana experiencia religiosa (de alguna intuición positiva de lo divino y de sentimientos religiosos saludables). En tales procesos la emotividad o la idea que se suscitan tal vez no llegan a constituir vivencias religiosas con suficiente garantía de autenticidad; no permiten adentrarse aún en la creencia firme y en la postura religiosa coherente. Sin embargo, se trata de experiencias normales que el hombre puede aprovechar como propedéutica para la religiosidad; y, en to-

³⁹³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Casandra* (novela). O.c., pág. 956

³⁹⁴ En el Episodio *Zaragoza* se dice del aragonés Montoria que “*amaba a la Virgen del Pilar con fanático amor de familia*.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c., pág.20). Dentro del mundo de *Tormento* el meticuloso Caballero, recién llegado de América y convertido a la práctica católica, tiene esta frecuente percepción de lo religioso: “*La religión, como elemento de orden, también le seducía*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tormento*. Alianza Editorial. Madrid. 2008. Pág. 159). “Nela” no puede dejar de ver a la Virgen misma en su oponente involuntaria Florentina, la joven que ha acaparado el amor de “Pablo” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*, o.c., v. págs. 174-176. 188, etc.). Y no sin cierta ironía pero con realismo, Santiago Íbero interpreta así las reticencias de Gracia a su amor: “*(se fundaba –la joven- en repentinas veleidades de vocación religiosa, que despertaban furiosos celos de Jesucristo...*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio *Montes de Oca*. O.c. págs. 40-41)

³⁹⁵ MORA GARCÍA, José Luis, *Hombre, sociedad y religión en Galdós*, o.c., págs. 98 a 101

do caso, los sentimientos y las intuiciones son fundamentales para despertar vivencias elevadas.

En concreto, aparecen dos caminos introductorios (de tono positivo) que pueden conducir hacia el estado de ánimo prerreligioso; un estado de ánimo que después podrá o no alcanzar verdaderas connotaciones actitudinales religiosas y tal vez creyentes: la percepción aguda de los valores absolutos (experiencia del misterio) y el sentimiento de lo sagrado, con la mediación –para ambos- de la simbología, del encuentro interior con los símbolos primordiales que nos ofrece la naturaleza y la existencia humana. Partiendo siempre de la constatación aguda (pero no desesperada) de la contingencia.

Ya vimos que la experiencia de contingencia (el verse necesitado de ayuda existencial, de salvación) predispone al espíritu para elevarse hacia Dios pidiéndole auxilio. Es lo que hacen, por ejemplo –en la narración galdosiana- los marinos y los soldados españoles (sin excepción alguna) cuando van a comenzar las batallas de Trafalgar y de Bailén: *“A pesar del distinto temple moral de aquellos hombres (recios marineros), creo que en los solemnes momentos que precedieron al primer cañonazo la idea de Dios estaba en todas las cabezas.”*³⁹⁶ Y en el enfrentamiento con las tropas napoleónicas:

*“El mayorazguito continuó en voz baja el Avemaría que había empezado en voz alta, y todos los que estaban en la fila le imitaron, como si aquello en vez de un escuadrón fuera un coro de religioso rezo; y lo más extraño es que Santorcaz –el descreído-, poniéndose pálido, cerrando los ojos y quitándose el sombrero con humilde gesto, dijo también Santa María...”*³⁹⁷

La experiencia del “misterio”.

El más importante proceso introductorio de la religiosidad, el que goza de un mejor estatuto psicológico, es el de la experiencia momentánea de valores absolutos que rayan con una dimensión del misterio humano (de su definición más allá de lo perceptible), aproximándonos insensiblemente al “umbral de transcendencia” y, desde éste, quizás, a alguna intuición de lo divino. Es la experiencia de la cercanía del “misterio absoluto”. Verificaremos más adelante que la vivencia amorosa de comunión interpersonal es el valor máximo (valor absoluto y misterio) que introduce al encuentro del Dios universal y del Dios cristiano (*“El que ama conoce a Dios” 1 Jn 4,7*)).

³⁹⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Trafalgar*. Episodio Nacional n. 1 (Salvat – Alianza Ed. Madrid 1969. Pág. 102). El personaje Theros (en el cuento de ese nombre), símbolo de la plenitud de la vida, acompaña al autor en el viaje iniciático de la vida, al modo de la Sabiduría veterotestamentaria; y en un momento determinado proclama así su fe en la Providencia eterna de Dios: *“En mi curso infinito, guíame el dedo de Dios. Cuando aparezco, ya está todo preparado. Bástame sonreír para que el mundo se llene de frutos... En el hombre, soy la edad del discernimiento y del trabajo..., el desarrollo de todos los seres que al verse completos se recrean en sí mismos, apreciando por su propia magnificencia la magnificencia del Creador”* (Theros. Ed. de Cátedra. Madrid 2004, pág. 199)

³⁹⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Bailén*, o.c. pág. 132

En los Episodios Nacionales de mayor intensidad épica aparecen este tipo de vivencias máximas o primordiales. Entre otras, la perfecta integración del peligro como tónica de heroicidad natural y necesaria -valor absoluto- conduce a una consideración normal del hecho de la propia muerte con perspectiva de trascendencia. Es la vivencia de Gabriel de Araceli en el sitio de Zaragoza.³⁹⁸

El mismo Gabriel, en la inicial narración de *Trafalgar*, en los momentos graves-que preceden al combate naval, expresa una experiencia semejante por su estructura: la del valor absoluto y noble de la defensa de la patria, que lo abre a un sentimiento religioso:

*“En el momento que precedió al combate, comprendí todo lo que aquella divina palabra (patria) significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándolo, y descubriendo infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche y saca de la oscuridad un hermoso paisaje. Me representé a mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidos... Me acordé de todos los españoles, a quienes consideraba asomados a una gran azotea, contemplándonos con ansiedad; y todas estas ideas y sensaciones llevaron finalmente mi espíritu a Dios, a quien dirigí una oración que no era padrenuestro ni avemaría, sino algo nuevo que a mí se me ocurrió entonces.”*³⁹⁹

La experiencia de “lo sagrado”.

El segundo proceso introductorio a la religiosidad, menos valioso tal vez pero más frecuente en nuestras vidas, lo constituye la experiencia de “lo sagrado” que, de por sí, tiene siempre cierta ambigüedad.⁴⁰⁰ Lo sagrado (o numinoso, según la acepción de Rudolf Otto) se refiere, más que a la materialidad de un espacio o de una configuración especial de los seres, a la impresión de hallarse ante fuerzas que exceden lo natural, que producen un sobrecogimiento emotivo e intelectual, que despiertan atracción o terror (seducen o repelen) y que, en fin, pueden o no abrirnos a la proximidad de algo divino. Es evidente que las religiones han utilizado (y manipulado) lo sagrado para introducir a la religiosidad, y que este movimiento puede ser legítimo o no serlo.⁴⁰¹

³⁹⁸ “La familiaridad con el peligro había transfigurado nuestra naturaleza, infundiéndole al parecer un elemento nuevo, el desprecio absoluto de la materia y total indiferencia hacia la vida. Cada uno esperaba morir ‘dentro de un rato’, sin que esta idea le conturbara.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zaragoza*. Episodio Nacional n.6 Alianza Editorial. Madrid 1995. Pág. 121. Ver también pág. 129)

³⁹⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Trafalgar*. O.c. pág. 103-104. Una referencia semejante ocupa al autor en el cuento *Una industria que vive de la muerte*: “Ciertas perspectivas sublimes de la naturaleza elevan el alma hacia Dios, y ciertos rumores elevan la imaginación hacia la música. El alma vuela a la contemplación del Creador y la imaginación penetra en el foco de la armonía.” (*Cuentos fantásticos*. Edición de Cátedra. Madrid 2004, pág. 44)

⁴⁰⁰ V. como análisis clásicos de esta experiencia: *Lo sagrado*, de Rudolf OTTO, o *Lo sagrado y lo profano*, de Mircea ELIADE (Comentados en mi libro ya citado *Religión, psicología y cultura*).

⁴⁰¹ Para el análisis de ambas experiencias introductorias (la del “misterio” y la de “lo sagrado”), así como de la experiencia del “símbolo” puede verse *Experiencias introductorias a la religiosidad*, Cap. I de mi libro *Religión, psicología y cultura en el ámbito cristiano*, (Proyecto Sur de Ediciones. Granada 1999. Págs. 39 a 90).

Galdós narra con frecuencia experiencias de este tipo (que tienen ese carácter sacro), unas veces –la mayoría– positivas para la persona, otras ambivalentes (o incluso negativas). De Gloria, tras una acción generosa de la joven, dice el narrador: *“No vio nada más que un sol poderoso que había salido ha tiempo en su alma y que subiendo por la inmensa bóveda de ésta, había llegado ya al cénit y la inundaba de esplendorosa luz.”*⁴⁰² Da la impresión de que, salvada la ambivalencia, para él la percepción de lo sacro es buen camino hacia el encuentro con Dios. Así aparece, por ejemplo, en el Episodio Zaragoza ya citado, a propósito de Agustín y María: *“Solos en la huerta, nos sentamos..., y al través de las ramas de un álamo negro y corpulento, vemos a pedacitos la claridad de la luna. En aquel silencio majestuoso nuestras almas comprenden lo divino, y (lo) sentimos con un sentimiento inmenso que no puede expresarse por el lenguaje.”* Y más adelante, con otra perspectiva, al entrar en la Basílica del Pilar:

“Corrimos Agustín y yo hacia el Pilar, donde se agolpaba un gentío inmenso, y entramos difícilmente... Faltaba el silencio solemne de los lugares sagrados, y todos allí estaban como en su casa; como si la casa de la Virgen querida, la madre, ama y reina de los zaragozanos, fuese también la casa de sus hijos, siervos y súbditos. Asombrado de aquel fervor, a quien la familiaridad hacía más interesante, pugué por abrirme paso hasta la reja, y vi la célebre imagen...”

(y sigue una exuberante y sacra descripción de la imagen de la Virgen).⁴⁰³

Esta forma de experiencia sagrada que conduce suavemente hacia Dios es la que expresa el autor al referirse a la búsqueda ansiosa del templo por la gente, con ocasión de los trágicos sucesos anarquistas de Barcelona (1893): *“La cavidad del templo, con su misterio dulce, con el arrobamiento que en el espíritu despierta, ejerce sobre las personas habituadas a pasarse en ella largas horas, una fascinación irresistible.”*⁴⁰⁴

Sin embargo –como se ha indicado– Galdós reconoce también que el sentimiento intenso de lo sagrado conduce frecuentemente a exaltaciones emotivas o a comportamientos desequilibrados de la persona que entonces se encierra en sí misma.⁴⁰⁵ Muy al

⁴⁰² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, Obras Completas Aguilar. Tomo IV. Madrid 1949, cap. XXV, pág. 550

⁴⁰³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zaragoza*. O.c. págs. 30 y 36-37. Aun con la posible ironía del cuento fantástico, Galdós vuelve a expresar el valor mediador de lo sacro (la catedral en penumbra) para situarse –en un momento dado– ante Dios (v. *La pluma en el viento...*, o.c. pág. 127).

⁴⁰⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Carta a La Prensa, de Buenos Aires, de 29/XII/1893, en William H. Shoemaker, *Las cartas desconocidas de Galdós en 'La Prensa' de Buenos Aires*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid 1973, pág. 515. En cuanto a la perspectiva de lo sagrado como “maravilloso”: RICARDO GULLON, *Lo maravilloso en Galdós*, r. Ínsula n.113, mayo 1955.

⁴⁰⁵ En el Episodio Nacional n. 39, *Prim*, uno de los revolucionarios –“Chaves”– vive de este modo su acción: *“La expectación anhelante con que el patriota miraba al cuartel no estaba exenta de fervor pietista. En su bárbaro fanatismo sectario cabía la invocación a la Divinidad.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prim*. Historia 16-Caja de Madrid. 1995. Págs. 229-230)

contrario, para él la verdadera religiosidad lleva a la acción eficaz a favor de los hombres. No cabe otra garantía. Sus principales y valiosos héroes de signo religioso son eminentemente prácticos, su virtud es eficaz. Benina e incluso los que se acercan al espíritu contemplativo (como Nazarín o Catalina de Artal, o Leré, que dedica largas horas a la oración, y el mismo Ángel Guerra en alguna fase de su proceso), todos ellos, viven la fe en la entrega a los demás; y la seducción de lo sagrado no los aparta de esa responsabilidad social, la más importante condición de acceso al sentimiento religioso y a una religiosidad saludable.

En la obra galdosiana aparecen dos factores más como introductores de la vivencia religiosa, ya en ámbito eclesial o cristiano, a saber: la religiosidad popular y el arte cristiano; ambos están vinculados a la experiencia de lo sagrado. De ellos trataremos más adelante al abordar la visión de la Iglesia que tiene el autor.

4.3 La religiosidad como institución. ¿Hacia una sola religión universal?

Casi desde el comienzo de la humanidad el hecho religioso se socializa, primero, y se institucionaliza enseguida. Aparecen los ritos colectivos (humanos o inhumanos) que exculpan la conciencia dañada o que aportan la expectativa de obtener poderes benéficos. Surgen los sacerdotes, los templos (los espacios que sitúan o monopolizan a la divinidad e imponen la dicotomía entre lo religioso –o sacro- y lo profano); nace el tremendo poder de la religión sobre la sociedad.

Ésta se constituye en fuerza excluyente de la libre religiosidad individual y en determinante del devenir de los pueblos y de confrontaciones sangrientas. Podría –debería- servir al sentimiento religioso más puro, al desarrollo de la convivencia abierta y al progreso de la ética, pero rara vez se limita a cumplir ese excelente papel servidor, humilde y cordial.

Galdós realiza este análisis -con frecuencia de manera muy explícita- a lo largo de toda su obra. En este sentido es claramente crítico de la religión y, en consecuencia, también del catolicismo instituido y del fortísimo elemento clerical que arbitrariamente configura al cristianismo como religión. En su obra este catolicismo institucionalizado y posiblemente fanático irrumpe demasiado en las vidas personales, destrozando el amor y la familia, y se convierte en un factor cruel e inhumano. Así sucede en *Casandra*, *El Audaz*, *La Fontana de Oro*, *Rosalía*, *Doña Perfecta*, *Gloria*, *La familia de León Roch*, *Electra*, etc. ¡Demasiadas obras para no tratarse de un retrato de la realidad!

De manera expresa o tácita el primer paso que se propone es la libertad religiosa (aunque ésta se refiera, sobre todo, a la adhesión interior de la persona, sin alterar la pertenencia confesional y la adhesión a una gran parte de su dogmática). La novela *Gloria* es seguramente su alegato más fuerte en defensa de tal libertad: *“Todo hombre tiene*

*libertad para abrazar y profesar aquella religión que, guiado por la luz de la razón, creyera verdadera”... “Los hombres pueden encontrar el camino de la eterna salvación y conseguir la gloria eterna en el culto de cualquier religión.”*⁴⁰⁶

Es evidente que Don Benito (buen conocedor de los planteamientos krausistas de Fernando de Castro) se acerca aquí al ecumenismo del Vaticano II y se aleja del Vaticano I. Son tres las ideas que se apuntan a lo largo de sus obras más importantes de tesis (*Gloria*, *Doña perfecta*, *Rosalía*, *Amor y Ciencia*...) en cuanto a la relación entre religión y religiosidad:

Primera, según hemos visto, la convicción de que las religiones, en cuanto institucionalización de lo religioso, son obras humanas y, por tanto, modificables; expuestas, en consecuencia, al anquilosamiento, a graves deterioros y a constituirse en peso intolerable sobre las conciencias.

Segunda, la validez moral (y salvífica) para todas las personas de profesar cualquiera de las religiones existentes, con tal de que éstas apoyen el desarrollo de la dignidad humana, considerando que jamás la distinta confesionalidad puede distanciar o impedir las relaciones de convivencia ni las más hondas. El escritor pone en boca de Daniel Morton este grito desesperado: “*Los que se aman son de una misma religión*”, que es el mismo de Horacio Reynolds (en *Rosalía*): “*Toda religión que Ud profesara sería la verdadera*”.⁴⁰⁷

Y tercera, la utopía de encaminar la humanidad hacia una sola religión universal, anhelo y crítica que finaliza la narración de *Gloria* con el texto ya conocido. El narrador deja constancia al final de la novela de que la pretensión del joven judío es y será una quimera anhelada sólo por los profetas que tienen algo más que una pizca de locura: “*Había muerto después de dos años de locura, motivada por la extraña y sin igual manía de buscar una religión nueva, la religión única, la religión del porvenir. Sostenía haberla encontrado. ¡Pobre hombre!*”⁴⁰⁸

En el Episodio *Aitta Tetauen* se apunta también el sueño de una religión universal, aunadora y servidora de todos los hombres sin excepción, considerando que Dios tiene que hallarse más allá de las contradicciones y de los odios que –por motivo doctrinal o ritual– separan a los hombres. Los textos rezuman sin duda la amargura del autor. En *Ángel Guerra* volverá a expresar la utopía de la religión nueva (referida ahí, más bien, como veremos, al cristianismo y a la iglesia).

⁴⁰⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, Obras Completas. O.c., pág. 560

⁴⁰⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, o.c., pág. 551; *Rosalía*, o.c., pág. 115. A lo que añade el narrador: “*Rosalía dio un suspiro, y, elevando la mente a Dios, maldijo a los que según ella habían inventado las religiones.*” Es evidente que Galdós distingue aquí con agudeza la realidad de la honda relación personal del hombre con Dios, nacida en el contexto cristiano, por una parte, y el hecho de la diversidad de confesiones antagónicas (incluso cristianas).

⁴⁰⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, Alianza Editorial. Madrid 1999, pág. 470

Es importante señalar que estamos hablando de religiones, de instituciones sociales de lo religioso, existentes de hecho desde el fondo de la historia hasta nuestros días, hacia las que se dirige el movimiento ecuménico que preludia al Vaticano II y lo continúa⁴⁰⁹; y que a lo largo de la creación galdosiana va a aparecer la distinción nítida entre ese fenómeno y el advenimiento del cristianismo en sus orígenes, que no tuvo ninguno de los elementos constituyentes de las religiones. Volveremos sobre el tema en el capítulo VII de este trabajo.

4.4 Deterioros de la religiosidad habitual según el pensamiento de Galdós.

De modo semejante a lo que observamos al tratar de las falsas imágenes e ideas de Dios (y en estrecha relación con aquel estudio), debemos señalar que Galdós analiza y denuncia ampliamente en sus escritos las desviaciones personales de lo religioso y los deterioros introducidos tanto en la religiosidad individual como en la institución religiosa. Esta crítica (en ocasiones de enorme dureza) se sitúa a la vez en dos niveles: en el de la psicología religiosa más popular impregnada de deterioros notables (aunque integre alguna connotación cristiana) y en el plano del funcionamiento de un buen número de católicos y de la misma Iglesia. Recordemos que, en cualquier caso, esa visión viene provocada por la observación de la realidad del entorno inmediato.

Más adelante, al considerar los conceptos de cristianismo y de iglesia según el pensamiento galdosiano, ampliaremos el estudio de esta perspectiva crítica.

a) Otras religiosidades individuales desviadas.

A lo largo de la creación literaria galdosiana se va trazando un diagnóstico de aquello que puede considerarse psicopatía religiosa o desviación psicológica de la espiritualidad cristiana. Así, de manera indirecta -denunciando las patologías- se refuerza el pensamiento positivo del autor.

Hemos señalado antes el fuerte rechazo que inspira a Galdós la espiritualidad sacrificial; es quizás la desviación interior más grave de la religiosidad. Pero existen también

⁴⁰⁹ El Concilio Vaticano II habla en presente cuando afirma: *“Todos los pueblos forman una comunidad, tienen un mismo origen, puesto que Dios hizo habitar a todo el género humano sobre la faz de la tierra, y tienen también un fin último, que es Dios.”* Carta *Nostra aetate*, nº 1. Estas ideas son precisamente las que rechaza y condena el catolicismo dominante en el siglo XIX español, fiel al pensamiento romano. Galdós sitúa tal rechazo en el violento sermón que oye Rosalía en una iglesia de Madrid (capítulo XXXII de la novela) y que se sintetiza en el conocido anatema: *“Fuera de nuestra sacratísima fe católica no hay salvación posible... ¡Desgraciados los que nacieron (fuera de ella)!”*. (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *ROSALÍA*, o.c., págs. 268-269)

otras actitudes o comportamientos que el escritor denuncia como contrarios a la dignidad del hombre y a la dignidad del concepto de Dios. En síntesis, se critican y rechazan las siguientes formas de religiosidad:

1) Ante todo, se tacha de perversa una vivencia religiosa habitual que aparta a la persona del amor y de las responsabilidades más graves de relación interhumana. Esta visión constituye, por ejemplo el tema central de la novela *La familia de León Roch*. La acusación de León a su esposa María es muy grave:

*“¡Ten fe! –dice León-. De eso sí que no entiendes tú. Yo no la tengo, no puedo tenerla según tu idea. Además, tu conducta y tu modo especial de cumplir los deberes religiosos me la arrancarían, si la tuviese como tú deseas. No veo en tus actos, ni en tu febril afán por las cosas santas ninguno de los preciosos atributos de la esposa cristiana. Mi casa me parece una fonda, y mi mujer, un sueño hermoso, una imagen tan seductora como fría. Te juro que ni esto es matrimonio, ni tú eres mi mujer, ni yo soy tu marido.”*⁴¹⁰

Pero es también la situación interior a la que se van acercando trágicamente Gloria, Electra, Clara (de *La Fontana de oro*) y otros.

Desde un punto de vista cercano a la repulsa del sacrificio, Galdós critica el falso misticismo religioso que domina en una etapa de la vida de dos personajes amables, dotados, además, de excelente buena conciencia: la duquesa Catalina de Artal (*Halma*) y el militar Santiago Íbero (en los Episodios Nacionales de la tercera serie). Los dos intentan seguir la vocación de entrega absoluta a Dios, renunciando a la idea de matrimonio, sin darse cuenta de que su verdadera religiosidad y fe debe desarrollarse natural y felizmente en la vida matrimonial. En ambos casos va a hacer falta la ayuda clarividente de importantes amigos (personas de gran personalidad humana y cristiana de la obra galdosiana) para sacarles del engaño místico: Nazarín ayudará a Catalina, y Fernando Calpena a Santiago.⁴¹¹

⁴¹⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La familia de León Roch*. (Alianza Editorial. Madrid. 2004. Pág. 102) V. también en *La de Bringas* la crítica que se hace de Rosalía: “Con tantos alardes de perfección moral y aquella monomanía de prácticas religiosas, no se podían sufrir sus rasgos de genio endemoniado, su fiscalización inquisitorial, ni menos sus ásperas censuras de las acciones ajenas. Pasaban meses sin que ella y su marido cambiasen una sola palabra.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de Bringas*. Ed. Hernando. Madrid 1975. Pág. 73) Y en *Gloria*, hablando el narrador del tremendo daño que ha causado Serafinita a Gloria y a Daniel, precisamente movida por su pietismo, dice con penosa ironía: “(habría sido necesario que) Dios recogiese su Decálogo y lo volviese a promulgar con un artículo undécimo que dijese: no entenderás torcidamente el amor a mí.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Obras Completas* Aguilar, o.c., pag. 640)

⁴¹¹ “¡Qué desvarío! –dice Catalina de Artal, tras las conversaciones con Don Nazario- Llegué a creer que la sequedad del alma era el primer peldaño para subir a esas santidades que soñé... Estaba yo con mi santidad como chiquilla con zapatos nuevos.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*. Ed. Almar. Patio de las Escuelas. Salamanca. 1979. Pág. 339. Ver VIII de la 5ª Parte). Así mismo, el cap. XXXIII de *Los*

Más difícil (desde el punto de vista psiquiátrico) es el caso de Paulita Porreño (*La Fontana de Oro*), pseudomística convencida, admirada por todos, que terminará en un estado de violenta demencia cuando se ve obligada a reconocer su pasión por Lázaro.

La religiosidad de Ándara, la seguidora fiel y honesta de la misión caritativa de Nazarín (sin más luces intelectuales), derivará hacia ataques de verdadera histeria admirablemente descritos por el autor.

2) Error sería así mismo –y muy grave– el que la religiosidad individual se mantuviera como fruto de un *transfert* (de la aceptación de un trasvase inconsciente de otra personalidad) sin llegar a asimilarse libre e interiormente. Algo de esta actitud está temiendo el lector que le ocurra a Ángel Guerra respecto a Leré durante la segunda parte de la novela, aunque al fin termine por resolver airoosamente el problema. En todo caso, es lo que confiesa otro Daniel en el último acto de *La loca de la casa*: “Claramente veo ya que mi religioso entusiasmo era un artificio de mi espíritu para engañarse a sí propio..., transformación mágica de mi idolatría por esa mujer.”⁴¹²

Se denuncia, sobre todo, la vivencia religiosa que se impone a los demás con despotismo, convirtiendo a quienes la tienen en terribles inquisidores y provocando (en los casos más agudos) la destrucción o la muerte. Encarnan este tipo, por ejemplo, los personajes Doña Perfecta, la familia Lantigua (en *Gloria*), Doña Juana (en *Casandra*), la familia entera de Mariucha y la de Isidora (en *Voluntad*) junto con otros de menor relevancia. El deterioro tremendo que padece la religiosidad de estas personas es que usurpan el papel de Dios (si es que éste se concibe intolerante y justiciero), lo reemplazan. La poderosa Doña Juana ha quitado los hijos a la excelente madre Casandra, pobre y nada beata; y este crimen lo comete de manera impune, con el fin de educarlos ella religiosamente a su manera. Al requerimiento de la joven responde Doña Juana: “¡Oh no!, sus tiernas almas a tu lado se perderían para siempre... Es mi deber, es mi gloria apartarlas de ti...y criarlas para Dios.” En otra escena, Casandra dirá: “Esa mujer reparte bienes y males, quitándole a Dios el cetro del mundo.”⁴¹³

Ayacuchos nos narra la nueva conversión del aragonés Santiago Íbero que va a poner, en fin, en manos de la Virgen del Pilar. (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los Ayacuchos*, o.c., pág. 213-217)

⁴¹² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La loca de la casa* (Ediciones Rueda. Madrid. 2003. Pág. 100)

⁴¹³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Casandra*. Drama teatral. (Cátedra. Madrid. 2006. Págs. 315. 305). De manera impositiva semejante actúan Carolina con sus hijas, exigiéndoles la práctica de su beatería, en la novela *La de Bringas* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de Bringas*, Casa Editorial Hernando. Madrid. 1975. Ver pág. 73 y ss.) y el mundo familiar que contorna a María Ignacia, esposa de Pepe Fajardo: “Sólo en los comienzos de mi asimilación (a la nueva familia) me causaron enojo las extremadas santurroneñas a que las señoras mayores me sometieron, y se me hacía muy largo el tiempo consagrado, sobre la misa diaria, a Triduos, Cuarenta Horas, o visitas a monjas del Sacramento, de la Latina y de Santo Domingo el Real; pero a ello me fui acostumbrando con graduales abdicaciones del albedrío, hasta llegar a cierta somnolencia...” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Narvárez*. O.c. pág. 94)

Galdós expresó su pensamiento en este asunto con claridad meridiana y de forma directa ante un gran público en el mitin celebrado en Santander en noviembre de 1908, en medio del clima de apasionamiento ideológico y eclesiástico agitado por la Constitución de 1869. En el escrito que elabora para ese mitin tiene estas palabras: *“No desmayaremos mientras no sea extirpado el miedo religioso, funestísima plaga creada y difundida por la teocracia como medio de dominación, moviendo los intereses frente a las conciencias y sujetando de tal manera a innumerables personas que si vivieran en franca libertad renegarían de las formas y prácticas de la beatería.”*⁴¹⁴

En la misma crítica de la religiosidad del temor rechaza Galdós el recurso al diablo y a lo demoníaco, aunque estas figuras aparezcan en algunas de sus obras de carácter fantástico y simbólico (como el drama *La razón de la sinrazón* o la novela *El caballero encantado*), sin que alcancen un carácter demasiado maléfico.

3) En líneas generales, la obra galdosiana fustiga cualquier clase de falsa religiosidad. Por ejemplo, aquella que se ofrece como sustituto de la farmacopea⁴¹⁵; o la que se practica para figurar socialmente: *“¿Cómo había de faltar yo a la función de los Trinitarios, si era hombre que a ninguno cedía en religiosidad ni perdonaba medio de que se me tuviera por escrupuloso guardador de los preceptos y prácticas de la Iglesia?”*, dice Pipaón, uno de los tipos más cínicos y desagradables del mundo de Galdós⁴¹⁶. Esta falsa espiritualidad religiosa no puede ser de Dios, aclara la ya liberal y madura María Ignacia, coprotagonista de la cuarta serie de Episodios.⁴¹⁷

Una religiosidad de fachada, ajena a la más honda interioridad, como aquella que fustiga también Daniel Morton, tipo galdosiano indiscutible, con un lamento inacallable: *“¡Oh, Dios mío, dichosas las tierras donde la religión está en las conciencias y no en los labios, donde la religión no es una impía ley de razas! Andamos aquí como las reses marcadas con hierro en su carne.”*⁴¹⁸ Es obvio que Daniel, buen conocedor del culto a la Torah, está refiriéndose también a los excesos del judaísmo en donde la fijación dogmática y ciertas formas externas están por encima de la conciencia, coincidiendo así en la crítica continua de Jesús a los fariseos a lo largo de los evangelios.

⁴¹⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, en B. Madariaga: *Pérez Galdós. Biografía santanderina*. Santander 1979. II, págs.221-223.

⁴¹⁵ Obdulia (casada a la fuerza y hundida en grave depresión) cuenta: *“...Vino a verme y a consolarme Celestina Tirado, que se metió a beata y anda en trajines de religión. Dijome que en la iglesia hallaría mi remedio; que fuese a misa y a confesar, y que rezara mis tercios de rosario con devoción. Mi antigua señora la marquesa de Navalcarazo me llamó para recomendarme el mismo medicamento.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Amadeo I*, Episodio Nacional n. 43. Historia 16-Caja de Madrid. 1975. Pág. 170).

⁴¹⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, en *Memorias de un cortesano de 1815*. Episodio Nacional n. 12 (Ed. Altorrey. Madrid. 1993. Pág. 105)

⁴¹⁷ *“Veo que los caminos de esa gente codiciosa y milagrera no son los de Dios”* (B.P. Galdós. *Narváez*. Episodio Nacional. N. 32. O.c. pág. 244).

⁴¹⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*. O.c. pág. 157

Por esa y otras razones resulta equivocada la religiosidad vehemente (incluso elevada) fruto de alguna intensidad emocional momentánea, como la que le reprocha Catalina a su primo Urrea (que se ha unido a la comunidad cristiana cargado, sin duda, de buena voluntad y de amor a su prima): “Te cogió la ventolera religiosa que suele soplar de cuando en cuando, lanzada por las tempestades que recorren furiosas el mundo, y ya tenemos a Urreita delirando por lo espiritual... Y te vienes acá con piedad de aficionado, que no es lo que yo quiero ni nos hace falta ninguna”.⁴¹⁹

Queda patente como anormal el desvarío religioso por alteraciones externas del cerebro: por ingesta de sustancias (la embriaguez de Mauricia la Dura, durante su estancia en “Las Micaelas”, en la segunda parte de *Fortunta y Jacinta*), la depresión (Maximiliano Rubín por su impotencia y por la infidelidad de Fortunata), el sueño fatigado (Luisito Cadalso, en *Miau*), etc. Experiencias religiosas anormales que generan después una religiosidad tarada, abocada en ocasiones a la catástrofe.

Sin duda el análisis más agudo de la religiosidad y de la mística sustitutorias de la maduración normal de la persona aparece en *La Fontana de Oro*. Sorprende en esta obra el largo y detenido análisis de la patología religiosa de Paulita Porreño, que es considerada (y se autoconsidera) santa, y entra en éxtasis místicos que no son más que estados enfermizos graves de catalepsia. Esta mujer lo que ha hecho es enterrar en vida su naturaleza femenina (presionada por sus tías), una naturaleza que despierta al amor cuando ya es tarde.⁴²⁰

4) En general, describiendo la forma religiosa de no pocos personajes (casi todos femeninos), encontramos una crítica furibunda a la beatería, al exceso de religiosidad y al culto a las imágenes de santos, máxime cuando ese pietismo (como el de la Doña Juana de *Cassandra* o el de María Sudre en *La familia de León Roch*) encubre terribles injusticias, aunque se pretenda justificar la abundante práctica piadosa con intenciones salvíficas⁴²¹. La ya conocida e inefable María Ignacia (de la cuarta serie de Episodios) hace con gracia esta crítica galdosiana:

⁴¹⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*. O.c. pág. 279-280

⁴²⁰ Ver PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La Fontana de Oro*, o.c., entre otras páginas: capítulo 42, págs. 416-424

⁴²¹ María Sudre justifica así su obsesión por las prácticas religiosas ante el frustrado esposo León: “¡Que frecuento demasiado la iglesia!... ¡Que cumplo muy a menudo los preceptos más santos!... ¡Que celebro funciones espléndidas!... ¡Que oigo todos los días la palabra de dios!... ¡Que rezo de noche y de día!... Ya sé que paso por beata. Pues bien, todo tiene su razón en el mundo. ¿Crees tú que yo me abrazaría tan fuertemente a la Cruz si no estuviera casada contigo, es decir, con un ateo?... Fíjate bien, querido mío, uno sólo rema y han de salvarse los dos.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La familia de León Roch*. O.c. pág. 193)

*“Oye, Pepe: ¿no te parece que sobre todas las estupideces humanas está la de adorar a esos santos de palo, más sacrílegos aún cuando los visten ridículamente? ¿No crees que un pueblo que adora esas figuras y en ellas pone toda su fe, no tiene verdadera religión, aunque los curas lo arreglen diciendo que es un símbolo lo que nos mandan adorar entre velas?”*⁴²²

El juicio es tan duro como lúcido; pero resulta aún mucho más grave el que formula el contable Insúa refiriéndose a Doña Juana (de *Casandra*), cuando ésta acaba de desheredar a todos para dedicar su enorme fortuna a la Iglesia:

*“De todo ese caudal, que no baja de diez y siete millones, pero de duros, ¡eh!, será pronto heredero..., ya lo adivinan, Dios, muy necesitado de bienes materiales, según Doña Juana; Dios, creador y dueño de todo lo creado... Descalzo, pobre, sin tener una piedra en que reclinar su cabeza, anduvo Nuestro Señor Jesucristo por el mundo, enseñando su doctrina sublime. Pobre y descalzo lo llevamos nosotros en nuestros corazones. Doña Juana, más cristiana que el mismo Cristo, según ella, se aflige de ver a nuestro Redentor tan menesteroso, y emplea todo su dinero en proporcionarle zapatos de oro, corona de pedrería, manto bordado...” “¡Horrible ironía!”, añade el desahuciado Alfonso.*⁴²³

La beatería se nutría (y tal vez se sigue nutriendo) de textos que constituyen lo peor de la literatura religiosa; textos que tuvimos ocasión de señalar a propósito del estudio del ejercicio de la oración en la creación galdosiana.

Don Benito critica también, como antítesis de la beatería (o tal vez como complemento de la misma) la angustia de lo diabólico: el miedo al demonio y al infierno, con frecuencia empleado en la predicación eclesiástica de la época. En *La Nación* de 22/X/1865 escribe:

*“Bórrese, pues, de la imaginación de todo católico la imagen perversa del demonio, que le impide ver la luz eterna, y arránquese a la religión ese engendro deforme que ha conservado como un resabio del paganismo... No seamos buenos por miedo al demonio sino por amar a Dios, ni nos dirijamos al cielo por huir del infierno. Cese el imperio del terror en una religión fundada en el amor.”*⁴²⁴

⁴²² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Narváez*. O.c. pág. 96. En el cuento *La pluma al viento...*, y en tono parecido (y con ironía) denuncia Galdós el aburrimiento y el tedio que suscitan una excesiva religiosidad o devoción: “Hablando con sinceridad, esto es bastante triste, y bi sé, no sé... las horas tienen una longitud desmesurada. Si me apuras te diré con mi habitual franqueza que me aburro soberanamente..., pues por mucha que sea nuestra devoción, no hemos de estar siempre reza que te reza.” (O.c. pág.129)

⁴²³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Casandra*. O.c. pág. 284

⁴²⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, en *Los artículos de Galdós en La Nación*, edición de William Shoemaker. Insula. Madrid 1972, págs. 173-174

Ya advertimos que en alguna obra de tono surrealista en la composición (*La razón de la sinrazón –Fábula teatral absolutamente inverosímil-* o *El caballero encantado*, o el Episodio *La Primera República*) introduce el mundo mágico o diabólico, pero sin una connotación que afecte a la creencia.

5) En fin, para Galdós anda también muy desviada la religiosidad instrumental, es decir, aquella que se vive como un elemento de orden para la mejor reglamentación de la vida individual o para eliminar los males que aquejan a la sociedad. Tal es la perspectiva de Juan de Lantigua (padre de Gloria). De él dice el narrador: *“Su inclinación contemplativa le llevó a considerar la fe religiosa, no sólo como gobernadora y maestra del individuo en su conciencia, sino como un instrumento oficial y reglamento que debía regir externamente todas las cosas humanas”*⁴²⁵; aunque ese “feliz” ordenamiento haga insoportables a las personas que lo asumen, según testimonia Carolina, prima de los Lantigua (en la novela *La de Bringas*).⁴²⁶

Este conjunto de deterioros de la religiosidad individual despersonalizada y con fuerte alcance social podría sintetizarse con el nombre de “religión mundana”, que es el que emplea Federico Sopeña refiriéndose a la crítica galdosiana. Para este autor

*“Se trata, esencialmente, de una falta de pasión religiosa referida a lo fundamental: se pierde la relación con el ‘misterio’. La consecuencia es doble: una gran indiferencia en el varón y una religiosidad en la mujer más atendida al ‘milagro’ que al ‘misterio’... La Iglesia es vista, como la ve Cánovas, como institución conservadora, elemento decisivo de ‘defensa social’ en la lucha contra el socialismo... Añádase, y no es pequeño añadido dentro de esa constelación, que el cumplimiento externo tiene toda la fuerza de la costumbre más la enorme fuerza del buen tono.”*⁴²⁷

El análisis –como suele ser habitual en Sopeña– es certero y revela una visión lúcida del pensamiento de Galdós respecto a la religión instituida y practicada.

⁴²⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*. O.c. págs. 22-23.

⁴²⁶ “La que en otro tiempo fue la misma dulzura, habíase vuelto arisca e intratable. Todo lo enfadaba y estaba siempre riñendo. Con tantos alardes de perfección moral y aquella monomanía de prácticas religiosas, no se podían sufrir sus rasgos de genio endemoniado, su fiscalización inquisitorial, ni menos sus ásperas censuras de las acciones ajenas.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de Bringas*. O.C. pág. 73).

⁴²⁷ SOPEÑA IBÁÑEZ, FEDERICO, *La religión mundana según Galdós*. Cabildo Insular de Gran Canaria. 1978. Págs. 7-8 Y más adelante: “Jamás se le ocurrirá al burgués español ver la religión como instrumento de lo que hora llamamos reform de las estructuras sino todo lo contrario.” Y, tras recordar la andadura del personaje Estupiñá de *Fortunata y Jacinta*, prototipo de esa religión mundana, exclama: “¡Genial Galdós! (págs. 15 y 18)

b) Los deterioros de la institucionalización religiosa. La violencia de la religión.

Es indudable que las desviaciones o perturbaciones de la sana religiosidad tienen una repercusión colectiva e institucional; es decir, que deterioran las instituciones de todo tipo, no sólo las religiosas. Galdós, aunque está más preocupado por la fisonomía de los individuos, realiza a lo largo de sus obras una fuerte crítica de las religiones establecidas y de su presencia social, siempre en relación con los deterioros objetivos notables que percibe en ellas, nunca por una personal actitud antirreligiosa o antieclesial. La religión queda falseada radicalmente desde el momento en que se otorga a sí misma poderes sobre los hombres y ejerce violencia.

1) Un primer deterioro que denuncia es la fusión –de hecho- de religión y política, y de religión y estado. El ultramontano Miguel de Baraona aparece en la segunda serie de Episodios como portavoz del pensamiento y de la ejecutoria del carlismo en cuanto a lo religioso:

*“En su fervor entusiasta y en su religiosa devoción por la patria inmutable no había sutilezas ni distingos, ni cabían transacción ni arreglo alguno... Juntaba la religión con la política, haciendo de todas las creencias una fe sola o un solo pecado, y había amalgamado dogmas y opiniones, haciendo un Evangelio... Mis principios –decía-, estos principios que sustento, no son míos, son de Dios, y no se puede ceder ni un ápice de lo ajeno.”*⁴²⁸

Esta visión trasladada a la práctica dio la imagen surrealista de un rey absolutamente beato o de una religión palaciega (tan bien expresada en el cuadro de la adoración del Sacramento, de Claudio Coello de la sacristía de El Escorial); imágenes que perdurarían demasiado tiempo en el estado español.⁴²⁹

2) Más desgraciada repercusión tiene el hecho de que se confiara a la religión (en este caso a la Iglesia) la tutela de toda la sociedad o que se desarrollen públicamente las prácticas religiosas con un carácter redentor de los males sociales. Consideraciones éstas que llevaron a dotar a las religiones de poderes públicos sobre la población (cohercitivos y punitivos)... De esto habla también María Ignacia a Pepe Fajardo en el Episodio Narváez: *“Ese bendito conde Cleonard me tiene estomagada con que la Iglesia debe ser maestra de la vida en todos los órdenes, con que debemos traernos para acá al Papa,*

⁴²⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La segunda casaca*. Episodio Nacional n. 13. O.c. pág. 14

⁴²⁹ El razonable burgués Bruno Carrasco explica a su esposa: *“Mejor le sienta a un rey el coraje que la devoción, y que eso de pasarse las horas adorando a la Virgen del Olvido será muy bueno para ganar el Cielo, pero a mí no me des reyes de esta condición santurrona... Los reyes, hija, han de figurar como ejemplo de valentía y de calzones muy apretados.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Bodas reales*. O.c. pág. 150)

y hacerle cabeza de nuestra nación... Pues yo digo que si es Vicario de Jesucristo, ¿para qué necesita fusiles y cañones?”⁴³⁰ Y Juan de Lantigua profetiza las mayores calamidades “hasta que una nueva florecencia de la fe católica en los corazones, fecundados por la desgracia (inótese que no dice “por la gracia”!) reorganice a los pueblos, congregándolos bajo el mando tutelar de la Iglesia.”⁴³¹

3) El rechazo de dos extremos estatales completa y matiza la crítica de la religión por parte del pensamiento galdosiano: la implantación de un laicismo total y, en el polo opuesto, la manipulación de lo religioso por los gobiernos. En primer lugar, haciendo crónica de una de las sesiones del Parlamento, se suma al sentir general rechazando la enmienda que propone el diputado Suñer y Capdevila (“Sería una ventaja para los españoles el estar limpios de toda religión.”)⁴³² Por otra parte, narra con cierto sentimiento de ira y juzga sacrílegas las celebraciones eclesiales solemnes de acción de gracias por victorias bélicas, además terriblemente cruentas (el canto del Te Deum, por ejemplo); celebraciones a las que se unían misas con matanza de prisioneros.⁴³³

4) En fin, la más grave acusación que se va a hacer a las religiones instituidas, en este caso, tanto al cristianismo establecido en cuanto cultura eclesial, como al judaísmo (si bien éste apenas se halle institucionalizado universalmente), se refiere al hecho de que tales religiones constituyen un factor de destrucción para la armonía de las personas, un factor de separación radical. Es la crítica dolorosa que hace Daniel Morton, apartado ya inevitablemente de su amada y de su hijo:

“¡La religión! –dijo Morton sombríamente- siempre el mismo fantasma pavoroso que nos persigue para separarnos. Sombra terrible proyectada por nuestra conciencia, en todas partes la encontraremos; no nos permite ni una idea libre, ni un sentimiento, ni un paso. Es en verdad tremendo que lo que viene de Dios parezca a veces una maldición.”

Éste es casi el final de la obra. En el mismo sentido se pronuncia Horacio Reynolds frente a Juan Crisóstomo, padre de Rosalía: “Para que yo entre en su familia no encuentra Ud. más que un obstáculo, precisamente en lo que ha sido instituido para enlazar a las criaturas y hacer que se amen, en la religión.”⁴³⁴

⁴³⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Narváez*. O.c. pág. 96. Ver también la crítica que hace Galdós al plan “redentor” social del triduo de beatas encabezado por la maligna Domiciana en el Episodio n. 42, *España trágica* (Editorial Hernando. Madrid. 1973. Pág. 60)

⁴³¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*. O.c. pág. 23

⁴³² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *España sin rey*. Episodio Nacional n. 41 (Historia 16-Caja de Madrid. 1996. Pág. 88)

⁴³³ Ver, entre otros, el Episodio Nacional n. 26, *La estafeta romántica*. O.c. pág.

⁴³⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*. O.c. pág. 456; *Rosalía*, o.c., pág. 212 Abundando en las palabras de Daniel Morton, CARMEN LUCÍA ÁLVAREZ finaliza su ponencia con esta premonición: “La querella

5) Por último, no está de más el que señalemos que –como era de esperar– Galdós, cuando llega la ocasión, critica el comercio (eclesiástico o no) de objetos religiosos, tema tan antiguo como el de las religiones griegas.⁴³⁵

4.5 Sobre el ateísmo en el mundo literario de Galdós.

Como ya se ha indicado, en la obra galdosiana los deterioros de la imagen de Dios y de la religiosidad (y de la religión) que acabamos de constatar son una de las causas principales –si no la única– del ateísmo que surge en un momento dado de la vida de algunos personajes; casi siempre como reacción a la situación dolorosa que padecen de parte de individuos “religiosos” o de desgracias insalvables. Se trata en estos casos de una reacción espontánea que en el fondo no incluye la negación de Dios, pero sí provoca una crisis creyente. Es lo que expresa Clementina en *Casandra*: “¡Dios!... No, no diré una blasfemia... Mi tía (Doña Juana) me ha enseñado a no creer. No me enseñará a blasfemar.”⁴³⁶

Caso parecido es el de Dulce (“Yo no creo. ¿A qué creer? Si hubiese Dios, por chico que fuera, no pasarían estas cosas.”) que, pasada la tremenda crisis de amargura por el abandono de Ángel, confiesa, ya serena: “No crea usted que yo haya sido jamás atea. Lo decía, y hasta llegaba a creérmelo yo misma a fuerza de decirlo... Era el reconcomio, el torcedor que tenía dentro. Pero yo creo en Dios y en la Virgen, y me pesa haberles ultrajado.”⁴³⁷ Incluso el clásico ateo libertino Santorcaz padre secreto de Inés (primera serie de Episodios) abandonara su ateísmo en última instancia.⁴³⁸

Ateos de convicción racional aparecen muy pocos en la creación galdosiana. Quizás el más significativo sea León Roch, con un ateísmo acentuado por el contraste con la familia de su esposa María Egipcíaca y por la intolerable intromisión del sacerdote P. Paoletti. Lo que también le sucede, sin duda, a Ismael (en *Casandra*): “Yo no quiero cuentas ya con ningún Dios grande ni chico, rico ni pobre, sino que arramblo con todos los dioses y los arrojo en esa hoguera que tengo aquí, encendida por la iniquidad de Doña Juana.”⁴³⁹

Pero la adversidad de la vida no llega a ocasionar un verdadero ateísmo al noble y dolorido marino Diego Ansúrez, que ha recorrido medio mundo en busca de su hija y

subsistía, subsiste y subsistirá pavorosa, y antes de que se acabe, muchas Glorias sucumbirán ofreciéndose como víctimas para aplacar al formidable monstruo que toca con la mitad de sus horribles patas a la historia y con la otra mitad a la filosofía, monstruo que no tiene nombre, y que si lo tuviera lo tomaría juntando lo más bello, que es la religión, con lo más vil, que es la discordia” (en *El amor y el sentimiento religioso en ‘Gloria’ de Galdós*, o.c., pág. 130)

⁴³⁵ Ver, por ejemplo, PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cánovas*. Episodio Nacional n. 46 O.c. pág. 193

⁴³⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Casandra*. Drama teatral. O.c. pág. 287

⁴³⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. I, O.c., pág. 213 y Vol. II O.c., pág. 397

⁴³⁸ V. el final del Episodio Nacional n. 10, *La batalla de los Arapiles*. O.c., en particular: pág. 263

⁴³⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Casandra*, O.c. pág. 300 Parecido a éste, aunque motivado por su bohemia, es “Víctor”, el padre de Luisito Cadalso, en *Miau*. Ver o.c. pág. 298

tras quejarse amargamente (-“No sé, no sé cómo consiente Dios este desavío tan grande... Yo le digo a Binondo que no hay Dios, y que si lo hay, está trastornado de su eterno caletre...”), prosigue con esta genial contradicción: “A Dios le digo que si no me arregla el venir acá, y el encontrarla buena y sana, y el hacer mis paces con ella, me volveré ateo... Ateo seré, como hay Dios, te lo juro.”⁴⁴⁰

Ateos pasionales sí aparecen en ocasiones, como una forma de venganza religiosa ante dramas individuales inevitables: la muerte del hijo, por ejemplo, en el caso de Francisco Torquemada. Este personaje (complejísimo en todo momento para el autor) es quizás el prototipo de ese ateísmo violento.⁴⁴¹

En algún momento Galdós parece querer indicar que el problema religioso y moral se agudiza porque existe en el mundo (sobre el ser humano) una presión poderosa de espíritus maléficos (tal vez de modo parecido a como lo advierten los apóstoles Juan y Pablo en sus cartas); espíritus o corrientes del mal que irrumpen en la existencia humana (en la conciencia) y en las estructuras sociales, perturbando y distorsionando las relaciones y la realidad toda. Esta alusión aparece de forma alegórica en algunos escritos. Concretamente en la comedia alegórica *La razón de la sin razón*, en la novela *El caballero encantado* y en los Episodios Nacionales de la quinta serie en donde Tito (al igual que Tarsis, que es el caballero encantado) realiza un alucinante viaje subterráneo por España y se ve transformado sucesivamente en persona distinta, es decir, pierde la identidad.

En esas obras tales espíritus son, en definitiva, controlados por la pureza, representada por Atenaida en *La razón de la sin razón*, y por la sabiduría secular de quien encarna la Historia española, La Madre (o Mari Clío), ambos personajes en armonía con Dios.

5. ¿Dios simplemente o el Dios de Jesucristo? La fe cristiana.

Cuando en el vasto mundo galdosiano se escribe la palabra “Dios”, ¿en quién piensan los personajes y, en definitiva, el mismo autor? ¿Es sólo el Dios de los filósofos (con influencia krausista), es el Dios Padre de Jesús, es Jesús mismo expresa o tácita-

⁴⁴⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La vuelta al mundo en La Numancia*. O.c. pág. 196-197

⁴⁴¹ “Resígnate, resígnate y tengamos conformidad”, le dice a Torquemada su hija; y éste responde: “No me da la gana de resignarme. Esto es un robo... Envidia, pura envidia (de Dios). ¿Qué tiene que hacer Valentín en el Cielo. Nada, digan lo que dijeren; pero nada..., Dios, ¡cuánta mentira! ¡cuánto embuste! Que si cielo, que si infierno, que si Dios, que si diablo, que si...” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada en la hoguera*. Alianza Editorial. Madrid. 2008. Pág. 70) “Era tremendo el tal Torquemada en sus fanáticas inquinas religiosas, y con el mismo desdén miraba la fe cristiana que todo aquel fárrago de la Humanidad y del Gran Todo que le había enseñado Bailón (el sacerdote renegado)” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada en la cruz*. Idem. pág. 114)

mente designado?... La respuesta tiene un carácter decisivo para la investigación teológico literaria de la obra que nos ocupa.

Al tratar de la religiosidad personal creyente de Galdós indicamos ya su frecuente referencia expresa (explícita o simbólica) al Misterio de Jesús. Contemplamos ahora con mayor sosiego esta perspectiva de su pensamiento.

5.1 La figura de Jesús –de su Misterio- y de María en los escritos galdosianos.

El haber tratado antes en nuestro estudio el tema de Dios (*De Deo uno*), y no el de Jesucristo, es una opción que no obedece al deseo de seguir el planteamiento clásico de los estudios teológicos, sino al hecho de que esta perspectiva teocéntrica (al menos semántica) es la que predomina en la creación galdosiana, como sucede en buena parte de la literatura europea y española de los siglos XIX y XX. No obstante, es preciso adelantar aquí enseguida dos observaciones:

Primera. El Dios de la inmensa mayoría de personajes de Galdós es el Dios de Jesús. Implícitamente es el Dios trinitario, y con alguna frecuencia, de manera explícita, es Jesucristo, designado y sentido así.

Segunda. Nuestro autor entra de lleno en el tema expreso de la figura de Jesucristo que conmueve en notable medida a la literatura europea -a la novelística y al teatro- desde finales del XIX y hasta avanzada la mitad del XX.

Jesús viene expresado, sobre todo, en la simbología evangélica de algunos personajes que representan al Dios Niño (en *Amor y ciencia*, en *Gloria*, etc.) o que asumen claramente la identidad de Jesucristo (en *Misericordia*) y la Pasión y Resurrección (en *Nazarín*, *Ángel Guerra...*)⁴⁴²; así mismo en las referencias directas a los Evangelios y a la conciencia cristiana, y en la celebración de la Liturgia que -como ya señalamos- es una de las vivencias religiosas fuertes del autor.

En toda la creación galdosiana aflora una indiscutible simpatía –incluso empatía- consciente o subconsciente hacia a la figura de Jesús; perspectiva que incluye –cuando se presenta la ocasión- no sólo su valoración explícita y espontánea con tonos gratos y con frecuencia elevados⁴⁴³, sino también un importante proceso de mejor comprensión del

⁴⁴² Escribe ROMERO TOBAR, Leonardo: “El relieve del autor y el de su ‘singularísimo y aún no bien comporendido personaje’ (por Nazarín) eran inclinaciones inevitables a la hora de trazar un mapa comprensivo del tratamiento literario de la figura de Cristo.” (*Del ‘Nazarenito’ a Nazarín*, Actas del V Congreso Internacional de Estudios Galdosianos 1993, Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas. pág. 475)

⁴⁴³ Fernando Calpena, en desesperado intento de diálogo con su amigo Santiago Íbero al que desea liberar de una falsa opción de vida religiosa, exclama: “¡Pobre Santiago! Nos habló extensamente de Jesucristo y de las hermosuras de la religión, cosas en verdad nada nuevas para mí, pues yo también amo a Cristo y admiro como el primero las bellezas del dogma, sin que por eso se me haya pasado por las mientes meterme cura.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los Ayacuchos*, o.c., pág. 158) El texto da por sentado que el amor a Cristo es la condición normal del cristiano.

En *Los duendes de la camarilla* (Episodio difícil y amargo), hablando de una persona que alguien ha descubierto por primera vez, se transcribe este diálogo sencillo entre Domiciana, que pregunta, y Lucila,

Misterio de Cristo. Galdós ha ido enriqueciendo y transformando su percepción de Jesús desde el final de *Gloria*, en el que el narrador parece identificarse con el anciano bíblico Simeón al tomar en brazos al hijo de Gloria y de Daniel (al Nazarenito, nacido del Nuevo y el Antiguo Testamento al fin fusionados) y contemplar en el bebé al Mesías conciliador de la Humanidad, desde ese momento (1878), pasando por la imagen crística de Leré en *Ángel Guerra* (1890), hasta que -dieciséis años después de *Gloria*- Nazarín (1896) sube serenamente a la cruz, plenamente entregado al amor. Las tres novelas terminan dejando un impresionante horizonte abierto al Espíritu de Jesús: “tú, que en una sola persona llevas sangre de enemigas razas y eres el símbolo en que se han fundido dos conciencias, harás, sin duda, algo grande” (*Gloria*) – “Se encontraron un poquito más allá de la puerta (Jesucristo y Ángel) y juntos se subieron” (*Ángel Guerra*) – “yo sé que has de hacer mucho más” (le dice, en fin, Cristo a Nazarín).⁴⁴⁴

Es decir, Galdós aborda la visión de Jesús con una perspectiva de algún modo hermenéutica: no se limita a la valoración historicista sino, sobre todo, a su vigencia de actualidad, intentando escrutar el sentido transcendente cristológico de las muertes –o despedidas- de los personajes que abierta o veladamente (como Pepe Rey o León Roch) encarnan a Cristo hoy.

¿Cuáles son las coordenadas galdosianas de esa fe en el Hijo del Hombre?

a) La confesión de la fe en Jesús es el punto de partida de la pequeña cristología galdosiana, como afirmación que hacen diversos personajes amables para el autor.

que responde: “-¿Y el señor, qué tal te recibió? ¿Es amable, de buena presencia? – Tan buena, que se me pareció a Nuestro Señor Jesucristo. – Eso no puede ser. A Nuestro Señor no puede parecerse ningún mortal, por hermoso que sea. – Dices bien, y ahora caigo en que más que a Dios se parece al Buen Ladrón?...” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los duendes de la camarilla*, o.c. pág. 105) Lo que contrasta con el sueño asustado que tiene “Luisito” recordando la dura talla de un crucificado: “El otro Dios es el que a mí me gusta, el abuelo guapo, el que no tiene sangre, sino un manto muy fino y unas barbas blanquísimas.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Miau*. O.c. pág. 336), lo que recuerda el verso de A. Machado: “¡No puedo cantar, ni quiero, / a ese Jesús del madero, / sino al que anduvo en el mar!”

A propósito de la configuración física de Jesús es significativa la anécdota de viaje que cuenta Don Benito en una de sus cartas: “Hay en ese monumento (Catedral de Amiens) un pórtico que la gente llama portada del ‘Dios bonito’, a causa de un Cristo encantador que allí descuella. ¡Con cuanta devoción le rezarán las niñas de Amiens al ‘Dios bonito’! Porque es indudable que si las mujeres fuesen llamadas a dirimir la contienda teológica de la Edad Media acerca de la belleza o fealdad de Jesucristo, resueltamente se pronunciarían a favor de la solución estética. ¿Cómo ha de ser feo Dios?” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, Carta a ‘La Prensa’, de Buenos Aires, de 16/IX/1889, en William H. Shoemaker, *Las crtas desconocidas de Galdós en ‘La Prensa’ de Buenos Aires*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid 1973. Pág. 357)

⁴⁴⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, o.c., pág. 471 ; *Ángel Guerra*, o.c. vol. II, pág. 651; *Nazarín*, o.c., pág. 247

Buenaventura, el más liberal de los Lantigua, defiende así su fe: *“Soy católico, porque veo en Jesucristo, Hijo de Dios, el más admirable ejemplo de perfección moral que puede ofrecerse al hombre”*⁴⁴⁵

Teresa Villaescusa, coprotagonista real de varios Episodios de la cuarta serie, ya redimida, mantiene un delicioso y denso diálogo con su homólogo Juanito Santiuste; en el curso del mismo, este aventurero (alma bastante gemela a la del autor) cuenta enardecido su vivencia, haciendo una verdadera catequesis del misterio de Jesús:

*“Mientras lavaba y fregoteaba, primero mi rostro, después mi camisa, yo, como todo el que está muy alegre, cantaba y rezaba, que rezo y canto era todo lo que salía de mi boca... recitaba con amor y fe aquel pasaje del advenimiento del Redentor: ‘El que había de venir, viene; el que había de llegar, llega; pero no viene ni en el seno de la sonrosada nube ni en el de las estrellas, sino manso y humilde en el seno de la pobreza y de la desgracia. No viene acompañado de numeroso ejército, sino de su bendita palabra y de su eterno amor; no viene seguido de esclavos, sino ansioso de acabar con toda esclavitud...; no viene a levantar pueblo contra pueblo, ni una raza sobre los huesos de otra raza, sino a estrechar contra su pecho y a bendecir con infinito amor de su corazón todos los pueblos y todas las razas...” “Él, causa de toda vida, autor de toda existencia, se despoja de su vida, de su existencia, por la salud y la libertad de los hombres en el altar sublime del Calvario”*⁴⁴⁶

El texto (que nos hemos permitido citar ampliamente) parece una síntesis bastante acertada del Jesús de la historia y del Cristo de la fe en una bella clave poética.

Otro personaje querido del autor, la María Ignacia de la cuarta serie de Episodios, aclara ingenuamente esta fe central en Jesús: *“Yo te aseguro que no siento devoción delante de ninguna imagen, como no sea la de Jesucristo.”*⁴⁴⁷

Aun dentro de un contexto de queja y de confrontación dolorosa, impuestas por la anticristiana figura de Doña Juana (en *Casandra*), resulta clara y bella la confesión de fe en Jesús (citada ya antes) que hace el personaje Insúa: *“Descalzo, pobre, sin tener una piedra en que reclinar su cabeza, anduvo Nuestro Señor Jesucristo por el mundo, enseñando su doctrina sublime... Pobre y descalzo le llevamos nosotros en nuestros corazones.”*⁴⁴⁸

El pacifismo absoluto de Jesús queda bien expresado por el ya sabio Ángel Guerra: *“Es el caso que como cristiano, profeso el principio de que no debemos herir al prójimo ni aun en defensa propia. Así lo ordenó Jesucristo, y así lo hizo más patente con*

⁴⁴⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*. o.c. pág. 306

⁴⁴⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *O'Donnell*. o.c. págs. 172-173

⁴⁴⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Narváez*. o.c. pag. 96

⁴⁴⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Casandra*. Acto II, escena IV. O.c., pag. 284

su conducta. Y si no, fíjese usted, ¿no le habría sido fácil, con sólo quererlo, poner patas arriba a Judás y a toda la canalla que fue con él para prenderle? Pues no lo hizo.”⁴⁴⁹

b) Galdós sitúa en sus personajes de manera muy explícita la fe esencial en la obra de Jesús: su acción redentora y la participación del hombre en ella. Esta idea queda tal vez condensada en la difícil opción existencial que toma Leonardo (en el drama *Bárbara*), aceptando una desgarradora y quizás inevitable separación de su amada como única perspectiva salvífica para ésta: “Debo y quiero hacer por tu alma y la mía lo que hizo Cristo por toda la Humanidad: padecer y amar. Todo es lo mismo.”⁴⁵⁰ Es obvio (en el contexto) que el orden de los dos verbos ha quedado invertido literariamente; debiera decir seguramente: *amar y padecer*, rehuyendo –como es natural en Don Benito- toda idea de sacrificio religioso.

No se puede eludir, sin embargo, la influencia de la cristología sacrificial, tan presente aún en el siglo XIX, que aparece en la expresión de Don Nazario: “Cristo nos enseñó a padecer, y la mejor prueba de aplicación de los que aspiran a ser sus discípulos es aceptar con calma y hasta con gozo el sufrimiento que de los varios caminos de la mal-dad humana nos viniere.”⁴⁵¹

En el conjunto de la obra galdosiana la trayectoria de Jesús queda reflejada especialmente en las figuras y en las tramas de *Misericordia* y de *Nazarín* que culminan en la soledad de una cruz impuesta y abrazada.

La figura de Cristo viene plasmada de una manera casi perfecta en Benina. Probablemente –como ha mostrado Robert H. Russell- no hay una identificación mayor con el Maestro en ninguno de los personajes de la literatura contemporánea. La bondad brota de la naturaleza misma del personaje, nunca es instrumental ni siquiera para la propia santificación o elevación a Dios; ejercita el amor (la caridad suprema) como lo más natural del mundo, centrada no en sí misma sino en los seres, asociada al amor creador de Dios, tanto que no actúa “por Dios” sino “en Dios”.⁴⁵²

La anciana pertenece al estamento más bajo de la sociedad (*the lowest social category*) en el que, además, es nueva y temporera; desde ahí “enriquece” de dignidad y de amor al más marginado (al ciego, tiñoso y musulmán Almudena), es sirvienta nata (*bonne à tout faire*) de impresionante generosidad y elegancia espiritual, sin esperar na-

⁴⁴⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II. o.c.*, 584

⁴⁵⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Bárbara*. Acto II, escena X. O.c., pág. 195

⁴⁵¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*. O.c., pág. 75

⁴⁵² “The fact that Benina is a perfectly realized Christ figure derives more from her implicit nature than from her explicit declarations and actions. Like Christ, she does what she does because of who she is, not because of what she wants to be.” (Russell, Robert H. *The Christ figure in Misericordia*. Anales Galdosianos, II. 1967, pág. 104). Y, citando el mismo autor a Simone Weil (a propósito de Benina: “Amour pur des créatures: non pas amour en Dieu, mais amour qui a passé par Dieu comme par le feu. Amour qui se détache complètement des créatures pour monter à Dieu et en redescend associé à l’amour créateur de Dieu.” (en la página citada).

da a cambio. Padece la ingratitud más amarga de aquellos a los que sirve; es perseguida y encarcelada. En todo momento mantiene la fe y la seguridad en Dios. Y, llegado el caso, suscita el milagro de una nueva creación: el personaje salvador imaginado (Don Romualdo) adquiere vida, se hace real en un atrevido recurso literario según el cual Benina asume el papel del autor.

Es decir, se halla inmersa en el mundo con un máximo realismo y, al mismo tiempo no es del mundo; dialéctica que no aparece en *Nazarín* ni en *Halma* ni en *Ángel Guerra* en donde los protagonistas –aun incorporando una clara dimensión cristológica– se han alejado de la sociedad y se han enfrentado a ella radicalmente.

Por otra parte, el lenguaje de Benina es el de Jesucristo. Como vimos, son muy numerosas las citas explícitas o las alusiones directas del Evangelio en esta novela (también las referencias al Antiguo Testamento); pero más fuerte aún es el sentido evangélico de toda la acción. La novela termina con estas palabras de la protagonista a Juliana: “Yo no soy santa. Pero tus niños están buenos y no padecen ningún mal. No llores, Y ahora vete a tu casa y no vuelvas a pecar.”⁴⁵³

El paralelismo de “Nina” con la trayectoria y la perspectiva de Jesús es, pues, casi total, aunque la novela no llegue a culminarse en la Muerte y Resurrección (lo que sí sucede, en cambio, en *Nazarín* y en *Ángel Guerra*).

Nos detendremos más adelante en la figura de Don Nazario (:“de Nazaret”, si bien el autor ofrece también la ficción de otra posible semántica). Es un creyente presbítero que reúne todas las cualidades de Francisco de Asís y, en consecuencia, del mismo Jesús; en particular, la opción por la pobreza radical, la humildad y mansedumbre, la entrega absoluta a los más pobres y enfermos, la fe en Dios, las curaciones fruto de la misericordia, la persecución de parte de las instituciones oficiales, el acompañamiento puro de piadosas mujeres, la tortura en prisión, el apoyo del buen ladrón compañero de la tortura y convertido, la mística de la celebración eucarística, el sentido redentor de la cruz... Un sentido que la infortunada Gloria (en el colmo de su injusto sufrimiento) no llega a comprender cuando, abrazada al Cristo de marfil de su cuarto, murmura: “Señor, ¿es posible que consientas eso? ¿Para esto valía la pena de que expiraras en esa afrentosa cruz?”⁴⁵⁴

Profunda y acertada es la interpretación hermenéutica que hace el anciano Sarmiento a propósito de la corona de espinas de Jesús: “Sí, insúltenos usted... Los insultos son coronas inmarcesibles en la frente del justo. Mire usted las espinas que lleva en su

⁴⁵³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Misericordia*. O.c., pág. 332. Analizando ambos personajes (Benina y Don Nazario), escribe YVAN LISSORGUES: “¿No son *Nazarín* y Benina símbolos de Cristo redivivo, a través de los cuales remontamos hasta la figura del Redentor? ¿No es todo un símbolo esa lucecita de la santidad de Benina arrinconada en la oscuridad de los barrios de la miseria? (O.c., pág. 10)

⁴⁵⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*. O.c. pág.147

cabeza *Aquel que está en la cruz.*" ⁴⁵⁵ Lo que conduce al personaje a la lógica del seguimiento del Señor en su Pasión: *"El que era Hijo de Dios sudó sangre; yo, que soy hombre, ¿no he de sudar siquiera agua?"* ⁴⁵⁶

Esta visión de Cristo Redentor en la cruz se reitera en las profesiones de fe más hondas, evocando la afirmación paulina (*"no deseo conocer sino a Cristo, y Cristo crucificado"*). Así es la de Don Manuel Flórez, el sacerdote amigo de la condesa Halma (de quien ella acaba de decir: *"no tengo ningún amigo que pueda comparársele en lo afable, en lo cariñoso y servicial"*). Don Manuel: *"No quiero más cruz que la de mi Redentor, a quien no me parezco nada, pero nada. Él era todo amor del género humano; yo, todo amor de mí mismo."* ⁴⁵⁷

La acción salvadora de Jesús queda reflejada a veces de una manera simbólica, conjugando la acción de algunos personajes relevantes con la onomástica que desarrollan. Ocurre esto, sin duda, en el drama *Amor y ciencia*, en donde el médico Guillermo (prototipo del científico ilustrado) se experimenta a sí mismo redimido -liberado del hundimiento moral- cuando inesperadamente encuentra un niño deforme abandonado en la calle y acierta a tomarlo en sus brazos (evocando de algún modo al bíblico anciano Simeón que toma en sus brazos a Jesús niño). Decide salvar a ese pequeño y, al adoptarlo como hijo suyo, el bebé que abraza le devuelve la vida. Entonces él lo bautiza con el nombre de "Salvador". Guillermo y todo el mundo de personas que rodean a este personaje llamarán enseguida a la criatura "Niño Dios" ("tu Niño Dios"); un niño que acoge a Paulina, la esposa infiel del médico, y a Cristín, el hijo de ésta, recomponiendo y colmando el hogar roto.

Pero el pensamiento más explícito de la Redención como obra del Señor y nuestra se hace -con gran intensidad emotiva- en el epílogo de *Gloria* que ya hemos evocado; siempre por el camino del simbolismo y también desde la figura del niño, del hijo ya huérfano de Gloria y de Daniel. El escritor irrumpe emocionado en la trama, toma directamente la palabra y, contemplando al pequeño y el drama de donde procede, se eleva a la misma visión esperanzadora de Isabel (al recibir la visita de la Virgen) y a la del anciano Simeón en el evangelio de Lucas:

"Un precioso niño jugaba en el jardín de Lantigua. Era y es la imagen viva de aquel chicuelo divino, cuyos ojos, tan lindos como inteligentes, miraron con amor al mundo antes de reformarlo. Diríase de él que no nació de madre, sino por milagro del arte y de la fe, recibiendo cuerpo y vida de la ardiente inspiración de Murillo. En Ficóbriga le llamaban y le llaman 'el Nazarenito'... Tú, precioso y activo niño Jesús, estás llamado sin duda a intentarlo; tú, que naciste del conflicto, y eres la personificación más her-

⁴⁵⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*. O.c. pág. 146

⁴⁵⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*, o.c., pág. 219

⁴⁵⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c., págs. 219 y 221

mosa de la humanidad emancipada de los antagonismos religiosos por virtud del amor; tú, que en una sola persona llevas sangre de enemigas razas, y eres el símbolo en que se han fundido dos conciencias, harás sin duda algo grande. Hoy juegas y ríes e ignoras; pero tú tendrás treinta y tres años, y entonces quizá tu historia sea digna de ser contada, como lo fue la de tus padres.” (Final de Gloria)⁴⁵⁸

Ambas tramas sugieren una cristología de la Encarnación, la misma que evoca el conocido drama teológico de Paul Claudel *El anuncio a María*.

c) La Pasión y la Muerte de Jesús (la muerte de cada hombre, en última instancia) están presentes en las obras de Galdós; y en bastantes de ellas son el prelude de la Resurrección. Los personajes más humanos del autor atraviesan dolorosísimos *via crucis*, pero creen en la vida futura plena que inaugura Jesucristo.

De modo simbólico –como es habitual en esta literatura– la andanza de la vida de personajes importantes y queridos adopta la forma de una penosa ascensión a solas hacia el Calvario; y el autor lo expresa con estos términos que aluden a la Pasión de Jesús. Felipe Centeno, Marianela, Isidora (*La desheredada*), Inés, Lázaro, Bárbara y Leonardo, Gloria, Clara, Electra, Victoria... son entonces el símbolo del camino de la cruz (el *via crucis*).⁴⁵⁹

En *Nazarín*, cuando se halla el sacerdote injustamente arrojado en el calabozo colectivo y ha sido golpeado brutalmente por los acompañantes, el autor reproduce perfectamente –con excepcional hermenéutica– la breve escena evangélica en que uno de los malhechores también crucificado defiende a Jesús frente al otro, mientras el Señor calla y promete el Reino de Gloria a ese buen ladrón. En la novela, ese crucificado se encarna en el personaje llamado El Sacrílego (porque roba en los templos), mientras que el otro (representativo de aquella mayoría judía de Jerusalén) recibe el nombre de El Parricida (el que mata al Dios padre); ambos nombres de un hondo calado respecto a la crisis religiosa hebrea que llevó a Jesús a la cruz.

“¡Ea!, caballeros, a callar, y oigan lo que les digo –exclama el Sacrílego señalando a Nazarín -. Sepan y entiendan todos que a este buen hombre que está aquí yo le defiendo, lo mismo que si fuera mi padre; sepan que entre tantos pillos, desalmados y ladrones, hay un ladrón decente que, como tiene alma de hombre cristiano, se pone de parte de este que calla cuando vosotros le insultáis, que aguanta cuando le maltratáis, y que en vez de ofenderos os perdona. Y para que se enteren y rabien, les digo también que este hombre es bueno, y yo por santo le declaro, un santo de Dios.” A lo que Nazarín responde: *“Dios sabe cuánto te agradezco tu defensa. Pero no quiero que te comprometas por mí... ¿Te gustaría variar de vida, no ser criminal, no tener*

⁴⁵⁸ PÉREZ GALDÓS, Benito, *Gloria*, o.c., pág. 471

⁴⁵⁹ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La fontana de Oro*, cap. 37, *El “via crucis” de Clara*, o.c., págs. 358-368

*ningún peso sobre tu conciencia?” Y el ladrón: “Me gustaría, pero uno no puede; le arrastran..., luego la necesidad. Yo quiero estar con usted, señor.” Las últimas palabras del sacerdote son: “Piensa en lo que te digo y estarás conmigo.”*⁴⁶⁰

La fe en la resurrección de cada uno, que brota implícitamente de la Resurrección de Cristo, es un tema frecuente, casi constante en la muerte de los personajes queridos del autor. Entre los sargentos amotinados del Cuartel de San Gil y llevados a ejecutar (sin el perdón de la reina Isabel) se encuentra el hombre bueno Simón Paternina. De él habla Pepa Jumos, voz popular de la mejor fe que abraza Galdós:

*“Su cara bonita y pálida,... y el humo del cigarro subiendo al cielo, nos han dicho que en el morir no ve ya más que un cerrar y abrir de ojos... Va con el alma tan limpia como los tuétanos del oro, y Dios le dirá: Ven a mi lado, hijo mío, siéntate... Por eso, Rafaela, yo no me afligiría tanto. Diría para entre mí: Adios, Simón Paternina, Dios es bueno y me llevará contigo a la Gloria.”*⁴⁶¹

Desde la misma extracción humilde de Benina, el marinero Marcial, a punto de ahogarse junto con Gabriel, hundido ya el buque en la batalla de Trafalgar, da razón de su fe que se abre a la seguridad de la vida celeste:

*“Ánimo, chiquillo, que esto se acaba. El agua sube y el Rayo se acabó para siempre. La muerte del que se ahoga es muy buena; no te asustes..., abrázate conmigo. Dentro de un ratito estaremos libres de pesadumbres, yo dando cuenta a Dios de mis pecadillos, y tú contento como unas pascuas danzando por el Cielo, que está alfombrado con estrellas, y allí parece que la felicidad no se acaba, porque es eterna, que es, como dijo el otro, mañana y mañana, y mañana, y al otro, y siempre...No pudo hablar más... Cerré los ojos y pensé en Dios.”*⁴⁶²

Sin el acento sencillo y colorista del marino, pero con mayor firmeza y hondura, ésa es también la fe del admirado anciano Sarmiento afrontado a su pasión y muerte, tras un juicio ignominioso como el que padeció Jesús:

*“¡Oh! Señor de cielos y tierra; ¡oh! Tú, María, madre amantísima del género humano, a vosotros vuelvo mis miradas, hacia vosotros volaré, llevando en mi diestra la bandera que habéis dado al mundo, la bandera de la libertad por la cual he vivido y por la cual muero...” Y, dirigiéndose a Sola que lo acompaña: “Hija mía, nos veremos en la Gloria adonde yo he tenido la suerte de ir antes que tú.”*⁴⁶³

⁴⁶⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*, o.c. págs. 222 a 225

⁴⁶¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de los tristes destinos*. O.c. pág. 10

⁴⁶² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Trafalgar*. Episodio Nacional nº 1. (Salvat. Madrid. 1969. Págs. 167-168)

⁴⁶³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*. o.c. pags. 220-221 En *La vuelta al mundo en la ‘Numancia’* el protagonista “Diego Ansúrez” dice al moribundo marinero “José Binondo”: “Estás en

Volveremos sobre el tema de la fe en la resurrección enseguida, al considerar el tratamiento que el autor da a la muerte de sus personajes más representativos.

Con una perspectiva semejante, cargada también de emoción por el autor, el final del drama *Santa Juana de Castilla* nos deja este diálogo entre la destronada reina de Castilla Juana (intranquila a causa de su propia fe erasmista) y Francisco de Borja, enviado del archicatólico emperador; un diálogo que culmina con la fe pura en Jesucristo: “(Borja:) -Desechad todo escrúpulo, señora; tranquilizad vuestra conciencia, y ahora, en plena serenidad de vuestro espíritu, confesad la fe de Nuestro Señor Jesucristo. (Doña Juana besa amorosamente el crucifijo y lo estrecha contra su corazón:) Jesús mío, siempre te adoré!... dame la eterna paz...que ansío.”⁴⁶⁴

Esta referencia a Jesús y al Evangelio de la Pasión y Resurrección va a ser también una constante de la segunda parte de *Ángel Guerra*.⁴⁶⁵

d) La figura de Jesús y la de María van muy unidas en la perspectiva galdosiana. Nos da la impresión, además, de que Don Benito profesa una sincera y emotiva devoción a la Virgen, y que no por casualidad la surrealista y espléndida alegoría de España y su historia, el personaje La Madre (o Mari Clío), protagonista silenciosa de la última serie de Episodios, aparece en algún momento encarnada como Nuestra Señora de los Dolores. Un escrito de segundo orden (*Crónica de Madrid*) tiene precisamente el más notable texto mariano personal:

*“María es la belleza suma, la virtud suma, el ideal de la gracia, de la pureza, del amor; criatura divina, inmaculada, inocente, resplandece en nuestra religión como un astro de luz inextinguible; es nuestro constante consuelo y nuestra esperanza; nos admira y nos redime en la tierra y nos llama en el cielo; es la creación más bella de Dios y la personificación más hermosa de la virtud.”*⁴⁶⁶

franquía para vida mejor... ya has comulgado, ya tienes el 'práctico' a bordo.” (Historia 16-Caja de Madrid. 1995. Pág. 76)

⁴⁶⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Santa Juana de Castilla*. (Ed. Fragua. Madrid. 2010. Pág. 77)

⁴⁶⁵ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. O.c. págs., entre otras, 361 y 590

⁴⁶⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Crónica de Madrid*. En Obras Completas. Ed. Aguilar. Tomo VI. Miscelánea. Madrid 1971. Pág. 1320 Artículo en *La Nación* de 17/XII/1865 El texto sorprende también porque sigue a una dura crítica del recitado de las letanías del rosario manipuladas por la prensa conservadora católica (*El pensamiento Español*): “A la Virgen María escarnecen impiamente esos hombres que la invocan para encomendarle empresas que son otros tantos insultos lanzados a la Madre del verbo Divino. Uno le dice que exterminie a los liberales...” Publicado también en *Los artículos de Galdós en 'La Nación'*, de W. Shoemaker, págs. 243-244

Esta expresión es coherente con el hecho de tener repetidamente grabadas las palabras del Ángelus en el mobiliario doméstico que se conserva en la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas.

La confesión del viejo y admirado maestro Sarmiento, tan citado ya, muestra también esa conjunción de la fe en la Madre y en el Hijo, humanizando ambos a Dios.

Pero son dos personajes femeninos (los más queridos para el autor) quienes mejor muestran el significado que tiene la Virgen en la existencia cristiana: la pobrísima y delicada Marianela y la enérgica y sufriente Electra, las dos manifiestan la fe mariana en sentida oración.

*“Marianela –escribe el narrador anónimo– había personificado todas las bellezas que adoraba en una sola, ideal y con forma humana. Esta belleza era la Virgen María, adquisición hecha por ella en los dominios del Evangelio, que tan imperfectamente poseía... A ella le parecía resumen y cifra de toda la luz del mundo, de toda la melancolía y paz sabrosa de la noche, de la música de los arroyos, de la gracia y elegancia de las flores, de la frescura del rocío, de los suaves quejidos del viento, de la inmaculada nieve de las montañas, del cariñoso mirar de las estrellas... Todo lo bueno venía de la Virgen María, y a la Virgen debía pedirse todo lo que han menester las criaturas... Encarnando en ella la ley moral.”*⁴⁶⁷

El texto recuerda evidentemente la letanía mariana que suele acompañar al rezo del rosario. Es cierto que en el personaje la alabanza a María aparece en cierto contraste con la seriedad que le ofrece en ese momento de la obra el ser de Dios; y que el autor está indicando, a la vez, la escasa formación doctrinal religiosa que posee la niña, pero no cabe duda de que expresa una elevada y amable consideración de la Madre de Jesús.

Por su parte, la purísima Electra, gozando prematuramente de su unión con Máximo, reza así mientras prepara un ramo de flores:

*“Hoy, Virgen mía, mi ofrenda será mayor; debiera ser tan grande que dejara sin una flor el jardín de mis tíos; quisiera poner hoy ante tu imagen todas las cosas bonitas que hay en la naturaleza, las rosas, las estrellas, los corazones que saben amar... ¡Oh, Virgen santa, consuelo y esperanza nuestra, no me abandones, llévame al bien que te he pedido, al que me prometiste anoche, hablándome con la expresión de tus divinos ojos, cuando yo con mis lágrimas te decía mi ansiedad, mi gratitud!”*⁴⁶⁸

Al final de la crisis que se le avecina, la joven podrá alcanzar los deseos legítimos que ha expuesto en su oración.

⁴⁶⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*. O.c. págs. 168-169

⁴⁶⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Electra*. O.c. pág. 300

Ángel Guerra, en los momentos de mayor exaltación espiritual íntima, se dirige espontáneamente a la Virgen y entona algunos de los más bellos himnos marianos como el Ave maris stella, Dei mater alma, Salve Regina... Más aún, da a esa devoción un estatuto de profunda naturalidad.⁴⁶⁹

La devoción a la Virgen aparece así mismo de manera intensa –como ya vimos– en el Episodio *Zaragoza*, a propósito de la Virgen del Pilar en los Episodios *Zaragoza* y *Los Ayacuchos*.

e) Otras figuras evangélicas cercanas a Jesús aparecerán también en diversas obras de Galdós, por ejemplo: las piadosas mujeres que lo acompañan (en *Nazarín*; en particular, María Magdalena encarnada en Beatriz), el publicano arrepentido (Juan de Urríes, de *Halma*), el apóstol Pedro (el misionero Gamborena en *Torquemada* y *San Pedro*), etc.⁴⁷⁰

En particular se resalta en más de una ocasión el contraste entre la excelente enseñanza de Jesús y la pobre e insoportable enseñanza de algunos clérigos. A propósito de la educación que está recibiendo el príncipe Alfonso se hace la siguiente crítica: “*El catecismo es sencillo, breve, facilísimo. ¿A qué vienen esas tediosas y pesadas lecciones? Lo que Jesucristo enseñó con aforismos y parábolas de hermosa concisión, ¿por qué lo ha de enseñar Don Cayetano* (preceptor del futuro Alfonso XII) *en días y días con amplificaciones hueras y pesadeces sermonarias?*”⁴⁷¹

5.2 Dialéctica de la fe cristiana en los creyentes galdosianos.

Nunca es fácil el análisis teológico del acto y de la virtud de la fe. En la obra de Galdós vamos a encontrar elementos valiosos descriptivos de esa realidad teológica; pero, sin duda, faltan en ella factores teológicos tan referenciales de la fe cristiana como son la escucha de la Revelación (de la Palabra), el seguimiento incondicional del proyecto del Reino, o la convicción gratuita de hallarnos inmersos en la Resurrección de Cristo... Eso no obstante, encontramos aspectos fundamentales de esa fe, distinta del simple sentimiento o de la creencia ciega.

⁴⁶⁹ A los consejos de Leré, de acudir asiduamente a la devoción mariana, Ángel responde *embelesado*: “*Invocaré, invocaré. Ahí tienes una devoción que nunca me fue difícil, devoción dulcísima y consoladora sobre todo encarecimiento. Los gérmenes de ella existen en el alma humana, y a poco que escarbes los encuentras donde mismo están las raíces de dolor*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II. o.c.*, pág. 572-573. pág. 381)

⁴⁷⁰ Del personaje Santiago Íbero, refiriéndose a su visión de la amada Rafaela, enferma de muerte, se escribe: “*Nunca había visto retrato más vivo de la Magdalena, por su expresión de espiritualidad y de sentimiento intensísimo.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Montes de Oca. Episodio Nacional n. 28. Historia 16-Caja de Madrid. 1994. Pág. 150*)

⁴⁷¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de los tristes destinos. O.c. pág. 100*

*“La fe –escribe Don Benito- existe siempre y existirá mientras haya hombres en el mundo, porque es esencial en el alma humana.”*⁴⁷² Pero ¿qué fe?

a) La fe se concibe en bastantes pasajes de los escritos como iluminación interior no precisamente sensible, más cercana a una intuición de Dios que llega al hombre en forma gratuita. *“Afortunadamente –dice Gabriel de Araceli- Dios iluminó mi entendimiento en el instante en que el curial se sentó en un desnudo banquillo, poniéndome delante para que respondiera a sus preguntas.”*⁴⁷³ Y en una página del Episodio Zaragoza, ya citada anteriormente, el protagonista sustituto de Gabriel exclama en referencia a la vivencia religiosa de Mariquilla: *“Tu corazón, identificado con lo divino, no puede engañarnos.”*⁴⁷⁴

Pero la fe, que se nos ofrece a través de signos perceptibles, es un don que debe pedirse a Dios. Con esa claridad formula Soledad tal planteamiento.

“El Señor nos iluminará. Si tú le pidieras con fervor, como yo lo hago, luz, fuerzas, paciencia y fe, sobre todo fe...” “Me has contagiado de tantas cosas –le replica el anciano “Don Patricio”-, que no dudo he de adquirir la fe que tú, sólo con mirarme, me estás infundiendo.” Pero ella continúa: *“Para adquirir ese tesoro no basta mirarme a mí, ni que yo te mire, es preciso pedirlo a Dios, y pedírselo con ardiente deseo de poseer su gracia, abriendo de par en par las puertas del corazón...”*⁴⁷⁵

El texto tiene una notable hondura teológica; y es evidente que, en labios de una de las figuras más queridas del autor, revela con bastante fuerza el pensamiento de éste.

En consecuencia, parece claro que la fe de la que habla es profundamente interior (no superficial ni institucional): se alberga en el fondo de sí mismo. Ésta es la impresión que nos dejan los grandes creyentes del mundo galdosiano.

b) El acto de fe es descrito con frecuencia (en las obras de Don Benito) como una elevación consciente del espíritu hacia Dios, un alentar con firmeza el pensamiento en Dios. *“Cerré los ojos y pensé en Dios”*. *“Con elevar a Dios mis pensamientos –sigue diciendo el creyente Gabriel- se calmaron un tanto las borrascas de mi espíritu... Yo traía a*

⁴⁷² PÉREZ GALDÓS, BENITO, Carta a La Prensa, de Buenos Aires, de 28/IX/1893, en William H. Shoemaker, *Las cartas desconocidas de Galdós en La Prensa de Buenos Aires*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid 1973. Pág. 487

⁴⁷³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La Corte de Carlos IV*. Episodio Nacional n. 2 (Alianza Editorial. Madrid. 1992. Pág. 141)

⁴⁷⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zaragoza*, o.c. pág. 157 En el Episodio n. 21, *Zumalacárregui*, José Fago, ya convertido y ordenado presbítero, hace esta confesión de fe: *“En mí encendió el Señor un espíritu nuevo, y pude decir: ‘¡Oh Dios!, en Ti resucito, y te reconozco, y a Ti me entrego”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zumalacárregui*. O.c. pág. 15)

⁴⁷⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*, o.c. pág. 97

Dios a mi corazón."⁴⁷⁶ En la mayoría de los contextos galdosianos la fe equivale al espíritu esencial del cristianismo, un cristianismo referido directa y personalmente a Jesús y al Evangelio, en contraposición a las manifestaciones exteriores y rituales de una gran parte del catolicismo.

La fe, entonces, viene unida –casi por necesidad– a la esperanza, incluso a la seguridad y confianza plena en Dios. Los personajes-tipo la viven de este modo, tanto en las novelas como en los Episodios. *"La esperanza no abandona al hombre cristiano". "Dios está con nosotros". "Dios abre caminos desconocidos. Es verdad: yo tengo a veces una confianza sin límites."* Son Gabriel y Siseta quienes hablan.⁴⁷⁷

Tal confianza (como vimos al tratar de la oración y de las realidades que expresan a Cristo) se refiere y concreta muchas veces en la figura de María.⁴⁷⁸

En algunos momentos de la creación literaria la fe aparecerá también con un efecto redentor; por ejemplo en la tragedia *Bárbara*.

Predomina, desde luego, la idea de la fe como convicción: como seguridad de que todo sucede conforme al designio (o a la autorización) de Dios, y, en consecuencia, como un acto de acatamiento de esa voluntad divina. Es la fe de algunos personajes ennoblecidos por el autor, como el buen alcalde Ulibarri en el Episodio *Zumalacárregui*.⁴⁷⁹ Pero, según estamos viendo (y seguiremos descubriendo) la fe cristiana se concibe, a la vez, como seguimiento auténtico –incluso cierta imitación– de Jesús.

c) Hay una exigencia de firmeza en la posesión de la fe; como si el autor fuera consciente de la facilidad con que ésta puede entrar en crisis. Es la firmeza que pide "Sola" al anciano "Patricio": *"No dudo que creerás; pero no tan vivamente como se debe*

⁴⁷⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Trafalgar*, o.c. pág. 131; y *Juan Martín el Empecinado*. Episodio Nacional n. 9 (Alianza Editorial. Madrid. 1998. Pág. 114)

⁴⁷⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gerona*, o.c. pág. 41 y 83. Ver también: *Juan Martín el Empecinado*, o.c. pág. 114 y 178; *Trafalgar*, o.c. pág. 131. Las grandes novelas espiritualistas (*Misericordia*, *Nazarín*, *Halma*, *Ángel Guerra*) muestran este perfil de la fe cristiana.

⁴⁷⁸ Santiago Íbero, personaje muy estimado por el autor, atribuye a la Virgen su liberación interior: *"Nadie me quita de la cabeza que es ella (la Virgen del Pilar) quien mandó a su ángel, a ti, a sacarme de aquel pozo en que me metieron mis horrendas melancolías, a despertarme de aquel sueño, de aquel error en que he vivido... Y ya que voy al Pilar, no saldré de la iglesia, ¡maño!, sin arrancarme ante la Señora con un sinfín de peticiones: gollerías, hijo, que sólo a ella me permito proponer, pues con Dios no me atrevo..., francamente."* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los Ayacuchos*. o.c. pág. 216). En un contexto novelístico muy distinto, la inocente "Nela" expresa de esta manera la fe mariana: *"Por las noches, cuando me voy sola a mi casa, voy pensando en lo que será de nosotros cuando nos muramos, y en lo mucho que nos quiere a todos la Santísima Virgen... Yo miro al cielo y la siento encima de mí, como cuando nos acercamos a una persona y sentimos el calorillo de su respiración. Ella nos mira de noche y día por medio de..., no te rías, por medio de todas las cosas hermosas que hay en el mundo."* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*. O.c. pág. 117)

⁴⁷⁹ *"Pues Dios así lo había dispuesto (y Ulibarri creía firmemente que lo que le pasaba era por disposición divina), se abrasaba otra vez estrechamente a su resignación, buscando en lo íntimo de aquel abrigo la idea de un morir noble y cristiano."* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zumalacárregui*, o.c., pág. 11)

creer, sobre todo cuando una desgracia nos cae encima.”⁴⁸⁰; la que tiene Lorenza (Leré) y admira Ángel Guerra: “... firmeza de convicciones, fe ardiente, ciega, como tiene que ser la fe, y capaz de llevarse tras sí las montañas.”⁴⁸¹

Sólo así la fe se convierte en fortaleza. Salvador Monsalud va haciendo un largo camino de creyente durante la epopeya de su vida, añorando en todo momento el vigor de la fe que tiene Sola (“Tú tienes una acendrada fe cristiana, que en mí, por mi desgracia, no existe.”); pero, acercándose ya al final de su aventura, convertido provisionalmente en Miguel Servet (pseudonombre de Salvador en el Episodio *Un voluntario realista*), confiesa la fuerza que, al fin, la fe le ha otorgado: “Tantas, tantas veces me ha librado de inmensos peligros, que he llegado a creerme invulnerable, y siento un valor muy grande para acometer los trances difíciles. Mi secreta confianza en Dios me ha sostenido durante mi juventud, la más borrascosa que puede imaginarse.”⁴⁸²

Esta fuerza de la fe aparece igualmente en los personajes de las grandes novelas de espiritualidad de Galdós: en Lorenza (Leré), en el mismo Ángel Guerra (especialmente en los momentos finales de su azarosa vida), en Benina, en Don Nazario, en Halma, en Electra, en Mariucha, en la ex reina de Castilla, incluso en la frágil Marianela o en la vehementemente Fortunata y en la paciente Jacinta... “¿Qué me importan las enfermedades, la esclavitud, los trabajos y el desprecio del género humano –dice “Leré”–, si lo que tengo dentro de mí persiste libre y sano y alegre? ¿Qué me importa causar repugnancia a todo el mundo, si Dios me da a entender que me quiere?”⁴⁸³

d) Es importante destacar que la fe cristiana –de la que tratamos ahora– llega a los personajes galdosianos por vía de contacto con creyentes auténticos y amables, es decir, a través del encuentro con signos fehacientes de la presencia divina en el cristianismo. (De alguna forma ésta es ya una fe *ex auditu*). Los grandes convertidos en ese mundo literario (Salvador Monsalud, Luis Santorcas, Fortunata, Mauricia la Dura, Ángel Guerra, José Antonio de Urrea, Paulina, Máximo, León, etc.) lo son por haber encontrado la fe en las personas que aman. Leonardo, el caballero español de *Bárbara*, la refiere particularmente a su madre: “Abrazado a la memoria de aquella mujer de inmaculada virtud, he podido buscar y hallar en la fe religiosa el consuelo de mi espíritu y el alivio de mis tormentos.”⁴⁸⁴ Y de manera explícita justifica Nazarín esta pedagogía del acceso a la

⁴⁸⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*. O.c. pág. 95

⁴⁸¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. I. o.c., pág. 119

⁴⁸² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Siete de julio*. O.c. pág. 89 y *Un voluntario realista*. O.c. pág. 147 Ver también los Episodios *Zumalacárregui*, o.c., pág. 11; *Montes de Oca*, o.c. pág. 175; *La de los tristes destinos*, o.c., pág. 9-10; etc.

⁴⁸³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. I. o.c., pág. 284. Ángel, que intenta asumir la espiritualidad de Leré, ha comenzado ya lentamente su camino hacia la firmeza de la fe (v. pág. 243)

⁴⁸⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Bárbara*. Acto II, escena X, o.c., págs. 194-195

fe: “A los que poseen la fe, ese don del cielo, toca el conducir a los que están privados de ella... Se necesitan ejemplos, no fraseología gastada. No basta predicar la doctrina de Cristo, sino darle una existencia en la práctica e imitar su vida en lo que es posible a lo humano imitar lo divino.”⁴⁸⁵

e) Indicamos antes el enfoque real que Don Benito da al término ateo. Según ese planteamiento el pretendido ateísmo de una gran mayoría (de autodenominados ateos) coexiste con la fe en Dios, aunque ambos estados del alma parezcan contradictorios. Si por fe entendiéramos la simple aceptación de la realidad divina armonizada con la ciencia, tendríamos que convenir que los personajes polémicamente menos religiosos son creyentes, aunque su fe no tenga las características señaladas por el autor para la fe cristiana. Dos de los tipos más representativos de esta postura, Pepe Rey (*Doña Perfecta*) y Federico Ruiz (*El doctor Centeno*), llegan a identificarse de ese modo.⁴⁸⁶ Pero no alcanza esta concordia básica León Roch, apasionado creyente de la ciencia.

f) Sin embargo, en ocasiones bastante significativas en la obra galdosiana, la actitud de fe (el acto que tiene esa apariencia) manifiesta una grave deformación de la verdadera fe cristiana. Y el autor denuncia este hecho no sin amargura. Da la impresión de que es suya la queja de León Roch: “Yo iría (hacia la fe) con el corazón lleno de gozo, si encontrara en ti a la verdadera mujer creyente para quien la piedad es la forma más pura del amor; yo iría respetando y admirando tu fe, y aun deseando participar de ella. Pero así tal cual eres no quiero, no quiero ir.”⁴⁸⁷ (Debiendo tener en cuenta que la ‘fe’ hacia la que caminaría León se refiere también a las formulaciones dogmáticas rígidas que tipificaban las creencias de su esposa). Recordemos que María Sudre, dirigida por el Padre Paoletti, ha sustituido el amor del matrimonio por las devociones religiosas. Y semejante es la fe a la que ha llegado al final Gloria, sometida a la tremenda presión familiar.

La más grave deformación del acto y de la actitud creyente es la del que utiliza la fe como cobertura y justificación del asesinato, incluso amparándose en normas de práctica religiosa cristiana y de liturgia. Este es el caso de la imposición legislada del sacramento de la confesión antes de las ejecuciones sumarísimas por parte de los carlistas o de la policía absolutista, o el de la imposibilidad de realizar esa ejecución en días de importante festividad litúrgica.⁴⁸⁸

⁴⁸⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*, o.c., pág.

⁴⁸⁶ Pepe Rey, *lleno de turbación*, confiesa a su amada: “Rosario, me estás matando con tus dudas absurdas. ¿Que si creo en Dios! ¿Lo dudas tú?” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Doña Perfecta*, o.c., pág.)

⁴⁸⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La familia de León Roch*. O.c. págs. 102-103

⁴⁸⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO. Ver, entre otros, los Episodios Nacionales referidos a las guerras carlistas: Zumalacárregui, *La campaña del Maestrazgo* pags. 25-26. 174...; así mismo *El terror de 1824*...

Y, por supuesto, queda desautorizada la profesión de fe de simple conveniencia: la que critica el digno presbítero Don Manuel Flores al Marqués de Feramor, primo de Halma: “¡Creyente! Todos los señores prácticos, políticos y parlamentarios lo son por conveniencia, por decoro y exterioridad.”⁴⁸⁹

5.3 Escatología: el problema de la salvación y de la transcendencia de la muerte en la obra de Galdós.

Dos temas cruciales culminan la teología de Dios y de la relación del hombre con Dios y con su devenir: la salvación de la propia vida para la eternidad y el misterio de la muerte en la perspectiva cristiana. Ambos aparecen entrelazados e impregnados de “agonía” y de esperanza a lo largo de la novelística galdosiana (mucho más que en su teatro).

a) El problema de la salvación.

La pregunta sobre el sentido de la vida humana conduce a Galdós (en la contemplación dramática de los personajes) a la cuestión inevitable de la salvación. El tema acuciante de la justificación en la teología del Barroco halla eco también en nuestro escritor: ¿se salva el hombre?; es decir, ¿salva su vida para la eternidad y en ésta se encuentra plenificado por Dios?... Porque queda bastante claro —en él— que el concepto de salvación no se refiere sólo a la liberación de una situación hundida, perdida o amenazante, sino también (en continuidad con la idea paulina) a una plenitud o restablecimiento feliz del ser y de la existencia humana.

Conviene advertir antes el uso inicuo de la palabra “salvar” y de las expectativas salvíficas que hacen determinados personajes del mundo galdosiano (una concepción que, con toda evidencia, el autor rechaza). Para estos la salvación equivale a la profesión de su propia religiosidad y a la ruptura radical de relaciones con quienes mantienen en su conciencia otra fe, otra imagen de Dios o una ética distinta de la oficial; se trata para tales personas (de signo eclesiástico, en general) de salvar de una existencia que consideran pecaminosa y —lo que es peor— de salvar de la condenación eterna. Esta es la concepción de Serafinita y los Lantigua respecto a Gloria y a Daniel (e incluso respecto al hijo de ambos), la de la hebrea madre de Daniel, la de Doña Perfecta respecto a su hija Rosario, la de Paoletti y Gonzaga respecto a María Sudre y a León Roch, la del entorno de Electra o de Mariucha y la de muchos más a quienes no les importa destruir vidas con tal de que consigan imponer su personal idea de salvación.⁴⁹⁰

⁴⁸⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c., pág. 93

⁴⁹⁰ Trata este asunto con cierto detenimiento CARMEN LUCIA ÁLVAREZ en *El amor y el sentimiento religioso en 'Gloria' de Galdós*, Actas del VI Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 1997. Cabildo Insular de Gran Canaria. págs. 123-133

El ánimo de Don Benito se enciende entonces ante esa aberración del concepto salvífico. Pero el problema subsiste en sí mismo y él va a abordarlo a lo largo de sus obras.

No existe solución nítida ni cómoda al problema en cuanto al derrotero de la propia vida; y no podía ser de otra manera al considerar seriamente al hombre.⁴⁹¹ El punto de partida es la indigencia: podríamos decir que todos los personajes galdosianos están necesitados de salvación en un sentido u otro, incluidos aquellos que se muestran más enteros. Pero algunos la necesitan imperiosamente para sobrevivir; entre estos, unos finalizan con el horizonte cerrado y no se les da garantía de salvación (Isidora y Pecado en *La desheredada*, Alejandro en *Un joven de provecho*, Martín Muriel en *El audaz*, Doña Perfecta, Doña Juana en *Casandra*, Felicísimo Carnicero de la segunda serie de Episodios, etc.); otros lo tienen abierto (Ángel Guerra, Luis Santorcaz en *La batalla de los Arapiles*, Tito en el último de los Episodios, etc). Y en no pocos persiste la duda: ¿se salvan o se condenan los Torquemada, Bueno de Guzmán, Juanito Santa Cruz, Miquis...?

"*Todo puede ser*", dice el Padre Gamborena cuando fallece Torquemada. En realidad, lo ignora⁴⁹²; es decir, a pesar de la sabiduría y el testimonio religioso que lo acompañan, se muestra incapaz de ver si hay salvación o no para el avaro. En cambio, Lucía la invidente y pobre, desde su ceguera y su visión mística, afirma sin la menor duda la salvación de Ángel Guerra.

Como señala José Luis Mora, "*la salvación nunca acaece (en Galdós) de manera inesperada sino dentro de un proceso en el tiempo que va mostrando qué posibilidades existen de redención.*"⁴⁹³ La persona que ha desarrollado a lo largo de su vida ese proceso salvífico, albergando una capacidad de recuperación inmediata en los momentos que amenazan perderla —esa persona, como Benina— está a salvo: su existencia es un triunfo sobre el decaimiento, está inserta en la salvación, su vida se ve guardada en Dios⁴⁹⁴; además, con esa actitud se convierte indudablemente en factor de positivo cambio

⁴⁹¹ "La mayor dificultad —escribe J.L. Mora García— la encontramos al tratar de saber si la religiosidad galdosiana conserva una dimensión salvadora trascendente." (MORA GARCÍA, JOSÉ LUIS, *Hombre, sociedad y religión en Galdós*, o.c., pág. 118)

⁴⁹² Gamborena intenta que Torquemada asuma el verdadero concepto de salvación trascendiendo el deseo de pervivencia y de disfrute de los bienes materiales: "G.- ¿Qué entiende usted por salvación? T.- Vivir. G.- No estamos de acuerdo; salvarse no es eso. T.- ¿Quiere usted decir que debo morirme? G.- Yo no digo que usted debe morirse, sino que el término de la vida ha llegado y que es urgente prepararse." (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada y San Pedro*. O.c., pág.)

⁴⁹³ MORA GARCÍA, JOSÉ LUIS, *Hombre, sociedad y religión en Galdós*. (Ed. Universidad de Salamanca – Cabildo Insular de Gran Canaria. 1981. Pág. 31)

⁴⁹⁴ Benina tiene la capacidad de sobrevivir enteramente tras los golpes que podían abatirla: "Rechazada por la familia que había sustentado en días tristísimos de miseria y dolores sin cuento, no tardó en rehacerse de la profunda turbación que ingratitud tan notoria le produjo; su conciencia le dio inefables consuelos: miró la vida desde la altura en que su desprecio de la humana vanidad la ponía... Se hizo fuerte y grande. Había alcanzado glorioso triunfo; sentíase victoriosa, después de haber perdido la batalla en el terreno material." (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Misericordia*. Ed. de Santiago Fortuño Llorens, Mare Nostrum. Madrid 2004, pág. 250)

social: el mundo comienza a salvarse desde ella. Esto es importante. La salvación (ahora y después) le parece a Galdós contagiosa: el “sacrílego” (bandido expoliador de iglesias) se salva en contacto con Nazarín sencillamente con decir “quiero”; no importa su vida anterior ni la vida en la que todavía se halla, no es cuestión de haber alcanzado o no determinadas cotas de perfección, es cuestión de actitud esperanzada (de humildad reconocida) y de deseo.

Nos da la impresión de quel autor intenta conjugar lo mejor posible los términos del debate de la Reforma sobre la fe y las obras. Así parece tratarlo en la pieza teatral *Santa Juana de Castilla* de evidente tono erasmista.

En consecuencia, el proceso salvador comienza –siempre según Galdós– en la conciencia individual cuando ésta intenta acercar el hombre a la verdad. Y ese intento define una gran parte de las tramas noveladas; por ejemplo, las de Ángel Guerra, del Conde de Albrit (*El abuelo*), de Torquemada (en *Torquemada y San Pedro*), de Catalina de Artal y de José Antonio de Urrea (en *Halma*), incluso las de quienes no llegan a situarse en tal movimiento (como les sucede a Federico Viera, en *Realidad*, a Isidora, en *La desheredada*, o a Tristana, etc.).

Pero –advertirá Don Benito– el individuo no se salva solo (en solitario); se requiere la comunidad mediadora. El conjunto al que pertenece cada persona es quien debe salvarse y quien salva, puesto que hay una relación estrechísima (causa-efecto, efecto-causa) entre la salvación del todo y la de lo particular, conservando cada cual su autonomía e identidad propias. De ahí la importancia que se concede a dos hechos: a la redención de la clase como tal (a la difícil redención de la burguesía especialmente) y a las iniciativas de existencia en común, de convivencia fraterna simbólica (comunidades de Pedralba, en *Halma*, del cigarral toledano de Ángel Guerra, de la residencia de Nuestra Señora de la Indulgencia, en *Pedro Minio*, y la del doctor Guillermo Bruno, en *Amor y ciencia*). Los habitantes de estas comunidades se salvan juntos.

No obstante, en cuanto a la salvación social significada por el equilibrio justo de las clases sociales (equilibrio estimulado por el altruismo), Galdós señala que el acuerdo entre las dos clases rectoras de la sociedad del XIX (la burguesía y la nobleza) se hizo perdiendo ambas su destino histórico para el bien común, perdiendo identidad necesaria e incorporando los errores de una y de otra, razón por la cual ni se salvan como clase (en España) ni permiten que sus individuos se salven. El caso más claro de esta alianza espúrea e inservible es el vínculo que establecen la hidalga familia Del Águila (Rafael, Cruz y Fidela) con el burgués Torquemada creando el islote del Palacio de Gravelinas, en el corazón mismo de la capital pero ajeno totalmente al pueblo madrileño que sigue

desamparado (sin salvación) bajo la tiranía de todos los Torquemadas.⁴⁹⁵ La impotencia para evitar ese enlace funesto lleva al invidente Rafael del Águila a suicidarse. La simbología del drama queda así completa.

Sin embargo, a pesar de la dificultad, lo que sí quiere dejar claro el autor es que hay esperanza de salvación; aunque tal percepción de la teología galdosiana nos vaya apareciendo sólo tras la lectura del conjunto de toda su creación literaria (no a partir de unos determinados escritos).

b) Dimensión trascendente de la muerte. La resurrección en la obra de Galdós.

Implícitamente el tema de la salvación va a venir iluminado por la perspectiva cristiana que Galdós otorga a la muerte y, más en concreto, por la fe en la resurrección que profesan sus personajes más amables; o, al menos, por una enorme esperanza de vida para el futuro que expresa el autor.

Las hondas creencias (o expectativas) y los sentimientos más vivos, incluso las actitudes decisivas, se despiertan en momentos supremos; particularmente en el trance consciente de la muerte. En esa hora pueden llegar el amor o el odio, la esperanza intensa o el más horrible abatimiento, la fe en la inmortalidad y en la resurrección o la caída en el vacío. En definitiva ésa es la palabra suprema y decisiva que importa decir sobre la vida, y la que la reorienta en última instancia.

Hemos aludido a la fe cristiana en el futuro resucitado de la vida, como parte de la visión que Galdós tiene de la figura y del Misterio de Jesús. Conviene contemplar ahora de forma más directa la perspectiva cristiana de la muerte de cada persona tal como aparece en sus obras.

Precisamente en el texto de un drama de corte mitológico (*Alceste*) es donde se configura con la mayor lucidez el sentido vitalista y cristiano del morir. Dice Cleón, escandalizando a los sabios que le rodean y al sacerdote de Delfos:

*“Pero ¿teméis a la muerte?... Ésta no es más que una palabra, el nombre que damos a la transformación de la materia universal. Los seres humanos son tan inmortales como los dioses... Pero su inmortalidad es apreciable tan sólo para nuestra razón, no para nuestros sentidos.... La muerte es el tránsito de una vida a otra vida por el campo infinito de los espacios.”*⁴⁹⁶

⁴⁹⁵ Escribe JOSÉ LUIS MORA: “Galdós aboga por el principio de unidad y critica la falta de cohesión social, pero sólo acepta una armonía donde cada clase guarde sus propios caracteres. Armonía de lo heterogéneo que aporte al organismo social la realización de diferentes funciones. Torquemada es socialmente un desclasado y religiosamente un ser contradictorio. Rompe, por tanto, la coherencia, necesaria tanto para el individuo como para la sociedad.” (*Hombre, sociedad y religión*. O.c., pág. 35)

⁴⁹⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Alceste*. Acto III, escena III. Obras Completas Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Pág. 782

Las palabras *transformación* y *tránsito* evocan toda la teología paulina que Galdós ha subrayado en su Biblia: “Él (Cristo) transformará nuestra condición humilde según su condición gloriosa (Flp. 3,20) Por Cristo todos volverán a la vida (1 Cor. 15,20)... Hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos (1 Jn.3,14)”.

¿Quiénes mueren, por qué y cómo mueren muchos personajes en el mundo galdosiano?

En pequeña proporción ocurre simplemente (y no por ello de forma menos dolorosa) que las personas desaparecen –salen de la escena ficticia y real a la vez- porque ya no tienen nada que hacer allí, han agotado su existencia válida. Es la muerte de Marianela o la de Fortunata; también la de Alejandro Miquis (en *El doctor Centeno*), o la de Rafael del Águila que se suicida porque no puede evitar la ignominia por la que han optado sus hermanas (uniendo sus vidas a la de Torquemada). Estas muertes buscan el vacío, no incluyen sentido ni trascendencia, apenas son cristianas.

Encontramos también (en la narrativa o en la escena galdosiana) descripciones y vivencias de muertes atroces, demoledoras de la persona que muere y del contexto que las circunda (algo así como la muerte de La Celestina en la tragicomedia clásica). Esa es, tras muchos vaivenes, la muerte de Francisco Torquemada y, por supuesto, la de Doña Juana de *Casandra*, impenitente de su soberbia, fanatismo y crueldad, maldiciendo a la joven.⁴⁹⁷ La lectura de tales vivencias, descritas en el curso de una fuerte dramática, nos deja la impresión de que atemorizan al autor.

Es también el caso de la muerte de Carlos Navarro odiando a su hermanastro Salvador (que lo viene acompañando en su enfermedad con una caridad heroica); un odio motivado sólo por cuestiones políticas y por celos (Episodio último de la segunda serie). La muerte de Juan Lantigua (*Gloria*) y la del Conde de Cerezuelo (*El Audaz*)⁴⁹⁸, ambas sumidas también en el odio injustificado a personas inocentes, desencadenado por una falsa concepción de la religión o de la honra.

En todas estas narraciones la muerte del personaje termina destruyéndolo. No hay más.⁴⁹⁹

Pero es muy otra la muerte que quiere mostrarnos Galdós y en la que se recrea la descripción dejando entrever identidades ocultas del autor con el personaje. Es la muerte como tránsito de la existencia terrena a otra definitiva, vivida, pues, con profunda esperanza y frecuentemente con la fe en la resurrección inmediata; aunque esta fe

⁴⁹⁷ Ver PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada y San Pedro*, IIIª Parte, cap. 10, o.c. págs. 663-668. Ver la escena última de *Casandra* (teatro), o.c. págs. 316-317

⁴⁹⁸ V. la descripción de la muerte de Cerezuelo que hace su propia hija Susana en el cap. XXVI de la novela (*El audaz*, o.c., pág. 277)

⁴⁹⁹ Puede verse el estudio de PETER G. EARLE, *Pérez Galdós: meditación de la muerte*, Actas del II Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 1978. Cabildo de Gran Canaria. Las palmas, pág. 49-59

no alcance toda la connotación cristiana, no pretenda dar explicación alguna al nuevo estado de vida gloriosa (más allá de los símbolos o metáforas que emplea), ni llegue a formular la fe en la resurrección como creencia primordial y determinante del cristianismo.⁵⁰⁰

Por una parte, la muerte se normaliza (intenta que se naturalice); por otra, se eleva a una dimensión transcendente, más allá de las evidencias razonables y de los sentimientos humanos.⁵⁰¹

Podemos interpretar este tratamiento del morir (igual que bastantes otros aspectos de la creación galdosiana) como algo enraizado en las grandes cimas de nuestra literatura hispana. Concretamente, en la muerte del Cid (según consta en el último canto del *Cantar de Gesta*), en la de Don Rodrigo (primera y última estrofas de las *Coplas a la Muerte de su padre*, de Jorge Manrique), en la de Don Quijote (último capítulo de la segunda parte de la obra)... En los tres casos aludidos el protagonista muere entregando su alma al Creador para recuperarla gloriosamente, incluso situándola (por artificio literario) en la Pascua de Resurrección.

De manera semejante se narran las muertes de Mauricia la Dura (*Fortunata y Jacinta*), de María Egipciaca (*La familia de León Roch*), de Ángel Guerra, de Montes de Oca (Episodio de su nombre), de Patricio Sarmiento (*El terror de 1824*), de Beltrán de Urdaneta -que no llega a producirse- (en *La campaña del Maestrazgo*), la de Susana de Cerezuolo (*El audaz*), la de Alejandro Miquis, tal como la percibe el paciente Ido del Sagrario

⁵⁰⁰ En las obras de 1871 el autor no llega a presentar la fe en la resurrección con perspectiva cristiana; sólo la fuerte intuición de una vida futura mejor. Es la fe de Susana en las circunstancias trágicas del final de su vida: “*Susana, que siempre había pensado poco en la otra vida, y era algo irreligiosa en el fondo de su alma, creyó en aquellos momentos en la inmortalidad del espíritu. Algo parecido a la alegría la animó brevemente, y por su cuerpo corrió una sensación extraña, como la que se experimenta al creer que un cuerpo invisible nos toca y pasa...*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El audaz*. Cap. XXX. O.c., pág. 308)

Esta misma fe en la inmortalidad es la que recuerda el amanuense Ido del Sagrario al joven Felipe Centeno, cuando éste se revuelve airado por el desacato que supone haberse apropiado alguien de la levita con que iba amortajado su señor e íntimo amigo Alejandro Miquis: “*Nunca menos que en esta ocasión ha necesitado tu bendito amo del abrigo y confortamiento de una levita... No le quitara Cirila a tu amo su glorioso vestido de inmortalidad, ni el espíritu excelso de Miquis padecerá de frío en las regiones invisibles, intangibles e inmensurables.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El Doctor Centeno*, o.c., pág. 340).

⁵⁰¹ “*Lo que llamamos muerte –dice Gamborena a Torquemada– es un hecho vulgar y naturalísimo, un trámite indispensable en la vida total, y considero que ni el hecho ni el nombre deben asustar a ninguna persona de conciencia recta.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada y San Pedro*. O.c., pág. 527) Y cuando llega el momento supremo: “*Hermano mío –le dijo Gamborena–, más propia de un buen cristiano es en estos instantes la alegría que la aflicción. Considere que abandona las miserias de este mundo execrable y entra a gozar de la presencia de Dios y de la bienaventuranza..*” (idem. pág. 662). En otro texto de menor envergadura, el grato personaje *Mestre Cubas*, pasa con alegre naturalidad de lo terrestre a lo celeste: “*Luego viene el gran día, el Corpus Christi del campo, la vendimia, que es la faena para la cual hizo Dios el mundo... Para mí la vida toda está en esta deliciosa madurez del año, en esta tarde placentera que al darnos el fruto de los trabajos de la mañana nos anuncia una noche tranquila, límite de la vida mortal y principio de la eterna y gloriosa.*” (*Tropiquillos*. Ed. de Cátedra. Madrid 2004, pags. 221-222)

(*El Doctor Centeno*), la de la mitológica reina Alceste y la de “santa” Juana, la abandonada reina de Castilla... En todas ellas el autor expresa con claridad su convicción de que esa muerte es vida, es paso a una existencia nueva, feliz y definitiva en Dios; es decir, es prenda de resurrección (según vimos en textos explícitos citados antes).

Un diálogo poético entre Nela y Pablo (*Marianela*) dota de ingenuidad y transcendencia a la vez a esa visión de la muerte:

(Nela) – “Las estrellas son las miradas de los que se han ido al Cielo.

(Pablo) – Entonces, las flores...

(Nela) – Son las miradas de los que se han muerto y no han ido todavía al Cielo. Los muertos son enterrados en la tierra. Como allá abajo no pueden estar sin echar una miradilla a la Tierra, echan de sí una cosa que sube en forma y manera de flor.”⁵⁰²

Distinta, sin embargo, pero dotada de gran densidad cristiana va a ser (cuando llegue inesperadamente) la muerte de la niña, amarga y dolorosa, rayando en el misterio más hondo de la fragilidad humana, porque se muere “de muerte”: porque se está muriendo de dolor en el alma, de absoluta incompreensión de su destino y, al mismo tiempo, de entrega y bendición a los dos seres que más ama, a Pablo y a Florentina (que involuntariamente le ha robado el amor del invidente). Muere poniendo sobre su pecho las manos de ambos jóvenes.⁵⁰³

Y aun tratándose de un personaje quijotesco puro, se ofrece la muerte de Patricio Sarmiento como prototipo del sentido vitalista y trascendente de esa hora última de la existencia humana. El anciano liberal la vive con una admirable naturalidad y apertura creyente: como resurrección, como liberación personal y como ofrenda fecunda de la propia vida.

“No desmayes, no muestres dolor -le dice a la afligida ahijada Sola-, porque soy digno de envidia, no de lástima... Figúrate el regocijo del desterrado que anda y camina, y ve al fin la torre de su aldea. Yo estoy viendo ya la torre de mi aldea, que es el Cielo, allí donde moran mi padre, que es Dios, y mi hijo Lucas que goza del premio dado a su valor...” Y dirigiendo una oración a la Virgen se expresa de este modo: “Gracias, Señora, yo demostraré ahora que si mi muerte ha de ser patriótica y valerosa para que sea fecunda, también lo ha de ser cristiana”... “Muero por la libertad como cristiano católico. ¡Oh Dios, a quien he servido, acógeme en tu seno!”. Patricio muere amando a los que lo rodean y, aún mas, amando al mundo: “El género humano merece mi mayor interés. La dicha del Cielo no sería completa si desde él no contempláramos la constante labor de este pobre género humano, sin cesar trabajando en mejorarse. Los que de él salimos no podemos dejar de enviarle desde allá arriba un reflejo de nuestra gloria, sin lo cual se envilecería... Hay que pensar en el género humano de

⁵⁰² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*, o.c. pág. 116

⁵⁰³ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*, cap. XXI, especialmente págs. 236-239 o.c.

hoy, que es el coro celestial e inmenso de mañana, y todo hombre es la crisálida de un ángel”.

La escena puede concluirse con la impresión que recibe Sola al ver y escuchar a Sarmiento: *“No acertó a decir una palabra (más) sobre aquel tema, y su viejecillo bobo se le representó entonces grande y luminoso, cual nunca lo había visto; más respetable que todo lo que como respetable se nos presenta en el mundo.”*⁵⁰⁴

Los textos hablan por sí mismos.

Esta visión de la muerte aúna dos temas fundamentales de la escatología cristiana: la resurrección personal, apoyada en la resurrección de Jesús, y la comunión de los santos.

Junto a la lucidez y serenidad del trance de muerte surge la estrecha relación con los quienes rodean al personaje y la apertura creyente a otra relación que va a iniciarse con Dios. Son temas frecuentes en la narración de los últimos momentos de la existencia de personajes queridos o respetados por el autor. Además de Patricio Sarmiento, tipos tan diferentes como el general carlista Tomás Zumalacárregui, el marinero Binondo (adlátere del protagonista Diego Ansúrez) o el apasionado fundador Ángel Guerra, todos ellos (y algunos más ya mencionados), expresan esas constantes; es decir, manifiestan el pensamiento de Galdós sobre la posible transcendencia de la muerte, dotada ésta de un sentido positivamente humano y cristiano.

Con emoción describe el narrador la muerte de Zumalacárregui, uno de los pocos carlistas que es admirado por el escritor.

*“Con medias palabras, pues enteras difícilmente podía pronunciarlas, Don Tomás, conservando su entereza moral, les dijo que se moría, y ordenó que se hiciese pronto, pronto, lo conveniente al caso. Lo primero fue la asistencia religiosa. El párroco recibió la breve confesión, y sin pérdida de tiempo entró el escribano, que consternado y lloroso, como todos los demás, se limitó a preguntar al moribundo: ‘Señor, Don Tomás, ¿qué deja usted, y cuál es su última voluntad?’ Con la apagada voz que le quedaba, respondió el General: ‘Dejo mi mujer y tres hijos, únicos bienes que poseo. Nada más tengo que poder dejar’. En tan aflictivas circunstancias, pudieron apreciar los que tal frase oyeron la soberana modestia del héroe, mas no el profundo humorismo con que había expresado su pensamiento... Cuando el General recibió a Dios diríase que la impaciente vida se le mantenía suspensa, en espera de un acto que las creencias del moribundo hacía inexcusable.”*⁵⁰⁵

El final de *Gloria* (ya citado antes) sirve al autor para hacer una clara afirmación de esta fe:

⁵⁰⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*, o.c. págs. 196-197, 223 y 211 respectivamente.

⁵⁰⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zumalacárregui*, o.c., págs. 228-229

*“¿Encontraría su ideal más allá, donde alguien la esperaba impaciente y quizás con hastío del Paraíso mientras él no fue?... Es preciso contestar categóricamente que sí o dar por no escrito el presente libro... Y, en tanto ¿no debemos aspirar a que sea verdad en lo posible lo que soñaron la enamorada de Ficóbriga y el loco de Londres?”*⁵⁰⁶

En contexto muy distinto Diego Ansúrez afronta con una visión semejante la situación de muerte de su amigo Binondo, aconsejando para esa hora una radical sinceridad (a propósito de algún asunto de conciencia pendiente), condición ineludible para asentar la esperanza: *“Ya sé, ya sé, que no has de ocultarme la verdad. Estás en franquía para la vida mejor, ya tienes el práctico a bordo... No has de salirte con embustes, porque si lo hicieras, llevarías tu alma llena de contrabando, y el contrabando ya sabes que no pasa en aquellas aduanas.”* Más adelante, en la obra, es el mismo Binondo – recuperada su salud- el que aconseja:

*“Yo te aseguro que, al llorar a nuestros queridos compañeros difuntos, debemos también envidiarlos, porque ellos están ya gozando de Dios, y nosotros aquí quedamos como pobres desterrados, navegando, y muriendo sin morir... Dios cuida, ya lo sabes, de dar su diario sustento al pajarillo y también al pececillo..., y quien dice pececillos, dice ballenas, tiburones y tintorerías... En verdad te digo que debemos envidiar a los muertos, porque, al morir por la bandera, quedaron absueltos de sus culpas, y en la gloria están todos ya, salvo algún renegado a quien echen cuarentena en el lazareto del purgatorio.”*⁵⁰⁷

En ese medio (la marina de combate) otro marinero, el viejo conocido Marcial, que muere en Trafalgar, encara su muerte inminente (a bordo del barco que se hunde) con idéntico temple espiritual, con serena y graciosa tranquilidad y con fe tan ingenua como firme. Recordamos las palabras ya citadas que dirige al grumete Gabriel:

*“Dentro de un ratito estaremos libres de pesadumbres, yo dando cuenta a Dios de mis pecadillos, y tú contento como unas pascuas danzando por el cielo, que está alfombrado con estrellas, y allí parece que al modo la felicidad no se acaba nunca, porque es eterna, que es como dijo el otro, mañana y mañana y mañana y al otro y siempre...”*⁵⁰⁸

La muerte, en fin, es vista -con extraordinario realismo y profundo valor- en cuanto vivencia clarividente de la propia verdad, una verdad que devuelve la identidad personal y al mismo tiempo introduce en la identidad definitiva y transfigurada del ser. Alu-

⁵⁰⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, o.c., pág. 471

⁵⁰⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La vuelta al mundo en 'La Numancia'*, o.c. págs. 76 y 188

⁵⁰⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Trafalgar*, cap. XV. o.c. pág. 130

dimos en otro lugar a la muerte de Luis Santorcaz, el padre de Inés, en brazos de su hija, de Amaranta, la esposa perdida, y del ya maduro Gabriel.⁵⁰⁹

Pero en donde Galdos mejor describe y analiza ese estado del alma (el del retorno a la verdad radical de la persona en ese trance supremo) es en la novela *Ángel Guerra*. El protagonista Ángel ha vivido la última larga fase de su aventura intentando asumir con honradez una vocación religiosa y sacerdotal (una mística llena de sentido renovador) porque, sin reconocérselo a sí mismo, ama lo imposible: ama a Lorenza, religiosa de autenticidad plena, y, por tanto, inaccesible para una relación matrimonial. En tal coyuntura la imitación ingenua de la mejor religiosidad le parecía la única opción viable; pero (igual que le sucede a Catalina de Artal en *Halma*) no era ése el verdadero camino, por muy avanzado que estuviera en él. Ahora, la inesperada e inminente muerte (ocasionada por una agresión asesina) es recibida por Ángel como la luz que necesitaba su ser. La recibe así y la abraza con una gran paz y como una circunstancia absolutamente providencial de parte de Dios.

“Ya sé que me muero, me lo dice mi propia máquina, desgovernada ya y rota. El morir no me asusta. Al contrario, entendiendo voy que es mi única solución posible. La muerte resuelve el problema de mí mismo, embrollado por la vida. Me resigno y bendigo a Dios que me ha traído a este fin, porque así conviene a la justicia, a la lógica y al descanso de mi alma... Sí, estoy muy tranquilo. Mi conciencia es ahora como un espejo. Veo con absoluta claridad todo lo que hay en el fondo ella... ¡Y cuán a tiempo me voy de este mundo! El golpe que he recibido de la realidad, al paso que me ha hecho ver las estrellas, me aclara el juicio y me lo pone como un sol. ¡Bendito sea quien lo ha dispuesto así!” (cita n. 510)

Ángel muere dormido, pocas horas después de esas palabras, antes de que llegue el Viático. Entre los personajes que lo acompañan en la casa está –ajena a la situación– una ciega de condición muy humilde, Lucía, dotada de visión interior; cuando le comunican la noticia, esta mujer relativiza la ausencia de la Comunión y dice: *“Lo sabía.. Poco antes de llegar el Señor (el Viático), vi que el amo se transportaba... Se encontraron un poquito más allá de la puerta, y juntos se subieron. Recemos..., por él no, por nosotros.”*

⁵¹⁰ Así finaliza la narración del capítulo y se pone punto final a una de las obras más extraordinarias de Don Benito.

Sin embargo, como ya indicamos arriba, es en la tragicomedia *Alceste* (escrita y representada seis años antes de la muerte del autor) en donde surge –como un grito– la fe en la resurrección, tipificando simbólicamente dos hechos de índole cristiana: la entrega voluntaria a la muerte para la salvación del pueblo (: la unidad y la pervivencia del

⁵⁰⁹ Ver: PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los Arapiles*, o.c. cap. XXXIX, o.c., págs. 255-264

⁵¹⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*, vol. II. O.c. págs. 635. 639 y 651 respectivamente.

reino, unido y encarnado en el rey justo Admeto) y, en consecuencia, el despliegue de la fuerza divina resucitadora sobre Alceste que ha dado su vida por esa causa.⁵¹¹

Esta perspectiva de la muerte redentora que genera vida aparece también de modo atenuado en otras dos piezas teatrales, en *Bárbara* (también de corte clásico griego) y en *La loca de la casa*. Pero en éstas la muerte voluntaria no es un acto que acabe en sí mismo (un accidente último) sino una situación que se prolonga, un estar muriendo inacabablemente.

A lo largo de este breve recorrido por la muerte en la creación galdosiana nos queda la impresión de que el autor ha ido preparando –serenamente, con la fe de sus personajes– su propia última hora y, como Lucía (la ciega de *Ángel Guerra*), se ha provisto de la luz interior para los años finales de su continuo deambular por Madrid y por España, apagados ya sus ojos y encaminado hacia su tránsito final.

*

Concluimos este importante análisis de la visión y del pensamiento que Benito Pérez Galdós tiene sobre el problema humano de Dios, sobre el Dios del cristianismo, y sobre la religiosidad, la religión y la fe.

A lo largo de la amplia selección de textos citados (casi doscientos en este capítulo) hemos podido comprobar la extensión y profundidad, la riqueza lingüística y el realismo, la densidad y acierto de una teología cercana, inteligible, próxima a la sabiduría brindada por el Vaticano II (mucho más que a los postulados del Vaticano I y del antimodernismo en cuya atmósfera vieron la luz todas las obras que estudiamos).

Contando con esta perspectiva de fondo proseguimos ahora el camino emprendido, intentando escrutar el perfil existencial del cristiano tal como aparece en la creación galdosiana.

⁵¹¹ Ver PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Alceste*, Acto II, escena IXª y Acto III, cuadro II. La obra termina así: (Alceste.- (poniéndose en pie y elevando sus ojos y brazos al cielo) ¡Bendito sea el héroe que con su voz potente me restituye al seno amoroso de la santa Humanidad! (PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c. pág. 785). Es de notar que el héroe que devuelve a la vida a Alceste es el semidios Hércules, que ha optado por morar entre los hombres y a favor de los hombres; y sorprende que la reina emplee la expresión *santa Humanidad*.

Capítulo VI. EL RETORNO A LA EXISTENCIA CRISTIANA

PERSONAL desde LA OBRA DE GALDÓS.

(II) Perfil existencial ético del cristiano.

Elaborar y mostrar el perfil existencial del hombre íntegro y del creyente cristiano es tarea compleja: no resulta fácil establecer el límite entre lo caracterial o natural y los valores específicamente espirituales o cristianos. Intentar esa clarificación a partir de los escritos de Galdós resulta, sin embargo, apasionante; porque en ello emplea el autor los mejores recursos de su narrativa.

Las opciones del autor en este terreno son bastante precisas, incluso contundentes, sin dejar espacio a la ambigüedad, tanto al abordar el delicado tema de la conciencia moral, como al desarrollar esa conciencia a través de las dinámicas del amor, de la justicia y de la no violencia. Ofrece la impresión de que en el tratamiento ético hallamos la verdadera propuesta alternativa radical a la sociedad y al catolicismo español del XIX.

La ética es la base sustentante y convalidante de toda religión que merezca este nombre; también del cristianismo, del mensaje de Jesús (que no se configura en sus orígenes precisamente como religión). A tal respecto el pensamiento del Nuevo Testamento es diáfano: *“Habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros. Pues toda la ley (la religión) alcanza su plenitud en este solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”* (Gal 5,13-14), *“El que ama al prójimo ha cumplido la ley”* (Rom 13, 8)... El planteamiento genuino cristiano será un desglose de ese principio moral que incluye la construcción de un orden social basado en la auténtica justicia, en el amor solidario y la paz (el Reino de Dios predicado por Jesús), más allá de la institucionalización religiosa (que, en todo caso, deberá quedar supeditada al mensaje esencial).

La propuesta de Galdós -en términos parecidos a la filosofía de Emilio Lledó- sería recuperar la decencia en este país y, para ello, afrontar la corrupción más grave que venimos padeciendo: la corrupción de la mente, de las neuronas en las que se instala la ignorancia y la mentira; y hacerlo recuperando la naturaleza e, inserta en ella, la ética más pura del cristianismo.

Esta segunda perspectiva la plasma en su creación literaria de dos formas: una, directa, ofreciendo la tipología del verdadero creyente en Jesús (sobre la base de una co-

recta moralidad básica), y otra, de manera indirecta, llevando al lector a un rechazo de determinadas existencias carentes de valía personal y de fe cristiana (vidas que se presentan a sí mismas como católicas, sin tener razón alguna para apropiarse tal calificativo).

Encontramos un amplio panorama de personajes que encarnan a la vez la doble y elevada categoría: la nobleza humana y la cristiana. Y aunque no siempre resulte fácil fijar las características propias de la exclusiva dimensión creyente, no obstante, nos parece que existen en la obra galdosiana signos más que suficientes para señalar el perfil de un verdadero seguidor del evangelio de Jesús.

Con perspectiva precisa y acertada de lo que constituye ese perfil, el escritor opta por la metodología de presentar referentes modélicos. A la cabeza de los personajes que encarnan en alto grado esta condición están seguramente Benina (de *Misericordia*) y Sola (segunda serie de Episodios), prototipos de la secularidad cristiana, y Nazarín y Leré (*Ángel Guerra*) desde la vida consagrada a Dios. En el prólogo a la edición de 1913 de *Misericordia* el autor mismo califica a la anciana criada como “del más puro carácter evangélico”⁵¹². Las señas de identidad de estos cuatro son: indiscutible honestidad humana, solidaridad, pobreza personal asumida, justicia, bondad hasta la caridad heroica, equilibrio caracterial, y saludable fe en Dios; siendo el amor la fuerza motora de su moral.

En un segundo pero importantísimo plano de valor referencial (y con suficiente densidad de protagonismo) se sitúan Gabriel de Araceli, Salvador Monsalud, Benigno Cordero, Demetria, Fernando Calpena, Santiago Íbero padre, Diego Ansúrez, Montes de Oca, el Gran Capitán, Patricio Sarmiento... (en los Episodios), Marianela, Lázaro y Clara, Pepe Rey y Rosario, Máximo Manso, León Roch, Horacio Reynolds, Ángel Guerra, Don Tomé, Catalina de Artal, Manuel Flórez, Gamborena, Daniel Morton, Guillermina, Jacinta... (en las novelas), Sor Simona, Electra y Máximo, Mariucha y León, Sor Elisea, Victoria, Alceste... (en el teatro).

Es decir, una larga lista de nombres cuyas existencias (siempre dramáticas) tejen o alumbran el tipo de persona íntegramente cabal capaz de salvar o de reorientar tres valores al mismo tiempo: el concepto de hombre, la configuración de la sociedad y el catolicismo hispano.

El excelente personaje Benigno Cordero, coprotagonista de la segunda serie de Episodios Nacionales, lo expresa con su habitual claridad y sentido práctico:

“El cumplimiento estricto del deber en las diferentes circunstancias de la existencia es lo que hace al hombre buen cristiano, buen ciudadano, buen padre de familia. El rodar de la vida nos pone en situaciones muy diversas, exigiéndonos ahora esta virtud, más tarde aquella..., respondiendo según podamos a lo que la sociedad y el Autor de

⁵¹² PÉREZ GALDÓS, BENITO, Prólogo a *Misericordia*, en *Ensayos de crítica literaria*, Ed. Península. Barcelona 1971, pág. 224 (Recopilación de ensayos de Galdós).

*todas las cosas exigen de nosotros. A veces nos piden heroísmo, que es la virtud reconcentrada en un punto y momento; a veces paciencia, que es el heroísmo diluido en larga serie de instantes.”*⁵¹³

La visión a la que nos aproximamos ahora (el perfil justo de la persona y, en particular, del creyente cristiano) nos brindará la clave de interpretación necesaria para entender la teología galdosiana, es decir: su perspectiva acerca de los temas eclesiales y del posible carácter alternativo de la existencia cristiana, como réplica a planteamientos usuales en el catolicismo español del siglo XIX.

Debemos aclarar que la intención de Galdós -a lo largo de toda su creación- no es directamente describir la fisonomía del seguidor de Jesús (como si resolviera un problema teológico pendiente)... Es verdad que multitud de páginas incluyen ese carácter, pero su obra la concibe, por encima de todo, como un servicio a la construcción de una moral social (hecha lo más posible de individualidades); una moral básicamente laica, aunque beba también en las fuentes del Nuevo Testamento y de la Iglesia patristica (no sólo en el krausismo). Una moral capaz de alentar una nueva y más justa convivencia entre los españoles, con independencia de los valores religiosos que la acompañen.

Él propone sin cesar al ciudadano -y al creyente en particular- esas dimensiones constitutivas de una vida coherente con la dignidad humana y no ajenas al Evangelio, desde luego. Lo hace con máximo realismo dramático y con talante educativo dirigido a los lectores de su tiempo y del futuro. Su obra es precursora de la secularidad que la sociedad y la iglesia necesitaban en España. Los profesores Gustavo Correa y José Luis Mora expresan -con la penetración que les caracteriza- esta doble perspectiva de la obra galdosiana.⁵¹⁴

Dicho esto, podemos ya observar que la fisonomía del verdadero seguidor de Jesús parece situarse en estos niveles decisivos de comportamiento y de estado de espíritu: la armonía con la naturaleza y la conciencia moral recta, el amor hasta el grado de

⁵¹³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los Apostólicos*, Episodio Nacional n. 19. O.c. págs. 10-11

⁵¹⁴ “Con el realismo literario, Galdós encontró la piedra de toque que le había de permitir auscultar con toda precisión estados de conciencia de sus conciudadanos y adentrarse plenamente en la verdad de su nación... También significaba este encuentro que el autor se imponía voluntariamente un programa de autenticidad personal en la construcción de su mundo de ficción dentro de su anhelo de realizar una misión en la esfera literaria y en el panorama moral de su país.” (CORREA, GUSTAVO, *La concepción moral en las novelas de Pérez Galdós*. Rev. Letras de Deusto. Vol. 4. Num. 8. 1974. Pág. 5) “La religión, problema y solución, causa de nuestros enfrentamientos pero nervio de nuestra historia, debía quedar reducida a moral social, compartida, sin exclusiones: moral laica, es decir, sostenida por las conciencias, sin pretensiones de construir una iglesia nacional alternativa, tan inviable como inútil para resolver el problema de la integración... Pero la lección debía aprenderse colectivamente y practicarse como pueblo.” (MORA GARCÍA, JOSÉ LUIS, *Galdós y el llamado “problema de España”*. Actas del VI Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 1997. Cabildo de Gran Canaria. pág. 509)

verdadera caridad, la justicia (con una opción clara por los desgraciados de este mundo) y la postura radical de no violencia. Cada uno de estos paradigmas encuentra en Galdós un desarrollo teológico. Su estudio va a constituir las cuatro partes de este capítulo.

1. Teología existencial básica en la obra de B. P. Galdós.

El cristiano, un hombre de notable rectitud moral.

Es obvio que la moralidad define al ser humano desarrollándolo hasta una altura insospechada, y que la inmoralidad lo degrada. Así van apareciendo en la escena del mundo de Don Benito –con un sentido u otro- el millar de personajes que lo pueblan. El tratamiento de la moral está presente en toda su obra. Escogeremos ante todo, para acercarnos a su pensamiento ético, aquellos tipos que mejor expresan la exquisita conciencia moral que les guía, una conciencia que en muchas ocasiones viene iluminada por la fe en el Dios de Jesucristo. Y señalaremos también, al final, los personajes y las escenas que destacan por un bajísimo nivel ético; la enseñanza moral, en estos casos, se articula mostrando la penosa degradación o perversión de la conciencia, como le ocurre a Isidora Rufete y a su hermano Mariano (de sobrenombre “Pecado”) en la extraordinaria narración de *La desheredada*.

Para nuestro escritor lo moral se halla en estrechísima relación con lo verdaderamente natural. De ahí que convenga comenzar investigando la presencia determinante de la naturaleza en el proceso de identificación de los personajes galdosianos.

1. La naturaleza, pauta fundamental en la realización de la persona y de su talla moral, según el pensamiento galdosiano.

Señalamos anteriormente que el naturalismo de Galdós no coincide con el de los autores realistas que exaltan esa perspectiva filosófica concediendo a los impulsos naturales una valía absoluta, cercana en parte al estoicismo moral del superhombre. La moral es ante todo racional; es suficientemente clara u objetiva, con independencia de la pura pulsión del sujeto. Pero también es cierto que la moralidad de las acciones se halla ligada de manera íntima al ser natural; y el desenvolvimiento justo y cabal de la persona –primera responsabilidad humana- no sucede al margen de lo naturalmente inscrito en el ser.

Gustavo Correa (maestro indiscutible galdosiano) muestra con acierto la decisiva relación que establece el autor entre el ser humano –siempre en trance de crecimiento!- y su armonía o desarmonía con todos los ámbitos de la naturaleza. Esta consideración es un eje transversal que recorre toda su literatura y señala la base del cuestionamiento moral del individuo:

*“La naturaleza se revela en Galdós como una de las constantes de su novelística y constituye fundamentalmente el suelo nutricional en donde el hombre hunde sus raíces. Su signo de positiva afirmación orienta todos los actos de la vida humana y marca una orientación sabia y aleccionadora en el crecimiento de la criatura y más tarde en la conducta personal.”*⁵¹⁵

Pero debe quedar claro que lo natural (el seguimiento del impulso natural) no exime de moralidad, como podría deducirse de ciertas tesis de escritores naturalistas; al contrario, desde su complejidad, la naturaleza incide junto con la razón y la voluntad en la libre configuración de los actos, significando sólo un factor de primer orden para el valor ético de los mismos. Más aún: el valor espiritual eminente de ciertas decisiones cumbre en la vida supone la confrontación racional y ponderada entre la naturaleza y el ser humano libre y responsable.

José Luis Mora observa atinadamente: *“Podría suponerse que Galdós defiende que el hombre ha de realizarse dentro de un marco anarquizante y anomista. Indudablemente esto no es así. Ni Fortunata es amor, ni lo es Augusta (en Realidad)... Lo que se cuestiona es el origen de las exigencias.”*⁵¹⁶

Lo que ocurre es que, al hablar de lo natural, nos movemos en un terreno difícil de delimitar y de comprender. ¿Qué concepto de naturaleza sostiene el escritor?

1.1 Concepto y límites de lo natural en la obra de Galdós.

Es evidente la influencia en Don Benito del naturalismo francés (desde Rousseau, cuyas obras completas ha estudiado) y, más cercano en tiempo y cultura, del krausismo español en el que –como pudimos ver– existe una fuerte tendencia naturalista. No obstante, la lectura detenida del centenar de obras del maestro (novelas contemporáneas, sobre todo, pero así mismo Episodios Nacionales y teatro) nos deja la certeza de un pensamiento independiente en este asunto.

Natural es todo aquello que viene dado por la constitución íntima y fuerte de los seres (del hombre, en particular) en cuanto impulso vehemente y protector, pero habida cuenta de que lo más íntimo de sí mismo es la vocación relacional: es el deseo de cuajar en una feliz y fecunda conexión con los demás seres, es decir, la alteridad esencial y

⁵¹⁵ CORREA, GUSTAVO, *La presencia de la naturaleza en las novelas de Pérez Galdós*. (Thesaurus. Tomo XVIII. Num. 3 (1963), pág. 664. En la Biblioteca del Centro Virtual Cervantes). *“Por encima de las referencias a personas y sucesos concretos, en Galdós se advierte una honda ‘comprensión de la naturaleza humana’, de la que se derivan amplias concepciones explicativas sobre las circunstancias sociales y políticas de su tiempo... Buscar la ‘verdad humana’, devolviéndole el humorismo, ‘conforme a la tradición cervantesca’: he ahí la clave del realismo galdosiano, que no desdeña adentrarse en consideraciones espirituales.”* (ÁNGEL CASADO, *El ‘optimismo’ de Galdós: educación y transformación social*. Actas del X Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 2013. Cabildo de Gran Canaria, pág. 274)

⁵¹⁶ MORA GARCÍA, JOSÉ LUIS, *Hombre, sociedad y religión en Galdós*. Ed. Universidad de Salamanca – Cabildo Insular de Gran Canaria. 1981. Pág. 28

compleja.⁵¹⁷ Desde esta perspectiva lo natural es con alguna frecuencia contradictorio: se vuelve contra la honda aspiración de realizarse y de entrar en comunión; y exige a los demás una reconversión de la percepción natural, otro tipo de naturalidad.

La novelística de Galdós revela constantemente este complejo concepto de la naturaleza.

a) En principio, la naturaleza coincide con la creación, con el arquetipo: es el dechado por excelencia de la Creación divina, y, en ese caso, sitúa –cuando se descubre– en una actitud admirativa, de éxtasis; por consiguiente, de respeto y de adhesión, se trate de la naturaleza personal o del mundo físico, de una realidad simplemente intuita y deseada o de una percepción visible. Es la naturaleza que se abre para el invidente Pablo Penáguilas (en *Marianela*) cuando recobra la vista⁵¹⁸, o los sentimientos naturales y soñados de paternidad y de comunión con la madre, que constituyen el anhelo hondo insatisfecho de León Roch, no siendo ni padre de Monina ni esposo de la amada Pepa Fúcar (trasunto de la honda naturaleza materna y conyugal si esta mujer hubiera sido su esposa)⁵¹⁹, o la sabiduría incesante de la tierra, que enseña Nazarín a José Antonio Urrea (en *Halma*)⁵²⁰...

b) Es preciso entender que nuestra previsión de lo natural no siempre es exacta, no coincide con la realidad más válida de las cosas para el propio devenir y para el devenir de las relaciones. En realidad, ésa es la vivencia dolorosa de León Roch.

En *El abuelo*, Dolly, la nieta natural e ilegítima del Conde de Albrit (¡siempre este noble en busca de la legitimidad de la sangre!) no era la esperada por él; sin embargo va a ser la que llena de plenitud su ancianidad y salva felizmente su soledad, dejándolo

⁵¹⁷ Un texto de Galdós con redundancias intencionadas indica la impronta de lo natural que debe acompañar a la persona. Cuando el notable sacerdote Don Juan Manuel “Nones” acaba de salvar a Amparo (de la tiranía a la que la ha sometido Pedro Polo) y sale con ella a la calle, escribe el narrador: “Habló (con ella) en tono naturalísimo de cosas también muy naturales, como si aquella compañía que llevara fuera lo más natural del mundo.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tormento*. O.c., pág. 248)

⁵¹⁸ Ver el capítulo XX de *Marianela* (*El nuevo mundo*), en donde el autor hace un agudo y bellísimo análisis de las impresiones de Pablo al ir recuperando la vista y descubrir, fascinado, el mundo de la naturaleza física y de las personas. (PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c., págs. 216-224)

⁵¹⁹ “El desgraciado hombre nunca como entonces había sentido el dominio irresistible que sobre él ejercía aquel ser pequeño y lindo, nacido de una mujer que no era la suya y de un hombre que no era él... Con este cariño se mezclaban el cariño y la imagen de la madre como dos luces confundidas en una sola. ¡Familia prestada que en el corazón del solitario ocupaba el desierto hueco y se apropiaba el calor reservado a la propia! Él no tenía culpa de que en su cansado viaje por el páramo se le presentaran aquellas dos caras, risueña la una, enamorada la otra.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La familia de León Roch*. O.c., pág. 353)

⁵²⁰ “Mira la tierra –le dice-, que a todos nos da sustento, y nos enseña tantas cosas, entre ellas una muy difícil de aprender. ¿A que no sabes lo que es? Esperar, hijo, esperar. La tierra guarda la sazón de las cosas, y nos la da... cuando debe dárnosla.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*. O.c. pág. 342. En la edición que empleamos –la de José Luis Mora– se dice “Ama la tierra...”).

perplejo y gozoso (al tiempo que ve alejarse a Nelly, la “legítima”) ⁵²¹; porque verifica que la naturaleza honda del ser humano no coincide con las leyes de la genética o de la sangre, es decir, que existen fuerzas naturales ocultas que encauzan y trascienden nuestras aspiraciones (consideradas naturales) y conducen –si son atendidas– a desarrollos interiores y existenciales felices e insospechados. Estas fuerzas pueden convertirse entonces en seguros indicadores éticos.

Lo natural, a veces, no coincide tampoco con lo estrictamente racional; por ejemplo, con la perfección idealizada (y hasta cierto punto aséptica): el *hombre-razón* (y *razonador*) no siempre es natural; y si actúa o percibe todo según la pura racionalidad (sublimando o negando lo natural) termina por descender al caos psíquico y tal vez moral. Esto es lo que le sucede al profesor Máximo Manso (*El amigo Manso*) en su enamoramiento de Irene, a la que ve naturalmente perfecta: esta visión racionalizada no es cauce de encuentro; será su discípulo Manolo Peña (prototipo de naturalidad cotidiana y emotiva) quien llegue al amor con la joven, desprovista entonces ya ésta de toda idealización. Máximo terminará por reconocer su error, aunque llegue tarde: “*Cuanto menos perfecta –dirá-, más humana, y cuanto más humana, más divinizada (ahora) por mi loco espíritu, al cual había desquiciado para siempre de sus hijos polos aquel fanatismo idolátrico, bárbara adoración hacia un fetiche con alma.*” ⁵²²

Menos aún, pues, coincide –para Galdós– lo natural con lo perfecto. Incluso puede ocurrir que la perfección sea antinatural, que es exactamente el reproche que hace Augusta a su perfecto esposo Tomás Orozco: “*Ningún rayo celeste parte de su alma para penetrar en la mía. No hay simpatía espiritual. Su perfección, si lo es, no hace vibrar ningún sentimiento de los que viven en mí.*” ⁵²³ Nos da la impresión de que el autor se remite ahí a alguna concepción orientalista de la perfección humana, muy alejada del mundo real al que se debe.

c) Un problema muy específico de lo natural (a lo largo de las obras que estudiamos) es la aparición de contrahechos naturales, es decir, de monstruos que la naturaleza presenta de vez en cuando. Monstruos físicos y –lo que es aún más difícil de entender– monstruos morales. El autor se nos manifiesta entonces realista y perplejo, urgido de decir una palabra al lector ante esa tremenda experiencia.

⁵²¹ Rectificando a tiempo sus impulsos, Albrit reconoce qué es lo verdaderamente natural: le dice a su amigo: “*Y hora, Pío, gran filósofo, si te dan a escoger entre el honor y el amor, ¿qué harás?*” “*Escojo el amor*” –dice Pío–. (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El abuelo*. O.c., pág. 252)

⁵²² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El amigo Manso*. O.c., cap. 50, pág. 329

⁵²³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Realidad*. O.c., pág. Poco antes Orozco acababa de autodefinirse: “*Ningún cuidado me inquieta ya si no es el de mi propia disciplina interior, hasta llegar no sentir nada, más que la claridad del bien absoluto en mi conciencia.*” (idem.)

Monstruos físicos son: el hermano de Leré (en *Ángel Guerra*) de quien el autor hace una descripción sobrecogedora ⁵²⁴, el hijo del segundo matrimonio de Torquemada (*Torquemada en el purgatorio*), el niño Salvador (en *Amor y ciencia*), Caballuco (de *Doña Perfecta*) y otros tipos menores. Ante ellos, en cuanto a su malformación física, no cabe sino asumir sobrecogidos tal realidad, no huir de ella y, probablemente (como hacen Guillermo Bruno y Leré) acoger con humildad y caridad ese grito doliente de la Naturaleza herida y misteriosamente contrahecha. Ésta es la única moralidad posible.

Deformes morales o, mejor, psíquicos, pueblan también el mundo galdosiano, y ante ellos el vecino cercano y el lector vienen solicitados de un mayor sobrecogimiento, que deriva en ocasiones hacia el susto y el temor y, otras veces, hacia la ternura. El novelista observa así a Doña Cándida en *El amigo Manso* ⁵²⁵, a Tomás Rufete, Isidora y la Sanguijeruela (*La desheredada*), a Juan Bragas (segunda serie de Episodios) y a los mismos ancianos locos de los Episodios y del comienzo de las novelas contemporáneas: Tomas Rufete, Bartolomé Canencia, Miguel de Barahona, Patricio Sarmiento... ⁵²⁶

d) En el terreno de la educación de la persona (del niño, sobre todo) es decisivo proseguir los legítimos impulsos naturales y conducir al hombre a la vivencia armónica y gozosa de la Naturaleza en donde el ser interior se libera de presiones indebidas y se encuentra a sí mismo, abierto de nuevo a los valores más elevados.

Lo natural –para Galdós– resuena en el grito de protesta con que narra el desgraciado modelo de escuela que sustenta Pedro Polo (*Doctor Centeno*); una escuela instrumento de tortura que, en definitiva, es la misma que padece Cadalso (en *Miau*) ⁵²⁷..., extremo opuesto de las escuelas rurales –sin duda krausistas– que regentan respectivamente Cintia (en *El caballero encantado*) y Atenaida (en *La razón de la sinrazón*). ⁵²⁸

⁵²⁴ Ver PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. I. o.c. Pág.121

⁵²⁵ “La miraba, la observaba con verdadero placer, cosa que parecerá imposible, pero que es verdad. Era yo como el naturalista que de improviso se encuentra, entre la hojarasca que pisa, con un desconocido tipo o especie de reptil... Antes de horrorizarme de sus ondulaciones, rejos, antenas, babas, élitros, zancas, me asombraba del infinito poder, de la inagotable fecundidad de la Naturaleza.” El mismo personaje reconoce la dificultad de escrutar en muchos momentos la naturaleza: “Naturaleza pródiga ha puesto dificultades y peligros en la averiguación de sus leyes, y de mil modos da a conocer que no le gusta ser investigada por los hombres. Parece que desea la ignorancia, y con ella la felicidad de sus hijos.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El amigo Manso*. O.c. pág. 250)

⁵²⁶ RODRÍGUEZ, ALFRED Y CARSTENS, THOMAS, *Tomás Rufete y Canencia: los dos ancianos locos que introducen las Novelas contemporáneas*. (Universidad de Nuevo México. Anales Galdosianos. Año XXVI. 1991. En la Biblioteca Virtual Cervantes).

⁵²⁷ “Cavidad ancha, triste, pesada, jaquecosa de la escuela... Nunca se vio más antipática pesadilla, formada de horripilantes aberraciones de aritmética, gramática o historia sagrada, de números ensartados, de cláusulas rotas... Era una rueda de tormento, máquina crudelísima, en la cual los bárbaros artífices arrancaban con tenazas una idea del cerebro, sujeta concientornillos, y metían otra a martillazos.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El doctor Centeno*. O.c. pág. 45)

⁵²⁸ “Los niños comen y meriendan aquí y se van a dormir a sus casas, después de haber recibido la enseñanza elemental y el conocimiento práctico de cuanto constituye la vida humana. Presencian la siembra del grano, la recolección; ven el trigo en las eras, en el molino; y como tenemos tahona en la

Este tipo de experimentación salvífica del mundo natural recorre todas las páginas de la creación galdosiana. Marianela, Angel Guerra, Nazarín, Catalina de Artal, Felipe Centeno, Inés, Mariquilla y tantos otros se encaminan hacia el paisaje abierto o hacia la contemplación del firmamento para recuperar la paz y acrecentar el espíritu. Los personajes oscuros, en cambio, como Felicísimo Carnicero (segunda serie de Episodios) o Francisco Torquemada están encerrados sobre sí mismos en un cuchitril que es una especie de nicho, sin apenas luz. Pero el sabio cervantino Juan Casado –quizás nuestro escritor- pone en guardia a Ángel Guerra sobre los posibles excesos románticos en la huida al paisaje:

*“Por encima de todo eso recomiendo reposo, que nos trae la claridad de entendimiento; la vida metódica sin abstinencias ni paseos solitarios, que suelen dar de sí desvaríos y alucinaciones. Conviene además no arrojar del pecho la alegría, no zambullirse en metafísicas agotantes...”*⁵²⁹

1.2 Lo natural en la relación de la pareja desde la perspectiva galdosiana.

Veremos más adelante (al tratar del amor y del matrimonio) que el tema de las relaciones entre mujer y varón es recurrente y fundamental en todas y cada una de las obras que estudiamos. Es el asunto crucial que entrelaza la identidad y el destino de los personajes representando a la vida misma. Es el espacio que contempla éxitos humanos espléndidos y fracasos clamorosos, historia real y ficción.

Según Galdós ¿cómo entra –o debe entrar- la naturaleza en estas relaciones determinando poderosamente la feliz realización y la moralidad de las mismas? Dos apreciaciones constantes:

1ª. La unión (la convergencia seria y excluyente) del varón y de la mujer, dentro o fuera del matrimonio socialmente reglamentado, sólo puede realizarse y prosperar sobre la base de un vínculo natural de amor y de una coincidencia básica también natural en cuanto a ideología y a planteamientos fundamentales; condiciones ambas que garantizan la atracción mutua y la fecunda convivencia duradera. Otro planteamiento es antinatural o inmoral (el matrimonio de Pepet y Victoria en *La loca de la casa*) o inviable.

La naturalidad predomina en la mayoría de las grandes parejas galdosianas, suceda dentro o fuera del matrimonio que la sociedad reconoce. En los Episodios la naturaleza del amor triunfa en Gabriel e Inés, Sola y Salvador, Demetria y Fernando Calpena, Gracia y Santiago; a partir de cierto momento, en María Ignacia y Pepe Fajardo, Mita y

casa, se hacen cargo de las transformaciones de la mies hasta convertirse en pan. Saben cómo se hace el vino, el aceite, los quesos, el carbó, el carbón, y conocen las manipulaciones del lino desde que se arranca de la tierra hasta que se convierte en la tela que visten.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La razón de la sinrazón*. Jornada IIIª, cuadro VIII, esc. 1ª. o.c., pág. 220).

⁵²⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. II. o.c., pág.

Ley, Zoilo Arratia y Aura, Santiago Íbero (hijo) y Teresa Villaescusa, Saloma y Bartolomé Galán, etc.

Pero las novelas Ofrecen muy pocas parejas naturales que llegan a cuajar su amor verdadero; quizás sólo, al principio de la novelística, Clara y Lázaro (*La Fontana de Oro*) y, al final, Catalina y José Antonio reorientados por Nazarín (*Halma*) y, como personajes secundarios y de contraste, Constantino Miquis y Camila (en *Lo prohibido*). Las demás no pueden superar la oposición social: Gloria y Daniel (*Gloria*), Pepe y Rosario (*Doña Perfecta*), Rosalía y Horacio (*Rosalía*) y Martín Muriel y Susana (*El audaz*) se hunden en la desgracia; y los amores de Maximiliano Rubín y Fortunata (*Fortunata y Jacinta*) o de Máximo Manso e Irene (*El amigo Manso*), son inviables o demasiado poco naturales...

En fin, en la mayor parte de las piezas teatrales el amor está siempre en trance de lucha por abrir paso a la relación natural estable y serena: Rosario y Víctor (*La de San Quintín*), José León y Salomé (*Los condenados*), Isidora y Alejandro (*Voluntad*), María y León (*Mariucha*), Bárbara y Leonardo (*Bárbara*), Electra y Máximo (*Electra*), Esther y Leoncio (*Celia en los infiernos*), Alceste y Admeto (*Alceste*), Atenaida y Alejandro (*La razón de la sinrazón*), Tomás y Augusta (*Realidad*), Isidora y Antón (*Antón Caballero*)...

Galdós, cuando el amor es natural, pide a quienes lo tienen que defiendan radicalmente la libertad personal frente a cualquier condicionamiento, incluso frente a sí mismos.

2ª Las uniones de varón y mujer que no surgen con esa doble garantía (el amor natural y la coincidencia básica natural) están desnaturalizadas en su raíz y sólo conducen a la catástrofe personal, aun cuando se acepten por parte de los protagonistas. Instauran una situación inmoral, agravada en muchas ocasiones por el sacrificio estéril y la esclavitud.

Esta clase de consideración es muy frecuente en la obra galdosiana, casi como una constante. En las novelas aparece literaria y psicológicamente detallada en el adolescente amor de Marianela y Pablo (*Marianela*), en la unión de Fortunata con Maximiliano Rubín (*Fortunata y Jacinta*), de José María Bueno y Eloísa (*Lo prohibido*), de María Egipcíaca y León Roch, de Don Lope y Tristana (*Tristana*), de Amparo y Pedro Polo (*Tormento*), de Torquemada y Fidela (*Torquemada en la cruz*), de Martín Muriel y Susana (*El audaz*), de Rosalía Pipaón y Francisco Bringas (*La de Bringas*), etc. En los Episodios es menos frecuente la relación violenta, pero aparece el fracaso en Amaranta y Luis Santorcas, Bruno Carrasco y Leandra, Donata y Juan Santiuste, la monja Marcela y Nelet, Teodora de Aransis y Miguel (Salvador), Fernando Calpena y Aura, Lucila y Vicente, etc. Y en el teatro surgen también como radicalmente antinaturales las uniones de Bárbara y Demetrio (*Bárbara*), de Victoria y José María Cruz (*La loca de la casa*), de Augusta y Tomás Orozco (*Realidad*), de la amante Casandra y el cobarde Rogelio (Casandra), etc.

La única salida en estos casos es la toma de conciencia del error de haber tentado a la naturaleza y la voluntad de rectificar a tiempo. Maximiliano Rubín lo expresa con amargura:

*“Yo me equivoqué y ella también se equivocó. Los dos nos estábamos recíprocamente engañando. No contamos con la Naturaleza, que es la gran madre y maestra que rectifica los errores de sus hijos extraviados. Nosotros hacemos mil disparates, y la Naturaleza nos los corrige. Protestamos contra sus lecciones admirables que no entendemos, y cuando queremos que nos obedezca nos coge y nos estrella, como el mar estrella a los que pretenden gobernarlo.”*⁵³⁰

Es decir, para Don Benito esa doble condición natural del matrimonio era un problema real gravísimo y demasiado extendido en la sociedad como para silenciarlo. Veremos enseguida que la gravedad aumentaba al enfrentarse a la naturaleza y religiosidad.

1.3 La naturaleza, sustrato de la espiritualidad y de la moral en Galdós.

Ya hemos indicado que el retorno a la naturaleza es un movimiento decisivo en las obras galdosianas, y que conduce a estados de espíritu saludables. Conviene ahora señalar la estrecha y necesaria relación que existe entre naturaleza, religiosidad y fe cristiana.

En diversas obras aparecen casos de desarrollo espiritual y religioso de referencia cristiana, a veces cercanos a la mística, a los que se da muy diversa valoración. Algunos se sustentan en una naturaleza personal firme y armónicamente bien trabada, en la que los valores evangélicos, por ejemplo, encuentran un fundamento real gozoso y, en consecuencia, determinan una natural vocación espiritual y religiosa. La figura más clara en este sentido es Leré (Lorenza) en *Ángel Guerra*. Así mismo: Catalina de Artal (Condesa de Halma), Nazarín, Sola (que compagina perfectamente la vocación evangélica de entrega y el amor a Salvador), Sor Simona, la religiosa Sor Eliséa y el médico Guillermo Bruno (*Amor y ciencia*), y otros.⁵³¹

Es decir, para nuestro autor, existe una posible verdadera vocación religiosa en el sentido más personal; y ésta puede llamarse también natural en cuanto que coincide con la verdad profunda del espíritu de una persona. La naturaleza proporciona entonces los medios (las fuerzas y los modos) que conducen a una integración feliz y máxima de la

⁵³⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*. Vol. II. o.c., pág. 539

⁵³¹ A este propósito escribe lúcidamente Gustavo Correa en el estudio ya citado: “*Dentro de las normas señaladas por los designios de la sabia naturaleza queda ordenado también el problema de la vocación del hombre que debe atender a las motivaciones más hondas de la persona humana. En su período de mayor espiritualización en la novela, Galdós explora la excelsitud de la vocación religiosa.*” (*Presencia de la naturaleza...* O.c. pág. 654)

fe, haciendo posible que ésta se alce –naturalmente– como línea habitual de conducta y de sentimiento, sin caer en una falsa mística o en una espiritualidad superpuesta.

Pero es cierto que la religiosidad aparece también (y más frecuentemente) con un poder de destrozo de la persona, y esto con carácter más o menos definitivo. Bien sea porque esa dimensión religiosa o creyente se ha ido incorporando a la perspectiva individual por motivos espúreos, como es el caso del misticismo de Paulita (en *La Fontana de Oro*), hasta que se descubre a sí misma –ya tarde– como mujer naturalmente enamorada, caso no tan pervertido como el de Domiciana respecto a Galán (en *Los duendes de la camarilla*); o, en definitiva, porque existe una apasionante y compleja trayectoria de la historia personal que deriva hacia la religiosidad compensatoria (la de *Ángel Guerra* y la más simple y breve de Santiago Íbero y de otros personajes). O, simplemente, por errores fatales de principio (Sor Teresa de Aransis, por ejemplo, en *Un voluntario realista*, o Sor Patrocinio de las Llagas, en *Los duendes de la camarilla*).

En ocasiones, una serie de presiones fortísimas imponen la opción pseudorreligiosa destruyendo los anhelos naturales legítimos; presiones a las que el sujeto no puede resistir (normalmente porque se aúnan ideologías religiosas inamovibles y chantajea familiares). En este último sentido los casos más hirientes dentro de la creación galdosiana son: el de Gloria y Daniel, ambos sometidos respectivamente al catolicismo cerrado y al fariseísmo judaico protagonizados por sus familias respectivas, con un final trágico; el de León Roch y la devota María Egipciaca, influida ésta por los clérigos Paoletti y Gonzaga; el de Electra, arrastrada a la vida religiosa por Pantoja y Evarista que han mezclado fanatismo religioso con intereses propios económicos y emocionales; el de Rosario y el krausista Pepe Rey, destruidos ambos por el pueblo entero de Orbajosa (antítesis de Fuenteovejuna), y el de Rosalía y Horacio Reynolds, separados también por ser el joven un excelente clérigo anglicano. No son, sin embargo, las únicas figuras que padecen tal atropello de la religión.

Tendremos ocasión de hacer algún otro análisis de todas estas figuras más adelante.

2. La conciencia moral en el hombre y en el cristiano según Galdós.

Hay escritores y obras que presentan la moralidad de los personajes o de las situaciones de manera tan laxa e intrascendente que el lector pierde de vista la norma moral y apenas acierta a distinguir entre el bien y el mal, entre lo naturalmente humano y lo inhumano o deshumanizante. Esta acusación se ha hecho a obras de la narrativa del naturalismo (a Zola o a Blasco Ibáñez, por ejemplo). Y es posible que la literatura contemporánea discorra en buena medida por este cauce. Faltas de una deontología, considerada antes bastante esencial en la producción literaria (al menos en la española), un

buen número de novelas provocan la confusión o la banalidad desde el punto de vista ético; es decir, favorecen un relativismo moral.

Creemos que no ocurre esto en Galdós.

No es que el escritor caiga en alguna forma de maniqueísmo al describir a sus héroes y narrar las tramas en las que se hallan inmersos. Muy al contrario: las existencias personales se debaten casi siempre en dramas íntimos de índole moral difíciles de resolver, y las situaciones tienen una gran complejidad en cuanto a su bondad o malicia. El bien y el mal se hallan dramáticamente entrelazados; es el testimonio de lo real.⁵³²

Cualquier vida, además, si no es dañina para los que la rodean, le merece un gran respeto. Sin embargo, no soporta la ambigüedad en el juicio de las acciones o decisiones importantes que protagonizan los personajes. En definitiva, la ambigüedad y la mentira le son intolerables: cada hecho es juzgado con el rigor de la verdad y de los valores espirituales más objetivos.

El eje de la moral es la verdad honestamente buscada y, a la vez, la voluntad libre para ejercer el bien: el reconocimiento de la verdad objetiva de sí mismo y de las situaciones, por más que se intente desfigurarlas, y la conducta consecuente (sólo *la verdad os hará libres*). Galdós hace suyo el diálogo de Víctor y Rosario, protagonistas amables de la comedia *La de San Quintín*:

“(Víctor:) Declaro la guerra a muerte a toda mentira, cualquiera que sea su valor.

(Rosario:) ¿Ama usted la verdad?.

(Víctor:) Sobre todas las cosas.

(Rosario:) ¿Y sostiene que la verdad debe imperar siempre?

(Víctor:) Siempre.

(Rosario:) ¿Aunque ocasione grandes males?

*(Víctor:) La verdad no puede ocasionar males.”*⁵³³

A partir de esa instancia lo que entra en juego en la moral es la voluntad: la capacidad libre y esforzada del ser humano para empujar la vida hacia su verdadero destino y, eventualmente, hacia su recuperación; una capacidad que —en algún grado— siempre se posee. Las hecatombes morales, igual que los grandes logros espirituales, no pueden atribuirse sólo al conjunto de circunstancias adversas o favorables. Todo el drama *Voluntad* quiere expresar esta convicción galdosiana. El realismo no es naturalismo (y a la inversa), aunque todos los procesos humanos deban ocurrir naturalmente. Si Martín Mu-

⁵³² Baste recordar a este respecto (entre tantos otros escritos) la trama moral complejísima de *Fortunata y Jacinta* en donde casi todos los personajes se debaten en el propio drama moral del bien y del mal. V. CORREA, GUSTAVO, *La presencia del bien y del mal en Fortunata y Jacinta*, (en *El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós*, o.c. pags. 96-117).

⁵³³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de San Quintín*. Acto II, escena XI. Cátedra. Madrid 2002. Pág. 168)

riel y Susana (en *El audaz*) se precipitan en el caos, si Isidora (*La desheredada*) vive y muere obsesionada por la fantasía de la herencia, es porque —en un alto grado— ellos deciden que sea así. Y cuando otra Isidora (la de *Voluntad*) triunfa y con su triunfo salva a todo el pequeño mundo que la rodea, entonces eso sucede porque tiene voluntad de hacerlo: “Sobre todo, campea mi voluntad más briosa que nunca...¡Oh! ¡Preciosa fuerza del alma! Aquí te tengo, aquí. Contigo salvaré a los míos de la miseria. Contigo he de hacer aún grandes cosas”. (Telón. Fin de la obra)⁵³⁴

En todos los escritos las actitudes y los comportamientos de cada instante (de la vida individual y colectiva de los personajes) suelen recibir con claridad el juicio de su valor moral; haciéndose relevante ese juicio tanto en los sucesos y actitudes de elevadísima categoría humana y espiritual —o cristiana—, como en la descripción de las existencias y conductas mezquinas, sutilmente perversas o culpablemente falseadas⁵³⁵. El lector sabe muy bien a qué atenerse (¡y el autor también!). Y la presencia frecuente de tipos de baja índole moral (por ejemplo, la casi totalidad de los vecinos de Ficóbriga —en *Gloria*—, los de Orbajosa —en *Doña Perfecta*—, los de Jerusa, el pueblo norteño de *El abuelo*, los que rodean a Martín Muriel en *El Audaz*—, el pequeño mundo de *La de Bringas*, el de *La segunda casaca*, los personajes secundarios agresores en una gran parte de obras teatrales), esa tipología, es una didáctica *per opositum* que ayuda a establecer el juicio moral.

En última instancia la norma de moralidad se remite también a la verdad de un Dios que sale al encuentro de la naturaleza humana, de lo más natural y beneficioso para el ser humano. Y esto se va a expresar muchas veces destacando, precisamente, la falsa utilización de ese Dios cristiano por parte de personajes que lo quieren hacer cómplice de su inmoralidad, como es, sobre todo, el caso de Doña Juana (de *Cassandra*).

Todo lo cual no supone nunca el sometimiento a una moral legalista y formal; más bien rompe con esquemas de comportamiento impuestos por el convencionalismo social, no por la conciencia y el justo criterio natural.

Tal independencia se manifiesta de manera especial —como veremos más adelante— cuando el autor trata de afrontar la validez moral de una nueva unión matrimonial; unión justificada por la violencia de la boda anterior que se impuso arbitrariamente o por un estrepitoso fracaso conyugal; y, evidentemente, por la liberación espiritual que

⁵³⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Voluntad*. Acto III, escenas VI y IX. Obras Completas. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Págs. 283 y 285

⁵³⁵ Sobre esta actitud galdosiana escribe TOVAR MARTÍN, VIRGINIA: “Bajo ferviente expresión emocional, el escritor ‘construye y destruye’ formulando puntos de vista religiosos, a veces desde la propia esfera secular, en su afán de penetrar en la verdadera conciencia religiosa para llegar, como ha sido señalado, a una valoración profunda de la existencia humana...Galdós combate el fanatismo intransigente; ausculta el interior y combate cualquier actitud con carencia de vigor espiritual.” En *La vida religiosa. Las iglesias de Madrid*, colaboración en la obra *Madrid en Galdós*. Comunidad de Madrid.. 1988, pág. 140

comporta la nueva relación de amor, ahora verdadera y sólida. Entonces –en esa situación– el cumplimiento de la legalidad no es una exigencia moral, no tiene nada que ver con la moral. Galdós no duda en reclamar para estas parejas (incluso desde el punto de vista religioso), primero, la licitud y validez del divorcio y, segundo, la bondad de la nueva unión. Se encara, entonces, a una moralidad oficial rígida y cerrada.⁵³⁶

La moral cristiana no se va a definir por el cumplimiento de preceptos formales (eclesiales) añadidos; al menos no de manera esencial. Se definirá, ante todo, por la honestidad en el cumplimiento de las responsabilidades que nos imponen las circunstancias de la vida y de la condición humana. Esto es lo que expresa con acierto el héroe anónimo Benigno Cordero: *“El cumplimiento estricto del deber en las diferentes circunstancias de la existencia es lo que hace al hombre buen cristiano...”* (texto citado antes).

537

Con estas advertencias contemplamos ahora los rasgos claros que constituyen la identidad moral más sana, humana y evangélica, en la perspectiva de Don Benito.

La moralidad de la persona (y del cristiano, en concreto), la categoría espiritual del mismo, debe incluir dos realidades que se complementan perfectamente y la definen: ante todo, una recta conciencia moral básica y seguramente evangélica, es decir: unos criterios claros sobre el bien y el mal aunando las perspectivas del orden natural o fundamental y las responsabilidades de solidaridad y pureza que dimanen de la verdadera fe en Jesucristo; y, en segundo lugar, una coherencia de tales actitudes con los comportamientos; en consecuencia, el rechazo habitual del mal y sus incentivos y el abrazo del bien, la práctica individual y social de la decencia. Conjugado todo ello con el reconocimiento humilde de la propia difícil verdad.

El principio de la conciencia lo enuncia claramente uno de los personajes más queridos del autor: Catalina de Artal, condesa de Halma. Al contarsele las habladurías de que es objeto por parte de un mundo maledicente, responde: *“Todo eso es para mí lo*

⁵³⁶ En el Episodio Nacional *La revolución de julio*, los protagonistas –Pepe Fajardo y su esposa Maria Ignacia– analizan la situación de Mita y Ley, pareja sin matrimonio, comentando la firme convicción religiosa que estos tienen (*Así verán allá que Dios mira por nosotros*): *¡Separarles a viva fuerza! Eso nunca. Sería un atentado a la moral... ¿A qué moral? ¿Hay, por ventura dos morales? Yo no sé cuántas hay, ni cuál es la mejor, en el caso de que haya más que una. Mientras esto se averigua, no atentemos a la libertad de nadie... Créeme a mí, mujer: si queremos dar con la moral y la ley, busquemoslas en nuestros corazones... ¡Pobres corazones! ¿Acertaréis a elegir el mejor camino?* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La revolución de julio*, Historia 16 /Caja Madrid. 1995, págs. 79-81) Y en el Episodio siguiente vuelve Pepe Fajardo a preguntarse: *“¿Cree usted que en la situación presente de Virginia y Leoncio (Mita y Ley) es moral y legal separarles?”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *O'Donnell*. Episodio Nacional n. 35, o.c. pág. 145)

⁵³⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional nº 19, *Los Apostólicos*, cap. I Historia 16. Caja Madrid. Madrid. 1994, pág.10. El autor asienta este principio poniendo en entredicho el consejo que da el Marqués de Ronda en *Electra*: *“Es forzoso que respetemos el orden social en que vivimos”* Acto V, escena 5)

*mismo que el ruido del viento entre las tejas de la casa... Dios conoce mi interior, y ante Él expongo mi conciencia como realmente es. Esos juicios de los hombres para mí no existen.*⁵³⁸

En cuanto a la coherencia de las actitudes, informada de humildad, podríamos citar muchas páginas de la literatura galdosiana. Baste recordar la actitud del honesto Don Manuel Flórez que rechaza de plano la fama de santo que se le atribuye:

*“Soy una pobre medianía...y, pisoteando mi orgullo, me entrego a la misericordia de mi Padre Celestial, para que haga de mi insignificancia lo que quiera... ¿Cómo llamáis santo a un hombre que se enfada, aunque no mucho, cuando alguien le molesta?... Si os apuráis mucho por lo que os estoy diciendo, os confesaré que en mi esfera que parece amplísima y es muy reducida, he hecho todo el bien que he podido, y que el mal, lo que es el mal, no lo hice nunca a nadie a sabiendas. Pero de eso a que yo sea nada menos que santo...”*⁵³⁹

2.1 La tensión dramática de la propia moralidad.

La dimensión moral válida (la bondad de la persona) está siempre por hacerse, o por abrirse paso en medio de mucha inconsciencia sobre el verdadero valor de nuestros sentimientos, de nuestras actitudes y de nuestros comportamientos. Dice el autor, atribuyendo las palabras a uno de sus personajes secundarios pero importantes, el curtido marino Ramón Lagier:

*“Nacemos como un libro en blanco, en el cual, conforme vivimos, vamos escribiendo una historia dictada por causas internas y externas, de que no sabemos darnos cuenta. Ocasión es ésta de deciros una y otra vez a ti y a tu Teresa: reconstruid vuestra persona con actos buenos, con actos independientes de los dogmas, y que arranquen de la pura conciencia.”*⁵⁴⁰

Alcanzar un nivel válido de moralidad es un logro incierto y supone al hombre aceptar una lucha interior verdaderamente dramática. Junto a algunos otros tipos, el ambiguo personaje Bueno de Guzmán (inversión de “Guzmán el Bueno”) expresa en la novela *Lo prohibido* la fácil perversión de la conciencia y la difícil coherencia con el bien intuito:

“Yo tenía buenas ideas –dice-, o, lo que es lo mismo, que yo era moral en principio. Serlo de hecho es lo difícil, que teóricamente todos lo somos (morales). Este quijotismo, esta moral de catecismo había sido uno de los principales ornatos de mi juventud, cuando la vida serena, regular, pacífica, no me había presentado ocasiones de desplegar mis energías iniciales propias... Pronto se vería quién era yo y cuál era el

⁵³⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c., págs. 153-154

⁵³⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c., págs. 199-200

⁵⁴⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de los tristes destinos*, o.c., pág. 221

valor de mi valor, o, dejando a un lado el símil, qué realidad tenían mis convicciones.”

541

El texto denota un profundo conocimiento del ser humano y de la encrucijada moral en que éste se halla. Es el tema realista que vertebra la obra transmitiendo a los lectores por un lado la crítica de la andadura amoral (más que inmoral) del protagonista, y, por otra, la amarga constatación de un problema humano demasiado frecuente y aún sin resolver: el mismo que aqueja a Rosario ante la inhumana actitud de su madre Doña Perfecta:

*“Dentro de mí una gran culebra me muerde y me envenena el corazón. ¿Qué es esto que siento? ¿Por qué no me matas, Dios mío?... Es espantoso, pero lo confieso, lo confieso a solas, a Dios, que me oye, y lo confesaré ante el sacerdote. Aborrezco a mi madre... Un impulso terrible me arroja de esta casa. Quiero huir, quiero correr fuera de aquí.”*⁵⁴²

Esa misma problemática es la que reconoce Jerónimo Ansúrez, patriarca de la familia indómitamente ibérica (los Ansúrez), presente en la cuarta serie de Episodios, ante una especie de tribunal popular que lo juzga:

“Yo quiero ser honrado, siempre lo he querido; pero ¿quién es el guapo...a ver, que salga ese guapo que ajusta y acorda el querer con el poder. Y yo digo también a los señores: el que de Vuestras Excelencias, grande o chico, sepa y pueda vivir entre tantísimas leyes divinas y humanas sin poner el dedo en la trampa de alguna de ellas para escaparse, que me tire todas las piedras que encuentre encima de la haz de la tierra.” A lo que responde la madre de Pepe Fajardo con ironía y gracia (y “con profunda convicción”, añade el texto): “Yo se las tiraría si la doctrina cristiana que profeso, sin trampa, entiéndalo, no me prohibiera descalabrar a mis semejantes.”⁵⁴³

Como no podía ser de otro modo en una pintura propia del realismo, el escritor constata lo difícil que resulta mantenerse coherente e íntegro respecto a la conciencia moral. Sin embargo, tal verificación no derivará en él hacia algún tipo de relativismo o de laxismo.

Quizás lo más dramático de la existencia moral sea la posible aceptación del mal como imperativo determinante del bien en difíciles situaciones. ¿Es posible que un mal moral pueda llegar a tener una relación intrínseca con el bien?... El autor parece plantearse esta tremenda duda al final del drama *La loca de la casa*. Sobrecoge la confesión de Victoria en respuesta a la cínica aseveración del déspota Cruz, su marido impuesto:

⁵⁴¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Lo prohibido*. Clásicos Castalia. Madrid 1971, pág. 105

⁵⁴² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Doña Perfecta*, o.c. pág. 240

⁵⁴³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Narvaez*. O.c. pág.63 Constatación parecida es la que hace el marinero Sacristá, enrolado en una guerra absurda: “Nuestras bocas gritan guerra, y nuestros corazones gritan paz.” En *La vuelta al mundo en “La Numancia”*, o.c. pág. 134

*“(Cruz:) Ni yo puedo vivir sin ella ni ella sin mí. Que lo diga, que lo confiese. (Victoria:) Lo confieso, sí. Eres el mal, y si el mal no existiera, los buenos no sabríamos qué hacer..., ni podríamos vivir. (Telón final)”*⁵⁴⁴

Conviene señalar también que nadie puede reemplazar a otro en la lucha interior de la conciencia. Es una cuestión personal desde todo punto de vista, y tampoco ningún otro puede inmiscuirse en ella, ni está autorizado para emitir un juicio (aunque pudieran existir apariencias que dan qué pensar e invitan al juicio). Por tanto, yerran grave y culpablemente Doña Perfecta y su asistente, el canónigo Don Inocencio, cuando se atreven a juzgar y condenar a Pepe Rey, dejándose llevar –malintencionadamente- de ligeras circunstancias aparentes que pudieran inculpar al joven.⁵⁴⁵ Este mismo error lo fustiga León Roch criticando la falsa honra (o la buena fama moral) que se atribuye a alguien por motivos convencionales o interesados.⁵⁴⁶ El problema moral -el nivel moral propio- es algo tan íntimo que en todo caso sólo puede confiarse a uno mismo y a Dios: *“Eso, señor mío, eso que aun de nosotras mismas quisiéramos recatar, porque el pensarlo sólo nos avergüenza; eso, a que no doy nombre, porque si lo tiene yo lo ignoro..., ya lo he dicho a Dios, único a quien debo decirlo”* (dice Lucrecia a su suegro, el Conde de Albrit).⁵⁴⁷

La intención del autor se refleja con bastante claridad en estos y otros textos del mismo tenor. La tensión moral dramática que padece el ser humano se agranda y agrava porque los incentivos del mal asedian, con enorme fuerza, desde múltiples y variados factores sociales.

“Cuando yo pensaba que en esta soledad no vendrían a turbarnos las pasiones que hemos dejado allá –dice la Condesa Halma-, resulta que la Sociedad por todas partes se filtra; cuando creíamos estar solas con Dios y nuestra conciencia, viene también el mundo, vienen también los intereses mundanos a decir: ‘Aquí estoy, aquí estamos. Si te vas al desierto, al desierto te seguiremos’.” (cita n. 548)

Catalina (Halma) está fundando una sencilla comunidad cristiana campesina en la vieja finca familiar heredada (Pedralba): un grupo de vida fraterno, trabajador, abierto a todos pero especialmente a los más pobres; apoyado en la sabiduría y santidad del presbítero Nazarín. Es decir, sin ambigüedad ni ilegitimidad algunas. Pues bien, sobre ella cae la calumnia; y todos los poderes sociales (eclesiásticos, gubernamentales, administrativos) quieren intervenir y apropiarse de esa realidad humilde orquestando un chantaje inicuo. Catalina se rebela interiormente: *“Es triste, tristísimo, que para no apa-*

⁵⁴⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La loca de la casa*. Acto IV, escena XVII. Ediciones Rueda. Madrid 2002. Pág. 126

⁵⁴⁵ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Doña Perfecta*. O.c., págs. 169 (y anteriores y siguientes).

⁵⁴⁶ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La familia de León Roch*, o.c. pág. 239

⁵⁴⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El abuelo*. Alianza Editorial. Madrid 2007, pág. 227

recer rebelde a la autoridad eclesiástica tenga que dar el golpe de gracia a un inocente y apartarlo de esta bendita vida... Aquí tienes el horroroso conflicto en que me veo. Si Dios no se digna iluminarme, no sé cómo he de resolverlo.” (cita n. 548)

La incapacidad que padecen los representantes de los factores sociales para aceptar los signos de bondad y de inocencia que se dan en otras personas es una razón honda de su perversa actuación. *“Semejante prodigio –continúa diciendo Catalina- no entra en aquellas cabezas atiborradas de política, de falsa piedad, y de una moral compuesta y bonita para uso de las familias elegantes.”*⁵⁴⁸

2.2 La talla espiritual de la persona y de su moralidad en el mundo galdosiano.

La persona alcanza su verdadera talla humana al encarnar un claro sentido del bien y del mal, siempre y cuando esa existencia ética no venga condicionada por el deseo de ofrecer –ni de ofrecerse- una imagen elevada de sí mismo. Algunos personajes claves (Rosarito en *Doña Perfecta*, por ejemplo) conciben su vida como una disyuntiva: “o todo es bueno en mí o estoy perdida”, no aciertan a soportar que yo soy esto (la bondad amante) y lo otro (el odio inevitable a la madre perversa, asesina del amor). Para Galdós esta “auto-tolerancia” de sí mismo, por dramática que sea, es condición imprescindible de salvación personal; de otra forma el ser se hunde en la culpa o en la locura (como le sucede a Rosarito al final de la novela).

El largo proceso moral de Salvador Monsalud (segunda serie de episodios) ilustra ese dolorosa y realista aceptación en uno mismo de lo positivo y lo negativo, hasta que en la balanza de su vida pesan más los valores del amor, la fidelidad y la honestidad con la conciencia.

Al mismo tiempo, lo que parece apuntar Galdós -como posible solución al drama o tensión moral- es la posesión personal de un fuerte y claro ideal de vida (no del quijotismo infundado o de simples teorías); un ideal “a pesar de de sí mismo”, capaz de determinar la rectitud moral. En este sentido surge en la creación literaria (como antítesis de los Bueno de Guzmán y de la aberrante perfección de Doña Perfecta) una serie espléndida de tipos que afrontan la vida en función de ese elevado conjunto de valores espirituales que llamamos ideal, aunque en la trayectoria de sus vidas haya situaciones íntimas deficitarias. Esos valores ideales mantenidos permiten asentar bien la propia moralidad, que en ningún caso es sinónimo de perfección moral.

Entre tales personajes significativos habría que recordar de nuevo –además de Salvador- a Gabriel de Araceli (nombre teológico y esperanzador). Inicialmente, en el Episodio *Napoleón en Chamartín*, es la figura del anciano quijotesco llamado El Gran Capitán quien alza el ideal de libertad por encima de todo, aun al precio de la sangre que va a derramar. El joven recibe de él el testigo y orienta así definitivamente su vida. En

⁵⁴⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c., págs. 315, 318 y 316 respectivamente.

este momento –no antes- deja atrás la primera juventud (los cuatro Episodios anteriores) y asume su futuro:

“¿Qué es el hombre sin ideal? Nada, absolutamente nada: cosa viva entregada a las eventualidades de los seres extraños, y que depende de todo, menos de sí misma; existencia que, como el vegetal, no puede escoger en la extensión de lo creado el lugar que más le gusta... El hombre sin ideal es como el mendigo cojo que, puesto en medio del camino, implora un día y otro la limosna del pasajero... Todos van y él se queda siempre, pues ni tiene piernas para andar, ni tampoco deseos de ir más lejos.”

549

La talla –la grandeza- de la persona se va a medir, pues, por la rectitud de la conciencia informada de valores (de ideal) y por la coherencia de su vida con éstos. Galdós quiere presentar un modelo de vida humana y cristiana que manifieste esa altura personal. A lo largo de los Episodios Nacionales nos va dejando descripciones de personajes que reúnen esta excelente condición moral; condición que constituye la base de la existencia cristiana. Así va a manifestarse en la tipología principal de casi todos sus escritos y, de una manera especial, en sus grandes héroes.

En efecto. La descripción de Sola (Soledad), por ejemplo, en el Episodio *Los Apostólicos* Y en otros de la serie) es parecida al elogio de la mujer perfecta que se hace en el libro bíblico de los *Proverbios* (31,10-20). El texto, aunque extenso, merece que lo citemos casi íntegro porque expresa de forma admirable el pensamiento moral del autor (que en este caso actúa como narrador), no exento, además, de un matiz de optimismo:

*“Su carácter, altamente dotado de cualidades de resistencia y energía, que son como el antemural que defiende al alma de los embates de la desesperación, era la causa principal de que las desgracias frecuentes no desmejorasen su persona. Por el contrario, la vida activa del corazón, determinando actividades no menos grandes en el orden físico, le había traído un desarrollo felicísimo... La madurez de juicio y la rectitud en el pensar; el don singularísimo de convertir en fáciles los quehaceres más enojosos; la disposición para el gobierno doméstico; la fuerza moral que tenía de sobra para poder darla a los demás en días de infortunio, la perfecta igualdad del ánimo en todas las ocasiones, y, finalmente, aquella manera de hacer frente a todas las cosas de la vida con serenidad digna, cristiana y sin afán, como quien la mira más bien por el lado de los deberes que por el de los derechos, hacían de ella la más hermosa figura de un tipo social que no escasea ciertamente en España, para gloria de nuestra cultura.”*⁵⁵⁰

Con idéntica perspectiva ve Gabriel (todavía muy joven) a su amada Inés, sintiéndose empequeñecido a su lado:

⁵⁴⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Napoleón en Chamartín*. Episodio Nacional n. 5 Casa Editorial Hernando. Madrid 1974, pág. 56-57 Galdós, al final de esta primera serie de Episodios, se complacerá en mostrar que la fidelidad al ideal es lo que puede conducir la existencia personal hacia una plenitud sosegada: cuando termina el último Episodio, *La batalla de los Arapiles*, nos describe el hogar fecundo, sereno, gozoso y abierto que ha formado con Inés.

⁵⁵⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los Apostólicos*, o.c. págs. 13-14

*“Todo en ella era sencillez..., semejante a una de esas figuras simbólicas, que no están representadas en ninguna parte; pero que vemos con los ojos del alma cuando las ideas, agitándose en nuestra mente, pugnan por vestirse de formas visibles en la oscura región del cerebro. Su lenguaje era también la misma sencillez; jamás decía cosa alguna que no me sorprendiese como la más clara y expresiva verdad. Sus razones, trayéndome al sentido equitativo y templado de todas las cosas, daban a mi entendimiento un descanso, un aplomo, de que carecía obrando por mí mismo. Puedo decir, comparando mi espíritu con el de Inés, y escudriñando la radical diferencia entre uno y otro, que el de ella tenía un centro y el mío no.”*⁵⁵¹

Juicios semejantes son los que se hacen de Agustín Montoria en el Episodio *Zaragoza*; y, en *Los Ayacuchos*, los que se dirigen a Demetria, por una parte, y al preceptor de las princesas, Agustín Argüelles, por otra. Así mismo, el juicio del militar carlista Montes de Oca, admirado por el también militar (pero isabelino) Santiago Íbero (en el episodio *Montes de Oca*), etc. A Galdós le parece más importante la entrega honrada a un ideal dotado de altos valores, que el hecho de la coincidencia o diferencia en la filiación política o religiosa de esa persona respecto a otras.⁵⁵²

Es notable la descripción del personaje Donoso en *Torquemada en la cruz*, antes de que el lector lo conozca mejor y pueda atemperar un poco el elogio: *“Conocerá usted a un hombre muy severo de principios, recto como los caminos de Dios, veraz como el Evangelio, y de trato exquisito sin zalamerías, ese trato que ya se va perdiendo, la finura unida a la dignidad y al sentimiento justo de la distancia que debe guardarse siempre entre las personas.”*⁵⁵³ (¿En quién pensaría Don Benito al diseñar este ideal secular de perfección humana y cristiana? ¿Quizás en su propia trayectoria personal?).

Y optando por el recurso literario de la acción (más que por el de la descripción), en el Episodio *Vergara*, se exalta la excepcional fidelidad a la conciencia moral en Fernando Calpena, elevando al máximo la talla humana de éste cuando —a pesar de un enorme desgarró interior— acepta incondicionalmente las renunciaciones que la conciencia le impone (la renuncia a Aura y a su sueño de felicidad con ella) y no sólo deja abierto el camino al bilbaíno Zoilo (con quien Aura se ha casado en extrañas circunstancias), sino

⁵⁵¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La Corte de Carlos IV*. O.c., págs. 25-26

⁵⁵² V. B.P. Galdós: *Zaragoza*, o.c. pág.23; *Los Ayacuchos*, o.c., pág.77 y pág. 12 respectivamente; *Montes de Oca*, o.c., págs. 179-180 Y refiriéndose al personaje El Gran Capitán (*Napoleón en Chamartín*) Diane F. UREY escribe: *Mucho más temible que las descomedidas amenazas a la vida temporal es el abismo en que se puede hundir el alma si pierde el ideal, o si deja de buscarlo...El Gran Capitán lucha y muere “no por conquistar un pedazo de tierra, ni por un cacho de pan, ni por una baja ambición, sino por lo que trasciende todo lo personal y lo material, la libertad de la Patria” (¿Qué es el hombre sin ideal? Cervantes, Galdós y la lucha del ser. Actas de VIII Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 2005 Cabildo de Gran Canaria. págs. 313-314)*

⁵⁵³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada en la cruz*. Alianza Editorial. Madrid 2008, pág. 121

que cuida de la seguridad de este sujeto, le impulsa a que corra hacia la esposa y gane plenamente su amor, y aún más, entabla una honda amistad con él... Estamos, sin duda, ante uno de los cantos espléndidos a la conciencia humana y cristiana que eleva el autor a lo largo de toda su creación (con cierto parecido al que entona Edmond Rostand en su *Cyrano de Bergerac*). Consumado el gesto de fidelidad y generosidad, escribe el narrador, refiriéndose a Fernando: “Al partir sintió la tristeza que acompaña al acto de enterrar un muerto querido. Sobre una parte principalísima de su existencia ponía la losa con epitafio harto breve: ‘Aquí yace...’”⁵⁵⁴ Es el triunfo de la conciencia recta. Muy parecido también al que veremos y escucharemos en boca de Benigno Cordero (cuando abordemos enseguida la teología del amor).⁵⁵⁵

Este ideal, cuajado de valores y, a la vez, dotado de realismo, es el que propone Isidora a un Alejandro frustrado y a punto de hundirse moralmente, al final del drama *Voluntad*:

*“Reconoce que es mucho más bello que tu idealismo el luchar sano de la vida, la vida, ¡ay!, con sus alegrías y sus desmayos, con el temor, la esperanza, la duda, la fe; con el sacrificio, que ennoblece nuestra alma, y el amor; que la inunda de gozo; con la amistad, con la familia, con Dios, que nos ama, nos guía, y mandándonos esperar, nos espera.”*⁵⁵⁶

2.3 Sobre los procesos de formación moral en la visión de Galdós.

Toda la producción galdosiana tiene –como ya indicamos– un fuerte carácter pedagógico. Es una pedagogía para españoles, quizás con vigencia perenne. Y dentro de tal pedagogía la educación de la conciencia ocupa un lugar prioritario. La recuperación de la moral perdida (o la consolidación de la conciencia recta) es la responsabilidad más grave del hombre.

Don Benito, testigo de un mundo en quiebra moral, muestra en sus obras una apremiante preocupación reeducadora o regeneradora de las situaciones de inmoralidad, deseando ver alzarse en este país un ser humano distinto, nuevo, probablemente cercano al perfil del “hombre nuevo” diseñado por San Pablo (aunque no llegue a la cualificación sobrenatural de éste).

Los más admirados personajes reflexionan –o actúan– con esa perspectiva.

Inés (maltratada antes por su padre biológico Luis Santorcaz) encarna el principio fundamental cristiano que debe aplicarse en el proceso de la regeneración moral de otra persona: creer en su bondad oculta y despertarle la autoestima a través del amor tierno que se le ofrece, sobreseyendo radicalmente la maldad pasada, liberando de tal peso

⁵⁵⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Vergara*, o.c., págs. 91-92, y 199

⁵⁵⁵ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO: respecto a Benigno Cordero, *Un faccioso más y algunos frailes menos*, o.c., págs. 134-135

⁵⁵⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Voluntad*. Acto III, escena VIII. Obras Completas. Aguilar. Madrid 2005. pág. 284

con el perdón absoluto. Esa actitud se convierte en un lugar teológico; quizá en el único lugar posible para el ser que emerge penosamente de la inmoralidad al final de su vida.

“Dime que soy bueno –le suplica Santorcaz-, dime que no soy un malvado y te lo agradeceré más que si me vinieras a llamar de parte de Dios. Si tú me dices que soy un hombre bueno, que no soy malo, tendré por embusteros a los que se empeñan en llamarme malvado.

–¿Quién duda que eres bueno?...

Y continúa el anciano: *Trae acá esa preciosa cabeza que adoro. No es una cabeza de mujer, es de ángel. Por tus ojos mira Dios a la tierra y a los hombres, satisfecho de su obra.”*⁵⁵⁷

El texto –de admirable y bella profundidad a nuestro juicio- recuerda la última y magnífica escena del film *Pena de muerte* (T. Robbins), tal vez una de las producciones cinematográficas de mayor sentido cristiano, cuando el asesino y violador, a punto de ser ejecutado, exclama: “Hasta ahora nadie me había llamado hijo de Dios”.

Es posible que sea este tipo de vivencia lo que lleve al personaje Máximo Manso, profesor de filosofía, a advertir a sus discípulos que para desarrollar una conciencia moral recta, operativa y de signo cristiano sirve muy poco la teoría; que es preciso encarar con acierto las experiencias personales de lucha interior. *“En la esfera moral –dice- la experiencia ha hecho más adeptos que los sermones, y la desgracia, más cristianos que el Catecismo.”*⁵⁵⁸

Lo que está claro es que los errores morales sólo se salvan (o comienzan a ser salvados) si se reconocen y confiesan. El sacerdote Pedro Polo tiene muy difícil su recuperación espiritual: está demasiado hundido en su pecado, posee un carácter soberbio, dominador, terriblemente sensual, y se halla cegado por la pasión. No obstante, el escritor aviva en los lectores la expectativa de la salvación del personaje cuando por primera vez éste reconoce su gravísima situación interior:

*“Mientras fui hipócrita y religioso histrión, no tuve ni pizca de fe. Después que arrojé la careta, creo más en Dios, porque mi conciencia alborotada me lo revela más que mi conciencia pacífica. Antes predicaba sobre el Infierno sin creer en él; ahora que no lo nombro, me parece que, si no existe, Dios tiene que hacerlo expresamente para mí. No, no.; yo no soy bueno... Yo recojo para mí toda la culpa..., porque engañé a Dios y a los hombres.”*⁵⁵⁹

Con cierta ironía describe el autor el examen de conciencia y la confesión que hace el ingenuo y aún pretencioso caballero Wifredo, a requerimiento de los acertados

⁵⁵⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La batalla de los Arapiles*. Episodio Nacional n. 10. Alianza Editorial. Madrid 1998. págs. 187-188

⁵⁵⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El amigo Manso*, o.c., pág. 32

⁵⁵⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tormento*, o.c., pág. 222

consejos que le ha dado el sacerdote Pedro Vela, buen amigo suyo y pastor. Esta revisión de vida moral la plantea el curioso personaje como un “*arreglo de su conciencia*”, dividiéndola en dos partes que titula significativamente “*Peccata*” y “*Tristitia*”. Ocupa buena parte del capítulo XV del Episodio *España sin rey*.⁵⁶⁰

Sin ironía alguna y con rotunda claridad Galdós expresa que, en un momento dado, el hombre caído moralmente necesita convertirse. Y la conversión significa en ese caso tocar el fondo oscuro de sí mismo, aceptar una desgarradora crisis espiritual, ver sin engaño la propia degradación a la que se ha llegado, incluso temblar ante un Dios que todavía no es conocido y al que se ve afrontado. Es extraordinaria –literaria, psicológica y espiritualmente– la descripción que se hace de la crisis en la que entra, también al final de su existencia, Fernando “*Garrote*”, padre a la vez de Carlos Navarro y de Salvador Monsalud. Pocas veces se encuentra un análisis narrativo tan agudo del caos moral de una vida, de un caos del que el protagonista quiere huir desesperadamente y no puede.⁵⁶¹

A partir del reconocimiento de su grave desorden, la persona tiene que comprometerse a efectuar un cambio radical, a realizar el esfuerzo serio de un corte radical con la situación deplorable en que se halla. Esto es lo que exige a Polo el sabio presbítero Padre Nones:

“Dos males veo en ti: el pecado enorme y la enfermedad del ánimo que has contraído por él. El uno daña la conciencia; el otro; la salud. A entrambos hay que atacar con medicina fuerte y sencilla. Sí, Perico, sí. Es indispensable cortar por lo sano, buscar el daño en su raíz, y ¡zas!..., echarlo fuera. Si no, estás perdido. ¿Qué esto te dará un gran dolor?... Pues no hay más remedio que sufrirlo.... Con que, amigo, fastidiarse, resignarse y volverse a fastidiar y a resignar... Luego vendrán los días a cicatrizar te.”

⁵⁶²

El debate interior del hundido sacerdote Pedro Polo continuará hasta el final de la novela.

La tarea de restauración interior del alma tiene con frecuencia en la obra de Galdós el tono de un esfuerzo épico y largo. Diego Ansúrez, el aventurero hijo de Jerónimo, lo expresa muy bien resumiendo concisamente su vida: “*Lo que yo he visto y aprendido es que cuando a uno se le pierde el alma, tiene que dar la vuelta al mundo pa-*

⁵⁶⁰ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *España sin rey*. Episodio Nacional n. 41. Historia 16-Caja de Madrid. 1996. Págs. 107 y ss.

⁵⁶¹ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El equipaje del rey José*. Episodio Nacional n. 11. Historia 16-Caja de Madrid. 1993, págs. 115-117

⁵⁶² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tormento*. O.c., págs. 136-137

ra encontrarla.”⁵⁶³ Son las tres líneas con las que el autor finaliza el sabroso Episodio Nacional *La vuelta al mundo en La Numancia*.

Aunque el tema de la infancia no es frecuente en la creación galdosiana, hay una referencia importante al valor moral que significa el niño en sí mismo como factor de redención para el adulto, como llamamiento a una conversión que nos es necesaria, y como esperanza de una generación moralmente más sana. Con estas perspectivas se expresa La Madre (la encarnación de la historia de España) en una de las visiones que tiene Tarsis, contemplando ambos a los niños de la pobre escuela de Calatañazor: “Yo puedo mucho contra mis hombres (los españoles); contra los niños de mis hombres, o sea de mis hijos, no puedo nada... Los niños mandan. Son la generación que ha de venir; son mi salud futura, son mi fuerza de mañana.”⁵⁶⁴ Y esta visión alcanza su cenit de agudeza en la vivencia definitiva que determina la vida moral de Guillermo, cuando éste encuentra un niño abandonado (“escuálido, desnudo, hambriento”) y lo toma en sus brazos: “Lo mismo fue tenerle entre mis manos, que sentirme inundado de piedad y disiparse, como de milagro, todo aquel furor de suicida que llevaba al salir de mi casa.”⁵⁶⁵

En fin, en última instancia (o tal vez en primera y sobre la marcha) el camino de la formación o recuperación de la recta moralidad pasa –para el creyente– por la oración de súplica al Señor. Los mejores cristianos del mundo galdosiano, como Halma, Electra, Sola, la reina Juana de Castilla, etc. piden a Dios que ilumine su conciencia en las situaciones de conflicto interior. Benigno Cordero, hombre bueno por excelencia, hace esta oración: “Bendigamos a Dios y pidámosle luces para acertar a hacer el bien que aún no hemos hecho, y que es a manera de una sagrada deuda pendiente con la sociedad, con la conciencia”.⁵⁶⁶ Catalina –la Condesa Halma– reorienta su crisis espiritual con fe: “El Señor me dirá lo que tengo que hacer, el Señor no ha de dejarme indefensa y vacilante en medio de este conflicto.”⁵⁶⁷ Y sin la referencia expresa a Dios (aunque sí implícita), el capitán de navío Lagier, aconsejando a Teresa y a Santiago como verdadero guía espiritual de ambos, afirma con un discurso hermoso su fe en la influencia de buenos espíritus que vienen a apoyar nuestra lucha por la bondad.⁵⁶⁸

⁵⁶³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La vuelta al mundo en La Numancia*, o.c., pág. 220

⁵⁶⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El caballero encantado*, o.c., pág. 234

⁵⁶⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Amor y ciencia*, Acto IV, escena XI. Obras Completas Ed. Aguilar. Tomo VI, págs. 631-- 632 En contextos diferentes aparecen también niños que constituyen un grito contra la honestidad perdida de los adultos; por ejemplo en las novelas *Miau* (el niño Luis, o Cadalsito), *El doctor Centeno* (Celipin y los alumnos de la escuela de Pedro Polo), *Marianela*...

⁵⁶⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los apostólicos*, o.c., pág. 26

⁵⁶⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c. pág. 320.

⁵⁶⁸ “En nuestra conducta influyen de un modo misterioso seres inteligentes e invisibles. Pon atención a lo que esos seres te digan... Los buenos espíritus vendrán a ti sin que tú los llames... En tus soledades y tristezas vuelve los ojos al mar, si tienes ocasión de verlo, y al cielo; ellos te darán la impresión de lo infinito. Ante lo infinito, eleva tu conciencia, y Dios será contigo.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de los tristes destinos*, o.c., pág. 221.

2.4 Honor y moral en la obra de Galdós.

La cuestión de la moralidad personal ha tenido –y tiene aún– una relación estrecha con la connotación que recibe públicamente, en la vida social, bajo el aspecto de honor o de honra. Este asunto ha sido objeto de controversia y de tratamiento literario durante siglos.

Honra u honor es el atributo de dignidad que se confiere a una persona; en principio, por razón de sus valores y derechos inalienables; de forma secundaria o accidental, aunque con frecuencia predominante, también en razón de la extracción social del individuo, o por sus comportamientos públicos (sin tener en cuenta el fondo de valores y de derechos que realmente posee).

Ocurría –y tal vez ocurre todavía– que al negar a una persona la misma dignidad que a las demás, su derecho de libre decisión, su igualdad de oportunidades, etc., lo que se estaba haciendo era considerarla como un ser amoral y sin honra.

La dramaturgia del siglo XVII (la de Calderón y Lope, especialmente) intentó devolver la honra, el derecho al honor inviolable a las clases sociales que habían sido privadas de ella o que nunca la habían tenido. El hombre (toda persona, sin exclusión) tiene derecho absoluto a ser estimado en su dignidad y por sus valores internos, y, en consecuencia, a ser visto, tratado y respetado de este modo.

La relación inmediata entre honra pública y derecho a la misma, se verifica en la práctica cuando la persona muestra haber adquirido un conjunto de verdaderos valores morales indispensables: la justicia en el trato con los demás, una bondad suficiente, la veracidad de su palabra, la consideración de igual valía para todos los seres, etc.

Sin embargo, sucede también que la sociedad añade y exige un marco de comportamientos formales que, con independencia de los valores personales internos apenas considerados, se presentan como condición *sine qua non* para recibir la honra.

Este imperativo puede falsear fácilmente la moral personal, sustituyéndola por una superficial moralidad pública. Para bastantes personas este juicio público resulta de la mayor importancia –es lo principal– y llega a justificar verdaderas inmoralidades que se ocultan (o conviene ignorar). Sobre esta moral social o pública se expresa Pepe Fajardo (Marqués de Beramendi) que es un buen crítico de la situación: *“Toda la moral que viene de arriba (del poder establecido), en cuanto toca al suelo, queda reducida a un Prontuario de reglas prácticas para uso de las personas pudientes... Elevémonos un poco sobre estos absurdos.”*⁵⁶⁹ El juicio puede ser excesivo y remite quizás a dolorosas experiencias del autor a lo largo de su vida.

⁵⁶⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *O, Donnell*. O.c. pág. 145

El tema presenta, sin duda, una dinámica compleja y sutil, pero, en cualquier caso, tiene una gran repercusión en la existencia individual y colectiva. Por eso era de esperar que apareciera y se tratara con detenimiento en una creación literaria tan realista y aguda como la de Galdós. Efectivamente así es.

Todos los aspectos del análisis breve que acabamos de hacer están presentes en gran parte de la narrativa y del teatro galdosiano. Por ejemplo: Martín F. Muriel, anti-héroe protagonista de la novela *El Audaz. Historia de un radical de antaño*, una de las primeras obras, tiene que enfrentarse (a veces trágicamente) durante toda la narración a la moral pública que lo juzga y condena sin mostrar el menor interés por conocer y valorar la verdadera índole moral del joven, muy alta por cierto. En esta novela la Inquisición eclesiástica es cómplice del juicio indigno y falso que se vierte sobre el personaje.

Algo semejante ocurre a Máximo, en *Electra*, a Víctor, en *La de San Quintín*, a Pepe Rey, en *Doña Perfecta*, etc. Y esa moral pública farisaica es la que denuncia León Roch hablando a su suegro:

*“Su casa de usted no tiene ya honra, a no ser que demos a las palabras un valor convencional y ficticio. La honra verdadera no consiste en formulillas que se dicen a cada paso para escuchar debilidades y miserias; se funda en las acciones nobles, en la conducta juiciosa y prudente, en el orden doméstico, en la verdad de las palabras.”*⁵⁷⁰

Pero en el drama *Bárbara* (que, en realidad, constituye una tragedia) el concepto de honor viene íntimamente unido por Leonardo a la rectitud de conciencia, a la moralidad justa e irrenunciable; es decir, a la recuperación de la moral. A la crítica que le hace la amante y desesperada Bárbara (“Ya olvidaba que eres español, de esa raza de hidalgos extravagantes...”) responde: “Caballero soy, caballero cristiano, y como caballero y como cristiano he de restablecer en el altar de mi alma lo que villanamente arrojé de él: el Honor y la Fe.”⁵⁷¹

3. Opción cristiana por la libertad (interior y de comportamiento) en el pensamiento de Galdós.

El extraordinario contemplador de los seres humanos que es Don Benito defiende ante todo y apoya incondicionalmente la libertad de la persona y su voluntad de ser li-

⁵⁷⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La familia de León Roch*. O.c., pág. 239. Esa moralidad pública falseada es la que enuncia el canónigo Don Inocencio en *Doña Perfecta* y la que llevará al asesinato de Pepe Rey: “Aquí nos miramos mucho. Reparamos todo lo que hacen los vecinos, y con tal sistema de vigilancia, la moral pública se sostiene a conveniente altura.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Doña Perfecta*. O.c., pág. 169)

⁵⁷¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Bárbara*. Acto II, escena X, o.c., pág. 195

bre. Hace suyo por completo el pensamiento de la joven Tristana cuando ésta se debate en la dialéctica entre el amor y la libertad.

*“Yo te quiero y te querré siempre; pero deseo ser libre. Por eso ambiciono un medio de vivir; cosa difícil ¿verdad?... Si encuentro mi manera de vivir, viviré sola. ¡Viva la independencia! Creo que has de quererme menos si me haces tu esclava; creo que te querré poco si te meto en un puño. Libertad honrada es mi tema... o si quieres mi dogma. Ya sé que es difícil, muy difícil.”*⁵⁷²

En realidad la mayoría de personajes centrales y decisivos del autor son personas admirablemente libres; libres frente a los imperativos interiores (sobre todo si estos se han forjado desde fuera de uno mismo), y libres frente a las presiones externas. Es la libertad de Leo y Mita, de Inés (ante la familia Requejo), de Demetria y de Sola, de Salvador, de Electra, de Fortunata, de Lucila, de Teresa Villaescusa y Santiago Íbero hijo, de Halma, Nazarín y Ángel Guerra, de Benina, de Clara y de Lázaro (sometidos a la tiranía de Elías Orejón y de las Porreño en *La Fontana de Oro*), de Horacio Reynolds, etc., etc. De algún modo es la libertad que quiere mantener el provinciano asentado en Madrid, Bruno Carrasco, frente a la posibilidad de aceptar un empleo fruto de la corrupción administrativa (defendiéndose, además, de la presión que recibe de su mujer Leandra): *“Yo no puedo vender mi alma, y mi alma es la Libertad”*⁵⁷³.

Pero conseguir esa doble dimensión de la libertad –interna y externa-, frente a la poderosa presión de los condicionamientos familiares y sociales, era una tarea muy ardua a la altura del siglo XIX, una tarea casi imposible para la mujer. El escritor pone en boca de Saturna (la gobernanta de la casa del Don Lope, de *Tristana*) esta amarga reflexión:

*“Libertad. Tiene razón la señorita (Tristana), libertad, aunque esta palabra no suena bien en boca de mujeres. ¿Sabe la señorita cómo llaman a las que sacan los pies del plato? Pues las llaman, por buen nombre, libres. Por consiguiente, si ha de haber un poco de reputación, es preciso que haya dos pocos de esclavitud. Si tuviéramos oficios y carreras las mujeres, como los tienen esos bergantes de hombres, anda con Dios. Pero, fijarse, sólo tres carreras pueden seguir las que visten faldas: o casarse, que carrera es, o el teatro..., vamos, ser cómica, que es buen modo de vivir, o..., no quiero nombrar lo otro. Figúreselo.”*⁵⁷⁴

Sin embargo –sigue pensando el autor-, incluso en tal situación va a ser preciso optar por la libertad en todos sus sentidos esenciales.

⁵⁷² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tristana*. Cátedra. Madrid 2010. Págs. 182 y 187

⁵⁷³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Bodas reales*, o.c. pág. 73

⁵⁷⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tristana*, o.c. págs. 138-139

Estamos en los años en que Fernando de Castro, Rector de la Universidad de Madrid y referencia para Galdós, acaba de fundar la Asociación para la Enseñanza de la Mujer.⁵⁷⁵

Como vemos, al hablar de libertad el punto de mira del problema se centra especialmente en la libertad de la mujer. Una gran mayoría de mujeres del mundo galdosiano no son libres; y no lo son incluso para tomar las decisiones más graves de su vida. Ésa es la tragedia de Gloria, de Amparo (*Tormento*), de Isidora (*La desheredada*), de Inés, de Fortunata y de Jacinta, de Electra (*Casandra*), de Bárbara, de Mariucha, sobre todo de Rosario (la de *Doña Perfecta*), de Rosalía, de Clara (en *La Fontana de Oro*), la de Isidora (en la obra teatral póstuma *Antón Caballero*), de Donata (*Carlos VI en La Rápita*), Lucila (cuarta serie de Episodios), Victoria (*La loca de la casa*), etc., etc.... Puede afirmarse que toda la literatura galdosiana es un grito –un clamor– contra la esclavitud de la mujer.

La novela *Tristana* puede entenderse como una de las defensas más emblemáticas de la autonomía de toda persona, por su fuerte carácter representativo de la lucha por la libertad en la creación galdosiana. Pero es, sobre todo, el más encendido alegato a favor de la libertad de la mujer. Un impresionante canto de cisne feminista y un grito de condena del machismo ancestral; aunque finalice de un modo dramático (o, mejor, trágico) con el sometimiento final de Tristana, ya invalida, a la voluntad del cruel y degenerado Don Lope (que, encima, se cree convertido). Poco antes la joven aún ha tenido valor para escribir:

*“No sabré amar por obligación; sólo en la libertad comprendo mi fe constante y mi adhesión sin límites. Protesto, me da la gana de protestar contra los hombres, que se han cogido todo el mundo por suyo, y no nos han dejado a nosotras más que las veredas estrechitas por donde ellos no saben andar.”*⁵⁷⁶

Éste es, pues, un tema transversal que discurre amargamente a lo largo de toda la copiosa producción. El recurso literario consiste en ofrecer (en la narrativa) tramas lacerantes de opresión que conducen al lector a un rechazo absoluto de las mismas; es decir, al rechazo de los personajes y de los procedimientos que de forma inicua privan de libertad a otros, y al rechazo de cualquier forma de esclavitud de la mujer. Inés encadenada a los Requejo, Gloria dominada por los Lantigua, Marianela cenicienta de la familia

⁵⁷⁵ Fernando de Castro, krausista, crea en 1869 tres centros de promoción femenina universitaria: la Academia de Conferencias y Lecturas Públicas para la Educación de la Mujer, el Ateneo Artístico y Literario de Señoras y la Escuela de Institutrices; en 1871 funda la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, en cuyo ámbito se erigen la Escuela de Comercio para Señoras (1878), la Escuela femenina de Correos y Telégrafos (1884), la Escuela de Bibliotecarias y Archiveras (1895) y la Escuela de Mecanógrafas (1909). La novela *Tristana* se escribe en 1892. Sobre la figura y la obra de Fernando de Castro: v. *Fernando de Castro y su legado intelectual*. Fundación Fernando de Castro. Fundación Beneficentia et Peritia Iuris. Madrid 2001. Puede verse también: CHACON GODAS, RAMÓN, *Don Fernando de Castro. El problema del catolicismo liberal español*. Fundación Fernando de Castro (A.E.M.) y Fundación Diego de Sagredo. Madrid 2006

⁵⁷⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tristana*, o.c. pág. 206

Centeno, Amparo sometida a Pedro Polo, Rosario víctima de *Doña Perfecta*, Asunción y Presentación (en el Episodio *Cádiz*) bajo la tiranía de su madre María Rumblar, Casandra, Bárbara,... todas ellas padecen opresión insuperable, son personas privadas absolutamente de libertad de movimiento, aunque se mantengan libres en su interior; a no ser que al final terminen por sucumbir a esas presiones y renuncien fatalmente a su libre determinación, como les ocurre a Bárbara, a Tristana o a Gloria. Ése es el punto álgido de la dramática existencial que describe el autor.⁵⁷⁷

La fe en la libertad tiene una semejanza con la fe religiosa o, tal vez mejor, cristiana. El inocente y justo Lázaro replica a su tío Elías (que es la antítesis de la libertad): *“Cuando yo no crea en la libertad, no creeré en nada, y seré el más despreciable de los hombres. Yo creo en la libertad que está en mi naturaleza, para que la manifieste en los actos particulares de mi vida.”* En consecuencia, el derecho a la libertad es sagrado y está por encima de los inconvenientes que traiga su uso.

*“Más vale que tengan libertad ciento que no la comprenden, que la pierda uno solo que conoce su valor –dice, por su parte, el militar Claudio en la misma obra La Fontana de Oro-. Los males que con ella pudieran ocasionar los ignorantes son inferiores al inmenso bien que un solo hombre ilustrado puede hacer con ella. No privemos de la libertad a un discreto por quitársela a cien imprudentes.”*⁵⁷⁸

En cualquier caso, el logro personal de la libertad es visto como tarea irrenunciable en dos sentidos: para la construcción del propio ser (en sí mismo y mediante la adquisición de competencias sociales) y como fundamento necesario para la instauración de una estructura liberal justa en la sociedad. Esta actitud frente a las opresiones que pesan sobre el individuo tiene una estrecha relación con las propuestas del catolicismo liberal tal como lo entendían los ideólogos cristianos del krausismo: la identidad cristiana conlleva la defensa de la libertad interior de la persona y el esfuerzo por lograr para la humanidad las libertades personales.

⁵⁷⁷ *“Obligadas por el rigor de mi madre –dice Asunción, en Cádiz- trabajan las manos, pero no el entendimiento; reza la boca, pero no el alma; se ciegan y abaten los ojos, pero no el espíritu... Nuestro entendimiento, nuestra voluntad no podía apartarse ni un tanto así del camino que se les había trazado: a mí el camino del monjío, a Presentación, el camino de no ser nada. ¡Ay, qué niñez tan triste! No nos atrevíamos a decir, ni a desear, ni siquiera a pensar cosa alguna que antes no estuviera previsto e indicado por mamá. No respirábamos en su presencia, y nos infundían tanto, tanto pavor sus mandatos y reprimendas, que nos era imposible vivir.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cádiz*, o.c., pág. 192). El texto significa una síntesis del amplio y reiterado pensamiento del autor acerca de la falta de libertad impuesta a la mujer.

⁵⁷⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La Fontana de Oro*. (Alianza Editorial. Biblioteca Pérez Galdós. Madrid 2007, págs. 186 y 45) Esta concepción dramática de la libertad, netamente cristiana, sería la que desarrolla admirablemente F. DOSTOIEVSKI en el tremendo alegato de *El Gran Inquisidor* (1880): Cristo se negó a vender la libertad del hombre, aun a costa del miedo a la libertad que padece el ser humano.

Es claro para Galdós que esta libertad –en su sentido puro y pacífico- es una pasión evangélica, forma parte radical del perfil cristiano, coherente con la afirmación paulina de la Carta a los Gálatas (*Para ser libres nos libertó Cristo. Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud. Gal. 5, 1-2*). De nuevo en el admirable Episodio Nacional *El terror de 1824* el escritor hace suyo el pensamiento teológico del maestro Patricio Sarmiento, cuando se defiende ante los jueces que lo juzgan por liberal con palabras que evocan también las de Don Quijote a los galeotes:

*“Soledad y yo nos declaramos reos de amor a la libertad”... “No siento odio contra nadie, absolutamente contra nadie. A todos les perdono de corazón, y, si de algo valen las preces de un escogido como yo, he de alcanzar del Altísimo que ilumine a los extraviados para que muden de conducta, trocando sus ideas absolutistas por el culto puro de la libertad”. “Señor, tú que me conoces sabes que te adoro...Sabes que la idea de la libertad enviada por ti para que la difundiéramos fue mi norte y mi guía. Sabes que por ella vivo y por ella muero.”*⁵⁷⁹

Todo ello aunque, en ocasiones, la opción y el canto a la libertad caigan en el idealismo romántico exaltado que evocan los versos de Espronceda *“Que es mi Dios la libertad, mi ley, la fuerza y el viento; mi única patria, la mar”*; idealismo que encontrará siempre el contrapunto de un pensamiento sereno y realista.⁵⁸⁰

4. Ética de la pobreza y liberación interior.

Es indudable que la pedagogía de la libertad interior implica la propia independencia respecto a la obsesión de poseer bienes materiales. Esta dinámica liberadora es una terapia en el proceso de la maduración de la persona y del logro de la libertad, casi más que una virtud evangélica. O, en todo caso, es virtud –es ética cristiana- porque resulta imprescindible para la felicidad auténtica y para el mantenimiento de la fe.

En este sentido abrazan la pobreza los grandes místicos galdosianos: Nazarín, Catalina de Artal (Halma), Ángel Guerra, Benina, Leré... Esta última hace el elogio más extraordinario de la pobreza como filosofía y teología fundamental:

“A mí, si me dan a escoger, me quedo con la pobreza. No poseo nada, ni nada quiero poseer. La propiedad me quema las manos, y la idea de ‘mío’ me la borro, me la su-

⁵⁷⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*, o.c. págs. 144. 202 y 216 respectivamente.

⁵⁸⁰ En la comedia *La de San Quintín*: “(Victor:) *Mi único consuelo es lanzarme por el espacio infinito hacia la región de lo ideal, del pensar libre y sin ninguna traba. Delirando a mi antojo, construyo mi vida conforme a mis deseos; no soy lo que quieren los demás, sino lo que yo quiero ser. No me importan las leyes porque allí las hago todas a mi gusto... Soy rey, semidios, dios entero. (Rosario:) Basta. Eso me recuerda a mi niñez, cuando jugaba yo a los disparates.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de San Quintín*. Acto II, escena IX. O.c. pág. 165)

*primo de la mente, porque esa idea, créame usted, suele ocupar mucho espacio y no deja lugar a otras, que nos convienen más... Sólo Dios es dueño de todas las cosas. A él pertenezco, y nada me pertenece.”*⁵⁸¹

Pero es Nazarín quien eleva la pobreza a la altura de una condición esencial para su seguimiento personal de Jesús y del Evangelio:

*“Es condición mía esencialísima la pobreza, y si me lo permiten les diré que el no poseer es mi suprema aspiración. Así como otros son felices en sueños, soñando que adquieren riquezas, mi felicidad consiste en soñar la pobreza... Presumo que no me entienden ustedes o que me miran con lástima piadosa.”*⁵⁸²

Efectivamente, sin los presupuestos absolutamente cristianos de los que parte el personaje es muy difícil llegar a entenderlo; como fue difícil entender al Pobre de Asís y, en definitiva, al mismo Jesús.

Sin embargo, Galdós sí parece al menos intuir las razones hondas de todos ellos. El testimonio existencial de estos personajes a lo largo de cada una de sus tramas, con el mismo tono franciscano o evangélico, confirma la seriedad que se confiere a esa ética cristiana de la pobreza.

Mariucha, personaje emblemático con perspectiva algo más pragmática, que está resolviendo la situación de pobreza vergonzante en que han venido a caer sus padres, se enfrenta al poder del dinero (aunque éste haya sido laboriosamente adquirido) en estos términos:

*“Dinero de mi pobreza, ya estamos aquí frente a frente tú y yo... ¿Qué quieres decirme al venir a mí? Que desde que te inventaron los hombres eres muy malo, que revuelves todo el mundo y originas infinitos desastres... ¡Ah!, ya veremos eso. Conmigo no juegas. ¡No sabes tú en qué manos has venido a parar!”*⁵⁸³

La protagonista del drama afronta con elegancia y paz la pobreza familiar, lucha para que todos sobrevivan a pesar de tal situación, pero no permite que la mejora de las condiciones económicas (cuando ésta llega) les envuelva en la espiral de la posesión y la riqueza.

No parece de más advertir que la opción por la pobreza y la simplicidad de vida no tienen nada que ver con la tacañería y la mezquindad, fruto de la avaricia, que son la

⁵⁸¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II*, o.c., pág. 331

⁵⁸² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*, o.c., págs. 30-31

⁵⁸³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Mariucha. Acto II, escena VI*. Obras Completas de Galdós. Ed. Aguilar, Tomo VI. Madrid 2005, pág. 491

pauta existencial de Francisco Torquemada a lo largo de las cuatro novelas de la serie. Tampoco coinciden necesariamente con las estrecheces económicas cuando éstas son vividas con amargura y enfado a causa del descenso de categoría social que provocan; ésa es, por ejemplo, la pobreza de Crucita del Águila que, para salir de la misma, impone a su hermana Fidela el sacrificio del matrimonio desnaturalizado con Torquemada.

Desde la larga historia de este personaje Galdós estudia la terrible esclavitud que produce la obsesión por el acopio de dinero y la catástrofe moral que conlleva (uno de cuyos síntomas es precisamente sentirse exento de toda culpa). El buen consejero Gamborena va a definir la situación como infierno:

*“Usted no tiene más que un vicio, uno solo, que es la avaricia... ¡El infierno, sí! Hay que decirlo en seco. Allí caen de cabeza los que en vida no supieron ni quisieron hacer otra cosa que acumular riquezas, los que no tuvieron compasión de la miseria, ni consolaron a ningún afligido... Lo que tiene usted que hacer, señor mío, es purificar su alma de toda esa lepra de la codicia, ser bueno y humano, mirar más a las innumerables desdichas que le rodean para remediarlas, y persuadirse de que no es justo que uno solo posea lo que a tantos falta.”*⁵⁸⁴

5. Degradación moral y pecado en la existencia del hombre y del creyente. Perspectiva galdosiana.

Los escritos de Don Benito presentan también un lúcido análisis de las consecuencias psicológicas y los deterioros morales que acompañan a la violación de la conciencia arrastrada muchas veces por la pasión de la ostentación, de la riqueza desmedida y cruel o del disfrute sexual ilimitado. La incoherencia con la misma y el desliz hacia la inmoralidad degradan a la persona y dañan gravemente el tejido social y el cristianismo.

Son muchos los personajes galdosianos que en las diversas tramas de sus vidas violan de alguna forma la conciencia e introducen en su persona (y en su trayectoria existencial) una línea de deterioro más o menos degradante y duradero. Representan la visión realista de la sociedad. Entre ellos hay algunos (no demasiados) que parecen instalados en la depravación moral: personas que conscientemente optan por la falsedad y la prevaricación (Pipaón), por la injusticia en la propiedad de los bienes y del poder (Torquemada, Felicísimo Carnicero, Monegro, de *Alma y vida*, Huguet, de *La loca de la casa*, Horacio, de *Bárbara*, Buenaventura Rotondo en *El Audaz* y bastantes más), por la infidelidad y la práctica lacerante de la seducción (Juanito Santa Cruz en *Fortunata y Jacinta*, Juanhondón, en la cuarta serie de Episodios, etc.), por la crueldad absoluta falsamente justificada en función de prejuicios ideológicos o de intereses materiales (Doña Juana,

⁵⁸⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada y San Pedro*. O.c., págs. 626-628 Y más adelante: “La posesión de riquezas exorbitantes es contra l ley divina y contra la equidad humana, malísima carga para nuestro espíritu; pésima levadura para nuestro cuerpo.” (idem. Pág. 636)

de *Cassandra*, Doña Perfecta, Demetrio, de *Bárbara*, Don Lope, de *Tristana*, José María Cruz, de *La loca de la casa*, Pedro Polo, de *Tormento*, el general Cabrera en *la campaña del Maestrazgo*, el conde de Cerezuelo en *El audaz*, Don Juan de Gibralfaro y Romualda en *Rosalía*, etc.), o por ser vagos y parásitos de profesión (Bueno de Guzmán, de *Lo prohibido*, Tito, de la quinta serie de Episodios) etc. Estos personajes ni viven una mínima vida moral –porque transitan en un caos interior– ni dejan vivir a quienes desean dominar o poseer. De alguna manera encarnan el mal.⁵⁸⁵

¿Cómo enjuicia el autor el proceso interior de estos personajes?

La degradación moral; sus causas y consecuencias.

Las imágenes o los símbolos con que Galdós describe los procesos personales de deterioro moral tienen una gran dureza. Esas personas se van hundiendo espiritualmente, se abisman con frecuencia en alguna maldad enquistada, y resulta muy difícil (aunque no imposible) que retornen a la luz desde su fondo tenebroso. Su ser va desfigurándose y las hace irreconocibles. Así ve el Conde Albrit a sus desagradecidos conciudadanos de Jerusa (abreviatura de Jerusalén) que lo maltratan y desprecian injustamente.⁵⁸⁶ Y un juicio parecido es el que hace de sí mismo Bueno de Guzmán, ya al final, en la madurez, cuando intenta remontar su condición moral: “Yo reconocía en mí el conjunto extraño de bestia y ángel que caracteriza a los niños; pero nada de lo que constituye al hombre”⁵⁸⁷, aun concediéndose cierta indulgencia.

Resulta difícil encasillar la tipología de conductas perversas que aparecen y se rechazan en la obra galdosiana. Es posible que en el culmen de todas ellas haya que situar el asesinato de Pepe Rey por orden de Doña Perfecta y con la anuencia del canónigo Don Inocencio; la primera, movida de un oscuro fanatismo religioso, el clérigo, por in-

⁵⁸⁵ “Dentro de la sistemática exploración en la naturaleza de la moral, Galdós crea la figura de Torquemada, en las cuatro novelas de este nombre, como un análisis del mundo moral y religioso, o más bien, como el ser constitutivamente incapaz de la sensibilidad por lo moral. Torquemada es, en efecto, un monstruo, cuyo rasgo esencial es el de hallarse totalmente carente de compasión para con el prójimo” (CORREA, GUSTAVO, *La concepción moral...* o.c., pág. 20)

⁵⁸⁶ “La ingratitud desfigura los rostros”-dice el Conde de Albrit-. (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El abuelo*. O.c., pág. 202).

⁵⁸⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Lo prohibido*, o.c., pág. 467 En *El terror de 1824* traza Galdós un agudo análisis del mecanismo interior de degradación moral del policía Chaperón: “Había en el fondo, muy en el fondo de su alma, perdido entre el légamo de abominables sentimientos, un poco de equidad o rectitud. Verdad es que esta virtud era un diminuto corpúsculo, un ser rudimentario, como las moneras de que nos habla la ciencia; pero su pequeñez extraordinaria no amenguaba la poderosa fuerza expansiva de aquel organismo, y a veces se la veía extenderse tratando de luchar en las tinieblas con el ceno que la oprimía.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c.,pág. 169) Ese mismo es el drama de Francisco Torquemada cuando muere (PÉREZ GALDÓS, BENITO, capítulo último de *Torquemada y San Pedro*) y el de Juan de Gibralfaro en ese mismo trance; aquí el narrador se permite imaginar él el juicio de este hombre tras su muerte: “El alma de don Juan Crisóstomo voló al cielo, donde de fijo Dios no le pidió cuentas de su avaricia, como no se la pide a los niños de ser llorones, ni a los viejos de ser impertinentes.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Rosalía*, Cátedra. Madrid 1984, pág. 380).

tereses de nepotismo y por la voluntad de eliminar a quien le supera en moralidad y en inteligencia.

En cualquier caso, todas estas personas no llegan a alcanzar la talla de humanidad a la que por vocación estaban ciertamente llamadas. Han perdido la conciencia y la fe a la vez. Ésta es la recriminación que dirige el honrado Beltrán de Urdaneta al clérigo carlista que le cuenta el ajusticiamiento de su amigo después de haberle facilitado la confesión: *“¡Bonita teología aprendiste, mal hombre, mal subdiácono, mal español!... Si vives tranquilo será porque no tienes conciencia, porque no sabes lo que es Dios, aunque mil veces le hayas nombrado.”*⁵⁸⁸

A la tónica de pasión descontrolada y causante de males irreparables se une (y se condena en la obra galdosiana) la abominación consistente en hacer objeto de esa pasión a una persona religiosa precisamente por ser religiosa (además de hermosa). Es el pecado romántico inicial de Don Juan al intentar seducir y raptar a Doña Inés. En el Episodio *Cádiz* esa figura donjuanesca la encarna Lord Gray, a propósito de Asunción. Y es Gabriel –en una página impresionante– quien intenta infructuosamente que el inglés rectifique su conciencia; pero éste más bien ratifica su propósito sacrílego: *“Coger para mí lo que no estaba destinado a ningún hombre y apropiarme de lo que todos habían convenido en que fuese para Dios... ¡Qué inefable delicia, qué sublime encanto!... ¡Ay!, fingí, engañé, burlé.”*⁵⁸⁹

Otro análisis extraordinariamente bien descrito de la trasgresión y la culpa es el que se hace a propósito de Jenara en el Episodio *Los cien mil hijos de San Luis*. Salvador Monsalud ama aún fraternalmente a Sola (aunque ésta tiene hacia él en secreto un amor mayor). Jenara se cruza en el camino de ambos y, recelosa de que Salvador pueda amar a Sola, engaña a ésta: falsifica la carta que Salvador le ha escrito citándola, y envía a la joven a la otra punta de España. Pasado el tiempo se da cuenta, ya tarde, de su grave inmoralidad, reconoce su pecado, pero no encuentra posibilidad de perdón. El texto expresa un sutil análisis de la depravación moral a la que llega la persona cuando se deja llevar del apasionamiento irracional, y termina con un juicio pesimista de la condición humana.

“Al mirar esto desde tan distante fecha me espanto de mi acción, de mi lengua, de la horrible sutileza y travesura de mi entendimiento. En aquellos días, la pasión que me dominaba, y más que la pasión, el envidioso afán que me producían los celos de que alguien me robase lo que yo juzgaba exclusivamente mío, no me permitieron ver claramente mi conciencia ni la infamia de la denigrante acción que había cometido... Cuando he podido mirarme tal cual era declaro que no hay fealdad de demonio del Infierno que a a la mía se parezca... Yo digo: que todo el mundo escriba con absoluta

⁵⁸⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La campaña del Maestrazgo*, o.c., pág. 26

⁵⁸⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cádiz*, o.c., pág. 215

verdad su vida entera, y entonces ¡cuánto disminuirá el número de los que pasan por buenos!" ⁵⁹⁰

La degradación interior de la persona se produce, en fin, al dejarse llevar de la mentira servidora de un egoísmo atroz; es una dinámica que alimenta la falsa imagen de sí e instala en el individuo ocultamiento, oscuridad y engaño como modos de vivir y de existir, determinando fatalmente al entorno en que éste se mueve. Galdós pone en boca de El Nasiry, rico hacendado de Tetuán, la siguiente reflexión que dirige a Santiuste: *"El cristiano que acá venga y no sepa fingir, o muere o tiene que salir pitando. Se hace aquí fortuna más o menos grande según el grado de simulación que cada uno se traiga para poder vivir entre esta plebe... En mí tienes ejemplo vivo del arte de figurar lo que no es..."*

⁵⁹¹ Debe recordarse que este personaje, del que el autor se distancia -El Nasiry- es en realidad el hijo mayor de los Ansúrez, Gonzalo, islamizado por interés propio y convertido en un moro notable que asume y a la vez rechaza la cultura islámica, aprovechándose de ella.

Distinta responsabilidad tiene el autoengaño que surge y se enraiza en capas de un subconsciente muy dañado, aunque las consecuencias que acarree sean igualmente trágicas. ¿Es pecaminosa o responsable la irracional obsesión de nobleza de sangre que determina a Isidora (en *La desheredada*) y conduce su vida al caos moral? Probablemente no. Es más bien un tremendo e irredento destrozo interior, fruto de gravísima psicopatía que no se cura. La joven ahijada del enfermo mental Tomás Rufete entrará a formar parte para siempre de los personajes más doloridos y grandiosos del mundo galdosiano.

El clima de deterioro moral viene provocado en fin, asiduamente, por la irrefrenable pasión de la codicia, una pasión cruel que influye y determina al ámbito social. Es el juicio lucidísimo que pone el escritor en boca de Alejandro, el cínico protagonista de su comedia, bastante parecida en cuanto al fondo a *Realidad*, con título de amarga ironía (*Un joven de provecho*): *"Solicitada, espoleada sin cesar, nuestra impaciente ambición lo olvida todo para no atender más que a su objeto... Nos cegamos, nos aturdimos, no vemos más que nuestra propia persona, y es porque la misma posición conquistada llega a ser una segunda naturaleza, con sus apremiantes exigencias. Es preciso satisfacerlas a toda costa."* ⁵⁹²

⁵⁹⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los cien mil hijos de San Luis*, o.c. págs. 101-102

⁵⁹¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Aita Tettauén*, o.c., pág. 236

⁵⁹² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Un joven de provecho*. Acto I, escena III. (Obras Completas. Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Págs. 878-879) Más adelante, en el Acto IV, escena X, el moralmente dudoso Marqués llega a exclamar, a la vista del caos envolvente: *"Lo que no exige una sociedad frívola, lo exige la conciencia, lo exige Dios. ¿Por ventura ya no hay más ley que el egoísmo?"* (O.c., pág. 914)

La invasión del mal que se cierne entonces sobre las personas tiene también una consecuencia trágica: destroza el sentido de la inocencia. “Antes –dice el amigo Manso– consistía la inocencia en el desconocimiento del mal; ahora, en plena edad de paradojas, sucede ir unido el estado de inocencia al conocimiento de todos los males y a la ignorancia del bien, del bien que luce poco y se esconde, como todo lo que está en minoría. Créeme, créeme, te hablo con el corazón.”⁵⁹³ El juicio no puede ser más desolador.

El pecado en la visión de Galdós.

Cuando aparece el término pecado en la novela galdosiana se trata con frecuencia de una crítica al rigorismo ético-dogmático que se ha impuesto de forma arbitraria a las conciencias. Es decir, lo que se está queriendo advertir es que no hay tal pecado objetivo-subjetivo, no hay recriminación alguna al hombre por parte de Dios, ni aquello que se imagina ser pecado puede ser causa de algún tipo de condenación divina.

Con ello Galdós huye de una dramatización excesiva de la situación personal de pecado. Las pecadoras y los pecadores tienen redención y, en cualquier caso, su fragilidad moral (por tremenda y reiterada que sea) resulta vulgar y no supone la condenación de la persona. La conversión y salvación de Fortunata, de Mauricia la Dura o de Luis Santorcas (*La batalla de los Arapiles*) no ofrecen duda; y la de Franciso Torquemada queda abierta. Así es también la visión del extraordinario Padre Nones cuando dirige –sin concesión alguna– la confesión de su amigo Pedro Polo. Lo que lamenta el escritor es la angustiosa e injustificada conciencia de culpa en personajes inocentes y frágiles, a veces por un acto que ni siquiera se ha cometido aún (y que, en todo caso, sería un ejercicio justificado y bueno de la propia libertad). Algo de esto le sucede al niño Cadalsito en sus diálogos con Dios (en *Miau*) y, de forma trágica a Gloria, a Rosario (en *Doña Perfecta*) y a Rosalía.⁵⁹⁴

Sin embargo, la permanencia en el mal, consentida y mantenida, no sólo conduce hacia el endurecimiento pétreo de la conciencia sino, al mismo tiempo, a la negación de la aún no renunciada condición cristiana. Es decir, adquiere el carácter de pecado: de ofensa a Dios y de pérdida de la fe. En la historia trágica que narran las novelas *El doctor Centeno* y *Tormento* ésa es la situación interior del sacerdote Pedro Polo, voluntariamente constituido en cruel tormento de la inocente y frágil Amparo (o sea, Desamparo). “Has dicho que no soy un perverso. ¡Qué equivocada estás! Allá, en aquellas soledades, varias veces estuve tentado de ahorcarme en un árbol, como Judás, porque yo también

⁵⁹³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El amigo Manso*. Alianza Editorial. Madrid 2004. Págs. 119-120

⁵⁹⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, en cuanto al P. Nones: final del cap. 17 y el 18 de *Tormento*. O.c., págs. 135-142; y en *Rosalía*: “Rosalía prometió solemnemente y con verdadero fervor al Dios que estaba en el altar, mirándola con tanta atención, que cuando se arreglara todo, ella confesaría la gran culpa de su proyectada inobediencia (casarse con Horacio)... La infeliz muchacha, cuya conciencia sentía la pesadumbre inmensa de su pecado aún no cometido, creía ver en las miradas del santo anciano el mismo ojo misterioso del altar, causándole tanto miedo.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c. págs. 267 y 271)

*he vendido a Cristo. A veces me desprecio tanto que digo: ¿No habrá un cualquiera, un desconocido, un transeúnte, que al pasar junto a mí me abofetee?”*⁵⁹⁵

Polo, al menos, no intenta justificar su maldad con un subterfugio religioso, como sí lo hacen Doña Juana (de *Casandra*), Doña Perfecta, el policía Chaperón y el tribunal de “diablejos” (según la expresión del escritor) que juzgan a Patricio Sarmiento...⁵⁹⁶ Y también intentarán ese recurso, agravando aún más su actitud pecaminosa -por la inclemencia que practican- los sacerdotes Alelí y Salmón, que niegan la absolución y la comunión eucarística al anciano Patricio, a punto de ser éste ejecutado (en el Episodio que acabamos de citar). Galdós se horroriza, sin duda, de este tipo de pecado (no del posible pecado del reo sino del que cometen los confesores).

Queda claro, pues, a nuestro juicio, que Galdós habla de una posible degradación moral del hombre que incluye también una dimensión teológica, es decir, el carácter de oposición al plan de dignificación del ser humano querido por el Dios de Jesucristo; y que, en ocasiones, tal situación puede denominarse pecado. Pero es preciso dejar constancia ya de que la realidad pecaminosa -para el escritor- se refiere exclusivamente a todo aquello que haga daño al otro, que destruya la existencia personal en cualquier nivel en que ésta se contemple. Por tanto, no se considera pecado el incumplimiento de normas sociales o eclesiásticas, ni la desobediencia (inobediencia, mejor) a las tiranías familiares; y menos aún la trasgresión de las órdenes que impiden el amor.

Esas órdenes -las que dan Doña Perfecta, Amaranta (primera serie de Episodios), Pilar de Loysa (tercera serie), los Lantigua (*Gloria*), Juan Crisóstomo (*Rosalía*), los marqueses de Alto-Rey (*Mariucha*), Pantoja (*Electra*), Doña Juana (*Casandra*), etc – sí son pecado, en cuanto que -para el narrador- son precisamente destructoras de la persona, violan sus legítimos derechos y, además, pretenden contar para ello con la complicidad de Dios.

Las consideraciones expuestas tienen un carácter introductorio a los análisis particulares que siguen sobre aspectos fundamentales del perfil moral cristiano (en éste y en los capítulos siguientes). Su estudio será tal vez complejo no porque exista ambigüedad en los escritos galdosianos, sino porque la reflexión sobre la mayoría de estos temas es árdua y sigue ofreciendo graves dificultades en la misma teología moral.

⁵⁹⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tormento*, o.c., pág. 221

⁵⁹⁶ Describiendo la sala en donde el policía Chaperón toma declaración al anciano Patricio y a Sola, acusados de conspirar contra el absolutismo de Fernando VII: *En el fondo había la indispensable estampa de Su Majestad, y, sobre ella un crucifijo cuya presencia no se comprendía bien, como no tuviera por objeto el recordar que los hombres son tan malos después como antes de la revelación.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*, o.c., pág. 140)

2. Teología del amor y de la caridad en la obra de B.P. Galdós.

El cristiano, una persona que debe amar excepcionalmente.

El perfil existencial del cristiano se condensa y expresa en la actitud de amor. En el principio de la andadura cristiana diseñada a lo largo del Evangelio (y en todo el Nuevo Testamento) aparece esencialmente el amor, el amor como actitud honda personal y el amor de caridad efectiva; es decir, también el ejercicio práctico de un amor de entrega abierto, sin límites en cuanto al tipo de personas amadas. La amplitud de esos dos aspectos del amor sugiere plantearnos la posibilidad de una teología pormenorizada: considerar su raíz, dimensiones, manifestaciones, procesos, condiciones, significado y alcance, comparaciones y correlaciones con la Escritura...

Pues bien, podremos afirmar que una densa psicología y teología del amor y de la caridad, fundidos en uno los dos planos (humano y divino), con excepcional riqueza de matices, recorre y fecunda toda la creación literaria galdosiana. El amor, admirablemente descrito, omnipresente en sus obras, es –para el escritor, además- el punto de partida y el de llegada de la existencia (individual e institucional) que pretenda ser cristiana.

Sin embargo, el autor, llevado de su observación realista, tiene que denunciar que tal amor auténtico y elevado no es el exponente habitual del catolicismo español del siglo XIX (de la mayoría de los católicos), ni tampoco parece serlo –en cuanto a las actuaciones oficiales- el de la iglesia romana de la época. Una gran parte de las tramas de las novelas y piezas de teatro plasmarán esa denuncia con tonos agudos (y escandalosos para la burguesía católica de la época).

En efecto. El tema del amor se desarrolla en todas las dimensiones y perspectivas posibles, como una constante esencial.⁵⁹⁷ Cada una de sus novelas (Episodios Nacionales y novelas independientes) y dramas teatrales (algunos de ellos tragedias) lo contemplan. Es verdad que quizás en un 70 % de casos se trata de la actitud personal plasmada en el amor entre mujer y varón, enmarcados en triángulos relacionales dramáticos, (siendo siempre más agudo y universal el análisis de la situación y de la psicología femeninas). Pero, cualitativamente, es en el otro 30 % de casos (interrelacionados con los anteriores) donde aparece el ejercicio del amor con mayor hondura, acercándose a la mística del *agapé* cristiano (de la comunión). Todo ello con una extraordinaria riqueza descriptiva.

⁵⁹⁷ “Parler de l’amour dans l’oeuvre romanesque de Galdós est l’un des problèmes les plus difficiles vu la fréquence avec laquelle nous l’y rencontrons”, escribe JOSEPH JELELATY en *L’amour dans l’oeuvre romanesque de Galdós*. (rev. Letras de Deusto. Vol.4. num. 8. 1974. Pág. 61) En este estudio el autor analiza las diversas formas de amor que encuentra en la obra galdosiana: amor racional o filosófico, amor del tímido, amor humano dentro de la religiosidad, amor conyugal, amor fatal, amor imposible, amor paterno y materno, amor que no es amor, el amor y la muerte y el amor y la locura.

Los grandes amantes de la novelística y de la escena de Galdós son personas que, además (o al margen) del amor de *eros*, desarrollan la dinámica (modesta o heroica, no importa) de un amor abierto, de enorme ternura, y de absoluta generosidad hacia los más diversos sujetos, predominando el que se manifiesta –o se vuelca– en los seres indefensos. Porque son los desgraciados de todo tipo, los pobres y los esclavizados, quienes especialmente saben amar y en los que va a verificarse la autenticidad del amor, especialmente dotado de una cualificación cristiana.

Con mucha frecuencia estos amores no sólo son contemplados en su valía humana y a la luz de su validez para la persona, sino que derivan ellos mismos, a lo largo del relato, hacia una densidad afectiva de carácter también religioso y cristiano, hacia una auténtica caridad cristiana. Es decir, el amor humano –que ya es divino, si es amor– se convierte explícitamente en evangélico, e intensifica así aún más su carácter divino. Digamos que es totalmente divino en el proceso y en el acabamiento que nos narra el autor, que muestra conocer bien la teología de la caridad y creer en ella. Al lado de los relatos de comunión amorosa de la pareja y de la vida familiar, las descripciones del amor de *agapé* resultan perfectas.

Por ejemplo, sobre las tramas románticas apasionadas o familiares (como son la del Abuelo y la nieta ilegítima Dolly, los enamoramientos de Gabriel de Araceli e Inés, de Fernando Calpena y Demetria (que no el que le despierta Aurea), de Salvador Monsalud y Solita (que no Jenara), de Gracia y Santiago Íbero, de María y Agustín, de Mita y Ley, de Lucila y Tomín –todos ellos en los Episodios nacionales–, de Gloria y Daniel, de Clara y Lázaro, de Pepe y Rosario, de Rosalía y Horacio Reynolds..., de todas las parejas del teatro (de Electra y Máximo –en *Electra*–, de Bárbara y Leonardo –en *Bárbara*–, de María y León –en *Mariucha*– etc.), Galdós alza poco a poco un amor de la más auténtica valía teológico cristiana. Semejante al que sucede también –aunque con más escasez– en una parte de la literatura francesa (por ejemplo, en *Cyrano de Bergerac*, de Edmond Rostand, a lo largo de las obras de Victor Hugo, o en la dramaturgia de Paul Claudel –*El anuncio a María*, entre otras–); pero, en la obra galdosiana esto se hace situando de manera particular ese dinamismo admirable en personajes típicamente hispanos, netamente españoles.

El tema del apasionado y legítimo amor de *eros* queda entonces en parte orillado o superado por un amor universal de comunión, de absoluta alteridad (*agapé*).

Inés y Siseta (primera serie de Episodios), Sola y el anciano Sarmiento (segunda serie), Marianela y Pablo, Victoria (de *La loca de la casa*, con una entrega sacrificial inaceptable), Leré (de *Angel Guerra*), la condesa Halma, y en la más alta cima: Benina (de *Misericordia*), Sor Simona, Nazarín, el mencionado Conde de Albrit (de *El abuelo*), Fernando Calpena (tercera serie de Episodios) dejando paso al oponente Zoilo, Benigno Cordero (segunda serie de Episodios) haciendo lo mismo respecto a Monsalud, y éste demostrando *sine die* el matrimonio esperado con Sola (para asistir a Carlos, el hermano enfer-

mo de muerte de quien no recibe más que odio), Celia (de *Celia en los infiernos*), Rosaura (de la novela *Cassandra*), Guillermina (en *Fortunata y Jacinta*) etc. -todos ellos y bastantes más- suscitan la admiración profunda del autor y van a ser propuestos como modelos de referencia de la existencia amorosa más allá de cualquier interés o motivación personales. Más aún, todos ellos están situados con claridad en la dinámica de la correcta y utópica caridad cristiana.

Hay que adelantar ya, inmediatamente, que son de preferencia los personajes femeninos quienes brillan en Galdós a una altura inalcanzable en el conjunto de su propia creación y en el resto de la literatura española y europea (sin poderse comparar entre nosotros, más que muy ligeramente, con figuras como Jimena, del Mío Cid, la Gitanilla, Doña Inés del *Don Juan* de Zorrilla, Pepita Jiménez, de Valera, Mariana Pineda, de Lorca, etc.).⁵⁹⁸

Por esa preferencia femenina sorprende aún más el elogio que hace Nicolás Estévanez (ministro de Pi y Margall) del diputado Estanislao Figueras, diputado a Cortes en la desquiciada España de la Primera República. Nos parece de interés transcribir el texto. Dice así:

*“Es el hombre más generoso y bueno del mundo. En él no se admira tan solo la virtud pasiva que consiste en no hacer el mal. En su corazón arde el sentimiento de caridad en su grado más efusivo. No acude a él ningún necesitado que no halle consuelo y socorro... En los casos difíciles (de los perseguidos por la justicia) habla con los jueces, revuelve toda la Curia, y no descansa hasta conseguir la libertad del preso. Si para los extraños es misericordioso, para los amigos no tiene límite su bondad. Practica el principio cristiano en toda su pureza, desentendiéndose en absoluto de la liturgia (del cumplimiento religioso en el templo; por lo que resulta, según el criterio de los neo-conservadores), un ángel impío, un santo anticlerical.”*⁵⁹⁹

Además de la particularidad señalada, es notable la idea implícita que insinúa el autor en esta página: la esencialidad del amor y de la práctica de la caridad cristiana por encima de los comportamientos religiosos.

Aunque no sea muy exacto hablar de dos niveles de amor (humano y cristiano) puesto que ambos se funden en una sola realidad personal, nos parece más oportuno (como metodología) proponer ahora este doble tratamiento.

⁵⁹⁸ V. a este respecto *Las mujeres en los Episodios Nacionales*, de AMPARO APARISI LAPORTA (Rev. Anales del Instituto de Estudios Madrileños. Madrid).

⁵⁹⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La Primera República*, o.c., pág. 105-106

1. La actitud de amor. Dinámica fundamental del amor.

Análisis de hondura psicológica como los de *El arte de amar*, de Erich Fromm, *La comunicación de las existencias*, de Ignacio Leep, o la lírica de nuestros mejores poetas del barroco (*Amor más poderoso que la muerte*, de Quevedo, por ejemplo) y de toda nuestra inmensa producción poética, coincidirían, sin duda, con los planteamientos fundamentales del amor humano que hace Don Benito, tan cercano y a la vez tan alejado de los románticos.

Lo esencial para el ser humano es amar. Ésta es su tesis fundamental. Angel Guerra, ya en trance de muerte (por ejercer la caridad de manera heroica) hace esta confesión que sintetiza su vida: “*Me resigno y bendigo a Dios que me ha traído a este fin, porque así conviene a la justicia, a la lógica y al descanso de mi alma. Lo que deseo es que no se aparten de mí las personas que me son caras, las predilectas de mi corazón. Es lo único que se va ganando en este juego de la vida: el gusto y la alegría de amar.*”⁶⁰⁰ No es difícil adivinar tras estas palabras el alma del autor mismo.

a) Para Galdós, el amor es ante todo contemplación del otro e identificación con él, al nivel más interior. Son muchos los pasajes de las obras en las que el autor – identificado con el personaje o muy cercano a él– expresa esta exigencia primera del amor: la propia identificación personal con el ser amado y su valoración. En este sentido: en *Misericordia*, Nina, queriendo de corazón a la ingrata Doña Paca, llevándole a ésta de la mano al ciego Almudena, es el personaje más evangélico creado por el autor. De otro orden, pero con semejante intensidad de amor es la identificación de los amantes Leonardo y Bárbara (en *Bárbara*) que les conduce a la más sorprendente comunicación espiritual. Y así los relatos de tantas y tantas páginas de los escritos galdosianos; un amor de algún modo en la misma línea que el del apóstol Pablo hacia Jesús: “*Vivo yo, pero es Cristo quien vive en mí. Mi vivir es Cristo*”⁶⁰¹

Este nivel espiritual del amor va a describirse detenidamente con rasgos admirables en múltiples textos. Se desarrolla en *Misericordia* entre los dos personajes citados: el ciego Almudena y la anciana Benina⁶⁰²; entre Solita y Don Patricio. En el Episodio *El terror de 1824*, hablando el autor de la inicial relación de caridad de la joven hacia el anciano, se escribe: “*Con el tiempo encendióse en su alma un vivo afecto hacia el mendigo*

⁶⁰⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II* (Alianza Editorial. Madrid. 1986. Pág. 635)

⁶⁰¹ “(Leonardo.-) *¿No sabes que yo te llevaba en mi alma, que tus sentimientos eran los míos, tus ideas mis ideas?* Bárbara.- *Del mismo modo te llevo yo a ti en mi alma... ¡Siempre conmigo, Leonardo, siempre tu pensamiento en el mío!* Leonardo.- *Nuestras almas, comunicadas y regidas por efluvios misteriosos, formaban un alma sola...*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Bárbara*. Cátedra. Madrid. 2006. Pág. 193) Por esta razón sólo se llega a comprender bien al otro cuando se le ama: “*Esa pobre Dulce – dice Ángel Guerra– nadie la comprende más que yo.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. I*. o.c. pág. 72)

⁶⁰² V. *Misericordia*. (Alianza Editorial. Madrid. 1987. Págs.. 199 y ss.)

*abandonado...Llegó a acostumbrarse de tal modo a la compañía del patriota vagabundo, que le habría echado muy de menos si en cualquiera ocasión le faltara.”*⁶⁰³

Los personajes que retratan bien al escritor expresan esa visión. Junto a otros, Tarsis, protagonista de *El caballero encantado*, enamorado de Cintia, pobre maestra de escuela de un pueblo perdido, que decide hacerse él mismo maestro para compartir la condición de vida de la amada desde su interior.⁶⁰⁴ Gabriel de Araceli vive de ese mismo modo la relación con Inés a lo largo de toda la primera serie de Episodios.⁶⁰⁵ El amor auténtico empieza por ser fusión de las existencias.

Este amor (el enamoramiento en la pareja) se autentifica por su dimensión espiritual, no tanto por la intensa atracción que ejerce la belleza física. Y la contemplación admirada del fondo de la persona abre camino a una relación amorosa firme y fecunda, definitiva. Es una de las perspectivas más sorprendentes en el pensamiento que estamos analizando; la que guía los treinta episodios de las series primera a tercera (e incluso a parte de la cuarta serie). Salvador Monsalud llega así al amor de Sola, superado ya el enamoramiento de la bella Jenara; Fernando Calpena sigue el mismo proceso respecto a Demetria, cuando, al fin, ha logrado enterrar la pasión platónica por Aura...

*“¿Por qué se quiere a las personas? –se pregunta Soledad- ¿Por el rostro? No lo creas. Se quiere a las personas por las prendas del alma, por el valor, por la honradez, por la generosidad, por la lealtad, por la dignidad, por la nobleza.”*⁶⁰⁶

En otra página magnífica el alegre y libertino Augusto Miquis, la víspera de su boda, rebate el desprecio con que la bellísima Isidora juzga a la novia de éste (de condición física mucho más humilde): *“¿Qué entiendes tú de eso?... Vale más que tú. No es muy guapa, pero es un ángel. Ésta, ésta que ves aquí (mostrándole el retrato), es mi salvaguardia contra ti; es mi patrona, mi abogada, mi Virgen del Amparo... Por ésta... me hago un señor héroe, y atropellando por todo, te doy la batalla y te venzo, y por fin me salvo.”*⁶⁰⁷

⁶⁰³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*, Episodio Nacional n. 17 (Historia 16-Caja de Madrid. 1994. Pág. 70).

⁶⁰⁴ “En vez de arrebatlarla, separándola de la crianza mental de los niños, procedé más cuerdamente haciéndome yo también maestro...; vivamos juntos consagrados a la misma obra santa.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El caballero encantado*. Cátedra. Madrid. 2000. Pág. 234)

⁶⁰⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, narrando el amor entre Gabriel e Inés: “Nos sentamos a orillas del río, en el sitio en que el Tajo y el Jarama, encontrándose de improviso, y cuando seguramente el uno no tenía noticias del otro, se abrazan y confunden sus aguas en una sola corriente, haciéndose de dos vida una sola. Tan exacta imagen de nosotros mismos no puede menos de ocurrírsele a Inés al mismo tiempo que a mí.” (*El 19 de marzo y el 2 de mayo*. Historia 16-Caja Madrid, 1992. Pág.13)

⁶⁰⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El equipaje del rey José*. Episodio Nacional n.11 (Historia 16-Caja de Madrid. 1993. Pág.64)

⁶⁰⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La desheredada*. Cátedra. Madrid 2011, pág. 392

El autor añade todavía una observación a esta comunicación de las existencias que define a la dinámica amorosa: el amante transforma favorablemente (ante sí mismo) la identidad de la persona amada, dotándola de atributos espléndidos. La objetiva imperfección queda, entonces, absorbida o superada, adentrando en la interior bondad y belleza del ser humano. Así es como el joven Pablo ve a Marianela, y como el mendigo (y señor) Almudena se enamora de Benina y la contempla transformada. Los dos personajes son invidentes pero han acertado a ver lo esencial.⁶⁰⁸

En definitiva se trata del pensamiento clave que recorre el libro de Saint-Exupéry: *“sólo se ve bien con el corazón: lo esencial es invisible a los ojos”*.⁶⁰⁹

b) En el amor auténtico el hombre va más allá de sí mismo, sobreelevándose a una altura que suscita emocionada admiración.

La altura del amor es la ternura y el cariño; actitudes que se refieren a la sensibilidad, al afecto y al trato, especialmente referido todo ello a los más débiles y desfavorecidos. En la visión surrealista que tiene el enigmático Tito (visión de todo punto significativa para el autor), el personaje contempla a su amada Floriana convertida en maestra de un humilde pueblo, y ve lo siguiente:

*“Entre niños y niñas parecióme que había poco más de veinte, todos muy pobres, descalzos la mayor parte, mal vestidos, algunos harapientos y desgredados. En el centro del local vi a Floriana, vestida de azul oscuro... Su frente, de proporciones exquisitas, me deslumbró cual si de ella irradiara una claridad que iluminaba el mundo. En derredor de la divina maestra, un enjambre de pequeñuelos de ambos sexos recibía las primeras migajas del pan de la educación... A unos les corregía con gracejo, a otros con besos los estimulaba; a los más chiquitines les sentaba sobre sus rodillas... Allí no había palmeta ni correa, ni puntero, ni ningún instrumento de tortura. Había tan sólo cariño, halagos, persuasión y un extraordinario poder espiritual... Un sacerdote santo dando la comunión a los fieles, en las catacumbas, no me hubiese inspirado mayor respeto... Besos, cariños, alegría, risas que eran como un himno a la Enseñanza, y desfiló aleteando la infantil bandada.”*⁶¹⁰

El texto, además de literariamente bello, es un poema a la naturalidad y al acierto en la práctica de un amor que Galdós emparenta con algo divino y que alza la persona a la máxima altura.

⁶⁰⁸ En su media lengua castellana Almudena dice a la anciana Benina: *“Yo quierar ti... Tu mais que la luz bunita; moza tu.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Misericordia*. O.c. pág. 202). De modo parecido imagina Pablo a la apenas agraciada de cuerpo Marianela: *“¡Ay, Nela, compañera mía, si fuese verdad, si Dios quisiera tener piedad de mí y me concediera el placer de verte!... Aunque sólo durara un día mi vista, aunque volviera a cegar al siguiente, ¡cuánto se lo agradecería!”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*. O.c. pág. 128)

⁶⁰⁹ DE SAINT-EXUPÉRY, ANTOINE, *El principito*. Enrique Sáinz Editores. México DF 1994, pág. 96

⁶¹⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La Primera República*, o.c. pág. 204-205 La visión relatada en estas páginas es semejante a la que tiene de Cintia el joven Tarsis en la novela *El caballero encantado*

Inés (que acaba de salvar espiritualmente a su padre), en el último Episodio de la primera serie, se pregunta sorprendida:

*“¿Pues qué he hecho que no sea natural? Y Gabriel le responde: “¿Que qué has hecho? Has hecho lo que yo no esperaba ni adivinaba, aunque siempre te tuve por la misma bondad: has amado a ese infeliz, el más infeliz de los hombres, y este prodigio que ahora, después de hecho, me parece natural, antes me parecía una aberración y un imposible. Tú tienes el instinto de lo divino... Tú realizas con la sencillez propia de Dios las más grandes cosas... Tu corazón no sabe sino amar”.*⁶¹¹

Lo que significa que nos encontramos ante un valor absoluto, uno de los pocos valores absolutos que le han sido dados al hombre.

También la admiración de la persona buena hace que ésta aparezca transformada a los ojos de los que la admiran. De forma metafórica el caballeroso y pobre Frasquito Ponte Delgado (jironía del juego onomástico del autor!) le dice a Benina: *“Yo aseguro, señora Nina, bajo mi palabra de honor, que es usted un ángel; yo me inclino a creer que en el cuerpo de usted se ha encarnado un ser benéfico y misterioso, un ser que es mera personificación de la Providencia.”*⁶¹²

Y Ángel Guerra añadirá una razón más a esa dinámica: el amor es contagioso y extensivo. Llega espontáneamente a las personas que el otro ama, aunque apenas sean aún conocidas; no pone límites a sus posibilidades, y nunca es restrictivo ni exclusivista o acaparador.⁶¹³

Ese amor recibido siempre es algo gratuito y de algún modo inmerecido. Así lo manifiesta el mismo Gabriel a continuación del texto citado antes. Es el sentimiento (tantas veces narrado) que se sintetiza en las palabras de Pepe Fajardo (medio protagonista de la cuarta serie de Episodios) estando a la cabecera de la persona moribunda que más lo ha querido: *“Yo no era digno de un cariño tan hondo, tan puro, tan superior a todo interés y a las conveniencias humanas.”*⁶¹⁴

c) Evidentemente, este amor es liberador y recreador del ser humano. Hace bueno al otro y a sí mismo; le da la posibilidad inmediata de remontar la vida, por muy baja que ésta se halle. Podríamos afirmar que ésta es una de las tesis inamovibles de

⁶¹¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La Batalla de los Arapiles*. (Alianza Editorial, Madrid 1998. Pags. 183-184)

⁶¹² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Misericordia*. O.c. pág. 151

⁶¹³ “Si alguna vez la traigo a vivir con nosotros (se refiere a su hija niña de la que vive separado), ¿la querrás como la quiero yo?. Lo mismo que si fuera hija mía –dice Dulce–” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. I. o.c. pág. 36*).

⁶¹⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tormentas del 48*. (Historia 16-Caja de Madrid. 1995. Pág. 175)

Galdós. El hombre se realiza y realiza a los demás en el amor. Y cuando así es necesario, el amor es redentor. Así sucede en el amor (no correspondido) de Augusto Miquis a Isidora (*La desheredada*), de Maximiliano Rubín a Fortunata, de Atenaida a Alejandro (*La razón de la sinrazón*), de Isidora a Alejandro (*Voluntad*), etc.

La experiencia del amor vivo de otros (sobre todo, si uno mismo lo recibe graciosamente) es la única razón que permite volver a la vida y hallar sentido a la existencia. “No quiero morir –dice Alejandro a Isidora, en el drama *Voluntad*-, porque no veo un medio de adorarte fuera de esta vida... Por tu amor vivo. Es el único fin que veo en mi desdichada existencia.”⁶¹⁵

Recordamos también -como sencilla muestra de esta tesis- dos páginas bellas e importantes: En *Fortunata y Jacinta* (la obra más extensa y emblemática de la creación galdosiana) el humilde y bueno Maximiliano Rubín dice, a propósito de su relación con Fortunata: “Aquel extraordinario amor le inspiraba no sólo las buenas acciones, el entusiasmo y la abnegación, sino también la delicadeza llevada hasta la castidad... Todo lo que en el alma humana puede existir de noble y hermoso brotó en la suya, como los chorros de lava en el volcán activo. Soñaba con redenciones y regeneraciones...”⁶¹⁶ Y Juanito Santiuste, coprotagonista de la cuarta serie de Episodios, habla con la todavía ambivalente Teresa Villaescusa (que terminará aprendiendo lo que es amor y libertad): “- La caridad obliga al que la recibe a ser tan bueno como el que la hace. – Echa más poesía, hijo (replica ella). – Esto no es poesía..., es mi corazón, que habla con el lenguaje de su delicadeza, de su gratitud...”⁶¹⁷

Este mismo fenómeno redentor es el que aparece en los últimos momentos de la vida de Luis Santorcaz, el violento y ateo padre de Inés, incluso maltratador cuando, ya anciano y enfermo, se encuentra a solas con el cariño de su hija.

“Te perdono, porque me amas –le dice Inés-, porque consientes que sea yo la destinada a quitarte esas espinas que desde hace tanto tiempo tienes clavadas en el corazón”. –“¡Y como punzan! –exclamó con profunda pena el infeliz masón- Sí, quítamelas, quítamelas todas con tus manos de ángel; quítalas una a una, y esas llagas san-

⁶¹⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Voluntad*. Acto III, escena VIII. Obras Completas. Ed. Aguilar. Tomo VI, pág. 285

⁶¹⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*, volumen I. (Cátedra. Madrid 2002. Pág. 481)

⁶¹⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *O'Donnell*. Historia 16 – caja de Madrid. 1995. Pág. 177) V. también: *Fortunata y Jacinta. Volumen II* (Cátedra. Madrid 1999, pág. 140 y 149) y especialmente *El abuelo* (o.c. págs. 250 a 253). Y tal es –en el Episodio *Narvaez*- la transformación que realiza el amor de María Eugenia de Amparán en su esposo Pepe Fajardo, casado con ella sólo por conveniencias sociales. Para el escritor, el acogimiento generoso y hondo del otro suscita en el acogido los sentimientos más vivos de paz y de trascendencia; éste es quizás el tema central del cuento *Tropiquillos*: “Si el pródigo no pudo llegar a la casa del padre, llega a las del amigo, y es lo mismo. Yo te acojo, Tropiquillos, y haz cuenta que estás en tu casa... Mi alma se inundaba de una paz celestial, fruto de la gratitud y no sabía cómo corresponder a tanta generosidad.” (*Tropiquillos*. Ed. de Cátedra. Madrid 2004, págs. 218-219)

*grientas se restañarán por sí... ¿De modo que soy bueno?" –"Bueno, sí –contesta Inés-; yo lo diré así a quien crea lo contrario..." –"Por tus ojos mira Dios a la tierra y a los hombres, satisfecho de su obra", concluye Santorcaz y así muere, salvado ya de sí mismo.*⁶¹⁸

El amor auténtico ofrece amistad eterna. Quizás por ello esa actitud significa investir al otro de la cualidad salvadora de "ser amigo". "Pío –dice el conde de Albrit- *te nombro mi amigo, te hago la síntesis de la amistad.*"⁶¹⁹ El hecho de la amistad es de alguna forma el triunfo del amor y de la persona. Para Galdós sólo el amor salva a ésta. Es el grito dramático de Daniel, al final de *Gloria*: "*Mi salvación es amarte. No quiero otra.*"⁶²⁰

El permitirse a sí mismo un gesto de extraordinaria atención generosa (mucho más si va acompañado de ternura interior), aunque se realice de manera espontánea y casi inconsciente, eso trae consigo el nacimiento de un inmenso amor capaz de liberar a la persona de su situación más oscura. Esta es la vivencia que salva al desesperado Guillermo Bruno, en el drama, *Amor y ciencia* cuando se agacha a coger al bebé abandonado.⁶²¹

En consecuencia, este amor va a ser capaz de saltar por encima de todos los obstáculos que se le oponen. Así les sucede a algunos de los grandes amantes del mundo galdosiano: a Mita y Ley, a Teresa Villaescusa y Santiago Íbero, a Mariucha y León... Ángel Guerra, sin embargo, en su primera etapa no llega a superar la oposición social, y maldice los convencionalismos que impiden amar.⁶²² Pero, de por sí el amor es invencible. "*El amor es estímulo, fuerza,...savia, es -¿qué sé yo?- todo lo bueno, lo que alienta a las criaturas y las hace dignas de Dios*", dice la Marquesa a Laura en el drama *Alma y vida*.⁶²³

d) No obstante, el logro del amor auténtico es difícil; se halla con demasiada frecuencia deteriorado, pervertido o impedido por poderosas fuerzas externas. Así es la

⁶¹⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La batalla de los Arapiles*, o.c., págs. 187-188

⁶¹⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El abuelo*. (Alianza Editorial. Madrid. 2007. Pág. 252) Evoca esta escena aquella otra del film *Bailando con lobos* en la que, despidiéndose, el indio grita al protagonista que se aleja: *¡Eres mi amigo, eres mi amigo!*

⁶²⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*. O.c. pág. 457. El amor es necesariamente redentor; así lo expresa Susana refiriéndose al deses perado Berenguer, en el drama *La fiera*: "*Quiéraslo o no lo quieras, yo salvo tu vida.*" (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La fiera*. Acto II, escena X. o.c., pág. 345).

⁶²¹ "*Aquel mezquino ser que del suelo recogí, el último, el más despreciable y deslucido de toda la Humanidad, hizo brotar en mí nuevo raudal de amor..., todos los amores que yo había perdido, que tú me quitaste.*" (en conversación última con Paulina). (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Amor y ciencia*. Acto IV, escena XI. O.c. pág. 632)

⁶²² "*Ninguna razón divina ni humana se opone (a que yo traiga conmigo a Dulce); lo que se opone es el comediación social...*" (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. I. O.c. pág. 104)

⁶²³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Alma y vida*. Acto III, escena VII. Ed. Clásicos Almar. Salamanca 1987, pag. 229.

visión realista del autor. Entre otras razones, porque hacer siempre el bien, dejarse llevar del amor, también cansa, y esa es la amarga queja del bondadoso “Don Pío” en *El abuelo*.⁶²⁴

Por ello, la condición imprescindible para que exista verdadero amor es que esta relación venga perfectamente informada por la justicia y por la naturalidad en uno y otro. Lucila, prototipo de la belleza más natural y, a la vez, de la maltratada mujer española (y, en definitiva, de España misma), coprotagonista de la cuarta serie de Episodios, escucha del mezquino clérigo Don Martín estas tremendas y descorazonadoras palabras que son la respuesta a una humilde petición de ayuda para su padre:

*“No sueñes con amor de hombre, ni con paz, ni con ningún bien, mientras no haya justicia y se dé a cada cual lo suyo... Mientras eso no llegue, ¿qué hablas ahí de amor de hombre, si ahora, según estamos, nada es de nadie, y no se sabe a quién pertenece el hombre, ni la mujer tampoco. Donde no hay justicia, donde todo es iniquidad, ¿qué sacas de lamentarte?”*⁶²⁵

Escrutando el pensamiento galdosiano, volveremos enseguida con mayor detenimiento al análisis de esta condición *sine qua non* en la relación amor que es la justicia omnímoda en la fisonomía de la existencia del creyente cristiano.

Debemos observar que efectivamente aparecen también con frecuencia amores inviables, distorsionados o retrasados en la naturaleza y, por tanto, trágicos: el amor de Paulita “La santa” por Lázaro (en *La Fontana de Oro*), o el de la monja Sor Teresa de Aransis por Miguel Servet (Salvador Monsalud); el amor filosófico de Máximo Manso a Irene (*El amigo Manso*) o el amor a una realidad idealizada y abstracta, como el de Pablo Penáguilas a Marianela; los amores fatales entre Gloria y Daniel, entre Fortunata y Juanito Santa Cruz, entre Lucila y Gracián, y los imposibles de Ángel Guerra a Leré, de Dulce Nombre a Ángel Guerra, o el tiernísimo del ciego Almudena a Benina (en *Misericordia*).

Es difícil encontrar en la literatura realista un gama y una descripción tan completas de la psicología, la filosofía y la teología del amor, todo al mismo tiempo.⁶²⁶

⁶²⁴ “Donde yo estoy está el bien, la verdad, el perdón, la dulzura..., y llueven sobre mí las desdichas. Mi vida, o sea mi bondad, ya me enfada, me apesta...” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El abuelo*, o.c. pág. 184)

⁶²⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los duendes de la camarilla*. (Historia 16-Caja de Madrid. 1995. Pág. 176) V. también *El caballero encantado*, o.c. pág. 216

⁶²⁶ Nos parece de gran valor el estudio ya citado de JOSEPH JELELATY, *L'amour dans l'oeuvre romanesque de Galdós*, en *Letras de Deusto*, n. 8. 1974 (Universidad de Deusto. Bilbao). Ver también, a propósito del amor en *Misericordia*: GULLON, GERMÁN, *Misericordia: un milagro realista* (idem), y. VAREY, J.E., *Charity in Misericordia* (*Galdos Studies*. Londres. Tamesis Books. 1970. Págs. 164-194)

2. El amor de caridad, esencia del cristianismo, en la obra de Galdós.

Sorprende la exactitud y la agudeza de la mística cristiana con que Galdós describe las actitudes de amor en muchos de sus personajes; al mismo tiempo que asienta la tesis de que sólo este tipo de relación constituye la esencia del cristianismo (y debería constituir la expresión más visible y contundente del catolicismo).

¿Cuál es la verdadera dinámica amorosa cristiana -la caridad-, su extensión y sus dimensiones inherentes? ¿De dónde procede y qué realiza? ¿Qué valor teológico tiene este amor? A estas cuestiones responde la obra galdosiana desglosando -sin darse cuenta- el texto de Pablo en el capítulo 13 de la Carta Primera a los Corintios, siempre con el grato y estético colorido de la teología narrativa y simbólica.

2.1 La auténtica praxis de la caridad cristiana.

Amar con caridad es, ante todo, amar: sentir conmovidamente al otro y al mayor número posible de seres, afectándose por ellos, incluso más que por sí mismo; es tender con espontánea naturalidad al logro de su bien. Lo hemos señalado ya antes. En ningún caso es aquietar la conciencia con la limosna (la limosna no es cristiana, resulta más bien ofensiva); el punto de inflexión de lo cristiano es amar con ternura y rectitud, y, en consecuencia, con la máxima eficacia y naturalidad en el compartir.

Pero la praxis auténtica de la caridad cristiana supone, además, en una síntesis casi perfecta, la totalidad de la donación (*nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos*) y, al mismo tiempo, la naturalidad, la irrelevancia de la propia imagen de donante.

Pues bien, en la parábola escénica *El tacaño Salomón* (antítesis de *El rico Epulón*), el pobre y manirroto tallista Pelegrín reacciona con la locura de la entrega total (cuando le llega el golpe de suerte de una herencia inesperada): *“Nada para mí, para mí nada; ¡todo para el pueblo menesteroso!”*⁶²⁷ Y en un texto extraordinariamente revelador, Leré hace a Ángel el manifiesto de la caridad que regirá en la fundación Domus Domini:

“El exceso de trabajo no nos importa. Échenos usted viejos imposibilitados, enfermos corruptos, niños, mujeres de mala vida. Nos repartiremos los servicios, según los gustos y aptitudes de cada cual, para atender a todo. Que los asilados tengan libertad de salir cuando les plazca, a mí no me asusta. Que se prohíba el defenderse de los ultrajes, no es nuevo para mí. Que sea ley no temer el contagio de las enfermedades pegadizas, paréceme muy bien. Que nos hallemos a todas horas dispuestas a morir, es cosa de clavo pasado. Que estemos obligadas a dejar nuestra celda y nuestra cama a la menesterosa que llega, encaja perfectamente con la idea que tengo de la caridad.

⁶²⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El tacaño Salomón*. Acto II, escena VII. Obras Completas Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Pág. 823.

*Que no tengamos puesto en la mesa sino cuando no haya ninguna mujer hambrienta que lo ocupe, también me agrada...”*⁶²⁸

Ese manifiesto es el que el mismo Ángel ilustrará admirablemente con su práctica; por ejemplo, entre otros momentos, en el hecho y en el talante de su encuentro con el indeseable Zacarías y con el bandido huído Arístides, renunciando a su seguridad personal (y después a la violencia) y ofreciendo su ayuda incondicional a estos individuos, sin violar la justicia.⁶²⁹

El amor y el servicio de Benina a Doña Paca, al ciego Almudena y a los personajes que pueblan su mundo es exactamente de ese signo. La casi anciana sirvienta, sostén callado de la burguesa familia hundida en la miseria, maltratada por la arrogante señora, no sólo sirve incondicionalmente sino que ama y, además, hace esto con la más absoluta naturalidad: *“Si la señora se enojaba de veras (al saber que practicaba la mendicidad para llevar a casa algunos recursos), arrojándola de su lado, Nina se moriría de pena, porque no podía vivir sin Doña Paca, a quien amaba...”*⁶³⁰ El texto permite vislumbrar una de las cumbres del pensamiento del autor. Benina encarna la misericordia y todas las bienaventuranzas juntas; *“es por antonomasia la personificación de un mundo interior generador de rectitud, de libertad...”*⁶³¹ Con un trasfondo bíblico del Antiguo y del Nuevo Testamento y usando la dialéctica de la oposición de personajes, Galdós auna las tres dimensiones del misterio cristiano de la misericordia: la que Dios tiene respecto a los seres (Dios es absolutamente misericordioso), la que los hombres viven recibéndola de Dios (estar en la misericordia divina), y la que debiéramos tener unos con otros (ser misericordiosos). Estos tres aspectos los analiza (a propósito de la novela en cuestión) el trabajo antes citado de José Schraibman.

La creación galdosiana expresa también –con subido acento lírico y épico- esa concepción interior de la caridad en los delicados signos externos del gesto amoroso y de la comunicación de los bienes propios. Entre otros personajes representativos, Solita Gil de la Cuadra y el anciano Patricio Sarmiento, paupérrimo y quijotesco maestro, su vecino en la mísera vivienda madrileña, escriben juntos un altísimo poema de amor cristiano en el Episodio tantas veces ya citado *El terror de 1824*. Un poema que comienza con la acogida incondicional que brinda Sola al anciano, llevándolo a su casa, y que culmina, al final de la novela, en la última noche del pobre condenado a muerte (en capilla)

⁶²⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II.* o.c., pág. 603 Nada (y menos la vocación religiosa conventual) deberá impedir el ejercicio de esta caridad: v. pág 321-322

⁶²⁹ V. *Ángel Guerra. Vol II.* (Parte III, punto III). O.c. págs. 481 a 492

⁶³⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Misericordia.* O.c. pág. 255

⁶³¹ JOSÉ LUIS MORA GARCÍA, *Hombre, sociedad y religión*, o.c. pág. 43

y acompañando al viejo liberal hasta el cadalso en donde va a ser inicualemente injusticiado.⁶³²

Nos encontramos ante un amor que está más allá de los afectos espontáneos e inmediatos (como pudieran ser los de un enamoramiento). La figura emblemática de Salvador Monsalud –con la que se idéntica el escritor– ha aprendido a distinguir esos niveles de altitud de la misma actitud amorosa; y lo expresa al recibir gestos de una máxima entrega generosa. Refiriéndose al favor de haberle salvado la vida, dice a la extraña monja Sor Teresa de Aransis: *“Ofendería a usted –dice– si hablase el lenguaje vulgar de los afectos humanos. No. Si yo hablara (sólo) de amistad, de amor, rebajaría la grandiosa personificación de la caridad cristiana que veo delante de mí. Una memoria sagrada como la de mi madre, una veneración pura como la que nos inspira el Dios que a todos los hizo y la Virgen que a todos nos ampara, vivirán eternamente en mi corazón.”*⁶³³

Partiendo de la actitud honda de auténtico amor humano, contando con ella, el creyente cristiano eleva aún más esa actitud en dos direcciones (que se integran y superponen): albergando un sentido de fraternidad abierta, universal,⁶³⁴ y desarrollando esa relación en el ejercicio de un servicio generoso e incondicional a quienes lo necesitan. Esto es la caridad cristiana.

Tres grandes líneas de concreción de ese amor se destacan en los escritos de Galdós:

⁶³² -“Conste que no he solicitado esta amistad –dice Sarmiento–; conste que no podemos ser amigos .- Aunque no quiera serlo mío, yo me empeño en serlo de usted y lo he de conseguir –dijo Soledad sonriendo y hablando al viejo en el tono que se emplea con los chiquillos...”. “¡Cuidarme, conservarme aquí, darme asilo!... –murmuró Don Patricio con estupefacción y aturdimiento.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*, o.c. págs. 31-33) Y en los momentos finales, dentro del largo y magnífico discurso de despedida, el anciano dice a la joven: “Adorada hija, ... una sola cosa me afecta y entristece, nublando el esplendoroso júbilo de mi alma, y es que mañana dejaré de recrear mis ojos con la contemplación de tu angelical persona... Tú debes seguir viviendo; no ha llegado aún la hora de tu entrada en la mansión divina; llegará, sí, y entrarás, y el primero a quien verás en la puerta abriendo los brazos para recibirte en ellos amoroso y delirante será tu abuelito Sarmiento, tu viejecillo bobo. Y te llevaré a presencia del Padre de todo lo existente y le dire: ¡Señor, aquí la tienes; ésta es, mírala...” (o.c. pág. 210)

⁶³³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Un voluntario realista*. Episodio Nacional n. 18 (Altorrey. 1994. Págs.. 215-216) Actitud semejante de entrega natural de amor es la que manifiesta Francisco Penáguilas, padre del ciego Pablo (aun cuando la existencia plácida de este hombre discurre al lado y a espaldas de la dura vida en la cuenca minera asturiana): “Don Francisco hubiera dado sus ojos a su hijo, quedándose él ciego el resto de sus días, si esta especie de generosidades fuesen practicables en el mundo que conocemos.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*, o.c., pág. 111)

⁶³⁴ “Creo que has sentido tú lo mismo que yo; creo que en el moro muerto has visto el prójimo, el hermano”, dice Santiuste a su amigo Perico en un momento de la guerra de África, parafraseando, quizás la parábola evangélica del Buen samaritano” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Aitta Tettauén*, o.c., pág. 75).

1ª *La abnegación constante, silenciosa, que linda con la entrega heroica, ofreciendo a los demás lo que estos necesitan para sobrevivir y para vivir dignamente. Haciéndolo de la manera más justa.*

Evocando Episodios Nacionales y novelas largas, hemos aludido ya a tres figuras cumbre en las que el autor plasma emocionado la grandeza de un amor suavemente heroico que, de forma expresa procede de la fe auténtica, de una fe evangélica tan firme como pudiera serlo la del obispo Muriel en el primer capítulo de *Los Miserables*, de Victor Hugo. Me refiero evidentemente a nuestra ya conocida Sola, que compone e interpreta la verdadera línea musical de fondo de los diez Episodios Nacionales de la segunda serie, a la señá Benina, expresión de *Misericordia*, y a Nazarín (el *Nazareno*), humildísimo e independiente sacerdote que vive en la más pura entrega a los desgraciados de todo tipo y desde una absoluta pobreza. (Recordemos que los títulos y los nombres de Galdós son absolutamente expresivos y simbólicos).

A estos habría que añadir, sin duda, las conocidas figuras de Inés y Gabriel de Araceli perdonando al desalmado Santorcaz, de Siseta, de María y Agustín (en la primera serie de Episodios), de Salvador Monsalud y Benigno Cordero (en los últimos episodios de la segunda serie), de Demetria y Gracia, del mismo Fernando Calpena, del sacerdote Hillo y del noble Beltrán de Urdaneta (en la tercera serie)... En las novelas independientes, las de Gloria, Marianela, Amparo (en *Tormento*), Halma, Ángel Guerra y sobre todo Leré, etc. Y en el teatro: la reina Alceste (en la cumbre de la entrega), Sor Simona, Victoria, Bárbara, Celia, Electra, Beatriz... Y las de tantos otros prototipos de la abnegación y del sacrificio por los demás; personas que discurren con naturalidad y modestia o que entran por un foro discreto en la escena galdosiana, siempre para dicha de los espectadores (que se van entregado poco a poco al autor).⁶³⁵

Analizaremos brevemente algunos de estos modelos máximos.

Sola, o Solita, es una maravilla de la auténtica caridad abnegada, y resulta difícil objetar nada a la densidad de su amor humano y cristiano... ¡No podía el autor llamar de

⁶³⁵ Finalizando ya los Episodios Nacionales, en *La Primera República*, el autor hace el siguiente retrato de uno de los padres de la efímera República, Estanislao Figueras: “*Don Estanislao es el hombre más bueno y generoso del mundo. En él no se admira sólo la virtud pasiva que consiste en no hacer el mal. En su corazón arde el sentimiento de la caridad en su grado más efusivo. No acude a él ningún necesitado que no halle consuelo y socorro: los perseguidos por la justicia que solicitan su compasión le encuentran en El Saladero (cárcel) llevándoles el sustento y la esperanza. En los casos difíciles habla con los jueces, revuelve toda la Curia y no descansa hasta conseguir la libertad del preso. Si para los extraños es misericordioso, para los amigos no tiene límite su bondad. Practica el principio cristiano en toda su pureza, desentendiéndose en absoluto de la liturgia por lo que resulta, según el criterio de los neos, un ángel limpio, un santo anticlerical.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La Primera República*. O.c., pág. 105)

otro modo a la que durante diez novelas se encuentra sola, entregando, sin embargo, su vida a los que la rodean, con generosidad absoluta y fe explícita, esperando, ya sin esperanza, la respuesta del amor soñado, y siempre sin apenas medios para sobrevivir!

Huérfana y sin apoyo social alguno, encarna perfectamente todo el poema de la caridad de 1ª Corintios 13, añadiendo el más natural, fiel, secreto y honesto amor, que hasta el final de las diez novelas no será correspondido. Pero entonces, cuando eso ocurra, habrá renunciado a él, aceptando, sin la menor duda y por pura gratitud, casarse con otro hombre: con la persona buena que la ha protegido y que la ama (en realidad, como padre más que como novio), sacrificando por esa razón el verdadero y legítimo amor de toda la vida, un amor que en ese momento ya es posible; un poco al modo del sacrificio que hace Cyrano con su amor a Roxana, y, en última instancia, al modo del sacrificio que hace Abraham renunciando a su hijo por fidelidad a Yahvé.⁶³⁶

El segundo modelo de referencia en el orden del amor evangélico es la Señá Benina (o Nina), en *Misericordia*. Sin duda ella y la obra son uno de los más hondos poemas de amor que se han escrito en nuestra literatura. Siendo, además, un personaje atípico, porque se trata de una anciana, sirvienta doméstica y mendiga (antítesis de la Celestina), Galdós va a conseguir acercarse a la tipología de los bíblicos pobres de Yahvé bendecidos por Dios, de cuyo linaje espiritual sale Jesús, el Redentor; moviéndose en el universo de las bienaventuranzas, descritas en una sola palabra (que no aparece más que en el título de la novela): misericordia, clave de toda la obra. Una misericordia acompañada de todas las virtudes (paciencia, cariño, buen humor, capacidad de dignificar, eficacia, transformación del sufrimiento en esperanza, persecución aceptada serenamente, apertura liberal, encarnación...; encarnación que lleva a Benina a convivir en los suburbios madrileños con una persona que reúne para la sociedad burguesa de aquella época y de la actual todas las condiciones negativas porque es viejo, marroquí, musulmán, pobre, ciego, sarnoso, y encima se llama Almudena.⁶³⁷

La práctica de Benina coincide con el programa que Leré ofrece a Ángel como colaboración suya y de sus hermanas religiosas al proyecto de comunidad eclesial que éste sueña (*Ángel Guerra*). Ese proyecto evangélico tiene la impronta de un enorme sacrificio existencial por amor, por asumir una vocación de servicio incondicional que se aproxima a la utopía; nunca se da al sacrificio en si mismo un valor redentor ni un sentido expiatorio. Y en algunos casos, como en el momento de la muerte de *Marianela*, significa la íntima renuncia amorosa a la más legítima de las ilusiones, para ayoyar –bendecir– la necesaria felicidad de otros. Son patéticos y sobrecogedores los últimos instantes de la Nella:

⁶³⁶ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, el Episodio Nacional n. 19, *Los Apostólicos*.

⁶³⁷ A propósito de *Misericordia*, ver los dos notables estudios de la novela por MARÍA ZAMBRANO en *La España de Galdós* (Ed. Endimión, Comunidad de Madrid. 1988)

*“La enferma alargó entonces su mano, tomó la de Florentina y la puso sobre su pecho; tomó después la de Pablo y la puso también sobre su pecho. Después las apretó allí, desarrollando un poco su fuerza. Sus ojos hundidos, los miraban; pero su mirada era lejana, venía de allí abajo, de algún hoyo profundo y oscuro. Su respiración fue de pronto muy fatigosa. Suspiró oprimiendo sobre su pecho con más fuerza las manos de los dos jóvenes... -¡Oh! ¡qué horroroso misterio! (dice Florentina; y responde Teodoro) – No; misterio no. Es el horrendo desplome de las ilusiones, es el brusco golpe de la realidad... que se ha interpuesto, al fin, entre esos dos nobles seres (entre el amor de Nela y de Pablo).”*⁶³⁸

Con otro tono y connotaciones distintas sería el sacrificio de Bárbara (*Bárbara*) y el de Victoria (*La loca de la casa*), ambas bastante parecidas, y el de Alceste (*Alceste*) dando su vida por el reino y por su esposo.

Nazario (Don Nazario, o Nazarín) es para Galdós en la novela de ese nombre la figura que encarna a Jesús de Nazaret en la entrega de cada instante a los enfermos de cualquier clase y condición social (a los leprosos, por ejemplo, que en la obra galdosiana son apestados); y en su libertad frente a la institución religiosa judía. Y esto desde la pobreza absoluta, la itinerancia y la compañía de mujeres marginadas por su anterior vida. Una existencia así conduce inevitablemente a la persecución y a la cruz; y, clavado ya en ella, al encuentro con el buen ladrón del Calvario, con el “sacrílego” de la novela. Ahí, rodeado de “los miserables”, Nazarín celebrará su Eucaristía mística. El simbolismo del amor cristiano es casi perfecto.

Junto a los anteriores, el dúo Ángel y Leré protagonizan la misma entrega heroica a los más pobres y enfermos en nombre de su opción cristiana, rivalizando en la dignificación de aquellos a quienes asisten. En el diálogo duro con un personaje opuesto, Ángel se niega a admitir una contraprestación servil: *“Yo no compro esclavos. Prefiero tenerte por amigo, que es lo que me manda Jesucristo, verdadero Señor de nuestros cuerpos y de nuestras almas.”*⁶³⁹

El mismo Ángel describe y define perfectamente la auténtica caridad, contemplando cómo la vive una persona sencilla y anónima. Merece transcribirse el pasaje íntegro:

“La vecina que se prestó a cuidar a María Antonia sin retribución alguna era una mujer dispuesta y agradable como pocas, alma expansiva, corazón puro, joya oscurecida

⁶³⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*, o.c. págs. 235-237. Tratan la perspectiva del sacrificio por amor y para el amor: BIEDER, MARYELLEN, *El sacrificio: tema y recurso dramático en la obra teatral de Benito Pérez Galdós. 1892-1903*, y FERNÁNDEZ SEIN, ANA H., *Tríptico de sacrificio: una lectura comparada de algunos finales galdosianos*. Ambos trabajos en las Actas de III Congreso I.E.G. 1985, Cabildo de Gran Canaria, págs. 383-389 y págs. 209-217 respectivamente.

⁶³⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II*. O.c. pág. 590

y olvidada, como otras mil, en medio de la tosquedad de las muchedumbres populares. Sentíase Guerra humillado por aquella mujer que practicaba la caridad sin ninguna petulancia, que se sacrificaba por sus semejantes sin dar importancia al sacrificio, que era buena sin decirlo y hasta sin saberlo...”⁶⁴⁰

Queda claro para el autor que la condición evangélica de la caridad es el anonimato de la entrega y el silencio.⁶⁴¹

Resulta también notable que el amante fiel de Fortunata, Maximiliano Rubín, entienda que la primera ayuda que debía prestar a su amada (para rehabilitarla) era permitirle que se acercase a la cultura.⁶⁴²

Es decir, para Galdós el ejercicio de la caridad es lo más opuesto al poder paternalista sobre el otro o a la sutil humillación del pobre que se oculta en la limosna. El hecho objetivo de dar dinero o bienes no tiene valor si no viene impulsado por el corazón y por la humildad. Es la advertencia que hace Gamgorena a Torquemada: *“aunque fuera una cifra de millones, no bastaría si el acto no significara, al propio tiempo, un movimiento espontáneo del corazón, si no lo acompañe la ofrenda de la conciencia purificada. Esto es muy claro.”*⁶⁴³

La no tan ingenua Celia, rica heredera que huye de su alto mundo burgués, lo intenta vivir desde la encarnación:

*“En ese mundo quiero penetrar, Pastor; a esos abismos quiero descender para conocer por mí misma el sufrimiento de los que nada poseen... Yo estoy preparada; bajo a los infiernos con un entusiasmo, con una ilusión que no puedo explicarte; en este maldito cielo donde me ha encasillado mi destino, me moriría de tristeza si no escapara de él como alma que lleva el Diablo.”*⁶⁴⁴

Pero quizá es en *Marianela* donde aparece de la más manera más expresa y, sin duda, extraordinaria, el pensamiento de Galdós sobre el ejercicio de la caridad verdadera y cristiana. Florentina (personaje último decisivo en el drama, diferente y a la vez *alter ego* de la pobrísima y transcendental Nela) dice:

⁶⁴⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II. O.c.* pág. 580 Una descripción semejante aparece en *Misericordia*, referida a “Benina” (O.c. pág. 229)

⁶⁴¹ Aun dentro de la incógnita que envuelve la vida de Tomás Orozco, resulta incuestionable su ejercicio de la caridad: *“Hace mucho bien, siempre guardando el secreto para que no lo sepa la gente, porque le molesta que de ello se hable, y ni aun admite que los favorecidos le den las gracias. Inventa mil arbitrios sutiles y delicados para hacer llegar sus beneficios a ciertos menesterosos...”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La incógnita*. Ed. Rueda. Madrid 2001. Pág. 111)

⁶⁴² *“De todo lo que el enamorado pensaba hacer para la redención de su querida, nada le parecía tan urgente como enseñarla a escribir y a leer bien.”* PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta, Vol. I. o.c.* pág. 491

⁶⁴³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada y San Pedro. O.c.*, pág. 641

⁶⁴⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Celia en los infiernos*. Cátedra. Madrid. 2006. Pág. 364

*“Yo quiero socorrer a la Nela, no como se socorre a los pobres que se encuentran por el camino, sino como se socorrería a un hermano que nos halláramos de manos a boca... Quizás me tenga que quedar a vivir aquí para siempre. Si es así, la Nela vivirá conmigo; conmigo aprenderá a leer, a rezar, a coser, a guisar; aprenderá tantas cosas, que será como yo misma. Y entonces, no será la Nela, sino una señorita.”*⁶⁴⁵

Hay todavía un matiz más, esencial, en el amor de caridad (en el amor con una espontánea dimensión cristiana), y es que éste no puede desarrollarse sin un radical esfuerzo de comprensión y estima del otro, por muy pobre y defectuoso que este otro sea. El ser humano -todo ser humano!- es siempre excepcionalmente digno; posee, además, capacidades insospechadas de bondad y de bien. Lo que ocurre es que hay que acercarse a él con mirada profunda y respetuosa para detectar ese valor; y esto no es frecuente. *“Tú y tus amigas rara vez os acercáis a un pobre para saber de su misma boca la causa de su miseria –dice Teodoro Golfín a su hermana Sofía, en Marianela- ..., ni para observar qué clase de miseria le aqueja, pues hay algunas tan extraordinarias que no se alivian con la fácil limosna del ochavo.”*⁶⁴⁶

Pero este modo de aproximación y de mirada al otro debiera surgir en el espíritu cristiano invadido de amor casi naturalmente, más que como un acto razonado y voluntarioso. Así surge en Nela, dejando sorprendido al lector precisamente cuando la adolescente se siente más desconcertada y perdida (porque se le acaba de arrebatar el amor que llenaba su vida): *“En su rudeza pudo observar que el conflicto en que estaba su alma provenía de no poder aborrecer a nadie. Por el contrario érale forzoso amar a todos, al amigo y al enemigo; y así como los abrojos se trocaban en flores bajo la mano milagrosa de una mártir cristiana, la Nela veía que sus celos y su despecho se convertían graciosamente en admiración y gratitud.”*⁶⁴⁷ Pocas páginas de nuestra literatura expresan una radicalización tan natural y honda del amor.

Por las mismas razones la caridad debe desmontar los juicios condenatorios que la sociedad (la gente, en general) vierte no ya sobre las acciones sino sobre las personas que cometen graves equivocaciones y faltas, entre éstas el suicidio. Rectificando la condena que se ha hecho de la madre de Marianela a causa de su muerte desesperada, el autor (siempre por boca de Teodoro) escribe: *“El suicida merece la más viva, la más cordial compasión...; bueno será indagar qué causas le llevaron a tan horrible extremo de desesperación, y se observaría si la sociedad no le ha dejado abierta, desamparándole en absoluto, la puerta de ese abismo horrendo que le llama.”*⁶⁴⁸

⁶⁴⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*. Cátedra. Madrid. 2005. Pág. 183.

⁶⁴⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*, o.c., pág. 142

⁶⁴⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*, o.c., pág. 192

⁶⁴⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*, o.c., pág. 143

Por otra parte, es preciso señalar que para Galdós la exigencia cristiana de la donación de los bienes poseídos es una obligación ineludible y un derecho adquirido de quienes no poseen lo necesario. Esta convicción se presenta como el comienzo del itinerario de conversión creyente al amor. Así se lo propone Leré a Ángel (en un texto ya citado, que ahora completamos): *“Hay muchos que carecen de pan, de hogar y de vestidos; y todo aquel que poseyendo bienes de fortuna retiene una gran parte de ellos, viendo morir de hambre y de frío a tantos infelices, peca.”*⁶⁴⁹ El pensamiento es claro y contundente y evoca palabras de los Santos Padres.

2ª *La renuncia ardua (incluso heroica) al propio interés, por el bien del otro.*

En tono mayor -aunque negando Galdós la validez del sacrificio- Victoria (*La loca de la casa*) renuncia a su sincera vocación religiosa y decide entregarse en matrimonio al personaje más odioso y detestable de la obra, sin amor erótico alguno por él, sólo con el fin de salvar de tal enlace a su hermana y de salvar de la ruina a su egoísta padre. Una vez casada, hará todo lo posible por llegar a amar y redimir a ese esposo al que empieza a llamar -no sin cierto cariño- “mi monstruo”. Merece la consideración del autor desde el momento en que se trata de una opción libre de la joven.

En un tono algo menor, pero también excepcional, debemos recordar de nuevo al apacible comerciante Don Benigno Cordero, viudo y con niños muy pequeños, héroe de uno de los levantamientos liberales populares en Madrid (en la década ominosa, frente al mismo absolutismo que llevó al cadalso a nuestra Mariana Pineda). Representa, sin duda, las mejores virtudes de la paternidad responsable y de la naciente burguesía laboriosa y liberal de la nueva España, pero también y sobre todo, la impresionante grandeza y generosidad de espíritu que le llevan, en nombre expreso de su fe cristiana, a renunciar a la promesa agradecida de matrimonio que le ha hecho Sola, y a cuidar y disponer con una esplendidez de espíritu absoluta el encuentro definitivo del amante Salvador con la joven, serenando su propio dolor y gozando de la felicidad ajena. Es impresionante la solemne declaración que hace a la muchacha:

“Dicen que yo fui héroe en cierta ocasión; pues aquello de Boteros es tortas y pan pintado en comparación de este arranque de energía que acabas de ver, hija mía, porque esto me ha costado más luchas... No se renuncia sin trabajo a un bien seguro, a un bien tan delicioso, a todo lo que me prometían tu juventud, tu cariño leal, tus méritos inmensos, tu belleza... En fin, he creído amarte mejor y servirte mejor, y amar y servir mejor a Dios, dándome a ti por padre antes que por esposo... Y aún me queda otra cosa mejor que decirte. Esto que he hecho sería incompleto, muy incompleto, si quedara así... Al hacerte mi hija quiero llenar el vacío que hay en tu existencia y poner a tus sentimientos la corona que has ganado; quiero llenar de felicidad hasta los bor-

⁶⁴⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. I. O.c.* pág. 171

*des ese vaso de tu vida...; quiero casarte con el hombre que amas, con ese de quien yo puedo asegurar que te merece.”*⁶⁵⁰

Lógicamente Benigno Cordero es la antítesis de otro personaje coetáneo, que en este caso se llama Felicísimo Carnicero, avaro, ultraconservador y de corazón durísimo, que muere sepultado por su propia casa en ruinas, imagen, sin duda, de la vieja España que debe derrumbarse.

El amor de Monsalud se eleva también al grado máximo cristiano (superior incluso al de la Señá Benina al final de *Misericordia*) en la última etapa de la vida de Carlos Navarro. Nos sobrecoge la capacidad de perdonar al hermanastro, a quien siente ya como hermano, pasando por encima del odio que éste le profesa y de los repetidos atentados que ha cometido contra él. Salvador va a asistirle en su última enfermedad y en su muerte, estando a su lado día y noche; se va a vivir con él a la otra punta de España (que es la Navarra carlista) y –por esta causa- retrasa indefinidamente el anhelado cumplimiento de su legítimo amor (la boda con Sola), sin que a excepción de Dios nadie sepa ni comprenda este sacrificio que, además, va a ser interpretado como deserción.

Con un esquema literario casi idéntico, al final de la tercera serie de Episodios, el protagonista Fernando Calpena hará lo mismo: de común acuerdo con su prometida Demetria, aplazará *sine díe* la boda tan dolorosamente forjada y esperada, para correr la aventura de encontrar al amigo perdido (Santiago Íbero) y recomponer la relación de éste con Gracia que se halla abatida por la injusta separación.⁶⁵¹

3ª *El amor a los enemigos, sello de autenticidad de la caridad cristiana.*

Si hay algún distintivo notablemente original en el mandamiento del amor brindado por Jesús éste es, sin duda, el amor a quienes nos persiguen o insultan, el amor a los enemigos de cualquier índole (religiosa, ideológica, étnica, sociocultural o económica); especialmente el amor a quienes nos han hecho mucho daño. Pues bien, así es el tipo de amor que propone con total claridad la obra de Galdós. Nunca “el honor de la venganza” que propone Shakespeare en su *Hamlet* o en alguna otra de sus tragedias.

Estamos ante un registro emocionante y sorprendente de la literatura realista –precisamente la española- quizá único por su constancia y por la intensidad de las tramas.

Acabamos de recordar la actitud de Salvador respecto a su enemigo Carlos (las dos Españas rotas)... A lo largo de los Episodios de la tercera serie sucede algo semejante. El protagonista Fernando mantiene apasionadamente su enamoramiento por Aura, que

⁶⁵⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional nº 20, *Un faccioso más y algunos frailes menos* (Historia 16. Altorrey. Madrid. 1994, págs. 134-135.

⁶⁵¹ Ver PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los Ayacuchos*, Episodio Nacional n. 29 (Historia 16-Caja de Madrid. 1995. Págs. 116-117)

ha sido secuestrada por la familia y alejada violentamente de él, y lucha contra toda clase de dificultades externas que se oponen a ese amor correspondido. Al fin, casi al final de la saga, la descubre en Bilbao, ya casada medio a la fuerza con Zoilo Arratia, pero serena y feliz madre. ¿Qué va a ocurrir?. Por una serie de circunstancias de la guerra, Fernando, oficial del ejército isabelino, libera y protege a Zoilo y a su anciano padre carlista cautivos y condenados a muerte; les prepara la evasión y recomienda a Zoilo que cuide y ame mucho a Aura, dando él dolorosamente por muerto ese amor que aún está vivo.⁶⁵²

Ya aludimos antes al reencuentro final de Inés, Gabriel y Amaranta (enemiga acérrima del joven hasta ese momento) con el terrible Luis de Santorcaz, padre biológico y posesivo de Inés.⁶⁵³

Por su parte, Benina no tendrá que esforzarse mucho para perdonar a Doña Paca (que ya es enemiga de la anciana porque ha descubierto que practica la mendicidad); y actúa así sencillamente porque la quiere. Angel acogerá en su cigarral toledano (convertido en comunidad de pobres) a los dos facinerosos que han maquinado contra él, que le roban y que terminarán por herirlo de muerte, dejándoles hacer y perdonándolos. Lo mismo hará Nazarín maltratado en el calabozo.

Hechos de este tipo se narrarán a lo largo de toda la producción del escritor.

Con otro acento, el grito desgarrador de toda la novela *Gloria* es precisamente el que pide amor y comunión entre los enemigos religiosos ancestrales que son todavía el catolicismo y el judaísmo. Y en el Episodio *Aita Tettauén* (que narra la absurda e injusta guerra de África) se volverá a insistir sobre esta alianza pendiente de las tres religiones (el Islam, el judaísmo y el catolicismo).

Debemos detenernos algo más, todavía, en la figura de Salvador Monsalud, porque éste y su hermanastro Carlos Navarro representan vivamente las dos Españas enemistadas de forma irreconciliable, empeñadas en una guerra sin fin que asegura un destino trágico para todos los ciudadanos (agudizado en determinados momentos de la historia); ese destino parece lograr que “ser español sea inevitablemente ser enemigo de otro español”. Y la España encarnada en Salvador Monsalud (“mi salvación”), al fin fraterna y abierta, verdaderamente liberal y progresista, cercana al pensamiento cristiano,

⁶⁵² “En la exaltación de su júbilo llegó a creer Sabino que el misterioso arriero bienhechor (Fernando Calpena) no era persona de este mundo, sino un ángel tiznado, un ordinario celestial que traía encargos del Cielo para repartir entre los mortales, preparando el reinado de la paz... - Chico –dijo Fernando a Zoilo- no hagas la tontería de decir a tu padre quién soy... Al partir (estos) sintió la tristeza que acompaña al acto de enterrar a un muerto querido” PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Vergara*, Episodio Nacional n. 27 (Historia 16-Caja de Madrid. 1994. Págs. 198-199). Es impresionante el pasaje anterior en el que “Fernando” apremia a “Zoilo” a que obtenga el amor absoluto de “Aura”, a lo que el tremendo vizcaino declara: “Ya ve como usted y yo hemos venido a ser amigos” (o.c. pág. 91)

⁶⁵³ V. B.P. Galdós: el Episodio Nacional n. 10, *La batalla de los Arapiles*, ya citado. El amor a los que nos aborrecen es la primera lección que enseña Lorenza (Leré) al difícil converso Angel, y lo razona: “No hay más que un prójimo, el hombre, sea quien sea.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol.II. O.c. pág. 361).

quedará sumida en un interminable compás de espera, debiendo, además, purificar su alma.

En efecto. ¿Por qué ha otorgado Galdós este nombre reduplicativo y un tanto extraño al personaje: “salvador – mi salvación”? Sin duda alguna, porque este hombre es el único capaz de superar la enemistad desde el amor. Y esa onomástica, así constituida, es exactamente la alternativa cristiana que debiera darse a cualquiera de nuestros nombres, es esencialmente cristocéntrica. Aunque el protagonista no sea presentado como persona que se mueve dentro del ámbito de la institución religiosa.

Salvador es lo contrario de un mito germano. Es el hombre de extracción muy humilde y de madre soltera y engañada (España), humillado en sus carencias, ingenuamente liberal, incluso algo libertino y masón en una primera etapa de su vida, conspirador por las libertades siempre, incierto en buena parte de su ideología, honrado y honesto con una honestidad que crece lenta pero firmemente hasta alcanzar cotas de generosidad extrema, creyente a su manera y respetuoso de la religión, pero no practicante, crítico de todo el mundo social y religioso que lo rodea (tanto el mundo eclesiástico como el de las sociedades secretas del momento y de la política), libre, enamorado profundamente, con un sentido de su indignidad para el amor verdadero... Antítesis progresiva - pero abierta al retorno- de su hermanastro Carlos Navarro que simboliza el tradicionalismo más duro, incluso la religiosidad al servicio del odio.

Salvador, distante y a la vez cercano a la figura del Don Juan ya amante verdadero de Inés, llega por fin al sereno éxtasis de la caridad cristiana. Y llega, igual que el personaje de Zorrilla, gracias a la hondura mística de una mujer, del amor de Sola. Y por eso se recupera: se puede llamar “Salvador que salva” ; curiosamente después de haber recorrido e integrado la totalidad de la geografía y de la historia española, de haber participado en todas las luchas por conquistar la libertad y a punto de entrar ya en la más sangrienta, estéril e inútil de todas nuestras guerras, que fue la del carlismo (representado aquí por Carlos y el padre de ambos, Fernando Garrote). Salvador va a intentar desesperadamente, hasta el último instante, evitar la confrontación bélica y procurar la reconciliación con su hermanastro al que él ya ama al menos racionalmente. Pero es demasiado pronto para soñar en paces (ni siquiera en el efímero abrazo de Vergara).

La exigencia del amor a los enemigos se hace rotunda e implacable en el alegato de la religiosa Leré al dubitativo Ángel Guerra:

“Se trata de imitar a Jesucristo, y no necesito decir más. O le imitamos o no le podemos adorar como es debido. ¿Está usted dispuesto a imitarle? Pues empiece por amar a los que le aborrecen: empiece por pisotear su orgullo; empiece por no hacer distinciones en el prójimo. No hay más que un prójimo, el hombre, sea quien sea; si es samaritano, mejor... Y no sólo pedirle perdón, sino favorecerle en cuanto haya menes-

ter, auxiliarle si se ve en necesidad, tratarle, en fin, como la persona a quien usted más quiera.”⁶⁵⁴

¿Puede pedirse más a una teología cristiana de la caridad?

2.2 De dónde viene y adónde lleva el amor cristiano.

El amor –todo amor que merece tal nombre- es divino, adentra en una atmósfera reconfortada por Dios, por el Dios Padre de Jesús. Ésta es una vivencia constante de los personajes galdosianos, a veces con un tono que nos parece demasiado ingenuo, pero indudablemente creyente.

a) El amor, su más alta y verdadera práctica, viene también de Dios.

Por su amor romántico juvenil, transido, sin embargo, de una fe cristiana cándida en medio de la desgracia y de la oposición familiar, (y en un estilo tan contrario a la tragedia shakesperiana de Romeo y Julieta), hay que señalar a María -o Mariquilla-, la del Episodio *Zaragoza*. Es oportuno citar el diálogo entre ésta y Agustín, antes de que se produzca la muerte de la joven durante el sitio de la ciudad por los franceses.

“- El corazón me dice que hemos pasado las amarguras de nuestra vida y que ahora tendremos días tranquilos. Esta mañana fui al Pilar, parecióme que la Santa Señora me miraba y se reía. Después salí de la iglesia y un gozo muy vivo hacía palpitir mi corazón..., miraba a los heridos, y se me figuraba que todos se volvían sanos; miraba a las gentes, y en todas creía encontrar la alegría que se desbordaba en mi pecho... – Lo que dices es la verdad –exclamó Agustín- estrechando a Mariquilla amorosamente contra su pecho. Tus presentimientos son leyes; tu corazón identificado con lo divino, no puede engañarnos.” Y en otro pasaje de la novela razona Agustín: *“Confiemos en llegar al cumplimiento de nuestro deseo por caminos desconocidos, con la ayuda de Dios y cuando menos lo parezca... Llenos de fe en Dios y en el poder de nuestro amor, aguardemos el milagro que nos ha de unir, porque será un milagro, María”*⁶⁵⁵

Pero el dúo María – Agustín tendrá una réplica dolorosa en los amores de Gloria y Daniel (en *Gloria*), cercanos en bastante medida a los de Romeo y Julieta; amores cuya imposibilidad la atribuyen los personajes a Dios o mejor, a la incompatibilidad sentida por ellos entre el Dios de los cristianos y el Dios de los judíos; hecho que convierte el autor en la más dura crítica del antisemitismo hispano y católico.⁶⁵⁶

⁶⁵⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol.II*, o.c., pág. 361.

⁶⁵⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio nº 6. *Zaragoza* (Alianza Editorial. Madrid. 1995. págs. 83 y 156-157)

⁶⁵⁶ Ver especialmente los capítulos 35 y 37 de la Primera Parte de *Gloria*, B.P. Galdós (Alianza Ed. Madrid 1999, págs. 196 ss. Y 206 ss.)

Quedará claro que para Galdós es Dios quien activa el amor.

Abierta ya la posibilidad de expansionar sin obstáculos el cariño entre nieta y abuelo, el conde de Albrit exclama: *"Es que Dios me abre el pecho de un puñetazo y se mete dentro de mí... Es tan grande, tan grande... ¡ay!, que no cabe"*; y la pequeña "Dolly" le responde: *"Si Dios entra en tu corazón, allí encontrará a Dolly con su patita coja... Abuelo, abuelo mío, cuando todos te abandonan, yo voy contigo."*⁶⁵⁷

De nuevo Inés y Gabriel juntos (último Episodio de la primera serie), es el joven quien habla evocando el amor efímero y superficial de otro personaje: *"Si nos viera juntos, si viera cómo nos amamos por bendición especial de Dios, si viera este cariño nuestro, superior a las contrariedades del mundo, comprendería cuánta diferencia hay de sus chispazos poéticos a esta fuente inagotable del corazón, a esta luz divina en que se gozan nuestras almas."* Y el amor vivido con esta perspectiva creyente conduce por sí mismo a una cierta visión mística, que, en definitiva no sería más que la verificación de las palabras de la 1ª Carta de San Juan –"El que ama ve a Dios". Continúa, pues, así el texto anterior: *"Ambos nos miramos. Un cielo lleno de luz divina y de inexplicable música de ángeles flotaba entre uno y otro semblante... Si es posible ver a Dios, yo lo veía, yo."*⁶⁵⁸

b) El amor conduce hacia Dios.

Al menos, el amor de caridad del que habla Galdós es intuitivo como un signo fehaciente de la cercanía bondadosa de Dios. Soledad, dirigiéndose a Salvador, dice: *"Eres para nosotros la prueba viva que Dios da de su bondad a las criaturas que no quiere abandonar."*⁶⁵⁹ Y el viejo maestro testifica solemnemente en el juicio que se lleva contra él, refiriéndose a su hija adoptiva Sola: *"¡Admirable solución de la Providencia! Yo creía haberla perdido, y la encuentro junto a mí en la hora culminante de mi vida... Dios, que dispone todas las grandezas, así como el hombre es autor de todas las pequeñeces, ha dispuesto que este ángel divino me acompañe también ahora."*⁶⁶⁰ La naturalidad del amor inserta a Benina en Dios con la misma naturalidad: *"Todo es de Dios"*, y a la queja amarga de Paca contesta: *"Lo mismo hace conmigo. Pero yo no lo llevo a mal, señora. ¡Bendito sea el Señor, que nos da el bien más grande de nuestros cuerpos: el hambre santísima!"*⁶⁶¹

⁶⁵⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El abuelo*, o.c. págs.. 250-251 En un sentido parecido pone el autor en boca de Martín esta expresión, cuando, al fin (tras muchas dificultades), llegan a una convergencia de pensamiento y de corazón Susana y él: *"Alguna deidad existe que nos ha protegido esta noche y nos ha inspirado"* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El Audaz*, Ed. Hernando S.A. Madrid 1982, pág. 255).

⁶⁵⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La batalla de los Arapiles*, o.c. pág. 176 y pág. 254 Lo que recuerda a la Rima XVII. 50 de G.A. Bécquer, sin duda conocida por Galdós: *"Hoy la tierra y los cielos me sonrien, / hoy llega al fondo de mi alma el sol, / hoy la he visto... La he visto y me ha mirado.../ ¡Hoy creo en Dios!"*

⁶⁵⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Siete de julio*. Episodio Nacional n. 15 (Historia 16-Caja de Madrid. 1994. Pág. 18).

⁶⁶⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*, (o.c. pag. 144)

⁶⁶¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Misericordia*, cap. VI. Ed. de Santiago Fortuño. Madrid 2004, pág. 62

Este sentido revelador de la divinidad que tiene la persona amante se repite en la obra galdosiana con fuertes acentos líricos y teológicos: en *Doña Perfecta*. el personaje principal, Pepe Rey, -con el que se identifica plenamente el autor- exclama, dirigiéndose a su prima “Rosarito”: “*Tú te empeñas en que no vales nada, y eres una maravilla. Tienes la cualidad admirable de estar a todas horas proyectando sobre cuanto te rodea la divina luz de tu alma... Viéndote, se ve una vida celeste que por descuido de Dios está en la tierra.*”⁶⁶²

Con la figura de Rosaura, en la novela *Casandra* (no en el drama), aparece la religiosidad naciendo del sentimiento caritativo, cuando éste conduce a un desprendimiento tan absoluto de sí mismo que sólo se reconforta en la idea de un Dios amante y garante de la vida personal. “*El sentimiento de humanidad que me abrasa me ordena (me impulsa a) estas devociones que practico sin darme cuenta de ellas.*”⁶⁶³

La elevación natural del amor humano a la esfera divina añade –en la literatura galdosiana- una posibilidad sorprendente e inesperada: el amor puramente espiritual a la mujer, a una mujer que podría ser amada como pareja única. Durante toda la segunda parte de *Ángel Guerra* el escritor nos plantea la duda sobre el realismo de esa posibilidad de amor del protagonista a Leré; al final de la obra se resuelve la incertidumbre haciéndonos ver que lo que Ángel ha vivido no es más que una sublimación religiosa del enamoramiento, sincera aunque equivocada. Pero, entre medias, sí ha aparecido ese amor excepcional hacia la joven, exento de cualquier sensualismo o interés propio, situado más bien en el buen sacerdote amigo Don Tomé. Francisco Ruiz Ramón, en un excelente análisis de este personaje, escribe:

“*Nos interesa mostrar cómo es posible el puro amor espiritual a la mujer. Guerra y Don Tomé son dos tipos radicalmente distintos de hombre: el primero tiene la experiencia del mal, en su concreción de pecado carnal; y el segundo jamás la ha tenido, en él no existe ni ha existido nunca nada que trascienda a sensaciones de amor físico o sensual. Sólo en una naturaleza angélica así será posible el misticismo puro. Y Leré, en este sentido, también es una naturaleza angélica. Pero estos tipos son figuras excepcionales ‘de otros tiempos’... Ambos confiesan una experiencia idéntica: sentirse arrebatados por la ‘sobrenatural’ y ‘divina’ Leré. Y he aquí que cada uno de ellos envidia al otro.*”⁶⁶⁴

⁶⁶² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Doña Perfecta*. (Cátedra. Madrid. 1993. Pág. 118) En el Episodio Nacional *O'Donnell* “Juan Santiuste” afirma rotundamente: “*La caridad, hija del cielo, es la cadena de oro que une al Criador con la criatura.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *O, Donnell*. Historia 16-Caja de Madrid. 1995, pág. 171)

⁶⁶³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Casandra* (novela). O.c.,pág. 1009)

⁶⁶⁴ RUIZ RAMÓN, FRANCISCO, *Tres personajes galdosianos*. *Ensayo de aproximación a un mundo religioso y moral*. (Revista de Occidente. Madrid. 1964. Págs. 97-98)

Nos parece, pues -distanciándonos algo del pensamiento de Soledad Miranda-, que no es laica la caridad que viven los grandes personajes galdosianos, aunque sí pueda considerarse natural; por ejemplo, la actitud de Nela respecto al ciego Pablo, en *Marianela*. Ya hemos verificado en casi todas estas figuras admirables una referencia expresa (fuerza interior o perspectiva) de carácter religioso cristiano.⁶⁶⁵

c) El amor de caridad reconstruye el orden social.

En el plano no ya sólo individual sino social nuestro autor tiene muy claro que sólo la utopía del amor cristiano puede aportar una solución al destrozo en que se halla la sociedad. En la conversación que mantienen el buen clérigo Juan Casado y Angel Guerra éste expone su proyecto:

*“Don Juan, no sé cómo usted no lo comprende. La aplicación rigurosa de las leyes de caridad, que Cristo Nuestro Señor nos dio, aplicación que hasta el presente está a la mitad del camino entre las palabras y los hechos, traerá de fijo la reforma completa de la sociedad, esa renovación benéfica que en vano buscan la política y la filosofía... Si Dios se hizo Hombre, tiene que hacerse Sociedad.”*⁶⁶⁶

Aunque esa transformación social tenga que suceder lentamente...

Este planteamiento aparecerá también de una manera expresa en todas las obras que tienen un marcado carácter social; por ejemplo, en la novela *Halma* o en dramas como *Casandra*, *Celia en los infiernos*, *La loca de la casa*, etc.

El acto de misericordia individualizada se contempla y valora como un hecho transcendente para el bien de la humanidad en su conjunto; lo que revela una visión extraordinariamente elevada de la caridad. *“Lo que hagamos para enaltecer a este pobre ser y mejorar su condición –dice Teodoro Golfín en Marianela- entiéndase hecho en pro de una parte no pequeña del género humano.”*⁶⁶⁷

d) Otras perspectivas. Imperativos del amor de caridad.

Sin dejar el realismo de la narración, Galdós sugiere que esos procesos de entrega generosa confieren al amor humano un cierto carácter divino. O, al menos, que existe una coincidencia entre ellos y el Evangelio; y, por supuesto, que se trata de una exigencia radical para los creyentes.

⁶⁶⁵ SOLEDAD MIRANDA GARCÍA desarrolla su análisis de la caridad en Galdós en el capítulo *Galdós: caridad laica*, de su libro *Galdós y la religiosidad de su época* (O.c.)

⁶⁶⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Volumen II. Alianza Editorial. Madrid. 1986. Pág. 606. 608. (Y, algo más adelante añade con realismo: *“Yo no mido el tiempo futuro; no sostengo que sea tarde ni temprano. Señalo la idea y sus probables desarrollos.”* (pág. 609). Lo que expresa a su manera (y a propósito de la lucha de clases) el revolucionario Martín Muriel: *“Ya comprendo que el odio no resuelve ninguna cuestión, ni cura ninguna herida, ni dulcifica ninguna pena. Los hombres no han de ser iguales destruyéndose, no; no ha de haber nunca igualdad en el mundo sino por el amor.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El audaz*. O.c., pág. 288)

⁶⁶⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*, o.c., pág. 228

Parece querer indicar también que esas conversiones al amor humano-cristiano podrían representar un rasgo frecuente —el mejor— de la fisonomía hispana con la que él se identifica; es decir, que debiera brindársenos como posible identificación en cuanto españoles. Como si dijera: el español tiene que hallarse a sí mismo en referencia estrecha a una dinámica honda de amor. Porque en todas las vivencias amorosas que narra hay un punto de partida similar: en España casi todos somos o nos hallamos huérfanos de algo muy querido, en luto de hermanos desaparecidos, o viudos, o hermanastros de alguien..., estamos solos y debemos construir desde la soledad la vida mediante el amor. A casi todos nos faltan, además, muchos elementos de dignificación social y psicológica (por más que pretendamos ocultar esas carencias); dignidades que se nos otorgarán si nos sentimos amados y si acertamos a amar. Y, en un momento dado, casi todos somos también capaces de albergar (desde esa condición humilde consciente, desde el reconocimiento de nuestras ausencias, carencias y errores) actitudes y modos de ser elevados que pueden coincidir con lo más esencial del Evangelio de Jesús. Es decir, podemos reencontrar el cristianismo bajo su impronta absoluta del amor.

Debiendo insistir en el hecho de que son generalmente las mujeres (los espléndidos tipos femeninos que recorren toda la obra) quienes introducen a todos en el proceso del descubrimiento y de la integración del amor esencial cristiano. Lo que, por otra parte, quizás resulta particularmente hispano; de tal forma que —para el autor— es posible que a España la salven las mujeres, no los varones, precisamente a causa del amor.

El amor de caridad es signo y ley de la existencia cristiana.

Las cuatro novelas cumbre de la espiritualidad y religiosidad en la producción de Don Benito (*Ángel Guerra, Nazarín, Halma y Misericordia*), escritas en su etapa de mayor madurez (1896 y 1897), expresan de una manera rotunda estas tres características: primera, que sólo el amor evangélico (el del Buen Pastor que da la vida por sus ovejas, y llama a los suyos “amigos”) es el signo —el santo y seña— del cristiano y del cristianismo; segunda, que este amor es el mandamiento único y esencial que obliga a todo creyente (por tanto, los demás preceptos religiosos tienen un carácter secundario); y tercera, que quien ama (según la misma teología paulina) tiene cumplida la totalidad de la ley.

Don Manuel Florez, sacerdote aceptable pero desorientado, convertido a un verdadero cristianismo por influjo de la humilde Catalina de Artal y del inefable presbítero Nazarín, confiesa en los últimos momentos de su vida: “Huyo de lo que fui... No quiero verme. No quiero oírme. Hay un hombre que en el siglo se llamó Manuel Florez. ¿Sabéis cómo le llamaría yo?... El santo de salón. Yo no soy él. Yo quiero ser como mi Dios, todo amor, todo abnegación, todo caridad...”⁶⁶⁸

⁶⁶⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*. (Ed. Almar – Patio de las Escuelas. Salamanca. 1979. Pág. 222)

El Episodio Nacional *La revolución de julio* se centra, en realidad, en la relación de amor entre Virginia (Mita) y Leoncio Ansúrez (Ley). Mita, casada a la fuerza con otra persona (en nulidad de matrimonio, por consiguiente), huye de ese vínculo y se une a Ley por un verdadero amor, afrontando juntos el escándalo farisaico, la pobreza más absoluta, la persecución y la condena de la sociedad. En este trance, que dura tanto como su vida, la joven eleva el pensamiento a Dios y no puede dejar de entender que Éste ha bendecido, bendice y bendecirá ese amor que está por encima de toda norma social, sencillamente porque es verdadero y a nadie hiere. Escrita en 1903 la novela significa también, desde luego, un enorme paso adelante en la concepción de la legitimidad de la conciencia cristiana por encima de las leyes.⁶⁶⁹

La cumbre del mandamiento del amor cristiano se expresa en la quinta bienaventuranza del Evangelio de San Mateo: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt. 5,7). La correcta teología de la misericordia es el signo del amor evangélico.⁶⁷⁰ Pues bien, la novela de Don Benito titulada *Misericordia* es también la cumbre espiritual de su narrativa y desarrolla con sorprendente hondura esa teología de la misericordia, es decir, del amor fecundado por la encarnación, la devoción y la entrega generosa de la vida hasta límites insospechados y –lo que es más admirable– desde la naturalidad, la simplicidad y el silencio.

Benigna o Benina, envejecida prematuramente más que vieja, dulce, callada, vestida de negro, humilde y, sin embargo, señorial, se muestra sinceramente religiosa pero no beata. Esta mujer es, por decisión propia, mendiga a la puerta de la iglesia de San Sebastián, en Madrid, miembro discreto de la cofradía valleinclaniana de mendigos entre los que se encuentra el ciego Almudena (musulmán, de Marrakesh) hombre anciano casi y tiñoso.

Durante la mañana Benina pide, pues, limosna. Y lo hace para proveer discretamente a la compra diaria de alimentos y de farmacia destinada a la burguesa Doña Paca y a sus hijos (pobres vergonzantes) en cuya casa ha servido siempre y continúa sirviendo aunque no habita en ella. Es decir, da la vida diaria a esas personas a las que ama con ternura, sin que ellas correspondan a su amor y sin que nadie lo sepa; y esto, como lo más natural del mundo. Una parte de su tiempo y de su mísera existencia la entrega también

⁶⁶⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La revolución de julio*. Entre otros textos del Episodio: “*Tan desgraciada he sido que creía que Dios me castigaba cruelmente; mas ahora veo que no ha sido castigo, sino prueba, y que de ella sale mi alma como de un crisol, con lo que ahora está más fuerte, más brillante...Ahora que pasó todo, pienso que Dios no está en contra mía, sino a favor...*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La revolución de julio*. Episodio Nacional n. 34. Historia 16-Caja de Madrid. 1995. Págs. 71-72)

⁶⁷⁰ Puede verse (sobre el sentido de esta bienaventuranza) el comentario de la misma en mi libro *Introducción al pensamiento cristiano* (El Almendro. Córdoba 2012), págs. 55-58, siguiendo en este punto la exposición de Adolfo Chércoles.

al desgraciado Almudena. Y nada ni nadie impiden que sea en todo amor y misericordia, asumiendo con exquisita paz todas las penalidades que le sobrevienen.

Probablemente no se ha escrito en la literatura española, ni en la universal, un poema largo de amor misericordioso tan elevado y apasionante como éste. Tal vez se le acercan pero no lo superan Victor Hugo (*Los miserables*) o Edmond Rostand (*Cyrano de Bergerac*).

3. Rechazo galdosiano de todo lo que impide el desarrollo del amor.

La teología de la caridad incluye necesariamente el rechazo (como pecado grave) de las actitudes y los comportamientos que, bajo capa amorosa, encubren un egoísmo atroz; y, sobre todo, la censura radical de aquellos que obstaculizan e impiden el amor en los demás. Lo más perverso y terrible que puede ocurrir en el mundo de las relaciones es robar o destrozar un amor que ha surgido legítimamente; y mucho más si esto se hace por conveniencias sociales o religiosas.

Este asunto posee –por desgracia– un gran realismo, y, por tanto, Galdós lo aborda con mucha hondura y frecuencia. En definitiva se remite a lo que suele designarse como “amor posesivo” o de un proteccionismo aberrante (que no tiene nada de amor), acompañado tantas veces de una enorme ingratitud y casi siempre de un terrible egoísmo. Actitud que es aún mucho más grave cuando el personaje la pretende justificar con motivos religiosos que denomina cristianos.

El autor, al describir con detalle a estas personas y a las situaciones que ellas crean, pretende sin duda llevar a los lectores a un vivo rechazo de las mismas.

Uno de los casos más dolorosos es el que sucede en la novela *Marianela*, una de las más bellas a nuestro juicio. La niña – adolescente Nela, imagen perfecta de la cenicienta española, es lazarillo del joven ciego Pablo. Ambos se quieren tiernamente y, a pesar de la diferente clase social, se han prometido en matrimonio ingenuamente. Pero, tras una operación, Pablo recobra la vista, y su padre decide casarlo con otra joven de clase alta y más agraciada físicamente. Marianela se muere literalmente del dolor.

Es el mismo robo del amor que padece Lucila de parte de la falsa beata Domiciana (secuestradora de Gracián), viéndose forzada a un matrimonio sin amor (Episodio Nacional *Los duendes de la camarilla*); y el de “Tristana”, “Amparo” (la mártir de *Tormento*) y bastantes más.

Don Benito se encarga de mostrar una tremenda gama de falsos amores y de dinámicas de relación perversas. Se distancia con rotunda claridad de los personajes que los protagonizan a los que, sin embargo, vuelve en sus obras una y otra vez porque son un peso de muerte que gravita sobre el ser humano y, en particular, sobre la identidad española y católica; advirtiéndole que arrastran consigo la destrucción, sean estos personajes de derechas o de izquierdas, religiosos o irreligiosos, nobles o plebeyos.

Doña Perfecta y su adlátere, el canónigo Don Inocencio (asesinos de Pepe Rey), la familia Lantigua (cómplices todos de la locura de Gloria y de Daniel) y Doña Juana (de Cassandra) son el máximo exponente de esa actuación desgraciada. Pero a ellos se unen Amaranta, los Requejo y Santorcaz (en la primera serie de Episodios), la secreta madre de Fernando Calpena y los Navarridas (en la tercera serie), Torquemada a lo largo de sus cuatro novelas, Eulalia, Huguet y Pepet (en *La loca de la casa*), Pantoja (en *Electra*), y otros semejantes que se llevan la palma en esa galería inagotable de seres que pervierten el amor...⁶⁷¹

Todas estas figuras, un tanto diluidas en las tramas, son reales, y constituyen también el humus de nuestro pueblo. Por ello deben estar ahí, en toda la creación galdosiana. Pero el autor se preocupa de señalar que su presencia inevitable es terriblemente perturbadora y que debemos hacerla irrelevante, aunque haya que contar con ella para construir el amor.

Y ello sin omitir la serie de amores que surgen del fanatismo político puro, que anteponen la exaltación patriótica al amor personal y a todos los valores de la convivencia y del derecho. Galdós se mostrará también implacable en la crítica de estos personajes; respetando sólo a aquellos que –aunque erradamente- han buscado y no hallado su verdad y la verdad de este país o de la religión. Entre estos últimos habrá que recordar al honesto y noble Zumalacárregui, al enigmático sacerdote José Figo (alter ego del general carlista), al militar Montes de Oca, a Gil de la Cuadra, a Espartero, etc. A estos el autor, por esa honestidad suya, les permite morir en paz.

*

Las dificultades del amor y –con mayor fuerza aún- el odio irracional que desata la bondad en bastantes espíritus oscurecidos, nos llevan a cuestionarnos la posibilidad real de realizar el ideal humano-cristiano de la caridad que es, sin duda, heroico.

Nos identificamos casi del todo con las palabras de Yvan Lissorgues referidas en especial a la novela más espiritual del siglo XIX:

“Nazarín es una hoja del Evangelio chafada por las manos sucias del mundo. Galdós, al colocar deliberadamente a su personaje en la perspectiva quijotesca, quiere decirnos que sabe de antemano, como muestra la hazaña del ingenioso hidalgo, que el ideal evangélico de caridad que podría guiar armoniosamente las relaciones huma-

⁶⁷¹ La joven Gloria –en un momento de la obra- sintetiza el drama de esta serie de personas: “No sienten el amor, que es el que ata y desata. Se fijan en la superficie; pero no ven el fondo. Yo, iluminada, lo veo y lo toco. No puedo equivocarme, porque una luz divina me acompaña, porque amo, porque las sombras que a ellos les oscurecen la vista caen delante de mí.” Y “Daniel” condena así el rechazo que padece de un habitante del católico pueblo de Ficóbriga: “Haces alarde de cristianismo y no tienes lástima de mí, no te apiadas de la soledad en que estoy, sin un amigo, sin una voz que me consuele...” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria* Alianza Editorial. Madrid. 1999. Págs. 146 y 292 respectivamente).

*nas y tl vez redimir al mundo, no puede derramarse por esos campos de Dios. Quiere decirnos que la poesía, por grande que sea, se pierde en el polvo de la prosa. Pero no lo dice de manera irónica, pues la ironía es negación de algo, y Galdós no niega nada, ni el mundo ni el ideal.”*⁶⁷²

3. Introducción a la teología de la justicia en la obra de Galdós.

El cristiano, una persona íntegramente justa.

El sentido exacto de la justicia y el cumplimiento de lo que es justo están en íntima relación con la conciencia moral y con las exigencias del amor. Son condición integrante e indispensable de la debida talla humana y, muy especialmente, del perfil del cristiano, de un verdadero cristiano conformado a imagen del Evangelio de Jesús. Sin un nivel suficiente de justicia personal no hay auténtica fe cristiana; y sin un alto nivel de lucha por la instauración de la justicia en la sociedad no hay cristianismo posible. Sencillamente, un país donde predomine la injusticia en grandes niveles no tiene carácter cristiano.

Pensamos, pues, a la vez, en la justicia individual y en la justicia colectiva o estructural suficiente: una justicia que va a depender (en enorme medida, al menos) de la lucha que cada uno entable para conseguirla o para hacerla más viable.

La obra de Galdós tiene este contenido como eje transversal de la misma. Emparenta con los grandes gritos literarios a favor de la justicia (por ejemplo, con el realismo francés, con la literatura rusa del XIX...) y probablemente los supera.

Antes de analizar el pensamiento del autor sobre la justicia conviene recordar y sintetizar brevemente los aspectos de una teoría elemental de la justicia.

Justicia individual (en el sentido humano más básico) es la actitud de respeto efectivo y fundamental de los derechos de las personas y de los seres con quienes es debida una relación por el grado de convivencia y responsabilidad cercana hacia ellos. Esta actitud no es optativa; es moralmente obligatoria para el sujeto agente y es necesaria para el sujeto paciente. Ni uno ni otro pueden vivir sin ella: el primero, porque si procede sin justicia –injustamente– se degrada y degrada el medio en que se halla; el segundo, porque al no recibir el trato justo se destroza. De ahí que la instauración de la justicia en uno mismo sea un anhelo, una pasión noble siempre inalcanzada suficientemente.

Los niveles de justicia individual fundamental determinan la existencia de una justicia estructural o social también básica: la que las instituciones de la sociedad ofrecen a sus individuos, y la que éstos practican con decisiones y con actos que repercuten

⁶⁷² LISSORGUES, YVAN, o.c., pág. 9.

en el bien común. Animadas ambas dinámicas por una recta justicia legal, distributiva y ejecutiva.

Si las instituciones violan derechos individuales y/o si toleran las conductas injustas de algunos de sus miembros más responsables (políticos, dirigentes económicos o de orden social, etc), entonces esa sociedad deja de ser un estado de derecho, se instala en la injusticia institucional o estructural y se convierte en generadora de las injusticias de los individuos. El pueblo que tiene la desgracia de padecer esta situación de forma aguda vive un principio constante de ruina propia.

La lucha contra la injusticia social constituye, pues, –debe constituir– la tarea prioritaria y de más alta cualificación de todas las que atañen al hombre, a cada uno de los miembros de la sociedad en cuanto ciudadanos.

¿Le es suficiente a un creyente cristiano mantenerse en los planteamientos básicos de justicia (señalados para la esfera moral de las relaciones interpersonales y del cumplimiento del orden social)? Seguramente no, aunque esa doble actitud justa le es, sin duda, fundamental y constituye su primera y constante responsabilidad. No, porque el mejor de los ordenamientos de cualquier sociedad concreta es insuficiente para paliar las injusticias de múltiples sectores internos y externos al propio país; y porque las instituciones no saben ni pueden dar a las personas el trato de absoluta dignidad y transcendencia que merece todo ser humano. Desde la perspectiva cristiana ese trato sólo parece garantizarlo quien reconoce a cada hombre la condición trascendente y quien tiene una visión del mundo como lugar inmediato de comienzo del Reino de Dios (de un proyecto divino social muy superior a la mejor de las democracias existentes).

¿Por cuáles de todos estos aspectos discurre el pensamiento de Don Benito? Quizá podamos comprobar que por todos ellos, aunque predomine lo que se designaría como una moral fundamental de la justicia, y aun cuando tampoco en este tema (como indicamos respecto a la caridad teológica) se llegue a plasmar por completo una teología.

1. Pasión por la justicia y opción por los desfavorecidos en la obra de Galdós.

Dos aspectos se complementan en la referencia de Galdós a la justicia como perfil modélico del hombre y del cristiano.

1) Pasión por la justicia.

En general, los grandes tipos con los que el autor se identifica casi plenamente (a lo largo de su producción) son personas apasionadas por la justicia e incapaces de tolerar pasivamente injusticias graves que se cometen a su lado.

De forma todavía violenta es lo que expresa un impetuoso Gabriel de Araceli, deseando que Lord Gray repare como sea la grave injusticia que ha cometido con Asunción:

*“¿Qué sentimiento le impulsa a usted a meterse en lo que no le importa? –le dice Gray-. Quijotismo, puro quijotismo... No. –responde Gabriel- Un sentimiento que no se definir y que me mueve a dar este paso con fuerza extraordinaria. Un sentimiento que encierra algo de amor a la sociedad en que vivo y amor a la justicia que adoro... No lo puedo contener ni sofocar.”*⁶⁷³

Y el noble militar carlista Manuel Montes de Oca hará aún con mayor profundidad esta defensa e interpretación de la justicia: *“Vale más, mucho más, hacer locuras por la justicia y la verdad que hacer cosas muy sensatas y correctas por la usurpación y por la mentira. Yo he cumplido con mi deber; mi conciencia no hace ahora distinciones entre la demencia y la cordura: no ve más que lo justo y lo injusto. Con lo justo estuve y estoy, con todo lo que vemos de la parte de Dios.”*⁶⁷⁴

Galdós afronta con su realismo y su conciencia los temas humanos que requieren una justicia más radical. Entre ellos está en primer lugar el derecho de todo ser humano a tener unos padres (genéticos o adoptivos) y disfrutar absolutamente de un hogar familiar. Éste es con seguridad un principio básico de la justicia. Responder a ese demanda vital no es una cuestión de caridad (ni un tema público asistencial) sino un asunto de justicia que deben cumplir los particulares y la sociedad como tal (que ni lo ha cumplido, ni lo cumple, ni sabe cumplirlo). El pensamiento de Galdós –de todo punto excepcional, magnífico- se centra admirablemente en la urgencia de ofrecer la paternidad adoptiva en todas las situaciones carenciales que se presenten, como lo más normal y legal. Isidora y Mariano, en *La desheredada* son un grito inacallable pidiendo padres. Lo mismo que Celipín (*El doctor Centeno*). En *Marianela*, asumiendo las palabras de Teodoro (que responde a la superficialidad burguesa de su hermana), se enfrenta el autor a la mentalidad común y a la desastrosa política social:

“Estáis viendo delante de vosotros, al pie mismo de vuestras cómodas casas, a una multitud de seres abandonados, faltos de todo lo que es necesario a la niñez, desde los padres hasta los juguetes; nunca se os ocurre infundirles un poco de dignidad, haciéndoles saber que son seres humanos... El miserable huérfano, perdido en las calles y los campos, desamparado de todo cariño personal y acogido sólo por las corporaciones, rara vez llena el vacío que forma en su alma la carencia de familia... El problema de la orfandad y de la miseria infantil no se resolverá nunca en absoluto, como no se resolverán tampoco sus compañeros los demás problemas sociales; pero habrá un alivio a mal tan grande cuando las costumbres, apoyadas por las leyes..., por las leyes, ya veis que esto no es cosa de juego, establezcan que todo huérfano, cualquiera que sea su origen, tenga derecho a entrar en calidad de hijo adoptivo en la casa de

⁶⁷³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cádiz*. Episodio Nacional n. 8. O.c., pág. 216

⁶⁷⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Montes de Oca*. O.c., pág. 175

*un matrimonio acomodado que carezca de hijos. Ya se arreglarían las cosas de manera que no hubiera padres sin hijos, ni hijos sin padres.”*⁶⁷⁵

Para que exista esa justicia debe restaurarse el equilibrio social: eliminar las grandes y sangrientas diferencias; diferencias que hacen que el bienestar se incline siempre del lado de los ricos. German, el contrapunto más lúcido de Celia (*Celia en los infiernos*), explica: *“Pienso constantemente en el equilibrio social, que hoy no existe y que debe existir para que tengamos justicia en la tierra. ¿Qué razón hay para que unos carezcan de medios de vida y otros los posean de un modo exorbitante?... Sí, sí –dice Celia–: ese desequilibrio es horrible.”*⁶⁷⁶

La reacción de Celia a favor del equilibrio va a ser muy modesta, aunque sincera y llena de buena voluntad. Acierta en la opción por un “descendimiento” al infierno de la pobreza, incluso concediendo a ese acto un valor divino, pero le falta radicalidad y constancia.⁶⁷⁷

En relación con esa máxima actitud de justicia (justicia responsable de devolver el derecho a los desamparados) está la pasión por el bien común por encima de los estrechos intereses individuales.

Pepe Fajardo, Marqués de Beramendi, recriminando a Guillermo de Aransis la ociosidad, el lujo y buen vivir y la dilapidación del dinero, asienta con precisión el concepto del bien común como imperativo básico de la justicia de los individuos y de las instituciones:

*“La vida que vienes haciendo es enteramente estúpida... Sostengo que no hay derecho a vivir así. Se dice que cada cual hace de su dinero, de su tiempo y de su salud lo que quiere; y yo afirmo que eso no puede ser. En el dinero, en el tiempo y en la salud de cada persona hay una parte que pertenece al conjunto, y al conjunto no podemos escatimarla. Una parte de nosotros no es nuestra, es de la totalidad, y a la totalidad hay que darla... Tú, Guillermo, eres idiota y criminal, porque gastas todo tu dinero, todo tu tiempo y toda tu salud en no hacer nada que conduzca al bien general.”*⁶⁷⁸

⁶⁷⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*, o.c., pág. 144-145

⁶⁷⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Celia en los infiernos*. Acto I, escena VIII. O.c., pág. 335

⁶⁷⁷ *“En ese mundo quiero penetrar; a esos abismos quiero descender para conocer por mí misma el sufrimiento de los que nada poseen... Yo estoy preparada; bajo los infiernos con un entusiasmo, con una ilusión que no puedo explicarte; en este maldito cielo en que me ha encasillado mi destino (le dice a Pastor, su acompañante) me moriría de tristeza si no escapara de él... Llegaré hasta lo divino, descendiendo hasta las más hondas miserias y hasta las podredumbres más repugnantes.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Celia en los infiernos*. Acto II, escena VIII. O.c. págs. 364-365) En el mismo sentido, pero con tono más revolucionario y reivindicativo, se expresa Juan Pablo, el coprotagonista de la comedia *Alma y vida*: *“No hay otro remedio. Dios no nos ha puesto en el mundo para que nos dejemos sacrificar estúpidamente. Porezcamos defendiendo nuestro derecho; siendo jueces donde no los hay.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Alma y vida*. Acto I, escena IX. Clásicos Almar. Salamanca 1987. Pág. 175)

⁶⁷⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *O'Donnell*. O.c. pág. 49-52

El mensaje del personaje (¡del autor!) es de una contundencia enorme.

Lo peor es que ese desinterés absoluto por el bien común (y, en consecuencia, por los problemas sociopolíticos del país) aparece como un triste síntoma de inmadurez y de egoísmo; por ejemplo, en el razonamiento grotesco de Pilar a su marido Vicente Halconero en la *España trágica*: *¿Verdad, Vicente, que nosotros somos felices y que la infelicidad de España nos importa un bledo?*"⁶⁷⁹ La filosofía egocéntrica que expresa esta mujer revela tal vez un sentir popular demasiado arraigado en la idiosincrasia española. (Ya vimos en el capítulo IV cómo Galdós reprueba esta condición del español). A tal clase de ciudadanos los juzga Tito con una dureza extrema, viéndolos pasearse por el Madrid de final de siglo:

*"Sus cabezas no alojaban otra idea que la del momento presente, el goce del paseo al sol, la vanidad de exhibirse con galas y arreos de distinción fantasiosa. ¡Pobres majaderos! Desconocían en absoluto la gravísima situación de nuestro país, el momento histórico... Nada sabían, nada sospechaban; se enterarían de la nueva esclavitud cuando ya no tuviese remedio."*⁶⁸⁰

La pasión por la justicia tiene también, sin duda, una legítima connotación interesada: reclamar la justicia que me es debida; no implica sólo pedir que se trate justamente a todo el mundo (y, en especial, a los maltratados en la sociedad). La verdad es que el olvido de sí mismo, la renuncia a la propia defensa estrictamente personal en aras del bien de los otros, sería exponente de un muy alto nivel de madurez humana y cristiana. No es de extrañar, pues, que Galdós no incluya esta dimensión en el perfil del hombre justo que él diseña. Y sí aparecen, en cambio, algunos personajes que al encontrarse desprotegidos y maltratados por la sociedad, por la administración política y por la judicatura, se toman la justicia por sí mismos, recurriendo incluso a procedimientos violentos contra la opresión establecida, sin que el escritor (en este caso) se permita condenarlos. Éste es el sentido del drama *Antón Caballero* (1917), obra póstuma que asumen para su estreno los hermanos Álvarez Quintero.

Nos da la impresión de que el autor se limita a mostrar ese hecho, dejando en suspenso el juicio del mismo; y que aprovecha la ocasión para denunciar el deplorable estado de la Justicia oficial en la sociedad que lo rodea. La trayectoria de Martín Muriel

⁶⁷⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *España trágica*. Episodio Nacional n. 42. Editorial Hernando. Madrid 1973. pág. 182

⁶⁸⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cánovas*. Episodio Nacional n. 46. Historia 16-Caja de Madrid. 1996. Págs. 192-193 Con este texto terminan el libro y el conjunto de las cuarenta y seis novelas Episodios Nacionales. Según JUAN IGNACIO FERRERAS, el introductor de la edición empleada para este Episodio, *Cánovas* "es la obra más triste, más desesperada y amarga que escribiera Galdós; es un adiós, pero un adiós a muchas cosas, a muchas vidas, a muchas ilusiones... La historia no sigue porque la historia muere." (pág. 3)

(*El Audaz. Historia de un radical de antaño*. 1871) ilustra también este planteamiento que termina en tragedia para el protagonista.

Es de notar que se trata de dos obras entre las cuales han transcurrido cuarenta y cinco años. De forma explícita aparece también ese alegato contra la injusticia en el juicio que se hace a Juan Pablo Cienfuegos en el drama *Alma y vida* (1904), acusado éste de una serie de acciones contra la tiranía del administrador Monegro:

(-Marquesa:) “De modo que vos, si no os dan justicia...

(-Juan Pablo:) La tomo. No hay otro remedio. Dios no nos ha puesto en el mundo para que nos dejemos sacrificar estúpidamente. Perezcamos defendiendo nuestro derecho, siendo jueces donde no los hay.”⁶⁸¹

Lo que parece sugerir la licitud de un cierto realismo cristiano en la lucha frente a la injusticia de la Justicia oficial establecida.

2) Opción por los desfavorecidos.

La pasión por la justicia en la sociedad (por el bien común nacional) tiene una connotación de signo especialmente cristiano en la consideración y asistencia efectiva a los más pobres y desfavorecidos; de modo particular en la devolución del honor a quienes la sociedad se lo ha arrebatado por motivos de nacimiento o de extracción social.

Desde un análisis honesto y objetivo de los Evangelios de Jesús y de la más pura tradición cristiana, a la luz también de la reciente teología de la liberación, aparece siempre la opción prioritaria por los pobres como dimensión esencial y constituyente del Cristianismo. Hablar de identidad religiosa cristiana significa –debe significar– en una persona el verificar en sí misma por lo menos esta actitud: su efectiva identificación con la causa de los más pobres de este mundo.

¿Se desprende de la obra de Galdós esa característica definitoria de la visión cristiana?

Una página fundamental de *Marianela* nos permite responder a la pregunta con una rotunda afirmación. Toda esta novela (y no es la única) significa en su conjunto un impresionante canto a los más débiles y desfavorecidos de este mundo. Pero, en particular, se formula explícitamente esa opción en el texto que volvemos a citar. El médico Teodoro Golfín visita a la maltrecha Nela (que ha pasado la noche llorando y suspirando) y dice:

“¡Pobre Nela! No puede usted figurarse el interés que siento por esta infeliz criatura. .. Lo que hagamos para enaltecer a este pobre ser y mejorar su condición entiéndase hecho en pro de una parte no pequeña del género humano. Como la Nela hay muchos

⁶⁸¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Alma y vida*, Acto I, escena IX. Ediciones Almar. Salamanca. 1987. Pág. 175

*miles de seres en el mundo. ¿Quién los conoce? ¿Dónde están? Se pierden en los desiertos sociales; en lo más oscuro de las poblaciones, en lo más solitario de los campos, en las minas, en los talleres. A menudo pasamos junto a ellos y no los vemos... Les damos limosna sin conocerlos... No podemos fijar nuestra atención en esa parte miserable de la sociedad...(Nela) es un ejemplo del estado a que vienen los seres moralmente organizados para el bien, para el saber, para la virtud, y que por su abandono y apartamiento no pueden desarrollar las fuerzas de su alma.”*⁶⁸²

Cuando el autor escribe esta obra (1878) puede pensarse que no ha alcanzado aún la etapa personal de mayor espiritualización y religiosidad; sin embargo, sus palabras, en boca del personaje médico, revelan la gran sensibilidad que posee por la tragedia de los más pobres y apunta ya la futura opción evangelica a favor de estos; la opción que expresará en 1902 otro de sus personajes sorprendentes y amables del drama *Mariucha*, el sacerdote Don Rafael (refiriéndose a los dos jóvenes excluidos y perseguidos): “¿Dónde querías que estuviese? Mi papel es consolar a los oprimidos... Yo voy con usted al fin del mundo.”⁶⁸³

En el inabarcable mundo de los personajes galdosianos abunda la rica burguesía y un reducido grupo de nobles. Es la clase social alta. Junto a ella discurre la amplia clase media baja y un gran sector de tipos pertenecientes al estamento más pobre y marginado de la sociedad española. Sintetizando mucho, podría decirse que el autor pasa al lado de la clase alta, una clase que se sobreestima a sí misma, sin otorgarle casi valor moral alguno; más bien dejando constancia de su estupidez y de su negatividad. Que se centra en la variopinta tipología de la pequeña burguesía ciudadana, rural y militar; y que se muestra hondamente interesado por los más deprimidos.

¿Cómo trata a los pobres, a los miserables?... En líneas generales, y salvo las grandes excepciones ya estudiadas, estos personajes se hallan pobremente dotados, son dolorosamente irregulares. No existe una idealización de los mismos (como tampoco los idealiza, por ejemplo, Victor Hugo); más bien deja constancia de que si se hallan así es porque la sociedad los ha hecho de ese modo. La culpa no es de ellos. Pero sobre esta base de realismo aflora con toda claridad su preferencia: en conjunto, su pueblo es el pueblo bajo.

Dentro de esta escena, o muy cerca de ella, en estrechísima convivencia con la entraña de ese pueblo, aparecen en la obra galdosiana los aún más pobres: personas desamparadas de la vida y de la sociedad, perdidas, sin apenas recursos, desprotegidas y maltratadas, solas; hundidas unas veces –por esas causas- en la depravación, y otras, elevadas muy alto por su temple, su honestidad, su capacidad de bondad y de relación, su esperanza, su fe... Estos son los verdaderos protagonistas del mundo galdosiano. Y desde el momento en que el escritor los hace suyos –se identifica con ellos y con su causa- sí

⁶⁸² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*, o.c., págs. 228-229

⁶⁸³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Mariucha*, Acto Cuarto, escena II y acto quinto, escena I.(o.c.)

puede hablarse de una opción evangélica por los pobres en su pensamiento y en su vocación de escritor.

A lo largo de las páginas que siguen iremos analizando algunos de estos tipos. Quede claro ya que son muchos y muy diversos; y que todos ellos forman ese grupo o resto que en la Biblia –en el Antiguo y en el Nuevo Testamento- es designado con el extraordinario nombre de “Pobres de Yavé”. Estos pobres existen en casi todas las obras galdosianas. Y por ellos lucha el autor.

La “señá Benina” y la cofradía de pobres, Nazarín, Beatriz y Ándara, las numerosas personas acogidas en las comunidades de Catalina de Artal (*Halma*), de Ángel Guerra, de Guillermo Bruno (*Amor y ciencia*), del Marqués de los Perdones (*Pedro Minio*); Isidora y Mariano (*La desheredada*), los Babeles (*Ángel Guerra*), Clara (*La fontana de oro*) Amparo (*Tormento*), Marianela, Celipín y Alejandro Miquis (*El doctor Centeno*), Fortunata y Mauricia la Dura, Lucila, el niño Salvador (*Amor y ciencia*), Ramón Villamil y Luisito (*Miau*), la familia de Martín Muriel (*El audaz*) y tantos otros, son los elegidos del autor, casi siempre prototipos de la mayor hondura espiritual de la obra galdosiana. Cada uno dentro de su propia trama novelada están invitando a optar y a convivir con ellos, es decir, con las personas más desfavorecidas de la sociedad: pobres de solemnidad y mendigos, niños o adolescentes sin familia, enfermos, alcohólicos irrecuperables, prostitutas o ex prostitutas, personas de vida irregular, ancianos desamparados, delincuentes o medio delincuentes. Y esto no sólo asistiéndolos, sino también formando núcleos de amor con las mismas.

Es obvio que este lenguaje narrativo expresa un hondo pensamiento de justicia y que este pensamiento lleva directamente al mensaje evangélico esencial que expresa Jesús en el anuncio que hace de sí mismo y de la Buena Noticia del Reino: *los pobres son evangelizados, y dichoso quien no se escandaliza de esto*. Quizá sea, pues, este eje transversal de la temática galdosiana la mejor expresión de una verdadera teología de la justicia.

Para confirmar tal pensamiento se nos va a ofrecer la trama entera de la novela *El caballero encantado*: Tarsis, burgués empedernido en su superficialidad y vacío existencial, representante de una amplia clase social, tiene que recuperarse, tiene que salvarse. El autor (y España entera con él) quiere salvarlo. ¿Qué puede hacer? Brindarle o forzarle una tremenda transformación. Tendrá que convertirse en pobre: sucesivamente en pobre campesino, en picapedrero, en pastor de cabras, en mísero maestro de un pueblo perdido, en conciudadano de las gentes más humildes y dudosas, y, por esta causa, perseguido por la Justicia. Tendrá que comenzar al lado de este pueblo indigente el costoso esfuerzo de sobrevivir a lo largo de un largo viaje iniciático; asumiendo la penosa peregrinación de una vida empobrecida e inclemente, pero auténtica. Guiado, eso

sí, por la sabiduría y la bondad de La Madre. Sólo entonces recuperará su esencial identidad oculta.

España entera, anhelante, simbolizada en la dolorosa encarnación de esa Madre (o Mari Clío) lo va a acompañar en esta dura metamorfosis que pasa por la vinculación irrenunciable a los más pobres del país. El pensamiento de Galdós vuelve a alzarse a intuiciones netamente cristianas. Don Pito, el anciano harapiento y alcohólico de *Ángel Guerra*, exclamará, emocionado, al ser acogido sin más por Ángel: “¡Esto es cristiandad!”

Por otra parte, la simpatía —claramente evangélica— se vuelca sobre aquellos personajes que la sociedad menosprecia o devalúa por su origen biológico fuera del matrimonio legal o por una condición social humillada desde las clases altas. Dolly, la nieta “ilegítima” es la que roba el corazón del Conde de Albrit y la que dará a éste el definitivo título de Abuelo.⁶⁸⁴ Fernando Calpena, hecho ya por el autor un caballero sin tacha, encumbrado moralmente al máximo (a lo largo de la tercera serie de Episodios), es un hijo ilegítimo. Y el asunto de la dudosa ascendencia queda también resuelto para Martín Muriel (*El audaz. Historia de un radical de antaño*) cuyo padre era empleado en la casa de un aristócrata y, además, murió en la cárcel vilmente acusado de ladrón. León (Antonio Sanfelices, de *Mariucha*), proscrito social, es totalmente rehabilitado.

Marianela, empequeñecida físicamente, cenicienta despreciada, hija de madre dudosa, frustrada en su amor, es vista como símbolo de la pureza, del amor y de la sabiduría innata. Ramón Villaamil (en *Miau*), pobre vergonzante en paro perpetuo, es el héroe verdadero de una sociedad inclemente. Felipillo Centeno (*El doctor Centeno*) es el anverso del pícaro quevediano. Fortunata y Mauricio la Dura (de *Fortunata y Jacinta*), Lucila Ansúrez (de los Episodios), la Tía Pintosilla (de *El audaz*), Ándara y Beatriz (de *Nazarín*), Dulcenombre (de *Ángel Guerra*), etc., majas goyescas en su mayoría, pobres malvestidas de vida muy libre pero generosas y verdaderas amantes⁶⁸⁵, son dignificadas sin la menor duda, como las prostitutas del Evangelio que van a tener un puesto de preferencia en el Reino de los Cielos.

Y así, sucesivamente, uno tras otro, multitud de individuos humildes y desgraciados -de primer, segundo o tercer orden literario- entran y conforman el mundo más querido de Galdós. Quizás porque él ha ido entrando en ese mundo, en los barrios más

⁶⁸⁴ En el momento final de la obra el Conde de Albrit renuncia a sus erróneas pretensiones de salvaguardar la nobleza de raza y reconoce cuál es la única grandeza de la persona en la niña que vino fuera del matrimonio de su hijo: “¿Hacia qué parte de los cielos o de los abismos cae el honor? ¿En dónde está la verdad? —le pregunta el viejo maestro Don Pío; y el Conde responde, abrazando a la nieta— Aquí. Siento que vuelve a mí la razón. Esta chiquilla, trastornándome, me ha vuelto a mí ser, y yo, trepidando, recobro mi equilibrio. Dolly entonces añade:— No te llamaré Albrit sino Abuelo.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El abuelo*. O.c. pág. 251)

⁶⁸⁵ “Bienlunada y malvestida” dice Federico García Lorca refiriéndose a la Virgen de la Anunciación en el Romance de San Gabriel (del *Romancero gitano*).

bajos y populares del Madrid del XIX, los mismos en los que deambulan, aman y mueren Don Latino de Híspalis y Max Estrella en las valleinclinianas *Luces de Bohemia*.

Lo que no quiere decir que siempre sean admirados y alabados estos personajes (con un *a priori* sin discernir), sino sólo cuando su existencia discurre dentro de la suficiente moralidad del corazón y desde ahí se alzan a la altura que cada uno puede.⁶⁸⁶

La opción de Galdós situándose al lado de los pobres y desfavorecidos es, a la vez, una forma de alineación en las causas por su justicia. Una condición que le trajo, sin duda, dificultades y aislamientos dentro de la sociedad madrileña y del gobierno; y seguramente una de las razones que –ya avanzada su vida– lo llevó a militar en el naciente partido comunista español.

2. Denuncia de los actos y las situaciones de injusticia en la obra de Galdós.

Desgraciadamente toda nuestra historia rezuma injusticia por los cuatro costados, salvo en muy escasos períodos de bonanza en los que las injusticias sociales parecen más amortiguadas.

Don Benito, sensible como pocos literatos del realismo a esta situación endémica, va a convertir su extensa e inmensa (aún no medida) creación literaria en un gran alegato –o un clamor poderoso, si se prefiere– contra la serie de injusticias que pesan sobre sus conciudadanos, sobre la desgracia del pasado, del presente y del futuro de este país que él ama como nadie. También sobre él mismo desde el punto de vista social y como profesional.⁶⁸⁷

Descubrimos ya esa defensa suya de la justicia en el capítulo IV de nuestro trabajo. Entramos ahora en los desarrollos de la misma a través de su obra.

Tal actitud profética adquiere el carácter de atributo imprescindible para el perfil del hombre maduro y del cristiano verdadero. No se concibe el talante de este último sin la sensibilidad a flor de piel ante las injusticias y sin el grito a favor de los maltratados.

Queda claro que la obra de Galdós alcanza sus acentos épicos más fuertes cuando se convierte en ese grito doloroso contra la injusticia de todo tipo, incluso contra la

⁶⁸⁶ Razón por la que el Abuelo reprueba a los guardeses de su antigua mansión, Venancio y Gregoria, incultos aldeanos venidos a más fraudulentamente: “*No tenéis ni un destello de generosidad en vuestras almas ennegrecidas por la avaricia; no sois cristianos; no sois nobles, que también los de origen humilde saben serlo.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El abuelo*. O.c. pág. 155)

⁶⁸⁷ En carta del 25/8/1915 escribe (refiriéndose a las dificultades que le ponen para el estreno de *Marianela*): “*Por lo visto, aquí no hay más interés que el de la empresa, y los autores no somos más que unos pobres comparsas que entran y salen obedeciendo a la voz del Director de la escena.*” (PÉREZ GALDÓS, Benito, Carta registrada con el nº 8081 del Epistolario de Galdós en la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas).

injusticia del conjunto de circunstancias adversas inevitables que condenan al ciudadano, sobre todo al inocente.

La denuncia abarca varios contenidos y dimensiones.

a) La injusticia relacional.

En primer lugar, como tónica casi constante se describen situaciones humanas de injusticia relacional que pesan sobre los protagonistas más puros y claman al cielo. El autor pide justicia para ellos y se identifica con las causas a su favor, llevando al lector a hacer lo mismo. Son innumerables los maltratos psicológicos en el mundo galdosiano.

Es el caso tan aludido de Marianela, convertida en cenicienta de los Centeno y abandonada después a su triste suerte por la incompreensión y el desprecio de todos los que la rodean, especialmente por Pablo, el joven amado y prometido que ya ha recuperado la vista, pero que ahora es incapaz de seguir viendo en su interior a la infeliz adolescente. El de Clara y Lázaro sometidos a Elías Orejón (*La Fontana de Oro*); el del padre de Martín F. Muriel y el de éste y su hermano por parte del Conde de Cerezuelo (*El audaz*). Es la deslealtad e hiriente ingratitud de Doña Paca hacia Benina, en todo momento pero sobre todo cuando ella ha subido de posición social y económica y no guarda el más mínimo reconocimiento a la entrega generosa e incondicional de la anciana.

Es el maltrato absoluto de los Requejo a Inés y a Gabriel; tan parecido al de Celipín por parte de Pedro Polo (*El doctor Centeno*). También el intento continuo de posesión de la persona de Inés por Amaranta (primera serie de episodios) y de Fernando Calpena por parte de su oculta y todopoderosa madre Pilar Loaysa (tercera serie de Episodios); de Cruz del Águila sobre su hermana Fidela y sobre el avaro Torquemada... Es la crueldad de Don Lope con Tristana, de Doña Juana sobre toda su familia y sobre Cassandra, de Horacio y Demetrio sobre Bárbara y Leonardo, de Pantoja sobre Electra, de Pepet y Hugueta sobre Victoria (en *La loca de la casa*), del general Cabrera sobre sus prisioneros, de Malva y Pelayo sobre Eloísa (en *Antón Caballero*), del sacerdote Pedro Polo sobre Amparo (también cenicienta de los Bringas), o la de la familia de los Babel sobre Ángel Guerra; la infidelidad brutal de Juanito Santa Cruz a Jacinta y a Fortunata alternativamente, y la muy sutil de Augusta a Tomás Orozco (*Realidad*); etc, etc.

O el caso de las opresiones que ejerce la Administración gubernamental y sus prohombres sobre el cesante perpetuo Ramón Villaamil (en *Miau*); y el de la represión policial y judicial encarnada en Chaperon y en Lobo sobre los personajes de la segunda serie de Episodios; incluso la que ejercen colectiva e individualmente los habitantes de Orbajosa sobre Pepe Rey (en *Doña Perfecta*), los de Jerusa sobre el Conde Albrit (en *El abuelo*), y los de Ficóbriga sobre Daniel (en *Gloria*), ciudades que simbolizan lo más viejo y estéril de nuestra geografía, la falsedad farisaica de la Jerusalén pervertida y la mezquindad y alienación del pensamiento.

Es el dominio tiránico de tantos padres y madres sobre la voluntad de los hijos (con frecuencia por salvaguardar un falso honor de familia): el despotismo de los Lantigua, de Doña Perfecta y de Don Juan Crisóstomo sobre Gloria, Rosario o Rosalía... que, en definitiva, revela un terrible concepto de la paternidad.

En efecto. Respecto a la extensa y continuada serie de injusticias paternas -al fondo de ellas- se denuncian, como situación soterrada que las provocan, dos anomalías de la interrelación dentro del ámbito familiar: por una parte, la arbitraria mentalidad posesiva sobre los hijos y el machismo paterno; por otra, el orgullo de casta o de clase en la alta burguesía y en la nobleza, que no perdona las transgresiones del orden establecido.

La posesión del hijo (hija o hijo) por parte de los padres era sentida como un derecho natural integrado en el derecho de propiedad. Significaba la imposición absoluta de la voluntad paterna y materna sobre los hijos, con independencia de su minoría o mayoría de edad. Se traducía en una negación de la libertad de la persona y en un ejercicio práctico del dominio sobre ella en todas las esferas de la vida; imposición que aparejaba el sometimiento al pretendido honor de casta o de clase que ostentaban los progenitores. Así las cosas, la injusticia estaba servida. Podemos afirmar que en la mayor parte de novelas (sobre todo, las independientes) y de obras de teatro este problema aflora expresamente, y que Galdós denuncia y rechaza con radical energía la vieja injusticia que se viene cometiendo -con asentimiento colectivo- dentro de la sociedad española.

Entre las muchas páginas que pudieran citarse resulta significativo el diálogo que tienen Tristana y Horacio (en *Tristana*, soñando liberarse del yugo de Don Lope) a propósito del hijo que ambos podrían engendrar: “*Nadie puede dudar que es mío, porque la Naturaleza de mí propia lo arranca... (Y mío también, le replica el joven). Te digo que es mío, y no lo suelto, ¡jea! Y se llamará como yo, con mi apellido nada más.*”⁶⁸⁸

Junto a ese falso “derecho consuetudinario” denunciado por Galdós (¡el escritor de la mujer!) aparece la prepotencia varonil desarrollada también, sobre todo, dentro del ámbito familiar; el tremendo y ancestral machismo, principio institucional y, a la vez, forma inamovible de la mentalidad de los individuos en la sociedad (tanto en varones como en mujeres)⁶⁸⁹. Es el dominio absoluto e incontestado del varón sobre la mujer, sometida a esclavitud. De modo especial en lo que se refiere al matrimonio, en un doble sentido: en cuanto a la negación de contraerlo por parte de los poderes familiares, y en cuanto a la imposición de uniones sin amor mutuo de los contrayentes (y sin más alternativa para la mujer que someterse a la voluntad familiar). Así se hace el matrimonio de

⁶⁸⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tristana*, o.c., pág. 188

⁶⁸⁹ “*Eso tiene ser mujer*”, dirá más tarde Bernarda Alba, y su hija Magdalena: “*Malditas sean las mujeres*” (GARCÍA LORCA, FEDERICO, *La casa de Bernarda Alba*. Acto I. Espasa Calte. Colección Austral. Madrid 1988. Pág. 26)

Jacinta con Juanito Santa Cruz, de Maria Ignacia con Pepe Fajardo, de la bella e independiente Lucila con Vicente Halconero, de María Egipciaca con León Roch, etc.

Aflora ahí así mismo la injusticia trágica de los que a sí mismos se otorgan una nobleza de sangre y desprecian y niegan la dignidad a quienes no son sus congéneres, condenándolos de por vida a no ser nadie. Como razón única de tal arbitrariedad está el orgullo de casta (especialmente, el de los padres) que desprecia a los “más bajos” e interfiere en las relaciones de sus hijos con personas de otra clase. Es el orgullo de Amaranta (primera serie de Episodios), de Lucrecia (*El abuelo*), de la marquesa de Aransis (*La desheredada*), etc.⁶⁹⁰

Contra todos ellos grita Isidora (*La desheredada*): “Lo de menos es que guarden el dinero. Lo peor es que nos quitan nuestro nombre, nuestra representación social.”⁶⁹¹

Galdós se indigna con amargura e impotencia ante esas situaciones que padecen sus personajes (abrumadoramente representativas de la realidad) y condena el cúmulo de injusticias cotidianas cometidas contra tantas personas indefensas y anónimas.

Con frecuencia -en su condena- recurre a Dios (hace que sus personajes recurran a Dios) para obtener de él solo la justicia que el mundo les niega; nos da la impresión de que lo pone como testigo de cargo contra los injustos que, en definitiva, somos también nosotros, cómplices de tales situaciones al menos por el silencio o por una relación interhumana deficitaria. No le importa que en este recurso a Dios los actores del drama interpreten con dudosa objetividad los textos bíblicos, como lo hace Isidora evocando el Magnificat de la Virgen; para el autor tienen derecho a ello:

“El mundo está perdido. Si no sale alguien que le vuelva del revés y ponga lo de arriba abajo y lo de abajo arriba... ¡Oh! Dios nos protegerá. Las persecuciones, los martirios, son nuestra corona por ahora; pero esto ha de cambiar. ¿Quién sabe lo que pasará el mejor día? Yo he leído que los soberbios serán humillados y los humildes ensalza-

⁶⁹⁰ La marquesa de Aransis castiga cruelmente a su hija que ha quedado embarazada de un “plebeyo”: “Ella entonces encerró a su hija, con todo el rigor que la palabra indica. Habíala recluso en aquella habitación de donde no salía nunca, ni tenía comunicación ninguna con el exterior. Vivió como emparedada seis meses. ¿De qué murió? No se sabía bien. Murió de encierro y fue víctima de la inquisición del honor. ¡Oh rigor extremo! La marquesa estaba forjada en el yunque calderoniano con el martillo de la dignidad social, por las manos duras de la religión.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La desheredada*. O.c., pág. 203)

⁶⁹¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La desheredada*. O.c. pág. 441 “¡Qué padres! –dice Horacio Reynolds refiriéndose al de Rosalía-. Algunos se lamentan después en vano, cuando las ven desgraciadas; otros ven con indiferencia las desdichas que han causado, atribuyéndose un poder que no tienen, pero ninguno abdica esa tremenda autoridad, en cuyo nombre atropellan las más dulces iniciativas del corazón, marchitan sus sentimientos..., ahogan... todos esos grandes frutos del espíritu, que hacen germinar y crecer el verdadero amor.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Rosalía*, o.c., pág. 213)

dos.”(*“Interpretación tan singular del texto evangélico –dice el escritor– cayó en el cerebro de Mariano como una semilla en tierra fecunda.”*)⁶⁹²

Quizás la injusticia más grave sea pasar al lado de tantos seres maltratados y desamparados, sin darles la oportunidad de ser acogidos y de desarrollar, en consecuencia, el bien y los valores para los que están dotados. A propósito de Marianela (La Nela) dice el sabio personaje Teodoro Golfín: *“Al principio creí que la Nela era un caso excepcional; pero no, he meditado, he recordado, y he visto en ella un caso de los más comunes. Es un ejemplo del estado a que vienen los seres moralmente organizados para el bien, para el saber, para la virtud, y que por su abandono y apartamiento no pueden desarrollar las fuerzas de su alma.”*⁶⁹³

A este tipo de injusticias habituales se une con frecuencia en la obra de Galdós el vicio de la maledicencia, afincado como tónica en el mundo de las relaciones, de modo especial en la clase alta. El autor se indigna en los casos de difamaciones y calumnias que se vierten sobre personas inocentes. Condena por esta razón al mundillo que conlleva al antihéroe Martín Muriel (en *El audaz. Historia de un radical de antaño*); y ridiculiza y fustiga al que rodea a *La de Bringas* en los altos del Palacio de Oriente, novela que (por este tipo de aguda crítica) deja de ser intrascendente.

Pero en la raíz de todo ello lo que descubre el sabio y bueno Gamborena (recién llegado de tierras de misión) es algo más grave: *“Aquí encuentro algo peor, mucho peor que la barbarie y la idolatría, hija de la ignorancia: encuentro los corazones profundamente dañados, las inteligencias desviadas de la verdad por mil errores que tenéis metidos en lo profundo del alma y que no podéis echar fuera.”*⁶⁹⁴

b) Injusticia en la apropiación y el uso de bienes.

Don Benito revela una gran sensibilidad respecto al difícil tema de la propiedad y del uso de los bienes materiales. Asunto que se presta a las mayores injusticias para la existencia individual y social, porque la indebida apropiación de bienes (de dinero, de tierras), el mal uso o el abuso de los mismos, y la falta de producción (de iniciativa laboral sobre los recursos) generan inevitablemente grandes bolsas de pobreza (masas de pobres) y empobrecimiento del país, sin que la mayoría pueda acceder a los niveles de la burguesía naciente en Europa.

Por una parte, se condena constantemente (en las novelas largas, en particular) la ociosidad burguesa y la búsqueda y adquisición de empleos administrativos o políticos

⁶⁹² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La desheredada*. O.c., pág. 441

⁶⁹³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Marianela*, o.c., pág. 228-229

⁶⁹⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada y San Pedro*. O.c., pág. 493

en los que el individuo no tiene que hacer más que cobrar con satisfacción la nómina mensual (empobreciendo el erario público). Galdós denuncia no sólo que el aparato estatal funcione de ese modo perverso, sino también el hecho de que funcione así porque ése es el sentir y el deseo de sus personajes (también aquí representativos); es el deseo de todos: de los aspirantes al puesto y de los que tienen el poder y distribuyen arbitrariamente los beneficios (más que cargas), por nepotismo o por intereses ajenos al bien común y a la justicia.

Obras como *Miau*, *Realidad* o el episodio *La segunda casaca* son emblemáticas de este tipo de denuncia.

Pero es todavía más habitual en su narrativa el tipo de burgués ocioso (varón o mujer) que, por las rentas que percibe graciosamente y de las que goza, no trabaja en nada, no produce nada, gasta y derrocha, vive de prestado y ocupa su tiempo muy holgado en cafés y cafetines, fiestas y tertulias, teatros, paseos medio románticos, y alguna que otra visita (como espectador) al Parlamento. Evidentemente, este tipo de personaje no pertenece a la milicia ni al pueblo (más bien está en contra de él); lo que no le impide confraternizar con ellos en sus festejos populares.

La galería de personajes de este tipo es amplia. Se llevan la palma, sin duda, Juanito Santa Cruz, esposo infidelísimo de Jacinta, Pepe Fajardo, José María Bueno de Guzmán (en *Lo prohibido*), Tarsis (*El caballero encantado*) y Tito (quinta serie de Episodios), seguidos de cerca por numerosos condes y marqueses, políticos arribistas y no pocos clérigos.

Por otra parte, respecto a la apropiación o retención indebida de bienes, la obra galdosiana constituye un análisis bastante exhaustivo de las injusticias que cometen con excesiva frecuencia hombres poderosos sin conciencia e inclementes. Estas personas hacen padecer a quienes no pueden o no saben defender sus intereses e incluso, a veces, ni siquiera la propia supervivencia.

El autor muestra una máxima dureza en el juicio contra los ricos y la acumulación de riqueza, y sorprende la abundante cita de los Santos Padres de la Iglesia en este aspecto (cita que revela un notable conocimiento de los mismos). El sabio aldeano Don Quiboro, alternando su palabra con la del cura del pueblo, dirige esta especie de homilía a la reunión – cena que celebran con asistencia de Gil (Tarsis) y La Madre en el mísero lugar de Boñices (reunión que tiene un acento bastante eucarístico):

“Hijos míos, conciudadanos: no porque las diga yo, sino porque las dijo San Agustín, grabad en vuestra mente estas verdades: ‘Cualquiera que posea la tierra es infiel a la ley de Jesucristo...’ retened también estas otras de San Ambrosio: ‘La tierra ha sido dada en común a todos los hombres. Nadie puede llamarse propietario de lo que queda después de haber satisfecho sus necesidades naturales’. Más fuerte estuvo San Gregorio –afirmó el cura disparando este cañonazo–: ‘Hombre codicioso, devuelve a

tu hermano lo que le has arrebatado injustamente'. Y el sabio Don Quiboro prosiguió así: 'Amigos convecinos, hermanos en el martirio de Boñices, oid estotro de San Gregorio Nacianceno: 'El que pretenda hacerse dueño de todo, poseerlo por entero, y excluir a sus semejantes de la tercera o de la cuarta parte, no es un hermano, sino un tirano, un bárbaro cruel, o, por mejor decir, una bestia feroz'."⁶⁹⁵

Las citas (más o menos exactas, aunque sustancialmente fieles), a pesar del contexto literario alegórico en que se sitúan, permiten descubrir la denuncia radical que está haciéndose de la posesión legitimada pero inmoral de la tierra y de los bienes materiales, por tanto, del dinero. El aire que respira esta página y la obra entera (*El caballero encantado*, escrita en la última etapa de la vida de Galdós, en 1909) acercan admirablemente a algunos postulados de la teología de la liberación).

En boca del hacendoso catalán Juan Bou (en *La desheredada*) se pone el siguiente duro alegato:

*"Es cosa que aterra el pensar todo el sudor del pueblo, todos los afanes, todas las vigili-
as, todos los dolores, hambres y privaciones que representa este lujo superfluo.
Eso es: el pobre obrero se deshuesa trabajando para que estos holgazanes se den la
buena vida en estos palacios llenos de vicios y crímenes, sí, de crímenes, no me arre-
piento de lo dicho. ¡Maldita casta!"*⁶⁹⁶

La usura es lógicamente un tema paralelo y fundamental en la perspectiva moral de la obra que estudiamos, como larga paráfrasis de la carta apostólica de Santiago y de la mejor tradición veterotestamentaria. Una serie de cuatro novelas (las de Torquemada) desarrollan especialmente esta denuncia. La actitud implacable de Francisco Torquemada (el nombre hace referencia indudable al Gran Inquisidor) exigiendo a los insolventes el pago de deudas con crecido intereses y con amenaza de deshauicio, el enriquecimiento y ennoblecimiento de este individuo a costa de ellos, su codicia convulsiva en fin, en la dilatada trama de cuatro novelas, constituye una de las narraciones más realistas y desagradables. (El personaje volverá a salir sin alterar su identidad en *La de Brin-
gas*).

Pues bien, el crimen de llevar a sus víctimas a la asfixia y a la desesperación es condenado sin paliativos, a pesar de que el protagonista quiera en algún momento regularizar la situación moral y religiosa con una pretendida y falsa mística.⁶⁹⁷

Cercanos a Torquemada, incluso superándolo, con el mismo carácter de cruel usura, están Felicísimo Carnicero (segunda serie de Episodios) cuya casa se derrumba sobre él mismo, y Pepet, el tirano venido de América (de *La loca de la casa*). A ellos se

⁶⁹⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El caballero encantado*. O.c. págs. 251-252

⁶⁹⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La desheredada*. O.c., pág. 381

⁶⁹⁷ Sobre la figura de Francisco Torquemada y las cuatro novelas correspondientes puede verse: GÓMEZ DE BAQUERO, EDUARDO, *El problema religioso en Torquemada y San Pedro* y "Nazarín". En *Novelas y novelistas*. Calleja. Madrid 1918

une el Don Pelayo (del drama *Antón Caballero*). Todos estos añaden a su inmoralidad la usurpación de tierras y de títulos de propiedad.

En el fondo, los temas de la usura, de la venalidad y de la corrupción desvelan la actitud –oculta o manifiesta- que mueve en una gran medida los ánimos y los hilos de la sociedad que contempla Galdós: un ansia casi congénita de dinero que desencadena los más turbios procesos personales llegando hasta el crimen. En el episodio *Zumalacárregui* el escritor –incómodo con esa temática- no parece sentirse ajeno a la respuesta que da el ermitaño Borra a Fago y sus acompañantes cuando estos le ofrecen unas monedas: “¿Dinero?... Gracias, no me hace falta para nada. Ahí tenéis otro motivo de condenación, el maldito dinero, que no sirve sino para hacer a los hombres codiciosos y avarientos. Por dinero salta el hombre y baila la mujer, y de estos brincos sale la guerra.”⁶⁹⁸

c) Injusticia administrativa y legal.

A la serie de injusticias que padece una gran parte de personajes se une la referida a la Administración estatal. Adelantamos ya la denuncia de esta situación al tratar de la visión de España (en el capítulo IV de este trabajo). Nos referimos ahora a las consecuencias de tal situación sobre los individuos. Se trata también de una constante en la obra galdosiana.

Primero, la mala organización administrativa del Estado genera una burocracia funcional inncesaria, inoperante y arribista, proclive en todo momento al nepotismo y a la holganza, a la picaresca. Esto daña así mismo -y gravemente- a la economía nacional y establece un sistema injusto de colación de empleos, negando el derecho de igualdad de oportunidades.

Tito –Galdós- en el amargo Episodio último, que es *Cánovas*, hace esta confesión:

*“Me cargaban los hombres jactanciosos y vacíos que se habían elevado de la pobreza cesantil a las harturas del presupuesto, gente por lo común holgazanas, marimandomas, atentas no más que a encarnar en sí mismas la pesadumbre del armatoste burocrático... Mis odios más vivos recaían sobre una casta de señoritos en su mayor parte salidos de las Universidades, ricos por su casa, y algunos participantes de la delicia de la nómina. A todos los que no tuviéramos exquisita hechura personal, en modales y ropa, nos miraban como a raza inferior, no más digna de aprecio que las turbas gregarias despectivamente llamadas masa obrera.”*⁶⁹⁹

Segundo, surge la represión y la persecución policial o de las fuerzas militares sobre las personas implicadas en cualquier conato de oposición o revolución, por insignificantes que éste sea (particularmente si tales personas tienen un signo liberal). Persecución seguida invariablemente de juicios sumarísimos y de ejecuciones.

⁶⁹⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zumalacárregui*, o.c. pág. 88

⁶⁹⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cánovas*. O.c., págs. 66-67

Todo el Episodio Nacional *El terror de 1824* es un grito en contra de esa actuación estatal o gubernamental que prohibía era la libertad de pensamiento y de movimiento (aun cuando lo único que pretendieran quienes esgrimían ese derecho fuera simplemente sobrevivir).

El popular personaje llamado Centurión dirige esta furibunda soflama protestando por la represión de los revolucionarios del Arahál, represión sangrienta y desproporcionada por parte del gobierno de Narváez y Nocedal: “¿Qué pedían los valientes revolucionarios del Arahál? Pedían pan, pan, quizás en forma y condimento de gazpacho... No creáis que aquella revolución era política, ni que reclamaba un cambio de Gobierno...Era el movimiento y la voz de la primera necesidad humana, el comer.”⁷⁰⁰

Tercero, probablemente lo más grave es la banalidad de la administración de la Justicia. La novela *La desheredada* discurre sobre el telón de fondo de un pleito en el que la demandante (Isidora, pobre, adoptada en la infancia y sin familia clara), apoyada en documentos recibidos que parecen auténticos, pide que se le reconozca su filiación nobiliaria... El resultado es que la Justicia se inclina a favor de la poderosa marquesa (que se niega rotundamente a que la joven entre en su familia). Isidora, acusada de falsificación de documento, es encarcelada, y se lamenta: “De nada nos vale invocar la ley. La ley es suya, porque, teniendo ellos el dinero, tienen la conciencia de los jueces.”⁷⁰¹

Esta amarga percepción de la forma como se halla establecida la justicia social (una justicia que es injusta porque se inclina a favor de los poderosos) provoca irremediablemente la violencia: la venganza ilegal de los crímenes “legales”. Tal es la razón del personaje Antón Caballero, convertido a la fuerza en el mítico bandido defensor de los ultrajados: “Mi rabia me impulsaba a burlarme de una justicia que existe exclusivamente en beneficio de los poderosos y contra los pobres; y a ultrajar a unas autoridades iníquas. Venganza ilegal, si usted quiere, de crímenes legales.”⁷⁰²

La venalidad de las leyes es lo que denuncia también Máximo (el amor de Electra) en una situación parecida a la de Isidora: “Este orden social en que vivimos nos envolverá en una red de mentiras y de argucias, y en esa red pereceremos ahogados, sin defensa alguna... manos y cuello cogidos en las mallas de mil y mil leyes caprichosas, de mil y mil voluntades falaces, alevés, corrompidas.”⁷⁰³

⁷⁰⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *O'Donnell*. O.c. págs. 139-140

⁷⁰¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La desheredada*. O.c. pág. 442

⁷⁰² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Antón Caballero*. Acto II. Obras Completas. Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Pág. 857 Razón semejante es la que guía al desventurado Martín (en *El audaz. Memorias de un radical de antaño*) conduciéndolo a la locura.

⁷⁰³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Electra*. Acto V, escena V. o.c., pág. 334 La misma crítica hace Antón Caballero al corrupto abogado Don Pelayo, precisamente en la obra póstuma del autor: “Con las leyes se cometen aquí más crímenes que con los siete pecados capitales. Todas son hechas con callejuelas para que en ellas hagan un nido los vividores. ‘Detrás de la ley está la trampa’: ésta es la divisa de su escudo de usted.” PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Antón Caballero*. Acto II. o.c., pág. 858)

La consecuencia de tal estado de cosas –de injusticia inveterada- en los altos niveles sociales es que la sociedad como tal se halla tan gravemente dañada que resulta imposible confiar en la pureza y en la verdad, y que estamos siempre al borde de una violencia popular explicable; pero lo más grave quizás es que el individuo se hunde en la desesperación y pierde el norte de la moral.

En la comedia *La razón de la sinrazón*, que afronta directamente esta visión, Galdós escribe un diálogo impresionante entre los personajes Dióscoro y Alejandro, inmersos ambos en ese mundo:

“(Dióscoro:) Con la verdad pura, querido Alejandro, con la verdad neta, no siempre obtenemos el éxito en nuestros negocios.

*(Alejandro:) Tú lo has dicho. Yo he venido a comprender que es error grave en los hombres de negocios el ajustarnos ciegamente a las leyes divinas y humanas... Hallándose nuestra sociedad fundada en la mentira o en las ficciones inveteradas, es locura mantenerse dentro de la razón y de lo que llamamos deberes...; más claro: el que se ajusta estrictamente a la verdad y a la razón, tropieza, cae y se precipita en los profundos abismos.”*⁷⁰⁴

4. Pacifismo cristiano y no violencia en la obra de Galdós.

El cristiano, una persona de paz.

Gran parte de la creación literaria de Benito Pérez Galdós podría interpretarse como una paráfrasis del lamento de Jesús a las puertas de Jerusalén: *¡Si al menos tú comprendieras lo que conduce a la paz! Pero no: está escondido a tus ojos. (Lc.19, 41)*. La paz es el bien supremo para la vida de los hombres en un pueblo, porque desde la paz se construye –se puede alzar- la vida, no desde la violencia y la guerra (ino desde la muerte!). Es el gran lamento del escritor realista sobre España, sobre este país que, al llegar él a la península, ya ha escapado del desastre bélico en que Napoleón sumió a Europa, pero que ha retornado a la opresión absolutista y va a entrar en la más larga y cruel de nuestras guerras del XIX.

Benito Pérez Galdós nace en 1843; es decir, va a tener su infancia dominada por el eco aún resonando y el olor de dos guerras: la de la Independencia y la primera guerra carlista. Enseguida, apenas ha salido la población de la tremenda década “ominosa” absolutista, justo en esa fecha, comienza el agitado reinado de Isabel II, que va a significar (hasta su caída en 1868 y después) una constante zozobra de pronunciamientos militares, de gobiernos dictatoriales (los de Espartero, Narváez, O’Donnell), de luchas fraticidas con represalias sangrientas sobre los civiles, de guerras (la segunda y tercera carlista, la de Marruecos y las de las colonias de ultramar) y de alternancias monárquicas y

⁷⁰⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La razón de la sinrazón*. Cuadro II, escena IV. O.c. pág. 144

republicanas con algaradas continuas del pueblo revolucionario o del incipiente movimiento obrero. Total, una tremenda incertidumbre social y, por supuesto, un descalabro económico y cultural a causa de la violencia armada.

Es decir, le toca ser testigo casi directo o directísimo de una tremenda violencia que asola el país, y de unos apasionamientos ideológicos que conducen a convicciones irreconciliables y a conflictos insolubles. Debiendo advertir que el tema religioso entra en esos momentos a formar parte esencial de las ideologías, con un signo u otro. ¿Cómo se sitúa Don Benito ante esa violencia?

1. La no violencia interior y el perdón, perfil del cristiano en la obra de Galdós.

Es evidente que entre las causas que llevan a los comportamientos violentos deben señalarse dos muy personales que tienen carácter radical: por una parte, la alteración que nos producen las agresiones externas (explicables o injustificadas de todo punto) despertando la propia agresividad; por otra, la irreconciliación mantenida y alimentada interiormente, el espíritu de venganza.

Habida cuenta de ello, el modelo de persona que propone el cristianismo integra la serenidad interior ante esas y otras adversidades, la capacidad de perdonar y de resistencia pasiva, la paz teresiana (*nada te turbe*); y, al mismo tiempo, el desarrollo activo de la conciliación, de la unión afectiva y estimativa (*¡Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti. Que todos sean uno para que el mundo crea! –Jn.17,21*). La autenticidad y la hondura de estas dos series de actitudes elevan a la esfera divina.

a) La opción por la no violencia en el mundo literario de Galdós.

El pacifismo netamente cristiano de Galdós, su no violencia, se va expresar en cantos al perdón y a la no resistencia interior frente a las adversidades que nos provocan los otros, además de constituirse en una proclama contra las más graves violencias del Estado: contra la guerra y contra la pena de muerte, ambas opuestas –para él- a la ley de Dios y, de forma particular, al mensaje evangélico. De otras formas de violencia contra las personas (de la injusticia en sus diversos aspectos) tratamos ya en el punto anterior.

El pensamiento de Galdós es ése, sin llegar a una amplia explicitación teológica del mismo. El sabio y santo Nazarín (en la novela *Halma*), hablando con José Antonio Urrea (que está siendo injustamente ofendido), aconseja de este modo:

“No hables mal, no injuries, no aborrezcas. Lucha con tus malas pasiones, pídele a Dios auxilio y vencerás. Es menos difícil de lo que te parece. Si alguien te causa agravios, perdónale; si te injurian, no respondas con otras injurias; si te hieren, resístelo y calla; si te persiguen en una ciudad, huyes a otra; si te expulsan, te vas, y donde quie-

*ra que estés, arranca de tu corazón el anhelo de venganza para poner en él el amor a tus enemigos.”*⁷⁰⁵

Resulta obvio que Nazarín (Galdós) esta citando el Evangelio y lo hace suyo.

En las antípodas de tal actitud expone y critica el autor aquella otra que guía al dictador Narváez y lo conduce al exterminio de los presuntos enemigos: *“Ello es que a unos porque se sublevaban, a otros porque hacían pinitos para echarse a la calle, el hombre iba quitando de en medio gente dañosa; y tanta fue su diligencia, que a finales del 44 ya iban despachados cuatrocientos catorce individuos...Y así nos íbamos purificando.”*⁷⁰⁶

Nadie puede oprimir la existencia del otro, nadie puede ejercer violencia bajo ningún concepto; y –como ya vimos- menos aún le es lícito a alguien ejercer una tiranía sobre la conciencia de los demás, particularmente sobre seres frágiles e inocentes, como son los niños o muchas de las mujeres que pueblan el mundo de la narrativa o del teatro galdosiano. Es intolerable el sometimiento que los Requejo imponen a Inés, el que la madre innominada practica diariamente con Fernando Calpena, el intento irreligioso de Pantoja de llevar a Electra al convento, el terrible contubernio de Doña Perfecta y Don Inocencio para impedir la relación de Rosario con Pepe Rey...: y, en fin (como alegato cumbre contra cualquier violación de las conciencias que pretenda justificarse en la religión), la trágica presión que ejercen sobre Gloria y sobre Daniel las dos familias, una católica (con obispo incluido), la de los Lantigua, y otra judía, la de los Morton, hasta provocar (como verdaderos asesinos) la locura y la muerte lenta de la atormentada pareja, tras imponerles con opresión terrible inhumanos sacrificios espirituales.

La no violencia física o moral, y, por consiguiente, la libertad personal deben constituir una línea fundamental que vertebra la identidad de los cristianos, si es que pretenden integrar esta elevada condición. Lo que se refiere, por supuesto, a todas las religiones que quieran ser coherentes con la dignidad de Dios y del hombre; resonando de nuevo aquí -en su espíritu cervantino- el discurso de Don Quijote: *“me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres.”* (cap. XII de la Iª Parte).

Las confrontaciones personales de los personajes en los escritos galdosianos terminan con frecuencia impregnadas del espíritu cristiano de perdón al enemigo. Las escenas que se narran llegan a alcanzar entonces un acento sublime. Esa actitud inequí-

⁷⁰⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*. O.c. pág. 311 En idéntico sentido se expresa el justo Santiago Paternoy en uno de los primeros dramas autóctonos de Galdós: *“¡Rencoroso! ¿Cuándo ha sido cristiano castigar un crimen con otro crimen?”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los condenados*. Acto I, escena VI. Obras Completas Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Pág. 217)

⁷⁰⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Bodas Reales*, Episodio Nacional n.30, Historia 16-caja de Madrid. Pág. 88 Ésta es la tremenda práctica de exterminio que aconseja el indigno sacerdote Mosén Antón convertido en guerrillero: V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Juan Martín el Empecinado* Episodio Nacional n. 9. Alianza Editorial. Madrid 1998. Págs. 54-55

voca del corazón y -más aún- la amnistía que se concede al ofensor y la apertura cordial a él son el colofón del amor y la raíz de todo el pacifismo.

Así va a ocurrir en determinados momentos del drama humano y creyente visto por el autor, coincidiendo con una línea sin duda normativa en la ética primordial de nuestra literatura: la que expresa el juicio de Don Quijote a Sancho: *“Mal cristiano eres, Sancho, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho”* (cap.XXI de la 1ª Parte). Apreciación que invierte Galdós poniendo en boca del marino Diego Ansúrez estas palabras dirigidas a su compañero moribundo Binondo (con quien ha tenido su más y su menos): *“En fin, si no quieres molestarte, nada me digas, que yo, sabedor de lo que has de decirme, te perdono de todo corazón, como cristiano que soy.”*⁷⁰⁷ Recordemos que Diego Ansúrez es uno de los personajes con el que el autor se identifica en gran medida.

b) Teología del perdón en la obra galdosiana.

El perdón sincero y de hondura cristiana se eleva en los escritos de Don Benito a cotas muy altas, quizás cercanas a las que pide el Evangelio (*hasta setenta veces siete*) y – lo que resulta extraordinario- con naturalidad y sencillez grandes de los protagonistas, sin que el personaje que perdona adopte una postura solemne ni se haga consciente de estar realizando algo meritorio.

Diálogos impresionantes de perdón cristiano culminan buena parte de los relatos. Por ejemplo, el que aparece en el Episodio *Gerona*. Hablan el joven Andrés y el anciano moribundo Don Pablo:

*–“Señor, -dice Andrés- yo creí haber muerto al mejor de los hombres, y no podía vivir con el gran peso de mi conciencia. Veo que Vd. perdona las ofensas y abre sus brazos a los que han intentado matarle. –Todo está perdonado –le responde-, y si culpa hubo en ti tratándome como me trataste, mayor fue la mía, que en mi furor no reparaba en quitarte la vida por un pedazo de azúcar...”*⁷⁰⁸

En la raíz de esta actitud se sitúa naturalmente la fe en el perdón de Dios. Nazarín, el personaje querido de Galdós, cree ante todo en ese perdón incondicional, sólo con que haya en la persona la disponibilidad de pedirlo y el deseo humilde de ser bueno. Es bella y de hondura teológica la conversación-confesión que tiene con el ladrón llamado El Sacrílego, estando ambos encarcelados en un calabozo:

*–(Nazarín:)...“Si quieres ser bueno, basta con que digas: quiero serlo. Si abominas de tus pecados, por tremendos que estos sean, Dios te los perdonará.
–(El Sacrílego:) ¿Está seguro de eso, señor?...”*

⁷⁰⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La vuelta al mundo en La Numancia*, o.c. pág. 76

⁷⁰⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Ep. N. nº 7, *Gerona* (Alianza Ed. Madrid. 1999. cap. XXI, pág. 122) . V. también, a título de ejemplo, el perdón del viejo profesor Sarmiento a los enemigos que inicualemente le llevan al cadalso, en el Ep. N. nº 17, *El terror de 1824* (Historia 16. Altorrey. Madrid. 1994. cap. XXVIII, pág. 216)

-(Nazarín:) *Segurísimo.*

-(El Sacrílego:) *¿Es de verdad? ¿Y qué tengo que hacer?*

-(Nazarín:) *Nada.*

-(El Sacrílego:)... *¿Y penitencia?*

-(Nazarín:) *Nada más que soportar la desgracia, y si la justicia humana te condena, resignarte...*

El narrador termina la escena con estas palabras: *“Cuando esto decían, penetraba por las altas rejas la luz del alba”*.⁷⁰⁹

La misma fe manifiesta Leré en la confesión que le hace Ángel (revisando éste su vida pasada): *“No hay delito que sea bastante grande para medirse con la misericordia de Dios.”*⁷¹⁰

Desde ahí el hombre se siente urgido a perdonar cumpliendo el deseo de Jesús: *Setenta veces siete*, es decir, siempre.

Sin duda, una máxima expresión del perdón cristiano, a nivel inimitable de sincera y heroica espiritualidad, es también la que ofrece el sacerdote Nazarín, física y moralmente clavado en la cruz (y acompañado, como Jesús) de mujeres que han aprendido de él ese perdón:

*“- Ahora sí, ahora..., con vuestros nuevos ultrajes ha querido el Señor que yo recobre mi ser y aquí me tenéis en toda la plenitud de mi mansedumbre cristiana, sin cólera, sin instintos de odio y venganza... Sabed que os perdono de todo corazón, porque así me lo manda nuestro Padre que está en los Cielos; sabed también que ya no os desprecio, porque nuestro Padre me manda que no os desprecie, sino que os ame. Por hermanos queridos os tengo... Si yo pudiera, a costa de mi vida, conseguir ahora vuestro arrepentimiento, sufriría gozoso los más horribles martirios, el oprobio y la muerte.”*⁷¹¹

La joven Sola es otra figura eminente de la incondicional capacidad de perdón que debe completar el perfil cristiano. Ha sido injustamente tratada por Jenara y no ha podido evitar un deseo instintivo de venganza, pero éste queda superado de inmediato y se convierte en una súplica de perdón que acompaña a su delicada confesión (*“Yo ruego a esa señora que me perdone”*) y se convierte, por su parte, en un perdón absoluto: *“Me he propuesto olvidar ése y otros agravios, perdonándolos con todo mi corazón.”*⁷¹²

En un nivel más sencillo el personaje Maximiliano Rubín (ingenuo enamorado de Fortunata) interpreta cómo se ha ido abriendo paso en su alma el sentimiento y la actitud de perdón tras una penosa crisis de orden físico y moral:

⁷⁰⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*. O.c., pag. 224

⁷¹⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. I. o.c., pág. 144

⁷¹¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*, Alianza Ed. Madrid. 1998. cap. 2 de la 5ª parte, o.c. pág. 220

⁷¹² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*, o.c. págs. 182-183

*“Me parecía a mí mentira que yo había de ver apagarse en mí la sed de venganza, y el odio que me embruteció. Y sin embargo, el tiempo, la abstracción, el pensar en el conjunto de la vida y en lo grande de sus fines me han puesto como estoy ahora... ¡Dichoso el que sabe elevarse sobre las pasiones de momento y atemperar su alma en las verdades eternas! En este bulle-bulle de las pasiones de los hombres del día, llega uno a olvidarse de que vivimos para perdonar las ofensas y hacer bien a los que nos han hecho mal. –y concluye- Entonces no veía a Dios en mí; ahora sí que le veo.”*⁷¹³

El texto tiene, sin duda, una clara resonancia cristiana.

Y la falta del perdón requerido es lo que escandaliza al narrador del sitio de Gerona cuando se refiere al religioso Rull: *“En tan supremo trance, el fraile patriota, rabian-do de enojo contra sus verdugos, había olvidado la principal página del Evangelio.”*⁷¹⁴ Alusión al perdón de las ofensas y de los enemigos, que se hace precisamente en una situación en la que el pequeño grupo de prisioneros civiles llevados a Perpiñán está sufriendo una tremenda injusticia y un trato cruel por parte de la guarnición francesa; de forma que hay razones para explicar humanamente la reacción del religioso, pero el narrador no duda en rechazar esa actitud.

Las páginas ofrecidas tienen carácter representativo. Podríamos afirmar que la mayoría de los personajes del mundo galdosiano que padecen o han padecido situaciones de agravio resuelven la crisis perdonando a sus agresores; especialmente cuando los agraviados son verdaderos creyentes. La sincera expresión de Beltrán de Urdaneta referida a quienes le han juzgado y condenado inicua mente: *“Yo les perdono de todo corazón”*⁷¹⁵ se repite en cada una de estas ocasiones. Para el autor la actitud sincera de pedir perdón es esencial al cristiano a lo largo de toda su existencia. En el comienzo del proceso de conversión ése es el primer paso que Leré pide a su dirigido el neófito Ángel: *“El primer paso es tan sencillo como doloroso: tiene usted que ir a ese hombre y pedirle perdón de los ultrajes de palabra y de obra que le infirió.”*⁷¹⁶

2. Condena de la guerra en los escritos de Galdós.

Una clara y aguda reflexión antibelicista se desarrolla principalmente en los Episodios Nacionales referidos a la guerra de la Independencia, a las guerras carlistas, a la

⁷¹³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta, Vol.II*, o.c. pág. 137-138. En el mismo sentido de la necesidad de perdonar se confiesa con Fortunata su amiga Mauricia la Dura, impresionante y amado personaje secundario, mezclando con algún disparate verdades de hondo calado cristiano: v. págs. 198-199

⁷¹⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gerona*, o.c., pág. 153

⁷¹⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La campaña del Maestrazgo*, o.c., pág. 177

⁷¹⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II. O.c.*, pág. 360

guerra de África (y a los frustrados intentos de la Marina de contener las rebeliones de las colonias americanas); aunque también volverá sobre el tema en diversos escritos, al narrar los frecuentes pronunciamientos militares y las conspiraciones que jalonan la política del siglo XIX español.⁷¹⁷

En ese contexto (que va desde el descalabro de la armada franco española en Trafalgar (1805) y el motín de Aranjuez (1808) hasta el desastre colonial de 1898) ¿cómo y con qué intensidad se define nuestro autor? Se pronuncia rotundamente en contra de la guerra, asumiendo tal problemática como asunto sustancial y de máxima gravedad que domina la existencia y la identidad españolas, y ante el que hay que detenerse y tomar una postura radical, de ética básica independiente de cualquier circunstancia. Aunque en la primera serie de Episodios la lucha por la independencia y la defensa de los sitios (Zaragoza y Gerona) sean vistas también como la afirmación necesaria de todo un pueblo frente al invasor extranjero.

a. La guerra, destrucción cruel, absurda e irresponsable de vidas humanas.

La guerra es, ante todo, un sacrificio de vidas inhumano, estéril y absolutamente injustificado. El hombre tiene que definirse, por tanto, con una clara actitud antibelicista; y, por consiguiente, con una acción que —en la medida de sus posibilidades— contribuya a frenar cualquier tipo de conflicto armado. Los personajes galdosianos (los más lúcidos y los más sencillos o populares) se expresan en este sentido. Por ejemplo, el aragonés Jorcas, tipo baturro noble desengañado ya de cualquier ideal guerrero, que deserta con amargura de todas las guerras habidas y por haber.⁷¹⁸ El narrador, a propósito de las represiones absolutistas y de las guerras carlistas, hace este juicio global: *“En todos los países, la fuerza de una idea o la ambición de un hombre han determinado enormes sacrificios de la vida de nuestros semejantes; pero nunca, ni en la fieras dictaduras de América, se han visto la guerra y la política tan odiosa y estúpidamente confabuladas con la muerte.”*⁷¹⁹

Y en *Zumalacárregui*, el Episodio quizás de mayor carácter bélico, tras el inicuo ajusticiamiento del buen alcalde Don Adrián Ulibarri, el narrador desautoriza el código militar en el que supuestamente se apoyan todos los mecanismos bélicos: *“Quedó cris-*

⁷¹⁷ Señalamos de manera especial, en cuanto al tema de la guerra, los Episodios n. 11, *El equipaje del rey José*, n. 21, *Zumalacárregui*, n. 25, *La campaña del Maestrazgo*, n. 27, *Vergara*, n.28, *Montes de Oca*, n. 36, *Aita Tettauén*; en cuanto a otras formas de violencia estatal: los n. 17, *El terror de 1824*, n. 39, *Prim*, y n. 42, *España trágica*. Ambos temas tienen menor desarrollo en las novelas independientes; en bastantes de las cuales apenas se trata.

⁷¹⁸ *“Aquí me tienen harto de desengaños., con más balazos en mi cuerpo que pelos en mi cabeza, muerto de hambre, con mi casa y mi familia perdidas, porque una de mis masadas la arrasó el liberal (Isabel II), otra el legítimo (Carlos Isidro); ...mis hijos muertos, todo hecho cenizas, y yo poco menos que cadavérico. Y, al fin, cansado de pelear, y de sufrir, y de ver espantos, y de pisar tripas de cristianos, dije: no más, y me escapé, en busca de un terreno en donde haiga paz; donde los hombres sean cristianos, no carniceros.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La campaña del Maestrazgo*, o.c. pág. 20)

⁷¹⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *De Oñate a la Granja*, o.c. pág. 155

*tianamente sepultada la víctima de las horribles leyes militares, obra maestra del infierno.”*⁷²⁰ El mismo escritor, más adelante, pone en boca del ermitaño Borra estas duras palabras que se dirigen al presbítero Fago y a su comando (que atraviesan las montañas arrastrando un pesado cañón):

*“Óiganme, señores míos, y si quieren hacerme caso, bien, y si no, también. Yo les digo que la guerra es pecado, el pecado mayor que se puede cometer, y que el lugar más terrible de los infiernos está señalado para los generales que mandan tropas, para los armeros que fabrican espadas o fusiles, y para todos los que llevan a los hombres a ese matadero con reglas. La gloria militar es la aureola de fuego con que el demonio adorna su cabeza...Yo rezo todos los días por que los militares abran los ojos a la verdad, y abominen de las matanzas.”*⁷²¹

*“¿Sabes lo que es una batalla? –le dice un curtido legionario de Napoleón a Salvador, cuando están ya retirándose los ejércitos napoleónicos- Un engaño, chico, una farsa. Los generales embaucan a los pobres soldados, les hablan de la gloria, les arrastran a la barbarie, les hacen morir, y luego la gloria es para ellos.”*⁷²²

El honrado administrador de las antiguas tierras de Don Beltrán de Urdaneta, Celestino Estercuel, obligado a alistarse en el ejército del terrible general Cabrera, concluye su amarga experiencia con estas palabras: *“Yo me doy a pensar en esto y digo: ¿por qué combatimos? Ahondando en el asunto encuentro que no hay razón para esta carnicería. ¡La Libertad, la Religión!... ¡Si de una y otra tenemos dosis sobrada!... Creo que se lucha por la dominación y nada más, por el mando, por el mangoneo.”*⁷²³

Las citas podrían multiplicarse.

⁷²⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zumalacárregui*, o.c. pág. 19

⁷²¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zumalacárregui*, o.c. págs. 86-87 En el drama *La fiera* desarrollará esta tesis, designando con ese nombre al espíritu bélico.

⁷²² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El equipaje del rey José*, o.c. pág. 153. El Episodio *Zumalacárregui* nos relata un largo diálogo final extraordinario entre el ennoblecido general carlista y el de nuevo capellán José Fago: (General:) *“La guerra es una gran escuela de resignación. Pero tal como la hemos hecho nosotros, y como la harán los que me sucedan a mí, no hay naturaleza que la resista. El que no muera de una bala, morirá de cansancio, o de los disgustos que se ocasionan...”* (Fago:) *La guerra, digo yo, deben hacerla en primera línea aquellos a quienes directamente interesa... Verdad que si tuvieran que hacerla ellos, quizás no habría guerras, y los pueblos no se enterarían de que existen estas o las otras causas por las cuales es preciso morir... Al oír esto, Zumalacárregui permaneció un instante silencioso mirando al techo.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zumalacárregui*, o.c., págs. 223-224).

Por su parte, la religiosa Sor Simona hace este juicio de la guerra: *“Desde que Dios hizo esta tierra (por Navarra), los hombres cantan como ángeles y se despedazan como demonios... “¡Matar, matar!... Vosotros creís que vivís en un siglo que llamáis diecinueve, o no sé qué. Yo digo que vivimos en la Edad media, grandiosa y terrible edad.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Sor Simona*. Acto II, escena IV. Obras Completas Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Pág.797)

⁷²³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La campaña del Maestrazgo*, o.c., pág. 55 En idéntico sentido se expresa Diego Ansúrez a propósito de la acción de los españoles contra los indios (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La vuelta al mundo en La Numancia*, o.c. pág. 23)

Para Galdós la guerra es, pues, la mayor de las catástrofes. Una catástrofe organizada por el interés de cierta clase política que manipula el sentido nacionalista y dogmático de una parte de la población, a veces con el apoyo o la bendición de instancias religiosas. Juan Santiuste, comentando la guerra de Marruecos, se expresa con claridad:

*“Lo que no tiene duda es que el buen señor (O’Donnell) se acredita con esta guerra de político muy ladino, de los de vista larga, pues levantando el país para la guerra y encendiendo el patriotismo, consigue que todos los españoles, sin faltar uno, piensen una misma cosa, y sientan lo mismo, como si un solo corazón existiera para tantos pechos, y con una sola idea se alumbraran todos los caletres... Fueron los españoles a la guerra porque necesitaban gallear un poquito ante Europa, y dar al sentimiento público, en el interior, un alimento sano y reconstituyente... Decía Calvo Asensio (parlamentario) que el dedo de Dios nos marcaba el camino que debíamos seguir para aniquilar al agareno.”*⁷²⁴

Es obvio que el autor contemplaba la milicia no como se considera en las constituciones actuales de los estados de derecho (es decir, como institución de defensa y disuasión a activar lo menos posible), sino como fuerza armada agresiva.

La guerra, entonces, es la negación del derecho que tiene un pueblo (no sólo cada uno de los individuos) a la vida y a la existencia pacífica. *“Mientras ponéis en claro, a tiros, cuál es el verídico dueño de la corona, negáis a la nación su derecho a la vida, porque le estáis matando todos sus hijos, y le destruís sus ciudades y le arrasáis sus campos”*⁷²⁵ Visión lúcida del autor que pone en labios del noble Beltrán de Urdaneta (en el largo testamento y despedida que dirige a quienes lo acompañan, en la noche antes de su ajusticiamiento). Palabras que ratifica el mismo coronel Santiago Íbero: *“Ahí tienen la peor calamidad de las guerras, que nunca son tan malas y desastrosas como cuando concluyen.”*⁷²⁶

En realidad, el fruto de la guerra nunca es la concordia; es abrir y dejar abiertas heridas que nunca se cierran. La tercera serie de los Episodios es la proyección literaria de la desgracia de las dos Españas que se ha venido gestando en la serie anterior.

Cualquier guerra y cualquier violencia sobre el hombre son perversas y, además, estériles: no consiguen ningún beneficio a nadie. En consecuencia, todo lo que está sucediendo en el país cuando el autor escribe es inaceptable para él, no tiene justificación histórica que lo respalde. Es una pérdida de la razón y de la más mínima sensibilidad ética. Y eso conduce inevitablemente, por una parte, al espanto de las mayores crueldades (las que se describen, por ejemplo, en *La campaña del Maestrazgo*, a donde se ha des-

⁷²⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Aita Tettauén*, o.c. pág. 24 y 34-35

⁷²⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La campaña del Maestrazgo*, o.c. pág. 178

⁷²⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Montes de Oca*, o.c. pág. 32.

plazado la guerra carlista), y, por otra, a la deshumanización del ser, a la pérdida de la conciencia y del sentido de la proporción moral en los individuos. Ya el personaje Agustín, después de una acción militar en el sitio de Zaragoza, describía esa situación interior: *“Prorrumpíamos en exclamaciones, gritos y palmadas. De este modo celebra el feroz soldado en la guerra la muerte de sus semejantes, y el que siente instintiva compasión al matar un conejo en una cacería, salta de júbilo viendo caer centenares de hombres robustos, jóvenes y alegres que, después de todo, no han hecho mal a nadie”*.⁷²⁷

- b. No es admisible en modo alguno el intento de justificar religiosamente la guerra.

Apelando a un cierto sentido espiritual innato, a la piedad, y al mismo tiempo, a la fe en Dios, el modesto filósofo Juanito Santiuste, personaje positivo para Galdós, ve así la aventura española de la conquista de Tetuán:

“Yo sostengo que la guerra es un juego estúpido contrario a la ley de Dios y a la Naturaleza. Yo te aseguro que al ver en estos días el sinnúmero de muertos destrozados por las balas, no he sentido más lástima de los españoles que de los moros. Mi piedad borra las nacionalidades y el abolengo, que no son más que artificios... Y si pudiera devolverles la vida, lo haría sin distinguir de castas y de nombres. Sin quererlo, tu piedad ingénita ha reconocido el gran principio humanitario y la ley soberana que dice: ‘no matar’”.⁷²⁸

La misma percepción antirreligiosa (más angustiada por encontrarse siendo actores de la guerra) es la que tienen Santiago Íbero hijo y Leoncio, forzados a participar en la batalla de Alcolea (en la guerra civil que entablan los generales Serrano y Novaliches); sin más recurso íntimo que pedir a Dios perdón por ese desastre espiritual: *“Leoncio – dice quien narra- mató hermanos; Íbero tuvo la desgracia de hacer lo mismo, y ambos se recogieron espantados de su triunfo, pidiendo a Dios con secreta oración que acabase pronto la brutal e inhumana pelea. Sentían opresión, ansia misteriosa de que todos los caídos se levantaran.”*⁷²⁹

De ningún modo puede justificarse la guerra con alguna fe religiosa, y menos con la fe cristiana. Una anciana religiosa del convento de San Salomó (en Solsona) se rebela contra la doctrina de algunos eclesiásticos y llega a afirmar con claridad el único pensamiento cristiano: *“Todos los lectorales de Vich y todos los prelados de la cristiandad no me convencerán de que la causa del Señor y el triunfo de su fe hayan de conquistarse con guerras, violencias, brutalidades y matanzas”*. Y, refiriéndose al consejo de orar para

⁷²⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zaragoza*, o.c., pag. 32

⁷²⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Aita Tettauén*, o.c. pág. 75

⁷²⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de los tristes destinos*, o.c. pág. 229

impedir la guerra (consejo que acaba de darle otra mujer), continúa: “*Esos solos deben ser los sables, los cañones y los fusiles de los regimientos de Jesucristo.*” En la misma escena interviene la enigmática y guapa monja Sor Teodora de Aransis, a la que el autor ridiculiza haciéndole decir: “*No es tan mala la guerra cuando un apóstol de Jesucristo (por Santiago) se dignó tomar parte en ella con su manto de peregrino, caballero en un caballo blanco, repartiendo tajos y mandobles. La guerra contra infieles y herejes es santa y noble.*”⁷³⁰

“*¡Maldita guerra, escuela de pecados, salvoconducto de los impíos, precipicio a que ruedan las almas, simulacro del infierno!*”, escribirá a Fernando Calpena su simpático, ilustrado y desocupado amigo presbítero Pedro Hillo.⁷³¹

La tesis que sustenta Galdós, su obra entera, (leída poco más de medio siglo antes de la Guerra Civil de 1936) hubiera podido reorientar la Carta colectiva del episcopado español sobre la peor de nuestras confrontaciones.

La postura que se manifiesta de forma expresa en todas los escritos que estudiamos es, pues, la desautorización absoluta de la guerra (y de cualquier forma de violencia, incluida la pena de muerte); y esto, en virtud de un humanismo integral, pero, además, precisamente desde la visión evangélica cristiana. Es inadmisibles e intolerable que se invoque el cristianismo para justificar una sola muerte o una sola violencia sobre la persona.

El Dios de Jesús contemplado por el autor -según vimos en el capítulo anterior- es opuesto a toda guerra, a toda violencia y a todo partidismo. Más aún, no está a favor de ningún país, de ningún grupo, de ningún ejército, y en contra de “los otros”. Tampoco está Dios a favor de una autoridad establecida que actúa en contra del pueblo. Por tanto, ninguna guerra es santa para nadie; ningún ajusticiamiento, por legal que parezca (el de Riego entre tantos otros) y ninguna matanza pueden atemperar su inmoralidad basándose en la fe cristiana. Y le resulta a Galdós de un cinismo intolerable el hecho de que el código militar se preocupe obsesivamente de sacramentar a reos o a enemigos capturados, antes de ajusticiarlos; además, sin otorgarles siquiera el más mínimo derecho de defensa.

No obstante, se es consciente de que pesan sobre la conciencia de los cristianos (y, por supuesto, del mundo entero) muchos siglos de justificación de las guerras en sí mismas y con avales y fuerzas religiosas. Por esta razón Don Benito afronta abiertamente el problema religioso que subyace y sustenta los conflictos armados. Partiendo de la figura atormentada del sacerdote José Fago, en *Zumalacárregui*, que pugna interiormente por resolver el dilema entre su vocación militar y su condición religiosa, analiza despacio a lo largo de esta novela (y volverá a hacerlo en *Aita Tettauen*) la falacia de justificar des-

⁷³⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Un voluntario realista*, o.c. págs. 37-38

⁷³¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Vergara*, o.c. págs. 15-16

de la Biblia la guerra. La única respuesta es la que recibe Santiuste: *“Me preguntas por el Dios de las Batallas... Ya te he dicho que no sé dónde está ese Señor, no le conozco.”*⁷³²

Continuando el texto citado antes, el ermitaño Borra añade: *“El que guerrea se condena, y no le vale decir que guerrea por la religión, pues la religión no necesita que nadie ande a trastazos por ella... La sangre que había que derramar por la verdad, ya la derramó Cristo, y era su sangre, no la de sus enemigos.”*⁷³³ Aun enmarcado en la simplicidad del personaje, el texto revela una admirable intuición cristológica y evangélica.

Conviene señalar también que en todo este planteamiento (en el que el autor no deja de sentirse siempre como liberal) existe una imparcialidad sorprendente. Porque su condena de la guerra o de lo violento no se refiere tanto al individuo como a los hechos. Y, si le es posible, no duda en tratar con respeto y valoración a personalidades militares muy contrarias a él, como lo hace, por ejemplo, en el caso de Montes de Oca, o del caudillo carlista Zumalacárregui, prestigioso estratega, hombre honesto, humilde y a su manera de honda religiosidad; aunque la dureza en el mando por parte de este último fuera tan extrema que finaliza el Episodio con este juicio implacable sobre él formulado por la joven aragonesa Saloma: *“Bien muerto está...Mandó fusilar a mi padre”* (su padre era un noble y honrado alcalde de pueblo que no había querido unirse a la facción carlista).⁷³⁴

3. Condena de la pena de muerte en los escritos de Galdós.

La abolición de la pena de muerte es un logro muy tardío en la sociedad española. Galdós se adelanta a reclamarla en sus escritos desde el primer momento. Emplea para ello dos recursos literarios: la descripción del esperpéntico y cruel ceremonial del ajusticiamiento civil, del que distancia al lector, y el rechazo o repugnancia íntima que supone a hombres de conciencia recta el cumplir con el ordenamiento vigente y dar la orden de ejecución del reo. En la mayoría de las situaciones narradas se une otra injusticia a la esencial del crimen de Estado (que perpetra la autoridad civil o la militar): se une el hecho de que la víctima es inocente.

Son bastantes los casos en que se describe la entrada en capilla de un hombre justo, la larga noche de vigilia antes de ser llevado a la horca o al garrote vil; siempre con la forzada asistencia de un sacerdote o de varios. Entre otros, se narra el ajusticiamiento de Riego, del alcalde Ulibarri, del cura Vinuesa, etc. Pero el más notable, sin duda, es el del anciano maestro liberal Patricio Sarmiento, acontecimiento al que se dedican siete

⁷³² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Aita Tettauen*, o.c. pág. 97

⁷³³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zumalacárregui*, o.c. pág. 85

⁷³⁴ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zumalacárregui*, cap. XXXIII, o.c., pág. 231. La misma Saloma le ha desmontado al sacerdote Fago su barata teología guerrera: *“¿Qué tiene que ver Dios con la guerra? ¿A Dios le puede gustar que haigan fusilado a Mediagorra?”* (pág. 44)

densos capítulos del Episodio *El terror de 1824*. El dramatismo de las escenas conduce a una condena absoluta del hecho en sí: de privar a un hombre de su vida dando al acto apariencia de legitimidad, de ejemplaridad social y de imperativo religioso.

De igual modo se contemplan la pena capital impuesta al honrado Adrián Ulibarri, al noble quijotesco Beltrán de Urdaneta, a María Griñó, la madre del general Cabrera, etc.⁷³⁵

Resulta esperpéntica, además, la queja del inconsolable capellán carlista Mosen Putxet, que se refiere no al hecho de que se ejecute a alguien, o a un inocente (como el anciano Beltrán), sino sólo a la fecha de la ejecución: el domingo de Pentecostés..., dando a entender que -para este personaje débil y confuso- cualquier otra fecha podría ser hábil para cumplir la pena de muerte. Es evidente el sentido radicalmente crítico (no exento de ironía) que tiene esta página del Episodio *La campaña del Maestrazgo*.⁷³⁶

En éstas y en bastantes más ocasiones el autor desea expresamente dejar constancia de la crisis espiritual y moral honda que supone a los actores el hecho de cumplir la orden de la ejecución sumarísima o el hecho de estar presentes a la misma para asistir al reo. Pepe Hillo cuenta a Fernando Calpena su experiencia al ser llamado para confesar a reos de muerte: *“Nunca había visto yo la muerte violenta más que en la Plaza de Toros...Pero, ¡ay, Jesús mío!, en ningún tiempo vi matar a mis semejantes, y menos con la fría serenidad aterradora de los actos de justicia. No, no; yo no sirvo para eso, y abomino del ministerio castrense, que somete al mayor de los suplicios mi alma generosa y cristiana.”*⁷³⁷

En los capítulos XXVII a XXX del Episodio *Montes de Oca* el hombre bueno que es Santiago Íbero (¡notemos la semántica de su nombre!), en su cargo de coronel se ve obligado a fusilar al hombre honesto y excepcional que es Manuel Montes de Oca. Escribe el narrador: *“Retiróse Íbero en un estado de agitación vivísimo,... Diera él por salvarle la vida parte de la suya.”* Y un poco más adelante, admirado Íbero del sueño tran-

⁷³⁵ Ver Zumalacárregui, o.c. Capítulo I; *La campaña del Maestrazgo*, Capítulos XXIV y VII

⁷³⁶ “Putxet, en tanto, inconsolable, expresaba su consternación en estos y parecidos términos: ‘Una y otra vez he dicho al señor Llangostera que hoy no es día hábil para ejecuciones. Figúrese usted: domingo, y por añadidura Pascua de Pentecostés... ¡Cuando la Iglesia conmemora nada menos que el grandiosísimo misterio de la venida del espíritu Santo...!, ¡cuando tal festividad augusta y solemne celebramos, tener que consumir el cruento sacrificio, por más que las leyes de guerra, ¡malditas leyes!, lo autoricen y sancionen...’” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La campaña del Maestrazgo*, o.c., pág. 174) Un cinismo religioso legal aparece ya en páginas anteriores de la obra, siempre narrando los horrores de la guerra: “Le dije que tuviera paciencia, que de fusilarles, lo haríamos previa confesión, según costumbre y ley de nuestro ejército, con lo que, si se perdía el cuerpo, se ganaba el alma, que es lo principal.” A lo que responde Urdaneta: “Grandísimo perro..., la hipocresía de tu ferocidad me causa horror.” (idem. pág. 25; v. págs. 26. 28. 158)

⁷³⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Vergara*, o.c. pág. 12

quilo de Manuel, dice: “Yo, que no estoy en capilla, no podría dormir ni un minuto en esta noche de ansiedad y amargura, y este hombre...”⁷³⁸

Y, a lo largo de aquella noche de insomnio, concluye el Coronel Íbero: “A ese hombre hermoso, honrado y bueno, víctima de un fanatismo como otro cualquiera, vencido en la plenitud de la fuerza y de la vida, le enterraremos mañana, no porque él se muera, que bien sano está, sino porque le matamos. Esto es horrible.”⁷³⁹ Lo horroroso es que una autoridad humana se arrogue la capacidad de quitar la vida a otro ser humano, y esto mediante un procedimiento que intente dar visos de legalidad a tal acto. Es decir, no existe causa alguna que justifique la ejecución de esta pena de muerte.

Y en la confesión que el joven Estercuel está haciendo a Urdaneta (acción a la que hemos aludido antes), tras haber abandonado ya la milicia, evoca su experiencia y su pensamiento: “Yo tenía que dar la orden de fuego agitando un pañuelo. Me pasó por la mente la idea de no darla, sublevándome en nombre de Cristo.”⁷⁴⁰

Pero, quizás, la expresión más rotunda sobre la iniquidad de la pena de muerte ejecutada sea la que aparece en el Episodio *Carlos VI en La Rápita*, cuando Confusio (Juan Santiuste) narra el fusilamiento del general Ortega (que ha fracasado en su intención de proclamar rey al pretendiente carlista). La cita es larga, pero merece la pena que se ofrezca íntegra porque incluye todo el pensamiento del autor en los dos niveles que venimos señalando. Dice así:

*“Sentí aflicción hondísima, terror, vértigo, cual si me viera al borde de un abismo negro y sin fondo. Quise huir, mas ya no era posible. La multitud me enclavijaba con su cuerpo macizo. En mi retina se estampó la imagen del reo, calificado de traidor... No quería yo ver tal ultraje a la Naturaleza. Mi temblor y el temblor de todos anunciaban un cataclismo del mundo moral... El murmullo de la multitud acarició el cadáver como una honda de gemidos de responso. ¡Oh iniquidad, baldón de la naturaleza, bofetada y palos en la misma persona de la Divinidad! ¡A las tres de la tarde, en un espléndido día de abril, cuando el sol alegra los campos, y la tierra fecunda echa de sí para regalo del hombre toda la magnificencia de flores y frutos, la ley nos ofrece su auto sinietro de la Fe jurídica y militar, remedo de los sacrificios idolátricos! ¡Y se llama ley lo que es contrario al sentimiento y a la razón ley, la violación salvaje del principio cristiano! ¿En qué te diferencias, ley matadora, de los criminales que matan?... En que has sabido cohonestarla con formas hipócritas de moral falsa y de religión contra-hecha.”*⁷⁴¹

⁷³⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Montes de Oca*, o.c. págs.178-179 Parecido sentimiento es el que tienen quienes reciben la orden de fusilar a Ulibarri: “Bien sabe Dios que los que fusilaron al pobre Ulibarri hicieronlo compadecidos y en extremo pesarosos, cumpliendo a regañadientes la inexorable Ordenanza, que arranca la vida a un hombre honrado.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zumalcárregui*, o.c., pág. 17)

⁷³⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Montes de Oca*, o.c., pág. 180

⁷⁴⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La campaña del Maestrazgo*, o.c. pág. 53

⁷⁴¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Carlos VI en La Rápita*, Historia 16-Caja de Madrid 1995, págs. 177-178

Nos encontramos, pues, en esta dimensión de la obra galdosiana (en este perfil radical de la no violencia), con uno de los rasgos típicamente evangélicos; un rasgo que debiera producirse (al menos en el mundo cristiano) como única alternativa posible para situarse en armonía con Dios y la naturaleza, y para promover debidamente la supervivencia y el desarrollo de la humanidad: *Bienaventurados los pacíficos porque ellos heredarán la tierra*. Un rasgo que desgraciadamente no siempre los creyentes han mantenido con fidelidad. Galdós es, en este sentido, un adelantado religioso del siglo XX eclesial.

En particular, podemos convenir en que sus escritos son -para nosotros- un alegato irrecusable contra el viejo belicismo hispano; con un análisis más realista, agudo y extenso que el que pudo significar para la Rusia cristiana la novela de León Tolstoi *Gue-rra y paz*.

PARTE TERCERA

Dramática eclesial en la obra galdosiana

Capítulo VII. VISION DEL CRISTIANISMO Y DE LA IGLESIA EN LA OBRA DE BENITO PÉREZ GALDÓS.

El análisis verificado en los capítulos anteriores nos ha ofrecido implícitamente un amplio pensamiento de Galdós sobre el hecho cristiano, expresado éste a través de la tipología de multitud de personajes a los que se admira o se critica también por su dimensión religiosa, moral o creyente. Ya verificamos en esas páginas el perfil que -según el autor- dimana de la fe en el Dios de Jesucristo; aunque tal cristianismo no sea vivido en la práctica por todos los tipos descritos. Pero este dato (la fisonomía concreta de creyentes que mantienen una suficiente coherencia con su fe en Jesús) es el mejor indicador del fenómeno del cristianismo y de la iglesia que sueña el autor.

Resulta ahora importante conocer así mismo la idea explícita que muestra tener Don Benito acerca del movimiento iniciado con la predicación apostólica (el cristianismo) y acerca de la institución en donde discurre ese movimiento y la existencia individual del bautizado (la Iglesia). La inspiración teológica de la obra galdosiana -los aspectos de la existencia cristiana que venimos descubriendo hasta aquí- se sustentan seguramente en esa visión del hecho cristiano y eclesial, visión que debemos investigar en el presente capítulo.

Desde el punto de vista lingüístico -y tal vez también teológico- resulta posible y conveniente distinguir entre cristianismo e iglesia. Al referirnos al primer concepto consideramos especialmente el impacto característico social y religioso que nace del Misterio de Jesús y de la actuación de los apóstoles a partir de Pentecostés. La idea formal de Iglesia, después, añade y centra la mirada en la institución que poco a poco va encarnando la realidad cristiana, con fidelidad a sus orígenes o modificando ésta en alguna medida y dotándola de fuerte estructura temporal a lo largo de la historia, hecho que se produce (en ese momento) en el corazón de las sociedades latinas y de Oriente próximo.

Ambas perspectivas -la del fenómeno cristiano y la del fenómeno eclesial- se abordan en la obra galdosiana con una tensión dramática, es decir: en contraste y conflicto entre la originalidad y el desenvolvimiento real de las mismas, entre su ideal y la praxis histórica, entre la propuesta pura y salvadora que brindan a los hombres y la oposición frontal del mundo y de sus intereses ocultos... Por esta razón parece más oportuno hablar, a propósito de la expresión galdosiana de tales perspectivas, de una metodología dialéctica y

crítica. No resulta, pues, fácil la elaboración teórica de las ideas de cristianismo y de Iglesia a través de las innumerables páginas que tratan de estos asuntos en las obras que estudiamos.

La tensión sube de tono, desde luego, al concretar la mirada en la vida eclesial, especialmente en los responsables eclesiásticos y en su actividad pastoral o como ciudadanos notables. Analizaremos esta última perspectiva con amplitud en el capítulo siguiente de nuestro trabajo.

Todavía debemos hacer otra aclaración previa de carácter lingüístico. Con frecuencia el escritor emplea dos términos para designar el hecho cristiano inserto en nuestra cultura: la palabra *religión*, dicha en general, y la palabra *catolicismo*. Con la primera se suele referir indistintamente a las religiones (al hecho religioso, sea éste el cristiano o no), pero también al cristianismo en cuanto institucionalizado o realizado en una mentalidad y práctica determinadas tanto por el mundo eclesiástico, como por la población española.

Con la palabra *catolicismo* se refiere casi siempre al cristianismo en cuanto fuerza moral e ideológica dominante en la esfera social e histórica de nuestro país. Alguna vez identifica simplemente catolicismo y cristianismo; y, en ocasiones, se refiere a la confesión católica romana distinta de la protestante o de la ortodoxa.

1. *Dialéctica del cristianismo en la obra de B. P. Galdós.*

Hablamos de dialéctica (desde el punto de vista social y filosófico) cuando la realidad que consideramos es observada y se nos ofrece desde categorías distintas e incluso antagónicas; categorías que, una vez consideradas desapasionadamente, contribuyen a hacer más esclarecedora la reflexión sobre lo real y, en definitiva, a completar su visión. El tratamiento dialéctico permite entonces comprender mejor la esencia de muchas realidades, aunque el proceso del conocimiento sea, en este caso, más laborioso.

De esta forma son abordados y desarrollados muchos temas en la producción galdosiana. Y así sucede en lo que concierne a la teoría del cristianismo y de la iglesia. Hay que penetrar despacio en la literatura de Galdós para descubrir los diversos textos emblemáticos con los que se confrontan visiones acerca de lo cristiano, dejando traslucir —a lo largo del análisis textual— el pensamiento propio del autor o, tal vez, la idea predominante que quiere transmitir a los lectores.

1. *Sobre la esencia del cristianismo en la teología galdosiana.*

El cristianismo (contemplado en su esencia teológica) es la presencia del Espíritu de Jesús resucitado fecundando a la humanidad en la dirección del Reino de Dios; es decir, significa —de hecho y de derecho— el despertar de la conciencia del Dios trinitario, una conciencia generadora de orden justo y de fraternidad, una conciencia operativa que proyecta la historia hacia su feliz consumación final.

Galdós no formula la esencia del cristianismo con esta precisión de términos teológicos; pero el tema le preocupa profundamente y, con el lenguaje narrativo, simbólico y dramático que caracteriza a su escritura, sí brinda desarrollos sorprendentes de aspectos dogmáticos e históricos del cristianismo, más allá de las palabras y de las descripciones anímicas de los personajes más interesantes.

1.1 La identificación fundamental del cristianismo.

En cinco obras, al menos, encontramos un amplio pensamiento sobre la identidad del cristianismo en cuanto propuesta salvadora para los individuos y para la Humanidad. Las novelas de tesis y de más alta espiritualidad (*Ángel Guerra, Gloria, Nazarín y Halma*) y el Episodio *Aita Tettauen* (con el complemento de muchos otros textos) sirven probablemente al escritor para entrar con claridad en el debate que mantenía abierto una gran parte de la filosofía y de la teología del siglo XIX: ¿qué es el cristianismo?, ¿en qué medida la expansión cristiana refleja el proyecto original de Jesús?, ¿cómo se relaciona y cómo debería relacionarse el cristianismo con el mundo?

Vamos a destacar –en esas obras- varios textos de gran significación, permitiéndonos citarlos con amplitud. Después, a partir de ellos, podremos esbozar una cierta síntesis del pensamiento de Don Benito en tema tan delicado.

a) En el Episodio Nacional *Aita Tettauen* (obra de confrontación de la realidad cristiana con la judía y la musulmana) el autor hace la crónica de la conversación que mantiene amigablemente el protagonista Juan Santiuste, ya conocido en otros episodios, con el sabio judío Baruc:

“Hizo Santiuste la apología del Cristianismo en variedad de tonos, descendiendo del sublime al patético; ensalzó la intensa ternura de la predicación de Cristo, por la cual éste penetró en las entrañas de la Humanidad, conquistándola y haciéndola suya para siempre; marcó luego la obra inmensa de los apóstoles, para afianzar la doctrina del Redentor sobre las ruinas del Imperio, y la siguiente labor de los Padres para fijar en dogmas inmutables todo el organismo de la Hermandad Cristiana; describió la tenaz gestación de la Iglesia para formarse, para edificar su imperio militante y docente, y sostenerlo con robusta trabazón arquitectónica en el curso de los siglos. ¿Cuándo había visto la Humanidad obra tan grande y sintética, ni organización tan poderosa? La doctrina de Cristo había venido a ser la única normalidad espiritual de los pueblos civilizados... Declaró Santiuste con emoción y solemnidad que, de las confesiones cristianas, prefería la católica porque en ella había nacido y porque era la más bella, la más latina,

en el sentido etnográfico, y la que a su parecer responde mejor a los fines humanos.”

742

Juanito Santiuste (Confusio) acaba de hacer un resumen admirable de la historia del cristianismo, y, al mismo tiempo, ha expresado el elevado sentido existencial que le aporta su propia pertenencia al mismo. Es sorprendente que sitúe en el origen del hecho cristiano *“la intensa ternura de la predicación de Cristo”*, es decir, una razón absolutamente cristológica; y que esa presencia de Cristo haya penetrado *“en las entrañas de la Humanidad”*. Es una bella confirmación literaria del fundamental misterio cristiano de la Encarnación del Verbo. Además, asienta la realidad cristiana actual en la referencia normativa a los Apóstoles y a la tradición de los Santos Padres. Y cuando habla de espiritualidad cristiana no duda en añadir el calificativo de normalidad.

La página, de contenido y riqueza lingüística notables, supera con mucho las posibilidades de pensamiento del personaje que habla, aunque éste sea presentado como un buen amante de la filosofía. En definitiva, Juanito Santiuste no es más que un pensador por libre, un aventurero liberal y excesivamente sensible, surgido de la bohemia madrileña; lo que nos hace pensar que la autoría ideológica del texto citado hay que atribuírsela directamente al autor de la novela.

b) Ángel Guerra es otro de los personajes apasionadamente seguidos por el escritor. Tras un largo proceso de conversión, determinado ya a ofrendar la vida por la auténtica causa evangélica, expresa con exaltación su visión del cristianismo, y lo hace en el curso de una animada conversación con su amigo Juan Casado, sacerdote tan digno y entrañable como excéntrico.

“En lo esencial –dice Guerra-, quiero parecerme a los primitivos fundadores, y seguir fielmente la doctrina pura de Cristo. Amparar al desvalido, sea quien fuere; hacer bien a nuestros enemigos; emplear siempre el cariño y la persuasión, nunca la violencia; practicar las obras de misericordia en espíritu y en letra, sin distinguos ni atenuaciones, y, por fin, reducir el culto a las formas más sencillas dentro de la rúbrica; tal es mi idea. Soy un pecador indigno; espero redimirme con la oración, con este trabajo en pro de la humanidad y en nombre de Cristo Nuestro Señor.” Antes ha matizado aún más su pensamiento sobre el proyecto de cristianismo que quiere practicar: *“El tratamiento del cariño, de la confraternidad, de la exhortación cristiana, sin hierros, sin violencia de ninguna clase... El pecador que aquí venga no podrá menos de sentirse afectado por el ambiente de paz que ha de respirar... Viene a ser esto la casa temporal de Dios, donde se entra por amor, se reside por fe, y se sale franqueando una puerta en cuyo frontón esta la Esperanza.”* ⁷⁴³

⁷⁴² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Aita Tettauén*, o.c. pág. 219 La continuación del texto se cita en el capítulo siguiente, a propósito de la visión del autor sobre la legislación referente al celibato eclesiástico.

⁷⁴³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II*, o.c. págs. 527 y 526.

El proyecto del personaje refleja, sin duda, la utopía del Reino de Dios. Recordemos que el cristianismo llega a ser tal utopía en virtud de la máxima realización del amor en el mundo; y en este sentido es también la máxima instancia de reforma y de verdadero cambio social. Ésta es la conclusión a la que ha llegado Ángel –Galdós–: *“La aplicación rigurosa de las leyes de caridad que Cristo Nuestro Señor nos dio, aplicación que hasta el presente está a la mitad del camino entre las palabras y los hechos, traerá de fijo la reforma completa de la sociedad, esa renovación benéfica que en vano buscan la política y la filosofía.”*⁷⁴⁴

La visión que anima al protagonista de la novela y su compromiso firme de consagrarse a ella (de hecho ya lo está haciendo en la trama narrativa) hacen exclamar a uno de los interlocutores: *“¿Quién te inspiró esa idea de enderezar el cristianismo?”*; a lo que Ángel responde: *“Mis ideas no son nuevas; interpreto y aplico la doctrina de Cristo.”*⁷⁴⁵ Enderezar no significa inventar, sino devolver la imagen prístina y derecha de algo cuya esencia se conoce muy bien pero no ha alcanzado suficiente entidad o se ha torcido.

Galdós muestra en el texto poseer una idea bastante precisa de lo que constituye la esencia del cristianismo, aun cuando esta idea no se verifique plasmada en la realidad al nivel que él desearía. La novela, entonces, sí aparece como un alegato a favor de una gran reforma cristiana y, de algún modo, evoca –con dramatismo mucho más fuerte– el pensamiento reformista erasmiano (o *La utopía* de Thomas Moro) que inspirará a casi todas las piezas dramáticas galdosiana.

En *Nazarín* aparece también como idea esencial el retorno a Cristo, modelo referente único. Ésta es la misión que espera Dios precisamente del protagonista cuando, al final de la obra, en el momento en que imagina alzar la Hostia consagrada, le dice: *“Algo has hecho por mí. No estés descontento. Yo sé que has de hacer mucho más”*.⁷⁴⁶

Es obvio que esta novela –que analizaremos más adelante– desarrolla (junto con *Misericordia*) el pensamiento cristológico más expreso y fecundo del autor encarnado en Don Nazario y en Benina; y que este pensamiento se orienta hacia la centralidad absoluta de la figura de Jesús para un cristianismo que, en buena medida al menos, parece inédito, puesto que ambos personajes son rechazados por el catolicismo en uso (*Nazarín* sólo encontrará acogida más adelante en el reducidísimo, libre y utópico proyecto comunitario de *Halma*.)

⁷⁴⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II*, o.c. pág. 606.

⁷⁴⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II*, o.c., pág. 625. Lo que nos recuerda la respuesta que da el misionero jesuita nativo de la Misión de San Carlos (reducciones del Paraguay) al Cardenal inquisidor, en el film *La Misión*: *“Eminencia, ésta era la doctrina de los primeros cristianos”*.

⁷⁴⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*, o.c. pág. 247. G.G. MINTER, en su extenso artículo *Halma and the writings of St. Augustine* interpreta así este final de la novela: *“If the ‘algo’ that Nazarín has done is to bring home in his contemporaries the urgency of reconsidering Christ as exemplar.”* (Anales Galdosianos, XIII.1978, pág. 74)

En esa misma dirección escribe Don Benito *Santa Juana de Castilla*. Frente a la postura imperial de un catolicismo a ultranza (intransigente en el dogma y en el culto, centrado en el poder interno y público de la religión), la ex reina Juana (confinada en el palacio de Tordesillas) es presentada como signo del cristianismo original y más auténtico. Resulta elocuente el diálogo entre Marisancha y Mogica (dueña y veedor respectivamente de Doña Juana):

*"(-Mogica:) Nuestra señora no le disputa al Marqués estas grandezas, y permanece solitaria y oscura, mal alimentada y peor servida, como si aquí viviera de limosna... Y ahora te pregunto yo: ¿No es esto virtud? ¿No es humildad? ¿No es cristianismo?...(-Marisancha:) Sí; Doña Juana es una señora ejemplar, y lo sería más si asistiera a las ceremonias de nuestra religión. (-Mogica:) ¿Qué entiendes tú de ceremonias ni de letanías? Nuestra Reina lleva la religión en su alma piadosa. Ama fervorosamente a los humildes, a los limpios de corazón."*⁷⁴⁷

La protagonista (que morirá en escena, asistida por el ya jesuita Francisco de Borja) tiene entre sus libros de cabecera las obras de Erasmo. Es obvio que el autor está señalando la visión reformista del cristianismo y de la Iglesia propia del humanista de Rotterdam.

c) Las obras galdosianas parecen demandar dos condiciones para que se verifique la renovación del proyecto católico (en referencia al modo como es vivido mayoritariamente en la sociedad española del momento). Por una parte, con insistencia y rotundidad, la incorporación de un talante liberal en el hecho cristiano; por otra, el retorno a una honda experiencia del Dios de Jesucristo y a la práctica de los criterios esenciales del Evangelio.

1.2 Un cristianismo auténticamente creyente y evangélico.

La segunda condición del cristianismo, la irrenunciable y fecunda fe en Dios Padre común, se desarrolla implícitamente en *Misericordia*, pero recibe el carácter explícito en las otras tres novelas de mayor espiritualidad cristiana: en *Ángel Guerra*, *Nazarín* y *Halma*. En especial, el proyecto reformador del cristianismo que intenta llevar a cabo la condesa de Halma exige una hondura espiritual creyente para participar con acierto en él. De otra forma no prosperaría. La obra (*Halma*) se centra, entonces, en una trilogía de personajes profundamente espirituales: la misma condesa Catalina de Artal, Nazarín y Manuel Flórez.

Una página excepcional revela la visión que el autor tiene de la fe constitutiva del hecho cristiano. Don Manuel Flórez, gravemente enfermo, pide a su buen amigo el sacerdote Don Modesto Díaz que le lea la *Confesión de la verdadera fe* de San Agustín. Éste le cita de memoria el siguiente fragmento:

⁷⁴⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Santa Juana de Castilla*, Acto I, escena I. (Ed. Fragua. Madrid 2010, pág. 42)

“Gracias os hago, luz mía, porque me alumbrasteis y yo os conocí. Conocíos, Criador del Cielo y de todas las cosas visibles e invisibles. Dios verdadero, todopoderoso, inmortal, interminable, eterno, inaccesible, incomprensible, inmutable, inmenso, infinito, principio de todas las criaturas visibles e invisibles, por el cual todas las cosas son hechas, y todos los elementos perseveran en su ser, cuya Majestad, así como nunca tuvo principio, así jamás tendrá fin...” En ese momento Flórez le interrumpe y dice: *“Más adelante, más adelante, Modesto, donde dice... ¡Ah! Ya lo recuerdo: Tarde os conocí, lumbre verdadera, porque tenía delante de los ojos una gran nube oscura y tenebrosa que no me dejaba ver el sol de justicia, y la lumbre de la verdad.”*⁷⁴⁸

El texto de Galdós –magnífico- hace referencia a una identidad esencial del creyente cristiano: a la fe firme, arraigada, en Dios Creador, origen amoroso de la existencia. Esta fe, generadora de un conocimiento íntimo y de un sentido profundo del Señor, aparece, por tanto, como acontecimiento constitutivo del cristianismo. El autor de la novela va a dejar constancia de que sin esa fe se llega tarde a la cita del hecho de Jesús; un hecho que, a la vez, está inmerso (a lo largo de toda la obra que analizamos) en una práctica del amor, de la caridad, y de la justicia respecto a todos y especialmente respecto a los más pobres.

1.3 La opción por un cristianismo de signo liberal en la obra de Galdós.

Se puede debatir sobre el enfrentamiento teológico y sociológico –que hubo o que debería haber- entre el liberalismo occidental y el cristianismo mayoritario (o la Iglesia); y también, por otra parte, sobre la actitud liberal y la actitud conservadora al interior del mundo eclesial católico. Son dos debates cercanos pero distintos.

a. El espíritu liberal del cristianismo en Galdós.

Desde los presupuestos de la historia de la Iglesia en los dos últimos siglos (el XIX y XX) resulta difícil hablar de un posible acuerdo entre los liberales y los hombres de Iglesia (jerarquía, burguesía laica o pueblo llano). El espíritu de la Enciclopedia, desarrollado en el XIX y que se consideraba a sí mismo liberal, quiso ya atacar de raíz las bases de la institución eclesial y, al mismo tiempo, en buena medida, de la dogmática cristiana; la actitud del espíritu liberal frente a la Iglesia se intensificó en los escritores franceses y alemanes. El posterior liberalismo económico y el actual neocapitalismo continuarían en ese empeño con menor agresividad y con mayor eficacia.

El magisterio de la Iglesia y el sentir popular religioso cristiano vieron oficialmente en aquella postura al anticristo.

En tal contexto, ¿cómo puede entenderse la clara opción liberal de Galdós precisamente compaginada –o integrada- con la fe en Jesucristo y en su Evangelio? ¿Cómo es posible que de toda su obra dimane una propuesta seria de cristianismo?

⁷⁴⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c. págs. 222-223

No es fácil la explicación; sin embargo lo cierto es que coexisten ambas perspectivas en el retrato del populoso mundo de personajes galdosianos y, en definitiva, en el mismo autor. Quizás por estas razones: primera, porque sorprendentemente nos encontramos con un hombre que piensa e intenta actuar con libertad remitiéndose a los orígenes del Evangelio (que –lo olvidemos- significó un enfrentamiento liberal respecto al pensamiento judío y romano). Segunda, porque nos encontramos en España, en donde las contradicciones o la convivencia de opuestos suele producirse de forma diferente a como se producen en el resto de Europa. Y tercera, porque Galdós es un español cervantino, quevediano o unamuniano de cuerpo entero, es decir, capaz de integrar, de manera libre y total (no fragmentada) el patrimonio cultural completo (que incluye lo religioso y cristiano como elemento sustancial del mismo), sin por ello abandonar una actitud revisionista y crítica en busca siempre de otra mayor autenticidad.

Es evidente que el escritor entró de lleno en la llamada “cuestión religiosa” que dominaba la escena social e intelectual española del último tercio del XIX; y que lo hizo desde posturas a la vez cristianas y liberales. Pero es necesario precisar enseguida el alcance de su planteamiento y evitar cualquier juicio apriorístico al respecto.

En primer lugar hay que recordar el hecho de la firme religiosidad personal de Don Benito⁷⁴⁹ y que su obra, como indicamos ya, no revela en modo alguno una postura irreligiosa (tampoco arreligiosa) ni antieclesial, sino todo lo contrario.

Pero Galdós piensa que el tradicionalismo y el conservadurismo religiosos se han convertido en feudos intocables del absolutismo más brutal que domina a España; absolutismo político y económico que halla en la religión establecida una fuerza indispensable para prosperar. Lo que ha conducido a clérigos, a políticos y al pueblo a posturas religiosas fanáticas que nada tienen que ver con la esencia del Evangelio.

Por un lado, esta visión de la realidad no le permite comulgar con el catolicismo dominante, y ya por este motivo tiene que hacerse liberal y –desde tal actitud- asumir el drama de continuar siendo creyente. Entonces se produce un nuevo fenómeno en el pensamiento del escritor: va descubriendo la objetividad de la teología evangélica muy distinta

⁷⁴⁹ La fe y la religiosidad cristiana de Galdós, analizada en el Capítulo I de nuestro trabajo, está bien estudiada, a mi parecer, en obras como la de RODRÍGUEZ BATLLORI, FRANCISCO *Galdós en su tiempo*, Capítulo XI, *Espíritu religioso* (Editorial Augustinus. Madrid. 1969. págs. 89-92); en AA.VV., *Galdós en Madrid. La vida religiosa*, de TOVAR MARTÍN, VIRGINIA (Ed. Comunidad de Madrid. 1988. págs. 139-162); MARTÍNEZ GONZÁLEZ, LUIS, *Nazarín, de Pérez Galdós, un sacerdote a imagen de Cristo. La espiritualidad del novelista*. GARCÍA VILLALBA, CHARO, *Galdós, un cristiano del siglo XXI* (Departamento de Filología III. Universidad Complutense de Madrid. En la red: 04/07/2012). Etc.

de la oficialidad eclesial, y –desde ahí– no sólo la posibilidad sino la condición liberal del cristianismo.

No sabemos exactamente de qué modo cobra fuerza esta visión. Quizás por la afinidad con los krausistas cristianos o, sobre todo, por una lectura directa del Nuevo Testamento y de los Padres (que cita textualmente en bastantes ocasiones); sin duda, también por la influencia de Erasmo y por una lógica ecuménica que se le va acentuando.

El pensamiento erasmista del cristianismo –lo hemos señalado ya– aparece de forma expresa en su tardía obra *Santa Juana de Castilla*. Es el cristianismo despojado de la pesada túnica de prácticas, ritos, y exceso de dogmas y de leyes. Así lo abraza la exreina de Castilla y no lo rechaza (en la obra) el Duque de Gandía, Francisco de Borja (interpretándolo así en la ficción literaria).⁷⁵⁰

El caso es que nos hallamos ante un creyente cristiano de serio contenido dogmático y, al mismo tiempo, liberal porque su conciencia no le permite ya ser aquel tipo de conservador religioso que se ha adueñado, a un tiempo, de la nacionalidad hispana y de la confesión católica.

No mucho tiempo después de la muerte de Don Benito, un gran pastor eclesial, el cardenal Tomás Vidal y Barraquer, adoptará una postura semejante a propósito de la filiación religiosa de republicanos y “nacionales” ante el conflicto de la Guerra Civil: el ser o no ser cristiano (católico) no depende de la identidad intelectual o política de las personas. Los liberales pueden serlo tanto o más que los conservadores; y, de hecho, la inmensa mayoría de personajes liberales galdosianos son cristianos y se manifiestan como tales. Para nuestro autor, las ideologías intelectuales y políticas más avanzadas no son necesariamente anticristianas, ni se oponen de por sí a la Iglesia, que no debería alinearse con ningún partido (y menos con los de derechas).

Esta consideración aparece aún más clara cuando enjuiciamos el asunto en otro contexto histórico tan distinto del actual. Porque en el siglo XIX español (lejano todavía a los niveles de bienestar material, de vacío ideológico y espiritual, de irracionalidad producida por la *new age*, y de corrupciones a toda escala que implican a muchos que se autodenominan católicos), en aquella España, decimos, la casi totalidad de la población era creyente de corazón y de pensamiento, aunque lo fuera con su estilo propio y con dolorosas contradicciones, incluso con un fuerte anticlericalismo.

⁷⁵⁰ “Quiero el agua pura y limpia, como la que cae del cielo cuando lloran las nubes para fertilizar la tierra y purificar todas las cosas; quiero el agua traída por la divina esencia...–dice Doña Juana–. A lo que responde Borja: *Vuestro criterio religioso, según he podido entender, deriva del sistema religioso de Erasmo, el cual dice que no nos cuidemos del formulismo ni de las exterioridades rituales, sino de la pureza de nuestro corazón y la rectitud de nuestras acciones...*” “No sois hereje, señora. En el libro de Erasmo nada se lee contrario al dogma.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Santa Juana de Castilla*, Acto III, escena IV. O.c., págs. 73-74)

Es decir, católicos eran los cristinos o isabelinos y los carlistas, aunque el carlismo se empeñara en designar a los liberales como los sin Dios. (La visión de esos seguidores del pretendiente Carlos, además de falsa, era demagógica e indigna: se utilizaba para asustar al campesinado y llevarlo a sus filas, razón por la que el carlismo tuvo siempre un carácter más rural que urbano.

Desde esta perspectiva el calificativo de liberal tenía, pues, otra connotación para aquel entonces muy distinta de la que lo acompaña ahora, tanto en España como fuera de España.

Galdós se sitúa, entonces, como liberal dentro de la confesión religiosa cristiana y católica: se siente liberal cristiano y desea con toda su alma un cristianismo con la impronta liberal, porque está convencido de que esto es lo que teológicamente procede. No existe para él oposición alguna entre cristianismo (ser cristiano) y liberalismo, sino más bien convergencia, aunque ambos espíritus tengan que caminar hacia el encuentro depurando actitudes foráneas.

Dejándose llevar del tono natural, espontáneo y apasionado de Santiago Íbero padre (personaje muy a la medida del autor), expresa una vez más esa convicción: *“Íbero, fortalecido por su fe ciega en el ideal de los libres, que creía obra de Dios..., aunque odiaba el fanatismo, era creyente y buen cristiano; y lejos de ver incompatibilidad entre la libertad y el dogma, tenía los por amigos excelentes.”*⁷⁵¹

Sería erróneo interpretar esta postura con una perspectiva sólo coyuntural o sociopolítica. En definitiva, si el escritor se muestra a favor del liberalismo cristiano (o, mejor, del cristianismo liberal) es porque cree que el Evangelio de Jesús tiene de por sí este signo, es sustancialmente abierto. Tan abierto como para apoyar él (en la novela *Gloria*, 1877) el matrimonio de la joven catolicísima Gloria (que tiene, como era de esperar, el apellido Lantigua) con el judío David Morton; debiendo recordar que la consideración judía era rechazada de plano socialmente entre nosotros.

El Evangelio –para él– es la defensa más radical que se ha hecho en la historia humana de la libertad de conciencia; lo que plasmará igualmente y con radical energía en *Electra*, estrenada en Madrid en 1901, liberando a la protagonista de la opresión religiosa que ejercen sobre ella personajes significativamente católicos (y provocando uno de los mayores escándalos teatrales que se han conocido en la capital).

Señalemos –entre paréntesis– el hecho simpático de que el autor haga llamarse Juanito y Jacobo respectivamente a los hijos del gran personaje cristiano liberal que es Benigno Cordero (segunda serie de Episodios), onomástica que se refiere como es obvio a Rousseau (lo que nos recuerda, en plan menos cómico, aquella otra onomástica de los hijos del fascis-

⁷⁵¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Vergara*, o.c., pág. 84

ta italiano de la película de Roberto Benigni “La vida es bella”, que se llamaban uno Benito y el otro Adolfo).

Con esta clave liberal cristiana se desarrolla toda la obra galdosiana. Y por esto precisamente conviene apuntar ya que se distinguen en su narrativa tres planos muy distintos a propósito del hecho religioso creyente:

- el plano de la mera religiosidad, incluso de lo sagrado, sin más fundamento que la natural predisposición religiosa del hombre, ofreciéndonos con frecuencia testimonios muy valiosos de tal religiosidad y sacralidad universales que el autor respeta y admira⁷⁵²; criticando, por el contrario, con alguna frecuencia, el atavismo de lo tradicional incuestionado y con derivaciones irracionales (un atavismo que informa, desde luego, a muchos de los personajes y de los ambientes relatados);

- el plano importantísimo de la religiosidad cristiana anónima: de las actitudes simple y valiosamente cristianas, coincidentes con la ética del Evangelio, aunque con escasa referencia creyente explícita; con esta perspectiva Galdós parece hacer suyas las palabras evangélicas referidas a Jesús: “*éste come con pecadores*”, palabras que unen en el Señor el talante misericordioso y el talante liberal, independiente de cualquier prejuicio;⁷⁵³

- y, en fin, el plano de ese mismo comportamiento liberal y evangélico avalado por una honda y expresa vivencia religiosa de comunión con el Dios de Jesús; plano contemplado en personajes más escasos, pero perfectamente tratados en las obras y que son, sin duda, emblemáticos, en general tipos sencillos y de carácter claro como Gabriel de Araceli, Salvador Monsalud, Fernando Calpena, Ángel Guerra, Santiago Íbero padre e hijo, Benina, Mariucha, Inés, Sola, Demetria, Halma, Nazarín y un etc muy largo.

Es notable que el autor identifica su talante liberal y cristiano sobre todo en los dos últimos planos.

Respecto al liberalismo en la fe y en la existencia de los creyentes hemos ofrecido ya –y ofreceremos aún– abundantes datos del pensamiento galdosiano. Nos remitimos, como síntesis, a la cita del credo liberal cristiano que ofrece *Gloria*, la obra que seguramente alcanza mayor calado teológico. Junto a una crítica de la fe tradicional (y, en consecuencia, del cristianismo tradicional), Buenaventura Lantigua, tío de la protagonista, el único personaje que muestra cierta apertura, da razón de la esencia del cristianismo al judío Daniel Morton:

⁷⁵² V., por ejemplo, el tipo de experiencia de Dios y de plegaria que brota del joven Gabriel de Araceli al inicio de la batalla de Trafalgar (PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional nº 1, *Trafalgar*. Salvat. Madrid. 1969. págs. 102-104)

⁷⁵³ Ángel Guerra es un buen exponente de ese nivel de liberalidad; respecto al personaje alcohólico Don Pito (que desea ingresar en la Domus Domini, sin dejar su adicción a la bebida) se explica así: “No estoy por que se condenen en absoluto los hábitos arraigados en una larga vida, y que al fin de ella vienen a ser la única alegría del anciano.” Y sigue el narrador: “Comprendiendo la piedad suprema y un tanto sutil que encerraban estas palabras, Don Pito se conmovió: ¡Eso se llama cristiandad, amigo don Ángel.” (B. P. Galdós, *Ángel Guerra*. Vol. II. o.c., pág. 442)

*“Yo creo que la fe religiosa, tal como la han entendido nuestros padres, pierde terreno de día en día, y que tarde o temprano todos los cultos positivos tendrán que perder su vigor presente. Yo creo que los hombres buenos y caritativos pueden salvarse, y se salvarán fácilmente, cualquiera que sea su religión. Creo que muchas cosas establecidas por la Iglesia, lejos de acrecentar la fe, la disminuyen, y que en todas las religiones, y principalmente en la nuestra, sobran reglas, disposiciones prácticas. Creo que los cultos subsistirán mejor si volvieran a la sencillez primitiva. Creo que si los poderes religiosos se empeñan en acrecentar demasiado su influencia, la crítica acabará con ellos. Creo que la conciliación entre la filosofía y la fe es posible, y que si no es posible vendrá el caos.”*⁷⁵⁴

El texto, en boca de una persona que pertenece a familia más arraigada en el conservadurismo teológico, es de todo punto excepcional y revela al autor más que al personaje; en realidad, la página está fuera del contexto narrativo.

Muy significativa (como expresión secularizada del espíritu liberal que se desea asignar al cristianismo) es la cita del conocido discurso de Castelar en las Cortes de 1869; discurso admirado, desde luego, por Galdós, que lo reseña en el Episodio *España sin rey*. El político, tras gritar su famosa frase “*Grande es Dios en el Sinaí*”, continúa:

*“Hay un Dios más grande todavía, que no es el majestuoso Dios del Sinaí, sino el humilde Dios del Calvario, clavado en una cruz, herido, yerto, coronado de espinas, con la hiel en los labios y diciendo: Padre mío, perdónalos, perdona a mis verdugos, perdona a mis perseguidores, porque no saben lo que se hacen... Grande es la religión del poder; pero es más grande la religión del amor. Grande es la religión de la justicia implacable; pero es más grande la religión del perdón misericordioso; y yo, en nombre de esta religión, en nombre del Evangelio, vengo aquí a pedirlos que escribáis al frente de vuestro Código fundamental la libertad religiosa, es decir Libertad, Fraternidad, Igualdad entre todos los hombres.”*⁷⁵⁵

⁷⁵⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, o.c., pág. 307; ver también las páginas siguientes. El mismo deseo de libertad y de corresponsabilidad en la empresa cristiana manifiesta Ángel Guerra repetidas veces: v., por ejemplo: o.c. pág. 457. Hasta cierto punto podríamos afirmar que la impronta liberal de la teología de Galdós se desarrolla en estrecha relación con las manifestaciones del magisterio pontificio a ese respecto, documentándose en las Encíclicas que se suceden (desde *Singulari nos*, de Gregorio XVI, hasta las últimas cartas de León XIII sobre la cuestión social y sobre el ecumenismo en 1894).

⁷⁵⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *España sin rey*, o.c., págs. 72-73. Esta misma confesión de fe cristiana y católica, con una dimensión explícita liberal, aparece —dotada de mayor ternura— en las palabras últimas de Patricio Sarmiento: “*Cristiano católico soy. Creo todo lo que manda creer la Iglesia, creo todos los misterios, todos los sagrados dogmas, sin exceptuar ninguno... ¡Oh!, Señor de cielos y tierra; ¡oh! Tú, María, Madre amantísima del género humano, a vosotros vuelvo mis miradas, vosotros lo sabéis porque ceis mi rostro... A vosotros volaré invocándoos, llevando en mi diestra la bandera que habéis dado al mundo, la bandera de la libertad, por la cual he vivido y por la cual muero.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*, o.c., pág.220)

Es evidente la intención de Don Benito de recordar con esta cita del discurso, incluso desde presupuestos políticos, el talante liberal con que él identifica al cristianismo. Un espíritu que aparece plasmado de forma anecdótica también cuando describe la escasa pero erudita y abierta biblioteca del bondadosísimo liberal Benigno Cordero.⁷⁵⁶

b. El cristianismo ecuménico de Galdós.

La impronta liberal política que incluía la libertad de cultos (en el articulado de varias de las Constituciones del XIX español) significaba un buen apoyo a la reforma de la Iglesia y a su retorno al Evangelio. No fue entendido así por la jerarquía católica ni por la mayoría burguesa. En los templos se predicó de manera rotunda el aforismo “fuera de la Iglesia no hay salvación”. Galdós, sin dejar su filiación cristiana católica, defendió ardientemente esa libertad religiosa (no sólo tolerancia) como integrante natural del Evangelio. Fue un adelantado del ecumenismo actual, el del Vaticano II y el de los últimos Papas.

En concreto, el pensamiento cristiano de Don Benito abraza fraternamente en primer lugar a protestantes (anglicanos, en particular), enseguida a judíos y a musulmanes. ¿Significa esto que existe en su ideología una tendencia religiosa sincretista? José María Pereda se lo reprocha amigablemente en varias cartas del enjundioso epistolario que le dirige (aludiendo precisamente al fracasado intento de unidad de las fuerzas políticas liberales).⁷⁵⁷ Personalmente nos parece que la interpretación del escritos cántabro es excesiva.

En cuando a los anglicanos, la novela *Rosalía* (el tercer escrito formal que conocemos, fechado en 1872) idealiza al clérigo inglés Horacio Reynolds dirigiéndole -en palabras de su personaje opuesto, el carlista Juan Crisóstomo- las mejores alabanzas; al mismo tiempo rechaza de plano las razones por las que la población católica no puede aceptarlo: “¿Sabe que el tal Don Horació es un hombre excelente? –le dice al párroco del pueblo- ¡Qué lástima que sea protestante!”; y cuando está ya planteado el matrimonio mixto: “Usted es bueno, usted es formal, usted es rico, pero usted es protestante y es clérigo. Prefiero verla muerta a verla casada con usted, ¡con un protestante! ¡con un clérigo!”⁷⁵⁸

Conocedor de la situación del anglicanismo en Gibraltar y en Cádiz, Galdós tiene noticia probablemente del Movimiento de Cambridge de acercamiento de las dos confesiones

⁷⁵⁶ “Estos libros no eran muchos, pero sí escogidos, y sólo formaban dos obras: las de Rousseau, edición de 1827, en veinticinco tomitos, y el Año Cristiano, en doce. Aunque alineados en dos grupos distintos, no por eso dejaban de andar a cabezadas, dentro de un mismo estante El Vicario Saboyano y San Agustín.” PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los Apostólicos*, o.c., pág. 23

⁷⁵⁷ “¿Quiere V. crear una especie de Unión Liberal en el terreno religioso, como se creó en el político, avanzando los de atrás y retrocediendo otro tanto los de adelante? Si este procedimiento ha sido el origen de todos los grandes contubernios políticos, convertidos ya en política al uso, la causa de la muerte de la fe en los principios, y por tanto la de todas esas desvergonzadas apostasías y veleidades.” José María PEREDA, carta a Galdós de 9/2/1877 (pueden verse en el mismo tono la de 13/3/1877 y otras), citadas íntegramente en Epistolario Pereda-Galdós, en *La sociedad española del siglo XIX en la obra de Galdós*, de Pilar FAUS SEVILLA. Nacher. Valencia 1977, pág. 255 y ss.

⁷⁵⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Rosalía*. Ed. Cátedra. Madrid 1984, págs. 91 y 218-219.

cristianas y no debe ignorar la figura de John Henry Newman que se incorpora al catolicismo por esas fechas.

La adhesión al mundo judío es más constante en la trayectoria literaria y personal de Don Benito. Además de la reivindicación en *Gloria* de la familia judía de Daniel Morton (toda ella con algún origen español) y de la propuesta de teología convergente que hace el joven, la obra en donde hay una mayor sintonía con el judaísmo es el Episodio *Aitta Tetauen* en el que el protagonista pensador Juanito Santiuste, cristiano, se aloja en una familia judía y se enamora de una de las hijas. En el debate religioso que mantiene con el capellán militar propone una cierta unidad de las tres religiones que conviven en Tetuán.⁷⁵⁹

Como ya señalamos, Galdós tuvo una estrecha relación con el Movimiento español pro-sefardita y con la Sociedad Sefardí “La esperanza” de Viena, así como con los dirigentes judíos de Salónica (Turquía). Esta postura pro israelí parece tener un carácter premonitorio como denuncia y oposición al trato que una gran parte de la Europa católica daría a los judíos algunas décadas más tarde.⁷⁶⁰

La presencia musulmana es más ténue en los escritos galdosianos, pero es abiertamente positiva. Además de las aventuras un tanto rocambolescas del mismo Santiuste en la Guerra de África, queda inscrita en *Misericordia*, obra maestra, la espléndida figura del moro Mordejai al que no por casualidad le pone el nombre de Almudena, situándolo al lado de Benina que es quien mejor encarna a Jesús en la creación literaria de Don Benito.

Es cierto que en dos Episodios Nacionales de la cuarta serie (*Aita Tettauén* y *Carlos VI en la Rápita*. 1904-1905) el escritor parece dejarse llevar por su liberalismo hacia una idea sincretista más que ecumenicista, colocando en un cierto plano de igualdad el judaísmo, el islam y el cristianismo. Esta idea un tanto fugaz desaparece enseguida en esas mismas obras y no vuelve a expresarse en el conjunto de su producción. No obstante, hay que señalar que en el modo de plantearla incurre en un error teológico porque otorga al hecho cristiano la condición de religión clásica, condición que consta lamentablemente en la configuración del cristianismo a lo largo de la historia, en el habla popular y en el pensamiento de una mayoría de cristianos, pero que no corresponde a la esencia neotestamentaria ni a

⁷⁵⁹ Además de los trabajos ya citados al considerar la religiosidad de Galdós (cap. II), podría verse JUAN BAUTISTA VILAR, *Galdós y los judíos de Aitta Tetauen*. Revista África, nº 358 (1971)

⁷⁶⁰ A principios de 1900 el doctor Angel Pulido lidera en España un importante movimiento de recuperación del judaísmo sefardí. Su libro *Espanoles sin patria, la raza sefardí: intereses nacionales* (1905) produce un fuerte impacto en la mayoría política y literaria de signo liberal. Ya en 1887 el Parlamento había declarado que los judíos sefardíes que desearan instalarse en España podrían volver a ésta. En 1924 Primo de Ribera les otorgaría la nacionalidad española; es obvio que había en ello intereses de tipo cultural y lingüístico y, sobre todo, económico; pero no se excluye el aperturismo religioso de tal movimiento sugerido ya en el famoso discurso de Castelar en las Cortes de abril de 1869. Galdós vivió intensamente este sentir de acercamiento al mundo judío (no sólo el de origen hispano) y lo brindó al catolicismo de la época. Ver MARTINE LEMOINE, *El doctor Pulido, apóstol de los sefarditas*. Historia 16. nº 105, págs. 19-24

los Padres Apostólicos; el cristianismo no es concebido por Jesús como una religión ni como un movimiento espiritualista.⁷⁶¹

En cierta relación con este asunto aparece la acción evangelizadora que Galdós asume como natural del cristianismo, pero advirtiendo a los misioneros españoles la necesidad de mantener el talante liberal en tal empresa. *“España no adelantará gran cosa en sus esfuerzos por someter (civilizar y evangelizar) a los habitantes de las islas oceánicas, si no lleva por delante bien alto y bien claro el principio de la tolerancia, único medio de conseguir algo positivo en el propio terreno de la evangelización.”*⁷⁶² (El texto se publica como artículo o crónica de prensa).

Conviene añadir, sin embargo, que –para el autor– el talante liberal cristiano no tiene nada que ver con la relatividad moral de los juicios y de las acciones; y menos aún con una cierta transigencia de actitudes injustas. El eco del grito de Casandra resuena en toda la obra galdosiana: *“Para consumir tal sacrificio (injusto) no hallo resignación bastante en todo el cristianismo pasado y presente.”*⁷⁶³

*

A partir de las páginas citadas pueden establecerse las siguientes conclusiones respecto al pensamiento de Galdós en el tema que nos ocupa:

-El cristianismo significa esencialmente el comienzo de la utopía del amor fraterno y de las relaciones justas y bondadosas entre los hombres; un comienzo que tiene como origen la persona transcendente de Jesús. En este sentido se presenta en la historia como comienzo del Reino de Dios en la tierra.

-En términos generales, el cristianismo es la más excelente propuesta de progreso que se ha hecho a la Humanidad: es el más elevado humanismo, en diálogo con las religiones y con los demás humanismos.

-El cristianismo sólo comienza a realizarse desde la libertad y la iniciativa personales; es esencialmente liberal: debe instaurar una dinámica dialogal interna y abrirse al diálogo interconfesional.

-En la esencia del cristianismo está la relación honda con Dios creador y padre, (una relación ampliamente descrita en capítulos anteriores de este trabajo).

⁷⁶¹ Juan Santiuste (Confucio), al despedirse de tierras africanas, hace esta sentida alabanza que se pierde en una historia ya inexistente: *“Hermosa eres, Tetuán, por el misterio de tus calles, la poesía de tus contornos, por la serena confianza de las tres religiones que en tu regazo duermen.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Carlos VI en la Rápita*, o.c., pág.32). En cuanto a la concepción del cristianismo en un paradigma distinto del que define a las religiones clásicas me remito a mi libro *Introducción al pensamiento cristiano*. Ed. El Almendro. 2ª ed. Córdoba 2014, págs. 439-445

⁷⁶² PÉREZ GALDÓS, BENITO, Carta a La Prensa, de Buenos Aires, de 28/II/1887, en William H. Shoemaker, *Cartas desconocidas de Galdós en 'La Prensa' de Buenos Aires*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid 1973. Pág. 223

⁷⁶³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cassandra*. Acto II, escena III. O.c., pág. 278

2. **Importantes rectificaciones a verificar en la trayectoria del cristianismo, según el pensamiento de Galdós.**

La crítica de Galdós a imágenes distorsionadas del cristianismo suele discurrir sobre dos planos: el del reduccionismo de lo cristiano a lo religioso (incurriendo fácilmente en alguna deshumanización), y el de la cerrazón dogmática y moral. Para el autor, la imagen cristiana debería evitar ambos defectos de fondo.

a) Evitar la exclusiva reducción del cristianismo a términos religiosos.

A lo largo de la creación literaria de Don Benito emerge (según hemos visto y comprobaremos aún más) una excepcional valoración de la religiosidad sana individual, de la espiritualidad cristiana de comunión con Dios, y de la liturgia sacramental de la Iglesia. Pero queda muy claro que el cristianismo no puede quedar reducido al ámbito de lo religioso, y menos aún al espacio sacro del templo.

Sin embargo, este reduccionismo es el que define la mentalidad de numerosos personajes y ambientes de las obras galdosianas. Para estos, lo cristiano se identifica sólo con una ideología religiosa determinada, con prácticas devocionales y con la presencia preponderante del clero y de las iglesias. Peor aún: el reducir de esa forma el cristianismo (y la fe cristiana) coexiste en muchos casos con la injusticia, con la insolidaridad e incluso con el egoísmo más cruel; todo ello amparado precisamente por un manto de falseada religiosidad. Éste es el cristianismo al que se remite la familia Lantigua, en *Gloria*, María Sudre y *La familia de León Roch* influidas por el clérigo Paoletti, el raquítico y perverso mundo de *Doña Perfecta*, de Pantoja en *Electra*, de Doña Juana en *Cassandra*, de Domiciana y *Los duendes de la camarilla*, de *Los Ayacuchos* y *Los Apostólicos*, del carlismo en general; el de la conspiración eclesiástica contra Godoy en *El audaz*, etc. Galdós nos distanciará de tales personajes.

Irónicamente se critica también en varias ocasiones el planteamiento de la religiosidad cristiana (del cristianismo) como una exclusiva terapia consoladora, máxima reducción de lo cristiano⁷⁶⁴; o como freno de los desórdenes sociales. “*Sin sociedad no hay sociedad posible. ¿Adónde llegaría el frenesí de las masas estúpidas e ignorantes si el lazo de la religión no enfrenara sus malas pasiones?*”, dice el aprendiz de político Rafael en *Gloria*; a lo que responde su interlocutor, el cura de Ficóbriga: “*Usted pertenece a la escuela de los que defienden la religión por egoísmo; es decir, porque les cuida sus intereses. Ven en ella*

⁷⁶⁴ Obdulia, desgraciada joven que fue amante de Tito, cuenta el consejo que ha recibido de la beata Celestina Torado: “*Díjome que en la iglesia (en la práctica del cristianismo) hallaría mi remedio, que fuese a misa y a confesar, y que rezara mis tercios de rosario con devoción. Mi antigua señora la Marquesa de Navalcarazo me llamó para recomendarme el mismo medicamento de Celestina. Religión, misas, novenas, y pronunciar a toda hora el nombre de Jesús, que endulza el alma y la boca –más que con la miel y azúcar- con sólo sus cinco letras.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Amadeo I*, o.c., pág. 170)

una especie de guardería rural, y dicen: 'La religión es muy buena: debemos creer; verdad es que yo no creo, pero crean los demás...'”⁷⁶⁵

Es decir, este tipo de cristianismo está siempre a punto de pactar con la falsedad y con la inhumanidad; “virtudes” que practica hábilmente –por ejemplo- el marqués de Torralba, consejero de Tarsis (*El caballero encantado*)⁷⁶⁶ y que son las que propone Buena-ventura Lantigua a Daniel Morton, en *Gloria*, con una visión esperpéntica del ecumenismo.

Galdós denuncia constantemente esa concepción reducida y falseada del hecho cristiano, causa indudable de la devaluación que sufre el movimiento evangelizador.

b) Superar la fijación dogmática, cultural o moral y, en consecuencia, la intransigencia confesional.

La religiosidad católica del siglo XIX se caracterizaba en gran medida por el fundamentalismo, que encontraba su autojustificación en las duras condenas pontificias romanas, por una parte y, por otra, en el espíritu del Antiguo Régimen muy presente en España, a pesar de la extraordinaria aventura protagonizada por las Cortes de Cádiz. Los Borbones Fernando VII y el pretendiente Carlos Isidro reafirmaron en nuestro país las posturas de intransigencia católica de los Austrias.⁷⁶⁷

Don Benito desenmascara y rechaza la distorsión rigorista y antiliberal del hecho cristiano que practica el catolicismo en uso. No rechaza el catolicismo y menos la sana religiosidad popular; muy al contrario. Lo que fustiga en toda su obra es el fanatismo incrustado en la mentalidad y en la práctica de una gran parte de los cristianos, especialmente españoles, la fijación absoluta en su dogmática y su moral. (Ya expusimos en este sentido la línea de pensamiento afín a los krausistas cristianos).

Gloria y *La familia de León Roch* son dos novelas de máxima importancia teológica. En ellas afronta la desviación rigorista, que considera gravísimo obstáculo para la identificación y desarrollo del cristianismo. Esa desviación cristaliza seguramente (para Galdós) cuando se produce la radical condena pontificia del modernismo.

⁷⁶⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, o.c., pág. 108

⁷⁶⁶ “Con un catolicismo dulzarrón conquistó a su mujer. La considerable riqueza de su señora le permitía vivir con decorosa holgura, presentarse como uno de los mejores ornamentos de la sociedad, y alardear de paladín de la Romana Iglesia...Frecuentaba los actos culturales de ostentación pontificia, y en sus paseos acompañábanle frailones extranjeros bien vestidos.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El caballero encantado*, o.c., págs. 86-87)

⁷⁶⁷ Es interesante recordar, a este respecto, el *Catecismo Civil de España* “mandado imprimir de orden de la Junta Suprema” en los años de la Guerra de la Independencia, que, sin duda, circulaba aún durante el reinado de Fernando VII y que Galdós tuvo que conocer. Las primeras preguntas y respuestas dicen así: P. -¿Qué sois? R. -Español por la misericordia de Dios... P. -¿Cuáles son las obligaciones (del español)? R. -Ser Cristiano Católico, obediente a su Rey, y amante de su patria, dando por ella la vida si fuese necesario. (Facsimil de la edición de la Viuda de Hidalgo y Sobrino. Sevilla. En la Biblioteca Nacional)

Gloria representa la imposibilidad de facto del diálogo ecuménico. No sólo la familia de los Lantigua, dirigida espiritualmente por el obispo-cardenal Don Ángel, sino todo el pueblo de Ficóbriga, es decir, casi el cien por cien de la población “cristiana”, inmisericorde, condenan al judío Morton por ser judío y por atreverse a amar a una mujer cristiana; y niegan a la pareja (Gloria – Daniel) la más mínima posibilidad de matrimonio, de coexistencia de amor, de mutua aceptación respetuosa de la individualidad creyente de cada uno, y – lo que tal vez es peor- su derecho a ejercer la maternidad y la paternidad del hijo nacido. Para el autor esta situación del catolicismo dominante es trágica y lleva a la muerte, como sucede efectivamente en la novela (con una clara razón simbólica).

La familia de León Roch desarrolla el mismo tono de intransigencia y rigorismo de la mentalidad católica, referida ahora a la relación entre una creyente y un ateo, que no por esa diferencia dejan de amarse, al menos durante la mayor parte del relato. En este caso la postura pseudomística de María, dirigida tenazmente por el religioso Paoletti y por el hermano de ella, Gonzaga, lleva a la ruptura matrimonial y a la desesperación interior de León que encuentra un muro infranqueable para la relación, viéndose rechazado exclusivamente por su falta de fe.

Gustavo, personaje secundario pero importante en la novela, hace a León un diagnóstico lúcido de la situación: “No admito más que dos caminos: o ser católico o no serlo... Ella (María) no tiene culpa ninguna, ¡tú la tienes toda, tú, toda! La verdad no puede transigir con el error. En este caso, tú has de sucumbir y ella ha de permanecer siempre levantada y triunfante.”⁷⁶⁸ El texto expresa la tremenda dureza de la postura católica del XIX, que no tiene nada que ver con las páginas del Evangelio en las que consta la relación abierta de Jesús con los no judíos y con los pecadores públicos.

c) Desmitificación del sentido supuestamente cristiano de algunos elementos culturales.

En líneas generales puede afirmarse que –para el escritor cuyo pensamiento escrutamos- los parámetros culturales de usos y costumbres de la sociedad española apenas tienen ni expresan verdadera identidad cristiana; o la han desfigurado de tal manera que no puede reconocerse en ellos el cristianismo. Como veremos algo más adelante, la religiosidad popular queda muy desautorizada desde este punto de vista en un buen número de obras. No así la correcta celebración litúrgica en el templo, especialmente la de la liturgia solemne de Semana Santa; pero en varias ocasiones critica con dureza el costumbrismo navideño que encuentra ajeno a la celebración del Nacimiento de Jesús.

La descripción de la Navidad madrileña (en *La desheredada*) es, en realidad, un alegato de enorme actualidad en defensa del cristianismo original y en contra de la perversión de una fiesta que debiera ser exponente del Misterio de la Encarnación del Verbo.

⁷⁶⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La familia de León Roch*, o.c. pág.89

*“Llegó Navidad, llegaron esos días de niebla y regocijo en que Madrid parece un manicomio suelto. Los hombres son atacados de una fiebre que se manifiesta en tres modos distintos: el delirio de la gula, la calentura de la lotería y el tétanos de las propinas. Todo lo que es espiritual, moral y delicado, todo lo que es del alma, huye o se eclipsa. La conmemoración más grande del mundo cristiano se celebra con el desencadenamiento de todos los apetitos. Hasta el arte se encanalla. Los teatros dan mamarracho o la caricatura del Gran Misterio en nacimientos sacrílegos... No hay más que un pensamiento: la orgía.”*⁷⁶⁹

El juicio parece excesivamente duro y generalizado (habría que confirmar desde el punto de vista sociológico el modo de vivir las navidades españolas y madrileñas en las últimas décadas del siglo XIX); pero lo que interesa destacar es la repetida alusión al Misterio Cristiano, que supone (según esas páginas) una forma más interior y espiritual de celebración acorde con el espíritu del cristianismo.

2. Dialéctica del hecho eclesial. (Eclesiología de Galdós).

A lo largo de la producción galdosiana el concepto de Iglesia emerge desde perspectivas diversas y complementarias; siempre –a nuestro entender– de una forma dialéctica: afirmando y negando, aproximándose al misterio y alejándose de él, considerándolo a la vez en sus manifestaciones institucionales, populares e incluso plásticas.

Reservaremos para el capítulo siguiente el tratamiento de la Iglesia ministerial y pastoral (por la importancia y extensión que esa temática adquiere en los escritos del autor), y nos ceñimos ahora al análisis de cuatro aspectos de la teología eclesial: la visión neotestamentaria de la Iglesia, la vida religiosa institucionalizada, la eclesiología de las devociones populares y la relación entre Iglesia y arte cristiano.

1. Concepto y alternativas de Iglesia en la obra galdosiana.

Para la teología cristiana la Iglesia universal es no sólo la institucionalización del cristianismo sino, a la vez, una realidad misteriosa: el Cuerpo de Cristo y el Pueblo histórico de Dios animado por el Espíritu Santo, a pesar de las desviaciones y pecados que lo aquejan. Este Misterio eclesial se verifica teóricamente en la totalidad de los bautizados; sin que deba reducirse, polarizarse o centrarse en la jerarquía, en el mundo eclesiástico o clerical y en los miembros de congregaciones religiosas (personas todas ellas que, sin embargo, ostentan en la sociedad una determinante representación y voz del hecho eclesial).

⁷⁶⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La desheredada*. O.c., pág. 239. Aparece otra alusión a la Navidad, sin esa fuerte crítica, en el Episodio Nacional *Amadeo I* (O.c., pág. 195); debiendo hacer notar que el contexto histórico de ambas es el mismo: el breve reinado de Amadeo I. Más adelante citaremos otras alusiones periodísticas a la Navidad española, al detenernos en el estudio de la religiosidad popular.

La Iglesia se hace real y tangible en las iglesias particulares; y, en concreto, en las pequeñas comunidades cristianas fieles a la dinámica esencial de lo sucedido en la primera expansión cristiana desde los acontecimientos de Pentecostés.

¿Existe esta amplia concepción eclesiológica en la creación literaria galdosiana?

1.1 Alusiones al Misterio de la Iglesia.

No encontramos en las obras de Galdós una descripción teológica directa de la Iglesia universal. Sólo en alguna página –y esto de modo incidental- se hace alusión al Misterio de la Iglesia como Esposa de Cristo. El apacible presbítero Don Tomé (en *Ángel Guerra*), refiriéndose al amor estrictamente espiritual que dice unirle a Leré, manifiesta sin presunción: “Hágase usted cargo de la absoluta pureza de este amor, remedo del de Cristo a su esposa mística la Iglesia.”⁷⁷⁰

Sin embargo, discretamente pero con acierto, sí hallamos rasgos importantes de una eclesiología positiva y neotestamentaria, aunque desarrollada sólo de manera simbólica: encarnada en pequeñas realidades institucionales de signo comunitario y evangélico. Ellas transmiten –de manera algo simple, sin duda- una intuición del misterio comunitario fraterno que debiera definir a la Iglesia.

La Domus Domini del cigarral de Toledo (en *Ángel Guerra*), la comunidad de Pedralves (de *Halma*), el albergue terapéutico de Guillermo Bruno (en *Amor y ciencia*) o el asilo de Nuestra Señora de la Indulgencia (de *Pedro Minio*), dirigen la mirada del lector hacia la primitiva vida eclesial nacida en Pentecostés, lugar de asentamiento definitivo de los hombres en la tierra (particularmente de los pobres y desgraciados) donde se verifica ya de algún modo la promesa del Apocalipsis: *Él enjugará las lágrimas de sus rostros, y no habrá ya llanto...* Así es la vivencia de la cigarrera Pascasia (en *Pedro Minio*): “Mis ojos llorando, mis dedos soltando pitillos, así me ha ido la vida..., vida de perros... No respiré, no viví hasta que las olas de Dios, pum, me trujeron (sic) a esta playa”; lo que confirma otro de los personajes de la comunidad, Ladislada: “Si, señora. Esto es la gloria”⁷⁷¹ Una visión evidentemente idealizada, pero certera.

En el capítulo siguiente, al descubrir la extraordinaria valoración que se hace del ministerio pastoral de los presbíteros y de la teología sacramental, tendremos ocasión de perfilar con mayor precisión los signos propios que –según la perspectiva galdosiana- manifiestan la verdad de la Iglesia.

⁷⁷⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vo. II*, o.c., pág. 489

⁷⁷¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Pedro Minio*. Acto I, escena V, y Acto II, escena IX. O.C. págs. 643 y 659

1.2 Crítica de la Iglesia, institución universal, en el pensamiento de Galdós.

De manera indirecta o implícita sí consta con frecuencia la percepción de la realidad eclesial como institución propia del cristianismo, como institución que asume y encauza la praxis histórica del hecho cristiano (independientemente del modo como lo haga). Lo que ocurre es que, al hallarse el autor inmerso culturalmente en las estructuras sociales de esta Iglesia-institución, no acierta a remontarse hacia una reflexión directa y explícita del Misterio de la Iglesia más allá de su trayectoria a lo largo de los siglos; y que, además, esta visión resulta demasiado mediatizada por la fisonomía del catolicismo español.

Galdós está sometiendo la religiosidad y la religión a un proceso de interiorización (de espiritualidad sana) y de concienciación crítica... La Iglesia tendría que vivir ese proceso continuamente; pero él duda de que la institución eclesial se muestre capaz (en su conjunto) de llevar a cabo tal movimiento interno purificador. Nos deja la impresión de que asiste al fracaso global de esa institución (no del cristianismo). Y, desde luego, exime a Dios –o a Jesús- de tal fracaso.

Indudablemente se sintió atraído por las corrientes críticas del krausismo de signo cristiano, y de alguna manera asumió un papel reformador, pero –como señala Armas Ayala- “no reformador –y esto es importante recalcarlo- de la Iglesia Católica, sí de la sociedad católica española”⁷⁷²; lo que ocurre –añadimos nosotros- es que esta sociedad católica española (integrada por el clero mayoritario, la burguesía conservadora también mayoritaria, y el pueblo sencillo) representaba demasiado a la institución eclesial.

En efecto. El devenir eclesial concreto es visto –la mayor parte de las veces- en grave oposición al Evangelio de Jesús, a la Iglesia primitiva. Al final de la última novela que escribe (*Casandra*. 1918) Rosaura y Casandra, presentes pero ajenas al círculo del dinero en el que se agitan los demás personajes de la obra, contemplan allí mismo (en la escena) “*la sombra sagrada de Cristo*” huyendo: huyendo de un mundo en gran parte eclesiástico.⁷⁷³ Del mismo modo que Jesús se aleja irremediabilmente del Gran Inquisidor que lo juzga, en la obra de Dostoievski. Ésta es seguramente la denuncia más grave que se hace al catolicismo dominante.

En este sentido Galdós vierte y concreta a lo largo de casi toda la creación literaria un juicio crítico y negativo de la institución eclesial, plasmada especialmente en la dura burguesía católica y en el mundo eclesiástico (clerical). El juicio puede ser generalizado en

⁷⁷² ARMAS AYALA, Alfonso, *Pérez Galdós y Pereda a través de sus cartas*. I Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, Ed. del Cabildo Insular de Gran Canaria. Las Palmas 1977, pág. 28

⁷⁷³ BEHIELS, LIEVE escribe, comentando esta novela: “*El final de la obra enfrenta a estos personajes y a los lectores con una ausencia fundamental en el campo de batalla religioso escenificado en la obra y que hasta aquel momento pasa desapercibida. En la iglesia del Dios plutocrático falta la fe de Cristo.*” (*Los demonios de 'Casandra' de Benito Pérez Galdós*. Actas del XIII Congreso AIH. Tomo II. Centro Virtual Cervantes. pág.94)

exceso por su parte, pero es que no soporta que esas dos instancias representen y monopolicen a la Iglesia. Tanto en sus manifestaciones privadas como en sus escritos formales está proponiendo una apremiante reforma del catolicismo hispano, o sea, de la Iglesia institucional española.⁷⁷⁴

- Le parece un grave error el que sea el clero quien hable en todo momento en nombre del conjunto eclesial, exigiendo, además, una pertenencia sumisa a él mismo. De manera sutil perfila esta idea al describir el estado de ánimo de Ángel Guerra cuando éste acepta la dirección espiritual del sorprendente presbítero Juan Casado (un hombre que se define fundamentalmente como agricultor):

*“Más que por su inteligencia tolerante y por su afabilidad seductora, Casado le atraía por una cualidad resultante de la combinación feliz del carácter con circunstancias y accidentes externos. El hombre era absolutamente desinteresado, quizá por la independencia dichosa que gozaba. Sin la seguridad de esta independencia en el que debía ser su iniciador, Guerra no se habría entendido con él, pues quería que su padrino tuviese no sólo el desinterés personal sino el colectivo; es decir, que no apostolizase por delegación de una de esas órdenes poderosas y de organismo unitario, que aspiran a absorber o desleir al individuo, haciéndole desaparecer en la masa común.”*⁷⁷⁵

Entendemos que el texto reviste gran importancia por la densidad de pensamiento eclesial y pastoral que encierra: está proponiendo “otro modo” distinto de ser Iglesia y de hacer Iglesia desde el respeto y la valoración de todas las individualidades, desde la renuncia al poder, tal vez como exponente del principio fundamental de la encarnación.

Es evidente que para Don Benito la causa mayor de los deterioros eclesiales proviene del abrumador mundo eclesiástico, del clericalismo; y, en concreto, del hecho de que los clérigos se atribuyan la representación de la Iglesia y se constituyan en portavoces únicos de la misma. No obstante, debemos hacer dos advertencias: primera, que dentro del realismo que desarrolla -como metodología propia- van a aparecer tipos excepcionalmente valiosos de presbíteros y de religiosas, poseedores de gran densidad teológica (dato éste que corregirá cualquier presunción anticlerical referida a Galdós); y, segunda, que en este asunto (la crítica del clero) los escritos galdosianos parecen dejarse llevar muchas veces de la fácil generalización que hacía una gran parte del liberalismo europeo de la época.

⁷⁷⁴ En carta a Teodosia Gandarias, el gran amor de Don Benito, con la que ha tenido un hijo (que fallecerá siendo aún niño), escribe con ironía: “Respecto al hijito que tenemos, no nos contentaremos con el capelo cardenalicio que le hemos dado. Darémosle de añadidura la tiara papal, para que nos ayude a liberar(¿) a España de la cuestión clerical...” Carta de 2/8 sin año (hacia 1910). N° de registro en el Epistolario de Galdós en la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas: 8324).

⁷⁷⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. II. o.c., pág. 450

De momento nos limitaremos a dejar constancia de las principales críticas que se hace a la institución eclesial (y a la máxima representación de la misma: al papado); dejando para más adelante la reflexión precisa sobre el mundo eclesiástico y sobre la realidad sacramental.

El lector deberá deducir de los juicios críticos y negativos una positiva aproximación a “la Iglesia-que-debería-ser”, al concepto que corresponde al hecho eclesial en virtud de su nacimiento y de su identidad misteriosa.

a) Crítica de la Iglesia como institución de poder interno opresivo.

Una de las formas sutiles de poderío opresor es la que practican las instituciones en su ámbito interno sobre sus miembros, consciente o inconscientemente. Es el poder –legal o moral- de intimidación, de represión o de conducción e intromisión en las conciencias y en las vidas.

La Iglesia ha ejercido ese poder incontrolado a lo largo de la historia. Baste recordar la persecución a muerte de las desviaciones doctrinales o morales sin admitir apelación en contra, arbitrada por la Inquisición en sus diversas etapas, el conductismo y la tiranía sobre las conciencias, y la alianza con los poderes culturales y sociales para imponer la práctica religiosa. Presentándose este tipo de actuación como exponente del hecho cristiano (no sólo del funcionamiento eclesiástico).

El único problema que se le plantea a Halma para llevar adelante su proyecto de encilla y pura comunidad cristiana en Pedralves es la institución eclesiástica aliada con el resto de instituciones. Lo que se le pide es que se constituya en institución y, de esa forma, se integre en “la institución” (en la Iglesia – institución). Entonces la sabiduría cristiana y natural de Nazarín le ofrece la única solución, por molesta que sea para todas las fuerzas sociales que contornan la comunidad: que desinstitucionalice su obra y actúe con la libertad de su conciencia y de su vocación.⁷⁷⁶

La crítica global más dura que encontramos en la obra galdosiana es la que hace uno de los contertulios del Atenéo, Nicolás Rivero, en diálogo con el sacerdote medio liberal Miguel Sánchez. En el debate entablado se dice esto:

-(Sánchez:) *“Las democracias fueron siempre más tiránicas que las Monarquías.*

-(Rivero:) *Pero nunca tanto como la Iglesia.*

-(Sánchez:) *Poco a poco, Don Nicolás...*

⁷⁷⁶ “¡Cuánto más sencillo y más práctico, señora de mi alma, es que no funde cosa alguna, que prescinda de toda constitución y reglamentos, y se constituya en familia, en señora y reina de su casa particular! Dentro de las fronteras de su casa libre podrá Vd. amparar a los pobres que quiera, sentarlos en su mesa, y proceder como le inspiren su espíritu de caridad y su amor del bien.” PÉREZ GALDÓS, Benito, *Halma*, o.c., pág

-(Rivero:) *La Iglesia, la primera y más opresora del mundo. Lo discutiremos cuando usted quiera.*"⁷⁷⁷

Está claro –para Galdós– que la Iglesia nunca debiera ser una institución acaparadora del Cristianismo y dominadora de las conciencias. El drama *Electra* ilustra bien esa tesis. Electra ha sido encerrada en un convento, forzada a abrazar la vida religiosa, sin vocación, vilmente engañada por Pantoja y Evarista; casi al final, Sor Dorotea, figura liberadora, evocando tal vez la frase simbólica de Don Quijote a Sancho (*Con la Iglesia hemos topado*), le dice a la joven: “*Ven. A la Iglesia, no*” Y Electra corrobora: “*Quiero respirar... Quiero vivir.*”⁷⁷⁸ ... La iglesia de que hablan es la del Convento de San José de la Penitencia; pero ésta simboliza la institución cerrada desde la que Pantoja quiere poseer y dominar a la protagonista.

El matrimonio de León Roch y María –tantas veces evocado aquí– se rompe por la interferencia dogmática del eclesiástico Paoletti. Victoria (*La loca de la casa*) contrae un matrimonio horroroso y abandona su deseada consagración religiosa movida por una idea falsa de la voluntad de Dios que se fomenta en el clima eclesial que la rodea. A Santiago Íbero los religiosos del noviciado en donde se ha recluso –huyendo de sí mismo– le privan de toda comunicación liberadora con el exterior (al modo clásico de las sectas). Algo parecido intenta realizar con el anciano conde de Albrit el prior del Monasterio de Zaratán, aliado de la duquesa Lucrecia. Salomé, el amor de Iberito, es conducida a la fuerza a un convento de Lourdes en donde recibe un verdadero lavado de cerebro...⁷⁷⁹

El escritor irá haciendo diversos retratos de esa situación opresora, pintándolos con el colorido literario necesario para que el lector entienda que se trata de imágenes falseadas de la Iglesia (no de su propio pensamiento sobre ella) y que esa reproducción pictórica, aunque real, no expresa (sino que contradice) la verdad del cristianismo.

Sin duda el retrato eclesial más distorsionado, el más opuesto al legado apostólico, es la Inquisición eclesiástica (que restablecerá Fernando VII). Leandro, compañero de Martín Muriel (*El audaz*), será conducido a ella por simples sospechas de herejía y retenido allí sin límite de tiempo. Es terrible (y no lejos de la realidad históricamente) la pintura goyesca que se hace de los calabozos y las oficinas de la Inquisición toledana en esta obra.⁷⁸⁰

⁷⁷⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prim*, o.c., págs. 96-97

⁷⁷⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Electra*. Cto V, escena VIII. O.c., pág. 338

⁷⁷⁹ Ver la maquinación religiosa contra Electra, en el Acto 4, escenas VIII a XII, (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Electra*, o.c., págs. 314 a 325); el sacrificio violento que se impone a Victoria, en *La loca de la casa*, Acto 2º, escenas XVII a XIX, (PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c., págs. 62 a 68); el secuestro religioso de Santiago Íbero, en *Los Ayacuchos*, Cap. XXIV, (o.c., págs. 153-158); el del Conde Albrit, en *El abuelo*, Jornada 4ª, escenas VIII a X, o.c., págs. 168-180 (“*Me han traído con engaño, me dejan con perfidia. Me encierran como a una bestia dañina. ¡Me ponen en manos del carcelero que es usted, la Comunidad, Zaratán maldito!*”); o el rapto de Salomita por las monjas de Lourdes, en *La de los tristes destinos*, Cap. XX, (o.c., págs. 139-141).

⁷⁸⁰ “*En sus sótanos se pudrían multitud de seres humanos, esperando en vano el fin de un proceso que no se acababa nunca. Sus vastas crujías subterráneas ostentaban en fúnebre museo los aparatos de mortificación y tormento... Aquello era más triste que todas las prisiones inventadas por la tiranía,*

Otra dimensión del poder eclesiástico (institucional) es la capacidad de ejercer influencia interesada sobre personas y estructuras de la sociedad, empleando para ello secretas alianzas con determinados grupos políticos o sociales.⁷⁸¹

La interesada conspiración contra Godoy que narra *El audaz. Memorias de un radical de antaño* se lleva a cabo con el acuerdo interno de una burguesía aparentemente católica y de un oscuro mundo eclesiástico. Allí la plataforma de inquisidores, frailes de alguna congregación y canónigos toledanos constituye la fuerza de apoyo indispensable para la revolución (aunque ésta resulte un fracaso y se haga pagar los platos rotos al idealista Martín Muriel). Algo semejante ocurre en las conspiraciones absolutistas durante el “trienio liberal” narrado en los Episodios.

La condesa Pilar de Loaysa, madre oculta de Fernando Calpena (tercera serie de Episodios), cuando escribe a Demetria y anima a ésta y a su hermana Gracia para que vayan ambas a reunirse con ella (en un viaje dificultoso), les da el siguiente consejo:

*“No temáis nada, y si quieres protección de personas eclesiásticas en tu largo camino, ya que mi hermana tiene por aliados a los reverendos de Calahorra y Tarazona, puedo yo, si quieres, ponerte bajo el amparo de mi buen amigo el cardenal arzobispo de Zaragoza. El de Barbastro, por cuya diócesis tienes que pasar, también es de los míos. Digo más: soy santa de su devoción, como que me debe la mitra. ¡Y que no me costó poco trabajo dársela!... que Istúriz y el señor Barrio Ayuso no querían, ni por un Dios, y el Nuncio andaba muy reacio.”*⁷⁸²

El texto expresa suficientemente la idea del poder real que detenta la jerarquía eclesiástica diocesana sobre el medio social y, a la vez, la alianza de ésta con la aristocracia.

Este poder se convierte con frecuencia en cómplice de las mayores injusticias humanas: Doña Perfecta no hubiera podido impedir la relación entre su hija Rosario y Pepe Rey, ni hubiera podido ordenar el asesinato del joven, sin la anuencia y la bendición del canónigo Don Inocencio y de toda la burguesía católica de Orbajosa.

porque éstas, en su silencio sepulcral, producido por la carencia absoluta de funciones judiciales dentro del mismo recito, se parecían a la muerte... Un enjambre de leguleyos antipáticos, crueles, insensibles a los dolores ajenos... emborronaban diariamente muchas resmas de un papel amarillo y apergaminado, con lo cual querían revestir al crimen de las santas fórmulas del derecho, y engalanaban su infame y bárbara prosa con sentencias del Evangelio, juzgando en su estulticia que se engaña a Dios tan fácilmente como se engaña a los hombres. “ (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El audaz*. O.c., pág. 295)

⁷⁸¹ Puede verse el excelente estudio de JOSÉ LUIS MORA GARCÍA: *Iglesia, sociedad y poder* en su libro *Hombre, sociedad y religión en Galdós*, o.c., págs. 133-138

⁷⁸² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los Ayacuchos*, o.c., pág. 151

El escritor parece dejarse llevar del enigmático y surrealista Tito, protagonista de la quinta serie de Episodios, al emitir un juicio tremendamente duro y despectivo sobre algunos religiosos por el poder que estos –según él– reciben de la nobleza.⁷⁸³

Como era de esperar, las personas que han experimentado en sí mismas la tiranía opresora del mundo eclesiástico tiemblan ante él. Es durísimo el texto en el que Amparo expresa silenciosamente la visión eclesial a la que ha tenido que llegar: *“Todo recuerdo de cosas eclesiásticas, toda alusión o referencia a ellas, la hacían temblar con escalofríos, como si le pusieran un cilicio de hierro. Entonces era cuando su conciencia se alborotaba más, cuando su sangre hervía y cuando el corazón parecía subírsele a la garganta, cortándole el aliento.”*⁷⁸⁴ Pocos personajes han sufrido tanto por el acoso eclesiástico como esta joven, que lo padece a lo largo de dos novelas (*El doctor Centeno* y *Tormento*).

b) Crítica de la inflación ritual de la Iglesia.

Aunque no venga explicitada de esta forma, en el fondo lo que Galdós lamenta de la configuración eclesial (del catolicismo) es que se haya convertido en una religión. El análisis lo hacemos desde categorías teológicas tan recientes que no podemos pedírselas al escritor canario. Hoy sabemos juzgar y rechazar en el fondo la confrontación de lo religioso con lo profano y secular (nada es profano ni secular si se entiende el sentido cristiano de la autonomía del mundo y, a la vez, de la Encarnación del Verbo); podemos, por tanto, relativizar mucho las manifestaciones de religiosidad externas, resituándolas –si procede– en sus justos y reducidos límites. Entendemos que muchas de esas manifestaciones habituales (que constituyen el eje de la religión intitucionalizada) son quizás paliativos de una conciencia culpable o tributos paea encauzarla y, en definitiva, para garantizarse caminos intocables hacia Dios.

Don Benito evita el rechazo frontal de esta concepción de la religión; más aún, valora la estética de las formas religiosas y su capacidad de despertar y alimentar sentimientos hondos de sana religiosidad. Pero no soporta ni la reducción de la religión a tales prácticas externas, ni el mal hacer de las mismas, ni su inflación rutinaria u ostentosa. *“No me digan que protegéis la religión ensalzando el culto con ceremonias espléndidas... En los más casos no hacéis más que rodear de pompa oficial y cortesana al Dios Omnipotente.”*⁷⁸⁵ El texto continúa gozando de actualidad seguramente. Perfilaremos esta visión al analizar después el pensamiento del autor sobre la vida sacramental de la Iglesia.

⁷⁸³ “Presumo yo que los guerreros de la faja negra (se refiere a los jesuitas), traídos ahora por una dama (la duquesa de Pastrana), cuando se aseguren en el territorio recientemente adquirido, extenderán su dominio a todas las esferas y serán nuestros amos. Fortalecerán su poder educando a las generaciones nuevas, interviniendo en la vida doméstica, ... Pues sufrimos esclavitud, seamos cautos y comedidos con nuestros dominadores, hasta que llegue, si es que llega en vida nuestra, el momento de darles la zancadilla.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cánovas*. Episodio Nacional n. 46. Historia 16. Caja Madrid. 1996. Pág. 183)

⁷⁸⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tormento*, o.c. pág. 125

⁷⁸⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada y San Pedro*, Alianza Editorial. Madrid 1979, pág. 516

c) Crítica de la Iglesia como poder político y en alianza con el Estado.

El poderío de la Iglesia en la sociedad se establece por razón de la relación constantiniana que tiene con el Estado, especialmente con la monarquía. Para conseguir cotas elevadas de dominio en la sociedad la máxima jerarquía eclesial —el Papa— pacta con los estados, hasta llegar así a un equilibrio mutuo de poderes. Pero, a un nivel más sutil, ocurría en España que los eclesiásticos, e incluso algunas monjas, ejercían un poder directo sobre los monarcas o sobre la Corte.

Galdós denuncia en varias páginas tal injerencia de la Iglesia. Eufrasia, personaje un tanto maquiavélico del Episodio *Prim*, revela este hecho referido a Isabel II: *“La Reina es liberal de corazón... La Libertad entra de lleno en el alma de la Reina, y avanza posesionándose de sus afectos, hasta el momento en que dentro de dicha alma se encuentra con el confesor. En este encuentro se acabaron las amistades; la Libertad sale desfavorida del alma de la Reina... El confesor, cualquiera que sea, hace allí su casa.”*⁷⁸⁶ El personaje sigue analizando la dependencia espiritual de la reina respecto al eclesiástico y las consecuencias que ello tiene para la política. Este tipo de influencia es el que se atribuye (en diversos Episodios) a la famosa monja Sor Patrocinio de las Llagas.⁷⁸⁷

Por otra parte, casi al final de los Episodios Nacionales, el personaje Tito, haciendo la crónica de los acontecimientos en el Congreso de Diputados de principios de enero de 1874, escribe: *“Las mayores dificultades acumuladas sobre el Gobierno Castelar provenían de la inquietud de los Intransigentes y de la cuestión de los obispos.”* Y sigue narrando el desgraciado asunto del nombramiento irregular de obispos no aceptados por Pío IX (*“han pasado largos meses sin que el gobierno español y el Vaticano se entiendan”*), la intervención de los jesuitas con el ofrecimiento de una lista de candidatos aceptables para las vacantes episcopales (arrebataando al gobierno sus privilegios) y, al fin, la decisión papal que *“vio que mermaban los chorros del dinero de San Pedro, y acabó por entenderse bonitamente con la República española.”*⁷⁸⁸ El autor refleja con esta ironía la realidad de una Iglesia vinculada —por las razones que sean— al poder político.

Es la idea que exploya Rafael del Horro en la conversación ya mencionada con el cura de Ficóbriga Don Silvestre, en *Gloria*: *“Conviene, pues, que la Iglesia esté de nuestra parte. Es el gran auxiliar del Estado, y hay que tenerla contenta. ¿Pide seis?... Pues darle ocho.”* Aunque tanto el párroco como los lectores entienden muy bien cuál es la categoría moral

⁷⁸⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prim*, o.c., pág. 60

⁷⁸⁷ En el Episodio *La de los tristes destinos* la compañera del sargento ejecutado dice: *“Ésta es la historia de España que están haciendo allá la Isabel y el Diablo, la Patrocinio y O'Donnell, y los malditos moderados.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c., pág. 16) La misma denuncia se hace en el Episodio *Los duendes de la camarilla*.

⁷⁸⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *De Cartago a Sagunto*, o.c., págs. 61-62

del personaje, la candidez y la interesada perspectiva política del obispo Don Ángel han dado ya antes su apoyo a ese falso católico.⁷⁸⁹

Uno de los mecanismos sutiles de la alianza de la Iglesia con el Estado es conceder a éste una categoría religiosa. En las *Memorias de un cortesano de 1815* Galdós critica con fina ironía la exaltación divina de Fernando VII en boca del protagonista Juan Bragas de Pipaón: “*Todos los presentes estábamos conmovidos, y parecía que se nos comunicaba algo de la celestial hermosura de aquel varón insigne, ante cuya preciosa cabeza se postraba mudo y sumiso el pueblo escogido de Dios. ¡Oh, qué gusto ser español!*”⁷⁹⁰ (como es sabido este Borbón era una de las personas menos agraciadas física y moralmente). Esta perspectiva crítica de exaltación religiosa del estado aparecerá repetidas veces en los Episodios Nacionales.

Por otra parte, el poderío eclesial en el mundo se muestra en el hecho de que Estado e Iglesia viven una continua confrontación de poderes. Así lo manifiesta el mismo jefe de gobierno Antonio Cánovas del Castillo al periodista Tito en la ficción literaria del último Episodio Nacional.⁷⁹¹

Ese poder, aunque no compita con el mismo volumen de fuerzas de los demás entes sociales, sí es más sutil y limitador de las libertades individuales o de las pequeñísimas instituciones. Galdós denuncia la alianza de los poderes de la sociedad local (dirigidos por el eclesiástico) sobre Catalina de Artal y sobre su frágil y profética comunidad cristiana de Pedralba, en *Halma*.⁷⁹²

d) Crítica de la riqueza y del bienestar material de la Iglesia.

El Episodio *Cánovas* es, sin duda, una de las obras más tristes y, al mismo tiempo, más antieclesiásticas; fruto, seguramente, del desencanto que produce en el escritor canario la restauración borbónica. Obispos y órdenes religiosas quedan muy malparados en esta

⁷⁸⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, o.c., pág. 110. En página anteriores responde el obispo a Rafael (que le pide intervenga en la campaña electoral): “*Creo que mis paisanos le votarán a usted, porque son buenos católicos, y darán fuerza a los defensores de la fe; pero no me pida usted que les hable de este negocio. Allá se las entienda con su amigo Don Silvestre (el párroco), que es, según dicen, un águila para eso de elecciones.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, pág. 51)

⁷⁹⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Memorias de un cortesano de 1815*, o.c., pág. 107

⁷⁹¹ “*Mucho tiempo será necesario hoy para desenvainar en nuestra edad la espada que esgrimieron Carlos V, Felipe II y Carlos III contra diferentes Papas, desde Clemente VII hasta Clemente XIV. Aquellos monarcas eran de más fuste que los que ahora tenemos, y el Papa de hoy, desposeído del poder temporal, aprieta furiosamente las clavijas del mecanismo dogmático con que gobierna las conciencias católicas. Yo procuro por todos los medios fortalecer el poder real... Y si en este reinado y en los siguientes mantiene su fortaleza el poder real, será obra fácil reducir y someter al poder eclesiástico.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cánovas*. Episodio Nacional n. 46. Historia 16. Caja Madrid. 1996. Pág. 121-122)

⁷⁹² En este sentido concluye G.G. MINTER su estudio sobre *Halma*: “*In Halma Galdós warns us the individual and collective erosion of human and spiritual standars which can result from the institutionalisation of the Churh.*” En *Halma and the writings of St. Augustine*, o.c., pág. 96

obra, aunque la crítica se atribuya en parte al cinismo del visionario protagonista de la serie Tito o a la incultura de su compañera Casiana. Y uno de los temas de crítica anticlerical es la comodidad y el aburguesamiento de los conventos. Franciscanos, dominicos, carmelitas y lasalianos son mencionados despectivamente por esa causa en algún texto.⁷⁹³

La misma idea se refleja en *Misericordia*. En el diálogo entre mendigos (que nos evoca el *Romance de lobos* de Valle Inclán) Demetria responde a la corrección que le hace un compañero (“*Callar digo, y tengan más religión*”):

*“Religión tengo, aunque no como con la Iglesia como tú, pues yo vivo en compañía del hambre, y mi negocio es miraros tragar y ver los papelaos (donativos de comida envueltos en papel) de cosas ricas que vos traen de las casas. Pero no tenemos envidia, ¿sabes, Eliseo? Y nos alegramos de ser pobres y de morirnos de flato, para irnos en globo al cielo, mientras que tú...”*⁷⁹⁴

La crítica de la religión dominante aquí es muy dura, porque la riqueza y la vida de los católicos acomodados, con abundancia de bienes, significa la miseria y el hambre de los pobres.

La Iglesia que denuncia el escritor es una institución que, a semejanza de las demás, depende para su desarrollo de la adquisición de poder económico. En teoría éste es el principio con el que ella misma pretende justificar su holgura de bienes. Y esa es la idea que el marqués de Feramor intenta transmitir a su hermana Catalina, soñadora de una comunidad cristiana pobre.

*“Vivimos en un siglo en que no se pueden desmentir las leyes económicas, querida hermana... Así como no se puede hacer una tortilla sin romper huevos, no puede emprenderse cosa alguna sin capital. Hoy no se crean Órdenes o Congregaciones con el esfuerzo puro de la fe y del ejemplo edificante. Se necesita que el que funda posea una fortuna que consagrar al servicio de Dios, o que encuentre protectores ricos y piadosos.”*⁷⁹⁵

El texto tiene un valor radical, matriz, y resulta seguramente de una enorme actualidad. Porque el discurso de Feramor justifica la razón desencadenante de la riqueza en la Iglesia, bendice el acomodado y proverbial buen vivir de una mayoría de religiosos y clérigos, y excusa la complicidad egoísta en la posesión de bienes materiales dentro del mundo eclesiástico.

⁷⁹³ “Miraban a todos lados en busca de alguna mesa donde pudieran matar el hambre atrasada que de Francia traían... ¡Pobre España, buena nube de langosta te ha caído!” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cánovas*, o.c. pág. 187)

⁷⁹⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Misericordia*, o.c., págs. 49-50

⁷⁹⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c. pág. 75. V. páginas anteriores y siguientes.

El nuevo favor que recibe la religión en la época a la que se refiere el autor traerá también consigo el desarrollo de una pequeña industria religiosa artesana, y esto significará otra oportunidad de enriquecimiento para los católicos más avisados.⁷⁹⁶

e) Visión galdosiana de la configuración del Papado.

Obviamente la crítica que se hace a la figura del Papa (en cuanto a sus manifestaciones notorias) es crítica dirigida a la Iglesia universal.

Como intentaremos aclarar respecto a la acusación de anticlerical vertida sobre Galdós, no hay en nuestro autor una previa actitud antipapista. Es cierto que la posición doctrinal de Roma en contra del liberalismo fue experimentada de forma muy negativa; también el apoyo que la alta burguesía católica parecía tener en el Papa. Pero da la impresión de que el escritor estuvo esperando siempre cambios en la máxima jerarquía de la Iglesia, al estilo de lo que en el siglo XX sería el Papa Juan XXIII y en el XXI parece serlo el Papa Francisco. Por esa razón recibe con satisfacción el pontificado de León XIII, más abierto doctrinal y socialmente que el de sus predecesores.

Tenemos como importante dato (del pensamiento galdosiano) el artículo *Alrededor de una encíclica* que publica en la prensa madrileña el 20 de noviembre de 1885. El documento pontificio al que se refiere es la *Immortale Dei* que trata de los sistemas de gobierno según los principios cristianos. Sobre él escribe:

*“Lo más reciente y lo más notable de que puedo hablar hoy, es la Encíclica de Su Santidad... Este documento se distingue por lo templado y conciliador de su tono, que contrasta con el violentísimo y antievangélico de la prensa ultramontana de todos los países. La misma cátedra de San Pedro no ha hablado siempre un lenguaje tan moderado como el presente, lo cual hace creer a muchos que se acercan tiempos de reconciliación. León XIII es hombre de gran entendimiento y no puede llevar a la Iglesia a un divorcio absoluto de la sociedad moderna.”*⁷⁹⁷

(Continúa felicitándose por el hecho de que la Santa Sede, en este escrito, salga en defensa de aquellos católicos insultados y condenados por la mayoría de la prensa clerical.) El artículo revela en su autor, en primer lugar, interés por el pensamiento pontificio; a la vez, respeto indudable a la persona del Papa, deseo de que exista una reconciliación entre la oficialidad de la Iglesia y la sociedad progresista, y confianza en que León XIII, el sucesor de San Pedro en ese momento, pueda llevar a cabo esa misión.

⁷⁹⁶ V. Cánovas, o.c., pág. 193. La idea de enriquecerse a costa de las devociones religiosas aparece también, por ejemplo, en *Lo prohibido*, en donde Bueno de Guzmán deja constancia de lo provechoso que sería tener en España un lugar de peregrinación semejante a Lourdes: “*Dijome* (se refiere a María Juana) *que en Madrid iba a hacer propaganda para que a la más popular de las Vírgenes se le dedicaran peregrinaciones y jubileos, a fin de llevar dinero a Zaragoza.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Lo prohibido*, o.c., pág. 300)

⁷⁹⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Inéditos*. Citado por Luis Nos Muro, o.c., pág. 740

Con el mismo carácter de elogio se expresa en carta dirigida al periódico La Prensa, de Buenos Aires, esta vez a propósito de la encíclica *Rerum Novarum* centrándose en un párrafo de la misma: “En la última encíclica del Papa León XIII hay un párrafo que indudablemente entraña profundísima sabiduría: ‘Tres males –dice- nos parecen funestísimos para el común bienestar, que son: el disgusto de una vida modesta y activa, el horror al sufrimiento y el olvido de los bienes eternos que esperamos’.” El comentario que hace Galdós a continuación resulta, sin embargo, confuso, porque alude a la resignación, que no parece sea el sentido primordial que da el Papa al texto. (Una breve síntesis de la relación de Galdós con León XIII aparece en el libro de Domingo NAVARRO NAVARRO *Enaltecedores y detractores de Pérez Galdós*, págs. 7-10).

A pesar de esas dos referencias, hay que reconocer que la crítica más frecuente de Galdós al Papado tiene un carácter negativo. En varias ocasiones –siempre con matiz de humor y sátira- hace una sutil denuncia del esplendor romano papal y de su función como monarca absoluto.

La pérdida de los Estados Pontificios y la reclusión de Pío IX es ocasión para ironizar sobre la posibilidad de que el Papa traslade su sede a España. El cínico Tito (Episodio Nacional *Amadeo I*), durante su estancia en Durango, se hace pasar por reformador católico y enardece el entusiasmo de la carlista población vasca proponiendo traer al Papa a Madrid y declarar el “Estado Pontificio Español”⁷⁹⁸. Cuando se descubre la burla tiene que desaparecer de la ciudad. En el Episodio anterior (*La España trágica*) Pilarita le ha dicho a su novio Vicente Halconero:

*“Lo que debe hacer Pío IX es abandonar a esa Roma ingrata y venirse a España con toda su Corte pontificia. Aquí se le recibiría como si bajara del Cielo, por ser éste el país más católico del mundo... Por mi parte, te diré que, si me apuran, todo lo que no sea casarme contigo me importa un rábano, y que allá se las haya Pío IX con Victor Manuel. Pero eso no quita que nos alegremos de que el Papa se establezca en Madrid. Dará gusto ver tantos cardenales vestidos de colorado y centenares de obispos, algunos con barbas...”*⁷⁹⁹

En un sentido opuesto, pero con tono igualmente falso, un Pepe Fajardo todavía muy joven (*Tormentas del 48*, de la cuarta serie de Episodios) describe en la tertulia de ilustrados de Sigüenza la peculiar visión –progresista y un tanto falseada- que ha tenido del Papa durante su juvenil estancia en Roma:

⁷⁹⁸ V. la falsa proclama del protagonista en el Episodio *Amadeo I*, Cap. XVII, o.c., págs. 131-140. Mari Clío (La Madre), observadora del discurso de Tito, le dice, al final del capítulo: “Eres el granuja de más chispa que he visto en el mundo. He pasado un rato delicioso oyéndote desatinar con tanta gracia y picardía.”

⁷⁹⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *España trágica*, o.c., pag. 201

*“Para redimir a Italia y hacerla una y fuerte, se constituirá una federación bajo el patrocinio del Soberano Pontífice, y un sabio Estatuto, en que se amalgamen y compenentren los católicos principios con las reformas liberales, dará la felicidad a los italianos, ofreciendo a las demás naciones europeas una norma política, invariable y sagrada por traer la sanción de la Iglesia”. Naturalmente, a esas palabras sigue una reacción violenta de los reunidos, y el canónigo de turno exclama: “¡Vaya, que será linda cosa un Papa progresista!... ¡La Iglesia dando el brazo a los hijos de la Viuda (a los liberales)! ¡Cristo entre masones...ja, ja,ja, y la Santísima Virgen bordando banderas liberales como la Mariana Pineda!”*⁸⁰⁰

Justo en el Episodio siguiente a éste, la inefable María Ignacia (¿Galdós?) continúa divagando en tono crítico sobre el tema de la traída del Papa a España y aclara: *“Pues yo digo que si el Papa es Vicario de Jesucristo, ¿para qué necesita fusiles y cañones? Jesucristo no tuvo artilleros, ni le hacían falta para nada. Y también digo que no tuvo embajadores, ni ministros de Hacienda, ni cobraba por bulas o dispensas, ni gastaba esos lujos..., como que nunca se puso zapatos. ¿Lo entiendes tú, Pepe?”*⁸⁰¹ El texto expresa con sencillez la lógica del Evangelio.

1.3 La alternativa eclesial comunitaria en Ángel Guerra y en Halma.

Más importante que la visión eclesial desarrollada hasta aquí es, probablemente, la propuesta sorprendente de Don Benito de rehacer utópicamente la Iglesia (en principio, una iglesia nacional) desde la simplicidad comunitaria primitiva. Habrá que esperar muchas décadas de la vida actual del catolicismo para que esa propuesta tome cuerpo y se plasme en la realidad de pequeñas comunidades cristianas vivas, paralelas a la Iglesia oficial, y éstas sean aceptadas en un texto pontificio (en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI). Tres grandes escritos galdosianos van a desarrollar esa intuición: *Ángel Guerra* (1881), *Nazarín* y *Halma* (1896); junto con otras dos obras de tono menor: los dramas *Amor y ciencia* (1905) y *Pedro Minio* (1908). En todos ellos emerge la nueva visión comunitaria eclesial. Conviene recordarlos brevemente; sobre todo, la trilogía novelística.

Aunque hay distancia de años en su construcción, *Ángel Guerra* debe considerarse el comienzo de esa trilogía que constituye, en realidad, una apasionante saga cuya protagonismo corresponde a la fe cristiana, al Evangelio puro, a la pequeña comunidad cristiana... y a una osada intención de *“enderezar el cristianismo”* o, mejor, la Iglesia.

⁸⁰⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tormentas del 48*, o.c., pag. 44

⁸⁰¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Narvárez*, o.c., pag. 96. A este aspecto de la crítica del funcionamiento del Papado se añade la clara alusión al carácter ridículo que tiene el uso del mayestático “Nos” con el que los Papas se han venido autodesignando. Miguel de los Santos, un amigo de Fernando Calpena, escribe a éste: *“Date con un canto en los pechos por haber merecido el honor de que Nos (uso el plural como el Papa) hayamos vencido nuestra sublime pereza para escribirte.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La estafeta romántica*, o.c., pág. 78)

a) Línea argumental teológica de *Ángel Guerra y de Halma*.

Ángel es un personaje vehemente, de extraordinario interés para el lector.⁸⁰² Militar revolucionario y amante de Dulce, tras la muerte de su madre (Doña Sales) y de su hija Ción, entra en una fuerte crisis existencial. Se queda a solas con la soledad de su alma. El impacto que le produce la atracción y la honda espiritualidad de la institutriz de la niña (Lorenza) le lleva a romper con Dulce y a comenzar un proceso de conversión religiosa. Siguiendo a Leré hasta Toledo, se abre a la vocación sacerdotal y surge en él la idea de fundar una orden semejante a la femenina del Socorro (en la que se halla la institutriz, ya religiosa). Desea una obra aún más abierta y evangélica que las mejores congregaciones religiosas, pero una obra de tipo laical inspirada en la pureza desnuda del Evangelio, compuesta por mujeres y varones, plenamente identificada con los pobres, acogedora de los más enfermos y miserables (a quienes sus miembros deben dirigirse y atender conviviendo con ellos). Esta obra, a la que llamará *Domus Domini* tendrá un sentido de reforma de la Iglesia, del catolicismo.

El plan, grandioso e ingenuo, está muy ligado a la visión idealizada que tiene de Leré; y la fundación comunitaria quiere ser una precisa colaboración con la labor y los ideales de esta religiosa a la que él idolatra. Tal dependencia, con sus vaivenes, denota la inestabilidad psíquica de Ángel. Pero conviene hacer notar que Leré es la imagen presente del puro espíritu, de la Sabiduría que expresa siempre (y desde su absoluta sinceridad) la palabra divina que necesita Ángel en su proceso interior y fundacional.

Por su parte, la joven, mucho más sensata y segura en la madurez humana y en la vocación consagrada a Dios, guarda perfectamente las distancias afectivas y contribuye al progreso espiritual de Ángel; hasta que éste decide prepararse para recibir la ordenación sacerdotal (que no llegará a recibir porque muere antes).⁸⁰³

Aunque la *Domus Domini* (que comienza a practicar en el cigarral toledano) tiene como referencia las instituciones de vida consagrada fervorosas, la obra grupal que sueña adquiere mucho más el aspecto de comunidad laical independiente del institucionalismo

⁸⁰² FRANCISCO RUIZ RAMÓN dedica al estudio de *Ángel Guerra* el largo capítulo I de su libro *Tres personajes galdosianos. Ensayo de aproximación a un mundo religioso y moral* (Revista de Occidente. Gráficas Clavileño. Madrid 1964) con un certero análisis del protagonista.

⁸⁰³ “Poco a poco íbale saliendo a Guerra su plan, no completo ni sistemático, sino en miembros o partes sueltas, las cuales eran como sillares de magnífica veta, con los cortes y el despiezo convenientes para emprender luego la composición arquitectónica... Fundaría, pues, con toda su fortuna, una Orden, Congregación o Hermandad destinada a realizar los fines cristianos que a Lderé más le agradasen...Parte esencial de este plan era que él, estimándose el primero entre los desgraciados, entre los enfermos y entre los criminales, se consideraba ya número uno de los asilados, cofrades, hermanos, o lo que fuesen, sin que esto le quitase su carácter de fundador, ni le eximiese de la obligación de disponer todo lo material y externo.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. II, o.c., págs. 338-339) En cuanto al tipo de personas que admite en la comunidad del cigarral, destaca por su doloroso realismo el alcohólico y vagabundo Don Pito (v. pág. 442)

religioso, con una clara intención de reforma radical de la vida cristiana; en comunión, pero no en dependencia de la jerarquía eclesiástica (representada por varios presbíteros).⁸⁰⁴

El proyecto se va desarrollando –con cierta anarquía, por cierto- en la comunidad constituida a las afueras de la ciudad. Lo anima una idea de simplicidad evangélica, de amor y de vida fraterna, revisada su práctica constantemente por la religiosa Leré (imagen acabada de auténtica santidad cristiana) y por el sabio y liberal sacerdote Juan Casado. La regla de vida tiene un profundo sentido de comunidad eclesial fraterna:

*“... El tratamiento del cariño, de la confraternidad, de la exhortación cristiana, sin hierros, sin violencia de ninguna clase. El pecador que aquí venga no podrá menos de sentirse afectado por el ambiente de paz que ha de respirar. Viene a ser esto la casa temporal de Dios, donde se entra por amor, se reside por fe, y se sale franqueando una puerta en cuyo frontón está la Esperanza.”*⁸⁰⁵

El texto, ya citado antes, tiene una fuerte densidad evangélica y revela, sin duda, la notable capacidad de elaboración teológica del escritor.

La vida del cigarral va a permitir que se contraste la heroica caridad que se practica allí con el egoísmo y la mezquindad de otros personajes advenedizos (que llegan para aprovecharse de la bondad de Ángel, y son admitidos por éste sin ignorar sus intenciones). Fruto de tal acogida heroica será la muerte prematura del fundador de la comunidad por la agresión de algunos de ellos.⁸⁰⁶

Tal vez el autor está indicándonos –con la novela- que la idea última de signo comunitario tiene un valor de reforma eclesial necesaria y apunta hacia un horizonte deseable, pero que roza con la utopía inalcanzable; y que, en todo caso, quien la asume (Ángel) no es la persona adecuada para llevarla a cabo (aunque no nos permita dudar de su honestidad).

La muerte del protagonista, de algún modo semejante a la de Jesús, es quizá lo más logrado de la novela, por mostrarla fruto de la entrega sin reservas a los demás. Francisco

⁸⁰⁴ “Yo me consagro a Dios en cuerpo y alma; le entrego mi vida y mi fortuna; pero quiero entenderme directamente con Él, salvo la subordinación canónica y mi incondicional obediencia a la Iglesia; quiero conservar dentro de las filas más libertad de acción de la que tiene un soldado raso, lo cual no impedirá que yo someta mis planes al dictamen augusto del que en lo espiritual a todos nos gobierna. Huiré, sí, cuidadosamente de englobar mi persona y mis bienes en un organismo que admiro y respeto, pero que va a los grandes fines por camino distinto del que yo quiero tomar... Yo no entro en la Iglesia docente como átomo que a la masa se agrega; creo que mi misión es otra, y que no soy soberbio al expresarlo así.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. II, o.c. pág. 451)

⁸⁰⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. II, o.c., pág. 526

⁸⁰⁶ IGNACIO ELIZALDE sintetiza el proyecto galdosiano de *Ángel Guerra*: *Sería una comunidad de hermanos, una especie de anarquismo religioso ideal que significaría la vuelta a la edad de oro del cristianismo, sin ninguna forma de organización estatal (civil)... Intentaría igualmente un renacimiento espiritual de la nación.* (*Ángel Guerra y su proyecto de religión nacional*. Letras de Deusto. N. 8. 1974. Pág. 163. Ignacio Elizalde realiza en este trabajo un análisis crítico de la novela de Galdós, haciendo notar el peligro de galicanismo que entraña la sugerencia de Galdós, si bien la utopía nacionalista se ve explicada en parte por la crisis que atraviesa la Iglesia romana en esos momentos.

Ruiz Ramón señala también la semejanza con la de Don Quijote, en razón del encuentro definitivo con la verdad.⁸⁰⁷ Lo que convalida la seriedad del tratamiento de los temas en esta novela.

En cuanto a *Halma*.

Catalina de Artal, viuda relativamente joven aún, condesa de Halma, más serena que Ángel Guerra, sigue también un proceso interior y creyente que la lleva a fundar una pequeña institución cristiana que adquiere el signo de comunidad creyente abierta y humilde. El itinerario es, en cierto modo, parecido al de Ángel, pero sin el dramatismo de este personaje. Tras enviudar y haber padecido situaciones difíciles, regresa a España, y ya muy centrada en la vida espiritual, decide retirarse a la abandonada propiedad campestre de Pedralba y establecer allí una casa abierta a personas humildes, pobres y enfermas. Con la parte de la legítima heredada que le corresponde, y a pesar de la tremenda oposición de su hermano (el conde de Feramor)⁸⁰⁸, se traslada a ese lugar y empieza a reconstruir con sus acompañantes pobres el viejo caserón. Consigue que se confíe a su custodia a Nazarín (en prisión preventiva aún) a quien viene admirando cada vez más.

Nazarín, siempre desde el silencio humilde, es el verdadero director espiritual de esta comunidad, que evoca ya mucho a las primeras comunidades cristianas y a la imagen del Reino de Dios. El primo de Catalina, José Antonio de Urrea, hombre un tanto libertino y bohemio, se incorpora a ese grupo y, desde el trabajo y la devoción a su prima y al presbítero, inicia un proceso firme de conversión (y de honesto y callado amor a Halma). Catalina entabla una estrecha y bella amistad con Beatriz, la pobrísima y humilde acompañante de Nazarín incorporada también a la comunidad.

Las tres instancias sociales poderosas que les rodean (Administración política, Iglesia y alta sociedad, representadas en otros tantos personajes) pretenden impedir o derivar hacia sus fines la obra de la condesa, sin que ésta acepte configurarla como institución ni someterla a esas instancias... La sabiduría de Nazarín le hace entender que su vocación comunitaria y espiritual no es la virginidad consagrada ni el gobierno de una institución eclesiástica, sino simplemente la vida doméstica del matrimonio y de un hogar abierto a muchos, convertido en verdadera iglesia. De esa forma da cauce al amor que ha nacido entre ella y José Antonio para, desde ahí, acercando la comunidad al estatuto de una familia normal y abierta, continuar la empresa cristiana comenzada, ya sin injerencias oficiales de nadie.

El proyecto de Catalina es radicalmente creyente: *“La llama vivísima de fe que arde en su alma –dice Manuel Flórez al conde de Feramor– se traduce en la ambición de consa-*

⁸⁰⁷ *“Me parece ver esencial concomitancia entre la trayectoria final de Ángel Guerra y la del héroe manchego. Concomitancia querida por el propio Galdos.”* (RUIZ RAMÓN, FRANCISCO, o.c., pág. 85)

⁸⁰⁸ *“Nuestra época admite los arrebatos místicos –le dice Feramor–, pero siempre con la razón por delante... Tú no posees ni ese capital encefálico que se llama razón, ni esa razón suprema de los actos colectivos que se llama capital”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c., pag. 76)

grar su vida al bien de sus semejantes, a aliviar en lo posible los males inmensos que nos rodean, y que vosotros, los ricos, los prácticos, los parlamentarios, veis con indiferencia.”⁸⁰⁹ Y la concreción de ese plan se la recuerda el mismo Flórez a la condesa, actuando de intermediario y de guía espiritual: “Convinimos en que usted fundaría en pleno campo y lejos del bullicio, un instituto de caridad, con rentas propias... Y que antes –añade Halma- se reservaría una suma para repartirla entre los necesitados.”⁸¹⁰

De esta manera vuelve a empezar la aventura comunitaria eclesial de Pedralba. La regla que se impone allí es la perfecta igualdad. El narrador cuenta el rápido proceso de amistad y los sentimientos humildes que desarrolla Catalina respecto a todos los componentes del grupo y, en especial, con Beatriz, hasta considerar a ésta totalmente igual e incluso superior a ella.⁸¹¹

Quizás por la feminidad (o la extracción social) de la fundadora, una norma característica del grupo y de la pobrísima casa será la limpieza: “decía que el aseo exterior, por causa de la educación y la costumbre, afectaba al alma, y que la suciedad del cuerpo era pecado tan feo como la de la conciencia. No vacilaba, pues, en aplicar estas ideas a la realidad, manteniendo en su cuarto y persona la misma esmerada limpieza de sus mejores tiempos...”⁸¹²

b) Significado eclesial de las novelas *Ángel Guerra* y *Halma*.

La novela *Nazarín* nos ha sorprendido por la contemplación de la figura admirable –claramente franciscana e incluso cristológica- del presbítero Don Nazario. La vida de este creyente (evocadora del misticismo ruso que conoce muy bien el autor), en reducida comunidad itinerante, hace pensar ya en una existencia en fraternidad; pero todavía su protagonismo –demasiado fuerte, a pesar suyo- es individual. En cambio, *Ángel Guerra* y *Halma* sí desarrollan de forma clara e inmediata una eclesiología comunitaria.

Por eclesiología comunitaria entendemos la alternativa al individualismo dominante en la vivencia de la fe (o de la religiosidad) y a la masificación; ambas formas de escasa o

⁸⁰⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c., pág. 93

⁸¹⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c., pág. 125 Según Gustavo Correa el progreso individual (singularizado en Urrea) y la realización comunitaria cristiana son los dos ejes de la fundación de Catalina. “La Condesa busca su progresivo acercamiento a Dios (para Urrea). Éste descubre el sentido de la existencia en la presencia de la mujer transformadora. Ella cree hallarlo en un proyecto comunal... El abandono de la metrópoli por la vida campestre (tema de Corte y Aldea) la han de conducir, así, al encuentro de Dios en el seno de la Naturaleza. El amor de Dios, el amor de la naturaleza y el amor del prójimo son, así, los tres grandes objetivos que en apretada síntesis guían la empresa de Doña Catalina. Con un séquito de mendigos inicia su fundación.” (CORREA, G., *El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós*, o.c., págs. 187-188)

⁸¹¹ “Sentíase la Condesa inferior, por todos aquellos respetos, a la que ya miraba como amiga del alma; aprendió de ella muchas y buenas cosas, enseñándole a su vez otras de un orden social más que religioso, y con este cambio llegaron a encontrarse la una para la otra, y las dos en una, fenómeno raro en estos tiempos, que dan pocos ejemplos de una tan radical aproximación de dos personas de opuesta categoría... Instaladas en Pedralba, la concordia entre una y otra llegó a ser perfecta.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c., págs. 255-256)

⁸¹² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c., pág. 254

nula referencia neotestamentaria. El ofrecimiento de la comunidad eclesial básica y cordial brinda al cristiano la posibilidad importantísima de situar el seguimiento de Jesús en estrecho contacto con un pequeño grupo fraterno, sencillo y abierto, y, con él, de dar una imagen más cabal de la Iglesia, más cercana a su identidad apostólica.

Este modelo eclesial implica, así mismo, la desclericalización, una más acertada coestión eclesial y la recuperación de valores evangélicos con mucha mayor facilidad, especialmente el valor de la presencia de los pobres y en el seno de las iglesias, y el valor de la acogida respetuosa e incondicional a quienes son considerados como distintos y distantes.

(En los dos escritos que analizamos el grupo creyente habita, además, bajo el mismo techo o en espacios muy próximos; lo que nunca debe ser condición necesaria para la constitución de la comunidad.)

El pensamiento de las dos novelas va en la dirección de esa alternativa. Se está hablando directamente en ellas de crear pequeñas instituciones comunitarias fraternas con un claro carácter laical (aunque se cuente con la presencia de algún presbítero pastor). Pero, entre líneas o más abiertamente, aparece la propuesta ambiciosa de proponer signos necesarios para una reforma eclesial en profundidad, para un modo inusual de vivir el cristianismo en el siglo XIX y en el XX. Y ello, en el sentido de un retorno utópico a la comunidad apostólica.

La intención comunitaria (de plena convivencia), que el autor expresa y encarna en los proyectos de Ángel y de Catalina respectivamente, no es nueva en la historia de la Iglesia. Siempre resultó arriesgada, incluso cuando la llevó a cabo San Francisco; y en ocasiones derivó –como es sabido– hacia posturas cismáticas, extrañas e incluso heréticas.

Galdós parece darse cuenta de que su iniciativa (la de los dos queridos personajes, con sus adláteres Leré y Nazarín) no está exenta de esos riesgos, y, por ello, se cuida de dotarla de garantías de validez; en concreto, de dos condiciones fundamentales: la humildad sincera de los protagonistas (que van albergando cada vez más esta virtud a lo largo de la trama) y el asesoramiento espiritual maduro, sereno y humano (a la vez que religioso) de personas cercanas pero no demasiado implicadas en el proyecto comunitario en marcha.

En concreto, las dos comunidades cristianas –la de Ángel Guerra y la de Halma– ofrecen estas características comunes:

- Integra un grupo suficientemente reducido de miembros (capaz de entablar relaciones interpersonales) y que, al mismo tiempo, está radicalmente abierto a la acogida de quien lo desee; y esto por voluntad expresa de sus fundadores.
- En los dos casos se trata de personas que viven bajo el mismo techo y con voluntad de permanencia estable, aunque la vivienda y el espacio de que disponen sean amplios y permitan la individualidad.

- La comunidad está formada, sobre todo, por pobres que encuentran en ella su cobijo, sin aportar más que su afecto y las labores domésticas que puedan realizar viviendo en el mismo lugar. El trato con enfermos y desahuciados revela total empatía con ellos.
- Tales personas son de todo tipo de edad, sexo, condición e incluso extracción moral. (La acogida, en la comunidad que dirige Ángel, tiene un carácter excesivo, incluso utópico, en cuanto que acepta a personas que no vienen al grupo con ánimo de vivir comunitariamente sino de robar).
- La única ley de la comunidad es el amor fraterno y el servicio incondicional a quienes están necesitados.
- La vida religiosa de la comunidad apenas aparece; es libre para todos. Tiene como referencia la clara opción de fe de sus fundadores y de otros miembros o personas conocidas; pero apenas existen prácticas religiosas en común.
- En la comunidad se entra y se sale cuando se desea, sin ejercer presión alguna; no existe, pues, ningún aspecto sectario ni proselitista.
- El talante comunitario no revela antagonismo alguno a la Iglesia oficial diocesana o universal; hay normal relación con personas religiosas que no pertenecen a la comunidad.
- La obra no posee más bienes que la vivienda ya colectivizada y el campo anexo que se cultiva. Se autoabastece con el trabajo de sus miembros.
- Ninguna de las dos comunidades llega a alcanzar un estatuto oficial dentro de la Iglesia (la de Halma rechaza expresamente ese posible estatuto). Sus miembros –tan heterogéneos- no se consideran personas comprometidas por vínculos religiosos (por votos, por ejemplo).

El modelo de convivencia estable y bajo el mismo techo evoca, desde luego, la vida monástica. Es bueno recordar que ésta nunca se propuso a los bautizados de un modo indiscriminado y, menos aún, se les exigió; pero también es verdad que en todo momento hubo muchas personas que se acercaron a ella sin dejar sus estados personales de vida.

A excepción de este punto, todas las demás características (junto con las dos condiciones de validez señaladas arriba) dan una imagen sorprendente de verdadera comunidad cristiana, de Iglesia cercana a los Apóstoles simplemente. Y esto es lo absolutamente extraordinario en la visión galdosiana.

Esta idea de Galdós, la de rehacer la vida cristiana desde una existencia comunitaria fraterna de signo laical, basada en la atención entrañable a los más débiles y con una clara dimensión religiosa, vuelve a aparecer literariamente en 1905 en la extraordinaria pieza teatral *Amor y ciencia* y en la breve comedia (menos importante) *Pedro Minio* de 1908. En *Amor y ciencia* es un médico eminente convertido a la fe, Guillermo Bruno, el que ha creado una residencia familiar (con amplio jardín) en donde un grupo de enfermos psíquicos y físicos abandonados del mundo conviven recuperando su salud del alma y del cuerpo y

constituyen la única y verdadera familia que tienen, siendo el protagonista, a la vez, médico de familia y guía espiritual.⁸¹³ Algo semejante realiza en *Pedro Minio* el krausista Marqués de los Perdonés, acompañado de una comunidad de religiosas, dirigiendo y animando una residencia de ancianos de ambos sexos con un espíritu de comunidad humana cálida, fraterna, alegre, abierta, estable y gozosa de vivir y de disfrutar de la vida; todo ello, además, como expresión de la voluntad de Dios.⁸¹⁴ Y conviene advertir que el protagonista Pedro mantiene aún su pasado talante de hombre de mundo, libre y vividor (aunque lo que hace, más bien, es adobar sus memorias con fantasía donjuanesca).

No se encuentra un pensamiento de esa índole alternativa y ortodoxa de la Iglesia en la literatura del realismo europeo (del XIX y hasta muy adentrado el XX), y tampoco en las obras de teología o espiritualidad de la época. Nos parece, pues, que el autor se adelanta mucho a los movimientos comunitarios que surgen en la Iglesia a mediados del siglo XX.

No debe descartarse la hipótesis de que Don Benito, en la etapa de madurez espiritual en la que escribe esas obras (el proyecto de la Domus Domini toledana y la vivencia efectiva de la comunidad rural de Pedralbes), se sienta él mismo necesitado de encontrar el cobijo de una comunidad cristiana abierta y liberal, regida por el amor, en donde se vea abrazado y redimido; tal vez de un modo parecido al sentimiento que guió a Rembrandt al pintar el regreso del hijo pródigo a la casa paterna, sintiéndose el artista acogido y abrazado por las manos paternas y maternas del padre Dios. Esta hipótesis quedaría reforzada con la comedia *Pedro Minio* escrita y estrenada en 1908; la obra –como hemos indicado ya– discurre en una feliz residencia (“asilo”) de ancianos cuyo protagonista tiene bastante parecido con el autor.⁸¹⁵

1.4 Conclusión. El pensamiento eclesial implícito en la obra de Galdós.

⁸¹³ Ver PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Amor y Ciencia*, todo el Acto IV. Obras Completas Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005, págs. 624-633

⁸¹⁴ “*Dejadnos en este amado retiro, donde gozamos la ilusión de lo que tuvimos o de lo que nos faltó en los mejores años -dice Pedro Minio, cerrando la última escena de la obra- . Aquí la suprema piedad nos ha dado la paz, la fraternidad y el santo amor a la vida, todo lo que Dios ha concedido a la Humanidad, para que sea menos doloroso su paso por este mundo.*” (Telón) (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Pedro Minio*, Acto II, escena IX, Obras Completas de Galdós. Ed. Aguilar. Madrid 2005. Tomo VI. pág. 663)

⁸¹⁵ La exclamación de Pedro Minio, cuando le presionan para que abandone la alegre residencia de Nuestra Señora de la Indulgencia, bien pudiera ser la del mismo Galdós: “*Señor Marqués de los Perdonés, señor doctor y hermanas queridas* (por las religiosas), *vuélvanme a su gracia. Yo quiero alegría, comunicación con mis iguales, hablar, reír, comentar lo sucedido, referir lo verdadero y lo falso, convidar a un amigo, bromear con otro... Quiero la ilusión de la vida. Déjenme a la sombra de mis árboles de la Indulgencia.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Pedro Minio*, Acto II, escena VIII. O.c. Pág. 661).

La primera impresión que nos deja la lectura de los textos citados -y de otros de tenor parecido- es que Benito Pérez Galdós tiene una idea antieclesial (no sólo anticlerical). Esta impresión no es correcta. Nos hallamos, sin duda, ante una figura literaria de pensamiento muy bien llevada: la ironía, que no llega al sarcasmo.⁸¹⁶ Aunque en algunos momentos los personajes (a través de los cuales habla el escritor) manifiestan ideas cabales, directas, sobre la realidad eclesial.

En varias de sus figuras (de primer o segundo orden) Galdós muestra la eficacia positiva y amable que pueden tener aún las estructuras eclesiales en uso para mantener viva una fe sencilla, pero firme y con rasgos evangélicos. Y esto, aunque tales estructuras adolezcan de graves defectos; obrando, pues, el milagro de que esos personajes tipo reciban de corazón las enseñanzas eclesiales, sin detenerse en la crítica a la institución. De esta manera viven la buena relación con la Iglesia Benina, Nazarín, Ángel Guerra, Halma, Buenaventura Lantigua (*Gloria*), María y León (*Mariucha*), Lucía (*Ángel Guerra*) y, en realidad, la mayoría de personajes.

El concepto galdosiano de Iglesia (el que se deja traslucir en sus obras) es, desde luego, limitado, no completo, como ya observamos arriba. Sin embargo, dentro de su limitación, aflora en él una eclesiología de corte evangélico y neotestamentario cuando, en el trasfondo, deja entrever la verdadera identidad de la institución nacida del Cristianismo, tanto en su dimensión universal como en la referida a las iglesias nacionales y a las congregaciones religiosas; y no sólo se contempla ahí la jerarquía (o el mundo religioso) sino también la ciudadanía católica.

En síntesis, Galdós dibuja la imagen ideal de la Iglesia como institución y estructura que pueden y deben reflejar el mensaje de Jesús, el cristianismo. Una Iglesia, por tanto, que debe definirse por las siguientes características:

- creyente y fiel expresión del mensaje evangélico de Jesús,
- independiente de los poderes políticos y sociales,
- en nada semejante a un estado civil,
- ajena a la dinámica de posesión de riquezas y bienestar material,
- pobre, sencilla y fraterna en cuanto al talante de la jerarquía y de los clérigos,
- sin ejercicio de poderes internos, participativa; sin inspirar miedo alguno;
- en diálogo con la ciencia y el progreso; con una misión excepcional de apoyo al desarrollo positivo de la historia y de los derechos humanos,
- en diálogo, en fin, con diversas confesiones religiosas, e incluso con el ateísmo,

Para el autor, estas notas de la verdad de la Iglesia católica debería mostrarlas en primer lugar el Papa.

⁸¹⁶ *Ironía* se define en el Diccionario de la R.A.E.L. como “figura retórica que consiste en dar a entender lo contrario de lo que se dice”.

2. Sentido de las congregaciones religiosas y de la vida conventual en la obra de Galdós.

La vida religiosa en virginidad y en total servicio del Reino de Dios es seguramente el carisma más valioso y delicado dentro del cristianismo. Las instituciones de vida consagrada han significado y significan para la Iglesia una riqueza inmensa espiritual y misionera. Más aún, por su estructura de gestión colegial y por el voto de pobreza son un contrapeso al autoritarismo y a la ostentación principesca de la alta jerarquía eclesiástica.

Todas fueron fundadas con ese espíritu que han intentado mantener a lo largo de los siglos. Sin embargo, en el devenir histórico de muchas de ellas (congregaciones u órdenes, masculinas o femeninas) ha habido grandes deterioros del carisma fundacional, y el siglo XIX no es el mejor exponente de su historia.

Benito Pérez Galdós juzga este sector del mundo eclesial desde la visión de las desviaciones reales existentes en una buena parte de las corporaciones de vida religiosa de su tiempo y, a la vez, desde los prejuicios típicos del anticlericalismo liberal. Su pensamiento es, por tanto, bastante negativo al enjuiciar el tema. Sin embargo, para ser objetivos, es preciso reflejar la totalidad de los datos que aparecen en sus obras; en particular, su honda admiración por una buena parte de la vida religiosa femenina.

2.1 Valoración eminente de la vida religiosa femenina en la obra galdosiana.

Una serie considerable de páginas (no demasiado abundantes, es cierto) manifiestan la convicción que tiene Don Benito del valor intrínseco de la vida consagrada cuando es fiel a sí misma. Tanto en las novelas independientes como en los Episodios Nacionales y en el teatro el escritor nos brinda un elogio admirado de monjas y de conventos femeninos e incluso de la vida religiosa en sí misma.

En el extenso y complejo relato de la novela *Ángel Guerra* la verdadera protagonista —el contrapunto continuo y cabal de Ángel— es, desde el principio, Leré (Lorenza). Aun antes de profesar como religiosa, la joven institutriz y gobernanta de la casa de Guerra vive una vida consagrada a Dios y al servicio de los que la rodean. Sin ser demasiado agraciada físicamente, su equilibrio y madurez, su autenticidad a toda prueba, la naturalidad simpática y la firmeza de su vocación, seducen al viudo Ángel que no dejara de crecer en el enamoramiento hacia ella, creciendo ese amor hasta el momento en que éste muere. Pero Leré desvía continuamente esa atención y se mantiene fiel a su deseo de consagrarse por entero a Dios y a los enfermos y desgraciados y, por ello, a la opción de virginidad. Muerta Ción (la

hija de Ángel que ella cuida), ve llegado el momento de ingresar en la congregación del Socorro en Toledo y comienza allí el noviciado. Es feliz en esa vida conventual y en la más heroica dedicación a los enfermos contagiosos, a la vez que sigue reorientando con su apoyo el difícil proceso espiritual que va madurando a Ángel. Nadie como ella alienta y da sensatez al proyecto de reforma religiosa que inspira al protagonista; al mismo tiempo que conjuga en la comunicación la palabra sabia, la amistad honda, el buen humor y la distancia necesaria para evitar equívocos.

Leré es un prodigio de mujer dentro de la opción religiosa; del mismo modo que lo son —en la relación amorosa de pareja— Inés, Sola, Demetria, Electra, Bárbara...; y como lo es Benina en la serena soledad de los ancianos.

A punto de terminar la obra, la religiosa, de rodillas, ahogándose en la confusión del llanto, sintiéndose de algún modo culpable (sin razón alguna) de los devaneos del protagonista que va a morir, pide perdón:

*“Don Ángel, perdóneme si le ha causado algún mal,... perdóneme.” Y a estas palabras contesta el moribundo: “¡Que tú me has causado mal!... ¡Tonta, si te debo inmensos bienes! Gracias a ti, el que vivió en la ceguera muere creyente. De mi dominismo (el proyecto Domus Domini), quimérico como las ilusiones y los entusiasmos de una criatura, queda una cosa que vale más que la vida misma: el amor...; el amor, si iniciado como sentimiento exclusivo y personal, extendido ahora a toda la humanidad, a todo ser menesteroso y sin amparo. Me basta con esto. No he perdido el tiempo. No voy como un hijo pródigo que ha disipado su patrimonio.”*⁸¹⁷

Difícilmente podría hacerse una alabanza mayor de la tarea realizada por una religiosa. El autor se siente realmente fascinado por la personalidad y la vida íntegra de esta mujer con rasgos teresianos. Ignoramos si (a lo largo de la narración) se está refiriendo a alguien que él ha conocido; pero lo cierto es que manifiesta comprender a la perfección lo que significa o debe significar una existencia verdaderamente consagrada en la Iglesia, y que da a esta forma de vida una valoración máxima. Las críticas que aparezcan, pues, en otros textos tendrán que matizarse con la visión que manifiesta aquí esta novela.

Con un acento de mayor admiración —si cabe— se presenta a Eliséa en el drama *Amor y ciencia*. Esta religiosa, enfermera, está pasando una temporada en casa de su sobrina Paulina, de vida bastante irregular, para ayudarla en la enfermedad grave que padece el hijo Cristín; pero, a la vez, para intentar devolver la paz interior a esta mujer, agitada por el odio a su marido (un cirujano de prestigio) del que se ha separado. Eliséa consigue que acepte la intervención de la ciencia médica, aunque venga representada por Guillermo, el hombre que ella detesta. El diálogo entre ambas mujeres tiene el doble valor de ensalzar la

⁸¹⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. II, o.c., pags. 640-641.

vocación religiosa como un máximo servicio espiritual y de abogar por el acuerdo entre la ciencia y la fe.

(Elisía:) –“La ciencia es de Dios.... Veo las manos de Dios descender a las manos del hombre.” (Paulina:) –“¡Oh, santa mía! Ante ti, conciencia pura, virtud inmaculada, que ahora me pareces la imagen de Dios, pongo mi corazón, pongo mi alma. Seas tú testigo de esta ofrenda, que es también juramento, y oblígame a cumplir lo que ofrezco y juro... Olvidaré mis agravios, menores que los de Guillermo, y le estimaré y le perdonaré, aunque él a mí no me perdone ni me estime...” (Elisía:) –¡Hermosa ofrenda, Paulina! Reciba Dios tu corazón y bendígalo”⁸¹⁸

A lo largo de toda la obra se mantiene el carácter abierto, profundamente cristiano y consagrado de Sor Elisía.

Parecidas a la anterior son las religiosas del asilo de Nuestra Señora de la Indulgencia, en *Pedro Minio*; especialmente Sor Bonifacia y la Superiora Sor Luisa. Todas ellas son jóvenes y agradables, sin fisura en sus relaciones mutuas, en el desarrollo del proyecto humanista y evangélico que llevan a cabo y en la fidelidad a su vocación (a pesar de los piqueos ocasionales que les dirigen algunos de los residentes). Su acuerdo con el director del centro (el Marqués) y con el Doctor es perfecto; y lo expresa bien Sor Luisa: “El recreo es aquí tan importante como el alimento y el abrigo. Con él se procura dar satisfacciones a los que o no las tuvieron nunca o las olvidaron al caer en la extrema pobreza.”⁸¹⁹

De modo semejante –aunque en contexto muy distinto- se presenta a Sor Simona en la obra teatral de este nombre. Ésta es una monja en todo momento fiel a su condición, pero que no soporta el ambiente asfixiante del convento ni la cómoda regularidad del mismo. Aprovechando la situación convulsa de la guerra carlista huye y se independiza, siendo considerada como loca. Pero su locura es amar sobre todo a los miserables, estén en un bando u otro, a la vez que defiende su opción de virginidad en ocasiones parecidas a las que atraviesa Leré.

Galdós quiere resaltar en este drama religioso el derecho inviolable a la libertad personal aun dentro de las congregaciones eclesiales. La obra finaliza exclamando Sor Simona (Con elevada entonación, dice la didascalía): “Sí, venid conmigo; desde Viana continuaré consagrando mi pobre existencia al socorro de los infelices y menesterosos; pero libremente..., libremente. Quiero ser libre, como el soplo divino que mueve los mundos.” (Todas las figuras de esta última escena se agrupan convenientemente para formar un hermo-

⁸¹⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Amor y ciencia*. Acto I, escena XII, y Acto II, escena X, o.c., págs. 603 y 612.

⁸¹⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Pedro Minio*, Acto I, escena II, o.c., pág. 636.

so cuadro. Telón.”)⁸²⁰ La pieza teatral (como la mayor parte de los dramas galdosiano) no goza —a nuestro juicio— de un subido valor literario, pero sí es representativa de un aspecto importante del pensamiento teológico que indagamos. Advirtamos que el autor emplea la palabra *consagración* para identificar a la religiosa.

Con mayor entusiasmo aún se aplaude en el Episodio *Gerona* la valiosa y admirable participación de todos los conventos femeninos de la ciudad en la asistencia a los heridos y en la ayuda a la población durante el sitio por parte de las tropas napoleónicas.

*“Las monjas abrían de par en par las puertas de sus conventos, rompiendo a un tiempo rejas y votos, y disponían para recoger a los heridos sus virginales celdas, jamás holladas por planta de varón, y algunas salían en falanges a la calle, presentándose al gobernador para ofrecerle sus servicios, una vez que el interés nacional había alterado pasajeramente los rigores del santo instituto.”*⁸²¹

El texto tiene el valor añadido de estar haciendo la crónica verídica de un hecho histórico. Y el cronista quiere dejar constancia de que la vida religiosa se convalida en el momento en que sus miembros anteponen el servicio a los necesitados y el bien común urgente a cualquier reglamentación interna, por importante que ésta sea (como es el caso de la clausura monástica). También aquí se sugiere que el principio cristiano de la libertad por la caridad debe ser constitutivo de la vida religiosa.⁸²²

Y, en fin, en el drama más conocido —y debatido— de Galdós, en *Electra*, de nuevo una religiosa, Sor Dorotea, entra admirablemente en escena (sólo en el Acto final) encarnando el principio del respeto a la persona y de la libertad que nacen de la fe cristiana.

Generalmente, la mayoría de las religiosas o monjas que aparecen en los dramas, y que son admiradas por el autor, tienen un papel muy secundario. Pero este papel alcanza una gran relevancia por el talante de humanidad y de religiosidad perfectamente conjugadas en sus figuras, que denotan, además, fidelidad vocacional, armonía, serenidad y cierta belleza física. Sor Dorotea es la antítesis resuelta de la mentira, del oscurantismo y de la opresión simbolizados por Pantoja y Evarista. A la pregunta de Electra, inquieta (“¿Adónde vas?”), responde: “A mirar por ti, a devolverte la salud, la vida... Disponte a salir de esta sepultura y llévame contigo.”⁸²³

⁸²⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Sor Simona*. Acto III. Escena V. Obras Completas de Galdós. Tomo VI. Aguilar. 2005. Pág. 808.

⁸²¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gerona*, o.c., pág. 45. Ver páginas siguientes.

⁸²² “Para Galdós —escribe ROSA AMOR DEL OLMO— los hábitos no deben estar en la oscuridad de la celda (la misericordia de reclusión que nada sirve a los desfavorecidos), deben estar por las calles, actuando, es una sublevación como antaño hacían las monjas y por consiguiente las santas, pero con una ‘mise en scene’ del presente, práctica.” (AMOR DEL OLMO, ROSA, o.c., pág. 153).

⁸²³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Electra*. Acto V, escena VIII. O.c., pág. 339.

2.2 Crítica de la forma de vida conventual femenina en la obra de Galdós.

La obra de Galdós, a pesar del carácter positivo de los textos que acabamos de estudiar, muestra una visión predominante negativa del mundo religioso femenino o, en todo caso, una visión muy crítica. Los grandes e históricos conventos de monjas dejaban mucho que desear en la época de la reforma teresiana y en el siglo XIX igual, tanto en Castilla (de forma particular en Madrid, por la cercanía de la Corte) como en Cataluña o en Navarra.

En el Episodio *Un voluntario realista* Salvador Monsalud (con el significativo pseudónimo de Miguel Servet) se refugia en el monasterio de San Salomó (en Solsona). En ese momento el autor hace una cruda y penosa descripción de la vida interna de la comunidad de monjas, mujeres que individual y colectivamente contradicen el carisma de la consagración religiosa. Riqueza, división de clases, enemistad y separación de unas con otras, dedicación a la gastronomía y falta de vocación claustral son los defectos que caracterizan a ese monasterio. Alguna de las monjas, Teodora de Aransis, rompe, además, todas las categorías propias de una virgen consagrada.⁸²⁴

Algunos conventos femeninos, que se salvan de la pobreza gracias a las ayudas de los nobles, se suelen convertir en reductos ultraconservadores. Otros llegan a intervenir en la vida política a través de los contactos que mantienen en sus locutorios. El caso histórico más grave que se describe (con bastante detenimiento) es el del convento madrileño de la calle Caballero de Gracia. Desde él la famosa monja Sor Patrocinio de las Llagas (La Madre) ejerce su influencia en la camarilla del pretendiente Carlos Isidro, en la de su esposa Francisca e incluso en la Corte de Fernando VII. Estaba de moda el falso misticismo y, en concreto el recurso a los milagros; entre otros, la pretendida impresión de las llagas de Jesús en

⁸²⁴ “A pesar de su aspecto caduco, no reinaba la miseria en el interior de aquel silencioso retiro, como acontece en los conventos del día, que casi, casi no son otra cosa que asilos de mendicidad. Por el contrario, al decir de algunos solsoneses, imperaban allí dentro el bienestar y la abundancia. Siempre fueron las dominicas poco inclinadas a la pobreza absoluta; su Orden ha sido, por lo general, aristocrática, compartiendo con la del Cister la prerrogativa de acoger a las señoritas nobles a quienes vocación sincera, desgraciados amores o la imposibilidad de ocupar alta posición arrojaban del mundo... Todas ellas eran nobles, pues no podía convenir al decoro del reino de Dios que mancomunadamente con las hijas de marqueses y condes vivieran mujeres de baja estofa... Algunas monjas, contravinando las reglas más elementales de la Orden, gozaban de rentillas y señalamientos privados, y esto se lo comían en la sagrada paz de su celda sin dar participación a las demás... Sus secretos eran que se permitían hacer vida separada...; que unas diez hermanas no se hablaban ni aun para saludarse, porque era evidente que si cambiaban dos palabras, de estas dos palabras había de nacer una docena de disputas, y finalmente que algunas (afortunadamente eran las menos) se odiaban de todo corazón. Por diversas cosas y motivos era célebre San Salomó, pero aquello en que su fama se elevaba hasta tocar el mismo cuerno de la luna era el arte culinario...” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Un voluntario realista*, o.c., págs.11-12). De esta Teodora de Aransis se nos dice en la novela *La desheredada* que era bella y aristócrata, familiar de la orgullosa Marquesa de Aransis y que murió muy anciana en el mismo convento de San Salomó.

las manos. Estas personas visionarias ejercían así atractivo y poder. El autor denuncia tal falsedad, pero, sobre todo, critica la credulidad empalagosa de los nobles.

Se narra también el dominio moral que tiene La Madre (la Superiora) sobre sus religiosas; de modo especial sobre Domiciana, que deja el claustro pero no la vida de enredo y de terrible egoísmo, secuestrando a Gracián e impidiendo a Lucila que se relacione con él, empleando para ello toda clase de engaños.⁸²⁵ La crueldad mayor de esta monja es poner precio a su falsa ayuda para liberar al joven. Lucila tiene que enfrentarse a sus maquinaciones y le dice: *“Usted no sabe lo que es amor, no tiene idea de él; tiene el corazón hecho cecina, y con la uña me ha desgarrado el mío, que vive y sangra... Domiciana, no sea usted cruel, no me martirice.”*⁸²⁶ Es el juicio más duro del escritor sobre el resultado de ese deteriorado proceso de la vida conventual.

Con esta idea popularizada se explica que Agustín, el pretendiente honrado de Amparo, en *Tormento*, exclame: *“Yo digo que es un disparate que usted se haga monja. ¡Qué lástima! Es que no lo consentiremos... ¡Hacerse monja! Eso es de países muertos. ¡Mendigos, curas, empleados; la pobreza instituida y reglamentada!... Pero no; usted está llamada a un destino mejor, usted tiene mucho mérito.”*⁸²⁷

2.3 Visión crítica de las grandes órdenes religiosas de varones.

La dureza que hemos constatado en la crítica de buena parte de congregaciones femeninas se hace más aguda y se generaliza al referirse a las Órdenes clásicas de varones presentes en la Iglesia y en la sociedad españolas del siglo XIX. Franciscanos, jesuitas, carmelitas, dominicos, mercedarios... no escapan a esta consideración negativa por parte del novelista.

¿Esa condena es fruto de alguna fobia antieclesiástica o procede (en alguna medida, al menos) de motivos que la explican?

Como ya hemos señalado, es muy probable que Galdós se deje llevar a un tiempo del sentimiento popular (no mayoritariamente liberal en el fondo) y de la ideología de muchos intelectuales del liberalismo radical. En cualquier caso, es obvio que la generalización que encontramos en sus escritos no es razonable ni justa. De hecho, el mismo autor la contradice en el Episodio *Un faccioso más y algunos frailes menos*.

Más aún: la auténtica vida religiosa o monástica le merece admiración y respeto, y no tiene inconveniente en expresar este juicio cuando se le presenta ocasión de hacerlo; por ejemplo, hablando de la vocación que siente Santiago Paternoy, terrateniente aragonés

⁸²⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los duendes de la camarilla*, o.c., Capítulos IV a VIII

⁸²⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los duendes de la camarilla*, o.c., pág. 45

⁸²⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tormento*, o.c., pág. 63 Una idea parecida expresa Teresa Villaescusa en el Episodio *La de los tristes destinos*: “a un entendimiento bien sazonado no le entran esas bromas del monjío” (o.c., pág. 141).

justo y de recia personalidad, en el drama *Los condenados*. Pero de manera especial hay que señalar el elogio encendido que hace de los religiosos escolapios, reflejando tal vez un sentir popular y acertando, desde luego, en la valoración eminente del carisma de esta Orden. Escribe a propósito del colegio llamado de San Antón, de Madrid:

*“La iglesia en que se venera el Santo Abad pertenece al colegio de Padres Escolapios, donde reciben educación innumerables niños de las clases pobres de Madrid y aun de las acomodadas. Instituto es éste que ha resistido a todos los cambios y se ha defendido de las revoluciones por su carácter retraído y educativo. No ha tenido nunca, como otros, la pretensión de gobernar a la sociedad, y sus funciones modestas, desempeñadas con silenciosa actividad, le han asegurado el respeto de todos. En las aulas de los escolapios se han formado las brillantes generaciones de este siglo y muchas de las harto numerosas personalidades que en él han brillado y se brillan, con resplandor de letras, armas o política.”*⁸²⁸

Sin embargo, no cabe duda de que a la altura de las últimas décadas del XIX la forma de presencia de bastantes religiosos en la sociedad española tenía connotaciones objetivamente negativas: la mayoría de comunidades religiosas albergaban y acogían con gusto el conservadurismo y la oposición al reformismo liberal y mantenían ciertas cotas de influencia social en esa dirección.⁸²⁹ Por otra parte, muchos de los conventos detentaban aún (a pesar de las desamortizaciones) bastante poder material. Y, con frecuencia, el ejemplo de un buen número de religiosos era el de personas ociosas, entrometidas y de buen vivir.

Lo que no quita la simpatía, el buen carácter y el paternalismo popular atribuidos a algunos de ellos, aunque ese talante se conjugara con una vida fácil y poco productiva. A título de ejemplo podría verse la narración llena de ironía de la vida de fray Salmón mercenario (sic) en cuyo convento encuentra amable refugio Gabriel de Araceli.⁸³⁰ El fraile que lo

⁸²⁸ “Aquí me tienes otra vez solicitado de aquella idea que juzgué insana, y ahora veo que fue sugerida por Dios. A ella me atengo, a Dios, al claustro, a la paz y a la purificación del alma. Lo que creí falsa vocación es la verdadera, sí... Búscame donde haya soledad, penitencia, pobreza voluntaria y sacrificio... Esa calma de que sólo goza el que posee la verdadera salud.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los condenados*. Acto I, escena VI. O.c., pág 217). El texto sobre los Escolapios aparece en la carta de 14/II/1984 publicada por SHOEMAKER, W.H., o.c. pág. 53

⁸²⁹ Debe señalarse la acusación que se hace al colegio escolapio de San Antón de Madrid (residencia del P. Fulgencio, confesor de Fernando VII) de acoger en él conspiraciones antiliberales (PÉREZ GALDÓS, BENITO. *Los duendes de la camarilla*, o.c., pág. 58). Pero las críticas más duras se refieren, sin duda, a los jesuitas por razón de su conservadurismo y de la influencia que ejercen en la educación de la burguesía: “Presumo yo que los guerreros de la faja negra, traídos ahora por una dama, cuando se aseguren en el territorio recientemente adquirido, extenderán su dominio a todas las esferas y serán nuestros amos. Fortalecerán su poder educando educando a las generaciones nuevas... Aquí no reina Alfonso XII, sino el bendito San Ignacio.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cánovas*, o.c., págs. 183 y 201; y a propósito de franciscanos y dominicos: pág.187)

⁸³⁰ En animada conversación con Gabriel, dice el fraile: “¿En qué me he de ocupar, muchacho, sino en hacer jaulas de grillos? ¿No sabes que soy el primer jaulista de Madrid? ¡Pues a fe que me dan poco trabajo las tales obras! Gabriel le interpela: “En verdad, padre, ya que no hay cautivos que redimir, todos ustedes deberían pasar el tiempo en algún útil menester”. Y el religioso continúa: “Pues los hay

acoge se dedicaba a construir y vender jaulas de grillos... El padre Salmón volverá a aparecer en sucesivos Episodios Nacionales sin perder su identidad personal de hombre bonachón, fanáticamente ritualista y ortodoxo (por encima de la caridad) y bastante entrometido en la casa ajena.

Seguramente esas razones son las que llevan a Galdós a poner en boca de su viejo héroe Patricio Sarmiento las siguientes palabras:

*“Permítame vuestra paternidad reverendísima que ante todo haga una declaración importante, sí, sumamente importante. Yo soy enemigo del instituto que representan esos frailunos trajes (se está refiriendo a los mercedarios). Faltaría a mi conciencia si dijese otra cosa; yo aborrezco ahora la institución como la aborrecí toda mi vida, por creerla altamente perniciosa al bien público... Pero esto no quita que yo haga distinciones entre cosas y personas, y así me apresuro a decirles que si a los frailes en general los detesto, a vuestras paternidades les respeto en su calidad de sacerdotes y les agradezco los auxilios que han venido a prestarme.”*⁸³¹

Quizás el texto resume un poco la tensión que provocaban las instituciones religiosas a la ciudadanía española del XIX.

Debe notarse que, al considerar las congregaciones religiosas, apenas se establece en las novelas relación expresa entre esas instituciones y la Iglesia universal y diocesana; como si ambas realidades discurrieran paralelamente.

Desde las perspectivas señaladas este breve apunte de la vida religiosa masculina (con las imprecisiones que advertimos) aporta elementos de juicio sobre la situación dramática de la Iglesia inserta en la sociedad real; y sirve probablemente de ayuda para puntualizar los límites de la eclesiología galdosiana.

3. Consideración de la religiosidad popular, del arte cristiano y, en general, de la cultura religiosa cristiana en el pensamiento galdosiano.

Religiosidad popular y arte cristiano son dos temas distintos, pero aunamos aquí su análisis en la obra de Don Benito en cuanto que ambos constituyen un cierto complemento ideológico a la visión práctica de la Iglesia del XIX. No ocupan mucho en los escritos que estudiamos, aunque sí lo suficiente para prestarles alguna atención.

que, como no sea tirar a la barra en la huerta y jugar al tute en la solana, no hacen nada. Y si no, en la celda de al lado tienes al padre Rubio, que se pasa la vida haciendo acertijos y enigmas... Yo al menos he hecho, en lo tocante al arte eminentísimo de las jaulas, adelantos admirables.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Napoleón en Chamartín*, o.c., págs. 228-229)

⁸³¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*, o.c., pág. 198. Podría aludirse también al temor que tenía Ángel Guerra de que fueran los jesuitas quienes dirigieran el Seminario sacerdotal de Toledo (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol.II. o.c., pág. 466)

3.1 La Iglesia de las devociones populares en la obra de Galdós.

Estudiamos ya con cierto pormenor el pensamiento sobre los procesos internos y las manifestaciones espontáneas de la religiosidad personal (Cap. V. 2). Allí tendrían cabida, desde luego, los textos que ahora descubrimos. Si les damos un tratamiento aparte, contemplándolos desde la eclesiología, es porque realmente el mundo de las devociones populares constituyó en la España del XIX (y tal vez constituye todavía) una religión propia o una especie de Iglesia paralela, construida con el acuerdo mutuo de un gran sector de nuestro pueblo y de los eclesiásticos que la bendicen (y quizás se aprovechan de ella).

Por nuestra parte, no queremos decir que no existan valores serios en la religiosidad popular (sobre todo cuando significa una referencia sana al rico patrimonio cultural legado, aunque frecuentemente originado por muy diversas influencias, no todas de signo cristiano).

Pero desde una perspectiva sólo teológica el juicio sobre la religiosidad popular es seguramente duro: esa práctica devocional arraigada con extraordinaria fuerza, por amable que sea, tiene muy poco soporte evangélico, neotestamentario y patrístico; dependiendo en muchas ocasiones de orígenes legendarios a situar en contextos de cristiandad e incluso de paganismo (más que de cristianismo), y faltos, además, a veces, de salud psíquica.

¿Qué idea muestra el autor al respecto?

Galdós es también crítico respecto a tal religiosidad; la ve carente de un sentido cristiano serio, cercana en ocasiones al esperpento o al ridículo, y sin densidad de pensamiento⁸³²; máxime cuando conlleva gastos irracionales, como la compra de un nuevo manto para la imagen de la Virgen (ya bien vestida) con merma de la cantidad que podría destinarse a los necesitados⁸³³. Transmite también la impresión de encontrarse ante una Iglesia excesivamente mariana, descentrada de la primordial referencia a Jesucristo. Aunque en algunas páginas es verdad que le confiere cierta valía como expresión libre y tradicional del pueblo, como ocasión de desarrollar dinámicas sanas de religiosidad e incluso de fe, y quizás también como estética.

⁸³² Refiriéndose a las procesiones de Semana Santa: *“Alcanzó a ver (Ángel Guerra) sobre la movible muchedumbre las figuras de los pasos, que avanzaban con ese balanceo peculiar de las imágenes llevadas al hombro, sacudiéndose a derecha e izquierda en su rigidez estatutaria. Parecióle todo irrisorio y populachero, triste desilusión del ritual de por la mañana, tan hermosamente ideológico.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol.II*, o.c., pág. 549)

⁸³³ A la propuesta de Filomena objeta el sabio y buen cura Don Rafael: *“Ya podrá pasarse este año con el viejo (manto). Nuestra Señora es modesta, no se paga de ostentaciones...”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Mariucha*. Acto I, escena IV. O.c., pág. 474) Y la Tía Roma (*tan vieja, tan vieja y tan fea, que su cara parecía un puñado de telarañas revueltas con la ceniza*), figura entrañable para el autor, de extraordinaria sabiduría y claridad, replica a Francisco Torquemada (que quiere “comprar” el favor de la Virgen del Carmen con el regalo de una perla): *“Don Francisco –mirándole con profunda lástima-, usted está malo de la jícara. Dígame, por su vida, ¿para qué quiere ese requilorio la Virgen del Carmen?... ¡Valiente caso hace la Virgen de perlas y pindonguerías!... Créame a mí: véndala y dele a los pobres el dinero.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada en la hoguera*. O.c., págs. 45 y 65-66)

De esta forma ambivalente contempla (al menos en dos obras, *Zaragoza* y *Prim*) el fervor individual y colectivo que se desarrolla en las devociones marianas tipificadas. Respecto a la Virgen del Pilar, cuenta Gabriel de Araceli:

“Corrimos Agustín y yo hacia el Pilar, donde se agolpaba un gentío inmenso y entramos difícilmente. Quedéme sorprendido al ver cómo forcejeaban unas contra otras las personas allí reunidas, para acercarse a la capilla en que mora la Virgen del Pilar. Los rezos, las plegarias y las demostraciones de agradecimiento formaban un conjunto que no se parecía a los rezos de ninguna clase de fieles. Más que rezo era un hablar continuo mezclado de sollozos, gritos, palabras tiernísimas y otras de ingenua confianza, como suele usarlas el pueblo español con los santos que le son queridos. Caían de rodillas, besaban el suelo, se asían a las rejas de la capilla, se dirigían a la santa imagen, llamándola con los nombres más familiares y más patéticos del lenguaje. Los que por la aglomeración de la gente no podían acercarse, hablábale desde lejos, agitando los brazos... Faltaba el silencio solemne de los lugares sagrados, y todos estaban allí como en su casa, como si la casa de la Virgen querida, la madre, ama y reina de los zaragozanos, fuese también la casa de sus hijos, siervos y súbditos.” (cita n. 834)

Gabriel (que es quien habla) continúa describiendo con esmero la belleza de la pequeña escultura, la riqueza de las joyas generosamente donadas con que adorna manto y corona, el fulgor de los cirios...; y concluye: *“Era difícil permanecer indiferente en medio de aquella atmósfera religiosa, y no añadir una palabra al concierto de lenguas entusiastas que hablaban en distintos tonos con la Señora.”* ⁸³⁴

La página que nos hemos permitido citar con amplitud expresa bien –y con admiración– el tipo de Iglesia popular que se constituye en referencia a la Virgen (aun advirtiendo que la descripción tiene lugar durante uno de los heroicos sitios de Zaragoza). En un capítulo posterior de ese mismo Episodio (*Zaragoza*) el personaje Agustín describe también la devoción doméstica al Pilar (devoción que él aprovecha para rezar por su noviazgo con Mariquilla; relación que es muy contraria, por cierto, a los intereses de su católica familia). ⁸³⁵

En términos parecidos se manifiesta Teresita Villaescusa respecto a la Virgen de los Desamparados, de Valencia, a la que agradece sin la menor duda el hecho de su curación, y a la que ofrece todas sus joyas (reservándose sólo -dice el texto- una pobre sortija). El autor se recrea en describir los sentimientos religiosos de esta protagonista (que, de momento, aún no ha enmendado su vida pública a la que ha sido lanzada precisamente por la madre).

⁸³⁶

⁸³⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zaragoza*, o.c., págs. 36-37

⁸³⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zaragoza*, o.c., pág. 41.

⁸³⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prim*, o.c., pág. 72

El desventurado Tito (de la quinta serie de Episodios), medio enfermo en Tafalla, cuenta la hermosa experiencia que vive un amanecer al escuchar cantos religiosos populares dedicados a la Virgen. Galdós pone en sus labios unas líneas de bello corte quijotesco:

“La del alba sería cuando hirió mis oídos una música dulcísima, un coro armónicamente concertado con voces agudas y graves, tan hermosas por su timbre como por su cabal afinación, música deliciosa, solemne, mística, que a mi parecer pasaba por la calle cual bandada de angélicos cantores que, al término de la noche, se retiraban de la tierra al Cielo. Embelesado por aquel divino cántico... distinguí el nombre y alabanzas de la Virgen.” Fermin, que lo acompaña, le aclara: *“Eso que oye es el alba, como decimos por acá, un canticio mucho precioso que los serenos echan al retirarse, alabando a la Virgen Santísima.”*⁸³⁷

El autor rinde homenaje a esta devoción popular tan apreciada por el protagonista y por él mismo.

Diferente es, sin duda, la práctica del rosario impuesta en muchas familias por las madres y abuelas, devoción generalizada en la época. María Ignacia, la esposa de Pepe Fajardo, muy estimada por el autor, califica esa devoción de *“pesadez insulsa impuesta”*. Poco antes se ha explayado, evocando el conjunto de prácticas de esa Iglesia devocional a la que tiene que someterse: *“Me causaron enojo las extremadas santurronerías a que las señoras mayores me sometieron, y se me hacía muy largo el tiempo consagrado, sobre la misa diaria, a Triduos, Cuarenta Horas, o visitas a las monjas del Sacramento, de La Latina y de Santo Domingo el Real...”*⁸³⁸

A todo lo cual habría que unir las peregrinaciones marianas por las que suspira esta Iglesia popular española, con particular envidia de Lourdes.⁸³⁹

La religiosidad de este tipo instrumentaliza la Eucaristía; probablemente con la benevolencia del autor cuando se trata de que los pobres tengan el mismo derecho que los ricos para “aplicar misas” a sus difuntos. *“Que no se diga que solamente las almas de los ricos tienen naufragios, sufragios, o como eso se llame, para salir pronto del Purgatorio. Yo le pago una misa a mi Simón”*. Son palabras airadas de la popularísima La Zorrera cuyo novio, el sargento amotinado Simón Paternina, ha sido fusilado por orden del gobierno de O’Donnell. La ira de la maja madrileña (que tiene toda la simpatía del escritor) finaliza con este juicio: *“Yo en la misa de mañana diré lo mismo a Dios y a la Virgen para que se enteren*

⁸³⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *De Cartago a Sagunto*, o.c., págs. 172-173

⁸³⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Narváez*, o.c., págs. 94-95

⁸³⁹ Cuenta Teresa Villaescusa a Santiago Iberito: *“Allí están la gruta y la imagen, muchas velas encendidas y sin fin de exvotos de los que han ido a curarse del reuma, ciática y parálisis... Ya, hijo mío, el que cojea es porque quiere. Van peregrinos de toda Francia, con tanta fe y devoción que se queda una pasmada y edificada.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de los tristes destinos*, o.c., pág. 141)

de lo que aquí está pasando... Isabel (por la reina), ponte en guardia, que si tus amenes llegan al Cielo, los míos también... Conque vámonos, que es tarde."⁸⁴⁰

Más allá del verdadero sentimiento religioso del pueblo llano está la picaresca que utiliza en su provecho precisamente las devociones sinceras. Tratando de la Navidad popular en el Episodio *Amadeo I* se narra con gusto el montaje de un magnífico Nacimiento al interior de la vivienda (no exento de anacronismos que critica el autor); e inmediatamente se alude al canto de los villancicos, con el curioso añadido de que los cantores adultos y pobres los cantan sólo para pedir aguinaldos, y modifican las letras de estas piezas según el auditorio al que se dirigen, resultando que San José puede ser a la vez un liberal radical, monárquico o republicano, o un moderado, o un carlista, a tenor de los oyentes a los que se pide el dinero.⁸⁴¹

En el polo opuesto a esa religiosidad callejera del falso villancico, Tarsis contempla la esperpéntica ceremonia de la imposición del hábito de Caballero de una Orden religiosa militar (Calatrava o Santiago).⁸⁴²

Se retrata también en ocasiones otra vertiente de sospechosa religiosidad en la mediana y alta burguesía: la adhesión fanática a algún determinado clérigo, utilizando como instrumento la tertulia casera o el confesionario.⁸⁴³

Para Galdós la realidad de esta Iglesia devocional, fruto de atavismos religiosos y de complicidades diversas, aparta de la verdadera Iglesia cristiana a cualquier persona sencilla, razonable y de carácter independiente. Es el caso de la ya conocida y simpática María Ignacia. Pepe Fajardo, su esposo, se hace eco de la queja creyente de su mujer: *"En la noche de un día consagrado a religioso bureo, con misa solemne por la mañana, por la tarde manifiesto y procesión, y como fin de fiesta, fastidiosa charla mística del señor Sureda con nues-*

⁸⁴⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *la de los tristes destinos*, o.c., pág. 16-17

⁸⁴¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Amadeo I*, o.c., pág. 195 Al tema navideño dedica Galdós el cuento *La mula y el buey*, de tono triste (cercano a Dickens o a algunos cuentos clásicos como *La cerillera*), centrado en la relación de la niña con las figuras del Belén familiar. (ver PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La mula y el buey*, en la obra de autores varios *Cuentos para una Navidad*. Alianza Editorial. Madrid 2012. Págs. 143-161). En un sentido crítico parecido alude Galdós al pequeño y rentable comercio de las devociones. Refiriéndose al tendero Matías Luengo, padre de familia numerosa: *"En vista de este crecimiento del familiaje, pensaba añadir a su tráfico el de devocionarios, florilegios, novenas, cilicios, recordatorios de difuntos, estampitas de todos los santos del cielo, escapularios y demás chirimbolos pertinentes a la santa Religión."* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cánovas*, o.c., pág. 193)

⁸⁴² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El caballero encantado*, o.c., pág. 78

⁸⁴³ Con ocasión del destierro a Sevilla del P. Mon (que había criticado los excesos de lujo de la burguesía) y de la creciente popularidad de este jesuita, escribe Galdós en carta de prensa: *"Las visitas se suceden sin interrupción. En la calle no caben los blasonados coches... Despiértase entre las damas un vivísimo anhelo de piedad... Por las tardes el buen clérigo toma asiento en el confesionario de la iglesia de San Ignacio, y allí es el jubileo de penitentes."* (En *La Prensa*, de Buenos Aires. Publicada por William H. Shoemaker, *Las cartas desconocidas de Galdós en La Prensa*, de Buenos Aires. Ed. De Cultura Hispánica. Madrid 1973, pág. 73)

*tras reverendas tías, María Ignacia, cuando estuvimos solos donde nadie pudiera oírnos, me dijo: Con muchos días como éste, pronto se hace una volteriana.”*⁸⁴⁴

El pensamiento del autor queda suficientemente claro: deja constancia de la realidad de un mundo devocional fuerte, sentido popularmente como Iglesia, afincado en todas las clases sociales, impuesto por la burguesía con la bendición del sector eclesiástico y, sin duda, dotado de algunos valores de sincera religiosidad. Al mismo tiempo, expresa una crítica personal de esa religión que se halla siempre en marcha imparable, que no refleja la verdad del cristianismo, que generalmente prescinde de los valores evangélicos, y que no siempre se apoya en sincera religiosidad.⁸⁴⁵

3.2 Valoración del arte religioso cristiano en la obra de Galdós.

Como era de esperar, el arte, tanto el musical como el plástico, acompañan al cristianismo (y, por tanto, a la Iglesia) casi desde sus comienzos. No podía ser de otra forma en virtud de la Encarnación del Verbo y del carácter liberador de humanidad que define a Jesús.

El arte cristiano (plástico y musical) manifiesta a la Iglesia, la configura en alguna medida, es una de sus señas de identidad histórica. Por esta razón, antes de finalizar la investigación eclesiológica de la obra galdosiana, debemos dirigir también la atención al pensamiento artístico cristiano que hemos encontrado en ella.

Al menos en una decena amplia de obras de narrativa y en múltiples ensayos y cartas Don Benito aborda incidentalmente el tema del arte sagrado en sus diversas dimensiones. Lo que revela un interés por el mismo; interés vinculado al que le suscita la actividad eclesial interna. Esa visión es ambivalente: para él existe un buen hacer artístico que acompaña de forma positiva al hecho cristiano (a la liturgia y a la capacidad de crear ámbitos oracionales) y existe también una mala expresión artística de lo religioso, relacionada ésta, en general, con la Iglesia de devociones externas y con una arquitectura pobretona.

Las dimensiones del arte contempladas por él abarcan tanto la música y la acción ritual sacras como las artes plásticas (escultura, pintura y arquitectura), centrándose mucho en la consideración de los espacios arquitectónicos. Las iglesias madrileñas son, de modo especial, objeto de una interesante y cordial descriptiva, como la que realiza en *Misericor-*

⁸⁴⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Narvárez*, o.c., pág. 95

⁸⁴⁵ Una de las páginas de crítica más dura de la Iglesia de devociones es la que escribe Galdós en *La desheredada*, refiriéndose a la protagonista Isidora: “*Distraíase con estas superficiales devociones, y aun llegó a figurarse que se había perfeccionado interiormente... Pero esta santidad de capricho no sofocaba, ni mucho menos, su orgullo dentro de la iglesia. Más que el sermón ampuloso, más que el brillo del altar, más que la poesía del templo y las imágenes expresivas, la cautivaba el señorío que iba por las tardes a la casa de Dios... Desde el rincón de una capilla observaba todo con interés profundo, más atenta a las Magdalenas que venían con el báldamo que a Jesús mismo.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La desheredada*, O.c., págs. 317-318),

dia o en *Fortunata y Jacinta* (aunque en ocasiones la perspectiva estética de las mismas resulte deplorable).⁸⁴⁶

a) *Desarrollos positivos de la consideración del arte religioso cristiano.*

Sobre el arte cristiano.

Doña Perfecta, *Gloria* y *Ángel Guerra* son, sin duda, las novelas independientes en donde vierte el autor los juicios más ponderados del arte sacro. “*Las grandes obras del arte, dando formas sensibles a las ideas, a los dogmas, a la fe, a la exaltación mística, realizan misión muy noble.*”⁸⁴⁷, dice Pepe Rey, el único personaje sensato y libre de Orbajosa.

La síntesis de la materia simbólica (el arte plástico) y la fe cristiana –que es asumida por lo lo divino y lo deja intuir- tiene una lógica natural para el creyente que, de esta forma, relativiza el aspecto de riqueza que viene inevitablemente vinculado a todas las obras maestras. Esto es lo que seguramente intenta expresar el autor, amoldándose a la torpeza natural del personaje en *Ángel Guerra*: “*El lujo material que envuelve los símbolos de la Divinidad era ya, a sus ojos, de una lógica perfecta, pues nada más propio que aplicar al enaltecimiento y esplendor de tales símbolos todo lo bueno, fino y selecto que existe en la Naturaleza*”.⁸⁴⁸

La estética de los templos cristianos.

Galdós muestra a lo largo de su vida (especialmente situada en Madrid) un interés particularísimo por las iglesias en cuanto a la belleza que debiera corresponderles. Su sensibilidad artística es exquisita y va unida al sentimiento religioso. Le indigna la pésima arquitectura y la mediocre estética de la mayoría de templos y, por el contrario, le entusiasma hallar alguno dotado de mejor armonía.⁸⁴⁹ “*En cuanto a la inauguración de la iglesia del Buen Suceso –escribe–, fuerza es confesar que es suceso importantísimo... Por fin tenemos un templo en Madrid..., primer monumento que en la Corte simboliza el sentimiento religioso*”. Y refiriéndose a la Iglesia de San Juan de Letrán (llamada Capilla del Obispo) elogia también detenidamente su estructura:

⁸⁴⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Misericordia*, Cap. I, en donde se describe la iglesia de San Sebastián con riqueza de datos arquitectónicos y de metáforas; concluyendo la descripción con estas palabras: “*Es un rinconcito de Madrid que debemos conservar cariñosamente.*” Un estudio muy completo del recorrido de las iglesias madrileñas a lo largo de las obras de Galdós es el realizado por VIRGINIA TOVAR MARTÍN, *La vida religiosa. Las Iglesias de Madrid*, en la obra *Madrid en Galdós. Galdós en Madrid*, Ed. Comunidad de Madrid. 1988, págs. 139-162 V. *Fortunata y Jacinta*, Obras Completas Aguilar, Tomo I. Madrid 1968, pág.100

⁸⁴⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Doña Perfecta*, o.c., pág.130

⁸⁴⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol.II*, o.c., pág. 419

⁸⁴⁹ Virginia TOVAR MARTÍN hace un estudio exhaustivo del recorrido de iglesias madrileñas que realiza Galdós a lo largo de vida en la capital y de sus obras (especialmente en *Misericordia* y en *Fortunata y Jacinta*): *La vida religiosa. Las iglesias de Madrid*, en la obra de AA.VV. *Madrid en Galdós. Galdós en Madrid* ya citada (Comunidad de Madrid 1988).

*“(vemos)... un octógono interior de hermosas proporciones, de elevada altura, sencillo y majestuoso; en las aristas verticales vemos las delicadas venas y los haces robustos que forman la pilastra gótica..., produciendo un conjunto armonioso y artístico”, enriquecido aún más con el monumento sepulcral del que dice: “Este monumento es el único que en esta ciudad de ladrillo lleva nuestro espíritu a la doble contemplación del arte y de la divinidad.”*⁸⁵⁰

Arquitectura cristiana y espiritualidad.

Para Galdós el templo cristiano tiene sentido como apoyo a la espiritualidad creyente; no ve en él razón alguna de triunfalismo eclesial ni destaca demasiado su función cultural religiosa. Sus personajes lo viven fundamentalmente con ese carácter.

Jenara, la ambivalente heroína de la segunda serie de Episodios, narra la experiencia viva que le suscita la visita de la catedral de Sevilla en circunstancias particularmente tensas de su relación amorosa con Salvador al que en ese momento parece olvidar. La página, larga, tiene una gran riqueza testimonial:

*“Al encontrarme dentro de la iglesia, la mayor que yo había visto, sentí una violenta irrupción de ideas religiosas en mi espíritu. ¡Maravilloso efecto del arte, que consigue lo que no es dado alcanzar a veces ni aun a la misma religión! Yo miraba aquel recinto grandioso, que me parecía una representación del Universo. Aquel alto firmamento de piedra, así como las hacinadas palmas que lo sustentan, y el eminente tabernáculo, que es cual una escala de santos que sube hasta Dios, dilataban mi alma haciéndola divagar por la esfera infinita. La suave oscuridad del templo hace que brillen más las ventanas, cuyas vidrieras son como un fantástico muro de piedras preciosas... Las ideas abrumaban mi mente, Sentéme en un banco; sentía la necesidad de meditar... Zumbaba en mis oídos el grave canto del coro, y a intervalos una chorreada de órgano, cuyas maravillosas armonías me hacían estremecer de emoción, poniendo mis nervios como alambres. Yo pensaba en cosas religiosas...”*⁸⁵¹

Aunque el autor no se identifica en momento alguno con la figura de Jenara, la descripción que acaba de hacernos de su vivencia (fundamentalmente sagrada, más que cristiana) muestra la objetividad de su realismo al transcribirnos el testimonio de un estado de espíritu coherente con el medio en que se encuentra; y, de paso, aprovecha la oportunidad para dejar constancia de su pensamiento artístico. El texto nos evoca espontáneamente la *Oda al ciego Salinas* de Fray Luis de León.

⁸⁵⁰ PÉREZ GALDÓS, Benito, artículo de 2/IV/1868 en *La Nación*, edición citada de Shoemaker, págs. 470-471. Vuelve sobre el mismo tema (inauguración de la iglesia del Buen Suceso) días más tarde (o.c., págs. 478-481).

⁸⁵¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los cien mil hijos de San Luis*, o.c., págs. 151-152

Con características parecidas encontramos la experiencia de Tito y Obdulia (cuarta serie de Episodios) al visitar la catedral de Toledo⁸⁵², y la de Ángel Guerra, asiduo asistente al rezo coral en la misma.⁸⁵³ Vuelve a resaltar la belleza del templo Primado de España al visitar él mismo la catedral de Segovia, lamentándose de la sobriedad ornamental de ésta:

*“El gótico no pudo alargar su vida todo el tiempo necesario para rematar la obra, y expiró al cerrar las bóvedas... A pesar de esto, la caja de la iglesia es hermosísima, de elegantes proporciones, gallarda de estatura, de alegre recinto, rica en ornatos de piedra. ¡Lástima que no resplandezca dentro de ella esas artes auxiliares que hacen del interior de la Catedral de Toledo el más interesante de los museos!”*⁸⁵⁴

En todos estos casos la valoración positiva de la arquitectura sacra se refiere también al clima de sosiego creado por el espacio físico. Así lo vive Gloria: *“La tranquila atmósfera del templo, la media luz, el silencio, eran como un espejo donde el alma posaba blandamente sus ojos y se veía. Buena ocasión también para rezar, para mirar a Dios cara a cara, como si dijéramos, y subir hasta él con el pensamiento, dejando acá todo lo que puede dejarse. Así lo pensó Gloria.”*⁸⁵⁵ El texto refleja probablemente el sentir mismo del autor que lo expresa al referirse a la catedral de Burgos (en el prólogo que escribe a *Vieja España*, el libro de su amigo José María Salaverría):

*“El interior de la catedral despierta en Salaverría abstracciones y querencias ascéticas; de su espíritu se apodera la fiebre intuitiva, y a la vista de las capillas penumbrosas, de los yacentes bultos sepulcrales, se anega en el goce mental de un morir bello, o de un vivir estático ‘sin vivir en sí’. En esto difieren mis impresiones de las de mi caro amigo: nunca vi en la joya artística de Burgos un símbolo de muerte, ni aun de la forma de dormir marmóreo que apetecen a veces los poetas para pasar el rato; siempre despertó en mí ansias y goces de vida sana.”*⁸⁵⁶

⁸⁵² “El tiempo húmedo y ventoso no nos estorbó para recorrer y registrar las maravillas toledanas, desde la inmensa catedral, relicario de todas las artes, hasta los últimos rincones arqueológicos como el Cristo de la Luz y el Cristo de la Vega.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Amadeo I*, o.c., pág. 196)

⁸⁵³ “No perdía nunca la misa coral, tan hermosa, tan solemne, en aquel presbiterio que parece la expresión más poéticamente sensible de todo el dogmatismo cristiano. Y mañana y tarde, las Horas de Prima, Tercia y Nona en el Coro le producían arrobamiento y emociones deliciosas, siguiendo en su libro la letras de las antífonas y salmos, impregnados de oriental melancolía.” Antes ha calificado las obras artísticas del Museo catedralicio como “maravillas del arte suntuario, que son otros tantos homenajes del ingenio humano ingenio a la idea religiosa” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. II, o.c., pág. 382)

⁸⁵⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Carta a La Prensa, de Buenos Aires, de 24/VI/1889, en W.H. Shoemaker, *Las cartas desconocidas de Galdós en ‘La Prensa’ de Buenos Aires*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid 1973, pág. 351)

⁸⁵⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, o.c., pág. 66

⁸⁵⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prólogo a Vieja España (de J.M. Salaverría)*. En *Prosa Crítica*. Espasa Calpe. Biblioteca de Literatura Universal. Madrid 2004. Págs. 230-231.

Insaciable buscador de arte, Galdós se detiene a estudiar (en su viaje por Italia) la basílica de San Marcos de Venecia “que parece una joya, obra de orfebrería más que de arquitectura”, aunque – confrontándola con nuestras catedrales- añade: “Ningún sentimiento místico, tal como en nosotros los españoles se produce, despiértase allí.”⁸⁵⁷

Arte ceremonial cristiano.

Refiriéndose al conjunto de ceremonias de la Semana Santa y, en general, de la liturgia bien realizada, el narrador –Galdós- toma ocasión de la vivencia interior de Gloria y asume las ideas y los sentimientos que parecen serenar a la joven Gloria en la crisis que atraviesa: “Las ceremonias con que la Iglesia conmemora en Semana Santa el extraordinario enigma de la Redención, son de admirable belleza. Si bajo otros aspectos no fueran dignas de excitar el entusiasmo cristiano, seríanlo por su importancia en el orden estético. Su sencilla grandeza ha de cautivar la fantasía del más incrédulo.”⁸⁵⁸

Ángel Guerra corrobora este pensamiento con su testimonio personal entusiasta y más explícito, cuando narra sus vivencias en los Oficios del Domingo de Ramos, del Miércoles y del Jueves Santo. Quizás nos encontramos ahí con algunos de los textos más expresivos de la religiosidad cristiana del autor que, sin duda, tuvo esas vivencias durante sus estancias en la ciudad imperial. Conviene detenerse en ellos.

*“Guerra fue el domingo a la función de las palmas, cuya solemnidad melancólica le embelesó. Don Francisco Mancebo llevóle a un buen sitio del presbiterio desde donde pudo ver y oír cómodamente la lectura de la Pasión, verdadero paso escénico, lleno de austeridad majestuosa. En él, la liturgia no se contenta con el simbolismo del ritual ordinario, y aspira a producir las desgarradoras emociones del drama... Su emoción fue tan honda que apenas respiraba, y cuando oyó cantar el ‘emisit spiritum’ se le puso un nudo en la garganta y sintió un dolor agudísimo en el corazón. En todo aquel día, repitiendo con fácil retentiva la salmodia, no pudo desechar su oído la vibración de la robusta voz del capellán que cantaba por Cristo.”*⁸⁵⁹

“El Miércoles volvió Guerra a la Catedral para oír la Pasión según San Lucas, y aquel día, el hermoso canto impresionóle aún más que el domingo. Al oír la voz del Cristo diciendo: ‘filiae Ierusalem nolite fleve super me, sed super vos ipsas flete, et super filios vestros...’ no pudo reprimir las lágrimas; y cuando el pueblo, por boca de los seises acompañados del fagot clamaba: ‘Tolle hunc et dimitte nobis Barabbam...Crucifixe eum...’ le faltó poco para perder el conocimiento. Al concluir, sudor frío mojaba su fren-

⁸⁵⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Carta a La Prensa, de Buenos Aires, de 27/XII/1888, en la obra citada de W.H. Shoemaker, pág. 329

⁸⁵⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, o.c., pág. 266

⁸⁵⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II.* o.c., pág. 538-539

te. Cerrando los ojos, y concentrando el pensamiento, veía la escena del Calvario, clara y viva, y la majestad inenarrable del Dios sacrificado.”⁸⁶⁰

En síntesis, Ángel concluirá: “He tomado grande afición al ritual católico; me enamoran, me seducen los actos religiosos, particularmente el ceremonial de la misa, todo amor, piedad y poesía.”⁸⁶¹

El entusiasmo de Ángel por la estética religiosa incluye expresamente la música gregoriana (que el autor denota conocer muy bien). Además de las melodías señaladas ya, disfruta de himnos o antífonas marianas como el *Ave maris stella*, *Dei Mater alma*, *Salve Regina*...⁸⁶²

Imaginería cristiana.

La visión de conjunto de la estética religiosa cristiana se complementa con la consideración positiva que merecen a diversos protagonistas las imágenes de culto. Hay una preferencia generalizada de estos por las que representan a la Virgen. La admiración que produjo la Virgen del Pilar a Agustín y a Gabriel (Episodio *Zaragoza*) no es tan fuerte como la que sienten Donata y Juan Santiuste cuando llegan a Tortosa y entran en la catedral (“*interiormente bella, mística, ornada de primores artísticos*”) para dar gracias a Dios por su feliz liberación.

“La Virgen de la Cinta, ante cuya majestad estuvimos arrodillados largo rato, es linda, consoladora, de expresión divinamente afable. Ninguna imagen he visto que me haya cautivado tanto como ésta, ninguna que tan bien sintetice en su rostro la dulzura y la gracia... Nunca vi manos tan puras como las que muestran la milagrosa Cinta, ni cabeza en cuyo contorno brille con tan celestial resplandor la corona de estrellas.”⁸⁶³

El texto pertenece a *Carlos VI en la Rápita*. En el Episodio siguiente (*La vuelta al mundo en la “Numancia”*) el bueno de Ansúrez, con mala conciencia por no haber consentido el matrimonio de su hija Mara, pide a la Virgen del Carmen que no le deje morir sin

⁸⁶⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II*, o.c., pág. 545. La música sacra es, sin duda, uno de los grandes atractivos artísticos y espirituales (o religiosos) de Galdós. En el artículo (más bien ensayo) que publica con el título *Rossini* hace el autor un agudo y sorprendente estudio de las obras religiosas de este compositor: *Entre las piezas de carácter religioso que ha compuesto Rossini, se distingue el Stabat Mater. En medio de la admiración que se tributa a tan portentosa obra, se pone en duda si pertenece propiamente al género religioso o si es una variante más de la forma dramática... Pero ¿por qué hemos de poner en pugna los dos géneros? ¿Se conoce algo más dramático que la situación de María al pie de la cruz?...*” (Rossini. Edición de Juan Pedro Castañeda. Asociación Cultural Cabrera y Galdós. Tegueste 2005, págs. 143-144)

⁸⁶¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II*, o.c., pág. 505. Ver así mismo las págs. 538, 545 y 546 en donde se describe la impresión estética que producen los Oficios de Semana Santa en el ánimo de Ángel.

⁸⁶² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*, o.c., pág. 573

⁸⁶³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Carlos VI en la Rápita*, o.c., pág. 167

haberla visto, y cree percibir en los hermosos ojos de la imagen un guiño picaresco de complicidad y asentimiento.⁸⁶⁴

Ángel Guerra expresa su preferencia por la imagen de la Virgen para centrar la oración, aunque, sin darse cuenta, valora más hondamente —en el mismo texto— la del Crucificado, desarrollando en la ocasión un agudo comentario cristológico. En otro momento de la novela, Dulce Nombre, a punto de salir de la crisis producida por su enamoramiento frustrado, manifiesta con ingenua religiosidad la doble devoción religiosa y estética que la conforta: a la Virgen de la Consolación (*“la cual por el nombre comenzó a cautivarla”*) y al Cristo de las Aguas, de Toledo.⁸⁶⁵

Pintura cristiana.

La sensibilidad de Galdós por el arte pictórico cristiano aparece en diversas ocasiones puntuales en un tono subido. Con motivo de la publicación de la Biblia ilustrada por Gustave Doré muestra su entusiasmo por los doscientos treinta grabados (que continúan a los del Quijote) en los que dice que *“no hay más que bellezas y bellezas de primer orden”*; y añade: *“Las ilustraciones son dignas del sublime libro a que van unidas, y el conjunto de la edición es un monumento digno, elevado por la tipografía moderna en honor del inmortal poema.”*⁸⁶⁶

En el epistolario galdosiano aparecen en varias ocasiones estudios técnicos y religiosos (con frecuencia comparativos) de obras pictóricas maestras. El cuadro *Conversión de San Francisco de Borja* es contemplado detenidamente en las versiones del pintor Moreno Carbonero (que no llega a satisfacer a Galdós) y en la del inglés Laurens, más acertada a la hora de plasmar el hecho de la conversión del caballero.⁸⁶⁷ El mismo método comparado aplica al estudio del lienzo de Sorolla *El entierro de Cristo*; después de describir con detalle y

⁸⁶⁴ V. *La vuelta al mundo en la “Numancia”*, o.c., pág. 69

⁸⁶⁵ Dice Ángel: *“El Crucificado mismo, tan real y divino al propio tiempo, le sugería pensamientos más enlazados con los dolores efectivos de la Tierra que con las beatitudes incorpóreas del Cielo; le despertaba el humanismo igualitario con fines de reforma social, y si le infundía vigor y alientos para la lucha en pro de la perfección humana, no le transportaba a la región etérea y luminosa, como la Virgen, toda belleza ideal y lírica, toda piedad, indulgencia y dulzura. Con ésta sí que se entendía bien.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*, Vol. II, o.c. pág. 379) Respecto a la devoción en Ángel Guerra por el Cristo de las Aguas, v. *Ángel Guerra*. Vol. II, o.c., pág. 401: *“Dulcenombre simpatizó (no hay más remedio que decirlo así) con aquel Cristo desde la primera vez que lo vio, y al poco tiempo de rezarle ya le tuvo por su protector y le revistió en su mente de todos los atributos de la divinidad tutelar y misericordiosa”*.

⁸⁶⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Crónicas sobre música y artes plásticas*. En *Prosa Crítica*, o.c., págs. 668-669. A través de estas Crónicas (que ocupan un centenar de páginas) Galdós muestra poseer un extraordinario conocimiento y una exquisita sensibilidad respecto a la música y a todas las artes plásticas; aunque estos comentarios suyos (generalmente de la actualidad que vive) no estén tan desarrollados como los que dedica a las *Crónicas Literarias* (también editados en la amplia recopilación *Prosa Crítica* que venimos citando.)

⁸⁶⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Carta a La Prensa, de Buenos Aires, de 15/VII/1884, en la citada obra de W.H. Shoemaker, págs. 100 a 101

admiración los diversos elementos de la obra, concluye diciendo: “*sería completo si en él no se hubiera sacrificado un poco la verdad a la originalidad.*”

Precisamente el tema de la originalidad excesiva está presente también en el juicio que hace del extraordinario lienzo de Goya *La última comunión de San José de Calasanz*, obra maestra que contempla y valora atinadamente como cumbre de la pintura del aragonés:

*“Una hermosa obra de arte existe dentro de este templo desnudo y vulgar; y es el cuadro de Goya ‘La muerte de San José de Calasanz’, que es de lo más hermoso que nos dejó el gran artista, y tiene el sello de su genio valiente, original y un poco extravagante. Cuentan que es lo último que hizo el autor de ‘Los caprichos’. Es lástima que este bello lienzo no sea trasladado a un Museo, donde pueda ser admirado en todo su esplendor. La funesta costumbre de oscurecer las capillas, que prevalece en el clero moderno, ha rodeado de sombras un cuadro donde Goya derramó a torrentes la luz, por lo cual éste hace el efecto de un rayo de sol encerrado en una funda.”*⁸⁶⁸

Es evidente que los juicios de estas obras pictóricas muestran no sólo una importante cultura artística religiosa sino, a la vez, un exquisito sentido cristiano del arte.

No son, pues, muchas las páginas de la creación galdosiana en donde se desarrollan ideas específicas y positivas sobre la dimensión artística del cristianismo y de la Iglesia, pero las que hemos referido hasta aquí nos parecen ya significativas y suficientes para deducir que Don Benito poseía un sorprendente pensamiento -denso y acertado- sobre la teoría del arte religioso cristiano y su existencia en la Iglesia.

b) Crítica de los errores en la configuración del arte cristiano.

En buena parte de las citas anteriores se alude al lamentable contraste que existe entre el ideal estético y el desarrollo práctico usual de las formas religiosas en las iglesias. Aludimos ya a las críticas sobre las Iglesias de Madrid que se formulaba en *Misericordia* y en *Fortunata y Jacinta*. Este juicio se expresa también en otras obras y se extiende a diversos aspectos del arte cristiano usual. Con ello Galdós muestra no sólo su notable sensibilidad artística, sino, a la vez, un denso concepto teológico acerca del arte religioso y cristiano.

“Es evidente –habla el mismo autor en Gloria- que las ceremonias de Semana Santa despiertan ya poco entusiasmo... Nuestra sociedad (quiere decir nuestra generación) se

⁸⁶⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Carta a La Prensa, de Buenos Aires, de 14/VI/1887, en la citada obra de W.H. Shoemaker, pág. 248. Carta a La Prensa, de Buenos Aires, de 14/II/1884, en la citada obra de W.H. Shoemaker, pág. 53 (El cuadro de Goya al que se refiere Galdós aquí lleva por título, en realidad, *La última comunión de San José de Calasanz*, pero es cierto que intenta expresar los últimos momentos de la vida del santo, y que popularmente también era conocido con el nombre que le da el escritor. El juicio valorativo eminente que hace el escritor se adelanta al que más tarde hará el crítico de arte Camón Aznar, entre otros que consideran el lienzo como la obra cumbre de la pintura religiosa del XIX).

*creer irresponsable de tal decadencia, y la atribuye al excesivo celo y mojigatería de la generación precursora, la cual, adulando al clero y adulada por él, quitó a las ceremonias religiosas su conmovedora sublimidad. ¿Cómo? Multiplicándolas sin criterio, haciéndolas complejas y teatrales por el abuso de imágenes vestidas, de procesiones, pasos y traspiés irreverentes, absurdos, sacrílegos, irrisorios...”*⁸⁶⁹

En idéntico sentido y, si cabe, con mayor dureza, se manifiesta Pepe Rey, el protagonista de *Doña Perfecta*:

*“Los mamarrachos y las aberraciones del gusto, las obras grotescas con que una piedad mal entendida llena las iglesias, también cumplen su objeto; pero éste es bastante triste: fomentan la superstición, enfrían el entusiasmo, obligan a los ojos del creyente a apartarse de los altares, y con los ojos se apartan las almas que no tienen fe muy profunda ni muy segura... Al ver esto es lícito defender que el culto debe recobrar la sencillez augusta de los antiguos tiempos.”*⁸⁷⁰

Centrando la atención en el tema de las imágenes, la novela *Miau* alude en varias páginas a la penosa impresión que deja la fealdad escultórica y el clima oscuro del templo en la frágil psicología de un niño, Luis (Cadalsito); fealdad de la imaginería y de la arquitectura que critica el autor en varias obras más.⁸⁷¹

⁸⁶⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, o.c., pág. 266

⁸⁷⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Doña Perfecta*, o.c., pág. 130. Más duro es aún el juicio que hace el narrador –Galdós– en *Rosalía*, criticando el carácter de negación del arte cristiano que tienen las iglesias de Madrid en su mayoría: “*Las iglesias de Madrid son, de cuantas ha elevado la cristiandad, las que menos elevan el ánimo a la idea religiosa, las que menos despiertan esa multitud de sensaciones por las cuales parecemos olvidar nuestras viejas mañas de materialismo y nos reconciliamos con la fe.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Rosalía*, o.c., pág. 265. La página desarrolla con amplitud esa idea).

⁸⁷¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Miau*, o.c., págs. 264 y 316 (“*Hay en aquella capilla un Señor con pelos largos que me da mucho miedo. No entro allí aunque me maten.*”) La misma experiencia refleja Juanito Santiuste (Confucio) en su visita a la iglesia de Uldecona que regenta el arcipreste Juanhondón: v. *Carlos VI en la Rápita*, o.c. pág. 132. Y, refiriéndose a la arquitectura de los templos, no resulta más halagüeña la visión que tiene Santiago Íbero hijo: “*Buscaba una iglesia, después otra, y con breve inspección recorría seis o siete en la mañana. Vio cavidades oscuras, feas, despojadas de todo arte, como si las limpiara de belleza la escoba de la vulgaridad...*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prim*, o.c., pág. 34); visión que, aun siendo tan oscura, no llega al juicio condenatorio de la madrileña iglesia de Atocha, que se hace en el Episodio *Bodas Reales*: “*Fue a parar toda esta máquina de barroquismo elegante a la más ruin y destartada iglesia que han visto los siglos cristianos, Atocha, inexplicable fealdad en el país de las nobles arquitecturas, borrón del Estado y de la Monarquía.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Bodas Reales*, o.c., pág. 228). Y en carta a La Prensa de Buenos Aires escribe a propósito de la Iglesia del colegio de Escolapios de San Antón de Madrid: “*La iglesia es, como casi todas las de Madrid, de vulgarísima arquitectura exterior e interiormente. Pertenece a la época en que el arte monumental había dicho ya su última palabra, sin que por eso la piedad dejase de elevar masas informes de ladrillos y revoco para albergue de frailes o por simple satisfacción personal de los ricos que en sus postrimerías querían ponerse en paz con Dios.*” (Carta de 14/II/1984, citada por Shoemaker, o.c., pág. 53)

Con este juicio crítico se perfilan aún con mayor claridad los principios básicos de teoría del arte cristiano que afloran a la sensibilidad de Don Benito; desarrollando, además, a partir de ellos, una mejor intuición de la realidad eclesial (de hecho y de derecho) y un agudo análisis de psicología –o psicopedagogía- religiosa. Está claro que la Iglesia con la que comulga tiene como una de las notas características el desarrollo de la armonía estética.

3.3 Visión de la cultura común cristiana en Galdós.

Entendemos aquí por cultura religioso cristiana no sólo el conocimiento bien integrado de la dogmática creyente, de la moral evangélica y del funcionamiento interno eclesial, sino también –y prioritariamente- la aguda percepción de la presencia del hecho religioso y cristiano en nuestro tejido cultural: en el costumbrismo y el folklore, en la lengua, en el arte, en la literatura, en el acontecer histórico y en el pensamiento que nos define. Una dimensión del cristianismo y de la iglesia se halla encarnada en ese tejido cultural, indisolublemente unida a él por la historia.

Poseer esta cultura es mucho más que saberse ilustrado; es alimentar la persona con este patrimonio, cumpliendo así un derecho y un deber de ciudadanía que –evidentemente- abre al diálogo con la fe, justificado por una implícita, inconsciente y ténue pertenencia eclesial. Es obvio que la asquisición de esta cultura común supone y desarrolla al mismo tiempo un cierto saber teológico, sin el cual no podría ser interpretada bien.

Don Benito tiene y disfruta esa dimensión consustancial de la cultura con amplitud y profundidad excepcionales. Es un exponente cultural de la indisoluble relación entre España y el acontecer religioso cristiano. Buena muestra de ello es todo lo que hasta aquí hemos escrito, especialmente a propósito de la dogmática cristiana y evangélica en la obra galdosiana (y, muy en concreto, respecto al conocimiento del arte cristiano).

Para él toda la cultura española tiene una esencia cristiana. Hablando del sentimiento religioso en España escribe:

*“Durante siglos, ni una idea sola ha sido independiente de aquella idea madre (la idea religiosa), ni fuerza alguna ha obrado separada de aquella fuerza elemental.” –y prosigue con tonos encendidos:- “San Juan de la Cruz hace los versos más sentidos que posee nuestra lengua, mientras el pintor Juan Masip comulgaba para pintar mejor, y no cogía la paleta sino cuando sentía absolutamente limpia su conciencia... Murillo veía los ángeles antes de pintarlos, ni más ni menos que Santa Teresa veía a Cristo antes de escribir de él... Si Cervantes y Quevedo no hubieran secularizado la prosa, como Velázquez secularizó más tarde la pintura, todo nuestro arte habría sido esencialmente religioso, pues hasta el teatro gira en torno a la fe...”*⁸⁷²

⁸⁷² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El sentimiento religioso en España*. En SHOEMAKER, W.H., *Las cartas desconocidas de Galdós...* O.c., págs. 146-147

En particular, el epistolario galdosiano en el periódico La Prensa, de Buenos Aires, muestra la abundante y personalísima visión de hechos culturales de signo religioso y cristiano que informan en gran medida la vida nacional, hechos que asume con gusto pero sin omitir un talante crítico.

En su visita a Alcalá de Henares destaca con entusiasmo el monumento escrito -“*de perdurable arquitectura, maravilla de la tipografía y la erudición*”- que supone la Biblia Políglota Complutense de Cisneros, su elaboración y edición.⁸⁷³

El tratamiento del tema de la Semana Santa, muy presente en *Gloria* y en *Ángel Guerra*, denota poseer una cultura seria del mismo. Con análisis sincero y lleno de colorido compara detenidamente esta Semana Mayor madrileña con las de Sevilla y Toledo, criticando duramente el populismo religioso antiestético y pobretón de la capital y exaltando las procesiones de Toledo y Sevilla (no sin alguna reserva respecto a la religiosidad de la ciudad andaluza... que empalma con la Feria de abril). Respecto a los usos pseudorreligiosos madrileños en ese tiempo sacro critica acerbamente las “mesas petitorias” (organizadas por la alta burguesía en las iglesias), motivo de ostentación, de disloque y de distracción irreverente, antítesis de una verdadera cultura religiosa.⁸⁷⁴

Como señalamos también, la Navidad española (sustancialmente idéntica a la actual, por más que nos remitamos con nostalgia a tiempos pasados) es objeto de estudio para Galdós como elemento importante de nuestra cultura. Su visión sociológica (que aparece también en la novelística) es, sin embargo, dura, y se apoya en criterios teológicos: “*Ni acierto a comprender qué relación pueda existir entre esta costumbre (habla de aguinaldos y comilonas) y el advenimiento del Mesías, porque nada hay en la tradición cristiana del portal de Belén que autorice este furor de propinas y donativos, forma hipócrita de limosna.*”⁸⁷⁵ En varios artículos publicados en *La Nación* critica con dureza el costumbrismo ruidoso y en exceso gastronómico de la Navidad madrileña como una pura contradicción con el acontecimiento que da pie a la celebración: “*Los cristianos celebramos con fruccion es-tomacales la venida al mundo del Dios Redentor y el recuerdo de aquella fría noche de enero en que un ángel anunció a ciertos pastores el nacimiento del hijo de María... Queremos*

⁸⁷³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Carta a La Prensa, de Buenos Aires, de 5/IV/1884, en la obra citada de W.H. SHOEMAKER, pág. 85

⁸⁷⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Carta a La Prensa, de Buenos Aires, de 14/IV/1884, en la obra citada de W.H. SHOEMAKER, págs. 87 a 93. Respecto a Madrid escribe: “*Por lo que respecta a Madrid, creo que siempre fue la Semana Mayor cosa vulgar y sin lucimiento. Digan lo que quieran, no fue nunca este pueblo muy fervoroso, y como no tiene catedral ni templo alguno apropiado a las grandes ceremonias del culto, las funciones religiosas no han podido ser nunca brillantes.*” (pág. 87)

⁸⁷⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, Carta a La Prensa, de Buenos Aires, de 28/XII/1886, en la obra citada de W.H. Shoemaker, págs. 216 a 218

*que nos digan francamente nuestros lectores si conocen en el transcurso del año unos días más enojosos, más insoportable que estos...”*⁸⁷⁶

Curioso e interesantísimo es el estudio -quizás único- sobre la festividad y la figura de San José en la onomástica española y en la tradición cristiana. De nuevo (con este motivo anecdótico) aparece la erudición bíblica, eclesial y artística del autor, no exenta en este caso de cierto humorismo.⁸⁷⁷

Los ejemplos podrían extenderse bastante más.

*

Finalizamos así el estudio de la eclesiología en el pensamiento galdosiano, capítulo éste de nuestro trabajo que va a servirnos de marco introductorio al análisis del ministerio pastoral dentro de la Iglesia.

⁸⁷⁶ PÉREZ GALDÓS, Benito, artículo de 24/XII/1865 en *La Nación*, edición cityada de Shoemaker, págs. 246-247. En en mismo texto, más arriba, ha hecho un sabroso análisis medio filosófico e irónico de la psicología de la comida referida a estos días navideños: *“Es (todo) el hombre el que come: su inteligencia se reconcentra en el estómago; su sentimiento se localiza en el paladar; su voluntad reside en la mandíbula; el alma está ocupada en la percepción de olores succulentos, en el templo de los sabores, en la acertada repartición de las concavidades del estómago. El hombre come y pudiera decir, parodiando a Descartes: yo como, luego existo.”*

⁸⁷⁷ *“La razón de la inmensa popularidad de este santo no me la explico, ni el papel grande que desempeña en el misticismo contemporáneo... El nombre de Josep es muy raro en los siglos medios, y hasta en el Renacimiento. Antes de la Reforma no aparece en el mundo cristiano la devoción al Patriarca...En la iconografía cristiana de los primeros siglos la figura del esposo de María es desconocida.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, Carta a La Prensa, de Buenos Aires, de 19/III/1987, en la obra citada de W.H. SHOEMAKER, págs. 230 a 233)

Capítulo VIII. EL MINISTERIO PASTORAL y SACRAMENTAL DE LA IGLESIA ATRAVÉS DE LA OBRA DE GALDÓS.

La visibilidad de la Iglesia (del cristianismo y, en particular, del catolicismo) está estrechamente ligada a la configuración del ministerio que ésta desarrolla; es decir, a la identidad y función de los dirigentes de las iglesias en los distintos niveles de presencia y de acción que les corresponda, tanto dentro del ámbito eclesial como en la sociedad en que se sitúan. En una gran medida depende del modo de ser del clero y de su ministerio pastoral; muy especialmente del clero regular: párrocos, presbíteros adscritos a templos o a instituciones, religiosos con actividad pastoral, obispos y, en definitiva, Curia Romana y Papa.

Pudimos esbozar ya en el capítulo primero de este trabajo una visión de la Iglesia católica del siglo XIX en general y de la española, en particular; y acabamos de examinar también el pensamiento de Galdós acerca del cristianismo, y sobre el catolicismo y la iglesia especialmente en nuestro país (Capítulo VII). Debemos ahora investigar ese pensamiento a propósito del ministerio pastoral de los sacerdotes. Observaremos que esta perspectiva ocupa una buena parte de la atención que el autor presta a la realidad eclesial.

El presente estudio consta así de dos partes muy diferenciadas: primera, la consideración del presbiterado católico en su configuración de hecho y, a la vez, desde una visión alternativa; y, segunda, la percepción teológica que el autor tiene de aspectos importantes de la vida sacramental y de su desarrollo ministerial.

1. Visión del presbiterado católico en la obra de Galdós.

El mundo galdosiano -notable en tantos aspectos- nos sorprende con la presencia casi permanente de clérigos y personajes religiosos que en multitud de ocasiones toman parte decisiva (en un sentido u otro) en la trama de las narraciones. Puede verificarse que en más de un 80 % de las novelas y dramas del autor aparecen eclesiásticos de muy diversa índole así como instituciones de carácter religioso.

Este hecho es, sin duda, indicador de la abrumadora presencia del mundo eclesiástico en la España del XIX observada con la imparcialidad del realismo; pero revela también la honda preocupación que el autor tiene respecto al modo de ser de los

presbíteros en el catolicismo y en la sociedad española, mostrando así la realidad de una presencia clerical ambivalente, problemática y con frecuencia negativa, según advertimos al contemplar el panorama del cristianismo en España.

Tal perspectiva no es en absoluto tendenciosa. Vamos a comprobar enseguida que el juicio de anticlericalismo que se ha vertido sobre la obra de Galdós (y sobre él mismo) es precipitado e injusto, y denota el penoso desconocimiento de la totalidad de escritos galdosianos por parte de quienes sostienen esa crítica (en su mayoría católicos), o una lectura demasiado superficial de su creación, con cierto empeño de algunos en mostrar al escritor como enemigo del mundo eclesiástico. Es verdad que en el conjunto de sus obras manifiesta una dura crítica de muchos personajes religiosos; que considera al clero en general inculto, aprovechado de su estatuto social e ignorante de su propia identidad ministerial.

Pero, en medio de la extraña tipología de frailes comodones y ramplones, de curas militares o guerrilleros (algunos de ellos crueles), de escandalosos arciprestes, de ermitaños fanáticos o de monjas excéntricas, de capellanes cortesanos, etc., aparecerán excelentes presbíteros, y religiosas y religiosos de extraordinaria talla espiritual y humana; no escatimando, entonces, los elogios encendidos a aquellos que viven la encarnación evangélica, que se mantienen fieles a la vocación sacerdotal, o que desarrollan una caridad heroica y, por esta razón, actúan con una gran libertad de acción y de pensamiento frente a la institución eclesiástica.

Más aún, lo verdaderamente excepcional en el tratamiento de la figura del presbítero católico por Galdós es la hondura con que analiza su psicología (dañada o sana), su espiritualidad y su fe (pobres, contradictorias, apenas existentes, o, por el contrario, firmes y fecundas); en definitiva, su dramática existencial desde la que evoluciona en un sentido u otro.

Y no deja de sorprendernos el amplio y profundo conocimiento que demuestra tener de estas personas: de sus almas en íntima relación con las opciones vivenciales y con el ministerio que asumen sin dejar por ello de ser hombres. Figuras nobles como Don Manuel Flórez y Don Modesto Díaz (en *Halma*), Don Nazario (en *Nazarín*), Don Juan Casado, Don Tomé, (en *Ángel Guerra*), el padre Nones (en *Tormento y Fortunata y Jacinta*), Don Rafael (en *Mariucha*), el misionero Gamborena (en *Torquemada y San Padro*), Don Narciso Vidaurre, (en *Mendizábal*)... son objeto de un análisis agudísimo, superior – en su conjunto – a los muy elogioso que realizan en sus novelas dos grandes amigos de Galdós: Juan Valera (en *Pepita Jiménez*) y Leopoldo Alas “Clarín” (en *La Regenta*).

Con igual o mayor penetración estudia la tipología de personajes tan ambivalentes como Don Francisco Mancebo y Don Eleuterio Virones (en *Ángel Guerra*), el capellán José Fago (en *Zumalacárregui*), Pepe Hillo (en la tercera serie de Episodios), el tremendo Pedro Polo (en *El doctor Centeno* y en *Tormento*), el padre Paoletti y el clérigo Luis Gonzaga (en *La familia de León Roch*), los frailes Salmón y Alelí (en la segunda serie de Episodios), Don Hilario de la Peña (en *La Primera República*), Mosé Antón Trijueque (en

Juan Martín el Empecinado), José María Navarridas (en *De Oñate a La Granja*), Martín Merino y Nicolás Rubín (en *Fortunata y Jacinta*), Don Juan Ruiz Hondón (en *Carlos VI en La Rápita*), el padre Corchón y Fray José de Matamala (en *El audaz*), Don Inocencio, sobre todo, (en *Doña Perfecta*), el prior de Zarataín (en *El abuelo*), etc. Y otras figuras de juicio global más bien positivo que son descritas admirablemente aunque con demasiada brevedad, sobresaliendo entre éstas la imaginada visión de Francisco de Borja (en *Santa Juana de Castilla*) o la de Don Romualdo (en *Misericordia*) y, con un carácter muy distinto, la del párroco Don Venancio Niño, (en *El caballero encantado*); la del obispo Don Ángel Lantigua (en *Gloria*), la de Don Celestino (en *La Corte de Carlos IV*), Don Matías (en *Los Ayacuchos*), etc.

Sin el menor esfuerzo hemos recordado en pocas líneas una amplia treintena de figuras sacerdotales estudiadas con detenimiento por el autor. Pero son muchas más las que entretejen el hilo narrador realista de Don Benito, añadiendo cada vez datos a un análisis psicosocial y religioso que nos parece único en la literatura hispana y europea.

Galdós deja constancia de la seriedad que le merece en sí misma la identidad presbiteral al exigir él discernimiento, madurez y preparación grave a la persona que quiere acceder a esa condición. Ángel Guerra, tras una larga evolución espiritual, quiere ser ordenado sacerdote sin demora; sin embargo, su amigo y director espiritual Juan Casado no ve la cosa tan fácil: “*Opino, salvo mejor parecer, que el sacramento del orden debe aplazarse hasta que haya seguridad completa de que esos arrechuchos, como usted dice* (ciertos devaneos amorosos), *no han de reproducirse. Amigo mío, esto no es cosa de juegos.*”⁸⁷⁸

Precisamente referida al protagonista Ángel (con motivo de la celebración de los oficios litúrgicos del Corpus Christi a los que asiste) se hace una de las descripciones más bellas de la vivencia específica sacerdotal, la que han debido tener muchos presbíteros en algún momento de su vida, en relación directa con la Eucaristía:

“Allí se sintió Ángel en la plenitud de su vocación eclesíástica, se reconoció definitivamente admitido en el apostolado de Cristo, y digno de que a sus manos descendiera el cuerpo vivo del Redentor. Desprendido ya de las últimas costras de la materialidad terrestre, era todo espíritu, todo amor a Dios Omnipotente y a su hechura la mísera humanidad redimida.” (en la cita 879)

El texto es correlativo al que escribe diez años antes en la novela *Rosalía*. Allí pone en boca del clérigo anglicano Horacio Reynolds una de las páginas más sorprendentes, bellas y densas de teología sobre el ministerio presbiteral:

⁸⁷⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. II, o.c., pág. 504

*“Hermosa y santa profesión es la del sacerdocio en todas las religiones; pero también la más difícil, la que exige mayor fortaleza de ánimo, mayores virtudes y una abnegación sin límites. Los que la adoptan sin suficiente reflexión y arrastrados por impresiones pasajeras, algún día sienten los inconvenientes de su precipitación y ceguera, y entonces... ¡ya es tarde! (...) Este ministerio exige el recogimiento, la calma, la prudencia, la humildad; exige que el amor propio esté atado con cien cadenas, la conciencia siempre alerta... Bien practicado, el sacerdocio eleva al hombre a la mayor perfección posible dentro de su naturaleza.”*⁸⁷⁹

Hecha esta breve introducción al tema que nos ocupa, parece oportuno comenzar el estudio con una expresa contemplación del protagonista de la genial novela *Nazarín*, en la que Galdós condensa su visión teológica cristiana y alternativa del presbiterado católico y del retorno a los orígenes del cristianismo, evocando en esa figura al mismo Jesús.

1. La figura y el ministerio presbiteral en “Nazarín”.

La idea y la palabra fundamentales de Galdós sobre los sacerdotes de la Iglesia (los presbíteros) aparecen con nitidez en el diseño utópico del personaje Don Nazario o Nazarín en la novela de este nombre y en *Halma* (que viene a ser como la segunda parte de la anterior, ambas escritas en 1896). Esta visión se ampliará y complementará en otras obras con tipos emblemáticos como el Padre Nones (*Tormento, Fortunata y Jacinta*) y el misionero Gamborena (*Torquemada y San Pedro*); a los que podría unirse el aspirante al presbiterado Ángel Guerra, perfectamente bien orientado en la búsqueda de la vocación sacerdotal por varios presbíteros amigos y por la religiosa Lorenza (Leré) y otros buenos sacerdotes. Conviene hacer notar que los personajes femeninos Leré, Halma y –a su manera- Benina completan de algún modo el diseño presbiteral de Nazarín.

Por de pronto debemos señalar que en los mejores textos sobre el particular se va a preferir la palabra “presbítero” más que la de “sacerdote”.

¿Quién es Nazarín?

A los ojos de todos los que llegan a conocerlo es un verdadero santo. Nivel que no llegan a tener los otros excelentes presbíteros del mundo galdosiano, aunque se aproximen a él.

⁸⁷⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II*, o.c., pág. 547; *Rosalía*, Cátedra. Madrid 1984, pág. 64. Galdós podría hacer suya la definición del presbítero que daba el conocido Anné Pièrre, fundador de Los traperos de Emaús: “*Ser un hombre que se emplea en hacer creíble que Dios es Amor... a pesar de todas las adversidades, las catástrofes..., dar por creíble que somos amados, todos, a pesar de todo. Los presbíteros, pues, se deben a todos, en cuanto que a todos deben comunicar la verdad del Evangelio que poseen en el Señor.*” (La Croix, 5/8/1998. Citado por Daniel Gautier en *Galdós, ¿cristiano viejo o cristiano post-vaticano II?*, o.c., pág. 111)

Cualquier otro dato sobre clérigos que aparezca en la producción galdosiana (datos que –repetimos– van a presentarse con abundancia) y cualquier juicio que pudiera aventurarse sobre el modo de tratamiento del tema por el autor deberán ya ser considerados a la luz de la personalidad y la vida de Nazarín. Una personalidad que, resultando amable y de gran altura mística, suscita desde luego tensiones teológicas en razón de las condiciones creyentes y apostólicas que la acompañan; sobre todo, al pretender encarnar intencionadamente en ella a Jesús; adelantando, además, una cristología de la liberación.

Advirtamos que desde el punto de vista literario la novela ha sido juzgada como incompleta y monotemática, precisamente por ceñirse demasiado al arquetipo de Jesucristo y por seguir muy de cerca la imagen y la estructura de Don Quijote. A pesar de ello, en cuanto al contenido y significado, todos deben reconocer que nos encontramos ante una acabada teología narrativa del presbiterado cristiano: de un ministerio que lleva en sí mismo la impronta renovadora –o reformista– de la Iglesia (cuando ésta pretende volver a sus orígenes); y que, además, esto se hace con el acierto de una línea argumental y de un texto que seducen.⁸⁸⁰

¿Qué significa, en definitiva, Nazarín? ¿Pertenece al realismo o a la utopía?

Para hacer inteligible la respuesta hay que remitir a la lectura reposada de las dos novelas que hemos indicado.

Se trata de un tipo fuera de serie, pero real, totalmente humano. Envuelto en la timidez natural de su propia imagen; anónimo hasta que llega su hora de “salir” hacia los campos, las gentes y las palabras; urgido de la misión que le pide su conciencia (como el hidalgo manchego o como Jesús tal vez. Libre, pero celoso de su intimidad y de su historia personal y ajeno a la posible notoriedad o al prestigio que pueda tener su vida.⁸⁸¹

En cierto modo aparece en escena (en la novela) llovido del Cielo, providencialmente venido del anonimato y sin deseo alguno de salir de ese silencio, de una discreción humilde que mantendrá hasta el final (en *Halma*). Hecho éste que ya resulta, desde luego, relevante si se tiene en cuenta, por una parte, la demanda de una pastoral activa que se esperaba del presbítero bueno, y, por otra, la fuerte presencia social y eclesial que tenían los eclesiásticos precisamente a la altura del siglo XIX en una Iglesia y una sociedad tan clericalizadas.⁸⁸²

⁸⁸⁰ Probablemente Nazarín muestra una figura crística superior a las que presentan las novelas de Nikos Kazantzakis (*Cristo de nuevo crucificado*) o Dostoyewski (*El Gran Inquisidor*).

⁸⁸¹ Conversando con la Prensa que va a interrogarlo: (*Periodista.*–) “Por lo visto es usted un apóstol de la paciencia”. (*Nazarín.*–) “Yo no soy apóstol, señor mío, ni tengo tales pretensiones”, (*Periodista.*–) “Enseña usted con el ejemplo”. (*Nazarín.*–) “Hago lo que me inspira mi conciencia, y si de ello, de mis acciones, resulta algún ejemplo y alguien quiere tomarlo, mejor.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*, o.c., pág. 31)

⁸⁸² ALEXANDER A. PARKER sugiere la posibilidad de que Galdós diseñara la figura de Nazarín como una realización de la promesa referida al hijo de Gloria y Daniel (al final de *Gloria*), identificando así

Don Nazario ha sido consagrado presbítero en edad madura; consciente él de los compromisos que contraía, pero sin que sus superiores lo tuvieran demasiado claro. Es, sin la menor duda, un creyente verdadero y profundo, un apasionado de Jesucristo que intenta seguir a su Señor no sólo en la esencia básica del seguimiento (común a todos los cristianos) sino también en cuanto a las condiciones existenciales de Jesús mismo, con la radicalidad evangélica que hoy nos desconcierta.

Pobre y feliz en la pobreza, sin casa ni lugar donde reclinar su cabeza, virgen, en unas condiciones de vida míseras; absolutamente desinteresado de honores o de obtener beneficio eclesiástico alguno. Viste como puede (o como Dios le da a entender), sin preocuparse del ropaje eclesiástico en uso; pero no por esto deja de estar perfectamente identificado como presbítero por quienes lo rodean y por el pueblo entero. Vive con casi total independencia de la institución, aunque es respetuoso de ella. Goza de una soberana libertad y se guía sólo por su conciencia bien formada. No posee bienes propios; le basta la palabra. Se alberga en los bajos fondos. Convive con los miserables, pertenece a ellos; comparte casa en una corrala de vecinos. Después, al dejar atrás la ciudad, va acompañado de mujeres de dudoso pasado y de ninguna cultura que le siguen con amor verdadero y, no obstante, es fidelísimo y claro en su compromiso de virginidad y en sus relaciones (y ellas le corresponden con ese respeto). *“Su comportamiento adquiere progresivamente los caracteres del ministerio de Cristo... Este no ser nada para serlo todo, no poseer nada para tenerlo todo* —escribe José Luis Mora—, *define a Nazarín no sólo como sacerdote sino como místico.*”⁸⁸³

Se entrega incondicional e infatigablemente a los más desgraciados (enfermos contagiosos, malhechores, desgraciados)... Y así le van las cosas. Casi exactamente como a Jesús de quien él se siente de veras un insignificante seguidor.

Parece correcta la apreciación de Rafael Narbona sobre el amor virginal de Nazarín: *“Al igual que el Dios cristiano, Nazarín es la encarnación de un Dios que ama. Su drama es que los hombres, sin ignorar la pureza de sus intenciones, perciben su amor como un afecto inhumano (más que humano, diríamos), incapacidad de satisfacer las necesidades del instinto, cuya ambición es disfrutar de lo inmediato, sin aplazamientos*

ambos personajes. De hecho aquel niño es llamado “el Nazarenito”, y la misión futura que le confía el autor es precisamente la que realiza Nazarín (*“The son of Gloria and Daniel Morton is described as follows in the last paragraphs of the novel that relates their tragic history”*), una misión que configura a ambos estrechamente con Cristo. Pero en *Nazarín* no se hace ninguna alusión a esta hipótesis. (PARKER, ALEXANDER A., *Nazarín, or the Passion Our Lord Jesus Christ. According to Galdós*, Anales Galdosianos. Año II. 1967. Universidad de Pittsburgh – Pensilvania y Amigos de Galdós –Las Palmas de Gran Canaria-. Págs.83-102)

Pueden verse otras interpretaciones literarias de *Nazarín* expuestas en nuestra Bibliografía final, cuando se reseña y comenta globalmente la obra.

⁸⁸³ MORA GARCÍA, JOSÉ LUIS, *Hombre, sociedad y religión en Galdós*, o.c. págs. 169-170. (El autor realiza un estudio analítico de la figura de Nazarín en las páginas 168 a 175).

que sitúan la felicidad más allá de su contingencia”; sin embargo, el mismo narrador aligera esa posible tensión cuando, refiriéndose a Andara y a Beatriz, acompañantes del sacerdote, afirma que la fuerza de su amor por el sacerdote crecía “no ya como un voraz incendio que abrasa y destruye, sino como un raudal de agua que milagrosamente brota de una peña y todo lo inunda.”⁸⁸⁴

Su discurso -más bien breve siempre- tiene la radicalidad del Evangelio y lo dirige por igual a todos, ricos y pobres. Es profético (denunciador) cuando hace falta.⁸⁸⁵ Es sabio y culto. Su palabra (tanto en *Nazarín* como en *Halma*) tiene la capacidad de ayudar al discernimiento espiritual, y su consejo denota una gran profundidad psicológica.

Hacia el final de su vida, puesto en entredicho por la autoridad eclesiástica (pero admirado por creyentes buenos y abiertos), obligado por los superiores a abandonar la comunidad cristiana casi monacal en donde descansa su espíritu, se somete a la obediencia humildemente con tal de poder seguir disfrutando el silencio de la celebración eucarística. Está apasionado por la Eucaristía: “El mayor anhelo de su alma es que le devuelvan las licencias, para poder celebrar..., y que se irá a vivir al presidio adonde sea destinado el Sacrílego, si se lo permiten las leyes penitenciarias” (el Sacrílego, mencionado antes, uno de los ladrones con los que fue llevado a prisión, es ya su amigo íntimo)

⁸⁸⁶

Llegada la hora, acepta la cruz sin rechazo y sin aspavientos. Igual que en el relato evangélico, es detenido durante la noche mientras oraba a Dios, en soledad y al cielo raso, acompañado a cierta distancia de sus discípulas. Así entra con hondura en la muerte y se encamina hacia la resurrección, habiendo comulgado con Jesús en una Eucaristía imaginada (que celebra en la prisión, sin poder disponer de pan y vino); es decir, vive el final -que todavía no le ha llegado- desde la penetración íntima en el Misterio de Cristo que es también el suyo.

Es importante señalar un hecho notable a propósito de la persona y del ministerio de Nazarín, y es que éste nunca actúa solo ni se siente identificado como singularidad. En el primero de los libros acerca del personaje, el del camino y el martirio (*Nazarín*), varias mujeres y varios hombres comparten con él la existencia y la espiritualidad; en el segundo, en *Halma*, la presencia del sacerdote continúa siendo una referencia indiscutible, íntima, aunque discreta, para la comunidad de Pedralba; pero quien alzaría una iglesia nueva y la aglutinaría es una mujer, Catalina de Artal, con otros humildes acompañantes (al final de la obra *Nazarín* partirá solo de nuevo hacia un exilio).

⁸⁸⁴ NARBONA, RAFAEL, *Pérez Galdós: Nazarín, juglar de Dios*, o.c., págs. 11 y 15

⁸⁸⁵ Al temible señor de Belmonte le critica de forma implacable su mal trato de los servidores: “(su forma de comportarse, dice) es anticristiana y antisocial, bárbara y soez. Los sirvientes son personas, no animales, y tan hijos de Dios como usted, y tienen su dignidad y su pundonor como cualquier señor feudal o que pretenda serlo” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*, o.c., pág. 126)

⁸⁸⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c. pág. 182

Este último planteamiento todavía no apunta aquí explícitamente a la idea de disminuir el relieve preponderante de la figura sacerdotal. Tal pensamiento aflorará más tarde en *Prim*, uno de los Episodios Nacionales tardíos, en un texto aparentemente accidental pero tal vez de suma importancia para descubrir la idea completa de Galdós sobre el presbiterado. La difícil Teresa Villaescusa, cada vez más admirada por el autor, confía a su compañero Santiago Íbero (Iberito) esta visión del ministerio sacerdotal: "A mí me ha enseñado mi maestro don Ramón Lagier que cuando tenemos el alma pesadosa, por culpas cometidas, no debemos esperar a encontrar cura, pues para esto cualquier persona natural es cura..., o, como quien dice, que el sacerdocio no debe ser oficio de unos cuantos, sino función de todos."⁸⁸⁷

Sin embargo, está claro que Nazarín no tiene relieve alguno social. Y que, de algún modo, es conducido en su singladura por (como en el poema de Dante) por la misma Beatriz. Consciente o no de ello, pues, el autor se acerca a la teología de la Primera Carta de Pedro, y a la Carta a los Hebreos en lo que concierne al sacerdocio de los cristianos (más que a la cuestión de los presbíteros).

En síntesis, Nazarín resulta ser para Galdós un auténtico santo y un verdadero y avanzado presbítero católico, un "alter Christus" real, no teórico (en función sólo de la Ordenación presbiteral), con una tónica que recuerda mucho a Francisco, el pobrecillo de Asís y hermano universal. Nazarín aparece como prototipo de esa figura consustancial al cristianismo que es el verdadero presbítero (o sacerdote de segundo orden) pastor y hermano, signo eminente de la bondad de Dios y de la figura de su Hijo.

Nos da la impresión de que el autor ha quedado fascinado por su personaje y lo busca ardientemente. Podrá haber, pues, en el conjunto de sus escritos, tremenda crítica a la enorme mayoría de clérigos que él contempla porque pueblan su entorno real, pero, tras el diseño que ha trazado del presbítero Don Nazario, ya no consta en el autor oposición ideológica alguna a ese ministerio eclesial, sino todo lo contrario: hay una honda admiración de la genialidad apostólica original, una exaltación del ministerio y de su necesidad, y una clarividencia sobre el tipo de personas que deben encarnarlo y sobre el tipo de actividad que deben éstas desempeñar.

El elogio más interiorizado de este presbítero se hace a través de la palabra de tres estimados personajes de *Halma*, buenos conocedores de la identidad de Nazarín: el intelectual y bondadoso presbítero Don Manuel Flórez⁸⁸⁸, el apasionado José Antonio

⁸⁸⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prim*, Episodio Nacional n. 39. Ed. Historia 16-Caja de Madrid. 1995, pág. 181

⁸⁸⁸ Don Manuel valora extraordinariamente a Nazarín, pero inicialmente duda sobre su total cordura, aunque más tarde se aclarará acerca de la lucidez y santidad del mismo: "No conozco alma más bella que la del desventurado sacerdote, a quien la ley ha perseguido por vagancia y por haber dado amparo

de Urrea,⁸⁸⁹ y la serena Catalina de Artal que ha asumido la responsabilidad de protegerlo en su pequeña y humilde comunidad cristiana de Pedralba. Sin embargo, la defensa más encendida del sufrido sacerdote la hacen, sin el menor interés propio, tres personajes del pueblo más humilde (y socialmente más bajo): una mujer del pueblo, un gitano y un ladrón.

La tía Chanfaina, respondiendo a los periodistas que la interrogan acerca del sacerdote:

“Es un santo, créanme, caballeros, es un santo... Este cuitado que ustedes han visto tiene el corazón de paloma, la conciencia limpia y blanca como la nieve, la boca de ángel, pues jamás se le oyó expresión fea, y todo él está como cuando nació.” A lo que añade un gitano viejo: *“Yo le tengo por el príncipe de los serafines coronados, ¡válgame la santísima cresta del gallo de la Pasión!... y con él me confesaría antes que con Su Majestad el Papa de Dios.”*⁸⁹⁰

Y, al final de la obra, el ladrón de iglesias El Sacrílego, compañero de calabozo, lo defiende ante el grupo de delincuentes que les acompañan y que han maltratado al sacerdote: *“Y para que se enteren y rabien, les digo también que este hombre es bueno, y yo por santo le declaro, un santo de Dios”.*⁸⁹¹ (El Sacrílego mantendrá su fiel amistad y devoción a Don Nazario).

Es decir, Nazarín resulta canonizado por la totalidad del pueblo cristiano más real, ya que no va a poder serlo por la autoridad eclesiástica.

Al trazar el perfil de este personaje, que –insisto– se completará con el de otros presbíteros muy aceptables, Galdós está ya manifestando posiblemente varias convicciones firmes:

1ª) Que cree en la esencia del presbiterado: en su identidad y función ministerial dentro del cristianismo.

2ª) Que existe en la Iglesia un problema grave de ausencia de presbíteros cabales, dignos de ese ministerio y un exceso de sacerdotes egoístas, infieles, ajenos a quienes los rodean, inmorales e incultos.

3ª) Que le es preciso a la Iglesia católica pensar en una alternativa nueva para la configuración real del presbiterado.

y protección a una mujer criminal. Si del estado de su entendimiento tengo aún mis dudas, de su conciencia, de su intención pura y rectamente cristiana no puedo dudar.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c. pág. 180)

⁸⁸⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c. pág. 276. Exclama José Antonio de Urrea: *“¡Locura la piedad suprema, locura la pasión del bien ajeno, locura el amor a los desvalidos! No, no. Yo sostengo que no, y lo sostendré delante del cura (del párroco del pueblo), y del juez, y del obispo, y del Papa, y del mundo entero.”*

⁸⁹⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*, o.c., págs. 37-39

⁸⁹¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*, o.c., pág. 224

Para nuestro escritor existe un ideal de presbítero (de sacerdote católico) encarnado con mucha integridad en Nazarín, pero expresado también –de forma parcial, al menos- por una admirable serie de sacerdotes que, en su conjunto, muestran ese perfil deseado. Es decir, reunido el retrato (a veces fugaz) de cada uno de ellos surge el cuadro esencial contemplado en Don Nazario. Los trazos constitutivos de esa pintura son: la virtud de la caridad, como primer plano; la humildad, sobriedad, sencillez de vida y desprendimiento (la grandeza de la pequeñez) como policromía básica; la comprensión, paciencia y tolerancia, es decir, la auténtica liberalidad, como solución al problema de la luz; la ilustración, como ornamentación necesaria: y, en fin, un verdadera vocación religiosa.

Confirmaremos estas ideas en los puntos que siguen.

2. Presbíteros y eclesiásticos idóneos en la obra galdosiana.

Sin llegar a la altura casi mística de Nazarín, va surgiendo en la narrativa galdosiana una serie variopinta de presbíteros que ofrecen un positivo cuadro de cualidades –de valores y virtudes- y con los que el autor se identifica. Los designaremos convencionalmente como presbíteros idóneos, es decir, que cumplen de modo suficiente la condición presbiteral y el ministerio, aunque tengan carencias y limitaciones en el desempeño de su actividad. Son creyentes sinceros, con vocación de verdaderos pastores; entregados y serviciales, nada o muy poco interesados en los beneficios eclesiásticos, fieles al celibato, con buen nivel de cultura, abiertos en su ideología, liberales en buena medida, queridos de quienes los rodean. En síntesis, personas que –en conjunto- reflejan con bastante exactitud el ideal de un presbítero cristiano. Galdós plasma este ideal en las figuras del padre Nones y, con mayor detenimiento, en la del misionero Luis de Gamborena que *“a la amenidad del trato reunía la maestría apostólica para todo lo concerniente a las cosas espirituales, un ángel, un alma pura, una conciencia inflexible y un entendimiento luminoso para el cual no tenían secretos la vida humana ni el organismo social.”*

⁸⁹² Volveremos enseguida a encontrarnos con este personaje emblemático de la saga *Torquemada*.

a) Algunos de tales presbíteros alcanzan una extraordinaria categoría humana y religiosa, precisamente desde la pureza y la modestia de vida características de Don Nazario.

Merece atención particular la figura casi angelical y, a la vez, sensata y sabia de Don Tomé, compañero de pensión de Ángel Guerra durante un tiempo. Este sacerdote –probablemente muy real- es admirado por el autor que lo sitúa en un discretísimo pero

⁸⁹² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada y San Pedro*, o.c., pág. 497

importante segundo plano del proceso de conversión del protagonista.⁸⁹³ Tras su muerte, recordándolo, Ángel y el sacerdote Juan Casado reflexionan sobre una de las condiciones fundamentales de validez de la presencia presbiteral: la humildad, el sentimiento de sincera insignificancia de la persona.

*“Vea usted –dice Ángel-... un ser puro, que llega a la edad viril conservándose niño, conservándose ángel, desaparece sin dejar rastro de sí, sin que la humanidad experimente la menor emoción. No hizo mal alguno, represento en la tierra la doctrina pura de Cristo, y la fama no se ha enterado de su existencia.”; a lo que replica Casado: ¿Y qué? ¿De cuándo acá los escogidos de Dios necesitan bombo de gacatilla como el que se administra a los autores de comedias o a las señoras que dan baile?”*⁸⁹⁴

La cita revela con claridad la visión certera de la existencia presbiteral, profundamente cristiana y positiva, con la que Galdós esboza su teología del presbiterado, desarrollada algo más tarde en *Nazarín* y en *Halma*.

El padre Nones (Don Juan Manuel, “impar” frente al mundo; de ahí el pseudónimo “Nones”) atraviesa incidentalmente las novelas anteriores a 1891 (*Tormento* y *Fortunata y Jacinta*, especialmente). Es un sacerdote que entra en el mundo galdosiano casi sin hacerse notar, con sorprendente discreción, mostrando tener una verdadera y callada vocación, un ministerio pastoral acertado y responsable, y un desinterés absoluto por los beneficios y escalafones clericales. No es exactamente un liberal, pero sí un hombre abierto en teología, sensible al dolor humano, conocedor agudo de los procesos psicológicos y del alma, flexible y comprensivo pero claro con la verdad, sin miedo a enfrentarse a lo más duro de la existencia humana que conoce muy bien, y dotado de esa pizca de ironía o franqueza que acerca y no molesta.⁸⁹⁵

Impresiona el amor fraterno y, a la vez, la contundencia con que corrige a Pedro Polo e intenta ayudarlo a curar su espíritu terriblemente hundido, retorcido y egoísta.⁸⁹⁶

Con cierto parecido de carácter a los presbíteros Nones y Juan Casado (*Ángel Guerra*), encontramos a Luis de Gamborena como una de los tipos mejor trazados dentro de

⁸⁹³ “Bienaventurados los que no conocen el mal sino por lo que oyen o por lo que les cuenta un libro. - dice Ángel- No, no –replica Don Tomé- vale más luchar. Amigo Don Ángel, sea usted animoso; hágase fuerte... No se conquista en una hora la fortaleza tremenda de uno mismo...” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. II, o.c., págs. 487-488; v. páginas siguientes).

⁸⁹⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *idem*. pág. 496

⁸⁹⁵ El Padre Nones (que volverá a salir en alguna otra obra) “había sido un poquillo calavera, hasta que, tocado en el corazón por Dios, tomó en aborrecimiento el mundo, y convencido de que todo es vanidad y humo, se ordenó. Nunca tuvo ambición en la carrera eclesiástica... Curtido en humanas desdichas, sabía presenciar impávido las más atroces, y auxiliaba a los condenados a muerte acompañándoles al cadalso.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tormento*, o.c. pág. 134)

⁸⁹⁶ Ver la actuación magnífica del padre Nones en los capítulos 18 y 30 de *Tormento*. O.c., págs 136-142 y 234-241

la creación galdosiana y al que el autor presta su adhesión plena: la forma de ser y el modo pastoral de actuar de este presbítero son objeto de continu y serena alabanza a lo largo de toda la novela *Torquemada y San Pedro* ("San Pedro" es el pseudónimo que el protagonista da a este religioso por una cierta apariencia física, pero, sobre todo, es la cualidad de "portero celeste" con que el escritor lo bautiza).

Dentro del mundo cerrado que constituyen las cuatro novelas que llevan el título del gran Inquisidor, Gamborena es el único personaje humano intachable, abierto, moral y religiosamente íntegro, creyente verdadero y desinteresado servidor, en contraste con la tacañería, dureza de corazón y ateísmo del protagonista, con la intemperancia honorífica de Crucita del Águila y de Donoso, y con la debilidad de Rafael y de Fidela.

Comienza por reconocer su auténtica vocación religiosa y apostólica; es consciente de que ésta es obra de Dios (que bien podía haberlo destinado también a la milicia). Miembro de una congregación misionera de origen francés (quizás los Padres Blancos), ha evangelizado en casi todos los continentes, aunque lo haya hecho al modo de los misioneros de los siglos XVI y XVII: como un ministerio de conquista para Dios y de salvación de los hombres; lo que no excluye el profundo humanismo en su acercamiento a los pueblos más diversos. Es campechano, pero educado y oportuno; de palabra muy grata, hombre ilustrado y gran geógrafo. De vida austera e independiente, totalmente desinteresado de honores y de bienes materiales, y excesivamente esforzado en su trabajo misionero.

En el momento en que lo hallamos ha entrado en una etapa de descanso impuesta por sus superiores y cumple con gusto y responsabilidad la capellanía de los marqueses de San Eloy, sin dejar su servicio a los pobres. Recibe el cariño más sincero y la veneración de todos los miembros de esa familia. Y desde ahí empeña toda su sabiduría y sus fuerzas en devolver la conciencia moral a Francisco Torquemada y en ayudarlo a morir en paz. Tarea difícilísima porque se trata de la conversión de una persona que representa el enquistamiento de la codicia en el individuo y en la sociedad (con la terrible injusticia que eso acarrea).

En los momentos difíciles, en lugar de abatirse, va a la capilla a orar.

Gamborena no es un místico ni un santo como Nazarín o Leré; no aparece en él – en el momento en que lo sitúa la narración – la caridad heroica, ni la penetración íntima en el Misterio Redentor de Jesús. Pero es un gran guía espiritual cristiano, un verdadero apóstol y una persona íntegra. Lo que dignifica extraordinariamente al ministerio presbiteral. Su presencia en la obra no significa sólo el recurso literario del escritor para mantener el interés apasionante del relato; es más bien (como en el caso de Don Nazario o de Don Manuel Flórez) una expresión teológica del pensamiento sobre el presbiterado católico y su contribución particular en el drama de la redención de los hombres.

b) Consideración especial merece la figura de Horacio Reynolds, coprotagonista de la novela *Rosalía* (escrita veinticuatro años que *Nazarín*). Horacio es un sacerdote an-

glicano y, según la disciplina de esta iglesia, puede contraer matrimonio. Manifiesta que llegó a ser clérigo con alguna presión familiar; no obstante, una vez recibida la ordenación sagrada, su fidelidad a esta condición es absoluta. El perfil ministerial que integra es perfectamente evangélico, añadiendo las virtudes de la discreción, la caballerosidad, el respeto, la generosa y oculta ayuda a la familia arruinada, la capacidad de sacrificio y una amplia formación cultural, especialmente teológica. El drama que vive es su amor apasionado y puro a Rosalía con quien no podrá casarse a causa de la tremenda e irracional oposición del padre de ésta y por no forzar el conflicto interior que padece la joven.

Hemos citado antes la extraordinaria definición del presbiterado que hace este clérigo –Galdós– referida a todos los presbíteros, sin distinción de la iglesia cristiana a la que pertenezcan.

Al final de la obra, Horacio pedirá a un obispo su incorporación a la Iglesia católica como tal presbítero (sin que aparezca una relación causal clara entre esta decisión y el frustrado amor a Rosalía); pero el autor no concede a este hecho la importancia que sí le da el obispo. Le resulta más significativo el que el sacerdote asista junto al lecho de muerte al que pudo ser su suegro.

c) Al lado de Don Tomé, Nones, Gamborena y Reynolds, otros tres presbíteros encarnan la imagen sacerdotal deseada por el autor: Don Narciso y Don Rafael, brevemente tratados, y Don Manuel Flórez.

La mayor alabanza se hace quizás de Don Narciso Vidaurre, el párroco de Vera, que acompañó y apadrinó a Fernando Calpena durante toda su infancia y adolescencia. Es lástima que la referencia a este personaje sea breve. De él dice ese protagonista a su amigo (también sacerdote) Pepe Hillo:

“Los primeros recuerdos de mi infancia se refieren a Vera, y a la casa del cura de aquel pueblo ... No tenía yo dos años cuando éste me llevó consigo, y ya no me separé de él hasta su muerte, ocurrida el año 32. Llamábale yo padrino, y él a mí ahijado y a veces hijo. Era el hombre más excelente que usted puede imaginarse, sin tacha como sacerdote, verdadero pastor de sus feligreses, tan caritativo, que todo lo suyo era de los pobres; entendido en mil cosas, principalmente en agricultura, en astronomía empírica y en humanidades, gran latino, tan modesto en sus hábitos y tan apegado a la humilde iglesia en que desempeñaba su ministerio, que rechazó la oferta de una capellanía de Ronvesvalles y del deanato de Pamplona. Para mí, Don Narciso Vidaurre, que así se llamaba, era la primera persona del mundo, y en él se condensaron siempre todos mis afectos de familia, pues él era para mí como padre y maestro. Si no me había dado la vida, me dio la crianza, la educación, y me enseñó a ser hombre, infundiéndome la dignidad, la confianza en mí mismo, y preparándome para los mil trabajos de la vida. Desde niño me enseñó todo lo concerniente, en lo moral y en lo social, a personas principales... Su muerte fue para mí un golpe tremendo. Parecíame

*que se acababa el mundo, la humanidad; que yo me veía condenado a soledad eterna, a un desamparo tristísimo.”*⁸⁹⁷

Pocas veces se ha escrito en la literatura un elogio tan sereno y elevado de un presbítero católico. El retrato es magnífico como síntesis de perfección humana y cristiana encarnada en un cura de pueblo. Cuando el autor lo traza nos da la impresión de estar, por una parte, describiendo una imagen que conoce y, por otra, soñando un ideal que él desea vivamente. Don Narciso, además de santo varón, es un humanista, un gran educador con espíritu liberal, un padre auténtico. No podía pedirse más.

En la misma línea del anterior aparece –dominando en gran parte la escena teatral– la excepcional e inesperada figura de Don Rafael en el drama *Mariucha* (no se le nombra de otro modo en la pieza). Este sacerdote, cura de Agramonte, muestra al principio de la obra una cierta sintonía con la nobleza, pero al descubrir la injusticia que se va a cometer con los protagonistas María y León, opta cordial y radicalmente por ellos y por denunciar el brutal atropello de la libertad y la dignidad de esos jóvenes; y esto, desde una postura de verdadero creyente y de pastor. Aunque esta opción lo lleve a poner el servicio a la verdad y a Dios (la acción sacramental de la boda) por encima de las regularidades canónicas y frente a la oposición y maldición de casi todo el mundo (incluida la autoridad eclesiástica) que lo amenaza y lo proscribiera. La fe en Dios y en la persona inocente, el talante liberal dentro de la Iglesia y la adelantada práctica liberadora definen a este sacerdote al que Galdós dota de un lenguaje enérgico y claro, incluyendo bellas metáforas para explicar sus decisiones.⁸⁹⁸

Sucede, a veces, que el presbítero tiene que redescubrir su propia vocación sacerdotal a través de un proceso autocrítico y liberador, sin que en ningún momento haya perdido su identidad ni la bondad de sus actos. Es un proceso interior estrictamente espiritual y difícil de describir. Galdós lo hace con admiración. Y uno de los sacerdotes mejor analizados en este sentido es, sin duda, Don Manuel Flórez, que viene a ocupar en buena medida el papel de co-protagonista de la novela *Halma*. Siendo muy distinto de Don Nazario, irá remitiéndose cada vez más a este modelo. De él nos dice el narrador anónimo:

⁸⁹⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Mendizábal*, o.c. págs. 60-61

⁸⁹⁸ Al comenzar el Acto V el alcalde increpa a Don Rafael por hallarse éste al lado de María y de León: “Pero, ¿estaba usted aquí?” Y el sacerdote responde: “Pues, dónde querías que estuviese? Mi papel es consolar a los oprimidos, como el tuyo adular a los poderosos.” Y cuando el alcalde (“furioso”) le ordena impedir el matrimonio de los jóvenes (“Esto no puede ser. Yo mando que...”), Don Rafael le corta: “Y yo desobedezco... Aquí, señor duque, aquí mismo les caso”; y añade: “En nombre de Cristo, yo le incito a usted a la concordia, a la mansedumbre, al amor.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Mariucha*. Acto V. Escenas Iª y Vª. o.c., págs. 510. 515)

*“Nunca tuvo ambición eclesiástica. Hubiera podido ser obispo con sólo dejarse querer de las muchas personas de gran influencia política que le trataban con intimidad. Pero creyó siempre que, mejor que en el gobierno de una diócesis, cumpliría su misión sacerdotal utilizando en servicio de Dios la cualidad que Éste, en grado superior, le había dado: el don de gentes. ¡Prodigiosa, inaudita cualidad, cuyos efectos en multitud de casos se revelaban! No era sólo la palabra, ya graciosa, ya elocuente, familiar o grave, según los casos; era la figura, los ojos, el gesto, el alma flexible y escurridiza que se metía en el alma del amigo, del penitente, del hermano en Dios y aun del enemigo empecatado. Podría creerse que tal cualidad serviría para lucir en el púlpito. Pues no, señor... Su apostolado tenía por órgano la conversación.”*⁸⁹⁹

También aquí parece que Galdós está aludiendo a su propia experiencia de agradable conversar con canónigos toledanos o con su buen amigo el obispo de Jaca Don Antolín López.

A medida que avanza la narración la figura de Don Manuel Flórez se agrandará, asistiendo el lector a admirables procesos de humildad (en los que el presbítero se desprende de su complejo de superioridad eclesiástica) y a las crisis hondas de espiritualidad que sólo resolverá definitivamente con la claridad alcanzada poco antes de morir.

Don Manuel morirá asistido espiritualmente por su amigo también presbítero, Don Modesto Díaz, clérigo honesto y humilde, traductor de libros religiosos (trabajo con el que redondeaba una modesta economía y la ayuda a otros más pobres).

Aunque sea un contexto muy diferente en cuanto a la época histórica de la trama y al género literario, es preciso destacar el tratamiento dignísimo que se hace de la figura del Duque de Gandía el jesuita Francisco de Borja en el drama *Santa Juana de Castilla*, pieza en la que se marca una clara posición teológica favorable al humanismo renacentista cristiano cercano a la reforma. El autor concede a la ex reina de Castilla, Doña Juana, la condición de santa, a la vez que le atribuye una fe matizada de erasmismo. En ese clima creyente tan escaso en España (a excepción, entre otros pocos, del arzobispo Carranza) se elogia en la obra la postura abierta, noble y profundamente cercana del jesuita que sí sería santo canonizado. En la escena última del acto III, final de la obra, dice el Duque, tranquilizando a la reina moribunda: *“No fue indicación (sólo), sino declaración explícita de que tal doctrina (la de Erasmo) no se aparta del dogma. Desechad todo escrúpulo, señora; tranquilizad vuestra conciencia, y ahora, en plena serenidad de vues-*

⁸⁹⁹ Refiriéndose a sus conversaciones con Catalina (que le ha pedido orientación para su proyecto evangélico), exclama: *“¡Y qué ideas, Dios mío! ¿Qué me reservará para mañana?... Esto decía, sintiendo un poquitín la humillación del maestro que se ve convertido en educando. Pero como era tan buena persona, y no dejaba entrar nunca en su alma la ruín envidia, y, además, estimaba cordialmente a la condesa, en vez de enojarse neciamente por el gradual desgaste de su autoridad, se apropiaba las ideas de la discípula...”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c., pág. 137)

tro espíritu, confesad la fe de Nuestro Señor Jesucristo". Con esta actitud y con una alabanza póstuma impresionante de la bondad de Doña Juana asistirá a su muerte.⁹⁰⁰

d) Con perspectiva complementaria y de horizonte histórico más ancho y social debemos citar también, enseguida, la crónica y el elogio que se hace del alto eclesiástico Don Diego Muñoz-Torrero.⁹⁰¹

El Episodio *Cádiz* sirve de pórtico para entender toda la propuesta cultural y política que significa la obra galdosiana. Pues bien, a punto de comenzar una nueva era para la nación, cuando narra la apertura de las Cortes constitucionales en 1810, el escritor glosa admirado el discurso de Muñoz -Torrero:

*"Las palabras se destacaban sobre un silencio religioso, fijándose de tal modo en la mente que parecían esculpirse. La atención era profunda, y jamás voz alguna fue oída con más respeto... En un cuarto de hora Muñoz Torrero había lanzado a la faz de la nación el programa del nuevo gobierno y la esencia de las nuevas ideas. Cuando la última palabra expiró en sus labios y se sentó, recibiendo las felicitaciones y los aplausos de las tribunas, el siglo XVIII había concluido. El reloj de la historia señaló con campanada, no por todos oída, su última hora, y realizóse en España uno de los principales dobleces del tiempo".*⁹⁰²

Estas palabras –dichas en el seno de nuestra controvertida historia- constituyen, sin duda, la mayor alabanza que podía hacerse de un clérigo notable; tanto que nos evocan espontáneamente la homilía discurso del cardenal Don Vicente E. Tarancón en noviembre de 1975, en la iglesia de los Jerónimos de Madrid, durante la proclamación del rey Juan Carlos I.

Parecido es el juicio que se hace de la intervención en las Cortes del parlamentario también eclesiástico Manterola, aunque la ideología política de éste sea diferente de la que sostiene Muñoz -Torrero.⁹⁰³

⁹⁰⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Santa Juana de Castilla*. Editorial Fragua, Madrid 2010, págs. 77-78

⁹⁰¹ Diego Muñoz-Torrero y Ramírez Moyano nació en 1761 (Cabeza de Buey. Badajoz) Sacerdote en 1784, fue catedrático de Filosofía y Rector de la Universidad de Salamanca. En 1808 es miembro de la Junta Suprema de Extremadura que hace frente a la invasión francesa. Como representante de esa Junta es diputado en las Cortes de Cádiz. Su discurso inaugura las sesiones el 24 de septiembre de 1810. Defiende las tesis de la soberanía nacional residente en el pueblo, abolición de la esclavitud, supresión de la Inquisición, separación de poderes, libertad de prensa, etc. Detenido por Fernando VII pasa seis años en prisión (Padrón. La Coruña) El gobierno absolutista impide su nombramiento de obispo de Gaudix. Perseguido y exiliado, vuelve a ser detenido y muere en 1829, tras sufrir tormento. Está enterrado en el Panteón de Hombres Ilustres, de Madrid.

⁹⁰² PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional nº 8 *Cádiz*. Alianza Editorial. Madrid. 1996. pág. 61

⁹⁰³ *"Se revelaba como un parlamentario hecho y derecho. ¡Con qué habilidad tocaba la delicada cuestión de creencias, sin herir las creencias o incredulidades del contrario! ¡Y qué arte puso en disimular la pesadez de la erudición eclesiástica!"* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *España sin rey*, o.c., pág. 71) La figura del canónigo de las catedrales de Toledo y Sevilla, Vicente Manterola Pérez (1833-1891) es distinta de la de Muñoz-Torrero, pero merece también la admiración de Galdós. Este eclesiástico

e) Junto a los clérigos referidos, discurre (a lo largo de las novelas independientes y de los Episodios, no así en el teatro) una amable galería de eclesiásticos que resultan suficientemente válidos en sí mismos y valiosos para la Iglesia y la sociedad, aunque se ofrezcan pocos datos de ellos.

Son religiosos que dejan tras sí un grato recuerdo, aunque el realismo del autor les asigne –con clara indulgencia- defectos o peculiaridades que alteran el ministerio presbiteral. Por ejemplo, una excesiva afición a la tauromaquia (Pepe Hillo, de la tercera serie de Episodios), a la agricultura y a las labores del campo (Juan Casado, en *Ángel Guerra*, que opta por ser labrador en vez de canónigo), a las tertulias de la burguesía (el mismo Manuel Flórez y algunos más), a la estrategia militar y el ejercicio de las armas (José Fago, en Zumalacárregui, y los capellanes de *Aita Tettauen*).... En general todos ellos bien preparados en la teología tradicional (bastante más que los muy simples P. Salmón y P. Alelí, de la segunda serie de Episodios, y que el tío de Inés (de la primera serie). Más inoperante y abstracta es la figura del bondadoso obispo Don Ángel Lantigua (que llega a ser cardenal), persona virtuosa, sin duda, pero que participa con su dogmatismo en el desastre interior de Gloria.

En una de sus cartas Galdós alude al caso del jesuita P. Mon, predicador valiente contra los excesos del lujo y del gobierno, en Madrid, que fue desterrado a Sevilla por el Cardenal Primado (sin contar con los superiores de la Compañía).⁹⁰⁴

En todo caso, como denominador común favorable en los personajes que estamos descubriendo, destacan la honestidad en la vocación religiosa, algunos valores humanos y cristianos, la independencia interior y, en general, el desinterés respecto a la adquisición de cargos y beneficios eclesiásticos.

Estas mismas condiciones (y la llaneza y radicalidad de la palabra) caracterizan a sacerdotes tan distintos como el capellán castrense José Moirón, embarcado en “La Numancia”⁹⁰⁵ o el párroco de La Bastida, Don Matías, hombre abierto y querido que sabe admirarse ante la generosidad heroica de Fernando Calpena cuando éste aplaza su deseada boda con Demetria y emprende un nuevo e incierto viaje para encontrar y atraer a Santiago Íbero y facilitar que éste se case a su vez con Gracia. Así mismo, el

luchó en la Guerra de la Independencia, honesto tradicionalista, fue un erudito y un gran orador (temido incluso por Castelar) que supo situarse dentro del juego democrático. Diputado por Guipuzcoa, pronunció el discurso de referencia el 12 de abril de 1869. Carlista convencido se distanció del pretendiente Carlos.

⁹⁰⁴ Puede verse la Carta de Galdós a La Prensa de Buenos Aires, de 18/III/1884, en SHOEMAKER, WILLIAM H., *Cartas desconocidas de Galdós en La Prensa de Buenos Aires*. Ed. Cultura Hispánica. Madrid 1973, págs. 72 y 73

⁹⁰⁵ De él se escribe: “Hombre excelente, modoso y encogidito.... Desempeñaba la cira de almas en la sociedad militar con celo y modestia, hablando poco y no traspasando jamás el límite de sus funciones espirituales. A los moribundos asistía con amor, a los enfermos acompañaba, amenizándoles con su conversación dulce las tristes horas de encierro en la enfermería de paz.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La vuelta al mundo en La Numancia*. O.c., pág.80)

párroco de *La de San Quintín*, o Pedro Vela, el sabio confesor del caballero Wifredo y otros.⁹⁰⁶

Y casi todos esos rasgos –con mayor amabilidad aún- aparecen en el inefable Juan Casado, presbítero amigo y consejero de Ángel Guerra, incondicional agricultor, enviado a prepararlo en su camino hacia la ordenación presbiteral.

*“Hablaemos cuando usted quiera y todo el tiempo que usted quiera, porque mientras no venga la época de sembrar el garbanzo, de Toledo no pienso moverme. Ya sabe usted que soy labrador, tengo ese vicio, esa chifladura. No sé si en mi estado, y visitando estas faldas negras, resulto un poquitín extraviado de los fines canónicos. Yo creo que no; pero bien podría ser que mi pasión del campo menoscabara un poco la santidad de la Orden que profeso. No me atrevo a escarbar mucho, no sea que debajo del estripaterrones aparezca el pecador. Lo único que digo en descargo mío es que hago todo el bien que puedo, que no debo nada a nadie, que mi vida es sencilla, casi inocente como la de un niño..., y siempre que se me ofrece ejercer la cura de almas allí estoy yo; que no me pesa ser sacerdote, pero que si me pusieran en el dilema de optar entre la libertad de mi castañar y la sujeción canónica, tendría que pensarlo, sí, pensarlo mucho antes de decidirme. Por esto verá usted que no me las doy de perfecto.”*⁹⁰⁷

Las dudas de este buen presbítero denotan una sensibilidad exquisita en la percepción del autor. Don Juan Casado está dentro de la historia real del mundo eclesiástico que se halla mejor integrado en la sociedad. Posee un sano espíritu liberal; a su manera es fiel al ministerio pastoral, pero no viene totalizado por éste (puesto que –según él– la acción apostólica es también responsabilidad de todos los cristianos). Su figura se aproxima a la de los sacerdotes obreros del siglo XX, o a la de multitud de religiosos excelentes dedicados en cuerpo y alma a tareas de enseñanza o de investigación sin que nadie se escandalice por ello. ¡Ojala –parece decir el autor– todas las “aficiones y chifladuras” consustanciales a la persona fueran de un género tan natural y noble como es la agricultura!

f) Con una visión distinta, pero también positiva, resulta muy notable y curiosa (por su oposición a la legislación canónica en uso) la pintura que se hace del pobrísimo cura Don Venancio Niño, párroco de la mísera aldea de Boñices; experto en los Santos Padres y en Historia de España, fiel pastor de sus feligreses... y apurado padre de familia (que la vive y la manifiesta como un hecho natural y acogido por todos). En la surrealista y tardía novela *El caballero encantado* se dice de él:

⁹⁰⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los Ayacuchos*, o.c., pág. 116-117. El sacerdote Pedro Vela aparece en el Episodio *España sin rey*.

⁹⁰⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II*, o.c. pág. 449-451; ver pág. 394

*“Varón docto y afable, bienquisto de sus feligreses, cuarentón, escueto y de traza pobre. En elogio suyo debe decirse que del lado de los intereses mundanos era el más cristiano de los hombres, pues cuanto poseía, y lo que le entraba por el pie del altar, repartíalo entre sus convecinos afligidos de atroces calamidades, reservándose tan sólo lo preciso para la precaria subsistencia de su nada corta familia. Al verle llegar le hicieron sitio junto a Doña María, cuya mano besó, diciéndole con el familiar tono de antiguos amigos: ‘Dispéñseme la Señora que no saliese a saludarla cuando entró en el pueblo. Tengo a la niña mayor muy malita; la pequeñuela, aunque corretea y brinca sin parar, se me está quedando en los huesos. Me ha entrado el temor de que las dos quieran írseme al Cielo.’”*⁹⁰⁸

Doña María bendecirá y auxiliará lo mejor que pueda al párroco. Conviene recordar el carácter simbólico alegórico que tiene toda esta novela (*El caballero encantado*) en donde Tarsis es llevado a un viaje iniciático para reencontrarse a sí mismo, de la mano de Mari Clío (Doña María), encarnación de España en su Historia. Lo que dice Galdós, pues, es que la Historia de este país bendice y ayuda a un tipo alternativo de presbítero como el que encarna Don Venancio, hombre creyente, pastor, naturalmente familiar y sabio. El protagonista de la novela debe encontrarse con él en algún momento de su itinerario existencial.

g) Colofón de esta positiva iconografía del presbiterado católico es el obispo Payá, de Cuenca, única persona que se atreve a denunciar los desmanes criminales de las tropas carlistas a su entrada en la ciudad, enfrentándose personalmente a la despiadada Infanta María de las Nieves, y renegando de la ceremonia del Tedéum que se vio obligado a oficiar en la catedral. El narrador describe así el encuentro entre los dos personajes: *“El venerable Payá se adelantó con sereno continente, y anticipando sus finas reverencias, rogó a la Infanta que perdonase la vida de los Voluntarios presos y que pusiera término a los actos de inhumana crueldad, tan contrarios a la Religión que el rey Don Carlos ostentaba en su bandera.”* A esta petición responde la generala con el insulto de tutear al obispo y con amenazas personales. El prelado aguanta la ofensa. Y el escritor continúa: *“Allá va el verdadero Tedéum y la sagrada voz evangélica de un Prelado que sabe su obligación: ‘Señora, con esa conducta ni se conquistan tronos en la tierra ni coronas para el cielo. Adios.’ Dio media vuelta el buen Payá, y retiróse de la sala sin hacer la menor reverencia.”*⁹⁰⁹ Con estas líneas termina casi el Episodio. Es decir, una alta jerarquía de la Iglesia del s. XIX se adelanta en un siglo a la acción de los obispos y presbíteros del XX que denuncian injusticias de gobernantes tiranos a lo largo y ancho del mundo, aun con el riesgo de perder la propia vida. Galdós muestra la admiración que

⁹⁰⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El caballero encantado*, o.c. págs. 247 y ss.

⁹⁰⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *De Cartago a Sagunto*, o.c., págs. 205-206

la figura y el hecho histórico le suponen, y zanja de esta manera la cuestión del pretendido anticlericalismo que se le atribuye.⁹¹⁰

Tratándose de elogios a obispos debemos reseñar el que, de pasada, se hace en la obra autobiográfica *Memorias de un desmemoriado*. Tras haber asistido Don Benito al entusiasta recibimiento del General Prim en la Puerta del Sol madrileña, es invitado a acompañar a una expedición de autoridades a asistir en Zaragoza a un certamen de Artes e Industrias. Cuenta entonces esta significativa anécdota:

*“Sin detenerse pasaba el tren por las estaciones, y en la de Sigüenza ocurrió un curioso caso. En el andén estaba el pueblo con todas las autoridades, y entre ellos el obispo y una música que tocaba desafortadamente el Himno de Riego. (El General) Serrano que al paso veloz del tren reconoció en el obispo a su amigo Benavides, mando parar y retroceder. Escena tumultuosa y patética. Se abrazaron el general y el prelado, y el pueblo prorrumpió en aclamaciones frenéticas, mientras el chin-chin de la música amalgamaba compases del Himno de Riego con la Marsellesa. El obispo Benavides era un señor muy campechano. De la sede de Sigüenza pasó al Patriarcado de Indias; luego fue Arzobispo de Zaragoza y Cardenal...”*⁹¹¹

Dato simpático, sin duda, pero que revela valores importantes: por una parte, presenta al obispo en medio de su pueblo, sintiendo con él, y gozoso de abrazar a representantes de un gobierno liberal que en principio se muestra sano y deseoso de servir bien a la nación, participando, además, del símbolo musical que pudiera considerarse “de izquierdas”; por otra, muestra el deseo del autor de encontrar una jerarquía de la Iglesia encarnada, abierta y progresista y valiente, al estilo de Muñoz-Torrero o de Miguel Paya. Nada más lejos de una postura tomada en contra del episcopado en general. La admiración y el trato del obispo de Jaca, Don Antolín López hacia Galdós confirma también este planteamiento.

En síntesis, este tratamiento de presbíteros idóneos en la creación literaria galdosiana deja la impresión de que, cuando el autor halla en sus tramas problemas humanos graves –de índole espiritual, sobre todo- que desea resolver lúcidamente, entonces, pa-

⁹¹⁰ El dato novelado de Galdós tiene toda la verisimilitud histórica. Efectivamente, Don Miguel Payá y Rico, ordenado sacerdote en 1836, fue obispo de Cuenca entre 1857 y 1874, siendo después arzobispo de Santiago y de Toledo sucesivamente, ya Cardenal Primado de España. Intervino en el Concilio Vaticano I y participó en el Cónclave que eligió a León XIII. Opuesto al principio a los movimientos liberales, abandonó su apoyo al carlismo a raíz del saqueo de la ciudad de Cuenca por las tropas que tenía a su mando María de las Nieves de Braganza (esposa del Infante Alfonso Carlos de Borbón), conocida como “Doña Blanca”. Consta que esa atrocidad fue denunciada personalmente por el obispo. Aunque las palabras citadas en el Episodio puedan no ser literalmente exactas, sí son verdaderas históricamente, desde luego, en cuanto al sentido que les da el texto.

⁹¹¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Memorias de un desmemoriado*. Cap. II. *Adelante, amigos*. Ed. Visor Libros. Madrid 2005

rece recurrir a la intervención sabia de un sacerdote que le merezca plena confianza. Así, por ejemplo: Fernando Calpena (en busca de la identidad ignorada) afronta su vida con la ayuda sucesiva de los presbíteros Narciso Vidaurre, Pepe Hillo y Don Matías; Francisco Torquemada se debate en el problema de su salvación sin más asistencia que la palabra y la presencia inestimables del misionero Luis Gamborena; la única voz de la conciencia de Pedro Polo es el Padre Nones; al lado de la incierta Catalina de Artal están –para reorientarla– Manuel Flórez y Nazarín; Ángel Guerra no puede salir adelante en su decisivo proyecto (individual y grupal) sin los consejos del sacerdote Juan Casado... Así algunos más. La figura de Nazarín podría ser –por un procedimiento literario semejante– la respuesta personal del autor al grave problema que plantea el clero español del XIX al catolicismo, es decir, a la existencia misma de los cristianos.

*

Acabamos de citar dieciocho eclesiásticos valorados muy positivamente por el escritor. El dato es importante, sin lugar a dudas; no obstante, hay dos hechos que tienen mayor relevancia en el pensamiento galdosiano respecto a la teología del ministerio pastoral dentro de la Iglesia: primero, la hondura del análisis que hace de la problemática humana y creyente que padecía el presbiterado católico en el siglo XIX; segundo, la más extensa lista de eclesiásticos infieles a la condición y compromisos del sacramento del Orden, lista que se va trazando desde la mayoría de sus obras.

Desarrollamos ambos temas.

3. *El problema del presbítero católico en la obra de Galdós.*

Fiel al retrato realista, la imagen sutil más alarmante de una mayoría de sacerdotes galdosianos es quizás la naturalidad zafia y vulgar de los mismos, tanto en el orden de su físico (generalmente poco agradable) como en el de la escasa categoría humana y espiritual que muestran en el comportamiento y costumbres. Tipos como Don Inocencio (*Doña Perfecta*), Don Carmelo y el prior de Zatarain (*El abuelo*), los frailes Alelí y Salmón (Episodios de la segunda serie), Nicolás Rubín (*Fortunata y Jacinta*), el padre Corchón (*El audaz*), el beneficiado Mancebo, el hacendoso Casado y el desgraciado Virones (los tres en *Ángel Guerra*), Entrambasaguas (*La Fontana de oro*) y bastantes más, son constitutivamente clérigos en el sentido etimológico y más peyorativo de la palabra. Eso es lo grave. Constituyen una clase social fija, ajena a las demás, hasta cierto punto despreciada y mal vista por todos, pero omnipresente e influyente en el entramado social hispano; carente, desde luego, del sentido cristiano de ese ministerio (tal como lo viven e integran los presbíteros que hemos descubierto antes).

No era difícil tampoco para cualquier escritor del realismo describir el comportamiento negativo de numerosos “buenos” y enteros eclesiásticos de religiosidad fanática,

pegados como lapas a la burguesía, de actitudes cristianas dudosas, defensores de privilegios insolidarios y sostén de los políticos confesionales absolutistas. Veremos que Galdós lo hace con largueza. Las figuras elegantes del obispo Don Ángel Lantigua (*Gloria*), o de los muy religiosos padre Paoletti y Luis Gonzaga Sudre (*La familia de León Roch*) ilustran esa descriptiva.

Pero Galdós no lo hace –ni en un caso ni en otro– con la intención aviesa de desprestigiar a un tipo de personas y a una institución. Prueba de esto son los datos que acabamos de señalar en los primeros apartados de este capítulo y lo es también el análisis respetuoso, profundo y detenido, de las crisis interiores de diversos sacerdotes que realiza en obras como *El doctor Centeno y Tormento*, *Halma*, *Zumalacárregui*, *Aitta Tetauen*, o *Ángel Guerra*. Al igual que Valera en su *Pepita Jiménez*, el escritor se muestra sinceramente preocupado por esas situaciones dramáticas de conflicto personal – interior– que adquiere dimensiones sociales. Esta misma preocupación acompañará algo más tarde a un buen número de representantes de la novelística del siglo XX.⁹¹²

Esas crisis discurren, al menos, por una doble situación anómala: la falta de identidad ministerial y el peso de un celibato canónico no deseado y que viene a desencadenar desequilibrios sexuales y de relación interpersonal. Con cierta frecuencia las dos situaciones se presentan unidas (por ejemplo en el caso de los sacerdotes Pedro Polo y Juan Hondón).

a) En cuanto a los *problemas de identidad del presbítero*.

El conflicto interior radical y la tensión creciente por mantener una doble identidad provienen, en bastantes ocasiones, de una falta de vocación auténtica para la vida sacerdotal. El personaje en cuestión ha accedido a la Ordenación o se dispone a ella sin reunir las condiciones indispensables de ese estado eclesial, y por motivos no estrictamente religiosos. Lo hace, por ejemplo, para acceder a un nivel de vida social y económica más holgada (por deseo propio o de la familia), como sacrificio compensatorio de errores o de faltas pasadas, por imitar la vida y la personalidad de una persona querida, o para paliar un fracaso sentimental. Galdós denuncia esas lamentables opciones y muestra (en los análisis correspondientes de la trama) el desajuste propio y las penosas consecuencias que conlleva una vida montada sobre tales bases.

Falsa vocación es la que conduce a Santiago Íbero al noviciado de una hermética congregación religiosa con ánimo de recibir las órdenes sagradas. Quiere redimir con ello su infidelidad a Gracia, la mujer que realmente ama, y la incapacidad que experi-

⁹¹² Piénsese en obras como *San Manuel Bueno, mártir*, de M. de Unamuno, la novela *El poder y la gloria* y el drama *El león dormido en el invernadero*, ambas de Graham Greene, *El diario de un cura rural*, de G. Bernanos, *Los santos van al infierno*, de G. Cesbron, etc.

menta para restablecer la relación con ésta y llegar al matrimonio deseado por ambos. Su amigo Fernando Calpena tendrá que luchar a brazo partido con él y con los religiosos que de algún modo lo tienen secuestrado.⁹¹³ Parecido es el caso de Ángel Guerra que, ante la imposibilidad de entablar una relación de pareja con Leré –que posee una vocación verdadera de virgen consagrada-, se sugestiona con la idea de tener él también auténtica vocación sacerdotal. Esta idea lo acompañará hasta la hora de su prematura muerte; momento en que se dará cuenta a tiempo de su tremendo error.

Citamos ya antes el texto en el que el protagonista recuerda el largo proceso de sus vivencias.

*“Entonces, empecé yo a quererte. Después te quise más, y soñé con la dicha de casarme contigo... Déjame acabar –le dice-. Luego nos volvimos místicos los dos; digo, me volví yo, por la atracción de ti, porque una ley fatal me deformaba, haciéndome a tu imagen y semejanza.... Mi conciencia es ahora como un espejo. Veo con absoluta claridad todo lo que hay en el fondo de ella. ¡Y cuán a tiempo me voy de este mundo! ¡Bendito sea quien lo ha dispuesto así!”*⁹¹⁴

El análisis del alma que hace aquí Galdós es de notable profundidad y belleza.

Caso distinto es el de José Fago, sacerdote castrense que está perfectamente integrado en el ejército carlista de Zumalacárregui. En años anteriores a su ordenación sedujo a la joven Saloma y la abandonó después. Consciente de ese gravísimo pecado, reconoció angustiadamente su falta e inició una vida religiosa y de penitencia, recibiendo honestamente el estado sacerdotal. Sin embargo, a lo largo de toda la narración, Galdós quiere indicar que la ambigüedad de esa vocación trae consecuencias dramáticas. La personalidad religiosa de Fago se ve alterada entonces por una doble crisis personal que lo irá conduciendo a la propia muerte. Por una parte, la condición militar lo absorbe inesperadamente, lo sobrecoge con un tono místico, y descubre en sí mismo una excepcional aptitud de estrategia que lo colma y le satisface con pasión muy por encima del ejercicio presbiteral; por otra, experimenta una mística identificación con el alma y la figura del general carlista, hasta el punto de dejarse morir en el momento en que este militar admirado fallece.

Vimos en un capítulo anterior las dudas que angustian a este sacerdote a propósito de la relación entre la guerra y Dios.

Trágico y condenable es el tipo de sacerdocio al que se ha llegado por motivos de carácter social y ajenos al candidato, despreciando el hecho de que exista o no verdadera vocación religiosa; y tal vez sea ésta una situación demasiado usual en determinadas épocas históricas. En realidad (como ha sucedido con frecuencia) hay que decir que en

⁹¹³ Ver el Episodio Nacional n. 29, *Los Ayacuchos*.

⁹¹⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol II*, o.c. pág. 639

estos casos el sujeto es más bien llevado –o forzado– por los manejos interesados de los familiares.

Así iba a ser conducido Agustín hacia la clerecía en el Episodio *Zaragoza* (no por intereses económicos, pero sí de satisfacción espiritual y de prestigio familiar). Y así llega Pedro Polo a ordenarse presbítero, sin la más mínima vocación sacerdotal.⁹¹⁵ Éste es, quizás, el clérigo que Galdós analiza con mayor detenimiento y con un acento más trágico, quizás por las terribles consecuencias que conlleva: esta persona desarrollará una doble vida indigna, desprestigiará el presbiterado cristiano, y se convertirá en un cruel maltratador. Además, sin tener preparación pedagógica alguna y por simple interés económico y oportunista, montará una escuela de niños basada en el castigo y en la incultura, carente por completo hasta de la más mínima perspectiva educativa.⁹¹⁶ Será, sobre todo, el tirano implacable de dos personas inocentes: de Felipe Centeno (el niño pobre compañero de Marianela) y de la joven Amparo.

La degradación de Polo va creciendo a medida que avanza la narración de las dos novelas (*El doctor Centeno* y *Tormento*), y el autor nos distancia, para siempre, de esta figura atormentada y atormentadora.

Más grave aún parece la actitud del desagradable cura Don Silvestre Entrambasaguas, amigo de las Porreño, en *La Fontana de Oro*. El personaje ridiculiza al joven Lázaro porque éste se niega a abrazar un muy rentable estado clerical para el que manifiesta no tener vocación.⁹¹⁷

En un plano distinto –y de notable dignidad– se sitúa la crisis de Manuel Flórez, que no se refiere a su convicción respecto a la vocación presbiteral, sino más bien a la identidad del espíritu que la anima y a la posible falta de clara rectitud en el ministerio que desempeña. Ya indicamos que este Don Manuel muestra ser un buen sacerdote, pe-

⁹¹⁵ “Cualquier profesión, por breve y fácil que fuese, requería tiempo y libros, y la necesidad de familia no admitía espera. Una sola carrera o profesión existía que pudiera acometer y lograr el joven Polo en poco tiempo. Apretábale a seguirla un tío suyo materno en tercer grado, canónigo de la catedral de Coria; hubo lucha, sugerencias, lágrimas femeninas, dimes y diretes. El tío ofreció pensionar a la madre y hermana mientras durasen los estudios, y, por fin, todos estos estímulos y más que ninguno el agudísimo de la necesidad vencieron la repugnancia de Polo, le fungieron una vocación que no tenía, y...cantó misa.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El doctor Centeno*, Casa Editorial Hernando. Madrid 1975. pág.48) La “vocación” de Agustín (en el episodio *Zaragoza*) evoca –de forma esquemática, sin duda– la de Luis de Vargas en *Pepita Jiménez*, la obra fundamental de Juan Valera, amigo de Don Benito.

⁹¹⁶ Galdós prosigue el análisis de las decisiones de Pedro Polo: “Así como el tío canónigo había dicho: ‘Hágote sacerdote’, las monjas habían dicho a su vez: ‘Hágote maestro’... Dichosa edad ésta en que el hombre recibe su destino hecho y ajustado como tomaría un vestido de manos del sastre, y en que lo más fácil y provechoso para él es bailar al son que le tocan.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El doctor Centeno*, o.c. pág. 49)

⁹¹⁷ “Dime: –pregunta a Lázaro– ¿por qué no has estudiado para cura?”... “Porque no tengo vocación para esa carrera.” Y exclama el sacerdote (con voz de trueno): “¿Qué no tenía vocación?. Eso es una irreverencia” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La Fontana de Oro*, o.c. pág. 268)

ro, tal como se nos va describiendo, intuimos en él una secreta vanagloria por la estima que suscita a su alrededor, un hálito de superioridad intelectual y una afición desmedida al buen trato de la burguesía. Estas condiciones (que parecen ser comunes a bastantes eclesiásticos del mundo galdosiano) desvirtúan la imagen del presbítero; y, además, cuando el sujeto en cuestión llega a reconocerlas, provocan un trauma personal interior que trastorna el equilibrio propio y el estatuto de su función social. Éste es el caso del sacerdote que contemplamos.

*“He conocido sacerdotes ejemplarísimos –dice Don Manuel–, seglares (diocesanos) de gran virtud, sin ir más lejos, yo mismo, que bien puedo, acá para mí, sin modestia, ofrecerme como ejemplo de clérigos intachables. Pero ni los que he conocido, ni yo mismo, salimos de ciertos límites. ¿Por qué será, Dios Poderoso? ¿Será porque éste maniobra en libertad, y nosotros vivimos atados por mil lazos que comprimen nuestras ideas y nuestros actos, no dejándolos pasar de las dimensiones establecidas? No sé, no sé... Flórez expresaba la turbación y las dudas de su espíritu.”*⁹¹⁸

Nos da la impresión de que Galdós está señalando en estas páginas la altura a la que ve llamado al presbiterado católico y la enorme dificultad para éste de dar la talla debida. Algo más adelante concreta –o razona– el sentimiento que acaba de expresar el personaje: *“Quizás su bondad se resintió de haber encontrado una bondad superior, o que tal le pareciera (se está refiriendo a Nazarín)...¿Consistiría, tal vez, en que el trato social, las consideraciones y aun lisonjas de que era objeto, habían llegado a formar en su alma la concreción de amor propio (de la cual los caracteres más dueños de sí no pueden librarse) y el conocimiento y trato de Nazarín rebajaron un poquito el concepto de su propio valer moral?”*⁹¹⁹ Al final de su vida, ya a la hora de la muerte, Flórez tocará fondo de la mano del autor y confesará –no sin amargura– la verdad de su vida sacerdotal, honesta pero insuficiente:

*“Soy una pobre medianía, pero abdicando en este trance mis ridículas pretensiones, y pisoteando delante de vosotras, y delante del mundo entero, mi orgullo, me entrego a la misericordia de mi Padre Celestial, para que haga de mi insignificancia lo que quiera... Los santos son otros, el santo es otro... Y eso que dice el vulgo, que ahora no hay santos, me río yo. Los hay, los hay; creedlo.”*⁹²⁰

Sorprende la lucidez y la hondura con que el escritor describe el proceso espiritual de este honrado presbítero (personaje en realidad secundario pero no intrascendente dentro de la novela *Halma*) que quiere y no llega a plasmar la identidad de la existencia presbiteral. El autor lo confronta en todo momento a Nazarín, al cual vuelve a presentar como verdadero santo y prototipo del presbítero y pastor cristiano.

⁹¹⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c., pág. 160

⁹¹⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c., pág. 178

⁹²⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c., pág. 199-200

a) La crisis del celibato. La virginidad opcional del presbítero en la obra de Galdós.

La casi totalidad de presbíteros considerados idóneos por Galdós son célibes y fieles a la virginidad; una virginidad vista –en todos esos casos- como condición normal del estado sacerdotal y sin que plantee especial problema a nadie. Con ello se aleja del cuadro pintado por algunos autores del realismo que tratan la figura sacerdotal en función de la crisis del celibato obligatorio. Éste no es un asunto esencial ni prioritario en el planteamiento del presbiterado católico que tiene el escritor.

Sin embargo, esa visión no excluye otra aparentemente opuesta, siempre desde el punto de vista narrativo: algunos presbíteros que son fieles a su ministerio mantienen a la vez una relación matrimonial. Al lado de esa descriptiva, desde un punto de vista teórico, va a hacerse la clara afirmación de que ambos estados –el sacerdotal y el matrimonial (honestamente desarrollado) pueden ser compatibles dentro del cristianismo, como sucede en diversas confesiones cristianas no católicas e incluso en algunos ámbitos eclesiales católicos. Es decir, en definitiva, Galdós hace la propuesta de un celibato opcional para el clero.

Por supuesto, queda fuera de esta perspectiva seria y dialogable la desastrosa relación con mujeres que mantienen algunos sacerdotes en las tramas noveladas o teatrales, sin que estos renuncien a la actividad eclesial. Trataremos más adelante de tales personajes y del duro juicio que expresa el autor en esos casos.

Al margen de los mismos, en dos ocasiones al menos (y siempre como hecho secundario dentro de la trama narrada), aparecen sacerdotes que cumplen relativamente bien su ministerio pastoral y que, a la vez, mantienen una relación matrimonial más o menos pública pero aceptada por el pueblo que les rodea y al que sirven. Citamos ya al párroco de Boñices, el por varios conceptos venerable Don Venancio Niño, de la novela *El caballero encantado*. También en el drama *La razón de la sin razón* (de 1905) existe otro cura párroco, Don Hilario de Acuña, que dice de sí mismo:

*“Virtudes tengo del orden social y del religioso, aunque no todas las que constituyen el perfecto sacerdote. La perfección sólo se encuentra en el Año Cristiano, y yo, por designio inexorable de mi naturaleza, no puedo aspirar a la canonización. Como cura de almas, cumplo cuanto la Iglesia me ordena. Soy el mejor amigo de mis feligreses; yo los quiero a todos; y ellos me quieren y me reverencian. Ciertamente hay un punto de conciencia en el cual he dejado a un lado los escrúpulos... (Y dirige una mirada al Ama.)”*⁹²¹

⁹²¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La razón de la sin razón*. Ed. Rueda. Madrid 2002 (Drama. Jornada IV, cuadro VI, escena 1ª); ver también el cuadro III, escena única, de la misma Jornada).

Es obvio que el autor quiere de algún modo justificar la situación canónicamente irregular (la trasgresión del celibato) por parte de esos dos sacerdotes; situación probablemente parecida en la realidad a la de bastantes otros de la época. Sin embargo, ninguno de los dos tipos referidos alcanza la relevancia personal y presbiteral de los sacerdotes anteriormente presentados como modélicos, a los que sí se presta una detenida atención.

De forma explícita se manifiesta con claridad el deseo de que cambie la ley eclesiástica del celibato, ofreciendo a los presbíteros que lo deseén la posibilidad de compaginar la condición sacerdotal cristiana con una relación marital honesta y de carácter matrimonial. Este pensamiento lo expresa Galdós en *Rosalía*, en donde el presbítero anglicano Horación justifica su opción matrimonial con naturalidad y sin contradecir al Evangelio.

En varias obras más se expresa el mismo planteamiento; particularmente en el Episodio Nacional *Aitta Tetauen* cuya trama discurre dentro de un ambiente judío y musulmán (aceptando la influencia de estas dos culturas no cristianas). Aquí se emplea el artificio de un encuentro de Santiuste con el escritor Pedro Antonio de Alarcón. Éste, en un momento dado, le aconseja: *“Juan, hazte sacerdote. Serás el apóstol de la paz y de los más bellos ideales humanos.”*; pero Santiuste no siente esa vocación y, además, resulta que está demasiado enamorado de una mujer que le corresponde, a lo cual replica Alarcón: *“Amor y misticismo van de la mano en el espíritu del hombre. Yo veo en ti el apóstol que comienza su predicación elocuente condenando el celibato (eclesiástico), y estableciendo el amor de Dios, el amor divino, sobre el amor humano.... La Democracia según Cristo no puede privar al sacerdote de las dulzuras del amor humano.”*⁹²²

El autor parece atribuir este pensamiento a su compañero de filas en el realismo literario del XIX; sin embargo, ésa parece ser también su propia idea, porque al final de la obra, admirando el elogio que Santiuste hace del cristianismo por encima cualquier religión cuando habla con el rabino Baruc Nehamá, escribe: *“Todo lo que la Iglesia católica enseña con riguroso método escolar a los pueblos sometidos a su espiritual magisterio, él lo encontraba de perlas; en un solo punto disenta, y era la durísima abstención que llamamos ‘celibato eclesiástico’.”* Lo que corrobora el maestro judío citando un texto de la Torá que viene a decir: *“Dios bendice toda unión de mujer y de hombre según su*

⁹²² Dice Horacio Reynolds: *“En mi religión los sacerdotes pueden fundar una familia como los demás hombres, no estableciendo una excepción absurda, que la naturaleza no ha querido establecer. Nosotros, sacerdotes y todo, nos casamos, sin que esto rebaje las funciones religiosas, porque por noble que sea el sacerdocio, no lo es más que la familia y la paternidad, y el principio de toda perfección está en las virtudes domésticas.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Rosalía*, o.c., págs. 210-211. Y en *Aitta Tetauen*, o.c. págs. 76-77)

*Ley, sin exceptuar los enlaces o casamientos de sacerdotes,”*⁹²³ Debemos recordar que nuestro autor se identifica en buena medida con el insatisfecho aventurero que es Juanito Santiuste.

4. Crítica – denuncia de una mayoría de clérigos en la obra galdosiana.

Con independencia de todo lo señalado hasta aquí, hay que reconocer que el conjunto de la obra galdosiana incluye una acerba crítica no sólo del clericalismo dominante en la sociedad española del siglo XIX y del poder del clero (contra el que se alza casi todo el movimiento liberal), sino también de una serie extensa de clérigos que –por su vida desordenada, por su ideología y por sus pasiones– destrazan la imagen presbiteral y son elementos nocivos para la Iglesia, para el cristianismo en definitiva, y también para la sociedad española. Lo que preocupaba a Galdós era, desde luego, la desconfiguración del presbiterado católico en sí mismo, en su andadura propia, y su bajo nivel cultural y humano (tan generalizados en el clero bajo); pero más aún, sin duda, en esas condiciones la enorme y negativa influencia que ejercía sobre la población.

Sin embargo, (aun refiriéndose a la primera etapa novelística) nos permitimos discrepar del juicio que hace el experto galdosiano Francisco Ruiz Ramón (y en buena medida también José Luis Mora García) cuando –de forma global o generalizada– atribuye al escritor y a su obra una visión totalmente negativa del clero.⁹²⁴ A la vista de los datos que hemos mostrado anteriormente nos parece que ese juicio peca, al menos, de incompleto.

¿Hasta qué punto esos defectuosos o malos presbíteros (que aparecen a lo largo y ancho de casi todos los escritos) son tipos reales; o más bien son fruto de una intención literaria colorista y abusiva, o incluso de una actitud anticlerical? Abordaremos esta última cuestión después. Baste ahora tomar constancia de los datos que nos presenta la novelística (también el teatro, en ocasiones) al incluir personajes eclesiásticos negativos, en su mayoría ficticios sin duda, pero no necesariamente irreales.

⁹²³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Aita Tettauén*, o.c. págs. 219-220. Menos identificación ideológica parece tener con el ridículo programa anti-celibato que propone el extraño y sensual sacerdote Don Hilario del que, Galdós se desmarca evidentemente, en el Episodio *La Primera República*, o.c. pág. 55 y ss.

⁹²⁴ “Falta de vocación, pobreza espiritual, ausencia de virtudes cristianas, intolerancia y fanatismo son las cuatro ideas que estructuran toda la abundante familia de los clérigos galdosianos entre 1870 y 1890.” (RUIZ RAMÓN, FRANCISCO, *Tres personajes galdosianos. Ensayo de aproximación a un mundo religioso y moral*. Revista de Occidente. Madrid 1964. Pág.153) Tampoco nos parece justificado el juicio “Casi ningún sacerdote de Galdós llega al sacerdocio movido de una auténtica vocación religiosa.” (pág. 133): ya hemos podido comprobar en páginas anteriores el número considerable de sacerdotes que sí muestra una haber tenido una auténtica vocación religiosa.

La obra más dura en este sentido es quizás *El audaz. Historia de un radical de antaño*, novela primeriza (1871). En ella el protagonista Martín Muriel, personaje justificadamente atormentado (por las injusticias cometidas contra su padre y su hermano), hace repetidas veces este juicio global del clero, casi siempre con ocasión de sus encuentros con el fraile Matamala y con el Inquisidor P. Corchón:

“Todos ustedes son holgazanes, glotones, sibaritas, dueños de la mitad del territorio, disolutos, hipócritas: ¿decir esto es blasfemar? ¿Quién ofende a Dios, ustedes que son como son, o yo que lo digo?” Y más adelante: *“No digo que no haya excepciones y que algunos entre ellos no sean modestos y sabios; pero, en general, son soberbios, ignorantes, lascivos, pérfidos y glotones. La religión en ellos no es más que una mercancía y Dios un pretexto para dominar el mundo.”*⁹²⁵

La tipología negativa de estos clérigos podría desarrollarse según los siguientes aspectos anímicos que el autor critica (con mayor o menor dureza).

- a) La búsqueda convulsiva de poder, de honores y beneficios materiales a partir de la condición sacerdotal; la comodidad ramplona.

Son muchos los protagonistas eclesiásticos que entran en escena mostrando una afición desmedida al buen comer y beber, y con una búsqueda permanente de puestos de relevancia que produzcan beneficios económicos o simplemente posiciones honoríficas. Entre otros, se cita en la última serie de Episodios al sacerdote castrense Víctor Ibraim, del cual se dice: *“Entre la hojarasca de sus vanos conceptos, dejaba traslucir el castrense una ambición insensata.”*⁹²⁶ Pepe Fajardo, protagonista principal de la cuarta serie de Episodios, hace en ese sentido una gráfica descripción del buen párroco de San Juan de Atienza, Juan Taracena.⁹²⁷ Y no es diferente la pintura que se traza del ingenuo sacerdote tío de Inés (Primera Serie), indudable buena persona, que anda esperando una prebenda por intercesión de su paisano Godoy.⁹²⁸ En las alturas de la jerarquía re-

⁹²⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El audaz*, o.c., págs. 22 y 69. Puede verse también el texto de la pág. 226 (*“Mis conversaciones con el fraile de Ocaña y con el inquisidor de Ocaña me han enseñado claramente que ninguna idea elevada mueve a esos hombres, clérigos ambiciosos que aún no se consideran con bastante poder.”*)

⁹²⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *España sin rey*, o.c. pág. 25. Del mismo tenor es la opinión que tiene Ángel Guerra sobre el canónigo Pintado, tertuliano asiduo en la casa de Doña Sales, madre de Ángel: v. *Ángel Guerra. Vol. I. O.c.*, págs. 86-87

⁹²⁷ *“Es el cura de San Juan de Atienza un excelente hombre, puntual y correctísimo en las funciones de su ministerio, buen maestro en cosas del mundo y en el conocimiento de toda flaqueza, sin que se le pueda poner tacha más que por los pecadillos de hablar sin freno, de comer con demasiado gusto y abundancia, y de beber intrépidamente en solemnes casos. Siendo yo niño y él grandullón, me quería, y con amenos cuentos, a veces sucios, nunca deshonestos, me divertía. Ahora me considera, y gran devoción tiene por mí. Aunque nada me dice, yo le descubro la ambición de una canonjía en la catedral de Sigüenza.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Narvéz*, o.c. págs. 34-35)

⁹²⁸ Ver PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La Corte de Carlos IV*. Peor juzgado queda el canónigo Joan Ferragut, en el Episodio *Gerona*.

sultan ridículas y penosas para el enigmático Tito de la quinta serie las peleas de cardenales por la preeminencia de honor en la presentación y el bautismo de la Infanta María de las Mercedes.⁹²⁹

El carlismo aglutinó a una mayoría de sacerdotes en torno a los aparentes ideales católicos del pretendiente Carlos Isidro. Sin embargo, esta adhesión a su causa es vista repetidamente por el escritor como pretexto de ese clero para adquirir poder y como manejos interesados que, en definitiva, debilitaban gravemente las ya débiles fuerzas de la “facción”. Esto es lo que echa en cara el carlista Juan Pablo Rubín a su hermano sacerdote Nicolás Rubín: “*Don Carlos no ha triunfado ya por vuestra culpa, por culpa de los curas. Hay que ir allá, como he ido yo, para hacerse cargo de las intrigas de la gentualla de sotana, que todo lo quiere para sí, y no va más que a desacreditar con calumnias y chismes a los que verdaderamente trabajan. Yo no podía estar allí; me ahogaba.*”⁹³⁰ Tendremos ocasión de referir la acción histórica real y más trágica que la novelada de los numerosos sacerdotes que aparecen como militares en *La campaña del Maestrazgo*.

Uno de los defectos más graves que denuncia el escritor es la falta de celo apostólico y de interés por el ministerio sagrado, sustituidos estos por una vida acomodada y por aficiones absorbentes alejas de la dedicación pastoral. Del párroco de Ficóbriga, Silvestre Romero, se dice (en *Gloria*) que su vida transcurría entre el cuidado de la huerta, la caza y las gestiones electorales a favor del partido más conservador. Don Isidoro Palomeque, canónigo toledano, se dedicaba por entero a la arqueología (en *Ángel Guerra*). Y en cuanto a la ambición de poder podría recordarse a Don Remigio Díaz, personaje de segundo orden en *Halma*, frustrado por no poder conseguir una parroquia en Madrid e intrigante (a su propio favor) en la comunidad cristiana recién creada por Catalina de Artal. No se queda atrás Don Lope Sedeño, el secretario del obispo Lantigua.

Parecido es el perfil de quienes aprovechan su status para introducir el nepotismo, intentando concertar matrimonios ventajosos para sus sobrinos, sin preocuparse de que, con ello, interfieren o interrumpen relaciones legítimas de amor ya establecidas. Así actúan el canónigo Inocencio (en *Doña Perfecta*) y el párroco José María Navarridas (en la tercera serie de Episodios).

La enumeración de estos clérigos (de un género u otro) podría extenderse bastante, pero, además de innecesaria, sería fatigosa e irrelevante. El juicio sobre ellos podría

⁹²⁹ Galdós describe la contienda de honor que tiene algún viso de crónica realista: “*Los cardenales Moreno, Primado de las Españas, y Benavides, Patriarca de las Indias, se tiraron las mitras a la cabeza –valga la figura– por si correspondía al uno o al otro el honor de administrar el Sacramento. Ambos prelados y sus parciales se lanzaron a enfadosas polémicas en lo restante del año 80, sosteniendo cada cual sus pretendidos derechos. Contienda tan ridícula no había visto yo en mi vida*”. (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cánovas*, Episodio Nacional n. 46, o.c. pág. 167)

⁹³⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*. Vol. I, o.c. págs. 577-578

sintetizarse en la crítica que hace el oscuro personaje Ismael, en el drama *Cassandra*: “Tontos, ¿qué ideas tenéis del oficio más cómodo, fácil y lucrativo que existe en el mundo? Estudios muy flojos; autoridad, como nadie; el pan seguro en esta vida; en la otra, la gloria eterna.”⁹³¹ Es suficiente constatar el hecho con los datos reseñados.

Por la penosa imagen que ofrecen conviene mencionar todavía uno de los defectos “menores” habituales (denunciados varias veces por el escritor) en cuanto a las costumbres clericales: la desmedida afición a la comida y a la bebida y al dinero. En *Fortunata y Jacinta*, por ejemplo, encontramos una descripción literaria magistral del modo de comer del sacerdote Nicolás Rubín. El texto conjuga admirablemente los sentidos del gusto y el olfato y la grosera ansiedad psicológica de la comida.⁹³² La misma descripción se hace del clérigo Don Silvestre Entrambasaguas en *La Fontana de Oro* (“Era éste un clérigo carilleno, bien cebado, grasiento, avaro, de carácter jovial, algo tonto, mal teólogo y predicador tan campanudo como hueco”⁹³³) que no sabe hablar sino de gastronomía. Parecidos a éste son el Don León Pintado, confesor de la madre de Ángel Guerra, el párroco de Castro-Urdiales Don Juan de la Puerta, adlátere del furibundo carlista Juan Crisóstomo (en *Rosalía*)

No debe situarse en esas categorías de clérigos a aquellos cuyos medios de vida apenas alcanzan para sobrevivir, y que pueden considerarse –aun a disgusto suyo– pobres de solemnidad, representantes del abundante clero bajo español del XIX de escasa formación y ningunos recursos. Es el caso de Don Eleuterio Virones, personaje muy de segundo orden en la novela *Ángel Guerra*, al que el protagonista tendrá que auxiliar y que entrará a formar parte (como trabajador humilde y agradecido) en la comunidad del cigarral toledano.⁹³⁴ Galdós mira con cierta ternura y respeto a este tipo de presbíteros víctimas de la escasa o nula atención eclesial y social.

⁹³¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Cassandra* (teatro),

⁹³² “Había comido muy bien el dichoso cura, circunstancia que no debe notarse, pues no hay memoria de que dejara de hacerlo cumplidamente ningún día del año...” Hasta el punto de que en páginas adelante se dirá, aludiendo a la Doña Lupe, tía del sacerdote: “... pues Nicolás con su voracidad puntual le desequilibraba el presupuesto de la casa.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*. Vol. I. o.c., págs. 553-554 y 576). Parecidos son Don Carmelo, el cura de Jerusa (en *El Abuelo*), Don León Pintado (en *Ángel Guerra*), etc.

⁹³³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La Fontana de oro*, o.c., pág. 267 (ver todo el capítulo 28).

⁹³⁴ “Creen algunos que no hay más pobres que los que piden a las puertas de las iglesias, y otros andan por ahí, vestidos de paño negro, que merecen más el óbolo de las personas caritativas.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. II, o.c., pág. 493) Quizás suceda lo mismo al sacerdote del pueblo donde Diego Ansúrez entierra a su mujer. Escribe el narrador: “Pagó Don Diego los servicios funerarios con largueza de indiano. Moneda de oro puso en la mano negra y flaca del cura, que, al recibirla y verla tan brillante, apretó el puño cual si temiese que se la quitaran.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La vuelta al mundo en La Numancia*, o.c., pág. 32)

- b) La politización militarista apasionada (o la conspiración) del clero, con derivaciones cruentas.

La intervención en la vida política a favor del integrismo y absolutismo y la obsesión religiosa por la fusión entre el estado y la religión.

Más grave aún que el hedonismo de los clérigos es, sin duda, la visión que se tiene de un tipo de eclesiásticos (abundantes en la novelística que estudiamos) que conjugan de manera esperpéntica la condición sacerdotal y la de guerrillero o militar estratega y, en ocasiones, de político apasionado en contra del Estado legal. En los Episodios ésta es la imagen del fraile armado y a caballo que encabeza el cortejo popular en la ejecución de Riego (*"Llevaba el látigo en la mano y la cruz en el cinto"*)⁹³⁵. También la extensa y pormenorizada semblanza del guerrillero mosén Antón Trijueque en el Episodio Nacional que relata la guerra de guerrillas contra Napoleón⁹³⁶; y, con el fuerte dramatismo del personaje que ya señalamos, la del sacerdote José Fago a lo largo de todo el Episodio *Zumalacárregui* que narra la primera guerra carlista.

No sin una pizca de buen humor describe Juan de Urries, uno de los protagonistas de *La España sin rey*, el curioso caso (no único) del Cura de Alcabón:

*"Era don Lucio Dueñas, según sus biógrafos, un clérigo chiquitín, casi enano, buen hombre en el fondo, pero tan fanático y cerril que perdía el sentido en cuanto el viento a sus orejas llevaba rumores de guerra carlista. Apenas se enteraba de que ateos y masones sacaban los pies de las alforjas, preparaba él las suyas llenándolas de víveres y de cartuchos. Convocaba inmediatamente al vecindario del mísero pueblo de Alcabón... Hecho esto y reunida su mesnada, que rara vez pasó de veinte hombres, echaba la llave a la iglesia, cogía la escopeta, enjaezaba su rocín flaco, y, ¡ala!, a pelear por Dios y por Carlos VII... El exaltado cura se esforzaba en suplir su menguada estatura con la fiereza de sus gritos y la bizarria de sus actitudes."*⁹³⁷

En el mismo Episodio, y con un fanatismo político contrario (de signo revolucionario liberal) aparece el sacerdote Víctor Ibraim antes mencionado.

Pero sobre ninguna de estas figuras la crítica galdosiana es tan radical como al presentarnos (siempre en el contexto bélico de nuestras guerras) al terrible cura Lorente, más que capellán, comandante de tropas carlistas, actor de crímenes que podrían

⁹³⁵ Ver la descripción del mismo que hace el autor en *El terror de 1824*, o.c., págs. 42-43

⁹³⁶ *"Era mosén Antón Trijueque, cura aragonés, que había tomado las armas desde el principio de la guerra, y servía en las filas de sardina, no como capellán, sino... como jefe de la caballería."* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Juan Martín el Empecinado*, o.c. pág. 14). Aparece otro cura guerrillero en *El equipaje del rey José*.

⁹³⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *España sin rey*, o.c. pág. 149-150. Caso idéntico es el del rector de la iglesia de San Pedro de Tavira Don José Miguel Choribiqueta, apasionado jefe de tropa carlista que considera Maroto (Abrazo de Vergara) traidor, hereje y condenado. Tito se asombra de que este hombre, de regreso de la campaña militar, vuelva instantáneamente a convertirse en pacífico párroco (Ver PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Amadeo I*, cap. XV, o.c., págs. 121-124)

hoy considerarse contra la humanidad; además, acompañado de un grupo de clérigos de la misma catadura (Llangostera, Escoriuela, Putxet...)⁹³⁸

En el Episodio *Los cien mil hijos de San Luis*, tras el breve y penoso retrato de uno de los regentes de Seo de Urgel, el obispo Don Jaime Creux (*“el más malo y antipático... que, de clérigo oscuro pasó a ser obispo, en premio de su traición en las Cortes del año 14”*), se describe así el acto de restitución de la monarquía de Fernando VII en esa ciudad:

*“Después de la ceremonia política hubo jubileo por las calles y rogativa pública a que concurrió el obispo con todo el clero armado y el cabildo sin armas. Era un espectáculo edificante y al mismo tiempo horroroso. Daba idea de la inmensa fuerza que tenían en nuestro país las dos clases reunidas, clero y plebe: pero los frailes armados de pistolas y los guerrilleros con vela, el general con su crucifijo y el arcediano con espuelas, movían a risa y a odio juntamente.”*⁹³⁹

No cabe duda de que la ficticia narradora Jenara (la esposa de Carlos Navarro y enamorada de Salvador Monsalud) asume en estas páginas de la novela el juicio mismo de Galdós. El pensamiento crítico y la alarma que se revelan aquí son algo demasiado agudo para el superficial carácter de esta mujer (contra-heroína) que juega en la serie el papel de desencadenante inmediato de la lucha fratricida entre las dos Españas.

Retrocediendo en el contexto histórico, la censura se dirige igualmente a los clérigos que inspiran conspiraciones o revoluciones sangrientas sin más objetivo social que el

⁹³⁸ El soldado Galán cuenta al anciano Beltrán de Urdaneta los acontecimientos de que ha sido testigo: *“Creo que fue un espanto la matanza que ordenó y ejecutó ese bribón del cura Lorente... Al día siguiente, en ese pueblo de Alventosa, volvieron a cuestionar sobre si mataban o no a los demás. Lorente, que sí; Peinado y Royo, que no. En un descanso, el capellán mandó destapar un barrilillo de aguardiente que llevaba. Bebieron, y con la borrachera, el Royo se puso de parte de Lorente. Salieron los vecinos del pueblo con su párroco a la cabeza, y de rodillas imploraron la vida de los desgraciados prisioneros. Lorente le dijo al párroco: ‘Confiéselos ahora mismo, y para acabar más pronto, yo empiezo a confesar por una punta y usted por otra’. Negóse el cura de Alventosa, y se echó a llorar... El capitán pidió entonces a los cabecillas que no matasen al niño; pero, para mayor crueldad, fusilaron primero a la criatura, por que el padre lo viese, y luego a éste y a todos los demás después de desnudarlos... Al ponerse en marcha, Lorente dijo al cura de Alventosa que, so pena de la vida, dejara los cuerpos insepultos para escarmiento de las tropas cristinas que pasasen.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La campaña del Maestrazgo*, o.c., pág. 33) Juicio menos duro merece el capellán castrense Toribio en el Episodio *Aitta Tetauen*.

⁹³⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los cien mil hijos de San Luis*, o.c. págs. 30-31 Algo más adelante, la misma narradora, describiendo la entrada de las tropas expedicionarias francesas, dice: *“Algunos frailes de los que más habían escandalizado en el púlpito con sus sermones sanguinarios eran llevados en triunfo.”* (pág. 114) En el Episodio *Gerona*, en el que se ha narrado y alabado la acción evangélica heroica de religiosas y religiosos ayudando a los heridos, se hace también (aunque de forma breve) penosa referencia a uno de ellos: *“Algunos legos y ancianos lloraban; pero el padre Rull despedía llamas por sus negros y varoniles ojos. En tan supremo trance, el fraile patriota, rabiando de enojo contra sus verdugos, había olvidado la principal página del Evangelio.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gerona*, o.c., pág. 153)

de asegurar un estado de privilegio para la Iglesia y la eliminación de quienes profesan el credo liberal. Este tipo de acción se lleva a cabo todavía desde el poder de la Inquisición (y con el fin de garantizar la pervivencia de la misma). Así aparece a lo largo de toda la novela *El audaz. Memorias de un radical de antaño*, protagonizando esos manejos Fray José de Matamala y el fanático inquisidor Padre Corchón.

Aunque se mantengan sólo en el terreno de la teoría, no quedan bien parados los sacerdotes castrenses Toribio (*Aitta Tetauen*) e Ibarburo (*Zumalacárregui*) justificando a Santiuste y a Fago, respectivamente, la razón de la guerra y su necesaria violencia.

c) La obsesión sexual y la degradación clerical en relaciones sexuales múltiples o tiránicas.

Es cierto que son pocos los eclesiásticos del mundo galdosiano que destacan por el desorden sexual grave; pero los personajes de este tipo que se pintan en varias obras crean las situaciones más dolorosas e injustas protagonizadas por clérigos. Aunque estos pertenezcan a la ficción novelada, el autor está denunciando hechos que hieren la sensibilidad del lector, tanto más cuando se sobreentiende que los actores debieran brillar por el respeto a la mujer, por la bondad y por la templanza de sus instintos.

A estos clérigos no se les critica que vivan regularmente amancebados, faltando a la ley del celibato sacerdotal (de esto tratamos antes, y ya vimos que el autor se muestra tolerante al respecto). No. Lo que aquí se expresa –con una censura amarga, ácida y condenatoria– es una situación de violencia sobre mujeres inocentes y de individual degradación de las relaciones sexuales, agravadas ambas actitudes al darse precisamente en personas religiosas y que no renuncian a seguir ejerciendo un ministerio eclesial (por ejemplo, a celebrar la Eucaristía). Galdós se muestra escandalizado e indignado por tal situación.

En concreto, denuncia estos hechos:

- 1º. El abuso tiránico sexual sobre jóvenes indefensas, forzadas a un trato que rechazan y dominadas en gran medida por la prepotencia "sacra" que denota el sacerdote; una prepotencia que amedrenta y confunde a la conciencia de la víctima, haciendo que, en definitiva, ésta se sienta a la vez sometida y culpable por la relación sexual que se le impone. Uno de estos individuos lo manifiesta con enorme cinismo refiriéndose a las mujeres que ha reunido en su casa: "*Algunas tengo que se inclinan a la beatería; pero a esas hay que dejarlas en su gusto de lo espiritual, y no quitarles de la cabeza las devociones extremadas, porque con el pío, pio del rezar continuo llegan a ser unos pobres ángeles..., y de los ángeles hace uno lo que quiere.*"⁹⁴⁰ El que habla es el nuevo Arcipreste de Talavera Juan Ruiz Hondón, uno de los personajes más desagradables del mundo galdosiano, al que Juanito Santiuste da el calificativo de monstruo.

⁹⁴⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Carlos VI en la Rápita*, o.c. págs. 129-130

De todo punto hiriente y repugnante es el acoso y el engaño del innominado clérigo que intenta abusar de la desamparada Clara, perdida y desfallecida en la tenebrosa noche madrileña, pudiendo la joven, al fin, huir de él.⁹⁴¹

- 2º. La incapacidad de relación normal y la permanente ofensa que supone el mantener a la vez un trato físico sexual con varias personas, dejando tras de sí una compleja y dudosa familia; todo lo cual denota una obsesión descontrolada y una gravísima irresponsabilidad humana. La figura tipo de esta situación es el aparentemente bondadoso clérigo Don Hilario en el Episodio Nacional *La primera República*. Este hombre viene, además, enmarcado en el mundo mágico que recorre Tito.

- 3º. La práctica de la esclavitud en todos sus sentidos; es decir, el dominio tiránico que priva a la mujer de toda posibilidad de huir y de recuperar su libertad; amparado, además, el esclavista por su fuerte estatuto social dentro del pueblo y por una falsa imagen de lo que sucede a su alrededor. Conocemos ya al sacerdote Pedro Polo, uno de los tipos mejor analizados por el autor.

En síntesis, son cuatro los personajes que escenifican las actitudes que acabamos de indicar, tres en los Episodios y uno en las novelas de carácter independiente:

- Don Juan Ruiz Hondón (conocido como Juanondón), Arcipreste de Ulldecona, en el Episodio *Carlos VI en la Rápita*. Este individuo, corpulento y brutal, con buenas posesiones, tiene en su casa, bajo la apariencia de sobrinas o amas, a mujeres de las que abusa. El protagonista de la novela, Juan Santiuste, intentará con enorme dificultad y peligro liberar a una de ellas (Donata). Galdós identifica de algún modo a este sacerdote con el medieval Juan Ruiz, también arcipreste y de vida irregular.

- Pedro Polo, en las novelas *El doctor Centeno* y *Tormento*. Hombre al que se podría justificar su enamoramiento de Amparo debido a su reconocida falta de vocación sacerdotal; pero que resulta absolutamente injustificado en cuanto a la pasión brutal que desarrolla respecto a la joven, atormentándola sin piedad y esclavizándola.

- El canónigo de la catedral de Cuenca Plotino Pagasaunturdua (en el Episodio *La campaña del Maestrazgo*), personaje particularmente odioso porque se aprovecha del desamparo de Rosita, hija del cándido y noble Ido del Sagrario (ya conocido en *El doctor Centeno*); la medio seduce con regalos, y tiene la desfachatez de decirle al padre (que se presenta deseoso de salvar a la joven) que ésta “*al venir a esta su casa ha pasado del Infierno a la Bienaventuranza.*”⁹⁴²

- Don Hilario de la Peña (a lo largo del Episodio *La Primera República*), al contrario que Juanondón, es casi un anciano bondadoso que se mueve en el mundo medio mágico y surrealista del enigmático Tito, autor –se dice– de una larga “Historia del clero mozárabe”; un hombre que ha ido acumulando a lo largo de su vida queridas e hijas de todas las edades, mezclando ahora el enloquecido deseo de justificar su situación con la idea

⁹⁴¹ Ver PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La Fontana de Oro*, o.c., capítulo 38.

⁹⁴² V. *La campaña del Maestrazgo*, o.c., pág. 211

de que Salmerón y Castelar le van a conseguir una mitra episcopal.⁹⁴³ El desafuero que atribuye Galdós a este personaje no puede ser mayor.

d) Los graves deterioros y perversiones en el talante y el ministerio pastoral.

La preocupación crítica de Don Benito respecto a los clérigos no se refiere tanto a los defectos personales de los mismos como a un ejercicio ministerial (pastoral) que él observa empobrecido, deteriorado y prepotente e incluso perverso. Fundamentalmente, quizás, por el fanatismo y la incapacidad de dialogar. Con esta crítica el autor muestra tener, en realidad, un alto concepto de la función presbiteral: el mismo concepto que ha ido descubriendo al diseñar las figuras admirables de los presbíteros y obispos que presentamos más arriba.

La denuncia de esos fallos ministeriales (que dañan a las personas y a la credibilidad de la Iglesia) se concreta, sobre todo, en los siguientes comportamientos de un número representativo de clérigos:

1º La falta de atención y de verdadera escucha a las personas que acuden angustiadas a ellos. La dureza o indiferencia del corazón.

Don Inocencio o el padre Paoletti no dialogan con Pepe Rey y con León Roch, aunque estos dos hombres razonen; los combaten e intentan destruirlos.

Una de las descripciones más amargas de ineptitud en el trato es la que se hace de la conversación entre el sacerdote Nicolás Rubín y la infeliz Fortunata:

*“Aquel clérigo, arreglador de conciencias, que se creía médico de corazones dañados de amor, era quizás la persona más inepta para el oficio a que se dedicaba, a causa de su propia virtud, estéril y glacial, condición negativa que, si le apartaba del peligro, cerraba sus ojos a la realidad del alma humana. Practicaba su apostolado por fórmulas rutinarias...”*⁹⁴⁴

En connivencia con Domiciana, ex monja y uno de los personajes más desagradables de la galería galdosiana, está el sacerdote Don Martín Merino, hombre duro e in-

⁹⁴³ “En cuanto yo trinque el báculo –dice el tal Don Hilario-, repartiré buenos golpes a un lado y otro. Lo primero será suprimir en mi diócesis el celibato eclesiástico, quiéralo o no el Santo Padre. Mandaré a todos mis clérigos que se casen inmediatamente con sus amas... Declararé de texto en mi Seminario mi grande Historia del Clero Mozárabe...” y sigue añadiendo excentricidades. (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La Primera República*, o.c. pág. 59) Es contradictorio (y parece malintencionado) el final de *Cánovas* en donde Tito ve a Lucila acompañada de un clérigo entrando en una casa dudosa.

⁹⁴⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*, vol I, o.c. pág. 565 Es durísima, clara y amarga la queja de León Roch por la terrible intromisión del clérigo Paoletti en su vida conyugal: “El dueño de la conciencia de mi mujer, el gobernador de mi casa, el árbitro de mi matrimonio, el que ha tenido en su mano un vínculo sagrado para atarlo y desatarlo a su antojo (...) Que, a pesar de no tener conmigo trato alguno, ha dispuesto secretamente secretamente de mi corazón y de mi vida como puede disponer un señor de un esclavo comprado.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La familia de León Roch*, cap. IV: vol. III. Obras Completas, pág. 895)

sensible que se niega a atender a Lucila cuando ésta recurre a él pidiendo ayuda para su padre. “*Lo que más claramente pudo descifrar en él (en su rostro –dice el narrador–), a fuerza de deletrearlo, era un inmenso desdén de todo el Universo.*”⁹⁴⁵ Semejante es el recibimiento que hace Pedro Polo al adolescente Felipe Centeno cuando éste lo visita –temblando– para interceder por su amigo Alejandro Miquis venido a menos.⁹⁴⁶ Los ejemplos podrían multiplicarse bastante. A recordar, entre ellos, el del canónigo Juan Ferragut en el Episodio *Gerona*.

Del sacerdote que acaba de confesar a un enfermo dice José María Bueno: “*Pro-nunció luego el dichoso clérigo algunas palabras consoladoras, de las de rúbricas, y se despidió. Le acompañé hasta la puerta. Ya tenía yo muchas ganas de perderlo de vista.*”⁹⁴⁷ Ése es el resultado de la visita pastoral que acaba de realizar el sacerdote.

En el fondo, lo que se está diciendo es que todos estos clérigos son indiferentes al sufrimiento humano, pasan a su lado mirándolo y, en definitiva, despreciando a los su-frientes; y esto resulta intolerable a cualquier espíritu bueno. Es la queja de Caifás, el desgraciado ex sacristán de la parroquia de Ficóbriga: “*¡Ah, señor cura, señor cura, que no todos tienen corazón de hierro como usted!*”⁹⁴⁸

2º La intolerancia y la tiranía sobre las conciencias y, en cualquier caso, la preten-sión de imponer el propio pensamiento dogmático o moral.

El texto citado antes referido al clérigo Nicolás Rubín (*Fortunata y Jacinta*) continúa así: “*Había hecho inmensos daños a la humanidad arrastrando a doncellas incautas a la so-ledad de un convento, tramando casamientos entre personas que no se querían, y desgo-bernando, en fin, la máquina admirable de las pasiones*” (cita n. 944).

Desde el período novelístico caracterizado por la abstracción (*Doña Perfecta*) –y aun antes– el clero (Don Inocencio) encarna para Galdós la intolerancia.

Esta actitud, perfectamente imitada por personajes no eclesiásticos (como Serafinita, la tía de Gloria, Evarista y el omnipresente Pantoja, de *Electra*, etc.), constituye el trasfondo de *La familia de León Roch* y es la línea medio oculta que guía la trama de esta obra. El ita-liano Padre Paoletti dirige –desde el propio fanatismo religioso– a María Egipcíaca, casada con León; domina la conciencia de esta mujer ayudándola a destrozar el amor a su marido. La deshumaniza como persona, como mujer y como esposa. Naturalmente la novela arras-tra una tragedia que no termina con la muerte de María. Es exasperante la actitud domina-dora pseudomística del sacerdote que asiste a la mujer en la hora de su muerte, mientras

⁹⁴⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los duendes de la camarilla*, Episodio Nacional n. 33, Historia 16-Caja de Madrid. 1995, pág. 173. Semejante, aunque desde la altura jerárquica y la dureza inclemente, es la pintura del Inquisidor General, obispo de Almería, en el Episodio *Memorias de un cortesano de 1815*.

⁹⁴⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El doctor Centeno*, o.c. cap. VI.1

⁹⁴⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Lo prohibido*, o.c., pág. 219

⁹⁴⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, o.c., pág. 73

ella lucha de una manera patética por encontrar algún sentido y alguna esperanza para el matrimonio fallido.⁹⁴⁹

Pero donde alcanza tonos más agudos tal actitud es, sin duda, en *Gloría* (escrita casi al mismo tiempo que *La familia de León Roch* y con una temática que emparenta las dos obras). Esta novela es tal vez la cumbre de los debates teológicos del realismo literario español. Son tres los personajes que ejercen un dominio tiránico sobre la conciencia de la joven Gloria: tres hermanos del significativo apellido Lantigua: un obispo, Don Ángel, Don Juan, patriarca del clan, y Serafinita, la tía. Estos dos últimos parecen, en realidad, más eclesiásticos que el obispo. Los tres ejercen la presión empleando las armas de carácter más sutil: el dogma con la amenaza de la condenación y el chantaje afectivo y moral, el cariño y (en el caso de Don Ángel) una apariencia de bondad humanista para apartar a Gloria de la relación con Daniel; además, la idea de la permanencia en el pecado y la herejía que hacen gravitar sobre la joven Gloria o sobre María Sudre.

¿Cómo mantener en estas condiciones la libertad interior, una libertad que permite conjugar perfectamente la fe esencial cristiana y el amor hondo y verdadero a un hombre aunque éste no sea católico? El autor viene a decirnos que la muchacha no puede hacer otra cosa que sucumbir a la tiranía religiosa, renunciando a su propia conciencia. Lo que produce gran satisfacción y alegría a Serafinita y al tío obispo, que compensa así el fracaso de su intento de convertir a Daniel al catolicismo. “¡Ay! –exclama Gloria-, ¿quién puede resistir a tanta autoridad ni a tanta bondad. Me declaro conquistada. Creo todo lo que la Santa Madre Iglesia me manda creer.”⁹⁵⁰ (¡Lo que se le manda creer en este caso –según los Lantigua- es que fuera del catolicismo no hay salvación, y que la relación matrimonial con un no católico -protestante o judío, hereje- equivale a la condenación eterna!).

Más representativo aún del fanatismo dogmático y moral en cuanto manipulador de la conciencia es, desde luego, el Padre Paoletti secundado por el hermano de María Egipciaca, el joven religioso Luis Gonzaga aún no ordenado, que tenía hecho voto de no mirar a ninguna mujer.

3º Un ministerio pobre o pervertido de la predicación.

Son muchas las ocasiones en las que aparecen presbíteros predicando, normalmente en actos de culto (incluidas las novenas) o en solemnes ceremonias con motivo de aconte-

⁹⁴⁹ Dice el Padre Paoletti a María: “Ya estamos solos con nuestras ideas espirituales y nuestro fervor. No reine aquí el miedo; reine la alegría ¡Conciencia purísima, levántate, no temas, muestra tu esplendor, recreate en ti misma, y así, en vez de temer la hora de la libertad, la desearás con ansia! ¡Oh, triunfo, No te disimules, vistiéndote de vencimiento!... Yo no puedo imaginarme ahora a mi espiritual amiga empeñada en inquietudes menudasm como una mujer cualquiera.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La familia de León Roch*, o.c. pág. 414 y 416). Todo el capítulo 13 (*La batalla*) discurre en este tono.

⁹⁵⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, o.c. pág. 173.

cimientos civiles. La mayoría de estas acciones son devaluadas por el autor. Así se juzga el sermón del cura que celebra la boda de Pepe Fajardo y de María Ignacia, predicación átona y sin valor existencial alguno.⁹⁵¹ Pero donde la indignación sube de tono es al citar casi textualmente homilías politizadas y exaltadas a favor de Fernando VII, ensalzado como mesías y salvador, es decir, en defensa apasionada de la causa monárquica absolutista y de la ortodoxia romana.

Juan Bragas de Pipaón, personaje especialmente desagradable que campea por la segunda serie de Episodios, narra su encuentro con un notable eclesiástico:

“Allí fue donde conocí a don Blas Ostolaza, confesor del infante Don Carlos y Predicador de Palacio, hombre de los más eminentes que han vivido en España... Él fue quien felicitó a Fernando desde el púlpito por el restablecimiento de la Inquisición, diciéndole: ‘Apenas ha vuelto vuestra majestad de su cautiverio, y ya se han borrado todos los infortunios de su pueblo. La sabiduría y el talento han salido a la pública luz del día y se ven recompensados con los grandes honores, y la religión, sobre todo, protegida por Vuestra Majestad, ha disipado las tinieblas como el astro luminoso del día.’” (De este insigne clérigo sigue diciendo algo más adelante el narrador: *“Era tan celoso por la causa del rey y del buen régimen, que si le dejaran, ¡Dios todopoderoso!, habría suprimido por innecesaria la mitad de los españoles de la monarquía, para que pudiera vivir en paz y disfrutar mansamente de los bienes del Reino la otra mitad”*).⁹⁵²

Es posible que una buena parte de la predicación de campanillas en esta época (predicación litúrgica o extralitúrgica) discurriera con ese tono, en cuyo caso lo que seguramente desea decir el autor es que –como se advierte en el libro bíblico de Samuel– “la Palabra de Dios” era rara en aquel tiempo.

⁹⁵¹ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 32, *Narvárez*, o.c., pág. 9. En *Fortunata y Jacinta. Vol I*, se juzga con estas palabras la predicación habitual del capellán del convento-reformatorio de Micaelas: *“Subió D. León Pintado al púlpito y echó un sermonazo lleno de los amaneramientos que el tal usaba en su oratoria. Lo que aquella tarde dijo habíalo dicho ya otras tardes, y ciertas frases no se le caían de la boca.”* PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c. pág. 640 Entre este tipo de clérigos habría que incluir a aquel a quien el libertino Segismundo García le escribía los sermones, sacando algún dinero por ello (en el Episodio *España trágica*.)

⁹⁵² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Memorias de un cortesano de 1815*, o.c. pág. 38. Blas de Ostolaza nació en Trujillo (Perú); dirigió allí instituciones eclesiales y civiles de importancia, siendo perseguido por su rectitud y carácter independiente. Ya en la península, acompañó a Fernando en su exilio y fue ayo del infante Don Carlos. Participó como orador en las Cortes de Cádiz en defensa del monarca. De formación ilustrada y abierta, derivó hacia un tradicionalismo intransigente, quizás debido a su fidelidad incondicional a Fernando VII. En 1820 fue inhabilitado de sus cargos y desterrado durante el trienio liberal.

Del mismo tenor de ideas es la crónica que (según el recurso literario) escribe Pipaón en sus memorias citando al predicador Padre Castro que aprovecha el púlpito para elogiar encendidamente a Fernando VII y enardecer a los fieles, finalizando con estas palabras: *“Españoles, alabad y bendecid al Señor. Nuestra Patria es ya feliz; ya reina Fernando. ¡Sí, ya reinan Dios y Fernando!”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Memorias de un cortesano de 1815*, o.c.,pág. 21)

La misma queja (con los calificativos de aburrida y pedagógicamente aberrante) es la que vierte Galdós repetidas veces sobre la enseñanza religiosa en uso. Dos textos muy diferentes podrían mostrar esa crítica: uno, el que compara la pobre actividad catequética generalizada con la amena y directa enseñanza de Don Agustín Argüelles, preceptor de las infantas niñas Isabel y María Luisa ⁹⁵³ ; otro, la amplia descripción de la desastrosa actividad docente en la mísera escuela regentada por el sacerdote Pedro Polo ⁹⁵⁴

4º La práctica indebida a propósito del sacramento del perdón.

En la espiritualidad del siglo XIX predominan bastante los conceptos de pecado y de condenación (o de condición condenable); de ahí el imperativo de la confesión sacramental para quienes se consideran alejados o a punto de morir. Esta visión agrava mucho –para el autor- la actitud de sacerdotes que niegan la absolución al penitente (y, por tanto, también el derecho a recibir la Eucaristía).

Al final del Episodio *Vergara* se narra el siguiente caso calificado de “rigurosamente histórico”: Rafael Maroto, el general firmante del Abrazo de Vergara, fue juzgado por el carlismo como traidor al que había que negar todo: pues bien, su hija Margarita, aún niña, fue a confesar a una iglesia de Madrid y, al enterarse aquel cura de que la pequeña era hija de Maroto, le negó la absolución. (Se añaden datos que confirman la veracidad de este hecho que escandaliza a Galdós.)⁹⁵⁵

Más grave es lo que acontece en los últimos momentos de la vida de Patricio Sarmiento, antes de ser vilmente ejecutado en el terror absolutista de 1824. Los frailes Alelí y Salmón se empeñan en que éste haga la confesión general que ellos estiman necesaria; Don Patricio decide manifestar su alma él solo ante Dios, y lo hace con profundo sentimiento y sinceridad y en alta voz, pero no expresa como pecado su convicción liberal. Los dos religiosos entonces le niegan la absolución y la comunión eucarística que el pobre desea ardientemente (no sin esbozar uno de ellos cierta sonrisa de venganza): “No podemos dar a usted la Eucaristía, desgraciado hermano”.⁹⁵⁶

La misma obsesión por la relación consecutiva “Penitencia – Comuni3n” aparece denunciada en *Gloria*. En primer lugar, forzando Don Juan y Don 3ngel (padre y tío) a Gloria

⁹⁵³ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los Ayacuchos*, o.c., pág. 11, donde se elogia la actividad educativa de Don Agustín Argüelles (a la vez que se alaba la categoría moral de este tutor real), asemejándola a la mejor predicación de un sacerdote.

⁹⁵⁴ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El doctor Centeno*, o.c., págs. 60-61, donde se describe la enseñanza de la Biblia y de la doctrina cristiana por parte de Don Pedro Polo.

⁹⁵⁵ V. *Vergara*, o.c., pág. 257. Efectivamente –como dice el texto- Maroto tuvo que instalarse en Valparaíso y allí residía Margarita, “anciana respetabilísima”, viuda de Borgoño, cuando Galdós escribe este Episodio Nacional con el que también rinde homenaje al general carlista. Margarita murió en 1897

⁹⁵⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*, o.c., pág. 216 (ver todo el capítulo).

para que ésta se confiese y pueda así comulgar; después, imponiéndose el mismo obispo como confesor de la joven, y, en fin, negando éste la absolución al ver que la joven sigue amando a Daniel que es judío.⁹⁵⁷

Por otra parte, Galdós se asombra de que en las ordenanzas militares de nuestras guerras fratricidas se considerase como lo más grave el ajusticiar a los reos sin darles la oportunidad del sacramento, más grave que el hecho mismo de matar a los prisioneros, a personas inocentes y de hacerlo generalmente sin juicio alguno.

Debemos añadir que la mayor parte de clérigos criticados en estos últimos apartados del análisis son personajes que desfilan a lo largo de los Episodios Nacionales, es decir, en un género de novela que discurre con un fondo histórico real. Lo que significa que, dentro del realismo literario, esta crítica tiene en buena medida el valor de crónica de algo que ha sucedido o está sucediendo. Se trata, por tanto, posiblemente, de un testimonio de situaciones reales. De forma que es lícito aventurar la existencia en esos textos de una objetividad independiente del parecer del autor. Si es así, se nos estaría mostrando no una postura anticlerical previamente tomada, sino una preocupación personal, o la voz de una conciencia que no puede silenciar aquello que está contemplando con enorme desagrado.

5. En conclusión: ¿Galdós y su obra son anticlericales?

Los penosos retratos de clérigos realizados por Galdós ¿significan que éste era un obcecado anticlerical y que propone el anticlericalismo?

El balance de los datos analizados a lo largo de todo el presente capítulo no permite establecer esa conclusión. Más bien nos parece que se deduce lo contrario; pero es preciso perfilar antes los conceptos que entran en juego.

a) La idea anticlerical.

Como adjetivo o actitud que se atribuye a una persona en el habla popular indica una notoria e íntima predisposición contraria a los individuos tipificados como religiosos y a todos sus comportamientos. Yendo más al fondo, puede significar también un desprecio, desvalorización y oposición a la institución religiosa (particularmente al clero como estamento dentro de la sociedad).

Sin una contextura emotiva (y sin la irracionalidad de las generalizaciones) encontramos críticos serenos de los perjuicios sociales que el clericalismo ha traído y trae a la sociedad. No deberíamos llamar a estos autores y a sus escritos anticlericales.

Existe también otra idea muy distinta (y poco notoria) de anticlerical: es la postura que emerge precisamente dentro del cristianismo, postura evangélica y eclesial, cuando surge la convicción –tan difícil de influir en la práctica creyente– de que casi todo

⁹⁵⁷ V, *Gloria*, o.c., págs. 163-165

lo relativo al presbiterado católico y a las instituciones religiosas eclesiásticas está desenfocado, deteriorado en su raíz y en su ejecutoria, no pertenece a la esencia cristiana ni se reconoce en los orígenes apostólicos y, por tanto, debía cambiar; y esto porque la iglesia de Jesucristo es de iguales, colegial, sin prerrogativas para nadie, comunitaria, básicamente local, no ritualista, sin sacerdocio (sí con ministros pastores y servidores en nada configurados como distintos y como clero).

Esta idea anticlerical no niega la existencia y el valor del sacramento del Orden y del ministerio justo de presbíteros y obispos; sí niega el clericalismo dominante y asfixiante dentro de la Iglesia y su influencia nociva en el progreso de la sociedad. Se puede hablar, pues, de una actitud anticlerical cristiana, teológica, constructiva (aunque a la vez sea demoledora de un orden vigente dentro del mundo católico).

Todo ello al margen del juicio particular e individual (aprobatorio o condenatorio) que se emita –con realismo– de palabra o por escrito respecto a cada individuo religioso.

Es evidente que hay escritos literarios que desarrollan el primer concepto (el anticlericalismo popular) e influyen de forma bastante injusta en el sentir común de la población, suscitando enfrentamientos violentos. La prensa anticlerical del XIX y la de la Segunda República abundó en esta tarea. Sus autores son obviamente anticlericales.

Pero hay que pertenecen sólo a las dos últimas categorías descritas de la idea anticlerical. Entre estos, sin duda alguna, Don Benito.

b) El anticlericalismo sociopolítico y cristiano de Galdós.

En primer lugar, Don Benito se refiere al clero basándose en una teología neotestamentaria y eclesiológica que hoy encontramos como normal. Deseaba encontrar un presbiterado digno de ese ministerio dentro del cristianismo. Lo que sucede es que encontró una Iglesia –y una sociedad– demasiado invadida de clérigos, de clérigos escasos de humanismo y sin identidad apostólica (y, con frecuencia, tampoco creyente), con una influencia indebida y nociva en la mayoría del tejido sociopolítico español (*“Busca su perfil seguro –dice G.Lorca en el Llanto– y el sueño lo desorienta. / Buscaba su hermoso cuerpo / y encontró su sangre abierta”*, permítaseme esta transcripción poética).

Es simplemente la visión asfixiante que transmite en un momento dado a su amigo y compañero de viajes José Alcalá Galiano 1901⁹⁵⁸ y la visión que –de forma realista– predomina en sus escritos. Pero, sustancialmente, es una visión sociopolítica justa y una perspectiva cristiana honda; porque no excluye sino que se remite –como hemos visto– a una seria y apasionante teología del presbiterado.

⁹⁵⁸ *“Aquí seguimos infestados de clérigos, y padeciendo la epidemia clerical en su más terrible y mortífero desarrollo. Ya esto no tiene remedio. Nos devoran, nos comen, nos acaban. El prolífico bacillus ha invadido ya todo el organismo social. ¡Ay qué ganas tengo de irme al extranjero a respirar otros aires!”* (PÉREZ GALDOS, Benito. Carta a José Alcalá Galiano de 7/5/1901, citada por José Luis MORA en su obra ya conocida *Hombre, sociedad y religión en Galdós*)

En síntesis podemos ya establecer estas dos conclusiones:

1ª *La obra galdosiana no es anticlerical (y, mucho menos, anticatólica).*

Nuestro autor profesó ciertamente –como la gran mayoría de liberales del XIX español– un anticlericalismo referido con harto conocimiento de causa a dos planos reales: a la injerencia y el poder del clero en la sociedad española y al frecuente deterioro del ministerio presbiteral y de la figura misma de los sacerdotes tanto del clero diocesano como del perteneciente a órdenes religiosas. Recordemos que ese mismo deterioro fue denunciado en cartas pastorales e incluso en las Cortes por algunos obispos, como situación que dañaba en primer lugar a la Iglesia y a la vida cristiana, pero también a la sociedad.

Sencillamente, Galdós pinta la realidad viva y en ella entra lo malo y lo bueno: los tipos de clérigos deleznales, que desfiguran y destrozan la imagen del presbítero cristiano, y los santos, las extraordinarias figuras de presbíteros fieles a su vocación, héroes de la caridad, ilustrados más que nadie (Narciso Vidaurre, Manuel Florez, Pepe Hillo, Nazarín, Navarridas, Gamborena...). No se puede tildar a nadie de anticlerical cuando es capaz de describir con emoción estos últimos personajes.

Sobre este particular escribe Ignacio Elizalde: *“Todos los personajes (de Galdós), incluyendo los clérigos, son seres reales, sacados de la coyuntura histórica española. Más todavía. Su técnica novelesca está acostumbrada a fusionar la historia y la ficción, alcanzando en las obras de su madurez un todo orgánico.”*⁹⁵⁹

Este anticlericalismo queda, pues, razonado. Es perfectamente saludable y coherente con la fe cristiana y eclesial⁹⁶⁰; y se diferencia de posturas predeterminadas (de cualquier tipo de fanatismo ideológico) desde el momento en que no se escatiman – como hemos visto– los retratos magníficos de eclesiásticos, tanto en la ficción literaria como en la crónica histórica; desautorizando, además, con claridad, los excesos anticlericales.

Lo que probablemente ocurre –como ya señalamos en el primer capítulo de este trabajo– es que la situación bastante generalizada del clero (concretamente del clero ma-

⁹⁵⁹ ELIZALDE ARMENDÁRIZ, IGNACIO, *Los curas en la novela de Galdós*. (Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Biblioteca Universitaria. Memoria Digital de Canarias. 2005. Pág. 269) En el mismo sentido se expresa ampliamente SAINZ DE ROBLES, FEDERICO: *“Como la vida, Galdós se limitó a testificar imasiblemente. El auténtico anticlerical jamás dedicará su tiempo a decir bien de los buenos clérigos. Galdós les dedicó muchas páginas encendidas.”* (Pérez Galdós. *Vida, obra y época*. o.c., pág. 212; ver también págs. 210 a 216). Ver el excelente estudio de BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA, *Anticlericalismo y compromiso político en los textos galdosianos del siglo XX*, Actas del VII Congreso Internacional de Estudios Galdosianos. 2005. Cabildo Insular de Gran Canaria. págs. 420-427

⁹⁶⁰ Del honrado Don Blas de Codoñera se dice, al despedir a Don Beltrán de Urdaneta en su incierto viaje: *“Las señoras lo encomendaron a Dios, y lo mismo hizo don Blas, pues su aborrecimiento de lo levítico no le quita el ser buen cristiano.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La campaña del Maestrazgo*, o.c., pág. 47)

drileño), la que contemplaba el escritor en 1886, era lamentabilísima. En esta fecha (el 18 de abril) el recién nombrado obispo de la diócesis, Don Narciso Martínez Izquierdo, era asesinado en la catedral de San Isidro por el sacerdote Cayetano Galeote. ¿Era éste un loco?... La sentencia lo condenó así. Pero lo cierto es que la penosa situación de la Iglesia madrileña había motivado que ésta se desjagara de Toledo para ser mejor atendida (creándose la diócesis de Madrid-Alcalá) y que el obispo Martínez Izquierdo había emprendido ya una tarea árdua de reforma nada deseada por muchos sacerdotes. Este hecho, que conmocionó a la población, se produce en un momento cumbre de la producción galdosiana e influye sin duda en ella.⁹⁶¹

En cuanto a los excesos anticlericales de que es testigo, el escritor se siente horrorizado, por ejemplo, ante el linchamiento del cura Vinuesa (1821) y ante la matanza de jesuitas en Madrid (1834), ambos hechos protagonizados por una masa de pueblo irracional y cruel; y se encarga de denunciar en sendos Episodios la calumnia y la absoluta sinrazón que conducen a tales asesinatos de religiosos.⁹⁶²

Del mismo modo se expresa en la tremenda descripción que hace del acto de degradación sacerdotal del cura regicida Martín Merino, al que compadece. Como era de esperar, este sacerdote terrorista no recibe elogio alguno del autor, más bien al contrario. Si hay algún atisbo de anticlericalismo en la obra puede ser sólo el exceso narrativo y el describir la terrible actuación ritual del obispo de Málaga y sus acompañantes; ceremonia que asusta a la narradora de esas páginas, Maria Ignacia, y que posiblemente sobrecogería a cualquier espectador.⁹⁶³

⁹⁶¹ Ver a este respecto: RICARD, ROBERT, *El asesinato del obispo Martínez Izquierdo y el clero madrileño en la época de Galdós* (Anales Galdosianos. Año I. 1966. Pág.125-129) y BOO, MATILDE B., *La perspectiva de Galdós en el asesinato del obispo Martínez Izquierdo* (Anales Galdosianos. Año XII. 1977. Págs. 141-146).

⁹⁶² El sacerdote Matías Vinuesa, llamado “el cura de Tamajón”, luchó en la Guerra de la Independencia y fue considerado como verdadero héroe, recibiendo honores de Fernando VII. Monárquico absolutista, preparó durante el bienio liberal una conspiración anticonstitucional para devolver a Fernando el poder absoluto. Descubierto, fue apresado y condenado a diez años. Solivientado el pueblo de Madrid en su contra, se asaltó la prisión y fue atrozmente asesinado, siendo culpables de los hechos varios oficiales francmasones de la Milicia Nacional. Galdós narra y condena este hecho en los Episodios Nacionales n. 15 *Siete de julio* y n. 14 *El Grande Oriente*.

La matanza de jesuitas y de frailes en Madrid, en julio de 1834, durante la Regencia de María Cristina, constituyó el primer acto popular de grave violencia anticlerical. Con ocasión de la epidemia de cólera se propagó el infundio de que los religiosos habían envenenado las fuentes. Fueron asesinados 73 frailes y quemadas iglesias y conventos (entre ellos San Francisco el Grande). Galdós narra y condena horrorizado estos hechos en el Episodio Nacional n. 20 *Un faccioso más y algunos frailes menos*.

⁹⁶³ El sacerdote Martín Merino atentó contra la reina Isabel II, hiriéndola con un puñal al salir ésta de la Iglesia madrileña de Atocha, el 2 de febrero de 1852. El hecho iba dirigido en realidad contra la situación del gobierno de Narváez a quien la reina parecía amparar. Merino fue apresado y condenado a muerte en juicio sumarísimo, siendo antes degradado de la condición sacerdotal. Galdós describe minuciosamente este acto en el Episodio *La revolución de julio*, o.c., págs. 17 a 24.

Cuando estrena el drama *Casandra* parece, sin embargo, banalizar un poco la gravedad de unos hechos de violencia antieclesiástica: los que se refieren a la quema de iglesias y conventos en la Semana Trágica de Barcelona.⁹⁶⁴ Probablemente esta obra de teatro, estrenada poco después de 1909, con el clima de aquellos sucesos aún como trasfondo, es la de mayor calado antieclesiástico de la escena galdosiana. La figura de la coprotagonista, Doña Juana, representa la tremenda alianza de la injusticia y el poder tiránico con la devoción y la manipulación religiosas. La Iglesia en aquel momento (en el proceso que condujo hacia aquella tragedia histórica) estuvo por lo menos al margen de la opresión ejercida por el Gobierno sobre el proletariado y el campesinado, incluso apoyándola; y esto es, sin duda, lo que subleva a Don Benito.⁹⁶⁵

La actitud más crítica respecto a lo eclesiástico se dirige, pues, sobre todo, al conjunto de la Iglesia católica establecida en la sociedad. Una iglesia en la que ciertamente el clero –mantenedor del antiguo régimen– actúa de animador y aglutinante de la postura conservadora en todos los aspectos de la vida, pero su fuerza operativa radica en el poder aliado de la burguesía y de los estamentos de la política absolutista. En este sentido habría que considerar radicalmente anticlericales en sí mismas obras como *La Fontana de Oro*, *El Audaz*, *Doña Perfecta*, *Gloria*, *Electra* y *Casandra*, toda la segunda serie de *Episodios*, etc., donde, precisamente, las figuras eclesiásticas apenas aparecen o no alcanzan un relieve especial; y los máximos exponentes de la degradación eclesiástica –rechazados por el autor– son tipos como Doña Juana (*Casandra*), Doña Perfecta, los Lantigua (*Gloria*), Pantoja (*Electra*), las Porreño (*La Fontana de Oro*), Gil de Barahona, Fernando Navarro, María Sudre (*La familia de León Roch*), etc. etc.

Otro dato a tener en cuenta (al revisar la acusación de anticlerical a Galdós) es la postura de nuestro autor ante la masonería española. Es sabido que esta asociación más o menos secreta en la España del XIX, de gran alcance en todas las instituciones del poder fáctico social, desarrolló una crítica implacable de la Iglesia y del mundo eclesiástico; de tal forma que la pertenencia a la misma significaba, además de poseer una ideología teóricamente liberal, el mostrar una actitud anticlerical.

Pues bien, resulta que cada vez que surge el tema de la masonería, Don Benito se muestra reticente respecto al valor real y a la positiva influencia de ese espíritu masóni-

⁹⁶⁴ El levantamiento de sindicalistas y del pueblo en general en Barcelona (a finales de julio de 1909) se produjo, en primer lugar, contra el gobierno de Maura (siendo el detonante del mismo la llamada de reservistas para incrementar las tropas de África para una guerra que la historia juzga como absurda). Derivó pronto hacia una violencia contra la Iglesia, acusada de connivencia con el gobierno, produciéndose el incendio de 12 templos parroquiales y 52 conventos y la profanación de cementerios. (Ver, entre otros libros, FRAGOSO DEL TORO, VÍCTOR, *La España de ayer*. Editora Nacional. Madrid 1967)

⁹⁶⁵ A este propósito puede verse el breve estudio que hace ORTIZ ARMENGOL, PEDRO en su libro *Vida de Galdós*, Crítica. Barcelona 1996, pág. 686 en donde cita un breve comentario de Galdós que nos parece fuera de tono.

co antirreligioso sobre sus miembros más notables y, en general, sobre los parámetros de la revolución liberal. Más aún, al menos en dos de sus obras no pierde ocasión de ridiculizar la palabra y la liturgia de las logias, y hace que el personaje central y admirado de la serie segunda de Episodios, Salvador Monsalud, las abandone (*El Grande Oriente*)⁹⁶⁶; siendo aún más duro al describir el funeral masónico de Prim, justo el día en que Amadeo I entra en la capital.⁹⁶⁷

Sobre el origen de la imagen anticlerical de Galdós en sus obras.

Supuestas las anteriores consideraciones, nos preguntamos: ¿cómo puede entenderse el fuerte desarrollo de la imagen de anticlerical que se vierte sobre la obra de Don Benito, especialmente a partir de 1880 (y que mantiene con gusto el régimen franquista del siglo XX)?

Evidentemente hay una primera explicación efectiva en muchos casos: gran parte de los detractores del escritor no han leído su producción entera ni se han acercado de primera mano a su pensamiento. Pero esto no aclara la idea común de liberales y de conservadores al respecto.

Nos parece que María Pilar García Pinacho acierta de lleno al situar la razón que buscamos en la agitada prensa de finales del XIX y principios del XX. Su estudio excelentemente documentado nos parece decisivo para iluminar esta cuestión.⁹⁶⁸ Según esta autora fue la prensa española de la época, tanto la progresista y liberal como la conservadora y neocatólica, quien originó y acuñó el atributo anticlerical para Don Benito.

Desde las primeras novelas, los periódicos madrileños celebraron el advenimiento de un escritor liberal, con el ingrediente implícito de crítica del clero que ese calificativo conllevaba. Poco a poco la mayor parte de la prensa lo apoyó incondicionalmente, no sólo por la sintonía ideológica sino porque se prodigó como artífice en todos ellos (en *El Liberal*, *La Nación*, *Las Cortes*, *Las Novedades*, *El Correo de España*, *La América*, *La*

⁹⁶⁶ Ver PÉREZ GALDÓS, BENITO, todo el Episodio *El Grande Oriente*. En esta obra el autor describe con ironía los tipos, los discursos y los pormenores de las reuniones (las *tenidas*) de diversas logias o sociedades secretas afines, tales como “Los Hermanos Sublimes Perfectos”, “La Cámara de Perfección”, “Los Comuneros de la Plaza de Armas”, “La Cruz de Malta”, etc. A título de ejemplo podría leerse el capítulo XVIII de la misma.

⁹⁶⁷ Ver PÉREZ GALDÓS, BENITO, el Episodio *La España trágica* en donde se narra el asesinato del general Prim, jefe de gobierno, la llegada a Madrid de Amadeo I de Saboya y el funeral de Prim. Sobre la visión galdosiana de la masonería española: LETEMENDIA, EMILY, *Galdós y los masones* (Anales Galdosianos. Año XX. 1985. Universidad de Texas – Austin – Cabildo de Gran Canaria. Págs. 145-148); así mismo: FERRER BENIMELI, JOSÉ A., *La masonería en los Episodios Nacionales de Pérez Galdós*. (Fundación Universitaria Española. Madrid 1982)

⁹⁶⁸ Ver GARCÍA PINACHO, PILAR, *La construcción de la imagen anticlerical de Galdós en la prensa*. (Universidad San Pablo CEU. Madrid)

Guirnalda, revista de España, La Ilustración de Madrid, La Iberia, El Imparcial, El Día de Barcelona, La Prensa de Buenos Aires...)⁹⁶⁹

El punto de inflexión máxima en la atribución del carácter anticlerical de nuestro autor pudo ser la publicación de su artículo *La España de hoy* en *El heraldo de Madrid* (04/09/1901); así mismo, el debate (1888-1889) con ocasión de la candidatura del escritor para ocupar un sillón en la RAE y, en fin, el estreno de *Electra* en 1901. A partir de esas fechas la imagen estaba perfectamente servida. A ello contribuía la apasionada polémica (desde los últimos años de la década de los 80) entre *El Liberal* (secundado por *El País* y *El Imparcial*), defendiendo al canario en cuanto literato universal y español de primerísima línea, y, en contra, *El Siglo Futuro*, periódico que denigró todo lo que pudo y más a Don Benito, unas veces ignorándolo (cuando todos se hacían eco de sus obras y sus estrenos) y otras presentándolo no sólo como anticlerical sino como anticatólico.

Bien es verdad que éste manifestó en público y en correspondencia privada una visión dolorida, airada y crítica de la situación del clero y de su influencia negativa en la marcha de la sociedad. Pero su postura ideológica y emotiva, de talante absolutamente constructivo, acerca de tema de tanta importancia, queda del todo clara y explícita en una carta notable a José María Pereda: “*Si en España existiera la libertad de cultos (libertad religiosa), se levantaría a prodigiosa altura el catolicismo, se depuraría la nación del fanatismo y ganaría muchísimo la moral pública y las costumbres privadas, seríamos más religiosos, más creyentes, veríamos a Dios con más claridad, seríamos menos canallas, menos perdidos de lo que somos.*”⁹⁷⁰

Sin duda las manifestaciones de Marcelino Menéndez y Pelayo (con quien, sin embargo, Galdós mantuvo una relación cordial) sirvieron también de gran apoyo a quienes negaban el catolicismo del escritor. Pero tenemos la impresión de que el autor de la *Historia de los heterodoxos españoles* no llegó a intuir el alma de Don Benito en este asunto de la fe y de la visión eclesial (como sí lo hicieron, en cambio, Leopoldo Alas y José María Pereda).

Concluyendo estas observaciones, habría que señalar que Don Benito (a semejanza de Quevedo y de Cervantes) era –es– un reformista nato e integral; significa una continua protesta contra todos los desafueros estructurales que propiciaban el deterioro humano, vinieran estos de donde viniesen, y ello desde una profunda y justa inquietud cristiana. Por tanto, que no cabe aplicar a su creación literaria el adjetivo de anticlerical; que, en cualquier caso, el autor sentía y se mostraba “anti todo” aquello que me-

⁹⁶⁹ Ver MORA GARCÍA, JOSÉ LUIS, *Galdós articulista*, Universidad Autónoma de Madrid. En la red: (<http://www.ensayistas.org/filosofos/spain/galdos/mora4.htm>)

⁹⁷⁰ Citada por BRAVO VILLASANTE, CARMEN, *Veintiocho cartas de Galdós a Pereda.*” (En Cuadernos Hispanoamericanos, 250-252. 1970-1971, págs. 9-51)

reciera ser denunciado. En consecuencia, también contra los sacerdotes que destrozan ese ministerio cristiano y la imagen de la Iglesia.⁹⁷¹

2. La realidad sacramental cristiana y su pastoral en la obra de Galdós.

Como era de suponer, Galdós aborda a lo largo de su creación literaria las vivencias sacramentales de los personajes, cuya inmensa mayoría es de confesión cristiana católica. De forma acertada o desacertada (desde el punto de vista teológico) la fe de estas personas se expresa en determinados momentos con una práctica sacramental que muestra sus convicciones al respecto. En esa narrativa (más que en el teatro), al relatar el modo de vivir los sacramentos principales, el autor proyecta una determinada visión, es decir, implícitamente al menos, revela su propio pensamiento.

El tratamiento detenido de esta temática no es demasiado abundante; quizás porque en el retrato de vidas y caracteres tampoco es ésta la experiencia interior más honda. No obstante, la práctica sacramental sí era frecuente en la espiritualidad común del catolicismo español del XIX. Lo que ocurre es que, aunque fuera incluso cotidiana en muchos casos, su vivencia parecía más bien rutinaria, costumbrista y fragmentada (“Misa sin comunión”, por ejemplo). Se vivía una fuerte contradicción: el sometimiento al clima religioso de connotación cristiana impuesto desde la confesión católica y, a la vez, la adhesión a atavismos sacros compensatorios de la frágil psicología, con poco carácter creyente. Las dos condiciones privaban de la suficiente hondura a la práctica sacramental.

A pesar de esta salvedad, encontramos en la novelística galdosiana suficientes descripciones y análisis de los sacramentos de la Eucaristía, del Perdón y del Matrimonio; con textos que nos permiten esbozar una pequeña teología sacramental cristiana dentro de la visión del cristianismo que vertebra su producción literaria.

1. El sacramento de la Eucaristía en la obra de Galdós.

El pensamiento sobre la Eucaristía lo hallamos especialmente en las novelas de tesis y espiritualidad. Éstas son las que presentan mayor altura y complejidad de vivencias humanas y particularmente religiosas.

En general, la referencia galdosiana eucarística es un cuadro con dos planos superpuestos muy distintos. Un plano de conjunto, más bien alejado, que retrata la perspectiva rutinaria de las abundantes misas y oficios de culto que se celebran en las nume-

⁹⁷¹ IGNACIO ELIZALDE en su estudio antes citado establece esta conclusión: “Después de este estudio, podemos afirmar que no todos sus clérigos son indeseables llenos de defectos. La mayoría de los curas galdosianos son de signo positivo, sobre todo los de su segunda época.” (o.c., pág. 287). Nos parece un tanto excesiva la afirmación; y, en general, a nuestro juicio, el meritorio trabajo de este autor peca de algo incompleto y desorganizado.

rosas iglesias frecuentadas por los personajes; celebraciones deterioradas muchas veces por los asistentes y por los mismos celebrantes. Otro plano escaso, más cercano y detallado, que revela vivencias hondas del misterio eucarístico por parte de algunos personajes.

Expresión significativa del primer plano podría ser la narración de la práctica religiosa de adoración del Santísimo expuesto en la custodia. Se describe este ejercicio eucarístico en varias ocasiones. Por ejemplo, en la primera parte de *Fortunata y Jacinta*, en donde se narran magistralmente dos experiencias distintas en la relación con la Eucaristía: la de Fortunata y la de Mauricia la Dura, las dos mujeres recluidas en el convento de “recogidas” de Madrid llamado popularmente Las Micaelas. Fortunata encuentra cierta paz espiritual en ese acto, aunque su atención se distrae con la joya, y siente más bien que Dios le recrimina sus amores; en cambio, la imaginación exaltada de Mauricia alarma a monjas y compañeras porque ésta cree haber tenido una aparición de la Virgen que reclama a su Hijo encerrado en la custodia, y ha decidido -en sueños- liberarlo subiéndose al altar. Ambos casos tienen algo de esperpéntico y muestran una visión de la Eucaristía cosificada y deforme. Al narrarlos detenidamente Galdós parece acentuar este juicio crítico.⁹⁷²

El autor participa simplemente de la idea común que tiene el liberalismo cristiano sobre las devociones eucarísticas populares. Es la creencia que manifiesta Buenaventura Lantigua en la página ya citada anteriormente: “*Creo que muchas cosas establecidas por la iglesia, lejos de acrecentar la fe, la disminuyen, y que en todas las religiones, y principalmente en la nuestra, sobran reglas, disposiciones, prácticas. Creo que los cultos subsistirán mejor si volvieran a la sencillez primitiva.*”⁹⁷³

Al seleccionar, pues, y estudiar los textos eucarísticos galdosianos nos vamos a centrar en aquellos que revelan un nivel más hondo del pensamiento sacramental.

1.1 La Eucaristía, encuentro personal con Dios, memoria viva de la entrega de Jesús.

La vivencia eucarística tiene para Galdós una alta consideración religiosa y humana como expresión más tangible y serena de la entrega de Jesús a los hombres y a Dios Padre; por consiguiente, como acto de amor supremo que supone –en quienes se aproximan a ella- una actitud semejante de comunión. Nunca se reduce al simple cumplimiento moral de un rito religioso externo. Tal vivencia reclama una notable interioridad y una libertad personal; de forma que el creyente se adentra en ella desde sí mismo, desde el deseo íntimo de encuentro con Dios y de salvación, incluso trascendiendo el

⁹⁷² V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*. Vol. I: la experiencia de Fortunata en las págs. 634-635; la de Mauricia, en las págs. 641-647

⁹⁷³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, o.c., pág. 307

ritual litúrgico cuando no hay posibilidad de acceder a él. Y en este sentido podríamos pensar que se aproxima –sin saberlo- al modo como Pierre Teilhard de Chardin – científico incuestionable, teólogo, poeta, místico- celebra la “Misa sobre el Mundo” en las soledades del inmenso desierto de Gobi, cuando se halla imposibilitado de tener a su alcance la materia física del pan y del vino.⁹⁷⁴

Dos pasajes admirables manifiestan la sintonía que Galdós tiene con ese planteamiento interior y transcendente de la Eucaristía.

En el Episodio Nacional *La revolución de julio* Mita, pobre y desamparada, cuenta a Pepe Fajardo lo que le ha ocurrido mientras iba hacia el pueblo en busca de ayuda para su marido enfermo Ley:

*“Calculé que si me llegaba hasta el primer campanario, se me iría toda la mañana; y estando en estos cálculos del tiempo y la distancia, tuve una inspiración, Pepe,...; tuve la idea de oír mi misa en el mismo cerro en donde me hallaba. Me arrodillé, mirando al campanario, y rodeada del sol y el viento, con tanto mundo de campiñas y montes delante de mis ojos, le dije al Señor y a la Virgen todo lo que se me ocurría, que no fue poco. Y cosas muy sentidas y de mucha religión se me vinieron al pensamiento, y del pensamiento a la boca, puedes creérmelo... De rodillas estuve un largo rato, y al concluir mi misa pensaba que por allí cerca encontraría el socorro que necesitaba para Ley. Yo había visto dos casitas. Las volví a mirar; eran blancas, y sus chimeneas echaban humo. Bien pudiera ser que en ellas vivieran almas caritativas.”*⁹⁷⁵

Mita es uno de los personajes claros y queridos del autor. El texto sigue narrando la generosa ayuda de aquellos lugareños. La sencilla y honda vivencia eucarística se abre paso a través de un contexto de elementos simbólicos de carácter cósmico y humano (con los que ciertamente se desenvuelve la Cena del Señor) y de comunión honda con la divinidad. Es obvio que el autor no espera desarrollar aquí teología alguna, y menos de signo alternativo a la práctica ritual, pero también es evidente que el candor, el clima interior y la fe explícita y espontánea de la protagonista aproximan al misterio de la Eucaristía.

Nazarín sí se convierte –para Galdós- es un testigo excepcional del dramatismo casi místico con que el creyente debiera entrar en el Misterio eucarístico, vinculando su propia vida a la entrega única de Jesús en las horas supremas de la Pasión y Muerte;

⁹⁷⁴ Un texto de referencia inmediata, expresivo del pensamiento de PIERRE TEILHARD DE CHARDIN, podría ser éste: *Ya que, una vez más, Señor, ahora ya no en los bosques de Aisne, sino en las estepas de Asia, no tengo ni pan ni vino, ni altar, me elevaré por encima de los símbolos hasta la pura majestad de lo Real, y te ofreceré, yo, tu sacerdote, sobre el altar de la Tierra entera, el trabajo y el dolor del mundo... Mi cáliz y mi patena son las profundidades de un alma ampliamente abierta a todas las fuerzas que, en un instante, van a elevarse desde todos los puntos del globo y a converger hacia el espíritu.”* (Himno del Universo. *La Misa sobre el mundo*. Taurus. Madrid. 1971. Pág. 17)

⁹⁷⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La revolución de julio*, o.c. pág. 77

también más allá de las posibilidades de una celebración sosegada y completa. Este personaje se nos muestra apasionado de la Eucaristía, situada ésta como culmen de un tremendo camino con la cruz auestas, acompañado –como Jesús- de unas mujeres públicas, ya convertidas, y de una cuerda de procesados. De forma directa y expresa escribe el narrador:

*“Un ardiente anhelo de decir misa y de ponerse en comunicación con la Suprema Verdad le llenó toda el alma, y lo mismo fue sentirlo que verse revestido delante del altar, un altar purísimo, que no parecía tocado de manos de hombres. Celebró con inmensa piedad, y cuando tomaba en sus manos la Hostia, el divino Jesús le dijo: ‘Hijo mío, aún vives. Estás en mi santo hospital padeciendo por mí... Algo has hecho por mí. No estés descontento. Yo sé que has de hacer mucho más.’”*⁹⁷⁶

Con estas palabras termina la obra. El sueño de Nazarín, entre la vida y la muerte, queda abierto. ¿No se acerca esta vivencia a lo que pudiera constituir siempre la celebración real de la Eucaristía?

La visión del sacramento en cuanto comida fraterna que rememora o actualiza la Última Cena de Jesús apenas existe en la obra galdosiana. Quizás porque era una perspectiva poco presente en la espiritualidad católica del siglo XIX. Podría entrecruzarse tal dimensión eucarística –como ya lo señalamos- en la narración de la extraordinaria cena que tiene lugar en la aldea de Boñices (*El caballero encantado*); una comida, humilde, cálida, de gran sensibilidad con el mundo y la historia, impregnada de Palabra y abierta a todos, como un alto en el camino iniciático que prosigue el joven Tarsis, asistiendo a ella todos los campesinos pobres, el sacerdote y el maestro del pueblo, y la historia misma de España encarnada en la figura de la Madre. Pero ésta es, sin duda, una interpretación demasiado subjetiva.

1.2 El esplendor de la liturgia eucarística. Adoración.

Pocas veces hace referencia el autor a celebraciones valiosas de tipo litúrgico. Más bien predominan las críticas por el mal hacer de las iglesias o de los celebrantes como veremos enseguida. No obstante, se nos ofrecen suficientes datos para poder descubrir en él un deseo de que la liturgia cristiana recupere en la Eucaristía el valor perdido y el sentido de la estética descrito por Fray Luis de León en la *Oda al ciego Salinas*.

En *Gloria*, después de manifestarnos la profundísima crisis espiritual de la joven (por la impuesta e insalvable ruptura con Daniel), se nos dice que ésta accede a asistir a los Oficios de Semana Santa en la iglesia del pueblo. Allí, a pesar de su estado, entra en

⁹⁷⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*, o.c., pág. 247

la interioridad de la celebración, se concentra en la liturgia, hasta el punto de no observar el desprecio de que es objeto por parte de los asistentes, y, al compás de los oficios, serena su alma. El autor, entonces, aparca el drama y aprovecha la ocasión para hacer este manifiesto personal sobre la verdadera solemnidad eucarística:

*“Las ceremonias con que la Iglesia conmemora en Semana Santa el extraordinario enigma de la redención, son de admirable belleza. Si bajo otro aspecto no fueran dignas de excitar el entusiasmo cristiano, seríanlo por su importancia en el orden estético. Su sencilla grandeza ha de cautivar la fantasía del más incrédulo. Y comprendiéndolas bien, penetrándose de su patético sentido, es por lo menos frivolidad mofarse de ellas. Quédese esto para los que van a la iglesia como al teatro, que son, en realidad de verdad, porción no pequeña de los católicos más católicos a su modo, con falaz creencia de los labios, de rutinario entendimiento y corazón vacío.”*⁹⁷⁷

El texto continúa analizando las causas del deterioro de la liturgia, mostrando así el vivo interés de Don Benito por ella.

De parecido tenor es la experiencia que se atribuye a Ángel Guerra, ya convertido y bien integrado en el clima orante de la catedral de Toledo:

*“Por la mañana no perdía nunca la misa conventual, tan hermosa, tan solemne, en aquel Presbiterio que parece la expresión más poéticamente sensible de todo el dogmatismo cristiano. Y mañana y tarde, las horas de Prima, Tercia y Nona en el Coro le producían arrobamiento y emociones deliciosas, siguiendo en su libro las letras de las antífonas y salmos...”*⁹⁷⁸

El personaje —ex militar, revolucionario, aventurero, rico, enamorado— no era precisamente un tipo predispuesto a las emociones religiosas ni practicante de ellas; al crear la novela ese proceso de conversión nos da también la impresión de ser el escritor quien habla de sí mismo, al menos en gran medida.

La novela describe detenidamente las vivencias del protagonista al participar en la celebración solemne de la Eucaristía. Y éstas alcanzan su nivel más elevado en la liturgia de la Misa Crismal del Jueves Santo (que parece confundir en algún momento con el inicio de la procesión del Corpus).

“El acto resultaba lento, teatral, deslumbrador. Pero como grandiosidad patética, nada podía compararse a la procesión, con el incomparable himno ‘Pange lingua’. Allí se sintió Ángel en la plenitud de su vocación eclesiástica, se reconoció definitivamente admitido en el apostolado de Cristo, y digno de que a sus manos descendiera el cuerpo vivo del Redentor. Desprendido ya de las últimas costras, de la materialidad terrestre, era todo espíritu, todo amor a Dios Omnipotente y a su hechura la mísera

⁹⁷⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, o.c., pág. 266

⁹⁷⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*, vol. II, o.c. pág. 382

*humanidad redimida. Al concluir la ceremonia, delante del Monumento alumbrado con millares de luces, y que fulguraba en el fondo de la nave oscura, entre terciopelos de color de sangre cuajada, hallábase como suspenso, respirando en esferas y regiones muy distintas de las humanas.”*⁹⁷⁹

El texto, no exento de cierta crítica a la religiosidad popular y a la exaltación del protagonista, expresa una notable valoración del hecho eucarístico.

Parece indudable que Galdós conoce y estima la dinámica más bella de la celebración litúrgica, incluido el canto coral del Oficio de las Horas y los grandes oficios de la Semana Santa realizados a la perfección. A finales del siglo XIX era impensable hablar de una reforma de la liturgia en uso; por ello resulta aún más notorio el hecho de que el escritor reclame para las celebraciones de la iglesia la sencillez y sobriedad conjugadas con la verdadera estética que acompaña a la dinámica interna de la liturgia cristiana.

1.3 Valor de la Comunión y del Viático.

Desde siglos tempranos la vivencia eucarística en el pueblo cristiano (y en la teología) experimentó una serie de trasposiciones conceptuales y prácticas respecto a la Iglesia primitiva y a los Santos Padres. La reunión y comida fraternas de la Cena del Señor se convirtió en rito y objeto sacros. El culto y veneración de la sagrada Forma empezó a constituir el eje de esa vivencia.

En la espiritualidad eucarística se situó, como centro de la misma, el acto primordial de comulgar la Hostia consagrada (o, en su lugar, adorarla); esto, de forma periódica (más que frecuente) y, en particular, antes de morir, al modo de Viático y de preparación estimadísima para esa hora amarga. Como es obvio, esta práctica venía revestida de notable importancia por los familiares y por el pueblo en general, no sin una fe profunda.

Pues bien, la narrativa galdosiana se hace eco de todo ese pensamiento, dándolo por supuesto en bastantes escenas y describiéndolo con detenimiento en muchas páginas. En ese momento el texto (el narrador) adopta una actitud de hondo respeto y de emoción. El comentarista profesor Ruiz Ramón (repetidas veces citado) expresa esta idea con acierto: *“En todos los pasajes donde Galdós cuenta la llegada de los Santos Sacramentos a las moradas de un agonizante —y son muchos estos pasajes— hay siempre en su pluma un respeto y una emoción que no son sólo profanos, sino sustantivamente religiosos.”*⁹⁸⁰

Entre las páginas más patéticas y explícitas están, por una parte, las que narran la llegada del Viático a casa de Ángel Guerra, moribundo, y, por otra, las que reseñan la

⁹⁷⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *idem.* pág. 547

⁹⁸⁰ RUIZ RAMÓN, FRANCISCO, *Tres personajes galdosianos...* o.c., pág. 213. Nota 75

negación de la Comunión al anciano Patricio Sarmiento a punto de ser ajusticiado. La primera constituye el final de la extensa novela: *“Los fieles de Turleque, que acompañaban el Viático, prorrumpieron en llanto al saber que habían llegado tarde. Mancebo apenas podía tenerse en pie...”*; uno de los asistentes, al salir a la calle, da la triste noticia a Lucía, pobre ciega que aguardaba allí: *“-Lucía, hemos perdido a nuestro divino señor (por Ángel)”*, y ésta le responde: *“Lo sabía. Poco antes de llegar el Señor (el Viático) vi que el amo se transportaba. Se encontraron un poquito más allá de la puerta, y juntos se subieron. Recemos, por él no, por nosotros.”*⁹⁸¹ Con estas líneas (y su referencia a la Eucaristía) finaliza la admirable epopeya religiosa de *Ángel Guerra*.

Hermosa es también la descripción del clima que introduce la llegada del Viático a la enferma Mauricia, coprotagonista de *Fortunata y Jacinta*, verdadera heroína popular que acompaña al drama de Fortunata:

*“Llegó el momento hermoso y solemne. Oíase desde arriba el rumor popular; y luego, en el seno de aquel silencio que cayó súbitamente sobre la casa como una nube, la campanilla vibrante marcó el paso de la Comitiva del Sacramento. El altar estaba hecho un ascua de oro con tantísima luz, que reflejaba en el talco de las flores. Había sido entornada la ventana, y todos de rodillas esperaban... Arrodillóse ante el altar, y allí estuvo rezando un ratito. Mauricia estaba en aquel instante blanca, diáfana, y sus ojos entornados y como sin vida miraban al sacerdote y lo que entre sus manos traía... El cura dijo: Corpus Domini Nostri.”*⁹⁸²

La realidad honda de lo que significa la comunión del Cuerpo del Señor en esos momentos la expresan acertadamente –y con la llaneza y metáforas propias del argot marinero– los dos viejos marinos José Binondo (que está moribundo) y su amigo Diego Ansúrez. *“Ya mis algibes están llenos del agua limpia de la verdad..., y para esto se vaciaron del agua corrompida de la mentira”* –dice Binondo–; y Ansúrez añade: *“-Ya sé, ya sé...Estás en franquía para vida mejor,... ya has comulgado, ya tienes el práctico a bordo.”*⁹⁸³

⁹⁸¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*, vol. II, o.c., pág. 651

⁹⁸² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*, Vol. II. O.c., pág. 188-189 Otra descripción bella es la recepción del Viático por Teresa Villaescusa, que aparece en el Episodio Nacional *Prim*, (PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c., pág. 72); o por Francisco Torquemada: *“La entrada del Viático produjo en todo cuanto contenía quella cavidad de aquell morada de príncipes, en todo absolutamente, personas y cosas, rte y humanidad, una emoción profunda. Al penetrar la majestad Divina en la alcoba, la emoción total fue más intensa. Al recibir a Dios, Don Francisco Torquemada, marqués de San Eloy, parecía otro. No era el mismo de antes.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada y San Pedro*, o.c., pág. 643).

⁹⁸³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La vuelta al mundo en La Numancia*, o.c., pág. 76 En el Episodio *Montes de Oca*, narrando la muerte de Rafaela, la mujer amada por Santiago Íbero, se dice que *“Se le administraron los Santos Sacramentos en primeros de mayo...y en el acto del Viático edificó a todos por su piedad”*. (PÉREZ GALDÓS, BENITO, o.c. pág. 149)

Es decir, Galdós trata siempre con una gran veneración, incluso con cariño, ese traslado emotivo de la Hostia consagrada hasta la cama del enfermo para que éste la comulgue y muera en la paz de Dios.

En contexto muy diferente, cuando va a narrar la ejecución del anciano Patricio Sarmiento, dentro de la dramática descripción que ya conocemos, este personaje –tan querido para el escritor– expresa su deseo vehemente de recibir la Comunión: *“He deseado ardientemente recibir la Eucaristía, y si no la recibí ha sido porque no han querido dármela”*.⁹⁸⁴ Efectivamente, ésta le es negada por los sacerdotes que lo asisten (preocupados tan sólo de que haga una correcta confesión):

“Ahora, Padre Alelí –dice Don Patricio–, espero que no tendrá vuestra paternidad reverendísima inconveniente alguno en darme el Pan Eucarístico. Bien se ve que puedo recibir a Dios dentro de mí. Estoy puro de toda mancha: soy como los ángeles”. A lo que el fraile responde: *“No podemos dar a usted la Eucaristía, desgraciado hermano.”*⁹⁸⁵

El texto tiene una dureza crítica tremenda; viene a ser, a la vez, una confesión de fe en el valor transcendente de la Comunión y un grito de denuncia de la terrible intransigencia sacramental que muestran esos clérigos.

Parecida situación es la que acompaña al inicuo ajusticiamiento de Doña María Griñó, anciana madre del general carlista Ramón Cabrera (*“Confesada, mas no comulgada, pues para esto no le dimos tiempo.”*).⁹⁸⁶

1.4 Crítica de los deterioros en la celebración de la Eucaristía.

Es frecuente que el pensamiento eucarístico de Galdós se revele con mayor desarrollo (e incluso contundencia) de forma indirecta; denunciando y criticando actitudes y comportamientos que pervierten valores humanos y cristianos inherentes a la realización de la Eucaristía; entre otros: el valor de la justicia, de la libertad, de la fraternidad, de la fe y la relación con el Dios cristiano... De este modo se aclara y realza, al mismo tiempo, la visión positiva que el autor tiene de esos valores.

A propósito de la celebración eucarística se describen, pues, y condenan usos y comportamientos de los actores de la misma que dañan la entidad de este misterio de amor y de gracia. En concreto:

⁹⁸⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*, o.c., pág. 220

⁹⁸⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*, o.c., pág. 216

⁹⁸⁶ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La campaña del Maestrazgo*, o.c. págs. 52 y ss. La narración responde al hecho histórico del que fue responsable el gobernador militar, Gaspar Blanco, que no concedió el indulto a pesar de las muchas peticiones que recibió en ese sentido.

La más grave perversión de la Eucaristía es denunciada aludiendo a las misas que se realizan en los locales de la policía gubernamental, que sirven a la vez de lugar de represión y de juicio sumarísimo de quienes son condenados por liberales. Ese culto en el que se invoca al Espíritu Santo para que avale las sentencias injustas tiene un carácter absolutamente sacrílego y manipulador.⁹⁸⁷ El mismo carácter de profanación terrible de la Eucaristía es el que se atribuye a la celebración de la misa que realiza el despótico y sensual arcipreste Don Juanondón que, además, obliga a asistir a ese acto a Donata, la joven que él tiene esclavizada y a todas las mujeres de su harén disimulado.⁹⁸⁸

Queda patente que vincular la Eucaristía a la injusticia (del tipo que ésta sea) es uno de los más graves atentados contra ese Misterio de Amor. En *El abuelo* se vuelve a denunciar una situación parecida a propósito de la propuesta religiosa que se hace al Conde de Albrit. Este noble ha sido encerrado a la fuerza y con engaño en un monasterio por instigación de su nuera (a la que el Monasterio debe favores); es decir, ha sido privado de libertad, acusado de locura por su carácter independiente y libre, y esto con la complicidad de todos. El Prior quiere paliar el atropello ofreciéndole el pacífico clima religioso monástico, pero el caballero reacciona enérgicamente contra esa falacia:

*“No me hable usted de Religión, aquí no la quiero. ¡Aquí donde tendría que oír las misas que dice usted con ese cáliz! Del cáliz nada tengo que decir, porque está consagrado... ¡Qué culpa tiene el pobre cáliz! Pero la misa..., usted..., ese tal! No, no quiero estar preso. ¿Quién es esa para encerrarme a mí? ¡Y el Prior de Zaratán es su cómplice; el Prior de Zaratán dice misa en su cáliz. El Prior de Zaratán se presta a ser mi carcelero... para que yo no descubra la verdad odiosa!.”*⁹⁸⁹

Desde otro punto de vista Galdós advierte el grave y pecaminoso error que supondría para un sacerdote compaginar su condición sagrada con una activa y apasionada militancia guerrera. Describe así la angustia que embarga al atormentado José Fago y que finalmente le impide celebrar (cuando acaba de capturar al enemigo un cañón que debe transportar al cuartel general carlista).⁹⁹⁰ Es admirable el análisis de la crisis interior que acompaña a este sacerdote ya conocido.

⁹⁸⁷ “Todas las mañanas, antes de reunirse, ponían una misa llamada de Espíritu Santo, sin duda porque era celebrada con la irreverente pretensión de que bajara a iluminarles la Tercera Persona de la Santísima trinidad. Por eso deliberaban tranquila, rápidamente y sin quebraderos de cabeza. Todos los días, al dar la orden de la plaza y distribuir las guardias y servicios de tropa, el Capitan General designaba el sacerdote castrense que había de decir la misa de espíritu Santo. Esto era como la señal de ahorcar.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El terror de 1824*, o.c. Pág. 192)

⁹⁸⁸ Ver PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Carlos VI en la Rápita*, capítulos XIX y XX, o.c., págs. 131 a 145

⁹⁸⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El abuelo*, o.c., pág. 178

⁹⁹⁰ El cura de Larza propone a Fago que celebre la misa para festejar la captura del cañón: “Hablando, hablando, propuso a Fago que, para festejar dignamente la feliz llegada del cañón, dijese misa: y si al pronto el aragonés no rechazó la idea, luego sintió en su alma secreta repugnancia de celebrar: no se creía digno; no se encontraba en la disposición de conciencia que el acto requiere; y al suponerse

Otro deterioro frecuente y repetidas veces criticado respecto a la celebración de la Eucaristía es la suntuosidad tan opuesta a la Cena de Jesús y a la Fracción del Pan de las primitivas comunidades cristianas. Se denuncia con claridad el desafuero de multiplicar en ella el número de clérigos asistentes, la selección de altos cargos eclesiásticos que la realcen, la profusión de cantores, los banquetes adjuntos y los cuantiosos gastos que se derrochan con esta ocasión. Interesantísima es la crónica que hace de una de estas celebraciones la Marquesa de Suriñán, precisamente con motivo del funeral por una persona que después resultará no haber fallecido aún.⁹⁹¹

En fin, también en tono de crítica, se recuerda que la Comunión tenía con frecuencia el aspecto de cumplimiento obligado de un rito, por Pascua de Resurrección o - muy conveniente y apremiado- en determinadas festividades mayores. *“Hija mía –dice Don Juan de Lantigua a su hija Gloria-, otros años has recibido a Dios el día de Santiago. ¿Hace mucho que no cumples el precepto?. –Desde Pascua –responde la joven palideciendo–”*⁹⁹² Esta indebida presión moral introduce en el texto a otra grave injerencia en las conciencias: el apremio de confesarse.

Un asunto delicado – y todavía actual- en referencia a la Eucaristía es el del “encargo de Misas” con el pago y cobro consiguiente. Práctica que mejoraba la modesta economía de muchos presbíteros y que satisfacía inquietudes espirituales de solidaridad (o de endeudamiento) de bastantes cristianos respecto a sus difuntos o que podía ser el remedio esperado de necesidades.

Este uso secular no cabe duda de que se halla en la frontera del pecado de simonía (obtener bienes espirituales a cambio de dinero). Galdós aborda la cuestión sin entrar directamente en ella, pero dejando constancia de su extrañeza y del trato injusto discriminatorio que puede seguirse de la misma. Los ricos tienen acceso a este privilegio (hemos aludido a la fastuosidad bien pagada de la celebración que aparece en el Episo-

revestido ante el altar, se le contraía el corazón y se le enfriaba toda la sangre... Provenía la tristeza de Fago de una repentina intranquilidad de su conciencia. Todo aquello que hacía, ¿no era contrario a la ley de Dios?” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zumalacárregui*, o.c., págs. 90 y 91)

⁹⁹¹ Tras haber despotricado suficientemente del pretendido difunto continúa escribiendo así la Marquesa: *“Ayudados por nuestro buen amigo y capellán el párroco de esta villa, que deploraba no tener a su disposición todo el golpe de clerecía que para el caso era menester, expedimos propios a Tarazona y Calahorra solicitando la asistencia de los excelentes amigos de la casa en aquellas insignes diócesis, y gracias a esto hemos tenido la satisfacción de ver en nuestra parroquial de San Juan veintitantos señores canónigos, abades y racioneros, sin contar con los cantores y músicos que reunimos, agregando a los de aquí los de la colegial del Santo Sepulcro de Tarazona. Con tal concurso de señores sacerdotes ya puedes figurarte la magnificencia de las honras y la edificación y devociópñ con que asistió todo el pueblo...”* Y sigue, más adelante: *“Rodrigo me ha dicho que sólo la traída de los cantores de Tarazona y el emolumento de los de aquí monta mil trescientos veintisiete reales... A este respecto, figúrate lo demás. He tenido que poner mesa para todos los señores dignidades, canónigos y racionesros...”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La estafeta romántica*, o.c., pág. 16 a 18)

⁹⁹² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, o.c., pag. 163

dio *La estafeta romántica*.) Pero, supuesto que haya que aceptar el estipendio por Misas (en la obra galdosiana), lo que resulta injusto es que al pobre Nazarín muerto de hambre ninguna iglesia ni parroquia le dé estipendios y, en consecuencia, como todas las Misas se celebraban por intenciones pagadas, tampoco se le permita celebrar la Eucaristía en ninguna parte. Es interesantísima la narración de este hecho en en cap. 6 de la IIª parte de la novela; narración que omitimos por brevedad.⁹⁹³

Con independencia de los deterioros mencionados respecto al sacramento eucarístico, queda claro también –para Galdós– que el modo habitual de realizar la celebración del mismo en las iglesias deja mucho que desear. Tal vez el autor expresa sólo una intuición o una impresión (sin reflexión teológica añadida); pero, criticando tal uso y distanciándose del lenguaje popular tan equívoco, se aproxima a una idea mucho más justa del sentido y de la liturgia de la Eucaristía. En concreto, parece resultarle desagradable la expresión *oir misa*; y, sobre todo, le molesta el hecho de la sucesión ininterrumpida de misas en las iglesias (a veces montándose unas sobre otras en diversos altares).⁹⁹⁴

2. El Sacramento del Perdón en la obra de Galdós.

Es bastante evidente que a Don Benito le preocupaba el tema de la confesión y del sacramento del perdón o de la penitencia, habituales en la espiritualidad católica. Esta inquietud se refiere a todos los aspectos desde los que tal práctica puede considerarse; por tanto, incluye la perspectiva teológica de la misma.

Es cierto que se detiene más al describir la dimensión liberadora aneja a una sincera confesión de los pecados y errores cometidos, haciendo referencia a la valoración terapéutica de ese acto. Pero también se adentra en el misterio sacramental del reencuentro con Dios y de la gracia divina.

Lo que parece ausente en su consideración es la idea de penitencia (de imposición y cumplimiento de alguna práctica penitencial). No se habla del sacramento de la penitencia sino sólo de la confesión, e implícitamente del sacramento del perdón. Le basta el arrepentimiento y la manifestación oral de los pecados. Añadiendo, en ocasiones, particularidades significativas que orientan la mirada hacia la práctica de la confesión y el perdón en los primeros siglos del cristianismo.

⁹⁹³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Nazarín*, O.c., pág. 76

⁹⁹⁴ Entre otros textos, en la novela costumbrista (o, más bien, realista) *La desheredada* escribe, refiriéndose a la protagonista: “*Las campanas dijeron algo a Isidora y entró a oír misa en San Luis, en cuya escalerilla se estrujaba la gente. Dentro, las misas sucedían a las misas, y los fieles se dividían en tandas. Unos se marchaban cuando cuando otros caían de rodillas. Allí se persignaba una tanda entera, aquí se ponía en pie otra, y las campanuillas, anunciando los diversos actos del sacrificio, sonaban sin interrupción.*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La desheredada*. Cátedra. Madrid 2011. Págs. 170-171)

2.1 Valor de la confesión de pecados y de errores culpables.

La práctica de la confesión a un presbítero es imprescindible en determinados momentos, al menos para personajes especialmente cargados de culpas o de angustias. Por muy dura que sea, es la condición indispensable para que esa persona recupere la armonía y la paz, sobre todo en el trance de muerte.

a) Son múltiples las narraciones del acto de confesión sacramental que aparecen en las obras de Gldós.

El personaje Pepe Carrillo, en la novela *Lo prohibido*, es visto por el autor con benevolencia; quizás porque se trata de un tipo inocente y porque está siendo engañado por su esposa y por su amigo José María Bueno de Guzman. Pues bien, en el momento final de su enfermedad le pide a éste angustiadamente que le traiga un sacerdote para confesarse antes de morir.⁹⁹⁵ Con la misma ansiedad lo reclama la mártir Fidela del Águila en la últimas páginas de *Torquemada en la cruz*.

En el Episodio *España sin rey* el autor dedica un capítulo entero –el XV– a la confesión que hace el curioso caballero Don Wifredo, también arrepentido, por consejo de su amigo sacerdote Pedro Vela. Este cuidadoso análisis –al que ya aludimos anteriormente– lo prepara como “*arreglo de su conciencia*”; tiene el aspecto de reconocimiento de la verdad fundamental de su vida, y lo estructura en dos partes que titula respectivamente “*pecados*” y “*tristezas*”. Va profundizando en él durante días, y, al final, lo convierte en confesión sacramental: “*Viendo Don Pedro Vela que el amigo se hallaba ya restablecido de sus achaquillos cerebrales y bien preparado de conciencia, determinó que no se dilataste más el acto de confesión. De acuerdo ambos en el lugar y la hora...*”⁹⁹⁶ Después, el acto de la confesión oral no llega a producirse por una serie de circunstancias que se interponen y por la alteración nerviosa del personaje, un tanto desquiciado de amores; pero lo revelador del texto es la importancia que el autor concede al reconocimiento humilde y sincero de las propias faltas y de los errores que gravitan sobre una vida.

Con acento desgarrado y quizá desesperanzado se narra la confesión de Don Fernando Navarro (Garrote), hecho prisionero por el ejército liberal y condenado a muerte. Este hombre ha cometido toda clase de injusticias, que pesan ahora sobre él abrumadoramente, especialmente cuando encuentra al hijo ilegítimo que él abandonó y que se le presenta como librepensador; interpretando esa situación como justo castigo por sus desórdenes.

⁹⁹⁵ “José María, tú que eres tan amable, tan complaciente, tráeme un cura –dice Carrillo–. Mira que esto va de veras, y tengo en mi conciencia cosas que quisiera dejar aquí. Si no me confieso, sobre tu conciencia va; y si me cocarga con la responsabilidad... Ahora mismo. Mañana ya no habrá tiempo.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Lo prohibido*, o.c., pág.218)

⁹⁹⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *España sin rey*, o.c., pág.110

*“Toda su vida pasada, sus culpas, sus glorias se le pusieron delante, juntamente con el infeliz joven cuyo nombre acababa de saber. Veía tan claro el designio de Dios que hasta con los ojos del cuerpo estaba viendo al mismo Dios delante de sí, grave, ceñudo, majestuoso y admirablemente sobrenatural y divino. El anciano se prosternó en tierra y, apoyando sobre las frías baldosas su ardiente cabeza, dijo en voz alta: ‘¡Señor, Señor, lo merezco! ¡He sido un miserable!’”*⁹⁹⁷

La confesión prosigue a lo largo del capítulo XVII, sin que el penitente alcance la paz. No obstante, sin variar la situación, la paz interior llegará más adelante (aunque con muchas dificultades) al realizar una verdadera confesión sacramental con el sacerdote Respaldiza. El sacerdote lo conforta con estas palabras: *“Execrable es todo eso, pero el arrepentimiento es sincero, y por grandes que sean las culpas de los hombres, mucho mayor es la misericordia de Dios.”*⁹⁹⁸ El autor parece querer decirnos que en ese momento crucial de la existencia lo único que cabe hacer es confesar la propia penosa historia, con independencia de los resultados anímicos que procure tal acto.

Y lo mismo sucede con la confesión de Gloria, angustiosamente dividida –rota por la oposición entre su conciencia religiosa y el amor fiel a la persona que ama.⁹⁹⁹

Más liberadora es la confesión de Abelarda en la novela *Miau*¹⁰⁰⁰, e incluso la que realiza Pedro Polo ante el Padre Nones.¹⁰⁰¹ Y sin dramatismo alguno se describe el acto de confesión que va a realizar Ángel Guerra (y que no culmina por la desagradable sorpresa que le produce el encontrarse con un confesor inesperado y nada grato).¹⁰⁰²

b) Añadiremos algunas otras citas en los análisis siguientes. La conclusión que se deduce de la lectura de todas estas páginas de la obra galdosiana es doble: por una parte, la transcendencia de la confesión sacramental para el equilibrio y la autenticidad de

⁹⁹⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El equipaje del rey José*, o.c. págs. 115-116

⁹⁹⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *El equipaje del rey José*, o.c., pág. 134

⁹⁹⁹ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Gloria*, o.c., pág. 165. Terminada la confesión, el confesor Don Ángel Lantigua, obispo y tío de la joven, le dice trágicamente: *“Hija mía, no puedo absolverte”*.

¹⁰⁰⁰ *“El mismo sentimiento religioso que se amparaba de su alma le inspiró la solución, y a la mañana siguiente de pensarla acercóse al confesionario y le contó al cura lo que le pasaba, añadiendo pormenores que al sacerdote no le importaba saber. Después de la confesión se quedó la insignificante muy aliviada y con el espíritu bien dispuesto para lo que pudiera sobrevenir.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Miau*, o.c., pág. 262)

¹⁰⁰¹ *“Polo declaró todo con sinceridad absoluta, no ocultando nada que le pudiera desfavorecer; habló con sencillez, con desnuda verdad, como se habla con la propia conciencia.”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tormento*, o.c., pág. 135)

¹⁰⁰² *“Fue, sin duda, un caso interesante, con su granito de sal cómica, y la verdad impone la obligación de decir que Leré no pudo tener la risa al oír el relato. Y prosigue el texto, hablando Ángel: Pues hallábame, a mi parecer, perfectamente dispuesto para un acto tan grave... Examinada la conciencia desde la época de la niñez... No me faltaba más que vencer la inercia moral, ahogar el falso pundonor que nos prohíbe humillarnos. Creyendo haberlo conseguido, ayer tarde me fui a la Catedral con propósito firme de confesarme. Hasta entonces todo iba bien; pero...”* (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra. Vol. II*, o.c., pág. 380).

la persona, su inmenso valor liberador y, a la vez, de salvación trascendente; por otra, el fuerte dramatismo que la acompaña cuando deja de ser un acto religioso rutinario y afronta la verdad de sí mismo, sin paliativos. En ocasiones, también la tremenda conmoción interior que supone. También (en la confesión de Torquemada) la crisis de ambivalencia: la voluntad de enmendarse y, al mismo tiempo, el rechazo visceral de la enmienda.

Además de estas consideraciones conviene señalar que bastantes de los protagonistas de las obras (Luis Santorcaz, Salvador Monsalud, Sola, Fago, Santiago Íbero padre, Mauricia, Fortunata, Benigno Cordero, etc.), aun cuando no lleguen a realizar el rito del sacramento del perdón, se detienen en un momento dado de sus vidas a reconocer los errores y faltas que han cometido; y esto lo hacen con la conciencia de cumplir una condición indispensable para convalidar la existencia.

En todos los casos mencionados el resultado de una sincera confesión (generalmente ante un presbítero) es la paz y la elevación interior. El narrador describe –como síntesis de otras– la vivencia interior de la querida y atormentada Amparo después de haberse confesado:

*“Cuando se retiró del confesonario sentía gran alivio y espirituales fuerzas antes desconocidas. Cómo se habían deslizado sus tenues palabras por los huequecillos de la reja, ni ella misma lo sabía. Fue encantamiento, o, hablando en cristiano, fue milagro. Asombrábase ella de que sus labios hubieran dicho lo que dijeron... El cura aquel, a quien la pecadora no vio, era muy bondadoso; habíale dicho cosas tremendas, seguidas de otras dulces y consoladoras. ¡Oh penitencia, amargor balsámico, dolor que cura.”*¹⁰⁰³

2.2 Valoración del sacramento del perdón en sí mismo.

Aunque la confesión –sacramental o no– tiene siempre el valor que hemos indicado en la obra de Galdós, resulta también manifiesta la fe en la densidad divina de esa acción: en el perdón de Dios, en la comunión con él, y en la fuerza sobrenatural que procura. Son bastantes las páginas que muestran esta visión teológica de la confesión hecha a un sacerdote; atribuyendo así mismo, en algunos casos una valoración semejante a la confesión que se realiza con otra persona no sacerdote.

La perspectiva teológica aparece en la fe de la citada Amparo:

“La feliz ocurrencia era llamar en su auxilio a la religión. Confesando su pecado ante Dios, ¿no le daría Éste valor bastante para declararlo ante un hombre? Claro que sí. Nunca había descargado ella su conciencia de aquel peso como ordena Jesucristo...Íría, si, resuelta y animosa al tribunal divino. Si ya sentía robustez de espíritu sólo

¹⁰⁰³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tormento*. O.c., págs. 185-186

*con el intento, ¿qué sería cuando al intento siguiera la realización de él?... Todo cuanto veía, todo, apoyaba su cristiana idea. El Cielo y la Tierra se trocaban en seres animados para aplaudirla y festejarla.”*¹⁰⁰⁴

Resulta importante el tono festivo con el que esta página considera el hecho de la confesión sacramental.

Tras una bella y patética conversación entre Fortunata y Mauricia gravemente enferma, la heroína de Galdós tranquiliza a la amiga, inquieta por su salvación: *“Dicen que aunque los pecados de una sean tantos como las arenas del mar... figúrate tú la cantidad de arenas que habrá en todita la mar; pues aunque los pecados de una sean más que las arenas, Dios los perdona cuando una se arrepiente de verdad.”*¹⁰⁰⁵

El autor aprovecha el texto para reafirmar su fe en el perdón incondicional de Dios a la persona arrepentida, más allá del acto sacramental de la confesión.

No obstante, a propósito del fusilamiento de los sargentos amotinados del cuartel de San Gil (ocurrido el 22 de junio de 1866), uno de los personajes, la maja madrileña Pepa Jumos cuenta así a Rafaela la confesión que ha hecho Simón Paternina, uno de los ajusticiados, novio de esta última:

*“No perdió en toda la noche el despejo, ni aquel ángel con que sabe hablar a todo el mundo. Se confesó como un cordero de Dios y encomendóse a la Virgen para morir como caballero cristiano... Va bien confesado; va con el alma tan limpia como los tuétanos del oro, y Dios le dirá: ‘Ven a mi lado, hijo mío, siéntate... Por eso, Rafaela, yo que tú, no me afligiría tanto.”*¹⁰⁰⁶

Galdós, que se identifica con estos tipos populares, humildes y auténticos, está expresando con ellos probablemente su propia visión de las cosas: ahora, en concreto, la honda teología sacramental que informa el acto de la confesión en estos casos.

2.3 ¿Retorno a la práctica primitiva eclesial del sacramento del Perdón?

Quizás lo más sorprendente —a propósito del sacramento del perdón— es que el autor contempla la posibilidad de que este misterio de la reconciliación sacramental tenga lugar también entre dos bautizados, sin que medie un presbítero; por tanto, más allá de la formalidad eclesial en uso. Esta idea era, sin duda, demasiado audaz para la teología del siglo XIX (aunque se aproximara a la práctica de la confesión y de la penitencia en los primeros siglos de la Iglesia).

¹⁰⁰⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tormento*, o.c., págs. 184-185

¹⁰⁰⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*, Vol.II, o.c., pág. 199

¹⁰⁰⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de los tristes destinos*, o.c., págs. 9-10

Varias páginas de sus escritos dejan entrever la propuesta de extensión sacramental de la confesión.

En momentos de excepcional solemnidad del relato el autor nos sobrecoge con una visión y una práctica del sacramento que rompe los esquemas conocidos del rito. El sacerdote José Fago, en una ocasión relevante del Episodio *Zumalacárregui*, dispuesto a oír en confesión a Don Adrián Ulibarri, pide que se inviertan allí los papeles, porque eso es lo que procede, lo único justo ante Dios. Él –el presbítero– es quien necesita confesarse y pedir el perdón divino escuchado de los labios y del corazón del penitente, que en ese momento se convierte en autoridad, en representante divino. Fago es capellán del ejército carlista, y Ulibarri es el alcalde que se negó a forzar a los hombres de su pueblo (para que se incorporaran a la facción carlista); y por eso lo van a ejecutar. Además, resulta que este noble aldeano es el padre de Saloma, la joven a la que Fago sedujo antes de convertirse y de abrazar el estado sacerdotal.

El texto es, sin duda, impresionante:

*“En este supremo trance, nunca visto, señor y padre mío –dice el presbítero–, yo me despojo de la autoridad que mi religión me da para perdonar los pecados, seguro de que Dios la trasfiere a Vd., haciendo del penitente el sacerdote. Hombre recto y cabal en todo tiempo, ahora es usted un santo. Ante el santo me humillo yo, y le pido perdón del agravio que le hice, pues no me basta haber descargado mi conciencia en otras ocasiones..., y de Vd. espera mi alma la paz que aún no ha logrado, señor...’. Levantose Ulibarri con soberano esfuerzo, pues el hombre parecía moribundo, y solto gravemente, con lentitud, estas patéticas expresiones: ‘José Fago, yo te perdono para que te perdone Dios... y me perdone también a mí’. Se abrazaron con efusión, y Fago le beso las mejillas y los cabellos blancos del infeliz alcalde de Miranda de Arga, que cinco minutos después era traspasado por cuatro balas de fusil.”*¹⁰⁰⁷

Quizá sea ésta una de las páginas más bellas y densas de pensamiento en la obra galdosiana.

En el mismo sentido de elevación espiritual, narrando *El terror de 1824*, discurre la confesión –ya citada– del viejo maestro Patricio Sarmiento, que va a ser también ajusticiado, pero esta vez por la policía de Fernando VII. O, en circunstancia tan distinta, la del marinero Marcial de la nave Santísima Trinidad, en *Trafalgar*.¹⁰⁰⁸

La genial Teresa Villaescusa dice así mismo a Santiago (Iberito):

“A mí me ha enseñado mi maestro Don Ramón Lagier que cuando tenemos el alma pesarosa, por culpas cometidas, no debemos esperar a encontrar cura, pues para esto cualquier persona natural es cura..., o, como quien dice, que el sacerdocio no debe

¹⁰⁰⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Zumalacárregui*. O.c. pág. 16

¹⁰⁰⁸ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Trafalgar*, o.c., pág.

*ser oficio de unos cuantos sino función de todos.” A lo que Santiago –más ortodoxo-objeta: “¡Valientes disparates te ha enseñado tu Don Ramón!”*¹⁰⁰⁹

La discusión entre ambos continúa, pero el autor ha dejado constancia de las ideas de Teresa.

En un contexto parecido María Ignacia le confiesa a su marido Pepe Fajardo: “Yo digo que la mujer casada no debe confesarse más que con su marido, si éste no es un *pillete*.”¹⁰¹⁰ Y, sin el matiz de la intimidad matrimonial, José Antonio de Urrea pretende hacer su confesión sacramental sólo con su prima la condesa Halma, Catalina de Artal (de la que ciertamente está enamorado); y esto aunque tiene cercano a Nazarín, sacerdote y amigo entrañable.¹⁰¹¹

No podemos afirmar que Galdós sostenga rotundamente la idea de una liberalización de la práctica del sacramento del perdón, un poco al estilo de los primeros siglos del cristianismo en donde no estaba perfilada la confesión individual al presbítero. Seguramente ignoraba aquel planteamiento. Pero lo que sí descubren sus textos es una tendencia a revisar la estrechez de los límites impuestos por la teología tridentina a este sacramento.

2.4 Sobre la práctica sacramental de la penitencia.

En general, las descripciones del sacramento del perdón dejan en buen lugar a los confesores cuando procede narrar este acto en la literatura galdosiana. Las actitudes del sacerdote Don León Pintado al confesar a Fortunata son un pequeño tratado de buen hacer pastoral, aunque la teología quede un poco chapada a la antigua:

“Como no tenía nada de gazmoño, la confesión concluyó por ser un diálogo de amigos. Dióle consejos sanos y prácticos, hízole ver con palmarios ejemplos, algunos de orden humorístico, la perdición que trae a la criatura el dejarse mover de los sentidos, y le pintó las ventajas de una vida de continencia y modestia, dando de mano a la so-

¹⁰⁰⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prim*, o.c., pág. 181

¹⁰¹⁰ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Narvárez*, o.c., pág. 97

¹⁰¹¹ “-Yo quiero confesar hoy, verás. -Pero, hijo -le dice Catalina-, vale más que se lo cuentes a un confesor. Por mí tus pecadillos están perdonados. Falta que Dios te los perdone. -Yo no tengo que buscar más perón que el tuyo. -Eso, casi, casi, es una irreverencia. Y termina Urrea: -Tú eres mi confesor, mi altar... -Calla, y no digas más desatinos.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Halma*, o.c., pág. 151)

Casi idéntica es la pretensión de Ángel Guerra de que sea Leré (su maestra espiritual) quien oiga su confesión y lo absuelva: “¿Me lo perdonas tú? -le dice Ángel-. ¿Yo (riendo)? ¿Acaso soy sacerdote?... “Pero eres sacerdotisa -replica el protagonista- y vas en camino de la santidad. Si yo tuviera fe en ciertas cosas, primero me pondría de rodillas delante de ti para que me echaras la absolución, que ante el Papa.” “No diga usted herejías, por Dios” -exclama Leré-. (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Ángel Guerra*. Vol. I. o.c., pág. 144)

*berbia, al desorden y a los apetitos. Descendiendo de las alturas espirituales al terreno de la filosofía utilitaria, Don León demostró a su penitente que el portarse bien es siempre ventajoso, que a la larga el mal, aunque venga acompañado de triunfos brillantes, acaba por infligir a la criatura cierto grado de penalidad sin esperar a las de la otra vida, que son siempre infalibles... Por fin, encomendóle la devoción de la Santísima Virgen como un ejercicio saludable del espíritu y una predisposición a las buenas acciones. La penitente se quedó muy gozosa, y el día que hizo la comunión se observó con una tranquilidad que nunca había tenido.”*¹⁰¹²

El mismo tono de cordial y clara actitud se atribuye a Don Juan Manuel (el Padre Nones) en la difícil confesión que hace con él Pedro Polo. Dice el texto que el confesor comienza así: *“Empecemos por echar un cigarrito”*; y, después de dejar hablar al penitente todo lo que le ha hecho falta, *“volvió Nones a sacar la petaca y dijo con inalterable sosiego: Bueno, ahora me toca hablar a mí...”*

Las reflexiones del sacerdote a Polo se exponen a lo largo del capítulo 18 de la obra, con una extraordinaria agudeza y sinceridad, conduciendo al penitente hacia la única salida que puede salvarlo.

*“Dos males veo en ti: el pecado enorme y la enfermedad del ánimo que has contraído por él. El uno daña la conciencia, el otro, la salud. A entrambos hay que atacar con medicina fuerte y sencilla. Sí, Perico, sí (Voz alta y robusta); es indispensable cortar por lo sano, buscar el daño en su raíz, y ¡zas!, echarlo fuera. Si no, estás perdido. ¿Qué esto te dará un gran dolor? (Voz aflautada y blanda) Pues no hay más remedio que sufrirlo.”*¹⁰¹³

El pecado y el mal del sacerdote Pedro Polo ya lo conocemos (hablamos de ello antes), y por eso tenemos que convenir en que el Padre Nones –Galdós- está muy en lo cierto.

En el drama *Mariucha* asistimos a la confesión que realiza León con el sacerdote Don Rafael (en la presencia -admitida por los dos- de la prometida María, que apoya espiritualmente a su novio, y en el campo, bajo el árbol grande de la Ermita). También aquí sorprende la lucidez del penitente (*“Abierta está mi alma a los ojos de Dios. Los de usted también han entrado en ella”*) y la serena clarividencia del confesor con su juicio justo y misericordioso en nombre de Dios.¹⁰¹⁴ Juicio exento, además de cualquier presión externa o intento de manipulación de la conciencia (al imperativo Marqués de Alto Rey, que le pide que juzgue y condene a León, replica el sacerdote: *“No. Soy confesor, pero no abro las conciencias con llave falsa.”*¹⁰¹⁵

¹⁰¹² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Fortunata y Jacinta*. Vol I, o.c., págs. 656-660

¹⁰¹³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Tormento*, o.c., pág. 135-137

¹⁰¹⁴ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Mariucha*. Acto IV, escenas Iª y IIª, o.c. págs. 503-506

¹⁰¹⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Mariucha*, Acto III, escena VIII. O.c., pág. 499

Sin embargo, en algunas ocasiones, se describen prácticas menos o más desafortunadas. La menos grave sería la que realiza el confesor de Teresa Villaescusa (*“La confesó el padre Laforga, hombre para el caso y de manga anchísima, que hubo de perdonar a la pobre mujer todos sus pecados”*¹⁰¹⁶) La más grave parece, sin duda, consiste en negar la confesión a quienes lo piden en el trance de su muerte inminente; o el hacerla “deprisa y corriendo”; peor aún, con el terrible agravante de ser el confesor causante del juicio sumarísimo contra los reos.¹⁰¹⁷ Igualmente injusto –para el autor- es el adoptar una postura de juez rígido que condena, es decir, que niega la absolución del pecado (o de lo que estima como pecado); además, sin dar posibilidad de apelación. Ya aludimos a la confesión de Gloria y de Patricio Sarmiento.

Otro defecto que se señala es el abuso en el interrogatorio (algo que no forma parte del acto sacramental). De esto se queja María Ignacia, que se ve obligada a defenderse:

*“Yo de algún tiempo acá no le digo al cura más que lo que me parece. Ya te conté los disparates que me preguntó el de las Descalzas. Desde entonces hago mi composición y no me apuro por nada. ¿Y tú –le pregunta a su esposo Pepe-, cómo te las arreglas con don Sinforoso? ¿Es preguntón, es de los que se pasan de listos y quieren saber, a más de los pecados cometidos, los pecados probables...?”*¹⁰¹⁸

Pero es más grave lo que se insinúa en la novela *Lo prohibido*, en donde el sacerdote que acaba de oír en confesión a Pepe Carrillo (enfermo de muerte) parece revelar lo que el penitente le ha dicho, aunque lo hace de una manera velada. Por dos veces, hablando después con José María Bueno, ironiza sobre la situación irregular que éste mantiene con la mujer de Pepe, extremo que ignoraba antes de realizar el sacramento.

¹⁰¹⁹

A través de estas breves y significativas páginas aparece en Don Benito un suficiente conocimiento de la práctica pastoral del sacramento del perdón en la Iglesia que lo rodea; una práctica a la que, sin la menor duda, se siente afecto. Pero, sobre todo, emerge una visión lúcida de lo que debería ser este sacramento como servicio humilde, justo y necesario dentro del cristianismo (lejos de ser un instrumento de control e imposición moral y doctrinal). A la vez, denuncia la omnímoda facultad sacramental que no acierta a expresar el perdón incondicional de Dios.

¹⁰¹⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prim*, o.c., pág. 72

¹⁰¹⁷ “El mismo Padre Escoriuela, que le contó al General las picardías de los capitulados, se puso a confesarlos de prisa y corriendo. Pero como Don Ramón (Cabrera) quería llegar de día a Manzanera y no sobraba el tiempo, no confesaron más que los oficiales..., los soldados no.” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La campaña del Maestrazgo*, o.c. pág. 28)

¹⁰¹⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Narváez*, o.c., pág. 97

¹⁰¹⁹ Ver PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Lo prohibido*, o.c., pág. 219

3. Aproximación a la teología y pastoral del matrimonio en la obra de Galdós.

Don Benito, un gran amante de la mujer, no llegó a casarse. Sin embargo, nos deja la impresión de que toda su amplia producción escrita es una infatigable búsqueda de un matrimonio que pueda considerarse perfectamente logrado en la paz humana (en la relación válida y feliz) y en la paz de Dios, al margen y más allá de cualquier condicionamiento social o religioso.

Planteamiento general.

Los matrimonios ideales del mundo galdosiano, más bien escasos, cuando llegan a plasmarse, suponen largas e interminables esperas y la lucha por vencer dificultades casi insuperables. Deben transcurrir diez Episodios Nacionales para que se unan definitiva y felizmente Inés y Gabriel, Sola y Salvador, Demetria y Fernando, Gracia y Santiago...; y casi tanto para que lo logren María Ignacia y Pepe, Mita y Ley (cuarta serie de Episodios), Diego Ansúrez y Esperanza (quinta serie de Episodios), Clara y Lázaro (*La fontana de Oro*), Catalina y José Antonio (*Halma*), Rosario y Víctor (*La de San Quintín*), Electra y Máximo (*Electra*), María y León (*Mariucha*)... A estos matrimonios Galdós les otorga frecuentemente una valoración cristiana entitativa y cierta dimensión religiosa. Se trata de parejas y hogares firmes y estables y con una clara densidad cristiana; entendiendo por densidad cristiana no sólo la fe en Dios de los esposos, y la fecunda relación que colma las aspiraciones de uno y otro, sino también la configuración de un hogar abierto y servidor.

Un número mayor de familias (que aparecen en las obras galdosianas) muestra cierta convivencia de los esposos medianamente aceptable, sin manifestar verdadero amor; en éstas los varones son de edad madura y mantienen el estatuto dominante en el seno del hogar (al menos, de puertas afuera, ya que quien rige la vida doméstica es con frecuencia la esposa), y no dudan de calificar su matrimonio como católico.

Pero la inmensa mayoría de intentos de relación amorosa y estable de la pareja – de unión matrimonial lograda- quedan frustrados por las dificultades internas de las personas (incapaces de mantener fidelidad a la vida conyugal) o por tremendas o trágicas ingerencias externas que destrazan la posibilidad de relación. La mayor parte de novelas y de dramas testifican ese enorme fracaso de la realidad matrimonial. Desde *El audaz*, *Doña Perfecta*, *Gloria (y Rosalía)* y *La sombra* hasta *Fortunata y Jacinta*, *Lo prohibido*, *La de Bringas*, *La familia de León Roch*, *Tristana*, *Torquemada en la cruz*, *La incógnita*, *Los duendes de la camarilla...*, pasando por los dramas *Casandra*, *Bárbara*, *La loca de la casa*, *Los condenados...*, en todas estas obras se alza una duda radical sobre la viabilidad del matrimonio, dada la condición humana individual y dados los factores socia-

les que lo amenazan, siendo uno de los más fuertes la religión instituida. Las uniones o no llegan a realizarse, produciendo entonces, muchas veces, destrozos irreparables en la persona, o son de todo punto inhumanas y antinaturales.

Es de la mayor importancia señalar que al menos en seis obras clave de la creación galdosiana –en *Doña Perfecta*, *Gloria*, *Casandra*, *La familia de León Roch*, *Electra* y *Rosalía*– es la religión el factor que destruye cruelmente un matrimonio perfectamente posible. En todas esas tramas los oponentes son personas del mundo eclesiástico o de la burguesía católica. Sabemos que *Electra* hace referencia a un hecho real y concreto de la época. Es decir, el escritor está haciendo una grave advertencia al quehacer de la Iglesia respecto al matrimonio.

El matrimonio cristiano.

En ese panorama realista plural (y entristecedor) apenas encontramos una consideración verdaderamente sacramental del matrimonio, es decir, una idea de la vida conyugal y de la boda entre cristianos como algo referido de manera explícita y habitual al Dios de Jesucristo y a la tarea del Evangelio en medio del mundo. Quizás porque esta percepción del hecho matrimonial estaba muy ausente en la espiritualidad de los católicos del siglo XIX –y tal vez también de nuestros días–, quedando relegada la “boda en la Iglesia”, las más de las veces, a la cualificación canónica, a las exigencias contractuales de indisolubilidad, a la regularización de la unión entre bautizados, a una bendición nupcial y a la adquisición de un estatuto deseado por la sociedad.

Por eso sorprende aún más el que hallemos datos que manifiestan en el escritor una visión netamente cristiana y revolucionaria respecto al hecho en sí del matrimonio, exento de condicionamientos ajenos.

Por de pronto encontramos en las parejas indicadas al principio una perspectiva de vida conyugal y de familia basada en la existencia de virtudes cristianas, sobre todo en el amor mutuo, y dotada de alguna religiosidad positiva. Aparece claro en esos casos que el estado y la relación matrimoniales sólo tienen validez y sentido cuando se sustentan en un amor firme y estable, absolutamente fiel y respetuoso de la libertad y la dignidad personales.

Para el escritor esa realidad es posible, aunque ese nivel de solidez se vaya forjando y alcanzando lentamente, no sin crisis, a través de dolorosas pruebas y mediante una maduración de la persona. Así es el matrimonio de Pepe Fajardo y María Egipcíaca (cuarta serie de Episodios), de Victoria y Huguet, aun con muchas reservas en cuanto a su origen (*La loca de la casa*), de Teresa Villaescusa y Santiago Íbero hijo y de Lucila y Vicente Halconero (cuarta serie de Episodios), etc. Y así será el de Catalina de Artal y José

Antonio Urrea (*Halma*), aconsejados precisamente por Nazarín, frente a todo convencionalismo social.¹⁰²⁰

De manera explícita y rotunda Galdós va a considerar totalmente válidos y, a la vez, bendecidos por Dios y de signo cristiano a una serie de matrimonios que celebran los contrayentes solos, sin formalidad canónica y con la oposición social (que considera tal compromiso inexistente e irregular), movidos únicamente por un amor verdadero. Tanto en las novelas como en los Episodios y en el teatro esas narraciones alcanzan un clímax importante.

Como muestra documental recordemos los términos en que se celebra el matrimonio por poderes entre Demetria y Fernando, ausente este último por motivos de guerra. Actúa en nombre de él un matrimonio amigo de ambos, Valvanera y Juan Antonio, señores de Maltrana. (Fernando se mantuvo fiel a su apasionado amor por Aura, amor cada vez más imposible, hasta que consiguió superarlo dolorosamente; mientras Demetria, prototipo de mujer ideal, enamorada desde el principio de Fernando, siempre respetuosa de aquella relación y sin interferir ni en lo más mínimo en ella, esperaba en silencio.)

La narración del compromiso matrimonial, cuando ya ha surgido el amor mutuo, se transcribe en forma escénica:

“-Valvanera: Demetria, mi marido y yo hacemos formal entrega del corazón del hombre que amas, y por encargo de él te pedimos el tuyo para enviárselo, y él lo guardará hasta que uno y otro corazón puedan en la realidad de la vida juntarse y en uno solo refundirse.

–Demetria: Sea Dios testigo de que lo deseé siempre; y ayúdeme a sostener que si antes no pudo ser, ahora sí.

*–Juan Antonio: Esto es un casamiento por poder... No hay más garantía que la de nuestras conciencias; como éstas son muy puras, acordemos que lo que aquí se ate ningún poder humano podrá desatarlo. Os ponemos en las manos un mundo hermosísimo.”*¹⁰²¹

Demetria, figura femenina clave, alberga, además, una idea excepcionalmente abierta sobre la constitución del núcleo familiar, una idea de indudable corte cristiano, coincidente con la de aquellos pueblos cuya razón de supervivencia y de grandeza verdadera son los clanes familiares abiertos. Los hechos suceden así: ella con su padre y su hermana Gracia son liberados en Oñate por Fernando Calpena que los conduce hacia la casa solariega de la familia en La Guardia. Por el camino, huyendo de la guerra, muere el

¹⁰²⁰ Señala acertadamente ÁNGELES ACOSTA: “José Antonio de Urrea es el agente que pone en relación a Catalina de Halma con Nazarín y, a su vez, éste es el que le induce a casarse con el pariente. Halma burla a la sociedad casándose con él, pero lo asombroso es que se lo aconseje Nazarín.” en *Aspectos significativos de las novelas ‘Nazarín’ y ‘Halma’* (Actas del V Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, Cabildo Insular de Gran Canaria, pág. 25)

¹⁰²¹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Los Ayacuchos*, o.c., pág. 76

anciano padre, y sus hijas se ven obligadas a confiar su cuerpo a los pobrísimos aldeanos refugiados en las ruinas del monasterio de Aránzazu. Al despedirse de ellos Demetria hace este voto familiar:

*“Mi hermana y yo ofrecemos que si llegamos a La Guardia con vida y salud, estos pobres, a cuya cristiandad ofrecemos el cuerpo de nuestro padre... nosotras les agregaremos a nuestra familia, y cuidaremos de que tengan pan y vivienda segura. Estos son los honores fúnebres que las pobres huérfanas tributan al noble caballero cristiano Alonso de Castro-Amézaga.”*¹⁰²²

Es importante señalar que la celebración de ese matrimonio por poderes, al que se da plena validez y sacramentalidad, se celebra en la novela sin formalidad alguna canónica o eclesiástica. Nos da la impresión de que esto no es un olvido del novelista sino una toma de posición, porque en varias ocasiones más nos vamos a encontrar con uniones matrimoniales de hecho que, a pesar de su irregularidad oficial, son consideradas absolutamente válidas y bendecidas por Dios.

Pepe Fajardo, protagonista de la 4ª serie de Episodios, que ha asentado ya bien su matrimonio con María Ignacia, actúa ahora como referente y regularizador en conciencia de varias uniones oficialmente irregulares.

El caso más notable en este sentido es, sin duda, el de Virginia (Mita) y Leoncio Ansúrez (Ley) en cuya unión se detiene ampliamente la narración novelística. En realidad, el escritor ha dejado antes constancia implícita de que no se trata ahí de adulterio alguno puesto que ambas personas son libres, aunque oficialmente no conste así. Virginia fue casada a la fuerza y sin amor con Ernesto Rementería.

En términos simples lo que plantea Leoncio respecto a su matrimonio de amor es *“casarnos nosotros mismos y (después, cuando sea posible) echarnos las bendiciones”* Y Virginia interpreta la ayuda recibida de personas buenas como bendición de su situación: *“Pienso que Dios no está en contra mía, sino a favor; buena prueba me ha dado de ello.”*; y la única salida de la irregularidad en que se hallan es *“que reformen todo ese catafalco de la religión y la sociedad”*, es decir, la irresponsable aquiescencia de la iglesia respecto a la celebración de matrimonios de conveniencia.¹⁰²³

Virginia toma la decisión que el autor hubiera deseado que tomara Gloria, impedida ésta por una insuperable presión familiar y eclesial. La misma decisión que acompaña a Santiago Íbero (Iberito) y a Teresa Villaescusa cuando han encontrado mutuamente en ellos el verdadero amor. El problema es que se han unido sin bendición canónica y con

¹⁰²² PÉREZ GALDÓS, BENITO, *De Oñate a La Granja*, o.c., pág.215

¹⁰²³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La revolución de julio*, o.c., págs. 72. Más adelante el protagonista desarrolla su pensamiento: *“Por encima de mi familia está Ley y el amor que le tengo. Los padres son padres, y una les quiere porque a ellos debe la vida; pero sobre todos los amores está el del hombre que será padre de los hijos que una tenga... ¿No lo ha establecido así el mismo Dios? El amor entre hombre y mujer ha de mirar más a lo que ha de venir que a lo que pasó.”* pags. 200 y 206)

gran escándalo social. Ambos son también aconsejados por Pepe Fajardo, aunque quien les libera la conciencia y les otorga el *exequator* (la licencia matrimonial) es el liberal y sabio capitán de navío Ramón Lagier.

*“Yo no halló más inconveniente que la tristeza de tus padres por tu desvío –le dice a Iberito- Siempre verán con cristales de fanatismo tu casamiento libre; nunca con los cristales de la ciencia eterna, que dan al amor su verdadero tamaño... Ocasión es ésta de deciros una y otra vez a ti y a tu Teresa: Reconstruid vuestras personas con actos buenos, con actos independientes de los dogmas, y que arranquen de la pura conciencia. Los buenos espíritus vendrán a ti sin que tú los llames. En tus soledades y tristezas vuelve los ojos al mar, si tienes ocasión de verlo, y al cielo; ellos te darán la impresión de lo infinito. Ante lo infinito, eleva tu conciencia, y Dios será contigo.”*¹⁰²⁴

El texto, de sabor krausista, expresa bellamente la filosofía existencial y la teología que inspira las dos novelas a que nos referimos.

Situación parecida a la de las parejas mencionadas es la que viven Diego Ansúrez (también de la familia de los Ansúrez) y Esperanza, con un cierto agravante de irregularidad eclesial. Esperanza huyó del convento en donde se encontraba recluida a la fuerza, sin vocación religiosa. Al no recibir ella la dispensa de votos religiosos solicitada a los superiores, la pareja (que se ha encontrado y enamorado con posterioridad a la huida) se ve obligada a mantener una unión irregular que angustia la conciencia de ambos. A pesar de esto, los dos constituyen un verdadero matrimonio que mantendrán con mutuo y entrañable amor hasta la muerte prematura de Esperanza. Diego expresa con hondura el drama de esa relación:

“Culpa mía no es esto, y porque la culpa es del Papa y no mía, siento mi conciencia muy aliviada, pues hay cosas en que el deseo debe valer tanto como la ejecución... A pesar de la relativa serenidad que le daban estos razonamientos –continúa el narrador- Ansúrez no se veía libre de inquietud; el temor religioso iba ganando su alma... Se proponía practicar el culto, cuidar de sus relaciones con Dios hasta desenojarle.”

¹⁰²⁵

Más suerte tiene la pareja –también liberal- formada por María y León, en *Mariucha*, porque ellos sí encuentran el apoyo incondicional del sacerdote Don Rafael que bendice su matrimonio enfrentándose a todo el mundo, sin regularidad canónica alguna, pero con la bendición de Dios, acompañándolos en su soledad y ruptura con la familia y los poderes sociales. Aludimos a este caso en la primera parte del capítulo.

¹⁰²⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de los tristes destinos*, o.c. págs. 220-221

¹⁰²⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La vuelta al mundo en La Numancia*, o.c., pág. 37

Podría añadirse el caso de Amparo (liberada, al fin, del acoso del sacerdote Pedro Polo) que se une a Agustín y marcha con él lejos del contexto en que tanto ha sufrido.¹⁰²⁶

Pero quizás el caso más notable es el matrimonio que celebran (también a solas, contra el terrible poder de Doña Perfecta y sin más testigos que un crucifijo) Rosario y Pepe. El autor lo sitúa en un clima de intensa apertura a Dios y redacta uno de los textos más emotivos y solemnes de la novela:

-(Rosario): *“Señor que adoro, Señor Dios del mundo y tutelar de mi casa y de mi familia; Señor a quien Pepe también adora; Santo Cristo bendito que moriste en la cruz por nuestros pecados: ante Ti, ante Tu cuerpo herido, ante Tu frente coronada de espinas, digo que éste es mi esposo, y que después de Ti es el que más ama mi corazón; digo que lo declaro mío, y que antes moriré que pertenecer a otro. Mi corazón y mi alma son suyos. Haz que el mundo no se oponga a nuestra felicidad y concédeme el favor de esta unión, que ha de ser buena ante el mundo como lo es en mi conciencia. - Rosario eres mía –exclamó Pepe con exaltación-. Ni tu madre ni nadie lo impedirá. La prima inclinó su hermoso busto inerte sobre el pecho del primo.”*¹⁰²⁷

Creando impedir ese matrimonio, Doña Perfecta asesinará a Pepe, sin saber que los dos jóvenes están ya casados.

El mensaje de otra teología matrimonial.

¿Qué parece indicar el autor con tales narraciones?

Seguramente una firme convicción religiosa: donde existe amor verdadero -un amor que no dañe a nadie, sino que salva- y unión estable de la pareja, ahí hay verdadero matrimonio, por encima de cualquier otra condición, y esas personas están absolutamente cerca de Dios en ese acto contractual sin necesidad de otros requisitos (que podrán darse o no); Dios bendice la unión que se establece en una pareja sobre la base de tal amor. Por tanto, el carácter religioso y cristiano del matrimonio se funda originalmente sólo en la fidelidad y la entrega afectiva seria, haciendo relativa la importancia de las formalidades de expresión pública del contrato de convivencia y la aprobación social (dentro o fuera de la Iglesia).

En un contexto legal (o cultural y tradicional) en el que apenas existía la posibilidad del matrimonio sólo civil, es evidente que quienes no podían –o no deseaban- cumplir los requisitos canónicos, si se unían, estaban abocados a situaciones irregulares para la perspectiva católica y para la sociedad envolvente. Normalmente eran condenados sin paliativos por la sociedad burguesa. Y esta consideración es la que Don Benito denuncia como injusta por inhumana y cruel y fuera de derecho natural.

¹⁰²⁶ Ver el final de *Tormento* de B.P. Galdós.

¹⁰²⁷ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Doña Perfecta*, o.c., pág. 188

Todo lo que piensa, siente y pretende Rosalía de Bringas nos resulta insoportable; más aún el desprecio que muestra este personaje respecto a Amparo (la de *Tormento*) y Agustín Caballero (que se exiliaron a Francia para rehacer su atormentada vida) e invitan a su casa a los de Bringas. “¡Casarse!... No lo creas. Nada, viven como los animales. Es una indecencia que nos inviten a vivir en su compañía. Pues qué, ¿no hay ya distinciones entre las personas, no hay moralidad? ¡Creen que nosotros tenemos tan poca vergüenza como ellos!...”¹⁰²⁸ (Hay que recordar que quien habla, esta Rosalía, es para el autor, un personaje mezquino e infiel en su matrimonio).

A la inversa, lo que más ocupa la atención de Galdós es el fracaso matrimonial desde muchos puntos de vista. El fracaso de la relación de los cónyuges y, en ocasiones, la violación sacrílega del contrato matrimonial. Fracaso y violación que se explican frecuentemente por las injustas presiones bajo las que se ha realizado la boda. En estos casos –frecuentes en el mundo galdosiano porque frecuentes eran en la realidad– el autor niega o duda que haya habido verdadero matrimonio, aunque éste se haya celebrado canónicamente. Hace suya la amargura de Rafael del Águila por la boda impuesta a su hermana Fidela: “No, si ya sé que se trata de matrimonio en regla. Os vendéis, por mediación o corretaje de la Santa iglesia. Lo mismo da. La ignominia no es menor por eso.”¹⁰²⁹ Rafael, atormentado por ese atropello moral a su hermana, terminará por suicidarse.

Todo ello se opone a cualquier perspectiva cristiana.

Don Benito tuvo oportunidad de ver la representación de *El sí de las niñas* de Leandro Fernández de Moratín (1760-1828), todavía en la cartelera de algún teatro madrileño cuando el joven canario llegó a la capital. Participó en la crítica que se hacía al neoclasicismo de esta obra; pero es indudable que hizo suyas las palabras del personaje Don Diego en el acto tercero:

*“Ve aquí los frutos de la educación. Esto es lo que se llama criar bien a una niña; enseñarle a que desmienta y oculte las pasiones más inocentes con una páfida disimulación... Todo se les permite menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten; con tal que finjan aborrecer lo que más desean; con tal que se presten a pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrílego, origen de tantos escándalos, ya están bien criadas.”*¹⁰³⁰

¹⁰²⁸ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La de Bringas*. O.c., pág. 239

¹⁰²⁹ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Torquemada en el Purgatorio*, Alianza Editorial. Madrid 2008, pág. 187 (El matrimonio civil se derogó en 1870. Nota del autor).

¹⁰³⁰ FERNÁNDEZ DE MORATÍN, LEANDRO, *El sí de las niñas*. Acto III. (en *Literatura Española*, Fernando Lázaro Carreter, Anaya. Madrid 1988, pág. 176)

Don Diego toma aquí cuerpo en el maduro Benigno Cordero galdosiano cuando este honrado y amable comerciante descubre que la joven Sola con quien pretendía casarse ama a otro hombre; y, en consecuencia, Benigno renuncia a ese matrimonio que iba a ser forzado, aunque generosamente aceptado por Sola.¹⁰³¹

Sin duda, para Don Benito la verificación del número elevado de matrimonios contráidos por imposición familiar constituía una herida abierta en su sensibilidad. De otro modo no se explican buena parte de sus novelas y piezas teatrales. Esa situación no era para él humana ni cristiana. Significaba una violación de la persona y un desastre social; y, por supuesto, era causa de nulidad matrimonial. De tal forma que el supuesto de nulidad justifica, en ocasiones, el desarrollo de tramas noveladas más o menos románticas.

Tristana, La loca de la casa, Lo prohibido, La familia de León Roch, La de Bringas, Realidad y otras, dan fe de los planteamientos del autor.

El talante liberal aparece cuando se trata de afrontar la validez moral de una nueva unión matrimonial verificada sin divorcio previo ni declaración de nulidad. Lo que convalida esa convivencia es el hecho de darse ahora una relación de amor firme y liberadora del fracaso originado por una boda anterior realizada sin amor alguno e impuesta por circunstancias externas. Éste es el único caso (lejos de cualquier tipo de adulterio) en el que, aun dudando, Galdós reclama (incluso desde el punto de vista religioso) la licitud y validez del divorcio en orden a rehacer la vida y se encara a una moral rígida y cerrada.¹⁰³²

En toda la obra galdosiana aparece la una denuncia de dos situaciones frecuentes que impiden la consecución de un matrimonio de valor humano y cristiano:

Por una parte, la unión forzada por un inhumano sacrificio de índole religiosa: el que realiza Victoria casándose con el brutal Pepet para que éste no arruine al padre de la joven, creyendo que es esto lo que Dios le pide ¹⁰³³ ;

Por otra, la muralla moral y social que se levanta para impedir que se celebre un matrimonio justo, fundado en el amor; por esta razón está a punto de frustrarse la unión entre Electra y Máximo (*Electra*) , Rosario y Víctor (*La de San Quintín*), etc, y no llegará a realizarse la de Bárbara y Leonardo (*Bárbara*), Casandra y Rogelio (*Casandra*), Martín

¹⁰³¹ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, Episodio Nacional n. 19, *Los Apostólicos*, y el texto que citamos de esta obra al analizar las dimensiones del amor en el pensamiento del autor.

¹⁰³² En el Episodio Nacional nº 34, *La revolución de julio*, los protagonistas –Pepe Fajardo y su esposa Maria Ignacia– analizan la situación de Mita y Ley, la pareja amiga, comentando la firme convicción religiosa que estos tienen (*Así verán allá que Dios mira por nosotros*): *¡Separarles a viva fuerza! Eso nunca. Sería un atentado a la moral... ¿A qué moral? ¿Hay, por ventura dos morales? Yo no sé cuántas hay, ni cuál es la mejor, en el caso de que haya más que una. Mientras esto se averigua, no atentemos a la libertad de nadie... Créeme a mí, mujer: si queremos dar con la moral y la ley, busquémoslas en nuestros corazones... ¡Pobres corazones! ¿Acertaréis a elegir el mejor camino?*” (PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La revolución de julio*, Historia 16 /Caja Madrid. 1995, págs. 79-81)

¹⁰³³ V. PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La loca de la casa*, o.c.

Muriel y Susana (*El Audaz*), Rosario y Pepe Rey (*Doña Perfecta*), Lucila y Gracián (4ª serie de Episodios), Laura y Juan Pablo (*Alma y vida*), Fernando y Aura (3ª serie de Episodios), que hará escribir con desgarró a este último en carta a la novia perdida cuyo paradero desconoce: “*Si por declaración tuya me convenzo de que me han robado a mi Aura, aunque hayan sabido cohonestar el secuestro con la formalidad sacramental consumada por sorpresa, y con perfidia y traición, engañando a Dios, o queriendo engañarle, aquí estoy yo, dispuesto a dar a los impostores su merecido. Más quiero la desesperación que la duda.*”¹⁰³⁴ etc.

Esta visión liberal no tiene nada que ver -en la narrativa galdosiana- con cualquier permisividad respecto al adulterio. En tres obras al menos aparece una clara condena de la infidelidad y de las personas infieles a un matrimonio que debía sustentarse aún. Juan Santa Cruz, marido de Jacinta, es un tipo que el autor reprueba absolutamente por su conducta sexual (*Fortunata y Jacinta*); le sigue José María Bueno de Guzmán (*Lo prohibido*), y especialmente la pareja escénica Federico y Augusta (*Realidad y La incógnita*) que culminan la relación adúltera con el suicidio de Federico, incapaz de soportar la traición que está cometiendo con el esposo de Augusta, Tomás Orozco, buen amigo suyo y persona buena.

El mensaje queda, pues, muy claro: no se puede violar una institución sagrada como es el matrimonio cuando inicialmente ha habido en la pareja pleno consentimiento y cuando alguno de sus miembros tiene derecho al amor y a la fidelidad del otro.

Los casos de ruptura interna de las relaciones de los esposos merecen una especial atención en algunas obras. En *Fortunata y Jacinta* Galdós deja claro que la desavenencia entre Jacinta y Juan Santa Cruz es motivada exclusivamente por las infidelidades de este hombre, uno de los personajes más repudiados dentro del mundo galdosiano. Pero, en cambio, en la crisis permanente entre los dos protagonistas de *La familia de León Roch* (María y León) la culpabilidad recae sobre ambos esposos y sobre el entorno religioso de la esposa, más bien sobre ésta; haciéndonos sentir el autor la injusticia de la apreciación que hace Gustavo, hermano de María, a León, tras un largo discurso que concluye así: “*Ella no tiene culpa ninguna, ¡tú la tienes toda, tú, toda! La verdad no puede transigir con el error. En este caso, tú has de sucumbir y ella ha de permanecer siempre levantada y triunfante.*”¹⁰³⁵ El texto revela una particular injusticia -denunciada por el autor- en cuanto a la percepción de la ruptura conyugal, porque tanto en esta obra como en *Gloria* el motivo de la trágica desavenencia y de la imposibilidad de conciliación es la fe religiosa de la mujer amada. En ambas parejas hay amor, y es precisamente la religiosidad católica descrita en la novela lo que impide que el amor triunfe; en cambio, como expresa el personaje citado, lo que debe triunfar aunque destruya al matrimonio

¹⁰³⁴ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La estafeta romántica*, o.c., págs. 64-65

¹⁰³⁵ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La familia de León Roch*, o.c., pág. 89

es –según él (y según la sociedad que se tiene por católica)- una determinada profesión de fe.

En general (y a excepción de *Gloria*), es de notar que Galdós procura evitar una mayor gravedad en la situación de crisis interna matrimonial omitiendo (en esos casos) la existencia de hijos; como si su sensibilidad hacia el niño no le permitiera contemplar el daño que las separaciones o las infidelidades producen en los pequeños o adolescentes.

De forma complementaria, y aunque no se contemple directamente la institución matrimonial, hay una condena expresa o tácita de las situaciones de amancebamiento, la frecuente práctica (por parte de seductores o de hombres ricos e inmorales) de “montar casa” para una querida. En todos los casos que se narran el autor deja constancia de dos juicios condenatorios: el de la prepotencia machista, siempre acompañada de vileza y de mentiras, y el de la debilidad de la mujer, explicable por su trágica situación económica y social o por un enamoramiento incontrolado que la hace cómplice del desastre de las relaciones en juego. Encontramos estos juicios de manera destacada en *Fortunata y Jacinta*, *Lo prohibido*, *Tormento*, *La desheredada*, *Tristana*, *Realidad*, etc.

* * *

Concluimos aquí los análisis de esta Parte Tercera de nuestro trabajo.

A lo largo de las páginas de estos dos últimos capítulos hemos tenido ocasión de descubrir y citar innumerables textos de los escritos de Benito Pérez Galdós referidos a temas eclesiales y sacramentales. Ellos mismos y el análisis contextual que los ha acompañado nos permiten aventurar la convicción de que existe en la obra galdosiana una importante eclesiología, perfectamente coherente con su teología sacramental (y con los desarrollos de la religiosidad cristiana expuestos en la Parte Segunda de esta obra). Una y otra perspectiva –Iglesia y sacramentos- se sitúan dentro de los paradigmas teológicos que contornan al Vaticano II y quizás más allá; son expresivos, además, de una densa cultura histórica, sociológica y artística de signo católico.

Todo lo cual nos aconseja señalar la obra del escritor como integrante de derecho del patrimonio cultural cristiano en su dimensión literaria.

PARTE CUARTA

APÉNDICES

I.

ANÁLISIS TEMÁTICO DE LAS OBRAS de Benito Pérez Galdós.

Breve apunte de su contenido y significado, con una atención especial a su perspectiva teológica.

(Indicación de las ediciones empleadas en el trabajo.)

II.

TABLA DE CITAS DE LAS OBRAS DE GALDÓS en el texto.

III.

AUTORES CITADOS. Citas – comentario de autores diversos en el texto.

IV.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL estudiada o consultada.

I.

ANÁLISIS TEMÁTICO DE LAS OBRAS de Benito Pérez Galdós.

Breve apunte de su contenido y significado, con una atención especial a la perspectiva teológica.

Con indicación de las ediciones empleadas en el trabajo.

La breve presentación argumental y temática de cada una de las siguientes obras de Benito Pérez Galdós significa una referencia básica del estudio analítico que se ha realizado hasta aquí. Destacamos especialmente en ellas estos ejes transversales y comunes: primero, el sentido dramático de la existencia individual y moral vivida por los personajes; segundo, la dimensión religiosa (natural, cristiana o eclesial) que aflora en ellos y que con frecuencia vertebra su personalidad; y tercero, el sentido crítico de la sociedad que los determina, de la realidad española, contemplada ésta en sí misma, a través de los avatares de su historia y, de forma particular, en su relación con el catolicismo hispano del siglo XIX. Desde estos ejes nos aproximamos al significado o mensaje principal de cada escrito en cuestión.

Aun cuando se trate de resúmenes (ofrecidos, además, como Apéndice), este análisis temático parece imprescindible para situar las necesarias y numerosas citas y visiones con las que se fundamenta y desarrolla el contenido primordial de nuestra reflexión. Constituye, pues, una consideración obligada, especialmente para los lectores que no conozcan la totalidad de la literatura galdosiana.

Generalmente –como ya se advirtió– eludimos en tales análisis el tratamiento lingüístico y literario del texto; tratamiento que puede encontrarse sin dificultad en los diversos estudios de conjunto o monográficos de la creación galdosiana (también indicados a lo largo de estas páginas y de su bibliografía general) y en los comentarios particulares de cada obra (a los que sí nos remitimos como complemento de las reseñas que siguen).

Es importante señalar que casi todas las obras de Galdós (una a una), en cuanto a la mayor parte de sus aspectos de contenido y de forma, han sido suficientemente analizadas por especialistas, constituyendo un valioso mundo de exégesis y hermenéutica literarias. Estos estudios monográficos se encuentran en publicaciones independientes, como introducciones a cada escrito, y de modo muy especial en las Actas de los Congresos Internacionales de Estudios Galdosianos y en los cuarenta y siete tomos de la revista *Anales Galdosianos* (1966 a 2012); publicaciones editadas y patrocinadas por el Cabildo Insular de Las Palmas de Gran Canaria (y la Biblioteca de la Casa Museo Pérez Galdós de esta ciudad), por su Universidad y por las Universidades de Pittsburgh (Pensilvania), Austin-Texas, Cornelle,

Queen'University de Kingston-Ontario (Canadá), Chicago, Yale y Boston, Universidad de Nuevo México, etc. sucesivamente.

Una selección de tales monografías consultadas (las que inciden en nuestro trabajo) se consigna en nuestro apéndice bibliográfico.

En cuanto a las ediciones empleadas conviene advertir lo siguiente: además de las primeras y originales ediciones de cada libro o escrito (la mayoría en vida del autor) existen los densos volúmenes de la edición crítica de las Obras Completas, de Editorial Aguilar, con introducciones y notas de Federico Carlos Sáinz de Robles. Y a este monumento literario se unen las ediciones de diversas obras: de la Librería y Casa Editorial Hernando, de Cátedra, de Alianza Editorial, etc.; todas –a nuestro juicio- de solvencia documental.

Siguiendo un criterio selectivo o de oportunidad (en razón de los comentarios introductorios, sobre todo) hemos usado indistintamente esas ediciones, indicando –como es lógico- este dato en cada cita. No obstante, ahora, al comienzo de cada libro reseñado indicamos la edición principal en la que nos hemos basado inmediatamente y, por consiguiente, a la que nos referimos de ordinario en cada cita textual de esa obra.

El trabajo que presentamos (de recensión e interpretación breves de cada escrito) es totalmente original. Para su ampliación o mejor comprensión del fondo ideológico de cada uno (y de su significado en el conjunto de la producción) aconsejamos acudir a las dos obras básicas de estudios galdosianos: la de Joaquín Casaldueiro (*Vida y obra de Galdós*) y la de José F. Montesinos (*Galdós*), repetidamente citadas a lo largo de estas páginas. Sus agudas síntesis ideológicas y de la estructura literaria (no sólo de la novelística) son, sin duda, una referencia obligada.

Permítasenos (para comodidad del lector) subrayar en las reseñas los nombres de los personajes principales de cada trama a medida que van apareciendo en el resumen argumental.

Por lo demás, vamos a seguir en esta presentación analítica de cada obra el orden de géneros expuesto en la parte segunda del capítulo II del trabajo (novelas independientes, de tesis y contemporáneas, episodios nacionales, teatro, artículos y ensayos), y –dentro del género- el orden cronológico de la escritura de esos libros.

Para una mejor comprensión del contexto y del significado del escrito aconsejaríamos tener delante las tablas de fechas y acontecimientos de la historia de España y del catolicismo ofrecidas en el capítulo primero, así como la cronología de la vida de Don Benito.

NOVELAS INDEPENDIENTES.

Completamos aquí la hipótesis de clasificación de las 28 novelas independientes de Galdós presentada de forma global en la Parte Primera de este libro, con una atención especial a la dimensión religiosa y cristiana de las obras.

Empleamos el término *independientes* por contraposición a los Episodios Nacionales.

Distinguimos tres grandes períodos:

De 1870 a 1878: Etapa de pre-realismo. Fácil dualismo político y religioso y decidida oposición al antiguo régimen: *La fontana de oro* (1870), *El audaz. Historia de un radical de antaño* (1871). Fuerte crítica al catolicismo en uso, con un primer esbozo de cristología y de eclesiología: *Rosalía* (1872, *incompleta*), *Doña Perfecta* (1876), *Gloria* (1877), *La familia de León Roch* (1878).

De 1881 a 1889: Etapa de realismo puro, con matizaciones. Posible influencia del naturalismo krausista: *Marianela* (1878), *La desheredada* (1881), *Tormento* (1884), *Lo prohibido* (1884). Impregnadas de idealismo: *El amigo Manso* (1882), o de realismo esplendoroso: *El doctor Centeno* (1883), *La de Bringas* (1884), *Fortunata y Jacinta* (1886-87), *Miau* (1888). Y con realismo trágico: *Realidad* y *La incógnita* (1888-89).

De 1891 a 1915: Etapa de fuerte espiritualismo religioso: *Ángel Guerra* (1890), la serie de *Torquemada* (1888-1895), *Tristana* (1892); con fuerte matiz teológico: *Nazarín* (1895), *Halma* (1896), *Misericordia* (1897); y exponentes de la crisis interior de identidad: *El abuelo* (1897), *El caballero encantado* (1909), *La razón de la sin razón* (1915).

Algunas de estas obras las consideraremos en su versión teatral.

Primeras novelas.

1. **La fontana de oro.** (1870) (En Ed. Alianza Editorial. Biblioteca Pérez Galdós. Madrid. 2007. 436 páginas).

Primera novela del autor. Sitúa la mayor parte de la acción durante el Trienio Liberal (1820-1823), en Madrid, con la continua y oculta acción de Fernando VII para soslayar la Constitución e imponer el absolutismo. Como referencia del contexto: el cafetín “La Fontana de Oro”, centro de tertulias y conspiraciones políticas. El hilo argumental es la historia de amor entre Clara y Lázaro (comienza el simbolismo galdosiano de los nombres).

Clara, sencilla y bondadosa, huérfana y abandonada, queda a merced del protector Elías Orejón, conservador fanático y realista, déspota y cruel, reaccionario furibundo, espía y agente de Fernando VII. Tras un corto período en el pueblo de Ateca, en donde la joven conoce a Lázaro, enamorándose ambos mutuamente, y ya de regreso a Madrid, Elías encierra a Clara en un internado de religiosas que la martirizan; después, la castiga sin razón al-

guna recluyéndola en casa de las tres Porreño, señoras venidas a menos, beatas esperpénticas, que son el colmo de la intransigencia y del ultraconservadurismo.

Lázaro, sobrino de Orejón, de corazón noble, liberal algo exaltado, estudiante en la Universidad de Zaragoza, va a vivir con el viejo Elías, que conspira agitando a los liberales exaltados y comprándolos para que asesinen a personas del gobierno (y se justifique de este modo una sangrienta represalia oficial contra el liberalismo). Trata de liberar a Clara, sin resultado.

El militar liberal Claudio Bozmediano se enamora de Clara; transformando, sin embargo, su amor en una actitud de ayuda desinteresada a la muchacha. Por su parte, Lázaro ha denunciado el complot del rey y de esa manera ha salvado la vida de Claudio. Éste terminará apoyando a los dos jóvenes para que realicen su unión y finalicen el largo calvario que han sufrido.

Con una trama compleja, se inicia en la obra la confrontación ideológica, política y religiosa entre el conservadurismo y el liberalismo también de signo cristiano.

La pintura de los cuatro personajes fanáticos (Elías, las Porreño: Salomé, Mari Paz y la pseudomística Paulita) tiene unos tonos recargados de crueldad y falsedad; contrastan con la inocencia y pureza de Clara y de Lázaro, e incluso con la hidalguía de Claudio. En torno a ellos, un mundo de tipos bajos, arribistas y superficialmente liberales; el peor de todos, sin duda, el rey Fernando VII al que el autor dedica un capítulo entero con los tintes más oscuros, desagradables y trágicos. Y como penosa comparsa, la figura del sacerdote Don Silvestre Entrambasaguas.

Toda la novela es un ataque bien fundado a la hipocresía del mundo político y del mundo eclesiástico dominantes, sin entrar demasiado en la consideración de sus estructuras.

2. **El audaz. Historia de un radical de antaño.** (1871) (En Editorial Hernando. Madrid. 1982. Esta edición: 318 páginas).

Segunda novela del autor, todavía sin forjar el estilo propio. Drama que culmina en tragedia para mostrar la imposibilidad de una revolución radical de signo liberal (en este caso contra el Príncipe de la Paz, Godoy); imposibilidad debida a la oposición de la nobleza y alta burguesía, a la corrupción y a la traición, al fanatismo del clero, a la banalidad y crueldad de la Inquisición y al fácil sometimiento del pueblo. Apenas se salva la categoría moral de un solo personaje en toda la trama.

Martín Fernández Muriel es un joven de ideas liberales radicales, acrecentadas por la injusta prisión de su padre Pablo, antiguo administrador de los bienes del Conde de Cerezueto, calumniado por el entorno del noble (precisamente a causa de su honradez) y muerto en prisión. Aconsejado por el fraile de Ocaña Fray Jerónimo de Matamala se dirige a Madrid para cumplir un extraño encargo, y, a la vez, para reclamar una deuda debida a su padre y para recuperar a su hermano pequeño (que ha ido a parar como criado en la casa del Conde siendo allí maltratado por todos).

Martín, alojado en casa de Leandro, sueña con la revolución liberal. Conoce a Susana, hija del Conde, mujer independiente pero dominada por el orgullo de clase. Un personaje clásico del Madrid de la época, Lino Paniagua, medio clérigo vago, especie de Celestina, actúa de intermediario de todos.

Acusados a la Inquisición con calumnias, Martín y Leandro son llevados a los calabozos de esta institución represiva, en la que ocupa un cargo preponderante el Padre Corchón, individuo de muy baja categoría moral e intelectual. Martín consigue huir. Es abordado por Buenaventura Rotondo, un conspirador nato e interesado, que consigue comprometer al joven en un intento revolucionario que tiene como fin aparente el derrocar a Godoy. Buenaventura vende también sus servicios asesinos para favorecer las torcidas intenciones de Miguel Cárdenas (de suceder a su hermano el Conde de Cerezuelo).

Para forzar la liberación de Leandro, Martín rapta a Susana (que ya lo ama y que ha escandalizado a su familia por esta razón). Liberada Susana, renuncia ésta a su pertenencia aristocrática, se abre a los intereses revolucionarios y se deja llevar, al fin, por la fuerza de la admiración y del amor a Martín. Su familia se desespera y el Conde muere maldiciéndola e ignorante del crimen que prepara su hermano. Susana sigue a Martín a Toledo en donde el joven está encargado de organizar un levantamiento popular que puede incluir un carácter sangriento. Tal acción fracasa, en parte por la ineptitud de los mismos conspiradores y, sobre todo, por la falsa y calumniosa alarma que propaga el clero toledano. Martín, totalmente derrotado en su empeño, traicionado por casi todos y desesperado, pierde la razón. Susana, al descubrir esta locura, se suicida arrojándose a las negras aguas del Tajo.

Novelas de tesis, naturalismo y crítica eclesial.

3. Rosalía. (1872) (En Cátedra. Madrid 1984, 2ª edición)

Novela inacabada, aunque casi concluida, y de la que faltan cuartillas; inédita en vida de Galdós y sin nombre. Descubierta por Alan Smith en 1979 que le da el título de “Rosalía”.

El texto denota al autor todavía como incipiente novelista. La acción se sitúa en Madrid durante el sexenio democrático que sigue a la Constitución de 1869.

El vapor inglés Britannicus naufraga en las rocas de Castro Urdiales. Las autoridades deciden que cada familia del pueblo aloje a parte de los naufragos. Juan Crisóstomo de Gibralfaro (carlista absolutista, fanático religioso, descendiente de quienes “arrojaron a los moros de Málaga”) acoge a cinco ingleses; uno de ellos el joven clérigo Horacio Reynolds (nacido en Cádiz de padres ingleses, quizás misioneros anglicanos). Horacio conoce a la hija de Don Juan, Rosalía. Ambos se enamoran y desean contraer matrimonio, hecho que el joven explica como normal dentro del anglicanismo. Horacio es estimado por todos a causa de su bondad y caballerosidad.

Tras un viaje rocambolesco de los tres a Madrid (decidido por Don Juan para ir en busca de su libertino hijo Mariano) y a pesar de la condición religiosa del inglés, los dos jóvenes deciden contraer matrimonio en la embajada inglesa. La oposición del padre de Rosalía es radical e inquebrantable; lo que angustia y culpabiliza a la joven.

Un mundo de circunstancias adversas en la capital, agitadas especialmente por la celestinesca Romualda, cuñada de Don Juan (uno de los personajes más negativos del mundo galdosiano), generan la distancia irreparable de Rosalía y de Horacio (que sigue sosteniendo económicamente a la arruinada familia Gibralfaro).

La predicación eclesiástica condenatoria de toda relación con protestantes no es el menor de los factores adversos a esa relación.

Horacio acepta esta renuncia como un sacrificio que le impone la fidelidad a su ministerio presbiteral; y, sin que aparezca claro su proceso de cambio interior, decide convertirse al catolicismo, siendo aceptado como sacerdote católico.

La obra se puede considerar como borrador de la novela *Gloria*. En todo caso tiene un sentido metafórico del devenir histórico del protestantismo en España (introducido por Cádiz y Gibraltar). Condena el rechazo frontal (visceral en gran medida) de esta iglesia cristiana cuya presencia en suelo español se hace intolerable para la mayoría de católicos, a pesar de la Constitución de 1869 que establece la libertad de cultos.

4. **Doña Perfecta**. (1876) (En Cátedra. Madrid. 1993. La edición: 295 páginas)

Quizás sea la novela más leída de Galdós. Muestra la perfecta alianza entre el caciquismo rural, la Iglesia y las fuerzas reaccionarias (de signo carlista violento).

“Orbajosa” (ciudad de ajos, que no “urbs-augusta”) es la España oscura de todo el XIX que utiliza el carlismo político para justificar el vacío espiritual y el fanatismo religioso fecundado por el amplio y dominador mundo eclesiástico. Un mundo personificado en ese pueblo maldito y, sobre todo, en la figura de Doña Perfecta; un mundo, en fin, al que no le importa llegar hasta el asesinato si con ello controla la cultura y la libertad. Orbajosa volverá a aparecer en otras obras del escritor, en *La incógnita*, por ejemplo, en donde es definida como “lugar de ignorancia, malicia y salvaje ruindad.”¹⁰³⁶

Pepe Rey, ingeniero, de carácter ingenuo e independiente, llega de Madrid a Orbajosa para casarse con Rosarito, su prima. Se aman de verdad. Doña Perfecta, madre de Rosario, y Don Inocencio, el canónigo de más grado (interesado en casar a Rosario con su sobrino Jacintito), perfectamente aliados la señora y el sacerdote, van a impedirlo; consiguen que todo el pueblo odie a Pepe echando sobre él las mayores calumnias. Los enamorados intentan escapar. Pepe es asesinado por orden de Doña Perfecta (el ejecutor del crimen será Caballuco, criado de la casa, exaltado bandolero carlista). Mientras, Cayetano, tío de Pepe, se dedica a desenterrar restos arqueológicos. Rosarito enloquece. La rutina catedralicia, descrita con cierto detalle, continúa su curso.

Galdós se asusta del caciquismo impregnado de fanatismo religioso (eclesiástico) y político, de su poder destructor, del triunfo despiadado de la hipocresía, la doblez y la maldad; de una conspiración capaz de cortar dos vidas inocentes en plena juventud. El nombre que se da a quien mueve los hilos de la tragedia (“Doña Perfecta”) expresa la amarga ironía

¹⁰³⁶ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *La incógnita*. O.c., pág. 6

que el autor vierte sobre la poderosa clase burguesa rural cuando ésta asume la condición religiosa fanática y ultraconservadora.

5. Gloria. (1877, 1ª parte, y 1878, 2ª parte). (En Alianza Editorial. Biblioteca Pérez Galdós. Madrid. 1999. 475 págs.)

La acción de la obra transcurre en “Ficóbriga” (¿“ciudad de los higos” o que “está en la higuera”?), es decir, población absolutamente desorientada y fuera de la historia. La interpretación es posible, sobre todo teniendo en cuenta que la familia protagonista se llama Lantigua, en el Norte más tradicional de España.

Obra máxima de la teología galdosiana por los planteamientos cruciales acerca de la naturaleza de Dios, del cristianismo, de la liturgia y de la moral religioso cristiana. Planteamientos enmarcados en una verdadera tragedia de corte clásico.

Gloria Lantigua (joven inocente, apasionada, y hasta cierto punto libre), hija del dogmático Don Juan y sobrina del obispo Don Ángel, se enamora de Daniel Morton, náufra-go judío (delicado, honesto, rico, profundamente religioso). Todo el clan Lantigua va a impedir esta relación o a imponer el bautismo de Daniel, que estaría dispuesto a aceptarlo fingidamente. Tampoco el pueblo le perdona que sea hebreo. Y Esther, madre de Daniel, se opone con la misma radicalidad a que se celebre ese matrimonio¹⁰³⁷.

Sólo el tío de Gloria, Buenaventura, que profesa un credo cristiano liberal, defiende a los jóvenes. Pero la crisis interior resulta intolerable a ambos.

Toda la trama evoca a Romeo y Julieta pero con una tremenda carga religiosa desconocida en Shakespeare o en Harzenbusch. Gloria tiene un hijo de ambos; lo esconde, y, al fin, el niño es secuestrado por los Lantigua (para garantizar su “educación religiosa”). Estos prohíben todo contacto de la madre con el niño. Gloria enferma por el sufrimiento y muere. Daniel enloquece.

Por primera vez esboza el autor un análisis comparado de religiones (análisis que ya ha desarrollado en *Rosalía* y al que volverá más tarde en el Episodio Nacional *Aita Tettauen*, también a propósito del judaísmo). Es claro que Galdós se identifica con Daniel Morton y expresa con él su anticlericalismo.

6. Marianela. (1878) (En Cátedra. Madrid. 2005. Edición: 242 págs.)

¹⁰³⁷ La figura de Esther Spinoza, madre de Daniel, tiene fuertes significados. Por una parte, su belleza madura, firmeza, amor apasionado a su pueblo (cuya tradición debe guardar), la equipara a la grandiosa reina Esther salvadora del pueblo hebreo sobre el que amenaza una destrucción total. Por otra, su apellido y ubicación en Londres – Amsterdam la emparenta con los ricos judíos de origen español asentados en Holanda y con los que España tiene una deuda pendiente. Galdós denota conocer bien ambas historias como lo muestra ROSA BURAKOFF en su trabajo *La voz de un pueblo errante*, o.c.

Nos encontramos con un gran poema simbólico sobre la grandeza espiritual de los más pobres y desfavorecidos. Se significa la belleza de la fe cristiana. La vida y la muerte en sus sentidos más hondos protagonizan la novela.

La acción transcurre en un pueblo minero de Asturias. Marianela, casi una niña, físicamente desfavorecida, sin familia, pobrísima, no tiene más sentido para su vivir que el ser lazarrillo diario de Pablo, joven ciego y de familia rica; inculta pero ingenua, sensible y con hondura creyente mística, ayuda a Pablo a “ver” el mundo con una mirada interior trascendente y religiosa, sin por ello salir de su propia existencia mísera y cenicienta, a la que retorna diariamente. Se quieren ambos con ternura y llegan a hacerse promesas de matrimonio. Con el joven invidente recorre todos los días el paisaje quebrado y peligroso que rodea al pueblo. La niña constituye la única vida verdadera para él, que ansía su llegada a la casa por la mañana.

Al lado de Marianela inicia su andadura el adolescente Celipín (Felipe Centeno) el cual sueña con dejar ese mundo oscuro de la aldea minera (reaparecerá como protagonista en otra obra insigne, *El doctor Centeno*).

En estas circunstancias, llega a la casa solariega Teodoro Golfín, insigne oftalmólogo y amigo de la familia, que propone y realiza con éxito una operación a Pablo. Éste ve ya con sus ojos. Descubre entonces a Florentina, su prima, bellísima, recién venida del extranjero. Las familias la han prometido a Pablo. Los dos jóvenes se enamoran y van a contraer pronto matrimonio. Marianela queda relegada, olvidada de su protegido; entra en un tercer plano irrelevante, perdidas las sagradas promesas de amor, incluso despreciada por su raquitismo y pobreza.

Marianela queda sola y malentendida por todos. Siente el vacío existencial impuesto por la dolorosa situación, sin comprender nada de lo que ocurre; y experimenta la atracción de la muerte como una llamada íntima de su madre difunta, fallecida en extrañas circunstancias. Enferma de pena y muere sin que nadie la llore. (El protagonismo de la muerte aquí hace recordar, como antítesis, la pieza teatral de Alejandro Casona *La dama del alba*).

La novela es un grito evangélico en contra del desamparo total de los pobres, a la vez que revela una densa visión natural de Dios.

7. La familia de León Roch. (1878) (En Alianza Editorial. Biblioteca Pérez Galdós. Madrid. 2004. 497 págs.)

La acción se sitúa en Madrid. Entramos de lleno en la burguesía urbana venida a menos pero que no renuncia a la pretensión de seguir figurando en un plano social elevado: la de los marqueses de Tellería, hipócritas y fanáticos religiosos. Su hija, María Sudre, se casa con León Roch, de origen más humilde, noble, liberal, descreído (librepensador), que posee

cierto sentido humanista trascendente. Será criticado por haber realizado este matrimonio, pero él se mantendrá fiel a María Sudre.

Pepa, hija de los marqueses de Fúcar amaba a León y fue obligada a casarse sin amor con un marido que la deja muy pronto. Vuelve a encontrarse con León, y María – conocedora de la relación- se inflama de celos. Al final Pepa romperá con León y con el indigno marido que ha regresado.

De máxima importancia -para el autor- es la figura del Padre Paoletti, sacerdote de espiritualidad rígida y dominante, que “dirige” religiosamente a María a quien fanatiza y deshumaniza como persona, como mujer y como esposa. El seminarista Luis Gonzaga, jesuita hermano de María, secunda esta acción. La novela termina en tragedia familiar y personal.

Galdós intenta un diálogo con el ateísmo del XIX; vuelve a defender la tesis de la posibilidad de un catolicismo liberal, criticando el conservadurismo vacío de razón, intransigente y proclive a la falsedad y sinvergonzonería. De nuevo se abre entre los protagonistas el abismo que se abrió en “Gloria”, pero esta vez creado por la esposa rigorista. La postura religiosa ultraconservadora (la familia de León Roch) es un símbolo que destroza a la sociedad española. No obstante, el autor no siempre opta por León.

Novelas contemporáneas.

8. La desheredada. (1882) (Ed. Cátedra. Madrid 2011. 503 págs.)

Con una magnífica descriptiva y agudísimos análisis psicológicos, esta novela es, sin duda, una de las más amargas del realismo galdosiano; traza de nuevo un retrato dolorido y vivísimo de la pobreza, de la fragilidad y de la frustración humana en una sociedad que apenas conoce el amor y que deambula turbiamente desde los bajos fondos hasta el Congreso de Diputados.

Isidora y Mariano pasan por ser hijos adoptivos de Tomás Rufete, que muere internado en un manicomio. En realidad, ella ha pasado su infancia en casa del supuesto canónigo, extrafalarario y bueno, Santiago Quijano-Quijada, en Tomelloso; y sigue de algún modo bajo su limitada protección económica. Llega a Madrid para activar un pleito que la declare descendiente de los Aransis; también para unirse a su hermano menor que vive con su supuesta tía la Sanguijeruela en condiciones miserables; de ésta ha recibido, además, el apodo de *Pecado*. Ambos recalán en casa del también supuesto padrino Don José Relimpio y de su familia (muy contraria a albergar a los hermanos).

Mariano derivará hacia el desastre moral y psicológico, a pesar de los esfuerzos de Isidora por reorientarlo; terminará participando en un intento de asesinar a los reyes, recluido de por vida en presidio (en el Saladero).

Augusto Miquis, joven médico, hermano de Alejandro (coprotagonista de *El Doctor Centeno*), el catalán Juan Bou, y el interesado José Relimpio) aparecen como personajes intermedios; son los tipos más sanos de la novela, que cumplen sin fortuna el papel de conse-

jeros, de enamorados y de salvadores de Isidora. Ésta, ya hermosa mujer, incapaz de trabajar, de ahorrar o de gastar con orden, se halla convencida de que es hija ilegítima de la Marquesa de Aransis y de que posee documentos que lo afirman y la hacen acreedora del nombre y la herencia de esa casa noble. Vive con esta obsesión.

La joven (cuyo rostro tiene un asombroso parecido con el de la marquesa fallecida) consigue tener una entrevista con la Marquesa madre; pero ésta (prototipo de la soberbia aristocrática) rechaza de plano la pretensión de la muchacha; más aún, acusa a Isidora de falsificación de documento; Isidora, denunciada, será pronto encarcelada. Desde ese momento, se sentirá “la desheredada” e irá precipitándose en manos de desaprensivos chulos del Madrid nobiliario y político que la mantienen como amantes sucesivos: Joaquín Pez, marqués de Saldeoro, Alejandro Sánchez Botín (de sobrenombre “padre de la Patria”), Melchor Relimpio, Gaitica...

En alguna medida semejante a *Miau*, esta obra es la historia trágica del deseo imposible de subir de clase social; deseo obsesivo e irracional (muy relacionado con la supuesta felicidad del dinero y de los bienes), que daña trágicamente a la protagonista, pero que expresa, sobre todo, la inamovible situación de la sociedad y la terrible dificultad del ser humano para regenerarse cuando no rechaza su depravación. Es el descenso a los infiernos.

Isidora se abisma en su propia muerte, al mismo tiempo que el anciano Don José fallece, sin que el honesto Augusto pueda hacer nada por salvar a uno y otro personaje.

La obra termina así. Galdós, apiadado de la protagonista, la hará aparecer con sus mejores rasgos de bondad en *Torquemada en la hoguera*.

9. El amigo Manso. (1883) (En Alianza Editorial. Biblioteca Pérez Galdós. Madrid. 2004. 338 págs.)

El autor introduce en esta novela de corte filosófico un cierto surrealismo. El protagonista va a decidir su muerte y desde “el más allá” contemplará el desenlace de la obra.

Máximo Manso (nombre con claro simbolismo) es un bondadoso profesor de filosofía en un instituto madrileño y en la Universidad; de filiación krausista, entregado a sus estudios y con una vida simple y sencilla, excesivamente regular, somete su mundo sentimental al raciocinio... hasta que tiene que asumir a la familia de su hermano venida de Cuba y hasta que, a la vez, se enamora de Irene, institutriz de los niños de la casa. Irene es acosada por el hermano de Máximo y por la tía (Cándida), mujer interesada sólo por el medro material, con quien convive la muchacha. Manso la libera de ambos. Pero Irene quiere a Manolo Peña, discípulo predilecto de Manso, el cual -con decaimiento propio y grandeza moral- ayuda a la pareja amiga a que realicen su unión; después, viendo que su vida ha perdido sentido, decide dejarse morir y efectivamente se muere.

Galdós se adentra ya en las raíces de la conciencia moral y de la creencia. En cierto modo hace una defensa del krausismo, eje de la cultura y del pensamiento más progresista en la España de finales de siglo XIX, y que en la novela está representado por la valoración

de la docencia y por una concepción ideal de lo femenino; pero, en definitiva, deja en suspenso el juicio definitivo que debe hacerse de esa filosofía.

10. El doctor Centeno. (1883) (En Ed. Hernando. Madrid 1975. La edición: 347 págs.)

El protagonismo de esta novela se reparte entre Felipe Centeno, Pedro Polo (que acompaña la trama desde la sombra) y Alejandro Miquis, con un trasfondo de pícaros estudiantes (Cienfuegos, Delgado, Basilio Andrés de la Caña, Poleró, Ruiz, etc) residentes en una pensión que recuerda a *La casa de la Troya*, y una amplia galería de personajes acompañantes, generalmente empobrecidos o pobres y muy reales, pertenecientes a la baja o media burguesía, entre los que destaca el maestro cesante Ido del Sagrario.

Felipe Centeno (el Celipe o Celipín de *Marianela*) viene a Madrid desde la aldea minera asturiana Socartes (véase *Marianela*) en busca de elevación y fortuna. Tiene apenas 13 años. Recibe protección de Alejandro Miquis y pasa enseguida a servir a Pedro Polo y familia y a estudiar en la mísera y aberrante escuela que regenta este sacerdote. De algún modo recuerda a Lázaro de Tormes o a sus homólogos posteriores David Copperfield u Oliver Twist. En la escuela y casa de Polo va a hacer el aprendizaje de la vida. Allí recibe burlescamente el apodo de “Doctor Centeno” y va adquiriendo la sabiduría de la picaresca. Echado de la casa a causa de inocentes travesuras, será acogido como “escudero” por el estudiante Miquis, que ha conseguido heredar una pequeña fortuna de su esperpéntica tía.

Miquis es todo corazón y generosidad conjugada con el derroche y el despilfarro. La amistad y convivencia entre el joven y el adolescente (amo y criado) se acrecienta, compartiendo enteramente su aventura y desventura por los barrios madrileños. La tisis y la pobreza minan la salud de Miquis, que muere en brazos de Felipe y del cándido José Ido. La obra, prodigio descriptivo y psicológico (que recuerda tanto al *Lazarillo*), termina con un diálogo de aguda filosofía y fe entre esos dos personajes mientras acompañan al escaso cortejo fúnebre.

Pedro Polo puede ser la peor reencarnación del Domine Cabra. Pésimo maestro, es, sobre todo, la antítesis del presbítero cristiano y católico una imagen salida del entorno más triste del Arcipreste de Hita o de los clérigos del Lazarillo de Tormes. No tiene vocación religiosa alguna, aseglarado y presumido, mujeriego, sensual y cruel con sus alumnos. Va a comenzar en estas páginas su persecución de Amparito Sánchez Emperador y la atormentada relación de ésta con él. (ver *Tormento*).

Claudia, madre de Pedro, Marcelina, hermana de éste, y Florencio (conserje del Observatorio Astronómico) encubren de algún la doble vida de Polo. Aparece ya por primera vez, aunque discretamente, la figura del prestamista inclemente Francisco Torquemada.

La obra es el esbozo distorsionado de una sociedad real, muy cercana al clima de la picaresca literaria española trasladada al XIX.

Su lectura resulta algo pesada por el género oratorio que emplea en exceso y por la profusión de personajes secundarios y de pequeños incidentes.

El autor se identifica en buena medida con el generoso y descontrolado Alejandro Miquis, que no llega nunca a terminar la carrera ni la obra romántica de teatro en que está empeñado, pero que significa todo para el desamparado Felipe.

La novela constituye también una desautorización radical del tipo de sacerdotes encarnado por el tercer protagonista: posiblemente uno de los peores tipos eclesiásticos que aparecen en la obra galdosiana.

11. Tormento. (1884) (En Alianza Editorial. Biblioteca Pérez Galdós. Madrid. 2008. 308 págs.)

Esta novela que de algún modo preludia a *Tristana* es continuación de *El doctor Centeno*, centrándose ahora en las figuras de Pedro Polo y de su víctima Amparito, ya conocida también.

Ninguna obra de Galdós revela con tanta amargura y crudeza la esclavitud de una mujer indefensa que pasa por toda clase de servidumbres hasta caer en la más hiriente: el sometimiento sexual tiránico a un ex – sacerdote, bruto, viejo y terriblemente dominador. La novela es un alegato implacable contra este tipo de personas capaces de esclavizar moral, religiosa y psicológicamente. Y, en particular, contra un tipo de sacerdote tirano, sin escrúpulos, pervertido y miserable.

La joven Amparito “sirve” en casa de los Bringas y tiene que soportar a Rosalía, la señora de la casa, orgullosa, cruel y falsa. Felipe Centeno sirve ahora en casa de Agustín Caballero, primo lejano de aquéllos y enamorado de Amparito. Ésta, atormentada por su pasado oscuro de concesiones a Polo (que la sedujo años atrás), no desea facilitar la relación con el sacerdote (que abandonó el ministerio pero no la condición presbiteral); sin embargo, se siente indecisa en cuanto al amor de Agustín. Recibe entonces una carta de Pedro Polo (llamándola “Tormento”). Éste, casi anciano ahora y enfermo pero con igual dureza y pasión, vuelve a reclamarla y se le impone –la engaña- cruelmente, abusando de la piedad que puede inspirarle.

Otro presbítero, el Padre Nones, interviene sabiamente exigiendo a Pedro que se vaya de Madrid, renuncie a Amparito y rehaga mínimamente su sacerdocio. No lo consigue. Amparito huye del ex sacerdote; confiesa todo a Caballero. Se aplaza la boda, pero se van juntos a París, dejando escandalizada a la sociedad madrileña.

La obra abunda en el análisis de psicologías deterioradas, de la debilidad de la religión y de la perversa conciencia de la alta burguesía.

12. La de Bringas. (1884) (En Ed. Hernando. Madrid. 1975. La edición: 310 págs.)

En apariencia, la novela es intrascendente si la referimos a otras cercanas (*Tormento, Gloria, Torquemada*, el *Pipaón* de los Episodios...). Apenas desarrolla trama alguna, puesto que se limita a hacer una descripción minuciosa del personaje “Rosalía Pipaón de la Barca de Bringas” situada en un estrecho y a veces asfixiante escenario del que no sale. Sin embargo, la obra resulta ser uno de los análisis más agudos y mejor dibujados de la psico-sociología del mundo burgués madrileño que, a pesar de su estancia en los altos del Palacio Real, ha venido a menos (si es que en algún momento llegó a más) pero quiere aparentar una sociedad y unas relaciones que no tiene.

Rosalía es una mujer de edad media y de “buen ver”, absolutamente frustrada en su matrimonio con el acomodado funcionario y tacañísimo Francisco Bringas Thiers, hombre tan fiel e inocente como meticuloso y avaro, dominador de su casa. Compensa –ella- su situación de falta de libertad (y de austeridad impuesta) con la compra insensata de ropa a la moda, gasto ocultado a Bringas; tal funcionamiento le genera un clima constante de mentiras y de angustia: de terror a ser descubierta. Clima acentuado por la presión del avaro Torquemada. La contorna un medio decadente de personajes que aspiran a la nobleza y al buen nombre, y que, en realidad, malvive gastándose en las apariencias.

En este clima, Rosalía desciende la pendiente de la falsedad y de la malquerencia en las relaciones con las mujeres que la rodean, y de la “ligera” infidelidad conyugal motivada por el interés de saldar las deudas económicas.

Junto a los personajes centrales emerge un mundillo de tipos oscuros entre los que destacan Refugio (y Celestina), de vida más que dudosa, y Milagro, Marquesa de Tellerías.

13. Lo prohibido. (1884) (En Clásicos Castalia. Madrid. 1971. La edición: 486 págs.)

La novela sitúa la acción en los años de la restauración (1880-1884), en un Madrid que perdió todo su posible idealismo renovador de signo liberal y ha caído en una inoperancia política, al tiempo que la Iglesia española destaca por su atonía y ceguera respecto a la verdadera situación del país.

José María Bueno de Guzmán (antítesis de “Guzman el Bueno”) es un joven jerezano que se traslada a Madrid para disfrutar de sus rentas. Entra en la familia de su tío Rafael, economista liberal, y se va enamorando sucesivamente de sus tres primas, entablando relación adúltera con Eloísa malcasada. Todo esto –su modo de existencia- es “lo prohibido”. Enfermizo, vive sometido a dolencias neurofisiológicas y psíquicas. La superficialidad y derroche en los gastos de Eloísa llevan la familia a la ruina. Esta familia es, en realidad, la España que derrocha insensatamente sus bienes, con perjuicio para todos.

Trama demasiado lenta y prolija en las descripciones, aborda, sin embargo, el problema de la moralidad y de la inmoralidad en la conducta humana tratado a diversos niveles de profundidad y de consciencia. Tampoco el mundo eclesiástico y el de la religiosidad convencional quedan bien parados aquí.

14. Fortunata y Jacinta. (1885-1887) (En Cátedra. Madrid. 1999. Edición de 542 págs. Entre los dos volúmenes)

La novela, una de las más conocidas, emblemáticas y extensas del autor, se estructura en cuatro partes de volumen desproporcionado. Significa tal vez la mejor pintura realista y de contraste entre los dos mundos de la sociedad madrileña: por una parte, la rica burguesía en la que coexisten la bondad (Jacinta) y la perversión (Juanito Santa Cruz); por otra, la pobreza, la miseria y la naturalidad más absoluta, ubicada en los bajos fondos de la capital (Fortunata y su mundo). En ambos está presente una sociedad marcada por la religiosidad (sobre todo, por la acción del clero y del mundo eclesial) y, a la vez, por la fracasada revolución liberal de 1868.

Desarrolla la historia de dos mujeres absolutamente distintas y contrarias, con los ambientes correspondientes que las determinan. En medio, un tipo donjuanesco, representante máximo de la burguesía cerrada, capaz de destrozar todo lo que toca, y de quien están enamoradas las dos mujeres. Al lado de esos dos ambientes emerge un pequeño y noble contrapunto de nobleza interior y de espiritualidad.

Jacinta (familia Arnaiz) es rica, culta, sensible, no demasiado guapa, casada por imposición familiar con Juan Santa Cruz (familia Santa Cruz), guapo joven, rico hasta el lujo, vago, cínico, canalla... ; ya esposa, será continuamente engañada por éste.

Fortunata (sin familia) es pobre, inculta, bellísima, condenada a arrastrar una mala vida, en continuo proceso de regeneración; convertida en amante de Juanito Santa Cruz, será también engañada por él. La muchacha encuentra apoyo y acogida en la modesta familia Rubín formada por Maximiliano Rubín, honrado, enfermizo y sometido a su madre, Doña Lupe, y ocasionalmente Nicolás Rubín, sacerdote. Maximiliano se enamora de Fortunata y la pretende en matrimonio, un matrimonio que llega a celebrarse al final, no sin antes exigir a Fortunata un noviciado purificador situándola en una institución religiosa. Allí encuentra a la excepcional figura de Mauricia la Dura, compañera de calle y de encierro, que morirá pronto.

Fortunata queda embarazada de Maximiliano (a quien no ama, pero al que respeta). Enferma de muerte, dona su hijo a Jacinta. Al morir el autor la transforma en un verdadero ángel.

Una figura secundaria pero de importancia es Guillermina Pacheco, mujer entregada generosamente al servicio de los necesitados, que apoya a Fortunata. Galdós se inspiró ex-

presamente para diseñarla en Ernestina Manuel de Villena, fundadora del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón, a quien conoció y admiró.¹⁰³⁸

La obra es un grito múltiple: contra tipos como el que encarna el protagonista masculino de la novela; contra la injusticia de toda clase que se cierne sobre la mujer; y, en fin, a favor de los “miserables”. Al hilo de su narración van apareciendo grandes virtudes cristianas como el verdadero amor, el perdón, la generosidad, la fe humilde... Pero es duro el trato que se da al mundo religioso eclesiástico, no así a la religiosidad personal.

Novelas de naturalismo espiritual crítico.

15. Miau. (1888) (En Cátedra. Madrid. 2008. La edición: 421 págs.)

El protagonismo de esta obra lo ocupa el mundo administrativo del Estado (de los diversos Ministerios ocupados alternativamente por los partidos en el gobierno). Si sitúa la trama en los años de la Restauración borbónica. Nos describe la forma de concederse y estructurarse el empleo público, la crueldad implacable y la incompetencia del sistema, la holganza e inutilidad del funcionariado... Y, lo que es más grave, presenta ya como ideal del ciudadano medio español el alcanzar un puesto fijo en alguna Administración. Todo ello con el adobo de la pobreza de la clase media que no accede a esos puestos y con el recurso a la religiosidad, expresada aquí especialmente en la figura de un niño.

Ramón Villamil ha sido cesado en su empleo y va a ser el continuo cesante, desesperado buscador y soñador de un puesto que nunca se le da. Vive con su esposa Pura, su hija Abelarda -bastante enloquecida-, su cuñada Milagros y Luisito, nieto, hijo de madre difunta y de Victor Cadalso, vividor. Las tres mujeres reciben el apodo de “Miau” (por su aspecto gatuno) que también aplican en la escuela a Luisito (denominado también Cadalsito).

El niño tiene que ocupar sus ocios en llevar solicitudes de su abuelo a todas partes. Con tal agotadora ocupación no puede cumplir sus deberes escolares.

En estos viajes, agotado, tiene sueños y visiones de Dios con quien “habla”. Este Dios de Luisito es tremendamente duro y antropomórfico. Galdós aprovecha el tema narrativo para precisar su teología de Dios, al mismo tiempo que brinda un extraordinario análisis de la psicología religiosa infantil en situaciones como las de la familia Villamil.

¹⁰³⁸ Galdós se refiere expresamente a Dña. Ernestina en su artículo *Santos Modernos*, publicado en *La Prensa* de Buenos Aires el 15 de febrero de 1886. Ver: el estudio *Galdós y sus santas modernas*, de DENAH LIDA, en *Anales Galdosianos* Año X, 1975; así mismo *La santa de Galdós. Ernestina Manuel de Villena*, de PEDRO MIGUEL LAMET, Ed. Trotta. Madrid 2000.

16. La incógnita. (1888) (Ediciones Rueda. Madrid 2001)

Esta novela presenta el reverso (o quizá mejor, el anverso) de la obra de teatro *Realidad* escrita también en ese año. Los mismos personajes aparecen en una y otra, y son analizados aquí con detenimiento y extraordinaria sutileza, pero desde el exterior: desde la consideración convencional del personaje principal que se halla en todo momento fuera de la escena. El resultado es un enigma: la incógnita del ser humano representada en el insoluble diagnóstico que se hace de cada tipo del drama.

El autor emplea el recurso literario del género epistolar. Un actor secundario de la obra teatral, Manolo Infante, entra como testigo aprovechado en la existencia del matrimonio constituido por Augusta Cisneros y Tomás Orozco que prácticamente conviven con el suegro Don Carlos Cisneros. La casa es un lugar de encuentro y tertulia; más bien un mentidero de la vida madrileña y de la política. Allí se hace presente el diplomático italiano Malibrán. Infante es sobrino de Don Carlos y primo de Augusta. Amigo común al grupo es el bohemio Federico Viera, hombre extraño y de buen corazón, venido a menos y en estrecha relación con La Peri (Leonor), prostituta de rango.

En ese marco vive exterior e interiormente Manolo, que es diputado en Cortes por la región a la que pertenece el pueblo de Orbajosa. Tiene totalmente abandonadas sus responsabilidades cívicas y políticas, ocupado tan sólo de seducir a Augusta, de la que está platónicamente enamorado, y de escrutar el fondo anímico de todas las personas del entorno, especialmente de Tomás Orozco y de su mujer, así como de Federico y de Leonor.

Federico aparecerá muerto en un descampado con apariencia de asesinado, pero el juez (deudo de Cisneros) presentará esa muerte como suicidio, para exculpar de ella a Augusta o a Tomás, de quienes se sospecha por razones muy distintas. La incógnita es ahora también –para Infante– el móvil y la forma de tal muerte.

La búsqueda enfermiza de la interioridad del otro se pierde en el mutismo de los interlocutores, en las contradicciones y en los recovecos de los sentimientos (ocultos e intuitos, o manifiestos), en las dobles intenciones de la palabra...; todo ello hasta unos niveles exasperantes para el protagonista. Éste plasma su vivencia psicoanalítica de los demás en cartas casi diarias que dirige al innominado amigo Equis que reside en Orbajosa, y del que sólo recibirá una contestación al final de la obra acompañando un pesado paquete que contiene nada menos que el conjunto de las cartas enviadas, pero convertidas en el drama escénico *Realidad*. Lo que nos hace pensar que el autor de las cartas y el del drama quieren ser la misma persona, es decir, Galdós.

Dentro de la obra galdosiana esta novela refleja no sólo el enigma oscuro que define a cada persona (cuando ésta se adentra en el fondo perdido de sí misma), sino también la tremenda capacidad que poseemos de perder la moralidad. Todos los persona-

jes de la novela, empezando por Manolo Infante, son inmorales, ocultan vivencias e intenciones inconfesables. Quizás (como en *Fortunata y Jacinta* y en bastantes obras más) la única persona que revela cierta honestidad (fidelidad y respeto al otro y a la verdad) es la mujer pública Leonor.

La novela -de gran calidad literaria y psicológica- es una de las más amargas de Galdós en cuanto a la consideración del ser humano.

17. Torquemada en la hoguera. (1888) (En Alianza Editorial. Biblioteca Pérez Galdós. Madrid. 2008. Edición conjunta en un volumen de las cuatro novelas de Torquemada (669 págs). Ésta: pág. 7 a pág. 76)

Galdós inicia la serie *Torquemada* -que culminará en 1895- con cuatro novelas que tienen por protagonista a Francisco Torquemada, apodado “El Peor”. Es obvio que el autor ha tenido en su mente la figura del Gran Inquisidor, aun cuando no se trata aquí de un asunto religioso y la acción esté situada en el siglo XIX. Este Torquemada es inquisidor no de la ortodoxia católica controlada en el XVI y XVII por la Inquisición sino de las propiedades inmuebles y de sus rentas, asfixiando –eso sí- igualmente a sus víctimas; lo que retrata, sin duda, una práctica habitual de cierta burguesía católica, rica y de la más pura heterodoxia cristiana.

En esta primera novela se presenta ya al personaje dominado por el único interés del dinero, que le lleva a ahogar a la multitud de pobres que le deben la renta de la casa y no pueden pagar. Su esposa, Silvia, se mimetiza con él, aunque sin llegar al nivel de dureza y crueldad del marido. Comienzan a medrar e invierten en comprar, acrecentando su estatuto social. Cualquier atisbo de humanidad queda sometido a los intereses materiales, degradándose moralmente.

La voz de la conciencia queda representada por la fuerte personalidad de la generosa sirvienta, la tía Roma, con ligero parecido a “Benina” de *Misericordia*. No aceptará de Torquemada el colchón de la cama matrimonial en la que ha muerto Silvia..., para que “no se le peguen las ideas del dueño”.

Sólo cuando el hijo Valentín cae enfermo de muerte intenta Torquemada cambiar de vida e inicia una etapa religiosa instrumentalizando a Dios. Su amigo José Bailón, un sacerdote renegado, acabará de acentuar el caos religioso del usurero con doctrinas medio esotéricas.

18. Tristana. (1892) (En Cátedra. Madrid. 2010. Edición de 272 págs.)

Novela intermedia, aunque algunos críticos la consideran como la mejor desde el punto de vista literario. Se centra en un tema recurrente: la sujeción y el sometimiento de la mujer indefensa a la tiranía de los varones que, bajo una capa u otra, en el terreno que

sea, aparecen primero como protectores y después –inmediatamente– como poseedores de la mujer, sobre todo en el aspecto sexual.

El nombre lo dice todo: Tristana es una realidad muy triste.

Hija de una mujer trastornada y pobre, es dejada al cuidado de Don Lope Garrido (que le triplica la edad). Éste la seduce y abusa de ella, que tiene que aceptarlo atormentada. Sólo encuentra el apoyo de Saturna, vieja criada que percibe todo el drama y filosofa sobre la imposible libertad de la mujer.

Tristana busca desesperada la liberación y la cultura. Se encuentra fortuitamente con Horacio, joven pintor, que promete casarse con ella. Desea tener pronto un hijo de él (que nunca llegará). Este hombre, tal vez asustado por el enfrentamiento que supone su relación, se va apartando de la joven. Y, para completar el cuadro, Don Lope intenta compaginar su conducta canalla con una postura religiosa. A Tristana, enferma, le tienen que cortar una pierna; acentuando así su invalidez.

Al final de la obra se produce la boda de ambos, un enlace muerto en su raíz y sobre el fondo de amargura de la muchacha, que Don Lope acepta realizar por imposición de la familia de éste, para guardar las formas sociales.

19. Torquemada en la cruz. (1893) (Edición citada, págs. 77 a 260)

Continúa el drama iniciado con *Torquemada en la hoguera*.

Ha muerto la “asesora” de Francisco Torquemada, Doña Lupe “la de los pavos”. Puesto en relación por ella con dos solteras de la baja nobleza, Cruz y Fidela del Águila, el avaro termina por casarse con esta última, pero es Cruz quien ha forzado ese matrimonio y quien dirige la casa y sigue subiéndola de rango social, dotada ya de un falso honor. Aparece Donoso como protector de las damas. Torquemada “habla” con su hijo Valentín, muerto en la anterior novela, que aparece como la única voz de su conciencia y le pide renacer; para esto deberá casarse su padre con Fidela (ésta fantasmagórica razón es el único motivo de la boda. Cruz y Donoso han gestionado interesadamente esa unión antinatural que incluye el sacrificio de Fidela, frente a la única e imposible resistencia de Rafael del Águila, el hermano ciego. La boda se celebra. Pero la ruindad y avaricia del protagonista persisten y sirven para destacar el clima generalizado de pobreza y miseria interiores en que éste se mueve dominando todo.

Rafael es quien desarrolla el rechazo frontal y el odio a Torquemada, aunque terminará por aparentar que acepta la situación.

Como contrapunto de ese clima de odio aparece la figura de la criada Bernardina, buena y discreta.

La acción es escasa y el planteamiento bastante reiterativo. La “cruz” del título puede referirse a la figura de la cuñada dominante, o a la incomodidad permanente que padece el protagonista en esa familia.

20. Torquemada en el purgatorio. (1894) (Edición citada, págs. 261 a 476)

Torquemada se ve totalmente sometido a Cruz, que multiplica los gastos de la casa encumbrando al tacaño hasta el punto de hacer que compre un marquesado y un palacio. La fortuna y la figura del protagonista crecen por momentos, situándolo incluso en el Senado: recibe un nombramiento de senador por León y el título de Marqués de San Eloy.

Rafael, obsesionado con la idea de que su hermana pueda ser “naturalmente” infiel, degradando aún más el honor de la familia, se atormenta y entra en un estado depresivo. Fidela hace honor al nombre simbólico que lleva y permanece íntegramente fiel a su marido a quien, sin embargo, no ama. Lo que sí sucede es que el hijo de ambos, al llaman también Valentín, parece anormal.

El invidente Rafael, integrado sólo en apariencia en la dinámica de negocios y de compromisos sociales de la casa, acaba por suicidarse, porque siente que no tiene cabida en la existencia. Todo esto es el purgatorio del protagonista.

A medida que avanza la saga el autor parece querer mostrar (más que en otras obras) el vacío, la insensatez y la ruindad de la trayectoria vital de Torquemada, a la vez que deja al descubierto su dolorosa realidad de hombre sin entrañas. Se hace patente el simbolismo del nombre en referencia al Gran Inquisidor español.

21. Torquemada y San Pedro. (1895) (Edición citada, págs. 477 a 668)

Sin duda es la mejor novela de las cuatro de la serie desde todo punto de vista.

La dramática existencia de Torquemada toca a su fin. La muerte de su esposa Fidela está en el centro de la obra; una muerte esperada por ella, pero que experimenta con una dolorosa agonía, sin más consuelo que la brevísima transformación del anormal Valentín, hijo de la pareja.

Al lujoso entierro asiste desde afuera la ciudadanía madrileña, ajena y asombrada de ese espectáculo inusual.

La ausencia de la hermana difunta hace que Cruz cambie en cuanto a su preocupación por el engrandecimiento de la familia.

El anciano usurero ve llegar también su hora y entra en un debate interior tremendo con el problema de su conversión. Éste pudiera ser el tema central de la novela. ¿Es posible que un hombre endurecido por la avaricia transforme su propia conciencia y se salve? El novelista plantea al lector esta cuestión.

El drama se desencadena en plena euforia de los grandes negocios del protagonista y en el marco del palacio de Gravelinas, que Cruz ha convertido en museo de obras valiosas

de arte y ha poblado de un exceso de servidores. Por momentos ni una cosa ni otra sirven de nada al alma agitada del marqués.

El capellán Gamborena es el interlocutor y el referente de ese drama espiritual sin salida. Torquemada se lo imagina como “San Pedro”, con el poder de abrir o cerrar las puertas del Cielo. Literariamente tiene una extraordinaria riqueza y patetismo el debate entre los dos personajes, sobre todo cuando el protagonista entra en la última fase de la enfermedad y se resiste furioso a abandonar el formidable proyecto financiero con el que sueña en orden a aumentar su cuantioso patrimonio. El sacerdote intenta despertar la conciencia de Don Francisco para que se abra en esos momentos al deseo de la vida eterna. Esto es muy difícil.

Enfrentado, al fin, desesperadamente, a esa cuestión crucial, Torquemada intenta comprar la salvación legando un tercio de su fortuna a la Iglesia para que ésta lo distribuya entre los necesitados. Pero el autor advierte que el gesto llega demasiado tarde y no consigue liberar de la codicia que anida en el alma de esa persona. Así muere Torquemada. ¿Se salva o no se salva el viejo tacaño? Galdós no nos lo dice; no lo sabe.

Novelas de espiritualidad y religiosidad cristianas.

22. Ángel Guerra. (1890) (Alianza Editorial. Madrid. 1986. 653 págs., en dos volúmenes)

Aunque hay una distancia de años en la construcción de las obras, *Ángel Guerra* debe considerarse el comienzo de la trilogía formada por esta novela y por *Nazarín* y *Halma* (ambas de 1896). Las tres constituyen una apasionante saga cuya protagonismo es, en realidad, la fe cristiana, el Evangelio puro, la pequeña y nueva comunidad cristiana, y una osada intención de “*enderezar el cristianismo*” (frase en boca de uno de los personajes de esta obra).

Sin duda alguna, el autor alcanza aquí una cumbre de su búsqueda espiritual y religiosa de inequívoco signo cristiano, jugando con el misticismo más elevado y el realismo más pragmático y hondo en la consideración del ser humano. Todo ello a través de la síntesis perfecta que se establece entre los dos protagonistas, Ángel y Leré; con una galería amplia de personajes que sirven de contrapunto. Sólo con estas páginas podría ya elaborarse una muy sustanciosa tesis teológica. Se trata también (junto a *Fortunata y Jacinta*) del escrito más extenso de Galdós.

La novela, que elude el contexto histórico pero no el geográfico, tiene dos partes claramente diferenciadas: Madrid y Toledo. La primera es una preparación caracterial de la segunda que es la verdaderamente importante, siendo, además, la vieja ciudad toledana un ser vivo que acompaña al protagonista en todo momento.

Ángel Guerra, viudo, apasionado revolucionario que ha roto con su familia, vive en un suburbio madrileño con su amada y amante Dulcenombre (Dulce), de extracción humilde y proveniente de la familia de Babel moralmente indeseable, tanto el padre como la madre Catalina que adquirirá notable protagonismo en la obra como mujer alocada y egoísta.

Atraído por la presión de la madre posesiva, Doña Sales, y de su pequeña hija Cion, Ángel vuelve a la rica casa materna y va alejándose de Dulce. Se interesa cada vez más por Leré (Lorenza), institutriz de la niña. Ésta tiene clara y auténtica vocación de vida religiosa consagrada; deja la casa al morir la niña y se va a Toledo para ingresar en una congregación –el Socorro– de observancia estricta y de notable dedicación a enfermos y pobres. Desde ese momento Toledo será el escenario perfecto de la obra.

Ángel, que ha heredado fincas cuantiosas, deja Madrid y sigue a Leré para estar cerca de ella. Su devoción por la joven es enorme. También su respeto. Va a instalarse en uno de sus cigarrales, cerca de la ciudad, y visita semanalmente a Leré en el convento recibiendo un adoctrinamiento espiritual. Poco a poco surge en él la idea de fundar una orden religiosa semejante al Socorro y más abierta, compuesta de mujeres y de hombres plenamente identificados con los pobres y desgraciados que vengan a refugiarse en ella. La religiosa contribuye a la conversión religiosa de Ángel que decide prepararse para recibir la ordenación sacerdotal (aunque no llegará a recibirla). Leré acepta incorporarse a su proyecto fundacional sin abandonar su propia institución religiosa.

Dulce, que también se halla ya en Toledo, padece una crisis aguda a causa de la separación definitiva de Ángel, pero la supera y olvida a Ángel. Sus hermanos (Arístides y Fausto) y el primo Policarpo derivan cada vez más hacia la delincuencia y el crimen.

El sacerdote Juan Casado, medio agricultor, medio director de almas, hombre alegre y libre, instruido y honrado, con importante sabiduría eclesial, aconseja a Ángel y a otros con extraordinaria prudencia y acierto. Se convierte –junto con Leré– en guía espiritual de Ángel, que camina sinceramente en su pretendida vocación religiosa y de reforma de la Iglesia, gozando de la liturgia catedralicia de Toledo, liturgia que se describe y admira con exactitud en la novela.

Ángel alterna la vida en el cigarral y en la modesta pensión toledana donde trabaja buena amistad con el angelical sacerdote Don Tomé que morirá pronto.

Se va desarrollando el proyecto (Domus Domini) en las casas del cigarral (Guadalupe), contrastando la heroica caridad que se practica allí con el egoísmo y la mezquindad de otros personajes, incluidos el sacerdote Francisco Mancebo, tío de Leré, y el borracho Don Pito, tío de Dulce.

La identificación espiritual de Ángel con Leré es total. A la hora de su muerte (apuñalado traidoramente por los Babeles) Ángel descubrirá que en el fondo de esa identificación pervive un amor humano (el deseo acallado de contraer matrimonio con Leré), al cual ha debido renunciar por la auténtica vocación religiosa de la joven (que quizá también lo ama

de este modo sin por ello falsear ni en lo más mínimo su verdadera consagración en virginidad a Dios). Y este drama interior de los dos (que tiene como testigo único a Juan Casado) tampoco desvirtúa en nada la decisión imperiosa de seguir ambos ofreciéndose a los más necesitados y –en el caso de Ángel- de seguir proponiendo apasionadamente la reforma de la misma Iglesia y del Cristianismo.

La ciega Lucía, habitante del cigarral de Guadalupe y discípula de Ángel, ve subir juntos al Cielo al protagonista fallecido y a Jesucristo. Así termina la obra. Mientras Leré marcha a cuidar a un enfermo de tifus.

23. Nazarín. (1896) (Alianza Editorial. Biblioteca Pérez Galdós. Madrid. 1998. 250 págs.)

Segunda gran novela de carácter reformador de la Iglesia y del Cristianismo. Escrita al final de la etapa más creadora del autor. Absolutamente genial en su concepción, desborda los planteamientos sobre el tema del presbiterado católico que ocuparán a la narrativa europea algunas décadas después (Bernanos, Graham Green, Unamuno, Cesbron, etc.).

La acción transcurre en Madrid (bajos fondos) y pueblos cercanos. Don Nazario Zaharín, presbítero humildísimo (su nombre habitual suena a “Nazareno” = Jesús Nazareno), libre e independiente, un tanto quijotesco, de fe evangélica pura y vida intachable, vive de caridad en casa de una pobre mujer y al margen de la institución eclesiástica. Sólo frecuenta el templo para celebrar la Eucaristía cuando se lo permiten. Es rechazado por la sociedad y por el mundo eclesiástico.

En compañía de Ándara y de Beatriz (¿“María Magdalena” y “Beatriz” de *Dante*?) camina de pueblo en pueblo ejerciendo la más heroica caridad. Perseguido y encarcelado por error, es agredido salvajemente por los compañeros de prisión. “Clavado” en esta cruz convierte a un ladrón apodado “el Sacrílego”. En estas condiciones celebra místicamente los sacramentos del Perdón y de la Eucaristía.

Con un mundo de símbolos que evocan continuamente la trayectoria de Jesús, la novela se convierte en un clamor por el cambio radical de perspectiva en la consideración del presbiterado y, en definitiva, por una transformación del catolicismo, al menos el español.

Desde el punto de vista de la teología católica nada se puede objetar a este poema franciscano de Galdós, que replantea, desde luego, la identidad del presbiterado cristiano.

Charo García Villalba formula en su escrito doctoral *Galdós, un cristiano del siglo XXI* la hipótesis de que Galdós se inspiró para trazar la figura de Nazarín en el presbítero madrileño José María Rubio, canonizado en 2003 por Juan Pablo II.¹⁰³⁹

¹⁰³⁹ José María Rubio Peralta (1864-1929) ingresó en la Compañía de Jesús tras haber sido ordenado presbítero y ejercer su tarea pastoral en los suburbios madrileños de los barrios de Tetuán y de la Ventilla sobre todo. Fue considerado y admirado como apóstol de los pobres. Efectivamente, según muestra la tesis de García Villalba, existen muchos elementos de semejanza entre el personaje Nazarín

24. Halma. (1896) (En Ed. Almar - Patio de Escuelas. Salamanca. 1979. 348 págs.)

Continuación de *Nazarín*, va a abundar en la misma línea temática de ésta.

Bellísima composición narrativa de trama que no permite decaer el interés en ningún momento, la novela gira en torno a la protagonista Catalina de Artal, condesa de Halma, alejada de su mundo nobiliario por un matrimonio de amor rechazado por la familia. Vive en el extranjero; enviuda, y tras muchas penalidades regresa a la casa de su hermano, el Conde de Feramor que le administra el patrimonio. Allí, en un piso alto y separado, lleva una vida recogida, ajena a la de las tertulias de alta sociedad que se prodigan en la casa.

Aconsejada por el excelente sacerdote Don Manuel Florez se entrega a la vida religiosa y a la práctica de la caridad. Por ejemplo, acoge a su primo José Antonio Urrea, joven bohemio, increyente y malgastador.

Halma decide retirarse a una propiedad campestre (en Pedralves) y establecer allí una comunidad abierta a personas humildes, pobres y enfermas. Consigue que se confíe a este lugar y a su custodia a Nazarín que se hallaba en prisión preventiva aún y a quien ha ido admirando cada vez más.

Nazarín, siempre desde el silencio humilde, es el verdadero director espiritual de esta comunidad muy evocadora de las primeras comunidades cristianas o monásticas y a imagen del Reino de Dios. Urrea se incorpora a este grupo y, desde el trabajo y la devoción a su prima y al presbítero, inicia un proceso firme de conversión y –soin darse cuenta- de honesto y callado amor a Halma.

y el Padre Rubio; de éste (y de su labor admirable) se hizo eco la prensa madrileña y es natural que Galdós la leyera. La identificación de ambas figuras es también posible dada la tendencia del escritor de basarse en personajes reales. Pero no consta ninguna declaración al respecto, y tampoco puede establecerse un paralelismo total. Nuestra impresión personal es que con Nazarín el autor quiere expresar la esencia del presbiterado católico basada en la contemplación de un número considerable de presbíteros y en la reflexión teológica propia.

La preocupación por establecer las influencias que pudo tener Galdós al escribir esta sorprendente novela lleva a ALAN E. SMITH a sugerir otra hipótesis: la relación entre la figura de Nazarín y la del predicador Juan que aparece en el panfleto fechado en La Habana (1888) con el título *Evangelio de Don Juan, el moderno precursor, en la segunda y anunciada venida del Mesías*, original de Juan Peón Contreras... Salvo algunos datos comunes superficiales (el carácter andariego, el posible significado reformista, las persecuciones que padece), no puede establecerse ninguna identificación seria entre ambas figuras: Nazarín es sacerdote sin equívocos, creyente enamorado de Jesús, hombre silencioso, jamás se compara a sí mismo con Cristo, ni se siente precursor de nadie ni reformador, está en comunión con la Iglesia (expresamente con el Papa León XIII de quien espera los cambios importantes eclesiales), vive un verdadero franciscanismo, etc.; en cambio, el Don Juan del folleto (sin documentación teológica ni valor literario alguno) es un comerciante iluminado que se presenta a sí mismo en varias ocasiones como el anticristo. Ver a este respecto: *Una posible fuente panfletaria de Nazarín: 'El evangelio de Don Juan...'*, (Anales Galdosianos. Año XXVI. 1991, págs. 51-55).

Las tres instancias sociales poderosas (Administración política, Iglesia y alta sociedad) pretenden impedir el desarrollo de la obra de Halma que espera configurarse como institución, deteriorando de este modo la idea de Catalina.

La sabiduría de Nazarín hace entender a la empobrecida condesa que su vocación no es la virginidad religiosa sino el matrimonio y que lo que Dios puede esperar de ella –para bien de todos– es que dé cauce al amor que ha nacido entre ella y Urrea y se casen; desde ahí, reducida la comunidad al estatuto de una familia normal y abierta, podrá continuar la empresa cristiana comenzada, ya sin injerencias oficiales de nadie.

Absuelto de las acusaciones que pendían sobre él, Nazarín deja Pedralves y se encamina en paz al pueblecillo alcarreño donde ha sido designado como párroco.

La intención de Galdós aparece clara en este desenlace de la novela. Ha propuesto abiertamente la independencia y libertad del cristiano y de lo cristiano ante el mundo, incluido también el mundo eclesiástico, y la revisión necesaria de la práctica del cristianismo y de la Iglesia; dejando, sin embargo, constancia de la necesidad de aceptar un mínimo de normas de convivencia eclesial común.

25. Misericordia. (1897) (Alba. Madrid. 1987. Edición de 332 págs.)

En continuidad con las tres anteriores novelas recensadas, *Misericordia* alcanza la más alta cima de la espiritualidad evangélica en la obra galdosiana. Escasamente religiosa en la temática directa, es, sin embargo, el más encendido canto a la verdadera caridad cristiana que se ha escrito en nuestra literatura, y una perfecta expresión secularizada –pero esencial– del texto de las Bienaventuranzas.

La acción sucede en Madrid, entre los suburbios y el centro, en los años finales de siglo. Benina, Benigna de Casia (santa abogada de lo imposible), que ha dejado atrás los sesenta años, sirve de doméstica íntima e interna a Doña Paca (Francisca Juárez, viuda de Zapata) y a sus hijos Obdulia y Antonio. Doña Paca se ha arruinado por su despilfarro e insensatez; ha venido tan a menos que no tiene para comer. Benina, que la ama profundamente, se abaja a mendigar por las mañanas, a la puerta de un templo, fingiendo que trabaja en la casa de un bondadoso sacerdote –“Don Romualdo”–. Así, con las limosnas que costosamente obtiene, saca adelante y salva día a día a la egoísta y destornillada Paca y a su familia, sin dejarlas caer en desdoro.

Entre el grupo de mendigos destaca por sus características repelentes Mordejai (Almudena), ciego, marroquí, violento y tiñoso. Benina lo cuida y le ayuda en su miseria y enfermedad, queriéndolo como un hijo. El moro, anciano también, se va enamorando de ella.

Es extraordinaria la descripción de la pobreza y, más aún, de la miseria y de la angustiosa búsqueda de solución a la misma a través de la petición de limosna y préstamos íni-

mos y mediante empeños; malviviendo en los ambientes más sórdidos. En algunos momentos recordamos al esperpento de Valle Inclán (*Lucas de Bohemia, Romance de lobos...*).

Benina socorre heroicamente a todos desde su propia pobreza, con gracia, naturalidad y fe... Sin esperar jamás nada a cambio. Entre otros, socorre también al “caballero” Francisco Ponte Delgado (¡!), pobre vergonzante como Paca y pariente lejano de ésta.

Por practicar la mendicidad callejera es apresada y llevada a un hospicio-prisión junto con Almudena. Durante este encierro un sacerdote llamado efectivamente Romualdo comunica a Paca y a Ponte que han sido beneficiados por una herencia. Paca y sus hijos vuelven a la vida holgada y de estúpida apariencia social. Al descubrir que Benina practicaba la mendicidad y que estaba relacionada con Almudena, la familia echa de la casa a la anciana que había vuelto allí confiada en el amor de su señora; más aún, vierten sobre ella la calumnia de una relación indecorosa con Almudena.

Benina sufre todo en silencio y sigue queriendo igual a Paca. Sin ninguna queja, abandonada de todos, va a vivir con Almudena que sueña en ir a Jerusalén.

La obra significa en primer lugar una pintura excepcional del mundo de los mendigos y de la pobreza desamparada del Madrid que empieza a crecer. Podría evocar a *Los miserables* de Victor Hugo. El trazado de los tipos es magnífico. En tal contexto (que incluye el de los pobres vergonzantes) y en medio de un realismo pragmático, la figura de Benina, exenta de cualquier atractivo que no sea el espiritual, resulta única y excepcional en nuestra literatura; con su profunda y natural sensibilidad, entrega generosa incesante y olvido de sí misma encarna el poema del más genuino amor cristiano –el de misericordia-, capaz de hacer el milagro de que la vida continúe a pesar de todo y de que surja de la nada (de un sueño fantástico) la realidad de un hombre bueno... que resulta ser precisamente un modesto sacerdote.

Al mismo tiempo, la novela es un grito contra la ingratitud y malevolencia del ser humano que tergiversa, falsea, devalúa, olvida y maltrata a la persona buena. La antítesis Benina – Paca y familia es tremenda. Como figuras intermedias: Almudena y Francisco Ponte.

Sólo una vez -y esto aplicado a una institución- aparecerá en el texto la palabra *misericordia*. (En la obra se describe la iglesia madrileña de San Sebastián; ésta fue, en su origen -1541-, la ermita de “Nuestra Señora de la Misericordia y de San Sebastián...”. Es posible que el título de la novela se tomara de esta antigua denominación aún conocida). Pero toda la obra es exactamente eso: “*Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*”. También la del autor.

La obra ha merecido la atención emocionada de filósofos y escritores; la de María Zambrano entre otros.

Novelas de último planteamiento.

- 26. El abuelo.** (1897) (En Alianza Editorial. Biblioteca de Pérez Galdós. Madrid. 2007. 253 págs.)

La novela se escribe un año antes del desastre nacional de 1898, y el autor –que puede identificarse con el protagonista del relato- se halla próximo a la Generación del 98, es decir, dividido entre las dos Españas a las que ama, siendo preferida, en definitiva, aquella que parece ilegítima pero reúne los mejores valores.

El anciano aun vigoroso Conde de Albrit (“el León de Albrit”) retorna a su antigua casa solariega en un pueblo cántabro. La finca es ahora posesión de su nuera Lucrecia a la que odia por haber ésta abandonado a su hijo Rafael, muerto a consecuencia de esa ruptura. Lucrecia tiene dos hijas niñas que se quieren: Nelly y Dolly, de edad cercana, una del matrimonio con Rafael, otra fruto de distinta unión, pero no se sabe hasta el final quién es la legítima heredera. Las dos viven juntas en esa mansión rural a las afueras del pueblo de Jersusa. Albrit que viene a visitarlas recibe el rechazo y maltrato de los guardeses y la ingratitud de las gentes del pueblo “venidas a más” precisamente por la antigua ayuda del noble.

Las dos niñas aman al abuelo conde venido a menos, y éste las quiere por igual; pero desearía saber cuál es la hija de Rafael, la legítima. Partícipe de la dolorosa situación de Albrit es el también anciano y maltratado maestro-tutor, Pío Coronado.

Confabulados los jerarcas del pueblo con Lucrecia, Carmelo (cura del pueblo) y el prior del monasterio cercano, intentan secuestrar a Albrit y encerrarlo en el cenobio. Escapado de él, vuelve a la casa con las niñas. Lucrecia decide llevárselas a Madrid. Pero Dolly, en el fondo preferida por el abuelo, se niega a irse y consigue quedarse con él. Sólo entonces descubrirá –ya sin interés por el descubrimiento- que ésta era la “ilegítima”.

La obra es un canto a la libertad y a la superación de los prejuicios sociales y generacionales. La Iglesia, apoyando la injusticia, queda muy mal parada.

- 27. El caballero encantado. (Cuento real...inverosímil)** (1909) (En Cátedra. Madrid. 2000. Edición de 345 págs.)

El autor presenta la novela como relato en su mayor parte fantástico o surrealista, con una tesis semejante a la de los últimos Episodios Nacionales.

De nuevo el protagonismo inicial recae sobre la burguesía madrileña acaudalada que arrastra una vida estúpida y exasperante, ociosa, de lujo y malgasto, apolítica, e insensible al sufrimiento de los demás. En realidad es la España del fracaso colectivo de 1898, aunque su representante en la obra sea el joven Tarsis al que se le darán otros nombres identificativos,

Un buen día, éste es encantado al practicar las artes mágicas que cultiva un amigo suyo (algo semejante a lo que le ocurre a Don Quijote en el descenso a la cueva de Montesinos). Perdida la memoria de la vida anterior, entra en una nueva existencia. Se llama ahora Gil y es un pobre campesino que se irá convirtiendo sucesivamente en pastor, picapedrero, trotamundos, etc. Entabla contacto así con las gentes más humildes y sufrientes. Conoce a Cintia, reencarnación de la joven que lo había rechazado en su vida anterior y que en esta nueva vida le hace participar en su generosa entrega como maestra de pueblo, enamorándolo de nuevo.

Conducido discretamente por la misteriosa y bella dama que aparece y desaparece alternativamente, designada como “la Madre” (a modo de la Beatriz de Dante), vive mil peripecias y va reconstruyendo su existencia pasada con una perspectiva nueva. La Madre, que encarna la Historia viva de España, es arrojada de su castillo de Clavijo y convertida en anciana decrepita. Tarsis descubre entonces los valores de la sensibilidad y de la solidaridad con los pobres, al mismo tiempo que grita la palabra “revolución” uniéndose a la vieja dama rejuvenecida y a dos quijotesas y humildes figuras: el maestro y el cura de Boñices.

Ya transformado, recuperado así el espíritu y el nombre, Tarsis vuelve con Cintia al tiempo pretérito. Todo es ya posible: el fantasma de la innoble burguesía ha desaparecido de su vista.

Hemos asistido a una extraordinaria alegoría de la historia trágica y esperanzada de España.

28. Casandra. (1905) (Obras Completas de B.P.Galdós. Ed. Aguilar. Tomo V. Madrid 2005)

Última novela de Galdós cuya versión teatral aparecerá cinco años más tarde. En realidad, la pieza teatral nos da la impresión de preceder a la novela (escrita también en género dialogal, con cinco jornadas), puesto que ésta desarrolla de forma más directa el carácter del mito griego que adivinamos en los nombres y la trama (y que en la obra escénica dejará paso al realismo existencial). En particular, sorprende aquí el fuerte recurso literario al surrealismo del mundo demoníaco como interpretación de la perversa coprotagonista.

Doña Juana, viuda, muy rica, déspota que encarna una falsa religión, se opone al matrimonio de Rogelio, el hijo ilegítimo de su esposo, con Casandra, prototipo de honradez, de fidelidad y de libertad. Desde el principio, Doña Juana aparece asociada al mundo diabólico; ella y sus adláteres simbolizan a diversos demonios, todos contrarios a la caridad cristiana. Enfrente, escasos personajes -Casandra misma y sobre todo Rosaura- representan ángeles, aunque –al final- estos parecen pactar soluciones intermedias con el mundo demoníaco. La lucha entre el bien y el mal (tema de la novela) se diluye en parte. A medida que avanza la novela los personajes son designados con el nombre propio de un diablo.

Al acoso de Doña Juana sobre Casandra se añade la decisión que toma esta rica viuda de legar todas sus riquezas a la Iglesia (una Iglesia que ha perdido la fe en Jesús). Al privar a la joven de su hijo, la joven mata a la tirana en un arrebatado de ira. (Ahí termina el drama teatral). Ahora Casandra es encarcelada y recibe el cuidado total de Rosaura.

Como la herencia no se había formalizado por escrito, se pretende el reparto familiar de la fortuna de Doña Juana, pero los demonios intentan que vaya a parar a la Iglesia; final detestable impregnado de fuerte simbolismo.

EPISODIOS NACIONALES.

Los Episodios Nacionales son un conjunto de 46 novelas de carácter histórico con tramas individualizadas, continuadas cada una a lo largo de cinco series. Estas tramas que se insertan en la historia hispana, o la viven paralelamente, tienen un tono idealista y, a la vez, costumbrista y romántico, con un fuerte retrato de nuestra realidad social entre los años 1805 y 1880. Es decir, la historia a la que se refieren abarca un período de 75 años del siglo XIX, siglo decisivo y tal vez sin integrar todavía en la conciencia individual y colectiva.

No obstante la delimitación histórica referida inmediatamente, y aun tratándose de un género novelado, la obra alcanza un extraordinario valor de actualidad. Realiza una impresionante profundización de las constantes históricas e idiosincrásicas de España. En consecuencia, su temática más verdadera es la identidad de los españoles, intentando hallar un significado real y una orientación a lo que nos ha acontecido y acontece.

Para Galdós la historia no es un saber absoluto referido exclusivamente al pasado. Si es historia verdadera incluye un saber de inmediata y urgente utilidad para el presente y para el futuro. En realidad debería, pues, escribirse más como lo hace el inefable personaje Confucio (Juanito Santiuste) en la cuarta y quinta serie de los Episodios: la historia tal como debiera haber ocurrido, mucho más que como, en efecto, ocurrió; es decir, una historia que, a partir de los datos de hecho, esté centrada más en la tensión crítica que apunta hacia un modelo rectificador del presente y orientador del futuro.

En gran medida los Episodios Nacionales son este tipo de narración mucho más real que la simple crónica o la trama novelesca y, por esa razón, tienen un valor pedagógico de enorme actualidad. *“Nos transmiten –escribe José Luis Mora- una visión política y moral del siglo XIX que cubre un período completo entre la esperanza radical y la radicalidad a secas que, sin embargo, no cae en la desesperanza.”*¹⁰⁴⁰ Se escriben para entender mejor nues-

¹⁰⁴⁰ MORA GARCÍA, JOSÉ LUIS, Universidad Autónoma de Madrid, *Galdós, novelista de la historia*. (<http://ensayistas.org/filosofos/spain/galdos/mora/htm>) pág.2. Y más adelante: *“Al final (última serie), la historia no se convierte en la Razón sino en una Madre o en una Diosa que nos acompaña en nuestra*

tro presente y ayudarnos a dirigir la mirada lúcida del porvenir que necesitamos como españoles y –lo que resulta particularmente notable– como creyentes cristianos.

Y es que en esa visión histórica y realista, con prospectiva de futuro, se encuentra inserta la dimensión religiosa, el ser cristiano o católico de los individuos y de la sociedad. Y también en esta perspectiva hay no sólo un análisis sociológico sino una declaración de fe y una propuesta de renovación eclesial; declaración y propuesta que se harán más explícitas en las novelas independientes y en el teatro del autor.

Literariamente, cada uno de los Episodios es susceptible de valoraciones distintas, del mismo modo que sus géneros literarios concretos varían; haciéndose el autor en muchos casos narrador directo y protagonista oculto de la obra. Es decir, entrando y saliendo en la obra respecto al quehacer histórico y encarnándose sucesivamente en diversos personajes complementarios, masculinos o femeninos.

Nos encontramos, pues, ante una creación única en la historia de nuestra literatura.

La versión y edición de los *Episodios Nacionales* que se citan en nuestro análisis es, en su mayoría, la de Casa Editorial Hernando S.A., para Historia 16 y Caja Madrid. 1994-1995. Se ha elegido ésta por su facilidad de manejo y por los valiosos estudios introductorios a cada Episodio.

Para algunos Episodios hemos empleado la versión y edición de Alianza Editorial, Madrid, o la de Librería Casa Editorial Hernando, Madrid

Como edición de lujo (basada en la última editada en vida del autor y revisada por éste), enriquecida con una notable documentación gráfica y didáctica, hemos gustado –y aconsejamos– la del Club Internacional del Libro, Madrid 2005, en 23 tomos. Así mismo, la excelente edición de la Biblioteca Fundación José Antonio de Castro. Madrid.

Para un estudio global de cada serie (con detenimiento en los distintos episodios) nos remitimos a la obra de José F. Montesinos, verdadero clásico de los estudios galdosianos: *Galdós*. Ed. Castalia. Madrid. En tres volúmenes: Vols. 1 y 2 (1968), vol. 3 (1980)

Serie 1ª. Vol. 1. Cap. IV (págs. 75-118)

Serie 2ª. Vol. 1. Cap. V (págs. 119-170)

Serie 3ª. Vol. 3. Cap. I (págs. 15-102)

Serie 4ª. Vol. 3. Cap. II (págs. 103-244)

Serie 5ª. Vol. 3. Cap. III (págs. 245-344)

Serie primera.

vida cotidiana sándonos los buenos consejos que ella guarda en su memoria con objeto de que el futuro sea mejor, pero ni siquiera con total seguridad de que esto llegue.” (id. pág. 3)

Escrita entre 1873 y 1879.

Abarca la historia española que discurre entre los años 1805 y 1814. Desde la Batalla de Trafalgar hasta el planteamiento y desarrollo de la Guerra de la Independencia. Tiene como protagonista central al joven gaditano Gabriel de Araceli, acompañado de Inés, siempre imagen de la pureza e inocencia, y, frente a ellos, a Amaranta y el mundo cortesano que la acompaña, así como a la mezquina burguesía naciente. Y, enfrente de todos, el ilustrado agnóstico y aparentemente desalmado, Luis Santorcaz.

El tono de los episodios es generalmente el propio de una situación bélica, con acento heroico y optimista. De algún modo es la historia de España que revive, o más bien comienza, a impulso del patriotismo y del incipiente movimiento liberal.

1. Trafalgar. (1873) (Alianza Editorial. Madrid 1995. 144 pp.)

Escrito en enero-febrero de 1873, documentado desde Santander.

Partiendo de la descripción de la burguesía gaditana, se centra en la batalla naval de Trafalgar (1805) con la derrota hispano francesa ante el almirante inglés Nelson. Galdós recibió en Santander gran parte de los datos con los construye la narración, de boca de un viejo marino testigo de la acción.

Gabriel de Araceli, casi niño aún, en Cádiz, “huye” con su tutor, Alonso Gutiérrez de Cisniega, viejo marino, para alistarse en la escuadra española (comandada por Churrua) que va a luchar contra la inglesa (Nelson). La española está aliada con la francesa, de escaso valor combativo. Marcial, marinero amigo de Don Alonso, se alista también.

Se produce la batalla de Trafalgar con un fin trágico para los barcos españoles. Gabriel y Marcial se hallan naufragos en los restos del “Trinidad”. Marcial muere ahogado.

El texto tiene el frescor de la primera obra. Destaca el sentido de patria así como la religiosidad sencilla y profunda. Todo ello en oposición al mundo francés y también al inglés.

Es extraordinaria la descripción psicológica del ser humano en el trance de la batalla y de la inminencia de la muerte; en particular, destaca el perfil que traza del alma de Marcial, y quizás también de Don Alonso. Por lo demás, Gabriel es un adolescente, y su andadura como protagonista y prototipo no ha hecho más que empezar. Del mismo modo que también la reflexión del autor sobre España es aún muy incipiente.

2. La corte de Carlos IV. (1873) (Alianza Editorial. Madrid 1993. 201 pp.)

Escrito en abril-mayo de 1873 refleja las intrigas en El Escorial contra Godoy en los años inmediatos posteriores a 1806.

Muy distinto del tono fresco y espontáneo del episodio anterior. La acción se sitúa en Madrid, entre 1805 y 1806, en las vísperas de la invasión napoleónica, describiendo –y criticando ya- la corrompida vida cortesana del mezquino Carlos IV y la impopularidad de su ministro plenipotenciario, Godoy.

Gabriel tiene 17 años. Trasladado a Madrid, comienza por trabajar de aprendiz en una imprenta, sirviendo a la actriz Pepita González, mujer prestigiosa, antiafrancesada y opuesta al teatro de L.F. Moratín (cuyo *Si de las niñas* se estrena en esas fechas con gran polémica). Conoce a Inés, de 14 años, y se enamora de ella. Inés, pobre costurera, sencilla y clara, vive con su madre Juana viuda, que morirá enseguida.

A través de “La González”, Gabriel entra al servicio exclusivo de la condesa Amaranta, intrigante contra el rey y Godoy, protagonista de aventuras políticas y amorosas en relación con Lesbia, otra noble, y con personajes dudosos, como Mañara, etc. Es testigo de la conjura de El Escorial dirigida traidoramente por el príncipe Fernando, participando en ella Amaranta y Pepita.

Asqueado de la intrigante vida cortesana, Gabriel vuelve a Madrid, cerca de Inés. Tiene el apoyo del tío de ésta, Don Celestino, fiel partidario de Godoy (es decir, de talante liberal), humilde e insatisfecho párroco que sueña con recibir una prebenda por el favor del Ministro. La impopularidad de este político es cada vez mayor.

Galdós aprovecha la novela para mostrar ya su fundamental desacuerdo con la monarquía y con el enrarecido mundo de la nobleza y de los teatros madrileños, al mismo tiempo que retrata el clima previo a la invasión de los franceses, tanto en las clases populares como en la Corte.

Desde el punto de vista del contenido espiritual y religioso este Episodio tiene escaso interés.

3. El 19 de marzo y el 2 de mayo. (1873) (Historia 16-Caja Madrid. Madrid 1992. 238 pp.)

Escrito en octubre-noviembre de 1873, narra la conjura contra Godoy y el levantamiento antifrancés de mayo de 1808.

Prosigue la acción del episodio anterior. Gabriel continúa trabajando (siendo explotado) en la imprenta ya conocida. Los sábados va en carro a Aranjuez para ver a Inés que vive ahora allí con su tío Don Celestino. Asiste al Motín revolucionario de Aranjuez que arroja a Godoy de su palacio.

Aparece el matrimonio Requejo: personas despiadadas, comerciantes usureros, parientes lejanos de Juana (la madre de Inés), que han descubierto el desconocido y secreto origen noble de Inés (hija en realidad de Amaranta) y pretenden negociar a su costa llevándosela a Madrid y encerrándola en los sótanos de su tienda. Gabriel consi-

gue entrar a trabajar con los Requejo para liberar a Inés. Lo consigue, pero ese mismo día en que huyen se produce el levantamiento del pueblo de Madrid contra el invasor francés. Dejando a Inés con su tío, se une a los insurrectos.

Se perfila cada vez más la figura perfecta de Inés –todavía muy joven- como mujer idealizada por su sencillez, pureza, bondad y firmeza de carácter. A lo largo de la serie se acrecentarán estos valores y su total complementaridad con Gabriel que ha dejado de ser adolescente.

La represión francesa es sangrienta. Gabriel y el sacerdote Don Celestino son apresados y los dos fusilados, aunque el joven no muere. La novela sitúa perfectamente el cuadro de los fusilamientos pintado por Goya.

Junto a los héroes Daoiz y Velarde aparecen, en contrapunto, una serie de personajes secundarios, mezquinos y corruptos: el licenciado Lobo, Santurrias, Juan de Dios...

El autor deja constancia de los hechos históricos con acento de admiración profunda. Aparece ya el protagonismo del pueblo, dorado, además, de un integrante natural de religiosidad.

5. Bailén. (1873) (Alianza Editorial. Madrid 1994. 180 pp.)

Escrito al mismo tiempo que el episodio anterior, gira alrededor de la acción militar contra los franceses en los llanos de Bailén por parte de todo el conjunto de fuerzas españolas. Es la totalidad del pueblo quien desarrolla la gesta de la desigual batalla.

Gabriel no llegó a morir en su ejecución en Madrid. Malherido y aún inconsciente, se halla convaleciente en casa de D. Santiago Fernández “El Gran Capitan”, personaje quijotesco, y de su esposa Dña. Gregoria; los dos ancianos y exaltados patriotas. En esta misma casa se hospeda el enigmático y francmasón señor de Santorcaz.

Gabriel es informado de que el licenciado Lobo vendió a Inés llevándola al palacio de Amaranta. De ahí fue enviada a Córdoba. Amaranta se opone a la relación entre los dos jóvenes. Y Gabriel y Santorcaz, atravesando La Mancha, emprenden viaje a Córdoba para rescatarla e impedir el forzado enlace de Inés con el hijo de los Rumblar, Diego, joven disoluto...

Es extraordinaria la descripción de La Mancha y de la batalla de Bailén favorable a los españoles.

Inés comienza a enfrentarse a su situación de permanente sometimiento. Pero Gabriel no llega a encontrarla.

Episodio claramente romántico en cuanto al drama amoroso y en cuanto a los sentimientos patrióticos. Galdós se va centrando cada vez más en el personaje feme-

nino de Inés, apoyando la liberación de la mujer de todas las opresiones sociales que padece. Comienza también el autor a dejar descubrir su referencia modélica a Cervantes y al Quijote, y aflora ya su honda preocupación religiosa.

6. Napoleón en Chamartín. (Casa Editorial Hernando. Madrid 1974. 332 pp.)

Escrito en enero de 1874, nos sitúa en la ocupación francesa de Madrid en 1808-1809.

Sigue la acción novelesca en la capital, con un trasfondo histórico bastante fiel en lo esencial. Gabriel está de pensión en casa de “El Gran Capitán”, pobre conserje. Ahí se reúne el vecindario para comentar los sucesos de la guerra de Independencia. A los ya conocidos Santorcaz, Mañara, Lobo, Diego... se une ahora en la trama el Padre Salmón, que será cómplice de Amaranta en el intento de alejar al joven de Inés. La figura de Santorcaz (padre biológico de Inés, sin que ésta lo sepa) se hace cada vez más odiosa y amenazante para Gabriel; y la presión sobre éste por parte de Amaranta es tan sutil que se ve obligado a prometer a la condesa su propio alejamiento de Madrid, promesa que las circunstancias no le dejarán cumplir.

Madrid tiene que defenderse ante Napoleón en persona que viene a someter a la ciudad rebelde y a imponer como rey a su hermano José. En esta defensa loca de fuerzas desiguales muere “El Gran Capitán”. Gabriel forma parte de las milicias anti-francesas. Consigue ver a Inés en El Pardo; pero es apresado por Santorcaz, jefe ahora de alguaciles, y conducido a Francia.

El episodio, un tanto rocambolesco, incide en las ideas de los anteriores y en el mismo juicio de las personas ya presentadas.

Galdós quiere dejar constancia de los contrastes que definieron y dividieron a los españoles a propósito de la guerra contra el invasor francés.

Por primera vez en los Episodios se hace patente el anticlericalismo del autor, probablemente muy justificado, referido a la figura del eclesiástico Salmón quien seguirá apareciendo en sucesivos episodios.

7. Zaragoza. (1874) (Alianza Editorial. Madrid 1995. 185 pp.)

Escrito en marzo-abril de 1874, sitúa la acción en los “sitios” de Zaragoza, describiendo la resistencia heroica de los zaragozanos e introduciendo una segunda trama con nuevos personajes. Es un paréntesis dentro de la serie en donde Gabriel e Inés pierden relevancia.

Salimos del ambiente enrarecido del Madrid ocupado por Napoleón. Gabriel y Roque (conducidos hacia Francia) consiguen escaparse y llegan a Zaragoza, que está a punto de sufrir el segundo sitio. Se albergan en casa de Don José Montoria noble

hacendado aragonés. Gabriel intima con Agustín, el hijo menor, seminarista. Éste se enamora de Mariquilla Candiola, uniendo al amor sentimientos platónicos y religiosos y una conciencia pura. (Esta pareja recuerda en parte a Luis de Vargas y a Pepita Jiménez de la obra de Valera y, de algún modo, a Romeo y Julieta, por la oposición familiar que encuentra).

Queda descrito con extraordinaria pintura el sitio y la defensa heroica y costosísima de la ciudad bajo la dirección de Palafox. El Tío Candela, padre de Mariquilla, resulta ser traidor y muere fusilado por un pelotón que ha dejado de comandar Gabriel ante circunstancia tan dolorosa, perdiendo así el grado militar que ostentaba. Mariquilla muere de enfermedad y de pena. Agustín rompe con la familia y decide hacerse monje. La Zaragoza que encuentran los franceses victoriosos evoca sin duda a Numancia.

El libro respira patriotismo, generosidad en el amor, independencia y religiosidad honda, a la vez sencilla y popular; todo ello con indudable frescor romántico. El autor parece recrearse en su propio escrito.

7. Gerona. (1874) (Alianza Editorial. Madrid 1999. 173 pp)

Escrito en junio de 1874.

Utiliza Galdós en este episodio el recurso literario de la narración en tercera persona. Gabriel se une al ejército español que retrocede hacia Andalucía y continúa soñando en Inés. Encuentra al viejo conocido Andresillo Marijuan, y éste le narra el sitio de Gerona por los franceses, defendida por el general Álvarez de Castro. Nos situamos desde ese momento en esta nueva ciudad asediada y en la narración de Andresillo. Gabriel queda de momento eclipsado.

Andresillo Marijuán se hospeda en casa del Sr. Mongat. Éste muere y deja cuatro huérfanos que Andres asume como hermano mayor. Se enamora de Siseta (veinte años). Entabla una buena relación con los vecinos Nomdedeu y su hija Josefina, paralizada por el terror de los bombardeos. El mismo Nomdedeu enloquece, aunque recupera la razón antes de morir.

El hambre es también protagonista de la novela. Y junto al hambre, la caridad cristiana.

Galdós traza un paralelismo de personajes muy semejantes: por una parte, Gabriel – Agustín – Andrés, como jóvenes de honda nobleza interior, por otra, el “Gran Capitán” – Nomdedeu, quijotes; y, como mujeres ideales por sus cualidades morales más que por su belleza: Inés – Mariquilla – Siseta. La intención parece ser clara: destacar el tipo supremo de la personalidad española popular, con independencia de las regiones de origen. Estos personajes femeninos preludian a los que han de seguir en los

próximos Episodios: a Sola (serie 2ª) y a Demetria (serie 3ª); los masculinos serán, sin duda, más complejos.

Hasta aquí los Episodios han recorrido e integrado Andalucía, Madrid, La Mancha y Aragón; se sitúan ahora en Cataluña, dando a esta región cariño e idéntica dignidad nacional. Poco a poco, todas las tierras de la Península irán encontrando su lugar a lo largo de las cuarenta y seis novelas integradas perfectamente por el autor en la unidad de un país.

De pasada, todavía con una categoría secundaria, vuelve a aparecer el clero y cierta religiosidad criticable; esta vez en la figura del canónigo Juan Ferragut. Pero tal aspecto defectuoso queda eclipsado por la caridad heroica de los conventos femeninos gerundenses sorprendentemente abiertos al pueblo durante la guerra.

8. Cádiz. (1874) (Alianza Editorial. Madrid 1996. 226 pp.)

Escrito en septiembre – octubre de 1874.

Admirada crónica de las Cortes de Cádiz (1812), a cuyo desarrollo asiste Gabriel (llevado a Cádiz por Amaranta). El autor presenta emocionado el discurso de apertura en boca de Muñoz Torrero, uno de los altos clérigos participantes. Paralelamente se describen las tertulias de la burguesía gaditana ubicadas en las casas de Dña. María Rumblar y de Amaranta, que representan la vieja España del antiguo régimen. La figura de Dña. María evoca a la dominante Paca de *Misericordia* y a numerosas mujeres, madres tiranas de sus hijas. Continúa haciéndose un retrato fiel de la “cultura del fingimiento y la mentira” en la alta sociedad. Don Diego aparece como representante de esa “subcultura”. La presencia de Inés es muy discreta en toda la novela.

No queda bien parado el militar inglés Lord Gray, un “Don Juan” británico que seduce a Asunción, hija de Doña María, con el que se batirá Gabriel defendiendo a la joven.

El episodio introduce al espíritu liberal, progresista y democrático de Galdós, que, al mismo tiempo, empatiza con el pueblo sencillo y con los liberales Quintana, Martínez de la Rosa...

9. Juan Martín el Empecinado. (1874) (Alianza Editorial. Madrid 1996. 188 pp.)

Escrito en diciembre de 1874, centrando la originalidad de la Guerra de la Independencia.

Episodio histórico novelesco, dedicado al fenómeno de la guerra de guerrillas antinapoleónicas en nuestra Guerra de la Independencia; fenómeno que adquiere, así, el carácter de una participación popular generalizada en defensa de la patria y en contra del invasor, pero de forma anárquica criticada por el autor.

Gabriel, enviado con las tropas regulares a defender Valencia, es desviado hacia Cuenca; describe los pueblos asolados por la contienda y entra, en fin, en el “ejército” de Juan Martín el Empecinado, hombre noble, sencillo y honrado, aglutinador del sentir popular.

Entabla relación con Mosén Antón Trijueque, negación del ministerio y de la figura presbiteral, que terminará por suicidarse. Junto a otros tipos depravados -como el sacristán Celestino Malvar- aparece el Empecinadillo, niño abandonado, símbolo del desconcierto y de la crueldad de la guerra. Es el segundo niño de la obra galdosiana, evocador de la infancia tratada por Dickens.

Gabriel es apresado por los franceses. Mantiene correspondencia con Amaranta en referencia a Inés, y no consigue evitar que ésta sea raptada por Santorcaz. El episodio adquiere entonces carácter de folletín.

La trama revela y denuncia las bajas pasiones que desata la guerra y, particularmente, su negativa influencia sobre la religiosidad cristiana.

10. La batalla de los Arapiles. (1875) (Alianza Editorial. Madrid 1998. 266 pp.)

Escrito en febrero – marzo de 1875, describe, como trasfondo histórico, una de las acciones definitivas, angloespañolas, en la guerra contra los franceses: la batalla de los Arapiles.

El paso del tiempo va curando heridas y limando actitudes violentas. Esto es lo que muestra Galdós a propósito de la relación entre la dura Amaranta y Gabriel. Pero, sobre todo, quiere indicarnos que las reconciliaciones pendientes son obra fundamental de espíritus puros y esencialmente conciliadores como lo es Inés.

Llegamos al culmen de la serie iniciada por la pareja adolescente de Gabriel e Inés. Ahora el amor entre ambos está llegando a plenitud y se hace extensivo y fecundo para los seres que los rodean, incluyendo al descreído Santorcaz que, de alguna forma, a punto ya de morir, retorna arrepentido a Amaranta. Hay una expresa dimensión espiritualista y religiosa en el desenvolvimiento de la trama.

Gabriel, ya comandante del ejército español, se une a las fuerzas de Wellington. Se ve acosado por Miss Fly, extraña inglesa que se enamora de él. Consigue entrar en Salamanca y reunirse con Inés. Tras algunas peripecias rocambolescas (no exentas de simbolismo), participa en la batalla. Protege durante la acción militar al traidor Santorcaz y, por tanto, a Inés, que está cuidándolo; el anciano masón muere perdonado y rodeado por los tres (Inés, Gabriel y Amaranta) en un clima de honda fe cristiana por parte de todos ellos.

Termina la serie con la esperada boda de Inés y Gabriel, ascendido éste a nuevos grados militares, pero rehuyendo honores.

El episodio, bastante rocambolesco en la acción en torno al héroe, tiene la apariencia de un final feliz; pero es más que esto: significa la conclusión justa y deseada de los problemas humanos individuales y colectivos que han ido describiéndose con realismo a lo largo de los episodios anteriores. El duo Ines – Gabriel quedará ya en nuestra literatura como prototipo de una relación ideal de pareja típicamente hispana, al modo de aquella otra de Rodrigo Díaz, el Cid, y Jimena, o de la imposible Dulcinea y Don Quijote.

Segunda Serie.

Escrita entre 1877 y 1879.

Abarca la historia que discurre entre 1814 y 1834, período en que comienza a cristalizar el dualismo antagónico e irreconciliable de las dos Españas, simbolizadas en las figuras del creciente liberal Salvador Monsalud y del creciente conservador Carlos Navarro, hijos de un mismo padre pero de distinta madre (del mismo suelo, pero de distinto espíritu nacional). Como antagónicas también aparecen Jenara y Sola, está segunda como ideal perfecto de mujer.

Es el tiempo en que nace el constitucionalismo y va arraigando el liberalismo frente a la represión absolutista de Fernando VII. Su estilo literario es más variado que el de la primera serie. La burguesía que emerge, también en busca de identidad, está representada por Benigno Cordero que es la antítesis de Felicísimo Carnicero y de Pipaón. Los episodios introducen a la guerra civil.

11. El equipaje del rey José. (1875) (Historia 16-Caja Madrid 1993. 207 p.)

Escrito en 1875 (junio – julio), tiene como marco la marcha de España del rey impuesto José Bonaparte y el comienzo del reinado de Fernando VII.

Salvador Monsalud, hijo de Fermina (madre soltera engañada), hombre todavía muy ingenuo, llega a Madrid y, por necesidades económicas, se enrola en el ejército francés, lo que le valdrá el desprecio de los conocidos, desprecio que él no comprende. De vuelta a su pueblo es rechazado por su madre y por Genara a quien ama siendo correspondido. Aparece de imprevisto Carlos Navarro, guerrillero, enamorado también de la muchacha y que odia por diversas razones a Salvador. Carlos es hijo de Fernando "Garrote", ultraconservador españolista, señorito y antiguo seductor, padre en secreto de Salvador por haber seducido a Fermina.

De nuevo surge la figura de un cura guerrillero. "Garrote" cae en manos de los franceses y Salvador lo salva de una muerte cruel.

Se describe el expolio de obras de artes y de joyería por parte de los franceses.

Al final, se produce un nuevo encuentro de Salvador y Carlos en presencia de Genara huida con su abuelo enfermo. El odio entre ambos hombres es irreversible, especialmente por parte de Carlos Navarro.

Galdós sitúa ya con claridad en esa relación Salvador – Carlos la trágica dualidad antagónica de las dos Españas: la liberal, abierta y conciliadora, no posesiva, y la conservadora, cerrada, dominada por el odio y posesiva de los bienes patrios (representados en la figura ambigua de Genara). El duelo entre ambas -que preludia e identifica a nuestros siglos XIX y XX- ha comenzado ya con estos personajes simbólicos. Y la Iglesia española (la religiosidad, al menos) no está ausente de esa tremenda confrontación; al contrario, la alienta.

12. Memorias de un cortesano de 1815. (1875). (Historia 16-Caja Madrid. 1993. 183 pp.)

Escrito en 1875.

Este episodio transcribe las memorias del compañero inicial de Salvador Monsalud, Juan Bragas (que en la novela anterior dejó constancia de su baja categoría moral). Este personaje omnipresente se convierte ahora en “Juan de Pipaón”. Relata con cinismo su impresionante ascenso en la burocracia cortesana de 1815, al servicio del absolutismo del recién instalado Fernando VII; todo ello en virtud del oportunismo, la adulación, la suma de pequeñas corrupciones y el manejo interesado de causas de nobles e intrigas y calumnias. A su lado desfilan personajes secundarios mancomunados por el interés del propio medro. Entre los de carácter religioso va a destacar la figura del Inquisidor General, el obispo de Almería. El conjunto del cuadro pintado por Galdós resulta deprimente.

Vuelve a aparecer la condesa de Rumblar. Su hija Presentación consigue ridiculizar y medio hundir a Pipaón. Éste, en un momento dado, ha dejado leer sus “memorias” a Gabriel de Araceli, quien hace el juicio más duro y amargo que podía establecerse sobre el sexenio de reinado fernandino y sobre las consecuencias que va a traer para España este gobierno fruto de la alianza de un dictador con políticos corruptos sin valía social alguna y con un catolicismo oscurantista y de fachada.

Va quedando cada vez más clara la opción liberal, progresista y de honestidad pública y privada de Galdós, al mismo tiempo que se aleja de la monarquía y de la Iglesia oficial.

13. La segunda casaca. (1876) (Historia 16-Caja Madrid.1993. 220 pp.)

Escrito en 1876, sitúa la acción en 1819-20 teniendo de fondo el pronunciamiento de Riego y el Trienio Liberal.

El título de la novela hace referencia al cambio de chaqueta política o, más bien, a la doble y contraria postura de apariencia ideológica desgraciadamente frecuente en

la política española, siempre por motivos interesados. Pipaón sigue intrigando a favor de sí mismo, desde el cuadro absolutista cortesano y burgués, aunque cayó en cierta desgracia en el episodio anterior.

Con objeto de resolver unpleito van a vivir a casa de es personaje en Madrid Don Miguel Barahona, fanático radical absolutista y conservador, y su nieta Genara, ya casada con Carlos Navarro. Carlos, coronel del ejército, está en Logroño, en donde ha encarcelado cruelmente a Fermina, la madre de Salvador Monsalud.

Salvador intenta desde Madrid la liberación de su madre sin conseguirlo y pide ayuda a Pipaón, que lo engaña.

El levantamiento liberal de Rafael de Riego (1820) fracasa, pero su espíritu se extiende por España.

Pipaón, aleccionado por Antonio Ugarte (con quien mantiene relación oficial), aparenta aliarse con los liberales, introducido ingenuamente en este grupo por el mismo Salvador que es apresado en Madrid por Carlos; pero Genara lo libera, despertando los celos de su esposo a quien realmente no ama.

La novela asienta la continua confrontación de los dos protagonistas, es decir, de las dos Españas, situando siempre en una de ellas –la absolutista y conservadora- a la Iglesia oficial.

14. El Grande Oriente. (1876) (Historia 16-Caja Madrid. Altorrey. 1993. 217 pp.)

Escrito en 1876.

La acción de la novela –o episodio- discurre durante el Trienio Liberal (1820-1823). Riego y los liberales han triunfado por una vez e imponen a Fernando VII la Constitución de 1812. En Madrid han proliferado los clubes masónicos y libertarios que no se muestran capacitados para dirigir el cambio político y social de España. La corrupción sigue adelante. Prototipo de esa exaltación liberal y, a la vez, de la ineptitud es el maestro de escuela Patricio Sarmiento.

Frente a esa situación Salvador Monsalud (que está en Madrid) representa aquí los mejores ideales de fraternidad, libertad e igualdad. En torno a él aparecen tres mujeres: Andrea, la amante, Genara (que también sigue amándolo) y Sola.

Al modo de la venidera *Historia de una escalera* conviven en diversos pisos del mismo edificio Salvador y su madre, Sarmiento y su hijo Lucas, Urbano Gil de la Cuadra (antiguo afrancesado, ahora absolutista) y su hija Sola, y Pujitos, liberal.

El anciano Gil de la Cuadra es encarcelado, acusado de conspiración, Salvador hará lo imposible por liberarlo, al mismo tiempo que acoge a Sola como verdadero hermano y ésta va a vivir con Fermina.

El sacerdote Vinuesa, acusado también injustamente, es linchado por el pueblo bajo de Madrid.

A lo largo de la obra aparece el funcionamiento de las logias masónicas, con un acento crítico e incluso despectivo por parte del Autor.

El episodio acaba trágicamente con la desesperación de Gil de la Cuadra al enterarse (por delación del policía Regato) que Salvador tuvo relaciones con su esposa. Esto aleja a Sola.

15. Siete de julio. (1877) (Historia 16-Caja Madrid. Altorrey 1993. 189 pp.)

Escrito en 1877.

Salvador Monsalud es ahora secretario de un duque, diputado liberal. Ayuda económicamente a Sola, que vive con su padre, Urbano Gil de la Cuadra, viejo absolutista, ya liberado. Están estos en casa del maestro Naranjo, también conservador; lugar de reunión de conspiradores antiliberales. Frente a él aparece en la vecindad la figura exaltada de Patricio Sarmiento, maestro de escuela por libre. Se narran las continuas intrigas y conspiraciones políticas de todo tipo para restablecer el absolutismo de Fernando VII. El 7 de julio de 1823 se produce ese levantamiento de la Guardia Real.

Entra en escena Anatolio, guardia real, primo pretendiente de Solita; saldrá pronto de la escena. Salvador, incitado por Genara, huye con ella a Francia.

La novela muestra la ineptitud de Fernando VII y también la de su forzado gobierno liberal. No tiene demasiada relevancia, pero, ocasionalmente, muestra la firmeza de la fe cristiana y la ambigüedad de ésta en una mayoría de católicos españoles.

16. Los cien mil hijos de San Luis. (1877) (Historia 16-Caja Madrid. Altorrey. 1993. 201 pp.)

Escrito en 1877.

Ante la situación española (fracaso de la Revolución liberal y continuas conjuras de uno y otro bando), Francia envía un ejército de apoyo a Fernando VII..., aunque lo hace más bien con ánimo de asustar a los liberales radicales franceses.

Genara está de nuevo en Madrid intrigando políticamente y persiguiendo el amor de Salvador (que se muestra cada vez más como activista liberal). Celosa, no dudará en alejar con engaños a Sola de Madrid puesto que sabe que ésta se ha enamorado ya –en silencio– del joven protagonista.

Comienza la “década ominosa” del terror fernandino (1823-1833). De nuevo se critica el intervencionismo eclesiástico, siempre ultraconservador, absolutista monárquico. El autor se asusta ante la perversión moral de algunos de sus personajes.

17. El terror de 1824. (Altorrey – Caja de Madrid. 1994. Edición de 224 págs.)

Escrito en 1878.

Sin duda, uno de los Episodios con mayor densidad de pensamiento y mejor elaborado, más logrado y hasta sublime, en donde se funde la realidad histórica del comienzo de la “Década ominosa” con la trama novelada, la línea simple y clara de la narración con el mayor dramatismo y el lenguaje bello con el pensamiento. El resultado es una obra apasionante, dotada de los más altos valores humanos y cristianos, cabalgando continuamente –como Don Quijote- sobre la locura y la cordura del anciano Patricio Sarmiento, idealista de la libertad.

Dos ejecuciones enmarcan este episodio: la del General Don Rafael de Riego, sereno instaurador del trienio liberal, y la del quijote liberal, Don Patricio. Las dos en Madrid, a manos del desgraciado juez y jefe de la policía, Francisco Chaperón y sus adláteres Romo, Lobo, Navarro...

Entre los dos acontecimientos marco se desarrolla el magnífico poema de caridad cristiana trazado por Sola (Solita), hija del carlista cerrado Gil de la Cuadra. Sola recoge y cuida a Sarmiento con extraordinaria ternura y eficacia ayudándole a serenar su razón. Éste, enemigo de su padre (el ya conocido Gil de la Cuadra), se inmola por conseguir la libertad de Benigno Cordero y de su hija.

Las figuras terribles del fraile Marañón (esperpéntico), Chaperón, Romo, el escribiente Lobo y otros (y hasta cierto punto Genara) encarnan el mal que se cierne sobre Sola y sobre Sarmiento, encarcelados. Significan la injusticia, crueldad e ignominia de un estado policial.

Salvador sigue conspirando, pero desde Inglaterra.

Para Don Patricio y Sola, a medida que avanza la trama, se abre el pensamiento a horizontes cada vez más elevados sobre el amor, la fe y la comunión en Dios, la vivencia cristiana de la muerte, el perdón y la resurrección. Se trata, pues, de uno de los Episodios de mayor densidad religiosa.

Galdós condena al mismo tiempo –como nunca- la pena de muerte y su espantoso ritual previo, así como el terrorismo de Estado, la práctica de la delación y de la cruel y arbitraria represión policial; esta represión contraria a todo derecho es la instauradora del clima de terror que vivieron Madrid y España en aquellos años. Va estableciéndose de manera cada vez más fuerte la antítesis “bien – mal”, encarnada en el binomio “liberalismo – absolutismo”, así como la identificación entre “cristianismo y liberalismo”. Don Patricio muere exclamando: *“Muero por la libertad como cristiano católico. ¡Oh Dios, a quien he servido, acógeme en tu seno!”*.

18. Un voluntario realista. (1878) (Historia 16-Caja Madrid. Altorrey. 1994. 218 pp)

Escrito en 1878.

Episodio un tanto extraño y muy distinto del resto de obras de la serie porque introduce personajes desconocidos y situaciones inéditas. Nos traslada a Solsona, al monasterio de San Salomó, con una mayoría de monjas sin vocación religiosa y de una fanática afiliación monárquica absolutista, destacando Sor Teodora de Aransis. Esta mujer se enamora de Jaime Servet, significativo nombre bajo el que se oculta Salvador Monsalud que se ha refugiado en el convento, huyendo de Carlos Navarro.

Junto a Teodora aparece Pepet Armengol, "Tilín", personaje siniestro (sacristán, fanático absolutista, pretendiente sacrilego de Teodora y conducido a la muerte por ésta).

Se narra el breve y fracasado levantamiento realista catalán ("La Rebelión Apostólica"), dirigido por el brutal Jep dels Estanys.

El autor comienza la dura crítica del fanatismo religioso político que va a dar pie al carlismo.

19. Los Apostólicos. (1879) (Historia 16-Caja Madrid. Altorrey. 1994. 220 pp.)

Escrito en 1879.

El episodio nos retorna al sufrido Madrid fernandino. Benigno Cordero, prototipo del burgués medio, liberal moderado, héroe de la Milicia constitucional, ha enviudado. Acoge a Sola en su casa y ésta ejerce de gobernanta y de madre de los hijos pequeños de Benigno que la adoran. Este señor la respeta absolutamente, pero va alentando la idea de casarse con ella. Sola está dispuesta a acceder a ese matrimonio movida exclusivamente por agradecimiento al noble protector, pero su corazón silenciado pertenece a Salvador.

Salvador, desengañado de la política y de su vida aventurera, responde también al amor de Sola, aunque no se atreve a declarárselo. Le ha escrito cartas reveladoras de este cambio, pero éstas han sido interceptadas por el inmoral y omnipotente policía Pipaón.

Salvador coincidirá con Benigno en La Granja, asistiendo a éste en su enfermedad; ocasión que Benigno aprovecha para cerciorarse de la valía moral del joven.

La familia Cordero, con Sola y con el curioso Padre Alelí, marcha a un cigarral de Toledo. En Madrid Monsalud tiene que enfrentarse por asuntos de herencia al corrupto abogado apostólico Felicísimo Carnicero. (Los "apostólicos" eran católicos ultraconservadores). La onomástica de los personajes continúa siendo muy simbólica.

Galdós va conduciendo la trama de la serie a su final, enlazando ahora el absolutismo de Fernando, ya casi al final de su pésimo reinado, con el carlismo naciente representado por el inepto y beato hermano Carlos Isidro, siempre con la complicidad y el aliento de la mayor parte del clero católico.

20. Un faccioso más y algunos frailes menos. (1879)(Historia 16-Caja Madrid. Altorrey. 1994. 240 pp.)

Escrito en 1879.

Muerto Fernando VII, Carlos Isidro, exiliado a Portugal, se dispone a regresar a España y a encabezar (que no dirigir) el partido y la guerra carlista. Este parece ser el “faccioso más” del título de la obra.

De vuelta a Madrid con Benigno, Salvador encuentra escondido y enfermo a su enemigo Carlos Navarro; le revela que es su hermanastro y decide ayudarlo, pero éste lo rechaza y persiste en su odio. Salvador acompañará a Carlos hasta el final viajando con él hacia el norte y cuidándolo con extrema solicitud, renunciando, incluso, a su encuentro con Sola (que no entiende la inesperada desaparición). Carlos muere sin aceptar la reconciliación y la paz que le brinda Salvador.

Benigno Cordero, de nuevo en el cigarral, descubre que Sola ama a Salvador; con generosidad absoluta renuncia a su pretensión de boda con ella, a favor de Salvador.

La casa de Felícísimo Carnicero se derrumba sepultando en los escombros a su dueño. Pero deja como legado suyo a Tablas, su sirviente, hombre degenerado que maltrata a su hija medio paralítica, Romualda. Estos personajes evocan a algunos de *Los miserables* de Victor Hugo.

Entre tanto se desarrolla el drama de la matanza de jesuitas. Estos han aparecido como buscadores de acuerdos matrimoniales imposibles y trasmisores de reliquias (o semejante). El pueblo mal intencionado y peor informado los acusa de haber envenenado el agua de Madrid y, entrando en el convento, los asesina.

Salvador y Sola se casan.

Galdós da fin a la serie con tres cuadros espléndidos, dos referidos a la verdadera caridad cristiana: la de Salvador y la de Benigno, y un tercero referido al triunfo del amor largamente labrado en la espera, la fidelidad y los cambios interiores. Añade, sin embargo, a la vez, unas pinturas negras que sirven de terrible contraste con la claridad anterior: la dureza de Carlos Navarro (símbolo de la otra España, obstinada en el fanatismo conservador y religioso), el hundimiento del corrupto Carnicero, y la degradación de la masa populachera capaz de asesinar sin razón alguna.

Este episodio, más novelesco que histórico, es también uno de los mejor conseguidos y de los más bellos en el conjunto de los cuarenta y seis.

Serie tercera.

Escrita entre 1898 y 1900.

Seguramente desde la perspectiva dolorosa del desastre del 98 se escribe la historia española que va de 1834 a 1846, ensangrentada por la guerra carlista; una guerra que –paralelamente– permite los planteamientos románticos. El protagonista Fernando Calpena, de misterioso origen, se debate entre la pasión por Aura y el creciente y sosegado amor a Demetria que acabará por triunfar, a la vez que se realiza la pareja Santiago Íbero – Gracia. El tema bélico fratricida está impregnado de romanticismo.

Los Episodios van acentuando la incompetencia e inutilidad de la acción política para resolver el conflicto de las dos Españas, dejando ya una cierta visión pesimista de nuestra realidad presente y futura.

21. Zumalacárregui. (1898) (Historia 16-Caja Madrid. 1994. 231 pp.)

Escrito en 1898, veinte años después de redactar el episodio anterior.

Se abre la novela evocando los relatos que preludiaban el conflicto civil y ofreciendo una fotografía en síntesis de los acontecimientos de la primera Guerra Carlista, anunciada ya en el Episodio *Un faccioso más y algunos frailes menos*. El método que se sigue es nuevo respecto al carácter proemial que tuvieron los escritos iniciales de las series anteriores (*Trafalgar* y *El equipaje del rey José*); no aparece aún aquí el protagonista de la serie y todos los personajes presentados desaparecen después, a excepción de la irrelevante Saloma.

Galdós aborta directamente la cuestión de la incompatibilidad entre la guerra - cualquier contienda armada- y la moral humana y evangélica, máxime cuando por alguna de las partes (en este caso por el carlismo, aquí) se pretende considerar el conflicto como guerra santa y se mantiene en nombre de la religión. Esta tesis la ejemplifica introduciendo, como alucinante coprotagonista del episodio, al sacerdote José Fago, que llega a ser presbítero tras una vida azarosa y una mezcla de vocación penitente y militar a la vez. Lo que permite al autor penetrar en el problema interior del sacerdocio católico y del sentido de los sacramentos.

Fago, una de las figuras más profundas creadas por el autor, escandaliza al general Zumalacárregui que le reprocha su falta de orientación sacerdotal. Eso no obsta para que el caudillo carlista, fiado del genio militar del sacerdote, le encomiende misiones militares delicadas.

Fago, por su parte, vive integrando en su propia psicología el alma del prestigioso general (notablemente valorado por el autor de la novela). Aparece así un notabilísimo caso de desdoblamiento de personalidad, hasta el punto de que el presbítero muere por propia voluntad cuando fallece Zumalacérregui.

Durante la trama del episodio aparecen otros tipos religiosos que intervienen en el debate sobre la ilicitud de la guerra.

Los planteamientos históricos y los novelescos se funden aquí, narrándose con detenimiento las campañas carlistas en Navarra, La Rioja y País Vasco. El retrato vivo y admirado del austero y noble Zumalacérregui contrasta con el del esperpéntico pretendiente Carlos Isidro y su ambulante e inepta Corte.

Quizás deba tenerse en cuenta que Galdós escribe este Episodio precisamente en el año del desastre colonial y de la crisis social que supuso.

22. Mendizábal. (1898) (Historia 16-Caja Madrid. 1994. 256 pp.)

Escrito también en 1898.

Aparece ya aquí Fernando Calpena, protagonista de la serie. Su entrada en escena, cuando llega a Madrid en solitario, está rodeada de misterio. Nos enteramos de que realiza el viaje cumpliendo órdenes epistolares de alguien oculto e innominado que vela por él, lo protege y sustenta y, al mismo tiempo, le impone su voluntad. Junto a Fernando, en la pensión donde reside, aparece la figura amable, culta y torera del honrado sacerdote Pedro Hillo, que se hará cómplice del personaje innominado que protege y guía al joven por los vericuetos del Madrid de la Regencia.

Lo que, al comienzo, parece una novela de costumbres con cierto fondo histórico se convierte enseguida en novela romántica que tiende incluso al folletín.

Mientras la guerra continúa, en la capital –y en España– gobierna con autoridad el plenipotenciario ministro Juan Álvarez Mendizábal (“Juan y Medio”), que intenta sanear el desbarajuste económico e institucional del anterior régimen decretando la desamortización de bienes eclesiásticos. Fernando recibe un empleo de funcionario en su Ministerio. En pleno ambiente del Romanticismo (Larra, Espronceda, Mesonero Romanos, Martínez de la Rosa...) vive un encuentro apasionado y un amor platónico con Aura (Aurora), sometida a la tiranía de la avarienta joyera Jacoba Zahón. Este amor justificara las andanzas de Fernando casi hasta el final de la serie, pero tal relación va a ser enérgicamente prohibida e impedida por la misteriosa persona guía del joven y por el entorno de la joven cuyos hilos también parece mover esa persona.

En el horizonte de la trama y en la realidad de la sociedad española va apareciendo con fuerza el espíritu anticlerical de la época que domina a la intelectualidad y al pueblo en buena medida.

23. De Oñate a la Granja. (1898) (Historia 16-Caja Madrid. 1994. 256 pp.)

Escrito a finales de 1898 con el trasfondo inevitable -para el autor- del desastre colonial y de la contienda civil.

Este episodio cede, en cuanto histórico, a la trama puramente novelesca e incluso al género de libro de caballería. Fernando Calpena es aquí el romántico que emprende un viaje incierto en busca de Aura, desaparecida de Madrid por imposiciones de unos y otros con objeto de que rompa o se corte la apasionada relación de los dos jóvenes.

Durante ese periplo se sitúa la acción en Oñate, sede de la fantasmagórica corte carlista, muy en contraposición con La Granja, residencia de verano de la regente M^a Cristina. En torno a este palacio se describe el pronunciamiento liberal de los sargentos de la Guardia que, aunque fracasa, obligará a la gobernante a suscribir la Constitución de 1812, tan alejada del carlismo y de cualquier tipo de absolutismo.

Fernando no es carlista, pero tampoco es exactamente liberal; es romántico y, como tal, representa a la ambigua historia de España de este momento. Al comienzo de la obra él y su amigo Pedro Hillo están en la cárcel adonde les ha llevado el celo preventivo y el poder un tanto maquiavélico del personaje oculto, benefactor y dominante, que sigue dirigiendo la existencia del joven. Ya libres, Fernando permanece por un tiempo en Madrid, hasta iniciar su viaje al Norte en busca de Aura; viaje en el que conocerá a los militares O'Donnell, Narvaez, Córdoba, Espartero...

Al final de la novela, en la sitiada Oñate, el joven salva de la muerte al anciano Alonso de Castro-Amézaga y a sus dos hijas, Demetria y Gracia. Malherido, llega con ellas a La Guardia en donde permanecerá un buen tiempo cuidado por esta familia agradecida.

El episodio vuelve a ser una amarga crítica de la política española, de sus gobernantes (en particular de Mendizábal), y de la Iglesia y los eclesiásticos; en especial de aquellos que aparecen como sacerdotes castrenses.

Literariamente el autor usa en exceso el recurso del género epistolar, que hace algo más cansada la lectura.

24. Luchana. (1899) (Historia 16-Caja Madrid. 1994. 288 pp.)

Escrito en 1899.

Comienza el episodio rememorando la ingenua sublevación de soldados de La Granja y describiendo, al mismo tiempo, el recién iniciado sitio de Bilbao por los carlistas (1836) y los preparativos de su liberación por Espartero, que entrará en la ciudad por Luchana, dando así nombre a la novela. Esos dos hechos reafirman el gobierno de la Regencia.

Fernando Calpena, por su parte, sigue convaleciendo en La Guardia, soñando en Aura y ajeno al amor silencioso que ha surgido ya en Demetria hacia él. Aparece el entrelazado de familias de la alta burguesía campesina residentes en la región. Demetria, dueña y gobernanta de las propiedades rurales, y Gracia, huérfanas, viven con sus tíos María Tirgo y el hermano de ésta, José María Navarridas, sacerdote respetable pero entrometido. Estas dos personas están empeñadas en casar a Demetria con Rodrigo Idiáquez Urdaneta, hijo de Teresa de Idiáquez y nieto del curioso caballero liberal, libertino y bonachón, Don Beltrán de Urdaneta.

Algo forzado por esa situación, Fernando reemprende el viaje suspendido, en busca de Aura, acompañado esta vez del fiel criado de la casa, Sabas. Se encuentra con Don Beltrán e intima con él. Imposibilitado de entrar en Bilbao a causa del sitio, va a seguir al ejército de Espartero.

Aura ha sido acogida en la familia bilbaína de los Arratia, de la que es pariente su tío Ildefonso Negretti, hombre justo y sin suerte. Se trata de una amplia familia vasca de tendencia liberal, en su mayoría integrada por varones, grandes trabajadores y de conciencia recta. Destacan Churi, sordo, y Zoilo, apasionado. La madre, Prudencia, maquina el casamiento de Aura con uno de sus hijos. Bajo presión familiar y eclesiástica (que haría el matrimonio nulo), la joven cede y se casa con Zoilo. Todo esto sucede durante el angustioso cerco de Bilbao por las tropas carlistas.

Espartero libera del sitio militar a la ciudad y es recibido en ella como verdadero liberador, acogido y aclamado por toda la población que se ha decantado ya claramente isabelina. Fernando entra también, por fin, en Bilbao y recibe abatido la noticia del casamiento de Aura, con lo que se cierra por ahora el ciclo romántico de la novela.

25. La campaña del Maestrazgo. (1899) (Historia 16-Caja Madrid. 1994. 224 pp)

Escrito en 1899.

Continúa con la máxima crudeza la guerra carlista. Este episodio es, sin duda, uno de los más duros de la serie y de la obra toda de Galdós. La terrible trama histórica de la guerra en el Maestrazgo (Bajo Aragón y Alto Levante) da pie a ofrecer un cuadro continuo de crueldad, de irracionalidad bestial y de fanatismo político religioso sobre un río despiadado de sangre. Sirve de hilo conductor el viaje iniciático del anciano aristócrata Beltrán de Urdaneta, magnánimo, derrochador y antiguo libertino seductor, Grande de Aragón venido a menos. Desde el caserío de los Idiáquez -que abandona por despecho- se dirige a reclamar las tierras que le quedan en Rubielos, atravesando imprudentemente las líneas de los carlistas y siendo apresado por estos. Su largo cautiverio es camino doloroso hacia la muerte, que él concibe como justo castigo a los desafueros de su vida.

Coprotagonista del episodio es el general Ramón Cabrera, jefe de los “ejércitos” carlistas del Maestrazgo, hombre de una dureza y crueldad implacable. Pero a su lado figuran jefes igualmente temibles como el cura Lorente, Llangostera, Nelet...; todos señores de la guerra o más bien asesinos amparados en la “justicia” del pretendido código militar. Los cristinos han cometido también atrocidades como el ajusticiamiento de la madre de Cabrera.

En torno a Don Beltrán, emergen figuras sencillas y nobles como Saloma y su marido Bartolomé Galán, antiguos servidores del aristócrata, y la extraña monja peregrina Marcela, de la que está enamorado Nelet cuyo romance acabará trágicamente con la muerte de los amantes.

El autor desautoriza radicalmente esta guerra y toda guerra, vaticinando el desastre que está engendrando y la herencia de caos que va a dejar en España.

Al mismo tiempo, la obra es una de las más graves críticas al clero militante carlista y a la profanación sacrílega de la fe y de los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía por parte de esta serie de eclesiásticos fanáticos politizados (el capellán Escoriuela) o cobardes incapaces de sostener el Evangelio, como es el caso del sacerdote Putxet.

26. La estafeta romántica. (1899) (Historia 16-Caja Madrid. 1994. 222 pp.)

Escrito en 1899.

Reaparece Fernando Calpena, que padeció en Bilbao el desengaño de encontrar a Aura casada con Zoilo Arratia. Recibe “orden” de ir a reponerse a Balmaseda, en casa de la familia Valvanera, amigos de Pilar de Loaysa, la madre oculta de Fernando a la que por fin conocemos. Intentan allí que se declare a Demetria que lo ama, pero el joven guarda aún abierta la herida de la pérdida de Aura. Al fin, revelado el secreto, comienza una relación epistolar entre madre e hijo.

El episodio, totalmente novelesco, incluye un rechazo frontal a la manipulación de la voluntad ajena, al mismo tiempo que acentúa la crítica de la burguesía campesina y del clero que la sirve; así como la utilización de la religión (y de la religiosidad) para el propio interés. Destaca en este cuadro un tanto oscuro la figura mezquina y hasta perversa de Juana Teresa, empeñada en casar a su hijo Rodrigo con Demetria.

27. Vergara. (1900) (Historia 16-Caja Madrid. 1994. 252 pp.)

Escrito en 1900.

El episodio se adentra en la última fase de la primera guerra carlista (fase ya anunciada en *La campaña del Maestrazgo*). Estamos en 1839 y en los preparativos de

Convenio de Vergara con el “abrazo” de Bartolomé Espartero y de Rafael Maroto. Las dos figuras se destacan en la obra.

Fernando no puede evitar el ir en busca de Aura una vez más para cerciorarse del carácter –quizás nulo- del matrimonio con Zoilo. Ciertamente Aura aún recuerda y parece querer a Fernando, lo que desespera a Zoilo que quiere encontrarlo y retarle. Sin embargo, Zoilo, hecho prisionero por la facción, es liberado por Fernando y se alista en el ejército liberal.

Espartero confía a Fernando la misión de servir de enlace para preparar el Convenio que finalice la guerra. En el viaje éste ve a Aura que ha tenido un hijo y está feliz con él. De nuevo libera a Zoilo y a su padre, tranquiliza al marido vasco y renuncia definitivamente a Aura, dejándose llevar sólo de la conciencia.

El Convenio es firmado en Vergara, pero todas las partes lo ven como algo efímero, incluida la visión del testigo del acto, el capitán liberal Santiago Ibero, amigo íntimo de Fernando .

Dentro de la línea histórica el episodio es también un canto a la honradez de la conciencia y a la generosidad cristiana a costa del propio sacrificio. Expresa, además, entre otros temas: la difícil lucha por la paz, la unidad de los pueblos de España (la perfecta integración del vasco en concreto dentro de la nacionalidad española), la desautorización de la política y del fanatismo religioso unido a ella.

28. Montes de Oca. (1900) (Historia 16-Caja Madrid. 1994. 191 pp.)

Escrito en 1900.

La obra nos retorna a Madrid, donde Espartero –liberal más progresista- gobierna como primer ministro, intentando coexistir con la Regente M^a Cristina dominada por el partido oculto de los “moderados”. En esa tensión, la regente abdica y quedan en palacio sólo las dos princesas.

Por otra parte, el apasionado y valiente Santiago Ibero, muy útil a Espartero, está enamorado perdidamente de Gracia, hermana de Demetria; pero se ve rechazado por esa familia (Navarridas), siempre por razones de relevancia económica y social. La aventura deriva hacia la relación pasajera y romántica de Santiago con Rafaela Milagro en Madrid, relación frustrada porque ésta ama en secreto a otro hombre y es correspondida.

En Madrid, el militar moderado e idealista Montes de Oca, personaje de elevada categoría moral, prepara un pronunciamiento contra la reina, sin lograr que Ibero y Calpena se sumen a él. Aparece O'Donnell, cercano a los sublevados.

Fracasado el levantamiento en el Norte (apoyado por carlistas y defensores de los Fueros), Montes de Oca es apresado, y -en una secuencia de escenas patéticas- le corresponde precisamente a Íbero mandar el pelotón de ajusticiamiento.

De nuevo, Galdós se pronuncia contra la pena de muerte, sea civil o militar. La política rastrera y mediocre es confrontada con el idealismo, personificado en las figuras de Santiago Íbero, verdadero protagonista del episodio, Montes de Oca y Fernando Calpena (que ocupa en la novela un lugar más discreto).

29. Los Ayacuchos. (1900) (Historia 16-Caja Madrid. 1995. 240 pp.)

Escrito a finales de 1900.

Tras el abdicación de la reina regente María Cristina (1840), nos situamos en la regencia de Espartero y en el gobierno de sus partidarios, los militares más radicales, designados como “Ayacuchos” (por la derrota sufrida en Ayacucho). Los liberales “moderados” conspiran incansablemente. Hay un intento ridículo de raptos de las princesas Isabel y Luisa Fernanda para apartarlas del influjo educador de Argüelles, encargado como tutor de las mismas por Espartero.

Santiago Íbero, coprotagonista del episodio, se halla perdido en Madrid, hundiéndose moralmente tras el ajusticiamiento de Maroto y de la difícil relación con Rafaela. Por su parte, Fernando Calpena resuelve ya su situación sentimental a favor de Demetria que, antes de celebrar la inmediata boda, le pide la generosidad de ir a rescatar a Santiago. Éste se ha encerrado en un convento, sintiéndose indigno de Gracia a quien ama.

Fernando cumple esta misión con bastante dificultad. Regresa con su amigo a La Guardia y por fin se realizan las dos bodas. El sacerdote que los une, Don Matías, es un magnífico liberal cristiano que ha facilitado todas las gestiones.

La obra presenta de nuevo **un** tema repetidamente tratado en los Episodios: la sublimación del amor de pareja por la generosidad de la verdadera caridad y la verdadera liberación espiritual del hombre por el amor. También el ideal femenino –en parte evocador de la mujer sabia y amante en la Biblia- aparece aquí encarnado en la discreta protagonista que es Demetria. Y -¿cómo no?- se aprovecha la trama para mostrar tipos antitéticos de presbíteros y de ministerio presbiteral.

30. Bodas reales. (1901) (Historia 16-Caja Madrid. 1995. 231 pp.)

Escrito en 1901.

Cubre el episodio la etapa de 1843-44 en la que se produce la caída del regente Espartero y su destierro a Inglaterra. La política de los “moderados” (Narvaez, López Bravo...) es –para Galdós- penosa. Narvaez es presentado como criminal de Estado. En

estas circunstancias se preparan en las bodas de las dos princesas, tras laboriosa e interesada búsqueda de pretendientes reales por parte del Parlamento.

Protagonistas iniciales del Episodio son Bruno Carrasco y su mujer Leandra e hijos; él, prototipo del provinciano que viene a Madrid buscando un puesto remunerado en la política, ella, a disgusto, con nostalgia continua del pueblo y de sus gentes. Bruno se deja corromper por el intrigante y policial Socobio. La muerte de Leandro, ya demenciada, coincide con la Boda Real (1856) y el retorno de la reina María Cristina.

Temas de la novela (que no alcanza profundidad histórica) son el vacío humano de la vida madrileña de mediados de siglo, la mezquindad política, el destrozo de la vida familiar y la búsqueda de un cierto retorno a la vida rural sana.

Serie cuarta.

Escrita entre 1902 y 1907

Ocupa, en realidad, más de diez títulos y abarca el acontecer que discurre entre 1846 y 1868, es decir, todo el reinado de Isabel II, teniendo el Episodio anterior (*Bodas reales*) un carácter introductorio, y los dos siguientes a la serie (*España sin rey* y *España trágica*) un valor conclusivo. Tiene como protagonista mayor a Pepe Fajardo, un burgués que camina hacia el liberalismo de fondo y la templanza; y como personajes de importancia en la trama novelesca, a Juan Santiuste (Confucio) y a Diego Ansúrez, a los que se une Vicente Halconero. Todos ellos son de alguna forma opuestos a los protagonistas de las series anteriores, si se exceptúa a Iberito (Santiago Íbero hijo).

Narra y analiza los grandes acontecimientos del largo reinado de Isabel, pero, sobre todo, la crisis política aparentemente insoluble que atraviesa el país, dejándolo confrontado a sí mismo y a sus desastres y sin resolver el problema primordial de la identidad patria. Lo que da pie a esbozar una nueva filosofía de la historia, en el seno de la cual aparece, también, el cristianismo.

31. Tormentas del 48. (1902) (Historia 16-Caja Madrid. Madrid 1995. 224 pp.)

Escrito en 1902.

En Madrid ya se ha estrenado el predominio de la burguesía más repelente: una sociedad pretendidamente alta movida sólo por intereses económicos y de apariencia y por un conjunto de formas sociales sin sentido. Además, con el carlismo todavía a cuestas, aunque soterrado.

Aparece el protagonista de la serie, Pepe Fajardo, todavía inmaduro, de barniz liberal, escéptico y arreligioso; enviado, sin embargo, por sus padres a Roma para hacer teología. Residente allí en casa de un cardenal, tiene que huir por razón de su conducta y del enamoramiento de una joven judía. Ya en Madrid lleva una vida de vago licenciado y donjuanesco, hasta centrarse en un amor imposible con Antonia, que

muere pronto. No obstante, poco a poco, Fajardo irá adquiriendo cualidades de los héroes de episodios anteriores (Gabriel, Salvador, Fernando), incluso superándolos en profundidad de planteamientos. Para Galdós, el protagonista es un burgués inactivo que sobrelleva penosamente su mala conciencia burguesa.

Se describe la actuación maquiavélica de la hermana de Pepe, monja, Sor Catalina de los Desposorios, que consigue casarlo con una mujer rica y no agraciada, María Eugenia.

Se unen en la obra dos tipos de crítica: la crítica amarga de la personalidad del protagonista, personalidad aún bastante caótica y mal aconsejada por la enigmática Eufrasia Carrasco, y las críticas a la sociedad burguesa y a la Iglesia y su poder (representados en el cardenal romano y en la monja madrileña). Las tormentas a las que alude el título del Episodio no pasan de ser ciertas algaradas callejeras que Narváez se encargó de cortar.

32. Narváez. (1903) (Historia 16-Caja Madrid. Madrid 1995. 250 pp.)

Escrito en 1903.

Comienza este episodio donde acaba el anterior: en la forzada boda de Fernando Calpena con María Eugenia de Amparán que va a decantarse como una de las mujeres tipo galdosiana, no muy agraciada en lo físico pero sí en la inteligencia, bondad, agudeza de ingenio y espíritu liberal, hasta el punto de crear en su esposo un verdadero sentimiento de amor y fidelidad conyugal (más tarde contradicho por el enamoramiento inevitable y de alguna forma platónico y simbólico de la imposible Lucila, mujer de extraordinaria belleza hispana y de gran temperamento.

Fernando no tiene oficio pero sí beneficio: el de la comodísima vida con su esposa, en el hogar materno de Atienza, villa por demás tradicional. Precisamente en ésta aparecen los Ansúrez, especie de “tribu” familiar dirigida por Jerónimo, que encarna – según el viejo historiador Miedes- la esencia de la raza celtíbera. Lucila, la hija, encarnará el ideal estético clásico inalcanzable.

De retorno a Madrid, la vida familiar continúa intacta y Fernando va siendo adentrado en la vida política, aupado por el mismo general Narváez, representante del “moderantismo liberal” y enemigo acérrimo de Espartero. La personalidad violenta, franca y contradictoria de Narváez se describe con tonos fuertes. Fernando (ya Marqués de Beramendi) es investido diputado y desde esta situación se nos presenta de manera crítica –mordazmente- la vida parlamentaria del momento, el entresijo político de pequeñas y continuas conspiraciones, en parte llevadas a cabo por mujeres como Eufrasia y Rafaela. Así mismo, se critican las figuras de la reina y del rey Francisco de Paula en los veranos de los Sitios Reales de La Granja.

Actrices entre bastidores de esa política cortesana son dos monjas del momento: la milagrera Sor Patrocinio de las Llagas, consejera de los reyes, y la ya conocida Sor Catalina de los Desposorios, hermana de Fernando. Un religioso escolapio –el P. Fulgencio–, confesor del rey consorte, forma parte de ese coro extraño y un tanto esmerpéntico. España y Galdós asisten también sorprendidos al envío de tropas a Italia para liberar al Papa Pío IX desterrado de Roma por Mazzini y Garibaldi; un envío que entusiasma al pueblo y que fracasa en su intento de gloria nacional.

Fernando, por su parte, ha vuelto a descubrir fugazmente a Lucila, máximo representante de la belleza y de la identidad española perdidas –del pueblo mismo–, que se convierte en obsesión y, de momento, en una pura frustración.

33. Los duendes de la camarilla. (1903) (Historia 16-Caja Madrid. Madrid 1995. 224 pp.)

Escrito en 1903.

La camarilla de que se trata es el pequeño grupo de personajes en la sombra, manipuladores en buena medida de la Corte de Isabel II y del rey consorte, de las mismas personas reales y de sus gobiernos y de la mediocre burguesía madrileña; un grupo constituido por moderados, reaccionarios y hasta fanáticos entre los que se cuentan algunos eclesiásticos y varias religiosas.

La figura de la monja exclaustrada Domiciana y la de “la madre”, Sor Patrocinio, merecen a Galdós el más vivo rechazo y desprecio.

El episodio arranca y termina con el ocultamiento del capitán conspirador Bartolomé Gracián (Tomín) en diversos lugares de Madrid, y la búsqueda apasionada de éste por su amante Lucila, ya conocida en episodios anteriores. Domiciana la engaña vilmente y le roba y secuestra a Tomín, abusando del poder de que dispone para que se le conceda o no el indulto al joven. Lucila, desesperada, acabará por seguir los consejos de su amiga Rosenda y de su padre Jerónimo Ansúrez y se casará –sin amor– con el rico y pacífico campesino Vicente Halconero. La trama se ve acompañada por dos figuras antitéticas: la del adolescente Ezequiel, caracterizado por su bondad e inocencia, hermano menor de Domiciana, y por la del sacerdote Martín Merino, confidente de Domiciana, hombre desagradable, mezquino y avaro.

La novela –con poco fondo histórico– no es de las más gratas en el conjunto de los Episodios. Resulta importante, sin embargo, como alegato tremendo contra la injerencia de la Iglesia y de la falsa religiosidad conventual y eclesiástica en la vida nacional e incluso en el Ejército a mediados del XIX.

En este Episodio Pepe Fajardo, que ha madurado su personalidad liberal y su condición de esposo, queda en la sombra, reservándolo el autor para intervenciones

más relevantes. Los dos planos (el histórico y el novelesco) se entrecruzan y confunden fácilmente.

34. La revolución de julio. (1904) (Historia 16-Caja Madrid. Madrid 1995. 231 pp.)

Escrito en 1904.

En 1854 se produce cerca de Madrid el pronunciamiento militar contra la monarquía de Isabel II conocido como “la Vicalvarada”. Esta acción fracasa pero propicia un cambio de gobierno (no de las figuras políticas). Por otra parte, hay un intento de asesinato de la Reina llevado a cabo por el exaltado clérigo Martín Merino; intento del que es testigo Pepe Fajardo, acompañado del sentir popular monárquico, y que en la obra parece tener un cierto simbolismo purificadorio de la corrupta situación política.

Pepe va escribiendo unas memorias personales de los sucesos que le son sustraídas y destruidas. En ellas se hace -sin que proceda demasiado- una descripción detallada del terrible procedimiento de la degradación canónica y de la ejecución del clérigo Merino, siguiendo el ritual de la Inquisición; un procedimiento eclesiástico y civil que convoca a todas las fuerzas sociales e institucionales, y que el autor rechaza de raíz, horrorizado. Está expresando que ese mundo eclesiástico y religioso es lo más opuesto al Evangelio.

La figura de Fajardo adquiere consistencia democrática y liberal; su itinerario espiritual le lleva a unirse con aquellos que detentan los nuevos valores, dejando atrás la cómoda y cerrada burguesía a la que aún pertenece físicamente. La idea de libertad se abre paso en él con fuerza creciente cuando apoya a la pareja amiga Mita y Ley (anticipo de la pareja que formarán Teresa e Iberito). Virginia Socobio (Mita), amiga de Pepe desde niña (igual que su hermana Valeria), rompe con el marido que le ha sido impuesto (Rementería) y con todas las presiones sociales, y huye con Leoncio Ansúrez (Ley), hijo de Jerónimo “el celtíbero”, que es pobre y libre. Pepe ve con buenos ojos a la pareja. Esos son los auténticos hijos de la revolución que todavía no ha llegado.

Por este motivo, pues, y por su vinculación a los revolucionarios de la Milicia Nacional, Fajardo se va incorporando cada vez más a los principios liberales: se va haciendo Galdós.

Episodio importante, sin duda. Esta novela acentúa la apertura liberal de la religiosidad cristiana (a propósito, sobre todo, de la visión de Dios y del mundo sacramental).

35. O'Donnell. (1904) (Historia 16-Caja Madrid. Madrid 1995. 232 pp.)

Escrito en 1904.

La España de la que se hace eco el episodio es la del período 1854-1859, bajo el gobierno de la Unión Liberal, partido de mediocre liberalismo. A raíz de la Vicalvarada

vuelve Espartero, sale de España la reina madre y sube al poder la Unión Liberal del irlandés O'Donnell. Narváez es su brazo ejecutor y Espartero –desde el exilio- continuará siendo el gran oponente.

El Madrid de la época queda representado por el burgués Mariano Centurión y, en torno a él, por Teresita Villaescusa, mujer refinada, de belleza frívola y con más de veinte novios desechados. Uno de ellos, Guillermo Aransis, sobrino de Fajardo, es prototipo de la ociosidad de la alta burguesía. Pepe Fajardo –Galdós- es aquí sólo (en la novela) una persona que camina resueltamente hacia las posiciones liberales más auténticas, manifestándose capaz de desautorizar radicalmente a Guillermo.

Teresa, tras haber “robado” el novio a su amiga Valeria, entra, al fin, en una fuerte crisis espiritual intentando recuperar la inocencia y la pobreza honrada y libre. Pero esta liberación personal se ve impedida por presiones familiares y político sociales que ofrecen el terrible cebo del dinero fácil y corrupto para mantener su dominio sobre las conciencias.

De este cuadro oscuro emerge la espiritualidad algo evangélica del personaje Juan Santiuste.

Todo parece emprender el camino liberal, incluyendo de nuevo la desamortización y subasta de bienes eclesiásticos. Para Galdós el enriquecimiento fácil de la clase alta envilece la moralidad pública. La figura de Teresa y sus fáciles relaciones simbolizan la inmoralidad del partido dominante y, en general, de toda la política española.

Con todo ello el autor consigue uno de los episodios verdaderamente dramáticos en el que se integran con acierto lo novelesco y lo histórico.

36. Aita Tettauén. (1904) (Historia 16-Caja Madrid. Madrid 1995. 240 pp.)

Escrito en 1904.

Como en otras ocasiones y en tantos países, a lo largo de la historia, la provocación de una guerra arbitraria se utiliza para aunar el espíritu nacional y paliar graves errores políticos. La España de 1859-60 inventa la ‘Guerra de África, la guerra contra el moro, dirigida en este caso por O'Donnell y por Prim y con el favor popular inicial. El Episodio muestra cómo reverdece peligrosa e insensatamente el entusiasmo por la guerra contra los moros, sin más motivo que el interés compensatorio de los políticos.

Juanito Santiuste (“Confusio”), enamorado también de Lucila (es decir, de España), protagonista real del episodio, se enrola –o es enrolado- en el ejército expedicionario y con él –o al margen de él- vivirá la campaña militar africana. Pepe Fajardo continúa como personaje muy secundario aquí, encargando a Santiuste de testificar la guerra y reservándose el juicio final sobre la misma. Se narran diversas batallas, apare-

ce la figura de Pedro Antonio de Alarcón (*Diario de un testigo de la Guerra de África*) y se introduce en la escena la presencia del curioso capellán castrense Toribio... En fin, Santiuste, totalmente desengañado de la guerra, deserta y se introduce en Tetuán (Aita Tettauen) vestido de moro, yendo a recalar en una familia judía y amoldándose al judaísmo. Ahí se enamora de la joven judía Mohavel. Conoce al comerciante español medio renegado El Nasiry, moro notable que en realidad es Gonzalo Ansúrez (hijo de Jerónimo y hermano de Lucila) e intenta huir con una mora del harén.

Retrotrayendo las escenas al siglo XIII en ese mismo Tetuán, el autor utiliza el recurso literario para hacer un duro análisis de las relaciones entre el Islam, el judaísmo y el cristianismo. En las conversaciones de Santiuste con Toribio sitúa temas candentes cristianos, como son la naturaleza de Dios, guerra y religión, celibato del clero, etc. A pesar de estas aproximaciones, Santiuste permanece fiel a su fe cristiana.

La novela tiene un claro signo de debate religioso interno.

37. Carlos VI en La Rápita. (1905) (Historia 16-Caja Madrid. Madrid 1995. 216 pp.)

Escrito en 1905, no es exactamente un Episodio Nacional, sino, más bien, una novela de aventuras con intenciones doctrinales. Da la impresión de que Galdos desea por un momento aparcarse la Historia o invitar a que nos olvidemos de ella en esta lectura.

Toda esta serie cuarta de los Episodios Nacionales nos sorprende por el cambio de personajes, de situaciones y de espacios geográficos. Y esta novela aumenta tal apreciación. En ella apenas hay marco histórico; todo nos recuerda a la novela bizantina, acabada ya la inútil aventura guerrera en África.

Comienza la obra estando Santiuste todavía en Tetuán, en donde vive con Yohar, judía. Abandonado por ésta, El Nasiry lo lleva a Tanger y lo embarca hacia Cádiz. Llegado a Madrid, Pepe Fajardo le encomienda la misión de espionaje en Aragón para neutralizar al carlismo rebrotado allí.

Surgen allí personajes y contextos sacados de nuestra Edad Media, como es el caso del todopoderoso Arcipreste Don Juanondón (Juan Ruiz Hondón, *Arcipreste de Talavera*), guerrillero carlista trasnochado, y verdadero señor de un harén con apariencia de caridad protectora. Juanito, disfrazado de clérigo, intenta burlar al arcipreste huyendo de su casa con Donata, preferida del Juanondón. Embarcan hacia Cartagena en el sospechoso barco de Diego Ansúrez. Donata, que ama apasionadamente a Juanito, desea casarse con él pero a condición de que éste se haga sacerdote.

En *La Rápita* se va a producir un intento fallido y ridículo de pronunciamiento del nuevo pretendiente carlista Carlos VI, lo que da nombre al episodio.

Galdós apunta aquí, entre bastantes otros temas religiosos, un cierto relativismo en la valía y en la práctica de las tres religiones, dando al cristianismo una identidad histórica de religión. En particular, se manifiesta duramente en contra de una forma de clérigo mujeriego tirano, al mismo tiempo que apunta la posibilidad de modificar la ley del celibato eclesiástico.

38. La vuelta al mundo en La Numancia. (1906) (Historia 16-Caja Madrid. 1995. 220 pp.)

Escrito en 1906.

Cesa ya el protagonismo de Confusio (Juanito Santiuste), que parece haber dado de sí lo que debía, y entra ahora en escena como personaje principal otro miembro de la saga de los Ansúrez ya conocido en el Episodio anterior: Diego Ansúrez, que ha dejado en Cartagena a Santiuste y Donata cuya ruptura se acelerará a causa de la religiosidad supersticiosa, pseudolitúrgica y clerical de esta última (que termina por ir a vivir con un canónigo). En el rodar de la novela, Ansúrez, casado al fin felizmente con una ex – monja (que fue obligada por su padre a entrar en el convento), desciende a tierras andaluzas y va a vivir a Loja (Granada); asistiendo allí al primer levantamiento de campesinos andaluces, reprimido por el gobierno del general Serrano. En su huida hacia Granada con su hija y esposa, en extrema y patética pobreza, muere la mujer. Llegan a Motril. Embarcan hacia Cartagena. Huye su hija Mara con un marinero peruano, Belisario, protegido antes por él. Y Diego termina por alistarse en la fragata “Numancia”, con la esperanza de encontrar a la joven. La “Numancia” tiene la misión de dirigirse a pacificar las colonias españolas del Pacífico americano.

Con “La Numancia” vive la aventura de una navegación difícil (especialmente el paso del Estrecho de Magallanes), del bombardeo de El Callao y de los puertos de Chile, y de hambres y enfermedades; siempre en compañía de personajes tan fuertes como los marineros Fenelón y Binondo. Hasta que reciben la orden de regreso y desembarca Diego en Cádiz, en donde encuentra a Mara y a Belisario, reconciliándose con ellos.

En realidad, el mundo al que la fragata da la vuelta es sobre todo intimista, centrado en la vivencia de los personajes embarcados, más que en la descripción de los lugares a los que se arriba.

Galdós aborda en esta obra la insensatez de nuestras guerras coloniales (1861) y la inoperancia de la Marina de guerra española.

Desde el punto de vista ético vuelve a tratar en la narración el tema ya repetido de la validación moral y religiosa del matrimonio más allá de su formalidad canónica; pero la travesía da de sí para abordar temas tan cruciales como la insensatez cristiana de la guerra, la fe en Dios, la resurrección y la vida sacramental.

Episodio interesantísimo en el que vuelve a conjugarse la línea histórica con la ficción romántica; siendo muy importante el hecho de que por primera vez se aborde el problema del campesinado y se sitúe en el al menos una parte de la trama.

39. Prim. (1906) (Historia 16-Caja Madrid. Madrid 1995. 240 pp.)

Escrito en 1906 -ya como verdadero Episodio Nacional- con la particularidad de que en esta obra Galdós actúa como testigo presencial de los acontecimientos y las situaciones vividas (de 1864 a 1868), recién llegado él a Madrid.

La obra reorienta definitivamente el protagonismo hacia la figura de España como ente propio. La figura de Prim es vista más como expresión de una época que en su andadura individual. El protagonista personalizado es Iberito.

El ya conocido liberal Santiago Íbero, apasionado compañero de Fernando Calpena en la tercera serie de Episodios, casado con Gracia, ha tenido un hijo, Iberito (Santiago Íbero hijo). En el Episodio éste ya es joven, también de carácter independiente y soñador, ferviente admirador de Prim al que quiere acompañar en la expedición a Méjico. Junto a él, en un segundo plano, están de nuevo Pepe Fajardo, Santiuste (cada vez más denominado “Confusio”, que escribe “la otra historia de España”, la imaginada) y Teresa Villaescusa, manipulada ahora por su madre Manolita por intereses económicos. Es decir, está acompañado de la España real.

Íbero recibe enseñanzas de religión natural y de pacifismo del gnóstico Lagier. Lo que no le impide seguir a Prim de Guadalajara a Portugal preparando el alzamiento militar contra Isabel II. Teresa fluctúa entre el coronel Clavería que la ha raptado e Íbero, terminando por enamorarse de este último (como primer amor verdadero en su vida). A pesar de que el golpe militar fracasa en Madrid, la figura de Prim es extraordinariamente ensalzada.

Lo más notable de la novela (ya más cercana a la historia) es la descripción del carácter noble, libre, independiente e idealista de Santiago Íbero hijo, encarnando el romanticismo político.

En un momento dado Galdós hace decir a un personaje estas palabras emblemáticas: “Si no consigo tal cosa, como hay Dios que me hago ateo”.

Serie quinta.

Escrita (o mejor, finalizada) entre 1910 y 1912.

Aunque consta sólo de seis tomos (y se sabe que Galdós proyectaba el séptimo con el título de *Sagasta*), el final del Episodio 46 (*Cánovas*) indica claramente que el conjunto de la obra queda concluido. Abarca la historia española de 1868 a 1880

aproximadamente, encarnada en los acontecimientos turbulentos que la van trazando desde el asesinato de Prim y el fracaso del primer intento republicano.

Tiene como único protagonista tardío al enigmático Tito (Tito Liviano), dirigido por la Madre (Mari Clío), figura histriónica de la Historia de España, en un contexto que conjuga lo histórico con lo surrealista. La historia se convierte así en protagonista.

Nos parece más adecuado al contexto de los Episodios comenzar esta serie 5ª con el último de la serie anterior.

40. La de los tristes destinos. (1907) (Historia 16-Caja Madrid. Madrid 1995. 272 pp.)

Escrito en 1907, con pleno conocimiento de los hechos narrados.

El episodio nos sitúa en el final del reinado de Isabel II; concretamente en 1868, año de la Exposición de París, de la conspiración revolucionaria en el exilio, y del pronunciamiento o golpe de Estado de Prim, Sagasta, etc., (La Gloriosa) que Galdós ve con buenos ojos.

Comienza la novela describiendo el ajusticiamiento en Madrid de treinta sargentos insurrectos. Santiago Íbero hijo es el homólogo de su padre, de Fernando Calpena, de Santiuste, con un tinte aún más romántico. Busca una España con honra. Por ello conspira contra la monarquía y su gobierno. Hasta que se produce la crisis personal del choque con lo imposible. El deseancadenante personal de ésta es –para Iberito- la batalla de Alcolea. Tiene que huir a Francia, actuando allí de emisario de los conspiradores contra Isabel.

Enamorado de la maltratada Teresa Villaescusa, vive con ella en París, muy en contra del parecer familiar, aunque la joven cortesana se encuentra ya redimida por este verdadero amor. Santiago se embarca con Prim hasta Cádiz y participa en el levantamiento revolucionario por la libertad en la batalla de Despeñaperros. Llega a Madrid y reafirma su unión con Teresa que ahora se considera ya a sí misma como “la de los alegres destinos”.

Como final amargo, la pareja definitivamente unida opta por abandonar España a su suerte y toma el camino del exilio, el mismo camino de la destronada Isabel “la de los tristes destinos”. “*Somos la España sin honra, y huimos, desaparecemos, pobres gotas perdidas en el torrente europeo,*” rubrica Galdós en la última página de la novela.

El autor ha desarrollado a lo largo de la trama una crítica integral: del reinado de Isabel II, de la educación del príncipe Alfonso, de la situación de España y de los españoles, de la Iglesia... Y una vez más –en esta crítica- se sugiere la alternativa de un cristianismo liberal.

41. España sin rey. (1908) (Historia 16-Caja Madrid. Madrid 1996. 240 pp.)

Escrito en 1908.

Exiliada Isabel II (expulsada, más bien), finalizada de momento la monarquía, comienza a cambiar algo en España, aunque no mucho. Galdós escribe este episodio desde lejos pero evocando vivencias dolorosas, ya bastante cansado y con una visión escéptica de la realidad española. El protagonismo de la obra lo tienen las Cortes de 1869 que él conoce y, en ellas, Emilio Castelar, en busca de una solución para el gobierno del país.

Este episodio, vinculado familiarmente a los anteriores (por la presencia de los mismos personajes), no tiene, en realidad, un protagonista definido. Todos siguen buscando la salida airosa de España, cuya perspectiva queda aún muy lejos. Sin embargo, ocurren hechos nuevos en la escena nacional, al menos en el parlamentarismo.

Regresamos a La Guardia, al entorno de las familias Santiago Íbero padre – Gracia y de Fernando Calpena – Demetria. Para todos estos es un dolor el que Santiago hijo siga en Francia unido a Teresa.

Ahora la novela va a centrarse en la figura de Fernanda Íbero, pretendida por el cínico Juan de Urríes que la traiciona, seduciendo a Céfora (hija o sobrina de una pretendida marquesa carlista). Entra en juego Don Wifredo, personaje noble y quijotesco enamorado en silencio de Fernanda, que desea vengar a ésta. En un climax de máxima tensión romántica Fernanda mata a Céfora, autoinculpándose de esta muerte Wifredo. Fernanda caerá en una tremenda depresión a causa de la cual enfermará de muerte más tarde.

Entre tanto, siguen las sesiones de las Cortes buscando un rey (más bien extranjero) para España; y prosiguen las pequeñas conspiraciones carlistas.

El episodio critica con dureza la ineficacia política de finales del XIX. Vuelve a repudiar al tipo donjuanesco, y denuncia la debilidad femenina en el amor. Es muy escaso el tratamiento de la temática religiosa.

42. España trágica. (1909) (Casa Editorial Hernando. Madrid 1973. 331 pp.)

Escrito en 1909.

La acción de la obra –a medio camino entre lo imaginado y lo histórico- se sitúa entre 1870 y 1871, en Madrid y, más concretamente, en el todavía pueblo de Carabanchel. Siguen los debates parlamentarios y callejeros, recayendo la propuesta de rey en la persona del hijo de Víctor Manuel de Italia, rey excomulgado por la ocupación de los territorios pontificios.

Reaparecen Lucila, ya madura y serena, y su hijo Vicente Halconero (el mismo nombre de su padre), vecinos de Santiago Íbero y Gracia, que viven con Fernanda, hundida en la depresión por su anterior tragedia.

Fernanda y Vicente se enamoran; pero Fernanda muere de hemoptisis. Aparecen en escena tres beatas, mujeres extrañas y chismosas de la política y de la religión (especialmente Donata), temidas por Vicente teme; pero no así por su amigo, el libertino Segismundo García Fajardo, que se gana la vida escribiendo sermones para uso de un clérigo torpe (lo que no deja de tener un doble sentido simbólico: la inhabilidad y la falsedad de un buen número de clérigos).

Halconero hijo (protagonista del episodio) va a ser testigo de un duelo a muerte entre pretendientes al trono y del golpe de estado a favor de Prim. Sin embargo, Prim es asesinado en Madrid el 30 de diciembre de 1870, el mismo día en que llega a Cartagena Amadeo I.

En el funeral de Prim, masón, Galdós vuelve a ridiculizar el ceremonial masónico y la misma masonería española del momento.

La obra es una fuerte crítica de la religiosidad manipulada y del estamento clerical.

43. Amadeo I. (1910) (Historia 16-Caja Madrid 1996. 212 pp.)

Escrito en 1910, el tiempo y el espacio adquieren en este episodio – aparentemente histórico- una nueva connotación: el irrealismo transcendente de la Historia (la metahistoria) representado por el personaje intermedio de la serie, Tito, y por Mari Clío.

En 1871 se entroniza como rey de España al italiano Amadeo de Saboya. A pesar de su talante liberal tiene la oposición frontal de todos: de los alfonsinos, los cuales son partidarios del que será Alfonso XII, hijo de Isabel, de los republicanos y de los carlistas supervivientes; o sea, de los grupos políticos que siguen enfrentados entre sí. España continúa, pues, igual. El Parlamento no tiene prestigio alguno.

En ese contexto se sitúa Tito, de baja estatura, débil, mujeriego, periodista o cronista, es decir, mero observador. Dirigido siempre –a distancia- por el simbólico personaje femenino Mari Clío que aparece con la imagen de joven matrona o de anciana decrepita; en todo caso poseedora del tiempo histórico, encarnación de España y de su historia.

En un nivel inmediato -quizás superficial- la novela narra las aventuras de Tito, que recorre la geografía desde Madrid hasta Durango, en el País Vasco (que de nuevo no presenta atisbo alguno de nacionalismo separatista). Aquí se ríe del catolicismo a ultranza del pueblo y de las clases burguesas, haciéndose pasar un por restaurador religioso y proponiendo nada menos que la implantación del “Estado Pontificio Español”.

Galdós comienza, realmente, la serie con este “divertimento” de tintes surrealistas, a la vez que de profunda crítica de la situación española y de la Iglesia dominante en nuestro país y en Italia.

44. La Primera República. (1911) (Historia 16-Caja Madrid. Madrid 1996. 208 pp.)

Escrito en febrero de 1911.

El caos político lleva pronto al cese de Amadeo I y da paso, en 1873, a la primera República española, experimento del que el país saldrá tan mal parado como anteriormente. Se trata de una república federal que propicia los levantamientos cantonales; uno de los más sonados es el de Cartagena. En los once meses de gobierno central republicano se suceden cuatro presidentes. Figueras, Pi y Margall, Salmerón y Castelar. Todo esto aparece en la obra.

Tito prosigue sus correrías periodísticas por aquel Madrid bajo de moral y de moralidad baja. Continúa su juego de seductor de mujeres dudosas. Particularmente de las que aparecen en el entorno del clérigo Don Hilario: de Candelaria, Graziella y Floriana. La oscuridad del asunto no deja lugar a dudas. Tiene visiones, y es adentrado en un mundo mágico. Persiguiendo a Floriana (ideal quimérico) se introduce en una larguísima caverna subterránea. En este “viaje” iniciático es acompañado de seres propios del clasicismo helénico (desconocido en la idiosincrasia española), y va a desembocar en Cartagena –la vieja y actual Cartago- en donde asiste a su ridícula acción militar contra el poder central de la República.

En esta compleja trama entra en escena la figura quijotesca de Don Florestán, personaje que contrasta con la mezquindad y oscuridad de la historia que está en juego y con el tipo del eclesiástico Don Hilario representante de un poder religioso maléfico.

Galdós se siente republicano y, aunque en el episodio se muestra crítico y desesperanzado respecto a ese intento de cambio de sistema estatal, la verdad es que deseó creer en esa República y en algún momento de la obra parece apoyarla.

45. De Cartago a Sagunto. (1911) (Historia 16-Caja Madrid. Madrid 1996. 215 pp.)

Escrito en agosto de 1911.

El episodio continúa al anterior en cuanto al fondo y a varios de sus matices. La República española muere sin haber nacido apenas, y fallece de forma airada. Galdós recrimina el mal hacer de los hombres que dejaron que se perdiera.

Tito continúa en Cartagena (Cartago y Sagunto son vistas como dos símbolos de la forja de la identidad española). Se describen sus aventuras por la ciudad, con la descripción de tipos populares importantes, por ser naturales (pescadores y aldeanos,

verdaderos artífices de la historia más noble); así mismo la navegación de la pobre “escuadra del cantón” en lucha con Madrid.

Tito regresa a Madrid coincidiendo con la caída de la República. Va siguiendo a su último y fugaz amor platónico, Leonarda, que prefiere convertirse en prostituta de lujo en la capital. En vista de lo cual, se orienta hacia Chilivistra, mujer casada. Viaja con ésta al País Vasco, y allí cae en manos de una tropa carlista que le hace pagar la burla de Durango (episodio 43). Liberado, al fin, es testigo de batallas históricas entre carlistas y liberales, destacando a la figura del gubernamental general Concha.

Es terrible la descripción de la toma de Cuenca por los carlistas, que quedan aquí definitivamente desautorizados por el autor, de modo particular en la persona de la generala María de las Nieves. Situando ahí mismo otra figura eclesiástica nefasta: la de un canónigo de la catedral que deshonra a Rosita, hija de Ido del Sagrario (personaje de algunas novelas, hombre bueno, humilde y desgraciado, sometido siempre al poder religioso).

En la obra Galdós se aterra de la capacidad de crueldad del ser humano. Al mismo tiempo denuncia, en concreto, la perversión e irracionalidad de partidos como el carlismo y de tipos representantes hipócritas de la Iglesia que, entre otros males, protagonizan también la deshonra de la mujer.

46. Cánovas. (1911) (Historia 16-Caja Madrid. Madrid 1996. 215 pp.)

Escrito seguramente a finales de 1911, culmina la ingente empresa de los Episodios Nacionales.

Alfonso XII, llamado por una España sin gobierno (y por las intrigas de la ex Reina madre), entra en España el 28 de diciembre de 1874, fiesta de los Inocentes (todo un símbolo). Las guerras carlistas han finalizado. La historia de España (Mari Clío) roza la decrepitud.

Tito, que ha vuelto a Madrid, participa en las conspiraciones favorables a la venida de Alfonso. Continúa con sus amores extraños y surrealistas; le toca el turno ahora a Casiana. Mari Clío le prepara una entrevista con Cánovas, jefe del gobierno provisional. Va perdiendo vista (como el mismo Galdós), pero todavía ve la historia que se desmorona. Como anécdota, asiste a la muerte de María de las Mercedes, mantiene aventuras con los liberales Segismundo y Vicentito Halconero... Y la novela alcanza un final inesperado y fatal cuando, al terminar, Tito ve a la ya muy conocida y madura Lucila (de la cuarta serie, representante genuina de la mujer española) unida a un clérigo: otro símbolo de degradación eclesiástica.

Al escribir esta serie Galdos es anciano y vive, sin duda, la amargura de un país irredento y –de momento, al menos- sin capacidad de ser redimido. Ha asistido en su vida a la decadencia cíclica de la historia española que ahora raya con el absurdo absoluto, con el esperpento que escribirá Don Ramón del Valle Inclán. La frase de Cánovas (cuando se está redactando la nueva Constitución) denota un terrible excepticismo: “Diga Vd. que españoles son... aquellos que no pueden ser otra cosa”.

E integrante de esta visión tremendamente dolorida y escéptica es la visión de la religiosidad y de la Iglesia en el catolicismo español de la época (y de más atrás, porque la serie conecta perfectamente con todas las novelas largas y con obras de teatro como *Electra*, *Sor Simona*, *Santa Juana de Castilla*). El episodio es quizás el más anticlerical de todos. Pero es indudable que –al filo de esta crítica- Galdós continúa señalando –gritando y pidiendo- un cristianismo que supere los gravísimos errores que le aquejan entre nosotros.

TEATRO

Joaquín Casaldueiro sitúa de esta forma el teatro de Galdós: “*Después de Don Álvaro y de El Trovador, el teatro español tiene que esperar hasta Galdós para poder contar con una escena propia y original. Don Benito trae una temática y un mundo imaginativo completamente nuevos.*”¹⁰⁴¹

Para un estudio global y edición completa del teatro de Galdós puede verse (entre múltiples publicaciones): AMOR DEL OLMO, ROSA, Teatro Completo, Ed. Cátedra; SÁINZ DE ROBLES, FEDERICO, Introducción y edición en Obras Completas Ed. Aguilar, Tomo VI; C. MENÉNDEZ ONRUBIA, *Introducción al teatro de Benito Pérez Galdós*. CSIC. Madrid.1983; J.L. MORA, *El teatro de Galdós*.(<http://ensayistas.org/filosofos/spain/galdos/mora7.htm>) .

1. **Realidad.** (1892) Estrenada en Madrid, 1982 (Teatro de la Comedia). Obras Completas Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Pags. 16-63

Drama en cinco actos, literariamente poco brillante –en cuanto teatro- y difícil de seguir hasta el acto IV. Desde el punto de vista ambiental muestra el mundo superficial y corrupto de las finanzas mezclado con el arribismo político, del que emerge una trama sentimental de infidelidad que llega a conmover la conciencia del protagonista y lo conduce al suicidio.

Ésta es la realidad vivida por un mundo cerrado sobre sí mismo; realidad superficial expresada dialogalmente por los mismos protagonistas.

¹⁰⁴¹ CASALDUERO, JOAQUÍN, *Sor Simona y Santa Juana de Castilla*. En Letras de Deusto. N. 8. 1974. Pág. 119

El matrimonio ya maduro formado por Tomás Orozco, alto financiero, y Augusta es amigo de Federico y Clotilde, hermanos abandonados por el fracasado negociante Joaquín Viera. Federico y Augusta se aman y se entienden a escondidas de Tomás, hombre recto y fiel. Federico, bohemio y pobre, es favorecido generosamente por Tomás. Infante, un falso amigo de todos, hace casi pública la relación de los dos amantes; Augusta niega a Tomás los hechos y se hunde en esa mentira, pero Federico no puede soportar la injusticia cometida con su bienhechor y amigo, y se quita la vida. A su entierro asiste sólo Leonor, prostituta que le ha amado y ayudado siempre.

Los últimos monólogos de la obra son un agudo y desgarrador análisis de los procesos de la conciencia moral.

2. La loca de la casa. (1893) Estrenada en 1893, Teatro de la Comedia, Madrid. Ed. Rueda. Madrid 2005, págs. 5-126)

Extraño drama en cuatro actos que recuerda de algún modo al clásico *La bella y la bestia*. Galdós comienza por hacer sentir al lector (o al espectador) el rechazo más radical del sacrificio personal o autoinmolación de falsa inspiración religiosa, la horrenda aceptación de un matrimonio no sólo sin amor, sino con la más absoluta aversión hacia el otro y sólo por satisfacer la crisis económica de un padre que, además, se alegra de esa autodestrucción de la hija... Pero resulta que -por un mecanismo incomprensible e irreal- el autor transforma lo antinatural en natural: en beneficio para todos los que entran en la acción teatral y en lento beneficio espiritual para *la bestia*.

El hacendado catalán Moncada ha venido a menos; ya anciano, vive con sus dos hijas, Gabriela y Victoria, y una hermana beata y egoísta, Eulalia. Victoria, movida por verdadera vocación religiosa, ha ingresado en un noviciado. La marquesa Florentina y sus dos hijos, Jaime y Daniel, (con carreras) tienen relación habitual con los Moncada: la madre, para pedir préstamos, Jaime para casarse con Gabriela. Daniel, que estuvo prometido a Victoria, al ver la decisión de la joven, decide por esa razón hacerse clérigo.

Entran en escena tres personajes: Jordana, alcalde del pueblo, Huguet, administrativo de los ruinosos negocios de la familia Moncada, y José María Cruz (Pepet), antiguo sirviente de la casa, que regresa de América millonario y del que Moncada es acreedor.

Cruz es el prototipo de hombre compulsivamente dominado por la riqueza, sin sentimiento alguno, duro como la piedra, violento, dominador tiránico y de figura repelente. Enamorado de Gabriela se empeña en poseerla, ofreciendo a cambio salvar de la ruina económica a los Moncada. Huguet y Eulalia (con la aquiescencia de Moncada) se prestan a ello. Al verse rechazado por Gabriela, Cruz decide llevar a la ruina a los Moncada. Enterada de esto Victoria, que pasa unos días en la casa de su padre junto con otra religiosa (antes de hacer los votos religiosos), se ofrece en matrimonio a Cruz y éste acepta apasionadamente.

La intención crítica de Galdós es muy fuerte, aunque sutil y difícil de formular con claridad. La frase con que cierra el telón Victoria, dirigiéndose a Cruz, es enigmática: *“Eres el mal, y si el mal no existiera, los buenos no sabríamos qué hacer..., ni podríamos vivir.”*

3. La de San Quintín. Estrenada en 1894 (Teatro de la Comedia. Madrid). Ed. Cátedra. Madrid 2002, págs. 105-202)

Drama en tres actos, no muy relevante en el teatro galdosiano. De alguna forma se asemeja a *El Abuelo* por el tema que lo centra: la crítica y superación del condicionamiento genético hereditario en la nobleza; es decir, la denuncia de esa especie sutil de racismo referido a la casta de sangre. Aprovecha también el autor el desarrollo escénico para exponer discretamente los comienzos balbucientes de la ideología socialista muy unida al espíritu liberal. Un detalle muy secundario pero de importancia para el autor es éste: no por casualidad el protagonista masculino Víctor (considerado un radical independiente, liberal, agnóstico y socialista), cuando es arrojado de la familia por no poseer la misma sangre, encuentra albergue y amistad en la casa del párroco (que ni siquiera va a aparecer en escena).

La rica y acomodada familia patriarcal de los Buendía -nótese el simbolismo del nombre-, dominadora de Ficóbriga, está constituida por el patriarca, Don José, el hijo de éste, el libertino Don César, y la agradable gobernadora de la casa, Rufina (hija legítima de César); Víctor, posible hijo natural de César, es mantenido al margen, no reconocido y despreciado, aunque trabaja activamente en los negocios de la familia aunque sólo como un obrero.

Al instalarse en la casa Rosario, Duquesa de San Quintín, César la pretende y ella lo rechaza. Surge un verdadero amor entre ésta y Víctor, motivo de escándalo por la diferencia de origen; tras muchas dificultades, estos se unen en matrimonio, rompiendo con todos. El anciano Don José ratifica el sentido de la obra, al cerrarse el telón: *“Es un mundo que nace”*.

4. Los condenados. (1894) Estreno en 1894 (Teatro de la Comedia. Madrid) Obras Completas Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Págs. 203-252

Drama en tres actos cercano a la tragedia, precedido de un extenso prólogo personal del autor en el que reflexiona sobre el fracaso de la obra en cuanto a la acogida del público y de la crítica de prensa.

Por el tema central y una buena parte de la escenografía la obra nos remite a *El burlador de Sevilla* o el *Don Juan Tenorio*.

La acción se sitúa en el cerrado valle de Ansó. José León (sobrenombre que oculta el de Martín Bravo, encausado por graves delitos y perseguido por la Justicia) encuentra a Salomé, joven y hermosa sobrina de Gastón que vive en casa de éste. Los enamorados proyectan huir, pero son interceptados por el violento Barbués. Intervienen el rico hacendado Santiago Paternoy y la anciana santona Santamona que confían en ellos y aceptan el que huyan, habiendo dado León promesa de matrimonio. El amor a Salomé es el comien-

do de la regeneración moral de León. Pero sigue sobre él la persecución por sospechas de que sea el ex delincuente Martín Bravo. El pueblo entero lo condena. No tiene más ayuda física que la de su criado y amigo Ginés (el Ciutti, de *Don Juan*).

Hundida la pareja en la pobreza, León acude a su antigua amante Feliciano (que todavía quiere retenerlo) para pedirle ayuda material. Todo esto sin saberlo Salomé. Los descubren juntos y todos creen que León ha traicionado a Salomé. Esta, desesperada, es llevada por Gastón a un convento de clausura (Las Esclavas), con la anuencia de Santiago y de Santamona; se considera culpable de la tragedia.

Al regresar León, viéndose desamparado, se precipita en la violencia moral y rechaza la ayuda de Paternoy. Proyecta el rapto liberador de Salomé; entra con esa intención en el convento. Ve y habla a Salomé en presencia de Santiago y de Santamona, pero la joven ha perdido la razón; se considera muerta. Con un atisbo de luz expresa su deseo de que León se deje salvar por los tres, pero éste –confesados sus crímenes y errores– opta por morir, y se entrega a la justicia de Barbués.

La obra permite la valoración del personaje moralmente íntegro y justo que es Santiago Paternoy, pero deja incompletos o mal dibujados al resto de actores. No acaba tampoco de expresar con claridad el pensamiento o la intención del autor; y el desenvolvimiento escénico es, en ocasiones, confuso.

Como elementos de validez teológica aparecen los temas de la identidad cristiana, la fe en Dios, el perdón, la vocación religiosa, la redención por el amor, la confesión del pecado...

5. Voluntad. (1895) Estrenada en 1895 (Teatro Español de Madrid). Ed. Aguilar. Obras Completas de B. P. Galdós. Tomo VI, págs. 253-285)

Drama breve en tres actos, de mediana calidad escénica, en el que –como en la mayor parte del teatro galdosiano– el protagonismo lo desempeña una mujer que en esta obra es Isidora. La pieza quiere ser un canto a la voluntad indómita del personaje que triunfa sobre la incapacidad de un amor estable (en su pareja) y sobre el caos de una mala administración en los negocios (en la familia); rodeadas –ambas incapacidades– de la incompreensión o de la mala voluntad de la mayoría de actores secundarios.

La familia Isidro y Trinidad regentan un negocio de telas que se halla en estado ruinoso por la incapacidad del dueño. Luengo y Nicomedes, conocidos del matrimonio, quieren forzar el traspaso a su favor en condiciones totalmente abusivas. La familia vive el drama añadido de la ausencia de la hija mayor, Isidora, que ha huido con Alejandro, hombre anárquico, rico y libre (más que liberal); sin que ambos hayan contraído matrimonio. Toda esta situación resulta intolerable a los padres. Media entre ambos grupos el hermano de Isidro, Santos. Este personaje, bien construido, es, en realidad, el guía discreto de la trama.

Isidora, que se ha separado de Alejandro, vuelve a casa y con una voluntad tenaz y un sentido práctico salva el negocio. La sostiene una clara fe religiosa y una gran energía

de carácter. Consigue, así mismo, despertar en Alejandro la capacidad de mantener una relación de amor madura y que éste desee el compromiso matrimonial. Con ello, además, lo salva del suicidio al que se dirigía al verse de golpe privado de su riqueza económica.

Siguiendo un esquema demasiado fácil, el autor refuerza la tesis acerca del carácter salvífico del amor y de la sabiduría.

6. La fiera. (1896) Estreno: 1896. Teatro de la Comedia Madrid. Obras Completas Ed. Aguilar. Madrid 2005. Págs. 322-355

Drama de carácter menor, en tres actos, algo confuso en escena por la complejidad de parentesco de los personajes y por algunas situaciones un tanto inverosímiles; sin que lleguen a cuajar bien los tipos (especialmente, los femeninos). Junto a *Sor Simona*, discurre sobre el tema de la condena del belicismo. Añade –como factores de la trama- las crisis de la conciencia, del amor, del odio y de la traición a las causas patrióticas de un signo u otro.

La acción se sitúa en uno de los feudos del absolutismo (carlista, se sobreentiende, aunque no se mencionan nombres ni datos históricos), posiblemente en la Seo de Urgel. La familia Tremp, de la nobleza, domina ese lugar como autoridad máxima, portavoz del “rey absoluto”. Desentona de tal espíritu Susana, joven sobrina recién llegada de Francia. Juan Tremp, general con mando en plaza, enamorado de Susana, destaca por su dureza y crueldad con los liberales. Llegan a la ciudad tres oficiales “voluntarios” para servir a la causa absolutista: Berenguer, San Valerio y Fabricio, que en realidad son espías liberales (los dos últimos, maestros de logia masónica) con la misión de apoderarse de la ciudad. Están ayudados por el ambiguo Bonaire que actúa, más bien, como pícaro.

Susana y Berenguer se aman, y éste último, al conocer a la joven, renuncia a sus propósitos vengativos y conspiradores. Los tres espías son descubiertos y apresados. Juan, que odia a Berenguer por todos esos motivos, se propone ajusticiarlo de inmediato. Interviene el Regente Marqués de Tremp, padre de Juan, y -por razones políticas- evita el juicio. Finalmente, en duelo, Berenguer mata a Juan y marcha con Susana para iniciar una vida ajena al ejercicio de las armas y a la política, a “la fiera”.

6. Electra. (1901) Estrenada en 1901 (Teatro Español de Madrid). Ed. de Cátedra. Madrid 2002, págs. 203-341)

Esta es, sin duda, la obra teatral de Galdós más conocida y de mayor impacto en la sociedad de la época, aunque literariamente puedan ponérsele reparos. Se trata de un drama profundamente religioso (en cinco actos y una mutación) con una radical crítica de la opresión de las conciencias llevada del fanatismo y de cierto catolicismo en uso, al servicio –muchas veces- de intereses individuales psicopáticos. En el proceso de liberación interior de la persona –de Electra- intervendrá la fe-confianza en Dios que sostiene al protagonista secundario, Máximo, un cristiano liberal que representa la alternativa a ese ca-

tolicismo falso y criticado. En el mismo sentido actuarán una religiosa y un hombre sin referencia alguna eclesial.

El revuelo provocado por el drama se debió en parte a un hecho real: al caso semejante que estaba siendo denunciado y debatido por la opinión pública en esas fechas.

Electra, joven de apenas veinte años, hija de madre soltera (despreciada, en consecuencia, de la alta burguesía), vive recogida por sus dominantes tíos Evarista y Urbano. Máximo (sobrino de estos, científico, viudo con dos hijos pequeños) y Electra se enamoran y deciden casarse. Pero se interpone violentamente alguien cercano a la familia, Salvador Pantoja, movido de un extraño sentimiento posesivo respecto a la joven. Consigue llevar a Electra a la vida religiosa (en un convento que él mismo gestiona); para ello ha urdido la mentira de que los dos jóvenes son hijos de la misma madre fallecida, Eleuteria.

Electra, desesperada, se deja conducir al convento. Un personaje secundario, el Marqués de Ronda, un tanto libertino, va a intervenir en la salvación de la joven: investigará la verdad del origen de Máximo descubriendo la mentira infame de Pantoja. Ambos (y la “sombra” de Eleuteria, mártir) devuelven la libertad –la resurrección– a la joven que en este proceso es ayudada también por la superiora del convento.¹⁰⁴²

8. Alma y vida. (1902) Estreno: 1902 (Teatro Español de Madrid) Edición de Isaac Rubio Ed. Almar (junto a *La de San Quintín*). Salamanca 1987. 265 págs.

Drama en cuatro actos que discurre en un ámbito entre rural y cortesano en algún viejo lugar de Castilla (el señorío de Ruydiaz). Es una obra teatral tardía en la producción del autor; escrita, probablemente, bajo una triple influencia: el desencanto de la Restauración Alfonsina, el desastre colonial del 98, y –literariamente– el auge del modernismo y del simbolismo. Tal vez, también, bajo el peso de la decadencia física y anímica que ya se le va anunciando a Galdós. Porque el tema dominante de la obra, encarnado en la duquesa Laura, es el crónico e intermitente decaimiento de la vida, falta del alma (“alma y vida”) que sólo la seguridad del amor puede levantar. ¿Llega a identificarse el autor con el delicado y fuerte personaje de la duquesa?... Sin duda participa de su exquisita sensibilidad, de su naturalismo y de su fantasía.

Las tres características desembocan inesperadamente (y por una especie de transfer) en los sentimientos de justicia revolucionaria del joven Juan Pablo Cienfuegos, hombre idealista y radical, representante del pueblo llano y oprimido, de quien la duquesa Laura se

¹⁰⁴² JOSÉ LUIS GARCÍA MORA destaca como cumbres del teatro galdosiano *Electra* y *Santa Juana de Castilla*, ambas por el contenido ideológico fuertemente religioso y reformista. A propósito del estreno de *Electra* cita las palabras de Don Benito en entrevista que reproduce Finkenthal: “En ‘*Electra*’ puede decirse que he condensado la obra de toda mi vida, mi amor a la verdad, mi lucha contra la superstición y el fanatismo (...). Que pueda realizarse la transformación de una España nueva que, apoyada en la ciecia y en la justicia, pueda resistir la violencia de las fuerzas brutas y las sugerencias insidiosas y malvadas sobre las conciencias.” (<http://w.w.w.ensayistas.org/filosofos/spain/galdos/mora7.htm>. pág.1)

enamora, al mismo tiempo que (como gobernanta) se ve obligada a apresarlo. Convirtiendo, sin embargo, la cárcel –dentro de su propio castillo- como la única posibilidad de salvarlo de la amenaza criminal de Monegro, el político fuerte e inevitable.

Laura sacará a Juan Pablo de la prisión con la excusa de necesitarlo para actuar en la “pastorela” que se va a representar en sus jardines. Ayudada por Don Guillén (tío de Laura), por Clara (marquesa, prima) y por Teresa (dama de compañía), así como por otras mujeres, libera después a Juan Pablo y permite que éste siga adelante con su revolución populista. “Las únicas que salvan son las mujeres”, dice el autor.

La revolución se vuelve contra Laura, considerada déspota por los campesinos. Ésta no puede soportar esa realidad y se va desfalleciendo, aunque quienes la rodean le ocultan piadosamente los hechos. Ni siquiera el amor puede darle alma y vida.

La obra podría evocar, por el decorado histórico y el amplio protagonismo femenino, dos comedias clásicas (lógicamente superiores): *Mucho ruido y pocas nueces* de Shakespeare y *El perro del hortelano* de Lope de Vega.

Con un lenguaje simbólico y una escenografía en parte surrealista (y sin elemento alguno explícito de carácter religioso) termina esta obra menor de la dramática galdosiana.

9. Mariucha. (1902) Estrenada en Barcelona en 1903 (Obras Completas de B.P. Galdós. Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Págs. 470 a 516)

Drama en cinco actos, que mantiene al espectador en tensión hasta el último momento; con reparos en los diálogos de algunas escenas de los primeros actos. Diálogos que van ganando en agilidad y belleza a medida que la obra avanza. De nuevo con el tándem frecuente en el teatro galdosiano de la pareja de amantes (de corte liberal) enfrentada al infranqueable muro familiar, apoyada en este caso –de manera resuelta y eficaz- por un sacerdote justo, claro en la teología y honrado con su conciencia ministerial. El drama, que en el acto IV parecía derivar hacia la tragedia de los amantes de Verona o de Teruel, se encamina a el final feliz deseado por los espectadores y por quienes luchan a favor de la justicia en todos los órdenes de nuestra sociedad y de la misma Iglesia.

Podría hacerse una primera observación correctora al título de la obra: el nombre de la protagonista femenina (que da nombre a la pieza) es María (Mariucha sólo será usado en ella ocasionalmente por el padre de la joven, además, con un marcado acento posesivo ajeno al tema central). Esta figura es clara, dotada de pureza, de intrepidez ante el dolor y las dificultades y firmemente creyente; evoca, pues, hasta cierto punto, a María Virgen, madre de Jesús.

El drama mantiene así el protagonismo femenino típico de la creación galdosiana en donde las mujeres alcanzan las más altas cotas de espiritualidad, de humanismo y de fe religiosa. Esta María es en gran medida homóloga de Electra, Inés, Sola, Demetria, Fortunata y Jacinta, Atenaida, Bárbara, Celia, Rosario (*La de San Quintín*), Isidora, Gloria, Marianela, Victoria, Leré, Halma, Son Simona, la reina Juana de Castilla, Tristana...

Pedro y Filomena, marqueses de Alto-Rey, acaban de instalarse en el pueblo de Agramonte, ocultando allí la ruina total de su patrimonio (ruina que de ningún modo quieren asumir). Su hijo Cesáreo anda buscando un puesto en la política y vive ajeno al desastre familiar. María, en cambio, afronta la situación olvidándose de las pretensiones de rango nobiliario; crea un pequeño pero fructífero negocio que levanta la economía de la familia. En este trabajo es ayudada generosa e inteligentemente por León, vecino de la vivienda, que regenta un honrado comercio de carbón (lo que hace que sea despreciado por los marqueses).

En realidad, bajo el nombre y la cara ennegrecida de León se oculta un hombre que anduvo mal en la vida pero que, tras muchos padecimientos, ha verificado un cambio radical y firme en su existencia.

María y León se aman, pero encuentran la brutal oposición de la familia y de los personajes pueblerinos que intentan aprovecharse de la favorable situación económica lograda por María. La figura de Cirila, sirvienta y amiga de María, dulcifica algo la crisis que se avecina. Pero quien va a desempeñar un papel salvador es el cura del pueblo Don Rafael. Este sacerdote recibe con inmenso respeto la confidencia de María y de León; cree totalmente en ellos y toma a su cargo la defensa de los mismos frente a la cruel y poderosa confabulación que se levanta para impedir el matrimonio de los dos jóvenes. Los actos cuarto y quinto del drama son un extraordinario elogio de la persona y del ministerio de este presbítero que, por honestidad y desde la fe, desafía a las autoridades civiles y eclesiásticas, y culmina su reto a la injusticia bendiciendo la boda sin más formalidades canónicas.

También aquí Galdós quiere despedir en la última escena a una generación caduca representada por los marqueses cuyo tiempo de hegemonía social ya ha terminado.

Es indudable la dimensión doctrinal teológica que intenta transmitir: la capacidad de conversión de la persona por la fuerza del amor y de un buen hacer pastoral, la libertad de destino y de opción frente a las relaciones familiares impositivas, y la flexibilidad absoluta de la práctica sacramental en la Iglesia.

10. Bárbara. (1905) (Estreno: 1905, Teatro Español de Madrid) Edición de Cátedra. Madrid. 2006, págs. 157-235)

La obra en cuatro actos, concebida como tragicomedia clásica, sitúa la acción en Siracusa, en 1815, con un ambiente simbólico y mitológico propio de la antigüedad grecorromana trasplantada a la época napoleónica y en contraste con el cristianismo. No hay muerte al final, pero sí destroz y sacrificio humano por la separación desgarradora de los dos amantes Bárbara y Leonardo, impuesta por el tirano Demetrio.

Muerte moral y espiritual originada en gran medida por el sentido irracional de culpa (y de pretendido transfert sobre su amada) de Leonardo, que –guiado por su conciencia cristiana y por el honor de caballero español– se siente obligado a abandonar a Bárbara y a autocondenarse con la voluntaria reclusión en un convento y la marcha a Jerusalén; sin que la mujer, inmersa en el paganismo clásico, pueda entender esa categoría –fe y honor– que mue-

ve al caballero. La amante se derrumba por esta razón y por el chantaje del tirano, que pone como precio a la libertad de Leonardo el que ella se le entregue.

La tragedia, que incluye a una serie de personajes deleznales, títeres del poder, es una gran denuncia de la insistente y terrible crueldad humana que se cierne sobre la mujer y sobre los desprotegidos de la sociedad. A la vez, acercándose en alguna medida al mito romántico de *Don Álvaro o la fuerza del sino*, el autor desarrolla el tema de la fatalidad del Destino y de la inoperancia absoluta de la justicia humana, incapaz de salvar a Bárbara y a Leonardo, eximiéndoles de la muerte del brutal Lotario, hermano de Demetrio.

11. Amor y ciencia. (1905) (Estreno: 1905, Teatro de la Comedia, Madrid). Obras Completas Ed. Aguilar. Madrid 2005. Tomo VI. Págs. 593-633

Drama en cuatro actos, uno de los más sorprendentes del teatro galdosiano por su riqueza temática y por la agilidad del movimiento escénico, con un buen texto que en bastantes páginas alcanza notable belleza y profundidad de pensamiento.

Paulina es una mujer superficial y egoísta, separada de su marido Guillermo (hombre mucho más idealista y pensador). Lleva una vida irregular; tuvo a su hijo Cristín fuera del matrimonio. Este niño, al que ama apasionadamente, ha caído enfermo de gravedad y está a punto de morir. El único que podría salvarlo es Guillermo, médico cirujano eminente; pero Paulina no quiere que vaya. Por consejo y súplica de Eliséa, religiosa que cuida del niño y de su madre, accede, al fin, a la intervención de Guillermo. El niño se salva. Paulina, agradecida pero aún dañada en el alma, intenta rehacer la relación con su marido, pero éste le exige cambios muy fuertes.

El proceso interior de Paulina va a ser estorbado por la entrometida familia de Natalia y Varona, con Adolfo, que repiten la propuesta de que esta señora se vaya a un convento.

Guillermo ha fundado una residencia utópica en la que conviven sus pacientes (mujeres y niños desahuciados y abandonados del mundo). El médico, convertido en padre y guía espiritual de todos, y los enfermos que se van recuperando constituyen allí la única y propia familia doméstica. Esta comunidad integra expresamente una dimensión cristiana y religiosa. El centro de la misma es un niño deforme adoptado por Guillermo: Salvador (al que llaman "Niño Dios").

Paulina, ya a punto de regenerarse, pide ser admitida en la comunidad y es aceptada. El acto termina con demasiada rapidez textual.

La obra plantea temas de máxima importancia: la armonía entre la ciencia y la fe en virtud de la voluntad de ambas de llegar a encontrarse, la convalidación necesaria del progreso científico por el amor, la más auténtica caridad cristiana, la redención interior del espíritu por mediación de la verdad, del amor y de la llamada de un ser inocente, el sentido de la

vida religiosa consagrada, la utopía de una comunidad de convivencia basada en el amor virginal y en la comunión con los seres más frágiles y menos agradables físicamente, la asechanza continua de la maledicencia y la calumnia sobre las obras y las conductas buenas...

El drama puede considerarse, pues, como uno de los escritos de trascendencia doctrinal y teológica del autor. A situar junto a las novelas *Ángel Guerra* y *Halma* y el drama *Pedro Minio* en cuanto a la utopía de la comunidad cristiana de vida en común.

12. Pedro Minio. (1908) (Estreno: 1908, Teatro Lara de Madrid.) Obras Completas
Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Págs. 635-663.

Comedia en dos actos, una de las más desconocidas del autor; de escaso valor literario, a nuestro juicio, pero de interés social e incluso religioso cristiano.

Desarrolla tres temas centrales: 1) la posibilidad de mantener (o incluso recuperar) la ilusión por la vida y cierto espíritu joven, a pesar de la ancianidad, 2) el trato que la sociedad debería dar a la tercera edad y 3) la sugerencia de una forma de comunidad utópica, de signo evangélico en cuanto al trato justo (casi fraterno y exquisito); la acogida de los más pobres y abandonados, y la huida de la riqueza.

Con carácter más secundario aparecen también en la obra otros dos valores importantes: el posible sentido positivo de una comunidad de religiosas y –algo absolutamente novedoso a la altura del siglo XIX- una verdadera alternativa al sistema de las residencias de tercera edad, quizá siguiendo una inspiración krausista y liberal (dada la semejanza que pudiera establecerse entre el espíritu de este centro y el de la Residencia de Estudiantes de Madrid.)

El Marqués de los Perdonos (nombre simbólico de la acción que desarrolla) dirige un llamado “Asilo de Nuestra Señora de la Indulgencia”, junto con el Doctor y la comunidad de religiosas dirigida por Sor Luisa y –en la práctica- por Sor Bonifacia, si bien todas las monjas actúan libremente en la misma línea.

El espíritu de esta institución (que se debe a una benemérita y admirada fundadora ya fallecida) consiste en aceptar el reto de una comunidad de ambos sexos, predominando ancianos de escasa cultura, maltratados por la vida y, sin embargo, gozosos ahora de vivir, y de vivir en ese lugar; comunidad que se rige por el respeto y el buen trato, la libertad y la alegría. Es fundamental en la dinámica de la casa el recreo, cierta inocente picaresca en las relaciones mutuas y la instauración de un pequeño mundo social separado pero no distinto del real, con las satisfacciones normales de una existencia sencilla y popular. Las religiosas y la dirección cuidan, muy de cerca, la fidelidad a ese espíritu y quehacer.

Una norteamericana millonaria, Hortensia, llega a la residencia con ánimo de conocerla y fundar algo semejante, pero en realidad lo que pretende es todo lo contrario. Resulta que su marido Abelardo, persona apocada e hipocondriaca, es sobrino de uno de los residentes, de Pedro Minio, el personaje más significado en “La Indulgencia”, que encarna el espíritu

de esa institución. Lo que pretenden, en realidad, es llevárselo a la nueva fundación que no va a ser semejante, sino más bien un asilo clásico, regentado por los capuchinos. Pedro se niega rotundamente y, además, consigue que Abelardo se quede con él.

En algún momento la obra nos recuerda el drama *Los árboles mueren de pie* de Alejandro Casona, pero Galdós va más allá en la inspiración del tema.

13. Casandra. (1910) (Estreno: 1910, Teatro Español de Madrid). Edición de Cátedra. 2006 pags. 237-317)

Drama de corte mítico clásico en cuatro actos, con un final de muerte vengativa. Desde el punto de vista literario quizás tenga un carácter secundario en la creación teatral de Galdós, pero ofrece indudable interés social, moral y religioso eclesiástico; y, por consiguiente, lo estimamos como obra importante. Podría incluso considerarse teatro de vanguardia. Tiene el aspecto de tragedia, con una escena última que evoca la culminación de *Hamlet*.

La joven Casandra, injusta y terriblemente despojada de lo más suyo, de lo que más ama y constituye su vida -del esposo, los hijos y la estima como persona buena y digna-, se verá abocada a matar a Doña Juana, la impía y religiosa viuda que le ha causado esa desgracia.

Esta Doña Juana, poseedora de la inmensa fortuna legada por su libertino marido, niega el pan y la sal a sus deudos; los deshereda, para enclaustrarse en un convento al que dota con todos sus bienes. Antes satisface su odio al débil hijo natural de su esposo, a Rogelio: le impone la separación de Casandra y el secuestro de sus dos hijos con objeto de garantizar de ese modo la “buena educación” de los niños.

La obra tiene una doble significación:

Por una parte, representa la monstruosa alianza de la riqueza con la enajenación y la tiranía religiosas, y éstas, con la dureza de corazón y la injusticia que supone apropiarse de bienes ajenos intocables y condenar a un inocente. Todo ello, en nombre de una pervertida mística radicalmente opuesta al pensamiento y al sentimiento cristianos. Doña Juana, nueva imagen de Doña Perfecta, es la antítesis de las palabras evangélicas *“Si al ir a presentar una ofrenda ante el altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí, al punto, esa ofrenda y ve antes a reconciliarte con tu hermano.”*

Por otra parte, la obra (estrenada un año después de la Semana Trágica de Barcelona) expresa la ira revolucionaria del pueblo, que se siente oprimido por una rica burguesía “católica” aliada con el clero y desata su odio con la quema de conventos e iglesias. Casandra —en la intención de Galdós— es ese pueblo o una gran parte de él.

El drama -o tragedia-, estilísticamente complejo y con algunos personajes poco elaborados (por ejemplo, Rogelio); sin embargo, alcanza momentos de elevado y excelente dramatismo.

14. Celia en los infiernos. (1913) (Estreno: 1913, Teatro español de Madrid. Ed. Cátedra. 2006. págs. 319-404)

Drama ejemplarizante en cuatro actos, cercano a la comedia, que recuerda levemente a *La persona buena de Sezuán*, de Bertolt Brecht sin llegar a su altura. Es una obra secundaria dentro del teatro galdosiano. Quiere representar un alegato a favor de la clase obrera (ése es el infierno al que baja Celia con su ayo Pastor) y, sobre todo, un intento –todavía muy superficial- de reconversión del capital, en beneficio del proletariado apenas emergente.

Celia es una joven burguesa que necesita purificarse de la altanería y llenar el vacío del “cielo” en que discurre anodidamente su existencia rica e independiente; está equivocada también en cuanto al amor de Leoncio... Su gesto de “descenso” a los infiernos no tiene, pues, un carácter predominante social. En todo caso parece significar más una reparación del daño causado a su hermana de leche, Esther, y al atractivo empleado Leoncio.

Sin embargo, la obra puede considerarse como un intento noble, aunque no demasiado afortunado, de señalar el camino de una cierta justicia social cristiana conjugando las clases sociales, la riqueza y la pobreza. El socialismo del autor queda todavía muy poco expresado aquí.

15. Alceste. (1914) Estreno: Madrid, 1914, Teatro de La Princesa. Obras Completas Ed. Aguilar. Tomo VI. Págs. 756-785

Esta tragicomedia en tres actos es la única que se desarrolla en un contexto exclusivamente mitológico y que denota la gran erudición clásica del autor. Basada –según él mismo indica en el Prólogo- en una leyenda de la antigüedad griega. Adapta (con ficción anacrónica) el mito de la resurrección tras la muerte voluntaria del protagonista quien entrega la vida por una causa salvadora). La pieza tiene cierta afinidad con *Bárbara* y con *La razón de la sin razón*, dramas ambos de estructura y nomenclatura clásicas).

Admeto, soberano de Tesalia (confederación de pequeños estados griegos, antes separados) es el único capaz de salvar el reino unido; pero es condenado a muerte por el iracundo padre de los dioses, Jupiter. Intercede Mercurio (Hermes) y consigue que las Parcas acepten una víctima sustitutoria con tal de que sea de la misma familia real. Los decrepitos ancianos padres de Admeto, Pheres y Erectea, invitados por él a ofrecer su vida, se aferran a ella por seguir viviendo en el placer y a la espera del ejercicio del poder; para esta actitud reciben el consejo del interesado del sacerdote de Delfos, Demofonte y del grupo de cortesanos que vegeta a expensas del Pheres.

La muerte de Admeto debe producirse de inmediato. Entonces, la reina Alceste, esposa amante y madre de dos príncipes niños (Eumelo y Diodema) descubre la terrible sentencia que le había ocultado el rey; comprende que la muerte de Admeto será el fin de la paz y del bienestar de Tesalia y, a escondidas de su esposo, ofrece su propia vida en el altar de

Minerba. Muere en los brazos de Admeto sin que éste pueda hacer nada para retenerla. Su muerte hunde en la tristeza a todo el mundo afecto al rey: al buen consejero, Hiperión, a Gorgias, el amigo, y a las esclavas Tisbe y Friné...; todos los cuales cumplen un papel de apoyo en el trance.

Antes del entierro, llega al palacio el semidios Hércules, depositario del mayor vitalismo y hacedor del bien sobre la tierra. Enterado de la muerte de Alceste, detiene el cortejo fúnebre y con el conjuro más intenso consigue que Alceste resucite.

El mismo Galdós, en el prólogo a la obra, da un sentido expreso cristiano al drama representado: *“Termino asegurando que la abnegación de la reina de Tesalia tiene todo el valor ético de un sacrificio cristiano.”*¹⁰⁴³

16. Sor Simona. (1915) Estreno en 1915 (Teatro Infanta Isabel de Madrid). Obras Completas Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Págs. 786-808.

Se trata de un breve drama en tres actos muy bien intencionado, pero quizás el más flojo e irrelevante de Galdós desde el punto de vista literario y en cuanto al tratamiento de la temática. Podrían haberse conjugado mejor los términos libertad y caridad.

Sobre el trasfondo de una de las campañas carlistas en Navarra, el autor quiere hacer un canto a esas dos virtudes esenciales y constitutivas: la caridad cristiana y la libertad de movimiento y de expresión de la persona. Para ello, presenta una serie de personajes irreales y desvaídos (de poca consistencia) centrados en la figura de la monja Sor Simona, mujer atractiva, libre y verdaderamente religiosa; tomada por loca a causa de su enfrentamiento a las normas conventuales cerradas. De paso, el autor hace una nueva condena de la absurda guerra civil y del significado de la misma.

Don Benito conoció y admiró en Viana a la religiosa Sor Simona Oroz y Mina (Hija de la Caridad). Ésta es una excelente religiosa que abandonó el mundo tras haber sufrido amarga decepción amorosa. Encerrada en una celda (por su carácter independiente y liberal), consigue huir aprovechando la circunstancia de un incendio. Se entrega al servicio de los pobres y de los heridos de guerra y, entre estos, a Ángel, el hijo del que fue su novio, ofreciendo su vida por el joven que va a ser pasado por las armas.

17. La razón de la sinrazón. (1915). En Ed. Rueda. Madrid 2005, págs. 127-221)

Esta pieza escénica, subtitulada *“Fábula teatral absolutamente inverosímil”* en cuatro jornadas, es también una obra menor a modo de parábola bíblica. La “Sinrazón” (distinta de la locura del hidalgo cervantino) es la actuación del mundo de la política, de los negocios y finanzas totalmente contraria al derecho, a la justicia y a la pureza de la conciencia; actuación

¹⁰⁴³ PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Alceste*. O.c., pág. 757

que impera sobre la sociedad, hundiendo a ésta en la corrupción, en la mentira y en la degradación, a merced de fuerzas demoníacas. Con excesiva ingenuidad (aunque se trata de una fábula) esta “Sinrazón” es vencida finalmente por la “Razón”, representada en la joven maestra Atenaida, que –al igual que Beatriz en *La divina comedia*- acompaña al desesperado Alejandro en su viaje a los infiernos del gobierno y de las sociedades fantasma.

Atenaida se emplea como institutriz de las hijas de Dióscoro -magnate corrupto y tiránico que va a explotar al joven Alejandro, viudo que ha perdido su fortuna-. La joven maestra es pretendida a la vez por Dióscoro y su hermano Pánfilo; ambos quieren introducirla en su mundo depravado. Un cataclismo los hace desaparecer, y ella y Alejandro emprenden el camino de retorno al medio rural sencillo en que nacieron, que es una especie de Arcadia. Allí se convierten en aldeanos, amigos del aceptable sacerdote Don Hilario. Atenaida regenta una escuela pletórica de niños y Alejandro es un excelente labrador.

Galdós aprovecha la obra para plasmar los principios de renovación pedagógica del krausismo (una educación nueva, atrayente, inmersa en la realidad del medio físico, y un retorno a la tierra y sus ritmos). De paso hace una crítica a la disciplina del celibato obligatorio de los clérigos, mostrándose benevolente con la situación irregular del cura y su ama.

18. El tacaño Salomón. (1916) Estrenada en el Teatro Lara de Madrid. 1916. Obras Completas Ed. Aguilar. Tomo VI. Págs. 809-827

Se trata en esta comedia de dos actos de presentar una fábula o entremés, en donde el autor contrasta la tacañería y el carácter ruin con la prodigalidad y el talante generoso; una prodigalidad que brota de la conjunción de varios factores: del carácter excesivamente ingenuo e irresponsable, de la bondad natural nada provisorio, y a la vez, del espíritu cristiano que conduce a donar los bienes propios a las personas más necesitadas. Factores que convergen en el protagonista.

Pelegrín es un hombre bueno, trabajador incansable que, a pesar de los consejos de su mujer Belén y de su hija Crucita, derrocha todo lo que gana empleándolo sin medida en socorrer a los que se lo piden. Tiene un hermano en Argentina, Jacobo Mendrugó, enormemente enriquecido, tacaño y miserable. Este personaje (que no aparece en escena) ha encargado a su amigo José Salomón que visite a Pelegrín y verifique si continúa siendo tan mani-rroto; si es así, lo desheredará al morir, pero si se ha enmendado, le hará entrega del producto importante de la venta de unas casas de Madrid.

Salomón se instala como huésped en casa de Pelegrín e intenta reeducar a este hombre para hacerlo acreedor de la adelantada herencia de Jacobo. No lo consigue y se ve obligado en conciencia a dar cuenta del fracaso de la gestión y a hacer la transferencia de la suma cuantiosa a la cuenta de Jacobo. En estas, recibe un telegrama de Buenos Aires anunciándole que el tacaño ha fallecido. Libre ya del encargo, entrega el tesoro a Pelegrín, y éste

se apresura repartirlo entre los menesterosos... Gracias a Salomón reserva una cantidad para su hija y otra, más modesta, para sí mismo.

La obrita viene a ser la antítesis de la parábola evangélica del rico Epulón.

- 19. Santa Juana de Castilla.** (1918) Estrenada en 1918. Teatro de la Princesa, en Madrid.
Edición empleada: Ed. Fragua. Madrid 2010.

Drama breve en tres actos con fuerza en la pintura de caracteres y momentos escénicos de intensa emoción. Supuso un sobresalto en la opinión católica española por las ideas erasmistas que defiende. Intenta rehabilitar la figura histórica de la ex reina de Castilla, Juana ("La loca"), hija de Isabel la Católica y madre del emperador Carlos V, desterrada en el inhóspito palacio de Tordesillas.

El autor sitúa a Doña Juana en la última etapa de su vida y hace de ella una heroína liberal cristiana, entrañada en el pueblo castellano y seguidora del pensamiento de Erasmo (de *El elogio de la locura* que manifiesta conocer bien). Se acerca a los planteamientos de la Reforma, sin dejar la profesión de fe católica, pero con una gran independencia respecto a la rigidez dogmática y de disciplina representada por el emperador Carlos. Éste envía a su madre con ánimo de "convertirla", como confesor, a Francisco de Borja, Duque de Gandía, ya jesuita... Galdós acerca ambas figuras, haciendo también de algún modo liberal y amable al público al santo caballero.

El título del drama ya es bastante significativo: expresa la identificación de Don Benito con la ideología del humanismo cristiano renacentista, en lo que atañe a la reforma de la vida cristiana y de la iglesia. Aunque la temática se desarrolle brevemente, el drama tiene, sin duda, uno de los mayores contenidos teológicos del teatro galdosiano. Así fue -y es considerado- por la crítica y comentariastas.

- 20. Antón Caballero.** (1918) Estreno: 1921. Teatro del Centro. Obras Completas Ed.
Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. Págs. 844-874

Obra de estreno póstumo, refundida para su representación por los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero sobre manuscrito del autor. Probablemente es un drama de escaso valor desde el punto de vista literario (en cuanto a la estructura escénica y a la configuración de los dos personajes centrales); pero tiene, sin duda, un fuerte significado testimonial del pensamiento social crítico que acompaña al autor desde su juventud y que se ha acentuado al final de su vida.

Su mensaje es descorazonador (más aún que en el drama *La razón de la sinrazón*): la sociedad, representada en el pueblo de Agramante (incluidos el alcalde, el juez, el cura, el abogado y terrateniente, los campesinos...) está sumida en la injusticia legal, aliada con toda clase de intereses privados bastardos, no deteniéndose ni siquiera ante el crimen. Tal situa-

ción justifica de algún modo el que las personas se defiendan recurriendo a la violencia o a la mentira.

Antón Caballero vio maltratar a su padre y ser expoliado —él y su familia— de sus bienes. Convertido —por esta razón— en bandido, huye a América, abandonando a su esposa. Corre la voz de que ha muerto allí.

Don Pelayo y Malva, caciques usurpadores y dueños de la política en Agramonte, acogen a una sobrina suya, Isidora, con la intención apropiarse también de su herencia. El hijo de estos, Regino, está enamorado de la joven y tiene el apoyo de su madre en este deseo. Isidora, dolidamente de la marcha de Antón y acosada por pretendientes, finge tener una vocación religiosa y mística para conseguir cierta libertad de movimiento.

Antón regresa para rehacer la convivencia con Isidora. Ambos siguen amándose, se encuentran, e Isidora regenera también moralmente a su esposo. Doña Malva, entonces, urde el asesinato del joven, que logra quedar sólo herido. Apoyados en el derecho matrimonial que les asiste, los esposos se enfrentan a todos y dejan el pueblo irredento.

21. Un joven de provecho. (¿1920 o antes?) Obras Completas. Ed. Aguilar. Tomo VI. Madrid 2005. págs. 875-916

Comedia en cuatro actos, que el autor no llegó a ver representada. Es un fuerte alegato contra la corrupción del mundo político y de los grandes negocios de la época, con un enorme valor de actualidad. Por su temática, se une a los dramas anteriores de fuerte crítica social.

A excepción del frágil personaje secundario que es Eugenia, todos los demás, que entran en escena, reúnen el conjunto de vicios que destrazan la credibilidad de la vida pública: la codicia, los intereses privados convertidos en única norma de moralidad (incluso a la hora de contraer matrimonio), la mentira, la adulación, el arribismo, la infidelidad y el fanatismo ideológico... La condena resulta clara y contundente. De algún modo podría decirse que forma parte del testamento moral permanente de Galdós.

Alejandro ha llevado una carrera política brillante y va a ser designado ministro al producirse una crisis de gobierno. Por interés económico pretende a Eugenia, hija del Marqués Juan sin saber que el noble está arruinado. El aristócrata niega el consentimiento para tal relación y desoye a su amigo y mentor Joaquín, que le aconseja la amistad con Alejandro (para beneficiarse de ella). Llegan a la casa Sofía, bella dama hermana de Juan, y su hijo Carlos, enamorado sincero de Eugenia y enemigo del político. La idea familiar es casar a la joven con su primo.

Nos enteramos de que Alejandro y Sofía tuvieron relaciones secretas en Francia, y que ésta sigue amándolo; razón por la que se opone también a la boda de Alejandro y Euge-

nia. Engañadas por Jacinto y Carlos, las dos mujeres son descubiertas en casa de Joaquín en donde se han dado cita para ver a Alejandro. Eugenia confiesa que ha entregado a su padre por piedad toda la herencia que le dejó su madre. Esto hace que el ministrable desista de su relación con ella. Pero ha estallado ya la calumnia sobre su vida privada irregular, y eso puede bloquear el nombramiento inminente... Alejandro intenta entonces evitar el escándalo vendiéndose y hundiendo a quien le estorbe.

*OTROS ESCRITOS (BREVES): RELATOS, ARTÍCULOS, ENSAYOS y CARTAS de GALDÓS.
(Escritos analizados para este trabajo.)*

ESCRITOS DE NARRATIVA BREVE.

La sombra. (Relato breve) (1870) (Ed. Sucesores de Hernando. Madrid 1909; Ed. Eneida. Madrid 2011)

Nos hallamos ante el primer escrito narrativo formal de Galdós, situado aquí como simple complemento (aún no bien logrado) de su extensa producción.

Es un cuento largo o relato breve de carácter simbólico, imaginativo y surrealista, que en cierto modo recuerda algunas leyendas de Bécquer y la pequeña novela cervantina *El curioso impertinente*, pero que tiene también como trasfondo el *Fausto* de Goethe. Se trata de un ensayo sobre los celos y el amor posesivo, realizado desde la esquizofrenia del personaje el “doctor” Anselmo. La locura aquí es fruto de un desbordamiento terrible de la imaginación alimentada por una vida absolutamente insana (simbolizada por la reclusión en el laboratorio); una locura que genera muerte a su alrededor.

La figura de un cuadro que representa el rapto de Elena por Paris obsesiona al protagonista; la fantasía enfermiza y la pertinaz e injustificada sospecha de la infidelidad de su esposa (que se llama precisamente Elena) da vida a la imagen de Paris, que desciende del cuadro para raptarla. El personaje mitológico se encarnará de forma real en el visitante Alejandro. Elena, sometida a estas locuras, enferma y muere. Anselmo, que va narrando al escritor el drama (interpretado a su manera), ha situado toda la acción en un inmenso y lóbrego palacio que no existe y en un Madrid que no tiene aquí nada de real... La tragedia de este hombre es que, si pierde su loca imaginación, resulta ser nadie, porque no tiene otra cosa.

(Con otros relatos: *La sombra*; *Celín*; *Tropiquillos*; *Theros*. Imprenta de la Guirnalda. Madrid 1890)

Los cuentos de Galdós: recopilación y estudios de OSWALDO IZQUIERDO DORTA. Centro de la Cultura Popular Canaria. Gran Canaria 1994. Contiene: *Un viaje redondo*; *Una industria que vive de la muerte*; *Necrología de un prototipo*; *Manicomio político-social*; *La*

conjuración de las palabras; Dos de mayo de 1808, dos de septiembre de 1870; La novela en el tranvía; La mujer del filósofo; El artículo de fondo; Aquel; Un tribunal literario; La pluma en el viento o El viaje de la vida.

Cuentos fantásticos. (Edición de ALAN E. SMITH. Cátedra. Madrid 2005). De carácter surrealista y simbólico. Añade a la edición citada de Oswaldo Izquierdo: La princesa y el granuja; Theros; Tropiquillos; Celín; ¿Dónde está mi cabeza?; El pórtico de la gloria; Rompe-cabezas y La mula y el buey.

En particular, **La mula y el buey.** (Cuento) (Editado también en *Cuentos para una Navidad*. Alianza Editorial. Madrid 2012, pág. 143 ss.

Cuento navideño de tono triste, que evoca alguno de los clásicos nórdicos (como la *Cerillera*), centrado en la descripción de la psicología de los niños referida a la Navidad y, en particular, al Nacimiento doméstico. *Celinina*, de tres años, muere sin poder colocar en su belén la mula y el buey que, al final, aparecerán en sus manos muertas.

ENSAYOS, ARTÍCULOS extensos y otros escritos analizados .

1. **Ensayos de crítica literaria.** (Ensayo) (Escritos diversos entre 1870 y 1913) Selección e Introducción de Laureano Bonet. Ed. Península. Barcelona 1972.

Introducido por un largo estudio sobre Galdós como crítico literario, la obra comprende ensayos literarios del mismo Galdós, prólogos a algunas obras propias y de José María Pereda, estudios sobre Clarín y Pereda y un discurso ocasional (en la Real Academia Española, en 1897) con el título *La sociedad presente como materia novelable*.

2. **Prólogos a diversas obras.**

Recogidos y editados en las obras: *Ensayos de crítica literaria*, de J.P. Castañeda (Ediciones Península. Barcelona 1972), *Artículos y ensayos* de Juan Pedro Castañeda (Asociación Cultural Cabrera y Galdós. Ed. Idea. Tegueste 2005) y en el vol. VI de las *Obras Completas* (Ed. Aguilar. Madrid 2005).

3. **El sentimiento religioso en España. Santos modernos.**

El sentimiento religioso en España es un ensayo detenido sobre la religiosidad media de la población española a partir de hechos propios de religiosidad popular. Escrito importante del autor, se publica en el periódico "La Prensa" de Buenos Aires (1884) y es publicado por William Shoemaker en *Las cartas desconocidas de Galdós en "La Prensa" de Buenos Aires*. Este mismo autor publica *Los artículos de Galdós en "La Nación" 1865-1866 y 1868*, diario madrileño progresista.

Santos modernos es un texto decisivo para descubrir el sentido cristiano de la caridad y la justicia en Galdós, es un artículo que publica también en “La Prensa” de Buenos Aires (15/02/1886) y que comentan ampliamente Pedro Miguel Lamet (*La santa de Galdós. Ernestina Manuel de Villena*) y Denah Lida (*Galdós y sus santas modernas*).

Artículos diversos de Galdós en “La Nación” y otros periódicos están también publicados parcialmente por Alberto Ghirardo en *Crónica de Madrid* (Renacimiento, Madrid), y en el tomo VI de las Obras Completas, de Aguilar, presentado por Federico Sáinz de Robles.

4. **La fe nacional y otros escritos sobre España.** (1900) (Discursos, etc.) Edición de José Esteban y Jesús Egido. Editorial Rey Lear. Madrid 2013

Con el título *La fe nacional* se conoce el discurso que pronunció el 9 de diciembre de 1900, en momentos en que aparecían por primera vez los brotes de nacionalismos separatistas en Cataluña, el País Vasco y, con menos fuerza, en Canarias. Galdós defiende en este texto y en los que siguen la españolidad de todos los territorios peninsulares, precisamente desde la democracia real, la solidaridad estrecha e histórica de nuestros pueblos, la voluntad eficaz de progreso y el liberalismo.

5. **Soñemos, alma, soñemos.** (1903) (Artículo) (Revista Alma Española. Año I. num.1)

Galdós escribe con este título uno de artículos más bello y duro sobre la realidad española en el momento en que el país se halla abatido por la pérdida colonial y por los fracasos gubernamentales. Su tono, sin embargo, es de exhortación a un alzamiento espiritual cuya claves deben ser la educación y el cuidado de la tierra.

6. **Guía espiritual de España.** (1915) (Conferencia) (Edición y presentación de Laureano Bonet. Editorial Península. Barcelona 1971)

Conferencia escrita por Don Benito y leída por Serafín Álvarez Quintero en la inauguración de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid. Es la primera del ciclo de conferencias dedicado a la descripción de ciudades españolas; y ésta se refiere a Madrid. Nadie como Galdós podía hablar mejor de la capital. El texto es un excepcional, cálido y jugoso recorrido por los barrios y lugres madrileños así como por la tipología de sus gentes. Comienza y termina evocando entrañablemente el Ateneo y las innumerables e ilustres personalidades con las que ha podido convivir en sus viejos salones, con una mención especial al que llama Patriarca de la Pedagogía, Don Francisco Giner de los Ríos. Texto, pues, de gratísima lectura.

7. **Memorias de un desmemoriado.** (1915) Ed. Visor Libros. Madrid 2005 (Se añaden otros artículos). Ver la edición de Alberto Ghirardo, Ed. Rencimiento. Madrid 1930

A petición de la revista ilustrada *La Esfera* de Madrid, Galdós comienza la publicación en esas páginas de lo que empieza a hacer pensar en unas memorias personales, género nada frecuente en nuestra literatura hispana del XIX (al menos como se realiza en Francia o en Inglaterra). Ésta será su penúltima obra (antes del drama *Santa Juana de Castilla*); como “memorias” (desde la perspectiva actual de este género literario) nos deja insatisfechos.

El autor, siempre parco en revelar su intimidad honda, y confesando, además, su desmemoria para recordar fechas (lo que no deja de ser un recurso literario), emprende un diálogo con un personaje ficticio que encarna esa “pobre memoria” y la personifica. Así evoca -sin un proyecto demasiado lineal- acontecimientos relevantes vividos, viajes por el extranjero y por la península (destacando su feliz estancia en Barcelona), e incluso los procesos de gestación de bastantes de sus obras.

A pesar de la limitación del contenido, el escrito tiene un indudable interés para completar la fisonomía espiritual de Don Benito.

Ediciones de *Memorias de un desmemoriado*.

- POLIZZI, ASSUNTA, *Diálogo con la memoria. ‘Memorias de un desmemoriado’* Universidad de Catania, sede di Ragusa, Centro Virtual Cervantes.
- MENÉNDEZ-ONRUBIA, CARMEN, *Las ‘Memorias de un desmemoriado’ de Galdós: texto y contexto*. Actas del IX Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, Cabildo de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria 2009, 514-527

8. **Otros artículos y ensayos diversos:**

- Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del domingo 7 y el 21 de febrero de 1897. Ed. Madrid (s.n.) 1897 Estudios Tipográficos de la Viuda e hijos de Tello.
- Al diario “la Prensa” de Buenos Aires. WILLIAM H. SHOEMAKER reúne en un tomo de 540 artículos diversos y crónicas de viaje enviados por Galdós, algunos de ellos (ya citados) de gran interés para la temática que nos ocupa. *Las cartas desconocidas de Galdós en ‘La Prensa’ de Buenos Aires*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid 1973
- Al diario “La Nación” de Madrid. Editados en parte en la obra *Crónica de Madrid* que publica Alberto Ghirardo (y en *Obras inéditas ordenadas y prologadas por Alberto Ghirardo*, seis tomos (Renacimiento. Madrid 1923) y en el tomo VI de las Obras Completas de Ed. Aguilar.
- Y edición de William SHOEMAKER: SHOEMAKER, WILLIAM H., *Los artículos de Galdós en “La Nación” 1865-1866 y 1868. Recogidos, ordenados y dados nuevamente a la luz con un estudio preliminar*. Insula, Madrid 1972
- Los artículos políticos en la Revista de España 1871-1872. BRIAN DENDLE – JOSÉ SCHRAIBMAN. Lexington 1982
- Artículos y ensayos. Prólogo de JUAN PEDRO CASTAÑEDA. Asociación Cultural Cabrera y Galdós. (Ed. Idea. Tegueste 2005)

- Recuerdos y memorias. FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES. Tebas. Madrid 1975
- Antología escolar. Introducción y selección de Francisco Indurain. Las Palmas de Gran Canaria – Unesco 1992

9. Epistolario escogido.

- Epistolario en la Casa Museo Pérez Galdós (Cabildo de Gran Canaria).

Dispone de 9000 documentos digitalizados (cartas, tarjetas postal, etc.). Se han leído para este trabajo las 1043 cartas manuscritas íntimas y de amistad escritas por Galdós Teodosías Gandarias, Concepción Morell, Lorenza Cobián, María Pérez Galdós (su hija), Juan Valverde y Rodríguez, Concha Pérez Galdós, hermanos Álvarez Quintero, José Estrañi, Arturo Mérida (ilustrador de los Episodios), Antonio Maura, Eduardo Marquina, Fernando León y Castillo y Manuel Rubín González.

- (Cartas) a José María Pereda. (Edición de Carmen Bravo Villasante (Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. www.cervantesvirtual.com).

Conjunto de veintiocho cartas de carácter íntimo de Galdós a su amigo el escritor montañés José María Pereda. Sobre parte de ellas hace un análisis el profesor de la Sorbona Robert Ricard (en *Cartas a Galdós y Cartas de Galdós*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012).

- Cartas diversas editadas en *Cartas a Galdós y cartas de Galdós* de ROBERT RICARD (en Anuario de Estudios Atlánticos, n.11. 1965, y en Revista de Occidente 1964; así mismo en www.cervantesvirtual.com Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012 Alicante.)

- Cartas de Pérez Galdós a Ramón Mesonero Romanos. Edición de EULOGIO VARELA HERVÁS, Ayuntamiento de Madrid, Sección de Cultura e Información 1943. María de los Ángeles Ayala hace un estudio de este epistolario en su artículo *Galdós y Mesonero Romanos* (Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012).

- Cartas de Emilia Pardo Bazán a Galdós:

Con ese título. Edición de CARMEN BRAVO VILLASANTE. Ed. Turner, Madrid 1978.

Aunque se trata de escritos de Emilia Pardo Bazán (treinta y dos cartas inéditas), es indudable que este epistolario significa, a la vez, una valiosa aportación para el conocimiento del escritor canario, de su intimidad y del pensamiento compartido con la autora. Las cartas se escriben en el período de 1889.-1890, pero algunas pueden estar datadas bastante antes.

Edición de Isabel Parreño y Juan Manuel Fernández: PARDO BAZÁN, EMILIA, *Miquiño mío. Cartas a Galdós*. Ed. Turner Madrid. 2013. Contiene noventa y tres cartas.

- Cartas a Galdós. Soledad Ortega. Revista de Occidente. Madrid.

- Cartas del Archivo de Pérez Galdós. Selección. SEBASTIÁN DE LA NUEZ – JOSÉ SCHRAIBMAN. TAURUS. MADRID 1967

- El último gran amor de Galdós: cartas a Teodosia Gandarias desde Santander. JOSÉ SEBASTIÁN DE LA NUEZ. Concejalía de Cultura. Ayuntamiento de Santander 1998

- Correspondencia epistolar entre Maura y Galdós (1889-1914). SEBASTIÁN DE LA NUEZ. Patronato de la Casa de Colón. Madrid – Las Palmas. Anuario de Estudios Atlánticos n.20 (1974) págs.613-668
- Correspondencia epistolar entre Galdós y diez amigos canarios. JOSÉ SEBASTIÁN DE LA NUEZ. Patronato de la Casa de Colón. Madrid - Las Palmas. 1984. Anuario de Estudios Atlánticos. n.30 1984 págs. 639-679
- Cartas de Miguel de Unamuno a Galdós. JOSÉ SEBASTIÁN DE LA NUEZ. Papeles de Son Armadans, n.110 mayo 1965.
- Cartas entre dos amigos del teatro: Manuel Tolosa Latour y Benito Pérez Galdós. RUTH SCHIMDT. Cabildo Insular. Gran Canaria. 1969
- Una amistad literaria: la correspondencia epistolar entre Galdós y Narciso Oller. WILLIAM SCHOEMAKER. Real Academia de Buenas Letras. Barcelona. 1964
- Cartas manuscritas dirigidas a Galdós conservadas y registradas en el Centro Documental de la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas: de Juan Valera, Leopoldo Alas, Blasco Ibáñez, Valle Inclán, hermanos Álvarez Quintero, Mariano Benlliure, Joaquín Sorolla, Giner de los Ríos.

II. TABLA DE CITAS TEXTUALES DE BENITO PÉREZ GALDÓS. VALORACIONES.

1. Citas por obras.

(Los números corresponden a la cita en pie de página)

Novelas independientes:

La Fontana de Oro: 230. 420. 459. 578. 917. 933. 941

El audaz. Memorias de un radical de antaño: 87. 306. 311. 327. 498.
500. 657. 666. 780. 925.

Doña Perfecta: 273. 331. 337. 338. 356. 364. 486.
542. 545. 570. 662. 847. 870. 1027.

Rosalía: 271. 299. 407. 409. 434. 587. 596. 688. 758. 870. 879. 922.

Gloria: 89. 204. 275. 279. 311. 367. 368. 369. 402. 406. 408. 409.
410. 418. 425. 431. 434. 444. 445. 454. 458. 506. 620.
656. 671. 765. 754. 789. 855. 858. 869. 948. 950. 957.
973. 977. 992. 999.

Marianela: 277. 282. 295. 338. 348. 388. 394. 467. 478. 502. 503.
518. 608. 633. 645. 646. 647. 648. 667. 675. 682. 690.

La familia de León Roch: 70. 80. 145. 223. 239. 290. 410. 421. 487.
519. 546. 570. 768. 944. 949. 1035.

La desheredada: 607. 688. 689. 693. 696. 701. 769. 845. 994.

El amigo Manso: 248. 386. 522. 525. 558. 595.

El doctor Centeno: 289. 500. 527. 915. 916. 946. 954.

Tormento: 278. 394. 517. 559. 562. 589. 596. 784. 827. 895. 896.
1001. 1003. 1004. 1013. 1026.

La de Bringas: 234. 377. 410. 413. 426. 1028.

Lo prohibido: 317. 541. 587. 796. 947. 995. 1019.

Fortunata y Jacinta: 84. 188. 224. 292. 293. 313. 315. 319. 357.
387. 530. 616. 617. 642. 713. 930. 932. 944.
951. 972. 982. 1005. 1012.

Miau: 226. 236. 239. 283. 321. 332. 346. 349. 439. 443. 871. 1000.

Tristana: 360. 572. 574. 576. 691.

La incógnita: 219. 641. 1036.

Torquemada en la hoguera: 328. 441. 833.

Torquemada en la cruz: 370. 441. 553.

Torquemada en el purgatorio: 1029.

Torquemada y San Pedro: 92. 492. 497. 501. 584. 587

643. 694. 785. 892. 982.

Ángel Guerra: 333. 339. 340. 372. 381. 382. 384. 437. 444. 449.
465. 469. 481. 483. 510. 524. 529. 581. 600. 601.
613. 622. 628. 639. 640. 649. 653. 654. 666. 710.
716. 743. 744. 745. 753. 770. 775. 804. 805. 806.
817. 832. 848. 852. 859. 860. 861. 862. 865. 878.
879. 893. 894. 907. 914. 926. 934. 978. 979. 981.
1002. 1011.

Nazarín: 29. 312. 314. 329. 373. 444. 451. 460. 485. 582. 709.
711. 746. 881. 885. 890. 891. 976. 993.

Halma: 176. 316. 390. 411. 419. 457. 489. 520. 538. 539. 548.
567. 668. 705. 748. 776. 795. 809. 810. 811. 812. 813.
886. 888. 889. 918. 919. 920. 1011.

Misericordia: 240. 298. 308. 336. 453. 494. 512. 602.
608. 612. 630. 640. 661. 794. 846.

El abuelo: 302. 320. 521. 547. 586. 617. 619. 624. 657. 684. 686.
779. 989.

El caballero encantado: 142. 218. 228. 236. 247. 250. 280. 564.
604. 625. 695. 766. 842.

Casandra (novela): 138. 285. 311. 393. 423. 439. 448. 663.

Episodios Nacionales:

Serie 1ª

Trafalgar: 178. 317. 341. 385. 396. 399. 462. 476. 477. 508. 752. 1008.

La Corte de Carlos IV: 473. 551. 928.

19 de marzo y 2 de mayo: 303. 308. 605.

Bailén: 189. 310. 397.

Napoleón en Chamartín: 345. 549. 552. 830.

Zaragoza: 169. 272. 349. 394. 398. 403. 474. 552. 655. 727. 834. 835.

Gerona: 212. 235. 300. 477. 708. 714. 821. 939.

Cádiz: 236. 297. 349. 577. 591. 673. 902.

Juan Martín el Empecinado: 323. 325. 476. 477. 706. 936.

La batalla de los Arapiles: 281. 291. 324. 334. 345. 438. 509. 549. 557. 611.
618. 653. 658.

Serie 2ª

El equipaje del rey José: 202. 271. 312. 347. 354. 374. 561.
606. 722. 997. 998.

- Memorias de un cortesano de 1815:** 203. 221. 351. 359. 416.
790. 952.
- La segunda casaca:** 207. 209. 354. 355. 428.
- El grande Oriente:** 325. 996.
- 7 de julio:** 301. 316. 351. 482. 659.
- Los cien mil hijos de San Luis:** 351. 592. 851. 939.
- El terror de 1824:** 292. 305. 322. 374. 455. 456. 463. 475. 480. 504.
579. 587. 590. 603. 632. 660. 712. 755. 831. 935.
956. 984. 985. 987.
- Un voluntario realista:** 213. 304. 357. 361. 482. 633. 730. 824.
- Los Apostólicos:** 179. 194. 199. 208. 513. 537. 550. 566.
636. 756. 1031.
- Un faccioso más y algunos frailes menos:** 210. 650. 555.
- Serie 3ª*
- Zumalacárregui:** 284. 326. 362. 474. 479. 482. 488. 505. 698. 720.
721. 722. 733. 734. 735. 738. 990. 1007.
- Mendizábal:** 897.
- De Oñate a La Granja:** 223. 233. 297. 719. 1022.
- Luchana:** 195. 234.
- La campaña del Maestrazgo:** 308. 352. 389. 488. 588. 715. 718. 723.
725. 736. 740. 938. 942. 960. 986. 1017.
- La estafeta romántica:** 385. 423. 433. 801. 991. 1034.
- Vergara:** 152. 182. 183. 258. 554. 652. 731. 737. 751. 955.
- Montes de Oca:** 206. 394. 470. 482. 552. 674. 726. 738. 739. 983.
- Los Ayacuchos:** 181. 193. 350. 411. 443. 478. 552. 651. 779. 782.
906. 913. 953. 1021.
- Bodas reales:** 429. 573. 706. 871.
- Serie 4ª*
- Las tormentas del 48:** 220. 274. 614. 800.
- Narváez:** 237. 264. 309. 391. 413. 417. 422. 430. 447. 543. 617.
801. 927. 951. 1010. 1018.
- Los duendes de la camarilla:** 238. 243. 443. 625. 825. 826. 829. 838.
844. 945.
- La revolución de julio:** 206. 222. 239. 248. 536. 669. 963. 975. 1023.
1032.
- O'Donnell:** 446. 536. 569. 617. 662. 678. 700.
- Aitta Tetauen:** 363. 593. 634. 724. 728. 732. 742. 922. 923.
- Carlos VI en la Rápita:** 741. 761. 863. 940. 988.
- La vuelta al mundo en La Numancia:** 214. 335. 440. 463. 507. 543. 563.

707. 723. 864. 905. 934. 983. 1025.

Prim: 297. 405. 777. 786. 836. 871. 887. 982. 1009. 1016.

La de los tristes destinos: 196. 192. 291. 344. 461. 471. 482. 540. 568.
729. 779. 787. 827. 839. 840. 1006. 1024.

Serie 5ª

España sin rey: 432. 560. 755. 903. 926. 937. 996.

España trágica: 181. 430. 679. 799. 967.

Amadeo I: 415. 764. 769. 798. 841. 852. 937.

La Primera república: 190. 192. 226. 599. 610. 635. 943.

De Cartago a Sagunto: 205. 236. 788. 837. 909.

Cánovas: 28. 175. 225. 228. 239. 244. 249. 251. 253. 260. 435. 680.
699. 783. 791. 793. 796. 829. 841. 929.

Obras de teatro.

Realidad: 282. 523.

La loca de la casa: 371. 412. 544. 779. 1033.

Los condenados: 705. 828.

La fiera: 211. 620.

La de San Quintín: 266. 380. 533. 580.

Electra: 286. 294. 330. 468. 538. 703. 778. 779. 823.

Alma y vida: 174. 288. 623. 677. 681.

Voluntad: 269. 299. 534. 556. 615.

Mariucha: 287. 307. 583. 683. 833. 898. 1014. 1015.

Amor y ciencia: 276. 288. 289. 565. 621. 814. 818.

Pedro Minio: 383. 771. 815. 816. 819.

Bárbara: 187. 371. 450. 484. 571. 601.

Alceste: 496. 511. 1043.

Cassandra: 138. 254. 256. 296. 358. 375. 376. 413. 436. 497. 763. 931.

Celia en los infiernos: 330. 644. 676. 677.

Sor Simona: 252. 722. 820.

Santa Juana de Castilla: 257. 318. 464. 747. 750. 900.

La razón de la sinrazón: 528. 704. 921.

El tacaño Salomón: 627.

Antón Caballero: 365. 702. 703.

Un joven de provecho: 594.

Otros escritos:

Cuentos (y relatos breves): 314. 399. 403. 617.

Ensayos y discursos: 55. 56. 512.

Soñemos, alma, soñemos: 2. 66. 164. 242. 245.

Guía espiritual de España: 72. 84. 101. 108.

La fe nacional : 184. 185. 217. 235. 251. 263.

El sentimiento religioso en España: 200 (2)

Memorias de un desmemoriado: 123. 911.

Discursos y otros: 50. 63. 79. 261.

Epistolario propio: 49(6). 52. 54. 55 (3). 55 (3). 56 (2). 57 (2).
61 (6). 62. 65 (6). 73. 76. 81. 127 (6). 181.
232. 687. 774. 958.

Artículos de prensa: 32. 46. 67 (6). 85. 88. 90. 200 (2). 255.
263. 342. 353. 404. 424. 443. 446. 466.
472. 762. 843. 850. 854. 856. 857. 866.
867. 868 (2). 871. 872. 873. 874. 875.
876. 877. 904.

Cenefas de los Muebles de la casa de Galdós: 75.

TOTAL de citas textuales de Galdós, por géneros:

Novelas independientes: 390 citas
Episodios Nacionales: 391 citas
Obras teatrales: 95 citas
Otros escritos: 113 citas

Total de citas: 989 citas

Número de citas por Capítulos:

Capítulos centrales (con abundante citación directa de obras de Galdós):

Capítulo IV: 100 citas
Capítulo V: 290 citas
Capítulo VI: 242 citas
Capítulo VII: 136 citas
Capítulo VIII: 147 citas

Capítulos I, II y III 71 citas
y otras páginas: 3 citas

TOTAL de citas: 989 citas

(Hay 35 citas explicativas de contextos históricos o lingüísticos, sin otro autor.)

2. Valoraciones.

Debemos advertir que nos limitamos aquí a formular algunas deducciones que nos ofrece la Tabla de citas textuales de la obra de Galdós. Las conclusiones de la tesis se han ido mostrando en realidad a lo largo de los capítulos de la IIª y IIIª parte del trabajo.

Los textos seleccionados y expuestos manifiestan el pensamiento del autor, de manera directa o indirecta, según el recurso literario.

El elenco de citas consignadas, así como el tenor de éstas expresado a lo largo de la redacción de este trabajo, nos permite exponer las siguientes *Consideraciones finales*.

1. En cuanto al contenido del pensamiento teológico de Galdós, manifestado a partir del número de textos citados en el trabajo (y de las introducciones a cada obra según el Apéndice I. Temático), puede afirmarse que:

Primero. Desde 1870 hasta 1918 aparecen aspectos de la religiosidad humana y cristiana en todas y cada una de las obras formales de Galdós (novelas independientes, Episodios Nacionales y piezas de teatro) y con notable frecuencia en el resto de escritos menores. Esta frecuencia es indicativa del alto interés del autor por el problema religioso.

Segundo. Galdós desarrolla a través de toda su producción escrita un amplio pensamiento teológico; es decir, un tratamiento progresivo (desde los primeros escritos hasta los últimos) de los temas esenciales y de los aspectos pormenorizados de la problemática religiosa y particularmente cristiana. Tal visión queda reflejada en la parte formal de la tesis: capítulos V, VI, VII y VIII.

Tercero. Los capítulos V y VI de la tesis recogen el pensamiento galdosiano sobre el perfil existencial deseable en la persona que se considera católica o, mejor, cristiana, es decir, sobre el drama de la fe en Dios y el perfil ético (o dramática existencial) del creyente cristiano; el total de citas textuales del autor en estos capítulos es de 532 citas. Los capítulos VII y VIII se refieren al pensamiento sobre el cristianismo (como fenómeno) y su versión institucional (la Iglesia); el total de citas del autor en estos es de 283. En consecuencia, puede deducirse que el interés primordial de Galdós, al tratar el tema religioso, se centra en la persona, en la trayectoria individual, bastante más que en la consideración del fenómeno social del catolicismo. Es decir, los temas de carácter eclesiológico tienen una menor incidencia en los escritos, aunque su planteamiento ofrece riqueza y claridad.

Hay que añadir a esta consideración el hecho de que la última parte del Capítulo VIII, dedicada al estudio galdosiano de temas sacramentales, se refiere, en realidad, sobre todo, a prácticas existenciales del individuo creyente (más que a una teoría del sacramento en la Iglesia).

Cuarto. Al asumir la manifestación del problema religioso individualizado (capítulo V de la tesis), hay una notable desproporción en cuanto a la referencia explícita al tema “Dios” y a la referencia explícita al tema “Jesús”. Es decir, es mucho más abundante la “teodicea” galdosiana que su “cristología”. Lo que acentúa la prioridad espontánea, de carácter filosófico y psicológico, que el autor da al problema humano de Dios (aunque éste se aborde habitualmente con perspectivas cristianas).

Quinto. Ese tratamiento tiene un signo cristiano regeneracionista, remitiéndose –en cuanto a sus postulados- tanto a lo que podría considerarse una religiosidad natural sana (psicológica y sociológicamente hablando) como a las fuentes del cristianismo original; ambas consideraciones son confrontadas constantemente con la mentalidad predominante y los usos que manifiesta el catolicismo español mayoritario del siglo XIX.

Sexto. El desarrollo de su pensamiento teológico discurre fundamentalmente a lo largo de sus escritos formales, inserto en la función literaria narrativa; expresándose también, aunque con menos abundancia, en sus testimonios personales. Entra así a formar parte (como eje transversal) de los análisis sociohistóricos que constituyen toda su obra.

Séptimo. Esta dimensión teológica tiene el aspecto de propuesta integral renovadora del catolicismo español del siglo XIX. Es decir, con independencia del valor del contenido conceptual (y vivencial) de los textos particulares, podemos convenir que esa abundancia de los mismos parece revelar en el autor la voluntad de hacer una propuesta religiosa de signo alternativo; propuesta que significaría una de las preocupaciones primordiales de la obra galdosiana.

2. La clasificación por obras de los textos seleccionados y citados en el trabajo muestra que el pensamiento teológico de Galdós se halla por igual y con notable abundancia en las novelas independientes (388 citas) y en los Episodios Nacionales (388 citas); lo que hace un total de 776 textos de narrativa. Mientras que en las piezas teatrales sólo se han seleccionado 95 citas y en el resto de escritos variados 113.

Estos datos son coherentes con el hecho de que las mayores posibilidades descriptivas y de análisis antropológico las tiene normalmente el género novelístico; reduciéndose las del teatro, el ensayo, la carta o el artículo de prensa.

3. La novela con mayor temática religiosa, entre las independientes, es *Ángel Guerra* (60 citas), con la que se inicia el período más espiritualista de la obra galdosiana. Pueden considerarse como continuadoras de ese planteamiento: *Halma* (29 citas), *Nazarín* (19 citas) y *Misericordia* (15 citas). A éstas siguen en importancia textual: *Gloria* (38 citas), *La familia de León Roch* (16 citas), *Doña Perfecta* (14 citas) y *Rosalía* (12 citas), que pertenecen a la etapa de crítica sociorreligiosa más fuerte (anterior al período espiritualista). De-

entro del enfoque naturalista y costumbrista se aborda la temática religiosa sobre todo en *Marianela* (22 citas) y en *Fortunata y Jacinta* (18 citas).

En el resto de novelas lo religioso transcurre como un eje transversal sin excesiva continuidad, pero con relieve.

4. Entre los Episodios Nacionales resaltan como los de mayor densidad religiosa: *El terror de 1824* (24 citas), por la importante reflexión sobre la fe cristiana, y *Zumalacárregui* (18 citas) como análisis de la identidad del presbiterado católico y de su misión. Siguen a éstos aportando consideraciones de la religiosidad cristiana: *La batalla de los Arapiles*, *Trafalgar*, *Zaragoza*, *Gerona*, *La vuelta al mundo en La Numancia...*; y desde el punto de vista de la crítica del catolicismo: *La campaña del Maestrazgo*, *Cánovas*, *Narváez* y *La de los tristes destinos*.

En los demás Episodios la temática religiosa cristiana discurre como se ha indicado a propósito de la mayoría de novelas.

5. En cuanto al teatro destaca la citación de *Casandra* por el análisis importante que sugiere del hecho cristiano y eclesial; seguida de *Mariucha*, *Electra* y *Santa Juana de Castilla*. Pero tiene suficiente importancia textual: *Amor y ciencia*, *Pedro Minio*, *La loca de la casa*, *Bárbara* y *Alceste*.

6. La extensión que hemos debido dar al capítulo VI (la mayor del trabajo, con 90 páginas), consagrado al análisis del perfil existencial o ético del cristiano, es indicativa de la importancia que Galdós confiere a este asunto de la vida católica (que critica y que, a la vez, propone en alternativa existencial).

7. La visión de la realidad española, tema transversal de toda la creación galdosiana, ha sido considerada en nuestro trabajo (Capítulo IV) sólo desde la perspectiva teológica, es decir, desde el imperativo de la encarnación del cristianismo en el mundo concreto histórico en que el autor se halla inserto y se expresa. Por esta razón el acopio de citas textuales de Galdós ahí (100 citas) es mucho menor que si se abordara la temática española en general.

III. TABLA DE OTROS AUTORES CITADOS.

(La numeración que sigue a cada nombre indica la cita correspondiente en el texto.)

ABELLÁN, JOSÉ LUIS (14.)
ACOSTA, ÁNGELES (1020.)
ACOSTA GONZÁLEZ, M^a LOURDES (173.)
ALAS, LEOPOLDO, "CLARÍN" (60)
ALEIXANDRE, VICENTE (111)
ÁLVAREZ. S. (132)
AMADO, ALONSO (151.)
AMOR DEL OLMO, ROSA (198. 246. 262. 822.)
APARICI, M^a PILAR (16. 132.)
APARISI, AMPARO (191. 598)
ARENCIBIA, YOLANDA (151. 168. 246. 261.)
ARMAS AYALA, ALFONSO (39. 135. 140. 772.)
ÁVILA A., JULIÁN (151. 191.)

BAGNO, VSEVOLOD (147.)
BALMES, JAIME (18.)
BATLLÉS, ADELINA (372.)
BEHIELS, LIEVE (229. 255. 773.)
BENÍTEZ, RUBÉN (20. 130.)
BENITO, PILAR (104.)
BELTRÁN DE HEREDIA, P. (107.)
BERGAMIN, JOSÉ (13.)
BIEDER, MARYELLEN (638.)
BOO, MATILDE B. (33. 961.)
BONET, LAUREANO (114.)
BRAVO VILLASANTE, CARMEN (39. 73. 970.)
BROCOS F., JOSÉ M. (96.)
BURNS, ADELAIDE (64. 144.)
BURAKOFF, ROSA (74.)

CABRERA P., ANTONIO (6. 143.)

CÁCERES M., ANDRÉS (59.)
CALDERON DE LA BARCA, PEDRO (241.)
CALLAHAN, WILLIAM (20.)
CAMPOS ORANAS, JAVIER (126.)
CAPDEVILA, ARTURO (40.)
CARR, RAYMOND (13.)
CARDONA, RODOLFO (53. 142.167.)
CARTENS, THOMAS (526.)
CASADO, MERCEDES (104.)
CASADO, ÁNGEL (164. 167.)
CASALDUERO, JOAQUÍN (6. 39. 59. 111. 119. 120. 132.)
CASTELAR, EMILIO (25.)
CASTRO, FERNANDO DE (36.)
CATECISMO CIVIL DE ESPAÑA (756)
CHACEL, ROSA (47.)
CHACÓN G., R. (19. 37. 38.)
COLIN, VERA. (147.)
CORREA, GUSTAVO (6. 59. 113. 132. 135. 151. 156. 157. 159. 231. 268. 270.
514. 515. 531. 585. 811.)
CRUZ VIVES, MIGUEL A. DE (16.)
CUENCA T., J.M. (38.)

DENA H, LIDA (19. 86.)
DE SAINT-EXUPERY, ANTOINE (609.)

DOSTOIEVSKI, FÍODOR (146.)
DÍAZ, ELÍAS (16.)
EARLE, PETER E. (125. 499.)
ELIADE, MIRCEA (400.)
ELIZALDE, IGNACIO (807. 959. 971.)
ESLAVA G., JUAN (150.)

FAUS SEVILLA, PILAR. (10. 13. 52. 115. 181. 757.)
FERNÁNDEZ DE MORATIN, LEANDRO (1030.)
FERNÁNDEZ. MONTESINOS, JOSÉ. (6. 39. 109. 152. 155.)
FDEZ.SEIN, ANA H (638.)
FERRERAS, JUAN I (680.)
FERRER BENIMELI, J.A. (967.)
FRAGOSO DEL TORO, V. (964.)

GARCÍA LORCA, F. (215. 685. 692)
GARCÍA PINACHO, P. (968.)
GARCÍA VILLALBA, CH. (60. 749.)
GARCÍA VILLASANTE, CARMEN (81.)
GAUTIER, DANIEL (6. 11. 60. 78. 129. 132. 148.)
GHIRALDO, ALBERTO (32. 114.)
GILMAN, STEPHEN (124.)
GÓMEZ DE BAQUERO (697.)
GÓMEZ MARTÍNEZ., J.L. (19.)
GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O. (130. 149. 166.)
GONZALEZ POVEDANO, FRANCISCO (77. 97. 118. 343.)
GONZÁLEZ RUIZ, J. M. (130. 133.)
GOYTISOLO, JUAN (116.)
GUIMERA, JOSÉ MANUEL (41.)
GULLON, GERMÁN (93. 626.)
GULLON, RICARDO (119. 404.)

HIDALGO, RAMÓN (104.)

JELELATY, JOSEPH (100. 597. 626.)

KIAN-HARALD K (69.)

LAMET, PEDRO M. (88.)
LA PARRA LÓPEZ, E. (20. 38.)
LEMOINE, MARTINE (760.)
LETEMENDIA, EMILY (967.)
LISSORGUES, YVAN (117. 153. 453. 672.)
LLORCA, CARMEN. (25.)
LÓPEZ SANZ, MARIANO (60.)
LUCÍA ALVAREZ, CARMEN (74. 434. 490.)

MACHADO, ANTONIO (197.)
MADARIAGA DE LA CAMPA, B. (76. 414.)
MADARIAGA, Salvador DE (1.)
MAINER, JOSÉ CARLOS (16.)
MARAÑÓN, GREGORIO (60.)
MARTÍN BUEZAS, F. (16.)
MARTÍN DESCALZO, J.L. (150.)
MARTÍNEZ CAÑAS, R. (177)

MARTÍNEZ GONZ., L. (749.)
MARTINEZ IZQUIERDO, NARCISO (33.)
MENÉNDEZ-ONRUBIA, CARMEN (124.)
MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO (94. 95.)
MESSINA, TRINIS A. (160.)
MINTER, G.G. (141. 746. 792.)
MIRANDA, SOLEDAD (6. 15. 20. 60. 71. 392. 379. 665.)
MOELLER, CHARLES (130. 163.)
MORA GARCÍA, J.L. (6. 34. 91. 99. 114. 122. 132. 161. 173. 379. 395.
491. 493. 495. 416. 514. 631. 781. 883. 958. 969.)
MORAL RUIZ, C. DE (106.)
MUÑOZ MOLINA, A. (117. 172.)

NARBONA, RAFAEL (267. 329. 884.)
NAVARRO, DOMINGO (84.)
NIELFA, GLORIA (105.)
NOS MURO, LUIS (7. 8. 132. 797.)

OLEZA, JOAN. (199.)
ONTAÑÓN DE L., PACIENCIA (58. 158.)
ORTEGA Y GASSET, J. (46. 392.)
ORTIZ DE ARMENGOL, P. (39. 102. 965.)
OTERO, BLAS DE (111)
OTTO, RUDOLF (400.)

PARKER, ALEXANDER A. (882.)
PELLISTRANDI, BENOÎT (170.)
PEÑATE, JULIO (150.)
PEREDA, JOSÉ MARÍA (757.)
PEREZ DE ALHAMA, J. (20.)
PÉREZ GUTIÉRREZ, F. (20. 37.)
PÉREZ LÓPEZ, PABLO (200.)
PEREZ ROSADO, MIGUEL (122.)
PETIT, MARIE-CLAIRE (191.)
PIÈRE, ABBÉ (879.)
PLA, CARLOS (104.)
POYÁN, JUAN C. (104.)
POLIZZI, ASSUNTA (124.)

QUEVEDO GARCÍA, FRANCISCO J. (259.)

REVUELTA GONZÁLEZ, MANUEL (21. 23. 24. 27. 30. 35.)

REVILLA, FIDEL (104.)

RICARD, ROBERT (33. 961.)

RODGERS, EAMONN (19. 26. 27. 82. 132.)

RODRIGUEZ ACOSTA, M^a CARMEN (58.)

RODRÍGUEZ, ALFRED (526.)

RODRÍGUEZ BATLLORI, F. (40.749.)

RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA, C.M. (6. 59. 76. 90.)

RODRIGUEZ PUÉRTOLAS, J. (11.)

ROMERO TOBAR, LEONARDO (137. 442).

RUIZ RAMÓN, FRANCISCO (6. 132. 379. 664. 803. 808. 924. 980.)

RUSSELL, ROBER H. (452.)

SÁENZ, HILARIO (132.)

SÁNCHEZ FERRÉ, PEDRO (201.)

SÁEZ, ALFRED R. (136.)

SÁINZ DE ROBLES, FEDERICO C. (6. 39. 40. 41. 42. 45. 71. 100. 114. 121. 959.)

SALAVERRIA, J.M. (856.)

SALLEVAVE, PIERRE (5.)

SÁNCHEZ ILLÁN, JUAN CARLOS (14.)

SCATORI, S. (132.)

SCHRAIBMAN, JOSÉ (136.162.)

SHOEMAKER, H. W. (48. 51. 67. 114. 200. 404. 342. 353. 424. 443. 466. 472.
762. 828. 843. 850. 854. 857. 867. 868. 871. 872. 873.
874. 875. 876. 877. 904.)

SOPEÑA IBÁÑEZ, FEDERICO (6. 132. 259. 427.)

TAMOS, ROSANA (104.)

TEILHARD DE CHARDIN, P. (974.)

THION SORIANO MOLLA, DOLORES (47.)

TOVAR, VIRGINIA (59. 103. 535. 749. 846. 849.)

TRONCOSO, DOLORES (170.)

TUÑÓN DE LARA, M. (10.)

TUSELL, JAVIER (44.)

UREY, DIANE F. (552)

VALERA, JUAN (915)

VAREY, J. E. (626.)

VERNON A. CHAMBERLIN (74.)

VILAR, JUAN BAUTISTA (759.)

WHISTON, JAMES (68.)

ZAMBRANO, MARÍA (14. 98. 177. 180. 637.)

ZARZALEJOS, JOSÉ ANTONIO (227.)

IV. BIBLIOGRAFÍA. Obras estudiadas o consultadas.

I. OBRAS de Benito Pérez Galdós que fundamentan la consideración de la temática religiosa en la creación galdosiana.

I. OBRAS LITERARIAS FORMALES.

Las indicadas y recensionados en el APÉNDICE I. con sus ediciones correspondientes. A saber:

- 27 Novelas independientes.
- 46 Episodios Nacionales.
- 21 Obras de teatro:
- 13 Relatos breves

II. ESCRITOS MENORES DIVERSOS.

Los indicados y recensionados en el APÉNDICE I con sus lugares de referencia o de edición. A saber:

- a) Cartas de Galdós:
 - Cartas íntimas y de amistad manuscritas (1043)
 - Cartas temáticas editadas.
- b) Ensayos y discursos. Prólogos.
- c) Artículos de prensa.
- d) Correspondencia cruzada entre Galdós y otras personas.

III. Escritos coetáneos sobre Galdós. Epistolario a Galdós.

De entre los varios miles de cartas manuscritas (en el Centro de Documentación de la Casa Museo Pérez Galdós de las Palmas) y de las colecciones ya editadas, se han analizado para el presente trabajo las cartas de E.Pardo Bazán, J.M. Pereda, L. Alas "Clarín", F. y R. Mesonero Romanos, J. Valera, Blasco Ibáñez, J. y S. Álvarez Quintero, Giner de los Ríos, M. de Unamuno, R. Valle Inclán, J. Sorolla, y M. Benllieure, por estimar que constituyen una cualificada y significativa representación cultural de los coetáneos de Don Benito Pérez Galdós en cuanto referidos al escritor.

II. ESTUDIOS ESPECIALIZADOS sobre la obra de B.P. Galdós y su dimensión religiosa.

La Bibliografía que presentamos sobre Galdós y su obra tiene un carácter restringido. Hace referencia principalmente a la temática tratada en el presente trabajo como fuente de confrontación, de documentación y de complementación del mismo (aunque resulta imprescindible partir de presupuestos generales sobre el contexto en que se sitúa el escritor y sobre el conjunto de su producción.

Debemos advertir que se trata aquí de un elenco reducido (de libros, artículos y ensayos) dentro de la extraordinaria abundancia y amplitud de los estudios generales publicados acerca de la creación galdosiana. A título de ejemplo señalamos que sólo a la altura de 1971 el profesor LUCIANO GARCÍA LORENZO publicaba treinta y siete páginas (de texto muy apretado) como *Bibliografía galdosiana* que integraba los trabajos editados hasta esa fecha (v. Cuadernos Hispanoamericanos, n. 250-251, 1970-1971, págs.760-797). Por su parte, MANUEL HERNÁNDEZ SUÁREZ ofrece también otra amplia *Bibliografía* de veintiocho páginas de títulos en la revista Anales Galdosianos, Año IX, 1974.

Así mismo, la *Bibliografía de estudios sobre Galdós*, de JERÓNIMO HERRERA NAVARRO (Fundación Universitaria Española. Madrid 1988)

Muy importante es el fondo bibliográfico sobre Galdós existente en el CEDOCAM (Centro de Documentación de Canarias y América. San Cristóbal de la Laguna) y en la Biblioteca Histórica de Madrid.

A esas bibliografías es preciso añadir ahora (a la altura de 2015) los abundantes estudios realizados en las décadas finales del siglo XX y primera del XXI, a impulso, sobre todo, de los Congresos Internacionales de Estudios Galdosianos.

Vamos a limitarnos, pues, a citar –y remitirnos– a los estudios en que se ha apoyado nuestra investigación.

- Publicaciones periódicas especializadas en la obra de Galdós (con importante incidencia en la temática religiosa de la obra galdosiana).

Son de obligada referencia:

- *Anales galdosianos (1966 – 2014)* Cabildo Insular de Las Palmas de Gran Canaria. Números I a XLIX
- *Actas de los Congresos de Estudios Galdosianos*. Cabildo de Gran Canaria- Editora Nacional. Congresos I, de 1977 (edición 1977); II, 1978 (2 vol. Edición 1978-1980), III, 1989 (2 vol. ed.1990); IV, 1990 (2 vol. ed.1993); V, 1992 (2 vol. Ed. 1995); VI, 1997 (ed. 2000); VII, 2001 (ed. 2003), VIII, 2005; IX, 2009; X, 2013
- *Isidora. Revista de Estudios Galdosianos*. Fundación Dialnet. 2000 Directora. Rosa Amor del Olmo. números 1 a 26 (2014)
- *Ínsula. Revista de Letras y Ciencias Humanas*. Números de 1955, 1958, 1988; en especial: nº monográfico sobre Galdós de 1993.
- *Números monográficos o artículos sueltos de las revistas “Cuadernos Hispanoamericanos” (Instituto de Cultura Hispánica. Madrid), “Letras de Deusto” (Universidad de Deusto.*

Bilbao. Nº 8/1974)). *Anuario de Estudios Atlánticos* (Patronato de la Casa de Colón. Madrid), et.c

• Así mismo, las publicaciones digitales de www.cervantesvirtual.com Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

- Libros y artículos:

1. El contexto en que se sitúa la obra de Galdós.

a) *España y la Iglesia española del siglo XIX.*

- ABELLÁN, JOSÉ LUIS, *Historia crítica del pensamiento español*. Vol. IV. Espasa Calpe, Madrid 1984, Vol. V (I) y V (II), Madrid 1989.
- ÁLVAREZ OSÉS, JOSÉ ANTONIO y otros autores, *Historia de España*. Santillana, El País. Madrid 2005.
- AMORES, MONTSERRAT, *Narrativa española del siglo XIX*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2012.
- BERGAMÍN, JOSÉ, *De una España peregrina*. Ed. Al Borak, Madrid 1972 (en *Galdós, espejo trágico de España*).
- CALLAHAN, WILLIAM, *La Iglesia católica en España. 1875-2002*. Crítica, Barcelona 2003.
- CALLAHAN, WILLIAM, *Iglesia, poder y sociedad en España. 1750-1874*. Nerea, Madrid 1989.
- CARR, RAYMOND, *España 1808-2008*. Ariel, Madrid 2009; y *España 1808 a 1939*, en Ariel, Barcelona 1978
- CHACÓN GODAS, RAMÓN, *Don Fernando de Castro y el problema del catolicismo liberal español*. Fundación Fernando de Castro. Fundación Diego de Sagredo, Madrid 2006.
- DE LA CRUZ VIVES, MIGUEL ÁNGEL, *Panorama del pensamiento español en la segunda mitad del siglo XIX*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2012.
- LA PARRA LÓPEZ, E., *El primer liberalismo y la Iglesia. Las Cortes de Cádiz*. Alicante 1985.
- LÓPEZ MORILLAS, J., *El krausismo español*. Ed. Fondo de Cultura Económica, México 1956
- MIRANDA GARCÍA, SOLEDAD, *Religión y Clero en la gran novela española del siglo XIX*. Eds. Pegaso, Madrid 1982.
- PÉREZ de ALHAMA, J., *La Iglesia y el Estado español. Estudio histórico jurídico a través del Concordato de 1851*. Madrid 1969
- PÉREZ GUTIÉRREZ, F. y otros, *El problema religioso en la generación de 1868*. Taurus, Madrid 1975.
- REVUELTA GONZÁLEZ, MANUEL, *La Iglesia española en el siglo XIX; desafíos y respuestas*. Universidad Pontificia de Comillas, Madrid 2005.

- REVUELTA G., MANUEL, *Política religiosa de los liberales en el siglo XIX. Trienio Constitucional*. C.S.I.C., Madrid 1973.
- REVUELTA G., MANUEL, *Crítica y reforma de los primeros liberales a la Iglesia española (Lección inaugural)*. Universidad Pontificia de Comillas. Madrid 1976.
- TUÑÓN DE LARA, MANUEL, *Historia de España. Siglo XIX: Volúmenes 7 y 8* Labor, Madrid 1986.
- ZAMBRANO, MARÍA, *La España de Galdós*. Endymion. Comunidad de Madrid, Madrid 1988.

b) Vida y trayectoria de Galdós.

- ÁLVAREZ, JESÚS TIMOTEO y otros, *Galdós en Madrid, Madrid en Galdós*. Comunidad de Madrid (Dirección General de Patrimonio Cultural), Madrid 1988.
- ARMAS AYALA, ALFONSO, *Galdós, lectura de una vida*. Caja Canarias, Las Palmas de Gran Canaria 1989.
- AYALA, FRANCISCO, *Galdós en su tiempo*. Cabildo Insular de Las Palmas - Ayuntamiento de Santander. 1978
- BAHAMONDE, ÁNGEL Y ARENCIABIA, YOLANDA, *Galdós en su tiempo* (Seminario "Galdós en su tiempo" Univ. Menéndez y Pelayo. Santander 2006). Ed. Santa Cruz de Tenerife. Parlamento de Canarias 2006.
- BENÍTEZ, RUBÉN, *La literatura española en las obras de Galdós*. Universidad de Murcia. Secretariado de publicaciones e intercambio científico, Murcia 1992
- BRAVO VILLASANTE, CARMEN, *Galdós visto por sí mismo*. Ed. Magisterio Español, Madrid 1970.
- CAMÓN AZNAR, JOSÉ, *La mirada de Pérez Galdós*. Revista Goya (Fundación Lázaro Galdiano), nº 95, Madrid 1970.
- CASALDUERO, JOAQUÍN., *Vida y obra de Galdós*. Gredos, Madrid. 1961.
- GÓMEZ MARTÍNEZ, JOSÉ LUIS, *Galdós y el krausismo español*. Revista de Filología Hispánica. 22.1 (1982) 55-79.
- GUIMERA, JOSÉ MANUEL, *Galdós o la sencillez*. R. El Museo Canario, 1946. N. 18
- HIDALGO MONTEAGUDO, RAMÓN y otros, *Madrid galdosiano*. Ediciones La Librería, Madrid 1992.
- MADARIAGA DE LA CAMPA, BENITO, *Menéndez Pelayo, Pereda y Galdós, ejemplo de amistad*. Ed. Estudio. Santander 1984
- Mancomunidad de Cabildos, *Galdós 1843-1920*. Las Palmas de Gran Canaria 1983
- ORTIZ ARMENGOL, PEDRO, *Vida de Galdós*. Crítica, Barcelona 1996.
- PLA, CARLOS y otros, *El Madrid de Galdós*. Ayuntamiento de Madrid, Madrid 1987.
- PEREDA, JOSÉ MARÍA, *Cartas a Galdós*. Edición de Soledad Ortega, Revista de Occidente, Madrid 1964.

- RICARD, ROBERT, *Cartas a Galdós y cartas de Galdós*. Anuario de Estudios Atlánticos, nº 11, Madrid 1965
- RODRÍGUEZ BATLLORI, FRANCISCO, *Galdós en su tiempo*. Madrid, 1969.
- SÁINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS, *Pérez Galdós. Vida, obra y época*. Biblioteca Literaria "Tomás Borrás", Madrid 1970.

2. Estudios generales y significados de la obra de B.P. Galdós (que inciden en la tesis).

- ALONSO, AMADO, *Lo español y lo universal en la obra de Galdós*. (En *Materia y forma en poesía*). Gredos, Madrid 1969, 159-200.
- ALVAR, MANUEL, *Novela y teatro en Galdós. Proemio 2. Estudios y ensayos de Literatura Contemporánea*. Madrid, Gredos. 1971
- ÁLVAREZ, S., *El credo de una religión nueva*. Ed. José Esteban. Fundación Banco Exterior, Madrid 1987
- APARICI LLANAS, MARÍA PILAR, *Las novelas de tesis de Benito Pérez Galdós*. Barcelona. C.S.I.C. 1982
- BENÍTEZ, RUBÉN, *Cervantes en Galdós*. Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia 1990.
- BENÍTEZ, RUBÉN, *La literatura española en las obras de Galdós*. Publicaciones de la Universidad de Murcia, Murcia 1992 (Ver cap. 4. Santa Teresa y el arte religioso, 93; cap. 5. Ascética y demonología, 147)
- CAPDEVILA, ARTURO, *El pensamiento vivo de Galdós*. Ed. Losada. Buenos Aires 1944
- CARDONA, RODOLFO, *Cervantes y Galdós*. R. Letras de Deusto. Bilbao. N.8. 1974, 189-205
- CLAUDET, FRANCISCO, *Zola, Galdós, Clarín. El naturalismo en Francia y España*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid 1995
- DE LA TORRE, GUILLERMO, *Redescubrimiento de Galdós*. R. Ínsula. Marzo 1958, n.136
- DENAH, LIDA, *Sobre el krausismo de Galdós*. Anales Galdosianos, Año II. Madrid 1967, 1-28)
- DENDLE, B. J., *The spanish novel of religious thesis (1876-1936)*. Madrid 1968
- EARLE, P., *La interdependencia de los personajes galdosianos*. En *Cuadernos hispanoamericanos*. N. 1970-71, 250-252
- ESCOBAR BONILLA, M^a DEL PRADO, *Galdós o el arte de narrar*. Madrid - Cabildo de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria 2000
- FALCÓN CEBALLOS, OSCAR, *Rehabilitación de Galdós*. En *Diario de Las Palmas* 7 agosto 1973, Las Palmas de Gran Canaria.
- FAUS SEVILLA, PILAR, *La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós*. Macher, Valencia 1972

- GULLON, RICARDO, *Técnicas de Galdós*. Taurus, Madrid 1970
- GULLÓN, RICARDO, *Galdós, novelista moderno*. Taurus. Madrid 1987
- HARTMUT, STENZEL / WOLFEETTEL, FRIEDRICH, *Estrategias narrativas y construcciones de una 'realidad': lectura de las novelas contemporáneas de Galdós y otras novelas de la época*. Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria. 2003.
- MENÉNDEZ ONRUBIA, CARMEN, *Introducción al teatro de Benito Pérez Galdós*. CSIC, Madrid. 1983
- MIELLER, STEPHEN, *El mundo de Galdós: teoría, tradición y evolución creativa del pensamiento socio-literario galdosiano*. Sociedad Menéndez Pelayo. Santander 1983
- MIRANDA GARCÍA, SOLEDAD, *Galdós y la religiosidad de su época*. Anuario de Estudios Atlánticos 4.28 (1982).
- MONTESINOS, JOSE FERNÁNDEZ, *Galdós. vol. 1, 2 y 3* Ed. Castalia. Madrid 1968
- NAVARRO NAVARRO, DOMINGO, *Enaltecedores y detractores de Pérez Galdós. (Del brazo del "Abuelo")*. Edición propia fechada en 1965, con Nº de registro 3335, imprenta IMNASA, Las palmas de Gran Canaria.
- OLEZA, JOAN, *Galdós y la ideología burguesa en España: de la identificación a la Crisis*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012.
- PÉREZ MINIK, Domingo, *Galdós, ese español perdido y recobrado*. Laminar, Revista Bimestral de Literatura y Arte, 1986, n.23/24, págs. 5-16
- RODGERS, EAMONN, *El krausismo, piedra angular de la novelística de Galdós*. En Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, 62. 1986, 241 – 253.
- SHOEMAKER, WILLIAM H., *Los artículos de Galdós en 'La Nación' 1865-1868. Recogidos, ordenados y dados nuevamente a luz con un estudio preliminar*. Insula, Madrid 1972
- SHOEMAKER, WILLIAM H., *Las cartas desconocidas de Galdós en 'La Prensa' de Buenos Aires*. Cultura Hispánica. Las Palmas de Gran Canaria. Cabildo Insular, Madrid 1973.

3. Estudios específicos de la obra de B. P. Galdós (con incidencia en la tesis).

3.1 Sobre aspectos parciales varios de la obra de Galdós que indican en el trabajo.

- ALONSO, AMADO, *Realidad, ficción y símbolo en las novelas de Pérez Galdós*. Gre-dos, Madrid, 1977
- ARENCIBIA, YOLANDA, *La guerra y la patria en el pensamiento de Galdós*. Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Biblioteca Universitaria. Memoria Digital de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria 2005
- ARENCIBIA, YOLANDA, *Pérez Galdós, relatos con niños: cuentos*. Academia Canaria de la Lengua. La Laguna Las Palmas de Gran Canaria 2008

- Autores Varios, coordinadores ÁNGEL BAHAMONDE – YOLANDA ARENCIBIA, *Galdós en su tiempo*, Editorial Parlamento de Canarias. Santa Cruz de Tenerife 2006
- APARISI LAPORTA, AMPARO, *Las mujeres en los Episodios Nacionales*. Anales del Instituto de Estudios Madrileños. Tomo XIX. 1982 y Tomo XLIII, Madrid 2000
- ÁVILA ARELLANO, JULIÁN, *El personaje femenino del teatro de Galdós. (Una aproximación al simbolismo histórico del escritor)*. Universidad Complutense de Madrid. Madrid 1992
- CAMPOS ORANAS, JAVIER, *Inés, el amor de Galdós*. Anuario de Estudios Atlánticos. 2001, n. 47, págs 115-158
- CASALDUERO, JOAQUÍN, *La caracterización plástica del personaje en la obra de Pérez Galdós: del tipo al individuo*. En *Anales Galdosianos*. Austin (Texas). VII (1972) 19-25
- CORREA, GUSTAVO, *El simbolismo mítico en las novelas de Galdós*. Universidad de Yale (U.S.A.) En *Thesauris*. Tomo XVIII. N. 2 (1963) y en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes* 2011
- CORREA, GUSTAVO, *La presencia de la naturaleza en las novelas de Galdós*. Universidad de Yale. *Thesaurus*. Tomo XVIII. N. 3 (1963) y en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes* 2012
- ESCOBAR BONILLA, MARÍA DEL PRADO, *El legado de Cervantes: presencia del 'Quijote' en la narrativa galdosiana*. *Anales Galdosianos*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012
- FAUS SEVILLA, PILAR, *La sociedad española del siglo XIX en la obra de Pérez Galdós*. Macher, Valencia 1972
- GULLON, RICARDO, *Lo maravilloso en Galdós*. R. Ínsula, mayo 1955, n. 113
- GULLON, RICARDO, *Claves de Galdós*. R. Ínsula, septiembre 1970, n. 284 – 285
- HERNÁNDEZ, ORLANDO, *Pisar y ver. Las mujeres galdosianas*. En *Diario de Las Palmas*. 6 febrero 1974
- JELETAY, JOSEPH, *L'amour dans l'oeuvre Romanesque de Galdós*. En *Letras de Deusto*. Bilbao N. 8 (1974), 61-93
- MARRA LÓPEZ, JOSÉ RAMÓN, *Los prólogos de Galdós*. R. Ínsula., marzo 1963. N.146
- MAYORAL, MARINA, *La mujer ideal de Galdós*. R. Ínsula, sept. 1993. N. 461
- MONTERO – PAULSON, DARÍA J., *La jerarquía femenina en la obra de Galdós*. Ed. Pliegos, Madrid.
- NAVARRO GONZÁLEZ, ALBERTO, *El patriotismo de Galdós*. En *La Estafeta Literaria*. Madrid. Nº 511. 1973, 4-7
- PEDRAZ GARCÍA, MARGARITA MARÍA, *La influencia del Quijote en la obra de Pérez Galdós*. Imp. Veloz, Santiago de Compostela 1971
- PEÑATE RIVERO, Julio, *Realidad e imaginación en la obra de Pérez Galdós*. Rum-bos. Université de Neuchatel. Neuchatel 1995

- PETIT, MARIE-CLAIRE, *Les personnages féminins dans les romans de Benito Pérez Galdós*. Les belles lettres Paris 1972
- POLIZZI, ASSUNTA, *El proceso metafictivo en el realismo de Pérez Galdós*. Ed. Cabildo de Gran Canaria Las Palmas de Gran Canaria 1999
- PUJOL, JUAN, *Galdós y los niños*. En *Informaciones*. Madrid. 24 enero 1972
- RODRÍGUEZ, ALFRED Y CARSTENS, THOMAS, *Tomás Rufete y Canencia: los ancianos locos que introducen las novelas contemporáneas*. Universidad de Nuevo México, Anales Galdosianos Año XXVI, 1991
- SÁNCHEZ ILLÁN, JUAN CARLOS, *Galdós, precursor de los intelectuales*, en *Galdós en su tiempo*, (coordinado por Ángel Bahamonde y Yolanda Arencibia, págs. 11-134; Ed. Parlamento de Canarias. Santa Cruz de Tenerife 2006).
- VARGAS, VALENTIN F., *Exotismo, orientalismo en la obra de P. A. de Alarcón y de B.P. Galdós*. Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo CCVIII, Enero-abril 2011

3.2 Dimensión religiosa y moral de la obra de Galdós (en cuanto al conjunto).

a) De publicaciones periódicas especializadas en temas galdosianos

• En la revista **ANALES GALDOSIANOS** publicada por la Casa Museo Pérez Galdós de Las Palmas de Gran Canaria.
Estudios referidos a algún aspecto de la temática religiosa en la obra de Galdós.

1-RICARD, ROBERT.

El asesinato del Obispo Martínez Izquierdo (1886) y el clero madrileño en la época de Galdós. nº I. 1966 (y en Biblioteca Virtual Cervantes)

2- LIDA, DENAH.

Sobre el Krausismo de Galdós. nº II. 1967 (y en B.V. Cervantes)

3-EARLE, PETER G.

Torquemada: hombre-masa. nº II. 1967 (y en B.V. Cervantes)

4- SÁNCHEZ BARBUDO, ANTONIO.

Torquemada y la muerte. nº II. 1967 (y en B.V. Cervantes)

5- MORÓN ARROYO, CIRIACO.

Nazarín y Halma: sentido y unidad. nº II (y en B.V. Cervantes)

6- PARKER, ALEXANDER A.

Nazarín, or the Passion of our Lord Jesus Christ according to Galdós. nº II. 1967 (y en B.V. Cervantes)

7- RUSSELL, ROBERT H.

The Christ figure in Misericordia. nº II. 1967 (y en B.V. Cervantes)

8- SHOEMAKER, W.H.

¿Cómo era Galdós? nº VIII. 1973 (y en B.V. Cervantes)

- 9- SCANLON, GERALDINE M.
Religion and art in Ángel Guerra. nº VIII. 1973 (y en B.V. Cervantes)
- 10- ROGERS, DOUGLASS.
Charity in Galdós. nº IX. 1974 (y en B.V. Cervantes)
- 11- LIDA, DENAH.
Galdós y sus santas modernas. nº X. 1975, 19-34 (y en B.V. Cervantes)
- 12- CARDONA, Rodolfo.
Don Benito el prudente. nº XI. Anexo (1976) (y en B.V. Cervantes)
- 13- BOO, MATILDE L.
La perspective de Galdós en el asesinato del Obispo Martínez Izquierdo.
nº XII (1977) (y en la B.V. Cervantes)
- 14- FOLLEY, TERENCE T.
Some considerations of the religious allusions in Perez Galdós
Torquemada novels. nº XIII. 1978 (y en B.V. Cervantes)
- 15- MINTER, G.G.
Halma and the writings of St. Augustine. nº XIII. 1978 (y en B.V. Cervantes)
- 16- WHISTON, JAMES.
The materialism of life: religion in Fortunata y Jacinta. nº XIV. 1979
(y en B.V. Cervantes)
- 17- BOUDREAU, H.L.
The salvation of Torquemada: determinism and indeterminacy in the
later novels of Galdós. nº XV. 1980 (y en B.V. Cervantes)
- 18- CHAMBERLIN, VERNON A.
Galdós and the Movimiento pro-sefardita. nº XVI. 1981, págs. 92-131 (y en
B.V.Cervantes)
- 19- HARRY, L. - KIRBY, JR.
Religious Symbolism in the Characterizations of Benina and Don Romualdo in
Misericordia. nº XVIII. 1983 (y en B.V. Cervantes)
- 20- ARENCIBIA, YOLANDA.
Galdós y Unamuno en la misma hoguera. nº XLII-XLIII. 2007-2008, 31-46
(y en B.V. Cervantes)
- En Actas de los **CONGRESOS INTERNACIONALES DE ESTUDIOS GALDOSIANOS.**
Estudios referidos a algún aspecto de la temática religiosa en la obra de Galdós.
Actas editadas por el Cabildo Insular de Gran Canaria y por la Biblioteca Virtual
Cervantes.
(La numeración y el año hacen referencia al Congreso en cuyas Actas se halla el es-
tudio, aunque estas Actas hayan sido publicadas posteriormente.)
- 01- BURNS, ADELAIDE.

- Espontáneas frases religiosas en el lenguaje hablado galdosiano.* I. 1973, págs. 230-236
- 02- EARLE, PETER G.
Perez Galdós: meditación de la muerte. II. 1978, 49-59
- 03- GILMAN STEPHEN.
Cuando Galdós habla con sus personajes. II. 1978, 128-134
- 04- GONZALEZ POVEDANO, FRANCISCO.
La fe cristiana en Galdós y en sus novelas. III. 1985, 179-188
- 05- CARDONA, RODOLFO.
Galdós y los Santos Padres: hacia una teología de la liberación. III. 139-147
- 06- BIEDER, MARYELLEN
El sacrificio: tema y recurso dramático en la obra teatral de Benito Pérez Galdós 1892-1903. III. 1985, págs. 382-389
- 07- FERNÁNDEZ SEIN, ANA H.
Triptico de sacrificio: una lectura comparada de algunos finales Galdosianos. III. 1985, 209-217
- 08- MORENO MARTINEZ, MATILDE.
Hacia una integración de los periodos naturalista y espiritualista en la producción novelística de Galdós. IV. 1990, 469-476
- 09- GONZALEZ POVEDANO, FRANCISCO.
¿Qué rezaba, por ejemplo, María Egipcíaca Sudre? Algunos textos de devoción de su época, como documentación histórica para la obra de Galdós. IV. 1990, 407-423
- 10- BEHIELS, Lieve.
La búsqueda del amor, de la verdad y de la historia: Los duendes de la Camarilla (1903). V. (Vol 1) 1992, 39-49
- 11- ACOSTA PEÑA, ÁNGELES.
Aspectos significativos de las novelas "Nazarín" y "Halma". V. (Vol.1), 1992, 19-29
- 12-BAGNO VSEVOLOD.
Las inquietudes religiosas de los héroes de las novelas rusas y su huella en la obra galdosiana finisecular. V. 1995, 352-357
- 13- ROMERO TOBAR, LEONARDO.
Del "Nazarenito" a Nazarín. V. 1993, 471-485
- 14-ÁLVAREZ JUNCO, JOSÉ.
La conflictive formación de la identidad nacional en la España del siglo XIX. The troubled training of the national identity in Spain in the 19th century. V. 1993, 59-69
- 15- GONZALEZ POVEDANO, FRANCISCO.

- Reflexiones sobre el exclusivismo, la intransigencia y el fanatismo religiosos en las novelas de primera época de Galdós.* V. 1993, 165-174
- 16- MORA, JOSÉ LUIS.
Galdós y el llamado "problema de España." VI. 1997, 504-514
- 17- BLY, PETER.
La pobreza económica y moral: paralelos temáticos y estructurales entre La de Bringas y Misericordia. VI. 1997, 247-253
- 18- ÁLVAREZ, CARMEN LUCÍA.
El amor y el sentimiento religioso en gloria, de Galdós. VI. 1997, 123-133
- 19- MADARIAGA DE LA CAMPA, BENITO.
Anticlericalismo y compromiso político en los textos galdosianos del siglo XX. VII. 2005, 420-427
- 20- PORRÚA, M^a CARMEN.
Las concepciones morales de Galdós y de Clarín a través de sus personajes. VII. 2001, págs. 712-720
- 21- AMOR DEL OLMO, Rosa.
Religión y evolución hermenéutica sobre textos dramáticos de Galdós. VII. 2001, págs. 142-159
- 22- ALCÁZAR Y MORIS, Federico.
Mitras, roquetes y otros capisayos: una visión del clero galdosiano. VII. 2001,
- 23- F. UREY, DIANE.
"¿Qué es el hombre sin ideal?": Cervantes, Galdós y la lucha del ser. VIII. 2005, 210-227
- 24- QUEVEDO GARCÍA, FRANCISCO J.
La mujer nueva y la mujer tradicional: apuntes en torno a los modelos femeninos en El amigo Manso. VIII. 2005. 347-357
- 25- MONROY SUÁREZ, Elizabeth.
Modelos de mujer en las novelas dialogadas de Galdós. VIII. 2005, 497-507
- 26- GALVÁN GONZÁLEZ, Victoria.
La mujer angelical frente a la mujer fatal en las novelas de Pérez Galdós. VIII. 2005, 388-401
- 27- MONTES DONCEL, Rosa Eugenia.
El tratamiento de la ficción en el díptico Nazarín-Halma y sus afinidades con el Quijote. VIII. 2005, 184-203
- 28- GONZÁLEZ MORALES, Belén.
Ontología de la ficción en Cervantes y Galdós. VIII. 2005, 245-252
- 29- THION SORIANO-MOLLÁ.
Galdós y la confesión. IX. 2009, 594-603
- 30- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, Julio.
Los jesuitas contra Galdós y contra la novela y algo más. X. 2013

págs. 324-332

31- ACOSTA GONZÁLEZ, M^a LOURDES.

El "sentimiento de la historia" galdosiano frente a la historia oficial.

The Galdosian "sentiment of history" in contradiction to actual history. X.

2013, 254-263

32- FIERRO SÁNCHEZ, EMILIA.

El pensamiento ético-estético y político de Galdós y el mundo presente.

The ethic and politician thinking of Galdós and the present world. X. 2013,

380-385

33- CASADO, ÁNGEL.

El optimismo de Galdós: educación y transformación social. The "optimism"

of Galdós: education and social transformation. X. 2013, 273-282

34- BHILIS LIEVE.

Galdós y el pensamiento utópico. Galdós and the utopian thinking.

X. 2013, 28-42

35- LUJÁN RAMÓN, Salvadora.

Galdós y el regeneracionismo a través de la correspondencia con Ramón

Pérez de Ayala (1905-1918). X. 2013, 339-348

36- TRONCOSO, Dolores.

Galdós: patria o nación en la España del XIX... ¿y del XXI?. X. 2013, 364-

371

- En la **ISIDORA revista de estudios galdosianos**, dirigida por Rosa Amor del Olmo. Estudios referidos a algún aspecto de la temática religiosa en la obra de Galdós.

01- LÓPEZ ABOAL, María.

Aproximaciones al tema de la muerte en la novela galdosiana. nº 5,

15,26

02- GAUTIER, Daniel.

Galdós ¿cristiano viejo o cristiano post-Vaticano II? nº 9, 103-114

03- BURAKOFF, Rosa.

La voz de un pueblo errante. nº 11, págs. 21-31

04- GAUTIER, Daniel.

La santidad según Galdós (I). nº 14, 5-12

05- GAUTIER, Daniel.

La santidad según Galdós (II). nº 15, 35-52

06- GAUTIER, Daniel.

Lamennais – Galdós ou comment réconcilier l'Église et le peuple

d'après deux prophètes 'étranges'. nº 17, 93-130

07- AMOR DEL OLMO, Rosa.

Religión, evolución y anticlericalismo: la doctrina de Galdós. nº 23,
109-187

08- GAUTIER, Daniel.

Gloria et le Christ. nº 24 (2014), pág. 48-58

b) Otros estudios (libros o artículos de diversas revistas).

- ÁLVAREZ, S., *El credo de una religión nueva.* Edit. José Esteban. Fundación Banco Exterior, Madrid 1987
- BATLLÉS GARRIDO, ADELINA, *Galdós y el sacrificio (a propósito del artículo de Maryellen Bieder).* R. Ínsula, Enero 1988, n. 494
- BERGAMÍN, JOSÉ, *De una España peregrina, cap. II. El pensamiento religioso de Galdós.* Ed. Al Borak, Madrid 1972.
- CABRERA PERERA, ANTONIO, *El problema religioso y el sentimiento católico en Galdós.* Casa Museo Pérez Galdós, Las Palmas de Gran Canaria 1994
- CASALDUERO, JOAQUÍN, *Naturalismo y espiritualismo en las novelas de Galdós.* Letras de Deusto. Universidad de Deusto. N. 8. 1974, 189-206
- CORREA, GUSTAVO, *El simbolismo religioso en las novelas de Pérez Galdós.* Gredos Madrid 1962.
- CORREA, GUSTAVO, *La concepción moral en las novelas de Galdós.* En Letras de Deusto. Bilbao. N.8. Universidad de Deusto, 5-31
- CORREA, GUSTAVO, *Tradición mística y cervantismo en las novelas de Galdós de 1890 a 1897.* En *Benito Pérez Galdós*, de E. ROGERS, Taurus, Madrid 1973
- DOMENECH, R., *Ética y política en el teatro de Galdós.* En *Estudios Escénicos.* 1974
- ELIZALDE ARMENDÁRIZ, IGNACIO, *Los curas en la novela de Galdós.* Universidad Las Palmas de Gran Canaria. Biblioteca Universitaria. Memoria Digital de Canarias 2005
- GARCÍA MARTÍN, M^{ra} CARMEN, *La "Electra" de Galdós o el eterno dogmatismo español.* R. El Museo Canario. Las Palmas de Gran Canaria, 2001, n.56
- GARCÍA PINACHO, MARÍA PILAR, *La construcción de la imagen anticlerical de Galdós en la prensa.* Universidad San Pablo CEU, Madrid 2009
- GARCÍA VILLALBA, CHARO, *Galdós, un cristiano del siglo XXI.* Departamento de Filología III Universidad Complutense de Madrid. En *Espéculo*, Nº 46.
- HARRISON, ELBERT, *El tema de la caridad en la obra de Galdós.* Revista de la Universidad de Madrid XII, 1964
- LÓPEZ SANZ, MARIANO, *Naturalismo y espiritualismo en la novelística de Galdós y Pardo Bazán.* Pliegos, Madrid, 1985

- MIRANDA GARCÍA, SOLEDAD, *Galdós y la religiosidad de su época*. Anuario de Estudios Atlánticos y Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. Biblioteca Universitaria. Memoria Digital de Canarias 2004
- MORA GARCÍA, JOSÉ LUIS, *Formalismo y autenticidad: aspectos ético – religiosos de la novelística galdosiana*. Tesis Doctoral, Biblioteca Universidad Pontificia de Salamanca.
- MORA GARCÍA, JOSÉ LUIS, *Hombre, sociedad y religión en la novelística galdosiana. 1888-1904*. Ediciones Universidad de Salamanca – Cabildo Insular de Gran Canaria, Salamanca 1981
- NOS MURO, LUIS, *El otroismo como religión*. Religión y Cultura LVI 2010 733-750
- PENUEL, ARNOLD M., *Psychology, Religion and Ethics in Galdós' Novels. The Quest for Authenticity*. Ed. University Press of America, New York 1987
- RIO, ÁNGEL DEL, *Aspectos del pensamiento moral de Galdós*. En "Cuadernos Americanos" n. 12.6 1943, 147-168
- RODGERS, EAMONN, *Liberalismo y religión en Galdós*. Universidad de Strathclyde. En *Analecta Malacitana* XIX, I, 1996, 121-130
- RODRÍGUEZ LÓPEZ-BREA, CARLOS M., *Galdós, un cristiano heterodoxo*. Universidad Carlos III Madrid, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012
- RUIZ RAMÓN, FRANCISCO, *Tres personajes galdosianos. Ensayo de aproximación a un mundo religioso y moral*. Revista de Occidente Madrid 1964
- SÁENZ SÁENZ, HILARIO, *Visión galdosiana de la religiosidad de los españoles*. En *Hispania XX*. 1937, 235-242
- SÁEZ, ALFRED R., *La influencia de la Biblia en las novelas de Galdós*. Tesis de la Northwestern University. 1966
- SCATORI, STEPHEN., *La idea religiosa en la obra de Pérez Galdós*. Bibliothèque Franco-Américaine, Toulouse 1926
- SHOEMAKER, WILLIAM H., *God's Role and His Religion in Galdós' Novels: 1876-1888*. Ed. Albatros, Hispanófila, Madrid 1988
- SOPEÑA IBÁÑEZ, FEDERICO, *La religión "mundana" según Galdós*. Ed. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria 1978)

3.3 Comentarios y estudios monográficos de las obras de Galdós (de particular interés para la tesis).

a) Sobre las Novelas y los Episodios Nacionales.

(Además de los trabajos indicados en las publicaciones especiales de estudios galdosianos).

Episodios Nacionales (en general y respecto a algunos de ellos).

- FERNÁNDEZ MONTESINOS, JOSÉ, *Galdós. Vol I. cap. IV y V*. Castalia. Madrid 1968

- AVALLE-ARCE, JUAN BAUTISTA, *Zumalacárregui*. Cuadernos Hispanoamericanos. N. 250-252. 1970-1971, 356-373
- CARDONA, RODOLFO, *Del heroísmo a la caquexia: los Episodios Nacionales de Galdós*. Eds. Del Orto, Madrid 2004
- BEIELS, LIEVE, *Las cartas de Pilar de Loaysa: ejercicio del poder y exploración de la conciencia*. Anales Galdosianos, Año XXXVI 2001. 65-72
- LIDA, CLARA E., *Galdós y los Episodios Nacionales. Una historia del liberalismo español*. En Anales Galdosianos, III 1968
- MARTÍNEZ CAÑAS, RICARDO, *El motín de Aranjuez y el dos de mayo en Pérez Galdós*. Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo CCVII. Sept.-dic. 2010
- MARTÍNEZ CAÑAS, RICARDO, *La idea de patria en 'Trafalgar' de Pérez Galdós*. Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo CCVII. Enero-abril 2010
- MORA GARCÍA, JOSÉ LUIS, *Galdós, novelista de la historia*. Universidad Autónoma de Madrid. (<http://ensayistas.org/filosofos/spain/galdos/mora/htm>) Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012
- ONTAÑÓN DE LOPE BLANCH, PACIENCIA, *Lo humano en un episodio galdosiano: Carlos VI en la Rápita*. Universidad Nacional Autónoma de México. *Bulletin Hispanique*. Tomo 102, 2000, nº 1, 93-110
- RICARD, ROBERT, *Mito, sueño y realidad en 'Prim'*. Cuadernos Hispanoamericanos. N. 250-252. 1970-1971, 340-355

La Fontana de Oro.

- LÓPEZ MORILLAS, JUAN, *Historia y novela en el Galdós primerizo: en torno a La Fontana de Oro*. En *Hacia el 98*. Ariel, Madrid 1972, 48-77)
- FERNÁNDEZ MONTESINOS, JOSÉ, *Galdós. Vol I*. Castalia. Madrid 1968, pp. 51-63
- PATTISON, WALTER, *La Fontana de Oro, Its early history*. En *Anales Galdosianos* XV 1980, 5-9
- PÉREZ GALDÓS, Benito, *Prólogo a La Fontana de Oro*. En *Prosa Crítica*, Biblioteca de Literatura Universal, Espasa Calpe, Madrid 2004, 125
- PETIT, MARIE CLAIRE, *Galdós et La fontana de Oro. Genèse de l'oeuvre d'un romancier*. Ed. Hispano-Americanas, Paris 1972
- VARELA JACOME, BENITO, *La renovación novelística de Galdós: Estructuras de 'La Fontana de Oro'*. En *Estructuras novelísticas del siglo XIX* (Clásicos y Ensayos), Barcelona 1974, 101-124.

El audaz. Memorias de un radical de antaño.

- CUESTA, LEONEL ANTONIO DE LA, *El audaz. Análisis integral*. Instituto Estudios Superiores, Montevideo 1973
- FERNÁNDEZ MONTESINOS, JOSÉ, *Galdós. Vol I*. Castalia. Madrid 1968, pp. 63-74
- MARTÍNEZ, JAVIER, *'El audaz' de Galdós*. (<http://elbarojiano.blogspot.com.es/2011>)

- PÉREZ GALDÓS, BENITO. *Introducción del autor a El audaz*. En la edición de Ed. Hernando. Madrid 1982

Rosalía.

- RÍOS SÁNCHEZ, PATROCINIO. *Rosalía, novela inédita de Galdós*. Anales de Historia Contemporánea. 9 (1993)

Doña Perfecta.

- CARDONA, RODOLFO, *Introducción a la edición de Doña Perfecta*, de la ed. Cátedra, Madrid 1993, 13-68
- FERNÁNDEZ MONTESINOS, JOSÉ, *Galdós. Vol I*. Castalia. Madrid 1968, pp. 171-192
- CORREA, GUSTAVO, *El arquetipo de Orbajosa en 'Doña Perfecta'*. En *El simbolismo religioso... o.c.*, 35-48
- GULLÓN, GERMÁN, *La obra como texto vivo: 'Doña Perfecta', de la novela (1876) al drama (1896)*. Anales Galdosianos, Año XXXVI 2001.
- GULLÓN, RICARDO, *Análisis de 'Doña Perfecta'*. En *Técnicas de Galdós*, Taurus, Madrid 1970; *Doña Perfecta, invención y mito*. Cuadernos Hispanoamericanos. N. 250-252. 1970-1971. 393-414.
- HALL, J.B., *Galdós' use of the Christ Symbol in Doña Perfecta*. En Anales Galdosianos, Austin (Texas), VIII (1973), 95-98

Gloria.

- ÁLVAREZ, CARMEN L., *El amor y el sentimiento religioso en 'Gloria' de Galdós*. Actas del VII Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, 2005. Cabildo de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria 2005, 123-133 (y en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes).
- FERNÁNDEZ MONTESINOS, JOSÉ, *Galdós. Vol I*. Castalia. Madrid 1968, pp. 193-233
- BEZHANOVA, OLGA, *Clase, género y religión en 'Gloria' de Benito Pérez Galdós*. Anales Galdosianos, Año XXXVII, 2002, 53-68
- BURACOFF, ROSA, *'Gloria' de Benito Pérez Galdós. La traducción al hebreo de una novela española*. (www. diario judío.com. 2012)
- CORREA, GUSTAVO, *Los elementos bíblicos en 'Gloria'*. En *El simbolismo religioso... o.c.*, 49-62
- PATTISON, W.T., *Benito Pérez Galdós. Etapas preliminares de 'Gloria'*. Pubill Editor, Barcelona. 1970

Marianela.

- CAUDET, FRANCISCO, *Introducción a la edición de Marianela* de Cátedra, Madrid 2005, 9-66
- FERNÁNDEZ MONTESINOS, JOSÉ, *Galdós. Vol I*. Castalia. Madrid 1968, pp. 235-250

- LOZANO, LUIS, *Marianela de Galdós y la Sinfonía Pastoral de Gide: un estudio comparativo*. En *Letras de Deusto*, N.8 (1974), Bilbao 1974, 225-238
- MATUS, EUGENIO, *Sobre "Doña Perfecta" y "Marianela"*. En *Estudios filológicos VI*, 1970, 135-149
- MÉNDEZ FAITH, TERESA, *Del sentimiento caritativo en Marianela y Misericordia*. En *Bulletin Hispanique LXXXIV*, 1982, 420-433
- MESSINA FAJARDO, TRINIS ANTONIETTA, *Nombres y símbolos en 'Marianela' de Benito Pérez Galdós*. Universitá Kore di Enna. En *Castilla. Estudios de Literatura*, 1, 2010, 72-90

La familia de León Roch.

- REVILLA, MANUEL DE LA, *La familia de León Roch, de Benito Pérez Galdós*. En la obra de Iris M. ZABALA *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*. Ed. Anaya, Salamanca 1971, 331-335
- VIDAL TIBBITS, MERCEDES, *Transgresión en 'La familia de León Roch'*. Anales Galdosianos. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012
- FERNÁNDEZ MONTESINOS, JOSÉ, *Galdós. Vol I*. Castalia. Madrid 1968, pp. 251-286
- CORREA, GUSTAVO, *Configuraciones religiosas en 'La familia de León Roch'*. En *RHM* 26, 1960, 85-95
- CORREA, GUSTAVO, *La pasión mística de María Egipcíaca en 'La familia de León Roch'*. En *El simbolismo religioso... o.c.*, 63-79

La desheredada.

- GARCÍA SARRIÁ, F., *Acerca de 'La desheredada', de Benito Pérez Galdós*. En *Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Galdosianos*. Madrid – Cabildo Insular de Gran Canaria, Editora Nacional. Las Palmas de Gran Canaria 1977, 414-418
- FERNÁNDEZ MONTESINOS, JOSÉ, *Galdós. Vol II*. Castalia. Madrid 1969, pp. 1-27
- GULLÓN, GERMAN. *Introducción a La desheredada*. En la edición de Catedra, Madrid 2011, 31-47
- GULLON, RICARDO, *Desdoblamiento interior en La desheredada*. En *Ínsula*. Madrid. XXVI, nº. 300-301 1971, 9 y 10
- PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prólogo a La desheredada*. (en *Prosa Crítica*. O.c., pág.125)
- SANTANA SANJURJO, VICTORIANO, *Galdós: cervantista en 'La desheredada'*. (mhtml:file:///F: Victoriano Santana_Cervantofila teldesiana Artículo IV – Biblioteca E. 2013)

El amigo Manso.

- FERNÁNDEZ MONTESINOS, JOSÉ, *Galdós. Vol II*. Castalia. Madrid 1969, pp. 28-60

- RODGERS, EAMONN, *Realismo y mito en 'El amigo Manso'*. Cuadernos Hispanoamericanos. n. 250-252, 1970-1971, 430-444.

El Doctor Centeno.

FERNÁNDEZ MONTESINOS, JOSÉ, *Galdós. Vol II.* Castalia. Madrid 1969, pp. 62-92

Tormento.

- ELIZALDE, IGNACIO, *Significación y estructura de 'Tormento'*. En *Pérez Galdós y su novelística*. Publicaciones Universidad de Deusto, Bilbao 1981.
- FERNÁNDEZ MONTESINOS, JOSÉ, *Galdós. Vol II.* Castalia. Madrid 1969, pp. 97-152
- RODRÍGUEZ, RODNEY T., *The reader's Role in 'Tormento': a Reconstruction of the Amparo-Pedro Polo Affair.* Anales Galdosianos, XXIV, 1989, 69-78
- VÁZQUEZ FERNÁNDEZ, ISABEL, *'Tormento' de Pérez Galdós, huella y superación de la novela folletín.* Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012

La de Bringas.

- RAPHAEL, SUZANNE, *La de Bringas: ¿la de todos?* En *Hommage a André Joucla-Ruau*, Aix-en-Provence 1974, 196-206
- FERNÁNDEZ MONTESINOS, JOSÉ, *Galdós. Vol II.* Castalia. Madrid 1969, pp. 97-152

Lo prohibido.

- FERNÁNDEZ MONTESINOS, J., *Galdós. Vol II.* Castalia. Madrid 1969, pp. 152-200, y *Introducción crítica a Lo Prohibido.* Clásicos Castalia, Madrid 1971, 7-41
- CORREA, GUSTAVO, *La expulsión del Paraíso en 'Lo prohibido'*. En *El simbolismo religioso...*, o.c., 80-95
- ONTAÑÓN DE LOPE, PACIENCIA, *Simbolismo en 'Lo prohibido' de Galdós.* (Universidad nacional Autónoma de México. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes).

Fortunata y Jacinta.

- APARISI LAPORTA, LUIS MIGUEL, *Toponimia madrileña en Fortunata y Jacinta.* (Conferencia impartida en la Sociedad de Amigos de Galdós, en 2002, en la Casa de Canarias de Madrid; en espera de publicación).
- FERNÁNDEZ MONTESINOS, JOSÉ, *Galdós. Vol II.* Castalia. Madrid 1969, pp. 221-278
- CAUDET, F. *Introducción (a Fortunata y Jacinta)*, Ed. Cátedra. Madrid 2002, 11-86
- CORREA, GUSTAVO, *La presencia del bien y del mal en 'Fortunata y Jacinta'*. En *El simbolismo religioso...*, o.c., 96-117
- FARRIS ANDERSON, *Madrid en Fortunata y Jacinta.* Ed. J.Porrúa Turanzas, Madrid 1985

- FUENTES, VÍCTOR, *La dimensión mítico simbólica de Fortunata*. Anales Galdosianos, Año XXII, 1987, 47-52)
- ESTÉBANEZ CALDERON, DEMETRIO, *Lenguaje moral y sociedad en Fortunata y Jacinta de Galdós*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid 1994
- ORTIZ ARMENGOL, PEDRO, *Introducción a Fortunata y Jacinta*, Ed. Hernando. Madrid 1979.
- ORTIZ ARMENGOL, PEDRO, *Tres apuntes hacia temas de Fortunata y Jacinta*. En Letras de Deusto Bilbao, N.8, Bilbao 1974, 241-259
- ORTIZ ARMENGOL, PEDRO, *Narraciones interiores en Fortunata y Jacinta*, en *Homenaje a Juan López Morillas*, Ed. Castalia, Madrid 1982, 275-291
- SCHRAIBMN, J., *Los sueños en Fortunata y Jacinta*. En Ínsula 166 (1960), 1 y 18
- URBINA, E., *Mesías y redentores: constante estructural y motivo temático en Fortunata y Jacinta*, En Bulletin Hispanique, n. 83 1981, 379-398
- WHISTON, JAMES, *The materialism of life: Religion in 'Fortunata y Jacinta'*. Anales Galdosianos, Año XIV, 1980, 65-82.

La incógnita.

- TIMAROVA, LENKA, *La búsqueda de la realidad en 'La incógnita' y 'Realidad' de Benito Pérez Galdós*. Studia Minora Facultatis Philosophicae Universitatis Brunensis, L.25. 2004
- BALLESTEROS, ANA ISABEL, *Benito Pérez Galdós: La incógnita. Realidad. La realidad como incógnita*. Cátedra, Madrid 2004

Miau.

- CORREA, GUSTAVO, *La crucifixión de Villamil en la novela 'Miau'*. En *El simbolismo religioso...*, o.c., 118-134
- GILLESPIE, GERALD, *'Miau': hacia una definición de la sensibilidad de Galdós*. Cuadernos Hispanoamericanos, n. 250-252, 1970-1971, 415-429
- DÍEZ DE REVENGA, FRANCISCO JAVIER, *Introducción a la edición de Miau*, de Cátedra, Madrid 2008, 9-80

Tristana.

- GONZALVEZ, ISABEL Y SEVILLA, GABRIEL, *Introducción a la edición de Tristana*, de Cátedra, Madrid 2010, 9-106
- GALLEGU, JOSÉ EUGENIO, *Tristana (protagonista de la novela de Galdós del mismo título): historia de un fracaso vital. Análisis antropológico del personaje*. Departamento Lengua IES Carmen Martín Gaité, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012
- MIRÓ, EMILIO, *Tristana o la imposibilidad de ser*. Cuadernos Hispanoamericanos, 250-251, Madrid 1970-1971

Torquemada (serie).

- EARLE, PETER G., *Torquemada: hombre masa*. Anales Galdosianos, Año II, 1967 29-44
- FOLLEY, TERENCE T., *Some considerations of the religious Allusions in Pérez Galdos Torquemada novels*. Anales Galdosianos, Año XIII, 1978. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria 1978, 41-48
- GÓMEZ DE BAQUERO, EDUARDO ("Andrenio"), *El problema religioso en 'Torquemada y San Pedro y Nazarín'*. En *Novelas y novelistas*, Calleja, Madrid 1918
- CORREA, GUSTAVO, *La índole arreligiosa del personaje Torquemada*. En *El simbolismo religioso...*, o.c., 135-145
- CÁCERES MILNES, ANDRÉS, *El pensamiento religioso de Galdós a través de la serie de Torquemada*. Revista *Signos* V. 35, nº 51-52, Universidad de Playa Ancha de Valparaíso 2002
- PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prólogo a Torquemada en la hoguera*. Prosa Crítica, 136
- SÁNCHEZ BARBUDO, ANTONIO, *Torquemada y la muerte*. Anales Galdosianos, Año II, 1967, 45-52
- SHERZER, WILLIAM M., *Narrative Play and Social Context in 'Torquemada en la hoguera'*. Anales Galdosianos, Año XXIII, 1988, 57-72

Ángel Guerra.

- AGUINAGA ALFONSO, MAGDALENA, *Código de una nueva estética en 'Ángel Guerra' de Pérez Galdós*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012
- CORREA, GUSTAVO, *El misterio de la vocación en 'Ángel Guerra'*. En *El simbolismo religioso...*, o.c., 146-155
- DONAHUE, FRANCIS, *Hacia una solución galdosiana del problema religioso español: Ángel Guerra*. En *Sin Nombre*, San Juan de Puerto Rico, II, n.2, 1971
- ELIZALDE, IGNACIO, *"Ángel Guerra" y su proyecto de religión nacional*. En *Letras de Deusto*, Bilbao, n. 8, Universidad de Deusto, Bilbao 1974, 161-169
- EWALD, LIANA, *Imaginar el futuro: Galdós y 'Ángel Guerra'*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012
- SAYERS, KATHLEEN M., *El sentido de la tragedia en 'Ángel Guerra'*. Anales Galdosianos, Año V, 1970, 81-88
- SCANLON, GERALDINE M., *Religion and Art in Ángel Guerra*. Anales Galdosianos, Austin –Texas, Año VIII, 1973, 99-105

Nazarín.

- CARENAS, FRANCISCO, *Nazarín, una rebelión*. En *Papeles de San Armadans*, Madrid-Palma de Mallorca, LXXV, 1974, 107-120
- CORREA, GUSTAVO, *La definición del ser religioso en 'Nazarín'*. En *El simbolismo religioso...*, o.c., 166-179

- GULLON, AGNES, *Escenario, personaje y espacio en Nazarín*, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Biblioteca Universitaria. Memoria Digital de Canarias, 2005
- MARTÍNEZ GONZÁLEZ, LUIS, *Nazarín, de Pérez Galdós, un sacerdote a imagen de Cristo. La espiritualidad del novelista*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2006
- NARBONA, RAFAEL, *Pérez Galdós: Nazarín, juglar de Dios*, (<http://rafaelnarbona.es>) Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2013
- PARKER, ALEXANDER A., *Nazarin, or the Passion of Our Lord Jesus Christ. According to Galdós*. Anales Galdosianos, Año II, 1967, 83-102.
- PATTISON, WALTER E., *Verdaguer y Nazarín*. Cuadernos Hispanoamericanos, n. 250-252, 1970-1971, 537 y ss.

Halma.

- MORA GARCÍA, JOSÉ LUIS, *Introducción a Halma*, Ed. Almar – Patio de las Escuelas, Salamanca 1979, 9-44
- CORREA, GUSTAVO, *La fundación ideal de la Condesa de Halma*. En *El simbolismo religioso...*, o.c., 180-194
- MORON ARROYO, CIRIACO, *‘Nazarín’ y ‘Halma’: sentido y unidad*. Anales Galdosianos, Año II, 1967

Misericordia.

- BEARDSLE, TH. S., *The life and Passion of Christ in Galdós’ Misericordia*. En Homenaje a Sherman H. EOFF, 1970, 39-58
- BLEZNICE, DONALD Y RUIZ, MARIO E., *La Benina misericordiosa. Conciliación entre la filosofía y la fe*. Cuadernos Hispanoamericanos, n. 250-252, 1970-1971, 472-489).
- CORREA, GUSTAVO, *La santificación por la caridad en ‘Misericordia’*. En *El simbolismo religioso...*, o.c., 195-215
- CASTILLA, PAQUITA, *Amor y ternura en Misericordia, de Galdós*. En Ama, Madrid 15 abril 1972
- ELIZALDE, IGNACIO, *Misericordia, símbolo de la caridad*. En *Pérez Galdós y su novelística*. Publicaciones Universidad de Deusto, Bilbao 1981, 211-238
- FORTUNO LLORENS, Santiago. *Introducción a la edición de Misericordia*, Clásicos Marenostrum, Madrid 2004, págs. 7-26
- GULLON, GERMÁN, *Misericordia: un milagro realista*. En Letras de Deusto. n. 8, 1974, 171-185
- HERAS, SANTIAGO DE LAS, *Misericordia, el mejor espectáculo galdosiano de todos los tiempos*. En *La voz de Asturias* (Oviedo), 26 marzo 1972
- HERNÁNDEZ, ORLANDO, *Galdós, Misericordia y Valle Inclán*. En *Diario de Las Palmas*. 27 marzo 1972
- JIMÉNEZ GUERRA, Ángel, *‘Misericordia’, la pobreza según Benito Pérez Galdós*. (<http://suite101.net/article/misericordia...>)

- LAIN ENTRALGO, PEDRO, *Miseria, mendicidad, bondad (Misericordia)*. En Gaceta Ilustrada, Madrid 23 abril 1972
- MARIN MARTÍNEZ, JUAN MARÍA, *Aproximación a "Misericordia". Análisis de tres constantes galdosianas*. En Revista de Literatura, n. XLII, 1980, 63-91
- MENÉNDEZ ONRUBIA, CARMEN, *Misericordia y El abuelo. Las dos novelas del siglo XIX español*. Instituto "Miguel de Cervantes" CSIC, Madrid (Centro Virtual Cervantes 2012).
- PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prefacio a Misericordia*. Prosa Crítica, o.c., 185
- RODGERS, EAMONN, *¿Cristal o diamantes? La verdad de la mentira en 'Misericordia'*. Anales Galdosianos, n. XXI, 1986, 187-194
- RUSELL, ROBERT, *The Christ figure in Misericordia*. En Anales Galdosianos, n. II, 1967, 101-130
- SCHRAIBMAN, JOSÉ, *Las citas bíblicas en "Misericordia" de Galdós*. En Cuadernos Hispanoamericanos, n. 250-252, 1970-1971, 490-504
- VAREY, J. E., *Charity in Misericordia*. En *Galdos Studies*, Londres, Tamesis Books, 1970, 164-194.

El abuelo.

- PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prólogo a El Abuelo*. Prosa Crítica, o.c., 157
- LISSORGUES, YVAN, *Benito Pérez Galdós: la novela tendenciosa de fin de siglo (Realidad, Ángel Guerra, Nazarín, Halma, Misericordia, El Abuelo.)* Université de Toulouse, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012

El caballero encantado.

- CORREA, GUSTAVO, *El sentido de lo hispánico en 'El caballero encantado' de Pérez Galdós y la generación del 98*. En Thesaurus, n. XVIII, 1963
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J., *Introducción a 'El Caballero encantado'*. Cátedra. Madrid. 2000, págs. 13-70
- RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, JULIO, *Galdós y 'El caballero encantado'*. En Anales Galdosianos, Austin (Texas), n. VII, 1972, 117-132; *Introducción a la edición de la novela en Ed. Cátedra*, o.c., 27-72

Casandra.

- BEHIELS, LIEVE, *Los demonios de 'Casandra' de Benito Pérez Galdós*. Actas del XIII Congreso AIH Tomo II. En Centro Virtual Cervantes 2012

b) Teatro.

- AGUIRRE, J. L., *El teatro de Galdós y el estreno de 'Electra'*. En Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura, n. 64, 1988, 233-249.

- BIEDER, MARYELLEN, *El teatro de B.P. Galdós y de Emilia Pardo Bazán. Estructura y visión dramática en 'Mariucha'*. Indiana University. Centro Virtual Cervantes 2012
- CASALDUERO, JOAQUÍN, *Sor Simona y Santa Juana de Castilla*. En Letras de Deusto, Bilbao, n.8, 1974, 117-133
- CONDÉ, LISA PAULINE, *El uso y abuso del poder en 'La loca de la casa' de Galdós*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012
- CORREA, GUSTAVO, *La búsqueda del Dios verdadero en 'Casandra'*. En *El simbolismo religioso...*, o.c., 216- 225
- CHAMBERLIN, VERNON , *Profaning the Religious; Two Nocknames in 'Doña Perfecta'*. Anales Galdosianos, Año XL-XLI, 2005-2006, 11-16
- DÍAZ LARIOS, LUIS F., *Introducción a la edición conjunta de 'La de San Quintín' y 'Electra'*, de Cátedra, Madrid 2002, 9-104
- ESCOBAR BONILLA, MARÍA DEL PRADO, *Estudio literario de 'Alma y vida'*. Anales Galdosianos. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012
- HUALDE PASCUAL, PILAR, *'Casandra' de Galdós: reinterpretación desde el mito griego*. Anales Galdosianos. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012
- KIDD, MICHAEL, *Playing with Fire: The conflict of Truht and Desire in Galdós' 'Electra'*. Anales Galdosianos, Año XXIX-XXX, 1994-1995, 105-120
- E. INMAN FOX, *En torno a 'Mariucha'*. Cuadernos Hispanoamericanos, n. 250-252, 1970-1971, 608-622
- NOUGUÉ, ANDRÉ, *'Antón Caballero' de Benito Pérez Galdós*. Cuadernos Hispanoamericanos, n. 250-252, 1970-1971, 641-649
- PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prólogo a 'Los Condenados'*. Obras Completas Ed. Aguilar, Tomo VI, Madrid 2005, 203-212; y *Prosa Crítica*, o.c., 140
- PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prólogo a 'La loca de la casa'*. *Prosa Crítica*, o.c., pág. 139
- PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prólogo a 'Alma y vida'*. *Prosa Crítica*, o.c., pág.159
- PÉREZ GALDÓS, BENITO, *Prólogo a 'Casandra'*. *Prosa Crítica*, o.c., pág. 184
- PÉREZ GALDÓS, BENITO, *A los espectadores y lectores de 'Alceste'*. *Prosa Crítica*, o.c., pág. 188
- RUBIO, ISAAC, *Introducción a la edición de 'Alma y vida' y 'La de San Quintín'*. Ed. Clásicos Almar, Salamanca 1987, 9-52
- AMOR DEL OLMO, ROSA, *'Bárbara' y el mito*, En la Introducción a *'Bárbara, Casandra y Celia en los infiernos'*. Cátedra, Madrid 2006, 95-101
- AMOR DEL OLMO, ROSA, *'Celia en los infiernos', una quimera*, en *Introducción a Bárbara, Casandra y Celia en los infiernos*, Cátedra, Madrid 2006, 135-148
- AMOR DEL OLMO, ROSA, *'Casandra', el paralelismo de la Semana Trágica*, en *Introducción a Bárbara, Casandra y Celia en los infiernos*, Cátedra, Madrid 2006, 110-134
- DE LA NUEZ CABALLERO, SEBASTIÁN, *'Santa Juana de Castilla'*. En la red: Digitalización por ULPGC. Biblioteca Universitaria 2006

- ALAN SACKET, THEODORE, *‘Santa Juana de Castilla’: Galdós dramaturgo revisionista de la historia española*. DICENDA, Cuadernos de Filología Hispánica, n. 8, Ed. Universidad Complutense de Madrid, 1989
- *Introducción a ‘Santa Juana de Castilla’*, en la Ed. Fragua, Madrid 2010. 9-25
- MORA GARCÍA, JOSÉ LUIS, *Verdad histórica y verdad estética. Sobre el drama de Pérez Galdós ‘Santa Juana de Castilla’*. Anales Galdosianos, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012
- SÁNCHEZ ILLÁN, Juan Carlos, *El impacto histórico del estreno de “Electra”*, en *Galdós en su tiempo*, págs. 111-134. Ed. Parlamento de Canarias. Santa Cruz de Tenerife 2006.
- WHISTON, JAMES, *Transformación y realismo en ‘La razón de la sinrazón’ de Galdós*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes 2012

c) Otros escritos.

Memorias de un desmemoriado.

- POLIZZI, ASSUNTA, *Diálogo con la memoria. ‘Memorias de un desmemoriado’* Univer-sitá de Catania, sede di Ragusa, Centro Virtual Cervantes.
- MENÉNDEZ-ONRUBIA, CARMEN, *Las ‘Memorias de un desmemoriado’ de Galdós: texto y contexto*. Actas del IX Congreso Internacional de Estudios Galdosianos, Cabildo de Gran Canaria. Las Palmas de Gran Canaria 2009, 514-527

La fe nacional.

- ESTEBAN, JOSÉ Y EGIDO, JESÚS, editores, *‘La fe nacional’ y otros escritos sobre España*. Ed. Rey Lear, Madrid 2013

Otros artículos y Cartas.

- GHIRALDO, ALBERTO, *Benito Pérez Galdós. Cronicon 1883-1886. Obras inéditas ordenadas y prologadas por Alberto Ghirardo*. Seis tomos. Ed. Renacimiento. Madrid 1923
- SHOEMAKER, WILLIAM H., *Las cartas desconocidas de Galdós en ‘La Prensa’ de Buenos Aires*. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid 1973
- SOEMAKER, WILLIAM H., *Los artículos de Galdós en “La Nación” 1865-1866 y 1868. Recogidos, ordenados y dados nuevamente a la luz con un estudio preliminar*. Insula, Madrid 1972
- RICARD, ROBERT, *Cartas a Galdós y cartas de Galdós*. Anuario de Estudios Atlánticos, nº 11, Madrid 1965

